Tito Livio

HISTORIA DE ROMA DESDE SU FUNDACIÓN

CON LAS PERÍOCAS DE LOS LIBROS PERDIDOS

Tomo III

TITO LIVIO

HISTORIA DE ROMA
DESDE SU FUNDACIÓN

(AB URBE CONDITA)

CON LAS PERÍOCAS DE LOS LIBROS PERDIDOS

Traducción de Antonio Diego Duarte Sánchez

Procedencia: https://sites.google.com/site/adduartes/tito-livio consultado el 21 de abril de 2014.

TOMO III

Libros XXXI-XLV
Períocas XLVI A CXLII

ÍNDICE

LIBRO XXXI. ROMA Y MACEDONIA

[31,1] También yo siento alivio por haber llegado al final de la Segunda Guerra Púnica, como si hubiera participado personalmente en sus trabajos y peligros. No corresponde a quien ha tenido la osadía de prometer una historia completa de Roma quejarse de cansancio en cada una de las partes de tan extensa obra. Pero cuando considero que los sesenta y tres años, que van desde el inicio de la Primera Guerra Púnica hasta el final de la Segunda, han consumido tantos libros como los cuatrocientos ochenta y siete años desde la fundación de la Ciudad hasta el consulado de Apio Claudio, bajo el cual dio comienzo la Primera Guerra Púnica, veo que soy como las personas que se sienten tentadas a adentrarse en el mar por las aguas poco profundas a lo largo de la playa; cuanto más progreso, mayor es la profundidad; como si me dejara llevar hacia un abismo. Me imaginé que, conforme hubiera completado una parte tras otra, la tarea disminuiría; y a lo que parece, casi se hace aún mayor. La paz con Cartago fue muy pronto seguida por la guerra con Macedonia. No hay comparación entre ellas, ni en cuanto a la naturaleza del conflicto, a la capacidad del general o a la fortaleza de las tropas. Pero la Guerra Macedonia fue, en todo caso, más digna de mención a causa de la brillante reputación de los antiguos reyes, la antigua fama de la nación y la vasta extensión de sus dominios, cuando dominó una gran parte de Europa y una parte aún mayor de Asia. La guerra con Filipo, que había comenzado unos diez años antes, había quedado en suspenso los últimos tres años, debiéndose, tanto la guerra como su cese, a la acción de los etolios. La paz con Cartago dejaba ahora libres a los romanos, que sentían hostilidad contra Filipo por su ataque a los etolios y a otros estados aliados en Grecia, mientras estaba nominalmente en paz con Roma, así como por su ayuda, en hombres y dinero, a Aníbal y Cartago. Él había saqueado el territorio ateniense y expulsado a los habitantes de la ciudad, y fue su petición de ayuda lo que decidió a los romanos a reanudar la guerra.

[31,2] Casi al mismo tiempo *(201 a.C.)*, llegaron mensajeros del rey Atalo, así como de Rodas, con noticias de que Filipo estaba tratando de instigar a las ciudades de Asia Menor. La respuesta dada a las dos delegaciones fue que el Senado se estaba ocupando de la situación en Asia. El asunto de la guerra con Macedonia fue remitido a los cónsules, que se encontraban por entonces en sus respectivas provincias. Mientras tanto, Cayo Claudio Nerón, Marco Emilio Lépido y Publio Sempronio Tuditano fueron enviados en una misión ante Tolomeo, rey de Egipto, para anunciarle la derrota final de Aníbal y los cartagineses, y dar las gracias al rey por haberse mantenido como un amigo firme de Roma en un momento crítico, cuando incluso sus aliados más próximos la habían abandonado. También debían solicitarle, en el caso de que las agresiones de Filipo les obligara a declararle la guerra, que mantuviera su antigua actitud amistosa hacia los romanos. Durante este período, Publio Elio, el cónsul que estaba al mando en la Galia, se enteró de que los boyos, antes de su llegada, habían estado haciendo incursiones en los territorios de las tribus amigas. Se apresuró a levantar una fuerza de dos legiones en vista de esta alteración, reforzándolas con cuatro cohortes de su propio ejército. Esta fuerza, apresuradamente reunida, la confió a Cayo Ampio, un prefecto de los aliados, y le ordenó marchar a través del territorio umbro llamado Sapinia e invadir el país de los boyos. Él mismo marchó por un camino abierto en las montañas. Ampio cruzó la frontera del enemigo y, después de haber devastado su país sin encontrar ninguna resistencia, escogió una posición en el puesto fortificado de Mútilo como un lugar apropiado para proceder a la siega del grano, que ya estaba maduro. Comenzó las labores sin reconocer previamente los alrededores ni situar partidas armadas de suficiente entidad para proteger a los forrajeadores, que habían dejado sus armas y estaban concentrados en su tarea. De repente, él y sus forrajeadores se vieron sorprendidos por los galos, que aparecieron por todas partes. El pánico y el desorden se extendieron a los hombres de guardia; siete mil hombres dispersos por los campos de grano fueron exterminados, entre ellos el propio Cayo Ampio, y los demás huyeron temerosos al campamento. La

noche siguiente, los soldados, ya que no tenían un jefe reconocido, decidieron actuar por sí mismos y, abandonando la mayor parte de sus posesiones, se abrieron paso a través de bosques casi impenetrables hasta reunirse con el cónsul. Aparte de asolar el territorio boyo y concertar una alianza con los ligures ingaunos, el cónsul no efectuó nada digno de mención en su provincia antes de regresar a Roma.

[31.3] En la primera reunión del Senado después de su regreso, hubo una exigencia unánime de que los actos de Filipo y las quejas de los estados aliados tuvieran prioridad sobre cualquier otro asunto. La cuestión fue inmediatamente planteada ante una Curia atestada, y se emitió un decreto para que el cónsul Publio Elio enviara al hombre que considerase más adecuado, con plenos poderes para tomar el mando de la flota que Cneo Octavio traía de vuelta de África y pusiera rumbo a Macedonia. Eligió a Marco Valerio Levino, que fue enviado con rango de propretor. Levino tomó treinta y ocho de los barcos de Octavio, que estaban fondeados en Vibo, y se embarcó poniendo rumbo a Macedonia. Se reunió con el general Marco Aurelio, que le dio detalles sobre las grandes fuerzas navales y terrestres que había reunido el rey, así como la medida en que se estaba asegurando ayuda armada no solo de las ciudades del continente, sino también de las islas del Egeo, en parte por su influencia personal y en parte por la de sus agentes. Aurelio señaló que los romanos tendrían que mostrar mucha más energía en la conducción de esta guerra; de lo contrario, Filipo, alentado por su desidia, podría aventurarse a la misma empresa que ya había intentado Pirro, cuyo reino era considerablemente menor. Se decidió que Aurelio debería remitir esta información en una carta a los cónsules y el Senado.

[31,4] Hacia el final del año se planteó el asunto de la asignación de tierras a los veteranos que habían servido con Escipión en África. Los senadores decretaron que Marco Junio, el pretor urbano, nombrase a su discreción diez delegados con el propósito de mensurar y repartir aquellas partes de los territorios samnitas y apulios que habían devenido en propiedad del Estado. Los delegados fueron Publio Servilio, Quinto Cecilio Marcelo, los dos Servilios, Cayo y Marco -conocidos como *los gemelos*-, los dos Hostilios Catones, Lucio y Aulo, Publio Vilio Tápulo, Marco Fulvio Flaco, Publio Elio Peto y Tito Quincio Flaminio. Las elecciones fueron celebradas por el cónsul Publio Elio. Los cónsules electos fueron Publio Sulpicio Galba y Cayo Aurelio Cotta. Los nuevos pretores fueron Quinto Minucio Rufo, Lucio Furio Purpúreo, Quinto Fulvio Gilón y Cayo Sergio Plauto. Este año, los ediles curules Lucio Valerio Flaco y Tito Quincio Flaminio celebraron con un esplendor inusual los Juegos Escénicos Romanos, que se repitieron un segundo día. También distribuyeron al pueblo, con estricta imparcialidad y para general satisfacción, logrando gran popularidad, una gran cantidad de grano que Escipión había enviado desde África. Se vendió a cuatro ases el modio. También se celebraron hasta en tres ocasiones los Juegos Plebeyos, ofrecidos por los ediles plebeyos Lucio Apustio Fulón y Quinto Minucio Rufo; este último, tras desempeñar su edilidad, resultó uno de los pretores recién elegidos. También se celebró el Festival de Júpiter.

[31.5] En el año quinientos cincuenta y uno desde la fundación de la Ciudad, durante el consulado de Publio Sulpicio Galba y Cayo Aurelio, unos pocos meses después de la conclusión de la paz con Cartago, dio inicio la guerra contra el rey Filipo *(200 a.C.)*. El quince de marzo, día en que tomaron posesión del cargo los cónsules, Publio Sulpicio presentó este asunto en primer lugar ante el Senado. Se emitió un decreto para que los cónsules sacrificasen víctimas mayores a aquellas deidades que eligiesen, ofreciendo la siguiente oración: *¡Que la voluntad y los propósitos del Senado y del Pueblo de Roma, sobre la república y la declaración de una nueva guerra, sean cosa próspera y feliz tanto para el pueblo romano como para los aliados latinos!.* Después del sacrificio y la oración, los cónsules fueron a consultar al Senado sobre la política a seguir y la asignación de las provincias. Justo por entonces, el espíritu belicoso fue estimulado por la recepción de los despachos de Marco Aurelio y de Marco Valerio Levino, así como por una nueva embajada de

Atenas, que anunció que el rey estaba próximo a sus fronteras y pronto se adueñaría de su territorio, y hasta de su ciudad si Roma no acudía en su auxilio. Los cónsules informaron sobre la debida ejecución de los sacrificios y la declaración de los augures en el sentido de que los dioses habían escuchado sus oraciones, pues las víctimas habían presentado presagios favorables y anunciaban la victoria, el triunfo y una ampliación del dominio de Roma. A continuación se dio lectura a las cartas de Valerio y Aurelio, concediéndose audiencia a los embajadores atenienses. El Senado aprobó una resolución por la que se daba las gracias a sus aliados por permanecer fieles a pesar de los continuos intentos para tentarlos, incluso cuando se les amenazó con el asedio. Con respecto a la prestación de asistencia activa, el Senado aplazó una respuesta definitiva hasta que los cónsules hubieran sorteado sus provincias y aquel a quien tocase la provincia de Macedonia hubiera presentado al pueblo el asunto de la declaración de guerra contra Filipo de Macedonia.

[31,6] Correspondió esta provincia a Publio Sulpicio, quien mando anunciar que propondría a la Asamblea que "debido a los actos ilegales y los ataques armados cometidos contra los aliados de Roma, es voluntad y orden del pueblo de Roma que se declare la guerra contra Filipo, rey de Macedonio, y contra su pueblo, los macedonios". Al otro cónsul, Aurelio, correspondió Italia como provincia. A continuación, los pretores sortearon sus respectivos mandos. Cayo Sergio Plauto recibió la pretura urbana; Quinto Fulvio Gilón, Sicilia; Quinto Minucio Rufo, el Brucio, y Lucio Furio, la Galia. La propuesta de declaración de guerra contra Macedonia fue casi unánimemente rechazada en la primera reunión de la Asamblea. La duración y exigentes demandas de la última guerra habían hecho que los hombres estuviesen cansados de lugar y rehuyeran caer en nuevos esfuerzos y peligros. Uno de los tribunos de la plebe, Quinto Bebio, además, había adoptado el antiguo sistema de acusar a los patricios de estar siempre sembrando las semillas de nuevas guerras para impedir que los plebeyos disfrutasen de ningún descanso. Los patricios se enojaron profundamente y atacaron amargamente al tribuno en el Senado, instando cada uno de los senadores al cónsul para convocar la Asamblea para considerar una nueva propuesta y, al mismo tiempo, para reprender al pueblo por su falta de ánimo, mostrándole cuántas pérdidas y desgracias derivarían del aplazamiento de aquella guerra.

[31.7] La Asamblea se convocó debidamente en el Campo de Marte, y antes de que la cuestión fuera sometida a votación, el cónsul se dirigió a las centurias en los siguientes términos: *No parece que os deis cuenta, Quirites, de que lo que tenéis que decidir no es tanto si vais a tener paz o guerra; Filipo no os ha dejado opción alguna en cuanto a esto, pues se está preparando para una guerra a enorme escala tanto por tierra como por mar. La única pregunta es si llevaréis las legiones a Macedonia o esperareis al enemigo en Italia. Habéis aprendido por experiencia, si no antes, en la última guerra púnica, qué diferencia habrá según lo que decidáis. Cuando Sagunto fue sitiada y nuestros aliados nos estaban implorando ayuda, ¿quién puede dudar de que si hubiésemos enviado ayuda rápidamente, como hicieron nuestros padres con los mamertinos, podríamos haber confinado a las fronteras de Hispania aquella guerra que, en su mayor parte desastrosa para nosotros, permitimos entrar en Italia por nuestra dilación? Pues este mismo Filipo había llegado a un acuerdo con Aníbal, mediante agentes y cartas, para invadir él Italia, y no hay la menor duda de que lo mantuvimos en Macedonia enviando a Levino con la flota para tomar la ofensiva en su contra. ¿Dudamos en hacer ahora lo que hicimos entonces, cuando teníamos a nuestro enemigo Aníbal en Italia, ahora que Aníbal ha sido expulsado de Italia y de Cartago, y que Cartago está completamente derrotado? Si permitimos que el rey ponga a prueba nuestra desidia asaltando Atenas, como permitimos que hiciera Aníbal asaltando Sagunto, no pondrá el pie en Italia a los cinco meses, que fue lo que tardó Aníbal en tomar Sagunto, sino a los cinco días de zarpar de Corinto.*

Tal vez vosotros no consideréis a Filipo a la misma altura de Aníbal, ni a los macedonios iguales a los cartagineses. En cualquier caso, lo consideráis el igual de Pirro. ¿Igual, digo? ¡En

cuán gran medida uno de ellos sobrepasa al otro, cuán superior es una nación a la otra! El Epiro siempre ha sido, y aún lo es hoy, un añadido muy pequeño al reino de Macedonia. Todo el Peloponeso está bajo la influencia de Filipo, sin exceptuar siquiera a Argos, famosa por la muerte de Pirro tanto como por su antigua gloria. Comparemos ahora nuestra situación. Considerad cuánto más floreciente estaba Italia, cuando todos aquellos generales y ejércitos estaban intactos, y cómo fueron barridos por la Guerra Púnica. Y, sin embargo, cuando Pirro atacó, la sacudió hasta sus cimientos ¡y casi llega hasta la misma Roma en su victorioso avance! No sólo hizo que los tarentinos se rebelasen contra nosotros, así como todo aquel territorio costero de Italia llamado Magna Grecia, a quienes naturalmente supondréis que seguirían a un jefe de su misma lengua y nacionalidad, sino que también hicieron lo mismo los lucanos, los brucios y los samnitas. ¿Creéis que, si Filipo desembarcara en Italia, estos permanecerían tranquilos y fieles a nosotros? Supongo que demostraron su lealtad en la Guerra Púnica. No, esas naciones no dejarán nunca de traicionarnos, a menos que no tengan con quién desertar. Si hubieseis pensado que era demasiado el pasar a África, aún hoy tendríais a Aníbal y sus cartagineses en Italia. ¡Que sea Macedonia en lugar de Italia el escenario de la guerra; que sean las ciudades y campos del enemigo los devastados por el fuego y la espada! Hemos aprendido en estos tiempos que tienen más éxito y más fuerza nuestras armas en el extranjero que en casa. Votad, con la ayuda de los dioses, y confirmad la decisión del Senado. No es solo vuestro cónsul el que os insta a tomar esta decisión, también os lo piden los dioses inmortales; pues cuando yo estaba ofrendando los sacrificios y rogando para que esta guerra finalizara felizmente para el Senado, para mí mismo, para vosotros, para nuestros aliados y confederados latinos, para nuestras flotas y ejércitos, los dioses otorgaron todos los beneplácitos y presagios felices.

[31,8] Después de este discurso se separaron para la votación. El resultado fue favorable a la propuesta del cónsul y resolvieron ir a la guerra. Acto seguido, los cónsules, actuando según una resolución del Senado, ordenaron un triduo de rogativas, ofreciéndose intercesiones en todos los santuarios para que la guerra que el pueblo romano había ordenado contra Filipo tuviera un buen y feliz término. El cónsul consultó con los feciales si era necesario que la declaración de guerra fuera transmitida personalmente al rey Filipo, o si sería suficiente que se le anunciara a una de sus ciudades fronterizas de guarnición. Estos declararon que cualquiera de ambos modos de proceder serían correctos. El Senado dejó a elección del cónsul escoger a uno de ellos, no siendo miembro del Senado, para enviarlo en embajada y declarar la guerra al rey. El siguiente asunto fuera la asignación de los ejércitos a los cónsules y pretores. Los cónsules recibieron la orden de licenciar los antiguos ejércitos y, cada uno de ellos, alistar dos nuevas legiones. Como la dirección de la nueva guerra, que se consideraba muy grave, fuera encargada a Sulpicio, se le permitió reenganchar como voluntarios a todos los que pudiera del ejército que Escipión había traído de vuelta de África, pero sin poder obligar en absoluto a ningún veterano a que se le uniera contra su voluntad. Los cónsules debían dar a cada uno de los pretores, Lucio Furio Purpúreo y Quinto Minucio Rufo, cinco mil hombres de los contingentes latinos para que sirvieran como ejército de ocupación de sus provincias, el uno en la Galia y el otro en el Brucio. También se ordenó a Quinto Fulvio Gilón que eligiese hombres de las fuerzas aliadas y latinas del ejército que había mandado el cónsul Publio Elio, empezando por aquellos que llevaban menos tiempo de servicio, hasta completar una fuerza de cinco mil hombres. Este ejército serviría para la defensa de Sicilia. Marco Valerio Faltón, cuya provincia el año anterior había sido la Campania, debía hacer una selección similar entre el ejército de Cerdeña, de cuya provincia se haría cargo como propretor. Los cónsules recibieron instrucciones para alistar dos legiones urbanas como reserva para ser enviada allá donde se precisaran sus servicios, pues muchos de los pueblos itálicos se habían puesto del lado de Cartago en la última guerra y hervían de ira. La república dispondría aquel año de seis legiones romanas.

[31.9] En medio de estos preparativos para la guerra, llegó una delegación del rey Tolomeo

para informar de que los atenienses le habían pedido ayuda contra Filipo. A pesar de ambos Estados eran aliados de Roma, el rey -según dijeron los delegados- no enviaría ni flota ni ejército a Grecia, para proteger o atacar a nadie, sin el consentimiento de Roma. Si los romanos deseaban defender a sus aliados, él permanecería tranquilo en su reino; si, por el contrario, los romanos preferían abstenerse de intervenir, con la misma facilidad él mismo enviaría aquella ayuda para proteger a los atenienses contra Filipo. El Senado aprobó un voto de agradecimiento al rey y aseguró a la delegación que era intención del pueblo romano proteger a sus aliados; si surgiera la necesidad, se lo señalarían al rey, pues eran totalmente conscientes de que los recursos de su reino habían demostrado ser un apoyo constante y leal para la república. El Senado regaló a cada uno de los delegados cinco mil ases. Mientras que los cónsules estaban alistando las tropas y preparándose para la guerra, los ciudadanos estaban ocupados con celebraciones religiosas, especialmente con las acostumbradas cuando empezaba una nueva guerra. Las rogativas especiales y los rezos se habían ofrecido debidamente en todos los templos pero, para que nada quedase sin omitir, se autorizó al cónsul al que había tocado Macedonia para ofrecer unos Juegos en honor de Júpiter y efectuar una ofrenda a su templo. Esta se retrasó por la acción del Pontífice Máximo, Licinio, que estableció que no se podía hacer ningún voto a menos que se calculase la suma en dinero a que equivalía, se apartase y no se mezclase con ninguna otra cantidad. A menos que se hiciera esto, el voto no se podría considerar efectuado debidamente. Aunque la autoridad del pontífice y las razones que dio tenían mucho gran peso, se ordenó al cónsul que remitiera el asunto al colegio pontifical, para que determinaran si era correcto efectuar una ofrenda de valor económico indeterminado. Los pontífices declararon que sí se podía efectuar, y aún con mayor propiedad en tales circunstancias. El cónsul recitó las palabras del voto en la misma forma que se las decía el Pontífice Máximo, siendo iguales a las pronunciadas habitualmente cada cinco años, con la diferencia de que se comprometió mediante el voto a celebrar los juegos y la ofrenda con la cantidad que determinaría el Senado en el momento de su cumplimiento. Hasta entonces, siempre se nombraba una suma determinada cuando se prometían Juegos y ofrendas; esta fue la primera vez en que no se determinó el valor en el mismo momento.

[31.10] Mientras la atención de todos estaba concentrada en la Guerra Macedonia, llegaron repentinamente rumores sobre un levantamiento de los galos, que era lo último que se esperaba. Los ínsubros, los cenomanos y los boyos, habían inducido a los celinos y los ilvates, así como a otras tribus ligures, a que se les unieran; habían tomado las armas bajo el mando de Amílcar, un general cartaginés, que había tenido un mando en el ejército de Asdrúbal y que se había quedado en el país. Habían asaltado y saqueado Plasencia, habiendo destruido con su ciega ira la mayor parte de la ciudad mediante el fuego, quedaron apenas dos mil hombres en medio de las ruinas humeantes. Desde allí, cruzando el Po, avanzaron con la intención de saquear Cremona. Al enterarse de la catástrofe que se había apoderado de sus vecinos, los habitantes de la ciudad tuvieron tiempo de cerrar sus puertas y guarnecer sus murallas para que pudieran, en todo caso, soportar un asedio y enviar un mensaje al pretor romano antes del asalto final. Lucio Furio Purpúreo estaba por entonces al mando de aquella provincia, y actuando de conformidad con la resolución del Senado había disuelto su ejército, conservando sólo cinco mil de los contingentes latinos y aliados. Con esta fuerza estaba acampado en las proximidades de Rímini. En un despacho al Senado describió la grave situación de su provincia; de las dos colonias militares que habían resistido la terrible tormenta de la Segunda Guerra Púnica, una fue tomada y destruida por el enemigo y la otra estaba siendo atacada. Su propio ejército no podía prestar auxiliar a los colonos en sus peligros, a menos que expusiera sus cinco mil hombres a ser masacrados ante los cuarenta mil del enemigo, que era el número de los que estaban bajo las armas, y provocar mediante este desastre que se elevase la moral del enemigo, que ya estaba exultante por la destrucción de una colonia romana.

[31,11] Después que la carta hubiera sido leída, el Senado decretó que el cónsul Cayo Aurelio

debía ordenar a su ejército que se reuniera en Rímini el día que ya había fijado para su agrupamiento en Etruria. Si el estado de los asuntos públicos lo permitía, debía ir personalmente a suprimir los disturbios; de lo contrario, debería ordenar a Lucio Furio que, en cuanto le llegasen las legiones, enviase su fuerza de cinco mil aliados y latinos a sustituirlas en Etruria, y levantar después el sitio de Cremona. El Senado también decidió enviar una misión a Cartago y a Masinisa en Numidia. Sus instrucciones para la visita a Cartago eran informar a su gobierno de que Amílcar, uno de sus ciudadanos que habían venido con el ejército de Asdrúbal o con el de Magón, se había quedado atrás y, desafiando el tratado, había inducido a los galos y a los ligures a tomar las armas contra Roma. Si desean permanecer en paz, debían llamarlo de vuelta y entregarlo a los romanos. Los comisionados también debían anunciarles que no habían sido entregados todos los desertores, pues gran número de ellos se paseaba abiertamente por las calles de Cartago; era deber de las autoridades dar con ellos y arrestarlos, para que se les pudiera entregar de acuerdo con el tratado. Estas eran sus instrucciones respecto a Cartago. En cuanto a Masinisa, debían transmitirle las felicitaciones del Senado por haber recuperado el reino de sus antepasados y por haberlo extendido aún más mediante la anexión de la parte más rica de los dominios de Sífax. También debían informarle de que se había emprendido una guerra contra Filipo a consecuencia de su auxilio activo a los cartagineses, así como por haber producido daños a los aliados de Roma mientras Italia estaba envuelta en las llamas de la guerra. Se vio así obligada a enviar barcos y ejércitos a Grecia, y por tanto, al tener que dividir sus fuerzas, Filipo fue la causa principal del retraso en el envió de una expedición a África. Los delegados debían también solicitar a Masinisa que ayudara en aquella guerra mediante el envío de un contingente de caballería númida. Se les entregaron algunos espléndidos regalos para el rey: vasos de oro y plata, un manto de púrpura, una túnica palmada junto con un cetro de marfil, y también una toga pretexta junto con una silla curul. Se les instruyó para asegurarle que, si precisaba algo para asegurar y extender su reino e insinuaba que lo quería, el pueblo romano haría todo lo posible para satisfacer sus deseos en correspondencia por los servicios que había prestado.

También compareció ante el Senado una delegación de Vermina, el hijo de Sífax. Se excusaron por sus errores, achacándolos a su juventud y culpando de todo a los engaños de los cartagineses. Masinisa había sido una vez enemigo, y ahora se había convertido en amigo de Roma; Vermina, también, dijeron, se esforzaría cuanto pudiera para que ni Masinisa ni ningún otro superase sus buenos oficios para con Roma. Finalizaron solicitando al Senado que le concedieran el título de *rey aliado y amigo*. La respuesta recibida por la legación fue en el sentido de que Sífax, su padre, se había convertido, de repente y sin razón alguna, en enemigo del pueblo romano tras haber sido su aliado y amigo; y que el propio Vermina había iniciado su instrucción militar con un ataque a los romanos. Por lo tanto, debía pedir la paz antes de que pudiera obtener cualquier título del estilo de *rey aliado y amigo*. El pueblo romano acostumbraba conferir esta distinción honorífica en correspondencia con los grandes servicios que los reyes les hubieran prestado. Los enviados romanos estarían dentro de poco en África y el Senado les daría poderes para otorgar la paz a Vermina bajo determinadas condiciones, siempre que él dejase absolutamente la disposición de tales condiciones al pueblo romano. Si deseaba que algo se añadiera, borrase o alterase de las condiciones, debería hacer una nueva apelación al Senado. Los hombres enviados para llevar a cabo estas negociaciones fueron Cayo Terencio Varrón, Espurio Lucrecio y Cneo Octavio; cada uno tuvo un quinquerreme a su disposición.

[31.12] Se dio lectura en la Curia a una carta de Quinto Minucio, el pretor al mando del Brucio, en la que declaraba que había sido robado, durante la noche, cierta cantidad de dinero del templo de Proserpina en Locri, no existiendo pista alguna sobre los autores materiales del crimen. El Senado se indignó al ver que seguían produciéndose actos de sacrilegio y que, ni siquiera el ejemplo de Pleminio, notorio tanto por el delito como por el castigo que rápidamente le siguió, habían servido en modo alguno como elemento de disuasión. Cayo Aurelio se encargó de escribir el

pretor al Brucio y decirle que el Senado deseaba que se practicara una investigación sobre las circunstancias del robo, siguiendo la misma línea de la que había efectuado tres años antes el pretor Marco Pomponio. Cualquier dinero que se encontrara se debería devolver y se cubriría el déficit; se debían ofrecer los sacrificios expiatorios precisos, según las instrucciones de los pontífices en las ocasiones anteriores. Su preocupación por expiar la violación del templo se agudizó ante los anuncios simultáneos de portentos en numerosas localidades. En Lucania se contó se había incendiado el cielo; en Priverno, el Sol se había enrojecido en un día sin nubes; en el templo de Juno Sóspita, en Lanuvio, se escuchó por la noche un fuerte estrépito. También se informó de numerosos nacimientos monstruosos de animales entre los sabinos: nació un niño que no se sabía si era hombre o mujer; se descubrió otro caso similar, donde el muchacho tenía ya dieciséis años; en Frosinone, nació un cordero con cabeza como de cerdo; en Sinuesa, apareció un cerdo con cabeza humana y en las tierras públicas de la Lucania, apareció un potro con cinco patas. Todo esto se consideró como productos horribles y monstruosos de una naturaleza que viciaba las especies; los hermafroditas fueron considerados como presagios especialmente maléficos y se ordenó que se les arrojara de inmediato al mar, igual que se había hecho recientemente, durante los consulados de Cayo Claudio y Marco Livio, ante un engendro similar. El Senado ordenó a los decenviros, no obstante, que consultasen los Libros Sagrados acerca de este portento. Siguiendo las instrucciones que allí se encontraron, se ordenó que se celebrasen las mismas ceremonias que con ocasión de su última aparición. Tres coros, compuesto cada uno por nueve doncellas, deberían cantar un himno por toda la Ciudad y se debía llevar un presente a la Reina Juno. El cónsul Cayo Aurelio dio cuenta de haberse llevado a cabo las instrucciones de los decenviros de los Libros Sagrados. El himno anterior, según recordaban los senadores, fue compuesto por Livio Andrónico; en esta ocasión lo fue por Publio Licinio Tégula.

[31.13] Una vez realizados debidamente todos los ritos de expiación, habiendo sido investigado por Quinto Minucio el sacrilegio en Locri, recuperado el dinero mediante la venta de los bienes de los culpables y depositado en el tesoro, los cónsules estaban deseando partir para sus provincias, pero se produjo un retraso. Cierto número de personas habían prestado dinero al Estado durante el consulado de Marco Valerio y Marco Claudio, y el pago del tercer plazo vencía este año. Los cónsules les informaron de que el dinero en la tesorería apenas cubría el costo de la nueva guerra, pues se lo llevarían la gran flota y los grandes ejércitos, y no había manera de pagarles por el momento. Apelaron al Senado y este les dio la razón, declarando que si el Estado optaba por utilizar el dinero prestado para la Guerra Púnica en sufragar además el coste de la guerra de Macedonia, y si a una guerra le seguía otra, aquello simplemente significaría que les habían confiscado su dinero como si se tratara de una multa por ser culpables de algo. Las demandas de los acreedores eran justas, pero el Estado no podía afrontar sus obligaciones y el Senado decidió una medida que combinaba la justicia con lo factible. Muchos de los reclamantes habían declarado que había tierras a la venta por todas partes y que querrían convertirse en compradores; así pues, el Senado publicó un decreto para que pudieran tener la opción de hacerse con cualquier terreno de propiedad pública en un radio de cincuenta millas de la Ciudad. Los cónsules valorarían las tierras e impondrían una tasa renta nominal de un as por yugada, como reconocimiento de su titularidad pública; cuando el Estado pudiese abonar sus deudas, si cualquiera de ellos prefería el dinero a las tierras lo podría obtener y devolver los terrenos al pueblo. Aceptaron de buen grado estos términos, y la tierra ocupada fue, por lo tanto, llamada trientábulo, por haberles sido dada en lugar de la tercera parte de su préstamo.

[31,14] Después que haber ofrecido Publio Sulpicio en el Capitolio los votos acostumbrados, fue investido por sus lictores con el paludamento y dejó la Ciudad hacia Brindisi. Aquí incorporó a sus legiones a los veteranos del ejército de África, que se habían presentado voluntarios y escogió también los buques de la flota de Cneo Cornelio. Zarpó de Brindisi y al día siguiente desembarcó en

Macedonia. Aquí se encontró con una embajada de Atenas que le rogó que levantara el sitio al que estaba sometida la ciudad. Cayo Claudio Centón fue enviado allí de inmediato con veinte buques de guerra y mil hombres. El rey no estaba dirigiendo personalmente el sitio, pues justo en aquel momento estaba atacando Abidos, después de probar sus fuerzas en choques navales con los rodios y con Atalo, sin haber tenido éxito en ninguno. Pero la suya no era una naturaleza que aceptase en silencio la derrota, y ahora que se había aliado con Antíoco, el rey de Siria, estaba más decidido a la guerra que nunca. Habían acordado dividir entre ellos el rico reino de Egipto, y al enterarse de la muerte de Ptolomeo ambos se dispusieron a atacarlo. Los atenienses, que nada conservaban de su antigua grandeza más que su orgullo, se habían visto envueltos en las hostilidades contra Filipo por culpa de un incidente sin importancia. Durante la celebración de los Misterios de Eleusis, dos jóvenes acarnanes, que no habían sido iniciados, entraron en el templo de Ceres con el resto de la multitud, nada conscientes de la naturaleza sacrílega de su acción. Les traicionaron las preguntas absurdas que hicieron y fueron llevados ante las autoridades del templo. Aunque era evidente que habían pecado de ignorancia, se les condenó a muerte como si fuesen culpables de un crimen horrible. Los acarnanes informaron de este acto hostil y bárbaro a Filipo, obteniendo su consentimiento para hacer la guerra a Atenas con el apoyo de un contingente macedonio. Este ejército empezó por devastar el territorio del Ática a sangre y espada, tras lo cual regresó a Acarnania con toda clase de botín. Llegados a este punto, los ánimos estaban irritados; posteriormente, mediante una disposición de los ciudadanos, Atenas hizo una declaración formal de guerra. Para cuando el rey Atalo y los rodios, que seguían a Filipo en su retirada hacia Macedonia, hubieron alcanzado Egina, el rey cruzó navegando hasta el Pireo con el propósito de renovar y confirmar su alianza con los atenienses. Todos los ciudadanos salieron a su encuentro, con sus esposas e hijos; los sacerdotes, revestidos de sus ropas sagradas, lo recibieron cuando entró en la ciudad; hasta los propios dioses salieron casi de sus santuarios para darle la bienvenida.

[31,15] Se convocó inmediatamente al pueblo a una Asamblea, para que el pudiera exponerles sus deseos. Sin embargo, se pensó que resultaba más acorde con su dignidad que pusiera por escrito lo que considerase conveniente, por evitar la vergüenza de tener que estar presente al relatarse sus servicios a la ciudad, o que su modestia se viera abrumada por los empalagosos halagos de la multitud que aplaudía. En consecuencia, redactó una declaración escrita, que fue leída en la asamblea, en la que enumeraba los beneficios que había otorgado a su ciudad y describía su lucha con Filipo, instándoles a modo de conclusión a tomar parte en la guerra mientras le tenían a él, a los rodios y, especialmente ahora, a los romanos para apoyarlos. Si se quedaban atrás ya nunca tendrían otra oportunidad. A continuación se escuchó a los enviados de Rodas; hacía poco que habían prestado un buen servicio a los atenienses, pues habían recuperado y devuelto a Atenas cuatro naves de guerra que habían capturado los macedonios. Se decidió por unanimidad la guerra contra Filipo. Se rindieron honores extraordinarios al rey Atalo y también a los rodios. Se aprobó una propuesta para añadir a las antiguas diez tribus una nueva que se llamaría tribu Atálida. Se regaló al pueblo de Rodas una corona de oro en reconocimiento a su valentía, y se les concedió la plena ciudadanía como anteriormente se la habían concedido ellos a los atenienses. Tras esto, Atalo se reunió con su flota en Egina y los rodios navegaron hasta Cea, marchando desde allí a Rodas a través de las Cícladas. Todas las islas se unieron a ellos con la excepción de Andros, Paros y Citnos, que estaban ocupadas por guarniciones macedonias. Atalo había enviado mensajeros a Etolia y estaba esperando a los legados que venían de allí; la espera lo mantuvo inactivo durante algún tiempo. No podía inducir a los etolios a tomar las armas, que se contentaban con mantenerse en paz con Filipo en cualquier término. Si él, junto con los rodios, se hubiesen opuesto vigorosamente a Filipo, habrían podido ganarse el glorioso título de Libertadores de Grecia. En lugar de esto, le permitieron cruzar el Helesponto por segunda vez y apoderarse de una posición excelente en la Tracia, donde pudo concentrar sus fuerzas y dar así nueva vida a la guerra, entregando a los romanos la gloria de librarla y darle fin.

[31,16] Filipo mostró un ánimo propio de un rey. A pesar de que no haberse podido sostener contra Atalo y Rodas, no se alarmó ni siquiera ante la perspectiva de una guerra con Roma. Filocles, uno de sus generales, fue enviado con una fuerza de dos mil infantes y doscientos jinetes a devastar las tierras de los atenienses, siendo puesto Heráclides al mando de la flota y con órdenes de navegar hacia Maronea. Filipo marchó allí por tierra con otros dos mil infantes armados a la ligera, tomando la plaza al primer asalto. Enos le dio muchos problemas, pero finalmente logró su captura por la traición de Calímedes, prefecto de Tolomeo. Ipsala, Tusla y Maki fueron tomadas en rápida sucesión, avanzando luego hasta el Quersoneso, donde Eleunte y Alopeconeso se entregaron voluntariamente; también se entregaron Galípoli y Maditos, junto con algunos otros lugares fortificados sin importancia. El pueblo de Abidos ni siquiera admitió a sus embajadores y cerró sus puertas al rey. El asedio de esta plaza retuvo a Filipo un tiempo considerable, y si Atalo y los rodios hubieran mostrado la menor energía, podrían haber salvado el lugar. Atalo envió solo trescientos hombres para ayudar en la defensa y los rodios enviaron un cuatrirreme de su flota, que estaba anclada en Ténedos. Más tarde, cuando ya apenas podían resistir más, el propio Atalo navegó hasta Ténedos y tras elevarles el ánimo con su aproximación, no prestó ayuda a sus aliados ni por tierra ni por mar.

[31,17] Los abidenos, en primera instancia, colocaron máquinas a todo lo largo de sus murallas, impidiendo de este modo no solo cualquier aproximación por tierra, sino haciendo inseguro el fondeo de las naves enemigas. Sin embargo, cuando un parte de la muralla se derrumbó y las minas enemigas habían llegado hasta el muro interior que los defensores habían levantado a toda prisa, mandaron emisarios al rey para acordar los términos para la rendición de la ciudad. Propusieron que se permitiera salir al cuatrirreme rodio con su tripulación y al contingente que había enviado Atalo, así como que los habitantes pudieran abandonar la ciudad solamente con la ropa que llevaran puesta. Filipo les respondió que no habría la menor esperanza de paz a menos que se rindieran incondicionalmente. Cuando llevaron de regreso esta respuesta, se produjo tal estallido de indignación e ira que los ciudadanos tomaron la misma rabiosa resolución que los saguntinos habían adoptado años antes. Ordenaron a todas las matronas que se encerraran en el templo de Diana; a los niños y niñas nacidos libres, incluyendo a los bebés con sus nodrizas, se les reunió en el gimnasio; todo el oro y la plata se llevó al foto, todos los ropajes de valor se embarcaron en las naves de Rodas y Cícico que estaban en el puerto; se elevaron altares en medio de la ciudad, alrededor de los cuales se dispusieron los sacerdotes con víctimas para sacrificar. Un grupo de hombres, seleccionados al efecto, prestó aquí un juramento que les fue dictado por los sacerdotes, para llevar a cabo la medida desesperada que se había decidido. Tan pronto como vieran que resultaban muertos todos sus camaradas, de los que estaban combatiendo delante de la muralla derrumbada, habrían de dar muerte a las esposas e hijos, echarían por la borda el oro, la plata y los vestidos que estaban en las naves, y prenderían fuego a cuantos edificios públicos y particulares pudieran, invocando sobre ellos las más terribles maldiciones si rompían su juramento. Tras ellos, todos los hombres en edad militar juraron solemnemente que ninguno dejaría con vida la batalla, excepto como vencedores. Tan fieles fueron a su juramento y con tal desesperación combatieron que, antes de que la noche pusiera fin a la batalla, Filipo se retiró de la lucha espantado de su rabia. Los ciudadanos más notables, a quienes se habían asignado la parte más cruel, viendo que solo quedaban unos pocos supervivientes, y aún estos heridos y exhaustos, enviaron a los sacerdotes en cuanto amaneció, vistiendo sus cintas de suplicantes, para que rindieran la ciudad a Filipo.

[31.18] Antes de que tuviera efectivamente lugar la rendición, los embajadores romanos, que habían sido enviados a Alejandría, oyeron hablar del asedio de Abidos y el más joven de los tres, Marco Emilio, de acuerdo con sus colegas se dirigió al encuentro de Filipo. Este protestó por la agresión contra Atalo y Rodas, y especialmente contra el ataque que se estaba produciendo sobre

Abidos. Al replicar el rey que Atalo y los rodios habían sido los agresores, aquel preguntó: *¿Fueron también los abidenos los primeros en atacarte?* Para alguien que rara vez escuchaba la verdad, este lenguaje parecía demasiado audaz para dirigirse a un rey. *Tu juventud, tu buena apariencia y, sobre todo, el hecho de ser romano, te hacen demasiado insolente. En cuanto a mí, me gustaría que recordaseis las obligaciones de los tratados y mantuvierais la paz conmigo; pero si me atacáis, estoy bien dispuesto a luchar, y veréis que me enorgullezco de que el reino y el nombre de Macedonia sean no menos famosos en la guerra que los de Roma.* Tras despedir así al embajador, Filipo se apoderó del oro y la plata que había reunido, pero perdió toda posibilidad de hacer prisioneros. Pues se apoderó tal locura de la gente, que creyeron que se había traicionado a todos los que habían resultado muertos en el combate, acusándose unos a otros de perjurio, especialmente los sacerdotes, pues ellos entregaron al enemigo a quienes se habían ofrecido a morir. Presos de un súbito impulso, todos se apresuraron a matar a sus esposas e hijos, infligiéndose después a sí mismos la muerte en todas las formas posibles. El rey estaba totalmente sorprendido por este arrebato de locura y e hizo volver a sus hombres del asalto, diciéndoles que daría a los habitantes de Abidos tres días para morir. Durante este intervalo, los vencidos perpetraron con ellos mismos más horrores de los que hubieran cometido los vencedores, por enfurecidos que hubiesen estado. Ni un solo hombre cayó en manos del enemigo con vida, salvo aquellos para los que las cadenas o alguna otra causa más allá de su control hicieron la muerte imposible. Tras dejar una fuerza de guarnición en Abidos, Filipo regresó a su reino. Así como la destrucción de Sagunto reforzó la decisión de Aníbal de guerrear contra Roma, la caída de Abidos animó a Filipo a hacer lo mismo. En su camino se encontró con mensajeros que le anunciaron que el cónsul estaba ahora en el Epiro y que hacía invernar a sus tropas en Apolonia y a su fuerza naval en Corfú.

[31,19] Los embajadores enviados a África para informar de la acción de Amílcar al asumir el liderazgo de los galos, fueron informados por el gobierno cartaginés de que no podían hacer nada más que condenarlo al destierro y confiscar sus bienes; habían entregado a todos los refugiados y desertores que habían sido capaces de descubrir después de una cuidadosa búsqueda, y tenían intención en mandar emisarios a Roma para dar garantías suficientes a tal respecto. Enviaron a Roma doscientos mil modios de trigo, y una cantidad similar al ejército de Macedonia. Desde Cartago, los legados se dirigieron a Numidia para visitar a los dos reyes. Se entregaron a Masinisa los regalos a él destinados, así como el mensaje enviado por el Senado. Se ofreció a aportar dos mil jinetes númidas, pero solo se aceptaron mil, y él mismo supervisó su embarque. Envió con ellos a Macedonia, dos millones de modios de trigo y la misma cantidad de cebada. La tercera misión era con Vermina. Este vino a reunirse con ellos en la frontera de su reino y dejó para ellos que pusieran por escrito las condiciones de paz que deseaban, asegurándoles que consideraría justa y ventajosa cualquier clase de paz con Roma. Se le hizo entrega de los términos y se le indicó que enviara delegados a Roma para obtener su ratificación.

[31.20] Por esta época regresó de Hispania el procónsul Lucio Cornelio Léntulo. Después de efectuar un informe sobre las operaciones con éxito que había dirigido durante varios años, solicitó que se le permitiera entrar a la Ciudad en Triunfo. El Senado opinaba que sus servicios bien merecían un triunfo, pero le recordaron que no había precedente de que disfrutase de un triunfo un general que no hubiera sido dictador, cónsul o pretor, y él había desempeñado su mando en Hispania como procónsul, no como cónsul o pretor. Sin embargo, le permitirían entrar en la Ciudad en Ovación, a pesar de la oposición de Tiberio Sempronio Longo, uno de los tribunos de la plebe, quien decía que no había ningún precedente o costumbre de los mayores ni para un caso ni para el otro. Al final, cedió ante el parecer unánime del Senado y, después de haberse aprobado su resolución, Léntulo disfrutó de su ovación. Cuarenta y tres mil libras de plata y dos mil cuatrocientas cincuenta de oro, capturadas al enemigo, se llevaron en la procesión. Además del botín, distribuyó ciento veinte ases a cada uno de sus hombres.

[31.21] Por entonces, el ejército consular en la Galia había sido trasladado de Arezzo a Rímini y los cinco mil hombres del contingente latino se habían trasladado desde la Galia hasta Etruria. Lucio Furio, en consecuencia, abandonó Rímini y se dirigió a marchas forzadas hacia Cremona, que los galos estaban asediando en aquel momento. Asentó su campamento a una milla y media de distancia del enemigo, y habría tenido la oportunidad de obtener una brillante victoria si hubiera dirigido a sus hombres directamente desde su marcha contra el campamento galo. Los galos estaban diseminados por los campos en todas direcciones y el campamento no había quedado suficientemente vigilado; pero tuvo miedo de que sus hombres estuvieran demasiado cansados por su rápida marcha; los gritos de los galos, llamando a sus compañeros de vuelta, les hizo dejar atrás el botín que ya habían reunido y correr de vuelta a su campamento. Al día siguiente salieron al combate. Los romanos no tardaron en aceptar el reto, pero apenas tuvieron tiempo de completar su formación, tan rápidamente se les aproximó el enemigo. El ala derecha -el ejército aliado estaba dividido en alas- formaba en primera línea, con las dos legiones romanas constituyendo la reserva. Marco Furio estaba al mando de esta ala, Marco Cecilio mandaba las legiones y Lucio Valerio Flaco la caballería. Todos estos eran generales. El pretor mantuvo con él a dos de sus legados, Cayo Letorio y Publio Titinio, para que le ayudaran en la supervisión del campo de batalla y se enfrentasen a cualquier acción repentina del enemigo.

En un primer momento, los galos dirigieron todas sus fuerzas hacia un único lugar, con la esperanza de poder desbordar el ala derecha y destrozarla. Al no lograrlo, trataron de flanquearlos y envolver la línea de su enemigo, lo que, considerando su número y lo escaso de sus oponentes, les parecía una tarea fácil. Cuando el pretor vio esta maniobra, extendió su frente mediante el procedimiento de situar las dos legiones de reserva a la derecha e izquierda de las tropas aliadas; además, ofreció un templo a Júpiter en caso de que derrotara al enemigo aquel día. Luego ordenó a Lucio Valerio que lanzase a la caballería romana contra una de las alas de los galos y a la caballería aliada contra la otra para frenar el movimiento envolvente. En cuanto vio que los galos debilitaban su centro, al desviar tropas a las alas, ordenó a su infantería que cargara avanzando en orden cerrado y rompiera las filas contrarias. Esto resultó decisivo; las alas fueron rechazadas por la caballería y el centro por la infantería. Como estaban siendo destrozados en todos los sectores del campo de batalla, los galos se dieron la vuelta y en medio de una salvaje huida buscaron refugio en su campamento. La caballería les perseguía, llegando de inmediato la infantería que atacó el campamento. No llegaron a seis mil los hombres que consiguieron escapar; más de treinta y cinco mil fueron muertos o hechos prisioneros; se capturaron setenta estandartes, junto a doscientos carros galos cargados de botín. El general cartaginés Amílcar cayó en esa batalla, así como tres nobles generales galos. Dos mil hombres, a los que los galos habían capturado en Plasencia, fueron puestos en libertad y devueltos a sus hogares.

[31.22] Fue esta una gran victoria y causó gran alegría en Roma. Cuando llegó el despacho con la noticia se decretaron tres días de acción de gracias. Los romanos y los aliados perdieron dos mil hombres, la mayoría pertenecientes al ala derecha contra la que lanzó su ataque la enorme masa del enemigo. Aunque el pretor prácticamente había puesto fin a la guerra, el cónsul Cayo Aurelio, tras finalizar los asuntos imprescindibles en Roma, marchó a la Galia y se hizo cargo del ejército victorioso del pretor. El otro cónsul llegó a su provincia bastante avanzado el otoño e invernó en las proximidades de Apolonia. Como se indicó anteriormente, Cayo Claudio fue enviado a Atenas con una veintena de trirremes de la flota que estaba amarrada en Corfú. Cuando entraron en el Pireo dieron muchas esperanzas a sus aliados, que ya se encontraban muy desanimados. Los saqueos cometidos en sus campos desde Corinto, a través de Megara, cesaron ahora, y los piratas de Calcis, que habían infestado el mar y devastado las costas de Atenas, ya no se aventuraron a doblar el Sunio ni a seguir a alta mar, más allá del estrecho de Euripo. Además de los barcos romanos había tres cuatrirremes de Rodas y tres buques sin cubierta atenienses, que habían sido acondicionados para

proteger su costa. Como se ofrecía a Cayo Claudio la posibilidad de un éxito importante, este pensó que de momento sería suficiente si esta flota protegía la ciudad y el territorio de Atenas.

[31,23] Algunos de los refugiados de Calcis que habían sido expulsados por los partidarios del rey, informaron que el lugar podía ser capturado sin ninguna resistencia seria pues, al no haber ningún enemigo que temer en los alrededores, los macedonios se paseaban por todas partes y los ciudadanos, confiando en la protección de los macedonios, no hacían ningún intento de proteger la ciudad. Con estas seguridades, Cayo Claudio se dirigió a Calcis, y aunque llegó al Sunio lo bastante temprano como para poder cruzar el estrecho de Eubea el mismo día, mantuvo anclada su flota hasta la noche para que no se pudiera observar su aproximación. En cuanto oscureció, navegó sobre la mar en calma y llegó a Calcis poco antes del amanecer. Escogió la parte menos poblada de la ciudad para su propósito y, encontrando a los guardias dormidos en ciertos puntos y otros lugares sin guardia alguna, dirigió un pequeño grupo de soldados a colocar sus escalas de asalto contra la torre más cercana, que fue capturada junto a cada tramo de muralla a cada lado de la misma. Después avanzaron a lo largo de esta, hasta donde los edificios eran más numerosos, matando a los centinelas según avanzaban; llegaron a la puerta, que rompieron y permitieron así la entrada al cuerpo principal de tropas. Diseminándose en todas direcciones, llenaron la ciudad de confusión y, para aumentarla, incendiaron los edificios alrededor del foro. Pusieron fuego a los graneros del rey y al arsenal, que contenía un inmenso número de máquinas de guerra y artillería. A todo esto siguió una masacre indiscriminada de todo aquel que ofreció resistencia y de los que trataron de escapar; finalmente, todo hombre capaz de empuñar las armas resultó muerto y puesto en fuga. Entre los primeros se encontró Sópatro, un acarnane y comandante de la guarnición. Todo el botín se reunió en el foro y se puso luego a bordo de los barcos. Los rodios, además, forzaron la cárcel y fueron liberados los prisioneros de guerra que Filipo había encerrado allí por ser el lugar más seguro para custodiarlos. Tras derribar y mutilar las estatuas del rey, se dio la señal de embarcar y navegaron de vuelta al Pireo. Si hubiera habido una fuerza suficiente de soldados romanos para permitir que se ocupara Calcis sin interferir con la protección de Atenas, Calcis y Euripo le habrían sido arrebatadas al rey y hubiera supuesto un éxito de la mayor importancia al comienzo mismo de la guerra, pues el Euripo es la llave por mar de Grecia de la misma forma que el paso de las Termópilas lo es por vía terrestre.

[31,24] Filipo estaba en Demetrias en aquel momento. Cuando se le anunció el desastre que había caído sobre una ciudad aliada, determinó, pues ya era demasiado tarde para salvarla, poner en práctica la segunda mejor opción y vengarla. Con una fuerza de cinco mil infantes, armados a la ligera, y trescientos jinetes, marchó casi a la carrera hasta Calcis, sin dudar por un momento que podría tomar por sorpresa a los romanos. Al comprobar que no había nada que ver, excepto el espectáculo poco atractivo de una ciudad en ruinas humeantes, en la que los apenas había hombres para enterrar a las víctimas del combate, se apresuró a la misma velocidad y, cruzando el Euripo por el puente, marchó a través de la Beocia hasta Atenas, pensando que al mostrar tanto ánimo como los romanos, podría alcanzar el mismo éxito. Y lo pudiera haber tenido, si un explorador no hubiera observado el ejército en marcha del rey desde una torre de vigilancia. Este hombre era lo que los griegos llaman un hemeródromos, porque estos hombres cubren corriendo enormes distancias en un solo día, y adelantándose a ellos llegó a Atenas a medianoche. Aquí se daba la misma somnolencia y negligencia que había provocado la pérdida de Calcis unos días antes. Despertados por el mensajero sin aliento, el pretor ateniense y Dioxipo, el prefecto de la cohorte de mercenarios, reunieron a sus soldados en el foro y ordenaron a las trompetas que tocaran generala desde la ciudadela, para que todos pudieran saber que el enemigo estaba próximo. Todos corrieron hacia las puertas y murallas.

Algunas horas más tarde, aunque bastante antes del amanecer, Filipo se aproximó a la ciudad. Cuando vio las numerosas luces y oyó el ruido de los hombres se apresuraban de aquí para allá en la

inevitable confusión, detuvo sus fuerzas y les ordenó acostarse y descansar. Al fallar su intento por sorprenderles, se dispuso a un combate abierto y avanzó por la parte del Dipilón. Esta puerta, colocada como una boca a la ciudad, es considerablemente más alta y más ancha que el resto, y la calzada que sale y entra de la misma es amplia, de modo que los ciudadanos pudieron formar en orden de combate desde el foro hasta allí; la vía del exterior se extendía alrededor de una milla hasta la Academia, dejando mucho espacio para la infantería y la caballería del enemigo. Después de formar su línea puertas adentro, salieron los atenienses, junto con el destacamento que había dejado Atalo y la cohorte de Dioxipo. En cuanto los vio, Filipo pensó que los tenía en su poder y que podría satisfacer su deseo largamente acariciado de destruirles, pues no había Estado en Grecia contra el que estuviera más furioso que Atenas. Después de exhortar a sus hombres para que mantuvieran sus ojos sobre él y recordándoles que los estandartes y la línea de combate debían estar donde se encontrase el rey, espoleó a su caballo animado no solo por su ira, sino también por un deseo de ostentación. Pensó que resultaba algo espléndido el ser visto luchando por la inmensa multitud que llenaba las murallas, como ante un espectáculo. Galopando por delante de sus líneas con unos cuantos jinetes, cargó contra el centro del enemigo y provocó tanto temor entre ellos que llenó a sus hombres de entusiasmo. Hirió a muchos de cerca, a otros con los proyectiles que lanzaba, y los hizo retroceder hacia sus puertas donde les infligió grandes pérdidas al confinarse entre su limitado espacio. Aún persiguiéndoles imprudentemente, todavía pudo escapar con seguridad, pues los de las torres sobre la puerta se abstuvieron de lanzar sus jabalinas por temor a herir a sus propios compañeros, que estaban mezclados con el enemigo. Después de esto, los atenienses se mantuvieron detrás sus murallas y Filipo, tras dar la señal de retirada, asentó su campamento en Cinosarges, donde había un templo de Hércules y un gimnasio con un bosque sagrado alrededor. Pero Cinosarges, el Liceo y cada lugar sagrado y delicioso alrededor de la ciudad fueron incendiados; no solo fueron destruidos los edificios, ni siquiera las tumbas, ni nada perteneciente a los dioses o a los hombres se salvó de su furia incontrolable.

[31.25] Al día siguiente, las puertas cerradas se abrieron de repente para admitir un cuerpo de tropas enviadas por Atalo desde Egina y por los romanos desde el Pireo. El rey retiró entonces su campamento a una distancia de unas tres millas de la ciudad. Desde allí marchó a Eleusis, con la esperanza de asegurarse mediante un golpe de mano el templo y la fortaleza que lo rodea y protege por todos lados. Sin embargo, al encontrarse con que los defensores estaban alerta y que la flota estaba de camino desde el Pireo para prestarles ayuda, abandonó su proyecto, marchó a Mégara y de allí directamente a Corinto. Al enterarse de que el Consejo de los aqueos estaba reunido en Argos, se presentó en la Asamblea de manera bastante inesperada. En aquel momento, estaban discutiendo la cuestión de la guerra con Nabis, tirano de los lacedemonios. Este reanudó las hostilidades cuando se traspasó el mando supremo de Filopemén a Ciclíadas, que en modo alguno era un jefe tan competente, y en vista de que los aqueos habían despedido a sus mercenarios, tras devastar los campos de sus vecinos estaba ahora amenazando sus ciudades. El consejo deliberaba sobre qué proporción de tropas debía proporcionar cada Estado para oponerse a este enemigo. Filipo prometió aliviarlos de cualquier temor por lo que hacía a Nabis y los lacedemonios; no solo protegería de sus correrías los territorios de sus aliados, sino que llevaría todo el terror de la guerra a Lacedemonia marchando allí con su ejército. Cuando estas palabras fueron recibidas con aplausos pasó a decir: *Sin embargo, si vuestros intereses van a ser protegidos con mis armas, es justo que los míos no queden sin defensa. Proporcionadme pues, si así lo aprobáis, una fuerza suficiente para guarnecer Óreo, Calcis y Corinto, para que con esta seguridad en mi retaguardia pueda hacer la guerra a Nabis y a los lacedemonios libre de riesgos.* Los aqueos no tardaron en detectar el motivo para hacer una promesa tan generosa y ofrecerles ayuda contra los lacedemonios. Vieron que su objetivo era sacar las fuerzas combatientes de los aqueos fuera del Peloponeso, como rehenes, y obligar así a su nación a una guerra con Roma. Ciclíadas, pretor de los aqueos, viendo que cualquier otro argumento resultaría irrelevante, observó simplemente que las leyes de los aqueos no permitían

discutir otros asuntos que no fueran aquellos para los que se había reunido el Consejo. Después haber aprobado un decreto para levantar un ejército que actuase contra Nabis, despidió al consejo que había presidido con valor e independencia, pese a que antes de aquel día había sido considerado como un firme partidario del rey. Filipo, cuyas muchas esperanzas es esfumaron de aquella manera, logró alistar unos cuantos voluntarios y después de esto regresó a Corinto, y de allí al Ática.

[31,26] Durante el tiempo en que Filipo estuvo en Acaya, Filocles, prefecto del rey, partió de Eubea con dos mil tracios y macedonios, con el propósito de asolar el territorio ateniense. Cruzó el paso de Citerón, en las cercanías de Eleusis, y allí dividió sus fuerzas. Mandó por delante una mitad para que devastaran los campos en todas direcciones, a la otra la ocultó en una posición adecuada para una emboscada de manera que, si se lanzaba un ataque desde el castillo de Eleusis contra los suyos, pudieran tomar a los asaltantes por sorpresa. Su emboscada, no obstante, fue descubierta, de modo que llamó de vuelta a los hombres que tenía dispersos, unión de nuevo sus fuerzas y lanzó un ataque contra la fortaleza. Después de un infructuoso intento, en el que muchos de sus hombres resultaron heridos, se retiró y se unió a Filipo que regresaba de Acaya. El propio rey lanzó un ataque sobre el mismo castillo, pero la llegada de naves romanas desde el Pireo y la llegada de refuerzos a la plaza, le obligaron a abandonar la empresa. Envió luego a Filocles, con una parte de su ejército, a Atenas; con el resto se dirigió a El Pireo con el fin de que, mientras Filocles mantenía a los atenienses dentro de su ciudad aproximándose a las murallas y amenazando con un asalto, él pudiera aprovechar la oportunidad de atacar El Pireo al quedarse con una débil guarnición. Pero el asalto al Pireo resultó ser tan difícil como el de Eleusis, ya que prácticamente las mismas tropas defendieron ambos. Abandonando el Pireo marchó rápidamente a Atenas. Aquí fue rechazado por una fuerza de infantería y caballería que desde la ciudad lo atacaron por sorpresa en el estrecho paso de las largas murallas en ruinas que conectan el Pireo con Atenas. En vista de que era inútil cualquier intento contra la ciudad, dividió su ejército con Filocles y se dedicó a devastar los campos. Sus primeras destrucciones se habían limitado a los sepulcros que rodeaban la ciudad; ahora decidió no dejar nada libre de profanación y dio órdenes para que se destruyeran e incendiaran los templos de los dioses que se habían consagrado en cada aldea. La tierra del Ática era famosa por aquel tipo de construcción tanto como por la abundancia de mármol nativo y el genio de sus arquitectos; por lo tanto, ofrecía abundante material para aquella furia destructora. No quedó satisfecho con el derrocamiento de los templos con sus estatuas, e incluso ordenó que se rompieran en pedazos los bloques de piedra para que no se pudieran reconstruir las ruinas. Cuando ya no quedaba nada sobre lo que su rabia, aún insatisfecha, pudiera descargarse, dejó los territorios enemigos y se dirigió a Beocia, no haciendo en Grecia nada más digno de mención.

[31.27] El cónsul Sulpicio estaba acampado por entonces junto al río Semeni en una posición que se extendía entre Apolonia y Dirraquio. Hizo volver a Lucio Apustio y lo envió con parte de sus fuerzas a devastar las fronteras del enemigo. Después de devastar las fronteras de Macedonia y capturar al primer asalto los puestos fortificados de Corrago, Gerrunio y Orgeso, Apustio llegó a Antipatrea, una ciudad situada en un estrecho desfiladero. En primer lugar, convocó a una entrevista a los hombres principales de la ciudad, tratando de persuadirlos para que se confiaran a los romanos. Confiando en el tamaño de su ciudad, sus fortificaciones y su fuerte posición, trataron sus propuestas con desprecio. Él, a continuación, recurrió a la fuerza y tomó el lugar por asalto. Después de dar muerte a los hombres adultos y permitir que los soldados se apoderasen de todo el botín, arrasó las murallas e incendió la ciudad. El temor a un trato similar provocó la rendición de Codrión, una ciudad bastante fuerte y fortificada, sin ofrecer ninguna resistencia. Se dejó allí un destacamento para guarnecer el lugar y se tomó Cnido al asalto, nombre más conocido como el de una ciudad de Asia. Cuando Apustio marchaba de regreso con el cónsul, llevando una considerable cantidad de botín, fue atacado al cruzar el río por un tal Atenágoras, uno de los prefectos de rey, sembrando la confusión en su retaguardia. Al oír los gritos y el tumulto, regresó al galope, hizo que

sus hombres dieran media vuelta, lanzaran los equipajes al centro de la columna y formaran su línea de combate. Los soldados del rey no resistieron la carga de los romanos, muriendo muchos y siendo los más hechos prisioneros. Apustio llevó íntegro de regreso a su ejército con el cónsul y se le envió de inmediato a reunirse con la flota.

[31,28] Al quedar marcado el inicio de la guerra por esta expedición victoriosa, varios príncipes y notables de los países fronterizos con Macedonia visitaron el campamento romano; entre ellos estaba Pléurato, el hijo de Escardiledo, Aminandro, rey de los atamanes, y Bato, el hijo de Longaro, que representaba a los dárdanos. Longaro había estado combatiendo por su propia cuenta contra Demetrio, el padre de Filipo. En respuesta a sus ofertas de ayuda, el cónsul dijo se valdría de los servicios de los dárdanos y de Pléurato cuando llevara su ejército a Macedonia. Acordó con Aminandro que este debía convencer a los etolios para que tomaran parte en la guerra. También habían venido embajadores de Atalo, a los que ordenó pedir al rey que se encontrase con la flota romana en Egina, donde invernaba, y que en unión de ella acosara a Filipo, como ya antes había hecho, mediante operaciones navales. Se enviaron, además, emisarios a los rodios animándolos a tomar parte en la guerra. Filipo, que había llegado ya a Macedonia, mostró no menos energía en disponer los preparativos para la guerra. Su hijo Perseo, un simple muchacho con quien había destinado algunos miembros de su Consejo para que lo dirigieran y aconsejaran, fue enviado a guarnecer el paso que conduce a la Pelagonia. Esciatos y Peparetos, ciudades de cierta importancia, fueron destruidas para que no pudieran enriquecer a la flota enemiga con su saqueo. Envió embajadores a los etolios para evitar que aquel pueblo, excitado por la llegada de los romanos, rompiera su alianza con él.

[31.29] El encuentro de la Liga Etolia, que ellos llaman Panetólica, se iba a celebrar el día señalado. Los enviados del rey apresuraron su viaje con el fin de llegar allí a tiempo; también estaba presente Lucio Furio Purpúreo como representante del cónsul, además de una delegación de Atenas. Se permitió hablar en primer lugar a los macedonios, pues el tratado con ellos era el último que se había establecido. Estos dijeron que, no habiendo surgido nuevas circunstancias, nada nuevo tenían que aducir sobre el tratado existente. Los etolios, habiendo aprendido por la experiencia cuán poco tenían que ganar de una alianza con los romanos, habían hecho la paz con Filipo y, una vez hecha, estaban obligados a mantenerla. *¿O es que preferís,* preguntó uno de los enviados, *copiar la falta de escrúpulos, por no decir la desvergüenza, de los romanos? Cuando vuestros embajadores estuvieron en Roma, la respuesta que recibieron fue "¿Por qué venís a nosotros, etolios, después de haber hecho la paz con Filipo sin nuestro consentimiento?" Y ahora esos mismos hombres nos insisten para que nos unamos a ellos en la guerra contra Filipo. Primeramente fingieron que tomaban las armas contra él en vuestro nombre y para protegeros, ahora os prohiben estar en paz con Filipo. En la primera guerra púnica marcharon a Sicilia con el pretexto de ayudar a Mesina; en la segunda, para librar a Siracusa de la tiranía cartaginesa y restaurar su libertad. Ahora, Mesina y Siracusa, y de hecho toda Sicilia, son sus tributarias: han reducido la isla a una provincia en la que ejercen poder absoluto de vida y muerte. Imaginaréis, supongo, que los sicilianos disfrutan de los mismos derechos que vosotros; que, al igual que vosotros celebráis vuestro propio consejo en Lepanto, bajo vuestras propias leyes y presididos por los magistrados que elegís, con total capacidad para formar alianzas y declarar la guerra a vuestro placer, ellos hacen igual en los consejos que celebran en las ciudades de Sicilia, en Siracusa, en Mesina o en Marsala. Pues no: un pretor romano dispone sus reuniones; es a convocatoria cuya cuando han de reunirse; a él ven emitir sus edictos desde su alta tribuna, como un déspota y rodeado por sus lictores; sus espaldas están amenazadas por la vara, sus cuellos por el hacha y cada año se les sortea a un amo diferente. Tampoco les debe ni puede extrañar esto, cuando ven ciudades de Italia como Regio, Tarento o Capua yacer postradas bajo la misma tiranía, por no hablar de aquellas, más próximas a Roma, sobre cuyas ruinas ha crecido su grandeza.*

Capua sobrevive, de hecho, como sepulcro y memorial de la nación campana: el propio pueblo, en realidad, está muerto o enterrado, o bien expulsado como exiliados. Es una ciudad sin cabeza ni extremidades, sin un senado, sin una plebe, sin magistrados, un portento antinatural sobre la tierra; dejarla habitable por los hombres fue un acto de mayor crueldad que haberla destruido completamente. Si hombres de una raza extranjera, aún más separados de vosotros por idioma, costumbres y leyes que por el mar y la tierra, consiguen dominar aquí, será locura e insensatez esperar que nada siga como hasta ahora. Creéis que la soberanía de Filipo es un peligro para vuestra libertad. Fueron vuestros propios actos los que le hicieron tomar las armas contra vosotros, y su único objetivo era conseguir una paz firme con vosotros. Todo lo que os pide hoy es que no quebréis esa paz. Una vez se familiaricen las legiones extranjeras con estas costas y postren vuestros cuellos bajo el yugo, buscaréis entonces en vano y demasiado tarde el apoyo de Filipo como aliado; tendréis a los romanos como amos vuestros. Etolios, acarnanes y macedonios se unen y separan solo por motivos leves y temporales; con los bárbaros y extranjeros todos los griegos han estado y siempre estarán en guerra; pues ellos son nuestros enemigos por naturaleza, y la naturaleza es inmutable; su hostilidad no se debe a causas que puedan variar de un día para otro. Pero voy a terminar donde comencé. Hace tres años que en este mismo lugar decidisteis hacer la paz con Filipo. Sois los mismos hombres que erais entonces, él es el mismo que era y los romanos que se oponían a ello son los mismos a quienes ahora molesta. Nada ha cambiado la Fortuna; no veo por qué debéis cambiar de opinión.

[31,30] A los macedonios siguieron, con el consentimiento y a petición de los propios romanos, los atenienses que, después del modo escandaloso en que se les había tratado, tenían todos los motivos para protestar contra la bárbara crueldad de Filipo. Se quejaban por la lamentable devastación y el saqueo de sus campos, pero sus quejas no eran por haber sufrido un trato hostil de un enemigo. Había ciertos usos de la guerra que se podían sufrir y hacer sufrir legalmente; la quema de cosechas, la destrucción de viviendas, la captura de hombres y ganado como botín, todo aquello provocaba el sufrimiento de quienes lo soportaban, pero no se consideraban una indignidad. De lo que se quejaban era de que el hombre que llamaba a los romanos extranjeros y bárbaros, había violado tan completamente toda ley, humana y divina, que en sus primeros ataques hizo una guerra impía contra los dioses infernales y en los siguientes contra los de las alturas. Todos los sepulcros y monumentos dentro de sus fronteras fueron destruidos, quedaron al descubierto los muertos en todas sus tumbas, sin que a sus huesos les cubriera ya la tierra. Había santuarios consagrados por sus antepasados en pequeñas aldeas y puestos fortificados, cuando vivían en los distritos rurales, que ni siquiera fueron abandonados o descuidados cuando se concentraron a vivir en una ciudad. Todos estos templos había entregado Filipo a las llamas sacrílegas; las imágenes de sus dioses, ennegrecidas, quemadas y mutiladas, yacían entre los caídos pilares de sus templos. Lo que había hecho a la tierra del Ática, famosa con justicia una vez por su belleza y su riqueza, si se le permitía, lo haría a Etolia y a toda Grecia. La propia Atenas habría quedado igualmente desfigurada, de no haber llegado los romanos en su rescate, pues la misma ira impía le llevaba contra los dioses que habitaban en la ciudad: Minerva, la protectora de la ciudadela, la Ceres de Eleusis y a Júpiter y a Minerva en el Pireo. Sin embargo, había sido rechazado por la fuerza de las armas no sólo de sus templos, sino incluso de las murallas de la ciudad, y había vuelto su furia salvaje contra aquellos santuarios cuya santidad era su única protección. Cerraron con una ferviente apelación a los etolios, para que se compadecieran de los atenienses y participaran en la guerra bajo la guía de los dioses inmortales y de los romanos, que después de los dioses eran quienes más poder poseían.

[31,31] A continuación, el legado romano habló así: *Los macedonios, y después los atenienses, me obligan a alterar completamente el discurso que iba a hacer. Yo venía para protestar por los actos ilegales de Filipo contra todas las ciudades de nuestros aliados, pero los macedonios, con las acusaciones que han hecho contra Roma, me han convertido más en defensor*

que en acusador. Luego los atenienses, nuevamente, al relatar sus crímenes impíos e inhumanos contra los dioses de lo alto y de lo profundo, nada han dejado que yo, o cualquier otro, puedan presentar en su contra. Considerad que las mismas cosas han dicho los habitantes de Cíos y Abidos, los de Eno, los maronitas, los tasios, los nativos de Paros y Samos, de Larisa y Mesene, y de aquí, en la Acaya; todos se quejan de actos similares o incluso más graves, pues tuvo más ocasión de dañarles. En cuanto a las acciones que él ha presentado como crímenes en nuestra contra, admitiré francamente que no se pueden defender, a menos que se consideren dignas de gloria. Mencionó, como ejemplos, Regio, Capua y Siracusa. En el caso de Regio, los propios habitantes nos pidieron durante la guerra contra Pirro que enviásemos una legión para protegerles, y los soldados, perpetrando una conspiración criminal, se apoderaron por la fuerza de la ciudad a la que se les envió a defender. ¿Aprobamos, entonces, sus actos? Por el contrario ¿acaso no adoptamos medidas militares contra los criminales y, cuando los tuvimos en nuestro poder, no los obligamos a dar satisfacción a nuestros aliados azotándolos y ejecutándolos?, ¿y no devolvimos a los reginos su ciudad, sus tierras y todas sus propiedades junto con su libertad y sus leyes?. En cuanto a Siracusa, cuando estaba oprimida por tiranos extranjeros, una humillación aún mayor, vinimos en su ayuda y pasamos tres largos años lanzando ataques por mar y tierra contra sus casi inexpugnables fortificaciones. Y aunque los propios siracusanos ya preferían seguir como esclavos bajo la tiranía a que la ciudad fuese capturada por nosotros, la tomamos y las mismas armas que efectuaron su captura aseguraron su libertad. Y, al mismo tiempo, no negamos que Sicilia es una de nuestras provincias, ni que las ciudades que se pusieron del lado de los cartagineses y los instaron a guerrear contra nosotros son ahora tributarias y nos pagan impuestos. No lo niego, al contrario, deseamos que vosotros y todo el mundo sepa que cada cual ha tenido de nosotros el trato que ha merecido. Igual fue con Capua. ¿Suponéis que lamentamos el castigo impuesto a los campanos, castigo del que ni ellos mismos pueden convertir en motivo de queja?. En su nombre guerreamos contra los samnitas durante casi setenta años y durante aquel tiempo sufrimos graves derrotas; nos unimos con ellos mediante un tratado, luego mediante matrimonios mixtos y, por último, por la ciudadanía común. Y sin embargo, estos hombres fueron los primeros de todos los pueblos de Italia en aprovecharse de nuestras dificultades y pasarse con Aníbal después de masacrar a nuestra guarnición; después, en venganza por nuestro asedio, lo mandaron a atacar Roma. Si ni su ciudad ni uno solo de sus habitantes hubiera sobrevivido, ¿quién podría indignarse por su destino o acusarnos de haber adoptado medidas más duras de las que merecían? Aquellos a quienes su conciencia de culpa llevó al suicidio fueron más numerosos que los castigados por nosotros; y aunque privamos a los supervivientes de su ciudad y territorios, se les dio tierra y un lugar para morar. La misma ciudad no nos había ofendido y la dejamos intacta, tanto es así que cualquiera que la contempla hoy en día no encuentra rastro alguno de que haya sido asaltada y capturada.

¿Pero por qué hablo de Capua, cuando incluso a la conquistada Cartago hemos dado la paz y la libertad? Más bien corremos el peligro de que, al mostrar demasiada indulgencia sobre los vencidos, les incitemos aún más a probar fortuna haciéndonos la guerra. Vaya todo esto en defensa de nuestra conducta. En cuanto a las acusaciones contra Filipo: las masacres en su propia familia, los asesinatos de sus parientes y amigos, su lujuria casi más inhumana que su crueldad, vosotros que vivís más próximos a Macedonia sabéis más sobre todo ello. En cuanto a vosotros, etolios, hicimos la guerra contra él por vosotros y vosotros hicisteis la paz con él sin nosotros. Quizá diréis que, como estábamos completamente ocupados con la guerra púnica, os visteis obligados a aceptar los términos de paz del hombre cuyo poder, por entonces, estaba en ascenso; y que nosotros, tras abandonar vosotros las hostilidades, también cesamos en ellas por reclamarnos asuntos más graves. Ahora, sin embargo, que por el favor de los dioses ha terminado la guerra púnica, hemos descargado toda nuestra fuerza sobre Macedonia y se os ofrece la oportunidad de ganar nuevamente nuestra amistad y apoyo, a no ser que prefiráis perecer con Filipo en vez de vencer junto a los romanos.

[31.32] A la conclusión de este discurso, el sentir general era favorable a los romanos. Damócrito, el pretor de los etolios, del que se rumoreaba que había sido sobornado por el rey, se negó a apoyar a cualquiera de los lados. *En asunto de tan graves consecuencias*, dijo, *nada es tan fatal para tomar una sabia decisión como hacer las cosas con precipitación. A esta le sigue el arrepentimiento que, sin embargo, resulta tan tardío como inútil; no se puede volver atrás de las decisiones que se toman rápida y apresuradamente, ni se puede deshacer el daño.* Él era de la opinión de que se debía dejar un tiempo para permitir una madura consideración, y que ese tiempo podría ser fijado allí mismo sobre la siguiente base: Como, por ley, les estaba prohibido discutir cuestiones sobre la paz y la guerra en ningún otro lugar más que en el consejo Panetólico o de las Termópilas, debían aprobar enseguida un decreto eximiendo al pretor de toda culpa si convocaba un consejo cuando él pensase que había llegado el momento de presentar la cuestión de la paz y la guerra, y los decretos de tal consejo tendrían la misma fuerza y validez que si hubieran sido aprobados en un consejo Panetólico o de las Termópilas. Después que el asunto quedara aplazado, se despidió a los embajadores y Damócrito declaró que aquella decisión era favorable en alto grado para la nación, pues podrían unirse a cualquiera que fuese el bando que disfrutase de mejor fortuna en la guerra. Aquellos fueron los sucesos en el consejo Panetólico.

[31,33] Filipo estaba vigorosos preparativos tanto por tierra como por mar. Concentró sus fuerzas navales en Demetrias, en Tesalia, pues esperaba que Atalo y la flota romana se moverían de Egina al comienzo de la primavera. Heráclides siguió al mando de la flota y de la costa, como antes. Dirigió en persona la concentración de sus fuerzas terrestres, animado por la creencia de que había privado a los romanos de dos importantes aliados: por una parte los etolios, y por otra a los dárdanos, pues el desfiladero de Pelagonia estaba cerrado por su hijo Perseo. En aquel momento, el cónsul no se estaba preparando para la guerra, sino que ya estaba haciéndola. Condujo su ejército a través del territorio de los dasarecios, llevando con ellos, sin tocarlo, el grano que había sacado de sus cuarteles de invierno, pues los campos por los que marchaban les suministraban todo el que precisaban. Algunas de las ciudades y pueblos en su ruta se entregaron voluntariamente, otros por temor, algunos fueron tomados al asalto, otros se encontraron abandonados, habiendo huido sus habitantes a las montañas vecinas. Estableció un campamento permanente en Linco, cerca del río Molca, enviando desde allí partidas a recoger grano de los hórreos de los dasarecios.

Filipo veía la consternación de la población de los alrededores y su pánico pero, no sabiendo dónde estaba el cónsul, envió un ala de caballería a practicar un reconocimiento y averiguar en qué dirección marchaba el enemigo. El cónsul estaba en la misma oscuridad, sabía que el rey había salido de sus cuarteles de invierno pero, ignorante de su paradero, envió también caballería a reconocer el terreno. Habiéndose alejado durante un tiempo considerable cada partida, a lo largo de caminos desconocidos en territorio dasarecio, finalmente tomaron el mismo camino. Al escuchar en la distancia el sonido de los hombres y los caballos acercándose, ambos se percataron de que se acercaba un enemigo. Así, antes de que llegaran a la vista el uno del otro, habían dispuesto caballos y armas, cargando en cuanto divisaron a su enemigo. No estaban desigualmente enfrentados, ni en número ni en valor, pues cada destacamento estaba compuesto por hombres escogidos; sostuvieron la lucha durante algunas horas hasta que el agotamiento de hombres y caballos detuvo el combate sin que la victoria fuese para ningún bando. Cayeron cuarenta de los macedonios y treinta y cinco de los romanos. Ninguna de las partes obtuvo información alguna sobre el paradero del campamento de sus adversarios, que pudieran llevar de vuelta al cónsul o al rey. Esta información fue transmitida, en última instancia, por los desertores, una clase de personas cuyo poco carácter hace que, en todas las guerras, desean desde el principio proporcionar información útil sobre el enemigo.

[31.34] Pensando que se ganaría el afecto de sus hombres, y los dispondría mejor a afrontar el

peligro en su nombre, si ponía especial atención en el entierro de los jinetes caídos en la acción de caballería, ordenó que los cuerpos fuesen llevados al campamento para que todos pudiesen contemplar los honores tributados a los muertos. Pero nada es tan incierto o tan difícil de medir como el ánimo de la multitud. Aquello que esperaba les hiciera más proclives a afrontar cualquier combate, solo les inspiró duda y temor. Los hombres de Filipo se habían acostumbrado a pelear contra griegos e ilirios, y sólo habían contemplado las heridas producidas por jabalinas y flechas, y en raras ocasiones por lanzas. Pero cuando vieron los cuerpos desmembrados con la espada hispana: brazos cortados, hombro incluido, cabezas separadas del tronco con el cuello totalmente seccionado, intestinos expuestos y otras terribles heridas, reconocieron la clase de armas y de hombres contra los que habían de luchar, y un estremecimiento de horror corrió por las filas. Incluso el propio rey sintió temor, pues aún no se había enfrentado a los romanos en combate abierto, y con objeto de aumentar sus fuerzas llamó a su hijo de vuelta junto a las tropas situadas en el paso de Pelagonia, dejando así abierta la vía a Pléurato y a los dárdanos para la invasión de Macedonia. Avanzó ahora contra el enemigo con un ejército de veinte mil infantes y cuatro mil jinetes, llegando a una colina cercana a Ateo, donde se atrincheró con foso y empalizada como a una milla del campamento romano. Se dice que al mirar hacia abajo y contemplar con admiración el aspecto del campamento en su conjunto, así como sus diversas secciones delimitadas por las filas de tiendas y las vías que las cruzaban, exclamó: *Nadie podría considerar aquel un campamento de bárbaros.* Durante dos días enteros, el rey y el cónsul mantuvieron acampados sus respectivos ejércitos, cada uno esperando que el otro atacase. Al tercer día, el general romano condujo todas sus fuerzas a la batalla.

[31.35] El rey, sin embargo, tenía miedo de arriesgar un enfrentamiento general tan pronto, y se contentó con enviar una avanzada de cuatrocientos tralos, una tribu iliria, como ya explicamos antes, y trescientos cretenses, añadiendo a estos el mismo número de jinetes al mando de Atenágoras, uno de los nobles de su corte, para desafiar a la caballería enemiga. Los romanos, cuyo frente formaba a unos quinientos pasos de distancia, situaron por delante a sus vélites y a dos alas de caballería, de manera que el número de sus hombres, montados y desmontados, igualaba a los del enemigo. Las tropas del rey esperaban el tipo de lucha con el que estaban familiarizados: la caballería haciendo cargas y retirándose, lanzando en cierto momento sus proyectiles para luego galopar a la retaguardia; los ilirios se aprovecharían de su velocidad con bruscas y rápidas cargas, y los cretenses descargarían sus flechas sobre el enemigo cuando se lanzara en desorden al ataque. Pero esta táctica de combate quedó completamente desbaratada por el método de ataque romano, que resultó tan sostenido como feroz. Estos lucharon con tanta constancia como si participara todo el ejército; los vélites, tras descargar sus jabalinas, cerraron cuerpo a cuerpo con sus espadas; la caballería, una vez hubo llegado hasta el enemigo, detuvo sus caballos y luchó, unos montados y otros desmontados, ocupando sus lugares entre la infantería. En estas condiciones, la caballería de Filipo, no habituada a un combate estático, no resultó enemiga para la caballería romana, y su infantería, entrenada para escaramucear en orden abierto y sin la protección de la armadura, estaba a merced de los vélites, que con sus espadas y escudos estaban igualmente preparados para la defensa como para el ataque. Incapaces de sostener el combate, se retiraron a la carrera a su campamento, confiados solo en su velocidad.

[31.36] Tras dejar pasar un día, el rey decidió poner en acción a toda su caballería y tropas ligeras. Durante la noche, ocultó un destacamento de soldados equipados con cetra, a quienes llaman peltastas[1], en una posición entre ambos campamentos bien situada para una emboscada. Ordenó a Atenágoras y a su caballería que, en caso de que la batalla se desarrollase en su favor,

1 Tanto la cetra, de etimología latina, como la pelta, de etimología griega, son escudos ligeros de cuero, mimbre o madera recubierta de cuero, de entre 50 y 70 cm de diámetro; en el caso griego, además, solía tener forma de media luna crecida.-N. del T.

presionara para obtener ventaja; de lo contrario, que cediera terreno lentamente y llevara al enemigo hasta donde estaba dispuesta la emboscada. La caballería se retiró, pero los oficiales de la cohorte cetrada no esperaron lo bastante a que se diera la señal y, haciendo avanzar a sus hombres antes del momento adecuado, perdieron su oportunidad de vencer. Los romanos, victoriosos en combate abierto y a salvo del peligro de la emboscada, regresaron al campamento. Al día siguiente, el cónsul salió a la batalla con todas sus fuerzas. Delante de su línea situó algunos elefantes, que los romanos empleaban como apoyo por primera vez, de los capturados en la guerra púnica. Cuando vio que el enemigo se mantenía en calma tras sus empalizadas, subió a cierto terreno elevado, llegando incluso cerca de su valla y se burló de ellos por su miedo. Ni siquiera entonces se le ofreció ocasión de combatir, y como el forrajeo no resultaba en modo alguno seguro mientras los campamentos estuvieran tan próximos, pues la caballería de Filipo podía atacar a sus hombres cuando estaban dispersos por los campos, trasladó su campamento a un lugar llamado Otolobo, a unas ocho millas de allí, para proporcionar más seguridad a sus forrajeadores al aumentar la distancia. Mientras los romanos se encontraban recolectando grano en los alrededores de su campamento, el rey mantuvo a sus hombres detrás de su empalizada para que el enemigo se volviera más atrevido y descuidado. Cuando los vio dispersarse, partió con toda su caballería y los auxiliares cretenses a paso tan rápido que solo los más veloces de los infantes pudieron mantenerse a la par con los jinetes. Al llegar a una posición entre los forrajeadores y su campamento, dividió su fuerza. Una parte fue enviada en persecución de los forrajeadores, con órdenes de no dejar un solo hombre vivo; con la otra tomó posiciones sobre los distintos caminos por los que el enemigo habría de regresar a su campamento. Ya caían y huían los hombres en todas partes, sin que ninguno hubiera llegado todavía al campamento romano con noticias de la catástrofe, pues los que huían de allí caían en manos de las tropas del rey, que les estaban esperando; murieron más a manos de los que bloqueaban los caminos que de los que habían sido enviados en su persecución. Por fin, algunos que habían logrado eludir al enemigo llevaron al campamento, en su excitación, más confusión que información concreta.

[31.37] El cónsul ordenó a su caballería que acudiera, donde le fuera posible, al rescate de sus camaradas, sacando al mismo tiempo a las legiones fuera del campamento y marchando en orden cerrado contra el enemigo. Algunos de los jinetes se perdieron por los campos, por culpa de los gritos que surgían de diferentes lugares, otros se encontraron cara a cara con el enemigo y comenzaron los enfrentamientos en varios puntos al mismo tiempo. Fueron más enconados donde estaba situado el rey, pues debido a su número, tanto de infantería como de caballería, casi formaban un ejército regular; al ocupar el camino central, la mayoría de los romanos se encontraron con ellos. Los macedonios, además, tenían la ventaja de la presencia del rey para animarlos, mientras que los auxiliares cretenses, en orden cerrado y dispuestos al combate, herían por sorpresa a muchos de sus oponentes, quienes se encontraban dispersos sin ningún orden o formación. Si hubiesen contenido en su persecución, no solo habrían alcanzado la gloria en aquella batalla, sino que habían influido enormemente en el curso de la guerra. Tal como fueron las cosas, se dejaron llevar por la sed de sangre y se encontraron con las cohortes romanas que avanzaban y con sus tribunos militares; también la caballería, en cuanto vio los estandartes de sus camaradas, volvió sus caballos contra el enemigo que estaba ahora desordenado y en un momento se invirtió la fortuna del día: los que habían sido los perseguidores daba ahora la vuelta y huían. Muchos murieron en combates cuerpo a cuerpo y muchos al huir; no todos perecieron por la espada, algunos fueron empujados a los pantanos y succionados con sus caballos por el lodo sin fondo. Hasta el rey se vio en peligro, pues fue arrojado al suelo por su caballo herido y enloquecido, y casi aplastado al caer. Debió su salvación a un jinete que descabalgó de inmediato y puso al atemorizado rey sobre su propio caballo; aquel, al no poder seguir su huida a pie junto a la caballería, fue alanceado por el enemigo que había cabalgado hasta donde cayó el rey. Filipo galopó rodeando el pantano y se abrió camino, en su precipitada fuga, a través de senderos y lugares sin caminos hasta alcanzar la seguridad de su campamento, donde la mayoría de los hombres le había dado por perdido.

Doscientos macedonios perecieron en esa batalla, un centenar fueron hechos prisioneros y se capturaron ochenta caballos bien equipados junto a los despojos de sus jinetes caídos.

[31,38] Hubo algunos que aquel día culparon al rey de temeridad y al cónsul de falta de energía. Decían que Filipo tendría que haberse mantenido en calma, pues sabía que el enemigo habría devastado en pocos días toda la comarca de grano y tendría total falta de provisiones. El cónsul, por otra parte, tras derrotar a la caballería y la infantería ligera enemigas, y casi capturar al mismo rey, debería haber marchado de inmediato contra el campamento enemigo; este estaba demasiado desmoralizado como para presentar resistencia y la guerra podría haber finalizado en aquel momento. Como la mayoría de las veces, esto era más fácil decirlo que hacerlo. Si el rey hubiera entrado en combate con toda su infantería, es posible que pudiera haber perdido su campamento tras ser completamente derrotado y huir del campo de batalla en total desorden hacia aquel, continuando luego su huida cuando el enemigo irrumpiese a través de sus fortificaciones. Pero como las fuerzas de infantería en el campamento se mantuvieron intactas, y los puestos de avanzada y los vigías seguían en sus puestos, ¿qué habría ganado el cónsul, aparte de imitar la temeridad del rey en su alocada persecución de la caballería derrotada? Tampoco podía encontrarse fallo alguno en el plan del rey de atacar a los forrajeadores mientras estaban dispersos por los campos, si se hubiera contentado con aquella victoria. Que hubiera tentado a la fortuna como lo hizo no es nada sorprendente, pues ya corrían rumores de que Pléurato y los dárdanos habían invadido Macedonia con una fuerza inmensa. Si tales fuerzas llegaban a rodearle, bien podría creerse que los romanos darían término a la guerra sin moverse un paso. Tras las dos fallidas acciones de caballería, Filipo pensó que correría un riesgo considerable quedándose más tiempo en su campamento. Como deseaba ocultar su partida al enemigo, envió un emisario con caduceo justo antes del atardecer para solicitar un armisticio con el propósito de enterrar a los muertos. Habiendo engañado así al enemigo, salió durante la segunda guardia en completo silencio y dejando numerosos fuegos encendidos por todo el campamento.

[31.39] El cónsul estaba descansando cuando le dieron noticia de la llegada del heraldo y el motivo de su venida. Toda su respuesta fue que se le concedería una entrevista a la mañana siguiente. Esto era justo lo que Filipo quería, pues le concedía toda la noche y parte del día siguiente para alejarse de su oponente. Tomó el camino por las montañas, por la que sabía que no se atrevería el general romano con su pesada columna. Al amanecer, el cónsul concedió el armisticio y despidió al heraldo; no mucho después, se dio cuenta de que el enemigo había desaparecido. Sin saber en qué dirección seguirlo, pasó unos días en el campamento recolectando grano. Marchó después a Bucinsko Kalé [la antigua Stuberra, junto al río Erígono, el actual Tcherna, en Macedonia.-N. del T.], donde reunió el trigo que hizo traer desde los campos de Pelagonia. Desde allí avanzó a Pluina sin haber descubierto hasta entonces la ruta que había tomado el enemigo. Filipo, en un primer momento, fijó su campamento en Bruanio, y luego avanzó por caminos transversales, provocando una repentina alarma en el enemigo. Los romanos, en consecuencia, abandonaron Pluina y acamparon junto al río Osfago. El rey levantó su campamento no lejos de allí, junto a un río que los nativos llaman Erígono, levantando su empalizada a lo largo de la orilla. Entonces, habiéndose asegurado definitivamente de que los romanos tenían intención de marchar hacia Eordea, decidió anticipárseles y ocupar un estrecho paso con el propósito de imposibilitar que el enemigo lo cruzara. Lo obstaculizó en varias formas: en algunas partes con empalizadas, en otras con fosos, en otras con piedras apiladas a modo de muralla y en otros lugares con troncos de árboles según permitiera la naturaleza del suelo o de los materiales disponibles, hasta que pensó haber conseguido convertir un camino ya de por sí difícil en absolutamente infranqueable con los obstáculos que había situado en cada salida. El país era sobre todo boscoso, difícil para que las tropas maniobraran, en especial la falange macedónica, pues a menos que pueda levantar una especie de empalizada con sus extraordinariamente largas lanzas, que sitúan frente a sus escudos y que precisan de mucho espacio

libre, no resulta de utilidad. Los tracios con sus picas, que también eran de una longitud enorme, se veían obstaculizados e impedidos en todas partes por las ramas. La cohorte cretense fue la única que resultó de alguna utilidad, y esto solo en muy limitada medida, pues aunque cuando era atacada por una caballería sin protección podían descargar sus flechas con efectividad, sus proyectiles no tenían fuerza suficiente para penetrar los escudos romanos ni estos dejaban expuestas suficientes partes del cuerpo a las que pudieran apuntar. Encontrar, pues, inútil aquel modo de ataque, arrojaron sobre el enemigo las piedras que yacían por todo el valle. Esto provocó más ruido que daño, pero el batir contra sus escudos detuvo el avance de los romanos durante unos minutos. Pronto dejaron de prestarles atención y algunos de ellos, formando la tortuga, se abrieron paso entre el enemigo que tenían al frente mientras otros, dando un corto rodeo, ganaron la cresta de la colina y arrojaron a vigías y destacamentos macedonios de sus puestos de observación. Degollaron a la mayoría, al resultar casi imposible la huida en un terreno tan lleno de obstáculos.

[31.40] Así se pudo franquear el paso, con menos dificultad de lo que habían supuesto, entrando en el territorio de Eordea. Después de asolar los campos en todas direcciones, el cónsul se trasladó a Elimia. Aquí lanzó un ataque contra Orestis y se aproximó a la ciudad de Kastoria. Esta estaba situada en una península, las murallas estaban rodeadas por un lago y solo había un camino al territorio adyacente, sobre una estrecha lengua de tierra. Al principio, los ciudadanos, confiados en su posición, cerraron sus puertas y rechazaron las conminaciones a rendirse. Sin embargo, cuando vieron los estandartes avanzando y a las legiones marchando bajo la tortuga hasta la puerta, y la estrecha lengua de tierra cubierta por la columna enemiga, se descorazonaron y se rindieron sin arriesgar una batalla. Desde Kastoria penetró en territorio dasarecio y tomó al asalto la ciudad de Pelión. Se llevó los esclavos y el resto del botín, pero liberó sin rescate a los ciudadanos libres y les devolvió su ciudad tras poner en ella una fuerte guarnición. Su posición era muy apropiada para servirle como base de operaciones contra Macedonia. Después de recorrer así el país enemigo, el cónsul regresó a territorio amigo y llevó sus fuerzas de regreso a Apolonia, que había sido el punto de partida de su campaña. Filipo había sido reclamado por los etolios, la Atamanes, los dárdanos y los numerosos conflictos que habían estallado en diferentes lugares. Ya se estaban retirando los dárdanos de Macedonia cuando envió a Atenágoras, con la infantería ligera y la mayor parte de la caballería, para atacarlos por la retaguardia cuando se retiraban y, acosando así su retirada, hacerlos menos dispuestos a enviar sus ejércitos fuera de sus fronteras. En cuanto a los etolios, el pretor Damócrito, que les había aconsejado en Lepanto retrasar su resolución sobre la guerra, les había instado encarecidamente, en su siguiente consejo, a que tomaran las armas después de todo lo que había sucedido -el combate de caballería en Otolobo, la invasión de Macedonia por los dárdanos y Pléurato junto a los ilirios y, especialmente, la llegada de la flota romana a Óreo y la certeza de que Macedonia, acosada por todos aquellos estados, estaba bloqueada por mar.

[31,41] Estas consideraciones devolvieron a Damócrito y a los etolios al lado de los romanos, y en unión de Aminandro, el rey de los atamanes, se dirigieron a asediar Cercinio. Los ciudadanos habían cerrado sus puertas, no está claro si fue espontáneamente o bajo amenazas, pues las tropas de Filipo guarnecían el lugar. Sin embargo, en pocos días se tomó e incendió Cercinio, y todos los que sobrevivieron a la completa masacre, tanto ciudadanos libres como esclavos, fueron llevados junto al resto del botín. El temor a un destino similar llevó a los habitantes de todas las ciudades alrededor de las marismas de Bebe a dejar sus ciudades y marchar a las montañas. No habiendo más posibilidad de botín, los etolios dejaron aquella parte del país y se dispusieron a entrar en Perrebia. Aquí tomaron Cirecia al asalto y la saquearon sin piedad. La población de Malea se entregó voluntariamente y fue admitida en la Liga Etolia. Aminandro aconsejó ir de Perrebia a Gonfos, ciudad que estaba cerca de Atamania y de la que pensaba que se podría tomar sin demasiada lucha. Los etolios, sin embargo, preferían saquear y se dirigieron a las fértiles llanuras de Tesalia. Aminandro los acompañó, aunque él no estaba de acuerdo con la forma desordenada en que

efectuaron sus correrías ni su modo descuidado de levantar su campamento de cualquier manera, sin tomarse la molestia de escoger una buena posición ni fortificarse apropiadamente. Temía que su imprudencia y descuido pudieran suponer un desastre para él y sus hombres, y al verlos asentar su campamento en un terreno abierto y llano, por debajo de la colina en que se levantaba la ciudad de Farcadón, se apoderó de cierto lugar elevado a poco más de una milla, que precisaba de muy poca fortificación para resultar seguro. Excepto porque continuaban con sus saqueos, los etolios parecían haberse olvidado de que se hallaban en territorio enemigo; algunos deambulaban sin armas, otros convertían el día en noche mediante el vino y el sueño, dejando el campamento completamente desguarnecido.

De repente, cuando nadie lo esperaba, se presentó Filipo. Algunos de los que estaban por los campos se apresuraron a regresar y anunciar su aparición, quedando terriblemente consternados Damócrito y los demás generales. Resultó ser mediodía, cuando la mayor parte de los soldados estaban dormitando después de la pesada comida. Sus oficiales les despertaron, ordenaron armarse a algunos y enviaron otros a llamar de vuelta a las partidas de saqueo que estaban dispersas por los campos. Tan grande fue la prisa y la confusión que algunos jinetes partieron sin sus espadas y la mayoría sin haberse colocado su armadura. Enviados, así pues, a toda prisa, apenas seiscientos de entre infantería y caballería se enfrentaron a la caballería del rey, que les superaba en número, equipamiento y moral. Naturalmente, fueron derrotados al primer choque y, después de oponer apenas ninguna lucha, rompieron en una cobarde huida y se dirigieron a su campamento. Muchos de los que fueron aislados de su cuerpo principal por la caballería resultaron muertos o capturados.

[31,42] Ya estaban sus hombres llegando a la empalizada enemiga cuando Filipo ordenó que se tocara retirada, pues tanto los hombres como los caballos estaban cansados, no tanto por la lucha como por la duración y extraordinaria celeridad de su marcha. Se ordenó a las turmas de caballería y manípulos de infantería ligera que se turnasen para conseguir agua y comer; mantuvo a los demás, armados, en sus posiciones y esperando al cuerpo principal de infantería, que debido al peso de sus armaduras marchaba con más lentitud. Cuando estos llegaron, recibieron la orden de plantar sus estandartes, descansar sus armas y tomar una comida apresurada mientras dos o tres, como mucho, de cada manípulo eran enviados en busca de agua. La caballería y la infantería ligera, entre tanto, estaban en posición y dispuestas ante cualquier movimiento del enemigo. En ese momento, la multitud de etolios que había estado diseminada por los campos se había reunido en su campamento y dispusieron tropas alrededor de las puertas y la empalizada, como si se dispusieran a defender sus líneas. Contemplaban con fiereza al inmóvil enemigo desde la seguridad, pero en cuanto los macedonios se pusieron en movimiento y dieron en avanzar hacia su campamento, completamente dispuestos al combate, abandonaron rápidamente sus posiciones y escaparon por la puerta hacia la parte trasera del campamento, en dirección al promontorio donde estaba el campamento de los atamanes. También en esta precipitada fuga resultaron muertos o prisioneros muchos etolios. Filipo consideraba que, de haber quedado bastante luz, habría podido también privar a los atamanes de su campamento; pero el día se había consumido, primero en la batalla y después en el saqueo del campamento etolio. Así pues, asentó su posición en el terreno llano cerca de la colina y se preparó para atacar al amanecer. Sin embargo, los etolios, que no se habían recuperado del terror con el que habían abandonado su campamento, huyeron en diversas direcciones durante la noche. Aminandro demostró serles de gran ayuda; bajo su mando, los atamanes que estaban familiarizados con las rutas sobre las cumbres de las montañas les condujeron hasta Etolia por caminos desconocidos para el enemigo, que les seguía en su persecución. Solo unos pocos, que se habían perdido en su huida apresurada, cayeron en manos de la caballería que envió Filipo, al ver que habían abandonado el campamento, para hostigar su retirada.

[31,43] Atenágoras, el prefecto de Filipo, alcanzó en el ínterin a los dárdanos que se retiraban tras sus fronteras y provocó gran confusión en la retaguardia de su columna. Estos se dieron la

vuelta y formaron su línea de combate, produciéndose una batalla en la que ninguno ganó ventaja. Cuando los dárdanos volvieron a avanzar, la caballería y la infantería ligera del rey siguió acosándolos, pues no tenían fuerzas de aquel mismo tipo para protegerles y su armamento les estorbaba. El mismo terreno, además, se mostraba favorable a los asaltantes. En realidad murieron muy pocos, pero hubo muchos heridos; no se tomaron prisioneros, pues se guardaron mucho de abandonar sus filas y mantenían el combate, durante la retirada, en orden cerrado. De este modo, Filipo, tanto por su audaz iniciativa como por el éxito de sus resultados, se enfrentó a ambas naciones mediante sus bien calculados movimientos, compensando así las pérdidas que había sufrido en la guerra con Roma. Un incidente que se produjo posteriormente le dio una ventaja adicional al disminuir el número de sus enemigos etolios. Escopas, uno de sus notables, que había sido enviado por el rey Tolomeo desde Alejandría con una cantidad considerable de oro, llevó a Egipto un ejército mercenario consistente en seis mil infantes y quinientos jinetes. No habría dejado en Etolia ni un hombre en edad militar si Damócrito no hubiera conservado alguno de aquellos jóvenes en casa recordándoles con severidad la guerra que se aproximaba y la despoblación en que quedaría el país. No está claro si su acción fue dictada por el patriotismo o por enemistad personal contra Escopas, que no lo había sobornado. Tales fueron las diferentes empresas a las que se enfrentaron los romanos y Filipo durante este verano.

[31.44] Fue a principios de este verano cuando la flota, bajo el mando de Lucio Apustio, partió de Corfú y, tras rodear el cabo de Malea, se reunió con la de Atalo cerca de Escileo, un lugar situado en el territorio de Hermíone. Ante esto, los atenienses, que durante mucho tiempo habían temido mostrar su hostilidad a Filipo demasiado abiertamente, ante la perspectiva de una ayuda inmediata dieron ahora rienda suelta a su ira contra él. Nunca hay falta de lenguas para agitar al populacho. Esta clase de personas prosperan sobre el aplauso de la multitud y se encuentran en todos los Estados libres, particularmente en Atenas, donde la oratoria ha tenido tanta influencia. Se presentó una propuesta, y se aprobó de inmediato por el pueblo, para que todas las estatuas y bustos de Filipo y de todos sus antepasados, hombres y mujeres por igual, junto con sus inscripciones, fueran retiradas y destruidas; los festivales, sacrificios y sacerdotes instituidos en su honor o el de sus predecesores serían abolidos; también se execraría todo lugar en que se hubiera erigido o inscrito algo en su honor, y nada de lo que la religión consideraba que solo se podía situar en lugar consagrado, podría ser construido o erigido en tales lugares. En cada ocasión en la que los sacerdotes públicos ofrecieran oraciones por el pueblo de Atenas y por los ejércitos y flotas de sus aliados, deberían siempre invocar solemnes maldiciones sobre Filipo, sus hijos y su reino, sobre todas sus fuerzas, terrestres y navales, y sobre toda la nación de los macedonios. Se decretó, además, que si alguien en el futuro presentase cualquier medida para marcar con la ignominia a Filipo, los atenienses la deberían adoptar de inmediato, y que si alguno, de palabra u obra, intentara vindicarlo o hacerle honor, se consideraría justificado al hombre que le diera muerte por hacerlo. Por último, se dispuso que todos los decretos que ya se habían promulgado contra Pisístrato fueran también efectivos contra Filipo. Fue con las palabras con lo que los atenienses hicieron la guerra a Filipo, pues solo en aquellas residía su fuerza.

[31.45] Cuando Atalo y los romanos llegaron al Pireo, se quedaron allí unos días y luego partieron hacia Andros con una pesada carga de decretos tan extravagantes en las abalanzas de sus amigos como en sus expresiones indignadas contra su enemigo. Llegaron al puerto de Gaurio y mandaron emisarios, para tantear el sentir de los ciudadanos y ver si preferían una rendición voluntaria o experimentar la fuerza. Les respondieron que no eran dueños de sí mismos, pues la plaza estaba en poder de tropas de Filipo. Así pues, se desembarcaron las tropas y se hicieron los preparativos habituales; el rey se acercó a la ciudad por un lado y el general romano por el otro. La novedosa visión de las armas y estandartes romanos, y el ánimo con el que los soldados, sin la menor vacilación, coronaron las murallas, horrorizó completamente a los griegos, que huyeron

rápidamente a la ciudadela dejando al enemigo en posesión de la ciudad. Allí se mantuvieron durante dos días, confiando más en la fuerza del lugar que en sus propias armas; al tercer día, en unión de la guarnición, rindieron la ciudad y la ciudadela con la condición de que se les permitiera retirarse, con una sola prenda de vestir, hacia Dilisi, en la Beocia. La ciudad en sí fue entregada por los romanos a Atalo; ellos se llevaron el botín y cuanto adornaba la ciudad. No deseando poseer una isla solitaria, Atalo persuadió a casi todos los macedonios, así como a algunos andrios, para que permanecieran allí. Posteriormente, aquellos que, según los términos de la rendición, habían emigrado a Dilisi, fueron inducidos a regresar por las promesas del rey, pues el amor por su patria les hizo más proclives a confiar en su palabra.

Desde Andros, las flotas navegaron a Citnos. Pasaron allí unos días, atacando infructuosamente la ciudad; como apenas merecía la pena continuar con sus esfuerzos, se alejaron. En Prasias, un lugar en el Ática continental, los iseanos se unieron a la flota romana con veinte lembos. Se les envió a devastar el territorio caristio; en espera de su regreso, el resto de la flota marchó a Geresto, un puerto muy conocido de Eubea. Después, salieron todos a mar abierto y, dejando atrás Esciros, llegaron a Icos. Aquí les retuvo durante unos días un furioso viento del norte, y en cuanto el tiempo mejoró navegaron hacia Esciatos, una ciudad que había sido devastada y saqueada por Filipo. Los soldados se dispersaron por los campos, regresando a los barcos con suministro de grano y cualquier otro alimento que pudieron encontrar. No hubo saqueo, ni tampoco los griegos habían hecho nada para merecer ser saqueados. Desde allí pusieron rumbo a Casandrea, tocando en Mendeo, un pueblo de la costa. Doblando el cabo, se proponían llevar sus buques justo hasta las murallas cuando fueron sorprendidos y dispersados por una violenta tormenta que casi echa a pique los barcos. Ganaron tierra con dificultad, después de perder la mayor parte de sus aparejos. Esta tormenta resultó también un presagio de las operaciones terrestres, pues tras haber reunido sus naves y desembarcado sus tropas, fue rechazado su ataque contra la ciudad, con graves pérdidas, a causa de la fuerza de la guarnición que ocupaba el lugar para Filipo. Después de este fracaso se retiraron hacia el cabo Canastreo, en Palene; desde allí, doblando el cabo de Torona, se dirigieron a Acanto. Después de asolar el territorio, tomaron la ciudad al asalto y la saquearon. Al estar ya por entonces pesadamente cargados sus barcos con el botín, no siguieron más lejos y, volviendo sobre su curso, alcanzaron Esciatos y desde Esciatos navegaron hasta Eubea.

[31,46]. Dejando allí el resto de la flota, entraron en el Golfo Malíaco con diez naves rápidas para consultar la dirección de la guerra con los etolios. El etolio Pirrias era el jefe de la delegación que llegó a Heraclea para hablar con Atalo y el general romano. Se pidió a Atalo que proporcionase un millar de soldados, pues según los términos del tratado estaba obligado a suministrar esa cantidad si le hacían la guerra a Filipo. La demanda fue rechazada sobre la base de que los etolios se habían negado a marchar y devastar el territorio de Macedonia, durante el tiempo en que Filipo estaba incendiando cuanto de sagrado y profano rodeaba Pérgamo, alejándolo así de allí para ocuparse de sus propios intereses. Así que se despidió a los etolios más con esperanzas que con ayuda efectiva, pues los romanos se limitaron a las promesas. Apustio y Atalo regresaron con la flota. Se discutieron entonces planes para atacar Óreo. Era esta una ciudad bien fortificada y, después del anterior intento contra ella, había sido ocupada por una fuerte guarnición. Después de la captura de Andros, veinte barcos rodios al mando del prefecto Acesímbroto, todos con cubierta, se unieron a la flota romana. Esta escuadra fue enviada a situarse frente a Zelasio, un promontorio en la Ftiótide, que domina Demetrias a modo de adecuada barrera, donde estaría admirablemente situada para hacer frente a cualquier movimiento por parte de los barcos de Macedonia. Heráclides, el prefecto del rey, estaba anclado en Demetria, esperando alguna oportunidad que le ofreciera el descuido del enemigo, en lugar de aventurarse en una batalla abierta.

Los romanos y Atalo atacaron Óreo desde diferentes lados; el primero dirigió su asalto contra la ciudadela que da al mar, mientras que Atalo atacó el hueco entre las dos ciudadelas, donde una muralla separaba una parte de la ciudad de la otra. Como atacaban partes distintas, emplearon

métodos distintos. Los romanos llevaron sus manteletes y arietes cerca de la muralla, protegiéndose con el testudo; los fuerzas del rey lanzaron una lluvia de proyectiles con sus ballestas y catapultas de toda clase. Lanzaron enormes trozos de roca, construyeron minas e hicieron uso de todo artificio que habían encontrado útil en el asedio anterior. Sin embargo, los macedonios defendían la ciudad y la ciudadela no sólo con fuerzas superiores, sino que no olvidaban los reproches de Filipo por su mala conducta anterior, ni sus amenazas y promesas respecto al futuro, mostrando por lo tanto el mayor coraje y determinación. El general romano veía que estaba empleando allí más tiempo del que esperaba y que tendría mejores perspectivas de éxito en un asedio regular que un asalto por sorpresa. Durante el sitio podrían llevarse a cabo otras operaciones; así, dejando una fuerza bastante para completar el asedio, navegó hasta el punto más cercano del continente y, apareciendo frente a Larisa de repente -no es la bien conocida ciudad de Tesalia, sino otra llamada Cremaste- se apoderó de toda la ciudad, excepto de la ciudadela. Atalo, por su parte, sorprendió Ptéleon, donde sus habitantes no esperaban en lo más mínimo el ataque de un enemigo que estaba ocupado asediando otra ciudad. Para entonces, los trabajos de asedio en torno a Óreo empezaban a llegar a su fin, la guarnición estaba debilitada por las pérdidas y agotada por la incesante labor de vigía y las guardias, tanto diurnas como nocturnas. Una parte de la muralla, debilitada por los impactos de los arietes, se había derrumbado en varios lugares. Los romanos irrumpieron por la brecha, durante la noche, y se abrieron paso en la ciudadela que dominaba el puerto. Al recibir una señal de los romanos en la ciudadela, Atalo entró en la ciudad al amanecer, donde una gran parte de la muralla estaba en ruinas. La guarnición y los habitantes de la ciudad huyeron a la otra ciudadela y se rindieron a los dos días. La ciudad fue para Atalo y los prisioneros para los romanos.

[31.47] El equinoccio de otoño estaba ya próximo y el golfo de Eubea, que ahora se llama Cela, se consideraba peligroso para la navegación. Como estaban deseando partir antes de que empezasen las tormentas de invierno, las flotas navegaron de regreso al Pireo, su base de partida durante la guerra. Dejando allí treinta barcos, Apustio navegó con el resto hacia Corfú, pasando Malea. El rey esperó la celebración de los Misterios de Ceres, en los que deseaba estar presente, y cuando terminaron se retiró a Asia después de enviar a casa a Acesímbroto y a los rodios. Tales fueron las operaciones contra Filipo y sus aliados llevadas a cabo por el cónsul romano y su lugarteniente, con la ayuda del rey Atalo y de los rodios. Cuando el otro cónsul, Cayo Aurelio, entró en su provincia, se encontró con que la guerra había terminado y no ocultó su disgusto por la actividad del pretor en su ausencia. Envió a este a Etruria y llevó después sus legiones a territorio enemigo para saquearlo: una expedición de la que regresó con más botín que gloria. Lucio Furio, al no encontrar nada que hacer en Etruria y deseando obtener un triunfo por sus victorias en la Galia, lo que pensaba que podría conseguir con más facilidad mientras el enojado y celoso cónsul estuviese fuera, regresó repentinamente a Roma y convocó una reunión del Senado en el templo de Belona. Después de rendir informe de cuanto había hecho, solicitó que se le permitiera entrar en la Ciudad en Triunfo.

[31.48] Un considerable número de senadores lo apoyaron, tanto por los grandes servicios que había prestado como por su influencia personal. Los miembros más antiguos le negaban el triunfo, en parte porque el ejército que había empleado había sido asignado a otro comandante, y en parte porque, en su afán por conseguir un triunfo, había salido de su provincia, un acto contrario a todos los precedentes. Los consulares, en particular, insistían en que debería haber esperado al cónsul, porque entonces podría haber fijado su campamento cerca de la ciudad y haber brindado así protección suficiente a la colonia para mantener a raya al enemigo sin combatir hasta la llegada del cónsul. Lo que él no hizo, debía hacerlo el Senado, es decir, esperar al cónsul; después de escuchar lo que el cónsul y el pretor tuvieran que decir, se formarían un juicio certero sobre el caso. Muchos de los presentes instaron a que el Senado no considerase nada más allá del éxito del pretor y la cuestión de si lo había logrado como magistrado con plenos poderes y bajo sus propios auspicios.

Se habían asentado dos colonias, argumentaron, *como barreras para controlar los levantamientos entre los galos. Una había sido saqueada e incendiada, amenazando la conflagración a la otra, que estaba tan próxima a ella, como un fuego extendiéndose de casa en casa. ¿Qué debía hacer el pretor? Si ninguna acción debía ejecutarse en ausencia del cónsul, o era culpable el Senado por haber proporcionado un ejército al pretor, pues al haberse decidido que la campaña fuera librada por el ejército del cónsul y no por el del pretor que estaba más lejos, se debía haber especificado así para que se combatiese bajo el mando del cónsul y no del pretor; o bien obró mal el cónsul al no unirse a su ejército en Rímini, después de haberle ordenado trasladarse desde Etruria a la Galia, para tomar participar personalmente en la guerra que, según decís, no se debía haber llevado a cabo sin él. Los momentos críticos en la guerra no esperan a los retrasos y dilaciones de los comandantes, y a veces te ves forzado a combatir, no porque así lo desees, sino porque el enemigo te obliga. Tenemos que tener en cuenta la propia batalla y sus consecuencias. El enemigo fue derrotado y destrozado; su campamento fue tomado y saqueado; se liberó del asedio a una colonia; se recupero a aquellos de la otra que habían sido hechos prisioneros, devolviéndoles a sus hogares y amigos; se dio fin a la guerra en una sola batalla. No sólo para los hombres resultó aquella victoria motivo de alegría; se debían ofrecer tres días de acciones de gracias a los dioses inmortales, pues Lucio Furio había defendido bien y felizmente, no mal o precipitadamente. Parecía, además, como si la guerra contra los galos fuese el destino señalado a la casa de los Furios.*

[31.49] Mediante discursos de este tenor pronunciados por él y sus amigos, la influencia personal del pretor, que estaba presente, superó la dignidad y autoridad del cónsul ausente y, por una abrumadora mayoría, se decretó el Triunfo para Lucio Furio. Así, Lucio Furio celebró como pretor un triunfo sobre los galos durante su magistratura. Llevó al Tesoro trescientos veinte mil ases y ciento setenta y una mil monedas de plata. No llevó prisioneros en procesión delante de su carro, ni se exhibió despojo alguno, ni le seguían sus soldados. Era obvio que todo aquello, excepto la victoria real, quedaba a disposición del cónsul. Los Juegos que Escipión había prometido cuando era procónsul en África se celebraron con gran esplendor. Se aprobó un decreto para asignar tierras a sus soldados; cada hombre recibiría dos yugadas por cada año que hubiera servido en Hispania o en África, administrado los decenviros la asignación. También se designaron triunviros para completar el número de colonos en Venosa, pues la fuerza de aquella colonia se había visto disminuida durante la guerra contra Aníbal; Cayo Terencio Varrón, Tito Quincio Flaminio y Publio Cornelio, el hijo de Cneo Escipión, fueron los encargados de llevar a cabo la tarea. Durante este año, Cayo Cornelio Cétego, que ocupaba Hispania como propretor, derrotó a un gran ejército enemigo en el territorio sedetano. Se dice que murieron en esa batalla quince mil hispanos y que se capturaron setenta y ocho estandartes. A su regreso a Roma para llevar a cabo las elecciones, Cayo Aurelio no convirtió en motivo de queja, como se esperaba, que el Senado no hubiera esperado su regreso para ofrecerle la oportunidad de discutir el asunto del pretor. De lo que se quejó fue del modo en que el Senado había aprobado el decreto concediendo el triunfo, sin escuchar a ninguno de los que habían tomado parte en la guerra ni, de hecho, a nadie más que al hombre que había disfrutado el triunfo. *Nuestros antepasados*, dijo, *establecieron que debían estar presentes los generales, los tribunos militares, los centuriones y los soldados, para que el pueblo de Roma pudiera tener prueba visible de la victoria lograda por el hombre para el que se decretase tal honor. ¿Hubo un solo soldado del ejército que luchó contra los galos, o siquiera un simple vivandero, al que el Senado pudiese haber preguntado sobre la verdad o falsedad del informe del pretor?* Después de hacer esta protesta, fijó el día de las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Lucio Cornelio Léntulo y Publio Vilio Tápulo. A continuación siguió la elección de los pretores, resultando electos Lucio Quincio Flaminio, Lucio Valerio Flaco, Lucio Vilio Tápulo y Cneo Bebio Tánfilo.

[31.50] Los alimentos fueron muy baratos aquel año. Se había traído gran cantidad de grano desde África que los ediles curules, Marco Claudio Marcelo y Sexto Elio Peto, distribuyeron al pueblo por dos ases el modio. También se celebraron los Juegos de Roma con gran aparato, y los repitieron una segunda jornada. Colocaron en el Tesoro, procedentes de los ingresos de las multas, cinco estatuas de bronce. Los ediles, Lucio Terencio Masiliota y Cneo Bebio Tánfilo, siendo este último ya pretor electo, celebraron por tres veces los Juegos Plebeyos. También se exhibieron durante cuatro días, en el Foro, unos Juegos funerarios con motivo de la muerte de Marco Valerio Levino, ofrecidos por sus hijos, Publio y Marco; ofrecieron también un espectáculo gladiatorio en el que combatieron veinticinco parejas. Murió Marco Aurelio Cota, uno de los decenviros de los Libros Sagrados, y se nombró a Manlio Acilio Glabrión para sucederle. Dio la casualidad de que los ediles curules que se habían elegido no pudieron asumir inmediatamente sus cargos; Cayo Cornelio Cétego fue elegido mientras estaba ausente en Hispania, donde ostentaba el mando; Cayo Valerio Flaco estaba en Roma al ser elegido, pero como era sacerdote de Júpiter no podía prestar el juramento, y estaba prohibido desempeñar ninguna magistratura durante más de cinco días sin hacerlo. Flaco solicitó que no se aplicara a su caso esta condición y el Senado decretó que si un edil podía presentar alguien que, a juicio de los cónsules, pudiera prestar el juramento por él, los cónsules, si lo consideraban oportuno, se pondrían de acuerdo con los tribunos para presentar la cuestión ante la plebe. Lucio Valerio Flaco, pretor electo, se adelantó a tomar el juramento en nombre de su hermano. Los tribunos llevaron la cuestión ante la plebe y esta decidió que debería ser como si el propio edil lo hubiera prestado. En el caso del otro edil, los tribunos pidieron a la plebe que designara dos hombres para el mando de los ejércitos de Hispania, de manera que el edil curul, Cayo Cornelio, pudiera regresar a casa para tomar posesión de su cargo y que Lucio Manlio Acidino se retirase de su provincia después de haberla tenido durante muchos años. Se dispuso a continuación que Cneo Cornelio Léntulo y Lucio Estertinio asumirían el mando supremo en Hispania como procónsules.

LIBRO XXXII. LA SEGUNDA GUERRA MACEDÓNICA

[32.1] Los cónsules y los pretores entraron en funciones el 15 de marzo y sortearon de inmediato sus mandos *(199 a.C.)*. Italia correspondió a Lucio Léntulo y Macedonia a Publio Vilio. Los pretores se distribuyeron de la siguiente manera: Lucio Quincio recibido la jurisdicción urbana de la ciudad; Cneo Bebio, Rímini; Lucio Valerio, Sicilia y Lucio Vilio, Cerdeña. El cónsul Léntulo recibió órdenes de alistar dos nuevas legiones; Vilio se hizo cargo del ejército de Publio Sulpicio y se le autorizó a incrementarlo, reclutando las fuerzas que considerase necesarias. Las legiones que Cayo Aurelio había mandado como cónsul fueron asignados a Bebio, en el entendimiento de que las retendría hasta que el cónsul lo relevara con su nuevo ejército y que, a su llegada a la Galia, todos los soldados cuyo tiempo de servicio se hubiese cumplido serían enviados a casa. Solo se mantendrían en servicio cinco mil hombres del contingente aliado, un número suficiente, según se pensaba, para mantener la provincia alrededor de Rímini. Dos de los anteriores pretores vieron extendidos sus mandos: Cayo Sergio, con el propósito de asignar las tierras a los soldados que habían servido durante muchos años en España, y Quinto Minucio para que pudiera completar la investigación sobre las conspiraciones en el Brucio, que hasta entonces había dirigido con tanto cuidado e imparcialidad. A los que fueron condenados por el sacrilegio, y enviados encadenados a Roma, los mandó a Locri para ser ejecutados; también debía comprobar que lo que se hubiese sustraído del templo de Proserpina fuera reemplazado con los debidos ritos expiatorios. Como consecuencia de las denuncias presentadas por representantes de Ardea, en cuanto a que no se habían entregado a esa ciudad las porciones habituales de las víctimas sacrificadas en el Monte Albano, los pontífices decretaron que se celebrase nuevamente el Festival Latino. Llegaron informes procedentes de Suessa notificando que las dos puertas de la ciudad y la muralla que había entre ellas habían sido alcanzadas por un rayo. Unos mensajeros de Formia anunciaron que lo mismo había ocurrido allí en el templo de Júpiter; otros de Ostia anunciaron que también había sido alcanzado el templo de Júpiter y, desde Velletri, llegaron nuevas de que los templos de Apolo y Sanco habían sido alcanzados y de que había aparecido pelo sobre la estatua en el templo de Hércules. Quinto Minucio, el propretor que estaba en el Brucio, escribió para comunicar que había nacido un potro con cinco patas y tres pollos con tres patas cada uno. Se recibió un despacho de Publio Sulpicio, el procónsul en Macedonia, en el que, entre otras cosas, afirmaba que había nacido un retoño de laurel en la popa de un buque de guerra. Para el caso de los demás presagios, el Senado decidió que los cónsules debían sacrificar víctimas completamente desarrolladas a aquellas deidades que considerasen debían recibirlas; pero respecto del portento mencionado en último lugar, se llamó a los arúspices al Senado para que lo aconsejaran. De acuerdo con sus instrucciones, se ordenó un día de rogativas y plegarias especiales, ofreciéndose sacrificios en todos los santuarios.

[32.2] Este año, los cartagineses enviaron a Roma la plata correspondiente a la primera entrega de la indemnización de guerra. Como los cuestores informaran que no era de ley porque, al probarla, hallaron que contenían una cuarta parte de aleación, los cartagineses tomaron un préstamo en Roma por la plata faltante. Solicitaron al Senado que permitiera que se devolviesen los rehenes, entregándoseles un centenar de ellos. Se les dio esperanzas sobre la devolución de los restantes, si Cartago era fiel a sus obligaciones. Otra petición que presentaron fue para que los rehenes que aún estaban retenidos pudieran ser trasladados desde Norba, donde estaban muy incómodos, a otro lugar. Se acordó que se les trasladase a Segni y a Ferentino. Llegó a la Ciudad una delegación de Cádiz, con una solicitud para que no se enviase allí ningún prefecto, pues esto contravendría lo acordado con Lucio Marcio Séptimo cuando se pusieron bajo la protección de Roma. Su petición fue concedida. También llegaron enviados de Narni, quienes afirmaban que su colonia estaba por debajo del número apropiado y que algunos, que no eran de los suyos, se habían asentado entre ellos y se hacían pasar por colonos. Se ordenó al cónsul Lucio Cornelio que nombrase triunviros

que se encargaran del caso. Fueron nombrados los dos Elios, Publio y Sexto, ambos de sobrenombre Petón, y Cneo Cornelio Léntulo. Los colonos de Cosa también solicitaron un incremento de su número, pero su solicitud fue denegada.

[32,3] Después de disponer las cosas de Roma, los cónsules partieron hacia sus respectivas provincias. A su llegada a Macedonia, Publio Vilio se encontró con un grave motín entre las tropas, que no se había controlado desde un principio a pesar de que hacía algún tiempo hervían de irritación. Se trataba de los dos mil que, después de la derrota final de Aníbal, habían sido trasladados desde África a Sicilia y, menos de un año después, a Macedonia. Se les consideraba voluntarios, pero ellos sostenían que habían sido llevados allí sin su consentimiento y embarcados por los tribunos a pesar de sus protestas. Pero, en cualquier caso, fuera su servicio obligatorio o voluntario, afirmaban haber cumplido el tiempo prescrito y era justo que se les licenciara. No habían visto Italia durante muchos años, habían envejecido bajo las armas en Sicilia, África y Macedonia, y ahora estaban agotados por sus fatigas y penurias, exangües por las muchas heridas recibidas. El cónsul les dijo que, si pedían su licencia de manera adecuada, había una base razonable para concederla, pero ni aquello ni otra cosa alguna justificaba el amotinarse. Por lo tanto, si ellos estaban dispuestos a permanecer bajo los estandartes y obedecer las órdenes, él escribiría al Senado sobre su licenciamiento. Tenían muchas más probabilidades de alcanzar su objetivo mediante la moderación que por la contumacia.

[32.4] En aquel momento, Filipo apretaba el cerco de Taumacos con la mayor energía. Había completado sus terraplenes, los manteletes estaban completamente desplegados y los arietes a punto de ser llevados contra las murallas, cuando la repentina llegada de los etolios le obligó a desistir. Bajo el mando de Arquidamo, recorrieron el camino a través de la guardia macedonia y entraron en la ciudad. Día y noche efectuaban constantes salidas, unas veces atacando los puestos avanzados y otras las obras de asedio de los macedonios. Les ayudaba la naturaleza del país. Domoko estaba situado en una altura que, viniendo desde las Termópilas y el golfo Malíaco, y atravesando el territorio de Lamia, dominaba un desfiladero de acceso a Tesalia que llaman Cele. Cuando se recorre el camino sinuoso por el terreno quebrado y se llega hasta la propia ciudad, se extiende de repente ante uno toda la llanura de Tesalia, como un vasto mar más allá de los límites de la visión. De esta maravillosa vista que ofrece, proviene el nombre de Taumacos. La ciudad estaba protegida no sólo por su posición elevada, sino también a estar sobre rocas cortadas por todas partes. A la vista de estas dificultades, Filipo no creyó que su captura valiese todo el esfuerzo y peligro que implicaba, abandonando así la tarea. Ya había empezado el invierno cuando se retiró del lugar y regresó a sus cuarteles de invierno.

[32,5] Todo el mundo se relajaba con aquel descanso más o menos largo, buscando el reposo de cuerpo y de mente; pero el respiro que obtuvo Filipo del incesante esfuerzo de marchas y batallas, solo le sirvió para inquietarse aún más, al liberar su mente y contemplar los problemas de la guerra en su conjunto, temiendo la presión enemiga por tierra y mar, y con graves dudas en cuanto a las intenciones de sus aliados e incluso de sus propios súbditos, no fuera que los primeros le traicionaran con la esperanza de conseguir la amistad de Roma y que los segundos se rebelaran contra su gobierno. Para estar seguro sobre los aqueos, les envió embajadores para exigirles el juramento de fidelidad a Filipo que se habían comprometido a renovar anualmente, así como para anunciarles su intención de devolver a los aqueos las ciudades de Orcómenos y Herea, así como la Trifilia, que se le había capturado a los eleos; y a devolver a los megalopolitanos la ciudad de Alifera; estos sostenían que nunca había pertenecido a Trifilia, sino que era uno de los lugares que, por decisión del consejo de los arcadios, había contribuido a la fundación de Megalópolis y, por lo tanto, les debía ser devuelta. Mediante estos actos trataba de consolidar su alianza con los aqueos. Su dominio sobre sus propios súbditos resultó reforzado por cómo actuó en el caso de Heráclides.

Viendo que el motivo principal de su impopularidad entre los macedonios era su amistad con este, presentó muchas acusaciones en su contra y lo puso en prisión con gran alegría de sus compatriotas. Sus preparativos para la guerra fueron dispuestos tan cuidadosamente como nunca antes. Ejercitó constantemente a los macedonios y a las tropas mercenarias, y al comienzo de la primavera envió a Atenágoras con todos los auxiliares extranjeros y la infantería ligera a Caonia, a través del Epiro, para apoderarse del paso de Antigonea, que los griegos llaman Estena. Unos días más tarde le siguió con las tropas pesadas, y después de examinar todas las posiciones del país, consideró que el lugar más adecuado para un campamento fortificado era uno más allá del río Áoo. Este fluye a través de un estrecho barranco entre dos montañas que llevan los nombres locales de Meropo y Asnao, ofreciendo un camino muy estrecho a lo largo de su orilla. Ordenó a Atenágoras que ocupase Asnao con su infantería ligera y que se fortificase; él fijó su campamento en Meropo. Situó pequeños puestos avanzados montando guarda donde existían acantilados, las partes más accesibles las fortificó con fosos, empalizadas o torres. Se dispuso una gran cantidad de artillería en lugares adecuados para mantener al enemigo a distancia mediante los proyectiles. La tienda del rey se plantó sobre la altura más visible, en la parte delantera de las líneas, para intimidar al enemigo y dar confianza a sus propios hombres.

[32,6]. El cónsul había invernado en Corfú y, al tener noticia mediante Caropo, un epirota, de que el paso había sido ocupado por el rey y su ejército, navegó hasta el continente al comienzo de la primavera y marchó inmediatamente en dirección al enemigo. Cuando se encontraba a unas cinco millas del campamento del rey, dejó las legiones en posiciones fortificadas y avanzó con algunas tropas ligeras para efectuar un reconocimiento. Al día siguiente se celebró un consejo de guerra para decidir si debían intentar abrirse paso, a pesar de la inmensa dificultad y el peligro a que se enfrentarían, o si debían hacer que las fuerzas dieran un rodeo por la misma ruta que había tomado Sulpicio el año anterior, cuando invadió Macedonia. Esta cuestión había sido objeto de debate durante varios días, cuando llegó un mensajero para informar de la elección de Tito Quincio al consulado, que Macedonia le había sido asignada como provincia, y el hecho de que se apresuraba a tomar posesión de su provincia y ya había llegado a Corfú. Según cuenta Valerio Antias, Vilio, considerando imposible un ataque frontal, pues toda aproximación estaba bloqueada por las tropas del rey, entró en la hondonada y marchó a lo largo del río. Rápidamente lanzó un puente y cruzó al otro lado, donde estaban las tropas del rey, y atacó; el ejército del rey fue derrotado, puesto en fuga y despojado de su campamento. Doce mil enemigos murieron en la batalla, dos mil doscientos fueron hechos prisioneros y se capturaron ciento treinta y dos estandartes y doscientos treinta caballos. También, durante el combate, se prometió ofrecer un templo a Júpiter si el resultado era favorable. Todos los autores griegos y latinos, hasta donde he podido consultar, relatan que Vilio no hizo nada digno de mención y que el cónsul que le sucedió, Tito Quincio, se hizo cargo de toda la guerra desde el principio.

[32,7]. Durante estos sucesos en Macedonia el otro cónsul, Lucio Léntulo, que había permanecido en Roma, convocó los comicios para la elección de los censores. Entre varios candidatos distinguidos, la elección de los electores recayó en Publio Cornelio Escipión el Africano y Publio Elio Peto. Trabajaron juntos en perfecta armonía, y revisaron la lista del Senado sin descalificar a un solo miembro. También arrendaron los derechos de aduanas en Capua y Pozzuoli, así como del puerto de Castro, donde hay hoy una ciudad. Aquí se enviaron trescientos colonos -la cantidad fijada por el Senado- y también vendieron las tierras pertenecientes a Capua que se extendían a los pies del Monte Tifata. Publio Porcio, un tribuno de la plebe, impidió a Lucio Manlio Acidino, que había dejado Hispania por aquel entonces, disfrutar de una ovación a su regreso, aunque el Senado se lo había concedido. Entró en la Ciudad de manera extraoficial, y entregó al Tesoro mil doscientas libras de plata y treinta de oro. Durante aquel año, Cneo Bebio Tánfilo, que había sucedido a Cayo Aurelio en el mando en la Galia, invadió el país de los galos ínsubros pero,

debido a su falta de precaución, fue sorprendido y rodeado, y estuvo a punto de perder la totalidad de su ejército. Sus pérdidas ascendieron a seis mil setecientos hombres, aconteciendo esta gran derrota en una guerra de la ya que no se temía nada. Este incidente hizo salir al cónsul Lucio Léntulo de la Ciudad. En cuanto llegó a la provincia, que estaba llena de disturbios, se hizo cargo del mando del desmoralizado ejército y, después de censurar severamente al pretor, le ordenó dejar la provincia y regresar a Roma. El propio cónsul, sin embargo, no hizo nada de alguna importancia, ya que fue llamado de vuelta a Roma para llevar a cabo las elecciones. Estas fueron retrasadas por dos de los tribunos de la plebe, Marco Fulvio y Manio Curio, que no permitirían que Tito Quincio Flaminino fuese candidato al consulado, después de haber sido únicamente cuestor hasta aquel momento. Alegaban que los cargos de edil y pretor eran ahora desdeñados, los hombres notables no ascendían a través de los sucesivos puestos de honor antes de presentarse al consulado, demostrando así su eficacia, sino que saltaban por encima de los puestos intermedios, directamente desde los más bajos a los más altos. La cuestión pasó del Campo de Marte al Senado, que aprobó una resolución en el sentido de que el pueblo podría elegir a cualquiera que fuese candidato a un cargo que legalmente pudiera desempeñar. Los tribunos acataron la autoridad del Senado. Los cónsules elegidos fueron Sexto Elio Peto y Tito Quincio Flaminino. En la posterior elección de pretores salieron los siguientes: Lucio Cornelio Mérula, Marco Claudio Marcelo, Marco Porcio Catón y Cayo Helvio. Estos habían sido ediles plebeyos, celebrando los Juegos plebeyos y, con ese motivo, tuvo lugar un banquete en honor de Júpiter. Los ediles curules, Cayo Valerio Flaco, flamen de Júpiter, y Cayo Cornelio Cétego, celebraron los Juegos Romanos con gran esplendor. Dos pontífices, miembros ambos de la gens de los Sulpicios, Servio y Cayo, murieron este año. Sus plazas fueron ocupadas por Marco Emilio Lépido y Cneo Cornelio Escipión.

[32.8] *(198 a.C.)* Al asumir sus funciones, los nuevos cónsules, Sexto Elio Peto y Tito Quincio Flaminino convocaron al Senado en el Capitolio, y se decretó que los cónsules podrían, bien acordar entre ellos sobre el reparto de las dos provincias de Macedonia e Italia, bien sortearlas entre sí. Al que tocase Macedonia, debería alistar tres mil infantes romanos y trescientos de caballería, con el fin de completar las legiones hasta su fuerza completa, reclutando además cinco mil hombres de entre los latinos y aliados y quinientos jinetes. El ejército del otro cónsul sería uno completamente nuevo. Lucio Léntulo, el cónsul del año anterior, vio extendido su mando y recibió órdenes de no dejar su provincia ni alejar su ejército veterano hasta que llegara el cónsul con las nuevas legiones. El resultado de la votación fue que Italia correspondió a Elio y Macedonia a Quincio. En cuanto a los pretores, Lucio Cornelio Mérula recibió la jurisdicción urbana; a Claudio Marco correspondió Sicilia; a Marco Porcio, Cerdeña y a Cayo Helvio, la Galia. Siguió el alistamiento de tropas pues, además de los ejércitos consulares, se dispuso el reclutamiento de fuerzas para los pretores. Marcelo alistó cuatro mil infantes latinos y aliados, y trescientos de caballería para el servicio en Sicilia; Catón alistó dos mil infantes y doscientos jinetes de la misma procedencia para servir en Cerdeña, de manera que ambos pretores, al llegar a sus provincias, podrían licenciar las infanterías y caballerías veteranas. Una vez completadas estas disposiciones, los cónsules presentaron ante el Senado los embajadores de Atalo. Anunciaron que el rey estaba ayudando a Roma con todas sus fuerzas terrestres y navales, y que, hasta aquel día, había hecho cuanto le era posible para cumplir fielmente las órdenes de los cónsules romanos; pero temía que ya no iba a estar en libertad de hacer esto por más tiempo, pues Antíoco había invadido su reino mientras estaba indefenso por mar y tierra. Por lo tanto, solicitaba al Senado que, si deseaban hacer uso de su flota y sus servicios en la guerra macedónica, o bien le enviaban una fuerza para proteger su reino o, si no deseaban hacerlo así, que le permitieran regresar a casa y defender sus dominios con su flota y el resto de sus tropas. El Senado dio instrucciones a los cónsules para transmitir la siguiente respuesta a los delegados: *El Senado agradecía la ayuda que el rey Atalo ha dado a los comandantes romanos con su flota y demás fuerzas. Ellos no enviarían ayuda a Atalo contra Antíoco, ya que este era amigo y aliado de Roma, ni retendrían a los auxiliares que Atalo les había*

proporcionado para que los empleara como más le conviniera al rey. Cuando los romanos habían hecho uso de los recursos de otros, siempre lo habían hecho según el criterio de esos otros. El principio y el final de la ayuda prestada dependía siempre de quienes deseaban prestarla a los romanos. El Senado iba a enviar embajadores a Antíoco para informarle de que el pueblo romano estaba empleando las naves y hombres de Atalo contra su común enemigo, Filipo, y Antíoco satisfaría al Senado si desistía de las hostilidades y respetaba los dominios de Atalo. Era justo y correcto que monarcas amigos y aliados de Roma, mantuvieran también la paz entre sí.

[32.9] El cónsul Tito Quincio, al alistar las tropas, cuidó de escoger principalmente a aquellos que habían demostrado su valor mientras servían en Hispania o en África. Aunque estaba deseando partir hacia su provincia, el anuncio de ciertos prodigios y la necesidad de expiarlos lo retuvo. Varios lugares habían sido alcanzados por un rayo: la vía pública a Veyes, el foro y el templo de Júpiter en Lanuvio, el templo de Hércules en Ardea, y las murallas y torres de Capua, así como el templo llamado Alba. En Arezzo, el cielo pareció estar incendiado. En Velletri se hundió la tierra sobre un espacio de tres yugadas, dejando un enorme abismo nació un cerdo con cabeza humana. Como consecuencia de estos portentos se decretó un día de rogativas especiales y los cónsules dispusieron oraciones y sacrificios. Después de aplacar de este modo a los dioses, los cónsules partieron hacia sus respectivas provincias. Elio llevó con él a la Galia al pretor Helvio, entregándole el ejército que había recibido de Lucio Léntulo para ser licenciado, mientras él mismo se disponía a continuar la guerra con las legiones que había llevado consigo. No obstante, no hizo nada digno de mención. El otro cónsul, Tito Quincio, dejó Brindisi antes de lo que sus predecesores solían hacer y se embarcó para Corfú con un ejército de ocho mil infantes y ochocientos de caballería. Desde allí, cruzó en un quinquerreme a la parte más cercana de la costa de Epiro, dirigiéndose a marchas forzadas al campamento romano. Envió a Vilio de regreso a casa y esperó luego unos cuantos días hasta que las tropas que le seguían desde Corfú se le unieron. Mientras tanto, celebró un consejo de guerra para tratar sobre si debía marchar directamente, atravesando el campamento enemigo o si, en vez de intentar una tarea tan difícil y peligrosa, no sería mejor recorrer un camino seguro a través de Dasarecia y el país de Linco y entrar en Macedonia por aquella parte. Se habría adoptado esta última propuesta si Quincio no hubiera temido que, si él se alejaba del mar, su enemigo se le podría escapar de las manos y buscar la seguridad de los bosques y desiertos, en cuyo caso se pasaría el verano sin haber llegado a ningún resultado decisivo. Se decidió, por lo tanto, atacar al enemigo donde estaba, a pesar del terreno desfavorable sobre el que se habría de lanzar el ataque. Pero era más fácil decidir que se debía atacar que formarse una idea clara de cómo hacerlo. Durante cuarenta días permanecieron inactivos a plena vista del enemigo.

[32.10] Esto llevó a Filipo a albergar la esperanza de poder acordar una paz con la mediación de los epirotas. Se celebró un consejo en el que Pausanias, su pretor, y Alejando, su jefe de la caballería, fueron encargados de la misión; estos acordaron una conferencia entre el rey y el cónsul, en un lugar donde Áoo se hace más estrecho. Las demandas del cónsul se resumían en que el rey retirase sus guarniciones de las ciudades, que devolviera a aquellas ciudades saqueadas cuanto se pudiera recuperar y las compensara del resto con una cantidad justa. En respuesta, Filipo afirmó que las circunstancias de cada ciudad eran diferentes. Aquellas que habían sido tomadas por él en persona, se podrían liberar; pero en cuanto a las que le habían sido legadas por sus predecesores, no renunciaría a lo que había heredado como posesiones legítimas. Si alguna de las ciudades con las que había estado en guerra presentaba reclamaciones por las pérdidas que habían sufrido, él sometería la cuestión al arbitraje de cualquier nación neutral que escogieran. A esto, el cónsul replicó que, en todo caso, en este punto no habría necesidad alguna de arbitraje pues nadie podía dejar de ver que la responsabilidad del ataque recaía en quien primero hizo uso de las armas y, en todas las ocasiones, había sido Filipo quien agredió sin recibir provocación armada alguna. La discusión se volvió luego sobre la cuestión de qué comunidades debían ser liberadas. El cónsul

mencionó a los tesalios, para empezar. Filipo se enfureció tanto ante esta sugerencia que exclamó *¿Qué imposición más pesada, Tito Quincio, me impondrías de ser un enemigo derrotado?*; y con estas palabras abandonó rápidamente la conferencia. Con dificultad se impidió que ambos ejércitos se lanzasen a combatir arrojándose proyectiles, separados como estaban por la anchura del río. Al día siguiente, las patrullas de ambas partes se enzarzaron en numerosas escaramuzas sobre la amplia llanura que se extendía entre los campamentos. A continuación, las tropas del rey se retiraron y los romanos, en su afán por combatir, las siguieron hasta un terreno cerrado y fragoso. Tenían la ventaja de su orden y disciplina, así como en la naturaleza de su armadura, que protegía toda su persona; a los macedonios les ayudaba la fuerza de su posición, que permitía colocar ballestas y catapultas sobre casi cada roca, como si fuese la muralla de una ciudad. Después de resultar heridos muchos de cada bando, e incluso haber caído algunos en combate regular, la noche puso fin a la batalla.

[32.11] En esta coyuntura, fue llevado ante el cónsul un pastor enviado por Caropo, un notable de los epirotas. Dijo que tenía costumbre de pastorear su rebaño en el desfiladero que ocupaba por entonces el campamento del rey y que conocía cada pista y revuelta de las montañas. Si el cónsul quisiera enviar una patrulla con él, les llevaría por una ruta, que no era difícil ni peligrosa, hasta un lugar por encima de la cabeza del enemigo. Al oír esto, el cónsul mandó a preguntar a Caropo sobre si se podía confiar en el rústico en asunto de tanta importancia. Caropo le dijo que podía confiar en él, pero siempre que mantuviera todo en sus propias manos y sin quedar a merced de su guía. Temiendo y deseando a un tiempo confiar en aquel hombre, con sentimientos de alegría y prevención, decidió confiar en la autoridad de Caropo y probar la oportunidad que se le ofrecía. A fin de disipar toda sospecha sobre su previsto movimiento, durante dos días lanzó continuos ataques contra cada parte de la posición enemiga, llevando tropas de refresco a relevar a las que ya estaban agotadas por la lucha. Mientras tanto, seleccionó cuatro mil de infantería y trescientos de caballería, y puso esta fuerza escogida al mando de un tribuno militar con órdenes de llevar la caballería tan lejos como le permitiera el terreno y, cuando el terreno fuera infranqueable para hombres montados, debía situarlos en algún espacio llano; la infantería debería seguir el camino indicado por el guía. Cuando, como este lo había prometido, llegaran a una posición por encima de los enemigos, elevarían una señal de humo y no lanzarían el grito de guerra hasta recibir del cónsul la señal y pudiera juzgar que la batalla había comenzado. El cónsul ordenó que marcharan durante la noche -resultó, además, que había luna llena-, comiendo y descansando durante el día. Al guía se le prometió una gran recompensa si se mostraba fiel, pero lo entregó atado al tribuno. Después de enviar esta fuerza, el comandante romano presionó vigorosamente contra los puestos avanzados macedonios.

[32,12] Al tercer día, los romanos señalaron mediante una columna de humo que habían llegado y ocupaban las alturas. Entonces el cónsul, habiendo formado su ejército en tres divisiones, avanzó hasta el fondo del barranco con su fuerza principal, enviando sus alas derecha e izquierda contra el campamento. El enemigo se mostró no menos alerta a la hora de enfrentar el ataque. Deseando llegar a las manos, salieron fuera de sus líneas y, al pelear en campo abierto, los romanos resultaron ampliamente superiores en valor, entrenamiento y armas. Pero, después de perder muchos hombres entre muertos y heridos, las tropas del rey se retiraron a posiciones fuertemente fortificadas o naturalmente seguras, siendo entonces el turno de los romanos para encontrarse en dificultades a medida que iban avanzando por un terreno peligroso, donde el estrecho espacio hacía la retirada casi imposible. No habrían sido capaces de retirarse sin pagar un alto precio por su temeridad de no haber escuchado los macedonios el grito de guerra romano en su retaguardia. Este ataque imprevisto los aterrorizó; algunos huyeron en desorden, otros se mantuvieron firmes, no tanto porque tuvieran valor para combatir, sino porque no había lugar donde escapar, quedando rodeados por el enemigo que les presionaba por delante y por detrás. Todo el ejército podría haber sido aniquilado si los vencedores hubieran sido capaces de sostener la persecución; sin embargo, la

caballería se vio obstaculizada por el terreno desigual y estrecho, y la infantería por el peso de su armadura. El rey se alejó al galope del campo de batalla sin mirar atrás. Después de haber galopado unas cinco millas, y sospechando con razón que, dada la naturaleza del país, al enemigo le resultaría imposible perseguirle, hizo un alto en cierto terreno elevado y envió a su escolta por todas partes, sobre montes y valles, para reunir sus tropas dispersas. De entre todas sus fuerzas, sus pérdidas no fueron más de dos mil hombres; el resto, como obedeciendo a una señal, se reunió y marchó en una fuerte columna hacia Tesalia. Después de continuar la persecución en la medida que pudieron hacerlo con seguridad, matando a los fugitivos y despojando a los muertos, saquearon el campamento del rey donde, incluso en ausencia de los defensores, resultaba difícil acceder. Permanecieron en el campamento durante la noche y, a la mañana siguiente, el cónsul siguió al enemigo a través de la garganta por cuyo fondo se abría paso el río.

[32.13] En el primer día de su retirada, el rey llegó a un lugar llamado el Campamento de Pirro, en la Trifilia molosia. Al día siguiente llegó a los montes Lincon, una marcha enorme para su ejército, aunque sus temores los impulsaron. Estos montes están en el Epiro y lo separan de Macedonia al Norte y de Tesalia al este. Las laderas de las montañas se vestían con bosques densos, formando las cumbres una amplia meseta con corrientes perennes de agua. Aquí permaneció acampado el rey durante varios días, incapaz de decidirse si marchar directamente de vuelta a su reino o si le sería posible efectuar antes una incursión en Tesalia. Decidió hacer marchar a su ejército abajo, hacia Tesalia, y se dirigió por la ruta más cercana a Tricca, lugar desde el cual visitó las ciudades de los alrededores en rápida sucesión. Obligaba a abandonar sus casas a los hombres capaces de seguirlo, incendiando luego las poblaciones. Se les permitía llevar con ellos cuantos bienes pudieran cargar, el resto se convirtió en botín para los soldados. Un enemigo no les habría sometido a mayores crueldades que las que recibieron de sus aliados. Estas medidas resultaron extremadamente desagradables para Filipo pero, como el país pronto estaría en poder del enemigo, estaba decidido a mantener las personas de sus aliados, en todo caso, fuera de su alcance. Las ciudades que resultaron así devastadas fueron Facio, Piresias, Evidrio, Eretria y Palefársalo. En Feras le cerraron las puertas, y como un asedio le hubiera causado un considerable retraso y no tenía tiempo que perder, desistió de intentarlo y marchó hacia Macedonia.

Su retirada se apresuró ante la noticia de la llegada de los etolios. Cuando se enteraron de la batalla que tuvo lugar cerca del Áoo, los etolios devastaron el país más próximo a ellos, alrededor de Esperquias y Macras, que ellos llaman Come, y cruzando después la frontera de Tesalia se apoderaron de Ctimene y Angeia al primer asalto. Mientras estaban devastando los campos alrededor de Metrópolis, los ciudadanos, que se habían reunido a una para defender sus murallas, los derrotaron y rechazaron. Al atacar Calitera se encontraron con una resistencia parecida, pero después de un tenaz combate lograron rechazar a los defensores de vuelta tras sus murallas. Como no tenían esperanza alguna de apoderarse del lugar, se tuvieron que contentar con esta victoria. Atacaron a continuación los pueblos de Teuma y Celatara, que saquearon. Se apoderaron de Acarras por rendición; en Xinias aterrorizaron a los campesinos, que huyeron abandonando sus hogares y fueron a dar con un destacamento de etolios que marchaban hacia Taumacos para proteger a sus aprovisionadores de trigo. La multitud desarmada e indefensa, entre la que iban gentes no aptas para las armas, fue muerta por la soldadesca armada y la abandonada Xinia fue saqueada. A continuación, los etolios tomaron Cifera, un castillo que dominaba Dolopia. Estas operaciones fueron llevadas a cabo rápidamente por los etolios en pocos días. Tampoco Aminandro ni los atamanes permanecieron inactivos al tener noticia de la victoria romana.

[32,14] Como tenía poca confianza en sus soldados Aminandro pidió al cónsul que le dejara un pequeño destacamento con el que atacar Gonfos. Comenzó por capturar Feca, una plaza situada entre Gonfos y los estrechos desfiladeros que dividen Atamania de Tesalia. Después se dirigió a atacar Gonfos. Durante varios días, los habitantes defendieron su ciudad con el mayor vigor pero,

cuando finalmente se colocaron las escalas de asalto contra las murallas, su miedo les empujó a la rendición. La caída de Gonfos produjo un vivo temor en toda Tesalia. Se rindieron en rápida sucesión Argenta, Ferinio, Timaro, Liginas, Estimon y Lampso, junto con los restantes y poco importantes puestos fortificados de los alrededores. Mientras que los atamanes y etolios, liberados del peligro macedonio, se apoderaban así del botín gracias a la victoria que otros habían logrado, y la Tesalia, sin saber a quién considerar amigo o enemigo, era devastada por tres ejércitos a la vez, el cónsul marchó por el desfiladero que había quedado abierto por la huida del enemigo y entró en territorio de Epiro. Sabía perfectamente de qué lado habían estado los epirotas, con la excepción del noble Caropo; pero como viera que estaban deseosos de reparar sus errores del pasado, haciendo todo lo posible para cumplir sus órdenes, los consideró por su actitud presente y no por la anterior, asegurándose su adhesión para el futuro mediante su clemencia y disposición al perdón. Después de enviar órdenes a Corfú para que los transportes entrasen en el golfo de Ambracia, avanzó en cómodas etapas durante cuatro días y fijó su campamento a los pies del monte Cercetio. Se indicó a Aminandro que llevara sus tropas hasta aquel lugar, no tanto porque fuera necesaria su ayuda, sino porque el cónsul deseaba tenerlos como guías en Tesalia. También se permitió prestar servicio como auxiliares a muchos epirotas que se presentaron voluntarios.

[32.15] La primera ciudad de Tesalia en ser atacada fue Faloria. Estaba guarnecida por dos mil macedonios que ofrecieron una resistencia muy tenaz con las armas y defensas que les protegían. El cónsul estaba convencido de que la ruptura de la resistencia a los ejércitos romanos en este primer ataque, decidiría la actitud general de los tesalios, por lo que presionó atacando día y noche sin interrupción. Finalmente, se superó la determinación de los macedonios y Faloria fue capturada. Ante esto, llegaron embajadas de Metrópoli y Cierio para rendir sus ciudades y pedir clemencia. Su petición fue concedida, pero Faloria fue saqueada e incendiada. A continuación avanzó contra Eginio, pero cuando vio que la plaza era prácticamente inexpugnable, incluso con una pequeña fuerza para defenderla, se contentó con descargar unos cuantos proyectiles sobre el puesto exterior más próximo y desvió su marcha hacia Gonfos. Como había devastado los campos de los epirotas, su ejército carecía ahora de los medios de vida necesarios y, al descender a la llanura de Tesalia, envió averiguar si los transportes habían llegado a Léucade o al golfo de Ambracia; mandando por turno las cohortes a Ambracia para aprovisionarse de trigo. Aunque la ruta de Gonfos de Ambracia es aunque difícil e incómoda, resulta muy corta y, en pocos días, el campamento quedó lleno de provisiones de toda clase que se habían traído desde la costa. Su siguiente objetivo era Atrage. Esta ciudad se encuentra sobre el río Peneo, a unas diez millas de Larisa, y fue fundada por emigrantes de Perrebia. Los tesalios no se alarmaron ante la aparición de los romanos, y aunque el propio Filipo no se atrevió a avanzar hacia Tesalia, permaneció acampado en Tempe, desde donde podía enviar ayuda, según la ocasión lo requería, a cualquier lugar amenazado por los romanos.

[32,16] Por el tiempo en que el cónsul iniciaba su campaña contra Filipo, asentando su campamento en las gargantas del Epiro, su hermano, Lucio Quincio, a quien el Senado había confiado la flota y el mando de la costa, navegó a Corfú con dos quinquerremes. Cuando se enteró de que la flota había partido de allí, decidió no perder tiempo y la siguió hasta la isla de Cefalonia. Una vez aquí, tras despedir a Cayo Livio, al que sucedía, marchó al Malea. El viaje fue lento, pues los buques que lo acompañaban, cargados de provisiones, debían navegar en su mayoría a remolque. Desde Malea, él prosiguió con tres quinquerremes rápidas hasta El Pireo, dejando órdenes al resto de la flota para que lo siguieran tan rápidamente como pudiesen y, una vez aquí, se hizo cargo de los barcos que Lucio Apustio había dejado para proteger Atenas. Al mismo tiempo, dos flotas navegaban desde Asia; una, de veinticuatro quinquerremes, con Atalo; la otra era una flota rodia compuesta por veinte buques con cubierta bajo el mando de Acesímbroto. Estas flotas se unieron en Andros y de allí navegaron hacia Eubea, que solo está separada por un angosto estrecho. Comenzaron por devastar los campos de los caristios, pero cuando llegaron refuerzos a Caristo

desde Calcis, se apresuraron a poner rumbo a Eretria. Al enterarse de que Atalo había llegado allí, Lucio Quincio se dirigió a aquel lugar con la escuadra del Pireo, tras dejar órdenes para que el resto de la flota, según llegase, navegara hacia Eubea.

Dio comienzo entonces un ataque muy feroz contra Eretria. Las naves de las tres flotas portaban todo tipo de máquinas de asedio y artillería, y el territorio alrededor proporcionaba un abundante suministro de madera para la construcción de otras nuevas. Al principio, los habitantes se defendieron muy enérgicamente, pero se fueron agotando gradualmente y muchos resultaron heridos, y cuando vieron una parte de las murallas arrasadas por las máquinas enemigas, empezaron a pensar en rendirse. Sin embargo, la guarnición estaba compuesta por macedonios y los habitantes de la ciudad temían más a estos que a los romanos. Filocles, prefecto de Filipo, envió además mensajeros desde Calcis, diciendo que acudiría a tiempo de ayudarles si resistían. Así, tanto sus esperanzas como sus temores les obligaron a alargar su resistencia más allá de sus deseos o de sus fuerzas. Por fin, se enteraron de que Filocles había sido derrotado y que huía precipitadamente a Calcis, y se apresuraron a enviar parlamentarios a Atalo para pedir clemencia y protección. Con la esperanza de la paz, aflojaron en su defensa y se contentaban con vigilar aquella parte de la muralla que se había derrumbado. Quincio, sin embargo, lanzó un asalto por la noche hacia el lugar donde menos lo esperaban y capturó la ciudad. Todos los habitantes de la ciudad, con sus esposas e hijos, se refugiaron en la ciudadela y finalmente se rindieron. No hubo mucho oro ni plata, pero se descubrieron más esculturas y pinturas de antiguos artistas, así como objetos similares, de lo que podría haberse esperado a partir del tamaño y riqueza de la ciudad.

[32,17] Caristo fue la siguiente plaza en ser atacada. Aquí, antes de que las tropas desembarcaran, toda la población abandonó la ciudad y se refugió en la ciudadela. Luego enviaron emisarios para acordar los términos con el general romano. A los ciudadanos se les garantizó de inmediato la vida y la libertad; a los macedonios se les permitió salir tras entregar las armas y pagar una suma equivalente a trescientas monedas por cabeza. Tras rescatarse a sí mismos mediante esta suma, marcharon a Beocia. Después de todo esto, a los pocos días y habiendo capturado dos importantes ciudades de Eubea, las flotas rodearon el Sunio, un cabo del Ática, y llegaron a Céncreas, puerto comercial de los corintios. Mientras tanto, el cónsul tenía en sus manos un asedio que resultó ser más tedioso y gravoso de lo que nadie había previsto, siendo dirigida la defensa de un modo para el que no estaba preparado. Dio por sentado que todos sus esfuerzos estarían dedicados a la demolición de las murallas y que, una vez se hubiera abierto paso hacia la ciudad, la huida y la masacre del enemigo seguirían como sucede habitualmente cuando las ciudades son capturadas al asalto. Pero después de haber batido mediante arietes las murallas, los soldados empezaron a pasar sobre los escombros, hacia el interior de la ciudad, y se encontraron con el inicio de una nueva tarea. La guarnición macedonia, una fuerza numerosa de hombres escogidos, consideraba motivo de gloria el defender la ciudad con sus armas y valor, en vez de con murallas, y formaron en orden cerrado, apoyando su frente en una columna de inusual profundidad. En cuanto vieron a los romanos trepando sobre las ruinas de la muralla, los hicieron retroceder sobre el mismo terreno cubierto de obstáculos y mal adaptado para la retirada.

El cónsul estaba muy contrariado, pues consideraba que este humillante rechazo no solo ayudaba a prolongar el asedio, sino que era también posible que influyera en el curso futuro de la guerra que, en su opinión, dependía en gran medida de incidentes poco importantes. Tras despejar el terreno donde estaban los montones del muro derrumbado, llevó una torre móvil de gran altura, con gran cantidad de hombres en el interior de sus varios pisos, y envió cohorte tras cohorte para quebrar, si era posible, la formación en cuña de los macedonios a la que ellos llaman falange. Sin embargo, en aquel estrecho espacio -pues la brecha en la muralla no era en absoluto ancha-, la clase de armas y la táctica de combate daba ventaja al enemigo. Cuando las apretadas filas macedonias presentaron sus larguísimas lanzas, los romanos cargaron con sus espadas, tras lanzar infructuosamente sus pilos contra una especie de muro de escudos unidos, sin poder acercarse ni

quebrar las puntas de las lanzas; y si conseguían cortar o romper alguna, los extremos quebrados y afilados formaban una especie de empalizada entre las puntas de las que seguían intactas. Otra cosa que ayudó al enemigo fue la protección que ofrecía a sus flancos aquella parte de la muralla que estaba en pie; no tenían que atacar ni retroceder sobre una amplia extensión de terreno, lo que por lo general desordena las filas. Un accidente que sufrió la torre les dio aún más confianza: al moverse por tierra no completamente apisonada, una de las ruedas se hundió en un surco y dio al enemigo la impresión de que la torre se iba a caer, haciendo enloquecer de terror a los soldados que iban en ella.

[32,18] No estaba haciendo ningún progreso y se estaba dando lugar a la comparación entre las tácticas y armas de los ejércitos contendientes; reconocía que no tenía perspectivas de un asalto victorioso en breve y tampoco medios para invernar tan lejos del mar, en un territorio asolado por los estragos de la guerra. Bajo aquellas circunstancias, levantó el asedio; pero no había ningún puerto en toda la costa de Acarnania ni de Etolia que pudiera alojar todos los transportes empleados en el aprovisionamiento de las tropas y, al mismo tiempo, aportar cuarteles de invierno cubiertos para los legionarios. Antícira, en la Fócida, frente al golfo de Corinto, parecía el lugar más adecuado, ya que no estaba muy lejos de Tesalia y las posiciones ocupadas por el enemigo, y sólo estaba separada del Peloponeso por un estrecho brazo de mar. Tendría a sus espaldas Etolia y Acarnania, y a sus lados la Lócride y Beocia. Se capturó sin combatir Fanotea, en la Fócida; Antícira solo ofreció una breve resistencia, siguiendo rápidamente las capturas de Ambriso y Hiámpolis. Davlia, debido a su posición en una colina elevada, no se pudo capturar por asalto directo. Acosando a la guarnición mediante proyectiles y, cuando efectuaban salidas, mediante escaramuzas, avanzando y retirándose alternativamente sin intentar nada definitivo, les llevaron a tal extremo de descuido y desprecio por sus contrincantes que, cuando se retiraron tras sus puertas, los romanos corrieron hasta allí junto a ellos y se apoderaron de la plaza al asalto. Otras fortalezas sin importancia cayeron en manos de los romanos, más por miedo que por la fuerza de las armas. Elatea les cerró sus puertas y parecía que había poca probabilidad de que admitieran ni a un general ni a un ejército romano, a menos que se les obligara por la fuerza.

[32.19] Mientras el cónsul estaba ocupado con el asedio de Elatea, brilló ante él la esperanza de lograr un éxito aún mayor, es decir, lograr convencer a los aqueos para que abandonasen su alianza con Filipo y entablar relaciones amistosas con Roma. Ciclíadas, el líder del partido macedonio, había sido expulsado, y era pretor Aristeno, partidario de la alianza con Roma. La flota romana, en unión de la de Atalo y Rodas, estaba anclada en Céncreas, preparándose para lanzar un ataque conjunto sobre Corinto. El cónsul pensaba que, antes de comenzar las operaciones, sería mejor enviar una embajada a los aqueos y prometerles que si abandonaban al rey y se pasaban a los romanos, Corinto se incorporaría a la liga aquea como antiguamente. Por sugerencia del cónsul, fueron enviados embajadores por su hermano Lucio Quincio, por Atalo, los rodios y los atenienses. Se celebró una reunión del consejo en Sición. Los aqueos, sin embargo, estaban lejos de tener claro qué curso debían seguir. Temían a Nabis, el lacedemonio, su peligroso e implacable enemigo; temían las armas de Roma y estaban muy obligados con los macedonios por sus muchos servicios, tanto en años pasados como recientemente. Sin embargo, sospechaban del mismo rey por su infidelidad y crueldad; no daban mucha importancia a sus actos de aquel momento, y veían claramente que después de la guerra sería más tirano que nunca. Tenían considerables dudas sobre qué opinión expresar, ya en sus senados respectivos o en el consejo general de la Liga; ni siquiera en privado llegaban a formarse una opinión definida sobre qué era lo que realmente deseaban o qué era lo mejor para ellos. Estando los consejeros con este ánimo indeciso, se presentaron los embajadores y se les pidió que expusieran su caso. El embajador romano, Lucio Calpurnio, fue el primero en hablar; le siguieron los representantes del rey Atalo, y después fue el turno de los delegados de Rodas. Los emisarios de Filipo fueron los siguientes en hablar, y los atenienses fueron

los últimos de todos, para que pudieran responder a los macedonios. Estos últimos atacaron al rey con mayor severidad que cualquiera de los otros, pues ninguno había sufrido más ni había sido sometido a un trato tan amargo. Los continuos discursos llevaron todo el día, disolviéndose el consejo al atardecer.

[32.20] Al día siguiente fueron convocados de nuevo. Cuando, de conformidad con la costumbre griega, el pregonero anunció que los magistrados autorizaban tomar la palabra a cualquiera que deseara exponer sus puntos de vista ante el consejo, se produjo un largo silencio, mientras se miraban unos a otros. Tampoco esto resultaba sorprendente, por cuanto aquellos hombres habían estado dando vueltas en sus mentes a propuestas que se oponían frontalmente unas a otras, hasta llegar a un punto muerto, dado que los discursos, que se prolongaron durante todo el día anterior, les desconcertaron aún más al resaltar las dificultades presentadas por una y otra parte. Finalmente Aristeno, el pretor de los aqueos, decidido a no aplazar el consejo sin debate, dijo: *¿Dónde están, aqueos, aquellas vivas disputas que manteníais en banquetes y calles, cuando la mención de Filipo o de los romanos apenas lograba evitar que llegaseis a las manos? Ahora, en un conejo convocado para este propósito concreto, cuando habéis oído a los representantes de ambas partes, cuando los magistrados someten la cuestión a debate, cuando el pregonero os invita a expresar vuestra opinión, os volvéis mudos. Si no la preocupación por la seguridad común, ¿no logrará el espíritu partidario de unos u otros hacer que nadie tome la palabra? Sobre todo porque nadie es tan torpe como para no ver que este es el momento, antes de que se apruebe alguna disposición, para hablar y defender el curso que se considere mejor. Una vez aprobado cualquier decreto, cada cual habrá de sostenerlo como una medida buena y saludable, aún aquellos que anteriormente se opusieran a ella.* Este llamamiento del pretor no solo no indujo a que ni un solo orador se presentara, ni siquiera evocó una simple aprobación o murmullo en aquella gran asamblea donde tantos estados estaban representados.

[32.21] Luego, Aristeno continuó: *Líderes de los aqueos, no estáis más faltos de consejos que de lengua, pues ninguno de vosotros está dispuesto a poner en peligro su propia seguridad por la seguridad general. Posiblemente, también yo habría guardado silencio de haber sido solo un ciudadano particular; pero siendo el pretor, considero que, o no debiera haber presentado los embajadores al consejo, o tras haberlos presentado no los debía haber despedido sin darles alguna respuesta. ¿Pero cómo puedo darles alguna respuesta que no sea conforme con lo que vosotros decretéis? Y ya que ninguno de vosotros, los convocados a este consejo, está dispuesto o tiene la valentía de expresar su opinión, vamos a examinar los discursos que nos hicieron ayer los embajadores como hubieran sido hechos por los miembros de este consejo; considerémoslos, no como exigencias efectuadas en su propio interés, sino como recomendaciones de una política que consideran ventajosa para nosotros. Tanto los romanos, como los rodios y Atalo buscan nuestra alianza y amistad, y consideran que es justo y apropiado que les ayudemos en la guerra que están librando contra Filipo. Filipo, por otra parte, nos recuerda el hecho de que somos sus aliados y que nos hemos comprometido con él mediante juramento. Solo nos pide que estemos junto a él y se contenta con que no intervengamos en los combates. ¿A nadie se le ocurre preguntarse por qué los que aún no son nuestros aliados piden más que los que ya lo son? Esto no es debido al exceso de modestia en Filipo o la falta de ella en los romanos. Es la fortuna de la guerra la que da y quita confianza a las exigencias de un lado y de otro. Por lo que respecta a Filipo, nada vemos que le pertenezca, excepto su enviado. En cuanto a los romanos, su flota se encuentra en Céncreas, cargada con los despojos de las ciudades de Eubea, y vemos al cónsul con sus legiones invadiendo la Fócida y la Lócride, que solo están separadas de nosotros por una estrecha franja de mar. ¿No os sorprende por qué el enviado de Filipo, Cleomedonte, habló tan tímidamente cuando nos instó a tomar las armas contra los romanos en nombre de su rey? Él nos recordaba la santidad del tratado y el juramento; pero, si en virtud de ese mismo tratado y juramento le pidiésemos que Filipo nos*

defendiera de Nabis y sus lacedemonios y de los romanos, no podría encontrar una fuerza adecuada para protegernos, y ni siquiera para una respuesta a nuestra petición. Como ya le pasó, ¡por Hércules!, al mismo Filipo el año pasado, cuando trató de llevarse nuestros jóvenes a Eubea, prometiendo que haría la guerra a Nabis, y viendo que no sancionábamos aquel uso de nuestros soldados ni aprobábamos el vernos involucrados en una guerra con Roma, se olvidó en todo del tratado que ahora nos recuerda tanto, dejándonos expuestos a los estragos y pillajes de Nabis y los lacedemonios.

En cuanto a mí, de hecho me parece que los argumentos que ha empleado Cleomedonte resultan incompatibles entre sí. Consideró cosa ligera una guerra contra Roma y dijo que el asunto tendría el mismo fin que el de su guerra anterior contra Filipo. Y si fuese así, ¿por qué entonces Filipo se mantiene a distancia y pide nuestra ayuda, en vez de venir en persona y protegernos a nosotros, sus antiguos aliados, de Nabis y de los romanos? ¿A nosotros, digo? ¡Pero si consintió la captura de Eretria y de Caristo! ¿No pasó igual con todas aquellas ciudades de Tesalia? ¿Y con las de la Lócride y la Fócida? ¿Por qué permite que se esté atacando ahora mismo Elatea? ¿Por qué desguarneció los pasos que llevaban al Epiro y las guarniciones inexpugnables que dominaban el río Áoo? ¿Y por qué marchó al interior de su reino una vez nos hubo abandonado? Si él, deliberadamente, deja a sus aliados a merced de sus enemigos, ¿cómo puede objetar a estos aliados que se ocupen de su propia seguridad? Si su acción fue dictada por el miedo, debe perdonar el nuestro. Si se retiró porque fue derrotado por las armas de Roma, Cleomedonte, ¿cómo nos vamos a enfrentar los aqueos a las que los macedonios no pudisteis resistir? Nos dices que los romanos no tienen ni están empleando más fuerzas en esta guerra que en la última; ¿debemos creer tu palabra, a la vista de los hechos presentes? En aquella ocasión, ellos solo enviaron su flota para auxiliar a los etolios; no pusieron un cónsul al mando ni emplearon un ejército consular. Las ciudades marítimas pertenecientes a los aliados de Filipo estaban consternadas y alarmadas, pero los territorios del interior estaban tan a salvo de las armas de Roma que Filipo devastó las tierras de los etolios mientras imploraban en vano la ayuda de los romanos. Ahora, sin embargo, los romanos han dado fin a la guerra con Cartago, esa guerra que han debido soportar durante dieciséis años, que hizo presa, por así decir, en las entrañas de Italia; y no han enviado simplemente un destacamento para auxiliar a los etolios, ellos mismos han asumido el mando de la guerra y están atacando Macedonia por tierra y mar. Ya es su tercer cónsul el que está conduciendo operaciones con la mayor energía. Sulpicio se enfrentó con el propio rey en Macedonia, lo derrotó, lo puso en fuga y devastó la parte más rica de su reino; y ahora, cuando estaba guarneciendo los pasos que constituyen la llave del Epiro, seguros, según él creía, por sus posiciones, sus líneas fortificadas y su ejército, Quincio lo ha privado de su campamento, lo persiguió mientras huía a Tesalia, asaltó las ciudades de sus aliados y expulsó sus guarniciones casi a la vista del mismo Filipo.

Supongamos que no hay verdad en lo que ha expuesto el enviado de Atenas sobre la brutalidad, la lujuria y la avaricia del rey; supongamos que los crímenes cometidos en el Ática contra todos los dioses, celestes e infernales, no nos importan; y aún menos los sufrimientos de Quíos y Abidos, que están bien lejos; olvidemos nuestras propias heridas, los robos y asesinatos en Mesenia, en el corazón del Peloponeso; el asesinato por el rey de Cariteles, huésped de Filipo en Ciparisia, casi en plena mesa de banquetes y contra todo derecho humano o divino; y de la muerte de los dos Arato de Sición, padre e hijo, -el rey tenía la costumbre de hablar del viejo desgraciado como si fuera su padre-, el secuestro de la esposa del hijo en Macedonia, como víctima de la lujuria del rey, y todos los demás ultrajes contra matronas y doncellas..., dejemos que todo esto sea consignado al olvido. Imaginemos incluso que la cuestión no tiene que ver con Filipo, cuya crueldad os ha hecho enmudecer, ¿pues qué otra razón puede haber para que vosotros, que habéis sido convocados al consejo, guardéis silencio?, sino con Antígono, un suave y justo monarca que ha sido nuestro mayor benefactor. ¿Suponéis que no iba a exigir que hiciéramos lo que resulta imposible de hacer? El Peloponeso, recordad, es una península unida al continente por la estrecha

franja de tierra del Istmo, abierta, y expuesta ante todo, a un ataque naval. Si una flota de cien barcos con cubierta, cincuenta más sin cubierta y treinta lembos de Isa se ponen a devastar nuestra costa y atacar las ciudades que permanecen expuestas casi en la orilla, supongo que nos retiraremos a las ciudades del interior como si estuviésemos a punto de quedar atrapados por las llamas de una guerra interna que se nos enquistase en las entrañas. Cuando Nabis y los lacedemonios nos estén atacando por tierra y la flota romana por mar, ¿cómo apelaré a nuestra alianza con el rey e imploraré a los macedonios que nos ayuden? ¿Protegeremos con nuestras propias armas las ciudades amenazadas y en contra de los romanos? ¡Cuán espléndidamente protegimos Dimas en la última guerra! Los desastres de los demás deberían servirnos de advertencia suficiente a nosotros; no busquemos el modo de convertirnos en advertencia para los demás.

Ya que los romanos piden nuestra amistad voluntariamente, cuidemos de no desdeñar lo que deberíais haber deseado y haber hecho cuanto pudierais por obtener. ¿Os creéis que están atrapados en una tierra extraña y que sus propios temores los llevan a buscar la sombra de vuestra ayuda y el refugio de una alianza con vosotros, para que puedan entrar en vuestros puertos y hacer uso de vuestros suministros? ¡Ellos controlan el mar! Ponen de inmediato bajo su dominio cualquier costa a la que llegan y se dignan pedir lo que podrían obtener por la fuerza. Es porque quieren ser indulgentes con vosotros por lo que no os permiten dar un paso que os destruya. En cuanto a la vía intermedia, que Cleomedonte ha señalado como la más segura, es decir, que estéis tranquilos y os abstengáis de hostilidades, esa no es una vía intermedia, no es una vía en absoluto. Tenemos que aceptar o rechazar la alianza con Roma; de lo contrario no obtendremos el reconocimiento o la gratitud de ninguna de las partes, sino que, como hombres que esperan los hechos cumplidos, dejaremos nuestra política a merced de la Fortuna ¿y qué resultará de esto, sino convertirnos en presa del vencedor? Lo que deberíais haber buscado con la mayor solicitud se os ofrece ahora espontáneamente; cuidar de no despreciar la oferta. Tenéis hoy abiertas cualquiera de las alternativas; no siempre lo estarán. La oportunidad no durará mucho tiempo, ni se repetirá a menudo. Durante mucho tiempo habéis deseado y no os habéis atrevido a libraros de Filipo. Los hombres que os conseguirán vuestra libertad, sin riesgo alguno por vuestra parte, han cruzado los mares con flotas y ejércitos poderosos. Si rechazáis su alianza, no estaréis apenas en vuestros cabales; os veréis obligados a tenerlos como amigos o enemigos.

[32.22] Al finalizar el discurso del pretor se extendió un murmullo de voces por la asamblea, algunas aprobando y otras atacando ferozmente a los que aprobaban. Pronto, no discutían sólo los miembros individuales, sino pueblos completos; finalmente, los principales magistrados de la Liga, a los que llaman *damiurgos* y eligen en número de diez, estaban discutiendo aún más acaloradamente que el resto de la asamblea. Cinco de ellos declararon que presentarían una propuesta de alianza con Roma y que votarían por ella; los otros cinco protestaron diciendo que la ley prohibía que los magistrados propusieran o que el consejo aprobase cualquier resolución contraria a la alianza ya existente con Filipo. Así, también aquel día se gastó en discusiones. Ya solo quedaba un día para las sesiones reglamentarias del consejo, pues la ley exigía que sus decretos se promulgaran al tercer día. Conforme se acercaba el momento, se exaltaron tanto los ánimos que poco faltó para que los padres no les pusieran las manos encima a sus hijos. Pisias, un delegado de Palene, tenía un hijo llamado Memnón, damiurgo, que era uno de los que se oponían a que se presentara y sometiese a votación la resolución. Durante bastante tiempo apeló a su hijo, para que permitiera que los aqueos adoptaran medidas para su común seguridad y para que, por su obstinación, no trajeran la ruina a toda la nación. Cuando vio que su apelación no tenía efecto alguno, juró que ya no lo consideraría un hijo, sino un enemigo, y que le daría muerte con su propia mano. La amenaza surtió efecto y, al siguiente día, Memnón se unió a los que estaban a favor de la resolución. Al estar ahora en mayoría, presentaron la propuesta que resultó claramente aprobada por casi todos los pueblos, indicación evidente de lo que sería la decisión final. Antes de que se

aprobara efectivamente, los representantes de Dimas y Megalópolis, y algunos de los de Argos, se levantaron y abandonaron el consejo. Esto no produjo sorpresa o desaprobación, considerando la situación en que quedaban. Los megalopolitanos, después de haber sido expulsados por los lacedemonios de su patria en los días de sus abuelos, habían sido reintegrados en ella por Antígono. Dimas había sido tomada y saqueada por los romanos, con sus habitantes vendidos como esclavos, y Filipo había ordenado que se les rescatase donde quiera que los encontraran, habiéndoles devuelto su libertad y a su ciudad. Los argivos, que creían que los reyes de Macedonia habían surgido de entre ellos, estaban en su mayoría unidos a Filipo por lazos de amistad personal. Por estas razones se retiraron del consejo, al mostrarse este a favor de formalizar una alianza con Roma, siendo considerada su secesión como algo excusable a la vista de las grandes obligaciones contraídas por los servicios que recientemente se les había prestado.

[32.23] Al ser llamados a votar, el resto de los pueblos aqueos se pronunciaron a favor de la inmediata conclusión de una alianza con Atalo y con los rodios. Como una alianza con Roma no podía hacerse sin una resolución del pueblo romano, se retrasó la cuestión hasta que se pudieran enviar allí embajadores. Mientras tanto, se decidió que debían enviarse tres representantes a Lucio Quincio y que todo el ejército aqueo debía ser llevado a Corinto, pues Quincio ya había empezado a atacar la ciudad una vez había tomado Céncreas. Los aqueos fijaron su campamento en dirección a la puerta que conduce a Sición, los romanos al otro lado de la ciudad que mira hacia Céncreas y Atalo llevó su ejército a través del Istmo y atacó la ciudad por el lado de Lequeo, el puerto que da al otro mar. Al principio, no mostraron mucho ánimo en el ataque, pues tenían esperanzas en las discordias internas entre los habitantes de la ciudad y la guarnición de Filipo. Sin embargo, cuando se vio que todos a una enfrentaban el asalto, los macedonios defendiéndose con tanta energía como si defendieran su tierra natal y los corintios obedeciendo las órdenes de Andróstenes, el general de la guarnición, tan lealmente como si fuese un conciudadano que ellos mismos hubieran puesto al mando por sufragio, los asaltantes pasaron a poner todas sus esperanzas en sus armas y en sus trabajos de asedio. A pesar de las dificultades de la aproximación, se construyeron rampas contra las murallas por todas partes. Por el lado donde operaban los romanos, los arietes habían destruido cierta porción de la muralla y los macedonios llegaron en masa para defender la brecha. Dio comienzo un furioso combate, siendo fácilmente expulsados los romanos a causa de la abrumadora mayoría de los defensores. Llegaron entonces los aqueos y Atalo en su ayuda, haciendo más igualada la lucha y dejando claro que no tendrían mucha dificultad en obligar a ceder a macedonios y griegos. Había una gran cantidad de desertores itálicos, en parte provenientes de aquellos del ejército de Aníbal que habían entrado al servicio de Filipo para escapar al castigo por parte de los romanos, y en parte marineros que habían dejado la flota ante la perspectiva de un servicio militar más honroso. Estos hombres, temiendo por sus vidas en caso de que vencieran los romanos, se encendieron más de locura que de valor. En la parte que da a Sición se encuentra el promontorio de Juno, de Acrea según la llaman ellos, que se adentra en el mar; la distancia desde Corinto es de unas siete millas. En ese momento, Filocles, uno de los prefectos del rey, llevó una fuerza de mil quinientos hombres a través de la Beocia. Las embarcaciones de Corinto estaban en disposición de llevar este destacamento a Lequeo. Atalo aconsejó que se levantara inmediatamente el sitio y que se quemaran las obras de asedio, pero el comandante romano demostró mayor resolución y quería persistir en su intento. Sin embargo, cuando vio a las tropas de Filipo firmemente apostadas delante de todas las puertas y se dio cuenta que sería difícil enfrentar sus ataques en caso de que efectuaran salidas, concordó con la opinión de Atalo. Así pues, se abandonó la operación y se envió de vuelta a casa a los aqueos. El resto de las tropas reembarcaron; Atalo navegó hacia el Pireo y los romanos hacia Corfú.

[32.24] Estando ocupadas de esta manera las fuerzas navales, el cónsul acampó ante Elatea, en la Fócida. Comenzó invitando a los dirigentes de la ciudad a una conferencia y trató de

inducirlos a que se rindieran, pero estos le dijeron que aquello no estaba en su mano, al ser las fuerzas del rey más fuertes y numerosas que los habitantes de la ciudad. Ante esto, procedió a atacar la ciudad por todas partes con armas y artillería de asedio. Tras haber acercado los arietes, cayó con un terrorífico estrépito una porción de la muralla entre dos torres, dejando expuesta la ciudad. De inmediato avanzó una cohorte romana por la abertura así provocada, y los defensores dejaron sus puestos y se dirigieron a la carrera, desde todas partes de la ciudad, hacia el lugar amenazado. Mientras unos romanos estaban trepando sobre las ruinas de la muralla, otros situaban sus escalas de asalto contra los muros que aún estaban en pie; estando la atención de los defensores desviada hacia otro lugar, las murallas fueron coronadas con éxito y los asaltantes descendieron a la ciudad. El ruido del tumulto aterrorizó de tal modo al enemigo que abandonaron la plaza que tan vigorosamente habían estado defendiendo y huyeron todos a la ciudadela, seguidos por una multitud de no combatientes. Habiéndose apoderado así de la ciudad, el cónsul la entregó al saqueo. A continuación, envió un mensaje a los de la ciudadela, prometiendo respetar la vida de las tropas de Filipo si entregaban las armas y también restaurar a los elatenses su libertad. Una vez dadas las necesarias garantías, se hizo con la ciudadela unos días después.

[32,25] La aparición de Filocles en Acaya no solo levantó el sitio de Corinto, sino que provocó la pérdida de Argos, que fue traicionada por los dirigentes de la ciudad actuando con pleno consentimiento de la población. Era costumbre entre ellos que los pretores pronunciasen, para iniciar las celebraciones y como presagio de buena fortuna, los nombres de Júpiter, Apolo y Hércules, habiéndose promulgado una ley para que se añadiera el nombre del rey Filipo. Después que se hubo establecido la alianza con Roma, el pregonero no añadió su nombre, estallando el pueblo en airados murmullos y escuchándose pronto gritos añadiendo el nombre de Filipo y exigiendo los honores que por derecho le correspondían, hasta que finalmente se pronunció su nombre entre tremendos vítores. En respuesta a esta prueba de su popularidad, los partidarios de Filipo invitaron a Filocles que, durante la noche, se apoderó de una colina que dominaba la ciudad; la fortaleza se llamaba Larisa. Situando allí una guarnición, bajó en orden de batalla hasta el foro, que estaba al pie de la colina. Allí se encontró con una formación de tropas establecidas para enfrentarse a su avance. Era una fuerza aquea, que había sido llevada recientemente a la ciudad, consistente en quinientos hombres escogidos de entre todas las ciudades bajo el mando de Enesidemo de Dimas. El prefecto del rey les envió un parlamentario pidiéndoles que abandonasen el lugar pues, no siendo enemigos suficientes para enfrentarse a los ciudadanos que apoyaban a los macedonios, aún menos lo serían contra los mismos macedonios a los que ni los romanos pudieron resistir en Corinto. Al principio, su advertencia no hizo ninguna impresión, ni en el comandante ni en sus hombres, pero cuando vieron de pronto, tras de sí, un gran grupo de argivos armados que marchaban contra ellos por el otro lado, comprendieron que su destino estaba sellado, si su jefe hubiera persistido en la defensa de la plaza por la que, evidentemente, estaban dispuestos a luchar hasta la muerte. Enesidemo, sin embargo, no quiso que la flor de los soldados aqueos se perdiera junto con la ciudad y llegó a un entendimiento con Filocles para que se les permitiera salir. Él mismo, sin embargo, permaneció bajo las armas en el lugar donde había hecho alto, junto con algunos de sus clientes. Filocles envió a preguntarle cuál era su intención; sin dar un paso y sujetando su escudo frente a él, le contestó que moriría combatiendo en defensa de la ciudad que se le había confiado. El prefecto, entonces, ordenó a los tracios que arrojaran una lluvia de proyectiles sobre ellos, muriendo todo el grupo. Por lo tanto, incluso después de haberse establecido la alianza entre los aqueos y los romanos, dos de las más importantes ciudades, Argos y Corinto, estaban en manos del rey. Tales fueron las operaciones de las fuerzas navales y militares de Roma, durante este verano, en Grecia.

[32.26] El cónsul Sexto Elio, a pesar de tener dos ejércitos en la provincia, no llevó a cabo nada de importancia en la Galia. Conservó el que había mandado Lucio Cornelio, y que debía haber

sido licenciado, situando a Cayo Helvio a su mando; al otro ejército lo llevo consigo a la provincia. Casi la totalidad de su año de mandato se gastó en obligar a los antiguos habitantes de Cremona y Plasencia a que regresaran a sus hogares, de donde habían sido alejados por los accidentes de la guerra. Mientras que las cosas estuvieron inesperadamente tranquilas este año en la Galia, los alrededores de la Ciudad estuvieron a punto de convertirse en el escenario de un levantamiento de esclavos. Los rehenes cartagineses estaban bajo custodia en Setia. Como hijos de la nobleza, estaban atendidos por una gran cantidad de esclavos, cuyo número había aumentado con muchos que los propios setinos habían comprando de entre los prisioneros capturados en la reciente guerra en África. Prepararon una conspiración y mandaron a algunos de sus miembros a convencer a los esclavos del territorio alrededor de Setia y, después, a los territorios de Norba y Cercei. Estando sus preparativos ya lo bastante adelantados, se dispusieron a aprovechar la oportunidad que les ofrecerían los Juegos que dentro de poco se iban a celebrar en Setia y atacar al pueblo mientras su atención se concentraba en el espectáculo. Luego, entre el alboroto y el derramamiento de sangre, los esclavos se apoderarían de Setia y, a continuación, se asegurarían Norba y Cercei.

La información de este asunto monstruoso fue llevada a Roma y sometida a Lucio Cornelio Léntulo, el pretor urbano. Dos esclavos llegaron a él antes del amanecer, dándole cumplida cuenta de cuanto se había hecho y de lo que se contemplaba hacer. Tras dar órdenes para que quedasen detenidos en su casa, convocó al Senado y le comunicó las noticias que habían traído los informantes. Se le ordenó que empezase de inmediato una investigación y aplastase la conspiración. Acompañado por cinco legados, obligó a cuantos encontró por los campos a prestar el juramento militar, armarse y seguirle. Mediante esta leva informal, reunió una fuerza armada de unos dos mil hombres con los que llegó a Setia, todos ellos completamente ignorantes de su destino. Una vez allí, se apoderó rápidamente de los cabecillas y esto provocó una huida general de los esclavos de la ciudad. Se enviaron partidas por los campos para darles caza. Resultó muy valiosa la información proporcionada por los dos esclavos y por un hombre libre. Para este último, el Senado ordenó una gratificación de cien mil ases; para cada uno de los esclavos concedió cinco mil ases y su libertad, compensándose a los propietarios del erario público. Poco después llegaron noticias de que algunos esclavos, los restos de aquella conspiración, tenían la intención de apoderarse de Palestrina. Lucio Cornelio marchó allí y castigó a unos dos mil que habían estado involucrados en la conjura. Los ciudadanos temían que los responsables y principales impulsores del asunto hubieran sido los rehenes y prisioneros cartagineses. Por consiguiente, se dispuso una estricta vigilancia en los barrios de Roma, se dispuso que los magistrados menores inspeccionaran los puestos de vigilancia y que los triunviros de la cárcel de las lautumias estrecharan la vigilancia. También dio órdenes el pretor a las comunidades latinas para que los rehenes se mantuvieran en privado y que no se les dejase aparecer en público; los prisioneros debían ser esposados con grilletes de no menos de diez libras de peso y no quedar confinados sino en cárceles del Estado.

[32,27] Aquel año, una delegación del rey Atalo depositó en el Capitolio una corona de oro que pesaba 246 libras. También presentaron su agradecimiento al Senado por la intervención de los enviados romanos, pues gracias a ellos Antíoco había retirado su ejército de los territorios de Atalo. En el transcurso del verano, Masinisa envió al ejército en Grecia doscientos jinetes, diez elefantes y doscientos mil modios de trigo. Además, desde Sicilia y Cerdeña se envió al ejército gran cantidad de provisiones y vestuario. Marco Marcelo se encargó de la administración de Sicilia y Marco Porcio Catón de la de Cerdeña. Este último era un hombre de vida íntegra y honesta, pero considerado demasiado severo en su represión de la usura. Los prestamistas fueron desterrados de la isla, recortándose o aboliéndose totalmente las sumas que los aliados regalaban para el agasajo de los pretores. El cónsul Sexto Elio volvió de la Galia para llevar a cabo las elecciones; Cayo Cornelio Cétego y Quinto Minucio Rufo fueron los nuevos cónsules. Dos días más tarde siguió la elección de los pretores. Como consecuencia del aumento en las provincias y la extensión del dominio de Roma, este año se eligieron por primera vez seis pretores, a saber, Lucio Manlio Volso,

Cayo Sempronio Tuditano, Marco Sergio Silo, Marco Helvio, Marco Minucio Rufo y Lucio Atilio. De ellos, Sempronio y Helvio eran ediles plebeyos; resultaron electos ediles curules Quinto Minucio Termo y Tiberio Sempronio Longo. Los Juegos Romanos se celebraron cuatro veces durante el año.

[32.28] *(197 a.C.)* El primer asunto que trataron los cónsules fue el reparto de las provincias, tanto a los pretores como a los cónsules. Se empezó con las de los pretores, pues se podían asignar por sorteo. La pretura urbana tocó a Sergio, la peregrina a Minucio, Cerdeña fue para Atilio, Sicilia para Manlio, la Hispania Citerior fue para Sempronio y la Ulterior fue para Helvio[2]. Cuando los cónsules se disponían a sortear entre sí Italia y Macedonia, dos de los tribunos de la plebe, Lucio Opio y Quinto Fulvio, se opusieron a ello. Macedonia, objetaron, era una provincia lejana y, hasta aquel momento, nada se había opuesto más a una victoria en la guerra que el hecho de que apenas hubieran comenzado las operaciones ya se estaba llamando al anterior cónsul, justo cuando estaba la campaña en pleno desarrollo. Este era ya el cuarto año desde que se había declarado la guerra a Macedonia: Sempronio había pasado la mayor parte del año para tratando de dar con el rey y su ejército; Vilio había llegado a contactar con el enemigo, pero fue llamado antes de librarse cualquier acción decisiva; Quincio había sido retenido en Roma durante la mayor parte del año por asuntos relacionados con la religión; pero, de haber llegado antes a su provincia o de haberse retrasado el inicio del invierno, su dirección de las operaciones mostraba que podía haber dado fin a la guerra. Ahora casi estaba ya en sus cuarteles de invierno, pero se decía que estaba preparando la guerra de tal forma que, si no se lo impedía su sucesor, podría darle término al siguiente verano. Mediante estos argumentos, consiguieron que los cónsules se comprometieran a aceptar la decisión del Senado si los tribunos también lo hacían. Como ambas partes dejaron al Senado libertad de acción, se emitió un decreto para que Italia fuera administrada por ambos cónsules y que Tito Quincio viera confirmado su mando hasta el momento en que el Senado designara a su sucesor. A cada uno de los cónsules se les asignarían dos legiones; con ellas deberían dirigir la guerra contra los galos cisalpinos, que se habían rebelado contra Roma. También se votaron refuerzos para que Quincio los empleara contra Macedonia, totalizando seis mil infantes y trescientos jinetes, además de tres mil marinos aliados. Lucio Quincio Flaminio conservó su puesto al mando de la flota. Cada uno de los pretores que iban a operar en Hispania recibió ocho mil infantes proporcionados por los latinos y los aliados, y cuatrocientos jinetes; estos debían sustituir al antiguo ejército, que debía ser enviado a casa. Debían también concretar los límites de las dos provincias hispanas, la Citerior y la Ulterior. Publio Sulpicio y Publio Vilio, que anteriormente habían estado en Macedonia como cónsules, fueron destinados allí como generales.

[32.29] Antes de que los cónsules y los pretores partieran paras sus respectivas provincias, se tomaron medidas para expiar varios portentos que se habían anunciado. Los templos de Vulcano y Sumano en Roma, y una de las puertas con una porción de la muralla de Fregenas, fueron alcanzados por un rayo; en Éfula nació un cordero con cinco pies y dos cabezas; en Formia entraron dos lobos y mutilaron a varias personas que se cruzaron en su camino; en Roma entró un lobo que incluso llegó hasta el Capitolio. Cayo Atinio, uno de los tribunos de la plebe, presentó una propuesta para la fundación de cinco colonias en la costa: dos en la desembocadura de los ríos Volturno y Literno, una en Pozzuoli, una en el Castro Salerno y, finalmente, otra en Buxento. Se decidió que cada colonia consistiría en trescientas familias, nombrándose triunviros para supervisar el asentamiento. Estos desempeñarían sus cargos durante tres años. Fueron designados Marco Servilio Gémino, Quinto Minucio Termo y Tiberio Sempronio Longo. Cuando hubieron alistado las fuerzas requeridas y terminado todos los asuntos, tanto divinos como humanos, ambos cónsules

2 La Hispania Citerior, o de acá, era la parte de la península Ibérica al norte del Ebro; la Ulterior, o de allá, es la que está al sur del Ebro. Los romanos, en general, empleaban los términos citerior y ulterior siempre respecto a Roma.- N. del T.

partieron para la Galia. Cornelio tomó el camino que iba directo hacia tierras de los ínsubros, que estaban en armas junto a los cenomanos; Quinto Minucio torció hacia la parte izquierda de Italia, en dirección al Adriático ["al mar inferior", según la traducción directa del original latino.-N. del T.], y llegando con su ejército a Génova empezó sus operaciones contra los ligures. Se rindieron dos ciudades fortificadas, Casteggio y Litubio, ambas pertenecientes a los ligures, y dos comunidades de ese mismo pueblo, los celeyates y los cerdiciates. Todas las tribus del este lado del Po habían quedado ya reducidas, a excepción de los boyos, en la Galia, y los ilvates, en la Liguria. Se dijo que se habían rendido quince ciudades fortificadas y veinte mil hombres.

[32.30] Desde aquí, llevó sus legiones al país de los boyos, cuyo ejército, no mucho antes, había cruzado el Po. Habían oído que los cónsules tenían intención de atacarles con sus legiones unidas, y con el propósito de consolidar ellos también sus propias fuerzas mediante su unión, habían establecido una alianza con ínsubros y cenomanos. Cuando les llegó noticia de que uno de los cónsules estaba incendiando los campos de los boyos, surgió una diferencia de opinión; los boyos exigían que todos debían apoyar a quienes sufrían la mayor presión, mientras que los ínsubros declararon que no dejarían indefenso su propio país. Así pues, dividieron sus fuerzas; los boyos marcharon a proteger su país y los ínsubros y cenomanos tomaron posiciones a orillas del Mincio. En el mismo río, dos millas más abajo, fijó Cornelio su campamento. Desde allí envió emisarios a las aldeas de los cenomanos y a Brixia, su capital, enterándose con certeza de que su juventud estaba en armas sin la sanción de sus mayores y que su consejo nacional tampoco había autorizado que se prestase ayuda alguna a la revuelta de los ínsubros. Al saber de esto, invitó a sus jefes a una conferencia y trató de inducirlos a romper con los ínsubros, regresando a sus hogares o pasándose a los romanos. No fue capaz de obtener su consentimiento a la última propuesta, pero le dieron garantías de que no tomarían parte en los combates, a menos que surgiera la ocasión, en cuyo caso sería para ayudar a los romanos. Los ínsubros fueron mantenidos en la ignorancia de este pacto, pero sospecharon algo sobre a las intenciones de sus aliados y, al formar sus líneas, no se arriesgaron a confiarles una posición en ningún ala, no fuera a ser que abandonasen su posición traicioneramente y llevaran a todo el ejército a un desastre. Por lo tanto, fueron situados en la retaguardia, como reserva. Al comienzo de la batalla, el cónsul prometió un templo a Juno Sospita en caso de que el enemigo fuera derrotado ese día y los soldados, con sus gritos, aseguraron a su jefe que ellos harían que pudiera cumplir su promesa. A continuación cargaron, no resistiendo los ínsubros el primer choque. Algunos autores dicen que los cenomanos los atacaron desde atrás cuando la batalla estaba en marcha y que el doble ataque los arrojó en un completo desorden. Murieron treinta y cinco mil hombres y se hizo prisioneros a cinco mil doscientos, incluyendo al general cartaginés Amílcar, el principal instigador de la guerra; también se capturaron ciento treinta estandartes y numerosas carretas. Aquellos de entre los galos que habían seguido a los ínsubros en su rebelión se rindieron a los romanos.

[32.31] El cónsul Minucio había llevado sus expediciones de saqueo por todo el país de los boyos, pero cuando se enteró de que habían abandonado a los ínsubros y vuelto para defender su país, se mantuvo dentro de su campamento, pensando que se enfrentaría a ellos en una batalla campal. Los boyos no habrían declinado presentar batalla si la noticia de la derrota de los ínsubros no hubiera quebrado su ánimo. Abandonaron a su jefe y su campamento, dispersándose por sus poblados y disponiéndose cada hombre a defender su propiedad. Esto provocó que su antagonista cambiara sus planes pues, al no existir ya esperanza alguna de forzar la terminación de la guerra en una sola acción, el cónsul reanudó los saqueos de sus campos y el incendio de sus aldeas y granjas. Fue por entonces cuando resultó incendiada Casteggio. Los ligustinos ilvates eran, ahora, la única tribu ligur que no se había sometido, por lo que condujo las legiones contra ellos. Sin embargo, también ellos se rindieron al enterarse de la derrota de los ínsubros y de que, además, los boyos estaban tan desanimados que no se aventurarían a un enfrentamiento. Las cartas de los dos cónsules,

anunciando sus victorias, llegaron a Roma al mismo tiempo. El pretor urbano, Marco Sergio, las leyó en el Senado y fue autorizado por ese Cuerpo a leerlas a la Asamblea. Se ordenaron cuatro días de acción de gracias.

[32.32] El invierno ya había llegado y Tito Quincio, después de la captura de Elatea, había acuartelado a sus tropas en la Fócida y en la Lócride. Surgieron disputas políticas en Opunte; un partido llamó en su ayuda a los etolios, que estaban más cerca, y el otro llamó a los romanos. Los etolios fueron los primeros en llegar, pero el otro partido, más rico e influyente, les negó la entrada y, después de enviar un mensaje al general romano, conservó la ciudad a la espera de su llegada. La ciudadela estaba guarnecida por tropas de Filipo y ni las amenazas de los opuntios ni el tono autoritario del jefe romano sirvieron para que la abandonaran. El lugar habría sido atacado de inmediato, de no haber llegado un heraldo del rey pidiendo que designaran lugar y momento para una entrevista. Tras una considerable vacilación, se le concedió su petición. La resistencia de Quincio no se debía a que no deseara ganar la gloria de dar fin a la guerra por las armas y por las conversaciones, pues aún no sabía nada acerca de que ninguno de los nuevos cónsules iría a relevarle, ni de que iba a seguir con su mando, decisión que había encargado a sus amigos y familiares que hicieran cuanto pudieran por asegurar. Pensó, sin embargo, que una conferencia serviría a su propósito y le dejaría en libertad de mostrarse favorable a la guerra, si seguía al mando, o a la paz, si tenía que partir.

Eligieron un lugar en la costa del golfo Malíaco, cerca de Nicea. El rey se dirigió allí desde Demetrias, en un buque de guerra escoltado por cinco lembos. Estaba acompañado por dos magnates de Macedonia y también por un distinguido exiliado etolio llamado Ciclíadas. Con el comandante romano estaba el rey Aminandro, Dionisodoro, embajador de Atalo, Acesímbroto, prefecto de la flota rodia, Feneas, jefe de los etolios y dos aqueos, Jenofonte y Aristeno. Rodeado por este grupo de notables, el general romano avanzó hasta el borde de la playa y, al avanzar el rey hacia la proa de su nave, que estaba anclada, le llamó: *Si vienes a la orilla, ambos podremos hablar y escuchar al otro con más comodidad.* El rey se negó a ello, por lo que Quincio le preguntó: *¿De qué tienes miedo?*. En un tono de real orgullo, Filipo contestó: *No temo a nadie, excepto a los dioses inmortales; pero no confío en los que te rodean, y menos aún en los etolios.—Ese*, respondió Quincio, *es un peligro al que están igualmente expuestos todos los que acuden a conferenciar con el enemigo, esto es, que no exista buena fe.—Así es, Tito Quincio,* fue la respuesta de Filipo, *pero las recompensas de la traición, si bien se piensa, no son las mismas para ambas partes; Filipo y Feneas no tienen el mismo valor. A los etolios no les resultaría tan difícil sustituirlo por otro magistrado, como a los macedonios reemplazar a su rey.*

[32.33] Después de esto no se habló más. El comandante romano consideraba que lo correcto era que empezase la conversación aquel que había solicitado la conferencia; el rey pensaba que la discusión debían abrirla los hombres que daba los términos de paz, no el que los recibía. Entonces, el Romano señaló que lo que tenía que decir era muy simple y directo; se limitaría a exponer las condiciones sin las cuales la paz sería imposible. *El rey debe retirar sus guarniciones de todas las ciudades en Grecia; deberá devolver los prisioneros y desertores a los aliados de Roma; aquellas plazas en Iliria que había capturado tras la conclusión de la paz en el Epiro, serían devueltas a Roma; las ciudades de las que se había apoderado por la fuerza, tras la muerte de Tolomeo Filópator, serían devueltas a Tolomeo, el rey de Egipto. Estas -dijo- son mis condiciones y las del pueblo de Roma; pero es justo y apropiado que también sean escuchadas las demandas de nuestros aliados.* El representante del rey Atalo exigió la devolución de las naves y los prisioneros que se habían tomado en la batalla naval de Quíos, así como la restauración a su estado anterior del Niceforio y del Templo de Venus, que el rey había saqueado y devastado. Los rodios exigieron la cesión de la Perea, un territorio del continente frente a su isla y que anteriormente estaba bajo su dominio, insistiendo en la retirada de las guarniciones de Filipo de Jasos, Bargilias y Euromo, así

como de Sesto y Abidos en el Helesponto; la devolución de Perinto a los bizantinos, junto con el restablecimiento de sus viejas relaciones políticas y la libertad de todos los mercados y puertos de Asia. Los aqueos exigieron la devolución de Corinto y Argos. Feneas, pretor de los etolios, exigió, casi en los mismos términos que los romanos, la evacuación de Grecia y la devolución de las ciudades que anteriormente habían estado bajo dominio de los etolios.

Le siguió uno de los notables etolios, llamado Alejandro, considerado entre los etolios un hombre elocuente. Había permanecido largamente en silencio, dijo, no porque pensara que la conferencia llevaría a algún resultado, sino simplemente porque no quería interrumpir a ninguno de los oradores que representaban a sus aliados. Filipo -continuó- no era sincero al discutir los términos de paz, ni había demostrado un auténtico valor en la forma en que había dirigido la guerra. En las negociaciones se mostraba engañoso y acechante, en la guerra no se enfrentaba a su enemigo en terreno abierto ni combatía en batalla campal. Se mantenía fuera del camino de su adversario, saqueaba e incendiaba sus ciudades y, cuando vencía, destruía lo que debería ser el premio de los vencedores. Los antiguos reyes de Macedonia no se comportaron de esta manera; confiaban en sus formaciones de combate y, en la medida de lo posible, salvaron a las ciudades para que su imperio pudiera resultar aún más opulento. ¿Qué clase de política era aquella de destruir las mismas cosas por las que combatía, sin dejar nada para sí excepto la misma guerra? El año anterior Filipo arrasó más ciudades en Tesalia, pese a que pertenecían a sus aliados, que cualquier enemigo que Tesalia hubiese tenido antes. Incluso a nosotros, los etolios, nos ha tomado más ciudades, desde que se convirtió en nuestro aliado, de las que nos tomó cuando era nuestro enemigo. Se apoderó de Lisimaquia después de expulsar a la guarnición etolia y a su comandante; de la misma manera destruyó por completo Cíos, miembro de nuestra liga. Mediante una traición similar es ahora dueño de Tebas, Ptía, Equino, Larisa y Farsala.

[32,34] Alterado por el discurso de Alejandro, Filipo trasladó su barco más cerca de la orilla con el fin de que le oyeran mejor y comenzó un discurso dirigido principalmente contra los etolios. Fue, sin embargo, interrumpió al principio con vehemencia por Feneas, que exclamó: *No están las cosas para ser resueltas con palabras. O vences en la guerra o debes obedecer a quienes son mejores que tú—Eso*, respondió Filipo, *es evidente hasta para un ciego,* lo que era una alusión burlona a un defecto en la vista de Feneas. Filipo era, por naturaleza, más dado a la ironía de lo que convenía a un rey, no pudiendo contener su humor ni siquiera en medio de los más graves asuntos. Pasó luego a expresar su indignación porque los etolios le ordenaran evacuar Grecia, como si fueran romanos, cuando no podrían decir cuáles eran las fronteras de Grecia. Incluso dentro de la misma Etolia, los egreos, los apódotos y los anfílocos, que constituían una parte considerable de su población, no estaban incluidos en Grecia. *¿Es que tienen* -continuó- *algún derecho a quejarse porque no haya respetado a sus aliados, cuando ellos mismos practican su antigua costumbre, como si fuese una obligación legal, de permitir a sus jóvenes que tomen las armas contra sus propios aliados con la excusa de que no lo autoriza su gobierno? Y así, muy a menudo sucede que ejércitos enemigos tienen en ambos lados contingentes procedentes de Etolia. En cuanto a Cíos, no fui yo realmente quien la asaltó, aunque ayudé a Prusias, mi aliado y amigo, en su ataque contra aquella plaza. Tomé Lisimaquia a los tracios, pero como tenía que poner toda atención en esta guerra no pude conservarla y aún la mantienen los tracios.*

Todo esto, en cuanto a los etolios. Respecto a Atalo y Rodas, en estricta justicia nada les debo, pues no empecé yo la guerra, sino ellos. Sin embargo, en honor de los romanos, devolveré Perea a los rodios y las naves a Atalo, con todos los prisioneros que se puedan encontrar. En lo tocante a la restauración del Niceforio y del templo de Venus, ¿qué respuesta puedo dar a esta demanda, aparte de declarar que asumiré el cuidado y los gastos de la replantación, que es la única manera de devolver los bosques y arboledas taladas? Son tales demandas las que gustan de concederse los reyes unos a otros. Terminó su discurso respondiendo a los aqueos. Después de enumerar los servicios prestados a esa nación, en primer lugar por Antígono y luego por él mismo,

ordenó que se leyeran los decretos que habían aprobado en su favor, derramando sobre él todos los honores humanos y divinos, comparándolos luego con el único que habían aprobado últimamente y en el que decidían romper con él. Reprochándoles amargamente por su infidelidad, se comprometió no obstante a devolverles Argos. La situación de Corinto la discutiría con el general romano, preguntándole al mismo tiempo si consideraba justo que tuviese que renunciar a toda pretensión sobre las ciudades que había capturado y mantenido por derecho de guerra, e incluso a las que había heredado de sus antepasados.

[32,35] Los aqueos y los etolios se disponían a replicar pero, como ya casi se estaba poniendo el sol, se suspendió la conferencia hasta la mañana siguiente. Filipo regresó a su fondeadero y los romanos y sus aliados a sus campamentos. Se había establecido Nicea como lugar para la próxima reunión y Quincio llegó puntualmente al día siguiente, pero Filipo no aparecía por ninguna parte ni llegó en varias horas ningún mensajero suyo. Por fin, cuando ya habían abandonado toda esperanza de que viniera, aparecieron repentinamente sus barcos. Explicó que había pasado todo el día considerando las exigencias tan duras y humillantes que se le habían hecho, sin saber qué decidir. Lo que todos pensaron fue que había demorado deliberadamente su aparición hasta el final del día, para que los aqueos y los etolios no pudieran dar sus réplicas. Esta sospecha se confirmó cuando pidió que, con el fin de evitar perder el tiempo con recriminaciones y llegar a una conclusión final, los demás se retirasen y que el general romano y él conferenciasen juntos. Al principio se pusieron objeciones a esto, pues parecería como si se excluyera de la conferencia a los aliados; pero como insistiera en su demanda, acordaron entre todos que el resto se retiraría y el general romano, acompañado por Apio Claudio, un tribuno militar, se adelantaría a la orilla de la playa mientras el rey, con dos de su séquito, se llegaba a tierra. Allí conversaron durante algún tiempo en privado. No se sabe qué contó Filipo a su pueblo sobre la entrevista, pero lo que Quincio declaró a los aliados fue que Filipo estaba dispuesto a ceder a los romanos toda las costa iliria y entregar a los refugiados y cuantos prisioneros pudiera tener, a devolver a Atalo sus naves y sus tripulaciones capturadas; a devolver a los rodios la región que llamaban Perea, pero que no evacuaría Jasos ni Bargilias; a los etolios devolvería Farsala y Larisa, pero no Tebas; a los aqueos cedería no solo Argos, sino también Corinto. Ninguna de las partes interesadas se mostró satisfecha con estas propuestas, porque decían que perdían más de lo que ganaban y, a menos que Filipo retirase sus guarniciones de toda Grecia, nunca faltarían motivos de disputa.

[32,36] Todos los miembros del consejo se manifestaron y protestaron ruidosamente, y aquellos gritos llegaron hasta Filipo, que se encontraba a cierta distancia. Pidió a Quincio que pospusiera el asunto hasta el día siguiente; con seguridad, o le convencía o era convencido. Se estableció la costa próxima a Tronio para la conferencia, reuniéndose allí a una hora más temprana. Filipo comenzó instando a Quincio y a todos los presentes para que no siguieran destruyendo todas las esperanzas de paz. A continuación, pidió tiempo para que pudiera enviar embajadores al Senado romano, fuera que lograra conseguir la paz en los términos que él proponía o aceptar cualesquiera condiciones ofreciera el Senado. Esta sugerencia se encontró con el rechazo de todos, que dijeron que su único objetivo era ganar tiempo para reunir sus fuerzas. Quincio observó que esto habría podido ser cierto de ser verano y una estación apropiada para una campaña, pero ahora que se acercaba el invierno nada se perdería dándole tiempo bastante para enviar sus embajadores. Ningún acuerdo al que él pudiera llegar con el rey sería válido sin la ratificación del Senado y, ya que el invierno pondría fin necesariamente a las operaciones militares, sería posible ver qué condiciones de paz aprobaba el Senado. El resto de los negociadores coincidió con este punto de vista y se acordó un armisticio de dos meses. Los diferentes Estados decidieron enviar cada uno un embajador para exponer los hechos ante el Senado, de manera que no pudiera ser engañado por falsas declaraciones de los de Filipo. Asimismo, se acordó que, antes de que entrase en vigor el armisticio, se debían retirar de la Fócida y la Lócride las guarniciones del rey. Para dar mayor importancia a la

misión, Quincio envió con ellos a Aminandro, rey de los atamanes, a Quinto Fabio, hijo de una hermana de su mujer, a Quinto Fulvio y a Apio Claudio.

[32,37] A su llegada a Roma, los delegados de los aliados fueron recibidos en audiencia antes que los de Filipo. Su discurso ante el Senado estuvo compuesto, principalmente, por ataques personales contra el rey, aunque lo que más influyó en el Senado fue su descripción de aquella parte del mundo y la distribución del mar y la tierra. De tal descripción quedó bien claro que, mientras Filipo conservara Demetrias, en la Tesalia, Calcis en Eubea y Corinto en Acaya, Grecia no podría ser libre; el mismo Filipo, con tanta verdad como insolencia, las llamaba *los grilletes de Grecia.* Los enviados del rey fueron presentados después; ya habían comenzado un discurso un tanto largo cuando se les interrumpió con una pregunta directa: *¿Está dispuesto a abandonar las tres ciudades?* Ellos respondieron que sus órdenes no lo mencionaban. Ante esto, se les despidió y se rompieron las negociaciones, quedando la paz o la guerra enteramente a juicio de Quincio. Como era evidente que el Senado no se oponía a la guerra, y como el propio Quincio ansiaba más la victoria que la paz, rechazó este cualquier otra entrevista con Filipo y dijo que no admitiría más enviados suyos a menos que llegaran para anunciar que se retiraba completamente de Grecia.

[32.38] Cuando Filipo vio que las cosas se decidirían en el campo de batalla, llamó a sus fuerzas de todas partes. Su principal inquietud eran las ciudades de Acaya, que estaban tan lejanas, temiendo menos por Argos que por Corinto. Pensó que la mejor opción sería ponerla a cargo de Nabis, el tirano de Lacedemonia, como una especie de depósito que le devolvería en caso de victoria o que seguiría bajo dominio del tirano en caso de derrota. Escribió a Filocles, que era el gobernador de Corinto y Argos, pidiéndole que tratara la cuestión, personalmente, con Nabis. Filocles llevó un regalo con él y, como prenda de la futura amistad entre el rey y el tirano, informó a Nabis de que Filipo deseaba formalizar una alianza matrimonial entre sus hijas y los hijos de Nabis. Al principio, el tirano se negó a aceptar la ciudad a menos que los mismos argivos, mediante un decreto formal, lo llamaran en su ayuda. Sin embargo, cuando se enteró de que en una reunión multitudinaria de su Asamblea los argivos despreciaron y execraron su nombre, consideró que ya tenía justificación suficiente para saquearles y comunicó a Filocles que le podía entregar la ciudad cuando quisiera. El tirano fue admitido en la plaza durante la noche, sin levantar sospechas; al amanecer, todas las posiciones dominantes estaban ocupadas y las puertas cerradas. Algunos de los principales ciudadanos habían escapado al principio del tumulto y se incautaron de sus propiedades; los que aún permanecían en ellas vieron tomado todo su oro y su plata, imponiéndoseles multas muy severas. Los que pagaron pronto fueron expulsados sin insultos ni injurias, los que eran sospechosos de ocultar o conservar cualquier cosa fueron azotados y torturados como esclavos. Se convocó luego una reunión de la Asamblea en la que promulgó dos medidas: una para cancelar las deudas y otra para dividir la tierra; las dos antorchas con las que los revolucionarios inflaman a la plebe contra la aristocracia.

[32.39] Una vez estuvo la ciudad de los argivos en su poder, el tirano ya no se preocupó más por el hombre que se la había entregado ni por las condiciones en que la había aceptado. Envió emisarios a Quincio, en Elatea, y Atalo, que invernaba en Egina, para informarles de que Argos estaba en su poder. Debían también comunicar a Quincio que, si venía hasta Argos, Nabis estaba seguro de que podrían llegar a un completo acuerdo. La política de Quincio consistía en privar a Filipo de cualquier apoyo, por lo que consintió en visitar a Nabis al tiempo que enviaba un mensaje a Atalo para encontrarse con él en Sición. Justo en este momento llegó su hermano Lucio con diez trirremes desde sus cuarteles de invierno en Corfú, y con estos navegó Quincio desde Antícira a Sición. Atalo ya estaba allí y, cuando se encontraron, le comentó que era el tirano quien debía acudir al comandante romano, no el comandante romano al tirano. Quincio se mostró de acuerdo con él y declinó entrar en Argos. No muy lejos de esa ciudad hay un lugar que se llama Micénica,

decidiéndose que se celebrara allí la reunión. Quincio fue con su hermano y unos pocos tribunos militares, Atalo iba con su comitiva regia y Nicóstrato, el pretor de los aqueos, también estuvo presente con unos cuantos auxiliares. Encontraron a Nabis esperándoles con todas sus fuerzas. Marchó hasta casi la mitad del espacio que separaba ambos campamentos, completamente armado y escoltado por un cuerpo de guardias armados; Quincio, desarmado, el rey también sin armas y acompañados por Nicóstrato y uno de sus auxiliares, salieron a su encuentro. Nabis empezó disculpándose por haber venido a la conferencia armado y con escolta, pese a que vio que el rey y el comandante romano estaban desarmados. No tenía miedo de ellos, dijo, sino de los refugiados de Argos. Empezaron luego a discutir los términos en que se podrían establecer relaciones de amistad. Los romanos hicieron dos peticiones: primera, que Nabis debía poner fin a las hostilidades contra los aqueos y, en segundo lugar, que debería proporcionar ayuda contra Filipo. Este se comprometió a proporcionarla; en vez de una paz definitiva, se acordó un armisticio con los aqueos que permanecería en vigor hasta que hubiese terminado la guerra con Filipo.

[32,40] Atalo abrió entonces una discusión sobre la cuestión de Argos, sosteniendo que había sido entregada a traición por Filocles y que ahora era retenida a la fuerza por Nabis. Nabis respondió que había sido invitado por los argivos para acudir en su defensa. Atalo insistió en que se convocara una reunión de la Asamblea de Argos, para que se pudiera comprobar la verdad. El tirano no planteó ninguna objeción a esto, pero cuando el rey dijo que se debían retirar las tropas de la ciudad y que la Asamblea debía quedar en libertad para decidir lo que verdaderamente deseaban los argivos, sin que estuviesen presentes los lacedemonios, Nabis se negó a retirar sus hombres. La discusión no produjo resultado alguno. El tirano proporcionó a los romanos una fuerza de seiscientos cretenses, acordándose un armisticio de cuatro meses entre Nicóstrato, el pretor de los aqueos, y el tirano de los lacedemonios; después de esto se disolvió la conferencia. Desde allí, Quincio se dirigió a Corinto, marchando hasta las puertas con la cohorte cretense para que Filocles, el comandante, pudiera ver que Nabis había roto con Filipo. Filocles mantuvo una entrevista con el general romano, que lo presionó para que se cambiase de bando y entregara la ciudad, dando la impresión en su réplica de que aplazaba, más que rechazaba, la decisión. Desde Corinto, Quincio fue a Antícira y envió a su hermano para conocer la actitud de los acarnanes. Desde Argos, Atalo se dirigió a Sición, que rindió al rey honores aún mayores que los que le había ofrecido anteriormente; él, por su parte, decidió no pasar entre sus aliados y amigos sin dar muestra de su generosidad. Tiempo atrás, les había conseguido, a un costo considerable para él, cierto terreno que fue consagrado a Apolo; ahora les regaló diez talentos de plata y mil medimnos de grano. A continuación volvió a sus naves, en Céncreas. Nabis regresó también a Lacedemonia, tras dejar una fuerte guarnición en Argos. Como él había despojado a los hombres de Argos, ahora envió a su esposa a despojar a las mujeres. Esta invitaba a las damas nobles a su casa, a veces solas y a veces en grupos familiares; de esta manera, mediante halagos y amenazas, consiguió de ellas no solo su oro, sino incluso sus vestidos y todos los artículos femeninos de belleza.

LIBRO XXXIII. LA SEGUNDA GUERRA MACEDÓNICA (CONTINUACIÓN)

[33,1] Los hechos antes descritos tuvieron lugar en el invierno *(197 a.C.)*. Al comienzo de la primavera, Quincio, deseoso de atraer bajo su dominio a los beocios, que vacilaban sobre de qué lado inclinarse, convocó a Atalo en Elacia y, marchando a través de la Fócida, acampó en un lugar a unas cinco millas de Tebas, la capital de Beocia. Al día siguiente, escoltado por un único manípulo y acompañado por Atalo y las diversas delegaciones que se le habían unido de todas partes, se dirigió a la ciudad. Los asteros de la legión, en número de dos mil, recibieron la orden de seguirlo a una distancia de una milla. Hacia mitad de camino se encontró con Antífilo, pretor de los beocios; la población de la ciudad estaba en las murallas, contemplando con inquietud la aproximación del general romano y el rey. Veían que con ellos iban pocas armas y pocos soldados; los asteros, que les seguían una milla por detrás, quedaban ocultos por los recodos del camino y las ondulaciones del terreno. Cuando llegó cerca de la ciudad, aflojó el paso, como para saludar a las gentes que salían a su encuentro, aunque lo que pretendía, en realidad, era dar tiempo a que los asteros le alcanzasen. Los ciudadanos, empujándose apelotonados delante del lictor, no vieron la columna armada que llegaba, a la carrera, donde estaba el lugar de recepción del general. Quedaron entonces completamente consternados, pues pensaron que la ciudad había sido entregada y capturada mediante la traición del pretor Antífilo. Resultaba evidente que la Asamblea de los beocios, que estaba convocada para el día siguiente, no tendría ocasión de deliberar sin impedimentos. Ocultaron su disgusto, pues el haberlo mostrado habría sido inútil y peligroso.

[33,2] Atalo fue el primero en hablar en el Consejo. Comenzó haciendo un recuento de los servicios que había prestado a Grecia en su conjunto y en particular a los beocios. Pero ya estaba demasiado anciano y enfermo como para soportar la tensión de hablar en público; de repente, guardó silencio y se derrumbó. Mientras retiraban al rey, que había perdido el uso de un lado de su cuerpo, y trataban de ayudarle, se suspendieron los actos. Aristeno, el pretor de los aqueos, fue el siguiente en hablar y lo hizo con la mayor autoridad, pues dio a los beocios el mismo consejo que ya había dado a los aqueos. El propio Quincio añadió algunas observaciones, con las que hizo más hincapié en la buena fe de los romanos y su sentido del honor que en sus armas y recursos. Dicearco de Platea presentó una moción a favor de la alianza con Roma. Una vez leídos sus términos, nadie se atrevió a oponerse y, en consecuencia, fue aprobada con el voto unánime de las ciudades de Beocia. Una vez disuelto el Consejo, Quincio permaneció en Tebas solo mientras el repentino ataque de Atalo lo hizo necesario y, tan pronto vio que no había peligro inmediato para su vida, pese a la debilidad de sus miembros, lo dejó para que se sometiera al tratamiento preciso y regresó a Elacia. Los beocios, al igual que los aqueos antes que ellos, fueron así admitidos como aliados y, una vez hubo dejado todo tranquilo y seguro, pudo dedicar todos sus pensamientos a Filipo y a los medios para llevar la guerra a su fin.

[33,3] Después que sus emisarios hubieron regresado de su infructuosa misión en Roma, Filipo decidió alistar tropas en todas las ciudades de su reino. Debido a las constantes guerras que durante tantas generaciones habían disminuido la población macedonia, se daba una grave falta de hombres en edad militar; durante el propio reinado de Filipo había muerto un gran número en las batallas navales contra los rodios y Atalo, así como en las campañas contra los romanos. En estas circunstancias, alistó incluso a jóvenes de dieciséis años y llamó nuevamente a los hombres que ya habían prestado su periodo de servicio, siempre y cuando aún fueran útiles. Una vez alcanzados todos los efectivos de su ejército, concentró todas sus fuerzas en Díon, estableciendo allí un campamento permanente en el que instruyó y ejercitó a sus soldados día tras día mientras esperaba al enemigo. Durante este tiempo, Quincio dejó Elacia y marchó a través de Tronio y Escarfea hacia

las Termópilas. El Consejo Etolio había sido convocado para reunirse en Heraclea y decidir la fuerza del contingente que debía seguir a la guerra al general romano, esperando este un par de días en las Termópilas para saber el resultado. Cuando se le hubo informado de su decisión partió y, pasando en su marcha Xinias, estableció su campamento en la frontera entre los enianes y Tesalia. Allí esperó al contingente etolio, que llegó sin pérdida alguna de tiempo, bajo el mando de Feneas, en número de seiscientos infantes y cuatrocientos de caballería. Para eliminar cualquier duda en cuanto a por qué había esperado, reanudó su marcha tan pronto como llegaron. En su avance a través de la Ftiótide se le unieron 500 cretenses de Gortinio, al mando de Cidante, y trescientos apolonios, armados como los cretenses, y no mucho después mil doscientos infantes atamanes al mando de Aminandro. En cuanto Filipo se cercioró de que los romanos habían partido de Elacia, se dio cuenta de que la lucha que se le presentaba decidiría el destino de su reino y pensó que resultaría conveniente dirigir unas palabras de ánimo a sus soldados. Después de repetir las frases familiares sobre las virtudes de sus antepasados y la reputación militar de los macedonios, incidió primero en las consideraciones que les producían temor y, después, en aquellas por las que incrementarían sus esperanzas.

[33,4] A las tres derrotas sufridas por la falange macedonia en el Áoo, contrapuso el rechazo de los romanos en Atrage En la ocasión anterior, cuando no pudieron mantener su control sobre el paso que conduce al Epiro, señaló que la culpa fue, en primer lugar, de los que habían descuidado su misión en los puestos avanzados, y luego del comportamiento de la infantería ligera y de los mercenarios en la batalla propiamente dicha. Sin embargo, la falange macedonia se mantuvo firme y, mientras estuviesen en terreno favorable y en campo abierto, se mantendrían siempre imbatidos. La falange estaba compuesta por dieciséis mil hombres, la flor de las fuerzas militares de sus dominios. Había, además, dos mil soldados con cetras, a quienes ellos llaman peltastas, y contingentes en igual número proporcionados por los tracios y por los tralos, una tribu iliria. Además de éstos, había unos mil quinientos mercenarios procedentes de diversas nacionalidades y un cuerpo de caballería compuesto por dos mil jinetes. Con esta fuerza esperó el rey a sus enemigos. El ejército romano era casi igual en número, solo era superior en caballería debido a la aportación de los etolios.

[33,5] Quincio albergaba la esperanza de que Tebas, en la Ftiótide, sería traicionada por Timón, el ciudadano más importante de la ciudad y, en consecuencia, se dirigió hacia allí. Cabalgó hasta las murallas con un pequeño grupo de caballería e infantería ligera, pero sus expectativas se vieron frustradas por una salida practicada desde la ciudad, al punto que le habría puesto en grave peligro de no haber llegado en su ayuda, desde el campamento, fuerzas tanto de infantería como de caballería. Al comprobar que sus esperanzas eran infundadas y que no había perspectivas de que se realizaran sin empeñar más esfuerzos, desistió de cualquier otro intento por el momento. Sabiendo, por otro lado, que el rey estaba ya en Tesalia, aunque su paradero exacto era desconocido, envió a sus hombres por los campos vecinos para cortar y preparar estacas para una empalizada. Tanto los macedonios como los griegos hacían uso de las empalizadas, pero no adaptaban sus materiales ni para el transporte ni para fortalecer las defensas. Los árboles que cortaban eran demasiado grandes y con demasiadas ramas como para que los soldados los transportaran junto con sus armas; una vez colocados en su lugar y cercado su campamento, la demolición de su empalizada era cosa fácil. Los grandes troncos se erguían separados unos de otros y las gruesas ramas proporcionaban un buen agarre, de manera que dos, o a lo sumo tres, jóvenes bastaban para derribarlos y, una vez derribado, crear un hueco ancho como una puerta, sin que tuviesen nada a mano con lo que taponar la apertura. Por otro lado, las estacas que cortaban los romanos eran más ligeras, generalmente ahorquilladas y con tres o a lo sumo cuatro ramas; de esta manera, con sus armas colgadas a la espalda, los soldados romanos podían llevar con ellos cómodamente varias de ellas. Las hincan tan juntas en el terreno y entrelazan las ramas de tal manera que resulta imposible descubrir a qué árbol en particular

pertenece cualquiera de las ramas exteriores; estas se aguzan y entrelazan tan estrechamente que no queda espacio para meter la mano, ni se puede agarrar o tirar, porque están tan entrelazadas unas con otras como los eslabones de una cadena. Si una resulta arrancada, solo deja una pequeña abertura y resulta muy fácil colocar otra en su lugar.

[33.6] Quincio hizo una corta marcha al día siguiente, pues los soldados portaban la madera para construir una empalizada y poder establecer un campamento atrincherado en cualquier lugar. La posición que escogió estaba a unas seis millas de Feres y, después de establecer su campamento, envió partidas para averiguar en qué parte de Tesalia estaba el enemigo y cuáles eran sus intenciones. Filipo estaba en las proximidades de Larisa y ya había recibido la información de que los romanos habían partido de Tebas hacia Feres. También él ansiaba dar término a las cosas y decidió dirigirse directamente contra el enemigo; finalmente, fijó su campamento a unas cuatro millas de Feres. Al día siguiente, la infantería ligera de ambos bandos salió con el objeto de apoderarse de ciertas colinas que dominaban la ciudad; al llegar a la vista la una de la otra, se detuvieron y mandaron a pedir órdenes a sus respectivos campamentos sobre qué debían hacer ahora que se habían encontrado inesperadamente con el enemigo. Mientras, esperaban sin moverse el regreso de los enlaces y transcurrió el día sin combatir, para ser finalmente retirados tales grupos a sus campamentos. Al día siguiente, se libró una acción de caballería cerca de aquellas colinas en la que las tropas de Filipo fueron derrotadas y rechazadas de nuevo a su campamento; una victoria cuya responsabilidad correspondió principalmente a los etolios. Ambas partes se vieron obstaculizadas en gran medida en sus movimientos por la naturaleza del terreno, que estaba densamente plantado con árboles y huertos como los que generalmente se encuentras en los terrenos suburbanos, con los caminos delimitados por tapias y, en algunos casos, bloqueados por estas. Ambos comandantes estaban igualmente decididos a dejar aquel terreno y, como si lo hubieran establecido de común acuerdo, se dirigieron a Escotusa: Filipo, con la esperanza de conseguir allí suministros de grano; Quincio, con la intención de adelantarse a su adversario y destruir su grano. Los ejércitos marcharon todo el día, sin conseguir avistar al otro debido a una serie continua de colinas que estaban entre ellos. Los romanos acamparon en Eretria, en la Ftiótide; Filipo fijó su campamento junto al río Onquestos. Al día siguiente, Filipo acampó en Melambio, en territorio de Escotusa, y Quincio en Tetideo, en las proximidades de Farsala, pero ni siquiera entonces tuvo ninguno de ellos conocimiento seguro de dónde estaba su enemigo. Al tercer día llegaron unas pesadas nubes, seguidas por una oscuridad tan negra como la noche y que mantuvo a los romanos en su campamento por temor a un ataque por sorpresa.

[33,7] Deseoso de seguir adelante, Filipo no se mostró disuadido en lo más mínimo por las nubes que habían descendido tras la lluvia y ordenó que los portaestandartes avanzaran. Sin embargo, se había formado una niebla tan espesa que había desaparecido la luz del día y ni los portaestandartes podían ver el camino, ni los hombres podían ver sus estandartes. Confundidos por los gritos contradictorios, la columna cayó en gran desorden, como si hubieran perdido el rumbo durante una marcha nocturna. Una vez superada la cadena de colinas conocida como Cinoscéfalas, donde dejaron una gran fuerza de infantería y caballería para ocuparla, establecieron su campamento. El general romano todavía estaba en su campamento en Tetideo; envió, sin embargo, diez turmas de caballería y mil vélites para hacer un reconocimiento, advirtiéndoles que se guardasen contra las emboscadas, de que debido a la poca luz diurna podría no ser detectada ni siquiera en campo abierto. Cuando llegaron a las alturas donde estaba situado el enemigo, ambas partes permanecieron inmóviles, como si estuvieran paralizados por el miedo mutuo. En cuanto desapareció su sorpresa ante la inesperada visión del enemigo, ambos enviaron mensajes a sus generales en el campamento y se enfrentaron sin dilación. La acción fue iniciada por las patrullas de avanzada, generalizándose después según se incorporaban los refuerzos. Los romanos no eran en absoluto rivales para sus oponentes y mandaron un mensaje tras otro a su general para informarle de

que estaban siendo sobrepasados. Se despachó a toda prisa un refuerzo de quinientos de caballería y dos mil infantes, en su mayoría etolios, bajo el mando de dos tribunos militares, que restauraron un combate que ya se inclinaba contra los romanos. Este giro de la fortuna puso en dificultades a los macedonios, que mandaron a pedir ayuda a su rey. Pero, como debido a la oscuridad una batalla era la última cosa que había previsto para aquel día, y como había enviado gran número de hombres de todas las filas a forrajear, permaneció durante un tiempo considerable sin saber qué hacer. Los mensajes se hicieron cada vez más insistentes, y como la niebla ya se había levantado y puesto de manifiesto la situación de los macedonios, que habían sido rechazados hasta la cima más alta y buscaban más seguridad en su posición que en sus armas, Filipo consideró que debía arriesgar un enfrentamiento general y decisivo, en vez de dejar que se perdiera parte de sus fuerzas por falta de apoyo. En consecuencia, envió a Atenágoras, el comandante de los mercenarios, con todo el contingente auxiliar, a excepción de los tracios, y también a la caballería macedonia y tesalia. Su aparición dio lugar a que los romanos resultaran expulsados de la colina y obligados a retirarse a un terreno más bajo. Que no fueran rechazados en desordenada fuga se debió principalmente a la caballería etolia, que en ese momento era la mejor de Grecia, aunque en infantería eran inferiores a sus vecinos.

[33.8] De esta acción se informó al rey como si se tratara de una victoria más importante de lo que justificaban los hechos. Desde el campo de batalla llegó un mensajero tras otro, gritando que los romanos estaban en fuga, y aunque el rey, reticente y vacilante, decía que la acción había comenzado de manera precipitada y que ni el momento ni el lugar le convenían, fue finalmente inducido a llevar todas sus fuerzas al campo de batalla. El comandante romano hizo lo mismo, más porque no le quedaba otra opción que porque quisiera aprovechar la oportunidad de una batalla. Colocó los elefantes delante las enseñas, y mantuvo en reserva a su ala derecha; él, personalmente y con la totalidad de la infantería ligera, se hizo cargo de la izquierda. Según avanzaban, les recordó que iban a pelear con los mismos macedonios a quienes, pese a la dificultad del terreno y protegidos como estaban por las montañas y el río, habían expulsado de los pasos que llevaban al Epiro y derrotado completamente; los mismos a los que habían vencido bajo el mando de Publio Sulpicio, cuando trataron de detener su marcha sobre Eordea. El reino de Macedonia, afirmó, se mantenía por su prestigio, no por su fuerza, y aún su prestigio había finalmente desaparecido. Para entonces ya había llegado hasta sus destacamentos que resistían en el fondo del valle. De inmediato reanudaron el combate y, mediante un feroz ataque, obligaron al enemigo a ceder terreno. Filipo, con sus soldados con cetra y la infantería de su ala derecha, el mejor cuerpo de su ejército, al que llaman falange, llegó hasta el enemigo casi a la carrera; ordena a Nicanor, uno de sus cortesanos, que le siga de inmediato con el resto de su fuerza. En cuanto llegó a la cima de la colina y vio unos cuantos cuerpos enemigos y armas yaciendo por allí, concluyó que se había producido una batalla en aquel lugar y que los romanos habían sido rechazados; cuando vio, además, que el combate estaba teniendo lugar en la proximidad del campamento enemigo, se alegró enormemente. Pronto, sin embargo, cuando sus hombres retrocedieron huyendo y fue su turno para inquietarse, se debatió durante algunos momentos con ansiedad sobre si debía retirar sus tropas al campamento. Después, al aproximarse el enemigo y, especialmente, cuando sus propios hombres fueron siendo destrozados y no podrían salvarse a menos que los auxiliara con tropas de refuerzo, no siendo ya segura la retirada, se vio obligado él mismo a arriesgarlo todo, pese a no haber llegado todavía la otra parte de sus fuerzas. Situó en su ala derecha a la caballería y la infantería ligera que ya había entrado en acción; a los soldados con cetra y a los falangistas les ordenó que dejaran las lanzas, cuya longitud les estorbaba, y que hicieran uso de sus espadas. Para evitar que su línea resultase rápidamente quebrada, redujo su frente a la mitad y dobló la profundidad de sus filas, de manera que la profundidad fuera mayor que la anchura. También ordenó que se cerrasen las filas, de manera que cada hombre estuviera en contacto con los demás, arma con arma.

[33,9] Una vez se hubieron reintegrado a sus líneas y bajo los estandartes las tropas romanas que ya habían combatido, Quincio ordenó que las trompetas dieran la señal. Rara vez, se dice, ha sido lanzado un grito de batalla como aquel al comienzo de una acción, pues ambos ejércitos lo hicieron al mismo tiempo, no solo aquellos que ya se estaban enfrentando, sino incluso las reservas romanas y las macedonias, que estaban apareciendo en aquel momento en el campo de batalla. El rey, en la derecha, ayudado principalmente por el terreno más elevado sobre el que combatía, tenía la ventaja. En la izquierda, donde la parte de la falange que constituía la retaguardia estaba apenas llegando, todo era confusión y desorden. El centro estaba quieto y contemplando aquello como si se tratase de un combate que no le afectara. La parte recién llegada de la falange, formada en columna en vez de en línea de batalla, marchando en lugar de formando, apenas había alcanzado la cima de la colina. Aunque Quincio vio que sus hombres estaban cediendo terreno a la izquierda, envió a los elefantes contra aquellas tropas desordenadas y los lanzó a la carga, considerando con razón que la derrota de una parte se extendería al resto. Ya no quedó duda del resultado: los macedonios del frente, aterrorizados por los animales, se dieron instantáneamente la vuelta y los demás, al verlos rechazados, los siguieron. Uno de los tribunos militares, al ver la situación, decidió al momento qué hacer y, dejando aquella parte de su línea que estaba ganando claramente, dio un rodeo con veinte manípulos y atacó la derecha enemiga por la espalda. Ningún ejército, cuando es atacado por la retaguardia, puede dejar de sufrir confusión; pero esa inevitable confusión se vio incrementada por la incapacidad de la falange macedonia, una formación pesada y lenta, para encarar un nuevo frente. Para empeorar las cosas, estaban en seria desventaja a causa del terreno, pues al seguir a su enemigo rechazado colina abajo, habían abandonado la altura al enemigo que, dando un rodeo, la ocupó en su movimiento envolvente. Atacada por ambos lados, sufrieron graves pérdidas y en poco tiempo arrojaron las armas y se dieron a la fuga.

[33.10] Filipo ocupó el punto más elevado de las colinas con un pequeño grupo de caballería e infantería, con el fin de ver qué fortuna corrían sus tropas en el ala izquierda. Al darse cuenta de su huida desordenada y ver los estandartes y armas romanas ondeando sobre todas las colinas, también el abandonó el campo de batalla. Quincio, que estaba presionando sobre el enemigo en retirada, vio que los macedonios ponían repentinamente en posición vertical sus lanzas y, como no sabía qué pretendían con aquella maniobra desconocida, cesó la persecución durante algunos minutos. Al saber que esta era la señal macedonia de rendición, llegó a pensar en perdonar a los vencidos. Los soldados, sin embargo, sin darse cuenta de que el enemigo ya resistía e ignorantes de la intención de su general, se lanzaron contra ellos al ataque; al caer muertos los de vanguardia, el resto se dispersó huyendo. El propio Filipo se alejó a galope tendido en dirección a Tempe, deteniéndose en Gonos donde permaneció durante un día para recoger a los supervivientes de la batalla. Los romanos irrumpieron en el campamento enemigo esperando saquearlo, pero se encontraron con que había sido ya limpiado en gran parte por los etolios. Perecieron aquel día ocho mil enemigos y se hizo prisioneros a cinco mil; de los vencedores cayeron alrededor de setecientos hombres. Si hemos de creer a Valerio, que es dado a la exageración sin límites, perecieron cuarenta mil enemigos y, aquí su imaginación no es tan salvaje, se hizo prisioneros a cinco mil setecientos y se capturaron doscientos cuarenta y nueve estandartes. Claudio, también, escribe que murieron treinta y dos mil enemigos y que cuatro mil trescientos fueron hechos prisioneros. Hemos tomado el número más pequeño no porque sea el menor, sino porque hemos seguido a Polibio, que resulta un autor fiable para la historia romana, especialmente cuando tiene lugar en Grecia.

[33,11] Después de reunir a los fugitivos que se habían dispersado en las distintas etapas de la batalla y que le habían seguido en su huida, Filipo envió hombres a quemar sus papeles en Larisa, para que no cayeran en manos del enemigo, y se retiró luego a Macedonia. Quincio vendió algunos de los prisioneros y una parte del botín, entregando el resto a los soldados; después de esto se dirigió a Larisa, no sabiendo con certeza en qué dirección había marchado el rey o qué movimiento

pensaba hacer. Estando allí, llegó un mensajero del rey con el pretexto de pedir un armisticio para enterrar a los caídos en la batalla, aunque en realidad venía a solicitar permiso para abrir negociaciones de paz. Ambas solicitudes fueron concedidas por el general romano, que también envió un mensaje al rey pidiéndole que no se desanimara. Esto ofendió grandemente a los etolios, que se molestaron mucho y decían que el comandante había cambiado tras su victoria. Antes de la batalla, según decían, solía consultar con sus aliados todos los asuntos, grandes y pequeños, pero ahora los había excluido de todos sus consejos; actuaba guiado únicamente por su propio juicio. Estaba buscando la oportunidad de congraciarse personalmente con Filipo, de manera que después que los etolios hubieran llevado todo el peso de las dificultades y sufrimientos de la guerra, el romano se pudiera asegurar para él todo el agradecimiento y las ventajas de la paz. Es un hecho que Quincio, sin duda, mostró menos consideración hacia los etolios, pero estos ignoraban en realidad su motivo para tratarlos con displicencia. Creían que buscaba sobornos por parte de Filipo, pese a que era un hombre que nunca cedió a la tentación del dinero; pero no era sin una buena razón que estaba disgustado con los etolios, a causa de su insaciable apetito de botín y su arrogancia al reclamar para ellos mismos el crédito de la victoria, vanidad que ofendía los oídos de todos. Además, si Filipo caía y el reino de Macedonia quedaba aplastado sin esperanza, él consideraba que los etolios se convertirían en la potencia dominante en Grecia. Guiado por estas consideraciones, concibió su conducta deliberadamente para humillarlos y menospreciarlos a los ojos de los demás.

[33.12] Se concedió al enemigo una tregua de quince días y se hicieron gestiones para mantener una conferencia con Filipo. Antes de la fecha fijada para ella, Quincio llamó a consultas a sus aliados y les expuso las condiciones de paz que pensaba debían ser impuestas. Aminandro expuso brevemente su punto de vista, que consistía en que los términos debían ser tales que Grecia resultara lo bastante fuerte, aún en ausencia de los romanos, como para proteger su libertad e impedir que se quebrara la paz. Los etolios hablaron en un tono más reivindicativo: después de aludir brevemente a la acertada actitud de Quincio, llamando a quienes habían sido sus aliados en la guerra para aconsejarle sobre la cuestión de la paz, llegaron a asegurarle que estaba completamente equivocado si suponía que podía fundar la paz con Roma o la libertad de Grecia sobre una base segura, a menos que Filipo fuera muerto o expulsado de su reino. Cualquiera de estas alternativas le resultaría factible si quería aprovechar su suerte. Quincio respondió que, al expresar aquellas pretensiones, los etolios estaban perdiendo de vista la política establecida por Roma y siendo ellos mismos incoherentes con sus propuestas. En todos los consejos y conferencias anteriores, cuando se discutía la cuestión de la paz, ellos nunca habían abogado por la destrucción de Macedonia; y los romanos, cuya política desde los primeros momentos había sido mostrar misericordia hacia los vencidos, habían aportado una prueba evidente de esto en la paz que habían concedido a Aníbal y los cartagineses. Pero sin tener en cuenta a los cartagineses, no obstante, ¿no se había reunido él frecuentemente con Filipo? Y nunca se había planteado la cuestión de su abdicación. ¿Acaso se había convertido aquella en una guerra de exterminio por haber sido derrotado en una batalla? *Contra un enemigo que empuña las armas se está obligado a proceder con implacable hostilidad; con el vencido, la grandeza de ánimo muestra la mayor clemencia. ¿Creéis que los reyes de Macedonia son un peligro para las libertades de Grecia? Si tal nación y reino fueran barridos, los tracios, los ilirios, los galos, tribus salvajes y bárbaras, se derramarían por Macedonia y por Grecia. No vaya a ser que, eliminando el peligro más próximo a vosotros, abráis la puerta a otros mayores y más graves.* Aquí fue interrumpido por Feneas, el pretor de la Liga Etolia, que declaró solemnemente y muy alterado que, si Filipo escapaba, pronto demostraría ser un enemigo aún más peligroso. *Cese el alboroto*, dijo Quincio, *cuando tenemos que deliberar. La paz no se asentará sobre tales términos que hagan posible reanudar la guerra.*

[33.13] El consejo se disolvió y, a la mañana siguiente, Filipo llegó hasta el lugar fijado para la conferencia, que estaba en el desfiladero que lleva a Tempe. Al tercer día, en una concurrida

reunión de romanos y aliados, se le escuchó. Mostró una gran prudencia al ceder espontáneamente en todas las condiciones sin las que no se podría conseguir la paz, sin necesidad de que se las impusieran durante la discusión. Declaró estar de acuerdo con cuanto, en la conferencia anterior, habían exigido los aliados o insistido los romanos; todo lo demás lo dejaría a la decisión del Senado. Esto pareció haber impedido cualquier otra exigencia, aún de los que les eran más hostiles; sin embargo, Feneas rompió el silencio general la preguntarle: *¿Qué, Filipo? ¿Por fin nos devuelves Farsala, Larisa, Cremaste, Equino y Tebas Ftías?* Al responder Filipo que no pondría dificultad alguna en la devolución de aquellos lugares, se inició una discusión entre Quincio y los etolios sobre Tebas. Quincio afirmó que pertenecía a Roma por derecho de la guerra, pues antes de que estallara la guerra marchó hacia allí e invitó a los ciudadanos a establecer con él relaciones de amistad, y que siendo los ciudadanos perfectamente libres de abandonar a Filipo, prefirieron su alianza a la de los romanos. Feneas replicó que era justo y equitativo, teniendo en cuenta la parte que habían tomado en la guerra, que se devolviera a los etolios cuanto habían poseído antes de la guerra. Además, había quedado establecido en el tratado desde el primer momento que los botines de guerra, incluyendo los bienes muebles y todo tipo de ganado y prisioneros, quedarían para los romanos; las ciudades conquistadas y los territorios serían para los etolios. *Vosotros mismos* -respondió Quincio- *rompisteis ese tratado cuando nos dejasteis e hicisteis la paz con Filipo. Si todavía estuviera en vigor, sólo se aplicaría a las ciudades que han sido capturadas; las ciudades de Tesalia han pasado a nuestro poder de su propia voluntad.* Esta declaración, que fue aprobada por todos los aliados, provocó en aquel momento una sensación amarga entre los etolios y llevaría pronto a una guerra que resultó ser de lo más desastrosa para ellos. Se acordó que Filipo entregaría a su hijo Demetrio y a algunos de los amigos del rey como rehenes, pagando además una indemnización de doscientos talentos. Respecto a las demás cuestiones, enviaría una embajada a Roma y se le concedió una tregua de cuatro meses para que pudiera hacerlo. En caso de que el Senado se negara a otorgarle condiciones de la paz, se cancelaría el acuerdo y se devolverían a Filipo los rehenes y el dinero. Se dice que la razón principal por la que Quincio deseaba una rápida paz eran los preparativos bélicos de Antíoco y su amenaza de invasión de Europa.

[33.14] En aquel mismo momento, y según algunos relatos en el mismo día en que se libró la batalla de Cinoscéfalos, los aqueos derrotaron a Andróstenes, uno de los generales de Filipo, en una batalla campal librada en Corinto. Filipo trataba de mantener esa ciudad como amenaza para los estados griegos y, después de invitar a conferenciar a sus dirigentes bajo el pretexto de acordar qué fuerza de caballería podrían proporcionar los corintios en la guerra, se apoderó de ellos como rehenes. La fuerza de ocupación que ya se encontraba allí estaba compuesta por quinientos macedonios y ochocientos auxiliares de diversas nacionalidades. Además de éstos, envió a mil macedonios y mil doscientos ilirios y tracios, así como ochocientos cretenses, cuyas tribus combatían para ambos bandos. Había, también, mil soldados armados de escudo, beocios, tesalios y acarnanes, además de setecientos jóvenes de la propia Corinto, lo que elevaba el total de fuerzas a seis mil hombres; Andróstenes se sintió lo bastante fuerte como para presentar batalla. El pretor de los aqueos, Nicóstrato, estaba en Sición con dos mil infantes y doscientos jinetes, pero en vista de que era inferior tanto en el número como en la calidad de sus tropas, no se aventuró fuera de las murallas. Las tropas del rey invadieron y devastaron los territorios de Pelene, Fliunte y Cleonas. Al fin, para mostrar su desprecio por el miedo de su enemigo, invadieron el territorio de Sición y, navegando a lo largo de la costa aquea, corrieron y asolaron el terreno. Su confianza, como suele ocurrir, les hizo descuidados y condujeron sus ataques en ausencia de toda precaución. Viendo la posibilidad de vencer en un ataque por sorpresa, Nicóstrato envió aviso secretamente a todas las ciudades de alrededor, señalando las fuerzas que debían enviar y un día para que se reunieran en Apelauro, una localidad que pertenecía a Estinfalia. Con todo dispuesto el día señalado, hizo una marcha nocturna a través del territorio de Fliunte hacia Cleonas, sin que nadie supiera cuál era su objetivo. Llevaba con él cinco mil de infantería, de los cuales ... llevaban armamento ligero, así

como trescientos de caballería. Con estas fuerzas esperó el regreso de las patrullas de exploración que había enviado para averiguar en qué dirección se había dispersado el enemigo.

[33,15] Andróstenes, ignorando todo esto, salió de Corinto y acampó junto al Nemea, un arroyo que divide el territorio de Corinto del de Sición. Aquí, dejando la mitad de su ejército en el campamento, dispuso la otra mitad y a toda la caballería en tres grupos y les ordenó lanzar correrías simultáneas por los territorios de Pelene, Sición y Fliunte. Los tres grupos marcharon a ejecutar sus misiones por separado. En cuanto llegaron a Nicóstrato, que estaba en Cleonas, noticias de esto, mandó rápidamente un fuerte destacamento de mercenarios para apoderarse del paso que llevaba a Corinto. Él los siguió con rapidez, disponiendo su ejército en dos columnas y con la caballería formada en vanguardia. En una columna marchaban los mercenarios y la infantería ligera; en la otra iban los armados de clípeos, la principal fuerza de todos los ejércitos griegos. Cuando no estaban lejos del campamento enemigo, algunos de los tracios comenzaron a atacar las partidas enemigas diseminadas por los campos, llenándose de alarma el campamento y quedando su comandante sorprendido y desconcertado. Nunca había visto al enemigo, excepto en pequeños grupos, acá y allá sobre las colinas frente a Sición, sin aventurarse a los terrenos más bajos, y nunca supuso que dejarían sus posiciones en Cleonas para ir hasta allí. Llamó de vuelta a las partidas dispersas mediante toques de trompeta y, ordenando a los soldados que tomasen las armas a toda prisa, se apresuró a salir con una débil fuerza y formó su línea a la orilla del río. El resto de sus tropas apenas tuvo tiempo de reunirse y formar, sin poder resistir la primera carga enemiga; los macedonios, sin embargo, que fueron los que en mayor número acudieron a los estandartes, mantuvieron incierta durante largo tiempo la esperanza de victoria. Finalmente, con su flanco expuesto por la huida del resto del ejército y sometido a dos ataques independientes, uno de la infantería ligera sobre su flanco y otro, de los armados con clípeos y cetras, contra su frente, empezaron a ceder terreno y, conforme se hizo mayor la presión, se dieron media vuelta y huyeron. La mayor parte arrojó sus armas y, abandonando cualquier esperanza de conservar su campamento, se dirigió a Corinto. Contra estos, Nicóstrato envió a sus mercenarios para perseguirles, despachando a la caballería y a los auxiliares tracios para atacar las partidas de saqueo alrededor de Sición. También aquí se produjo una gran masacre, casi mayor, de hecho, que en la propia batalla. Algunos de los que habían estado asolando la comarca alrededor de Pelene y Fliunte regresaban al campamento, sin guardar formación militar alguna y sin apercibirse de cuanto había sucedido, cuando fueron a dar con las patrullas enemigas donde habían esperado encontrarse con las propias. Otros, viendo hombres que corrían en todas direcciones, sospecharon lo que había pasado y huyeron con tal precipitación que ellos mismos se perdieron, siendo destrozados incluso por los campesinos. Ese día cayeron mil quinientos hombres y se capturaron trescientos prisioneros. Toda la Acaya quedó liberada de un gran temor.

[33,16] Acarnania era el único estado griego que todavía mantenía la alianza con Macedonia. Antes de la batalla de Cinoscéfalos, Lucio Quincio había invitado a sus notables a mantener una conferencia en Corfú, incitándoles de algún modo a cambiar de bando. Las dos razones principales de su fidelidad eran, primero, su innato sentido de la lealtad, y después su miedo y odio hacia los etolios. Se convocó una Asamblea en Léucade. La asistencia de los pueblos acarnanes no fue en modo alguno general, ni tampoco los presentes estuvieron de acuerdo en cuanto al curso a seguir. Sin embargo, entre dos notables y un magistrado lograron aprobar una moción particular a favor de una alianza con Roma. Esto sentó mal a las ciudades que no habían enviado representantes, y en medio de este malestar general dos de sus dirigentes, Androcles y Equedemo, lograron influir lo bastante no solo para conseguir la cancelación del decreto, sino incluso para asegurarse la condena de sus autores, Arquelao y Bianor, personas principales entre sus pueblos, bajo la acusación de traición, así como la destitución del pretor Zeuxidas, que había presentado la moción. Los condenados dieron un paso arriesgado que, al final, tuvo éxito. Sus amigos les aconsejaron ceder a

las circunstancias y acudir junto a los romanos, en Corfú, pero ellos resolvieron presentarse ante el pueblo y, o bien calmar la indignación popular mediante aquel acto o sufrir lo que la fortuna les deparase. Cuando entraron en la atestada sala de la Asamblea se oyeron al principio murmullos de asombro; pero, pronto, el respeto que inspiraba la alta posición que una vez tuvieron y la compasión por su infortunio presente, provocaron el silencio. Habiéndoseles dado permiso para hablar, adoptaron inicialmente un tono suplicante; pero cuando llegaron a la parte en que afrontaban los cargos de los que se les acusaba, se defendieron con toda la confianza de hombres inocentes y, finalmente, se atrevieron a quejarse un tanto del trato que habían recibido, protestando contra la injusticia y crueldad que se les había impuesto. Los sentimientos de su audiencia quedaron tan sacudidos que todas las medidas adoptadas en su contra fueron anuladas por una gran mayoría. No obstante, se decidió regresar a la alianza con Filipo y renunciar a las relaciones de amistad con Roma.

[33,17] Estos decretos fueron aprobados en Léucade, la capital de Acarnania y sede donde se reunían todos sus pueblos. Cuando se informó a Flaminino, que estaba en Corfú, de este cambio repentino, se hizo a la vela de inmediato hacia Léucade, arribando a un lugar llamado Hereo. Avanzó después hacia la ciudad con toda clase de artillería y máquinas de asedio, pensando que, al primer toque de alarma, los defensores se desanimarían. En cuanto vio que no había signos de que le pidieran la paz, empezó a montar los manteletes y torres, acercando los arietes hasta las murallas. La Acarnania se encuentra entre Etolia y Epiro, mirando al oeste, hacia el mar Sículo. Leucadia, que es ahora es una isla separada de Acarnania por un canal vadeable, era entonces una península conectada con la costa oeste de Acarnania por un estrecho istmo de media milla de largo que no superaba en ningún punto los ciento veinte pasos de ancho. La ciudad de Léucade se encuentra en este istmo, descansando sobre una colina que mira hacia el este, hacia la Acarnania; la parte más baja de la ciudad es llana y se encuentra ya a nivel del mar que separa Acarnania de Leucadia. Esto hace que quede abierta a ataques tanto por tierra como por mar, pues las aguas someras son más parecidas a las de una laguna que a las del mar, y el suelo de la llanura alrededor está compuesto por tierra, muy a propósito para las obras de asedio. Así pues, se minaron muchas zonas de la muralla o se las batió con los arietes. Pero la ventaja que la situación de la ciudad daba a los asaltantes se vio contrarrestada por el espíritu indomable de los defensores. Siempre alerta, noche y día reparaban las murallas destrozadas, colocaban barricadas en las brechas, efectuaban constantes salidas y defendían sus murallas con las armas sin dejar que las murallas les defendiesen a ellos. El asedio se podría haber prolongado más de lo que los romanos habían previsto, de no haber sido porque algunos refugiados itálicos, que vivían en Léucade, dejaron entrar a los soldados en la ciudadela. Una vez dentro, bajaron con gran tumulto desde la parte alta, encontrando a los leucadianos en el foro, formados en orden de combate y ofreciendo una tenaz resistencia. Mientras tanto, se habían coronado con éxito muchos puntos de las murallas, practicándose entre las piedras y escombros una vía de acceso al interior de la ciudad. Llegado este momento, el propio general había rodeado a los combatientes con una fuerza considerable; mientras algunos perecieron entre ambos grupos de asaltantes, otros arrojaron sus armas y se rindieron. Unos días más tarde, al enterarse de la batalla de Cinoscéfalos, toda la Acarnania se sometió al general romano.

[33.18] En todas partes por igual se iba hundiendo la fortuna de Filipo. Y, justo entonces, los rodios decidieron reclamarle el territorio continental conocido como Perea, que habían poseído sus antepasados. Enviaron una expedición bajo el mando del pretor Pausístrato, compuesta por ochocientos infantes aqueos y unos mil ochocientos soldados procedentes de diversas nacionalidades: galos y mniesutas, pisuetas, tarmianos, y tereos de Perea y laudicenos de Asia. Con estas fuerzas, Pausístrato tomó Tendeba, una posición muy ventajosa situada en territorio de Estratonicea; las tropas del rey que estaban en Tera no advirtieron su avance. En estos momentos recibieron los refuerzos pedidos especialmente para esta campaña: mil infantes aqueos y un

centenar de jinetes, al mando todos de Teoxeno. Dinócrates, prefecto del rey, se dirigió a Tendeba con el fin de recuperar la plaza, y desde allí hacia Astragon, otro castillo en el mismo territorio. Se retiraron todas las guarniciones dispersas, y con estas y un contingente de auxiliares tesalios de la propia Estratonicea pasó a Alabanda, donde estaba el enemigo. Los rodios estaban listos para la batalla y, como los campamentos se encontraban cerca el uno del otro, salieron inmediatamente al campo de batalla. Dinócrates situó a sus quinientos macedonios en la derecha y a los agrianes en su izquierda, situando en el centro a las fuerzas de las distintas guarniciones, la mayoría procedente de la Caria, mientras que los flancos quedaban cubiertos por la caballería y los auxiliares cretenses y tracios. Los rodios situaron en su derecha a los aqueos y a una fuerza escogida de mercenarios en su izquierda; el centro estuvo a cargo de una fuerza mixta de varias nacionalidades; sus flancos quedaron protegidos tanto por caballería como por infantería ligera.

Ese día los dos ejércitos se limitaron a permanecer junto a las orillas del arroyo que fluía por entonces con poco caudal, regresando unos y otros a su campamento después de arrojarse unos cuantos proyectiles. Al día siguiente se dispusieron con el mismo orden, siguiendo una lucha mucho más reñida de lo que se podía haber esperado del número de combatientes. Había no más de tres mil infantes y cien jinetes por cada parte, pero bastante equilibrados no solo en número y armamento, sino también en valor y tenacidad. Los aqueos iniciaron la batalla cruzando el arroyo y atacando a los agrianes, siguiéndoles toda la línea casi a la carrera. Durante mucho tiempo se mantuvo incierto el combate, hasta que los aqueos, que sumaban unos mil, obligaron a retirarse a cuatrocientos enemigos. Con el ala izquierda enemiga rechazada, concentraron su ataque sobre su derecha. Mientras las filas macedonias permanecieron intactas y la falange conservó su formación cerrada, no se les pudo mover; pero cuando su izquierda quedó expuesta y trataron de dar la vuelta a sus lanzas para encarar al enemigo que estaba haciéndoles un ataque de flanco, se desordenaron ellos mismos; luego se dieron la vuelta y, por fin, arrojando sus armas, huyeron precipitadamente. Los fugitivos se dirigieron hacia Bargilias, hacia donde también se dirigió Dinócrates. Los rodios los persiguieron durante el resto del día y luego regresaron al campamento. Si hubieran ido directamente a Estratonicea desde el campo de batalla, con toda probabilidad habrían tomado la ciudad, pero perdieron la ocasión de hacerlo al perder el tiempo recuperando los castillos y pueblos de Perea. Durante este intervalo, los que estaban al mando en Estratonicea recobraron el ánimo y, poco después, Dinócrates y los supervivientes de la batalla entraron en la plaza. La ciudad fue sitiada y asaltada posteriormente, pero todo fue inútil y no se pudo capturar hasta algunos años después, por parte de Antíoco. Todos estos hechos se produjeron, casi simultáneamente, en Tesalia, Acaya y Asia.

[33,19] Teniendo noticias Filipo de que los dárdanos, envalentonados por las sucesivas derrotas de Macedonia, habían empezado a devastar la zona norte del reino, y pese a que el destino había hecho que casi todos y en todas partes estuviesen en contra suya y de su pueblo, consideró que ser expulsado de Macedonia sería algo peor que la muerte. Por lo tanto, se apresuró a alistar tropas en todas las ciudades de su reino y cayó inesperadamente sobre el enemigo, con una fuerza de seis mil infantes y quinientos jinetes, en las proximidades de Estobos, en Peonia. Una gran cantidad murió en la batalla y un número aún mayor en los campos, por donde se habían dispersado en busca de botín. Donde no existía obstáculo para huir, lo hicieron sin afrontar siquiera el riesgo de una batalla, retirándose tras sus propias fronteras. El éxito de esta expedición, tan diferente del estado de cosas en los demás lugares, revivió la moral de sus hombres. Después de esto regresó a Tesalónica. El fin de la guerra púnica tuvo lugar en un momento favorable, pues eliminó el peligro de sostener al mismo tiempo una segunda guerra contra Filipo. Aún más oportuna resultó la victoria sobre Filipo, en un momento en que Antíoco ya estaba emprendiendo acciones hostiles en Siria. No sólo era que resultaba más fácil enfrentarse a cada uno por separado, sino que en Hispania, por la misma época, se estaban produciendo movimientos bélicos a gran escala. Durante el verano anterior Antíoco había sometido todas las ciudades de Celesiria, que habían estado bajo la influencia de

Tolomeo, y aunque ya se había retirado a sus cuarteles de invierno en Antioquía, mostró tanta actividad desde ellos como lo había hecho desde los de verano. Había llamado a todas las fuerzas de su reino y había acumulado enormes contingentes, tanto terrestres como navales. Al comienzo de la primavera había enviado a sus dos hijos, Ardis y Mitrídates, con un ejército a Sardes, con órdenes de esperarlo allí mientras él zarpaba por mar con una flota de cien naves con cubierta y doscientas más ligeras, lembos y barcas chipriotas. Su objetivo era doble: intentar el sometimiento de las ciudades costeras de Colicia, Licia y Caria, que eran dominio de Tolomeo, y también ayudar a Filipo -pues la guerra contra él aún no había terminado- tanto por tierra como por mar.

[33.20] Los rodios habían ofrecido muchas espléndidas pruebas de su valor al mantener su lealtad a Roma y al defender las libertades de Grecia, pero la más espléndida tuvo lugar en aquel momento. Sin desanimarse por la inmensidad de la inminente guerra, enviaron un mensaje al rey prohibiéndole navegar más allá de Quelidonias, que es un promontorio de la Cilicia famoso por un antiguo tratado entre los atenienses y los reyes de Persia. Si él no mantenía su flota y sus fuerzas dentro de aquel límite, le informaban que se le opondrían, no por ninguna enemistad personal contra él, sino porque le podían permitir que uniera sus fuerzas con Filipo, dificultando así a los romanos sus operaciones para liberar Grecia. Antíoco, por entonces, se encontraba asediando Coracesio. Ya se había apoderado de Zefirio, Solos, Afrodisíade y Córico, y tras rodear el Anemurio, otro cabo de Cilicia, había capturado Selinos. Todos estas ciudades y otros castillos de esta costa se le habían entregado, bien voluntariamente, bien bajo la presión del miedo; sin embargo, Coracesio le cerró inesperadamente sus puertas. Durante esta detención, los embajadores de los rodios obtuvieron audiencia con él. La embajada que llevaban era de tal naturaleza que provocaría la ira regia, pero este contuvo su ira y les dijo que iba a mandar mensajeros a Rodas con órdenes de renovar los antiguos lazos que él y sus antepasados había establecido con aquel Estado, así como para darles nuevas seguridades sobre el objetivo de su aproximación, que no supondría ningún perjuicio o pérdida para ninguno de ellos ni de sus aliados. La embajada que había enviado a Roma acababa de regresar y, como el resultado de la guerra con Filipo era aún incierto, el Senado sabiamente les había otorgado una favorable acogida. Antíoco alegó la amable respuesta del Senado y la resolución que aprobó, tan favorable a él, como prueba de que no tenía ninguna intención de romper sus relaciones de amistad con Roma. Mientras los embajadores del rey argüían tales consideraciones ante la asamblea de los rodios, llegaron noticias de que la guerra había llegado a su fin en Cinoscéfalos. Tras la recepción de estas nuevas, los rodios, no teniendo nada más que temer de Filipo, abandonaron su plan de oponerse a Antíoco con su flota. No abandonaron, sin embargo, su otro objetivo: la defensa de las libertades de las ciudades aliadas de Tolomeo, a las que Antíoco estaba amenazando. A algunos les prestaron ayuda activa, a otras las previno de los movimientos del enemigo; de aquel modo, fue así como Cauno, Mindo, Halicarnaso y Samos debieron su libertad a Rodas. No vale la pena entrar en detalles sobre todos los acontecimientos sucedidos en esta parte del mundo, pues está casi más allá de mi capacidad tratar los que guardan relación directa con la guerra romana.

[33.21] Fue por este tiempo cuando Atalo, que debido a su enfermedad había sido trasladado de Tebas a Pérgamo, murió allí a los setenta y un años, después de un reinado de cuarenta y cuatro. Aparte de sus riquezas, la fortuna no le había dado nada a este hombre en lo que pudiera basar la esperanza de ser alguna vez rey. Sin embargo, haciendo un uso racional de ellas y al mismo tiempo empleándolas a una escala magnífica, poco a poco empezó a ser considerado, primero por sí mismo y después a ojos de sus amigos, como alguien no indigno de la corona. En una sola batalla decisiva derrotó a los galos, la nación más temible por entonces y que había emigrado a Asia hacía relativamente poco tiempo, y tras su victoria asumió el título real, mostrando siempre una grandeza de ánimo a la altura del mismo. Gobernó a sus súbditos con absoluta justicia y mostró una lealtad excepcional a sus aliados; afectuoso con su esposa y sus hijos, cuatro de los cuales le sobrevivieron,

era considerado y generoso con sus amigos y dejó a su reino tan estable y seguro que su posesión se transmitió hasta la tercera generación de sus descendientes. Este era el estado de las cosas en Grecia, Asia y Macedonia, cuando justo al terminar la campaña contra Filipo y antes de que la paz quedara definitivamente establecida, estalló un grave conflicto en la Hispania Ulterior. Marco Helvio administraba la provincia y escribió al Senado para informarle de que los régulos Culca y Luxinio se habían levantado en armas. Diecisiete ciudades fortificadas tomaron partido por Culca, mientras que Luxinio recibió el apoyo de las poderosas ciudades de Carmona y Bardón, de los malacinos y sexetanos y de toda la Beturia. Además de estas tribus, las que no habían revelado aún sus intenciones estaban dispuestas a levantarse tan pronto como sus vecinos se movieran. Una vez que Marco Sergio, el pretor urbano, hubo leído esta carta en el Senado, se aprobó un decreto ordenando que, una vez fueran electos los nuevos pretores, el que obtuviera Hispania como provincia debería someter a deliberación del Senado el asunto de la guerra en Hispania.

[33,22] Los cónsules llegaron a Roma al mismo tiempo y convocaron al Senado en el templo de Belona. Al solicitar la celebración de un triunfo por sus éxitos militares, se les opusieron dos de los tribunos de la plebe, Cayo Atinio Labeón y Cayo Afranio, que insistieron en que cada cónsul presentara su propuesta a la Cámara por separado. No permitirían que se presentase una solicitud conjunta, sobre la base de que, en ese caso, se otorgarían honores iguales a servicios que distaban de serlo. Quinto Minucio respondió que Italia se había asignado a los dos y que él y su colega habían dirigido sus operaciones con una misma idea y una misma política. Cayo Cornelio agregó que cuando los boyos cruzaron el Po para enfrentárseles y ayudar a los ínsubros y a los cenomanos, fue la acción de su colega, asolando sus campos y aldeas, la que les obligó a regresar para defender su propio territorio. Los tribunos admitieron que los logros de Cayo Cétego eran tales que no podía haber duda en cuanto a concederle un triunfo, como tampoco sobre que se debían dar las gracias a los dioses inmortales. Sin embargo, ni él ni ningún otro ciudadano tenían tanta influencia y poder como para lograr, tras obtener para sí un bien merecido triunfo, que se le otorgara el mismo honor a un colega que se atrevía a solicitarlo sin haberlo merecido. Quinto Minucio, dijeron, había librado algunas acciones insignificantes entre los ligures, de las que apenas valía la pena hablar, y había perdido gran cantidad de hombres en la Galia. Dos tribunos militares, Tito Juventio y Cneo Ligurio, ambos destinados en la cuarta legión, habían caído en una batalla adversa junto a muchos otros hombres valerosos, tanto ciudadanos como aliados. Se habían rendido falsamente algunas ciudades y aldeas, fingiéndolo durante algún tiempo y sin entregar rehenes. Estos altercados entre los cónsules y los tribunos llevaron dos días. Finalmente, la tenacidad de los tribunos se impuso y los cónsules presentaron sus solicitudes por separado.

[33.23] Se decretó por unanimidad un triunfo para Cayo Cornelio. Su popularidad quedó aún más reforzada por la gratitud de los placentinos y cremonenses, que describieron cómo los había librado de los horrores de un asedio y cómo había liberado a muchos que ya habían sido hechos esclavos. Quinto Minucio hizo un mero intento de presentar su petición, pero al ver que todo el Senado se oponía a concedérselo, declaró que lo celebraría en el monte Albano en virtud de sus derechos como cónsul y de acuerdo con el precedente sentado por muchos hombres ilustres. Cayo Cornelio celebró su triunfo sobre los ínsubros y cenomanos mientras aún ostentaba su magistratura. Se llevaron en la procesión muchos estandartes militares, también llevó ante su carro muchos nobles galos y muchas carretas con despojos galos. Algunos autores aseguran que el general cartaginés Amílcar fue uno de ellos. Pero los ojos de todos se concentraron principalmente en una multitud de colonos de Cremona y Placentia que seguían la carroza del cónsul llevando el píleo. Llevó en su desfile doscientos treinta y siete mil quinientos ases y setenta y nueve mil bigados de plata. Cada uno de los soldados recibió una donación de setenta ases de bronce y el doble a cada centurión y jinete. Quinto Minucio celebró sus victorias sobre los ligures y los boyos en el monte Albano. A pesar de este triunfo fue menos honroso que el otro debido al escenario y la gloria de sus

hazañas, y aunque todo el mundo era consciente de que su coste no fue sufragado por el tesoro público, casi resultó igual al otro en número de estandartes, carretas y botín. Incluso la cantidad de dinero alcanzó casi la misma cifra: hubo doscientos cincuenta y cuatro mil ases de bronce y cincuenta y tres mil doscientos bigados de plata. Dio a cada uno de sus soldados las mismas sumas que había entregado su colega.

[33,24] Después del triunfo vinieron las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Lucio Furio Purpurio y Marco Claudio Marcelo. Los pretores elegidos al día siguiente fueron Quinto Fabio Buteo, Tiberio Sempronio Longo, Quinto Minucio Termo, Manio Acilio Glabrión, Lucio Apustio Fulón y Cayo Lelio. Sobre finales de año llegaron despachos de Tito Quincio en los que indicaba que había librado una batalla campal con Filipo en Tesalia y que el enemigo había sido derrotado y puesto en fuga. Estas cartas fueron leídas por Sergio, primero en el Senado y después, con la aprobación de este, ante una Asamblea de los ciudadanos. Se dispuso una acción de gracias durante cinco días por esta victoria. Poco después llegaron las embajadas de Tito Quincio y de Filipo. Los macedonios fueron conducidos a una villa pública en el Campo de Marte, donde quedaron alojados en calidad de invitados del Estado. El Senado les recibió en audiencia en el templo de Belona; no hubo largos discursos, pues los embajadores se limitaron a declarar que el rey estaba dispuesto a actuar según los deseos del Senado. Siguiendo la costumbre tradicional, se nombraron diez comisionados para asesorar a Tito Quincio sobre los términos bajo los que se concedería la paz a Filipo, añadiéndose una cláusula al decreto disponiendo que entre los miembros de la embajada debía incluirse a Publio Sulpicio y Publio Vilio, a los que se había asignado Macedonia como provincia cuando fueron cónsules. También por entonces, los cosanos presentaron una solicitud para que se aumentase el número de su colonia, dándose orden de que se añadieran mil nuevos colonos, sin que se pudiera incluir en aquel número a ninguno que hubiera estado con enemigos extranjeros después del consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio.

[33,25] Los ediles curules, Publio Cornelio Escipión Nasica y Cneo Manlio Vulso, celebraron los Juegos Romanos en el Circo Máximo y en los escenarios, a una escala más espléndida de lo habitual y entre la gran alegría de la mayor parte de los espectadores a causa de las recientes victorias en el campo de batalla. Se repitieron tres veces desde el principio. Los Juegos Plebeyos se repitieron siete veces. Estos últimos fueron ofrecidos por Manio Acilio Glabrión y Cayo Lelio; de los fondos procedentes de las multas, erigieron estatuas de bronce de Ceres, Líber y Líbera. El primer asunto que se presentó a los nuevos cónsules, Lucio Furio y Marco Claudio Marcelo, fue la asignación de las provincias *(196 a.C.)*. El Senado estaba preparando un decreto para asignar Italia a ambos, aunque los cónsules trataron de lograr que se sortease Macedonia, además de Italia. Marcelo, que de ambos era el que más ansiaba la asignación de Macedonia, declaró que la paz con Filipo era ilusoria y que el rey reanudaría las hostilidades si se retiraba el ejército romano. Esto hizo que el Senado dudara sobre la decisión a tomar, y el cónsul habría conseguido imponer su punto de vista si dos de los tribunos de la plebe, Quinto Marcio Rala y Cayo Atinio Labeón, no hubiesen amenazado con interponer su veto a menos que se consultase antes al pueblo si era su deseo y voluntad que se hiciera la paz con Filipo. La cuestión fue sometida a la plebe en el Capitolio, votando afirmativamente todas las treinta y cinco tribus. La satisfacción sentida por el acuerdo de paz con Macedonia fue aún mayor a causa de una triste noticia llegada de Hispania, al hacerse público un despacho informando que el procónsul, Cayo Sempronio Tuditano, operando en la Hispania Citerior, había sido vencido y su ejército derrotado y puesto en fuga. Muchos hombres ilustres habían caído en la batalla y el mismo Tuditano resultó gravemente herido, muriendo poco después de ser retirado del campo de batalla. Italia fue asignada a ambos cónsules como su provincia, junto con las legiones que habían tenido los cónsules anteriores; tenían que alistar cuatro nuevas legiones, dos para guarnecer la Ciudad y dos que quedarían a disposición del Senado. Tito Quincio Flaminino seguiría en su provincia con el ejército que ya tenía, considerándose que la

anterior prórroga de su mando bastaba.

[33.26] A continuación, los pretores sortearon sus provincias. Lucio Apustio Fulón obtuvo la pretura urbana y Marco Acilio Glabrión la peregrina. Quinto Fabio Buteo recibió la Hispania Ulterior y Quinto MinucioTermo la Citerior. A Cayo Lelio le tocó Sicilia y a Tiberio Sempronio Longo, Cerdeña. Se ordenó a los cónsules que proporcionaran a cada pretor de los que marchaban a Hispania una legión a cada uno, de las cuatro nuevas que debían alistar, así como cuatro mil infantes aliados y latinos, y trescientos jinetes. A estos dos pretores se ordenó que marcharan a sus provincias lo antes posible. La Guerra Hispana, que era prácticamente una nueva, pues los nativos habían recurrido a las armas por cuenta propia y sin ningún general o ejército cartaginés que les apoyara, se reanudó unos cinco años después de que hubiera finalizado la anterior simultáneamente a la Guerra Púnica. Antes de que los pretores partieran hacia Hispania o que los cónsules dejaran la Ciudad, se les encargó que expiaran los diversos prodigios que se habían anunciado. Publio Vilio, un caballero romano que se encontraba de camino hacia el país sabino, resultó muerto, junto con su caballo, por un rayo. El templo de Feronia, cerca de Capena, fue alcanzado de manera similar. En el templo de Moneta, dos puntas de lanza estallaron en llamas. Un lobo entró en la Ciudad a través de la Puerta Esquilina, la zona más concurrida de la ciudad, y bajó corriendo hacia el Foro; corrió después por los barrios Tusco y Cermalo, escapando finalmente por la Puerta Capena casi indemne. Estos portentos fueron expiados mediante el sacrificio de víctimas mayores.

[33,27] Por los mismos días, Cneo Cornelio Blasión, que había administrado la Hispania Citerior antes de Tuditano, entró en la Ciudad tras concederle el Senado la ovación. Ante él llevó mil quinientas quince libras de oro y veinte mil de plata, además de treinta y cuatro mil quinientos denarios de plata. Lucio Estertinio, quien no hizo ningún esfuerzo para obtener un triunfo, trajo de la Hispania Ulterior cincuenta mil libras de plata para el tesoro público, y con los ingresos de la venta del botín erigió dos arcos en el foro Boario, frente a los templos de Fortuna y Mater Matuta, y uno en el Circo Máximo, colocando sobre los tres estatuas doradas. Lo anterior fue lo esencial de lo ocurrido durante el invierno. Tito Quincio estaba en sus cuarteles de invierno en Elatia. Entre las numerosas peticiones que recibía de los estados aliados, había una de los beocios que solicitaba la devolución de aquellos de sus compatriotas que habían estado luchando a favor de Filipo. Quincio accedió rápidamente a su petición, no porque pensara que lo merecían, sino porque deseaba, a la vista de los movimientos sospechosos de Antíoco, ganarse el apoyo y la simpatía de las ciudades griegas. Después de habérselos devuelto, quedó claro cuán poca gratitud había suscitado entre los beocios, pues enviaron delegados para agradecer a Filipo la vuelta de sus compatriotas, como si fuese él quien había hecho directamente la concesión, y no por mediación de Quincio y los romanos. Además, en las siguientes elecciones eligieron a un tal Braquiles como Beotarca, no por otra razón más que la de haber sido el pretor del contingente beocio que había servido bajo Filipo, pasando así por encima de hombres como Zeuxipo, Pisístrato y otros que se mostraron favorables a la alianza con Roma. Estos hombres ya estaban preocupados por entonces, y estaban aún más inquietos sobre el futuro, pues si seguían aquellas cosas mientras se extendía un ejército romano ante sus puertas, ¿qué les sucedería, se preguntaban, cuando los romanos hubieran partido hacia Italia y Filipo estuviese próximo para ayudar a sus amigos y vengarse de sus adversarios?

[33.28] Como Braquiles era el principal partidario del rey, decidieron deshacerse de él mientras estaban cerca las armas de Roma. El momento elegido fue cuando regresaba de un banquete oficial, borracho y con la escolta de crápulas con los que había estado divirtiéndose en el salón del banquete. Le atacaron seis hombres armados, tres itálicos y tres etolios, matándole en el acto. Sus compañeros huyeron gritando y pidiendo ayuda, alborotándose toda la ciudad con las gentes que corrían con antorchas en todas direcciones. Entretanto, los asesinos escaparon por la puerta más próxima. Al amanecer la mañana siguiente, la población se reunió en el teatro en una

cantidad tal que parecía una Asamblea formal convocada por un decreto o por el pregonero público. Todos comentaban abiertamente que había sido asesinado por su séquito y por los miserables disolutos que le acompañaban, aunque en sus corazones consideraban a Zeuxipo el instigador del crimen. Por el momento, sin embargo, decidieron que se arrestaría a los que habían estado con él y se les interrogaría bajo tortura. Mientras los buscaban, Zeuxipo, decidido a limpiar cualquier sospecha de complicidad, llegó con calma ante los reunidos y dijo que el pueblo se equivocaba al suponer que ese acto atroz podía haber sido ejecutado por aquellos medio hombres. Adujo muchos y muy convincentes argumentos en apoyo de esta opinión, y algunos de los que le escucharon se convencieron de que si él hubiera sido su cómplice nunca se habría presentado ante el pueblo, ni habría hecho alusión alguna al asesinato cuando nadie le había requerido para ello. Otros estaban bastante seguros de que, por aquel medio, trataba desvergonzadamente de desviar las sospechas que sobre él recaían. Al poco tiempo, los que realmente eran inocentes fueron torturados, aunque ellos nada sabían, pero siguieron la creencia general y dieron los nombres de Zeuxipos y Pisístrato, sin aportar ninguna evidencia que hiciera suponer que tenían conocimiento cierto de lo sucedido. No obstante, Zeuxipo escapó durante la noche a Tanagra junto a una persona llamada Estratónidas, temiendo más por su propia conciencia de culpabilidad que por las declaraciones de hombres que nada sabían. Pisístrato no se preocupó de los delatores y permaneció en Tebas.

Zeuxipo tenía un esclavo que había tomado parte y actuado como intermediario en todo el asunto. Pisístrato temía que este hombre pudiera convertirse en delator, y fue este mismo miedo el que obligó al esclavo a efectuar la delación. Envió una carta a Zeuxipo, advirtiéndole que acabase con el esclavo, pues no le creía capaz de ocultar todo aquello en lo que había participado. Al portador se le ordenó entregar la carta a Zeuxipo en cuanto pudiera pero, al no tener oportunidad de entregársela de inmediato, se la dio a este mismo esclavo, a quien consideraba como el más fiel a su amo, diciéndole al mismo tiempo que la carta era de Pisístrato y que trataba sobre un asunto que preocupaba mucho a Zeuxipo. El esclavo aseguró al portador que la entregaría de inmediato; sin embargo, alertado por esto, la abrió y, aterrorizado después de leerla hasta el final, huyó a Tebas y denunció los hechos ante los magistrados. Advertido por la huida del esclavo, Zeuxipo se retiró a Antedón pues consideraba aquel un lugar seguro donde exiliarse. Pisístrato y los demás fueron interrogados bajo tortura y ejecutados después.

[33.29] Este asesinato despertó en Tebas y en toda la Beocia un tremendo odio contra los romanos; estaban completamente convencidos de que Zeuxipo, el hombre más notable entre ellos, no habría tomado parte en un crimen así sin la instigación del general romano. Ir a la guerra resultaba imposible; no teniendo fuerzas ni jefe para ello, se dedicaron a lo más aproximado a la guerra: el bandidaje. Tomaban por sorpresa a algunos soldados de los que estaban alojados entre ellos, a otros cuando estaban en sus cuarteles de invierno, atendiendo a diversos asuntos. Algunos fueron capturados en los mismos caminos por gentes que se ocultaban para esperarles, a otros los llevaron con engaños a posadas solitarias donde los apresaban y asesinaban. Cometían estos crímenes tanto por codicia como por odio, pues los hombres llevaban plata en sus cinturones para efectuar compras. Como cada día desaparecían más y más hombres, toda la región de Beocia adquirió una pésima fama y los hombres temían salir de su campamento más que si hubiesen estado en un país enemigo. A este respecto, Quincio envió legados a las distintas ciudades para investigar los asesinatos. Se averiguó que la mayoría de ellos resultaron haber sido cometidos alrededor del pantano de Copaide; se desenterraron aquí varios cuerpos del fango y se sacaron de las aguas someras cuerpos atados a piedras o ánforas que los hundiesen más rápidamente con su peso. También se produjeron muchos asesinatos en Acrefia y Coronea. Quincio dio órdenes para que se les entregasen los culpables, imponiendo una multa de quinientos talentos a los beocios por los quinientos soldados asesinados.

Ninguna de estas órdenes se cumplió. Las ciudades se limitaron a excusarse, diciendo que no habían autorizado oficialmente ninguno de aquellos hechos. Acto seguido, Quincio envió una

delegación para visitar Atenas y Acaya para ponerlos por testigos de que iba a proceder a castigar con las armas a los beocios con causa justificada y santa. Apio Claudio recibió órdenes de marchar hacia Acrefia con la mitad de las fuerzas; con la otra mitad, él mismo asedió Coronea tras asolar los campos a través de los cuales avanzó cada división desde Elacia en distintas direcciones. Los beocios, completamente acobardados por las pérdidas sufridas, y con el temor y las fugas extendiéndose por todas partes, mandaron embajadores. Al no ser admitidos en el campamento, llegaron en su ayuda embajadores atenienses y aqueos. La mediación de los aqueos fue la más efectiva de las dos, pues en caso de no haber logrado obtener la paz para los beocios estaban dispuestos a combatir de su lado. Mediante la intervención de los aqueos, se permitió que los beocios llegaran hasta el general romano y le presentaran su caso. Se les otorgó la paz a condición de que entregasen a los culpables y pagaran una multa de treinta talentos, levantándose el asedio.

[33.30] Unos días después llegaron de Roma los diez comisionados. Con su consejo, se concedió la paz a Filipo bajo los siguientes términos: todas las ciudades griegas de Europa y Asia deberían ser libres e independientes; Filipo retiraría todas sus guarniciones de aquellas que habían estado bajo su dominio y, tras su evacuación, las entregaría a los romanos antes de la fecha establecida para los Juegos Ístmicos. Además, debía retirar sus guarniciones de las siguientes ciudades de Asia: Euromo, Pedasos, Bargilias, Jaso, Mirina, Abido, Tasos y Perinto, pues se decidió que también estas fuesen libres. Con respecto a la libertad de los cianos, Quincio se comprometió a escribir a Prusias, rey de Bitinia, comunicándole la decisión del Senado y de los diez comisionados. Filipo también debía devolver todos los prisioneros y desertores a los romanos, y entregar todas sus naves cubiertas, menos cinco, aunque podría retener la nave real, que era casi inmaniobrable a causa de su tamaño y que estaba propulsada por dieciséis bancadas de remeros. Su ejército nunca excedería de cinco mil hombres y no se le permitiría tener un solo elefante, ni tampoco hacer la guerra más allá de sus fronteras sin la autorización expresa del Senado. La indemnización que debía pagar ascendía a mil talentos, la mitad a pagar de inmediato y el resto en diez anualidades. Valerio Antias afirma que se impuso al rey un tributo anual de cuatro mil libras de plata durante diez años. Claudio dice que el tributo anual ascendió a cuatro mil doscientas libras de plata a pagar durante treinta años, con una entrega inmediata de dos mil libras. Dice también que una cláusula adicional del tratado prohibía expresamente a Filipo hacer la guerra a Eumenes, que había sucedido a su padre Atalo en el trono. Como garantía de la observancia de estas condiciones los romanos tomaron diez rehenes, entre los que se encontraba Demetrio, el hijo de Filipo. Valerio Antias dice, además, que la isla de Egina y los elefantes fueron entregados a Atalo; Estratonicea y las demás ciudades de la Caria que Filipo había ocupado fueron dadas a los rodios; finalmente, las islas de Lemnos, Imbros, Delos y Esciros de entregaron a los atenienses.

[33.31] Casi todas las ciudades de Grecia estuvieron de acuerdo con aquellos términos de paz, con la sola excepción de los etolios. No se atrevían a sostener una oposición abierta pero, en privado, criticaban amargamente la decisión de los diez comisionados. Aquellas eran, según decían, meras palabras que sugerían vagamente una imagen ilusoria de libertad. ¿Por qué -preguntaban- debían ser entregadas algunas ciudades a los romanos sin nombrarlas, y otras que sí lo eran conservarían su libertad? A no ser que se dejasen libres a las de Asia, más seguras precisamente por su lejanía, y se apoderasen de las de Grecia, a las que ni siquiera nombraban, es decir, de Corinto, de Calcis y de Oreo junto con Eretria y Demetrias. Y no carecía esta acusación de fundamento; pues había dudas respecto a tres de estas ciudades ya que, en el decreto del Senado que habían traído consigo los diez comisionados, el resto de las ciudades de Grecia y Asia se declaraban inequívocamente libres, en el caso de Corinto, Calcis y Demetrias, los comisionados tenían órdenes de decidir y hacer lo que el interés de la república, las circunstancias del momento y su propio sentido del deber juzgaran apropiado. Lo que tenían en mente era el rey Antíoco; estaban convencidos de que en cuanto dispusiera de las fuerzas adecuadas invadiría Europa, no teniendo

intención de dejarle el paso abierto para ocupar ciudades que constituirían bases de operaciones tan favorables. Quincio se dirigió con los diez comisionados hacia Anticira y desde allí navegaron a Corinto. Una vez aquí, los comisionados discutieron durante varios días las medidas para garantizar la libertad de Grecia. Una y otra vez, Quincio instó a que toda Grecia fuese declarada libre, si querían detener las lenguas de los etolios e inspirar a todos un verdadero afecto hacia Roma y aprecio por su grandeza; si deseaban convencer a los griegos de que habían cruzado los mares con la única intención de lograr su libertad y no para lograr ellos el dominio que tenía Filipo. Los comisionados no objetaban nada respecto a la liberación de las ciudades, pero señalaban que sería más seguro para las propias ciudades el permanecer un tiempo bajo la protección de guarniciones romanas, en lugar de tener que aceptar luego a Antíoco como amo en lugar de Filipo. Llegaron finalmente a una decisión: la ciudad de Corinto debía ser devuelta a los aqueos, pero con una guarnición apostada en la acrópolis de Corinto, Calcis y Demetrias serían retenidas hasta que pasara la amenaza de Antíoco.

[33.32] Estaba próxima la fecha fijada para los Juegos Ístmicos. Estos juegos siempre atraían grandes multitudes, en parte debido al amor innato de aquel pueblo por aquel espectáculo en el que contemplaban competiciones de toda clase, concursos de talento artístico así como pruebas de fuerza y velocidad, y en parte debido al hecho de que su posición entre dos mares lo convertía en un mercado común a Grecia y Asia, donde las gentes podían conseguir toda clase de productos. Pero, en esta ocasión, no fueron los alicientes habituales los que atrajeron a personas de todas partes de Grecia; todos estaban expectantes, preguntándose cuál sería el futuro del país y qué fortuna les esperaba a ellos mismos. Se hacían y expresaban abiertamente toda clase de conjeturas sobre qué harían los romanos, pero casi nadie estaba convencido de que se retirarían completamente de Grecia.

Cuando los espectadores ocuparon sus asientos, un heraldo, acompañado por un trompetero, avanzó hasta mitad de la arena, donde se solían inaugurar los juegos con la fórmula acostumbrada, y tras hacerse el silencio después del toque de trompeta, efectuó el siguiente anuncio: *El Senado de Roma y Tito Quincio, su general, habiendo vencido al rey Filipo y a los macedonios, decretan que todos los siguientes serán libres, quedarán liberados del pago de tributos y vivirán bajo sus propias leyes, a saber: los corintios, los focenses, todos los locrenses y la isla de Eubea, los magnetes, los tesalios, los perrebos y los aqueos ftiotas.* Esta lista comprendía a todos los pueblos que habían estado bajo el dominio de Filipo. Cuando el heraldo hubo finalizado su proclama, la alegría fue demasiado grande como para que las gentes pudieran asimilarla. Apenas se atrevían a confiar en sus oídos y se miraban asombrados unos a otros, como si vivieran una ensoñación. No confiando en sus oídos, preguntaban a los más próximos cómo se veían afectados y, como todo el mundo quería no solo escuchar, sino también contemplar al hombre que había proclamado su libertad, se volvió a llamar al pregonero, que repitió su mensaje. Vieron que ya no había dudas sobre el motivo de su alegría, y los aplausos y vítores que surgieron hicieron completamente evidente que, para todas las gentes, ninguna de las bendiciones de la existencia era más apreciada que la libertad. Los Juegos se celebraron con tal velocidad que apenas se fijaron en ellos los ojos ni los oídos de nadie, tan completamente suplantó una sola alegría al resto de gozos.

[33.33] Al finalizar los Juegos, casi todos corrieron al lugar donde estaba sentado el general romano, llegando casi a resultar peligroso aquel torrente humano que trataba de tocarle la mano y ponerle guirnaldas y cintas. Él tenía unos treinta y tres años de edad por entonces, dándole fuerzas no solo el vigor de la juventud, sino el deleite de haber cosechado tan brillante gloria. La alegría general no quedó en una simple emoción temporal, expresándose durante muchos días mediante pensamientos y palabras de gratitud: *Hay una nación* -decían las gentes- *que a su propia costa, por su propio esfuerzo y a su propio riesgo ha ido a la guerra en nombre de la libertad de otros. No prestan este servicio a los que están al otro lado de sus fronteras, ni a los pueblos de estados*

vecinos o a los que viven en su mismo continente, sino que cruzan los mares para que en parte alguna del mundo pueda existir la injusticia y la tiranía, y para que el derecho y la ley divina y humana prevalezcan en todas partes. Mediante este simple anuncio del pregonero, todas las ciudades de Grecia y Asia recuperan su libertad. Era preciso un espíritu audaz para haberse propuesto un fin como este; y el haberlo llevado a cabo es prueba de un valor excepcional y una extraordinaria buena suerte.

[33,34] Inmediatamente después de los Juegos Ístmicos, Quicio y los diez comisionados dieron audiencia a los embajadores de los distintos monarcas, pueblos y ciudades. Los primeros en ser oídos fueron los de Antíoco. Se expresaron de la misma manera en que lo habían hecho anteriormente en Roma, profiriendo expresiones vacías e hipócritas de amistad, pero no recibieron la misma respuesta ambigua que en la ocasión anterior, cuando Filipo aún estaba incólume. Se conminó abierta e inequívocamente a Antíoco para que abandonase todas las ciudades de Asia que habían pertenecido a Filipo o a Tolomeo, para que dejase en paz a las ciudades libres y que nunca las agrediera; todas las ciudades a lo largo y ancho de Grecia debían poder seguir disfrutando de paz y libertad. Se le advirtió, sobre todo, de que no dirigiese sus fuerzas hacia Europa ni que fuese allí él mismo. Una vez despedidos los embajadores del rey, empezaron a celebrarse reuniones en relación con diversas ciudades y pueblos, avanzándose con celeridad al limitarse los diez comisionados a la lectura del decreto para cada ciudad en concreto. Los orestas, un pueblo de Macedonia, vieron devuelta su antigua constitución como recompensa por haber sido los primeros en rebelarse contra Filipo. Los magnetes, los perrebos y los dólopes también fueron declarados libres. Los tesalios recibieron su libertad, así como una parte de la Ftiótide aquea, con excepción de la Tebas Ftiótide y Farsala. La demanda de los etolios para que Farsala y Léucade les fuera devuelta, de acuerdo con lo dispuesto en el tratado, se remitió al Senado; se les entregó la Fócida y la Lócride, volviendo las cosas a su estado anterior bajo la autoridad de un decreto. Corinto, Trifilia y Herea, ciudad esta del Peloponeso, fueron devueltas a la Liga Aquea. Los diez comisionados intentaron donar Oreo y Eretria a Eumenes, el hijo de Atalo, pero como Quincio planteara objeciones, este punto se dejó a la decisión del Senado, declarando este que aquellas ciudades, así como Caristo, debían ser ciudades libres. Licnido y el territorio partino fueron entregados a Pléurato; ambas eran ciudades ilirias que habían estado bajo el dominio de Filipo. Se dijo a Aminandro que conservara las fortalezas que había tomado a Filipo durante la guerra.

[33,35] Una vez disueltas las reuniones, los comisionados se repartieron entre ellos el trabajo y se separaron, partiendo para formalizar la liberación de las ciudades de las regiones que tocaron a cada uno. Publio Léntulo fue a Bargilias; Lucio Estertinio marchó a Hefestia, Taso y las ciudades de Tracia; Publio Vilio y Lucio Terencio marcharon a entrevistarse con Antíoco, y Cneo Cornelio visitó a Filipo. Después de tratar asuntos de importancia menor, de acuerdo con sus instrucciones, preguntó al rey si escucharía con paciencia un consejo que le resultaría tan útil como vital. Filipo le contestó que estaría agradecido por cualquier sugerencia que hiciera y que resultara en su provecho. Cornelio, entonces, le instó a mandar una embajada a Roma, ahora que había obtenido la paz, para establecer relaciones de amistad y alianza. De esta manera eliminaría, en caso de algún movimiento hostil por parte de Antíoco, la posibilidad de parecer como a la espera de una oportunidad para reanudar la guerra. Esta reunión con Filipo se llevó a cabo en Tempe, en Tesalia. Aseguró este a Cornelio que enviaría de inmediato embajadores y Cornelio marchó luego a las Termópilas, donde el llamado Consejo Pilaico -una asamblea muy concurrida de todos los territorios griegos- se reunía en días determinados. Se presentó ante el Consejo e instó, en especial a los etolios, a que siguieran en la amistad y fidelidad a Roma. Algunos de los notables etolios protestaron levemente diciendo que los sentimientos de los romanos hacia ellos no eran los mismos tras la victoria que durante la guerra; otros adoptaron un tono más fuerte y declararon que, sin la ayuda etolia, Filipo no habría podido ser vencido ni los romanos habrían podido nunca pasar a Grecia. Para evitar que aquello

deviniera en una discusión abierta, el comisionado romano se abstuvo de replicar a aquellas acusaciones y se limitó a asegurarles que si enviaban una embajada a Roma obtendrían cuanto fuera justo y razonable. Por lo tanto, y por su autoridad, aprobaron una resolución para que se enviara aquella embajada. Tales fueron los sucesos que marcaron el final de la guerra con Filipo.

[33.36] Mientras tenían lugar estos hechos en Grecia, Macedonia y Asia, Etruria estuvo a punto de convertirse en un escenario de guerra debido a una conspiración de esclavos. Con el fin de investigar y aplastar a este movimiento, se envió al pretor Manio Acilio Glabrión, que tenía la administración de justicia entre ciudadanos y extranjeros, junto con una de las dos legiones acantonadas en la Ciudad. Un contingente de los conspiradores resultó derrotado en campo abierto, siendo muertos muchos de ellos o hechos prisioneros; los cabecillas fueron azotados y crucificados, a los demás se los devolvió a sus amos. Los cónsules partieron hacia sus provincias. Marcelo entró en el territorio de los boyos y, mientras fortificaba su campamento en cierto terreno elevado, con sus hombres agotados tras bregar durante todo el día abriendo un camino, Corolamo, un régulo boyo, lo atacó con una gran fuerza y mató a tres mil de sus soldados. Varios hombres ilustres cayeron en esta tumultuosa batalla; entre ellos estaban Tiberio Sempronio Graco y Marco Junio Silano, prefectos de los aliados, y dos tribunos militares de la segunda legión: Marco Olgino y Publio Claudio. Los romanos, sin embargo, lograron con grandes esfuerzos terminar la fortificación del campamento y conservarlo contra los ataques finalmente inútiles del enemigo, a quien su éxito inicial había envalentonado. Marcelo se mantuvo en su campamento durante algún tiempo para que sus heridos pudieran ser curados y para que sus hombres dispusieran de tiempo para recobrar ánimos tras pérdidas tan graves.

Los boyos, no pudiendo soportar el cansancio de la espera, se dispersaron por todas partes hacia sus aldeas y fortalezas. De repente, Marcelo cruzó a toda velocidad el Po e invadió el territorio comense, donde acampaban por entonces los ínsubros, que habían convencido a los comenses para que tomasen las armas. Los galos, llenos de confianza después del reciente combate librado por los boyos, se lanzaron al combate cuando aún los romanos aún estaban marchando, atacando al principio con tal violencia que obligaron a las primeras filas a ceder terreno. Ante el temor de que una vez empezaran a ceder terreno podrían ser completamente rechazados por el enemigo, Marcelo llevó una cohorte de marsios y lanzó todas las fuerzas de la caballería latina contra el adversario. Las dos primeras cargas de estos jinetes detuvieron el impulso inicial de los galos, el resto de la línea romana recobró su firmeza y aguantó todos los intentos de quebrarla. Finalmente, se lanzaron al ataque con una furiosa carga que los galos no pudieron resistir: se dieron media vuelta y huyeron en desorden. Según Valerio Antias, murieron más de cuarenta mil hombres en esa batalla y se capturaron ochenta y siete estandartes junto con setecientos treinta y dos carros y gran número de collares de oro. Claudio escribe que uno de ellos, muy pesado, se depositó como ofrenda en el templo de Júpiter en el Capitolio. El campamento galo fue asaltado y saqueado el mismo día que tuvo lugar la batalla, capturándose unos días más tarde la ciudad de Como. Posteriormente, se rindieron al cónsul veintiocho plazas fuertes. Una cuestión es asunto de debate entre varios historiadores: si el cónsul marchó en primer lugar contra los boyos o contra los ínsubros, y si borró la derrota con una victoria posterior o si la victoria en Como se vio empañada por un ulterior desastre contra los boyos.

[33,37] Poco después de estos hechos de tan diversa fortuna, el otro cónsul, Lucio Furio Purpurio, invadió el territorio boyo a través de la tribu sapinia, en la Umbría. Se estaba aproximando a la fortaleza de Mútilo, pero temiendo verse atrapado al mismo tiempo entre los boyos y los ligures, hizo retroceder a su ejército por el camino que había venido y, dando un gran rodeo por campo abierto y terreno seguro, se reunió en última instancia con su colega. Con sus ejércitos unidos, atravesaron el territorio boyo hasta la ciudad de Bolonia, saqueándolo sistemáticamente conforme avanzaban. Esta plaza, junto con todas las posiciones fortificadas de

alrededor, se rindieron como hizo la mayor parte de la tribu; los jóvenes permanecieron en armas por el afán del botín y se retiraron a lo profundo de los bosques. Después, ambos ejércitos avanzaron contra los ligures. Los boyos esperaban que, como les suponían a gran distancia, el ejército romano estaría más descuidado al guardar su formación de marcha y lo siguieron por caminos ocultos en los bosques, con la intención de lanzar un ataque por sorpresa. Como no lo pudieron alcanzar, cruzaron repentinamente el Po con barcas y devastaron las tierras de los levos y de los libuos. En su camino de vuelta, a lo largo de la frontera ligur y cargados con el botín, se encontraron con los ejércitos romanos. La batalla comenzó con mayor rapidez y furia más que si se hubiera fijado previamente el momento y lugar, y efectuado todos los preparativos para la batalla. Aquí se dio un notable ejemplo del modo en que la ira estimula el valor, pues los romanos estaban tan decididos a matar, en vez de simplemente lograr la victoria, que apenas dejaron un hombre vivo para que llevase la noticia de la derrota. Cuando el anuncio de esta victoria llegó a Roma, se ordenaron tres días de acción de gracias por la victoria. Marcelo llegó a Roma poco después y el Senado le otorgó un triunfo por unanimidad. Celebró su triunfo sobre los ínsubros y los comenses estando aún en el cargo. Dejó a su colega la esperanza de un triunfo sobre los boyos porque él, en solitario, solo había conseguido una derrota, logrando la victoria únicamente en conjunción con su colega. En los carros capturados al enemigo se llevaron gran cantidad de despojos, incluyendo numerosos estandartes; en metálico se llevaron trescientos veinte mil ases de bronce y doscientos treinta y cuatro mil denarios de plata. Cada legionario recibió una gratificación de ochenta ases, la caballería y los centuriones recibieron el triple.

[33,38]. Durante este año Antíoco, que había pasado el invierno en Éfeso, se esforzó en reducir todas las ciudades de Asia a su antigua condición de dependencia. Con excepción de Esmirna y Lámpsaco, pensó que todas aceptarían el yugo sin dificultad, pues o bien estaban situadas en terreno llano, o bien estaban débilmente defendidas por sus murallas y soldados. Esmirna y Lámpsaco hacían valer su derecho a ser libres y existía el peligro, si se concedía su reclamación, de que otras ciudades jónicas y eólidas siguieran el ejemplo de Esmirna, y las del Helesponto el ejemplo de Lámpsaco. Por consiguiente, envió una fuerza desde Éfeso para sitiar Esmirna y ordenó a las tropas de Abidos que marchasen contra Lámpsaco, dejando únicamente un pequeño destacamento para guarnecer la plaza. Mas no empleó solo las armas; mandó embajadores para que intentaran persuadir a los ciudadanos, reprendiendo al mismo tiempo cuidadosamente su temeridad y obstinación en esperar poder obtener en un corto periodo de tiempo cuanto deseaban. Quedaría, no obstante, bien claro para ellos y para todo el mundo, que su libertad se debería a un obsequio gratuito del rey y no a que ellos hubiesen aprovechado una oportunidad favorable para obtenerla. En respuesta, dijeron a los embajadores que Antíoco no debía sorprenderse ni enojarse si no se resignaban pacientemente a postergar indefinidamente sus anhelos de libertad.

Al comienzo de la primavera zarpó Antíoco de Éfeso hacia el Helesponto y ordenó a su ejército que marchase desde Abidos hacia el Quersoneso. Unió sus fuerzas navales y militares en Maditos, una ciudad del Quersoneso y, como aquella le hubiera cerrado completamente sus puertas, la sitió completamente y ya estaba a punto de aproximar sus máquinas de asedio cuando la ciudad se rindió. El miedo que Antíoco inspiró de esta manera llevó a los habitantes de Sesto y otras ciudades del Quersoneso a rendirse voluntariamente. Su siguiente objetivo era Lisimaquia. Cuando llegó aquí con todas sus fuerzas terrestres y navales, encontró el lugar abandonado y convertido en poco más que un montón de ruinas, pues algunos años antes los tracios la habían capturado y saqueado, para luego incendiar la ciudad. Hallándola en tal condición, se apoderó de Antíoco el deseo de restaurar una ciudad tan célebre y bien situada, disponiéndose de inmediato a afrontar las diversas tareas que aquello suponía. Se reconstruyeron casas y murallas, se liberó a algunos de los antiguos habitantes que habían sido esclavizados; buscó e hizo regresar a otros, que estaban dispersos como refugiados por todo el Quersoneso y las costas del Helesponto, atrayendo nuevos colonos ante la perspectiva de las ventajas que lograrían. Usó, de hecho, todo sistema posible para

repoblar la ciudad. Para evitar, al mismo tiempo, cualquier temor a sufrir problemas por parte de los tracios, procedió con la mitad de su ejército a devastar los territorios próximos de Tracia, dejando la otra mitad y todas las tripulaciones de los barcos para seguir con las labores de reconstrucción.

[33,39] Muy poco después de esto, Lucio Cornelio, que había sido enviado por el Senado para resolver las diferencias entre Antíoco y Tolomeo, hizo un alto en Selimbria, y tres de los diez comisionados se dirigieron a Lisimaquia: Publio Léntulo desde Bargilias, Publio Vilio y Lucio Terencio lo hicieron desde Taso. Allí se les unió Lucio Cornelio, desde Selimbria, y unos pocos días después Antíoco, que regresó de Tracia. El primer encuentro con los comisionados y la invitación posterior de Antíoco fueron amables y hospitalarios; pero cuando fueron a discutir sobre sus instrucciones y el estado de los asuntos en Asia, se tensaron los ánimos por ambas partes. Los romanos dijeron claramente a Antíoco que todo cuanto había hecho desde que su flota zarpó de Siria era desaprobado por el Senado y que ellos consideraban justo que todas las ciudades que habían pertenecido a Tolomeo le fueran devueltas. Con respecto a aquellas ciudades que habían formado parte de las posesiones de Filipo, y de las que él se había apoderado, aprovechando la oportunidad mientras Filipo estaba ocupado en la guerra contra Roma, resultaba simplemente intolerable que, una vez los romanos hubiesen asumido durante tanto tiempo tales riesgos y dificultades por mar y tierra, Antíoco se llevara los frutos de la guerra. Suponiendo que los romanos pudieran no hacer caso a su aparición en Asia, como si no fuera de su incumbencia, ¿que ocurría con su entrada en Europa junto a todo su ejército y marina? ¿Qué diferencia había entre esto y una abierta declaración de guerra contra los romanos? Incluso si hubiera desembarcado en Italia diría que aquello no significaba la guerra, pero los romanos no iban a esperar hasta que él estuviese en condiciones de hacerlo.

[33.40] En su respuesta, Antíoco expresó su sorpresa porque los romanos se preocupasen tanto de lo que Antíoco debía o no hacer, y que no se detuvieran, sin embargo, a considerar qué límites se debían imponer a sus propios avances por tierra y mar. Asia no era asunto del Senado, y ellos no tenían más derecho a preguntar qué estaba haciendo Antíoco en Asia del que tenía él a preguntar qué estaba haciendo el pueblo romano en Italia. En cuanto a Tolomeo y su denuncia de que se había apoderado de sus ciudades, él y Tolomeo estaban en términos completamente amistosos, y estaban en curso gestiones para unirse por lazos de matrimonio. No había tratado de sacar ventaja de las desgracias de Filipo ni había llegado a Europa con ninguna intención hostil contra los romanos. Después de la derrota de Lisímaco, cuanto a él pertenecía pasó por derecho de guerra a Seleuco, y por lo tanto lo consideraba parte de sus dominios. Tolomeo, y después de él Filipo, habían ocupado algunos de estas plazas en un momento en sus antepasados dedicaban sus preocupaciones y atención a otros asuntos. ¿Podría haber sombra de duda sobre que el Quersoneso y la parte de Tracia que rodeaba Lisimaquia pertenecieron anteriormente a Lisímaco? Recuperar sus antiguos derechos sobre aquellos territorios era el motivo de su llegada, así como reconstruir desde sus cimientos la ciudad de Lisimaquia, que había sido destruida por los tracios, para que su hijo Seleuco pudiera usarla como capital de su reino.

[33,41] Después de estar discutiendo sobre esto durante varios días, les llegó el rumor, de incierto autor, de que Tolomeo había muerto. Esto impidió que se llegase a alguna decisión; ambas partes fingieron que no lo habían oído, y Lucio Cornelio, encargado de la misión entre Antíoco y Tolomeo, pidió un breve receso para poder entrevistarse con Tolomeo; su objetivo era desembarcar en Egipto antes de que el nuevo ocupante del trono pudiera iniciar un cambio de política. Antíoco, por su parte, estaba seguro de que se podría apoderar de Egipto si tomaba posesión de él inmediatamente; y así, se despidió de los comisionados romanos y dejó a su hijo completando la restauración de Lisimaquia, navegando con toda su flota hacia Éfeso. Desde allí despachó emisarios a Quincio para calmar sus sospechas y asegurarle que nada cambiaría en su alianza. Costeando las

orillas de Asia llegaron a Pátaras, en Licia, enterándose allí de que Tolomeo estaba vivo. Abandonó entonces toda intención de navegar a Egipto, pero siguió su viaje hasta Chipre. Cuando hubo rodeado el promontorio de Quelidonias, se retrasó un tiempo en Panfilia, cerca del río Eurimedonte por culpa de un motín entre los remeros. Después de continuar su viaje hasta las conocidas como *las cabezas* del río Saro fue alcanzado por una terrible tormenta que casi lo hundió con toda su flota. Muchos de los barcos quedaron destruidos, otros muchos encallaron y un gran número de ellos se fue a pique tan de repente que nadie pudo nadar hasta tierra. Se produjo una enorme pérdida de vidas; no solo multitudes de marineros y soldados anónimos, sino también muchos amigos del rey, hombres distinguidos, se hallaron entre las víctimas. Antíoco reunió los restos de su destrozada flota, pero como no estaba en condiciones de intentar llegar a Chipre, regresó a Seleucia, mucho más pobre en hombres y recursos que cuando inició su expedición. Aquí ordenó la varada de los barcos, pues el invierno se acercaba, y el partió a Antioquía para pasar el invierno. Tal era la situación en que estaban los reyes.

[33.42] Este año, por primera vez, se nombraron triunviros epulones, a saber, Cayo Licinio Lúculo, el tribuno de la plebe que había logrado la aprobación de la ley por la que se nombraban, y con él Publio Manlio y Publio Porcio Leca. Se les permitió, por ley, llevar la toga pretexta como los pontífices. Sin embargo, este año estalló una grave disputa entre el conjunto de los sacerdotes y los cuestores de la ciudad, Quinto Fabio Labeón y Publio Aurelio. El Senado había decidido que se efectuara el último reembolso del dinero prestado por los particulares para la guerra púnica, necesitándose dinero para ello. Los cuestores les exigieron las contribuciones que no hubiesen efectuado durante la misma. Apelaron en vano a los tribunos de la plebe y se les obligó a pagar su parte por cada año de guerra. Murieron dos pontífices murieron durante el año; fueron sustituidos por el cónsul Marco Marcelo, en lugar de Cayo Sempronio Tuditano, que había muerto mientras servía como pretor en Hispania, y por Lucio Valerio Flaco en lugar de Marco Cornelio Cétego. También murió, muy joven, el augur Quinto Fabio Máximo, antes de poder desempeñar ninguna magistratura; no se le nombró sucesor durante el año.

Las elecciones consulares fueron celebradas por Marco Marcelo; los nuevos cónsules fueron Lucio Valerio Flaco y Marco Porcio Catón. Los pretores electos fueron Cneo Manlio Volsón, Apio Claudio Nerón, Publio Porcio Leca, Cayo Fabricio Luscino, Cayo Atinio Labeón y Publio Manlio. Los ediles curules, Marco Fulvio Nobilior y Cayo Flaminio, vendieron durante el año un millón de modios de trigo al pueblo, a dos ases el modio. Este trigo fue enviado por los sicilianos en señal de respeto por Cayo Flaminio y en honor a la memoria de su padre; Flaminio quiso compartir la gracia del gesto con su colega. Se celebraron con gran esplendor los Juegos Romanos y se repitieron en tres días distintos. Los ediles plebeyos, Cneo Domicio Enobarbo y Cayo Escribonio Curio, llevaron ante el tribunal del pueblo a varios mercaderes de ganados de los pastos públicos; tres de ellos fueron condenados y de las multas que se les impuso construyeron un templo en la isla de Fauno. Los Juegos Plebeyos se repitieron dos días y se dio el banquete de costumbre.

[33.43] El 15 de marzo *(195 a.C.)*, el día en que tomaron posesión del cargo, los nuevos cónsules presentaron a discusión en el Senado la asignación de las provincias. El Senado decidió que, ya que la guerra en Hispania se estaba extendiendo de manera tan grave como para requerir la presencia de un cónsul y un ejército consular, Hispania Citerior debería ser una de las dos provincias consulares. Se aprobó una resolución para que los cónsules llegasen a un acuerdo o que sorteasen aquella provincia e Italia. Al que le correspondiera Hispania se le asignarían dos legiones, quince mil infantes aliados latinos y ochocientos jinetes y una flota de veinte buques de guerra. El otro cónsul debería alistar dos legiones; aquello se consideraba suficiente para guarnecer la Galia, después del golpe demoledor asestado el año anterior a boyos e ínsubros. A Catón correspondió Hispania y a Valerio, Italia. Después, los pretores sortearon sus provincias. Cayo Fabricio Luscino recibió la jurisdicción urbana y Cayo Atinio Labeón la jurisdicción peregrina; a Cneo Manlio

Volsón correspondió Sicilia; a Apio Claudio Nerón, la Hispania Ulterior; a Publio Porcio Leca, Pisa, para amenazar a los ligures por su retaguardia. Publio Manlio fue asignado al cónsul para auxiliarle en Hispania Citerior. Debido a la actitud sospechosa de Antíoco, los etolios, Nabis y los lacedemonios, Tito Quincio vio prorrogado su mando otro año, con las dos legiones que ya tenía. Los cónsules alistarían todos los refuerzos necesarios para completar la totalidad de sus plantillas y los enviarían a Macedonia. Además de la legión que había mandado Quinto Fabio, se autorizó a Apio Claudio para alistar otros dos mil infantes y doscientos jinetes. El mismo número de soldados de infantería y caballería se asignó a Publio Manlio, para emplearlos en la Hispania Citerior junto con la legión que había servido bajo el pretor Quinto Minucio. Se decretó que, del ejército de la Galia, se llevaran diez mil soldados de infantería y quinientos de caballería para actuar por los alrededores de Pisa, en Etruria. Tiberio Sempronio Longo vio prorrogado su mando en Cerdeña.

[33.44] Tal fue la distribución de las provincias. Antes de que los cónsules dejaran la Ciudad se les requirió, de acuerdo con un decreto de los pontífices, para que proclamasen una primavera sagrada. Esta debía celebrarse en cumplimiento de una promesa hecha por el pretor Aulo Cornelio Mámula, según el deseo del Senado y por el orden del pueblo, veintiún años antes, durante el consulado de Cneo Servilio y Cayo Flaminio. Cayo Claudio Pulcro, el hijo de Apio, fue nombrado por entonces augur en lugar de Quinto Fabio Máximo, que había muerto el año anterior. Mientras todos se extrañaban de que nada se hiciera respecto a la guerra que había estallado en Hispania, llegó una carta de Quinto Minucio anunciando que se había enfrentado victoriosamente a los generales hispanos Budare y Besadine, y que el enemigo había perdido doce mil hombres, Budare había resultado prisionero y el resto fue derrotado y puesto en fuga. Una vez leída la carta, disminuyó la inquietud sobre las dos Hispanias, donde se había previsto una guerra de grandes proporciones. La preocupación se centró ahora sobre Antíoco, especialmente tras el regreso de los diez comisionados. Después de informar sobre las negociaciones con Filipo y los términos en que se había hecho la paz con él, dejaron claro que era inminente una guerra al menos a la misma escala contra Antíoco. Este había desembarcado en Europa, según informaron al Senado, con una enorme flota y un espléndido ejército, y si no hubiese desviado su atención hacia la invasión de Egipto una esperanza infundada, basada en un rumor incierto, Grecia ya se habría visto inflamada por las llamas de la guerra. Ni siquiera los etolios, un pueblo inquieto por naturaleza y ahora intensamente resentido contra los romanos, dejarían de intervenir. Y había otro mal aún más formidable hundido en las entrañas de Grecia: Nabis, que era por entonces el tirano de Lacedemonia, pero al que si se le dejaba se convertiría en el de toda Grecia, era hombre en el que la codicia y la brutalidad rivalizaba con los más notorios tiranos de la historia. Si, una vez llevados de vuelta a Italia los ejércitos romanos, se le permitía mantener Argos como una fortaleza que amenaza la totalidad del Peloponeso, la liberación de Grecia de Filipo habría sido en vano; en todo caso, en lugar de un monarca distante tendrían por dueño a un tirano próximo.

[33,45] Después de escuchar estas declaraciones, hechas por hombres de tal peso y cuyo juicio, además, se basaba en cuestiones observadas por ellos mismos, el Senado fue de la opinión de que aunque la política a seguir respecto a Antíoco era la cuestión más importante que se les presentaba, aún así, como el rey, cualquiera que fuese el motivo, se había retirado a Siria, parecía más urgente considerar en primer lugar qué hacer respecto al tirano. Tras un largo debate, sobre si había suficientes motivos para una declaración formal de guerra o si sería suficiente dejar a Tito Quincio libertad de acción en lo referente a Nabis, según considerase mejor para los intereses de la república, se decidió dejar el asunto a su criterio. Se hizo así al no parecerles que tomar estas decisiones antes o después no serían de vital importancia para el Estado. Una cuestión mucho más urgente era qué harían Aníbal y Cartago ante el caso de una guerra con Antíoco. Los miembros del partido opositor a Aníbal escribían constantemente a sus amigos en Roma; según su versión, Aníbal había mandado mensajeros con cartas para Antíoco, habiendo mantenido emisarios del rey

conferencias secretas con él. Así como existen bestias salvajes que no podían ser amansadas, así era de indómito e implacable el ánimo de este hombre. Se quejaba de que sus compatriotas se enervaban cada vez más por culpa de la inactividad y se dormían en la indolencia y la pereza, y que solo despertarían con el fragor de las armas. Las gentes estaban aún más dispuestas a creer estas afirmaciones al recordar que fue este hombre el responsable del inicio y el fin de la última guerra. Una reciente disposición suya, además, había provocado un fuerte resentimiento entre muchos de los potentados.

[33.46] Predominaba por entonces en Cartago la clase judicial, debido principalmente al hecho de que ocupaban el cargo de por vida. Las propiedades, la reputación y la vida de todo el mundo estaban en sus manos. Quien ofendiera a uno de aquella clase tendría por enemigo a cada miembro de ella y, cuando los jueces resultaban hostiles, siempre se encontraría un acusador entre ellos. Mientras estos hombres ejercían tan desenfrenado despotismo, pues usaban de su poder sin tener en cuenta los derechos de sus conciudadanos, Aníbal, que había sido nombrado pretor, ordenó que se convocara al cuestor ante él. El cuestor no atendió la convocatoria; pertenecía al partido opositor y, aún más, como de la cuestura se solía pasar a la judicatura, estamento todopoderoso, se daba ya aires acordes al poder que pronto ostentaría. Considerando Aníbal que este comportamiento era indigno, envió un funcionario para arrestar al cuestor y, llevándolo ante la Asamblea, Aníbal denunció no solo al cuestor, sino a todo el orden judicial, cuya insolencia y prepotencia habían subvertido completamente las leyes y la autoridad de los magistrados que debían hacerlas cumplir. Cuando vio que sus palabras tenían una acogida favorable, y que la insolencia y tiranía de aquel orden se reconocían como un peligro para la libertad del más humilde ciudadano, se apresuró a proponer y promulgar una ley por la que los jueces deberían ser elegidos cada año y ninguno podría ocupar el cargo durante dos años consecutivos. No obstante, cualquiera que fuese la popularidad lograda entre las masas por esta medida, quedó contrarrestada por la ofensa inferida a gran número de notables. Otra más que tomó en interés general despertó una intensa hostilidad personal contra él. Los ingresos públicos estaban siendo desperdiciados, en parte a causa de un manejo descuidado y en parte por el fraude que cometían algunos principales y magistrados. El resultado era que no había dinero suficiente para cubrir el pago anual de la indemnización a Roma, llegando a parecer muy probable que se impusiera a los particulares un fuerte impuesto.

[33.47] Cuando Aníbal se hubo informado sobre la cantidad a que ascendían todas las rentas, de tierra y de mar, los gastos que se hacían, qué proporción iba a las necesidades corrientes del Estado y cuánto se había malversado, declaró públicamente en la Asamblea que si se exigía cuanto se debía, el Estado tendría riqueza suficiente para afrontar el pago del tributo a los romanos sin necesidad de ninguna contribución a los particulares. Y cumplió con su palabra. Los que durante años habían estado engordando a costa del tesoro público estaban tan furiosos como si aquello fuera una incautación de sus bienes personales, en vez de la recuperación forzosa de todo lo que habían robado. En su furia, comenzaron a instigar a los romanos, que ya de suyo propio buscaban una excusa para volcar su odio contra él. Durante mucho tiempo, esta política encontró un enemigo en Publio Escipión Africano, que consideraba impropio de la dignidad del pueblo romano apoyar los ataques de los acusadores de Aníbal o entrometer la autoridad del Estado en las políticas partidistas de Cartago, no contentándose con haber derrotado a Aníbal en campo abierto y tratándolo como si fuera un criminal contra el que aparecerían acusando, prestando juramento y declarando en su contra. Al final, sin embargo, sus opositores se salieron con la suya y se enviaron delegados a Cartago para señalar allí ante el Senado que Aníbal estaba haciendo planes con Antíoco para iniciar la guerra. Cneo Servilio, Marco Claudio Marcelo y Quinto Terencio Culeón componían la delegación. A su llegada a Cartago fueron asesorados por los enemigos de Aníbal para que dijeran, a quienes preguntaran el motivo de su llegada, que habían venido para resolver las diferencias entre Masinisa y el gobierno de Cartago. Esta explicación fue creída por todo el mundo. Solo Aníbal no

se llamó a engaño, sabía que él era el objetivo de los romanos y que el motivo subyacente de la paz con Cartago fue que él quedase como la única víctima de su eterna hostilidad. Decidió inclinarse ante la tormenta y la fortuna y, después de hacer todos los preparativos para la huida, se dejó ver durante todo el día en el foro para alejar toda sospecha; en cuanto se hizo la oscuridad, fue con su ropa de calle hasta la puerta, acompañado por dos ayudantes que no sabían de sus planes, y partió.

[33.48] Los caballos que había ordenado estaban dispuestos y cabalgó durante la noche hasta Bizacio -que es el nombre de un distrito rural- llegando al día siguiente a un castillo de su propiedad en la costa, entre Acila y Tapso. Allí le esperaba un barco, con su dotación de remeros y preparado para partir de inmediato. Así fue como se retiró Aníbal de África, lamentando más la suerte de su patria que la suya propia. Aquel mismo día desembarcó en la isla de Cercina. Allí encontró algunos buques mercantes fenicios cargados de mercancías y, al desembarcar, se vio rodeado por las gentes que le daban la bienvenida. En respuesta a sus preguntas, les contestó que iba a Tiro como embajador. Temiendo, sin embargo, que alguno de aquellos buques pudiese partir por la noche hacia Tapso o Adrumeto y dar noticia de su aparición en Cercina, ordenó que se hicieran los preparativos para hacer un sacrificio e invitó a los capitanes de los barcos y a los mercaderes a la celebración. Dio también instrucciones para que recogieran las velas y antenas de las naves, de manera que pudieran formar un toldo que diera sombra en la playa a los invitados, pues estaban a mitad del verano. La celebración tuvo lugar con todo el lujo que el tiempo y las circunstancias permitían, prolongándose el festín hasta la noche y consumiéndose gran cantidad de vino. En cuanto tuvo la oportunidad de escapar a la observación de los que estaban en el puerto, Aníbal zarpó. Los demás quedaron sumidos en el sueño, y no se recuperaron de su sopor hasta bien avanzado el día siguiente, torpes por culpa de la borrachera, teniendo que pasar varias horas hasta que consiguieron devolver los aparejos a sus buques. En la casa de Aníbal, en Cartago, la multitud habitual se aglomeró en grandes cantidades en el vestíbulo. Cuando se hizo de conocimiento general que no se encontraba allí, la multitud irrumpió en el foro exigiendo la aparición de su primer ciudadano. Algunos, adivinando la verdad, sugirieron que había huido; otros -y estos fueron los más numerosos y los que más gritaban- decían que le habían dado muerte los romanos en una traición. En los rostros se veían distintas expresiones, como era de esperar en una ciudad desgarrada por los partidarios de distintas facciones. Luego, llegó la noticia de que había sido visto en Cercina.

[33,49] Los delegados romanos informaron al consejo de Cartago que el Senado había constatado que Filipo había hecho la guerra a Roma a instancias principalmente de Aníbal y que este había enviado recientemente cartas a Antíoco y los etolios, habiendo hecho planes para llevar a Cartago a una revuelta. Se había marchado con Antíoco, no con ningún otro, y nunca descansaría hasta haber desencadenado la guerra en todo el mundo. Si los cartagineses querían satisfacer al pueblo romano, ninguna de sus acciones. debía quedar impune y debían dejar claro que ni respondían a sus deseos ni contaban con la sanción de su gobierno. Los cartagineses respondieron que harían cuanto los romanos considerasen correcto. Después de una travesía sin problemas, Aníbal llegó a Tiro, donde los fundadores de Cartago dieron la bienvenida, como a una segunda patria, al hombre que se había distinguido con todos los honores posibles. Tras una corta estancia aquí, siguió su viaje a Antioquía. Aquí se enteró de que el rey se había marchado a Asia y mantuvo una entrevista con su hijo, que estaba celebrando en aquel momento los Juegos de Dafne, quien le dio recibió amablemente. Deseando no perder tiempo, siguió de inmediato su viaje y halló al rey en Éfeso, sin poder aún decidirse sobre la cuestión de la guerra con Roma. La llegada de Aníbal no fue el factor menos influyente para que su ánimo se decidiera. Los etolios, además, se mostraban cada vez más reacios a su alianza con Roma. Habían enviado una embajada a Roma para demandar la devolución de Farsala, Léucade y algunas otras ciudades, bajo los términos del tratado anterior, siendo remitidos por el Senado a Tito Quincio.

LIBRO XXXIV. FIN DE LA GUERRA MACEDÓNICA

[34,1] *(195 a.C.)* Ocupados con graves guerras, algunas apenas finalizadas y otras amenazantes, tuvo lugar un incidente que, aunque poco importante en sí mismo, resultó en un violento y apasionado conflicto. Dos de los tribunos de la plebe, Marco Fundanio y Lucio Valerio, habían presentado una propuesta para derogar la ley Opia. Esta ley se había aprobado a propuesta de Marco Opio, un tribuno de la plebe, durante el consulado de Quinto Fabio y Tiberio Sempronio y en pleno fragor de la Guerra Púnica. Prohibía a cualquier mujer la posesión de más de media onza de oro, llevase ropas de varios colores o subiese en vehículo de tiro a menos de una milla de la Ciudad o de cualquier ciudad romana a menos que fuera a tomar parte en alguna celebración religiosa pública. Los dos Brutos -Marco Junio y Tito Junio- ambos tribunos de la plebe, defendían la ley y declararon que no permitirían que fuese derogada; muchos nobles salieron a hablar en favor o en contra de la derogación; el Capitolio estaba lleno de partidarios y opositores a la propuesta; las matronas no pudieron ser mantenidas en la intimidad de sus hogares, ni por la autoridad de los magistrados, ni por las órdenes de sus maridos, ni por su propio sentido de la decencia. Ocuparon todas las calles y bloquearon los accesos al Foro, implorando a los hombres que se cruzaban en su camino que permitieran a las mujeres volver a sus antiguos adornos, ahora que la república estaba floreciente y aumentaban día a día las fortunas privadas. Su número aumentaba diariamente con aquellas que habían venido desde las poblaciones rurales. Por fin, se atrevieron a aproximarse a los cónsules, pretores y otros magistrados con sus demandas, encontrándose con que uno de los cónsules, Marco Porcio Catón, se oponía inflexiblemente a su petición. Este habló de la siguiente manera en defensa de la ley:

[34,2] *Si cada uno de nosotros, Quirites, hubiésemos hecho norma de proteger los derechos y autoridad del marido en nuestros propios hogares, no tendríamos ahora este problema con el conjunto de nuestras mujeres. Así están ahora las cosas respecto a nuestra libertad, confrontada y vencida por la insubordinación femenina en el hogar, destrozada y pisoteada aquí en el Foro, y porque fuimos incapaces de resistirlas individualmente debemos temerlas ahora unidas. Solía yo pensar que se trataba de una historia fabulosa aquella que nos contaba que en cierta isla había sido eliminado todo el sexo masculino a causa de una conspiración entre las mujeres; no hay clase alguna de gentes de las que no se puedan esperar los más graves peligros si se permite que sigan adelante las intrigas, las conspiraciones y los encuentros secretos. Casi no puedo decidir qué es peor, el asunto en sí o el nefasto precedente que establece. Esto último nos concierne a nosotros como cónsules y magistrados; lo primero os concierne a vosotros, Quirites. Que la medida que se os presenta sea en beneficio de la república o no, lo decidiréis con vuestro voto; este revuelo entre las mujeres, ya sea por un movimiento espontáneo o por vuestra instigación, Marco Fundanio y Lucio Valerio, y que ciertamente apunta a una falta por parte de los magistrados, no sé si os califica más a vosotros, tribunos, o a los cónsules. Irá en vuestro descrédito si habéis llevado vuestra agitación tribunicia al punto de provocar la intranquilidad entre las mujeres; pero aún mayor desgracia caerá sobre nosotros si hemos de sometернos a las leyes por el temor de una secesión suya, como ya lo hicimos antes con ocasión de la secesión de la plebe. No sin vergüenza he llegado hasta el Foro por entre un ejército de mujeres. Si mi respeto por la dignidad y modestia de algunas de ellas, más que cualquier consideración por ellas en su conjunto, no me hubiera impedido reprenderlas públicamente para que no se dijera que el cónsul las amonestaba, les hubiera dicho: ¿Qué es esta costumbre que habéis tomado de correr por todas partes, bloquear las calles y abordar a los maridos de otras? ¿No podíais cada una de vosotras exponer la misma cuestión a vuestros maridos y en vuestro hogar? ¿Sois en público más convincentes que en privado, más persuasivas con los maridos de las demás que con el vuestro? Si las matronas quedaran, por su natural modestia, mantenidas dentro de los límites de sus derechos, ni en vuestra casa os sería*

adecuado ocuparos de qué leyes se aprueban o derogan aquí. Nuestros antepasados no quisieron que mujer alguna participara en asuntos, incluso privados, excepto a través de un tutor, colocándolas bajo la tutela de sus padres, hermanos o esposos. Nosotros, si a los dioses place, sufrimos ahora que incursionen en política y se mezclen en la actividad del Foro, en los debates públicos y en las elecciones. ¿Qué están haciendo ahora en la vía pública y en las esquinas, sino influyendo en la plebe sobre las propuestas de los tribunos para que se vote a favor de la derogación de la ley? Aflojad las riendas a un carácter obstinado, a una criatura que no ha sido domesticada, y luego esperad que ellas mismas pongan límites a su licenciosidad, cuando vosotros mismos no lo habéis hecho. Y si vosotros no los ponéis, esta es la más pequeña de las muestras de lo que, impuesto a las mujeres por las costumbres o por las leyes, soportan ellas con impaciencia. Lo que realmente quieren es la libertad sin restricciones; o, para decir la verdad, el libertinaje. En verdad, si ahora ganan ¿qué no intentarán?.

[34,3] *Revisad todas las leyes referidas a la mujer con que nuestros antepasados frenaron su licenciosidad y las sometieron a la obediencia a sus maridos; y aún a pesar de todas esas limitaciones, apenas las podéis sujetar. Si les permitís que arrojen tales restricciones y que os las quiten de las manos, para ponerse finalmente en igualdad con sus esposos, ¿creéis que las podréis tolerar? Desde el momento en que se conviertan en vuestras iguales, serán vuestras superiores. Pero, ¡por Hércules!, no es que se resistan a que se les imponga una nueva restricción, ni que se opongan a alguna injuria en vez de a una ley. No, lo que ellas están exigiendo es la derogación de una ley que promulgasteis con vuestros votos y que la experiencia de todos estos años ha sancionado y justificado. Si derogáis esta ley, significará que debilitáis todas las demás. Ninguna ley es igualmente satisfactoria para todos; lo único que se pretende es que resulte beneficiosa en general y buena para la mayoría. Si todo el que se sintiera personalmente agraviado por una ley fuera a destruirla y a abolirla, ¿de qué servirá que los ciudadanos hagan leyes que en poco tiempo puedan ser derogadas por aquellos a quienes va dirigida? Me gustaría, sin embargo, conocer la razón por la cual estas matronas se han lanzado tumultuosamente a las calles y apenas han logrado mantenerse alejadas del Foro y la Asamblea. ¿Ha sido para que los prisioneros capturados por Aníbal, sus padres y maridos, sus hijos y hermanos, sean rescatados? ¡Tal desgracia está lejos de la república, y ojalá permanezca siempre así! Sin embargo, cuando esto sucedió os negasteis a hacerlo a pesar de sus piadosas súplicas. Sin embargo, no es el respetuoso afecto y la preocupación por los que aman, sino la religión, lo que las ha reunido: van a dar la bienvenida a la Madre del Ida, que llega de Pesinunte, en Frigia. ¿Qué pretexto, que al menos pueda parecer respetable, se da para esta insurrección femenina? Que podamos brillar, dicen, con oro y púrpura, que podamos subir en carruajes tanto los días festivos como los de diario, como en un desfile triunfal por haber derrotado y derogado una ley tras capturar y forzar vuestros votos. ¡No queremos ningún límite al gasto y al despilfarro!*

[34,4] *Muchas veces me habéis oído quejarme de los caros hábitos de las mujeres y a menudo, también, de los de los hombres, no solo ciudadanos particulares, sino incluso magistrados; y a menudo he dicho que la república sufre de dos vicios opuestos, avaricia y despilfarro, enfermedades pestilentes que han demostrado ser la ruina de todos los grandes imperios. Cuanto más brillante y mejor es la fortuna de la república a cada día que pasa, y cuanto más crecen sus dominios -que justo ahora acaban de penetrar en Grecia y Asia, regiones llenas de todo cuanto pueda tentar el apetito o excitar el deseo, poniendo incluso las manos sobre los tesoros de los reyes, más temo la posibilidad de que estas cosas nos cautiven a nosotros, en vez de nosotros a ellas. Creedme, las estatuas traídas de Siracusa fueron banderas enemigas introducidas en la Ciudad. He oído a demasiadas personas alabar y admirar las que adornan Atenas y Corinto, y riéndose de las antefijas de arcilla de nuestros dioses en sus templos. Por mi parte, prefiero las de estos dioses, que nos son propicios, y confío en que seguirán siéndolo mientras les permitamos*

seguir en sus actuales moradas.

En los días de nuestros antepasados Pirro intentó, a través de su embajador Cineas y mediante sobornos, ganarse la lealtad no solo de los hombres, sino de las mujeres. Aún no se había aprobado la ley Opia para moderar la extravagancia femenina y, sin embargo, ni una sola mujer aceptó un regalo. ¿Cuál creéis que fue la razón? La misma por la que nuestros antepasados no tuvieron que hacer ninguna ley al respecto: no había despilfarro que restringir. Se deben conocer primeramente las enfermedades antes de poder aplicar los remedios; así, aparecen antes las pasiones que las leyes que las limitan. ¿Qué originó la ley Licinia, que ponía un límite de quinientas yugadas, sino el afán desmedido de unir tierras y tierras? ¿Qué llevó a la aprobación de la Ley Cincia, relativa a los regalos y las comisiones, sino la condición de los plebeyos que ya habían empezado a convertirse en tributarios y estipendiarios del Senado? Por ello, no es de extrañar que no fueran precisas en aquellos días ni la Opia ni cualquier otra ley destinada a poner coto al despilfarro de mujeres que rechazaban el oro y la púrpura que libremente se les ofrecía. Si Cineas viniera a la Ciudad en estos días con sus regalos, se encontraría por las calles a mujeres de pie y bien dispuestas a aceptarlos.

Hay algunos deseos de los que no puedo penetrar ni el motivo ni la razón. Que lo que está permitido a otro no se te permita a ti, naturalmente, debe provocar un sentimiento de vergüenza o indignación; pero cuando todos están al mismo nivel por lo que respecta al vestido, ¿por qué ha de temer alguna que en ella se vea escasez o pobreza? Esta ley os quita ese doble motivo de humillación, pues no poseéis aquello que se os prohíbe poseer. Dirá la mujer rica: Precisamente, es esta igualación lo que no soporto. ¿Por qué no he de ser admirada por mi oro y mi púrpura? ¿Por qué se cubre la pobreza de las otras bajo esta ley, de modo que puedan aparentar poseer lo que, de estar permitido, no poseerían?

¿Deseáis, Quirites, provocar una rivalidad de esta naturaleza en vuestras esposas, donde las ricas quieran poseer lo que nadie puede pagar y las pobres, para no ser despreciadas por su pobreza, se excedan en sus gastos más allá de sus medios? Dependiendo de ellas, en cuanto una mujer empieza a avergonzarse de lo que no debe, pronto deja de sentir vergüenza por lo que sí debe. La que esté en condiciones de hacerlo, obtendrá lo que quiere con su propio dinero; la que no, se lo pedirá a su marido. Y el marido estará en una situación lamentable tanto si da como si niega, pues en este último caso verá a otro dando lo que él se negó a dar. Ahora piden a los maridos de otras y, lo que es peor, están pidiendo el voto para la derogación de una ley, obteniéndolo de algunos contra vuestros intereses, vuestras propiedades y vuestros hijos. Una vez la ley haya dejado de fijar un límite a los gastos de vuestras esposas, nunca lo fijaréis vosotros. No penséis, Quirites, que las cosas serán iguales a como eran antes de aprobar una ley sobre este asunto. Es más seguro no acusar a un malhechor antes que juzgarlo y absolverlo; el lujo y el despilfarro serían más tolerables si nunca hubieran sido excitados de lo que será ahora si, como bestias salvajes, se les irrita con las cadenas y luego se les libera. Yo en modo alguno pienso que se deba derogar la ley Opia, y ruego a los dioses que sea para bien lo que decidáis.

[34,5] Después de esto, los tribunos de la plebe que habían anunciado su intención de vetar la derogación hablaron brevemente en el mismo sentido. Luego, Lucio Valerio pronunció el siguiente discurso en defensa de su propuesta: *Si solo hubieran sido ciudadanos privados los que se presentaran para argumentar en favor o en contra de la medida que hemos propuesto, habría esperado en silencio vuestro voto, considerando que ya se había dicho suficiente por ambas partes. Pero ahora, cuando un hombre de tanto carácter como Marco Porcio, nuestro cónsul, se opone a nuestro proyecto de ley, y no simplemente ejerciendo su autoridad personal, que aún permaneciendo en silencio ejercería tanta influencia, sino también mediante un largo y cuidadosamente pensado discurso, resulta necesario pronunciar una breve respuesta. Ha dedicado, cierto es, más tiempo a criticar a las matronas que a argumentar contra la propuesta, dejando incluso la duda de si los actos de las matronas que censura se deben a su propia iniciativa o son*

instigación nuestra. Defenderé la propuesta de ley y no a nosotros mismos, pues aquello se lanzó más como una acusación de palabra que en cuanto al fondo de la cuestión. Porque disfrutamos ahora de las bendiciones de la paz y el Estado florece y prospera, hacen las matronas una petición pública para que se derogue una ley que fue aprobada en su contra bajo la presión del tiempo de guerra. Califica esta acción suya como un complot, un movimiento sedicioso, llamándolo a veces sedición femenina. Sé cómo se eligen estas y otras fuertes expresiones para aumentar un hecho y todos sabemos que, aunque de carácter naturalmente suave, Catón es un poderoso orador que, a veces, suena casi amenazante. ¿De qué innovación son culpables las matronas, presentándose públicamente y en masa por un motivo que les afecta tan de cerca? ¿Nunca antes habían aparecido en público? Citaré tus propios "Origines" contra ti. Mira cuántas veces lo han hecho, y siempre en beneficio público.

En los mismos principios, durante el reinado de Rómulo y después de la captura del Capitolio por los sabinos, cuando había dado comienzo una batalla campal en el Foro, ¿no fue detenido el combate por las matronas que se precipitaron por entre las líneas? Y cuando, después de la expulsión de los reyes, las legiones volscas mandadas por Marcio Coriolano fijaron su campamento a cinco millas de la Ciudad, ¿no fue la presencia de las matronas la que hizo dar la vuelta a aquel enemigo que de otra forma habría reducido esta Ciudad a ruinas? Cuando fue capturada por los galos, ¿no fueron las matronas las que por acuerdo general trajeron su oro para rescatarla? Y, para no tener que buscar antiguos precedentes, ¿qué pasó en la última guerra, cuando el dinero que precisaba el Tesoro fue proporcionado por las viudas? Incluso cuando se invitó a nuevos dioses para que nos ayudaran en nuestros momentos de angustia, ¿no fueron las matronas las que marcharon en grupo hasta la orilla del mar para recibir a la Madre del Ida? Podrás decir que se trata de casos distintos No es mi propósito equipararlos, pero basta para anular la acusación de que es una conducta que carece de precedentes. Y, sin embargo, en los asuntos que afectaban a hombres y mujeres por igual a nadie sorprendieron sus actos; ¿por qué entonces debiéramos sorprendernos porque lo hagan en un asunto que les afecta especialmente? Pues, ¿qué han hecho? Muy soberbios oídos tendríamos, válgame dios, si considerásemos una indignidad atender las súplicas de mujeres honestas, cuando los amos se dignan escuchar los ruegos de sus esclavos.

[34,6] *Y llego ahora a la cuestión que se discute. Aquí, el cónsul ha adoptado una doble línea de argumentación, pues ha protestado contra la derogación de cualquier ley y en particular contra la de esta, que fue promulgada para sujetar el lujo de las mujeres. Su defensa de las leyes, en su conjunto, me pareció la que un cónsul debe hacer; sus críticas contra el lujo son las que corresponden a una estricta y severa moralidad. Por lo tanto, a menos que se demuestre la debilidad de ambas líneas de argumentación, existe el riesgo de que se os pueda inducir a error. En cuanto a las leyes que se han promulgado, no para una emergencia temporal, sino para todo momento como de utilidad permanente, debo admitir que ninguna de ellas debe ser derogada, a no ser que la experiencia haya demostrado que resulta dañina o que los cambios políticos la han convertido en inútil. Pero veo que las leyes que se han impuesto a causa de crisis particulares resultan, si se me permite decirlo así, mortales y sujetas a los cambios de los tiempos. Las leyes hechas en tiempos paz son derogadas por la guerra y las promulgadas en tiempos de guerra quedan rescindidas por la paz, así como en el gobierno de un buque unas maniobras son útiles durante el buen tiempo y otras durante el malo. Siendo estas dos clases de leyes de distinta naturaleza, ¿a qué tipo de ley correspondería esta que proponemos derogar? ¿Se trata de una antigua ley de los reyes, coetánea de la Ciudad, o es de una etapa posterior e inscrita por los decenviros en las Doce Tablas para codificar las leyes? ¿Es una ley sin la que nuestros antepasados pensaban que no podrían preservar el honor y la dignidad de nuestras matronas, y que si la derogamos deberíamos pensar que tendremos buenas razones para temer que con ello destruiremos la dignidad y la pureza de nuestras mujeres? ¿Quién no sabe que se trata de una ley*

reciente, aprobada hace veinte años durante el consulado de Quinto Fabio y Tiberio Sempronio? Si las matronas llevaban una vida ejemplar sin ella, ¿qué peligro hay, en realidad, de que puedan caer en el derroche una vez derogada? Si esa ley fue aprobada con el único motivo de limitar los excesos femeninos, debería existir algún temor de que su derogación pudiera excitarlos; sin embargo, son las circunstancias bajo las que se aprobó las que revelan el por qué de la misma.

Aníbal estaba en Italia; había logrado la victoria de Cannas y era el amo de Tarento, Arpa y Capua, resultando muy probable que llevara su ejército hasta Roma. Nuestros aliados nos habían abandonado, no teníamos reservas con las que reponer nuestras pérdidas, ni marinos para sostener la flota, ni dinero en el Tesoro. Tuvimos que armar a los esclavos, que fueron comprados a sus amos a condición de que el precio de compra se habría de abonar al final de la guerra; los publicanos se comprometieron a suministrar grano y todo lo necesario para la guerra con la misma condición de pago. Cedimos nuestros esclavos, en número proporcional a nuestro censo, para que sirvieran como remeros y pusimos todo nuestro oro y plata al servicio de la república, con los senadores dando ejemplo. Las viudas y los menores colocaron su dinero en el erario público y se aprobó una ley que fijaba el máximo de monedas de oro y plata que podíamos tener en nuestras casas. En una crisis como aquella, ¿estaban tan preocupadas las matronas por el lujo y los adornos que hubo que promulgar la ley Opia para refrenarlas? ¡fue entonces cuando el Senado dispuso que se limitara el luto a treinta días, porque se habían interrumpido los ritos de Ceres por culpa de estar todas las matronas de luto! ¿Quién no ve que la pobreza y la miserable condición de los ciudadanos, cada uno de los cuales tuvo que dedicar su dinero a las necesidades de la república, fueron los que motivaron realmente esa ley que debía permanecer en vigor mientras siguiera presente la razón de su promulgación? Si cada decreto aprobado por el Senado y cada orden emitida por el pueblo para enfrentar una emergencia debe permanecer en vigor para siempre, ¿por qué estamos pagando a los particulares las cantidades que adelantaron? ¿Por qué estamos haciendo contratos públicos con pago al contado? ¿Por qué no se compran esclavos para servir como soldados y no cedemos cada uno de nosotros a los nuestros para que sirvan, como entonces, de remeros?

[34,7] *Todos los estamentos de la sociedad y todos los hombres sienten para mejor el cambio en la situación de la república; ¿van a ser únicamente nuestras esposas las excluidas del disfrute de la paz y la prosperidad? Nosotros, sus esposos, vestiremos púrpura; la toga pretexta señalará a quienes desempeñan magistraturas y sacerdocios públicos; la llevarán nuestros hijos, con su borde púrpura; tienen derecho a portarla los magistrados de las colonias militares y de los municipios. Hasta a los más bajos de los cargos, los jefes de distrito en Roma, les reconocemos el derecho a llevar toga pretexta. Y no sólo disfrutan de esta distinción en vida; con ella se les incinera al morir. Vosotros, maridos, estáis en libertad de usar el púrpura en las prendas que os cubren, ¿os negaréis a permitir que vuestras esposas lleven una pequeña prenda púrpura? ¿Serán más hermosos los adornos de los caballos que los vestidos de vuestras esposas? En todo caso, reconozco alguna razón, aunque muy injusta, en la oposición a las telas púrpura, que se deterioran y se gastan; ¿pero qué reparo se podrá poder al oro, que ni se desgasta ni deja residuos excepto al trabajarlo? Por el contrario, más bien nos protege en momentos de necesidad y constituye un recurso disponible, ya sea para las necesidades públicas o privadas, como habéis aprendido por experiencia. Catón dijo que ninguna rivalidad personal habría entre ellas, pues nada poseerían de lo que las demás pudiesen estar celosas. Pero, ¡por Hércules!, todas sufren y se indignan al ver a las esposas de nuestros aliados latinos resplandecientes de oro y púrpura y marchando en coche por la Ciudad, mientras ellas deben ir a pie, como si la sede del imperio estuviese en las ciudades latinas y no en la suya. Ya esto sería suficiente para herir el orgullo de los hombres, ¿cómo pensáis que deben sentirse las mujeres, a las que afectan hasta las pequeñas cosas? Las magistraturas, las funciones sacerdotales, los triunfos, las condecoraciones y los premios, el botín de guerra: ninguna de estas cosas pueden recaer en ellas. La pulcritud, la elegancia, el adorno personal, el aspecto*

atractivo y elegante: estas son las distinciones que codician, con las que se alegran y enorgullecen; a todas estas cosas llamaban nuestros antepasados "el mundo de las mujeres". ¿Qué dejan de lado cuando están de lutos, sino el oro y la púrpura, para retomarlos cuando salen de él? ¿Cómo se preparan para los días de regocijo público y acción de gracias, aparte de colocarse los más ricos adornos personales? Supongo que pensaréis que si derogáis la ley Opia y luego quisierais prohibir cuanto ahora prohibe la ley, no lo podréis hacer y perderéis vuestros derechos legales sobre vuestras hijas, esposas y hermanas. Mientras viven sus maridos y padres nunca se han librado las mujeres de su tutela, y desprecian la libertad que les trae la orfandad y la viudez. Ellas prefieren que su adorno personal sea vuestra decisión, antes que de la ley. Es vuestro deber actuar como guardianes y protectores y no tratarlas como esclavas; deberías desear ser llamados padres y esposos, no amos y señores. Empleó el cónsul un lenguaje odioso al hablar de sedición femenina y secesión. ¿De verdad creéis que hay algún peligro de que se apoderen del Monte Sacro como hizo una vez la airada plebe, o de que se apoderen del Aventino? Cualquiera que sea la decisión a la que lleguéis, ellas, en su debilidad, tendrán que someterse a ella. Cuanto mayor es vuestro poder, mayor es la mesura con lo que debéis ejercer.

[34,8] Después de estos discursos en favor y en contra de la ley, las mujeres salieron a la calle al día siguiente en número mucho mayor, marchando en grupo hasta la casa de ambos Brutos, que estaban vetando la propuesta de sus colegas, bloqueando todas las puertas y sin cejar hasta que los tribunos abandonaron su oposición. Ya no había dudas de que las tribus votarían unánimemente por la derogación de la ley. Se derogó veinte años después de haber sido promulgada. Una vez derogada la ley Opia, el cónsul Marco Porcio partió inmediatamente de la Ciudad y con veinticinco buques de guerra, cinco de los cuales pertenecían a los aliados, zarpó del puerto de Luna, donde había recibido el ejército órdenes de concentrarse. Había mandado publicar un edicto a lo largo de toda la costa para que se reuniesen naves de toda clase en Luna y al partir de allí dejó órdenes para que le siguieran hasta el puerto de Pireneo, siendo su intención el dirigirse contra el enemigo con todas sus fuerzas navales al completo. Navegando más allá de los montes Ligustinos y del golfo de León, se reunieron allí el día señalado. Catón navegó hasta Rosas y expulsó a la guarnición española que había en la fortaleza. Desde Rosas, un viento favorable le llevó hasta Ampurias, y aquí desembarcó a todas sus fuerzas con excepción de las tripulaciones de los buques.

[34,9] Por aquel entonces, Ampurias estaba compuesta por dos ciudades separadas por una muralla. Una de ellos estaba habitada por griegos que, como la gente de Marsella, procedían originalmente de Focea; la otra tenía población hispana. Como la ciudad griega estaba casi totalmente abierta al mar, sus murallas tenían menos de media milla de perímetro; la ciudad hispana, más alejada del mar, tenía murallas con un perímetros de tres millas. Posteriormente, fue establecido allí un tercer tipo de población compuesto por colonos romanos establecidos allí por el divino César tras la derrota final de los hijos de Pompeyo. A día de hoy, todos se han fusionado en un solo grupo al habérseles concedido la ciudadanía romana, en primer lugar a los hispanos y después a los griegos. Cualquier persona que viera por entonces cómo estaban expuestos los griegos a los ataques desde el mar abierto, por un lado, y de los feroces y belicosos hispanos desde el otro, se preguntaría qué les protegía. La disciplina era el guardián de su debilidad, una cualidad que el miedo mantiene mejor cuando uno está rodeado por naciones más fuertes. Mantenían extraordinariamente bien fortificada aquella parte de la muralla que daba al interior, con solo una puerta en aquel sector y siempre muy bien custodiada día y noche por uno de los magistrados. Durante la noche la tercera parte de los ciudadanos estaban de guardia en las murallas, no solo como un asunto rutinario o por obligación, sino que mantenían sus vigías y patrullas como si a las puertas hubiera un enemigo. No permitían la entrada a su ciudad de ningún hispano, ni se aventuraban ellos fuera de sus murallas sin las debidas precauciones. Las salidas al mar eran libres para todos. Nunca salían por la puerta que daba a la ciudad hispana a menos que fueran juntos en

gran número, y generalmente se trataba del grupo que había montado guardia en las murallas la noche anterior. La razón de su salida por esta puerta era el siguiente: los hispanos, poco familiarizados con el mar, se alegraban de comprar los bienes que recibían los griegos del extranjero y, al mismo tiempo, de venderles los productos de sus campos. Debido a la necesidad de este mutuo intercambio, la ciudad hispana siempre estaba abierta a los griegos. Encontraban una seguridad adicional en la amistad de Roma, bajo cuyo amparo vivían y a la que eran tan leales como los marselleses, aunque sus fuerzas y recursos fueran mucho menores. En esta ocasión dieron al cónsul y a su ejército una calurosa bienvenida. Catón hizo una corta parada allí y, mientras obtenía información sobre las fuerzas y composición del enemigo, pasó el intervalo ejercitando a sus tropas para que no perdiesen el tiempo. Resultó ser la época del año en que los hispanos tenían el trigo en las eras. Catón prohibió a los suministradores del ejército que proporcionasen ningún trigo a las tropas y los mandó de regreso a Roma observando: *La guerra se alimentará a sí misma.* Luego, avanzando desde Ampurias, asoló los campos enemigos a fuego y espada, sembrando el pánico y provocando la huida por todas partes.

[34,10] Por aquel entonces, Marco Helvio, que estaba en camino desde la Hispania Ulterior con una fuerza de más de 6000 hombres que le había proporcionado el pretor Apio Claudio para escoltarlo, se encontró con un inmenso contingente de celtíberos cerca de la ciudad de Iliturgi. Valerio afirma que ascendían a veinte mil hombre y que murieron doce mil de ellos, siendo tomada la ciudad de Iliturgi y pasados por la espada todos los jóvenes. Después de esto, Helvio llegó al campamento de Catón y, como el territorio estaba ya a salvo, envió a su escolta de regreso a la Hispania Ulterior, celebrando su victoria a su regreso a Roma entrando en ovación a la Ciudad. Llevó al tesoro catorce mil setecientas treinta y dos libras de plata sin acuña, diecisiete mil veintitrés bigados hispanos y ciento diecinueve mil cuatrocientas treinta y nueve de plata oscense. La razón por la que el Senado le negó el triunfo fue porque había combatido bajo los auspicios y en la provincia de otro hombre. Además, no regresó hasta dos años después de haber cesado en su mando tras entregar la provincia a su sucesor, Quinto Minucio, quedando allí retenido durante todo el año siguiente por una enfermedad grave y larga. A consecuencia de esto, Helvio entró en la Ciudad sólo dos meses antes de que Quinto Minucio, su sucesor, celebrara su triunfo. Este último trajo a casa treinta y cuatro mil ochocientas libras de plata, setenta y tres mil bigados y doscientos setenta y ocho mil de plata oscense.

[34.11] Entre tanto en Hispania, el cónsul estaba acampado no lejos de Ampurias. Allí llegaron tres enviados de Bilistage, un régulo ilergete, siendo uno de ellos su propio hijo. Le informaron de que sus fortalezas estaban siendo atacadas y que no tenían esperanza de efectuar una resistencia eficaz a menos que el general romano enviase fuerzas: tres mil hombres serían suficiente; el enemigo no se quedaría a combatir si aparecía ese gran cuerpo de tropas en el campo de batalla. El cónsul les dijo que estaba muy preocupado tanto por sus peligros como por sus temores, pero que sus fuerzas no eran suficientes como para permitir dividirlas, al tener grandes fuerzas enemigas tan cerca y esperando cada día librar contra ellos una batalla campal. Al oír esto, los enviados se arrojaron a los pies del cónsul bañados en lágrimas y le imploraron que no los abandonara en un momento de tanta angustia y dolor. ¿Dónde podrían ir, si los romanos los rechazaban? No tenían aliados, ni esperanza de socorro en ningún otro lugar del mundo. Podrían haber evitado este peligro de haber estado dispuestos a romper su fidelidad y hacer causa común con los demás rebeldes. Ninguna amenaza y ninguna intimidación les había movido, pues estaban confiados en que encontrarían suficiente apoyo y ayuda en los romanos. Si esta no existía, si su solicitud era denegada por el cónsul, pondrían a los dioses y a los hombres por testigos de que, contra su deseo y por pura obligación, tendrían que abandonar la causa de Roma para no sufrir lo que sufrieron los saguntinos. Preferían morir con el resto de hispanos antes que enfrentar solos su destino.

[34.12] Por aquel día, se despidió a los emisarios sin recibir ninguna respuesta. El cónsul pasó la noche inquieto, tratando de decidirse entre dos alternativas: no quería abandonar a sus aliados ni tampoco debilitar su ejército, un camino que podría retrasar el combate decisivo o que, de combatir, pondría en peligro su victoria. Finalmente, prevaleció en su mente el no reducir sus tropas, no fuera que el enemigo le infligiera alguna humillación, y decidió que debía dar a sus aliados la esperanza de una ayuda, ya que no su realidad efectiva. Pensó que a menudo las promesas han sido tan eficaces como la realidad, especialmente en la guerra; hombres que tienen la esperanza de la llegada de auxilios, a menudo se salvan precisamente gracias a esa confianza, que les proporciona audacia como si la esperanza fuera real. Al día siguiente dio su respuesta a los enviados, y les aseguró que a pesar de que temía debilitar sus fuerzas en beneficio de otros, tenía sin embargo más en cuenta la situación crítica y peligrosa en que estaban ellos que en la que se encontraba él mismo. Luego ordenó que un tercio de los hombres de cada cohorte cocinaran comida para llevarla a bordo de las naves y que estas estuviesen dispuestas para zarpar al tercer día. Dijo a dos de los enviados que informasen a Bilistage y a los ilergetes de estas medidas; al tercero, el hijo del régulo, logró mantenerlo con él mediante un trato amable y regalos. Los enviados no salieron hasta que vieron a los soldados realmente a bordo; después, no teniendo ya ninguna duda, extendieron a lo largo y a lo ancho, entre amigos y enemigos, la noticia de la llegada del auxilio romano.

[34,13] Cuando el cónsul hubo guardado las apariencias el tiempo suficiente, hizo regresar a los soldados de los barcos y, como ya se aproximaba la estación apropiada para ejecutar operaciones activas, desplazó su campamento de invierno a una distancia de tres millas de Ampurias. Desde esta posición envió a sus hombres a los campos del enemigo en busca de botín, a veces a unos lugares y a veces a otros, dejando una pequeña guarnición en el campamento. Generalmente, partían por la noche con el fin de cubrir la mayor distancia posible a cubierto desde el campamento, así como para tomar al enemigo por sorpresa. Este tipo de acciones servían de entrenamiento para los recién alistados y condujeron a la captura de numerosos prisioneros, hasta que el enemigo ya no se aventuró más fuera de las defensas de sus castillos. Una vez que hubo probado a fondo el temple de sus propios hombres y el de sus enemigos, hizo formar a los tribunos militares y a los prefectos de los aliados, así como a todos los jinetes y centuriones, y se dirigió a ellos en los siguientes términos: *Con frecuencia habéis deseado que llegara el momento de tener una oportunidad para demostrar vuestro valor; ese momento ha llegado. Hasta la fecha, vuestras acciones recordaban las de bandidos más que las de soldados; ahora trabaréis combate en toda regla con el enemigo. De ahora en adelante se os permitirá, en vez de asolar los campos, drenar las ciudades de su riqueza. A pesar de la presencia en Hispania de los comandantes y ejércitos cartagineses, y sin tener aquí un solo soldado, nuestros padres insistieron en añadir una cláusula al tratado que fijaba en el Ebro los límites de su dominio. Ahora, cuando ocupan Hispania un cónsul, dos pretores y tres ejércitos romanos, sin que se haya visto en esta provincia durante los últimos diez años un solo cartaginés, hemos perdido el control de este lado del Ebro. Es vuestro deber recuperarlo con vuestras armas y vuestro valor y obligar a estos pueblos, que más que iniciar una guerra con determinación se rebelan temerariamente, a someterse nuevamente al yugo del que se han sacudido.* Después de estas palabras de aliento, anunció que aquella noche les llevaría contra el campamento enemigo, despidiéndolos a continuación para que se alimentaran y descansasen.

[34,14] Después de tomar los auspicios, a media noche, el cónsul se puso en marcha con el fin de poder ocupar la posición que deseaba antes de que el enemigo se apercibiese de sus movimientos. Condujo sus tropas dando un rodeo hacia la parte trasera del campamento enemigo y los formó en línea de combate al amanecer; después envió tres cohortes contra la empalizada enemiga. Sorprendidos por la aparición de los romanos detrás de sus líneas, los bárbaros corrieron a las armas. Mientras tanto, el cónsul se dirigió brevemente a sus hombres diciéndoles: *No hay*

esperanza más que en el valor, y yo me he asegurado a propósito de que sea así. Entre nosotros y nuestro campamento está el enemigo; detrás, el territorio enemigo. Poner las esperanzas en el valor es la actitud más noble, y también la más segura. Ordenó a continuación que regresaran las cohortes, fingiendo la huida, para que los indígenas salieran fuera de su campamento. Sus previsiones se cumplieron. Pensando que los romanos se habían retirado por miedo, e irrumpiendo fuera de su campamento, ocuparon con su número la totalidad del terreno entre su campamento y la línea de combate romana. Mientras se apresuraban a formar sus filas y estaban aún desordenados, el cónsul, cuya formación ya estaba dispuesta, se lanzó al ataque. Los jinetes de ambas alas fueron los primeros en entrar en acción; sin embargo, los de la derecha fueron rechazados de inmediato y su retirada apresurada provocó el pánico entre la infantería. Al ver esto, el cónsul ordenó a dos cohortes escogidas que rodearan la derecha enemiga y se dejaran ver a su retaguardia, antes de que chocasen las infanterías. Esta amenaza sobre el enemigo equilibró nuevamente la batalla; aún así, en el ala derecha, tanto la infantería como la caballería se habían desmoralizado tanto que el cónsul hubo de agarrar a varios de ellos con sus propias manos y volverlos hacia el enemigo. Mientras la acción se limitó al lanzamiento de proyectiles por ambas partes, se mantuvo la igualdad por ambas partes; sin embargo, en el ala derecha, donde se creó el pánico y la huida, a duras penas mantenían sus posiciones; la izquierda y el centro, por su parte, acosaban a los bárbaros, que contemplaban aterrados a las amenazantes cohortes por su retaguardia. Una vez hubieron lanzado sus soliferros y faláricas, desenvainaron sus espadas y la lucha se volvió más furiosa. Ya no resultaron heridos por golpes imprevisibles desde la distancia, en el cuerpo a cuerpo contra el enemigo confiaban únicamente en su valor y en su fuerza.

[34,15] Viendo que sus hombres se estaban agotando, el cónsul los reanimó haciendo entrar en combate, desde la segunda línea, a las cohortes de reserva. Se rehizo el frente y estas tropas de refuerzo, atacando al agotado enemigo con sus armas arrojadizas íntegras, rompieron sus líneas mediante una feroz carga en cuña y, una vez rotas, pronto se dispersaron huyendo, precipitándose por los campos en dirección a su campamento. Cuando Catón vio todo el campo de batalla lleno de fugitivos, galopó nuevamente hacia la segunda legión, que estaba situada en reserva, y ordenó que avanzaran tras los estandartes a paso de carga para atacar el campamento enemigo. Cuando algún hombre, demasiado impetuoso, se salía corriendo de sus filas, el cónsul se le acercaba y lo golpeaba con su pequeña jabalina, ordenando a los tribunos militares y centuriones que los castigaran. Ya había empezado el ataque contra el campamento, pero los romanos no podían llegar hasta la empalizada al ser mantenidos a distancia mediante el lanzamiento de piedras, estacas y toda clase de proyectiles. La aparición de la legión de refresco puso animó el corazón en los asaltantes y provocó que el enemigo combatiera aún más desesperadamente frente a su parapeto. El cónsul exploró todas las posiciones, para poder encontrar dónde era más débil la resistencia y, así, por dónde tenía más posibilidades de irrumpir. Vio que los defensores presentaban una defensa menos vigorosa por la puerta izquierda de su campamento, y hacia aquel punto dirigió a los príncipes y a los asteros de la segunda legión. Los defensores que guarnecían las puertas no pudieron resistir su carga y cuando los demás vieron al enemigo dentro de sus líneas abandonaron cualquier intento adicional de conservar su campamento, arrojando sus armas y estandartes. Muchos resultaron muertos en las puertas, aglomerados en el estrecho espacio; mientras los soldados de la segunda legión masacraban al enemigo por detrás, el resto saqueó el campamento. Valerio Antias dice que murieron más de cuarenta mil enemigos aquel día. Catón, que no es dado, por cierto, a despreciar sus propios méritos, dice que murieron muchos, pero no da números.

[34,16] Se considera que el cónsul hizo aquel día tres cosas dignas de elogio: La primera fue el conducir a su ejército alrededor del campamento enemigo, hasta una posición lejos de sus naves y de su propio campamento, en la que sus soldados no podían confiar más que en su valor y con el enemigo interponiéndose. La segunda fue su maniobra al situar a las cohortes bloqueando la

retaguardia enemiga. La tercera fue su orden a la segunda legión para avanzar en formación de combate directamente hacia la puerta del campamento, mientras el resto de sus tropas estaban dispersas en persecución del enemigo, manteniendo una perfecta formación y con los estandartes al frente. Pero ni aún después de la victoria hubo descanso. Una vez dada la señal de retirada y cuando hubo hecho regresar a sus hombres, cargados con el botín, a su campamento, les permitió descansar unas cuantas horas durante la noche y luego los sacó a devastar los campos. Como el enemigo se había dispersado en su huida, el saqueo se produjo sobre una extensión más amplia del territorio, y esta acción contribuyó no menos que la misma batalla para obligar a rendirse a los habitantes hispanos de Ampurias y a sus vecinos; muchas de las otras comunidades que se habían refugiado en Ampurias también se rindieron. El cónsul se dirigió a todos en términos amables y los mandó a sus hogares tras darles vino y comida. Enseguida reanudó su avance, y por donde quiera que marchaba su ejército, llegaban delegaciones de ciudades que se le rendían. Para el momento en que llegó a Tarragona, toda la Hispania a este lado del Ebro había sido sometida y liberados por los indígenas, como un regalo al cónsul, todos los soldados romanos o aliados latinos que habían caído prisioneros en diversas circunstancias. Luego se extendió un rumor que decía que el cónsul tenía intención de llevar a su ejército hacia la Turdetania; incluso, en las lejanas montañas, se dijo -falsamente- que ya había partido. Sobre estos rumores sin fundamente se sublevaron siete castillos de los bergistanos. El cónsul acudió allí con su ejército y los redujo a sumisión sin lucha digna de mención. Después que hubo regresado a Tarragona, y antes de haber hecho cualquier nuevo avance, aquellos mismos pueblos volvieron a rebelarse y nuevamente los sometió, pero ya no los trató con tanta indulgencia. Los vendió a todos como esclavos para impedir cualquier nueva alteración de la paz.

[34.17] Mientras tanto, el pretor Publio Manlio entró en la Turdetania con el ejército en el que había relevado a su predecesor, Quinto Minucio, así como con las fuerzas que había mandado Apio Claudio Nerón en la Hispania Ulterior. Los turdetanos son considerados los menos aptos para la guerra de todos los hispanos; no obstante, confiados en su número, se aventuraron a oponerse a los ejércitos romanos. Una carga de caballería les puso inmediatamente en desorden; apenas hubo combate de infantería: las tropas, experimentadas y familiarizadas con las tácticas del enemigo, no dejaron dudas en cuanto al resultado del combate. Aún así, aquella batalla no puso fin a la guerra. Los túrdulos contrataron una fuerza de diez mil mercenarios celtíberos y se dispusieron a continuar las hostilidades con armas extranjeras. Mientras sucedía todo esto, el cónsul, gravemente perturbado por el levantamiento de los bergistanos y convencido de que otras tribus harían lo mismo si se les presentaba la ocasión, desarmó a toda la población hispana de este lado del Ebro. Esta medida suscitó tal sentimiento de amargura que muchos de ellos se quitaron la vida, pues aquel pueblo feroz no consideraba digna de ser vivida una vida sin sus armas. Cuando se informó de esto al cónsul, convocó a los senadores de todas las ciudades para que se reunieran con él. *No es más en nuestro interés que en el vuestro* -les dijo- *el que os debáis abstener de más hostilidades; hasta el presente, vuestras guerras han implicado siempre más sufrimiento para los hispanos que fatigas y problemas para los romanos. Sólo conozco una forma en que esto se pueda evitar, y es poner fuera de vuestro alcance el iniciar hostilidades. Deseo alcanzar este resultado con la menor dureza posible. Ayudadme en este asunto con vuestro consejo, yo adoptaré con gusto lo que vosotros me sugiráis.* Como permanecieran en silencio, les dijo que les daría un par de días para que deliberaran. Convocados a una segunda reunión, y como siguieran en silencio, derribó en un solo día las murallas de todas sus ciudades, avanzó contra aquellas que aún eran refractarias y recibió la rendición de todos los pueblos de los territorios donde llegaba. La única excepción fue Segestica, ciudad rica e importante que tomó mediante manteletes y parapetos.

[34.18] Someter al enemigo fue para él una tarea más difícil de lo que había resultado para los generales que habían llegado a Hispania por vez primera. Los hispanos se les acercaron porque estaban hartos de la dominación cartaginesa; pero Catón, por así decir, tuvo que reducirlos a la

esclavitud una vez que habían asentado y gozado de la libertad. Encontró todo conmocionado: algunas tribus se habían levantado en armas, otras tenían sitiadas sus ciudades para obligarles a rebelarse, y de no haber sido por su oportuno auxilio su capacidad de resistencia se habría agotado. Pero el cónsul era un hombre con tal carácter y fortaleza de espíritu que enfrentaba y ejecutaba por igual todas las cosas, grandes o pequeñas, dándoles solución; no se limitaba a pensar y ordenar lo que correspondía a cada caso, sino que se encargaba personalmente de su ejecución. No imponía disciplina más severa sobre nadie en el ejército que sobre sí mismo; en su frugalidad, incesante vigilancia y fatigas rivalizaba con el último de sus soldados. Los únicos privilegios de que gozaba en su ejército eran el rango y la autoridad.

[34.19] Los turdetanos, como ya he dicho, estaban empleando mercenarios celtíberos, y esto añadía dificultades a la campaña del pretor contra ellos. Le escribió a Catón pidiendo ayuda y el cónsul marchó allí con sus legiones, encontrándose al llegar con que los celtíberos y los turdetanos ocupaban campamentos separados. Se iniciaron de inmediato choques con las patrullas avanzadas turdetanas, saliendo siempre victoriosos los romanos, incluso en los combates iniciados imprudentemente. Los celtíberos fueron tratados de manera diferente; el cónsul ordenó a los tribunos militares que fueran donde ellos estaban y les dieran a elegir tres opciones: pasarse a los romanos y doblar la paga que iban a recibir de los turdetanos; marcharse a sus casas bajo garantías públicas de que no sufrirían represalias por haberse unido a sus enemigos o, si se decidían en cualquier caso por la guerra, fijar momento y lugar donde se pudiera decidir la cuestión por las armas. Los celtíberos pidieron un día para discutir el asunto. Se celebró un consejo pero, debido a la presencia de los turdetanos y a la confusión y desorden que prevalecían, no se pudo llegar a ninguna decisión. No estando definida la cuestión de si había guerra o paz, los romanos obtenían suministros de los campos y pueblos fortificados del enemigo como en tiempo de paz, entrando a menudo hasta diez de ellos cada vez en sus fortificaciones, como si existiera una tregua tácita en la que hacer intercambios mutuos. Como el cónsul no lograba traer al enemigo al combate, envió algunas cohortes armadas a la ligera en una expedición de saqueo contra una parte del país que aún estaba indemne. A continuación, se dirigió a Segestia con el fin de atacarla, pues se enteró de que toda la impedimenta y pertenencias personales de los celtíberos habían quedado allí. Sin embargo, nada pudo hacer para moverlos y regresó con siete cohortes al Ebro después de pagar los sueldos de sus propios hombres así como los del ejército del pretor. El resto de su ejército se quedó en el campamento del pretor.

[34,20] Pequeñas como eran las fuerzas que tenía con él, el cónsul capturó varias ciudades y se pasaron a su lado los sedetanos, los ausetanos y los suesetanos. Los iacetanos, una tribu remota de los bosques, permanecieron en armas, en parte por su amor natural por la lucha y en parte por el temor a las represalias de las tribus amigas a Roma, entre las cuales habían hecho incursiones de saqueo mientras el cónsul estaba ocupado en la guerra contra los turdetanos. Por este motivo, el cónsul llevó consigo para atacar su ciudad fortificada no solo a sus cohortes romanas, sino también a la juventud de los aliados, que tenían sus propias cuentas que saldar con ellos. Su ciudad era considerablemente más larga que ancha. El cónsul detuvo a sus hombres a unos cuatrocientos pasos de la plaza. Dejando algunas cohortes escogidas de guardia, con órdenes estrictas de no moverse del lugar hasta que regresara con ellas, llevó al resto de sus fuerzas, dando un rodeo, al otro lado de la ciudad. Sus auxiliares eran en su mayoría jóvenes suesetanos y les ordenó avanzar hasta las murallas para el asalto. En cuanto los iacetanos reconocieron sus armas y estandartes, y recordaron cuán a menudo asolaron sus campos con impunidad y los derrotaron y dispersaron en batalla, se apresuraron a abrir sus puertas y precipitarse todos a una contra ellos. Los suesetanos casi no pudieron resistir su grito de guerra y mucho menos su carga. El cónsul esperaba esto y, al contemplar lo sucedido, galopó cerca de las murallas del enemigo, regresando con sus cohortes y dirigiéndolas a toda prisa contra aquella parte de la ciudad donde todo era silencio y soledad,

haciéndolas entrar, pues los defensores habían salido en persecución de los suesetanos. Todo el lugar pasó a sus manos antes de que regresaran los iacetanos. Al comprobar que no les quedaba nada, excepto las armas, se rindieron al poco tiempo.

[34.21] El cónsul victorioso condujo en seguida a su ejército contra Bergio, un lugar fortificado que servía principalmente como refugio a los malhechores que tenían la costumbre de efectuar incursiones contra los pacíficos territorios de la provincia. Un jefe de los bergistanos se pasó al cónsul, negando en su propio nombre y en el de sus conciudadanos toda complicidad con aquellos. Ni él ni los suyos habían podido participar más en los asuntos públicos, pues una vez dejaron entrar a los bandidos estos se habían hecho los amos de la plaza. El cónsul le ordenó volver a casa y dar alguna razón plausible para su ausencia. Luego, cuando los romanos estuvieran aproximándose a las murallas y los salteadores completamente ocupados en defenderlas, debía ocupar la ciudadela con los que estaban de su parte. Todo se hizo de aquella manera; los malhechores se vieron amenazados por un doble peligro: por una parte los romanos, que estaban escalando las murallas, y por la otra la toma de la ciudadela. Cuando el cónsul se hubo apoderado de la ciudad, dio órdenes para que se dejara libres a los que habían tomado la ciudadela, junto con todas sus familias, y que conservaran sus propiedades; los demás bergistanos fueron entregados al cuestor para que los vendiera como esclavos, ejecutándose sumariamente a los bandidos. Una vez pacificada la provincia, Catón impuso un impuesto bastante elevado sobre el hierro y la plata, de manera tan satisfactoria que producía una renta considerable, enriqueciendo cada día más la provincia. Por estas operaciones ejecutadas en Hispania, el Senado decretó tres días de acción de gracias.

[34,22] Durante este mismo verano, el otro cónsul, Lucio Valerio Flaco, libró con éxito una batalla en la Galia contra una fuerza de boyos, cerca de la selva Litana; se dice que murieron ocho mil galos; el resto, abandonando cualquier resistencia, se dispersó hacia sus hogares. Durante el resto del verano, el cónsul mantuvo a su ejército en el Po, en las proximidades de Plasencia y Cremona, reparando los estragos que había causado la guerra. Tal era el estado de cosas en Hispania e Italia. En Grecia, Tito Quincio había empleado su tiempo durante el invierno de tal manera que, excepto los etolios, que no recibieron tras la victoria la recompensa que esperaban y que eran incapaces de estar tranquilos durante mucho tiempo, toda Grecia permanecía feliz y disfrutando de las bendiciones de la paz y la libertad, admirándose de la moderación, equidad y mesura que exhibía el general romano en el momento de la victoria, no menores que el valor y capacidad demostradas durante la guerra.

Por entonces le llegó el decreto del Senado por el que se declaraba la guerra a Nabis, el lacedemonio. Después de leerlo convocó una reunión de delegados de cada ciudad aliada, que se celebraría en Corinto. A ella asistieron representantes de todos los lugares, incluso los etolios hicieron acto de presencia. El cónsul se dirigió a los reunidos en los siguientes términos: *La guerra contra Filipo fue dirigida por romanos y griegos con un objetivo y una acción comunes, aunque cada cual tenía sus propios motivos de queja. Él había roto las relaciones de amistad con Roma, primero al ayudar a sus enemigos, los cartagineses, y después al atacar a sus aliados en este país. Respecto a vosotros, su conducta fue tal que, aunque nos pudiéramos haber olvidado de nuestros propios agravios, los que os infligió a vosotros habrían sido justificación bastante para la guerra. Lo que decidamos hoy, sin embargo, os corresponde únicamente a vosotros. La cuestión que expongo ante vosotros es si deseáis que Argos, de la que como sabéis se ha apoderado Nabis, permanezca bajo su dominio, o si consideráis más apropiado que a una ciudad de tanta antigüedad y renombre, situada en el corazón de Grecia, se le devuelva la libertad y se le ponga en la misma situación que todas las demás ciudades del Peloponeso y de la Grecia continental. Este asunto, como veis, es uno que debéis decidir por vosotros mismos; en modo alguno corresponde a los romanos, salvo en la medida en que la servidumbre de una sola ciudad nos priva de que sea la*

absoluta y completa la gloria de haber liberado Grecia.

[34.23] Después del discurso el comandante romano, se pidió a los demás que expresaran sus opiniones. El delegado de Atenas comenzó expresando la más profunda gratitud por los servicios que los romanos habían prestado a Grecia. Señaló que habían prestado su ayuda contra Filipo en respuesta a los más acuciantes llamamientos, pero que su ofrecimiento de ayuda contra Nabis era completamente espontáneo; expresó su indignación ante las declaraciones efectuadas por algunos, que trataban de restar importancia a aquellos grandes servicios y de arrojar sombras sobre los futuros, cuando deberían, en su lugar, expresar su agradecimiento por los servicios del pasado. Evidentemente, esto era un toque contra los etolios, y Alejandro, su más importante ciudadano, respondió con un duro ataque contra los atenienses que, según dijo, habían sido en los viejos tiempos los principales campeones de la libertad y ahora traicionaban la causa común buscando la lisonja propia. Protestó a continuación contra los actos de los aqueos, combatiendo primero bajo el estandarte de Filipo y luego, cuando declinó su fortuna, renegando y conspirando para apoderarse de Argos tras haberlo hecho de Corinto. Los etolios, declaró, fueron los primeros en oponerse a Filipo y siempre habían sido aliados de Roma, aunque se quedaron sin Equino y Farsala pese a que su devolución, tras la derrota de Filipo, había sido acordada. Acusó a los romanos de hipocresía, porque después de su ostentosa y vacía proclamación de haber liberado Grecia, mantenían Calcis y Demetrias ocupadas por sus guarniciones, aunque cuando Filipo dudaba en retirar las suyas de aquellas ciudades siempre protestaban que mientras dominara Demetrias, Calcis y Corinto Grecia nunca podría ser libre. Y ahora ponían a Argos y a Nabis como excusa para mantener sus ejércitos en Grecia. Que se lleven sus ejércitos a Italia y los etolios garantizaremos que Nabis retire sus tropas de Argos, voluntariamente o bajo condiciones; de lo contrario lo obligarían por la fuerza a someterse a la voluntad de una Grecia unida.

[34,24] Esta arenga pretenciosa provocó de inmediato a Aristeno, el pretor de la liga aquea. *Rezo* -comenzó- *porque Júpiter Óptimo Máximo y la reina Juno, las deidades tutelares de Argos, jamás permitan que esa ciudad sea motivo de discordia entre el tirano de los lacedemonios y los ladrones de Etolia, o sufrirá más después de que vosotros la hayáis recobrado que cuando la capturó él. El mar que nos separa no nos defiende de estos piratas. ¿Cuál, entonces, será nuestro destino, Tito Quincio, si se hacen con una fortaleza en el corazón del Peloponeso? Nada hay en ellos de griego más que el idioma; nada más hay en ellos de humanos sino la forma y apariencia de hombres; sus costumbres y ritos son más espantosos que los de cualquier otro bárbaro, aún más, incluso, que los de las bestias salvajes. Por lo tanto, romanos, os rogamos que rescatéis Argos de Nabis y resolváis los asuntos de Grecia en tal manera que puedas dejar este territorio pacífico y asegurado incluso contra los ladrones etolios.* Se levantó un clamor general contra los etolios y el comandante romano declaró que él habría respondido a sus acusaciones de no haber contemplado cómo los delegados estaban tan indignados contra ellos que precisaban más ser calmados que aumentar su excitación. Así, contento con la opinión que tenían de los romanos y de los etolios, expondría la pregunta: *¿Qué decidís sobre la guerra contra Nabis, si no devuelve Argos a los aqueos?* Hubo una decisión unánime en favor de la guerra, y él los instó a que cada ciudad enviara fuerzas auxiliares en proporción a sus fuerzas. También envió un emisario a los etolios, no tanto porque esperase que cumplieran con sus demandas sino para que revelasen su estado de ánimo, y en esto tuvo éxito.

[34.25] Los tribunos militares recibieron órdenes de traer el ejército desde Elacia. Por aquellos días llegaron embajadores de Antíoco para negociar una alianza; Quincio les dijo que no podía emitir ninguna opinión en ausencia de los diez comisionados; los embajadores tendrían que ir a Roma y exponer su petición al Senado. Una vez llegadas las tropas desde Elacia, se dirigió hacia Argos. Cerca Cleonas se encontró con el pretor Aristeno, que tenía consigo diez mil aqueos de

infantería y mil de caballería; unieron sus ejércitos y acamparon no muy lejos de allí, al día siguiente marcharon bajando hacia la llanura de Argos y escogieron un lugar para su campamento que distaba unas cuatro millas de la ciudad. El prefecto de la guarnición lacedemonia era Pitágoras, yerno del tirano a la vez que hermano de su mujer. Justo antes de la llegada de los romanos había reforzado considerablemente las defensas de las ciudadelas -Argos poseía dos- y otros puntos que parecían débiles o vulnerables. Mientras llevaba a cabo estos trabajos, sin embargo, no podía disimular el pánico que sentía ante la aparición de los romanos, y su temor al enemigo extranjero se agravó por culpa de una revuelta en el interior. Había un argivo, llamado Damocles, que era un joven de más valor que prudencia. Se juntó con otros, que le parecía probable que le apoyaran, y tras atarlos con un juramento deliberaron sobre la posibilidad de expulsar a la guarnición; en sus esfuerzos por fortalecer la conspiración, se comportó de forma imprudente al probar la sinceridad de aquellos a quienes se dirigía. Mientras estaba hablando con sus seguidores, se presentó uno de los ayudantes del prefecto, que lo convocaba a su presencia. Viendo que sus planes habían sido traicionados, hizo un llamamiento a sus compañeros de conspiración, allí presentes, para que tomasen las armas con él en vez de ser torturados hasta la muerte. A continuación, marchó hacia el foro con unos cuantos seguidores, pidiendo a todos los que sintieran en peligro la seguridad de la patria que lo siguieran como campeón de su libertad. No pudo inducir absolutamente a nadie, pues no veían posibilidad alguna de éxito en aquel momento ni tenían esperanzas de recibir suficiente ayuda. Mientras gritaba de esta manera a los presentes, fue rodeado por los lacedemonios y muerto junto con sus partidarios. Otros fueron detenidos después, a muchos de ellos se les condenó a muerte y algunos fueron encarcelados. A la noche siguiente, varios pudieron huir con los romanos tras descender con cuerdas por las murallas.

[34,26] Estos hombres aseguraron a Quincio que si el ejército romano hubiera estado ante las puertas el movimiento habría tenido éxito; si él acercaba más su campamento a la ciudad, los argivos se rebelarían. Envió algunas tropas ligeras, de caballería e infantería, y los lacedemonios salieron a su encuentro. Se encontraron cerca de Cilarabi, una palestra a no más de trescientos pasos de la ciudad, y los lacedemonios fueron rechazados tras sus murallas sin muchos problemas. Después, el general romano fijó su campamento en el lugar donde se había librado el combate y permaneció allí un día, vigilando por si se iniciaba cualquier nuevo movimiento. Cuando vio que los ciudadanos estaban paralizados por el miedo, convocó un consejo de guerra para examinar la cuestión del ataque sobre Argos. Todos los jefes griegos, con la excepción de Aristeno, estaban de acuerdo en que como Argos era la única causa de la guerra, debía ser también su punto de partida. Esto iba mucho más lejos de lo que Quincio deseaba y, cuando Aristeno habló oponiéndose al sentir general del consejo, le escuchó con signos inequívocos de aprobación. Cerró el debate señalando que la guerra se había iniciado en nombre de los argivos y contra el tirano, y que no podía imaginar nada menos coherente que dar de lado al enemigo real para atacar Argos. Por lo que a él se refería, dirigiría todos sus esfuerzos contra el centro y cabeza de la guerra: Lacedemonia y su tirano.

Una vez se levantó el consejo, envió algunas cohortes de tropas ligeras, de infantería y caballería, para recoger trigo. Segaron y trasladaron todo el que ya estaba maduro; el que aún estaba verde fue pisoteado y destrozado para impedir que lo usara el enemigo. Inició después su marcha y, tras cruzar el monte Partenio y dejar Tegea a su derecha, acampó al tercer día en Carias, esperando allí a los contingentes aliados antes de adentrarse en territorio enemigo; llegaron mil quinientos macedonios enviados por Filipo y cuatrocientos jinetes de Tesalia. Tenía ahora fuerzas adecuadas, pero aún le detenía la espera por el grano exigido a las ciudades de los alrededores. También se estaba concentrando una gran fuerza naval; Lucio Quincio había llegado desde Leucas con cuarenta buques; tenía dieciocho naves con cubierta de Rodas; el rey Eumenes navegaba entra las islas Cícladas con diez naves con cubierta, treinta lembos y otras naves de menor porte. Incluso se le unieron en el campamento romano gran número de exiliados de Lacedemonia, expulsados por la violencia y el desprecio por la ley de los tiranos, con la esperanza de recobrar su patria. El número

de personas expulsadas por los diferentes tiranos de Lacedemonia, a lo largo de diversas generaciones, era muy considerable. El hombre más notable entre los exiliados era Agesípolis, heredero por derecho de familia del trono de Lacedemonia. Había sido expulsado cuando era solo un niño por Licurgo, que se convirtió en tirano después de la muerte de Cleómenes, el primero de los tiranos lacedemonios.

[34.27] A pesar de que Nabis se enfrentaba a una guerra tan grave, tanto por tierra como por mar, y de que una comparación justa de sus propias fuerzas con las del enemigo lo dejó casi sin esperanzas de éxito, no abandonó la lucha. Llamó de Creta a mil jóvenes escogidos, además de los mil que ya tenía; tenía en armas a diez mil de sus propios súbditos, incluyendo las guarniciones de los distritos rurales, y fortificó además la ciudad de Esparta con empalizada y foso. Para evitar cualquier perturbación interna, mantenía en jaque a los ciudadanos mediante el temor a implacables castigos, ya que no podía esperar que desearan la seguridad y éxito de su tirano. Sospechaba de algunos ciudadanos y, tras marchar con todas sus fuerzas hasta un espacio nivelado que llamaban Dromo, reunió a los lacedemonios frente a él, desarmados, y ordenó que fueran rodeados por su guardia personal. A continuación, explicó brevemente por qué se le debía excusar por sentir tan graves temores y tomar precauciones tan estrictas en un momento tan crítico, señalando que era en su propio interés el que se impidiera, en el presente estado de cosas, que personas bajo sospecha pudieran causar daños en lugar de ser castigados una vez hechos. Así pues, mantendría bajo custodia a determinadas personas hasta que hubiera pasado la tormenta que los amenazaba. Si estaba lo bastante prevenido contra una traición interna tendría aún menos motivos para temer a un enemigo extranjero; una vez rechazado este enemigo, los pondría en libertad. Pronunció después los nombres de unos ochenta jóvenes principales, haciéndolos encarcelar según respondían por su nombre. Todos ellos fueron ejecutados a la noche siguiente. Algunos ilotas -es esta una población rural que desde los primeros tiempos eran campesinos- fueron acusados de tratar de desertar; después de ser azotados de aldea en aldea, fueron todos ejecutados. El terror así provocado reprimió tan absolutamente a la población que se dio fin a cualquier intento de sublevación. Nabis mantuvo sus tropas dentro de sus líneas, ya que no se sentía a la altura de el enemigo en campo abierto y temía salir de la ciudad con los ánimos tan indecisos y en suspenso.

[34,28] Una vez completados todos sus preparativos, Quincio levantó su campamento y al segundo día llegó a Selasia, en el río Enunte, el lugar donde se dice que Antígono, el rey de Macedonia, combatió con Cleómenes, el tirano de los lacedemonios. Al enterarse de que el descenso hacia el valle transcurría por un camino difícil y angosto, envió a un grupo de avanzada para que abrieran un camino dando un corto rodeo por las montes; y así, por una ruta más ancha y despejada, llegó al Eurotas, que fluye casi bajo las mismas murallas de Esparta. Mientras los romanos estaban mensurando el asentamiento del campamento y Quincio había cabalgado por delante con algunos soldados de infantería y caballería, fueron atacados por tropas auxiliares del tirano, que provocaron el pánico. No esperaban nada de este estilo, pues no se habían encontrado oposición alguna en su marcha; el territorio por el que pasaron parecía que estuviese pacificado. Durante algún tiempo hubo una considerable confusión, con la caballería pidiendo la ayuda de la infantería y la infantería la de la caballería, sin que nadie confiara en sí mismo. Finalmente, se dejaron ver los estandartes de las legiones y entraron en combate las cohortes de vanguardia; entonces, aquellos que un momento antes habían sembrado el pánico fueron obligados a retroceder desconcertados a la ciudad. Los romanos se pararon justo fuera del alcance de los proyectiles lanzados desde las murallas, permaneciendo formados en orden de combate durante un tiempo; como no salió enemigo alguno, regresaron al campamento. Al día siguiente, Quincio llevó a lo largo del río, más allá de la ciudad, hasta los pies del Monte Menelao. Las cohortes legionarias marcharon al frente, con la infantería ligera y la caballería cerrando la columna. Nabis mantenía a sus mercenarios, su única esperanza, agrupados bajo sus estandartes detrás de las murallas de la ciudad,

dispuestos para atacar la retaguardia romana.

En cuanto hubo pasado el final de la columna, salieron tumultuosamente por diversos puntos, igual que el día anterior. Apio estaba al mando de la retaguardia y había advertido a sus hombres sobre lo que podían esperar. Rápidamente se dio la vuelta y, formando en línea a toda la columna, presentó un frente inquebrantable el enemigo. Así, ambos ejércitos se enfrentaron el uno al otro en formación de combate y, durante algún tiempo, se libró una batalla campal. Finalmente, los hombres de Nabis empezaron a flaquear y terminaron dándose a la fuga. La derrota no habría sido tan completa de no haber estado los aqueos, que les perseguían, familiarizados con el país. Les infligieron grandes pérdidas y quitaron las armas a la mayoría de los fugitivos dispersos. Quincio fijó su campamento cerca de Amiclas. Esta ciudad se encontraba en una zona poblada y fértil, cuyos pueblos y tierras devastó en su totalidad. Ninguno de los enemigos, sin embargo, se aventuraba fuera de sus puertas, y movió su campamento a orillas del Eurotas, llevando desde allí la devastación a todo el valle que se extiende desde el pie del Taigeto hasta el mar.

[34,29] Lucio Quincio, en el ínterin, se dedicó a asegurar las ciudades de la costa, en unos casos mediante rendición voluntaria y en otros por amenazas o por la fuerza. Enterado de que en Gitión almacenaban los lacedemonios gran cantidad de pertrechos navales y de que el campamento romano no estaba lejos del mar, Lucio decidió atacar el lugar con todas sus fuerzas. En aquellos días era una ciudad poderosa, con una población mixta de ciudadanos y extranjeros y completamente equipada de toda clase de material bélico. Lucio estaba preparándose para su nada fácil tarea cuando, muy oportunamente para él, aparecieron en escena Eumenes y la flota rodia. El inmenso número de gentes de mar, extraídas de las tres flotas, construyeron en pocos días cuanto se precisaba para el ataque sobre la ciudad, que estaba fortificada tanto en dirección a tierra como hacia su parte marítima. Se habían acercado las tortugas y se estaba minando la muralla; en otras partes se la golpeaba con arietes. Los repetidos golpes habían derruido una torre, cayendo también la muralla adyacente. Para distraer al enemigo de la brecha así producida, los romanos lanzaron un asalto desde el puerto, donde el terreno era más llano, tratando al mismo tiempo de abrirse paso sobre las ruinas de la muralla. Casi habían logrado penetrar por este punto, cuando el asalto se detuvo de repente ante la perspectiva de que la ciudad se rindiera; esta esperanza, sin embargo, pronto desapareció. Dos hombres, Dexagóridas y Gorgopas, compartían entre ambos el mando de la ciudad. Dexagóridas había mandando decir al general romano que estaba dispuesto a rendir la ciudad. Una vez acordado el momento y la forma de proceder, Gorgopas lo ejecutó por traidor y aquel, solo al mando, ofreció una resistencia más tenaz. El asalto se habría vuelto mucho más difícil de no haber aparecido Tito Quincio con una fuerza de cuatro mil soldados escogidos. Cuando se dejó ver, con su ejército formado en la cima de una colina no lejos de la ciudad, y con Lucio apretando el asalto al otro lado con sus obras de asedio, tanto por tierra como por mar, Gorgopas se descorazonó y se vio obligado a tomar la misma media que en el caso de su colega había castigado con la muerte. Una vez acordada la retirada de los soldados que habían formado su guarnición, entregó la ciudad a Quincio. Antes de la rendición de Gitión, Pitágoras, que había quedado al mando de Argos, transfirió la custodia de la ciudad a Timócrates de Pelene y se reunió con Nabis, en Esparta, llevando mil soldados mercenarios y dos mil argivos.

[34,30] Nabis se alarmó ante la aparición de la flota romana y la pérdida de las ciudades de la costa, pero mientras Gitión fue mantenida por sus hombres aceptó la situación, aunque no tenía muchas esperanzas de éxito. Sin embargo, cuando se enteró de que también esta había pasado a manos de los romanos, se dio cuenta de la inutilidad de su posición, con el enemigo rodeando todas sus fronteras y el mar completamente cerrado para él. Vio que debía ceder ante las circunstancias y, en consecuencia, envió un mensajero al campamento romano para saber si le permitiría enviarles embajadores. Se concedió su petición y mandó a Pitágoras ante el general con el único propósito de solicitar que el tirano se pudiera reunir con él. Se convocó el consejo de guerra y todos fueron de la

unánime opinión de que se debía conceder la reunión, fijándose el momento y el lugar. Ambos jefes llegaron a cierto terreno elevado, a medio camino de sus campamentos, y acompañados por pequeñas escoltas. Una vez aquí, las escoltas se quedaron bien a la vista de ambas fuerzas y Nabis se adelantó con algunos de sus guardaespaldas, mientras que Quincio avanzó a su encuentro acompañado por su hermano, por el rey Eumenes, por el rodio Sosilao, por Aristeno, el pretor de los aqueos, y por unos pocos tribunos militares.

[34,31] Se dejó al tirano que eligiera si hablaría en primer lugar o no, empezando la discusión con el siguiente discurso: *Si por mí mismo, Tito Quincio y todos vosotros, aquí presentes, hubiera podido descubrir el motivo por el que me habéis declarado y hecho la guerra, habría esperado en silencio el desenlace de mi destino. Pero tal y como están ahora las cosas, no me puedo controlar lo bastante como para abstenerme de preguntaros, antes de perecer, por qué voy a morir. ¡Y por Hércules!, si fueseis como se afirma que son los cartagineses, gente para la que la observación de los tratados no es algo sagrado en absoluto, no me sorprendería que tampoco en mi caso os preocupaseis mucho del modo en que me tratáis. Pero, cuando os miro, veo que sois romanos, para quienes los tratados son las más solemnes de todas las obligaciones religiosas, y la fidelidad a sus aliados la más sagrada de las obligaciones humanas. Cuando miro hacía a mí, espero ser aún el hombre que, como el resto de los lacedemonios, está obligado para con vosotros en virtud de un antiquísimo tratado de alianza, y que renovó en la reciente guerra contra Filipo su vínculo personal de amistad. Pero, según decís, yo lo he destruido y violado al ocupar la ciudad de Argos. ¿Cómo me defenderé de esto? ¿Apelando a los hechos o a las circunstancias? En cuanto a los hechos, tengo una doble defensa; pues fueron los propios ciudadanos quienes invocaron mi ayuda y pusieron la plaza en mis manos; no la ocupé por la fuerza, la acepté cuando estaban en el poder los partidarios de Filipo y aún no era vuestro aliado. Las circunstancias del momento también me excusan, pues la alianza entre nosotros se estableció cuando yo ya poseía Argos, y lo estipulado no era que yo tendría que retirar mi guarnición de Argos, sino que yo debería proporcionaros ayuda durante la guerra. En este asunto de Argos yo, ciertamente, tengo el mejor de los argumentos, pues la razón está de mi parte tanto por la justicia de la propia acción -pues tomé una ciudad que no os pertenecía a vosotros, sino al enemigo, y no por la fuerza, sino por voluntad de sus habitantes- como por la fuerza de vuestra propia aceptación, pues bajo los términos del tratado me dejasteis Argos.*

Se alegan en mi contra, sin embargo, el título de tirano y ciertos actos: como llamar a los esclavos a la libertad y asentar en los campos a los plebeyos pobres. En cuanto al título, puedo contestar que cualquiera que sea este, es el mismo que tenía cuando acordé la alianza contigo, Tito Quincio. Entonces, recuerdo, me llamaste rey; veo que ahora me llamas tirano. Ahora bien, si hubiera cambiado el título que justifica mi dominio, sería yo quien tendría que defender mi incoherencia; como habéis sido vosotros, vosotros debéis justificar la vuestra. En cuanto al aumento de la población civil mediante la liberación de los esclavos y a la división de la tierra entre los pobres y necesitados, puedo también defenderme de esta acusación aduciendo el momento en que lo hice. Independientemente de lo que valgan estas disposiciones, las tomé cuando acordasteis la alianza conmigo y aceptasteis mi ayuda en la guerra contra Filipo. Pero aun suponiendo que las hubiera tomado hoy, no os pregunto ¿en qué os perjudicaba o perturbaba nuestra amistad?, me contento con afirmar que actué de acuerdo con nuestras leyes y con las costumbres de nuestros antepasados. No midáis lo que se hace en Lacedemonia a través de vuestras propias instituciones. No hay necesidad de comparar casos particulares. Vosotros escogéis vuestra caballería, igual que vuestra infantería, de acuerdo con su renta; queréis que pocos destaquen por sus riquezas y que la masa de la población esté sometida a ellos. Nuestro legislador no quiso que el gobierno estuviera en manos de unos pocos, como los que vosotros denomináis Senado, ni se permitió a ningún orden que tuviera preponderancia en el Estado; creía que la igualdad de rango y fortuna era necesaria para que pudiera existir un gran número de hombres

que empuñasen las armas por su patria. He hablado con mayor detenimiento, lo confieso, de lo que es habitual entre mis compatriotas. Podría haber dicho, muy brevemente: Nada he hecho, desde que me alié con vosotros, de lo que os hayáis de arrepentir.

[34.32] A esto, el comandante romano respondió: *No es contigo con quien hemos establecido amistad y alianza, sino con Pélope, el justo y legítimo rey de los lacedemonios. Su derecho a la corona ha sido usurpado por los tiranos que los gobernaron mientras estábamos ocupados con la Guerra Púnica, primero, y después con las guerras en las Galias y en otros lugares, igual que lo has hecho tú durante esta guerra contra Macedonia. ¿Qué mayor contradicción pudiera existir, sino que quienes hicieron la guerra contra Filipo para liberar Grecia se unan a un tirano que, además, ha sido el más opresivo y cruel de todos para con sus súbditos? Así pues, incluso si no te hubieras apoderado de Argos a traición ni la conservases ahora mediante prácticas deshonestas, todavía nos correspondería a nosotros, como liberadores del resto de Grecia, el restaurar a Lacedemonia su antigua y libre constitución, así como todas aquellas leyes de las que hace poco has hablado, como poniéndote al mismo nivel que Licurgo. ¿Íbamos a preocuparnos de hacer que tus guarniciones se retirasen de Jaso y de Bargilias, y dejar al mismo tiempo bajo tu control Argos y Lacedemonia, dos de las más famosas ciudades y en otro tiempo luces de Grecia, postradas bajo tus pies, y que así su servidumbre mancille nuestro título como libertadores de Grecia? Dices que las simpatías de los argivos estaban con Filipo. Pues bien, te liberamos de cualquier obligación de indignarte con ellos en nuestro nombre. Tenemos pruebas suficientes de que la responsabilidad de todo ello recae sobre dos, a lo más tres, personas, y no sobre el conjunto de la población; del mismo modo, ¡por Hércules!, que cuando se te invitó a ti y a tus hombres a entrar en la ciudadela no fue en modo alguno un acto de su gobierno. Sabemos que los tesalios, los focenses y los locrios fueron unánimes en su apoyo a Filipo, y sin embargo les hemos dado libertad en común con el resto de Grecia; ¿qué crees entonces que haremos en el caso de los argivos, que son inocentes de cualquier complicidad oficial con él?*

Has dicho que se han empleado para acusarte la emancipación de los esclavos y la asignación de tierras a los necesitados, y ciertamente son graves acusaciones, pero ¿qué son en comparación con los crímenes cometidos por ti y tus partidarios día tras día? Deja que se celebre una asamblea en la que los hombres sean libres de abrir sus corazones, en Argos y en Lacedemón, si quieres escuchar una verdadera descripción de tu desenfrenada tiranía. Por no hablar ya de asuntos pasados, ¿qué hay de la matanza que ese yerno tuyo, Pitágoras, perpetró en Argos, casi ante mi vista? ¿Y qué hay de los asesinatos que tú mismo cometiste cuando yo estaba ya próximo a tus fronteras? Vamos, que se presenten atados los que fueron arrestados por orden tuya en la Asamblea, después de prometer ante todos tus conciudadanos presentes que se les mantendría bajo custodia. Que sus apenadas familias sepan que aquellos por quienes guardan luto están aún vivos. Pero aún dices: "Aunque estas cosas sean así, ¿qué tienen que ver con vosotros, romanos?" ¿Así vas a hablar a los libertadores de Grecia? ¿A los que para efectuar esa liberación han cruzado el mar y conducido la guerra por mar y tierra? "En todo caso, -decís- no os he ofendido directamente ni violado vuestra amistad y alianza". ¿Cuántos ejemplos queréis que ponga de que lo hiciste? No pondré muchos, sino que los resumiré brevemente. ¿Qué actos constituyen una violación de la amistad? Estos dos, sobre todo: tratar a mis aliados como enemigos y hacer causa común con estos. Tú has hecho ambas cosas. Aunque eras nuestro aliado, te apoderaste por la fuerza de una ciudad que era nuestra aliada, Mesene, que habíamos admitido en nuestra amistad y disfrutaba, precisamente, de los mismos privilegios que los lacedemonios. Y aún más, no solo pactaste una alianza con Filipo, nuestro enemigo, sino que, si así place a los dioses, emparentaste efectivamente con él a través de Filocles, su prefecto. En abierta hostilidad hacia nosotros, infestaste el mar alrededor del Maleo con barcos piratas y capturaste y ejecutaste a casi más ciudadanos romanos que Filipo, de manera que nuestros mercantes, que suministraban a nuestros ejércitos, encontraban el cabotaje de las costas macedonias casi más seguro que el doblar el cabo de Malea. En adelante,

deja ya, por favor, de hablar de tu fiel observancia de los tratados; deja de hablar como un compatriota y habla como tirano y enemigo.

[34,33] Siguió Aristeno, quien aconsejó y hasta imploró a Nabis para que mirase por él mismo y su fortuna, mientras tuviera la oportunidad. Se refirió por su nombre a varias personas que después de gobernar como tiranos en las ciudades circundantes habían sido depuestos al restaurarse la libertad, habiendo pasado una vejez segura y hasta honorable entre sus conciudadanos. No se discutió ya más, ante la proximidad de la noche. Al día siguiente, Nabis dijo que evacuaría Argos y retiraría su guarnición cuando los romanos quisieran, y que también entregaría a los prisioneros y desertores. De hacerse más exigencias, pidió que las pusieran por escrito, para que pudiera deliberar con sus amigos sobre ellas. Se le dio tiempo para que pudiera consultar, y Quincio, por su parte, convocó también a un consejo a las ciudades amigas. La mayoría estuvo a favor de continuar la guerra y deshacerse del tirano, pues estaban seguras de que la libertad de Grecia no estaría a salvo de otra manera. Dijeron que habría sido mejor no iniciar una guerra contra él a abandonarla tras haberla comenzado, pues Nabis estaría en una posición mucho más fuerte si podía llegar a suponer que su usurpación era sancionada por Roma, y su ejemplo incitaría a muchos, en otras ciudades, para conspirar contra las libertades de sus conciudadanos.

El propio general se inclinaba más por la paz. Veía claramente que si el enemigo era empujado tras sus murallas, no quedaba más opción que un asedio, y uno bastante largo, pues no sería Gitión a la que tendría que atacar -y esta ciudad, no obstante, se había rendido, no había sido tomada por asalto-, sino Lacedemón, una ciudad excepcionalmente fuerte en hombres y armas. Su única esperanza había sido, según dijo al Consejo, que ante la aproximación de su ejército se diera un estallido revolucionario, pero aunque los ciudadanos vieron los estandartes aproximándose a las puertas, nadie se movió. Pasó a informarles de que Vilio había regresado de su misión ante Antíoco y que había señalado que ya no podían confiar en mantener la paz con él, pues había desembarcado en Europa con una fuerza mucho mayor, tanto por tierra como por mar, de la que trajo en la ocasión anterior. Si él, Quincio, empleaba su ejército en el asedio de Lacedemón, ¿qué otras tropas, preguntó, habría disponibles para la guerra contra monarca tan fuerte y poderoso? Esto fue lo que dijo en público; su motivo secreto era el temor de que cuando los nuevos cónsules sortearan para sus provincias, Grecia correspondiera a uno de ellos y la guerra que él había iniciado tan victoriosamente pudiera ser llevada a un triunfante final por su sucesor.

[34,34] Como sus argumentos no hicieron mella en los aliados, intentó otro camino y, coincidiendo aparentemente con su punto de vista, los atrajo hacia el suyo. *Pues bien* -continuó-, *emprenderemos el asedio de Lacedemón en buena hora, si tal es vuestra determinación. Pero no cerréis, sin embargo, vuestros ojos al hecho de que el asedio de una ciudad es un asunto lento y, a menudo, agota a los asediadores antes que a los asediados; debéis ahora enfrentar la certeza de que pasaréis el invierno alrededor de las murallas de Lacedemón. Si estos trabajos solo implicaran fatigas y peligros, os animaría a disponeros de cuerpo y mente para sostenerlos. Sin embargo, será preciso también un enorme desembolso, pues serán precisas obras de asedio, las máquinas y artillería para el sitio de una ciudad tan grande; vosotros y nosotros necesitaremos, así mismo, hacer acopio de suministros para el invierno. Por lo tanto, para evitar que pronto os encontréis en dificultades y abandonéis, para vuestra vergüenza, una tarea después de comprometeros con ella, soy de la opinión de que deberíais escribir a vuestras respectivas ciudades para averiguar lo que realmente piensan y de cuántos recursos disponen. De tropas auxiliares tengo más que suficientes; pero cuanto mayor sea nuestro número, mayores serán nuestras necesidades. El territorio enemigo no contiene nada ahora, excepto el suelo desnudo. El invierno, ya próximo por lo demás, dificultará el transporte de suministros a larga distancia.* Este discurso hizo que enseguida cada cual se ocupara de los problemas que tenían sus propias ciudades; la indolencia, los celos, la malicia con que quienes se quedaban en casa hablaban de los que estaban en operaciones, la libertad sin

restricciones que dificultaba una acción unitaria, el bajo nivel de sus tesorerías y la mezquindad que mostraban los particulares a la hora de contribuir a los gastos públicos. Así, rápidamente cambiaron de opinión y dejaron en manos del comandante en jefe el decidir lo que le pareciese mejor en interés de Roma y de sus aliados.

[34.35] Tras consultar con sus lugartenientes y con los tribunos militares, Quincio puso por escrito las condiciones en que debía hacerse la paz con el tirano, que sería las siguientes: Habría una tregua de seis meses entre Nabis y sus enemigos -los romanos, el rey Eumenes y los rodios-. Tito Quincio y Nabis enviarían cada uno embajadores a Roma para asegurarse de que el Senado ratificaba la paz con su autoridad. El armisticio empezaría a partir del día en que se entregase a Nabis el documento conteniendo las condiciones de paz y, en un plazo de diez días desde esa fecha, debería retirar sus guarniciones de Argos y las demás ciudades en territorio argivo, entregándose las plazas, evacuadas y libres, a los romanos. Ningún esclavo se retiraría de aquellos lugares, tanto si habían pertenecido al rey, a las autoridades o a ciudadanos privados; si anteriormente se hubieran sacado algunos mediante algún fraude, oficial o particular, serían debidamente devueltos a sus propietarios. Nabis devolvería los buques capturados a las ciudades costeras y él mismo no poseería más naves que dos lembos de no más de dieciséis remeros cada uno. Devolvería todos los prisioneros y desertores de las ciudades aliadas de Roma, así como todas las propiedades de los mesenios que se pudieran reunir y fuesen identificadas por sus propietarios. Además, debía permitir que se unieran a los refugiados lacedemonios sus esposas e hijos, a condición de que ninguna mujer se viera obligada a reunirse con su marido contra su voluntad. A los mercenarios del tirano que hubieran vuelto a sus hogares, o que se hubieran pasado a los romanos, les serían devueltas sus propiedades. No poseería una sola ciudad en Creta; las que mantenía las entregaría a los romanos y no formaría alianzas ni haría la guerra contra ninguna ciudad cretense, ni con ningún otro. Todas las ciudades que debía entregar, y todas las que voluntariamente hubieran aceptado la soberanía de Roma, serían liberadas de la presencia de sus guarniciones; ni él ni sus súbditos podrían en modo alguno interferir con ellas. No construiría ninguna ciudad amurallada o castillo, ni en su propio territorio ni en ninguna otra parte. Como garantía del apropiado cumplimiento de estas condiciones, debía entregar cinco rehenes elegidos por el general romano -siendo uno su propio hijo-, debiendo pagar en el acto una indemnización de cien talentos de plata y cincuenta talentos anuales durante los próximos ocho años.

[34.36] Una vez trasladado el campamento romano más cerca de la ciudad, se pusieron por escrito estas condiciones y se enviaron a Lacedemón. El tirano, por supuesto, no estaba muy conforme con ninguna de ellas; aunque se sintió aliviado al ver que nada se decía sobre la repatriación de los refugiados, lo que más le molestaba era ser privado de sus naves y sus puertos de mar. El mar había sido una gran fuente de beneficios para él, pues había podido infestar toda la costa, hasta el Maleo, con sus barcos piratas; por otra parte, en la juventud de las ciudades marítimas tenía una reserva de hombres que constituían, con mucho, lo mejor de sus tropas. Había discutido las condiciones en secreto con sus amigos, pero todo el mundo hablaba abiertamente de ellas a consecuencia de lo poco de fiar que suelen resultar, en general, los cortesanos de los reyes a la hora de guardar secretos. Más que oponerse a todas ellas en general, cada cual lo hacía respecto a las que les afectaban directamente a ellos. Los que se había casado con las esposas de los exiliados políticos y los que se había hecho con alguna de sus propiedades estaban tan indignados como si perdieran algo que les pertenecía a ellos mismos y no de una devolución. Los esclavos que habían sido liberados por el tirano, no solo veían perderse su libertad, sino que les esperaba una esclavitud todavía peor si tenían que volver a poder de sus enfurecidos amos. Las tropas mercenarias estaban disgustadas por perder sus pagas al acordarse la paz, y no veían ninguna posibilidad de regresar a sus propias ciudades, que se oponían firmemente tanto a los servidores de los tiranos como a los tiranos mismos.

[34,37] Empezaron a reunirse y a discutir sobre sus agravios para, finalmente, precipitarse sobre las armas de repente. Viendo el tirano, por estos alborotos, que la población estaba lo bastante exasperada, convocó una asamblea. Expuso las exigencias del cónsul y añadió otras de su propia invención, aún más onerosas y humillantes; cada cláusula era recibida con gritos de protesta, unas veces por toda la asamblea y otras por un sector de la misma. Cuando terminó, preguntó al pueblo qué respuesta querían que diera o qué medidas debía tomar. El conjunto de casi todo con una sola voz le prohibió regresar cualquier respuesta e insistió en que la guerra debe continuar. Como suele pasar con la multitud, se animaban unos a otros y le decían que debía tener buen ánimo y esperanza, que la fortuna favorecía a los valientes. Alentado por estas voces, el tirano les dijo que Antíoco y los etolios les ayudarían, y que, entre tanto, tenían tropas suficientes para resistir un asedio. Nadie habló de paz y, no pudiendo permanecer inactivos más tiempo, corrieron a ocupar sus puestos, decididos a entrar en acción de inmediato. Las maniobras ofensivas de pequeños destacamentos de escaramuzadores y el lanzamiento de sus proyectiles, eliminaron de las mentes de los romanos cualquier duda sobre la necesidad de combatir. Durante cuatro días tuvieron lugar leves acciones sin ningún resultado decisivo, pero al quinto día los combates casi alcanzaron el nivel de una batalla campal y los lacedemonios fueron rechazados hasta su propia ciudad en tal estado de desmoralización que algunos soldados romanos, tajando a algunos en plena persecución, llegaron a entrar a la ciudad por brechas existentes en las murallas.

[34,38] Como el pánico así producido impidió cualquier ofensiva posterior del enemigo, Quincio consideró que ya no quedaba más opción que sitiar la plaza y, tras enviar mensajeros para traer toda la flota desde Gitión, cabalgó alrededor de la ciudad con sus tribunos militares para examinar su situación. Esparta había carecido anteriormente de murallas, pero en años recientes los distintos tiranos habían protegido las partes llanas y expuestas con una muralla; las posiciones altas y menos accesibles estaban defendidas por puestos militares permanentes en lugar de por fortificaciones. Un vez el cónsul practicó una inspección minuciosa de la plaza, se dio cuenta de que tendría que emplear todas sus fuerzas y atacar en círculo. Por consiguiente, rodeó completamente la ciudad con las fuerzas romanas y aliadas, a pie y montadas; de hecho, empleó todas sus fuerzas terrestres y navales, que ascendían a cincuenta mil hombres. Algunos llevaban escalas de asalto, otros fuego, otros los diversos elementos con los que atacar, además de atemorizar al enemigo. Se dieron órdenes para que todos lanzaran el grito de guerra al tiempo que se lanzaban al asalto, de modo que los lacedemonios, amenazados por todas partes, no pudieran saber dónde enfrentarse primero al ataque o dónde era más precisa la ayuda. Quincio dividió su ejército en tres grupos principales; el primero debía lanzar su asalto en las proximidades del Febeo, el segundo en dirección al Dictíneo y el tercero por el lugar llamado Heptagonia. Ninguno de estos puntos estaba protegido por murallas. Aunque la ciudad estaba rodeada y amenazada por todas partes, el tirano se mostró de lo más enérgico en su defensa; donde quiera que se alzaran gritos de repente o cuando llegaban los mensajeros jadeantes pidiendo ayuda, corría hacia el punto amenazado o mandaba a otros para ayudarles. Sin embargo, cuando la desmoralización y el pánico se extendieron por doquier, perdió completamente los nervios y ya no fue capaz de dar las órdenes oportunas o de escuchar los mensajes que llegaban; no es ya que no supiera qué hacer, es que se quedó casi en blanco.

[34,39] Mientras lucharon en lugares estrechas, los lacedemonios se mantuvieron firmes contra los romanos, combatiendo las tres divisiones en tres lugares distintos; sin embargo, según se intensificaba la lucha, esta se hacía más desigual. Los lacedemonios, en efecto, combatían mediante el lanzamiento de proyectiles, de los que se defendían fácilmente los romanos gracias a sus grandes escudos: algunos lanzamientos fallaban y otros llegaban con poca fuerza. Debido al limitado espacio y a la aglomeración, no les quedaba sitio para correr antes de lanzar sus proyectiles y darles

así más fuerza, y tampoco se podían afianzar sólidamente mientras trataban de arrojarlos. Ninguno de los dardos que lanzaba el enemigo penetró los cuerpos, y muy pocos los escudos, de los romanos. Algunas heridas fueron causadas por el enemigo que se encontraba en una posición más elevada que la suya, pero pronto su avance les expuso a un inesperado ataque desde las casas, siéndoles arrojados no solo dardos, sino también tejas. Ante esto, colocaron sus escudos sobre sus cabezas, tan próximos que al ponerse escudo con escudo no quedaba espacio por el que pudiera penetrar un solo proyectil, ni aunque lo lanzaran a corta distancia. Avanzaron manteniendo esta formación de tortuga.

Durante un corto espacio de tiempo, los romanos quedaron detenidos por la estrechez de las calles, ya que tanto ellos como sus enemigos se agolpaban juntos; pero cuando llegaron a una amplia avenida, hicieron retroceder a sus adversarios y pudieron avanzar, siendo imposible resistir la violencia de su carga. Una vez los lacedemonios se habían dado a la fuga, dirigiéndose hacia la parte alta de la ciudad, Nabis, aterrorizado como si se hubiera tomado realmente la ciudad, buscaba a su alrededor alguna vía de escape; Pitágoras, quien en los demás aspectos mostraba el ánimo y disposición de un general, fue el único hombre que salvó la ciudad de su captura. Dio órdenes de que se incendiaran los edificios más cercanos a las murallas, prendiéndoles fuego de inmediato; los ciudadanos, que en cualquier otra ocasión habrían ayudado naturalmente a su extinción, avivaban ahora el fuego. Los techos se derrumbaron sobre los romanos, golpeando sobre los soldados las tejas rotas y los pedazos de madera ardiendo; las llamas se extendieron por doquier y el humo provocó una alarma mayor aún que el peligro real. Los que aún estaban fuera de la ciudad, lanzando el asalto final, cayeron desde las murallas; los que ya estaban dentro, temiendo ser destrozados por la irrupción del fuego en su retaguardia, se retiraron; Quincio, viendo como se habían puesto las cosas, hizo tocar retirada. Hechos volver del asalto cuando la ciudad casi había sido capturada, regresaron al campamento.

[34.40] Quincio llegó a la conclusión de que ganarían más de jugando con el miedo del enemigo que mediante lo hasta entonces intentado, por lo que los mantuvo en un estado constante de alarma durante tres días consecutivos, intimidándolos unas veces con ataques y obras de asedio, y otras levantando barricadas en determinados puntos para cerrar las vías de escape por las que huir. Obligado finalmente por esta amenaza constante, el tirano envió a Pitágoras, una vez más, para negociar. Quincio, al principio, se negó a recibirlo y le ordenó abandonar el campamento, pero cuando adoptó un tono suplicante y cayó de rodillas, el cónsul le concedió una audiencia. Empezó por dejar todo absolutamente a criterio de los romanos, pero estas consideraciones vanas e inconsistentes no llevaron a ningún resultado. Finalmente se acordó una suspensión de hostilidades, bajo las condiciones que días antes les habían presentado por escrito, y se recibió el dinero y los rehenes. Mientras el tirano estaba oculto, llegaba a Argos mensaje tras mensaje anunciando la inminente captura de Lacedemón, animándose aún más los argivos debido a la partida de Pitágoras con la fuerza principal de su guarnición. Despreciando a los pocos que aún quedaban en la ciudadela, debido a su corto número, expulsaron la guarnición bajo la dirección de un hombre llamado Arquipo. A Timócrates de Pelene se le permitió salir con un salvoconducto, debido a la clemencia y la moderación que había mostrado como comandante. Quincio llegó a Argos, donde halló a todos muy felices, después de conceder la paz al tirano, despedir al rey Eumenes y a los rodios, y enviar a su hermano Lucio de vuelta con la flota.

[34,41] Los famosos Juegos Nemeos, la más popular de todas sus fiestas, habían sido suspendidos por los argivos debido a los sufrimientos de la guerra; sin embargo, al llegar el comandante romano con su ejército manifestaron su gran satisfacción fijando fecha para la celebración de los Juegos y ofreciendo al mismo general su presidencia. Había muchas circunstancias que contribuían a aumentar su alegría: la vuelta desde Lacedemón de sus conciudadanos, que últimamente se había llevado Pitágoras y, antes de él, Nabis; regresaron

también aquellos que habían logrado escapar tras el descubrimiento del complot por Pitágoras y el subsiguiente baño de sangre; una vez más, tras un largo intervalo, habían recobrado su libertad y veían con sus propios ojos a los romanos, autores de su recuperación y que precisamente por ellos habían librado la guerra contra el tirano. Por otra parte, el mismo día que empezaron los Juegos Nemeos, la voz del heraldo confirmó públicamente la libertad de los argivos. La satisfacción que sentían los aqueos por la vuelta de Argos a la liga aquea se vio considerablemente afectada por el hecho de que los lacedemonios quedaron bajo el dominio del tirano pegado a su costado. En cuanto a los etolios, seguían con sus críticas constantes en cada asamblea. Decían que la guerra no había terminado hasta que Filipo había evacuado todas las ciudades de Grecia; sin embargo, se dejaba Lacedemón al tirano y no a su rey legítimo, que estaba en el campamento romano, y sus más nobles ciudadanos debían vivir en el exilio; el pueblo romano se había convertido en cómplice de la tiranía de Nabis. Quincio condujo a sus fuerzas de vuelta a Elacia, que había sido su punto de partida para la guerra de Esparta. Algunos autores dicen que el tirano no hizo la guerra mediante salidas de la ciudad, sino que, después de fijar su campamento justo enfrente del de los romanos y esperar bastante tiempo, a la expectativa de la ayuda etolia, se vio finalmente obligado a presentar batalla debido a los ataques romanos contra sus forrajeadores. En dicha batalla, fue derrotado y perdió su campamento, viéndose así obligado a pedir la paz tras perder catorce mil hombres, entre muertos y heridos, y más de cuatro mil que fueron hechos prisioneros.

[34.42] La carta de Tito Quincio, informando de sus operaciones en Lacedemón, y otra de Marco Porcio, el cónsul que estaba en Hispania, llegaron a Roma casi a la vez. El Senado ordenó tres días de acción de gracias en nombre de cada uno de ellos. El cónsul Lucio Valerio, después de derrotar a los boyos cerca de la selva Litana, regresó a Roma para celebrar las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Publio Cornelio Escipión el Africano, por segunda vez, y Tiberio Sempronio Longo. Los padres de ambos habían sido cónsules en el primer año de la Segunda Guerra Púnica. Siguió la elección de los pretores; fueron elegidos Publio Cornelio Escipión -Nasica-, los dos Cneo Cornelio -Merenda y Blasión-, Cneo Domicio Ahenobarbo, Sexto Digicio y Tito Juvencio Talna. Después de celebradas las elecciones, el cónsul regresó a su provincia. Durante aquel año, los ferentinos trataron de practicar una novedad legal: reclamaron el derecho a que se considerasen ciudadanos romanos aquellos de los latinos que se hubieran inscrito para una colonia romana. Los que habían dado sus nombres, quedando asignados a las colonias de Pozzuoli, Salerno y Buxento, se consideraban con este motivo ciudadanos romanos; El Senado, sin embargo, decidió que no tenían esa condición.

[34.43] *(194 a.C.)* A principios del año en que fueron cónsules Publio Escipión Africano, por segunda vez, y Tiberio Sempronio Longo, llegaron a Roma los embajadores del tirano Nabis. El Senado les concedió audiencia fuera de la Ciudad, en el templo de Apolo. Pidieron que se confirmara el tratado de paz acordado con Tito Quincio, accediéndose a su petición. Hubo gran asistencia de senadores cuando se vino a debatir la asignación de las provincias, siendo la opinión general que, como habían llegado a su fin las guerras en Hispania y Macedonia, Italia debía asignarse como provincia a ambos cónsules. Escipión era de la opinión de que bastaba un cónsul para Italia y que al otro se le debía asignar Macedonia. Señaló que era inminente una guerra de importancia contra Antíoco quien, deliberadamente, había desembarcado en Europa. ¿Qué suponían que haría -les preguntó Escipión- cuando los etolios, que les eran sin duda hostiles, le incitaran por una parte a iniciar las hostilidades, y por la otra lo hiciera el mismo Aníbal, jefe de tanta fama por las derrotas infligidas a los romanos? Mientras se discutía sobre las provincias consulares, los pretores sortearon las suyas. Cneo Domicio recibió la jurisdicción urbana y Tito Juvencio la peregrina. A Publio Cornelio le fue asignada la Hispania Ulterior, y la Citerior a Sexto Digicio. De los dos Cneos Cornelio, a Blasión se le asignó Sicilia, correspondiendo Cerdeña a Merenda. Se decidió no enviar un nuevo ejército a Macedonia; el que había allí sería traído de vuelta por Quincio

y licenciado, como también lo sería el ejército de Marco Porcio Catón en Hispania. Se designó Italia como provincia de los dos cónsules, facultándoseles para alistar dos legiones en la Ciudad en el fin de que, tras el licenciamiento de los dos ejércitos decretado por el Senado, siguiera siendo ocho el total de legiones romanas.

[34.44] En el año anterior, siendo cónsules Marco Porcio y Lucio Valerio, se había celebrado una primavera sagrada; el Pontífice Máximo, Publio Licinio, comunicó al colegio pontifical que su celebración no se había efectuado correctamente. El colegio lo autorizó a poner el asunto en conocimiento del Senado, el cual decidió que se debía celebrar nuevamente por completo, de acuerdo con el criterio de los pontífices. Se ordenó también la celebración de los Grandes juegos, que se habían prometido al mismo tiempo que aquella, con el presupuesto acostumbrado. Las víctimas ofrecidas incluirían todo el ganado nacido entre el primero de marzo y el treinta de abril del consulado de Publio Cornelio y Tiberio Sempronio. Luego se produjo la elección de los censores. Los nuevos censores fueron Sexto Elio Peto y Cayo Cornelio Cétego, que eligieron, como sus predecesores, al cónsul Publio Escipión como Príncipe del Senado. Sólo tres senadores del total fueron borrados de la lista, ninguno de los cuales había ejercido una magistratura curul. Una de sus decisiones hizo crecer inmensamente su popularidad entre los senadores, pues ordenaron a los ediles curules que reservaran lugares especiales a los senadores en los Juegos Romanos, separados de los del pueblo, pues anteriormente estaban sentados entre la multitud. Muy pocos del orden ecuestre fueron privados de sus caballos, ni tampoco trataron los censores con dureza a ningún orden del Estado. Los censores restauraron y ampliaron, además, el Atrio de la Libertad y la Villa Pública. Se celebraron debidamente la primavera sagrada y los Juegos, que habían sido ofrecidos mediante voto por Servio Sulpicio Galba. Quinto Pleminio, quien por sus muchos crímenes contra los dioses y los hombres había sido arrojado a la prisión, aprovechó la oportunidad, mientras todos estaban ocupados en la contemplación de los Juegos, para comprar varios gran número de hombres que, durante la noche, debían prender fuego en varios lugares de la Ciudad para que, entre la confusión provocada, él pudiera forzar la puerta y escapar de la cárcel. El complot fue revelado por algunos de sus cómplices y se informó de ello al Senado. Pleminio fue arrojado a la celda más baja y ejecutado.

[34,45] Durante aquel año, se enviaron ciudadanos romanos para asentarse como colonos en Pozzuoli, Capua y Literno, trescientos a cada ciudad. Se efectuaron asentamientos similares en Salerno y Buxento. Los triunviros que supervisaron los asentamientos fueron Tiberio Sempronio Longo, que era cónsul por entonces, Marco Servilio y Quinto Minucio Termo. La tierra distribuida entre ellos había formado parte de los dominios de Capua. También se estableció una colonia de ciudadanos romanos en Siponto en tierras que habían pertenecido a los arpinos. En este caso, los triunviros fueron Décimo Junio Bruto, Marco Bebio Tánfilo y Marco Helvio. También se enviaron ciudadanos romanos para asentarse como colonos en Tempsa y en Crotona; los terrenos para los primeros se tomaron de los brucios, que habían expulsado de allí a los griegos; Crotona todavía estaba en poder de los griegos. Los triunviros encargados de la colonización de Crotona fueron Cneo Octavio, Lucio Emilio Paulo y Cayo Letorio; los de Torre di Lupi fueron Lucio Cornelio Mérula, Quinto ... y Cayo Salonio. También aparecieron aquel año algunos fenómenos extraños en Roma, anunciándose otros en diversos lugares. En el Foro, en el Comicio y en el Capitolio aparecieron gotas de sangre, se produjeron varias lluvias de barro y ardió la cabeza de la estatua de Vulcano. Se informó de que por el río Nera había fluido leche, que habían nacido sin ojos ni nariz unos niños de condición libre de Rímini, así como uno en territorio Piceno sin manos ni pies. Estos prodigios fueron expiados según las indicaciones de los pontífices. También se ofrecieron sacrificios durante nueve días a consecuencia de un informe del pueblo de Adria en que se decía que sobre su territorio cayó una lluvia de piedras.

[34,46] Lucio Valerio, quien aún ostentaba el mando en la Galia, se enfrentó en una batalla campal, cerca de Milán, a los ínsubros y los boyos; estos últimos, con Durolato como general, habían cruzado el Po con el fin de sublevar a los ínsubros. Su colega, Marco Porcio Catón, celebró su triunfo sobre los hispanos durante este período. En la procesión se llevaron veinticinco mil libras de plata en bruto, ciento veintitrés mil acuñada con la biga, quinientas cuarenta de plata oscense y mil cuatrocientas libras de oro. Distribuyó 270 ases para cada uno de los soldados de infantería, y triplicó esa cantidad para la caballería. Al llegar a su provincia, Tiberio Sempronio marchó con sus tropas en primer lugar hacia el territorio de los boyos. Boyórix era su régulo por entonces y, después de levantar en armas, junto a sus dos hermanos, a toda la nación para reanudar las hostilidades, fijó su campamento en una posición expuesta, en terreno abierto, para demostrar que estaban dispuestos a combatir si eran invadidos. Una vez enterado el cónsul de cuál era el número y grado de confianza del enemigo, mandó aviso a su colega para que se diera prisa en acudir en su ayuda; él procuraría por cualquier medio retrasar la batalla hasta que llegara. La misma razón que llevaba al cónsul a retrasar las cosas, provocaba que los galos buscaran una rápida resolución, pues su confianza se incrementaba por la vacilación de su enemigo y decidieron enfrentársele antes de que ambos cónsules unieran sus fuerzas. Durante dos días, sin embargo, se limitaron a esperar que alguien viniera contra ellos desde el campamento romano; al tercer día se aproximaron hasta la empalizada y atacaron el campamento simultáneamente por todas partes.

El cónsul ordenó al instante que sus hombres tomaran las armas y los mantuvo con ellas durante algunos minutos, en parte para alentar la temeraria confianza del enemigo y en parte para permitirle distribuir las fuerzas por las distintas puertas a través de las cuales cada grupo habría de efectuar la salida. Se ordenó avanzar los estandartes de las dos legiones por las puertas principales, pero los galos les bloquearon las salidas con unas multitudes tan densas que no pudieran salir. La lucha se prolongó durante mucho tiempo en aquel espacio confinado; no se trataba tanto de cruzar sus espadas como de empujarse con los escudos y cuerpos, los romanos intentaban abrir paso a sus estandartes y los galos intentaban introducirse en el campamento o, por lo menos, impedir que los romanos salieran. Ni uno ni otro bando pudieron efectuar ningún avance hasta que Quinto Victorio, centurión primipilo de la segunda legión, y Cayo Atilio, un tribuno militar de la cuarta, ejecutaron una maniobra a la que se recurría frecuentemente en los combates encarnizados: tomaron los estandartes de los signíferos y los arrojaron entre el enemigo. En su empeño por recuperar los estandartes, los hombres de la segunda legión fueron los primeros en abrirse paso fuera del campamento.

[34,47] Ya estaban combatiendo fuera de la muralla mientras los de la cuarta legión aún no habían podido salir por su puerta. De repente, se inició otro tumulto en el lado opuesto del campamento. Los galos habían irrumpido por la puerta cuestoria y, tras enfrentarse a una tenaz resistencia, dieron muerte al cuestor, Lucio Postumio, de sobrenombre Tímpano, a Marco Atinio y Publio Sempronio, prefectos de los aliados y a cerca de doscientos hombres. Esta parte del campamento quedó en manos enemigas hasta que una cohortes especial, enviada por el cónsul para defender la puerta cuestoria, los expulsó del campamento tras matar a muchos de ellos, deteniendo igualmente a los que estaban irrumpiendo. Casi al mismo tiempo, la cuarta legión, con dos cohortes especiales, se abrió paso por otra puerta. Así pues, se produjeron simultáneamente tres acciones separadas en diferentes lugares del campamento, y los gritos confusos que surgían distraían la atención de los combatientes de sus propias luchas ante la posición incierta de sus compañeros. Hasta mediodía, la batalla se libró con la misma fuerza por ambos lados y casi iguales esperanzas de victoria. Pero el calor y el esfuerzo obligaron a los galos, con sus cuerpos bandos y sudorosos, a batirse en retirada, incapaces de resistir la sed. Los pocos que aún se mantenían firmes recibieron la carga impetuosa de los romanos y fueron puestos en fuga y expulsados a su campamento. Entonces, el cónsul dio la señal de retirada; la mayoría de los hombres obedecieron, pero algunos, en su afán por combatir y con la esperanza de capturar el campamento enemigo, siguieron firmes bajo la

empalizada. Los galos, despreciando aquella débil fuerza, salieron en masa de su campamento. Ahora eran los romanos los derrotados; y los que se habían negado a regresar al campamento al ordenarlo el cónsul, hubieron de hacerlo llevados del pánico. Así que, primero de un lado y luego del otro, se alternaron la victoria y la huída. Los galos, no obstante, perdieron en torno a once mil hombres y los romanos a cinco mil. Los galos se retiraron a la parte más distante de su territorio y el cónsul condujo sus legiones a Plasencia.

[34,48] Algunos autores afirman que Escipión se unió con su colega y marchó a través de los campos de los boyos y los ligures, saqueándolo todo a su paso, hasta que los bosques y los pantanos le impidieron seguir avanzando; otros, por el contrario, dicen que regresó a Roma para celebrar las elecciones sin hacer nada digno de mención. Tito Quincio había regresado a sus cuarteles en Elacia y pasó todo el invierno administrando justicia y reformando las disposiciones que habían tomado Filipo o sus prefectos, que aumentaban los derechos de sus partidarios a costas del menoscabo de los derechos y la libertad de los demás. Al comienzo de la primavera fue a Corinto, donde había convocado a una reunión general de los aliados. Estuvieron presentes delegados de todas las ciudades, de modo que aquello era prácticamente un consejo Pan-Helénico. Dio inicio a su discurso recordándoles el comienzo de las relaciones amistosas entre los romanos y los griegos, así como las gestas protagonizadas por los comandantes que le habían precedido en Macedonia y por él mismo. Su discurso fue escuchado con general asentimiento, excepto cuando aludió a Nabis. Consideraban los presentes que era totalmente impropio del libertador de Grecia el haber dejado al tirano como azote de su propio país, enquistado en el interior de una ciudad nobilísima, y terror de todas las ciudades circundantes.

[34,49] Quincio era muy consciente de sus sentimientos sobre esta cuestión, y admitió abiertamente que se deberían haber cerrado los oídos a ninguna propuesta de paz con el tirano, siempre que no hubiera entrañado la destrucción de Lacedemón. Tal como marcharon las cosas, al no poderse aplastar a Nabis sin arruinar a una ciudad de principal importancia, pareció mejor dejarlo debilitado y privado casi enteramente de cualquier capacidad de perjudicar a los demás, en vez de permitir que, para recobrar su libertad, sucumbiera esta ciudad por haberle aplicado remedios más fuertes de los que podía soportar. Después de esta revisión del pasado, vino a anunciarles su intención de salir de Italia, llevando con él a la totalidad de su ejército. Les dijo que en menos de diez días tendrían noticias de que se habían retirado las fuerzas que ocupaban Demetrias y Calcis, y verían con sus propios ojos cómo se evacuaba Acrocorinto y se entregaba enseguida a los aqueos. Esto demostraría al mundo entero si los que tenían costumbre de mentir eran los romanos o los etolios, que en sus discursos habían extendido la idea de que era un error confiar sus libertades a Roma y que solo habían cambiado a sus amos macedonios por sus amos romanos. Pero nunca ellos habían medido en lo más mínimo qué decían o qué hacían. Aconsejó a las demás ciudades que midieran a sus amigos por sus hechos, no por sus palabras, y que aprendieran de aquella manera en quién confiar y de quién desconfiar. Debían usar moderadamente de su libertad; esta, adecuadamente administrada, era una bendición tanto para las personas como para las comunidades; en exceso, resultaba un peligro para los demás y conducía a la temeridad y la violencia por parte de aquellos que la poseían. La nobleza, junto con los diversos estamentos sociales de cada ciudad, debía procurar preservar la armonía interior y la de las ciudades entre sí. Mientras ellos estuvieran unidos, ningún rey o tirano podría jamás ser lo bastante fuerte como para ofenderles; pero la discordia y la sedición darían todas las ventajas a quienes buscaban destruir su libertad, ya que el partido que resultaba vencido en las discordias domésticas prefería antes darse la mano con un extranjero que someterse a un conciudadano. Debían preocuparse de defender y conservar la libertad que habían ganado para ellos las armas ajenas, y devueltas por la lealtad de unos extranjeros. Así, el pueblo romano sabría que se había entregado la libertad a quienes eran dignos de ellos y que se había hecho buen uso de su regalo.

[34,50] Estas palabras, semejantes a las que podría haber pronunciado un padre, arrancaron lágrimas de alegría de todos los presentes y, durante algún tiempo, la voz del orador quedó ahogada por las expresiones de aprobación de sus destinatarios, quienes se instaban a grabarlas en sus corazones y mentes como si se tratase de las de un oráculo. Por fin, cuando se restableció el silencio, les pidió buscaran a los ciudadanos romanos que vivieran entre ellos como esclavos y los enviaran con él, en un plazo de dos meses, a Tesalia. Estaba seguro de que considerarían una deshonra que sus libertadores vivieran como esclavos en la tierra que habían liberado. Todos exclamaron que, además del resto de cosas por las que le estaban agradecidos, le daban especialmente las gracias por recordarles tan sagrado e imperativo deber. Había gran número de ellos que, hechos prisioneros durante la Guerra Púnica, fueron vendidos por Aníbal al no ser rescatados por sus compatriotas. De que eran muy numerosos da prueba lo que dice Polibio: afirma que esta empresa costó a los aqueos cien talentos, habiéndose fijado el precio a pagar a los propietarios en quinientos denarios por cabeza. Según este cómputo, en Acaya debía haber mil doscientos de ellos, pudiendo hacerse una estimación proporcional de los que habría en toda Grecia. No se había disuelto aún la asamblea cuando, al mirar a su alrededor, vieron a las tropas bajaban del Acrocorinto; se dirigieron directamente hacia la puerta y se alejaron. El general les siguió acompañado por todos, que lo aclamaban como *Salvador y Libertador*. Luego de saludarlos y despedirse de ellos, volvió a Elacia por la misma ruta por donde había venido. Desde allí envió al legado Apio Claudio, con la totalidad de sus fuerzas, para que se dirigieran a través de Tesalia y el Epiro hasta Orico, y que esperasen allí, pues era su intención cruzar desde allí con su ejército hacia Italia. Su hermano Lucio, que estaba al mando de la flota, recibió instrucciones por escrito para que se reunieran allí buques de transportes de toda Grecia.

[34.51] A continuación, se dirigió a Calcis y retiró las fuerzas de guarnición no solo de aquella ciudad, sino también de Oreo y Eretria. Convocó en allí una asamblea de todas las ciudades de Eubea, y tras recordarles el estado en que las había encontrado y el estado en que las dejaba, los envió de vuelta a sus hogares. Siguiendo hacia Demetrias, retiró sus tropas de aquel lugar entre el mismo entusiasmo de los ciudadanos que en Corinto y Calcis. Reanudó después su avance hacia Tesalia, donde no solo se debían liberar las ciudades, sino también recuperarlas de la confusión y el caos hacia alguna forma tolerable de gobierno. Esta situación de confusión provenía tanto de los trastornos de la época como de la violencia y el desorden provocados por Filipo; pero también se debía al carácter pendenciero de sus gentes, que nunca celebraban clase alguna de procedimiento público, fueran elecciones, consejos o asambleas, sin que se produjeran tumultos y disturbios. Quincio seleccionó senadores y jueces basándose sobre todo en la renta, y colocando el poder en manos de aquellos cuyo mayor interés residía en el mantenimiento de la paz y la seguridad.

[34.52] Después de reorganizar tan minuciosamente Tesalia, marchó a través del Epiro hasta Orico, su punto de partida hacia Italia. Desde este lugar, se transportó a la totalidad de su ejército hacia Brindisi, y desde Brindisi marcharon a todo lo largo de Italia hasta la Ciudad, en lo que resultó casi un desfile triunfal en el que el botín capturado era una parte tan grande como las propias tropas. A su llegada a Roma, el Senado se reunió en las afueras de la Ciudad para recibir su informe, decretándole gustosamente el triunfo que tanto había merecido. Su celebración duró tres días. En el primer día llevó a través de la Ciudad las armas y armaduras, así como las estatuas de bronce y mármol; las capturadas a Filipo fueron tan numerosas como las que había obtenido de distintas ciudades. Al segundo día, se llevó en procesión todo el oro y la plata, acuñada y sin acuñar. Había dieciocho mil doscientas setenta libras de plata sin acuñar, y de plata labrada numerosas vasijas de toda clase, la mayoría cinceladas y algunas de gran valor artístico. Había también algunos hechos de bronce y, además de estos, diez escudos de plata. En monedas de plata había ochenta y cuatro mil piezas áticas, conocidas como tetradracmas, que eran cada una casi igual en peso a cuatro denarios.

El peso del oro ascendía a tres mil setecientas catorce libras, incluyendo un escudo macizo y catorce mil quinientos catorce filipos. En la procesión del tercer día se llevaron ciento catorce coronas de oro, regalos de varias ciudades, víctimas para el sacrificio y, delante del carro de la victoria, muchos nobles, prisioneros y rehenes, entre los que se encontraba Demetrio, el hijo de Filipo, y Armenes, el hijo del tirano Nabis. Venía después el propio Quincio en su carro, seguido por una larga procesión de soldados, pues había traído desde su provincia a todo su ejército. Cada soldado de infantería recibió un regalo de doscientos cincuenta ases, cada centurión el doble y cada jinete el triple. Dio mucho realce a la procesión triunfal la presencia de aquellos a quienes se rescató de la esclavitud quienes, con la cabeza rapada, seguían a su libertador.

[34.53] Hacia finales de año, un tribuno de la plebe, Quinto Elio Tuberón, actuando según una resolución del Senado, presentó una propuesta a la plebe, que se aprobó, para asentar dos colonias latinas, una en el Brucio y la otra en el territorio de Turios. Los triunviros que debían supervisar el asentamiento fueron nombrados para tres años. Los que encargarían de los repartos en el Brucio serían Quinto Nevio, Marco Minucio Rufo y Marco Furio Crasipes; los que se encargarían del de Turios serían Aulo Manlio, Quinto Elio y Lucio Apustio. Las elecciones en las que resultaron elegidos fueron llevadas a cabo por el pretor urbano, Cneo Domicio, en el Capitolio. Se dedicaron varios templos este año. Uno de ellos fue el templo de Juno Matuta en el foro de las hortalizas. Lo había prometido con voto, y había contratado su construcción cuatro años atrás, durante la guerra de la Galia, el cónsul Cayo Cornelio, que lo dedicó siendo censor. Otro fue el templo de Fauno; los ediles Cayo Escribonio y Cneo Domicio habían contratado la construcción del edificio dos años antes, con el dinero recaudado de las multas, dedicándolo Cneo Domicio cuando era pretor urbano. Quinto Marcio Rala dedicó el templo a la Fortuna Primigenia en el Quirinal, habiendo sido nombrado duunviro con este fin. Publio Sempronio Sofo lo había prometido en la Guerra Púnica, diez años antes, cuando era cónsul, y lo contrató durante su censura. Además, Cayo Servilio dedicó un templo a Júpiter en la isla, que se había prometido seis años antes, durante una guerra contra los galos, por el pretor Lucio Furio Purpurio, quien siendo cónsul firmó el contrato para su construcción. Esto fue lo acontecido durante aquel año.

[34,54] Publio Escipión regresó de su provincia de la Galia para celebrar las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Lucio Cornelio Mérula y Quinto Minucio Termo. Al día siguiente se eligió a los pretores; estos fueron Lucio Cornelio Escipión, Marco Fulvio Nobilior, Cayo Escribonio, Marco Valerio Mesala, Lucio Porcio Licino y Cayo Flaminio. Atilio Serrano y Lucio Escribonio Libo fueron los primeros ediles que celebraron los Juegos Escénicos Megalesios. Fue durante la exhibición de los Juegos Romanos por estos ediles cuando, por primera vez, los senadores se sentaron apartados del pueblo. Esta, como todas las innovaciones, provocó muchos comentarios. Algunos lo consideraban como un tributo que desde hacía ya mucho se le debía a este importantísimo orden del Estado; otros pensaban que la grandeza de los patricios menoscababa la dignidad del pueblo y que todas aquellas distinciones, al diferenciar los diferentes órdenes del Estado, hacían peligrar la concordia y libertad de la que debían disfrutar todos por igual. Durante quinientos cincuenta y siete años, los espectadores se habían sentado entremezclados; ¿Qué había pasado -se preguntaba la plebe- tan de repente para que los patricios rehusaran estar entre los plebeyos en las gradas? ¿Por qué debía objetar un rico el que un pobre se sentara a su lado? Aquel era un arrogante capricho, que hasta entonces no había adoptado ni deseado ningún otro Senado del mundo. Incluso el propio Africano, que siendo cónsul fue el responsable del cambio, dijo que lo lamentaba. Tan desagradable resulta cualquier desviación de las antiguas costumbres y tanto prefieren los hombres seguir con las viejas prácticas, salvo que la experiencia las condene claramente.

[34.55] En el comienzo del año del mandato de los nuevos cónsules, Lucio Cornelio y Quinto

Minucio *(193 a.C.)*, fueron tantos los informes sobre la ocurrencia de terremotos que la gente llegó a cansarse, no solo del propio asunto, sino también de la suspensión de negocios ordenadas por su causa. No se podían celebrar reuniones del Senado, ni se podían tratar asuntos públicos, pues los cónsules estaban totalmente ocupados con los sacrificios y las expiaciones. Finalmente, los decenviros recibieron instrucciones para consultar los Libros Sagrados y, de acuerdo con sus instrucciones, se proclamó una rogativa durante tres días. Se ofrecieron oraciones en todos los santuarios, con los suplicantes tocados con coronas de laurel, emitiéndose un aviso para que todos los miembros de cada familia ofrecieran juntos sus oraciones. El Senado autorizó a los cónsules para que publicaran un edicto prohibiendo que nadie informara de ningún terremoto el mismo día en que se hubiera decretado la expiación de otro. Después de esto, los cónsules sortearon sus provincias. La Galia correspondió a Cornelio y la Liguria a Minucio. El sorteo para los pretores determinó para Cayo Escribonio la pretura urbana, para Marco Valerio la peregrina, Sicilia correspondió a Lucio Cornelio, Cerdeña a Lucio Porcio, Hispania Citerior fue para Cayo Flaminio e Hispania Ulterior para Marco Fulvio.

[34.56] Los cónsules no esperaban ninguna guerra durante su año de magistratura, pero llegó una carta de Marco Cincio, el prefecto de Pisa, anunciando un levantamiento en la Liguria. Todos los consejos de aquella nación habían aprobado resoluciones a favor de las hostilidades; había ya veinte mil ligures en armas que habían devastado el territorio alrededor de Luna y que, después de cruzar las fronteras de Pisa, habían invadido toda la parte de la costa. Minucio, a quien había correspondido la provincia de Liguria, siguiendo instrucciones del Senado, subió a los rostra y emitió un edicto para que las dos legiones urbanas que habían sido alistadas el año anterior se reunieran, en un plazo de diez días, en Arezzo, siendo ocupado su lugar por dos legiones que él alistaría. Igualmente, notificó a los magistrados y delegados de las comunidades latinas y aliadas que estaban obligadas a proporcionar soldados, que debían reunirse con él en el Capitolio. Una vez allí, dispuso con ellos el contingente que cada ciudad debía proporcionar, de acuerdo con el número de hombres que tenían en edad militar, fijándose el total en quince mil infantes y quinientos jinetes. Se les ordenó que marcharan de inmediato a las puertas y alistasen sus fuerzas sin perder un instante. Fulvio y Flaminio fueron reforzados, cada uno, con fuerzas romanas en número de tres mil infantes y cien jinetes, además de cinco mil de infantería y doscientos de caballería proporcionados por los latinos y aliados, ordenándose a los pretores que licenciaran a los soldados veteranos en cuanto llevaran a sus provincias. Un gran número de los soldados de las legiones de la Ciudad acudían a los tribunos de la plebe, instándoles a que investigaran las razones por las que no se les debía llamar a filas, fuera por haber cumplido su tiempo de servicio o por motivos de salud. Este asunto quedó apartado por un mensaje de Tiberio Sempronio, en el que afirmaba que una fuerza de diez mil ligures había aparecido en las proximidades de Plasencia y había devastado el territorio a sangre y espada hasta las mismas murallas de la colonia y las orillas del Po; también decía que los boyos estaban contemplando una reanudación de las hostilidades.

En vista de esta noticia, el Senado decretó que se estableciera el estado de emergencia y que no aprobaban que los tribunos investigaran las quejas de los soldados para no presentarse a la concentración ordenada. Asimismo, ordenó que los hombres de los contingentes aliados que habían servido bajo Publio Cornelio y Tiberio Sempronio, y que habían sido licenciados por ellos, se reunieran de nuevo el día que Lucio Cornelio dispusiera y en el lugar de Etruria que les notificase; de camino a su provincia, el cónsul debería alistar, armar y llevar con él a todo hombre que considerase apto de los pueblos y distritos por los que pasara, autorizándosele a licenciar a cualquiera de ellos que quisiera y cuando lo deseara.

[34,57] Una vez que los cónsules hubieron alistado las tropas necesarias y partido para sus provincias, Tito Quincio solicitó al Senado que escuchase los acuerdos que había hecho, de acuerdo con los diez comisionados, y que los ratificasen y confirmasen si los consideraban adecuado. Les

dijo que estarían en mejor posición para hacerlo si escuchaban las declaraciones de los embajadores que habían venido de cada ciudad de Grecia, así como a los venidos de parte de los tres reyes. Estas delegaciones fueron presentadas en el Senado por el pretor urbano, Cayo Escribonio, encontrándose todas ellas con una recepción favorable. Como las negociaciones con Antíoco se alargaran un tanto, se les confió a los diez comisionados, algunos de los cuales habían estado con el rey tanto en Asia como en Lisimaquia. Se autorizó a Tito Quincio para que escuchase a los embajadores en presencia de los delegados, y que les respondiera en un sentido tal que respetara los intereses y el honor del pueblo romano. Menipo y Hegesianacte encabezaban la embajada, siendo el primero su portavoz. Esté declaro que no entendía qué problema había con su misión, pues habían venido simplemente a pedir relaciones de amistad y a establecer una alianza. Había tres tipos de tratados mediante los cuales llegan a acuerdos los Estados y los monarcas. El primero era cuando se dictaban condiciones a los vencidos en una guerra pues, cuando se entregaban al que había resultado más fuerte con las armas, daban a este el derecho absoluto a decir qué les dejaría a ellos y de qué se les privaría. En el segundo caso, las potencias que se habían enfrentado en igualdad de condiciones en la guerra establecían una alianza de paz y amistad en términos también de igualdad, pues al llegar a un mutuo entendimiento respecto a sus reclamaciones y a las propiedades alteradas por la guerra, se arreglaban las cosas de acuerdo con las normas antiguas o según lo que más conviniera a las partes. La tercera clase de tratados comprendía aquellos efectuados por estados que nunca habían sido enemigos y que se establecían una alianza de amistad; no se imponían o aceptaban condiciones, pues estas solo se daban entre vencedores y vencidos. Era un tratado de este último tipo el que buscaba Antíoco, y él -su portavoz- estaba sorprendido de que los romanos pensaran que era justo y equitativo imponer condiciones al rey, decidiendo ellos qué ciudades de Asia querían que fuesen libres y autónomas y cuáles pagarían tributo, prohibiendo en algún caso que el rey las guarneciera, y hasta la presencia del mismo rey. Aquellos eran los términos sobre los que se hizo la paz con Filipo, su enemigo, y no un tratado de alianza con Antíoco, que era su amigo.

[34.58] La respuesta de Quincio fue la siguiente: *Ya que te place efectuar tales distinciones y enumerar las diversas maneras en las que se pueden establecer relaciones de amistad, también yo expondré las dos condiciones a partir de las cuales, y se lo puedes comunicar a tu rey, no se puede establecer amistad con Roma. Una de ellas es esta: si no desea que nos ocupemos de las ciudades de Asia, debe mantener sus propias manos alejadas de cualquier zona de Europa. La otra es la siguiente: si, en vez de limitarse a estar tras las fronteras de Asia, cruza a Europa, los romanos estarán perfectamente justificados a proteger los tratados de amistad que ya tienen y a establecer otros nuevos en Asia.* Hegesianacte respondió: *Es sin duda una propuesta indigna el pedir que Antíoco se excluya de las ciudades de Tracia y el Quersoneso, que su gran abuelo Seleuco ganó gloriosamente tras derrotar al rey Lisímaco, que cayó en la batalla, y algunas de las cuales el mismo Antíoco recupero por la fuerza de las armas de los tracios, que se habían apoderado de ellas; mientras, otras que habían sido abandonadas, como Lisimaquia, fueron repobladas con sus habitantes y las que habían sido incendiadas o arrasadas las reconstruyó a un costo enorme. ¿Qué semejanza podía haber entre la renuncia de Antíoco a su derecho sobre las ciudades adquiridas o recuperadas de esta manera, y la no injerencia de los romanos en Asia, que nunca les había pertenecido? Antíoco estaba pidiendo la amistad de Roma, pero una amistad cuya consecución le fuera honrosa, no vergonzosa.* Ante esto, Quincio observó: *Ya que estamos hablando de lo honorable, cosa que debiera ser la única, o al menos la primera, en ser considerada por la primera nación del mundo y por un monarca tan grande como el tuyo, ¿qué te parece lo más honorable: desear la libertad de todas las ciudades griegas dondequiera que estén o mantenerlas bajo servidumbre y tributo? Si Antíoco piensa que está actuando honorablemente al reclamar el señorío de las ciudades que logró su bisabuelo mediante el derecho de guerra, y que su abuelo y su padre nunca ejercieron, el pueblo romano también considera que su sentido del honor y la coherencia le impiden abandonar su compromiso para defender la libertad de Grecia. De la misma manera que*

liberaron a Grecia de Filipo, era su intención liberar de Antíoco a las ciudades griegas de Asia. No se fundaron, desde luego, las colonias de la Eólide ni de Jonia para que fuerzas esclavas de los reyes, sino para engrandecer el linaje de una antigua nación y que se extendiera por el mundo.

[34.59] Como Hegesianacte vacilara y no pudiera negar que la causa de la libertad resultaba un título más honorable que el de la esclavitud, Publio Sulpicio, el mayor de los diez delegados, dijo: *No demos más rodeos; elegid una de las dos condiciones que Quincio os ha expuesto tan claramente o dejad ya de hablar de amistad.—No es nuestro deseo*, dijo Menipo, *ni está en nuestro poder, establecer pacto alguno por el que se vea perjudicada la soberanía de Antíoco.* Al día siguiente, Quincio presentó al Senado todas las legaciones de Grecia y Asia, para que pudieran saber de la actitud de los romanos y la de Antíoco respecto a las ciudades de Grecia. Expuso ante ellos sus propias demandas y luego las del rey, diciéndoles que informaran a sus gobernantes de que los romanos mostrarían la misma valentía y lealtad al reivindicar sus libertades ante Antíoco, si no abandonaba Europa, que las mostradas al liberarlos de Filipo. Ante esto, Menipo rogó encarecidamente a Quincio y al Senado que no precipitaran una decisión que podría, una vez adoptada, sumir al mundo entero en la confusión. Les pidió que tomaran tiempo para reflexionar y dejar que el rey hiciera lo mismo. Cuando se informara a este de las condiciones, las consideraría y lograría alguna modificación en ellas o haría alguna concesión en aras de la paz. De esta manera, se aplazó la cuestión y se decidió que se enviaran al rey los mismos delegados que habían estado con él en Lisimaquia, es decir, Publio Sulpicio, Publio Vilio y Publio Elio.

[34,60] Apenas habían dado inicio a su misión cuando llegaron embajadores de Cartago con informes fehacientes de que Antíoco, sin duda, se estaba preparando para la guerra con el asesoramiento y la ayuda de Aníbal, temiéndose al mismo tiempo el estallido de una guerra contra Cartago. Como se ha señalado anteriormente, Aníbal, fugitivo de su país natal, había llegado a la corte de Antíoco, donde fue tratado con gran distinción; el único motivo para ello es que el rey había estado considerando durante mucho tiempo una guerra con Roma, y nadie podría estar más cualificado para confiarle sus planes que el comandante cartaginés. Nunca vaciló en su opinión de que la guerra debía llevarse a cabo en suelo italiano; Italia podría proporcionar suministros y hombres a un enemigo extranjero. Pero, argumentó, si aquel país se mantenía indemne y Roma era libre de emplear las fuerzas y recursos de Italia más allá de sus fronteras, ningún monarca y ninguna nación podría enfrentársele en igualdad de condiciones. Pedía cien buques con cubierta y una fuerza de diez mil infantes y mil jinetes; llevaría primero la flota a África, pues confiaba en poder persuadir a los cartagineses para entrar en otra guerra y, si se echaban atrás, llevaría la guerra contra Roma en alguna parte de Italia. El rey debería cruzar a Europa con el resto de su ejército y mantener sus tropas en algún lugar de Grecia, sin navegar hacia Italia pero dispuesto para hacerlo; lo que sería bastante para dar una idea de la magnitud de la guerra.

[34,61] Cuando hubo convencido al rey para que adoptase este plan suyo, pensó que debía preparar a sus compatriotas, pero no deseaba correr el riesgo de enviar una carta escrita para que no la pudieran interceptar y que se descubrieran sus planes. Durante su visita a Éfeso, había entrado en contacto con un tirio llamado Aristón, cuyo desempeño durante ciertas tareas de menor importancia que le encargó hicieron que Aníbal decidiera emplearle. Por medio de sobornos y generosas promesas, que el mismo rey hizo suyas, le convenció para ejecutar una misión en Cartago. Aníbal le proporcionó una lista de aquellos con los que necesitaba entrevistarse, dándole también señales secretas para que aquellos tuvieran la certeza de que sus instrucciones provenían sin duda de Aníbal. Al dejarse ver por Cartago, los enemigos de Aníbal descubrieron el motivo de su visita al mismo tiempo que sus amigos, pues el asunto se convirtió en tema de conversación en reuniones y banquetes. Por último, dio lugar a una discusión en el senado, donde varios oradores declararon que nada se ganaba con el destierro de Aníbal si, incluso ausente, era capaz de planear traiciones y

agitar a los ciudadanos, amenazando la seguridad de la ciudad. Dijeron que un tal Aristón, un extranjero tirio, había llevado con instrucciones de Aníbal y Antíoco, que gentes bien conocidas mantenían conversaciones secretas con él cada día y que estaban planeando ocultamente algo que pronto estallaría y traería sobre ellos la ruina de todos. Hubo un clamor general, y todos los presentes exigieron que se citara a aquel Aristón, que se le interrogara sobre el objeto de su visita y, que si no lo explicaba, se enviara una delegación a Roma. *Bastante hemos sufrido ya* -dijeron- *por la imprudencia de un solo hombre; si un particular se comportaba inadecuadamente, que arrostrase las consecuencias de sus actos. La ciudad debía ser preservada de cualquier mancha, y aún sospecha, de culpabilidad.*

Cuando Aristón compareció, trató de limpiar su nombre basándose, principalmente, en el hecho de que no había traído ninguna carta para nadie. No dio, sin embargo, una explicación satisfactoria del objeto de su visita, y lo que le causó más vergüenza fue la denuncia de que sus entrevistas se limitaban a los miembros del partido Bárcida. En el debate que se originó a continuación, una parte exigía su arresto y detención como espía, la otra afirmaba que no había base para tal acción irregular y que sentaría un mal precedente si los visitantes extranjeros quedasen detenidos sin ninguna razón. Lo mismo sucedería con los cartagineses en Tiro y en otras ciudades comerciales que tan ampliamente frecuentaban. El debate quedó aplazado. Aristón, ejecutó entre cartagineses una estratagema cartaginesa. Al caer la tarde, colgó unas tablas escritas en el lugar más concurrido de la ciudad, sobre el tribunal donde se sentaban cada día los magistrados. En la tercera guardia nocturna, embarcó en una nave y huyó. Cuando los sufetes tomaron asiento a la mañana siguiente para administrar justicia, vieron las tablas, las bajaron y las leyeron. Se decía en ellas que las instrucciones que trajo Aristón no estaban destinadas a ciudadanos particulares; eran públicas y estaban dirigidas a los ancianos, que así designaban a su senado. Dado que esta acusación involucraba al gobierno en su conjunto, hubo menos afán por investigar los pocos casos sobre los que recaían sospechas. Se decidió, no obstante, que se debía enviar una delegación a Roma para informar del asunto a los cónsules y al Senado, y al mismo tiempo, presentar una demanda contra Masinisa.

[34,62] Al comprender Masinisa que los cartagineses estaban desacreditados y se contradecían, pues el senado sospechaba de los dirigentes del partido Bárcida por sus entrevistas con Aristón y el pueblo sospechaba del senado debido a la denuncia del propio Aristón, pensó que era una buena oportunidad para atacarlos; así pues, devastó la costa de la Sirte Menor y obligó a que le pagaran tributo algunas ciudades que eran estipendiarias de Cartago. Aquella zona costera que bordea la Sirte Menor se llama Emporio. Se trata de un país muy fértil en el que hay una sola ciudad, Leptis Magna, que estuvo pagando tributo a Cartago en cantidad de un talento al día. Este distrito fue el que Masinisa invadió y saqueó de extremo a extremo y ocupó partes de él, poniendo en duda si le pertenecía a él o a los cartagineses. Al enterarse de que estos habían enviado emisarios a Roma para responder a las acusaciones que se habían hecho contra ellos, así como para quejarse de su conducta, también él envió una delegación para reforzar las sospechas contra Cartago y para poner también en cuestión la legitimidad del tributo que obtenía aquel gobierno del territorio por él invadido. Los cartagineses fueron recibidos en audiencia los primeros, y su informe del extranjero tirio hizo que el Senado se sintiera inquieto por no verse envuelto a la vez en una guerra contra Antíoco y contra Cartago. Lo más fortaleció sus sospechas fue, sobre todo, el hecho de que tras decidir la detención de Aristón y su envío a Roma, no le tuvieron, ni a él ni a su barco, bajo vigilancia. Luego vino la discusión con los embajadores del rey en cuanto al territorio en disputa. Los cartagineses basaban la defensa de su caso en la adjudicación que efectuó Escipión del territorio que quedaría incluido dentro de las fronteras cartaginesas, aduciendo además el reconocimiento que hizo el mismo Masinisa. En efecto, cuando Aftires era un fugitivo de su reino y andaba con un cuerpo de númidas por las cercanías de Cirene, Masinisa, que lo perseguía, les pidió permiso para atravesar aquel territorio, mostrando con ello que no tenía ninguna duda en cuanto a

su pertenencia a Cartago.

Los númidas sostenían que mentían en su declaración sobre la delimitación efectuada por Escipión. Y si se investigaba sobre el origen de cualquier derecho que reclamaran, ¿Qué tierra de África pertenecía verdaderamente a los cartagineses? Cuando desembarcaron en sus costas y buscó un asentamiento, se les concedió, como un favor, tanta tierra para construir su ciudad como pudieran abarcar con la piel de un buey cortada en tiras. Cualquier terreno que ocuparan más allá de Bursa, lo habían obtenido mediante la violencia y el robo. En cuanto al territorio en cuestión, era imposible para ellos demostrar que lo habían poseído ininterrumpidamente desde el principio, o ni siquiera durante un largo periodo de tiempo. Los cartagineses y los reyes de Numidia presentaban reclamaciones, alternativamente, según se presentaba la oportunidad; siempre se convertía en posesión de aquellos cuyas armas, en aquel momento, fueran las más fuertes. Solicitaban al Senado que dejara las cosas en la misma situación que estaban antes de que Cartago se convirtiera en enemiga y Masinisa en amigo y aliado de Roma, y que no impidieran que fuese su dueño el que podía hacerlo. La respuesta dada a las dos partes fue en el sentido de que el Senado enviaría una comisión a África para resolver la controversia sobre el terreno. Los comisionados fueron Publio Escipión el Africano, Cayo Cornelio Cétego y Marco Minucio Rufo. Después de inspeccionar el lugar y escuchar a ambas partes, no se decidieron por ninguna de ellas y dejaron en suspenso todo el asunto. Si lo hicieron así por propia iniciativa o por haber recibido instrucciones en tal sentido, resulta incierto. Lo que sí parece cierto es que, dadas las circunstancias, resultaba conveniente dejar la cuestión irresoluta. De no haber sido así, el propio Escipión, tanto por su conocimiento de los hechos como por su influencia personal sobre ambos contendientes por los buenos servicios que les había prestado, podría haber puesto fin al asunto con un simple gesto.

LIBRO XXXV. ANTÍOCO EN GRECIA

[35.1] En los primeros meses del año en que sucedieron los sucesos anteriores *(193 a.C.)* tuvieron lugar varios enfrentamientos sin importancia en Hispania Citerior, entre el pretor Sexto Digicio y numerosas ciudades que se rebelaron tras la partida de Marco Catón. Aquellos fueron, en general, tan costosos para los romanos que las fuerzas que el pretor entregó a su sucesor fueron casi la mitad de las que él había recibido. Sin duda se habría producido un levantamiento general en toda Hispania de no haber librado el otro pretor, Publio Cornelio Escipión, varios combates victoriosos más allá del Ebro, intimidando de tal manera a los nativos que no menos de cincuenta ciudades fortificadas se pasaron con él. Estos combates los libró Escipión siendo pretor. Ya como propretor, infligió una severa derrota a los lusitanos. Estos habían devastado la Hispania Ulterior y regresaban a sus hogares con un muy cuantioso botín, cuando él los atacó cuando marchaban y combatió desde la hora tercia del día hasta la octava sin llegar a ningún desenlace. Aunque era inferior en número, tenía ventaja en otros aspectos, pues atacó con las filas cerradas una larga columna que se veía obstaculizada por múltiples cabezas de ganado, y con sus soldados frescos mientras que el enemigo estaba cansado por su larga marcha. En efecto, este había iniciado su marcha tras el relevo de la tercera guardia nocturna y a esta marcha se añadió otra diurna de tres horas; al verse obligados a aceptar el combate sin haber descansado nada, solo en la primera etapa de la batalla mostraron algún ánimo o energía. Al principio consiguieron forzar algún desorden entre los romanos, pero después la lucha se fue igualando. Al verse en situación comprometida, el pretor prometió ofrendar unos juegos a Júpiter si lograba derrotar y destruir al enemigo. Finalmente, el ataque romano se hizo más persistente y los lusitanos empezaron a ceder terreno para, seguidamente, dispersarse y huir. En la persecución que siguió, murieron unos doce mil enemigos, se tomaron quinientos cuarenta prisioneros, casi todos jinetes, y se capturaron ciento treinta y cuatro estandartes. Las pérdidas en el ejército romano ascendieron a setenta y tres hombres. El escenario de la batalla no estaba lejos de la ciudad de Ilipa, y Publio Cornelio llevó su ejército victorioso, enriquecido con el botín, hacia aquel lugar. El conjunto del botín fue colocado frente a la ciudad, permitiéndose que los propietarios reclamaran sus propiedades. El resto fue entregado al cuestor para su venta, distribuyéndose los ingresos a los soldados.

[35,2] Cayo Flaminio no había salido aún de Roma, cuando ocurrieron estas cosas en Hispania. Naturalmente, él y sus amigos comentaron mucho más las derrotas que las victorias, y como había estallado en su provincia una guerra generalizada y él iba a hacerse cargo del miserable remanente del ejército que tenía Sexto Digicio, y aún aquel completamente desmoralizado, trató de convencer al Senado para que le asignara una de las legiones urbanas. Entre estas y las fuerzas que el Senado le había autorizado a alistar, pudo escoger hasta seis mil doscientos infantes y trescientos jinetes y, con esta legión -pues no se podía esperar mucho del ejército de Digicio- declaró que se podría emplear bastante bien. Los miembros de más edad de la Cámara sostenían que sus decisiones no se debían tomar sobre la base de rumores iniciados por ciudadanos particulares en interés de determinados magistrados, y que no se debía conceder importancia más que a los despachos de los pretores desde sus provincias o a los informes que llevaban a casa sus oficiales. Si había un levantamiento repentino en Hispania, consideraban que se podía autorizar al pretor para que efectuase inmediatamente un alistamiento extraordinario de tropas fuera de Italia. Lo que tenía en sus mentes el Senado era que estas tropas se reclutasen en Hispania. Valerio Antias afirma que Cayo Flaminio navegó a Sicilia para reclutar hombres y que, estando de camino desde allí hacia Hispania, fue llevado por una tormenta hasta África, donde tomó el juramento militar a los soldados que habían pertenecido al ejército de Publio Africano. A estas dos levas añadió otra en Hispania.

[35.3] En Italia, además, la guerra Ligur se estaba agravando. Pisa estaba ya rodeada por

cuarenta mil hombres, incrementándose cada día su número con las multitudes que se sentían atraídas por el amor a la lucha y la esperanza de botín. Minucio llegó a Arezzo el día en que había fijado para la concentración de sus soldados. Desde allí, marchó en orden cerrado hacia Pisa, y aunque el enemigo había movido su campamento al otro lado del río, a una posición que distaba no más de una milla de la plaza, consiguió entrar en la ciudad que, con su llegada, quedó salvada sin duda. Además, al día siguiente cruzó el río y fijó su campamento aproximadamente a media milla del asentamiento enemigo. Desde esta posición libró pequeños combates, protegiendo así de la devastación las tierras de las tribus amigas. Como sus tropas estaban compuestas por reclutas recientes, procedentes de diversas clases y aún no suficientemente acostumbrados los unos a los otros como para confiar mutuamente, no se aventuró a plantear una batalla campal. Los ligures, confiados en su número, salían y ofrecían batalla, dispuestos para un combate decisivo, y aún enviaban destacamentos en todas direcciones, más allá de sus fronteras, para conseguir botín. Una vez habían reunido gran cantidad de ganado y otros bienes, tenían dispuesta una escolta armada para llevarlos a sus castillos y aldeas.

[35,4] Como las operaciones en la Liguria estaban limitadas a Pisa, el otro cónsul, Lucio Cornelio Mérula, llevó su ejército, por los últimos territorios de los ligures, hasta el país de los boyos. Aquí se emplearon tácticas completamente distintas, pues fue el cónsul el que presentó batalla y el enemigo el que la declinó. Al encontrarse sin oposición, los romanos se dispersaron en destacamentos de saqueo, prefiriendo los boyos que se llevaran sus propiedades impunemente antes que arriesgar una batalla en su defensa. Una vez devastado todo el país a sangre y fuego, el cónsul dejó el territorio enemigo y marchó en dirección a Módena, tomando tan pocas precauciones contra un ataque como si estuvieran en territorio amigo. Cuando los boyos vieron que el enemigo se había retirado de sus fronteras, lo siguieron silenciosamente, buscando un lugar adecuado para una emboscada. Pasaron de largo el campamento romano durante la noche y se apoderaron de un desfiladero por el que debían marchar los romanos. Este movimiento no pasó desapercibido y el cónsul, que tenía por costumbre levantar el campamento bien entrada la noche, decidió esperar a la luz del día para que los peligros inherentes a un confuso combate no se vieran aumentados por la oscuridad. Aunque ya había bastante luz cuando partió, envió una turma de caballería para reconocer el terreno. Al recibir su informe en cuanto a la fuerza y posición del enemigo, ordenó que se reuniera toda la impedimenta y se ordenó a los triarios que la rodearan con una empalizada. Con el resto de su ejército en formación de batalla, avanzó contra el enemigo. Los galos hicieron lo mismo al ver que su estratagema había sido descubierta y que tendrían que librar una batalla campal en la que se impusieran por el valor.

[35.5] El combate dio comienzo alrededor de la segunda hora. El ala izquierda, con la caballería aliada, y las fuerzas especiales combatían en primera línea, bajo el mando de dos generales de rango consular: Marco Marcelo y Tiberio Sempronio; el último había sido cónsul el año anterior. El cónsul Mérula estaba unas veces junto a los estandartes de vanguardia y otras reteniendo a las legiones de reserva, para que no se lanzaran al frente, en su afán por combatir, antes de que se diera la señal. Dos tribunos militares, Quinto y Publio Minucio, recibieron órdenes de sacar la caballería de aquellas dos legiones fuera de la línea y que lanzaran una carga, sin estorbos, cuando se les diera la señal. Mientras el cónsul tomaba estas disposiciones, llegó un mensaje de Tiberio Sempronio Longo informándole de que las fuerzas especiales no podían resistir la embestida de los galos, que muchos habían resultado muertos y los supervivientes, en parte por cansancio y en parte por miedo, habían perdido combatividad. Preguntaba al cónsul, por tanto, si aprobaba el envío de una de las legiones antes de que resultaran humillados por la derrota. Se envió a la segunda legión y se retiró al cuerpo especial, quedando restaurada la batalla al llegar la legión con sus hombres frescos y sus manípulos al completo. Conforme se retiraba el ala izquierda de la línea de combate, el ala derecha se aproximaba a primera línea. El sol abrasaba los cuerpos de los

galos, que no podían soportar el calor; no obstante, soportaron los ataques de los romanos en formación cerrada, apoyándose unas veces en los demás y otras en sus escudos. Al observar esto, el cónsul ordenó a Cayo Livio Salinator, que mandaba la caballería aliada, que enviase a sus hombres a galope tendido contra ellos, quedando como reserva la caballería de las legiones. Este huracán de caballería confundió, desordenó y, finalmente, rompió las líneas de los galos, aunque no hasta obligarlos a huir. Sus jefes empezaron por detener cualquier intento de huída golpeando a los indecisos con sus lanzas y obligándolos a volver a sus líneas; sin embargo, la caballería de las alas, galopando entre ellos, no les dejaban hacerlo. El cónsul pedía a sus hombres un esfuerzo más, les decía que tenían la victoria al alcance de sus manos, veían como se desordenaba y desmoralizaba el enemigo, y debían presionarlos con su ataque. Si les permitían rehacer sus filas, la batalla empezaría de nuevo con resultado incierto. Ordenó que avanzaran los signíferos y, con un esfuerzo al unísono, obligaron al enemigo a ceder. Una vez se dispersó y puso en fuga a los galos, se envió a la caballería de las legiones a perseguirles. Catorce mil boyos murieron en el combate de aquel día, se hizo prisioneros a mil novecientos dos, entre ellos a setecientos veintiuno de su caballería, incluyendo tres jefes; además, se capturaron doscientas doce enseñas militares y sesenta y tres carros militares. Tampoco resultó incruenta la victoria para los romanos; perdieron más de cinco mil hombres, suyos o del contingente aliado, entre ellos 23 centuriones, cuatro prefectos de los aliados y tres tribunos militares de la segunda legión, Marco Genucio, Quinto Marcio y Marco Marcio.

[35.6] Casi el mismo día, llegaron a Roma las cartas de los dos cónsules. La de Lucio Cornelio contenía su informe de la batalla de Módena; la de Quinto Minucio, en Pisa, declaraba que le había tocado en suerte la celebración de las elecciones, pero que toda la situación en la Liguria era tan incierta que le resultaba imposible abandonarla sin causar la ruina de los aliados y dañar los intereses de la República. Sugería que, si al Senado le parecía bien, podría enviar recado a su colega, que prácticamente había dado fin a la guerra en la Galia, pidiéndole que regresara a Roma para celebrar las elecciones. Si Cornelio se oponía, alegando que aquello no era parte de las funciones que se sortearon, él estaría dispuesto, sin embargo, a hacer lo que decidiera el Senado. No obstante, él les rogaba que examinaran larga y cuidadosamente la cuestión y que miraran si no interesaría más al Estado el nombramiento de un interrex a que él regresara de su provincia en aquellas condiciones. El Senado encargó a Cayo Escribonio que enviara dos delegados de rango senatorial a Lucio Cornelio, para que le mostraran la carta que había remitido su colega a la Cámara y para que le informara de que, a menos que viniese él a Roma para celebrar las elecciones de los nuevos magistrados, el Senado tendría que dar su consentimiento al nombramiento de un interrex, para no llamar de vuelta a Quinto Minucio de una guerra que apenas acababa de empezar. Los delegados regresaron con la noticia de que Lucio Cornelio vendría a Roma para la elección de los nuevos magistrados. La carta que aquel había enviado después de su enfrentamiento con los boyos, dio lugar a un debate en el Senado. Marco Claudio había escrito, de manera no oficial, a la mayoría de los senadores afirmando que era a la buena fortuna de Roma y a la valentía de los soldados a las que tenían que agradecer cualquier victoria lograda. Cuanto el cónsul había hecho era perder un gran número de sus hombres y permitir que el enemigo se le escapara de entre las manos cuando tuvo la ocasión de aniquilarlos. Sus pérdidas se debieron, principalmente, a la demora en dar con sus reservas el relevo a la primera línea, que estaba siendo sobrepasada. El enemigo pudo escapar por que tardó demasiado en dar la orden a la caballería legionaria, impidiendo así que persiguieran a los fugitivos.

[35.7] El Senado acordó no debía tomarse ninguna decisión apresurada sobre este asunto y que se aplazaría el debate a una reunión posterior. Había otra cuestión urgente a tratar, pues los ciudadanos estaban sufriendo la presión de los prestamistas y, aunque se habían promulgado numerosas leyes para moderar su avaricia, se escapaban mediante la artimaña de traspasar las deudas a individuos de las ciudades aliadas a quienes no afectaban aquellas leyes. De esta manera,

los deudores estaban siendo abrumados por unos intereses ilimitados. Tras discutir sobre el mejor sistema para controlar esta práctica, se decidió fijar como fecha límite la próxima festividad de las Feralias; los miembros de las ciudades aliadas que prestasen dinero a ciudadanos romanos después de aquella fecha lo habrían de declarar y desde aquel día los deudores podrían escoger a qué normas sobre los créditos se acogían. Después, cuando tras las declaraciones se descubrió la magnitud de las deudas contraídas por este sistema fraudulento, uno de los tribunos de la plebe, Marco Sempronio, fue autorizado por el Senado para proponer al pueblo una medida, que este aprobó, disponiendo que las deudas contraídas con miembros de las comunidades aliadas y latina se regirían por las mismas leyes que las contraídas con ciudadanos romanos. Estos fueron los principales acontecimientos militares y políticos en Italia. En Hispania, la guerra no resultó en absoluto tan grave como decían los rumores. Cayo Flaminio, en la Hispania Citerior, tomó la ciudad fortificada de Ilucia, en el territorio de los oretanos. Llevó después sus tropas a sus cuarteles de invierno, librando durante este varias acciones sin importancia para rechazar lo que eran más correrías de bandidos que ataques de tropas enemigas. Sin embargo, no siempre tuvo éxito y sufrió algunas pérdidas. Marco Fulvio dirigió operaciones de más importancia: libró una batalla campal cerca de Toledo contra una fuerza combinada de vaceos, vetones y celtíberos, los derrotó y puso en fuga e hizo prisionero a su rey, Hilerno.

[35,8] Mientras tanto, se acercaba la fecha de las elecciones y Cornelio Lucio, después de entregar su mando a Marco Claudio, marchó a Roma. Después de explayarse en el Senado sobre sus servicios y el estado en que había dejado la provincia, quejándose a continuación ante los padres conscriptos porque no se hubiera rendido el debido homenaje a los dioses inmortales, tras haberse terminado guerra tan grave mediante una única batalla victoriosa. Solicitó luego a la Curia que decretase una acción de gracias pública, así como un triunfo para él. Antes de que se planteasen aquellas cuestiones, sin embargo, Quinto Metelo, que había desempeñado los cargos de cónsul y dictador, declaró que la carta que Lucio Cornelio había remitido al Senado se contradecía con la enviada por Marco Marcelo a la mayoría de senadores, habiéndose aplazado el debate sobre este respecto para que pudiera celebrarse cuando los autores de aquellas cartas estuvieran presentes. Él había esperado, por tanto, que el cónsul, sabedor de que su lugarteniente había efectuado algunas declaraciones en su contra, lo llevaría de regreso con él al tener que regresar a Roma, pues además el ejército se debía entregar a Tiberio Sempronio, que ya tenía el imperio, y no a un legado. Ahora parecía como si hubiera quitado intencionadamente a aquel hombre toda oportunidad de haber repetido sus declaraciones frente a frente con su oponente, mientras se le podría rebatir si hacía alguna afirmación sin base y se determinaba la verdad con toda claridad. Por lo tanto, su opinión era que no se debía tomar ninguna decisión, por el momento, en cuanto a lo solicitado por el cónsul. Como el cónsul aún insistiera en solicitar del Senado un decreto de acción de gracias y que se le autorizara a procesionar en triunfo por la Ciudad, dos de los tribunos de la plebe, Marco y Cayo Titinio dijeron que ejercerían su derecho de veto si se aprobaba una resolución del Senado a tal efecto.

[35.9] Los censores que habían sido elegidos durante el año anterior fueron Sexto Elio Peto y Cayo Cornelio Cétego. Cornelio cerró el lustro. Se censaron doscientos cuarenta y tres mil setecientos cuatro ciudadanos. Hubo aquel año lluvias torrenciales y las partes bajas de la Ciudad quedaron inundadas por el río Tíber. Cerca de la Puerta Flumentana se derrumbaron algunos edificios. La Porta Celimontana resultó alcanzada por el rayo, al igual que varios puntos de la muralla adyacente a ella. En Aricia, Lanuvio y en el Monte Aventino se produjo una lluvia de piedras. Se informó desde Capua de que un gran enjambre de avispas voló por el foro y se instaló en el templo de Marte, recogiéndolas cuidadosamente y quemándolas. A consecuencia de estos portentos, se ordenó a los decenviros de los Libros Sagrados que los consultasen. Se ofrecieron sacrificios durante nueve días, señalándose la práctica de rogativas públicas y purificándose la

Ciudad. Por aquellas fechas, Marco Porcio Catón dedicó la capilla de Victoria Virgen, próxima al templo de la Victoria, que había ofrecido mediante voto dos años antes. Durante aquel año se estableció una colonia latina en el Fuerte Ferentino, en territorio de Turios. Los triunviros que supervisaron la colonización fueron Aulo Manlio Volso, Lucio Apustio Fulón y Quinto Elio Tuberón, siendo el último el que había presentado la propuesta para efectuar su asentamiento. Los colonia estaba compuesta por tres mil hombres de infantería y trescientos de caballería, lo que resultaba un número pequeño en proporción a la cantidad de tierra disponible. Podrían haberse asignado treinta yugadas a cada soldado de infantería y sesenta a los de caballería; pero siguiendo el consejo de Apustio, se reservó un tercio de las tierras para que, si se deseaba, se pudieran asignar a nuevos colonos. Así pues, la infantería recibió veinte yugadas y la caballería cuarenta cada uno.

[35.10] El año estaba llegando a su fin y la campaña para las elecciones consulares estaba más encendida que nunca. Había muchos y poderosos candidatos, tanto patricios como plebeyos. Los candidatos patricios eran Publio Cornelio Escipión Nasica, el hijo de Cneo, que había regresado recientemente de su provincia en Hispania con un brillante historial; Lucio Quincio Flaminino, que había mandado la flota en Grecia, y Cneo Manlio Volso. Los candidatos plebeyos eran Cayo Lelio, Cneo Domicio, Cayo Livio Salinator y Manio Acilio. Sin embargo, todos fijaban la vista en Quincio y Cornelio, pues ambos eran patricios, competían por la misma plaza y los dos tenían grandes méritos por su reciente gloria militar. Pero, sobre todo, eran los hermanos de ambos candidatos los que hacían que la competencia resultara tan emocionante, pues eran los comandantes más brillantes de su época. Escipión tenía la más espléndida de las reputaciones, pero aquel mismo esplendor le exponía aún más a la envidia; la reputación de Quincio era de más reciente aparición, pues su triunfo había sido celebrado durante aquel año. Además, el primero había estado expuesto continuamente a la vista pública durante casi diez años, una circunstancia que tiende a disminuir el respeto sentido por los grandes hombres, pues la gente termina hastiada de ellos. Había sido nombrado cónsul por segunda vez después de su derrota final de Aníbal, y también censor. En el caso de Quincio, toda su popularidad era nueva y basada en sus recientes éxitos; desde su triunfo, nada había pedido al pueblo y nada había recibido de este. Decía que él pedía el voto para su hermano de sangre, no para un primo; lo pedía para quien había sido su lugarteniente en la guerra y copartícipe en la dirección de la campaña, habiendo él dirigido la campaña terrestre y su hermano la marítima. Con estos argumentos logró derrotar a su competidor, a pesar de que estaba apoyado por su hermano el Africano, por la gens Cornelia y por el hecho de que las elecciones estuvieran dirigidas con un Cornelio cónsul, al que el Senado tenía en tan gran consideración que había sido declarado el mejor de los ciudadanos y designado para recibir a la Madre del Ida, cuando llegó a Roma desde Pesinunte. Lucio Quincio y Cneo Domicio Ahenobarbo fueron los elegidos; de modo que incluso en el caso del candidato plebeyo, Cayo Lelio, Escipión, que había estado pidiendo el voto para él, fue incapaz de lograr su elección. Al día siguiente fueron elegidos los pretores. Los candidatos electos fueron Lucio Escribonio Libón, Marco Fulvio Centumalo, Aulo Atilio Serrano, Marco Bebio Tánfilo, Lucio Valerio Tapón y Quinto Salonio Sarra. Marco Emilio Lépido y Lucio Emilio Paulo se distinguieron aquel año como ediles. Multaron a gran número de arrendadores de pastos públicos y de la recaudación hicieron escudos dorados, que colocaron en el frontón del templo de Júpiter. También construyeron dos pórticos: uno en el exterior de la puerta Trigémina, terminado con un muelle sobre el Tíber, y una segunda galería que iba desde la puerta Fontinal hasta el altar de Marte, por donde se pasaba al Campo de Marte.

[35,11] Durante bastante tiempo nada digno de memoria había ocurrido en Liguria, pero hacia final de año las cosas estuvieron por dos veces abocadas a un grave peligro. El campamento del cónsul fue atacado, siendo rechazado el ataque con gran dificultad; cuando, no mucho después, marchaba el ejército romano a través de un desfiladero, un ejército ligur se apoderó de la salida del mismo. Al estar bloqueada la salida, el cónsul decidió volver atrás e hizo contramarchar a sus

hombres. Sin embargo, la entrada, a sus espaldas, también había sido ocupada por una parte de las fuerzas enemigas; no solo se imaginaban los soldados el desastre de Caudio, ya casi se les presentaba ante su vista[3]. Entre sus tropas auxiliares tenía el cónsul alrededor de 800 jinetes númidas. Su prefecto aseguró el cónsul que podría abrirse paso a través de cualquiera de los pasos que eligiera, siempre que pudiera decirle en qué dirección estaban los pueblos más numerosos para que él pudiera atacarlos e incendiar inmediatamente sus casas, de manera que la alarma así creada pudiera obligar a los ligures a dejar sus posiciones en el desfiladero y acudir en ayuda de sus compatriotas. El cónsul elogió grandemente su plan y le prometió una abundante recompensa. Los númidas montaron en sus caballos y empezaron a cabalgar hacia los puestos avanzados enemigos sin mostrarse agresivos. Nada a primera vista parecía más despreciable que el aspecto que presentaban; los caballos y los hombres eran igualmente delgados y diminutos; los jinetes no llevaban armadura y, excepto por las jabalinas que portaban, iban desarmados; los caballos andaban sin bridas y su paso parecía torpe, trotando como solían con el cuello rígido y la cabeza extendida hacia delante. Ellos hicieron cuanto estaba en su mano para aumentar aquel desprecio: se dejaban caer de los caballos y presentaban un espectáculo ridículo. Así pues, los hombres de los puestos avanzados, que se habían puesto inicialmente en estado de alerta y se habían dispuesto a rechazar un ataque, dejaron ahora a un lado sus armas y se sentaron a contemplar el espectáculo. Los númidas se adelantaban al galope y daban luego la vuelta, pero acercándose siempre un poco más a la salida, como si fueran llevados por sus caballos, a los que parecían incapaces de controlar. Finalmente, picando espuelas, se abrieron paso a galope tendido a través de los puestos avanzados enemigos y, saliendo a campo abierto, dieron fuego a todos los edificios próximos al camino, y después al primer pueblo que se encontraron, reduciéndolo a escombros a fuego y espada. La visión del humo, los gritos de los aterrados habitantes del pueblo y la huida precipitada de los ancianos y los niños produjeron una gran conmoción en el campamento ligur y, sin esperar órdenes o concertar alguna acción, cada hombre corrió a proteger sus propiedades; en un momento, el campamento quedó abandonado. El cónsul, liberado del bloqueo, pudo llegar a su destino.

[35.12] Ni los boyos ni los hispanos, sin embargo, con los que Roma había guerreado aquel año, resultaron enemigos tan encarnizados como los etolios. Después que los ejércitos romanos hubieron evacuado Grecia, aquellos esperaban que Antíoco se apoderaría de aquella parte de Europa desocupada y que ni Filipo ni Nabis permanecerían ociosos. Al ver que no se producía ningún movimiento en parte alguna, decidieron impedir que se vieran frustrados sus deseos y hacer algo para provocar agitación y confusión; por consiguiente, convocaron una asamblea en Naupacto. En ella, su pretor Toante se quejó del injusto trato que le dieron los romanos y de la posición en que quedaban los etolios, pues tras una victoria lograda gracias a ellos eran, de todos los estados y ciudades de Grecia, los que menos recompensa obtuvieron. Aconsejó que se enviaran embajadores a los tres reyes para averiguar sus intenciones e incitarles con los argumentos adecuados a la guerra contra Roma. Damócrito fue enviado a Nabis, Nicandro a Filipo y Dicearco, el hermano del pretor, a Antíoco. Demócrito señaló al tirano que se había reducido su poder por culpa de la pérdida de sus ciudades costeras; de ellas obtenía sus soldados, sus naves y sus tripulaciones. Convertido poco menos que en un prisionero tras sus propias murallas, tenía que ver a los aqueos dueños del Peloponeso; nunca tendría otra oportunidad de recuperar sus dominios si dejaba que aquello siguiera así; no había ningún ejército romano en Grecia y ni Gitión ni las demás ciudades laconias en la costa serían consideradas motivo suficiente para hacer regresar sus legiones. Aquellas fueron las razones usadas para influir en el tirano, de modo que, cuando Antíoco desembarcara en Grecia, la conciencia de haber roto su amistad con Roma al maltratar a sus aliados le obligara a unir sus armas a las del monarca sirio.

Nicandro siguió la misma línea en su entrevista con Filipo. Habló con toda su energía, pues

3 Referencia a la célebre derrota de las Horcas Caudinas; ver libro 9,1 y ss.-N. del T.

tenía más argumentos ya que el rey había partido de una posición más elevada que el tirano y, por tanto, había perdido más. Recordó al rey el antiguo prestigio de Macedonia y las victorias de su nación por todo el mundo. Nicandro le aseguró que la política que le recomendaba resultaba segura tanto en su inicio como en su ejecución. Por una parte, no le pedía a Filipo que iniciara acción alguna antes de que estuviera Antíoco en Grecia con su ejército; por otra, había muchas posibilidades de éxito final. ¿Con qué fuerzas podrían defenderse los romanos contra él cuando se aliara con Antíoco y los etolios, si él ya había sostenido sin la ayuda de aquellos una larga lucha contra los romanos y los etolios, que eran por entonces un enemigo más formidable que los romanos? Se refirió también a Aníbal, como un enemigo a Roma desde su nacimiento y que les había matado a más generales y soldados de los que les quedaban. Tales fueron los argumentos empleados con Filipo. Los expuestos por Dicearco en su entrevista con Antíoco fueron diferentes. Le dijo que el botín de guerra obtenido de Filipo pertenecía a los romanos, pero que la victoria fue de los etolios; ellos, y solo ellos, habían permitido que los romanos entraran en Grecia y les proporcionaron las fuerzas que aseguraron la victoria. Pasó luego a enumerar la cantidad de infantería y caballería que estaban dispuestos a proporcionar a Antíoco, los lugares disponibles para asentar su ejército terrestre y los puertos que podrían recibir a su flota. Después, como Filipo y Nabis no estaban presentes para contradecirle, los hizo aparecer falsamente dispuestos a iniciar inmediatamente las hostilidades y preparados para aprovechar la primera oportunidad que se presentara, la que fuere, para recuperar cuanto habían perdido en la guerra. De esta manera, los etolios trataron de levantar la guerra contra Roma en todo el mundo y a la vez.

[35.13] Los reyes, sin embargo, no hicieron nada o, en todo caso, actuaron con mucha lentitud. Nabis envió rápidamente emisarios a todas las ciudades de la costa para fomentar un levantamiento; se ganó a algunos de sus principales ciudadanos mediante sobornos e hizo matar a los que se mantuvieron firmes en su apoyo a Roma. Tito Quincio había confiado a los aqueos la defensa de las ciudades laconas marítimas, y estos no perdieron tiempo en mandar emisarios al tirano para recordarle su tratado con Roma y para advertirse contra la ruptura de la paz que con tanto ahínco había buscado. También enviaron refuerzos a Gitión, que el tirano ya estaba atacando, y mandaron un informe a Roma dando cuenta de lo que estaba pasando. Durante el invierno, Antíoco viajó a Raphia, en Fenicia, para estar presente en la boda de su hija con Ptolomeo, el rey de Egipto, y para finales de invierno regresó a Éfeso a través de Cilicia. Después de enviar a su hijo Antíoco a Siria, a comienzos de la primavera, para vigilar las más lejanas fronteras de su reino por si se producía alguna alteración a sus espaldas, él dejó Éfeso y marchó con todo su ejército terrestre a atacar a los písidas, que habitaban en las proximidades de Sida. Por entonces, los delegados romanos, Publio Sulpicio y Publio Vilio que, como ya me dicho anteriormente, habían sido enviados para entrevistarse con él, recibieron órdenes de visitar antes a Eumenes; tras desembarcar en Elea, marcharon hacia Pérgamo, donde se encontraba el palacio del rey. Eumenes dio la bienvenida a la perspectiva de una guerra contra Antíoco, pues estaba seguro de que un monarca con un poder tan superior al suyo era un vecino problemático en tiempos de paz y, si había guerra, Antíoco no sería más rival para los romanos de lo que había resultado ser Filipo; o bien lo barrían completamente o le derrotaban lo suficiente como para obligarle a someterse a sus condiciones de paz. En este caso, perdería en su favor muchos de sus dominios y sería ya capaz de defenderse de él sin la ayuda de Roma. En el peor de los casos, Eumenes pensaba que sería mejor enfrentarse a cualquier desgracia con los romanos por aliados que, permaneciendo aislado, tener que aceptar la supremacía de Antíoco o, si se negaba, verse obligado a ello por la fuerza. Por estas razones, hizo cuanto pudo para inducir a los romanos, con su influencia personal y sus argumentos, a la guerra.

[35,14] Debido a la enfermedad, Sulpicio se detuvo en Pérgamo; entre tanto, Vilio marchó a Éfeso, pues había escuchado que el rey había iniciado las hostilidades en Pisidia. Permaneció allí unos días y, como resultó que Aníbal estaba allí por entonces, hizo cuanto pudo para entrevistarse

con él, enterarse de sus planes futuros y, de ser posible, alejar de su mente cualquier temor de que le amenazase algún peligro de Roma. Nada más se discutió en las entrevistas, pero sí tuvieron un resultado que, aunque sin intención, pareció deliberadamente buscado, pues hizo disminuir la influencia de Aníbal sobre el rey y atrajo la sospecha sobre cuanto decía o hacía. Claudio, siguiendo los libros escritos en griego de Acilio, dice que Publio Africano fue uno de los delegados y que mantuvo conversaciones con Aníbal en Éfeso; recogiendo, incluso, una de estas. Africano preguntó a Aníbal quién había sido, en su opinión, el más grande general; su respuesta fue *Alejandro de Macedonia, pues con un puñado de hombres derrotó a innumerables ejércitos y recorrió las partes más distantes del mundo, que ningún hombre esperaba visitar.* Africano le preguntó a quién pondría en segundo lugar, y Aníbal respondió: *A Pirro, porque fue el primero en enseñar cómo disponer un campamento y, además, porque nadie mostró más inteligencia en la elección de posiciones y en la disposición de las tropas. Poseía también el arte de atraerse a la gente, al punto que logró que los pueblos de Italia prefirieran el dominio de un rey extranjero al del pueblo romano, que durante tanto tiempo había estado a la cabeza de aquel país.* Al volverle a preguntar Escipión a quién consideraba el tercero, Aníbal, sin ninguna duda, respondió: *Yo mismo.* Riendo abiertamente, Escipión le preguntó: *¿Qué dirías si me hubieras vencido?—Pues la verdad; en ese caso* -respondió Aníbal- *debería ponerme por delante de Alejandro y de Pirro y de todos los demás generales.* Esta respuesta, dicha con aquella astucia cartaginesa y a modo de sorprendente halago, impresionó a Escipión, pues lo había colocado aparte del resto de generales, como si no admitiera comparación.

[35,15] Desde Éfeso, Vilio siguió hasta Apamea. Al ser informado de la llegada del delegado romano, Antíoco se dirigió también allí a su encuentro. Las conversaciones entre ellos transcurrieron casi en la misma línea que las que había mantenido Quincio con los enviados del rey en Roma. La conferencia quedó interrumpida ante la noticia de la muerte del hijo del rey que, como ya se dijo, había sido enviado a Siria. Hubo gran duelo en la corte, lamentándose profundamente la muerte del joven, que ya había dado prueba de tales cualidades que resultaba seguro que, de haber tenido una vida más larga, se habría demostrado como un gran y justo monarca. Cuanto más generalmente amado era por todos, más fuertes fueron las sospechas levantadas por su muerte. El rey, se decía, consideraba a su heredero una amenaza a causa de su avanzada edad y lo había hecho envenenar por ciertos eunucos, una clase de hombres cuyos servicios gustaba el rey de emplear para crímenes de esta índole. Otro motivo que se atribuía al rey reforzó estas sospechas, pues había dado Lisimaquia a su hijo Seleuco y no tenía una sede similar a la que enviar a Antíoco, manteniéndole alejado de su presencia confiriéndole alguna dignidad. La corte, sin embargo, se entregó durante varios días a guardar el luto y dar muestras de profundo dolor; el delegado romano, no deseando ser considerado inoportuno en aquellos momentos tan inadecuados, se retiró a Pérgamo. El rey abandonó la guerra que había empezado y regresó a Éfeso. Allí, con su palacio cerrado por el luto, mantuvo consejos secretos con su principal amigo, un hombre llamado Minio. Minio, poco ducho en política exterior y midiendo el poder del rey por sus campañas en Siria y Asia, estaba plenamente convencido de que Antíoco resultaría superior a los romanos en la guerra por la justicia de su causa y que vencería finalmente en aquella. Como el rey evitó cualquier posterior discusión con los delegados, fuera porque viese que nada se ganaba con ellos o por la depresión producida por su reciente duelo, Minio le dijo que él podía servir como portavoz en nombre del rey, convenciendo a Antíoco para que invitara a los delegados desde Pérgamo.

[35,16]. Sulpicio ya se había recuperado, por lo que ambos delegados marcharon a Éfeso. Minio se disculpó por la falta de asistencia del rey y las negociaciones se desarrollaron en su ausencia. Minio abrió la discusión con un discurso cuidadosamente preparado en el que dijo: *Veo que vosotros, los romanos, reclamáis el impresionante título de "Libertadores de las ciudades de Grecia". Pero vuestros actos no se corresponden con vuestras palabras, pues aplicáis una ley para Antíoco y otra para vosotros mismos. Pues ¿como pueden ser los habitantes de Esmirna y*

Lámpsaco más griegos que los de Nápoles, Regio o Tarento, a los que exigís tributos y naves en virtud de vuestro tratado con ellos? ¿Por qué enviáis cada año un cuestor a Siracusa y otras ciudades griegas de Sicilia, con varas y segures? La única razón que podríais dar sería, por supuesto, que les impusisteis estos términos tras someterlos por las armas. Aceptar, entonces, las mismas razones para Antíoco en los casos de Esmirna, Lámpsaco y las ciudades de Jonia y la Eólide. Estas fueron conquistadas por sus antepasados y se les hizo pagar impuestos y tributos, y por ello reclama los antiguos derechos que ellas. Me gustaría, por lo tanto, que le respondáis sobre estos puntos, si es que estáis dispuestos a discutir sobre una base justa, y no tratáis simplemente de buscar un pretexto para la guerra.

Sulpicio respondió así: *Si estos son los únicos argumentos que puede presentar en apoyo de su causa, Antíoco ha mostrado una inteligente modestia al dejar que sea otro, y no él, quien los presente. Pues ¿qué posible semejanza puede haber entre las circunstancia de los dos grupos de ciudades que has mencionado? Desde el día en que Regio, Tarento y Nápoles pasaron a nuestro poder, hemos exigido el cumplimiento de sus obligaciones sobre un derecho continuamente ejercido y que nunca se ha interrumpido. Estas ciudades, ni por sí mismas ni por medio de ningún otro, hicieron nunca cambios en sus obligaciones; ¿puedes asegurar que sucedió lo mismo con las ciudades de Asia y que, una vez sujetas a los antepasados de Antíoco, permanecieron siempre en poder ininterrumpido de vuestra monarquía? ¿Puedes negar que algunas de ellas han estado sometidas a Filipo, otras a Ptolomeo y otras más han disfrutado durante muchos años una independencia que nadie desafió? Aún concediendo que en uno u otro momento, bajo la presión de circunstancias contrarias, alguna de ellas haya perdido su libertad ¿os da eso el derecho, después de tanto tiempo, para reclamarlas como siervas vuestras? Si así fuera, ¿no habríamos logrado nosotros nada al liberar Grecia de Filipo?, pues es como decir que sus sucesores pueden reclamar su derecho a Corinto, Calcis, la Demetríade y toda la Tesalia. Pero ¿por qué defiendo yo la causa de esas ciudades, cuando resulta más justo que se defiendan ellas mismas y que el rey y nosotros mismos las juzguemos?*

[35,17] A continuación, ordenó que se llamara a los representantes de las ciudades. Eumenes, que esperaba que todo cuanto resultara en una pérdida para Antíoco fuera a añadirse a sus propios dominios, había preparado de antemano a los representantes sobre qué debían decir. Entraron bastantes y, como todos expusieran a un tiempo agravios y exigencias, mezclando cosas justas e injustas, convirtieron el debate en un altercado. Incapaces tanto de hacer como de lograr concesiones, los delegados volvieron a Roma dejando todos los asuntos tan inciertos como cuando llegaron. Tras su partida, el rey convocó un consejo de guerra. En él, cada orador trató de superar en lenguaje violento a los demás, pues cuanto más resentidos se mostraban contra los romanos más probabilidad tenían de ganarse el favor del rey. Uno de ellos denunció las exigencias romanas como arrogantes: *Trataron de imponer exigencias a Antíoco, el monarca más grande en Asia, como si se tratara del vencido Nabis; e incluso al mismo Nabis le permitieron conservar la soberanía sobre su propia ciudad y conservar Lacedemonia, mientras que consideraban una ofensa que Esmirna y Lámpsaco estén bajo el dominio de Antíoco.* Otros argumentaban que aquellas ciudades resultaban, para monarca tan grande, leves e insignificantes motivos de guerra, pero que las demandas injustas siempre empezaban con pequeñas cosas -a menos que creyeran que cuando los persas exigieron tierra y agua a los lacedemonios verdaderamente tenían necesidad de un terrón de tierra y de un trago de agua-. Cosa parecida estaban haciendo los romanos respecto a aquellas dos ciudades; y en cuanto las demás vieran que estas se sacudían el yugo, se pasarían al pueblo libertador. Incluso si la libertad no fuera en sí misma preferible a la servidumbre, todo el mundo, sea cual sea su estado actual, encuentra más atractiva la perspectiva de un cambio.

[35,18] Se encontraba entre los presentes un acarnane llamado Alejandro. Había sido, con anterioridad, amigo de Filipo, pero últimamente se había unido a la más rica y magnificente corte de

Antíoco. Como estaba completamente familiarizado con la situación en Grecia, y poseía un cierto conocimiento de las romanas, había llegado a tales términos de amistad con Antíoco que incluso tomaba parte en sus consejos privados. Aun cuando la cuestión que se discutía no era si se debía o no declarar la guerra, sino simplemente dónde y cómo había que hacerla, él declaró que esperaba una victoria segura si el rey cruzaba a Europa y disponía de algún lugar en Grecia como base de operaciones. En primer lugar, encontraría a los etolios, que viven en el ombligo de Grecia[4] ya en armas, dispuesto a ocupar su lugar en el frente y a encarar los peligros y dificultades de la guerra. Luego, en las que podríamos llamar el ala derecha y el ala izquierda de Grecia, estaba Nabis, dispuesto en el Peloponeso para hacer cuanto pudiera por recuperar Argos y las ciudades marítimas de las que había sido expulsado por los romanos, encerrándolo dentro de las murallas de Lacedemón; en Macedonia, Filipo tomaría las armas en el momento en que escuchase el sonido de las trompetas de guerra; él conocía bien su ánimo y su temperamento, y sabía que había estado dando vueltas en su cabeza a grandes planes de venganza, agitándose la rabia en su pecho como la de una bestia salvaje encerrada o encadenada. Recordó, también, con qué frecuencia durante la guerra de Filipo había suplicado a todos los dioses para que le dieran la ayuda de Antíoco; si se le concedía ahora este ruego, no tardaría un momento en rebelarse. Lo único necesario era que no se produjera ningún retraso y no permanecer inactivos, pues la victoria dependía de ser el primero en conseguir aliados y apoderarse de las posiciones más ventajosas. Aníbal, además, debía ser enviado a África de inmediato para crear una distracción y dividir a las fuerzas romanas.

[35.19] Aníbal no había sido invitado al consejo. Había despertado las sospechas del rey por sus entrevistas con Vilio, y ahora no se le mostraba ningún respeto ni consideración. Durante algún tiempo, llevó esta afrenta en silencio; después, considerando que lo mejor era preguntar la razón de aquel distanciamiento repentino y descartar toda sospecha, eligió un momento oportuno y planteó directamente al rey el motivo de su enfado. Al enterarse de cuál era la razón, le dijo: *Cuando yo era un niño pequeño, Antíoco, mi padre Amílcar me llevó hasta el altar mientras él estaba ofreciendo el sacrificio y me hizo jurar solemnemente que yo nunca sería amigo de Roma. En virtud de este juramento, he combatido durante treinta y seis años; cuando se acordó la paz, ese juramente me hizo salir de mi país natal y me llevó, como un vagabundo sin hogar, hasta tu corte. Si defraudas mis esperanzas, este juramento me llevará donde quiera que encuentre apoyo, donde quiera que sepa que hay armas, y encontraré algún enemigo de Roma aunque tenga que buscarlo por todo el mundo. Por tanto, si a alguno de tus cortesanos les gusta buscar tu favor acusándome a mí, que busquen otro medio para hacer méritos que no sea a mi costa. Odio a los romanos y los romanos me odian a mí. Mi padre Amílcar y todos los dioses son testigos de que estoy diciendo la verdad. Así pues, cuando pienses en una guerra contra Roma, cuenta a Aníbal entre los primeros de tus amigos; si las circunstancias te obligan a permanecer en paz, busca a otro con quien discutir tus planes.* Este discurso tuvo un gran efecto sobre el rey y dio lugar a la reconciliación con Aníbal. Se salió del consejo con la determinación de que se hiciera la guerra.

[35.20] En Roma, todo el mundo hablaba de Antíoco como de un enemigo cierto, pero más allá de esta actitud, no se hacía ningún preparativo para la guerra. *(192 a.C.)* Se había asignado Italia a ambos cónsules, en el entendimiento de que llegarían a un mutuo acuerdo o que sortearían cuál de ellos presidiría las elecciones aquel año. Aquel a quien no correspondiera aquella obligación debía estar dispuesto a llevar las legiones donde quiera que fueran necesarias, más allá de las costas de Italia. Se le autorizó a alistar dos nuevas legiones, así como a veinte mil infantes y ochocientos de caballería de las ciudades aliadas latinas. Las dos legiones que Lucio Cornelio había mandado como cónsul el año anterior quedaban asignadas al otro cónsul, junto con quince mil infantes

4 Alusión al omphalós, la piedra sagrada que estaba en el Santuario de Apolo, en Delfos, y que señalaba el ombligo del mundo.-N. del T.

aliados y quinientos jinetes extraídos del mismo ejército. Quincio Minucio conservó su mando y el ejército que tenía en la Liguria, y se le ordenó que lo complementase con cuatro mil infantes romanos y ciento cincuenta jinetes, mientras los aliados debía proporcionarle cinco mil infantes y doscientos cincuenta de caballería. A Cneo Domicio correspondería una provincia fuera de Italia, la que estimase el Senado; Lucio Quincio obtuvo la Galia como provincia así como la celebración de las elecciones. El resultado del sorteo entre los pretores fue el siguiente: Marco Fulvio Centumalo recibió la pretura urbana y Lucio Escribonio Libón la peregrina; a Lucio Valerio Tapón correspondió Sicilia, Cerdeña a Quinto Salonio Sarra; a Marco Bebio Tánfilo, Hispania Citerior; la Hispania Ulterior fue para Aulo Atilio Serrano. A estos dos últimos, sin embargo, se les permutaron sus mandos, en primera instancia, por una resolución del Senado y luego además por un plebiscito; A Aulo Atilio se le asignó la flota y Macedonia y Bebio fue nombrado para el mando en el Brucio. Flaminio y Fulvio vieron prorrogado su mando en las dos Hispanias. Bebio recibió, para sus operaciones en el Brucio, las dos legiones que habían estado acuarteladas anteriormente en la Ciudad, así como quince mil infantes y quinientos jinetes que proporcionarían los aliados. A Atilio se le ordenó la construcción de treinta quinquerremes, requisar de los astilleros los barcos antiguos que le pudieran resultar de utilidad y enrolar marineros. Los cónsules debían proporcionarle mil infantes romanos y dos mil aliados. Se decía que estos dos pretores, con sus fuerzas navales y terrestres, operarían contra Nabis, que estaba en aquellos momentos atacando a los aliados de Roma. Se esperaba, no obstante, la vuelta de los delegados enviados a Antíoco y el Senado prohibió a Cneo Domicio que abandonase la ciudad hasta su regreso.

[35,21] Los pretores Fulvio y Escribonio, cuya misión consistía en administrar justicia en Roma, recibieron el encargo de equipar cien quinquerremes, además de la flota que iba a mandar Bebio. Antes de que el cónsul y los pretores partieran para sus destinos, se celebraron solemnes rogativas a causa de diversos portentos. Llegaron noticas desde Piceno sobre una cabra que había parido seis cabritos en un único parto; En Arezzo nació un niño con solo una mano; en Pescara se produjo una lluvia de tierra; En Formia, resultaron alcanzadas por un rayo la muralla y una de las puertas. Sin embargo, el informe más terrible fue que un buey propiedad de Cneo Domicio había pronunciado las palabras *Roma, cave tibi*[5]. Con respecto a los demás portentos, se ofrecieron rogativas públicas; pero en el caso del buey, los arúspices ordenaron que se le guardase y alimentase cuidadosamente. El Tíber se desbordó sobre la Ciudad con mayor ímpetu que el año anterior, destruyendo dos puentes y numerosos edificios, la mayor parte de ellos en las proximidades de la puerta Flumentana. Una gran piedra, socavada por las fuertes lluvias o por un terremoto demasiado débil para haberse notado, cayó desde el Capitolio sobre el barrio Yugario y aplastó a mucha gente. En las zonas rurales, muchas cabezas de ganado fueron arrastradas por las inundaciones, quedando arruinados muchos caseríos. Antes de que el cónsul Lucio Quincio llegase a su provincia, Quinto Minucio libró una batalla campal contra los ligures cerca de Pisa. Dio muerte a nueve mil enemigos y obligó a los demás a huir a su campamento, que fue atacado y se defendió mediante furiosos combates sostenidos hasta el anochecer. Durante la noche, los ligures se escabulleron en silencio y, al amanecer, los romanos entraron en el abandonado campamento. Encontraron menos botín del esperado, pues los ligures tenían costumbre de enviar lo que capturaban en los campos a sus hogares. Después de esto, Minucio no les dio tregua; avanzando desde Pisa, devastó sus castillos y aldeas, cargándose los soldados romanos con el botín del que los ligures se habían apoderado en Etruria y que habían enviado a sus casas.

[35,22] Por este mismo tiempo, regresaron a Roma los delegados de su visita a los reyes. Las noticias que traían consigo no descubrían ningún motivo para una ruptura inmediata de hostilidades, excepto en el caso del tirano de Lacedemonia que, como también dijeron los embajadores aqueos,

5 Roma, guárdate o Roma, ten cuidado.-N. del T.

estaba atacando la zona costera de Laconia, contraviniendo el pacto de alianza. Se envió la flota a Grecia, al mando de Atilio, para proteger a los aliados. Como no había peligro inminente de Antíoco, se decidió que ambos cónsules partieran hacia sus provincias. Domicio marchó contra los boyos desde Rímini, el punto más cercano, y Quincio efectuó su avance a través de la Liguria. Ambos ejércitos, en sus respectivas rutas, devastaron el territorio a lo largo y a lo ancho. Algunos jinetes boyos, con sus prefectos, se pasaron a los romanos; a estos les siguió todo su senado y, finalmente, hombres de cierta dignidad o riqueza, hasta la cantidad de mil quinientos, se pasaron al cónsul. Los romanos tuvieron éxito aquel año en ambas provincias hispanas. Cayo Flaminio puso sitio y capturó Licabro, plaza rica y muy fortificada, tomando prisionero al noble régulo Corribilón. El procónsul, Marco Fulvio, libró dos combates victoriosos y asaltó muchas plazas fortificadas, así como dos ciudades, Vescelia y Helo; otras se rindieron voluntariamente. Después marchó contra los oretanos y, tras apoderarse de dos ciudades, Noliba y Cusibi, avanzó hasta el Tajo. Aquí había una pequeña ciudad, pero bien defendida por su posición, Toledo, y mientras la estaba atacando los vetones enviaron un gran ejército para liberarla. Fulvio los derrotó en batalla campal y, tras ponerlos en fuga, asedió y capturó la plaza.

[35,23] Estas guerras en marcha, sin embargo, ocupaban mucho menos los pensamientos del Senado que la amenazante posibilidad de guerra con Antíoco. A pesar de que recibían de tanto en tanto informes completos de sus embajadores, flotaban en el aire rumores vagos e inciertos en los que lo verdadero se mezclaba, en gran medida, con lo falso. Entre otras cosas, se informó de que tan pronto llegara Antíoco a Etolia, enviaría de seguido su flota a Sicilia. Atilio ya había sido enviado con su flota a Grecia, pero como el Senado, además de las tropas quería asegurarse su autoridad también sobre las ciudades aliadas, envió comisionados en misión especial a Tito Quincio, Cneo Octavio, Cneo Servilio y Publio Vilio, aprobándose un decreto mediante el que se ordenaba a Marco Bebio que desplazara sus legiones desde el Brucio a Tarento y Brindisi, y que si las circunstancias lo hacían necesario las transportase a Macedonia. Se ordenó a Marco Fulvio que enviara una flota de veinte buques para proteger Sicilia, y que su comandante estuviera investido de plenos poderes. El mando fue conferido a Lucio Opio Salinator, que había sido edil plebeyo el año anterior. El pretor debía también informar por escrito a su colega, Lucio Valerio, de que se temía que Antíoco enviara su flota a Sicilia y que, por lo tanto, el Senado había dispuesto que reforzara su ejército alistando una fuerza de emergencia de doce mil infantes y cuatrocientos jinetes, para defender la parte de la costa siciliana que daba a Grecia. El pretor consiguió los hombres para aquella fuerza tanto las islas adyacentes como de la propia Sicilia, situando guarniciones en todas las poblaciones de la cosa frente a Grecia. Tales rumores se vieron fortalecidos por la llegada de Atalo, el hermano de Eumenes, quien trajo la noticia de que Antíoco había cruzado el Helesponto con su ejército y que los etolios se estaban disponiendo a tomar las armas en el momento que llegara. Se acordó dar las gracias formalmente tanto a Eumenes, ausente, como a Atalo, que estaba presente. Este último fue tratado como huésped del Estado y adecuadamente alojado; además, se le regalaron dos caballos, dos equipamientos ecuestres, cien libras en vasijas de plata y veinte en vasijas de oro.

[35,24] Como, mensajero tras mensajero, llegaba noticia de que la guerra era inminente, se consideró asunto de gran importancia que se celebraran las elecciones consulares en la fecha más temprana posible. El Senado, por lo tanto, resolvió que Marco Fulvio debía escribir de inmediato al cónsul informándole de que el Senado deseaba que entregase el mando a sus generales y regresara a Roma. Cuando estuviera de camino, debía enviar su edicto convocando los comicios para las elecciones consulares. El cónsul llevó a cabo estas instrucciones, envió el edicto y regresó a Roma. También este año fueron reñidas las elecciones, pues competían tres patricios a un mismo cargo, a saber, Publio Cornelio Escipión Nasica, el hijo de Cneo Escipión, que había sido derrotado el año anterior; Lucio Cornelio Escipión y Cneo Manlio Volso. Como prueba de que el honor solo se había aplazado, que no negado, a un hombre tan eminente como él, se le otorgó el consulado a Publio

Escipión, siéndole asignado como colega el plebeyo Manio Acilio Glabrión. Resultaron elegidos pretores al día siguiente Lucio Emilio Paulo, Marco Emilio Lépido, Marco Junio Bruto, Aulo Cornelio Mámula, Cayo Livio y Lucio Opio, estos dos últimos llevaban ambos el sobrenombre Salinator. Opio era aquel que había llevado la flota de veinte naves a Sicilia. Mientras los nuevos magistrados sorteaban sus provincias, Bebio recibió órdenes de navegar con todas sus fuerzas desde Brindisi hasta el Epiro y permanecer cerca de Apolonia; se encargó a Marco Fulvio la construcción de cincuenta quinquerremes nuevos.

[35.25] Mientras el pueblo romano se preparaba de esta modo a enfrentar cualquier ataque por parte de Antíoco, Nabis ya estaba atacando y dedicaba todas sus fuerzas al asedio de Gitión. Los aqueos habían enviado socorro a la ciudad sitiada, y él, en venganza, devastó su territorio. Aquellos no se aventuraron a entrar en guerra hasta que no hubieron regresado sus delegados de Roma y supieron de la decisión del Senado. A su regreso, convocaron una asamblea que debía reunirse en Sición y enviaron delegados para solicitar a Tito Quincio que los aconsejara. Los miembros de la asamblea estaban unánimemente a favor de entrar inmediatamente en acción; pero vacilaron cuando se leyó una carta de Tito Quincio en la que les aconseja que esperasen al pretor romano y su flota. Algunos de los dirigentes mantuvieron su opinión, pero otros pensaban que, tras consultar a Tito Quincio, debían seguir su consejo. La gran mayoría, sin embargo, esperaron a oír la opinión de Filopemén. Él era por entonces su pretor y superaba a todos sus contemporáneos en prudencia y prestigio. Comenzó alabando la sabiduría de la norma que habían adoptado los aqueos, prohibiendo que su pretor expresara su propio punto de vista cuando el asunto a discutir era la guerra. Él les invitaba a tomar una decisión rápida sobre qué deseaban; su pretor ejecutaría su decisión fiel y escrupulosamente, y trataría, dentro de los límites de la prudencia humana, de hacer cuanto pudiera para impedir que se lamentaran, tanto si se mostraban a favor de la paz como de la guerra. Este discurso sirvió más para incitarlos a la guerra que si hubiera abogado por ella abiertamente dejando ver sus deseos de dirigirla. El consejo se mostró, mediante votación unánime, a favor de las hostilidades, pero dejó la fecha y la dirección de las operaciones a absoluta discreción del magistrado. Filopemén era de la misma opinión que ya había expresado Quincio: que debían esperar la llegada de la flota romana que protegería Gitión por mar; pero temía que la situación no admitiera retraso y que no solo se perdiera Gitión, sino todas las fuerzas enviadas a defenderla. En consecuencia, ordenó echar a la mar los barcos aqueos.

[35,26] El tirano había entregado su antigua flota a los romanos, según una de las condiciones de paz, pero había reunido una pequeña fuerza naval consistente en tres buques con cubierta, junto con algunos lembos y naves ligeras, para impedir que llegara cualquier tipo de ayuda por mar a la ciudad. Con el fin de probar la resistencia de estos nuevos barcos y dejarlos listos para el combate, los hacía salir a la mar cada día, ejercitándose los soldados y los marineros mediante combates simulados, pues consideraba que la posibilidad de éxito del asedio dependía de su capacidad para interceptar cualquier ayuda venida por mar. Aunque el pretor de los aqueos podía competir en experiencia y destreza militar terrestre con los comandantes más famosos, era completamente inexperto en asuntos navales; él era natural de Arcadia, país de interior, desconociendo cualquier cosa del mundo exterior a excepción de Creta, donde había servidor como prefecto de una fuerza de tropas auxiliares. Había una vieja quadrirreme que había sido capturada ochenta años atrás cuando transportaba a Nicea, la esposa de Crátero, desde Lepanto a Corinto. Atraído por todo lo que había oído contar sobre esta nave, que había sido una famosa unidad de la flota real, ordenó que se trajera desde Egio, pese a estar ya muy podrida y con sus maderas separándose por la edad. Estando este buque al frente de la flota y sirviendo de buque insignia, con el prefecto de la flota, Tiso de Patras, a bordo, se encontró con los barcos lacedemonios que venían desde Gitión. Al primer choque contra el buque nuevo y sólido, el antiguo, que hacía aguas por todas partes, se deshizo completamente y todos los de a bordo fueron hechos prisioneros. El resto de la flota, después de ver perdido el buque

insignia, huyó a fuerza de remos como pudo. El mismo Filopemén logró escapar en un barco ligero, no dejando de huir hasta llegar a Patras. Este incidente no desanimó en lo más mínimo a aquel hombre, que era un soldado veterano y había tenido experiencias de todo tipo; por el contrario, declaró que si había cometido un error desafortunado en asuntos navales, de los que nada sabía, tenía todos los motivos para esperar la victoria en otros sobre los que su experiencia era bien conocida, y que prometía que sería corta la alegría del tirano por su éxito.

[35,27] Muy eufórico por su victoria, Nabis no temió nada más por mar y decidió entonces cerrar todos los accesos por la parte terrestre, mediante una adecuada disposición de sus tropas. Retiró un tercio del ejército que estaba asediando Gitión y lo hizo acampar en Pleyas, en una posición dominante tanto sobre Leucas como sobre Acrias, pues suponía que el enemigo probablemente avanzaría desde aquella dirección. Aunque se trataba de un campamento estable, solo algunas tropas tenían tiendas de campaña; la mayoría de los soldados construyeron chozas con cañas y ramas para protegerse del sol. Antes de llegar a la vista del enemigo Filopemén decidió sorprender al enemigo con una clase de ataque que no esperaba. Reuniendo algunas pequeñas embarcaciones en un apartado fondeadero de la costa argiva, las tripuló con infantería ligera, en su mayor parte armada con cetras, a las que proporcionó hondas, jabalinas y otras armas ligeras. Navegando cerca de la costa, llegó a un promontorio próximo al campamento del enemigo, donde desembarcó sus hombres e hizo una marcha nocturna hasta Patras por caminos conocidos. Los centinelas enemigos, no temiendo ningún peligro inmediato, estaban dormidos, y los hombres de Filopemén prendieron fuego a las chozas por todas partes del campamento. Muchos perecieron en el fuego antes de ser conscientes de la presencia del enemigo; aquellos que se habían dado cuenta fueron incapaces de prestarles ninguna ayuda. Entre el fuego y la espada, la destrucción fue completa y muy pocos escaparon a la muerte de uno u otro tipo, los que escaparon huyeron al campamento principal frente a Gitión. Inmediatamente después de golpear así al enemigo, Filopemén llevó sus fuerzas hasta Trípoli, en Laconia, cerca del territorio megalopolitano, y antes de que el tirano pudiera mandar tropas desde Gitión para proteger los campos, logró llevarse una gran cantidad de botín, tanto en hombres como en ganado.

A continuación, reunió el ejército de la liga en Tegea, convocando también a los aqueos y a sus aliados a una asamblea, donde estarían presentes los dirigentes del Epiro y la Acarnania. Como sus fuerzas ya se habían recobrado suficientemente de la humillación de su derrota naval y el enemigo, por tanto, estaba por su parte desanimado, decidió marchar sobre Lacedemón, pues le parecía la única forma de que el enemigo se retirase de su asedio sobre Gitión. Su primera parada en territorio enemigo fue en Carias, y el mismo día en que acampó aquí fue capturada Gitión. Sin saber lo ocurrido, siguió su avance hasta llegar al Barnostenes, un monte situado a diez millas de Lacedemón. Después de tomar Gitión, Nabis regresó con su ejército desembarazado del bagaje, y pasando rápidamente Lacedemón alcanzó una posición conocida como Campamento de Pirro, donde estaba seguro que se dirigían los aqueos. Desde allí, avanzó para enfrentarles. Debido a la estrechez de la carretera, sus fuerzas se extendían en una columna de casi cinco millas de longitud. La caballería y la mayor parte de las tropas auxiliares marchaban cerrando la columna, pues Filopemén pensaba que el tirano probablemente atacaría su retaguardia con los mercenarios, de los que dependía principalmente. Se produjeron dos circunstancias inesperadas que inquietaron a Filopemén; una fue que la posición de la que esperaba apoderarse ya estaba ocupada, y la segunda, que el enemigo tenía intención de atacar la vanguardia de la columna. No veía cómo podría hacer desplegar sus enseñas por terreno tan accidentado, sin el apoyo de las tropas ligeras.

[35,28] Filopemén, no obstante, poseía excepcionales habilidades para el mando de una columna y la selección de posiciones, pues había prestado especial atención a estos asuntos tanto en la paz como en la guerra. Era su costumbre, cuando iba de viaje y llegaba a un puerto de montaña de difícil travesía, estudiar el terreno en todas direcciones. Si estaba solo, reflexionaba sobre el

asunto; si estaba acompañado, solía preguntar a los que iban con él qué harían si se dejara ver allí un enemigo y qué tácticas emplearían según el ataque se efectuara sobre su frente, sus flancos o su retaguardia, según les viniera el enemigo desplegado en orden de batalla mientras ellos ya estaban desplegados o si iban en columna de marcha, sin estar preparados para un ataque. Pensando a solas o preguntando, consideraba qué posiciones debía ocupar, qué cantidad de hombres o tipo de armas -pues estos diferían considerablemente- debía emplear; dónde debía situar la impedimenta y los equipajes de los soldados; dónde debían situarse los no-combatientes y cuál debía ser el tipo y composición de la escolta de los bagajes, así como si resultaría más adecuado hacer avanzar al ejército o hacerlo volver sobre sus pasos. Solía estudiar también con mucho cuidado los lugares a elegir para sus campamentos, la extensión de terreno que debían rodear las defensas, el suministro de agua, forraje y madera, la ruta más segura a tomar por la mañana y la mejor formación con la que marchar. Había ejercitado su mente en estos problemas desde muy joven, hasta el punto de que no había medida para enfrentarse a ellos que no le resultara familiar. En esta ocasión, hizo detener en primer lugar la columna y envió luego al frente a los auxiliares cretenses y a la caballería llamada tarentina, llevando cada jinete dos caballos, luego ordenó al resto de la caballería que los siguieran. Se apoderó entonces de una roca que sobresalía por encima de un torrente del que podría abastecerse de agua. Reunió aquí a la masa de sirvientes y a toda la impedimenta, rodeándolos con una escolta. Fortificó el campamento según permitía la naturaleza de la posición, pues resultaba difícil plantar las tiendas en aquel terreno áspero y desigual. El enemigo estaba a media milla de distancia, aprovisionándose ambas partes del mismo arroyo bajo la protección de la infantería ligera; antes de que se empeñaran en un combate, como suele suceder cuando los campamentos están próximos el uno del otro, llegó la noche. Era evidente, sin embargo, que al día siguiente habría que combatir para proteger a los aguadores en las proximidades del arroyo; en vista de ello, Filopemén situó durante la noche, fuera de la vista del enemigo, todas las fuerzas armadas de cetras que podía ocultar el terreno.

[35.29] Al amanecer, la infantería ligera cretense y los tarentinos se enfrentaron sobre la orilla del arroyo; Telemnasto de Creta mandaba a sus compatriota, y Licortas de Megalópolis a la caballería. También el enemigo tenía auxiliares cretenses y caballería tarentina protegiendo sus partidas de aguada; como luchaban por ambas partes las mismas clases de tropas con el mismo tipo de armamento, el resultado fue incierto durante algún tiempo. Según se iba desarrollando la acción, las fuerzas auxiliares del tirano se fueron demostrando superiores, debido a su número y también a que Filopemén había ordenado a sus oficiales que presentaran solo una ligera resistencia, fingiendo luego huir para atraer así al enemigo hacia el lugar donde había establecido su emboscada. Como el enemigo se desordenara en su persecución, muchos murieron o fueron heridos antes de poder ver a su enemigo oculto. Los armados con cetras estaban agazapados, formando lo mejor que permitía la estrechez de espacio y permitiendo que sus propios compañeros fugitivos pudieran pasar a través de los intervalos entre sus filas. Se levantaron a continuación, frescos y poderosos, en perfecta formación, para atacar a un enemigo que, dispersos en su desordenada persecución, estaba además agotado por la tensión de los combates y las heridas que habían recibido muchos de ellos. La victoria fue indudable; los soldados del tirano se dieron la vuelta y huyeron con más velocidad que cuando eran ellos los perseguidores, llegando hasta su campamento. Muchos de ellos fueron muertos o hechos prisioneros durante la huida, y en el mismo campamento habría estallado el pánico si Filopemén no hubiera hecho tocar retirada. Temía este el suelo accidentado, tan peligroso para cualquiera que avanzara sin precaución, más que al enemigo. Suponiendo, por el desenlace del combate y por el carácter del tirano, en qué estado de inquietud se encontraría este, le envió a uno de sus auxiliares haciéndose pasar por desertor. Este hombre le dijo que se había enterado de que los aqueos tenían la intención de avanzar al día siguiente hasta el río Eurotas -este río casi lame las murallas de Lacedemón- para interceptarle e impedirle que se retirase hacia la ciudad, así como para cortar los suministros que llegaran desde la ciudad al campamento. También, le dijo, intentarían

provocar un levantamiento contra él entre los ciudadanos. Aunque la historia del desertor no fue totalmente creída, proporcionó al temeroso tirano una excusa plausible para abandonar su posición actual. Este dio órdenes a Pitágoras para que permaneciera al día siguiente en guardia delante de la empalizada, con la caballería y los auxiliares, mientras él salía con la fuerza principal de su ejército como si fuera a presentar batalla, ordenando a sus signíferos que aceleraran el paso y se dirigieran a la ciudad.

[35.30] Cuando Filopemén los vio moviéndose rápidamente a lo largo de un camino estrecho y empinado, envió a sus auxiliares cretenses y a toda su caballería contra las tropas que estaban de guardia ante el campamento. Estas, al ver acercarse al enemigo y que el grupo principal de su ejército les había abandonado, trataron primero de retirarse a su campamento, pero como todo el ejército aqueo avanzaba en orden de batalla, temieron que les capturasen a ellos y al campamento, por lo que marcharon siguiendo a su fuerza principal que ya estaba a cierta distancia de ellos. Los aqueos armados con cetras atacaron de inmediato y saquearon el campamento, mientras el resto del ejército seguía en persecución del enemigo. La naturaleza de la ruta que habían tomado era tal que, incluso si no hubiera habido enemigo alguno al que temer, la columna solo podría haber avanzado con gran dificultad; por eso, cuando fueron atacadas las filas posteriores y llegaron a la cabeza de la columna los gritos de terror, cada hombre miró por sí mismo, arrojando sus armas y huyendo al bosque que bordeaba la carretera en ambos lados. En un instante, el camino estaba bloqueado con montones de armas, sobre todo lanzas, que, al caer de punta, formaron una especie de empalizada en el camino. Filopemén ordenó a los auxiliares que apretasen la persecución cuanto les fuera posible, pues ni siquiera a la caballería le sería fácil huir. Dirigió en persona a la infantería pesada hacia el Eurotas por un camino más abierto. Allí acampó, justo antes del atardecer, y esperó que llegaran las tropas ligeras que había dejado en persecución del enemigo. Estas regresaron durante la primera guardia, con noticias de que el tirano había entrado en la ciudad con un pequeño grupo de tropas; el resto de su ejército estaba desarmado y disperso por el bosque. Se les ordenó que comieran y descansaran. El resto del ejército, habiendo llegado temprano al campamento, ya lo había hecho así y estaba ahora fresco tras un corto sueño. Escogiendo a algunos de ellos y diciéndoles que no llevaran más que sus espadas, los situó sobre dos de los caminos que llevaban a las puertas que conducen a Faras y a Barbostene, pues esperaba que los fugitivos regresaran por ellos. Su suposición estaba justificada, pues los lacedemonios, mientras quedó algo de luz diurna, buscaban refugio en pleno bosque por senderos apartados; pero cuando se hizo de noche y vieron las luces en el campamento enemigo, avanzaron por sendas ocultas y paralelas a aquel. Una vez lo habían dejado atrás, y pensando que ya estaban a salvo, salían a los caminos abiertos. Aquí resultaron capturados por el enemigo que los estaba esperando, siendo tan numerosos los muertos y prisioneros por todas partes, que apenas logró escapar una cuarta parte de su ejército. Ahora que Filopemén había encerrado al tirano en su ciudad, pasó casi un mes asolando los campos lacedemonios y, tras debilitarlo así y casi quebrar el poder del tirano, regresó a casa. Los aqueos, en vista de su gran victoria, lo equiparaban en gloria militar con el general romano, considerándole incluso superior en lo tocante a la guerra de Laconia.

[35,31] Mientras se producía esta guerra entre los aqueos y el tirano, los delegados romanos estaban visitando las ciudades de sus aliados, pues sentían algún temor de que los etolios pudieran convencer a alguna para que se pasase con Antíoco. No se preocuparon por las aqueas; como estaban en guerra abierta con Nabis, se consideró que también en lo demás serían de fiar. Atenas fue el primer lugar que visitaron, desde allí siguieron a Calcis y de allí a Tesalia, donde hablaron a un consejo muy concurrido de los tesalios. Fueron a continuación a Demetríade, donde se había convocado una asamblea de los magnetes. Aquí tuvieron que cuidar mucho lo que decía, pues algunos de sus dirigentes se oponían a Roma y apoyaban de todo corazón a Antíoco y a los etolios. Su actitud se debía a que tras saberse de la liberación del hijo de Filipo, que permanecía como

rehén, y que se había condonado el tributo impuesto al rey, se extendió el falso rumor de que los romanos tenían, además, la intención de devolverle la Demetríade. Para que no ocurriera esto, Euríloco, jefe de los magnetes, y algunos de los suyos, preferían que se produjera un cambio completo en la situación con la llegada de Antíoco y los etolios. Al encontrarse con aquel ánimo hostil, los delegados romanos debían tener el mayor cuidado para que la negación de aquella sospecha infundada no quitase la esperanza en ello de Filipo, convirtiendo en enemigo a un hombre que, por todos los motivos, resultaba para ellos de más importancia que los magnetes. Los delegados se limitaron a señalar que toda Grecia estaba en deuda con Roma por su libertad, y en especial aquella ciudad; pues no solo había tenido allí una guarnición macedonia, sino que incluso se había construido Filipo en ella un palacio, para obligarles a tener a su amo y señor ante sus ojos. Pero todo lo que Roma había hecho por ellos sería inútil si los etolios traían a Antíoco a ese palacio, pues habrían de tener un nuevo rey desconocido en lugar del anterior, al que ya conocían.

Su magistrado supremo recibía el nombre de *Magnetarca*, desempeñando Euríloco el cargo por entonces. Basándose en aquella autoridad, este les contestó que ni él ni los magnetes podían callar sobre la noticia que corría ampliamente en el sentido de que la Demetríade iba a ser devuelta a Filipo. Para evitar esto, los magnetes estaban dispuestos a hacer todos los esfuerzos y afrontar todos los peligros. Llevado por la emoción, rechazó la desacertada observación de que incluso entonces Demetríade era libre solo en apariencia, pues todo se hacía a un gesto de cabeza de los romanos. Estas palabras fueron recibidas murmullos y opiniones diversas; algunos las aprobaron, pero otros se indignaron por haberse atrevido a hablar de aquella manera. En cuanto a Quincio, montó en ira de tal manera que elevó sus manos al cielo y puso a los dioses por testigos de la ingratitud y perfidia de los magnetes. Esta exclamación aterró a todos, y Zenón, uno de sus dirigentes, que había logrado mucha influencia entre ellos en parte por el refinamiento de su vida privada y en parte porque siempre había sido un amigo fiel de Roma, imploró a Quincio y a los otros delegados que no hicieran a toda la ciudad responsable de la locura de un solo hombre; que cada cual debía afrontar el riesgo de su propia insania. Los magnetes estaban en deuda con Tito Quincio y con el pueblo romano no solo por su libertad, sino por todo aquello que los hombres consideramos más precioso y sagrado; nada había que los hombres pudieran pedir a los dioses inmortales y que no tuvieran los magnetes gracias a los romanos. Antes pondrían las manos sobre sí mismos que violar su amistad con Roma.

[35,32] Su discurso fue seguido por los ruegos de la multitud. Euríloco salió precipitadamente y se dirigió a la puerta de la ciudad por calles apartadas, huyendo luego a Etolia, pues los etolios se habían quitado ya la máscara y mostraban cada día más sus intenciones hostiles. Toante, uno de sus dirigentes, acababa de volver de su misión ante Antíoco acompañado por Menipo, un embajador del rey. Antes de que tuviera lugar la asamblea, estos dos hombres llenaron todos los oídos con descripciones de las fuerzas navales y terrestres que había reunido Antíoco. Contaban que estaba de camino un enorme ejército de infantería y caballería, que se habían traído elefantes desde la India y -lo que pensaron que más impresionaría a la opinión popular- que traía oro suficiente como para comprar hasta a los mismos romanos. Era obvio qué clase de efecto podían tener estas palabras en el consejo, pues los delegados romanos estaban debidamente informados de la llegada de aquellos dos y de cuanto hacían. Aunque las cosas habían tomado ya un giro casi decisivo, Quincio pensó que no resultaría del todo inútil el que algunos representantes de ciudades aliadas asistieran a la asamblea y se atrevieran a hablar con franqueza, respondiendo al enviado del rey y recordando a los etolios su tratado de alianza con Roma. Los atenienses parecían lo más idóneos para esta labor, tanto a causa del prestigio de su ciudad como por su antigua alianza con los etolios. Así pues, Quincio les pidió que enviaran delegados a la asamblea panetolia.

Toante dio inicio a la asamblea informando de sus gestiones. Le siguió Menipo, quien afirmó que lo mejor para todos los pueblos de Grecia y Asia habría sido que Antíoco hubiera intervenido mientras seguía intacto el poder de Filipo; todos habrían conservado cuanto tenían y no habría

quedado todo a merced de Roma. "Incluso ahora -continuó- con solo que llevaseis a cabo los planes que habéis hecho, él sería capaz, con la ayuda de los dioses y la asistencia de los etolios, de restaurar la fortuna de Grecia, no obstante su declive, a su antigua dignidad. Tal dignidad, no obstante, debe basarse en la libertad, en una libertad sostenida con las propias fuerzas y que no dependa de la voluntad de otro". Los atenienses, que habían recibido permiso para expresar lo que pensaban tras el delegado real, no hicieron alusión alguna al rey, limitándose solo a recordar a los etolios su alianza con Roma y los servicios que Tito Quincio había prestado a toda Grecia. Les instaron para que no quebraran aquella alianza por alguna decisión precipitada e irresponsable; los consejos audaces e impetuosos podían resultar atractivos a primera vista, pero eran difíciles de poner en práctica y sus resultados solían ser desastrosos. Los delegados romanos y el mismo Quincio no estaban muy lejos, y sería mejor discutir el tema en cuestión en un debate amistoso antes que lanzar a Europa y Asia a una lucha funesta.

[35,33] La mayor parte de la asamblea, ansiando un cambio de política, estaba totalmente del lado de Antíoco y se oponía incluso a admitir a los romanos en la asamblea. Sin embargo, y principalmente gracias a la influencia de los más ancianos entre ellos, se decidió que sería convocada una reunión de la asamblea para escucharles. Cuando regresaron los atenienses y le informaron de esta decisión, Quincio consideró que debía ir a Etolia, para intentar hacer algo para que cambiaran su propósito y que, de esta manera, todos pudieran ver que la responsabilidad por la guerra recaía exclusivamente sobre los etolios, pues los romanos tomarían las armas por una causa justa y casi a la fuerza. Quincio comenzó su discurso ante la asamblea trazando la historia de la alianza entre los etolios y Roma, señalando cuán frecuentemente aquellos habían infringido sus disposiciones. A continuación, trató brevemente sobre los derechos de las ciudades que eran el objeto de la controversia y mostró cuánto mejor sería, si consideraban que tenían la justicia de su parte, enviar una delegación a Roma para defender su causa o presentarla ante el Senado, a su elección, que no una guerra entre el pueblo romano y Antíoco, instigada por los etolios y que provocaría una conmoción en todo el mundo y arruinaría completamente Grecia. Nadie sentiría antes el fatal resultado de una guerra así como quienes la hubieran provocado. El romano habló a modo de presagio, pero en vano. Sin conceder tiempo a que se deliberase, levantando el consejo o esperando incluso que se retirasen los romanos, Toante y el resto de sus seguidores aprobaron un decreto, entre las aclamaciones de la asamblea, para invitar a Antíoco a que consiguiera la libertad de Grecia y mediara entre romanos y etolios. La soberbia de este decreto fue agravada por el descaro personal de su pretor, Damócrito. En efecto, cuando Quincio le pidió una copia del decreto, Damócrito, sin la más mínima consideración hacia la majestad de su persona, le dijo que asuntos más importantes exigían su atención inmediata y que en breve le daría su respuesta y su decreto desde sus campamentos en Italia, a orillas del Tíber. Tal fue el grado de locura que por entonces poseyó a los etolios y sus magistrados.

[35,34] Quincio y el resto de delegado regresaron a Corinto. Los etolios, que tenían continuas noticias de los movimientos de Antíoco, deseaban hacer creer que ellos no hacían nada por sí mismos y que, simplemente, esperaban su llegada; por consiguiente, no celebraron un consejo de toda la liga tras la partida de los romanos. Sin embargo, a través de su apokleti -que era como ellos denominaban a su consejo más venerable, compuesto por personas escogidas- discutían el mejor modo de cambiar la situación en Grecia. Era de conocimiento general que los dirigentes y la aristocracia de las diversas ciudades eran partidarios de Roma, y que estaban a gusto con la situación establecida; las masas de población, y aquellos cuyas circunstancias no eran las que esperaban, estaban deseosas de un cambio. El consejo etolio tomó la decisión de llevar a la práctica un proyecto audaz e imprudente, no ya como hecho, sino como esperanza, a saber, ocupar la Demetríade, Calcis y Lacedemón. Se envió uno de sus dirigentes a cada una de estas ciudades: Toante fue a Calcis, Alexámeno a Lacedemón y Diocles a Demetríade. Euríloco, cuya huida y su

motivo ya han sido descritos, llegó para ayudar a Diocles, pues no veía otra forma de regresar a casa. Escribió a sus amigos, a sus familiares y a los miembros de su partido, que presentaron ante la concurrida asamblea a su esposa e hijos, con ropas de luto y portando los ramos de olivo de los suplicantes. Apelaron personalmente a los presentes, e imploraron a la asamblea en su conjunto, para que no consintieran que un hombre inocente y que no había sido condenado gastara su vida en el exilio. Los simples y confiados fueron movidos por la compasión; a los malvados y sediciones los movió la posibilidad de aprovecharse de la confusión que causaría el levantamiento etolio. Todo el mundo votó por su vuelta. Habiéndose dado este paso previo, Diocles, que estaba por entonces al mando de la caballería, partió con todas sus fuerzas con el pretexto de acompañar a casa al exiliado. Recorrieron una gran distancia, marchando de día y de noche, y cuando estaba a seis millas de la ciudad se adelantó durante la madrugada con tres turmas de jinetes, dando al resto de la caballería orden de seguirles. Al aproximarse a la puerta, ordenó a sus hombres que desmontaran y llevaran sus caballos de la brida, más como si estuvieran acompañando a su prefecto en un viaje que formando parte de una fuerza militar. Dejando una turma en la puerta, para evitar perder el contacto con la caballería que venía detrás, llevó a Euríloco, tomándolo de la mano, por el centro de la ciudad y el foro hasta su casa, en medio de las felicitaciones de muchos que salían a su encuentro. En poco tiempo la ciudad se llenó de caballería y se tomaron las principales posiciones. A continuación, se ordenó a varias partidas que fuesen a las casas de los líderes opositores y les dieran muerte. Así fue como Demetríade cayó en poder de los etolios.

[35,35] No se emplearía la fuerza contra la ciudad de Lacedemón, sino que se tomaría al tirano mediante la traición. Después de haber sido despojado por los romanos de sus ciudades marítimas y haber quedado ahora encerrado tras sus murallas por los aqueos, cualquiera que tomase la iniciativa de darle muerte contaría con la gratitud de los lacedemonios. Los etolios tuvieron una buena excusa para enviarle alguien, pues exigía insistentemente que aquellos por cuya instigación él había dado comienzo a la guerra le enviaran ayuda. Se proporcionó a Alexámeno mil soldados de infantería y 30 hombres escogidos de caballería. El pretor Damócrito había advertido solemnemente a estos últimos, durante el consejo nacional secreto que ya hemos mencionado, que no pensaran que se les enviaba a combatir contra los aqueos ni para cualquier otro fin que se pudieran imaginar. Fueran cuales fuesen las decisiones que tomase Alexámeno, obligado por las circunstancias, por inesperadas, peligrosas o audaces que fuesen, debían estar listos para ejecutarlas con puntual obediencia, considerando que se les había enviado desde sus hogares con aquel único fin. Con estos hombres así dispuestos, Alexámeno marchó con el tirano, y su llegada le llenó inmediatamente de esperanza. Le contó que Antíoco había desembarcado ya en Europa y que pronto estaría en Grecia, llenando el mar y la tierra con armas y hombres; los romanos descubrirían que no era con Filipo con quien trataban; la cantidad de su infantería, su caballería y sus naves era incontable; la mera visión de la línea de elefantes daría fin a la guerra. Le aseguró que los etolios estaban preparados para marcha a Lacedemón con todo su ejército como lo precisaran las circunstancias, pero que deseaban que Antíoco viera una considerable cantidad de sus tropas cuando llegara. Aconsejó también a Nabis que cuidara también de que las tropas no se enervaran por la ociosidad y la vida cuartelera; debía sacarlas al exterior y, mediante el ejercicio con las armas, endurecerlas y hacerlas más resistentes; el trabajo y el esfuerzo se hacían más ligeros con la práctica, pudiendo incluso resultarles agradable gracias a la amabilidad y cordialidad de su comandante.

A partir de ese momento, salían frecuentemente a la llanura que se extiende entre la ciudad y el Eurotas. La guardia del tirano solía formar, por lo general, en el centro de la formación; él mismo, con tres jinetes a lo sumo, entre los que se solía contar Alexámeno, cabalgaban delante de los estandartes para revistar los extremos de las alas. A la derecha estaban los etolios, incluyendo los que eran auxiliares de Nabis y el millar que había venido con Alexámeno. Alexámeno había hecho una costumbre el acompañar al tirano durante su inspección a algunas de las filas, hacía algunas sugerencias que le parecían pertinente, y luego cabalgaba hasta los etolios del ala derecha para

impartirles las órdenes necesarias; después, regresaba al lado del tirano. Pero llegado el día que determinó llevar a cabo su plan mortal, acompañó al tirano solo durante un corto espacio de tiempo y luego se retiró junto a sus propios hombres, dirigiéndose a los treinta escogidos en estos términos: "Muchachos, debéis llevar a cabo con decisión la misión que se os ordenó ejecutar bajo mi mando. Disponed ánimos y manos, y que nadie vacile cuando me vea actuar; quien dude y se cruce en mi propósito con los suyos propios puede estar seguro de que no habrá regreso al hogar para él". El horror se apoderó de todos y recordaron las instrucciones con que habían llegado. El tirano llegaba cabalgando desde el ala izquierda y Alexámeno les ordenó que dispusieran sus lanzas y le observaran atentamente; él mismo, por su parte, tuvo que concentrar sus pensamientos, desconcertado ante el acto trascendente que iba a cometer. Al acercarse el tirano, lo atacó y le atravesó su caballo. El tirano cayó desmontado y, mientras estaba en tierra, los soldados lo atacaron con sus lanzas. Muchos de sus golpes fueron repelidos por la coraza, pero finalmente alcanzaron su cuerpo desprotegido y expiró antes de que acudieran en su ayuda desde el centro de la formación.

[35,36] Alexámeno se marchó con todos los etolios, apresurando el paso para apoderarse del palacio. Mientras tenía lugar ante sus ojos el asesinato, estuvieron demasiado asustados como para moverse; después, al ver al contingente etolio retirándose apresuradamente, corrieron hacia el cuerpo abandonado del tirano, pero los que tenían el deber de escoltarle y convertirse en de su muerte se comportaron como una simple multitud de espectadores. Ni un solo hombre habría ofrecido resistencia si se hubiese convocado al pueblo a una asamblea, tras deponer las armas, se hubiesen dicho las palabras adecuadas y los etolios se hubieran mantenido juntos y armados, sin ofender a nadie. Pero ocurrió lo que debía suceder con una acción iniciada mediante la traición; todo el asunto se desarrolló de manera que acabó con la ruina de quienes lo habían iniciado. El general, encerrándose en el palacio, pasó un día y una noche enteros buscando los tesoros del tirano, los etolios se dedicaron al saqueo como si hubieran tomado una ciudad de la que pretendían aparecer como libertadores. La indignación que esto provocó, así como el sentimiento de desprecio por el escaso número de los etolios, dio valor a los lacedemonios para unirse. Decían algunos que se debía expulsar a los etolios y recuperar la libertad que se les había arrebatado justo cuando parecía que se la estaban devolviendo; otros pensaban que se debía elegir a alguien de sangre real como cabeza visible de la acción. Había un descendiente de la antigua casa real llamado Lacónico, todavía un muchacho y que había sido criado con los hijos del tirano; lo montaron a caballo, tomaron sus armas y mataron a los etolios que andaban por la ciudad. Luego irrumpieron en el palacio y mataron a Alexámeno, que con unos pocos de sus hombres ofreció alguna resistencia. Varios de los etolios se habían reunido juntos en el Calcifico -un templo de bronce dedicado a Minerva- y los mataron a todos. Algunos arrojaron sus armas y huyeron unos a Tegea y otros a Megalópolis; allí fueron detenidos por los magistrados y vendidos como esclavos.

[35.37] Al enterarse de la muerte del tirano, Filopemén fue a Lacedemonia, donde se encontró que todo era miedo y confusión. Invitó a los dirigentes a entrevistarse con él y, tras hablarles como debería haberlo hecho Alexámeno, incorporó la ciudad a la liga aquea. Esto resultó más sencillo por el hecho de que, justo en esos momentos, llegó Aulo Atilio desde Gitión con veinticuatro quinquerremes. Toante, por las mismas fechas, contó en Calcis con los servicios de dos hombres, Eutimidas, un dirigente de Calcis expulsado por influencia del partido romano que se había visto fortalecido por la visita de Tito Quincio y los delegados, y Herodoro, un comerciante de Cía cuya riqueza le proporcionaba una considerable influencia en la ciudad. Por su mediación, Toante había acordado con los partidarios de Eutimidas que pondrían la ciudad en sus manos, pero no tuvo la misma fortuna que se mostró favorable a la ocupación de Demetríade por la intervención de Euríloco. Eutimidas, que había fijado su residencia en Atenas, marchó desde allí a Tebas y luego a Salgánea, Herodoro marchó a Tronio. No muy lejos de este lugar, Toante tenía dispuesta una fuerza de dos mil infantes y doscientos jinetes, así como treinta transportes pequeños en el golfo Malíaco.

Herodoro debía llevar estas naves, junto con una dotación de seiscientos infantes, a la isla de Atalanta con el objeto de cruzar desde allí hasta Calcis en cuanto se enterase de que la fuerza terrestre estaba cerca de la Áulide y el Euripo. Toante, con el resto de sus fuerzas, marchó tan rápidamente como pudo, principalmente por la noche, hacia Calcis.

[35,38] Después de la expulsión de Eutimidas, todo el poder quedó en manos de Micición y Xenóclides. Fuese porque sospecharan lo que estaba pasando o porque les hubieran informado sobre ello, estaban al principio aterrorizados y creían que su única seguridad residía en huir; pero tras calmar sus temores y ver que estarían abandonando no solo a su ciudad sino su alianza con Roma, se centraron en el siguiente plan: Dio la casualidad de que se celebraba por entonces el festival anual de Diana en Amarinto, contando con la presencia no solo de los naturales del país, sino también de los caristios. Enviaron allí una delegación desde Calcis, para rogar a los eretrios y a los caristios que se compadecieran de aquellos que habían nacido en la misma isla, que tuviesen en cuenta su alianza con Roma y que no dejaran que la Cálcide pasara a manos de los etolios. Si se apoderaban de Calcis, lo harían de toda Eubea; los macedonios habían resultado amos crueles, pero los etolios serían aún menos soportables. El respeto por los romanos fue lo que más pesó en el ánimo de las ciudades, pues habían experimentado su valor, su justicia y su consideración en la última guerra. Por consiguiente, cada ciudad se armó y enviaron lo más granado de sus jóvenes. Los calcidios dejaron a estos la defensa de sus murallas y, cruzando el Euripo con todas sus fuerzas, asentaron su campamento en Salgánea. Desde allí enviaron primero un mensajero, seguido por delegados, para preguntar a los etolios qué habían dicho o hecho, ellos que eran sus amigos y aliados, para que viniesen a atacarlos. Toante, que estaba al mando, respondió que no habían venido para atacarlos, sino para liberarlos de los romanos. "Estáis ahora encadenados -les dijo- con cadenas más brillantes, pero más pesadas, que cuando teníais una guarnición macedonia en vuestra ciudadela". Los calcidios, por el contrario, le dijeron que no eran esclavos de nadie, ni tampoco necesitaban la protección de ningún hombre. Abandonaron la conferencia y volvieron a su campamento. Toante y los etolios habían puesto todas sus esperanzas en tomar al enemigo por sorpresa; como no estaban en igualdad para una batalla campal ni para asediar una ciudad poderosamente protegida por tierra y por mar, regresaron a su país. Cuando Eutimidas oyó que sus compatriotas estaban acampados en Salgánea y que los etolios se habían marchado, regresó de Tebas a Atenas. Herodoro, después de esperar ansiosamente la señal, que no llegó, desde Atalante, envió una nave espía para enterarse de la causa del retraso; cuando supo que sus aliados habían abandonado la empresa, regresó a Tronio, de donde había partido.

[35.39] Habiéndose enterado también de lo ocurrido, Quincio, de camino desde Corinto, se encontró con el rey Eumenes sobre la orilla calcídica del Euripo, acordándose que Eumenes dejara quinientos hombres para proteger Calcis y marchase a Atenas. Quincio siguió hacia su destino en Demetríade y, juzgando que la liberación de Calcis sería de mucha ayuda para inducir a los magnetes a reanudar su amistad con Roma, escribió a Eunomo, el pretor de los tesalios, para pedirle que armase a su juventud. Al mismo tiempo, envió a Vilio para que sondeara el sentir de la población, pero sin intentar nada más a menos que hubiera un gran número que se inclinara a regresar a las antiguas relaciones de amistad. Se trasladó en un quinquerreme, y había llegado a la bocana del puerto cuando se enteró de que todos los magnetes habían salido para verlo. Vilio les preguntó si preferían que se les dirigiese como amigos o como enemigos. Euríloco, el magnetarca, le contestó que llegada entre amigos, pero que debía mantenerse alejado del puerto y permitir que los magnetes vivieran en paz y libertad, sin inquietar al pueblo con la excusa de una audiencia. Esto provocó una intensa discusión, no una entrevista, pues el enviado romano reprochó agriamente a los magnetes su ingratitud, anunciándoles los desastres que rápidamente les alcanzarían; los ciudadanos, por su parte, gritaban sus airadas respuestas acusando unas veces al Senado y otras a Quincio. Frustrado su intento, Vilio regresó con Quincio, quien envió un mensaje al pretor para que

disolviera sus fuerzas y él, con sus naves, volvió a Corinto.

[35,40] Los asuntos de Grecia, relacionados como estaban con los de Roma, me han desviado, por así decirlo, de mi rumbo; y no porque fuesen de mayor importancia el narrarlos, sino porque fueron los que provocaron la guerra con Antíoco. Después de las elecciones consulares -pues en ellas me aparté en mi narración-, los nuevos cónsules, Lucio Quincio y Cneo Domicio, partieron para sus provincias: Quincio hacia Liguria y Domicio a territorio de los boyos *(192 a.C.)*. Los boyos permanecieron tranquilos, incluso su senado con sus hijos y sus prefectos de la caballería con sus hombres, mil quinientos en total, se sometieron formalmente al cónsul. El otro cónsul devastó la Liguria a lo largo y a lo ancho, capturó varios de sus castillos y se apoderó en ellos no solo de botín y prisioneros, sino que también liberó a muchos ciudadanos y miembros de las ciudades aliadas que habían estado en manos del enemigo. Ese año, el Senado y el pueblo autorizaron la formación de una colonia militar en Vibo, asentándose allí tres mil setecientos infantes y trescientos jinetes y actuando como triunviros Quinto Nevio, Marco Minucio y Marco Furio Crasipe. Se asignaron quince yugadas a cada soldado de infantería y el doble a los de caballería. Las tierras pertenecieron anteriormente a los brucios, que la habían tomado de los griegos. Durante este tiempo se produjeron dos incidentes alarmantes en Roma; uno de ellos duró más, pero fue menos destructivo. Hubo temblores de tierra que se prolongaron durante treinta y ocho días, transcurriendo los festivos durante todos aquellos días entre la inquietud general y la alarma. Se ofrecieron rogativas durante tres días consecutivos para alejar el peligro. El otro no resultó un pánico infundado, sino un auténtico desastre para muchos. Se desató un incendio en el Foto Boario; durante un día y una noche, los edificios frente al Tíber ardieron y se quemaron todas las tiendas con sus valiosas mercaderías.

[35.41] El año estaba casi terminando y día a día aumentaban los rumores sobre los preparativos bélicos de Antíoco, así como la inquietud del Senado. La discusión sobre la asignación de provincias para los nuevos cónsules dio como resultado que el Senado decretara que una de las provincias consulares sería Italia y la otra, cualquiera que decidiese el Senado, pues se daba por supuesto que esta sería la guerra con Antíoco. Aquel a quien se asignara este campo de operaciones, se le proporcionarían cuatro mil infantes romanos y seis mil aliados, junto con trescientos jinetes romanos y cuatrocientos aliados. Se encargó a Lucio Quincio que alistara estas fuerzas, de manera que no hubiera retraso en la inmediata partida del cónsul una vez lo considerase necesario el Senado. Se emitió un decreto similar para el caso de los pretores electos. El primer sorteo se celebró para asignar las preturas urbana y peregrina; el segundo fue para el Brucio; el tercero para el mando de la flota, que se enviaría donde ordenara el Senado; la cuarta fue para Sicilia; la quinta para Cerdeña y la sexta para la Hispania Ulterior. Se ordenó al cónsul Lucio Quincio que alistara dos nuevas legiones de ciudadanos romanos y un contingente aliado de veinte mil infantes y ochocientos jinetes. Ese ejército se asignó al pretor que tuviera el Brucio como su provincia. Aquel año se dedicaron dos templos a Júpiter; uno de ellos había sido ofrecido por Lucio Furio Purpúreo siendo pretor, en la guerra contra los galos, y el otro cuando era cónsul. La consagración fue llevada a cabo por uno de los decenviros, Quinto Marcio Rala. Se aprobaron aquel año muchas sentencias severas contra los prestamistas, actuando como acusadores los ediles curules, Marco Tucio y Publio Junio Bruto. Del producto de las multas que se les impuso, se colocaron cuadrigas doradas en el templo del Capitolio y doce escudos dorados en el frontispicio del santuario de Júpiter. Estos mismos ediles construyeron un pórtico en el exterior de la puerta Trigémina, en el barrio de los carpinteros.

[35.42] Si los romanos dedicaban toda su atención a los preparativos para una nueva guerra, Antíoco, por su parte, mostraba una actividad incesante. Sin embargo, estaba detenido en Asia por tres ciudades, Esmirna, Alejandría de Tróade y Lámpsaco, que ni había podido tomar por asalto ni

atraerse mediante condiciones, y que no quería dejar en su retaguardia durante su invasión de Europa. Otra causa de su retraso, era su incertidumbre acerca de Aníbal. Primeramente, se retrasaron los buques sin cubierta que tenía intención de enviar con Aníbal a África; después se cuestionó, principalmente por Toante, si debía enviársele o no. Toante afirmaba que toda Grecia estaba sumida en la confusión y que Demetríade había caído en sus manos. Las mentiras que había contado sobre el rey y las exageraciones en cuanto a las fuerzas que poseía Antíoco habían entusiasmado a muchos en Grecia, con estas mismas mentiras alimentaba también las esperanzas del rey. Le decía que todos deseaban su llegada y que acudían en masa a los puntos de la costa donde se avistaba la flota real. Fue también Toante el que se atrevió a disuadir al rey de la decisión, que ya tenía prácticamente tomada, respecto a Aníbal; expresó su opinión de que no se debían quitar naves de la flota del rey y que, en caso de que hubiera que hacerlo, Aníbal era la última persona que debía mandarlas, pues se trataba de un desterrado, de un cartaginés al que su fortuna o su imaginación sugerían cada día miles de planes nuevos. Además, la gloria militar, que acompañaba a Aníbal como una especie de dote, parecía demasiado grande quien solo era el prefecto de un rey; sobre el rey debían fijarse las miradas de todos, él debía ser el único líder y comandante supremo. Si Aníbal perdiera una flota o un ejército, la pérdida sería tan grande como si ocurriera bajo el mando de cualquier otro general; pero si se lograba la victoria, la gloria de ella sería para Aníbal y no para Antíoco. Suponiendo que fueran lo bastante afortunados como para infligir una derrota decisiva a los romanos y ganaran la guerra, ¿cómo podían esperar que Aníbal viviera tranquilamente sometido a un monarca, bajo el dominio de un hombre, si no había podido aguantar los límites impuestos por las leyes de su propio país? Sus aspiraciones de juventud y sus esperanzas de dominar todo el mundo no lo habían preparado para soportar un amo en su vejez. No había necesidad de que el rey otorgara un mando a Aníbal; podría encontrar para él un lugar como miembro de su séquito o consejero en cuestiones relativas a la guerra. Una exigencia moderada de habilidades como las suyas no resultaría peligroso ni inútil; pero si se le exigiera todo cuanto podía rendir, podría resultar en perjuicio tanto de quien lo proporcionaba como de quien lo recibía.

[35.43] No hay carácter tan propenso a la envidia como el de aquellos cuyo nacimiento y fortuna no están de acuerdo con su inteligencia, pues odian el valor y el bien ajenos. El plan de enviar a Aníbal, que era lo único útil que se había ideado desde el principio de la guerra, fue dejado rápidamente de lado. Envalentonado porque Demetríade se hubiera pasado de los romanos a los etolios, Antíoco decidió no retrasar más su avance sobre Grecia. Antes de zarpar subió a Ilión por la costa, para ofrecer un sacrificio a la diosa Minerva. Se reunió después con su flota y partió con cuarenta naves cubiertas y sesenta descubiertas, a las que siguieron doscientos transportes cargados de suministros e impedimenta militar de todo tipo. Puso rumbo primeramente a la isla de Imbros, cruzando desde allí el mar Egeo hacia Esciatos. Reagrupó allí los barcos que se habían desviado durante el viaje y navegó hasta Pteleo, el primer punto en el continente. Aquí se encontró con el magnetarca Euríloco y los dirigentes de los magnetes, llegados desde Demetríade, poniéndole de excelente humor la contemplación de tantos apoyos. Al día siguiente entró en el puerto de la ciudad e hizo desembarcar sus tropas en un lugar no lejos de allí. El total de sus fuerzas consistía en diez mil infantes, quinientos jinetes y seis elefantes, un contingente que apenas bastaba para ocupar una Grecia desarmada, y mucho menos para librar una guerra contra Roma. Cuando los etolios tuvieron noticia de que Antíoco estaba en Demetríade, se apresuraron a convocar una asamblea y a aprobar una resolución invitándolo a acudir. Como el rey ya sabía que se iba a aprobar dicha resolución, había partido de Demetríade y avanzaba hacia Fálara, en el golfo Malíaco. Después de que se le entregara el decreto pasó a Lamia, donde recibió una acogida entusiasta por parte de la población, que mostró su satisfacción mediante aplausos, gritos y el resto de manifestaciones con que la gente suele manifestar su alegría desbordante.

[35.44] Cuando entró en la asamblea, resultó difícil para el pretor Feneas y el resto de

dirigentes lograr el silencio y que el rey pudiera hablar. Empezó disculpándose por haber llegado con menos fuerzas de las que todos habían esperado y previsto. Esto debía tomarse, les dijo, como la mayor prueba de su amistad y devoción por ellos; pues a pesar de no estar preparado y que la temporada no fuese la idónea para una travesía marítima, él había respondido de inmediato a la petición de sus delegados, convencido como estaba de que cuando los etolios le vieran entre ellos se darían cuenta de que, aún habiendo llegado solo, era sobre él en quien fiaban su seguridad y protección. Al mismo tiempo, él estaba dispuesto a cumplir con todas las esperanzas, incluso con las de aquellos que, por el momento, parecían decepcionadas. En cuanto la primera estación hiciera segura la navegación, cubriría toda Grecia con las armas, hombres y caballos, rodearía sus costas con la flota y no escatimaría esfuerzos ni peligros hasta haber librado Grecia del yugo del dominio romano y haber dado a los etolios la supremacía sobre ella. Suministros de todo tipo acompañarían a sus ejércitos desde Asia; por el momento, deberían ocuparse los etolios de proporcionar a sus tropas un abundante suministro de grano y otras provisiones a un precio razonable.

[35,45] Después de este discurso, que recibió la aprobación unánime, el rey se retiró. Se produjo a continuación una animada discusión entre los dos dirigentes etolios, Feneas y Toante. Feneas argumentaba que Antíoco no les sería de tanta utilidad dirigiendo la guerra como actuando como pacificador y árbitro, ante quien podrían someterse sus diferencias con Roma; su presencia entre ellos y su dignidad real harían más para ganarse el respeto de los romanos que las armas. Muchos hombres, para evitar la necesidad de la guerra, harán concesiones que no se les podrían arrancar mediante la lucha armada. Toante, por su parte, afirmaba que Feneas no deseaba realmente la paz y que solo quería obstaculizar sus preparativos para la guerra, de modo que el rey, harto de retrasos, relajara sus esfuerzos y los romanos ganaran tiempo para completar sus propias medidas. A pesar de todas las delegaciones que habían enviado a Roma y todas las discusiones en persona con Quincio, habían aprendido por experiencia que no se podían conseguir condiciones justas de Roma, ni habrían buscado la ayuda de Antíoco de no haber visto perderse todas sus esperanzas. Ahora que este se había presentado antes de lo que nadie esperaba, no debía disminuir su propósito, sino que debían rogar al rey que, ya que había venido personalmente como campeón de Grecia, que era lo más importante, hiciera venir a todas sus fuerzas militares y navales. Un rey de armas podría ganar algo; sin ellas, no tendría la menor influencia sobre los romanos, ni actuando en nombre de los etolios ni incluso defendiendo sus propios intereses. En estas discusiones pasaron el día y decidieron nombrar al rey comandante en jefe con poderes absolutos, eligiendo a treinta de sus notables para actuar como consejo asesor para cualquier asunto sobre el que deseara consultarles.

[35.46] Disuelta así la asamblea, sus miembros se marcharon, cada uno a su ciudad. Al día siguiente, el rey consultó a los apocletos dónde debería iniciar las operaciones. Se pensó que lo mejor era empezar por la Cálcide, donde los etolios habían efectuado un infructuoso intento y donde consideraban que la victoria dependía más de la rapidez en actuar que en grandes preparativos o esfuerzos. El rey, en consecuencia, con aquella fuerza de mil infantes que habían llegado con él desde Demetríade, marchó a través de la Fócide mientras los dirigentes etolios, que habían hecho llamar a unos pocos de sus jóvenes, fueron por otro camino y se reunieron con él en Queronea, siguiéndole en diez naves cubiertas. Fijando su campamento en Salgánea, cruzó el Euripo con los etolios y, cuando estaba a corta distancia del puerto, los magistrados y notables de Calcis salieron hasta la puerta. Un pequeño grupo de cada lado se reunió para conferenciar. Los etolios hicieron todo lo posible por convencer a los calcidios para que recibieran al rey como aliado y amigo, sin por ello alterar sus relaciones de amistad con los romanos. Les decían que había cruzado hasta Europa no para hacer la guerra, sino para liberar Grecia, y no con vacías profesiones como habían hecho los romanos, sino para liberarla realmente. Nada sería más ventajoso para las ciudades griegas que entablar relaciones de amistad con ambas parte, pues entonces quedarían a salvo de cualquier maltrato de una parte mediante la protección a que el otro se comprometía. Si se negaban a recibir

al rey, debían considerar cuánto iban a sufrir en breve, pues los romanos estaban demasiado lejos para ayudarles y Antíoco, a quien no podrían resistirse, estaba ante sus puertas como enemigo. Micición, uno de los jefes aqueos, les respondió preguntándose qué pueblo sería aquel al que venía Antíoco a liberar, abandonando su reino y cruzando a Europa. Él no sabía de ninguna ciudad en Grecia que alojase una guarnición romana o pagara tributo a Roma, ni a la que se le hubieran impuesto contra su voluntad un tratado o se rigiera por leyes que no fueran de su agrado. Los calcidios no necesitaban a nadie que los liberara, pues ya eran libres; tampoco necesitaban protección, pues justamente gracias a aquel mismo pueblo romano disfrutaban de paz y libertad. Ellos no rechazan la amistad del rey, ni la de los mismos etolios; pero la primera prueba de su amistad sería su partida de la isla pues, por lo que a ellos concernía, estaban decididos a no admitirlos entre sus murallas y a no pactar ninguna alianza sin la autorización de los romanos.

[35.47] El rey había permanecido a bordo y, cuando se le informó de todo esto, decidió volver de momento a Demetríade, pues no había llevado suficientes tropas para intentar nada por la fuerza. Como su primer intento había sido un fracaso completo, consultó los etolios sobre cuál debía ser el siguiente paso. Estos decidieron tantear a los beocios, a los aqueos y a Aminandro, el rey de los atamanes. Tenían la impresión de que los beocios se habían separado de Roma ya desde la muerte de Braquiles y los acontecimientos que siguieron; también pensaban que Filopemén, el líder de los aqueos, disgustaba a Quincio, que estaba celoso de él por la gloria que había adquirido en la guerra de Laconia. Aminandro estaba casado con Apama, la hija de un tal Alejandro de Megalópolis, que se consideraba descendiente de Alejandro Magno y que había dado a sus tres hijos los nombres de Filipo, Alejandro y Apama. Cuando, por su matrimonio con el rey, Apama llegó a ser famosa, su hermano mayor, Filipo, la siguió a Atamania. Era este un joven débil y vanidoso, y Antíoco y los etolios le convencieron de que lograba atraerse a Aminandro y los atamanes del lado de aquel, podría esperar el trono de Macedonia, pues era de sangre real. Estas promesas vacías hicieron efecto no solo en Filipo, sino también en Aminandro.

[35.48] En Acaya, en una asamblea celebrada en Egio, fueron recibidos los enviados etolios y de Antíoco, en presencia de Tito Quincio. El enviado de Antíoco habló antes que los etolios. Como la mayoría de los hombres que son alimentados por la gracia real, este habló con un tono grandilocuente, llenando mar y tierra con el vacuo sonido de sus palabras. Según él, una masa innumerable de caballería estaba cruzando el Helesponto hacia Europa; algunos vestían cotas de malla y se les llamaba *catafractos*; otros eran arqueros y podían colocar sus flechas con bastante precisión al huir montando de espaldas, contra lo que no había protección bastante. Aunque esta fuerza de caballería por sí sola podría derrotar a todos los ejércitos unidos de Europa, siguió hablando de fuerzas de infantería muchas veces más numerosas y sorprendiendo a sus oyentes con nombres de los que apenas habían oído hablar: los dahas, medos, alimeos y cadusios. Las fuerzas navales eran tales que no había puertos en Grecia que pudieran darles cabida; el ala derecha estaba formada por los sidonios y los tirios, la izquierda por los aradios y los sidetas de Panfilia, naciones sin igual en todo el mundo como marineros hábiles e intrépidos. No era necesario, continuó, referirse al dinero u otros medios para la guerra, sus propios oyentes sabían que los reinos de Asia siempre habían abundado en oro. Así pues, los romanos no se las iban a ver con un Filipo o un Aníbal, adalid este de una sola ciudad y aquel confinado a los límites de su reino macedonio, sino con el Gran Rey que gobernada sobre toda Asia y parte de Europa. Y, sin embargo, viniendo como lo hacía desde los más remotos confines de Oriente para liberar Grecia, nada pedía a los aqueos que pudiera afectar a su lealtad hacia los romanos, sus antiguos amigos y aliados. No les pedía que tomasen las armas contra ellos, todo lo que quería era que no se unieran a ninguno de los dos bandos. *Que vuestro único deseo y anhelo,* concluyó, *como corresponde a unos amigos comunes, sea que ambos disfruten de paz; si debe haber guerra, no os involucréis en ella.* Arquidamo, que representaba a los etolios, habló en el mismo sentido y los instó a mantener una actitud pasiva, que

resultaba lo más fácil y seguro, y que esperasen la fortuna última de los demás sin que la suya corriera ningún riesgo. A continuación dio rienda suelta a su lengua estallando en insultos, unas veces contra los romanos en general y otras contra Quincio en particular, reprochándoles su ingratitud y afirmando que la victoria sobre Filipo y la misma salvación se debió al valor de los etolios, que salvaron a Quincio y a su ejército de la destrucción. *¿Qué deberes propios de un general había desempeñado él?* -exclamó- *Yo lo he visto en el campo de batalla, tomando auspicios, sacrificando víctimas y ofreciendo votos como un sacerdote cualquiera, mientras yo me exponía a las armas enemigas para defenderlo.*

[35,49] En su contestación, Quincio respondió que Arquidamo había tenido en cuenta más delante de quiénes hablaba, que no entre quiénes lo hacía, pues los aqueos sabían bien que la belicosidad de los etolios se encuentra más en sus palabras que en sus actos y se mostraba más arengando en las asambleas que sobre el campo de batalla. *Por eso no habían dado tanta importancia a la opinión de los aqueos, pues sabían que los conocían bien, y habían dirigido su grandilocuencia hacia los enviados del rey y, por su medio, hacia el mismo rey ausente. Si hasta aquel momento no sabía qué había llevado a Antíoco a hacer causa común con los etolios, tras el discurso de su enviado ya podía deducirlo con claridad. Mintiéndose el uno al otro y alardeando de unas fuerzas que ninguno de ellos poseía, se habían llenado mutuamente de vanas esperanzas. Estos cuentan que gracias a ellos se derrotó a Filipo y que por su valor se salvaron los romanos, como acabáis de escuchar, y hablan como si vosotros y las restantes ciudades y naciones fueran a seguir su ejemplo. El rey, por su parte, se jacta de sus nubes de infantería y caballería, y de cubrir todos los mares con sus flotas. Esto es muy parecido a algo que sucedió cuando estábamos en una cena con un huésped mío en Calcis, hombre digno y excelente anfitrión. Tuvo lugar en pleno verano y estábamos siendo abundantemente regalados, preguntándonos cómo se las habría arreglado para conseguir tal abundancia y variedad de caza en aquella época del año. El hombre, que no era tan fanfarrón como estos, sonrió y nos dijo: Esta variedad de lo que parecen carnes de caza se debe a los condimentos y aderezos, pues todo ha sido hecho a partir de un cerdo criado en casa. Esto mismo bien se pudiera aplicar a las fuerzas del rey, de las que se había hecho alarde poco antes. Toda aquella variedad de equipos y la multitud de nombres que nadie había oído jamás -dahas, medos, cadusios y elimeos-, no son más que sirios, cuyo servil y rastrero carácter hace de ellos más una raza de esclavos que una nación de soldados. Me gustaría poder traer ante vuestros ojos, aqueos, las visitas de este Gran Rey desde Demetríade, bien a Lamia, a la asamblea de los etolios, bien a Calcis. Veríais entonces lo que semejaban ser dos legiones mal desplegadas en el campamento real; veríais al rey implorando, casi de rodillas, trigo a los etolios y tratando de obtener un préstamo con el que pagar a sus hombres; lo veríais permanecer ante las puertas de Calcis y regresar a Etolia, tras ser rechazado, sin haber conseguido nada excepto un atisbo de la Áulide y el Euripo. La confianza del rey en los etolios estuvo fuera de lugar, así como la de ellos en las promesas vacías de él. No debéis, por tanto, dejaros engañar; en vez de eso, confiad en la fidelidad de Roma, de la que ya tenéis experiencia probada. En cuanto a eso que os dicen de que lo mejor que podéis hacer es no veros involucrados en la guerra, nada está más lejos de vuestro interés; pues luego, al no haber logrado ni gratitud ni respeto, caeréis como un premio para el vencedor.*

[35,50] Se consideró que la respuesta a ambas partes resultó apropiada, ganándose fácilmente la aprobación de los oyentes. Sin más discusión ni debate se llegó a la decisión unánime de que los aqueos contarían entre sus amigos o enemigos aquellos a quienes los romanos considerasen como tales, declarando así mismo la guerra a Antíoco y a los etolios. Siguiendo instrucciones de Quincio, enviaron de inmediato un contingente de quinientos hombres a Calcis y número igual al Pireo. En Atenas, las cosas se estaban acercando rápidamente a un estado de guerra civil por culpa de la acción de ciertos individuos que, con la esperanza de recibir recompensas, estaban conduciendo a la

población inclinada a dejarse comprar con oro, a ponerse de parte de Antíoco. Los partidarios de los romanos llamaron a Quincio y Apolodoro, el cabecilla de la rebelión, fue declarado culpable y enviado al destierro, actuando como acusador un tal Leonte. Los delegados volvieron al rey con una respuesta desfavorable por parte de los aqueos. Los beocios no dieron una respuesta definitiva; se limitaron, simplemente, a prometer que deliberarían sobre qué medidas debían tomar una vez apareciera Antíoco en Beocia. Cuando Antíoco escuchó que tanto los aqueos como el rey Eumenes habían enviado cada uno refuerzos a Cálcide, comprendió que debía actuar con prontitud, ser el primero en entrar en la plaza y, de ser posible, sorprender al enemigo cuando llegase. Envió a Menipo con unos tres mil hombres y a Polixénidas con toda la flota, marchando él pocos días después en persona con seis mil de sus propios hombres y un pequeño cuerpo de etolios que pudo reunir al vuelo en Lamia. Los quinientos aqueos y el pequeño contingente proporcionado por el rey Eumenes, al mando de Xenóclides de Calcis, cruzó el Euripo, pues esa ruta aún estaba abierta, y llegaron a Cálcide. Las tropas romanas, compuestas por unos quinientos soldados, llegaron después que Menipo hubiera acampado ante Salgánea, cerca del Hermeo, el punto de cruce desde Beocia a la isla de Eubea. Iba con ellos Micición, que había sido enviado a Quincio por los de Calcis para solicitar aquellas fuerzas. Sin embargo, cuando se encontró que el paso estaba bloqueado por el enemigo, abandonó el que llevaba a Áulide y tomó el de Delio con la intención de cruzar desde allí a Eubea.

[35,51] Delio es un templo de Apolo con vistas al mar, a cinco millas de distancia de Tanagra y a cuatro millas del punto más cercano de Eubea por mar. Aquí, en el templo y en el bosque sagrado, protegidos e inviolables por el derecho de los santuarios que amparan los recintos llamados "asilos" por los griegos, los soldados paseaban tranquilamente a sus anchas, pues no habían escuchado todavía que existiera un estado de guerra, que se hubieran desenvainado las espadas o que se hubiera producido derramamiento de sangre. Algunos se dedicaban a visitar el templo y el bosque, otros paseaban desarmados por la playa y gran número de ellos habían ido a conseguir madera y forraje. Estando así dispersos, Menipo los atacó por sorpresa. Mató a ... y cincuenta fueron hechos prisioneros. Escaparon muy pocos, entre los que estaba Micición, al que recogió una pequeña nave de carga. Las pérdidas disgustaron a Quincio y a los romanos pero, al mismo tiempo, se consideraron una justificación adición para la guerra contra Antíoco. Este había trasladado su ejército hasta la Áulide y desde allí envió una segunda embajada a Calcis, consistente en algunos de su propia gente y algunos etolios. Emplearon los mismos argumentos que la vez anterior, pero en un tono mucho más amenazante. A pesar de los esfuerzos de Micición y Xenóclides, no tuvieron mucha dificultad para convencer a los habitantes de la ciudad que le abrieran las puertas. Los partidarios de Roma salieron de la ciudad justo antes de la entrada del rey. Las tropas aqueas y las del rey Eumenes se mantenían en Salgánea, mientras un pequeño grupo de romanos construía un castillo en el Euripo para defender la posición. Menipo atacó Salgánea mientras Antíoco se disponía a capturar el castillo. Los aqueos y los soldados del rey Eumenes fueron los primeros en abandonar la defensa, a condición de que se les permitiera salir con seguridad. Los romanos ofrecieron una resistencia mucho mayor, pero cuando se dieron cuenta de que estaban bloqueados por tierra y mar, y que estaban aproximando artillería de asedio, no pudieron resistir más. Como el rey se había apoderado de la capital de Eubea, el resto de ciudades no se opuso a su dominio. Se ilusionaba, así, pensando que había tenido un muy buen inicio en la guerra, teniendo en cuenta el tamaño de la isla y el número de ciudades tan adecuadamente situadas que habían caído en sus manos.

LIBRO XXXVI. GUERRA CONTRA ANTÍOCO

[36,1] Al tomar posesión de su cargo los nuevos cónsules, Publio Cornelio Escipión y Manio Acilio Glabrión *(191 a.C.)*, el Senado les ordenó que antes de sortear sus provincias atendieran al sacrificio de víctimas mayores en todos los templos donde, durante la mayor parte del año, se celebraban lectisternios, y que ofrecieran rogativas especiales para que la intención del Senado de dar comienzo a una nueva guerra trajera prosperidad y felicidad al Senado y al pueblo de Roma. Todos estos sacrificios resultaron favorables, dándose buenos presagios ya desde las primeras víctimas ofrecidas. En consecuencia, los arúspices aseguraron a los cónsules que las fronteras de Roma se verían ampliadas por esta guerra y que todo apuntaba a una victorio y a un triunfo. Informado de esto el Senado, sus mentes quedaron libres de toda preocupación religiosa y ordenaron que se planteara al pueblo si era su deseo e intención que se emprendiera la guerra contra Antíoco y contra todos los que eran de su partido. Si se aprobaba esta propuesta, los cónsules, si les parecía bien, plantearían nuevamente el asunto ante el Senado. Publio Cornelio formuló la propuesta al pueblo, que la aprobó; después, el Senado decretó que los cónsules sortearan las provincias de Grecia e Italia. Aquel a quien se le asignara Grecia, se haría cargo del ejército que, por orden del Senado, había alistado o exigido Lucio Quincio a base de ciudadanos romanos y aliados para servir en aquella provincia, además del ejército que Marco Bebio, mediante un decreto del Senado, había llevado a Macedonia. También se le autorizaba, si la situación lo hacía necesario, a llevar refuerzos en número no superior a cinco mil hombres, de los aliados de fuera de Italia. Se decidió que Lucio Quincio, el cónsul del año anterior, sería nombrado legado para aquella guerra. El otro cónsul, al que le correspondiera Italia, se encargaría de dirigir las operaciones contra los boyos con cualquiera de los ejércitos que prefiriera, de los dos que habían tenido los últimos cónsules, enviando el otro a Roma para formar las legiones urbanas y quedar dispuestas a marchar donde el Senado dispusiera.

[36,2] Tales fueron las órdenes impartidas por el Senado para la asignación de las provincias. Finalmente, los cónsules procedieron a sortear y Grecia recayó sobre Acilio, quedando Italia para Cornelio. Cuando esto quedó decidido, se aprobó un senadoconsulto en los siguientes términos: *Considerando que el pueblo romano, en aquellos momentos, había ordenado que hubiera guerra con Antíoco y con todos cuantos estuvieran bajo su dominio, los cónsules deberían llevar a cabo en su nombre rogativas públicas y Marco Acilio ofrecería mediante voto unos Grandes Juegos a Júpiter, así como regalos y ofrendas en todos los templos.* El cónsul efectuó dicha ofrenda siguiente la fórmula dictada por el Pontífice Máximo, Publio Licinio: *Si la guerra que el pueblo ha ordenado que se haga contra el rey Antíoco termina como el Senado y el pueblo de Roma desean, entonces todo el pueblo romano celebrará en tu honor, Júpiter, Grandes Juegos por espacio de diez días, haciéndose ofrendas de dinero en todos tus santuarios en la cantidad que decrete el Senado. Cualquiera que sea el magistrado que celebre estos Juegos, donde y cuando quiera que sean celebrados, se tendrán por debidamente celebrados y las ofrendas por debidamente presentadas.* A continuación, ambos cónsules decretaron que se ofrecieran durante dos días rogativas especiales. Después del sorteo de las provincias consulares, los pretores sortearon las suyas. Marco Junio Bruto obtuvo ambas jurisdicciones civiles; el Brucio correspondió a Aulo Cornelio Mámula; Sicilia fue para Marco Emilio Lépido; Cerdeña recayó en Lucio Opio Salinator; el mando de la flota fue para Cayo Livio Salinator y la Hispania Ulterior para Lucio Emilio Paulo.

La distribución de los ejércitos entre ellos fue la siguiente: los nuevos alistamientos, efectuados por Lucio Quincio el año anterior, quedarían asignados a Aulo Cornelio, teniendo como obligación la protección de toda la costa alrededor de Tarento y Brindisi. Se decretó que Lucio Emilio Paulo se encargaría del ejército que Marco Fulvio había mandado como procónsul el año anterior, alistando además tres mil nuevos infantes y trescientos jinetes para servir en la Hispania

Ulterior, compuestos en dos tercios por fuerzas aliadas y el restante por romanos. Se enviaría la misma cantidad de refuerzos a Cayo Flaminio, que conservaría su mando en Hispania Citerior. Se ordenó a Marco Emilio Lépido que se hiciera cargo de la provincia y del ejército de Sicilia, que tenía Lucio Valerio, al que iba a suceder, y que si lo veía aconsejable lo conservaría como propretor y dividiría la provincia con él; una parte se extendería entre Agrigento y el cabo Paquino, y la otra desde el Paquino hasta Tindaris. Lucio Valerio debía también proteger la costa correspondiente con veinte buques de guerra. Se encargó a Lépido la requisa de dos décimas de grano en la isla y su transporte a la costa y luego a Grecia. Se ordenó a Lucio Opio que hiciera la misma requisa en Cerdeña; el grano, sin embargo, no se enviaría a Grecia, sino a Roma. Cayo Livio, el pretor que iba a mandar la flota, recibió instrucciones para navegar a Grecia con veinte buques que habían completado su armamento y que se hiciera cargo de los buques que había mandado Atilio. La reparación y equipamiento de los buques en los astilleros se puso en manos de Marco Junio, así como seleccionar de entre los libertos a las tripulaciones para la flota.

[36,3] Se enviaron seis delegados a África para adquirir grano con destino a Grecia, con los costos a cargo de Roma; tres se dirigieron a Cartago y tres a Numidia. Tan decididos estaban los ciudadanos a mantenerse completamente dispuestos para la guerra, que el cónsul publicó un edicto prohibiendo a cualquiera que fuese senador, que tuviera derecho a hablar en el senado o que desempeñara una magistratura menor [tenían derecho a hablar ante el senado los cónsules, pretores o ediles curules electos que no figuraban en el último censo y que lo harían en las listas del siguiente; los magistrados menores podían hablar en el Senado durante su año de ejercicio.-N. del T.], que abandonasen Roma hacia parte alguna desde la que no pudieran regresar en un día. También se prohibió la ausencia simultánea de la ciudad de cinco senadores. Mientras Cayo Livio hacía todo lo posible para que la flota se pudiera hacer a la mar, se vio retrasado durante un tiempo por una disputa con los ciudadanos de las colonias marítimas. Cuando ya estaban alistados en la flota, apelaron a los tribunos de la plebe, quienes los remitieron al Senado. El Senado por unanimidad, decretó que no había exención del servicio para los colonos. Las colonias afectadas eran las de Ostia, Fregenas, Castro Nuevo, Pirgo, Anzio, Terracina, Minturnas y Sinuesa. El cónsul Acilio, en cumplimiento de un senadoconsulto, presentó dos cuestiones ante el colegio de Feciales: Una de ellas era si debía hacerse la declaración de guerra personalmente ante Antíoco o si sería bastante anunciarla ante una de sus guarniciones fronterizas. La otra era si debía hacerse una declaración aparte a los etolios y si, en tal caso, debía primero denunciarse el tratado de amistad y alianza. Los feciales contestaron que, en una ocasión anterior, cuando se les consultó en el caso de Filipo, ya habían contestado que resultaba indiferente que la declaración se le hiciera a él personalmente o a una de sus guarniciones. En cuanto al tratado de amistad, sostenían que ya había sido evidentemente denunciado, en vista de que tras las frecuentes demandas presentadas por nuestros embajadores, y los etolios no habían entregado las ciudades ni dado satisfacción alguna. En el caso de estos, en realidad habían declarado la guerra a Roma al apoderarse por la fuerza de Demetríade, una ciudad perteneciente a los aliados de Roma, así como al ir a atacar Calcis por tierra y mar, y al traer a Antíoco a Europa para hacer la guerra a Roma. Cuando todos los preparativos quedaron finalmente completados, Acilio emitió un edicto para efectuar una revista general, el día quince de mayo en Brindisi, de todos los soldados romanos que había alistado Lucio Quincio y de aquellos que le proporcionaron los aliados latinos, que tenían órdenes de ir con él a su provincia junto con los tribunos militares de las legiones primera y tercera. Él mismo salió de la ciudad vistiendo su paludamento el día tres de aquel mes. Los pretores partieron, al mismo tiempo, hacia sus respectivas provincias.

[36,4] Justo antes de esto, llegaron a Roma los embajadores de los dos soberanos, Filipo y Ptolomeo. Filipo se ofrecía a proporcionar tropas, dinero y grano para la guerra; Ptolomeo envió mil libras de oro y veinte mil libras de plata. El Senado se negó a aceptar ninguna de ellas y aprobó un

voto de agradecimiento a ambos reyes. A la oferta de cada uno de ellos para entrar en Etolia con todas sus fuerzas y tomar parte en aquella guerra, se excusó a Ptolomeo, pero se informó a los embajadores de Filipo que el Senado y el pueblo de Roma le agradecerían que prestase su apoyo a Acilio. Los cartagineses y Masinisa enviaron legaciones similares. Los cartagineses ofrecieron mil modios de trigo y quinientos mil de cebada para el abastecimiento del ejército; llevarían la mitad a Roma, insistiendo en que la aceptaran como un regalo. También se ofrecían a disponer una flota a sus expensas y abonar en un único pago el tributo que aún restaba durante muchas anualidades. Los embajadores de Masinisa declararon que este estaba dispuesto a suministrar quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada para el ejército en Grecia, así como trescientos mil modios de trigo y doscientos cincuenta mil de cebada a Roma, al cónsul Manio Acilio. También le proporcionarían quinientos jinetes y veinte elefantes. Con respecto al grano, se informó a ambas legaciones de que el pueblo romanos haría uso de aquel a condición de que se pagara por él; el ofrecimiento cartaginés de una flota se declinó, aparte de las naves que estaban obligados a proporcionar según los términos del tratado, y en cuanto a la oferta del dinero, los romanos rehusaron aceptar nada antes del vencimiento de los plazos.

[36,5] Mientras sucedían todas estas cosas en Roma, Antíoco, que estaba en Calcis durante el invierno, no se mantuvo inactivo. Trataba de ganarse el apoyo de algunas de las ciudades griegas enviándoles embajadores, y otras se los solicitaban espontáneamente a él, como los epirotas, por acuerdo unánime de sus ciudadanos, así como los eleos, que llegaron desde el Peloponeso. Los eleos solicitaron su ayuda contra los aqueos, por los que esperaban ser atacados en primer lugar al haberse mostrado en contra de la declaración de guerra contra Antíoco. Se les envió un destacamento de mil infantes bajo el mando del cretense Eufanes. La delegación epirota mostró un ánimo en modo alguno abierto y honesto; deseaban congraciarse com Antíoco pero, al mismo tiempo, no deseaban ofender a los romanos. Pidieron al rey que no les involucrase en la guerra de inmediato, pues, por su posición en Grecia, frente a Italia, serían los que debían enfrentar la primera embestida de los romanos. Pero si él podía proteger al Epiro con su flota y ejército, los epirotas le darían encantados la bienvenida a sus ciudades y puertos; si no podía hacerlo así, le rogaban que no les expusiera, desprotegidos e indefensos, a la hostilidad de Roma. Su objetivo estaba perfectamente claro: Si, como se inclinaban a creer, él se mantenía lejos del Epiro, todos estarían a salvo por lo que se refería a los ejércitos romanos, al tiempo que se habrían asegurado la benevolencia del rey al expresarle su disposición a recibirle en caso de que fuera hacia ellos. Si, por otra parte, él llegaba a entrar en Epiro, esperaban que los romanos les perdonasen por ceder ante la superior fuerza de quien ya estaba allí y no esperar el distante auxilio. Como Antíoco no tenía respuesta inmediata para una propuesta tan ambigua, dijo que les mandaría delegados para discutir aquellos asuntos que les concernían a ambos por igual.

[36,6] Marchó después a Beocia, de la que ya he mencionado anteriormente las razones que tenían para mostrarse resentidos contra Roma: el asesinato de Braquiles y el ataque de Quincio contra Coronea a consecuencia de la masacre de soldados romanos. Sin embargo, esa nación, tan famosa tiempo atrás por su disciplina, llevaba en realidad varias generaciones viendo deteriorada su vida pública y privada, estando muchos de sus ciudadanos en tal condición que la situación ya no podría seguir mucho más sin que cambiaran las cosas. Los dirigentes beocios de todas partes del país se reunieron en Tebas, y allí acudió Antíoco a su encuentro. A pesar del hecho de que con su ataque a los destacamentos romanos de Delio y Calcis había cometido actos hostiles que ni eran ni insignificantes ni podían ser excusados, siguió el mismo tenor al dirigirse a la asamblea beocia que el empleado en su primera conferencia en Calcis y el que había ordenado emplear a sus embajadores en la asamblea de los aqueos. Se limitó a pedirles que establecieran relaciones amistosas con él, sin que tuvieran que declarar la guerra a Roma. Nadie se engañaba en cuanto a lo que realmente significaba aquello; no obstante, se aprobó una resolución en términos inofensivos,

apoyando al rey y en contra de Roma. Habiéndose asegurado esta nación, regresó a Calcis. Había remitido con anterioridad cartas a los dirigentes etolios, convocándoles a reunirse con él en Demetríade para que pudieran discutir la dirección general de la guerra; él llegó allí por mar el día señalado para la asamblea. Estuvieron presentes Aminandro, a quien se hizo venir desde Atamania para participar en la discusión, y Aníbal el cartaginés, al que llevaba tiempo sin consultar. Se levantó una discusión en relación con el pueblo de Tesalia; todos los presentes eran de la opinión de que se les debía ganar para su causa, la divergencia residía solo respecto a cuándo y cómo debía hacerse. Algunos opinaban que le debía hacer enseguida; otros preferían posponerlo hasta la primavera, pues ya estaban a mitad del invierno; algunos otros pensaban que sería suficiente con enviar una legación y los había que estaban a favor de ir allí con todas sus fuerzas y obligarlos mediante el miedo en caso de que vacilaran.

[36,7] Girando el debate enteramente acerca de estos detalles, se preguntó su opinión a Aníbal quien, al expresar su opinión, hizo que los pensamientos del rey y de todos los presentes giraran a considerar la guerra en su conjunto al hablar de la siguiente manera: *Si se me hubiera invitado a vuestros consejos después que hubierais desembarcado en Grecia y estuvieseis deliberando sobre Eubea, los aqueos y Beocia, habría expresado la misma opinión que voy a exponer ahora respecto a los tesalios. Considero que es de primordial importancia que usemos de todos los medios posibles para atraernos a Filipo y a los macedonios a una alianza militar con nosotros. En cuanto a Eubea, los beocios y la Tesalia, ¿quién puede dudar de que estos pueblos, carentes de fuerzas propias y siempre inquietos ante una potencia presente ante ellos, mostrarán el mismo ánimo cobarde que caracteriza las actuaciones de sus consejos al implorar perdón, en cuanto vean un ejército romano en Grecia, regresando a su acostumbrada obediencia? Tampoco se les podrá culpar por negarse a probar tu fuerza cuanto tú y tu ejército estáis cerca y el de los romanos tan lejos. Así pues ¿no deberíamos, y cuán mejor sería, asegurarnos antes la adhesión de Filipo que la de este pueblo? Pues una vez que este se una a nuestra causa no tendrá otra opción y contribuirá con tal cantidad de fuerzas que no serán solamente un refuerzo, pues no hace tanto pudieron resistir a los romanos. Confío en no ofender a nadie si digo que, con él como aliado, no tengo dudas en cuanto al resultado, pues veo que aquellos con cuya asistencia los romanos vencieron a Filipo son ahora los mismos hombres a quienes se enfrentan los romanos. Los etolios, que como es universalmente admitido derrotaron a Filipo, lucharán ahora en su compañía contra los romanos. Aminandro y los atamanes, cuya ayuda en la guerra fue la segunda en importancia después de la de los etolios, estarán de nuestro lado. Tú, Antíoco, aún no habías intervenido y Filipo sostuvo todo el peso de la guerra; ahora, tú y él, los más poderosos monarcas de Asia y Europa, dirigiréis vuestras fuerzas unidas contra un pueblo solo que, por no mencionar mi buena o mala fortuna, no fue rival en los días de nuestros padres ni siquiera para un rey de Epiro, quien, por cierto, no se podía comparar con vosotros.*

¿Qué consideraciones me dan motivos para creer que Filipo puede ser nuestro aliado? Una de ellas es la identidad de intereses, que es el lazo más seguro de una alianza. La otra es vuestro propio aval, etolios; pues entre varias de las razones que dio vuestro embajador Toante para convencer a Antíoco de que viniera a Grecia, estuvo su constante aseveración de que Filipo estaba quejoso y no se resignaba por las serviles condiciones que se le impusieron bajo la apariencia un tratado de paz. Solía comparar la ira del rey con la de un animal encadenado y encerrado, deseoso de quebrar los barrotes de su prisión. Si ese es su estado de ánimo, quitémosle sus cadenas y rompamos los barrotes que le encierran, para que pueda descargar su rabia largamente contenida sobre nuestro común enemigo. Pero si nuestros delegados no son capaces de influir en él, tratemos por todos los medios de lograr que no se ponga del lado de nuestro enemigo, ya que no podremos tenerlo de nuestro lado. Tu hijo Seleuco está en Lisimaquia; si, con el ejército que tiene con él, atraviesa Tracia y empieza a devastar los territorios fronteros de Macedonia, obligará a Filipo a separarse de los romanos para acudir en defensa de sus propios dominios.

Ya sabes mi opinión respecto a Filipo. En cuanto a la estrategia general de la guerra, has tenido conocimiento desde el principio de cuál era mi punto de vista. Si se me hubiera escuchado entonces, no habría sido de la captura de Calcis o del asalto a una fortaleza en el Euripo de lo que los romanos habrían oído hablar; habrían tenido noticia de que en la Etruria, y en las costas de la Liguria y de la Galia Cisalpina, habían estallado las llamas de la guerra; y, lo que les habría alarmado más que cualquier otra cosa, habrían sabido que Aníbal estaba en Italia. Soy de la opinión de que, incluso ahora, deben hacer venir todas tus fuerzas terrestres y navales, y que toda la flota de transportes las acompañen con su carga de suministros. Estando aquí, somos pocos para las necesidades de la guerra, pero demasiados para nuestros escasos suministros. Cuando hayas concentrado todas tus fuerzas, Antíoco, divide tu flota y mantén una escuadra navegando frente a Corfú, para que los romanos no puedan hacer una travesía fácil ni segura; la otra la enviarías hacia la costa italiana frente a Cerdeña y África. Tú mismo podrías avanzar, con todas tus fuerzas de tierra, hasta el territorios de Bulis [población próxima a Apolonia.-N. del T.]; desde aquí podrás proteger Grecia y dar la impresión a los romanos de que vas a navegar hacia Italia; si las circunstancias lo hicieran necesario, estarías en disposición de hacerlo. Esto es lo que yo te aconsejo que hagas, y aunque no esté profundamente versado en todas las clases de guerra, a costa de mis propios éxitos y fracasos he aprendido a hacer la guerra a los romanos. Para cuantas medidas te he propuesto, te prometo toda mi leal cooperación y mi energía. Confío en que cualquiera que sea la decisión que te parezca mejor, Antíoco, reciba la aprobación de los dioses.

[36,8] Esto fue lo esencial del discurso de Aníbal, que fue aplaudido en su momento pero que no condujo a resultados prácticos. No se llevó a cabo ni una sola de las medidas que propuso, más allá del envío de Polixénidas para traer la flota y tropas desde Asia. Se enviaron embajadores a la asamblea de los tesalios, que estaba reunida en Lárisa; también se fijó un día para que Aminandro y los etolios reunieran sus ejércitos en Feras, a donde se dirigió inmediatamente el rey con sus tropas. Mientras esperaba allí la llegada de Aminandro y los etolios, envió a Filipo de Megalópolis con dos mil hombres para reunir los huesos de los macedonios caídos en la batalla de Cinoscéfalos, donde había terminado la guerra con Filipo. Puede que se lo sugiriese el propio Filipo a Antíoco, como una manera de conseguir popularidad entre los macedonios y eliminar el enfado contra su rey por haber dejado insepultos a sus soldados; o bien Antíoco, con la vanidad natural de los reyes, ideó este proyecto, aparentemente importante pero, a la postre, trivial. Los huesos, que estaban esparcidos por doquier, se reunieron y enterraron bajo un túmulo; este acto, sin embargo, no despertó ninguna gratitud entre los macedonios y sí provocó resentimiento en Filipo, que hasta entonces había estado esperando acontecimientos, pero que ahora, a consecuencia de esto, envió inmediatamente noticia al propretor Marco Bebio para informarle de que Antíoco había invadido Tesalia y que, si lo consideraba adecuado, trasladara sus cuarteles de invierno; él mismo iría a su encuentro para discutir sobre los pasos que se habían de dar.

[36,9] Antíoco estaba acampado en Feres, donde los etolios y Aminandro se le habían sumado, cuando llegó una delegación de Lárisa para preguntarle qué habían hecho o dicho los tesalios para justificar que les hiciera la guerra. Le rogaban que retirase su ejército y que discutiera con ellos, por medio de sus embajadores, cuanto considerase preciso. Al mismo tiempo, enviaron un destacamento de quinientos hombres al mando de Hipóloco para proteger Feres. Encontrando cerradas todas las rutas por las tropas del rey, retrocedieron sobre Escotusa. El rey contestó amablemente a la delegación, explicándoles que no había entrado en Tesalia con ánimo de agredirles, sino únicamente para asentar y proteger su libertad. Envió un delegado a Feras para decirles lo mismo, pero, sin darle ninguna respuesta, los ferenses enviaron ante Antíoco a su primer ciudadano, Pausanias. Este le habló, más o menos, en el mismo sentido que antes lo habían hecho los calcidenses en la conferencia que, bajo circunstancias parecidas, habían sostenido en el Euripo, aunque en algunas cosas de las que dijo mostró mayor valor y determinación. El rey les aconsejó

considerar muy cuidadosamente su posición antes de adoptar ninguna resolución que, por ser demasiado cautos cara al futuro, les hiciera arrepentirse en lo inmediato; tras este consejo, despidió a su enviado. Cuando se presentó en Feres el resultado de esta misión, el pueblo no dudó ni un momento; estaban dispuestos a sufrir cuanto les deparase la guerra en defensa de su lealtad hacia Roma y tomaron todas las medidas posibles para la defensa de su ciudad. El rey lanzó un ataque simultáneo contra todas las partes de la muralla; como sabía perfectamente, pues ello era indiscutible, que de la suerte que corriera la primera ciudad que atacara dependía que los tesalios lo despreciaran o lo temieran, hizo todo lo posible por extender el terror por todas partes. Al principio, la guarnición sitiada ofreció una tenaz resistencia a sus furiosos ataques; pero al ver a muchos de los defensores muertos o heridos, su valor empezó a hundirse y solo mediante las recriminaciones de sus oficiales volvían a sostener su propósito inicial. Su número llegó a ser tan reducido que abandonaron el circuito exterior de sus murallas y se retiraron al interior de la ciudad, que estaba rodeada por una línea de fortificaciones más corta. Finalmente, su posición se volvió desesperada y, temiendo no encontrar misericordia si la ciudad era capturada al asalto, se rindieron. El rey no tardó en aprovecharse del temor provocado por esta captura y mandó cuatro mil hombres a Escotusa. Aquí, los ciudadanos se rindieron rápidamente en vista del reciente ejemplo de los ferenses, que se vieron obligados a hacer por la fuerza lo que en principio estaban decididos a rechazar. Hipóloco y su guarnición de lariseos fueron incluidos en la capitulación. Todos ellos salieron indemnes, pues el rey pensó que esto haría mucho para ganarse las simpatías de los lariseos.

[36,10] Todas estas operaciones las llevó a cabo en los diez días siguientes a su aparición ante Feras. Continuó, marchando con todo su ejército, hasta llegar a Cranón, que tomó inmediatamente después de su llegada. A continuación se hizo con Cierio, Metrópolis y las diversas fortalezas a su alrededor; para entonces, todo aquel territorio, excepto Atrage y Girtón, estaban en su poder. Su siguiente objetivo era Lárisa, donde espera que, bien por el temor a sufrir el destino de las otras ciudades tomadas al asalto, bien por gratitud al dejar marchar libre a su guarnición o por el ejemplo de tantas ciudades que se habían rendido voluntariamente, quedaran disuadidos de presentar una resistencia tenaz. Para intimidar a los defensores, llevó sus elefantes delante de sus líneas, siguiéndoles el ejército en orden de batalla hasta la ciudad. El espectáculo hizo que gran parte de los lariseos oscilaran entre el miedo al enemigo que esta ante sus puertas y el de ser infieles a sus distantes aliados. Durante este tiempo Aminandro y sus atamanes se apoderaron del Pelineo, y Menipo avanzó en Perrebia con una fuerza etolia de tres mil infantes y doscientos jinetes, tomando Malea y Cirecia al asalto y asolando el territorio de Trípoli. Después de estas rápidas victorias, volvieron con el rey en Lárisa, donde lo encontraron celebrando un consejo de guerra para decidir qué se debía hacer con esta ciudad. Hubo mucha diversidad de opiniones. Algunos estaban a favor de lanzar inmediatamente un asalto, pues la ciudad estaba situada en una llanura abierta por todas partes y sin pendientes, instando a que no hubiera retraso alguno en la construcción de obras de asedio y artillería con las que atacar las murallas, al mismo tiempo y por todos los lados. Otros recordaron al consejo que no se podían comparar las fuerzas de esta ciudad con las de Feres; además, ahora era invierno, una estación bastante inapropiada para desarrollar operaciones bélicas y aún menos para el asedio y asalto de una ciudad. Estando el rey indeciso sobre si había más que ganar o que perder con el intento, se fortaleció su ánimo con la llegada de embajadores desde Farsala para presentarle la rendición su ciudad. Entretanto, Marco Bebio se había reunido con Filipo en Dasarecia, coincidiendo ambos en que se debía enviar a Apio Claudio para proteger Lárisa. Claudio atravesó Macedonia a marchas forzadas y llegó a la cumbre del montañas que dominan Gonos, un lugar distante veinte millas de Lárisa, casi a la entrada del desfiladero de Tempe. Hizo aquí medir un campamento de dimensiones mayores de lo que sus fuerzas precisaban y encendió más fuegos de los necesarios, para dar la impresión al enemigo de que estaba allí todo el ejército romano junto con el rey Filipo. Antíoco, dejando pasar solo un día, abandonó Lárisa y regresó a Demetríade, alegando la proximidad del invierno como razón para su retirada. Los etolios y los

atamanes también se retiraron tras sus propias fronteras. Aunque Apio vio que el propósito de su marcha, el levantamiento del asedio, se había cumplido, marchó no obstante hasta Lárisa para tranquilizar a sus aliados respecto al futuro. Estos tuvieron doble motivo de satisfacción: el primero era la retirada del enemigo de su suelo, después, el ver las tropas romanas dentro de sus murallas.

[36.11] El rey marchó desde Demetríade a Calcis. Allí se enamoró de una joven calcidense hija de Cleptólemo; primero a través de otros y luego rogando con insistencia a su padre, que era reacio a entablar parentesco con alguien de rango tan gravoso para su fortuna, logró su propósito y se casó con la muchacha. La boda se celebró como si fuera tiempo de paz y, olvidando las dos grandes empresas en las que se había embarcado - la guerra con Roma y la liberación de Grecia - abandonó sus ocupaciones y pasó el resto del invierno entre banquetes y los placeres del vino, durmiendo sus desenfrenos y más cansado que satisfecho. Todos los prefectos del rey que estaban al mando de los diferentes cuarteles de invierno, en especial los de Beocia, cayeron en el mismo modo de vida disoluto; también los soldados comunes lo hicieron y ni un hombre entre ellos se puso su armadura o entró de servicio o de centinela, desentendiéndose de cualquier deber militar. Por lo tanto, cuando, al comienzo de la primavera, pasó Antíoco por la Fócide camino de Queronea, donde había dado órdenes para que se reuniera todo su ejército, le resultó fácil comprobar que los hombres habían pasado el invierno bajo una disciplina tan poco estricta como su comandante. Ordenó a Alejandro, el acarnane, y al macedonio Menipo que, desde Queronea, llevasen a las tropas hacia Estrato, en Etolia. Él, después de ofrecer un sacrificio a Apolo en Delfos, marchó hacia Lepanto. Aquí mantuvo una entrevista con los líderes de Etolia y luego, tomando la carretera que pasa por Calidón y Lisimaquia, llegó a Estrato, donde se reunió con su ejército, que venía del golfo Malíaco. Mnasíloco, uno de los hombres principales entre los acarnanes, comprado por Antíoco mediante multitud de regalos, estaba tratando personalmente de convencer a su pueblo de que se pusieran de parte del rey. Había logrado incluso convencer al pretor Clito, que detentaba por entonces la máxima magistratura, sobre sus puntos de vista, pero veía que sería difícil convencer a Leucas, la capital, para que se rebelara contra Roma, a causa de su temor a la flota romana al mando de Atilio, una parte de la cual navegaba frente a Cefalonia. Por consiguiente, decidió adoptar una estratagema. En una reunión del Consejo, les dijo que se debían proteger los puertos de Acarnania, y que todos los que pudieran portar armas debe ir hasta Medión y Tirreo para impedir que fuesen tomadas por Antíoco y los etolios. Algunos de los presentes protestaron contra esta división sin sentido de sus fuerzas, considerándola totalmente innecesaria, y dijeron que bastaría para ese propósito una fuerza de quinientos hombres. Cuando llegó este grupo, situó trescientos hombres en Medión y doscientos en Tirreo, con la intención de que cayeran en manos del rey y poder usarlos luego como rehenes.

[36.12] Entretanto, llegaron a Medión unos embajadores del rey. Fueron recibidos en audiencia por la asamblea y a continuación se discutió la respuesta que se debía enviar al rey. Unos opinaban que debían mantener su alianza con Roma y otros insistían en que no se debía rechazar la amistad que ofrecía el rey; Clito propuso un término intermedio que la asamblea decidió adoptar, a saber, enviar ante el rey y pedirle que dejara a los madionios consultar al consejo nacional de Acarnania sobre asunto tan importante. Mnasíloco y sus partidarios lograron ser nombrados en la legación, mandando un mensaje secreto a Antíoco urgiéndole a traer su ejército mientras ellos ganaban tiempo. La consecuencia de esto fue que apenas había partido la embajada cuando apareció Antíoco por sus fronteras y, en poco tiempo, ante sus puertas. Mientras que los que no estaban al tanto de la trama se apresuraban confusamente por las calles y llamaban a los jóvenes a las armas, Antíoco fue introducido en la ciudad por Mnasíloco y Clito Muchos llegaron a su alrededor por su propia voluntad, e incluso sus oponentes, constreñidos por el temor, se le unieron. Él calmó sus temores mediante un discurso lleno de amabilidad y, al hacerse de conocimiento general su clemencia, varias de las ciudades de Acarnania se pasaron a su lado. Desde Medión marchó a Tirreo, habiendo enviado por delante a Mnasíloco y a sus embajadores. Sin embargo, el

descubrimiento del engaño usado en Medión hizo que los tirreanos, en vez de intimidarse, se pusieran aún más en guardia. Dieron una respuesta completamente ambigua a sus requerimientos y le dijeron que no establecerían ninguna alianza nueva a menos que los comandantes romanos los autorizaran; al mismo tiempo, cerraron sus puertas y guarnicionaron sus murallas. Quincio envió a Cneo Octavio, al mando de un destacamento de tropas y algunos barcos de Aulo Postumio, a quien el general Atilio había puesto al mando de Cefalonia; su oportuna llegada a Leucas dio a los acarnanes nuevos ánimos, pues les informó de que el cónsul Manio Acilio había cruzado el mar con sus legiones y que los romanos estaban acampados en la Tesalia. Sus noticias resultaron más creíbles debido a que la estación del año era ya más favorable a la navegación; el rey, tras colocar guarniciones en Medión y en una o dos de las demás ciudades de Acarnania, se retiró de Tirreo y, pasando por las ciudades de Etolia y Fócide, regresó a Calcis.

[36,13] Marco Bebio y Filipo, tras su reunión en Dasarecia y después de enviar a Apio Claudio para levantar el sitio de Lárisa, habían regresado a sus respectivos cuarteles de invierno, pues era demasiado pronto para emprender operaciones militares. Al comienzo de la primavera bajaron con sus fuerzas unidas hasta Tesalia; Antíoco, por entonces, estaba en Acarnania. Filipo atacó Malea, en Perrebia, y Bebio atacó Facio, tomando esta plaza al primer asalto y capturando luego Festo con igual rapidez. Marchando de vuelta a Atrage, avanzó desde allí contra Cirecias y Ericio, apoderándose de ambos lugares; tras colocar guarniciones en las ciudades capturadas se reunió con Filipo, que estaba sitiando Malea. A la llegada del ejército romano se rindió la guarnición, fuera porque se viese intimidada por las fuerzas de asedio o porque esperase lograr términos más favorables. A continuación, los dos comandantes se dirigieron, con sus fuerzas unidas, a recuperar aquellas ciudades que mantenían los atamanes, es decir, Eginio, Ericinio, Gonfos, Silana, Trica, Melibea y Faloria. Después, asediaron Pelineo, donde se encontraba Filipo de Megalópolis con quinientos infantes y cuarenta jinetes; antes de lanzar su asalto, advirtieron a Filipo para que no les obligara a tomar medidas extremas. Este les envió una respuesta desafiante, diciéndoles que se habría puesto en manos de los romanos o de los tesalios, pero que no se pondría a merced de Filipo. Como resultaba evidente que habría de emplearse la fuerza y que mientras se efectuaba el asedio se podía atacar también Limneo, se decidió que el rey marchara a Limneo mientras Bebio se quedaba para llevar a cabo el asedio de Pelineo.

[36.14] Mientras tanto, el cónsul Manio Atilio había desembarcado con diez mil infantes, dos mil jinetes y quince elefantes. Ordenó a los tribunos militares que llevasen la infantería a Lárisa, mientras él iba con la caballería a reunirse con Filipo en Limneo. A la llegada del cónsul, el lugar se rindió de inmediato y entregaron la guarnición de Antíoco junto con los atamanes. Desde Limneo, el cónsul marchó a Pelineo. Aquí, los atamanes fueron los primeros en rendirse, siguiéndoles Filipo de Megalópolis. Cuando salía de la fortaleza, llegó Filipo de Macedonia para reunirse con él y ordenó a sus hombres que lo saludaran, en son de burla, como rey; luego, con un tono de desprecio indigno de su propio rango, se dirigió a él como hermano. Cuando fue llevado ante el cónsul, este ordenó que se le custodiara estrechamente y, no mucho después, se le encadenó y se le envió a Roma. Todas las guarniciones que se habían entregado, tanto las de los atamanes como las de Antíoco, fueron entregadas a Filipo; su número ascendió a cuatro mil hombres. El cónsul fue a Lárisa para celebrar un consejo de guerra y decidir sobre las siguientes operaciones; de camino, se encontró con delegados de Cierio y Metrópolis, que ofrecieron la rendición de sus ciudades. Filipo tenía la esperanza de apoderarse de Atamania, por lo que trató a sus prisioneros atamanes con especial indulgencia, con el propósito de ganarse a sus compatriotas a través de ellos. Llevó a su ejército hacia aquel país después de enviarlos por delante a sus hogares. La noticia que llevaron los prisioneros sobre la clemencia y generosidad del rey para con ellos, tuvo gran efecto sobre sus compatriotas. De haber estado presente Aminandro en su reino, podría haber mantenido leales a su autoridad a algunos de sus súbditos; sin embargo, el miedo a ser traicionado a su antiguo enemigo

Filipo y a los romanos, irritados justamente con él por su traición, le hizo huir, junto con su esposa e hijos, a Ambracia. Toda Atamania, en consecuencia, quedó sometida a Filipo.

El cónsul permaneció unos días en Lárisa, principalmente con el fin de dar descanso a los caballos y al ganado de tiro que, debido al viaje marítimo y la posterior marcha, había quedado agotado. Cuando su ejército quedó, por así decir, renovado tras el breve descanso, se dirigió a Cranón y sobre la marcha recibió la rendición de Farsala, Escotusa y Feres, junto con las guarniciones que Antíoco había dispuesto en ellas. Preguntó a estas tropas si estarían dispuestas a quedarse con él. Entregó a Filipo sobre un millar de voluntarios y al resto, desarmados, los envió de vuelta a Demetríade. A continuación capturó Proerna y las fortalezas próximas, siguiendo su marcha hacia el golfo Malíaco. Cuando se acercaba al desfiladero sobre el que se encuentra Táumacos, todos los jóvenes se armaron, dejaron la ciudad y ocuparon los bosques y caminos, lanzando ataques contra la columna romana desde los terrenos más elevados. El cónsul envió partidas para aproximarse a ellos y hablarles a distancia, advirtiéndoles contra aquella locura; pero al ver que persistían, ordenó a un tribuno militar que los rodeara con dos manípulos y cortase su retirada hacia la ciudad, que fue ocupada por el cónsul ante la ausencia de sus defensores. Al oír los gritos en la ciudad capturada detrás de ellos, huyeron de regreso desde todas partes y fueron destrozados. Al día siguiente, el cónsul marchó de Táumacos al río Esperqueo, asolando desde allí los campos de los hipateos.

[36,15] Antíoco estuvo durante todo este tiempo en Calcis, descubriendo finalmente que nada había logrado en Grecia, aparte de un muy agradable invierno en Calcis y una boda humillante. Acusaba ahora a los etolios de haberle hecho promesas vacías y admiraba a Aníbal, no solo como hombre prudente y previsor, sino como poco menos que un profeta, al ver cómo había predicho cuanto estaba sucediendo. Para que su aventura temeraria no se arruinara por su propia inactividad, envió un mensaje a los etolios pidiéndoles que concentraran todas sus fuerzas en Lamia, donde él mismo se les uniría con unos diez mil infantes, en su mayoría soldados llegados de Asia, y quinientos de caballería. Los etolios se reunieron en números considerablemente inferiores a ocasiones anteriores: solo se presentaron algunos de los notables con unos pocos de sus clientes. Dijeron que habían hecho todo lo posible para reunir a la mayor cantidad posible de sus respectivas ciudades, pero ni su influencia personal, sus recursos o su autoridad bastaron contra los que declinaron servir. Al verse abandonada por todos, tanto por sus propias tropas, reacios a salir de Asia, y por sus aliados, que no cumplían con lo que se comprometieron a proporcionar cuando le habían llamado, se retiró por el paso de las Termópilas. Esta cordillera corta Grecia en dos, igual que Italia está atravesada por los Apeninos. Al norte del desfiladero se encuentran Epiro, Perrebia, Magnesia, Tesalia, la Ftiótide de Acaya y el Golfo Malíaco. Al sur se encuentra la mayor parte de Etolia, Acarnania, la Fócide y la Lócride, Beocia, la isla contigua de Eubea y el Ática, que se proyecta en el mar como un promontorio; más allá de estos está el Peloponeso. Esta cordillera se extiende desde Leucas, en el mar occidental, ya través de Etolia hasta el mar oriental, y es tan abrupta y quebrada que incluso la infantería ligera -no digamos ya un ejército- tendría grandes dificultades en hallar caminos por los que atravesarla. El extremo oriental de la cordillera se llama Eta, y su pico más alto lleva el nombre de Calídromo. El camino que discurre por el terreno más bajo, entre su base y el golfo Malíaco, no tiene más de sesenta pasos de anchura y es la única vía militar que puede ser transitada por un ejército, pero sólo si no se encuentra con ninguna oposición. Por esta razón el lugar se llama Pilas y también las Termópilas, a causa de las aguas termales que allí existen; es famosa por la batalla contra los persas, pero más aún por la muerte gloriosa de los lacedemonios que lucharon allí.

[36,16] En un estado de ánimo muy diferente al de estos, Antíoco asentó su campamento en la parte más estrecha del paso, bloqueándolo con trabajos de fortificación y protegiendo cada parte de él con una doble línea de foso y empalizada; allí donde le pareció necesario, colocó un muro hecho

con las piedras que yacían por todas partes. Estaba bastante seguro de que el ejército romano nunca atacaría por allí; por ello, envió dos destacamentos compuestos por los cuatro mil etolios que se le habían unido, uno a defender Heraclea, una plaza justo enfrente del desfiladero, y el otro a Hípata. Esperaba que el cónsul atacase Heraclea y ya le estaban llegando numerosos mensajes diciendo que estaban siendo asolados los territorios alrededor de Hípata. El cónsul devastó en primer lugar el territorio de Hípata y luego el de Heraclea; en ninguno de estos lugares resultó eficaz la ayuda de los etolios y los romanos, finalmente, acamparon frente al rey, a la entrada del desfiladero y junto a las aguas termales. Ambos destacamentos etolios se guarecieron en Heraclea. Antes de que apareciera su enemigo, Antíoco consideraba que todo el paso estaba bloqueado y fortificado por sus tropas; ahora, sin embargo, estaba inquieto ante la posibilidad de que los romanos pudieran encontrar algún camino por las alturas vecinas mediante el que pudieran rodear sus defensas, pues se contaba que los lacedemonios habían sido tomados por la retaguardia, de aquel modo, por los persas y, más recientemente, Filipo por los romanos. En consecuencia, envió un mensaje a los etolios en Heraclea, pidiéndoles que le hicieran este último servicio en la guerra, es decir, tomar y guarnecer las crestas de las montañas alrededor para impedir que los romanos la cruzaran por algún punto. Al recibir este mensaje, se produjo diferencia de opiniones entre los etolios. Algunos pensaban que debían cumplir con la petición del rey y marchar; otros se pronunciaron a favor de permanecer en sus cuarteles en Heraclea, dispuestos para cualquiera de las dos posibles eventualidades. Si el rey era derrotado, ellos tendrían luego sus fuerzas intactas y podrían ayudar en la defensa de las ciudades de alrededor; si, por el contrario, resultaba vencedor, estarían entonces en posición de lanzarse en persecución de los romanos fugitivos. Cada parte mantuvo su opinión, y no sólo la mantuvo sino que actuó según la misma; dos mil se quedaron en Heraclea y los demás, divididos en tres grupos, ocuparon las tres alturas de Calídromo, Roduncia y Tiquiunte, que allí se llamaban.

[36,17] Cuando el cónsul vio que las alturas estaban ocupadas por los etolios, envió a los legados consulares Marco Porcio Catón y a Lucio Valerio Flaco, con dos mil hombres escogidos cada uno, para atacar sus fortalezas; Flaco contra el Roduncia y el Tiquiunte, y Catón contra el Calídromo. Antes de hacer avanzar a sus tropas contra el enemigo, el cónsul hizo formar a sus hombres y les dirigió unas palabras. *Soldados*, dijo, *veo que hay muchos entre vosotros, de todos los empleos, que habéis estado sirviendo esta provincia bajo el mando y los auspicios de Tito Quincio. En la guerra de Macedonia el desfiladero del río Áoo fue más difícil de forzar que este, pues aquí tenemos puertas y este pasaje provisto por la naturaleza es el único disponible, cualquier otra ruta entre ambos mares está bloqueada. En aquella ocasión, además, las defensas enemigas eran más fuertes y construidas en terreno más ventajoso; el ejército enemigo era más numeroso y compuesto por mejores soldados; había en aquel ejército macedonios, tracios e ilirios, pueblos mucho más belicosos; aquí tenemos sirios y griegos asiáticos, gentes de lo más despreciable y nacidas solo para la esclavitud. El rey que entonces se nos oponía era un auténtico soldado, entrenado desde su juventud en guerras contra los tracios, los ilirios y todos los pueblos vecinos; este hombre de ahora, para no hablar de su vida anterior, que pasó de Asia a Europa para hacer la guerra a los romanos, nada ha hecho durante los meses de invierno más memorable que casarse con una joven de una casa particular y de origen oscuro incluso entre sus mismos compatriotas; y ahora, el novio recién casado y, por así decir, engordado por los festines nupciales viene aquí a combatir. Su principal esperanza y su mayor fuerza residía en los etolios, el pueblo menos de fiar y más desagradecido, como ya habíais aprendido vosotros y ahora está aprendiendo Antíoco. Ni han venido en número considerable ni se les ha podido mantener en el campamento; están en desacuerdo entre sí y, tras insistir en que se debía defender Hípata y Heraclea, rehusaron defender ambos lugares y se refugiaron, unos en las alturas de las montañas y otros en Heraclea. El mismo rey ha demostrado claramente que no se atrevía a enfrentarse con nosotros en campo abierto y ni siquiera ha asentado su campamento en terreno abierto; ha abandonado todo el territorio que se*

jactaba de habernos arrebatado a nosotros y a Filipo, escondiéndose entre las rocas. Ni siquiera situó su campamento a la entrada del desfiladero, como dicen que hicieron los lacedemonios con el suyo, sino que se retiró a su interior. ¿Qué diferencia hay, para que veáis su miedo, entre encerrarse aquí o tras las murallas de una ciudad sitiada? El paso, sin embargo, no protegerá a Antíoco, ni defenderán a los etolios las alturas que han ocupado. Se han tomado medidas y precauciones bastantes para impedir que, durante la lucha, os tengáis que preocupar de nada que no sea combatir al enemigo. Considerad que no solo estáis luchando por la libertad de Grecia, aunque sería algo espléndido librar de manos de los etolios y de Antíoco el país que antes rescatasteis de Filipo, ni tampoco será únicamente vuestra recompensa lo que obtengáis del campamento del rey; serán también vuestro botín todos esos suministros que se espera que lleguen desde Éfeso de un día para otro; después abriréis al dominio de Roma Asia, y Siria, y todos los ricos reinos del más lejano oriente. ¿Qué nos impedirá, entonces, extender nuestros dominios desde Cádiz hasta el Mar Rojo, sin más límite que el Océano que envuelve el mundo, y hacer que toda la raza humana reverencie Roma solo por detrás de los dioses? Mostrad un ánimo digno de tan gran recompensa, para que mañana, con ayuda de los dioses, libremos la batalla decisiva.

[36.18] Después de esta arenga, los soldados rompieron filas y prepararon armas y armaduras antes de tomar alimento y descansar. En cuanto amaneció, el cónsul hizo dar la señal para la batalla y formó a sus hombres en un estrecho frente, para adaptarse a la angostura del terreno. Cuando el rey vio los estandartes del enemigo, hizo también formar a sus hombres. Situó frente a su empalizada a parte de su infantería ligera, para formar la primera línea. Detrás de ellos, para apoyarles, situó a los macedonios, conocidos como sarisóforos, desplegados para guardar las defensas. A la izquierda de estos, al mismo pie de las montañas, dispuso un grupo de lanzadores de jabalinas, arqueos y honderos, para que desde terreno más elevado pudieran hostigar el flanco desprotegido del enemigo. A la derecha de los macedonios, y hasta el final de sus líneas, donde el terreno se vuelve intransitable hasta el mar por culpa de los pantanos y las arenas movedizas, colocó a los elefantes con su escolta habitual, y detrás de ellos a la caballería; por último, un poco más atrás y con un breve espacio, al resto de sus tropas en segunda línea. Los macedonios, por delante de la muralla, no tenían inicialmente ninguna dificultad para resistir a los romanos, que trataban de abrirse paso por todas partes, y recibían una ayuda considerable que los que estaban en terreno más elevado, descargando sus hondas, y lanzando sus flechas y venablos todos a la vez, en una completa lluvia de proyectiles. Pero según se hacía mayor la presión del enemigo y se atacaba con más fuerza, fueron retrocediendo poco a poco en buen orden hacia su empalizada, formando allí prácticamente un segundo valladar con sus lanzas en ristre. La empalizada, debido a su moderada altura, no sólo ofrecía una posición más elevada desde la que luchar, sino que también les permitía mantener al enemigo, por debajo, a su merced gracias a sus largas lanzas. Muchos resultaron atravesados, en su temerario intento por coronar la empalizada, y se tendrían que haber retirado en desorden, tras fracasar su asalto, o haber sufrido graves pérdidas, de no haber aparecido Marco Porcio sobre una colina que dominaba el campamento. Había desalojado a los etolios de la cima del Calídromo, matando a su mayor parte, tras atacarlos cuando estaban descuidados y casi todos dormidos.

[36,19] Flaco no tuvo tanta suerte y su intento de llegar a los puestos fortificados sobre el Tiquiunte y el Roduncia fue un fracaso. Los macedonios y las demás tropas en el campamento del rey, al principio, al distinguirse en la distancia solo una masa de hombres en movimiento, creyeron que los etolios habían visto el combate desde lejos y venían en su ayuda. Sin embargo, cuando reconocieron los estandartes y las armas de los que se aproximaban, descubrieron su error y se aterrorizaron de tal manera que huyeron tras arrojar sus armas. La persecución se vio obstaculizada por las trincheras del campamento y el reducido espacio por el que los perseguidores tenían que pasar; aunque los elefantes eran el mayor obstáculo, ya que era difícil para la infantería pasar a

través de ellos, e imposible para la caballería; el atemorizados caballos crearon más confusión, de hecho, que la misma batalla. El saqueo del campamento aún retrasó más la persecución. No obstante, persiguieron al enemigo hasta Escarfea y luego regresaron al campamento. Gran número de hombres y caballos murieron o fueron capturados en el camino, y los elefantes, de los que no se pudieron apoderar, fueron muertos. Mientras tenía lugar la batalla, los etolios que habían estado guardando Heraclea lanzaron un ataque sobre el campamento romano, pero sin obtener ningún resultado en su empresa que, ciertamente, no careció de audacia. Sobre la tercera guardia de la noche siguiente, el cónsul envió a la caballería para que siguiera la persecución, haciendo marchar a las legiones al amanecer. El rey había logrado una ventaja inicial considerable, ya que no se detuvo en su precipitada carrera hasta llegar a Elacia. Aquí recogió lo que quedaba de su ejército tras la batalla y la huida, retirándose con un pequeño grupo de soldados a medio armar hacia Calcis. La caballería romana no logró alcanzar al mismo rey en Elacia, pero cayó sobre gran parte de sus soldados cuando, agotados, se detenían o cuando se perdían por los caminos de un país desconocido, cosa normal al carecer de guías. De todo el ejército no escapó ni un solo hombre, aparte de los quinientos que formaban la guardia personal del rey, un número insignificante aún si aceptamos la afirmación de Polibio, anteriormente mencionada, de que las fuerzas que el rey trajo con él desde Asia no excedían los diez mil hombres. ¿Qué podríamos decir, si hubiéramos de creer a Valerio Antias cuando escribe que había sesenta mil hombres en el ejército del rey, de los que cayeron cuarenta mil y se hicieron más de cinco mil prisioneros, capturándose doscientos treinta estandartes? En la propia batalla, las pérdidas romanas ascendieron a ciento cincuenta hombres, muriendo no más de cincuenta en la defensa del campamento contra los etolios.

[36,20] Aunque el cónsul estaba llevando a su ejército a través de la Fócide y Beocia, los ciudadanos de las ciudades rebeldes, conscientes de su culpa y temiendo ser tratados como enemigos, salieron fuera de las puertas de sus ciudades con atuendo de suplicantes. El ejército, sin embargo, desfiló delante de todas sus ciudades, una tras otra, sin causar ningún daño, como si estuvieran en territorio amigo, hasta que llegaron a Coronea. Aquí se despertó una gran indignación ante la visión de una estatua de Antíoco erigida en el templo de Minerva Itonia, y se permitió a los soldados el saqueo de los dominios del templo. Sin embargo, después se consideró que, habiendo sido erigida allí por decisión de todos los beocios, era injusto tomar venganza únicamente sobre el territorio de Coronea. Hizo llamar inmediatamente de vuelta a sus soldados y se detuvo el pillaje, contentándose con reprender severamente a los beocios por su ingratitud para con Roma, después de los muchos beneficios que hacía tan poco habían recibido. En el momento de la batalla, diez de los barcos del rey, al mando del prefecto Isidoro, permanecían fondeadas en Tronio, en el golfo Malíaco. Alejandro de Acarnania, que había resultado gravemente herido, huyó hasta allí con la noticia de la derrota, y los barcos se apresuraron a navegar hasta Ceneo, en Eubea. Aquí murió y fue sepultado Alejandro. Tres buques, que habían venido desde Asia e iban hacia el mismo puerto, al tener noticia del desastre que se había apoderado del ejército, regresaron a Éfeso. Isidoro dejó Ceneo en dirección a Demetríade, por si la huida llevaba al rey hacia allí. Durante todo este tiempo, Aulo Atilio, que estaba al mando de la flota romana, interceptó un gran convoy de suministros para el rey que había pasado por el estrecho entre Andros y Eubea. Hundió algunos de los buques y capturó otros; los que estaban más a retaguardia variaron su rumbo hacia Asia. Atilio navegó de vuelta con su columna de naves capturadas y repartió la gran cantidad de grano que había a bordo entre los atenienses y otras ciudades aliadas de aquel territorio.

[36,21] Justo antes de la llegada del cónsul, Antíoco dejó Calcis y se dirigió a Tenos, en primer lugar, y desde allí a Éfeso. Al acercarse el cónsul a Calcis, el prefecto del rey, Aristóteles, salió de la ciudad y se abrieron las puertas al cónsul. Todas las restantes ciudades de Eubea se entregaron sin lucha, y en pocos días quedó restablecida la paz en toda la isla, regresando el ejército a las Termópilas sin dañar una sola ciudad. Esta moderación, mostrada tras la victoria, fue mucho

más digna de alabanza que la propia victoria. Para que el Senado y el pueblo pudieran recibir, mediante un testigo con autoridad, un informe sobre las operaciones efectuadas, el cónsul envió a Roma a Marco Catón. Esté navegó desde Creúsa, emporio de los tespienses situado en la parte más interior del golfo de Corinto, hasta Patras, en Acaya; desde Patras marchó a Corfú, bordeando las costas de Etolia y Acarnania, pasando desde allí hasta Otranto, en Italia. Desde allí viajó rápidamente por tierra, y alcanzó Roma en cinco días. Entrando en la ciudad antes de que amaneciera, fue directamente a ver al pretor, Marco Junio, quien convocó una reunión del Senado al amanecer. Lucio Cornelio Escipión había sido enviado por el cónsul algunos días antes, encontrándose a su llegada que Catón se le había adelantado. Entró en el Senado mientras Catón estaba presentando su informe y ambos generales fueron llevados ante la Asamblea por orden del Senado, donde dieron los mismos detalles sobre la campaña etolia que habían expuesto ante el Senado. Se aprobó un decreto para ofrecer durante tres días una acción de gracias, debiendo sacrificar el pretor cuarenta víctimas adultas a los dioses que considerara conveniente. Marco Fulvio Nobilior, que había ido a Hispania dos años antes como pretor, entró por entonces en la Ciudad en Ovación. Llevó ante él ciento treinta mil monedas de plata acuñadas con la biga y doce mil libras de plata sin acuñar, además de ciento veintisiete libras de oro.

[36.22] Mientras Acilio estaba en las Termópilas, envió un mensaje a los etolios aconsejándoles, ahora que habían visto cuán vacías eran las promesas del rey, que volvieran a su sano juicio y devolvieran Heraclea, solicitando el perdón del Senado por su locura o su error. Otras ciudades de Grecia, les recordó, habían sido infieles a sus mejores amigos, los romanos, en esa guerra; pero después de la huida del rey, cuyas promesas les habían apartado de sus obligaciones, no agravaron su culpa mediante su voluntaria tozudez y habían sido recibidas inmediatamente como aliadas. Incluso en el caso de los etolios, a pesar de que no habían seguido al rey, sino que lo habían invitado, y que no fueron sus aliados en aquella guerra, sino sus guías, aún existía para ellos la posibilidad, si mostraban un verdadero arrepentimiento, de salir indemnes. Este mensaje se encontró con una respuesta desafiante; la cuestión, evidentemente, habría de quedar resuelta mediante las armas y estaba claro que, aunque el rey había sido derrotado, la guerra contra los etolios no había hecho más que empezar. En consecuencia, el cónsul desplazó su ejército desde las Termópilas hasta Heraclea, cabalgando el mismo día de su llegada alrededor de las murallas para determinar la situación de la ciudad. Heraclea se encuentra al pie del monte Eta; la ciudad misma está situada en una llanura y tiene una ciudadela que la domina desde una posición de altura considerable, cortada a pico por todos lados. Después de considerar cuidadosamente cuanto había observado, decidió lanzar un ataque simultáneo desde cuatro puntos diferentes. En dirección al río Asopo, donde estaba el gimnasio, situó a Lucio Valerio al mando de las operaciones de asedio. Encargó a Tiberio Sempronio Longo el ataque contra la zona situada fuera de las murallas, casi más poblada que la propia ciudad. En el lado que daba al golfo Malíaco, donde la aproximación presentaba dificultades considerables, puso al mando a Marco Bebio. Hacia el arroyo que llaman Mélana, frente al templo de Diana, situó a Apio Claudio. Merced a los denodados esfuerzos de estos, tratando cada uno de superar a los demás, en pocos días quedaron completadas las torres, los arietes y demás preparativos para el asalto. El terreno que rodea Heraclea es pantanoso y está cubierto por árboles altos que proporcionan una fuente abundante de madera para toda clase de obras de asedio; como los etolios que vivían en el suburbio se habían refugiado en la ciudad, las casas desiertas proporcionaron materiales útiles para diversos propósitos, incluyendo no solo vigas y tablones, sino también ladrillos y piedras de todas las formas y tamaños.

[36.23] Los romanos, en su ataque a la ciudad, empleaban más las máquinas de asedio que las armas; los etolios, por el contrario, confiaban más en sus armas para defenderse. Cuando batían las murallas con los arietes, no desviaban, como es habitual, los golpes mediante el uso de lazos de cuerda, sino que efectuaban salidas con fuerzas considerables, llevando algunos antorchas

encendidas para arrojar contra las obras de asedio. También había poternas en las murallas, y cuando reconstruían estas donde habían quedado destruidas, dejaban abiertas más de aquellas para permitir salidas más numerosas. Durante los primeros días del asedio, mientras sus fuerzas permanecieron intactas, fueron frecuentes e impetuosas estas salidas; conforme pasó el tiempo, se volvieron más escasas y débiles. Entre las muchas dificultades, la falta de sueño fue una de las que más les presionaban. Los romanos, debido a su número, podían disponer relevos regulares para sus hombres; pero los etolios eran pocos en comparación y al tener que estar continuamente de servicio los mismos hombres, noche y día, quedaban completamente agotados por el incesante esfuerzo. Durante veinticuatro días, sin un momento de respiro por el día ni por la noche, tuvieron que sostener los ataques del enemigo, que los lanzaba simultáneamente desde cuatro lugares distintos. Considerando el tiempo que llevaban atacando, y a la vista de la información llevada por los desertores, el cónsul se convenció de que los etolios estaban finalmente agotados e ideó el siguiente plan: Cuando llegara la media noche, daría la señal para retirarse y llamaría de vuelta a todos los soldados del asedio. Los mantendría tranquilos en el campamento hasta la hora tercia del día siguiente, cuando recomenzaría el ataque y lo sostendría hasta la media noche, cuando lo suspendería nuevamente hasta la hora tercia del día siguiente. Los etolios supondrían que el motivo para no continuar el asalto sería el mismo que les ocurría a ellos, es decir, el excesivo cansancio, y cuando se diera a los romanos la señal para retirarse, también ellos, como si les hubiesen llamado igualmente, abandonarían sus posiciones y no reanudarían las guardias en las murallas hasta la hora tercia del día siguiente.

[36.24] Tras la suspensión de las operaciones a media noche, el cónsul reanudó el asalto en la cuarta guardia, con extrema violencia y por tres lados. Ordenó a Tiberio Sempronio que mantuviera a sus soldados alerta y dispuestos en el cuarto lado, pues no tenía duda de que los etolios, en la confusión nocturna, correrían hacia los lugares donde escuchasen los gritos del combate. Algunos de los etolios estaban dormidos, agotados por el esfuerzo y la falta de descanso, pudiéndose levantar solo con gran dificultad; los que aún estaban despiertos, al escuchar el ruido de la batalla, se lanzaron a ella en la oscuridad. Los atacantes trataban de escalar sobre las partes caídas de la muralla hacia el interior de la ciudad, otros trataban de coronar el muro mediante escalas de asalto y los etolios se apresuraban a todas partes para enfrentarse al ataque. El único lado que quedó sin atacar y sin vigilar fue el de los edificios del suburbio; los que debían atacarlo esperaban con impaciencia la señal y nadie quedaba allí para defenderlo. Ya amanecía cuando el cónsul dio la señal y penetraron en la ciudad sin ninguna oposición; algunos sobre las murallas derruidas, otros, donde los muros estaban intactos, mediante escalas de asalto. En cuanto se oyeron los gritos que anunciaban que se había capturado la ciudad, los etolios abandonaron sus puestos y huyeron a la ciudadela.

El cónsul dio a sus tropas victoriosas permiso para saquear la ciudad, no como un acto de venganza, sino para que los soldados, a quienes se les había prohibido en tantas ciudades, pudieran probar, al menos en un único lugar, los frutos de la victoria. Hacia el mediodía, llamó de vuelta a sus hombres y los formó en dos grupos. Ordenó a uno de ellos que marchara alrededor de la falda de la montaña, hasta un pico que tenía la misma altura que la ciudadela y que estaba separado de esta por un barranco, como si la hubieran arrancado de ella. Las alturas estaban tan próximas la una a la otra que se podían arrojar proyectiles desde la cumbre sobre la ciudadela. Con el otro grupo, el cónsul trataría de subir hasta la ciudadela, esperando la señal de aquellos que debían coronal el otro pico. Sus gritos al ocupar la otra altura y el ataque del grupo restante desde la ciudad fueron demasiado para los etolios, con sus ánimos completamente quebrados y sin preparación para soportar un asedio en la ciudadela, que apenas podían sostener y mucho menos proteger, pues se habían congregado allí las mujeres, los niños y otros no combatientes. Así pues, al primer asalto depusieron sus armas y se rindieron. Entre ellos, junto a otros notables etolios, se encontraba Damócrito. Al comienzo de la guerra le había contestado a Tito Quincio, cuando este le pidió una

copia del decreto de invitación a Antíoco, que se lo daría en Italia, cuando los etolios hubieron acampado allí. Aquella muestra de arrogancia hizo su rendición aún más grata a los vencedores.

[36,25] Mientras los romanos se encontraban asediando Heraclea, Filipo, según lo acordado con el cónsul, atacaba Lamia. Había ido a las Termópilas para felicitar al cónsul y al pueblo de Roma por la victoria y, al mismo tiempo, para disculparse por la enfermedad que le impidió tomar parte en las operaciones contra Antíoco. A continuación, ambos comandantes se separaron en distintas direcciones, para proceder al asedio simultáneo de ambas plazas. Distan unas siete millas entre sí y como Lamia se encuentra sobre un terreno elevado, mirando sobre todo hacia el monte Eta, parece que la distancia entre ellas es muy corta, viéndose desde una cuando sucede en la otra. Los romanos y los macedonios compitieron enérgicamente entre sí, tanto en las operaciones de asedio como en los mismos combates noche y día. Pero la tarea de los macedonios tenía mayor dificultad, pues las galerías y manteletes romanos, así como todas sus máquinas de asedio, estaban en terreno elevado, mientras que los macedonios dirigían el ataque mediante minas subterráneas en las que a menudo topaban con lugares arduos por culpa de rocas sobre las que sus herramientas de hierro hacían poca mella. Viendo que no progresaba mucho, el rey celebró conferencias con los dirigentes de la ciudad, esperando poder convencerles para que se rindieran. Estaba seguro de que, si Heraclea era tomada antes, se rendirían antes a los romanos que a él mismo y el cónsul se ganaría su gratitud por haber levantado el sitio. Su suposición resultó correcta, pues apenas se tomó Heraclea le llegó un mensaje pidiéndole que abandonara el asedio, pues habiendo sido los romanos quienes habían combatido contra los etolios en batalla campal, resultaba justo que fueran ellos quienes lograran el premio de la victoria. Así, tuvo lugar la retirada de Lamia y, gracias a la caída de la ciudad vecina, escapó de un destino similar.

[36.26] Poco antes de la caída de Heraclea, los etolios celebraron una asamblea en Hípata y resolvieron enviar embajadores a Antíoco; entre ellos se encontraba Toante, que ya había sido enviado anteriormente. Se les ordenó que pidiesen al rey que llamase una vez más a sus fuerzas terrestres y navales y que cruzara a Grecia; si algo se lo impedía, entonces debían pedirle que enviara dinero y tropas, precisándole que importaba a su dignidad real y a su honor personal el no traicionar a sus aliados; si permitía que los romanos, tras destruir a los etolios, quedaran con las manos totalmente libres y desembarcasen en Asia con todas sus fuerzas, pondría en peligro la seguridad de su propio reino. Cuanto dijeron era cierto y, por tanto, causaron la más profunda impresión en el rey. Les dio dinero para los gastos inmediatos de la guerra y se comprometió a enviar ayuda terrestre y naval. Retuvo junto a él a uno de los embajadores, Toante, que se alegró mucho de quedarse pues, permaneciendo allí, podría asegurar el cumplimiento de sus promesas.

[36.27] La caída de Heraclea, sin embargo, quebró el ánimo de los etolios. A los pocos días de su solicitud a Antíoco, pidiéndole la reanudación de las hostilidades y su retorno a Grecia, dejaron de lado todos los planes bélicos y enviaron emisarios al cónsul para pedir la paz. Cuando empezaron a hablar, el cónsul les interrumpió al poco diciéndoles que había otras cuestiones de las que se debía ocupar antes. A continuación les concedió una tregua de diez días y les ordenó regresar a Hípata acompañados por Lucio Valerio Flaco, ante el que debía plantear las cuestiones que quisieran discutir con él, así como cualquier otro asunto del que quisieran hablar. A su llegada a Hípata, Flaco encontró a los líderes etolios reunidos en un consejo y deliberando entre ellos qué posición debían adoptar en las negociaciones con el cónsul. Se disponían a alegar los antiguos tratados vigentes y sus servicios a Roma, cuando Flaco les aconsejó que desistieran de recurrir a los tratados que ellos mismos habían violado y roto. Ganarían mucho más, les dijo, si confesaban sus faltas y se limitaban a pedir clemencia. Su única esperanza de seguridad residía no en la fuerza de su causa, sino en la clemencia del pueblo romano; si adoptaban una actitud suplicante, él estaría a su lado ante el cónsul y ante el Senado, en Roma, pues también tendrían que enviar allí a sus

embajadores. Todos los presentes vieron que sólo un camino conducía a la seguridad, a saber, ponerse a merced de los romanos. Pensaban que, apareciendo como suplicantes, les causaría vergüenza dañarles y podrían seguir preservando su independencia si la fortuna les ofrecía algo mejor.

[36,28] Cuando se presentó ante el cónsul, Feneas, el jefe de la delegación, pronunció un largo discurso, compuesto en diversos modos para mitigar la ira del vencedor, y concluyó diciendo que los etolios sometían sus personas y cuanto poseían al honor y la buena fe del pueblo de romano. Cuando el cónsul escuchó esto, le dijo: *Mirad dos veces, etolios, estas condiciones en que os entregáis.* Feneas, entonces, le mostró el decreto en el que se indicaba todo aquello detalladamente. *Así pues,* les respondió, *ya que os entregáis en estos términos, os exijo que entreguéis de inmediato a Dicearco, vuestro compatriota, y a Menestas del Epiro* -este era el hombre que había introducido un cuerpo de tropas en Lepanto e indujo a los ciudadanos a la rebelión-*, así como a Aminandro y a los líderes atamanes que os convencieron para rebelaros contra nosotros.* Feneas apenas dejó que el romano terminase su frase y le replicó: *No nos hemos entregado como esclavos, sino a tu protección y buena fe; y estoy seguro de que, al no conocernos, nos das órdenes contrarias a las costumbres de los griegos.* A esto, el cónsul respondió: *Pues no, ¡por Hércules!, no me preocupa lo que los etolios consideren que son las costumbres de los griegos, pues yo sigo las costumbres de los romanos y doy mis órdenes a quienes, tras ser vencidos por la fuerza de las armas, acaban de entregarse por decisión propia. Así pues, si mi orden no se obedece de inmediato, mandaré ahora mismo que se os encadene.* Ordenó entonces que se trajeran los grilletes y que los lictores rodearan a Feneas. Este, junto a los demás etolios, perdió toda su arrogancia, dándose finalmente cuenta de su situación, declarando Feneas que él y los etolios se daban cuenta de la necesidad de cumplir con las órdenes del cónsul, pero que era preciso que que se aprobara un decreto a tal efecto en una asamblea de los etolios. A fin de que se pudiera hacer esto, le pidieron una tregua de diez días. Flaco apoyó la solicitud, que fue concedida, y se volvieron a Hípata. Una vez aquí, Feneas informó al consejo restringido -conocido como *apokleti*- sobre las condiciones que se les había impuesto y el destino que habían estado a punto de sufrir él y sus colegas. Los notables deploraron la situación a que se veían reducidos, pero decidieron que su vencedor debía ser obedecido y que se debía convocar una reunión de los etolios de todas sus ciudades.

[36.29] Así, se reunió la asamblea de todos los ciudadanos etolios; al escuchar las condiciones se exasperaron de tal manera por lo duro y humillante de las imposiciones que, si hubieran estado en tiempo de paz, el estallido de ira los habría hecho lanzarse a la guerra. Además de la cólera que se levantó, hubo dificultades para llevar a cabo lo ordenado. ¿Cómo, se preguntaban, podrían ellos entregar al rey Aminandro? Y, además, la presencia de Nicandro, que acababa de regresar de su misión junto a Antíoco, levantó vanas esperanzas de que se estaba preparando una guerra enorme por tierra y por mar. Después de un viaje de doce días desde Éfeso desembarcó en Falara, en el golfo Malíaco, de camino a Etolia. De allí pasó a Lamia, donde dejó el dinero que el rey les había dado, partiendo después, a primera hora de la tarde y con una escolta de tropas ligeras, para seguir por caminos que conocía bien. Mientras recorría el territorio entre los campamentos romanos y macedonios, llegó hasta un puesto avanzado macedonio y fue conducido ante el rey. Filipo no había terminado de cenar, y cuando se le informó de la detención lo trató no como un enemigo, sino como un invitado, invitándole a sentarse y participar en el banquete. Luego, una vez despedidos los restantes invitados, se quedó a solas con él y le aseguró que no tenía nada que temer. Culpó a los etolios por sus desatinadas decisiones, que siempre se volvían en su contra, pues ellos fueron los que trajeron primero a los romanos a Grecia y después a Antíoco. Llegó a decir que él olvidaría el pasado, que era más fácil de criticar que de modificar, y que no haría nada para ofender a los etolios en su desgracia; a cambio, ellos pondrían fin a su odio contra él y Nicandro, en particular, nunca olvidaría el día en que él había salvado su vida. A continuación, le asignó una escolta que lo llevaría

a un lugar seguro, y Nicandro llegó a Hípata mientras que los etolios estaban debatiendo la cuestión de la paz con Roma.

[36.30] El botín obtenido alrededor de Heraclea fue vendido por Manio Acilio o entregado a los soldados. Al enterarse de que en Hípata no se había llegado a la decisión de hacer la paz y que los etolios se habían concentrado en Lepanto, donde tenían intención de resistir todo el peso de la guerra, el cónsul envió a Apio Claudio con cuatro mil hombres para ocupar las alturas que dominaban los difíciles pasos montañosos mientras él mismo ascendía al monte Eta. Ofreció allí sacrificios a Hércules, en un lugar llamado Pyra pues allí fue donde fue incinerado el cuerpo mortal del dios. Desde allí continuó su marcha con la totalidad de su ejército y progresando satisfactoriamente hasta llegar al Córace. Este es el pico más alto entre Galípoli y Lepanto y, mientras lo cruzaba, muchos de sus animales de tiro se precipitaron con sus alforjas, produciéndose víctimas entre las tropas. Era fácil ver con cuán torpe enemigo habían de contender, pues no hicieron intento alguno de enviar fuerzas con el fin de cerrarles el paso, que era tan difícil y peligroso. Así las cosas, pese a haber sufrido bajas el ejército, el cónsul descendió a Lepanto. Estableció una posición fortificada frente a la ciudadela y sitió las partes restantes de la ciudad, distribuyendo las tropas según la situación de las murallas. Este asedio conllevó mucho más trabajo y esfuerzo que el de Heraclea.

[36,31] Mesenia, en el Peloponeso, se había negado a unirse a la Liga Aquea, y ahora los aqueos la sitiaron. Había fuera de la Liga dos ciudades, Mesenia y Élide, cuyas simpatías estaban con los etolios. Los eleos, sin embargo, después de la salida de Antíoco de Grecia, dieron una respuesta más conciliadora al enviado de los aqueos, diciéndole que cuando se retirase la guarnición del rey considerarían qué debían hacer. Los mesenios, por otra parte, despidieron a los delegados sin darles respuesta e iniciaron las hostilidades. Sin embargo, la devastación por doquier de sus tierras por el fuego y la espada, así como la contemplación del campamento aqueo cerca de su ciudad, los hizo temer por su seguridad y enviaron un mensaje a Tito Quincio, que estaba en Calcis, en el sentido de que, siendo él el autor de su libertad, los ciudadanos de Mesenia estaban dispuestos a abrir sus puertas a los romanos y entregar a ellos la ciudad, pero no a los aqueos. Al recibir este mensaje, Quincio dejó Calcis inmediatamente y envió recado a Diófanes, el pretor de los aqueos, para que retirase enseguida su ejército de Mesenia y se reuniera con él. Diófanes obedeció y levantó el sitio; y luego, apresurando el avance de su ejército, se reunió con Quincio cerca de Andania, una pequeña población fortificada que se encuentra entre Megalópolis y Mesenia. Cuando empezó a explicar sus razones para atacar el lugar, Quincio, suavemente, le reprendió por dar un paso tan importante sin su consentimiento y le ordenó que licenciara a su ejército y no perturbara la paz que se había logrado para bien de todos. Ordenó a los mesenios que hicieran volver a sus ciudadanos exiliados y que se unieran a la liga aquea; si tenían que objetar algo, o deseaban alguna salvaguarda para el futuro, debían acudir a él en Corinto. Al mismo tiempo, ordenó a Diófanes que convocara inmediatamente para él una reunión de la Liga Aquea. En su discurso ante ella, señaló cómo se había tomado a traición la isla de Zacinto, y exigió su devolución a los romanos. La isla, explicó, había sido en otro tiempo parte de los dominios de Filipo, y este la había entregado a Aminandro como pago por haberle permitido marchar a través de Atamania hacia el norte de Etolia, resultando de esta expedición que los etolios abandonaron toda resistencia ulterior y pidieron la paz. Aminandro nombró a Filipo de Megalópolis prefecto de la isla. Posteriormente, cuando Aminandro se unió a Antíoco en la guerra contra Roma, hizo llamar a este Filipo para encargarse de asuntos militares y envió a Hierocles de Agrigento para sucederlo.

[36.32] Después de la huida de Antíoco de las Termópilas y de la expulsión de Aminandro de Atamania a manos de Filipo, Hierocles entró en negociaciones con Diófanes y entregó la isla a los aqueos previa entrega de una suma concertada. Los romanos la consideraban un justo premio

bélico, pues Manio Acilio y las legiones romanas no lucharon en las Termópilas a beneficio de Diófanes y los aqueos. En su respuesta, Diófanes trató de disculparse él y su nación, presentando argumentos para justificar su acción. Algunos de los presentes protestaron, diciendo que desde el principio habían desaprobado aquel acto y que protestaban ahora contra la actitud pertinaz de su pretor. Consiguieron aprobar un decreto remitiendo a Quincio la resolución de todo el asunto. Era Quincio tan severo con quienes se le oponían como benévolo con quienes cedían. Apartando de su mirada y su voz cualquier vestigio de ira, declaró: *Si yo pensara que la posesión de esa isla pudiera ser una ventaja para los aqueos, aconsejaría al Senado y al pueblo de Roma que os permitieran poder conservarla. Sin embargo, igual que cuando se ve una tortuga que se ha encogido completamente en su caparazón, segura contra cualquier golpe, así cuando muestra cualquier parte de su cuerpo, esta parte queda expuesta e indefensa. Lo mismo os ocurre a vosotros, aqueos. Mientras quedan todas vuestras partes cerradas por el mar, no tenéis dificultad en incorporar a vuestra liga cuanto está dentro de las fronteras del Peloponeso, y proteger después lo incorporado, pero si la pasión por el engrandecimiento os lleva a ir más allá de esas fronteras, todo cuanto poseéis fuera queda indefenso y a merced de cualquier agresor.* Con la aprobación unánime del Consejo, pues Diófanes no se atrevió a plantear ninguna oposición, Zacinto fue entregada a los romanos.

[36.33] Cuando el cónsul estaba partiendo hacia Lepanto, Filipo le preguntó si deseaba que él recuperase las ciudades que habían abandonado su alianza con Roma. Al recibir el consentimiento del cónsul, marchó con su ejército a Demetríade, pues estaba advertido de la confusión que reinaba allí. Los ciudadanos estaban desesperados, pues se veían abandonados por Antíoco y sin esperanza de ayuda por los etolios, esperando cada día la llegada de su enemigo Filipo o de otro aún más implacable, los romanos, que aún tenían más motivo para estar enojados con ellos. Había en la ciudad un grupo desorganizado de soldados de Antíoco, la pequeña fuerza que había dejado para mantener la ciudad, a la que se habían unido los fugitivos de la batalla que llegaron tras la derrota, en su mayoría, sin armas. No tenían ni la fuerza ni la resolución para sostener un asedio, y cuando los emisarios de Filipo les ofrecieron la esperanza de obtener el perdón, le mandaron a decir que las puertas estaban abiertas para el rey. Algunos de los hombres principales abandonaron la ciudad al entrar él; Euríloco se suicidó. De conformidad con la estipulación, los soldados de Antíoco fueron enviados, a través de Macedonia y Tracia, a Lisimaquia bajo la protección de una escolta de macedonios. Había también en Demetríade unos cuantos barcos bajo el mando de Isidoro, a los que también se dejó partir con su prefecto. Filipo, después, marchó a reducir Dolopia, Aperancia y algunas ciudades de Perrebia.

[36,34] Mientras Filipo estaba ocupado con todo esto, Tito Quincio, tras la entrega de Zacinto por el consejo aqueo, navegó a Lepanto, donde ya hacía dos meses que se mantenía el asedio, aunque su caída estaba próxima. Parecía que su captura por la fuerza pudiera llevar a la ruina de toda la nación etolia. Quincio tenía toda la razón para estar encolerizado con ellos; no había olvidado que fueron el único pueblo que había hablado de él con desprecio cuando obtenía la gloria de liberar Grecia, habiendo rechazado su autoridad cuando trató de disuadirlos de su desatinado proyecto y les advirtió lo que les ocurriría, advertencia que los recientes acontecimientos habían demostrado ser cierta. Sin embargo, como se consideraba especialmente obligados a procurar que ninguna ciudad de la Grecia que él había liberado se viera totalmente destruida, decidió caminar hasta las murallas para que los etolios pudieran identificarle fácilmente. Fue reconocido inmediatamente por los puestos de avanzada, extendiéndose rápidamente entre las tropas la noticia de que Quincio estaba allí. Todos corrieron a las murallas; todo el pueblo levantaba sus manos en señal de súplica y con una sola voz lo llamaban por su nombre y le suplicaban que acudiera en su auxilio y los salvara. Se sintió profundamente conmovido por esta súplica, pero, al mismo tiempo, les hizo saber por señas que no estaba en su poder ayudarles. Luego, al verse con el cónsul, le dijo:

¿No ves lo que está pasando, Marco Acilio, o es que pese a verlo claramente no crees que afecte al supremo interés de la República? Esto despertó el interés del cónsul, que le respondió: *¿Por qué no te explicas? ¿de qué se trata?* Quincio prosiguió: *¿No ves que, ahora que has derrotado a Antíoco, estás perdiendo el tiempo asediando un par de ciudades cuando tu periodo en el cargo casi ha expirado? Mientras tanto, Filipo, que nunca ha visto los estandartes o la línea de batalla del enemigo, se está anexionando, no ya ciudades, sino pueblos enteros como Atamania, Perrebia, Aperancia y Dolopia. Y aún así, no es tan importante para nosotros que se debilite la fuerza y los recursos de los etolios, como el no permitir a Filipo que extienda indefinidamente sus dominios y obtenga todas esas ciudades mientras que tú y tus hombres, como premio por tu victoria, aún no tenéis dos ciudades.*

[36.35] El cónsul se mostró de acuerdo, pero su amor propio le hacía considerar humillante el abandonar el asedio sin lograr nada. Por último, dejó en manos de Quincio el llegar a un acuerdo. Este regresó a aquella parte de las murallas desde las que los etolios habían estado dando voces. Todavía estaban allí, y empezaron a suplicarle aún más intensamente que se apiadara del pueblo de los etolios. Ante esto, les dijo que salieran a verle algunos de ellos; salieron enseguida Feneas y otros dirigentes suyos. Al postrarse a sus pies, les dijo: *Vuestra infeliz situación hace que contenga mi ira. Lo que os predije que pasaría ha venido a ocurrir en la realidad, y ni siquiera os queda el consuelo de pensar que no habéis merecido vuestro destino. Sin embargo, ya que, por así decirlo, parezco destinado a ser la nodriza de Grecia, no dejaré de mostrar bondad ni siquiera a aquellos que se han mostrado tan ingratos. Enviad una delegación al cónsul y pedidle una tregua durante la que de tiempo a enviar embajadores a Roma, por cuyo medio os entreguéis completamente a merced del Senado. Os apoyaré ante el cónsul, como vuestro abogado e intercesor.* Ellos siguieron su consejo y el cónsul no hizo oídos sordos a su súplica; se les concedió un armisticio hasta que se conociera el resultado de su embajada en Roma; se levantó el asedio y se envió el ejército a Focea. El cónsul, acompañado por Tito Quincio, marchó por mar a Egio para asistir a una reunión del consejo aqueo. Los temas a debatir eran la entrada de los eleos en la liga y la devolución de los exiliados lacedemonios. Ninguna de esas cuestiones quedó resuelta; los aqueos prefirieron reservarse la cuestión de los exiliados para ganar méritos ellos; en cuanto a los eleos, prefirieron que su incorporación a la liga fuera por propia iniciativa antes que por mediación de los romanos.

Una delegación de los epirotas visitó al cónsul. Había constancia de que no se habían mostrado leales al tratado de amistad pues, aunque no proporcionaron tropas a Antíoco, se alegaba que le habían dado ayuda pecuniaria y ni siquiera negaban que habían iniciado negociaciones con el rey. Su petición de que se permitiera seguir vigente al antiguo tratado de amistad, se enfrentó con la observación del cónsul de que no sabía si les debía considerar amigos o enemigos. El Senado lo decidiría; remitió toda su causa a Roma y, para ello, les concedió una tregua de noventa días. Cuando comparecieron los epirotas ante el Senado, estaban más preocupados por hablar de actos hostiles que no habían cometido que por responder a las acusaciones que se les hacían. La respuesta que recibieron fue en el sentido de darles a entender que habían sido perdonados, más que hubieran demostrado su inocencia. Justo antes de ellos, se presentó ante el Senado una delegación de Filipo para congratularse por la reciente victoria y solicitar que se les permitiera ofrecer sacrificios en el Capitolio y colocar un presente de oro en el templo de Júpiter Óptimo Máximo. Tras recibir el permiso del Senado, depositaron una corona de oro que pesaba cien libras. No solo se les dio esta amable acogida, sino que se les devolvió al hijo de Filipo, Demetrio, que residía en Roma en calidad de rehén, para que lo llevaran de vuelta con su padre. Tal fue el cierre de la campaña que el cónsul Manio Acilio cabo contra Antíoco en Grecia.

[36,36] El otro cónsul, Publio Cornelio Escipión, había obtenido la Galia como provincia en el sorteo. Antes de partir a la guerra que se avecinaba contra los boyos, pidió al Senado que votara la concesión de una suma de dinero para los Juegos que había ofrecido en la lo más duro de la

batalla, durante su pretura en Hispania. Consideraron su petición como algo sin precedentes e injustificable, aprobando una resolución en el sentido de que, pues él había ofrecido unos Juegos por propia iniciativa y sin consultar al Senado, él debería cubrir su costo a partir de los despojos del enemigo, si es que había alguna cantidad reservada con tal propósito, o soportar los gastos de su propia fortuna. Publio Cornelio celebró los Juegos durante diez días. También por entonces se dedicó el templo de la Gran Madre -del Ida-. Fue durante el consulado de Publio Cornelio Escipión, llamado después *Africano*, y de Publio Licino cuando se trajo a la diosa de Asia y el arriba mencionado Publio Cornelio la condujo desde el puerto hasta el Palatino. Los censores, Marco Livio y Cayo Claudio, habían firmado el contrato para la construcción de conformidad con las instrucciones del Senado durante el consulado de Marco Cornelio y Publio Sempronio. Después de un lapso de trece años, Marco Junio Bruto lo dedicó, y los Juegos ofrecidos con este motivo fueron, según Valerio Antias, los primeros juegos escénicos llamados Megalesios. Otra dedicación fue la del templo de la Juventud en el Circo Máximo, que fue llevada a cabo por Cayo Licinio Lúculo. Marco Livio lo había ofrecido mediante voto el día que destruyó a Asdrúbal y a su ejército, habiendo firmado el contrato para su construcción siendo censor, durante el consulado de Marco Cornelio y Publio Sempronio. También se celebraron Juegos con motivo de esta dedicación, practicándose todo con la mayor solemnidad, en vista de la nueva guerra que se cernía con Antíoco.

[36.37] A principios del año en el sucedieron los hechos relatados, antes de que Marco Acilio hubiera partido para la guerra y mientras Publio Cornelio estaba todavía en Roma, se anunciaron diversos portentos. Hay una tradición que dice que dos bueyes mansos, en las Carinas, subieron por las escaleras hasta la azotea de un edificio. Los arúspices ordenó que fueran quemados vivos y sus cenizas arrojadas al Tíber. En Terracina y Pescara se contó que cayeron varias lluvias de piedras. En Menturnas, el templo de Júpiter y las tiendas de los alrededores del foro fueron alcanzados por el rayo; y en Volturno, dos barcos, en la desembocadura del río, que habían resultado igualmente alcanzados, se incendiaron. A consecuencia de estos portentos, el Senado dio órdenes a los decenviros para que consultaran los Libros Sibilinos, aquellos ordenaron que se debía instituir un día de ayuno en honor a Ceres, a celebrar cada cinco años, que se ofrecieran sacrificios durante nueve días y rogativas solemnes durante uno, llevando los suplicantes coronal de laurel, y que el cónsul Publio Cornelio ofreciera sacrificios a los dioses que dijeren los decenviros, con las víctimas que ellos mandasen. Una vez apaciguados los dioses y debidamente expiados los presagios, el cónsul partió hacia su provincia. A su llegada, ordenó el procónsul Cneo Domicio que licenciara su ejército y marchara a Roma; él mismo llevó sus legiones hacia el territorio de los boyos.

[36.38] Poco antes de esto, los ligures habían reunido un ejército bajo una ley sagrada, y lanzaron un ataque nocturno por sorpresa contra el campamento que mandaba el procónsul Quincio Minucio. Este mantuvo a sus hombres formados junto a la empalizada, hasta el amanecer, para impedir que el enemigo rompiera sus líneas en algún punto. En cuanto hubo luz, efectuó una salida simultánea por dos de las puertas del campamento. Sin embargo, los ligures no resultaron, como él había esperado, rechazados en la primera carga y mantuvieron indecisa la lucha durante más de dos horas, sin que ninguna de ambas partes lograra ventaja. Al fin, como salieran una tras otra fuerzas de refresco para relevar a las que ya estaban exhaustas por el combate, los ligures, agotados y sufriendo sobre todo por la falta de sueño, se dieron la vuelta y huyeron. Murieron unos cuatro mil enemigos; los romanos y las fuerzas aliadas perdieron menos de trescientos. Unos dos meses más tarde, Publio Cornelio se enfrentó, con el mayor de los éxitos, contra el ejército de los boyos. Valerio Antias afirma que resultaron muertos veintiocho mil enemigos, cayendo prisioneros tres mil cuatrocientos, y que el botín incluyó ciento veinticuatro estandartes, mil doscientos treinta caballos y doscientos cuarenta y siete carros; en el ejército victorioso, cayeron mil cuatrocientos ochenta y cuatro hombres. Aunque no podemos confiar mucho en este autor en lo que se refiere a las cantidades, pues no hay nadie más proclive a exagerarlas, fue claramente una gran victoria, pues el

campamento de los boyos fue capturado y se rindieron inmediatamente después de la batalla. Aun más, el Senado ordenó que se ofrecieran acciones de gracias especiales y que se sacrificaran víctimas adultas con motivo de esta victoria.

[36.39] Marco Fulvio Nobilior, por estas fechas, entró en la Ciudad en ovación tras su regreso de Hispania Ulterior. Llevó más de diez mil libras de plata, ciento treinta mil denarios bigados de plata y ciento veintisiete libras de oro. Después de recibir a los rehenes de los boyos, Publio Cornelio Escipión, a modo de castigo, confiscó casi la mitad de su territorio para que el pueblo romano, si así lo deseaba, pudiera establecer colonias en él. Cuando estaba a punto de marchar a Roma, donde esperaba confiadamente poder celebrar su triunfo, licenció a su ejército con órdenes de que estuviera en Roma el día del triunfo. Al día siguiente de su llegada, convocó al Senado en el templo de Belona y, tras dar cuenta de su campaña, solicitó que se le permitiera entrar en triunfo en la Ciudad. Uno de los tribunos de la plebe, Publio Sempronio Bleso, era de la opinión de que no se le podía negar el honor del triunfo, aunque se debía retrasar. Según dijo, las guerras con los ligures siempre estuvieron estrechamente relacionadas con las de los galos, pues aquellas naciones vecinas se prestaban mutuo auxilio. Si después de su derrota decisiva sobre los boyos, Escipión hubiera cruzado las fronteras de Liguria con su ejército victorioso o hubiera enviado una parte de sus fuerzas en ayuda de Quinto Minucio, que ya llevaba allí estancado tres años de guerra indecisa, la resistencia ligur podría haber quedado rota por completo. Con el fin de engrosar su triunfo, había traído unos soldados que podrían haber prestado un servicio inestimable a la república, y aún podrían hacerlo si el Senado acordaba reparar lo que, en su prisa por disfrutar de un triunfo, había dejado por hacer. Se debería ordenar al cónsul que regresara a su provincia con sus legiones y viera de someter completamente a los ligures; a menos que quedaran completamente sometidos al dominio del pueblo de Roma, los boyos estarían en constante estado de intranquilidad; resultaba imprescindible estar en paz o en guerra con ambas partes. Una vez hubiera sometido a los ligures, Publio Cornelio podría disfrutar de su triunfo unos meses después, siendo procónsul y siguiendo el ejemplo de muchos otros antes que él, que no celebraron su triunfo en el año de su mandato.

[36.40] El cónsul, en su respuesta, recordó al tribuno que él no recibió Liguria como su provincia, ni había librado la guerra contra los ligures, ni reclamaba un triunfo sobre los ligures. Estaba seguro de que Quinto Minucio pronto los sometería y luego solicitaría un triunfo, que se le concedería al merecerlo cumplidamente. Él estaba pidiendo un triunfo sobre los galos boyos, tras derrotarlos en el campo de batalla, privarlos de su campamento, recibir la sumisión de todo el pueblo tras dos días de combates y llevar de entre ellos rehenes como garantía de paz para el futuro. Como razón mucho más importante, estaba el hecho de que ningún otro general romano había luchado antes contra un número mayor de galos de los que resultaron muertos en la batalla; por lo menos, no contra tantos miles de boyos. De los cincuenta mil hombres, habían caído más de la mitad, muchos miles resultaron prisioneros y solo quedaban vivos entre los boyos viejos y niños. ¿Podía entonces alguien preguntarse por qué el ejército victorioso, después de no dejar ni un solo enemigo en la provincia, había venido a Roma para celebrar el triunfo de su cónsul? *Si* -continuó- *el Senado desea emplear estos soldados en otra campaña, ¿de qué otra manera creéis que estarán más dispuestos a afrontar nuevas fatigas y peligros? ¿Recompensándoles plenamente por los peligros y trabajos que ya han sufrido o enviándolos fuera con esperanzas de recompensas, y no realidades, tras haber defraudado las ya formadas? En cuanto a mí, yo tengo gloria suficiente para toda mi vida desde el momento en que el Senado me consideró el mejor y más digno de la república y me envió a recibir a la Madre del Ida. La imagen de Publio Escipión Nasica será honrada y respetada suficientemente solo por esta inscripción, sin necesidad de añadirle ni el consulado ni el triunfo.*

No solo fue unánime el Senado al decretarle un triunfo, sino que indujo al tribuno de la plebe, mediante su prestigio, a retirar el veto. Así, Publio Cornelio celebró el triunfo sobre los boyos

siendo aún cónsul. Durante el desfile triunfal, fueron llevados en carros galos toda clase de armaduras, armas, estandartes y botín, incluyendo vasos galos de bronce. También se llevó en la procesión mil cuatrocientos setenta y un torques de oro, doscientas cuarenta y siete libras de oro, dos mil trescientas cuarenta libras de plata, parte sin labrar y parte en vasijas labradas al modo nativo, no carente, así como doscientas treinta y cuatro mil denarios con la biga. Regaló ciento veinticinco ases a cada uno de los soldados que marchaba tras su carro, el doble a cada centurión y el triple a cada uno de los jinetes. Al día siguiente convocó una asamblea y, en su discurso, hizo una reseña de su campaña y de la injusta pretensión del tribuno, tratando de involucrarlo en una guerra fuera de su provincia y, de esta manera, robarle el fruto de la victoria que había logrado. Al término de su discurso, liberó a sus hombres de su juramento militar y los licenció.

[36.41] Durante todo este tiempo, Antíoco estuvo detenido en Éfeso, bien despreocupado de la guerra con Roma, como si los romanos no tuvieran intención de desembarcar en Asia. Esta apatía se debía tanto a la ceguera como a la adulación de la mayoría de sus consejeros. Aníbal, que en ese momento tenía gran influencia sobre el rey, fue el único que le dijo la verdad. Dijo que no le cabía ninguna duda sobre que los romanos fueran a venir y que de lo que se asombraba era de que no estuviesen ya allí. El viaje, señaló, desde Grecia hasta Asia era más corto que desde Italia a Grecia, Antíoco era un enemigo más peligroso que los etolios y las armas de Roma no eran menos poderosas en el mar que en tierra. Su flota había estado navegando durante algún tiempo frente a Malea, y él había tenido noticia de que habían llegado desde Italia naves de refresco y un nuevo comandante. Por lo tanto, pedía a Antíoco que renunciase a sus esperanzas de que lo dejaran en paz. En Asia y por Asia tendría que combatir por mar y tierra; o bien arrebataba el poder absoluto a quienes perseguían todo el orbe, o bien había de perder su propio trono. El rey se dio cuenta de que Aníbal era el único que veía lo que se avecinaba y le decía la verdad desnuda. Siguiendo su consejo, el mismo rey llevó todos los buques que estaban listos para el combate al Quersoneso, de modo que pudieran fortalecer sus plazas con guarniciones en caso de que los romanos llegaran por tierra. Polixénidas recibió órdenes para armar el resto de la flota y hacerse a la mar, enviando cierto número de buques de reconocimiento a inspeccionar las aguas que rodeaban las islas.

[36,42] Cayo Livio estaba al mando de la flota romana. Se dirigió con cincuenta buques con cubierta a Nápoles, donde estaban las naves descubiertas que habían proporcionado, como obligaban sus tratados, las ciudades costeras. De allí se dirigió a Sicilia y navegó pasando el estrecho de Mesina; allí se le unieron seis barcos enviados por Cartago, así como los de Regio y Locrios, y los enviados por las otras ciudades obligadas por el mismo tratado, revistó la flota frente a Lacinio y puso rumbo a mar abierto. Al llegar a Corfú, que fue la primera ciudad griega a la que arribó, hizo preguntas sobre el estado de la guerra -pues no había paz en toda Grecia- y el paradero de la flota romana. Cuando se enteró de que el cónsul y el rey estaban acampados cerca del paso de las Termópilas, y que la flota romana estaba en el Pireo, estimó que no debía perder tiempo y zarpó inmediatamente hacia el Peloponeso. Cefalonia y Zacinto habían tomado partido por los etolios, devastó aquellas islas y luego siguió su rumbo hacia Malea; como el tiempo le fuera favorable, llegó al Pireo en pocos días y encontró allí a la antigua flota. En las proximidades de Escileo salió a su encuentro el rey Eumenes con tres naves. Este había permanecido durante algún tiempo en Egina, sin poder decidirse sobre qué hacer, si regresar a su hogar y defender su reino, pues constantemente se le decía que Antíoco estaba concentrando fuerzas navales y terrestres en Éfeso, o permanecer en estrecho contacto con los romanos, de quienes sabía que dependía su suerte. Aulo Atilio entregó a su sucesor los veinticuatro buques con cubierta que estaban en el Pireo y partió después hacia Roma. Livio navegó a Delos con ochenta y un barcos con cubierta y muchos más pequeños, algunos sin cubierta y con espolón, y otras de reconocimiento, sin espolón.

[36.43] El cónsul, por aquel entonces, se encontraba sitiando Lepanto. Livio quedó detenido

en Delos durante varios días a causa de los vientos contrarios; las Cícladas están separadas entre sí por tramos marinos más o menos anchos, que a veces están batidos por fuertes vientos. Polixénidas fue informado, por las naves de reconocimiento que patrullaban aquellas aguas, de que la flota romana estaba fondeada en Delos y remitió esa información al rey. Antíoco dejó de lado sus planes en el Helesponto y regresó a Éfeso a la mayor velocidad, llevando con él sus buques con espolón. Convocó en el acto un consejo de guerra para decidir si debía arriesgarse a un enfrentamiento. Polixénidas se oponía a cualquier demora, diciendo que ciertamente debían enfrentárseles, antes de que el rey Eumenes y los rodios se unieran a la flota romana. En ese caso, ya no sería un combate tan desigual en número y podrían aventajarles en otros diversos aspectos como la velocidad de sus naves y la diversidad de tropas auxiliares, pues los buques romanos eran de construcción torpe y resultaban lentos; como, además, habían viajado a un país enemigo, estarían pesadamente cargados con impedimenta, mientras que las del rey, no teniendo más que aliados alrededor, no llevarían más que soldados con sus equipos. También les resultaría de mucha ayuda tanto su conocimiento de aquel mar y las costas como su conocimiento de los vientos; el enemigo, por otra parte, ignorante de todo esto, sería presa de la confusión. El consejo aprobó por unanimidad la propuesta, pues el hombre que la presentó era también el que iba a llevarla a cabo.

Los preparativos llevaron dos días y al tercero zarparon rumbo a Focea con una flota de un centenar de barcos, setenta con cubierta y el resto sin ella, aunque todos eran de menor tamaño. Al saber que la flota romana se aproximaba, el rey, que no tenía intención de tomar parte en un combate naval, se retiró a Magnesia del Sípilo para reunirse con sus fuerzas terrestres; la flota siguió navegando hacia Cisunte, el puerto de Eritras, pues pareció el lugar más adecuado en el que esperar al enemigo. Los romanos habían quedado detenidos en Delos durante algunos días por los vientos del norte; cuando estos amainaron, zarparon de Delos y pusieron rumbo al puerto de Fanas, en el extremo sur de Quíos, frente al mar Egeo. Llevaron desde allí sus barcos a la ciudad y, tras aprovisionarse, navegaron hacia Focea. Eumenes, que había marchado junto a su flota en Elea, regresó a los pocos días con veinticuatro buques con cubierta y un mayor número de los descubiertos; navegó hacia Focea, donde encontró a los romanos alistando sus buques y haciendo todos los preparativos para el inminente combate naval. Desde Focea, se hicieron a la mar con ciento cinco naves cubiertas y unas cincuenta descubiertas. En un primer momento, los aquilones, soplando por su través, los arrastraban hacia tierra y se vieron obligados a navegar en una estrecha fila, casi uno detrás del otro; cuando el viento amainó, se las arreglaron para dirigirse al puerto de Córico, que está más allá de Cisunte.

[36,44] Cuando llegó a Polixénidas la noticia de la aproximación de la flota romana, se alegró ante la perspectiva de un combate. Desplegando su ala izquierda hacia mar abierto, ordenó a los capitanes de la derecha que desplegaran sus naves hacia tierra, avanzando con este frente en línea al combate. Al ver esto, el comandante romano arrió las velas, bajó los mástiles, guardó los aparejos y esperó la llegada de las naves que venían detrás. Su línea frontal estaba ahora compuesta por treinta buques, y para hacerla extenderse tanto como el ala izquierda enemiga, mandó izar los trinquetes y dirigirse a mar abierto; ordenó que las posteriores, según llegaran, alinearan sus proas frente al ala derecha, cercana a tierra. Eumenes cerraba la retaguardia, pero en cuanto vio el retiro apresurado de mástiles y aparejos, hizo dar a sus naves toda la velocidad posible. Ya a la vista ambas flotas, dos de los buques cartagineses se adelantaron a la flota romana, saliendo a su encuentro tres barcos del rey. La desigualdad numérica permitió que dos de estos cerraran sobre una de las naves cartaginesas; tras destrozar los órdenes de remos de ambas bandas, la abordaron y mataron o echaron por la borda a los defensores, capturando el buque. El otro barco cartaginés, que solo tenía un adversario, viendo capturada su nave hermana, huyó de nuevo hacia la flota romana antes de que los tres pudieran lanzar un ataque simultáneo sobre ella. Livio se enfureció y llevó su buque insignia directamente contra el enemigo; como los dos buques que se habían apoderado del cartaginés se abalanzaran sobre él, esperando tener el mismo éxito, ordenó que hundieran los remos en el agua para estabilizar

la nave. Luego ordenó que lanzaran sus garfios contra las naves enemigas y cuando convirtieron el combate en uno de infantería, que recordaran el valor romano y no considerasen hombres a aquellos esclavos del rey. Este único barco, entonces, derrotó y capturó a los otros dos con mucha mayor facilidad de lo que estos habían capturado a uno solo anteriormente. Para aquel momento, las flotas se enfrentaban en toda la línea y los combates se producían con los buques mezclados por todas partes. Eumenes, que había llegado después que hubiera comenzado la batalla, viendo que Livio había puesto en confusión al enemigo, atacó el ala derecha, donde la lucha estaba más igualada.

[36.45] No pasó mucho tiempo antes de que el ala izquierda enemiga se diera a la fuga, pues cuando Polixénidas vio que estaba claramente derrotado y que el valor de sus soldados disminuía, izó los trinquetes y huyó en desorden; aquellos que habían estado combatiendo contra Eumenes, cerca de tierra, hicieron muy pronto lo mismo. Mientras los remeros pudieron aguantar y hubo alguna posibilidad de acosar a los buques de retaguardia, Eumenes y los romanos mantuvieron una vigorosa persecución. Pero, finalmente, al comprobar que debido a la velocidad de los barcos enemigos, que eran más ligeros que los suyos, cargados como iban con suministros, su intento de alcanzarlos era vano, desistió de la persecución tras la captura de trece buques, con sus soldados y tripulaciones, el hundimiento de diez naves. El único buque que se perdió en la flota romana fue el cartaginés, dominado por dos atacantes al principio de la batalla. Polixénidas dejó de huir hasta llegar al puerto de Éfeso. Los romanos permanecieron durante ese día a Cisunte, desde donde había partido hacia el combate la flota del rey; al día siguiente continuó en seguimiento del enemigo. A mitad de camino en su ruta, se les unieron veinticinco barcos con cubierta de Rodas, bajo el mando Pausístrato, prefecto de la flota. Con sus flotas unidas, aún siguieron al enemigo y aparecieron en línea de batalla ante la entrada del puerto. Tras forzar de este modo al enemigo a admitir su derrota, se envió a casa a los rodios y a Eumenes, mientras que los romanos partieron hacia Quíos. Navegaron pasando Fenicunte, uno de los puertos de Eritrea, y anclaron por la noche. Al día siguiente se dirigieron a la isla, cerca de la ciudad misma. Allí permanecieron durante unos días, principalmente para dar descanso a los remeros, partiendo después hacia Focea. Aquí se dejaron cuatro quinquerremes para guardar la ciudad y la flota siguió hasta Canas, donde, como se aproximaba el invierno, se llevaron a tierra las naves y se rodearon con foso y empalizadas. A finales de año se celebraron las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Lucio Cornelio Escipión y Cayo Lelio, y todos ponían su atención en el Africano para que pusiera fin a la guerra con Antíoco. El pretores elegidos al día siguiente fueron Marco Tucio, Lucio Aurunculeyo, Cneo Fulvio, Lucio Emilio, Publio Junio y Cayo Atinio Labeón.

LIBRO XXXVII. DERROTA FINAL DE ANTÍOCO

[37,1] *(190 a.C.)* Después que los nuevos cónsules hubieran asumido el cargo y cumplido sus obligaciones religiosas, la situación de los etolios se impuso en orden de precedencia sobre el resto de temas a debatir en el Senado. Sus embajadores presionaban para conseguir una audiencia, pues el periodo del armisticio estaba llegando a su fin, y resultaron apoyados por Tito Quincio, que había regresado a Roma por entonces. Sabiendo que tenían más que esperar de la clemencia del Senado que de la fuerza de su caso, adoptaron una actitud suplicante y presentaron sus buenos servicios anteriores como contrapeso a su reciente mal comportamiento. Sin embargo, estando en la Curia fueron asediados a preguntas por todas partes, pues los senadores trataban de obtener, más que respuestas concretas, una confesión de culpabilidad; después de ello se les ordenó que se retirasen e iniciaron un debate muy animado. El resentimiento contra ellos era más fuerte que la compasión, pues el Senado estaba encolerizado contra ellos no solo como enemigos, sino como gente feroz e indomable. El debate se prolongó por varios días, y finalmente se decidió que ni se les concedería, ni se les negaría la paz. Se les ofrecieron dos alternativas: o bien ponerse sin reservas en manos del Senado o pagar una multa de mil talentos y tener los mismos amigos y enemigos que Roma. Cuando trataron de obtener alguna idea sobre las cuestiones en las que estarían a disposición del Senado, no recibieron una respuesta definida. Se les despidió así, sin haber logrado la paz, y se les ordenó salir de Roma el mismo día y de Italia en quince días.

A continuación se trató de las provincias consulares. Ambos cónsules querían Grecia. Lelio poseía una gran influencia en el Senado, y cuando se decidió que los cónsules echaran a suertes o llegaran a un acuerdo sobre sus provincias, observó que tanto él como su colega actuarían con mejor criterio dejando el asunto a juicio del Senado antes que a la suerte. Escipión dijo, en respuesta, que debía considerar qué debía hacer y, tras una conversación privada con su hermano, que insistía en que dejara el asunto en manos del Senado, dijo a su colega que haría como él aconsejaba. El modo en que procedieron fue novedoso, o bien, por su antigüedad, no había quedado registro de los precedentes; Publio Escipión Africano declaró que si el Senado decidía que Grecia fuera para su hermano Lucio, él serviría bajo sus órdenes. Esta declaración se encontró con la general aprobación y puso fin a cualquier discusión posterior. El Senado tenía curiosidad por descubrir quién recibiría mayor asistencia, si Antíoco del vencido Aníbal o el cónsul y las legiones de Roma de su vencedor Escipión; casi por unanimidad, decretó Grecia para Escipión e Italia para Lelio.

[37,2] A continuación, los pretores sortearon sus provincias. Lucio Aurunculeyo recibió la pretura urbana y Cneo Fulvio la peregrina; Lucio Emilio Regilo recibió el mando de la flota; Publio Junio Bruto recibió la administración de Etruria; Marco Tucio, Apulia y el Brucio; y Cayo Atinio, Sicilia. El cónsul al que se le había asignado Grecia, además del ejército de dos legiones que recibiría de Manio Acilio, se reforzaría con tres mil infantes romanos y cien jinetes, y tropas aliadas en número de cinco mil infantes y doscientos jinetes. Se decidió, además, que una vez hubiera llegado a su provincia podría, si lo consideraba conveniente, llevar su ejército a Asia. Al otro cónsul se le proporcionó un ejército completamente nuevo, dos legiones romanas y quince mil infantes y seiscientos jinetes de los aliados. Quinto Minucio había escrito para decir que su provincia estaba pacificada y que todos los ligures se habían rendido; se le ordenó entonces que llevara su ejército al territorio de los boyos y lo entregara al procónsul Publio Cornelio Escipión Nasica., que estaba tratando de expulsar a los boyos de los territorios que les habían sido confiscados. Las legiones urbanas que se habían alistado el año anterior debían ser entregadas al pretor Marco Tucio. Estas, reforzadas por quince mil infantes y seiscientos jinetes aliados y latinos, irían a ocupar Apulia y el Brucio. Aulo Cornelio, que había ejercido el mando en el Brucio el año anterior, recibió instrucciones para llevar sus legiones a Etolia, si el cónsul lo aprobaba, y entregarlas a Manio Acilio

en caso de que este deseara permanecer allí; pero si Acilio prefería volver a Roma, Cornelio debería mantener ese ejército en Etolia. Se dispuso también que Cayo Atinio Labeón se hiciera cargo de la provincia de Sicilia y del ejército de ocupación que mandaba Marco Emilio, aumentándolo con refuerzos, si deseaba hacerlo, de la misma isla hasta un número de dos mil infantes y cien jinetes. Publio Junio Bruto debía alistar un nuevo ejército para servir en Etruria, consistente en una legión romana y diez mil infantes y cuatrocientos jinetes aliados. Lucio Emilio, a quien había correspondido el mando naval, debía recibir de su predecesor, Marco Junio, veinte buques de guerra con sus tripulaciones y alistar, además, mil marineros aliados y dos mil soldados de infantería. Con su flota así dispuesta, debía partir hacia Asia y hacerse cargo de la flota que había mandado Cayo Livio. Los pretores al mando en las dos Hispanias seguirían en sus cargos y mantendrían sus ejércitos. Sicilia y Cerdeña debían proporcionar cada una dos décimas partes de su cosecha anual de grano; todo el grano de Sicilia sería llevado a Etolia para uso del ejército, el de Cerdeña iría parcialmente a Roma y parcialmente a Etolia, como el de Sicilia.

[37,3] Antes que los cónsules partieran para sus provincias, se decidió que debían ser expiados varios portentos de acuerdo con las órdenes de los pontífices. El templo de Juno Lucina, en Roma, fue alcanzado por el fuego del cielo con tanta intensidad que quedó dañado el frontón y las grandes puertas. En Pozzuoli, una de las puertas y muchas partes de la muralla fueron igualmente alcanzados y murieron dos hombres. En Nursia se constató que, estando el cielo despejado, estalló repentinamente una tormenta; también allí murieron dos hombres libres. Los tusculanos contaron que en su país había llovido tierra y en Rieti se contó que una mula había tenido un potro. Estos signos fueron debidamente expiados y se celebró otra vez el Festival Latino por no haber recibido los laurentes la porción de carne que debían recibir del sacrificio. Para disipar los temores religiosos que despertaron estos distintos incidentes, se ofreció una solemne rogativa a las deidades que indicaron los decenviros tras consultar los Libros Sagrados. Intervinieron en estas diez niños nacidos libres y diez doncellas, cuyos padres y madres estaban vivos, y los decenviros de los Libros Sagrados ofrecieron por la noche sacrificios de víctimas lactantes. Antes de su partida, Publio Cornelio Escipión erigió un arco en el Capitolio, frente al camino que subía hasta el templo, con siete estatuas humanas doradas y dos ecuestres. Colocó, así mismo, dos fuentes de mármol delante del arco. Por este tiempo, llegaron a Roma, traídos por dos cohortes enviadas por Manio Acilio, cuarenta y tres notables de los etolios entre los que se encontraban Damócrito y su hermano. A su llegada, fueron arrojados a las Lautumias; después, el cónsul Lucio Cornelio ordenó a las cohortes que regresaran con el ejército. Llegó una delegación de los reyes Ptolomeo y Cleopatra para congratularse por la expulsión de Antíoco de Grecia por el cónsul Acilio y para solicitar al Senado que enviase un ejército a Asia, pues no solo allí, sino también en Siria, existía una sensación general de alarma. Ambos soberanos declararon su disposición a llevar a cabo las órdenes del Senado, aprobándose para ellos un voto de agradecimiento. Cada miembro de la delegación recibió un regalo de cuatro mil ases.

[37,4] Una vez finalizados los asuntos a tratar en Roma, Lucio Cornelio hizo notificar en la Asamblea que los hombres que había alistado como suplemento, y los que estaban con Aulo Cornelio en el Brucio, debían todos reunirse en Brindisi el quince de julio. También nombró tres generales, Sexto Digicio, Lucio Apustio y Cayo Fabricio Luscino, para que se hicieran cargo de los buques de todas partes de la costa y los reunieran en el mismo lugar; habiendo quedado ya completados todos los preparativos, partió de la Ciudad vistiendo el paludamento. Al menos cinco mil voluntarios, entre romanos y soldados aliados que habían cumplido su tiempo de servicio bajo Publio Africano como general, estaban esperando al cónsul en su lugar de partida y se alistaron de nuevo. En el momento de la partida del cónsul, mientras se estaban celebrando los Juegos Apolinares, el día se oscureció, aunque el cielo estaba despejado, al pasar la Luna bajo la órbita del Sol. También partió por entonces Lucio Emilio Regilo, para tomar el mando de la flota. El Senado

encargó a Lucio Aurunculeyo la construcción de treinta quinquerremes y veinte trirremes. Se dio este paso con motivo de un informe que decía que, desde la anterior batalla naval, Antíoco estaba preparando una flota mucho mayor que la de aquella ocasión. Cuando los enviados Etolia regresaron llevando la nueva de que no había esperanza de paz, y pese a que los aqueos estaban asolando todas sus costas que daban al Peloponeso, consideraron más el peligro que los daños y, con el fin de bloquear su ruta, ocuparon el monte Córace, pues no dudaban que los romanos regresarían en primavera y pondrían sitio a Lepanto. Acilio sabía que esto era lo que esperaban y pensó que lo mejor sería hacer algo inesperado; así, inició un ataque contra Lamia. Este lugar había sido casi destruido por Filipo, y como los habitantes no esperaban la repetición de nada parecido, Acilio pensó que podría tener éxito mediante la sorpresa. Después de partir de Elacia, fijó su primer campamento en territorio enemigo en el Esperqueo; desde allí, hizo una marcha nocturna y al amanecer había rodeado completamente la plaza y atacó.

[37,5] Como era natural ante un ataque sorpresa, se produjo considerable confusión y pánico, pero presentaron una resistencia más recia de lo que nadie hubiera creído posible ante un peligro tan repentino. Los hombres lucharon en las murallas, las mujeres les llevaban piedras y proyectiles de toda clase, y aunque llegaron a situarse en muchos puntos de las murallas las escalas de asalto, la defensa resistió durante ese día. Hacia el mediodía, Acilio dio la señal de retirada y llevó a sus tropas de vuelta al campamento, donde repusieron fuerzas y descansaron. Antes de despedir a su estado mayor, advirtió a sus hombres que estuvieran armados y dispuestos antes de alba, diciéndoles que hasta que no se hubiera tomado la ciudad no lo haría regresar al campamento. Como el día anterior, lanzó varios ataques simultáneos; y como la fuerza, las armas y, sobre todo, el coraje de los defensores empezaran a flaquear, tomaron la ciudad en pocas horas. El botín allí capturado se vendió parcialmente y la otra parte se dividió entre los soldados. Después de la captura, se celebró un consejo de guerra para decidir qué se debía hacer a continuación. Nadie estuvo a favor de marchar hacia Lepanto mientras los etolios ocuparan el desfiladero del Córace. Sin embargo, para evitar perder el verano en la inacción y que los etolios disfrutaran de ella tras no haber logrado obtener la paz del Senado, Acilio decidió atacar Ámfisa. Llevó al ejército hacia Heraclea, pasando sobre el Eta, y cuando llegó a la ciudad no intentó, como en Lamia, un asalto combinado sobre todo el perímetro de las murallas, sino que inició obras de asedio. Se llevaron los arietes contra varios puntos y, aunque las murallas estaban siendo batidas, los ciudadanos no hicieron ningún preparativo ni ingeniaron nada con lo que enfrentarse a aquel tipo de dispositivo. Todas sus esperanzas estaban puestas en sus armas y su valor; hacían frecuentes salidas y hostigaban los puestos contrarios, en especial a los hombres que se encontraban trabajando en las obras y los arietes.

[37,6] Sin embargo, las murallas habían sido derribadas en muchos lugares cuando llegaron noticias a Acilio de que su sucesor había desembarcado en Apolonia y avanzaba a través del Epiro y Tesalia. El cónsul venía con trece mil soldados de infantería y quinientos de caballería; ya había alcanzado el golfo Malíaco y había enviado un destacamento a Hípata para exigir la entrega de esa ciudad. La respuesta de sus habitantes fue que se negaban a hacerlo sin la sanción de toda la comunidad etolia. No queriendo perder el tiempo en el asedio de Hípata mientras aún continuaba el de Ámfisa, envió a su hermano, el Africano, por delante y marchó hacia Ámfisa. Ante su llegada, los ciudadanos abandonaron su ciudad, que por entonces estaba, en gran medida, desprovista de sus murallas, y se retiraron todos, combatientes y no combatientes, hacia la ciudadela que consideraban inexpugnable. El cónsul acampó a unas seis millas de distancia del lugar. Llegó entonces una delegación de Atenas para interceder por los etolios, que se dirigió primero a Publio Escipión, quien, como hemos dicho, se había adelantado, y después al cónsul. Recibieron una respuesta conciliadora del Africano, que tenía la vista puesta en Asia y Antíoco y trataba de hallar algún pretexto honorable para abandonar la guerra etolia. Les dijo que también debían tratar de convencer

a los etolios, tanto como a los romanos, de que era preferible la paz a la guerra. Como consecuencia de las gestiones de los atenienses, pronto llegó una numerosa delegación de etolios y mantuvieron una entrevista con el Africano. Sus esperanzas de paz aumentaron significativamente por cuanto les dijo, pues les señaló cómo muchas tribus y pueblos de Hispania, y luego de África, se habían puesto bajo su protección y cómo él había dejado por doquiera recuerdos más notables de su clemencia y amabilidad que de sus éxitos militares. Cuando todo aparentaba haber llegado a su final, llegaron ante el cónsul, que les dio la misma respuesta con que habían sido despedidos del Senado. Este tratamiento inesperado resultó un duro golpe para los etolios, pues consideraban que nada habían ganado, ni con la intermediación de los atenienses, ni con la considerada respuesta del Africano. Dijeron, pues, que deseaban consultar con los suyos.

[37,7] Volvieron a Hípata sin ver la manera de salir de sus dificultades. No tenían fondos con los que pagar los mil talentos y temían que, de rendirse incondicionalmente, sufrirían castigo en sus personas. Así pues, encargaron a la misma delegación que regresaran con el cónsul y el Africano, y que les imploraran, si estaban realmente dispuestos a concederles la paz y no simplemente fingirlo y defraudar a unos desdichados, que rebajaran la suma que se les había señalado o que ordenaran que las personas de los ciudadanos no resultaran afectadas por la rendición incondicional. No lograron convencer al cónsul para que cambiara de opinión y la delegación regresó nuevamente sin lograr nada. La delegación de Atenas les siguió a Hípata. Los etolios estaban completamente desmoralizados después de tantos desaires y deploraban con inútiles lamentos la difícil fortuna de su nación; entonces, Equedemo, el líder de la delegación ateniense, les hizo levantar el ánimo al sugerirles que pidieran una tregua de seis meses durante la que pudieran mandar embajadores a Roma. El retraso, señaló, en modo alguno agravaría su actual sufrimiento, que ya había alcanzado un punto extremo, pero entretanto podrían suceder muchas cosas que lo aliviasen. Actuando según su consejo, enviaron nuevamente a los mismos delegados. Lograron inicialmente una entrevista con Publio Escipión, y por su mediación lograron del cónsul una tregua durante el tiempo que solicitaron.

Manio Acilio levantó el sitio de Ámfisa y, después de entregar su ejército al cónsul, abandonó la provincia. El cónsul regresó desde a Tesalia, con la intención de marchar a través de Macedonia y Tracia hacia Asia. Ámfisa En este sentido, el Africano hizo la siguiente observación a su hermano: *Apruebo completamente la ruta que estás eligiendo, Lucio Escipión, pero todo depende de la actitud de Filipo. Si nos es fiel, nos dejará paso libre y nos proporcionará suministros y todo lo necesario para un ejército durante una larga marcha. Si no nos ayuda, no encontrarás parte alguna segura en Tracia. Creo, por tanto, que nos debemos asegurar de las intenciones del rey. Para ello, lo mejor sería que un enviado tuyo le haga una visita por sorpresa.* Tiberio Sempronio Graco, con mucho el más hábil y enérgico joven de su tiempo, fue encargado de la misión y, mediante el uso de relevos de caballos, viajó a una velocidad increíble y llegó a Pella tres días después de salir de Ámfisa. Encontró al rey en un banquete; el solo hecho de encontrarlo en tal relajamiento de ánimo eliminó cualquier sospecha de que estuviera contemplando algún cambio en su política. Su huésped recibió una acogida cortés y al día siguiente vio dispuestas con abundancia provisiones para el ejército, puentes tendidos sobre los ríos y reparados los caminos por donde resultaba difícil el transporte. Volviendo tan rápidamente como había llegado, se reunió con el cónsul en Táumacos e informó de cuanto había visto. El ejército se sintió más confiado y esperanzado, y marchó con la moral alta, encontrando en Macedonia que todo lo tenían preparado. El rey recibió a los que llegaban con real magnificencia, acompañándolos en su marcha. Mostró gran tacto y elegancia, cualidades muy apreciadas por el Africano quien, singularmente distinguido como era en otros aspectos, no se oponía a la cortesía, siempre que no fuera acompañada de extravagancia. Filipo les acompañó a través de Macedonia y también de Tracia; tenía dispuesto todo cuanto necesitaban y de esta manera llegaron al Helesponto.

[37,8] Después de la batalla naval frente a Corfú, Antíoco dispuso libremente de todo el invierno para prepararse, tanto por mar como por tierra, poniendo especial cuidado en las reparaciones de su flota para que no se le pudiera privar completamente del dominio del mar. Pensaba que su derrota se produjo durante la ausencia de la flota de Rodas; si ellos tomaran parte en la próxima batalla, y estaba seguro de que no volverían a cometer el error de llegar demasiado tarde otra vez, necesitaría de gran número de buques para igualar al enemigo en tanto en naves como en hombres. En consecuencia, envió a Aníbal a Siria para que trajera los barcos fenicios y dio órdenes a Polixénidas para que, habiendo sido grande el fracaso anterior, fuera mayor el ahínco que pusiera en reparar los existentes y disponer otros nuevos. Antíoco pasó el invierno en Frigia, reclutando fuerzas auxiliares de todas partes y habiendo enviado emisarios incluso a la Galogrecia. Sus habitantes estaban más belicosos por entonces que en años anteriores; aún retenían el temperamento galo y no habían perdido el carácter de sus gentes. Había dejado a su hijo Seleuco, con un ejército, en la Eólide para refrenar a las ciudades de la costa que Eumenes, por un lado, desde Pérgamo, y los romanos por otro, desde Focea, trataban de incitar a la rebelión. La flota romana, como ya se ha dicho, pasaba el invierno en Canas, y el rey Eumenes se dirigió allí a mediados de invierno con dos mil soldados de infantería y quinientos de caballería. Contó a Livio que se podría obtener gran cantidad de botín en el territorio próximo a Tiatira y lo convenció para enviarle en una expedición al mando de cinco mil hombres, que regresó a los pocos días trayendo una enorme cantidad.

[37,9] Mientras tanto, en Focea fue comenzada una rebelión por ciertos individuos que trataban de conseguir las simpatías del populacho para Antíoco. Había varias quejas: la presencia de los buques pasando el invierno fue una de ellas; el tributo de quinientas togas y quinientas túnicas era otra, y otra más y de mayor gravedad era la escasez de trigo, debido a la cual hubieron de abandonar el lugar las naves y las tropas romanas. En ese momento, el partido que arengaba a las masas a favor de Antíoco se vio libre de todo temor. El Senado y la aristocracia estaban a favor de mantener la alianza con Roma, pero los revoltosos tenían más influencia sobre las masas. Rodas, en compensación por su negligencia el verano anterior, se apresuró en enviar en el equinoccio de primavera al propio Pausístrato, prefecto de la flota, treinta y seis barcos. Livio dejó Canas con treinta naves, además de los siete cuatrirremes que el rey Eumenes había llevado con él, y puso rumbo al Helesponto con el fin de hacer los preparativos para transportar el ejército que, esperaba, llegaría por tierra. Se dirigió primeramente hacia el puerto llamado de los aqueos. Desde aquí se acercó a Ilión y ofreció sacrificios a Minerva, tras lo que concedió amablemente audiencia a delegaciones de las vecinas ciudades de Eleunte, Dárdano y Reteo, que llegaron para poner sus respectivas localidades bajo la protección de Roma. Desde allí navegó hasta la entrada,situó diez barcos frente a Abidos y navegó con el resto hasta la costa europea para atacar Sestos. Estaban ya sus hombres llegando al pie de las murallas cuando se encontraron con un grupo de hierofantes galos, vestidos con sus ropajes sacerdotales, que les anunciaron que venían por inspiración de la Madre de los Dioses y que, como servidores de la diosa, acudían a rogar a los romanos que salvaran la ciudad y sus murallas. No se hizo violencia a ninguno de ellos y al poco tiempo se presentó el senado y sus magistrados para entregar formalmente la ciudad. Desde allí la flota navegó a Abidos, donde se celebraron entrevistas con los ciudadanos para ganárselos; como no se recibiera una respuesta amistosa, los romanos hicieron los preparativos para un asedio.

[37,10] Durante estas operaciones en el Helesponto, Polixénidas, prefecto del rey -en realidad era un exiliado de Rodas-, recibió la noticia de que había partido de su país una flota de sus compatriotas, así como del modo insolente y despectivo en que Pausístrato había hablado de él en público. Esto convirtió el conflicto entre ambos en algo personal, y Polixénidas, día y noche, no pensaba más que en cómo desmentir con hechos sus fanfarronadas. Envió a un hombre, bien conocido por Pausístrato, para decirle que, si se le permitía, Polixénidas podía prestar un gran servicio a Pausístrato y a su patria, y podría Pausístrato devolverlo a su país. Pausístrato se

sorprendió mucho y preguntó de qué manera podría esto lograrse. Cuando hubo dado al otro su palabra de colaborar en la operación o guardar silencio sobre ella, el intermediario le informó de que Polixénidas le entregaría toda la flota del rey o, en cualquier caso, la mayor parte de ella, y que la única recompensa que reclamaba por tan gran servicio era su regreso a la patria. La oferta era demasiado importante como para que Pausístrato pusiera en ella toda su confianza o para que la declinara completamente. Navegó hasta Panormo [pudiera tratarse de la bahía de Vathi.-N. del T.], un puerto en Samos, y se quedó allí para examinar la propuesta con más detenimiento. Iban y venían los mensajeros entre ellos, pero Pausístrato no quedó convencido hasta que Polixénidas hubo escrito, de su propia mano y en presencia del mensajero, los términos de la promesa, poniendo su sello en las tablillas que remitió. Pausístrato pensaba que, mediante aquel compromiso explícito, el traidor quedaría a su merced, pues viviendo Polixénidas bajo un autócrata, nunca se atrevería a presentar pruebas contra sí mismo, firmadas por su propia mano. Luego se organizó el plan de la supuesta traición. Polixénidas dijo que no iba a hacer ningún preparativo; no tendría alistados remeros ni marineros bastantes para la flota y llevaría a tierra algunos de los buques, supuestamente para repararlos, mientras que dispersaría a los demás por los puertos vecinos y mantendría unos cuantos en la mar, cerca del puerto de Éfeso, para poder exponerlos a una batalla si lo obligaban las circunstancias. Cuando Pausístrato oyó que Polixénidas iba a dispersar su flota de este modo, siguió su ejemplo. Envió una parte de su flota a Halicarnaso en busca de suministros, a otra la despachó a Samos y él permaneció en Panormo, de modo que pudiera estar en disposición de atacar al recibir la señal del traidor. Polixénidas aumentó aún más su engaño sacando ciertos buques a tierra y preparando los astilleros como si tuviera intención de sacar todavía más. Llamó de regreso a sus remeros desde sus cuarteles de invierno, pero no los envió a Éfeso, sino que los reunió en secreto en Magnesia.

[37.11] Resultó que llevó a Samos, para asuntos particulares, un soldado del ejército de Antíoco. Fue detenido como espía y llevado ante el prefecto en Panormo. Cuando se le preguntó sobre lo que estaba sucediendo en Éfeso, ya fuera por miedo o porque traicionó a sus compatriotas, lo reveló todo y afirmó que la flota estaba en el puerto, completamente equipada y lista para entrar en acción, que todos los remeros habían sido concentrados en Magnesia, que solo unos pocos buques habían sido varados, que las atarazanas estaban cubiertas y que se estaba atendiendo con más diligencia que nunca todo lo referente a la marina. Pausístrato estaba tan obcecado con el engaño en el que le habían hecho caer y las vanas esperanzas que entretenía, que no creyó lo que oía. Una vez hechos todos los preparativos, Polixénidas hizo venir a los remeros de Magnesia por la noche y botó rápidamente los barcos que estaban varados. Permaneció allí durante el día, no tanto para completar sus preparativos como para impedir que fuera vista la flota al salir del puerto. Partiendo tras la puesta del sol con setenta barcos con cubierta, con viento de proa, llegó antes del amanecer al puerto de Pigela. Permaneció allí durante el día por la misma razón -para evitar ser observado- y partió por la noche hasta el punto más próximo del territorio de Samos. Desde allí, ordenó a un hombre llamado Nicandro, un capitán de piratas, que navegara con cinco naves cubiertas hasta Palinuro y llevara las tropas desde allí, por el camino más corto campo a través, hasta la retaguardia enemiga, mientras él mismo se dirigía hacia allí con su flota dividida en dos escuadrones, de modo que pudiera apoderarse de la entrada al puerto por ambos lados.

Pausístrato quedó al principio un tanto desconcertado por este giro inesperado de los acontecimientos, pero el viejo soldado pronto se recuperó y, pensando que se detendría más fácilmente al enemigo por tierra que por mar, envió dos agrupaciones de sus tropas para ocupar los promontorios que se adentraban en el mar como dos cuernos formando el puerto. Esperaba rechazar fácilmente al enemigo atacándolo con proyectiles por ambos flancos, pero la visión de Nicandro en el terreno deshizo su plan y, cambiando repentinamente de táctica, ordenó que todos subieran a bordo. Se produjo una terrible confusión entre los soldados y marineros, produciéndose algo así como una huída hacia los barcos cuando se vieron rodeados por tierra y mar al mismo tiempo.

Pausístrato vio que su única posibilidad de salvación consistía en lograr forzar el paso por el puerto, hacia mar abierto, y en cuanto vio que todos sus hombres estaban a bordo, ordenó a la flota que lo siguiera mientras él marcaba el camino con su nave remando a toda velocidad hacia la boca del puerto. Justo cuando estaba pasando la entrada, Polixénidas lo rodeó con tres quinquerremes; su nave, alcanzada por los espolones, resulta hundida, los defensores se vieron abrumados por una lluvia de proyectiles y Pausístrato, que luchó muy valientemente, resultó muerto. De los buques restantes, algunos fueron capturados fuera del puerto, otros en el interior, y algunos fueron tomados por Nicandro mientras trataban de alejarse de la costa. Solo escaparon cinco barcos de Rodas y dos de Cos, gracias al fuego prendido en braseros que, colgando de dos postes, se proyectaban sobre la proa; el espectáculo aterrador de estas llamas les permitió abrirse paso a través de los barcos atestados. Los trirremes eritreos, que venían para reforzar a la flota rodia, se encontraron a los buques fugitivos no lejos de Samos y cambiaron entonces su rumbo hacia el Helesponto para unirse a los romanos. Justo antes de todo esto, Seleuco se apoderó, mediante un acto de traición, de la ciudad de Focea; uno de los soldados de la guardia le abrió una de sus puertas. Cime y otras ciudades de aquella costa se pasaron a él por miedo.

[37,12] Mientras tenían lugar estos hechos en Eólide, Abidos soportó durante bastantes días un asedio, siendo defendidas las murallas por la guarnición del rey. Finalmente, cuando ya todos estaban agotados por la lucha, Filotas, el prefecto de la guarnición, confió a los magistrados la tarea de iniciar negociaciones con Livio, con vistas a una rendición. La cuestión se retrasó al no ser capaces de acordar si se debía permitir que la guarnición saliera con sus armas o sin ellas. Mientras estaban discutiendo este punto llegó la noticia de la derrota de Rodas. La cuestión se les fue de las manos, pues Livio, temiendo que Polixénidas, tras un éxito tan importante, sorprendiera a la flota en Canas, abandonó al instante el asedio de Abidos y la protección del Helesponto, haciendo botar las naves que había hecho varar allí. Eumenes marchó a Elea y Livio puso rumbo a Focea con la totalidad de su flota y dos trirremes de Mitilene que se le unieron. Al ser informado de que la plaza estaba guardada por una fuerte guarnición del rey y que Seleuco estaba acampado no muy lejos, saqueó la costa y embarcó rápidamente el botín, que consistía sobre todo en prisioneros, a bordo de sus barcos. Sólo esperó hasta que Eumenes llegó con su flota y después se dirigió a Samos. En Rodas, la noticia del desastre provocó pánico y dolor generalizado, pues además de las pérdidas en naves y hombres, se había perdido la flor y nata de su juventud; en efecto, muchos de sus nobles se habían visto atraídos por el carácter de Pausístrato y por la gran y merecida fama que este tenía entre sus compatriotas. Pero su dolor dio paso a la cólera ante la idea de que habían sido víctimas de la traición y, lo que aún era peor, a manos de sus propios compatriotas. Enviaron de inmediato diez barcos, y otros diez unos días más tarde, todos bajo el mando de Eudamo, hombre en modo alguno igual a Pausístrato en habilidad militar pero que, según creían, resultaría un jefe más prudente al poseer un espíritu menos intrépido. Los romanos y Eumenes llevaron la flota primeramente hacia Eritrea, donde permanecieron una noche. Al día siguiente, siguieron su curso hasta el promontorio de Córico. Desde allí, trataron de cruzar al punto más próximo de Samos, pero como no esperaron el amanecer, los pilotos no pudieron comprobar el estado del cielo y navegaron con clima incierto. Cuando estaban a mitad de camino, el viento nordeste roló al norte y empezaron a ser zarandeados por las olas de un mar embravecido.

[37,13] Polixénidas sospechaba que el enemigo se dirigiría hacia Samos para unirse con la flota rodia. Partiendo de Éfeso, se detuvo en primer lugar en Mioneso y desde allí puso rumbo a una isla llamada Macris, con el propósito de atacar a cualquier nave que perdiera el rumbo al paso de la flota o a la retaguardia del convoy. Cuando vio que la flota era dispersada por la tormenta, pensó que había llegado su oportunidad para atacarlos, pero al poco tiempo aumentó la violencia de la galerna y se levantó mar gruesa, haciéndole imposible el aproximarse a ellos. Puso proa entonces a la isla de Etalia, para tratar de atacar desde allí, al día siguiente, a las naves que se dirigían hacia

Samos desde alta mar. Hacia la noche, unos cuantos barcos romanos ganaron un puerto desierto de Samos; el resto de la flota, tras pasar la noche agitada violentamente en alta mar, alcanzó el mismo puerto. Allí se enteraron, por los campesinos, de que la flota enemiga se encontraba en Etalia, celebrándose un consejo de guerra para decidir si atacaban enseguida o esperaban al contingente de Rodas. Se decidió aplazar el encuentro y volvieron a su base en Córico. También Polixénidas, tras esperar en vano, volvió a Éfeso. Ahora que el mar estaba limpio de buques enemigos, los romanos partieron hacia Samos. La flota de Rodas llegó pocos días después, y para demostrar que los romanos habían estado esperándoles, se trasladaron inmediatamente a Éfeso para librar un combate decisivo o, si el enemigo declinaba la batalla, forzar la admisión de que temía combatir, lo que influiría muy significativamente en la actitud de las diversas ciudades. Formaron una larga línea de batalla, disponiendo todas las naves con la proa hacia el puerto. Como no apareció enemigo alguno, una división de la flota ancló ante la bocana del puerto y la otra desembarcó sus soldados, que procedieron a devastar el territorio a lo largo y lo ancho. Mientras regresaban con una enorme cantidad de botín, pasando cerca de las murallas, Andrónico, un macedonio que mandaba la guarnición de Éfeso, efectuó una salida, se apoderó de gran parte de su botín y los obligó a volver a las naves. Al día siguiente, los romanos planearon una emboscada como a mitad de camino entre la ciudad y la costa, avanzando en columna de marcha hacia la ciudad con el fin de sacar al macedonio al exterior de las murallas. Nadie salió, pues sospecharon lo que ocurría, y marcharon de vuelta a sus buques. Como el enemigo rehusaba un combate, tanto por tierra como por mar, la flota regresó a Samos. Desde este puerto, el pretor despachó dos barcos pertenecientes a los aliados itálicos y dos buques de Rodas, bajo el mando de Epícrates de Rodas, para la protección del estrecho de Cefalania. Este mar estaba infestado por el pirata lacedemonio Hibristas y la juventud cefalania, impidiéndose el paso de los suministros procedentes de Italia.

[37,14] Lucio Emilio Regilo, que venía a relevar en el mando de la flota, fue recibido en el Pireo por Epícrates. Al enterarse de la derrota de los rodios, como él mismo solo tenía dos quinquerremes, llevó con él a Epícrates y sus cuatro naves a Asia; acompañándole algunas naves atenienses, cruzó el mar Egeo en dirección a Quíos. Timasícrates de Rodas llegó por la noche desde Samos con dos cuatrirremes y, tras ser llevado ante Emilio, explicó que se la había enviado como escolta porque las naves del rey hacían peligrosas aquellas aguas para los transportes, a causa de sus continuas salidas desde el Helesponto y desde Abidos. Mientras Emilio estaba cruzando de Quíos a Samos, se encontró con dos cuatrirremes rodios que le enviaba Livio, también se reunió con él el rey Eumenes con dos quinquerremes. Tras su llegada a Samos, Emilio relevó a Livio en el mando de la flota y, después de ofrecer en debida forma los sacrificios habituales, convocó un consejo de guerra. Se pidió su opinión a Livio en primer lugar. Este dijo que nadie podría dar consejos más sinceros que aquel que aconsejaba al otro hacer lo que él mismo haría, si estuviera en su lugar. Había tenido en mente navegar a Éfeso con la totalidad de su flota, incluyendo un cierto número de transportes cargados de lastre, y proceder al hundimiento de estos a la entrada del puerto. Este arrecife no resultaría difícil de hacer, pues la boca del puerto era como la de un río, larga, estrecha y llena de escollos. De esta manera se impediría al enemigo operar por mar y haría inútil su flota.

[37,15] Esta sugerencia no encontró partidarios. Eumenes preguntó: *¿Qué quieres decir? Cuando hayas bloqueado el acceso al mar con las naves hundidas, mientras tu propia flota queda libre, ¿vas a marcharte para ayudar a tus amigos y extender el miedo entre tus enemigos, o va a seguir con el bloqueo del puerto con todas tus naves? Si abandonas el lugar, ¿quién puede dudar de que el enemigo quitará los obstáculos hundidos y abrirá el puerto con menos dificultad de la que nos llevó cerrarlo? Y si te quedas aquí, ¿de qué sirve bloquear el puerto? Al contrario, el enemigo disfrutaría de un verano en un puerto completamente seguro, en una ciudad llena de riquezas y con todos los recursos de Asia a su disposición; entre tanto, los romanos, expuestos a las olas y las tormentas de mar abierto, y privados de todos los suministros, habrán de mantener una*

vigilancia constante, quedando ellos mismos más atados e impedidos de hacer lo que deben que el enemigo, a pesar de sus obstáculos. Eudamo, el prefecto de la flota de Rodas, expresó su desaprobación del plan sin decir qué pensaba que se debía hacer. Epícrates dio su opinión de que debían desentenderse de Éfeso por el momento y enviar una parte de la flota a Licia para ganarse a Pátara, la capital del país, como aliada. Esta opción tendría dos grandes ventajas: los rodios, con un país aliado frente a su isla, podrían dedicar sus enteras fuerzas a la guerra contra Antíoco, impidiéndose además que la flota que se estaba armando en Cilicia se uniera a Polixénidas. Esta propuesta pesó más en el consejo; no obstante, se decidió que Regilo llevaría toda la flota hasta el puerto de Éfeso para aterrorizar al enemigo.

[37,16] Cayo Livio fue enviado a Licia con dos quinquerremes romanos, cuatro cuatrirremes de Rodas y dos buques sin cubierta de Esmirna. Sus instrucciones eran visitar Rodas de camino y comunicar los planes al gobierno. Las ciudades por las que pasó en su viaje -Mileto, Mindo, Halicarnaso, Cnido y Cos- cumplieron plenamente todas sus órdenes. Cuando llegó a Rodas, explicó el objeto de su expedición y les pidió su opinión al respecto. Obtuvo la aprobación general y se le suministraron tres cuatrirremes adicionales para su flota, dirigiéndose a continuación hacia Pátara. Un viento favorable los llevó hasta la ciudad, y esperaban que lo repentino de su aparición pudiera provocar algún movimiento. Después, el viento roló y se levantó la mar con olas cruzadas. Lograron alcanzar tierra a base de remar duramente, pero no había ningún fondeadero seguro cerca de la ciudad y no podían aventurarse fuera de la bocana del puerto con una mar tan áspera y viniéndoseles encima la noche. Navegando hasta pasar las murallas de la ciudad, se dirigieron al puerto de Fenicunte, situado a menos de dos millas de distancia. Este puerto ofrecía un refugio seguro contra la violencia de las olas, pero estaba rodeado por altos acantilados que los habitantes, junto con las tropas del rey que formaban la guarnición, ocuparon rápidamente. Aunque la costa era rocosa y de difícil retirada, Livio envió contra ellos un contingente de iseos y de infantería ligera de Esmirna para desalojarlos. Mientras estas tropas ligeras sólo hubieron de hacer frente al lanzamiento de proyectiles y a pequeñas escaramuzas inconexas, lograron sostener el combate; pero poco a poco salían más y más fuerzas de la ciudad, en un flujo constante, terminando por salir toda la población apta para las armas; Livio empezó a temer que sus tropas ligeras fueran destrozadas y que incluso atacaran a los barcos desde la orilla. Así pues, envió al combate a todas sus fuerzas, a los marineros y hasta a los remeros, armados con cualquier clase de arma que pudieron conseguir. Incluso entonces siguió indecisa la batalla, resultando muerto Lucio Apustio, además de otros muchos buenos soldados, en aquella lucha tumultuosa. Los licios, sin embargo, fueron derrotados y expulsados hacia su ciudad, regresando victoriosos los romanos a sus buques, aunque con considerables pérdidas. Se abandonó toda idea de atacar nuevamente Pátara; los rodios fueron enviados de vuelta a casa y Livio, navegando a lo largo de la costa de Asia, cruzó a Grecia para encontrarse con los Escipiones, que se encontraban por entonces en Tesalia. Luego regresó a Italia.

[37,17] Las inclemencias del tiempo habían obligado a Emilio a abandonar su puesto en Éfeso, y regresó, sin haber hecho nada, a Samos. Una vez aquí se enteró de que Livio había abandonado la campaña en Licia y se había marchado a Italia. Consideraba el fracaso ante Pátara como una humillación y decidió navegar hasta allí con toda su flota y atacar la ciudad con todas sus fuerzas. Navegó pasando Mileto y las demás ciudades aliadas de aquella costa, y desembarcó en la bahía de Bargilias, en dirección a Jaso. La ciudad estaba en manos de las tropas del rey, los romanos trataron la comarca como enemigos y la devastaron. Después, trataron de iniciar conversaciones, mediante mensajeros, con los magistrados y los principales ciudadanos, con intención de convencerlos para que se rindieran; pero una vez le aseguraron que ellos no tenían poder para hacerlo, se dispuso a asaltar la plaza. Había entre los romanos algunos refugiados de Jaso un buen número de ellos marcharon a Rodas y les imploraron que no permitieran que aquella pereciera aquella ciudad inocente, con la que guardaban vecindad y relaciones de parentesco. Alegaban que

habían sido expulsados de su ciudad natal por el solo hecho de su fidelidad a Roma, y que los que aún permanecían allí estaban obligados por las mismas tropas reales que les habían expulsado a ellos. El único deseo que guardaba en su seno cada ciudadano de Jaso era escapar de la esclavitud al rey. Movidos por sus ruegos y con el apoyo del rey Eumenes, los rodios llevaron ante el cónsul sus comunes vínculos de parentesco con los situados y la miseria de la ciudad, asediada por la guarnición del rey, Logrando persuadirlo para que desistiera de atacarla. Navegaron alejándose de allí, pues todas las demás ciudades eran amigas, y la flota bordeó la costa asiática alcanzando Lorima, un puerto situado frente a Rodas. Aquí, los tribunos militares hicieron comentarios, inicialmente en privado, pero que después llegaron a oídos de Emilio, en el sentido de que la flota se había retirado de Éfeso, de su propio teatro de guerra, de manera que el enemigo, a sus espaldas y con libertad de acción, pudo lanzar intentos contra todas las ciudades de las proximidades que eran aliadas de Roma. Emilio quedó tan influenciado por estos comentarios que hizo convocar a los rodios y les preguntó si el puerto de Pátara podía albergar a toda la flota. Al asegurarle que no tenía capacidad, convirtió esto en causa para abandonar su proyecto y llevó sus barcos de vuelta a Samos.

[37,18] Por este tiempo, Seleuco, que había mantenido a su ejército en Etolia durante todo el invierno, dedicado en parte a prestar ayuda a sus aliados y en parte a devastar los territorios de aquellas ciudades que no había logrado capturar, decidió ahora cruzar las fronteras del rey Eumenes mientras estaba lejos de casa, ocupado en atacar las ciudades marítimas de Licia junto a los romanos y los rodios. Comenzó amenazando con un ataque de sus fuerzas sobre Elea, después, abandonando el asedio, asoló el territorio circundante y marchó luego a atacar Pérgamo, la capital y plaza fuerte del reino. Atalo dispuso tropas frente a la ciudad, enviando por delante escaramuzadores de caballería e infantería ligera para hostigando al enemigo más que enfrentándolo. Cuando vio que en tales enfrentamiento no estaba, en absoluto, a la altura de las fuerzas enemigas, se retiró tras sus murallas y comenzó el asedio de la ciudad. Antíoco dejó Apamea en aquellas mismas fechas, acampando primeramente en Sardes y después junto al nacimiento del río Caico, no lejos del campamento de Seleuco, con un vasto ejército procedente de diversas razas, siendo la más temible cuatro mil mercenarios galos. A estos, con una pequeña adición de otros soldados, los envió a devastar todo el territorio de Pérgamo. En cuanto llegaron estas nuevas a Samos, Eumenes, reclamado en su casa por esta guerra dentro de sus fronteras, navegó directamente a Elea, donde ya estaba dispuesto una fuerza de caballería e infantería ligera. Protegido por estos, se apresuró hacia Pérgamo antes de que el enemigo se diera cuenta e iniciara algún movimiento en su contra. Una vez aquí, nuevamente se limitó el combate a escaramuzas, pues Eumenes rehusaba firmemente librar una acción decisiva. Pocos días después, las flotas romana y rodia se desplazaron desde Samos hacia Elea para apoyar al rey. Cuando Antíoco recibió información de que habían desembarcado fuerzas en Elea y que se había concentrado aquella gran fuerza naval en un solo puerto, teniendo noticia al mismo tiempo de que el cónsul y su ejército ya estaban en Macedonia y que se habían hecho todos los preparativos para cruzar el Helesponto, consideró que había llegado el momento de discutir los términos de la paz, antes de ser presionado por tierra y por mar. Existía cierto terreno elevado delante de Elena y lo escogió para situar su campamento. Dejando allí toda su infantería y su caballería, de la que tenía seis mil jinetes, bajó a la llanura que se extendía hasta las murallas de Elea y envió un heraldo a Emilio para informarle que deseaba abrir negociaciones de paz con él.

[37,19] Emilio hizo venir a Eumenes desde Pérgamo y celebró un consejo, en el que estuvieron presentes tanto Eumenes como los rodios. Estos no rehusaban la paz, pero Eumenes dijo que no se podían contemplar honorablemente, en aquel momento, las propuestas de paz ni se podía llegar a ningún acuerdo final. *¿Cómo podemos* -preguntó- *escuchar con honor ningún término de paz, asediados y encerrados tras nuestras murallas? ¿Quién considerará válido ningún acuerdo de paz hecho sin el consentimiento del cónsul, la autoridad del Senado y por orden del pueblo de*

Roma? Te planteo esta pregunta: Si pactas la paz por ti, ¿volverás inmediatamente a Italia, llevándote tu ejército y tu flota, o esperarás a saber qué piensa el cónsul, qué decide el Senado y qué ordena el pueblo? Ocurrirá, entonces, que deberás permanecer en Asia y que se suspenderán todas las operaciones en curso, tendrás que enviar a tus tropas a sus cuarteles de invierno y agotarás los recursos de tus aliados al tener que aprovisionarte. Y luego, si así lo deciden quienes tienen el poder para ello, tendremos que iniciar nuevamente la guerra; por el contrario, si no se debilita o entorpece mediante retrasos nuestra poderosa ofensiva, podemos darle fin, si a los dioses les place, antes de que comience el invierno. Prevaleció este argumento y se comunicó a Antíoco que no se podían discutir los términos de paz hasta que llegara el cónsul. Encontrando infructuosos sus esfuerzos para procurar la paz, Antíoco procedió a devastar las tierras de Elea y luego las pertenecientes a Pérgamo. Dejó aquí a Seleuco y siguió su marcha con la intención de atacar Adramiteo, hasta que llegó al rico distrito conocido como la Llanura de Tebas, celebrada en el poema de Homero. En ninguna otra localidad en Asia lograron las tropas del rey una mayor cantidad de botín. Emilio y Eumenes, bordeando con su flota, llegaron también ante Adramiteo para guarnecer la ciudad.

[37.20] Por aquel entonces, casualmente, llegaron a Elea unas fuerzas, procedentes de Acaya, compuestas por mil infantes y cien de caballería. Al desembarcar, se encontraron con un grupo enviado por Atalo para conducirles a Pérgamo. Todos ellos eran soldados veteranos con experiencia de guerra y bajo el mando de Diófanes, discípulo de Filopemen, el más notable general griego de su época. Se dedicaron dos días para el descanso de hombres y caballos, así como para mantener bajo observación los puestos de avanzada enemigos y para determinar en qué puntos y a qué horas llegaban o quedaban fuera de servicio. Las tropas del rey tomaron la costumbre de avanzar hasta el pie de la colina sobre la que estaba la ciudad. De esta manera, actuaban como pantalla para que no pudieran interceptar las partidas de saqueo que operaban a sus espaldas, pues ninguno salía de la ciudad ni siquiera para atacar a distancia con venablos los puestos avanzados. Una vez los ciudadanos se habían encerrado, intimidados, tras sus murallas, las tropas del rey los despreciaron y se volvieron descuidadas. Un gran número no mantenía ensillados ni embridados sus caballos; solo quedaron unos cuantos empuñando las armas, mientras el resto se dispersaba por la llanura, dedicándose algunos a deportes juveniles o libertinajes, comiendo otros bajo la sombra de los árboles y algunos, incluso, durmiendo acostados.

Diófanes observó todo esto desde lo alto de Pérgamo y ordenó a sus hombres que se armaran y estuvieran listos en la puerta. Fue luego a ver a Atalo y le dijo que había tomado la decisión de atacar al enemigo. Atalo le dio su consentimiento con mucha renuencia, pues veía que tendría que luchar con cien jinetes contra seiscientos y con mil infantes contra cuatro mil. Diófanes salió por la puerta, se situó no muy lejos de los puestos avanzados enemigos y esperó su oportunidad. Las gentes de Pérgamo lo consideraron más locura que valor y el enemigo, tras observarlos durante algún tiempo y no viendo movimiento alguno, regresó a su descuido habitual, ridiculizando incluso lo reducido de la fuerza de sus oponentes. Diófanes hizo que los suyos guardaran silencio durante un rato y luego, cuando vio que el enemigo había roto filas, ordenó a su infantería que lo siguieran lo más rápidamente posible; poniéndose a la cabeza de sus fuerzas de caballería, cargó contra el destacamento enemigo a toda velocidad, lanzando al mismo tiempo su grito de guerra tanto la infantería como la caballería. El enemigo fue presa del pánico, hasta los caballos se aterrorizaron y rompieron sus ronzales, creando confusión y alarma entre sus propios hombres. Unos cuantos no se asustaron y se quedaron donde estaban atados, pero incluso a estos no les resultó fácil a los jinetes embridar, ensillar y montar, pues los jinetes aqueos estaban provocando una alarma y un pánico fuera de toda proporción con su número. La infantería, cerrando con sus filas ordenadas, dispuesta a la batalla, atacó a un enemigo descuidadamente disperso y medio dormido. Toda la llanura quedó cubierta con los cuerpos de los muertos mientras por todas partes huían los hombres para salvar sus vidas. Diófanes sostuvo la persecución mientras resultó seguro, retirándose después al abrigo de las

murallas de la ciudad tras ganar una gran gloria para los aqueos, pues tanto las mujeres como los hombres habían contemplado la acción desde las murallas de Pérgamo.

[37.21] Al día siguiente, los puestos avanzados del rey, con mejor orden y más cuidadosa formación, se atrincheraron media milla más lejos de la ciudad, y los aqueos salieron a la misma hora y en el mismo lugar que el día anterior. Durante varias horas se mantuvieron alerta ambos bandos, como si esperasen un ataque inmediato. Cuando llegó la hora de regresar al campamento, justo antes del atardecer, las tropas del rey concentraron sus estandartes y se retiraron más en orden de marcha que de combate. Mientras estuvo a su vista, Diófanes se mantuvo quieto, pero luego cargó tan violentamente contra su retaguardia como el día anterior, provocando tal confusión y pánico que, aunque estaban siendo despedazados por la espalda, no hicieron ningún intento por detenerse y enfrentar al enemigo. Fueron arrastrados a su campamento en gran desorden y con sus filas casi completamente rotas. Este golpe de audacia de los aqueos obligó a Seleuco a retirar su campamento de territorio de Pérgamo. Al saber que los romanos habían llegado para proteger Adramiteo, Antíoco se mantuvo alejado de aquella ciudad y, tras asolar los campos, capturó al asalto la ciudad de Perea, una colonia de Mitilene. Cotón, Corileno, Afrodisias y Prinne fueron tomadas al primer asalto. Luego regresó a Sardis a través de Tiatira. Seleuco se mantuvo en la costa, aterrorizando a algunos y protegiendo a otros. La flota romana, en compañía de Eumenes y los rodios, navegó hasta Mitilene y, desde allí, a su base en Elea. Salieron de ese lugar hacia Focea, llegando a una isla llamada Baquio, que dominaba a los focenses y donde abundaban las obras de arte. En una ocasión anterior se habían salvado los numerosos templos y estatuas, pero ahora los trataron como propiedades del enemigo y los saquearon. Cruzaron después hacia la ciudad y tras repartir las tropas en diversos puntos dieron inicio al asalto. Parecía posible que se la pudiera capturar sin los acostumbrados trabajos de asedio, pero tras entrar en la ciudad un contingente de tres mil hombres que Antíoco había enviado para defenderla, se abandonó el ataque de inmediato y la flota se retiró hasta la isla sin lograr nada más allá del saqueo de la comarca vecina a la ciudad.

[37.22] Se decidió entonces que Eumenes marchara a casa y efectuara los preparativos necesarios para el cruce del cónsul y su ejército por el Helesponto, mientras que las flotas romana y rodia volvían a Samos y permanecían estacionadas allí para impedir que Polixénidas se moviera de Éfeso. El rey volvió a Elea y los romanos y rodios a Samos, donde murió Marco Emilio, el hermano del pretor. Una vez celebradas las honras fúnebres, los rodios navegaron hacia Rodas con trece de sus propios barcos, un quinquerreme de Cos y uno de Cnido. Fueron a poner allí su base con el objeto de estar preparados contra la flota que, según se rumoreaba, venía desde Siria. Dos días antes que llegara Eudamo con la flota desde Samos, un grupo de trece naves, junto a cuatro que habían estado protegiendo la costa de Caria, había sido enviado desde Rodas bajo el mando de Panfílidas para enfrentarse a aquella misma flota siria, habiendo levantado el asedio de Dedala y de otras plazas fuertes, pertenecientes a Perea, que estaban asediando las fuerzas del rey. Eudamo recibido órdenes de salir inmediatamente. La flota que había llevado con él se había ampliado con seis buques sin cubierta, y con esta fuerza, a la mayor velocidad posible, alcanzó a la otra en un puerto llamado Megiste. Desde allí, las flotas combinadas navegaron hasta Faselis, que parecía ser la mejor posición desde la que esperar al enemigo.

[37,23] Faselis está situada en la frontera entre Licia y Panfilia, y se levanta sobre un promontorio que se adentra en el mar. Es la primera tierra visible a los buques que navegan desde Cilicia hacia Rodas, permitiendo avistar los barcos desde muy lejos. Precisamente por este motivo se eligió esta posición, para encontrarse en la ruta de la flota enemiga. Una cosa, sin embargo, no se había previsto; y es que, debido a la insalubridad del lugar y a la estación del año -era pleno verano-, además del desacostumbrado olor hubo gran cantidad de enfermedades, especialmente entre los remeros. Alarmado por la propagación de esta epidemia, partieron y, pasando el golfo de

Adalia, anclaron en la desembocadura del Eurimedonte. Aquí, fueron informados por mensajeros de Aspendo que el enemigo se encontraba cerca de Sida. El avance de la flota del rey había sido retrasado por los vientos etesios, que en esa estación soplan casi únicamente del oeste. La fuerza de Rodas estaba compuesta por treinta y dos cuatrirremes y cuatro trirremes; la flota del rey consistía en treinta y siete naves de mayor tamaño, entre los que había tres hepteras y cuatro hexeras. Había, además de estos, diez trirremes. También ellos, desde un puesto de observación, descubrieron que el enemigo no estaba lejos. Al día siguiente, al amanecer, ambas flotas levaron anclas, dispuestas a combatir aquel mismo día. En cuanto los rodios hubieron rodeado el punto que se proyecta hacia el mar desde Sida, las dos flotas llegaron enseguida a la vista una de otra. La división izquierda de la flota del rey, que se extendía hacia alta mar, estaba bajo mando de Aníbal, la derecha bajo el de Apolonio, uno de los nobles de la corte, y tenían ya sus barcos formados en línea. Los rodios llegaron en una larga columna; en cabeza iba la nave insignia de Eudamo, con Caríclito cerrando la retaguardia y Panfílidas mandando el centro. Cuando Eudamo vio que el enemigo estaba en línea y dispuestos para combatir, se dirige él también hacia alta mar y ordena con señales a los buques que le siguen que formen en línea y que mantengan el orden. Esto, en un primer momento, dio lugar a cierta confusión, pues no se habían adentrado suficientemente en el mar como para permitir que todos los buques formaran en línea frente a tierra; con las prisas, solo tenía consigo cinco naves al enfrentarse con Aníbal, pues las demás no lo seguían al haber recibido la orden de formar en línea. A los últimos de la columna no les quedaba ya espacio hacia tierra, estando aún desordenados cuando dio inicio el combate en la derecha contra Aníbal.

[37,24] Sin embargo, la excelencia de sus buques y de su experimentada marinería pronto hizo perder completamente el miedo a los rodios. Cada nave, por su parte, se dirigió hacia mar abierto dejando sitio hacia el lado de tierra al que le seguía y, cada vez que alguna cerraba contra un buque enemigo, le atacaba con su espolón, le abría una vía en la proa, le quebraba los remos o bien pasaba libremente entre las filas y atacaba su popa. Lo que provocó la mayor alarma fue el hundimiento de una de las hepteras por el único impacto de un buque rodio de mucho menor tamaño; ante esto, el ala derecha se vio claramente obligada a huir. Aníbal, situado por el lado de mar abierto y apoyado en su mayor número, atacaba a Eudamo, pese a la superioridad rodia en los demás aspectos; y lo habría rodeado, de no ser porque la nave pretoria izó la señal generalmente usada para reagrupar la flota dispersa. Todas las naves que habían vencido en el lado derecho acudieron en auxilio de los suyos Ahora fue Aníbal y los barcos a su alrededor los que se dieron a la fuga; los rodios, sin embargo, no pudieron perseguirles porque, al estar enfermos la mayoría de remeros, se cansaban antes. Mientras reponían fuerzas en alta mar, donde se habían detenido, Eudamo vio cómo el enemigo remolcaba sus naves averiadas o a la deriva con las naves descubiertas, que eran poco más de veinte que se retiraban indemnes. Desde lo alto de la torre de la nave capitana ordenó silencio y les dijo: *Levantaos y venid a contemplar esta maravillosa vista.* Todos se levantaron y, tras ver la precipitada fuga de los enemigos, exclamaron casi con una sola voz que debían perseguirles. El propio barco de Eudamo tenía daños producidos por multitud de impactos, por lo que ordenó a Panfílidas y Caríclito que mantuvieran la persecución mientras pudieran hacerlo con seguridad. La caza se prolongó durante bastante tiempo, pero cuando Aníbal se acercó a tierra temieron que el viento les empujara contra las costas enemigas y regresaron junto a Eudamo con la heptera capturada, que había sido golpeada al comienzo de la batalla, logrando remolcarla hasta Faselis con cierta dificultad. Desde allí navegado de vuelta a Rodas, enfadados unos con otros, más que alegrándose por su victoria, por no haber hundido o capturado toda la flota enemiga cuando habían tenido esa oportunidad. Tan profundamente sintió Aníbal esta única derrota que, aunque estaba deseando unirse a la inicial flota del rey en cuanto pudiera, no se atrevió a navegar más allá de la costa de Licia; además, para impedirle tener libertad de hacer esto, los rodios enviaron a Caríclito con veinte buques con espolón a Pátara y al puerto de Megiste. Eudamo recibió órdenes de regresar con los romanos a Samos, con siete de los mayores buques de su flota, y usar

toda su influencia y cualquier argumento que pudiera emplear para convencer a los romanos de que capturasen Pátara al asalto.

[37.25] Las noticias de la victoria, seguida por la aparición de los rodios, produjo gran regocijo entre los romanos; resultaba evidente que si los rodios se quitaban de encima aquella fuente de inquietud, podrían asegurar con tranquilidad todas las aguas de aquella parte del mundo. Pero la salida de Antíoco de Sardes y el peligro de que se apoderara de las ciudades costeras impidió que abandonaran la defensa de las costas de Jonia y la Eólide. En consecuencia, enviaron a Panfílidas con cuatro naves para reforzar la flota que estaba en las proximidades de Pátara. Antíoco había estado muy ocupado reuniendo contingentes de todas las ciudades a su alrededor, y también había enviado una carta a Prusias, el rey de Bitinia. En esta misiva, se quejaba amargamente de la expedición romana a Asia; habían llegado, escribió, para privarles a todos ellos de sus coronas para que no existiera más soberanía que la romana en el mundo; Filipo y Nabis habían sido reducidos a sumisión; él, Antíoco, iba a ser la tercera víctima; como un incendio que se propagaba, todos se verían envueltos, según cada uno quedara más próximo al ya derrocado. Ahora que Eumenes había aceptado voluntariamente el yugo de la servidumbre, el siguiente tras él sería Bitinia. Prusias quedó muy preocupado por esta carta, pero cualquier duda o sospecha que pudiera haber albergado quedó disipada por una carta del cónsul Escipión, y aún más por otra del Africano, el hermano del cónsul. En esta carta, le refería la perpetua costumbre del pueblo romano de acrecentar la dignidad de los reyes aliados, concediéndoles toda clase de honores, y citaba ejemplos de su propia familia con el fin de convencer a Prusias para que buscase su amistad. Los régulos que había tomado en Hispania bajo su protección eran reyes cuando los dejó; no solo había puesto a Masinisa en su trono y en el de Sífax, que lo había expulsado, sino que ahora era de lejos no solo el monarca más próspero de África, sino incluso el igual en grandeza y poder de cualquier monarca del mundo. Filipo y Nabis, que habían sido enemigos y a quienes Tito Quincio había derrotado, habían continuado en sus tronos; a Filipo, por cierto, se le había perdonado el pago del tributo del año anterior, se le había devuelto a su hijo, rehén, y se le había permitido recuperar algunas ciudades fuera de Macedonia, sin ninguna interferencia de los generales romanos. También Nabis habría conservado su honor y dignidad de no haberle resultado fatales, primero su propia locura y después la traición de los etolios. Lo que más decidió el ánimo del rey fue la visita de Cayo Livio, que anteriormente había mandado la flota como pretor. Llegó de Roma como embajador e hizo comprender al rey cuán más segura resultaba la posibilidad de victoria de los romanos que la de Antíoco, y cuánto más inviolable y segura sería su amistad entre los romanos.

[37,26] Ahora que había perdido cualquier esperanza de una alianza con Prusias, Antíoco partió de Sardes hacia Éfeso a fin de inspeccionar la flota, que llevaba varios meses equipada y lista. Su interés se debía a la imposibilidad de ofrecer una resistencia efectiva al ejército romano, con los dos Escipiones al mando, y no por las propias acciones navales, fuera por haberlas intentado con éxito en el pasado o porque tuviera ahora alguna confianza bien fundada. De momento, sin embargo, había algunas cuestiones que lo animaban. Había oído que una gran parte de la flota de Rodas estaba en Pátara y que el rey Eumenes había marchado con todos sus buques al Helesponto para encontrarse con el cónsul. La destrucción de la flota rodia en Samos, como resultado de la traición, también contribuyó a levantarle la moral. Estas consideraciones le llevaron a enviar a Polixénidas con su flota para probar suerte en un combate del modo que fuera, mientras él conducía sus fuerzas hacia Nocio. Este lugar pertenece a Colofón y está sobre el mar, a dos millas de distancia de ella. Quería que fuera suya esta ciudad precisamente, pues estaba tan cerca de Éfeso que no podría emprender ninguna acción por mar o tierra sin ser visto por las gentes de Colofón, que enseguida informarían a los romanos. Una vez los romanos supieran que Nocio estaba asediado, estaba seguro que llevarían su flota a Samos para ayudar a su aliada, proporcionando así a Polixénidas su oportunidad.

Por consiguiente, comenzó el ataque de la ciudad mediante obras de asedio; extendió sus fortificaciones por ambos extremos a la par, en dirección al mar; llevó por ambos lados los manteletes y el terraplén hasta las murallas, colocando en posición los arietes protegidos con sus tortugas. Aterrorizados por tales amenazas, las gentes de Colofón enviaron parlamentarios a Samos, ante Lucio Emilio, para implorarle la ayuda del pretor y del pueblo romano. Emilio no estaba cómodo con su larga inactividad en Samos y lo último que esperaba era Polixénidas, tras haber sido desafiado por él en vano dos veces, le fuera a ofrecer batalla. Consideraba también una humillación estar atado y obligado a prestar ayuda a la sitiada Colofón, mientras que la flota de Eumenes estaba ayudando al cónsul a trasladar sus legiones a Asia. El rodio Eudamo, al que había mantenido en Samos cuando deseaba ir al Helesponto, le urgía ahora, junto con el resto de oficiales, a marchar a Colofón. Señalaban cuánto más satisfactorio resultaría aliviar a sus aliados e infligir una segunda derrota a una flota a la que ya habían vencido antes, arrebatando así el dominio del mar al enemigo, que no abandonar a sus aliados, abandonar su propio marco de acción navegando hacia el Helesponto, donde ya bastaba con la flota de Eumenes, y dejar Asia en manos de Antíoco, tanto por mar como por tierra.

[37,27] Como sus provisiones se hubieran consumido por completo, la flota romana partió de Samos con la intención de navegar hasta Quíos y obtener suministros. Esta isla era el almacén de grano de Roma y todos los transportes de Italia dirigían allí su rumbo. Navegaron desde la ciudad hasta el lado opuesto de la isla -el que mira hacía Quíos y Eritrea, expuesto al aquilón, y estaban a punto de iniciar la navegación cuando el pretor recibió un despacho informándole de que había llegado a Quíos desde Italia una gran cantidad de grano, pero que las naves cargadas con vino habían sido retrasadas por las tormentas. Al mismo tiempo, llegó un informe en el sentido de que los Teanos habían aprovisionado con liberalidad a la flota del rey con suministros y habían prometido entregarles cinco mil vasijas de vino. Emilio estaba a mitad de camino de su travesía, pero desvió inmediatamente su rumbo hacia Teos con la intención de hacer uso de los suministros dispuestos para el enemigos con el consentimiento de sus ciudadanos o, de lo contrario, dispuesto a tratarlos como enemigos. A medida que ponían proa a tierra, aparecieron ante su vista unos quince barcos a la altura de Mioneso. El pretor pensó al principio que eran parte de la flota del rey y comenzó a perseguirlos; después se hizo evidente que eran balandras y lembos piratas. Estos habían estado saqueando a lo largo de la costa de Quíos y regresaban con toda clase de botín. Cuando divisaron la flota se dieron a la fuga y debido a que sus buques eran más ligeros y estaban construidos espacialmente con aquel propósito, así como por estar más próximos a tierra, les ganaban en velocidad y escaparon de sus perseguidores. Antes de que la flota romana se aproximara se refugiaron en el puerto de Mioseno; y el pretor, con la esperanza de obligar a sus buques fuera del puerto, los siguió a pesar de que no estaba familiarizado con el lugar. Mioneso se encuentra en un promontorio entre Teos y Samos; el lugar en sí es un cerro de forma cónica que sube desde una base bastante amplia hasta un agudo pico. Se accede desde el lado de tierra por un camino estrecho, desde el mar queda cerrado por acantilados, socavados por el mar hasta tal punto que a veces las rocas salientes se proyectan más allá de los buques fondeados bajo ellas. Las naves romanas no se aproximaron, para no quedar expuestas a los ataques de los piratas situados por encima de ellos, perdiendo todo el día. Justo antes del anochecer abandonaron su infructuosa tarea, llegando a Teos al día siguiente. Una vez fondeados los barcos en el Gereástico -un puerto detrás de la ciudad-, el pretor envió a sus hombres a saquear el territorio alrededor de la ciudad.

[37,28] Cuando los teanos vieron ante sus ojos aquella devastación, mandaron una legación al romano, portando ínfulas y ramos de olivo. En respuesta a sus protestas de inocencia sobre cualquier acto hostil de palabra u obra contra los romanos, él les acusó de haber prestado ayuda al enemigo proporcionándole los suministros que necesitaba y por la cantidad de vino que habían prometido a Polixénidas; si proporcionaban a la flota romana la misma cantidad, retiraría a sus

soldados del saqueo; de lo contrario, los trataría como enemigos. Al regresar los delegados con esta dura respuesta, los ciudadanos fueron convocados por los magistrados a una asamblea para poder consultarles sobre lo que debían hacer. Mientras tanto, Polixénidas había oído decir que los romanos habían salido de Samos y, después de perseguir a los piratas hasta Mioneso, habían anclado sus naves en el puerto de Gerestico y estaban saqueando el territorio de Teos. Así pues, ancló en un puerto oculto frente a Mioneso, en una isla que los marinos llaman Macris.

Desde su posición observó de cerca las acciones del enemigo, albergando al principio grandes esperanzas de derrotar a los romanos mediante la misma maniobra con la que había derrotado a la flota de Rodas en Samos, es decir, bloqueando la entrada del puerto. La naturaleza del lugar no es muy distinta: el puerto queda tan cerrado por los promontorios convergentes que resulta difícil que salgan de día dos barcos al mismo tiempo. Polixénidas intentó apoderarse de la entrada durante la noche y, después de situar diez barcos para atacar por el flanco a los buques enemigos que salieran, desembarcar a las tropas del resto de su flota, como había hecho en Panormo, cayendo sobre los romanos tanto por tierra como por mar. Su plan hubiera tenido éxito de no ser por los movimientos de la flota romana pues, como los teanos se comprometieron a cumplir los requerimientos del pretor, consideraron que era más conveniente, a la hora de embarcar las provisiones, llevar la flota al puerto que está delante de la ciudad. Se afirma también que Eudamo se refirió a los inconvenientes del primer puerto después de que dos barcos hubieran roto sus remos, al enredarse unos con otros en la estrecha bocana. Otra consideración adicional, que pesó en el pretor y lo indujo a cambiar sus amarres, era el peligro que le amenazaba de la tierra, pues Antíoco tenía su campamento permanente a no mucha distancia.

[37,29] Una vez llevada la flota alrededor de la ciudad, los marineros y soldados desembarcaron para llevar a sus buques su cuota de provisiones, y sobre todo el vino. Ni un solo hombre era consciente de la proximidad de Polixénidas. Hacia el mediodía, un campesino fue llevado ante el pretor, informándole de que una flota llevaba dos días fondeada frente a la isla de Macris y que hacía algunas horas que se habían visto movimientos en algunos de los buques, como si se dispusieran a zarpar. El pretor, alarmado por esta inesperada noticia, ordenó que las trompetas tocaran a retreta, para que regresaran los que estaban dispersos por los campos, mientras que fueron enviados a la ciudad a los tribunos militares, con el fin de hacer volver a toda prisa a los soldados y marineros. El desorden fue como el causado por un incendio repentino o en la captura de una ciudad: algunos van corriendo a la ciudad para llamar a sus camaradas, otros salen fuera de ella para incorporarse a sus buques, y entre las órdenes confusas, grandes gritos y el tronar de las trompetas, se produjo una oleada general hacia los barcos. Apenas podía alguno distinguir su propio barco o acercarse a él en el tumulto, la confusión podría haberse convertido en un grave peligro tanto por tierra como por mar de no haberse repartido rápidamente las tareas. Emilio salió de puerto en primer lugar con su nave pretoria, dirigiéndose a mar abierto; conforme llegaba cada nave, la colocaba en su puesto de la línea frontal. Eudamo, con sus rodios, permanecía próximo a la costa para que pudieran embarcar sin confusión y que cada buque partiera en cuento estuviera listo. Así, la primera línea se formó bajo la mirada del pretor, los rodios cerraban la marcha, y la flota combinada navegaba hacia mar abierto en formación de combate, como si el enemigo estuviera realmente a la vista. Se encontraban entre Mioneso y el promontorio de Córico cuando avistaron al enemigo. La flota del rey, que avanzaba en una larga columna de a dos buques, se desplegó también en línea y extendió su izquierda tan lejos como para poder envolver y aislar la derecha romana. Cuando Eudamo vio esto, dándose cuenta de que los romanos no podrían desplegar su línea con igual longitud que la del enemigo y que su derecha podría quedar rodeada, aceleró sus buques, que eran con mucho los más rápidos de la flota, y tras extender su línea tanto como la del enemigo, puso su propia nave frente a la de Polixénidas.

[37.30] Ya habían entrado en combate ambas flotas por todas partes. Por el lado de los

romanos se enfrentaban ochenta buques, veintidós de los cuales eran rodios. La flota enemiga estaba compuesta por ochenta y nueve barcos, contando con tres hexeras y dos hepteras, que eran de las clases de naves más grandes. Las naves romanas eran superiores en solidez y valor de sus soldados, las rodias tenían la ventaja de su movilidad, la pericia de sus pilotos y la técnica de sus remeros. Pero lo que produjo mayor alarma entre el enemigo fueron sus naves que llevaban fuego delante; y estas, que fueron lo único que los salvó en Panormo, resultaron ser también aquí el medio más eficaz para lograr la victoria. Al echarse a un lado los barcos del rey, para que no chocasen las proas por temor a las llamas, eran incapaces de embestir con sus espolones a los buques enemigos y dejaban expuestas sus bandas a los golpes; cualquier barco que fuera al choque con otro quedaba cubierto por el fuego que le echaban, provocando más confusión el fuego que el mismo combate. Sin embargo, como suele pasar en el combate, el valor de los soldados resultó el factor decisivo en la lucha. Los romanos rompieron a través del centro enemigo, y dando luego la vuelta, atacaron desde la retaguardia a las naves que se enfrentaban a los rodios; en un breve espacio de tiempo, el centro de Antíoco y los buques de la división izquierda fueron rodeados y hundidos. Los de la derecha, aún intactos, quedaron todavía más atemorizados por la derrota de sus camaradas que por el propio peligro. Así pues, cuando vieron a las demás naves rodeadas por los barcos enemigos y a Polixénidas abandonando a su flota y huyendo con todas sus velas desplegadas, izaron rápidamente sus gavias, pues el viento era favorable para dirigirse hacia Éfeso, y se dieron a la fuga tras perder cuarenta y dos naves en la batalla, trece de las cuales cayeron en manos enemigas y resultando las demás incendiadas o hundidas. De las romanas, dos naves quedaron destruidas y otras varias resultaron dañadas. Uno de los buques de Rodas fue capturado en un incidente digno de mención: Al embestir con el espolón a un buque sidonio, el golpe hizo salir despedida el ancla de la nave hacia la proa de la otra, a la que quedó enganchada con su diente curvo como si se tratara de un garfio de hierro. En la confusión siguiente, los rodios remaron hacia atrás para soltarse del enemigo, se tensó el cable del ancla y se enredó en los remos, quebrando todos los de un costado de la nave. Debilitado de aquel modo, resultó capturado por el mismo buque al que había embestido y trabado. Tal fue, en sus rasgos principales, la batalla naval de Mioneso.

[37,31] Antíoco quedó muy atemorizado. Perdido el dominio del mar, desesperaba de poder defender sus posesiones lejanas y, adoptando una política que los hechos posteriores demostrarían errónea, retiró su guarnición de Lisimaquia para impedir que la destruyeran los romanos. No sólo habría sido fácil defender Lisimaquia contra un primer ataque de los romanos, sino que la plaza podría haber resistido un asedio durante todo el invierno, provocando incluso entre los asediantes una situación de grave carestía de provisiones. Mientras tanto, se podría haber producido alguna oportunidad de llegar a un acuerdo y lograr la paz. Tampoco fue Lisimaquia el único lugar que entregó al enemigo después de su derrota naval; también levantó el asedio de Colofón y se retiró a Sardes. Desde allí envió mensajeros a Capadocia, a pedir ayuda a Ariarates, así como a cualquier lugar donde pudiera reunir tropas. Su único objetivo se centraba ya en librar una batalla decisiva. Después de su victoria, Emilio Regilo navegó hasta Éfeso y formó sus naves en línea delante del puerto. Una vez hubo obligado así al enemigo a admitir su renuncia definitiva al dominio del mar, navegó a Quíos, hacia donde se estaba dirigiendo desde Samos antes de la batalla naval. Aquí fueron reparados los barcos dañados y, en cuanto se finalizó esta tarea, envió a Lucio Emilio Escauro al Helesponto con treinta naves para transportar al ejército. Dispuso la vuelta a su casa de los rodios, después de honrarles con parte del botín y de los despojos de la batalla naval. Antes de hacerlo, estos tomaron parte activa en el transporte de las tropas del cónsul, y no regresaron a casa hasta haberse completado esta misión. La flota romana zarpó de Quíos hacia Focea. Esta ciudad se encuentra en la parte más interior de una bahía; es de forma oblonga y los muros que la rodean tienen aproximadamente dos millas y media de largo, luego se acercan sus extremos en una especie de cuña. Al vértice de esta cuña lo llaman Lamptera. Aquí, la ciudad tiene una anchura de mil doscientos pasos, extendiéndose hacia el mar desde allí una lengua de tierra que divide casi por el

centro la bahía, como en una línea. Cuando se acerca a la estrecha boca de la bahía, forma dos puertos excelentes y perfectamente seguros, mirando en direcciones opuestas. El que mira hacia el norte se llama Naustatmos, por dar cabida a gran número de buques; el otro es el más próximo a Lamptera.

[37,32] Cuando la flota romana hubo ocupado estos puertos perfectamente protegidos, el pretor consideró conveniente, antes de que iniciar el ataque con escales y obras de asalto, enviar alguien para hacer propuestas a los magistrados y hombres principales de la ciudad. Al saber que estaban decididos a resistir, lanzó su ataque desde dos puntos diferentes. Uno de ellos contenía apenas unos cuantos edificios privados, con un espacio considerable ocupado por templos, y llevó los arietes en primer lugar a esta zona y comenzó a batir las murallas y torres. Cuando los ciudadanos se hubieron congregado allí para la defensa, se llevaron los arietes también contra la otra parte, derruyéndose entonces las murallas en ambas partes. Una vez hubieron caído, los soldados romanos empezaron a abrirse paso sobre las ruinas, pero los habitantes ofrecieron tan determinada resistencia que resultó evidente que encontraban más ayuda en sus armas y valor que en sus murallas. Al fin, el riesgo a que sus hombres estaban expuestos obligó el pretor a hacer tocar retirada, ya que no estaba dispuesto a exponerlos sin reparos a un enemigo enloquecido por la desesperación. Aunque la lucha en sí había terminado, ni siquiera entonces los defensores se permitieron descanso alguno: se reunieron de todas partes para reparar y reforzar lo que se había derruido. Quinto Antonio, que había sido enviado por el pretor, apareció entre ellos mientras estaban ocupados en esta labor y, después de censurar su obstinación, señaló que los romanos estaban más preocupados que ellos porque la lucha no terminase con la destrucción de su ciudad; si estaban dispuestos a desistir de su locura, podrían entregarla en los mismos términos que anteriormente habían obtenido de Cayo Livio para acogerse a su protección. Al saberlo, pidieron cinco días de armisticio para deliberar; entre tanto, trataron de averiguar qué posibilidades tenían de lograr la ayuda de Antíoco. Los emisarios que habían enviado al rey regresaron diciendo de que no debían esperar ninguna ayuda de él y, ante esto, abrieron finalmente sus puertas tras estipular que no serían tratados como enemigos. Entrados los estandartes en la ciudad y expresada la voluntad del pretor de que se respetara a quienes se habían rendido, se levantaron gritos de protesta por parte de las tropas, furiosas porque los focenses, siempre enemigos encarnizados y nunca leales aliados, según decían, escaparan impunemente. A este grito, como si el pretor hubiera dado la señal, salen corriendo en todas direcciones para saquear la ciudad. En un principio, Emilio trató de detenerlos y llamarles de vuelta, diciéndoles que se saqueaba a las ciudades capturadas, no a las que se rendían, y aún en el caso de aquellas la decisión correspondía al general, no a los soldados. Cuando vio que la ira y la codicia podían más que su autoridad, mandó heraldos por toda la ciudad con la orden de convocar a todos los hombres libres en el foro, en torno a él, donde estarían a salvo de violencias; en cuanto a lo que de él dependió, mantuvo la palabra del pretor: Les devolvió su ciudad, sus tierras y sus leyes, y como el invierno ya se acercaba, escogió los puertos de Focea para que invernara la flota.

[37.33] Más o menos por entonces, el cónsul, que había marchado por los territorios de Eno y Maronea, recibió las noticias de la derrota de la flota del rey en Mioneso y del abandono de Lisimaquia. Esta última noticia le satisfizo más que la primera; sobre todo porque, cuando llegaron allí, la encontraron repleta con suministros de toda clase, como si se hubieran estado preparando para la llegada del ejército, ya que se habían hecho a la idea de tener que soportar los extremos de la falta de provisiones y los esfuerzos del asedio de una ciudad. El cónsul permaneció acampado aquí durante algunos días, para dar tiempo a que llegaran los bagajes así como también los enfermos que, agotados por la enfermedad y la duración de la marcha, había ido dejando en todas las ciudades fortificadas de Tracia. Una vez estuvieron todos reunidos, reanudaron su marcha por el Quersoneso y llegó al Helesponto. Aquí, gracias al rey Eumenes, ya se habían adoptado todas las medidas para

la travesía y subieron a bordo de los barcos, cruzando sin trabas ni oposición, como si estuvieran en costas amigas y llevándolos a diferentes sitios. Los romanos habían esperado que esto fuera motivo de graves combates, por lo que se animaron mucho cuando vieron que se les permitía el paso a Asia. Permanecieron acampados algún tiempo en el Helesponto, al coincidir con los días sagrados durante los que se llevaban en procesión los Ancilia, inhábiles para marchar. Estas mismas fechas habían alejado del ejército a Publio Escipión, pues era uno de los saliares y retrasaron por él su avance hasta que se les unió.

[37,34] Durante este intervalo, Heráclides de Bizancio había llegado al campamento, con instrucciones de Antíoco para negociar la paz. Los retrasos y las vacilaciones de los romanos le habían hecho albergar esperanzas de obtener condiciones favorables, pues había supuesto que una vez puesto el pie en Asia, marcharían inmediatamente contra el campamento del rey. Heráclides, no obstante, decidió que no se acercaría al cónsul antes de haberse entrevistado con Publio Escipión, siendo estas, por otra parte, las instrucciones que había recibido del rey. Sus esperanzas se basaban principalmente en Publio, pues la grandeza de espíritu de Escipión y el estar saciado de gloria le hacían más proclive a la clemencia. Todo el mundo, además, sabía en qué modo se había comportado cuando venció en Hispania y África, estando también el hecho de que su hijo había caído prisionero y estaba en manos del rey. En cuanto a dónde, cuándo o por qué circunstancia había sido hecho prisionero, difieren los autores, como lo hacen en tantos otros asuntos. Algunos afirman que fue al comienzo de la guerra, cuando fue interceptado por los barcos del rey en su viaje desde Calcis a Oreo; otros dicen que, después del desembarco en Asia, fue enviado con una turma de caballería fregelana para hacer un reconocimiento del campamento del rey y que, cuando salió a su encuentro un gran destacamento de caballería, se retiró y cayó de su caballo en la refriega, siendo capturado junto con otros dos jinetes y conducido así a presencia del rey. Sí se admite generalmente que el joven no podría haber sido tratado con mayor amabilidad y generosidad, incluso de haberse mantenido la paz con Roma y si el rey hubiera mantenido vínculos personales de hospitalidad con los Escipiones. Por estas razones, el enviado esperó la llegada de Escipión y, cuando este llegó, se acercó al cónsul y le pidió que le concediera una audiencia en la que pudiera escuchar las propuestas que traía.

[37,35] Se convocó al consejo en pleno para escuchar lo que dijera el enviado. Este dijo que se habían enviado de una parte a la otra muchas embajadas para tratar sobre la cuestión de la paz, resultando infructuosas; esto mismo le inspiraba grandes esperanzas de lograr resultados donde los anteriores embajadores no consiguieron nada: en efecto, las dificultades en las anteriores discusiones habían residido en la posición de Esmirna, Lámpsaco, Alejandría de la Troade y la ciudad europea de Lisimaquia. De estas, Lisimaquia ya había sido evacuada por el rey, para que no se dijera que tenía alguna posesión en Europa. Estaba dispuesto a renunciar a las situadas en Asia y a aquellas otras que reclamaran los romanos, de los dominios del rey, porque se hubieran pasado a su bando. También estaba dispuesto a pagar la mitad de lo que les hubiera costado la guerra. Estas fueron las propuestas de paz. En el resto de su discurso, pidió al consejo que recordara la incertidumbre de los asuntos humanos, haciendo uso moderado de su buena fortuna y sin abusar de la desgracia ajena. Que limitaran su dominio a Europa, que aún así era inmenso; era más fácil extenderlo poco a poco que conservarlo unido en su integridad. Si, no obstante, deseaban anexionarse alguna parte de Asia, siempre y cuando se establecieran claramente las fronteras, el rey podría, en bien de la paz y la concordia, permitir que su moderación y sentido de la equidad cedieran a la codicia de los romanos. Estos argumentos en favor de la paz, que el orador consideraba tan convincentes, fueron considerados insuficientes por los romanos. Estos pensaban que era justo que el rey, que era el responsable del comienzo de la guerra, asumiera el coste total de la misma; y que retirase sus guarniciones no solo de Jonia y la Eólide, sino de todas las ciudades de Asia, que deberían quedar tan libres como las ciudades liberadas de Grecia, lo que solo podría

llevarse a cabo si Antíoco entregaba todas sus posesiones asiáticas al oeste de la cordillera del Tauro.

[37.36] El enviado llegó a la conclusión de que, por lo que se refería al consejo, no estaba logrando ninguna condición aceptable y, de acuerdo con sus instrucciones, trató de tantear en privado el ánimo de Escipión. Empezó por decirle que el rey devolvería a su hijo sin rescate; después, ignorante tanto del carácter de Escipión como del uso romano, le ofreció una ingente cantidad de oro si obtenía la paz por su mediación y compartir totalmente su poder soberano, con la sola excepción del título real. A esto, Escipión respondió: *Tu ignorancia de los romanos en su conjunto y de mí en particular, a quien has sido enviado, me sorprende menos cuando veo que ignoras la situación del hombre que te envía. Si teníais intención de pedir la paz a quienes considerabais preocupados por el resultado de la guerra, debíais haber conservado Lisimaquia para impedirnos entrar en el Quersoneso, o habernos hecho frente en el Helesponto para impedirnos el paso a Asia. Pero ahora que habéis dejado el paso libre en Asia y han aceptado no sólo las riendas, sino también el yugo, ¿qué queda por discutir en igualdad de condiciones, cuando habréis de someteros a nuestro mando? Yo obtendré de la generosidad del rey el más preciado de los regalos: mi hijo; en cuanto a sus otras ofertas, ruego a los dioses que nunca mi suerte precise de ellas, en todo caso, mi ánimo nunca lo hará. A título particular, si desea un reconocimiento particular, lo tendrá por tan generoso acto hacia mí. En mi condición pública, nada tomaré de él y nada le daré. Lo que puedo dar ahora es un consejo sincero: Ve y dile en mi nombre que abandone las hostilidades y que no rechace ninguna condición de paz.* Estas palabras no influyeron en lo más mínimo en el ánimo del rey, pues consideraba que el azar de la guerra no tenía peligros desde el momento mismo en que se le imponían términos como si ya estuviera vencido. Por lo tanto, dejó de lado por el momento las menciones a la paz, y dedicó toda su atención a la preparación de la guerra.

[37.37] Una vez estuvo todo listo para llevar a cabo sus planes, el cónsul levantó su campamento, llegó primero a Dárdano y luego a Reteo, saliendo a su encuentro los habitantes de ambas ciudades. Marchó después a Ilión y, tras fijar su campamento en una llanura bajo las murallas, subió a la ciudad y a la ciudadela donde ofreció sacrificios a Minerva, la diosa tutelar de la ciudadela. Los ilienses hicieron todo lo posible para demostrar con sus palabras y actos el orgullo que sentían por ser los romanos oriundos de su país, y los romanos se mostraban encantados de visitar su hogar original. Una marcha de seis días desde allí los llevó a la fuente del río Caico. Aquí se les unió el rey Eumenes; había tratado de llevar su flota de vuelta desde el Helesponto a sus cuarteles de invierno en Elea, pero el viento le fue contrario y durante varios días fue incapaz de doblar el cabo de Lecton. Deseoso de no perderse el inicio de la campaña. Desembarcó en el punto más cercano y con un pequeño destacamento de tropas marchó a toda prisa hacia el campamento romano. Aquí se le envió de vuelta a Pérgamo para agilizar la entrega de suministros y, tras supervisar que el grano se entregaba a los señalados por el cónsul para recibirlo, volvió al campamento. Desde allí, como tuvieran raciones para muchos días, decidieron marchar en dirección al enemigo antes de que les alcanzara el invierno. El campamento del rey estaba cerca de Tiatira. Cuando este supo que Escipión estaba detenido en Elea por una enfermedad, envió unos legados para que le llevaran de vuelta a su hijo. No solo fue un gesto generoso para su ánimo de padre, sino que también ayudó a su recuperación. Una vez saciado de abrazar a su hijo, le dijo a la escolta: "Regresad y decid al rey que le doy las gracias; no puedo ahora mostrarle mi gratitud de otro modo más que aconsejándole que no baje al campo de batalla hasta que sepa que he regresado al campamento". Aunque sus sesenta mil soldados de infantería y más de doce mil de caballería daban al rey esperanza de éxito en la batalla, Antíoco se dejó influir por la autoridad de hombre tan grande como aquel, sobre el que hacía descansar todas sus esperanzas de apoyo frente a los dudosos azares de la guerra. Retirándose más allá del río Frigio, acampó en las proximidades de Magnesia, la que está junto al Sípilo, y por si los romanos trataban de forzar sus líneas mientras esperaba, rodeó su

campamento con un foso de seis codos de hondo y doce de ancho, levantó una doble empalizada en la parte de fuera del foso y en el borde interior construyó una muralla flanqueada a cortos intervalos por torres desde las que se podía impedir fácilmente al enemigo que cruzara el foso.

[37.38] Suponiendo el cónsul que el rey estaba en Tiatira, marchó durante cinco días seguidos y descendió a la llanura de Hircania. Al saber que había partido de allí, siguió sus pasos y acampó en la orilla occidental del Frigio, a una distancia de cuatro millas del enemigo. Aquí, una fuerza de unos mil jinetes, en su mayoría galogriegos junto con algunos dahas y arqueros montados de otras tribus, cruzaron el río y cargaron tumultuosamente contra los puestos avanzados romanos. Al principio, como no estaban preparados, hubo alguna confusión; pero conforme siguió la batalla y el número de los romanos fue en aumento con los refuerzos que llegaban del campamento, las tropas del rey, cansadas y en inferioridad numérica, trataron de retirarse hacia la orilla del río. Antes que entraran en la corriente, sin embargo, resultó muerto una cantidad considerable por parte de sus adversarios, que los perseguían de cerca. Durante los siguientes dos días todo estuvo tranquilo, sin que ninguna de las partes hiciera intento alguno de cruzar el río. Al tercer día, todo el ejército romano cruzó en bloque y acampó a unas dos millas y medio del enemigo. Mientras estaban medían y fortificaban el área del campamento, se produjo una considerable alarma y confusión por la aproximación de una fuerza escogida de tres mil infantes y caballería de las tropas del rey. Los que estaban de guardia eran muchos menos en número, pero mantuvieron por sí mismos una resistencia constante, sin que hubiera que llamar a un solo soldado de los que fortificaban el campamento; según avanzó la lucha, expulsaron al enemigo tras matar a cien de ellos y tomar cien prisioneros. Durante los siguientes cuatro días, ambos ejércitos permanecieron delante de sus empalizadas formados para la batalla; al quinto día, los romanos avanzaron hasta mitad de la llanura, pero Antíoco no hizo ningún movimiento para avanzar sus estandartes y sus líneas frontales se mantuvieron en una posición a menos de una milla de su empalizada.

[37,39] Cuando el cónsul se dio cuenta de que declinaba dar batalla, convocó un consejo de guerra para el día siguiente, con el fin de decidir qué debía hacer si Antíoco no daba oportunidad de combatir. Se acercaba el invierno, dijo; tendría que acampar a los soldados o, si deseaba marchar a cuarteles de invierno, se tendrían que suspender las operaciones hasta el verano. Por ninguno de sus enemigos sintieron nunca los romanos mayor desprecio. Todos le pidieron a grandes voces que los llevase a la batalla y que aprovechara al máximo el ardor de los soldados, que estaban dispuestos, si el enemigo no salía, a cargar sobre los fosos y la empalizada e irrumpir en el campamento, pues no era como si tuvieran que luchar contra tantos miles de hombres, sino más bien como si tuvieran que masacrar a miles de cabezas de ganado. Cneo Domicio fue enviado para reconocer el terreno y averiguar qué punto de la empalizada permitía mejor aproximación; una vez que hubo llevado una información completa y segura, se decidió trasladar el campamento al día siguiente, más cerca del enemigo. Al tercer día, se avanzaron los estandartes hasta mitad de la llanura y se formaron las líneas. Antíoco, por su parte, sentía que no debería dudar más, para que no decayera el ánimo de sus propios hombres y aumentasen las esperanzas del enemigo de decidir la batalla. Condujo a sus fuerzas lo bastante lejos de su campamento como para dar la impresión de que tenía intención de combatir.

El ejército romano era prácticamente uniforme, tanto en lo referente a los hombres como a su equipamiento; había dos legiones romanas y dos de aliados y latinos, cada una compuesta por cinco mil hombres. Los romanos ocupaban el centro y los latinos las alas. Los estandartes de los asteros estaban en vanguardia, luego iban los de los príncipes y cerraban los de los triarios. Además de estas fuerzas, formadas por así decir de forma regular, el cónsul dispuso a su derecha, alineados con ellos, las fuerzas auxiliares del rey Eumenes que se incorporaron junto a los aqueos armados de cetra, con un total de unos tres mil hombres; más allá de estos, fueron situados casi tres mil de caballería, ochocientos de los cuales fueron proporcionados por Eumenes y el resto caballería toda

romana. Más allá de estos colocó a los tralos y los cretenses, en número de quinientos cada uno de ellos. No se consideró que el ala izquierda necesitara tanto apoyo, pues descansaba sobre el río y estaba protegida por las orillas escarpadas; no obstante, se situaron en aquel extremo cuatro turmas de caballería. Esta fue la fuerza total que los romanos llevaron al campo de batalla. Además de estos, sin embargo, existía una fuerza mixta de macedonios y tracios, dos mil en total, que los habían seguido como voluntarios y que quedaron para vigilar el campamento. Los dieciséis elefantes quedaron en reserva tras los triarios; posiblemente no podrían enfrentarse a los elefantes del rey, que contaba con cincuenta y cuatro, y los elefantes africanos no eran rival para los elefantes indios, aunque los igualasen en número, pues estos últimos eran mucho más grandes y combatían con más bravura.

[37.40] El ejército del rey era una fuerza heterogénea de muchas nacionalidades y presentaba gran diversidad, tanto en hombres como en sus equipos. Había dieciséis mil infantes armados al modo macedonio, llamados *falangitas*. Estos formaban el centro y su frente estaba compuesto por diez divisiones; entre cada división había dos elefantes. Desde el frente hasta el fondo, tenían treinta y dos filas de profundidad. Esta era la fuerza principal del ejército del rey y presentaba un aspecto formidable, especialmente con los elefantes sobresaliendo de tanto en tanto por encima de los hombres. El efecto quedaba aumentado por las testeras, penachos y torres sobre las espaldas de los animales, sobre las que se encontraba el cornaca acompañado por cuatro soldados. A la derecha de la falange, Antíoco situó a mil quinientos infantes galogriegos, y junto a estos colocó a tres mil jinetes vestidos con armadura a los que llaman *catafractos*. A estos se añadió otra ala de caballería en número de mil, a la que llamaban *agema*; esta era una fuerza de medos, hombres escogidos, así como hombres de muchas tribus de aquella parte del mundo. Detrás de estos, como apoyo, se situó una manada de dieciséis elefantes. Seguía en la línea la cohorte real llamada *argiráspides*, por la clase de escudos que portaban. Venían luego los dahas, arqueros montados, en número de mil doscientos; después había tres mil infantes ligeros, la mitad de ellos cretenses y la otra mitad tralos. Más allá de estos estaban dos mil quinientos arqueros misios y, cerrando la línea, una fuerza mixta de cuatro mil hombres con honderos cirtios y arqueros elimeos.

A la izquierda de la falange estaban mil quinientos infantes galogriegos y dos mil capadocios, armados de manera similar y enviados por Ariarates, a continuación de ellos se colocó una fuerza, mezcla de toda clase de razas, de unos dos mil setecientos auxiliares. Venían luego tres mil catafractos y otros mil jinetes con protección más ligera que los del ala regia, tanto ellos como los caballos, pero sin diferenciarse en el resto de su equipamiento; estaban compuestos en su mayoría por sirios más una mezcla de frigios y lidios. Delante de esta masa de caballería había cuadrigas con hoces y camellos de los que llaman dromedarios. Sentados sobre estos iban arqueos árabes provistos de estrechas espadas de cuatro codos de largo, de manera que podían alcanzar al enemigo desde tan gran altura. Más allá de ellos había un contingentes de soldados igual al del ala derecha: primero los tarentinos, después dos mil quinientos jinetes galogriegos, mil neocretes, mil quinientos carios y cilicios armados de manera similar, y el mismo número de tralos. Iban luego cuatro mil armados con cetras, pisidios, panfilios y lidios, a continuación venían fuerzas cirtias y elimeas con la misma cantidad que en el ala derecha, y finalmente dieciséis elefantes a poca distancia.

[37.41] El rey mandaba personalmente la derecha, la izquierda la puso a cargo de su hijo Seleuco y del hijo de su hermano, Antípatro. El centro fue confiado a tres comandantes, Minión, Zeuxis y Filipo, mandando este último los elefantes. La bruma de la mañana, que según avanzaba el día se convirtió en nubes, oscureció la atmósfera, luego la humedad, como la que trae el viento del sur, lo mojó todo. Esto no molestó mucho a los romanos, pero fue una grave desventaja para las tropas del rey. Como la línea romana era sólo de moderada longitud, la falta de luz no les impedía la visión de todas las partes de su formación y, como estaba compuesta casi enteramente por tropas pesadas, la fina lluvia no afectó a sus armas, que eran espadas y pilos. La línea del rey, en cambio,

era de longitud tan grande que resultaba imposible divisar las alas desde el centro, cuanto menos verse los extremos el uno al otro, y mojando la niebla húmeda sus arcos y hondas, así como las correas de sus lanzas arrojadizas. Además, los carros falcados con los que Antíoco confiaba sembrar el pánico en las filas enemigas, volvieron el peligro en contra de los suyos. Estos carros estaban armados de la siguiente manera: a cada lado del timón, sobresaliendo diez codos del yugo, iban ajustadas unas picas que se proyectaban como cuernos y que penetraban cuanto se cruzara en su camino; a cada extremo del yugo salían dos hoces, una a la misma altura que el yugo y la otra más baja, apuntando al suelo, la primera cortaba cuanto se encontraba a los lados y la segunda atrapaba a los caídos o a quienes se arrastraban. De modo similar, dos guadañas, apuntando en direcciones opuestas, estaban fijadas a cada extremo del eje de las ruedas.

Los carros así armados estaban situados, como ya he mencionado, delante de las líneas, pues de haber estado en la retaguardia o en el centro habrían tenido que pasar a través de sus propios hombres. Cuando Eumenes vio esto, familiarizado con su modo de lucha y sabedor de que le sería de mucha ayuda si aterrorizaba a los caballos, ordenó a los arqueros cretenses, a los honderos y lanzadores de jabalinas, junto a algunas turnas de caballería, que avanzasen no en orden cerrado, sino tan abiertos como pudieran y que lanzasen sus proyectiles simultáneamente desde todas partes. Este ataque tan tempestuoso, en parte por las heridas producidas por los proyectiles y en parte por los gritos salvajes de los atacantes, aterrorizó de tal manera a los caballos que se lanzaron a un galope frenético sobre el campo de batalla, como si no llevaran riendas. La infantería ligera, los ágiles honderos y los veloces cretenses los evitaron fácilmente, y la caballería aumentó la confusión y el terror atemorizando a los caballos y aún a los camellos, añadiéndose a estos los gritos de quienes no habían entrado en acción. Los carros fueron sacados así del campo de batalla, y una vez deshecho tan inútil esperpento, se dio la señal por ambas partes y dio inicio la batalla regular.

[37,42] Aquella inútil acción, sin embargo, demostraría bien pronto ser la causa de una derrota real. Las tropas auxiliares que estaban situadas en reserva, muy próximas, quedaron tan desmoralizadas por el pánico y la confusión de las cuadrigas que se dieron a la fuga y dejaron expuesta a toda la línea hasta los catafractos. Ahora que las reservas estaban rotas, la caballería romana cargó contra estos y no resistieron ni la primera carga: algunos huyeron y otros, paralizados por el peso de sus corazas y armas, fueron muertos. A continuación, cedió completamente el resto del ala izquierda, y cuando los auxiliares, que estaban situados entre la caballería y la falange, quedaron desordenados, la desmoralización llegó al centro. Aquí se rompieron las filas, impidiéndoseles emplear sus extraordinariamente largas lanzas -que los macedonios llamaban "sarisas"- sus propios camaradas, que corrían en busca de refugio entre ellos. Estando en este desorden, los romanos avanzaron contra ellos y lanzaron sus pilos. Ni siquiera los elefantes dispuestos entre las secciones de la falange asustaron a los soldados romanos, acostumbrados como estaban por las guerras africanas a evitar la carga de las bestias y atacar sus flancos con sus pilos o, si se podían acercar a ellos, seccionar el tendón de sus corvas con sus espadas. El centro del frente estaba ya casi totalmente hundido y las reservas, habiendo sido flanqueadas, fueron destrozadas desde la retaguardia. En esta coyuntura, los romanos escucharon en la otra parte del campo de batalla los gritos de sus propios hombres al huir, casi hasta las mismas puertas de su campamento. Antíoco, desde su posición en su ala derecha, se había dado cuenta de que los romanos, confiando en la protección del río, habían situado allí sólo cuatro turmas de caballería; estas, al mantenerse junto a su infantería, habían dejado desguarnecida la orilla del río. Atacó esta parte de la línea con sus auxiliares y catafractos, no limitándose a presionar su frente sino que, rodeando a lo largo del río, presionó su flanco hasta que la caballería fue puesta en fuga y la infantería, que estaba junto a ella, fue empujada en desenfrenada carrera hasta su campamento.

[37.43] El campamento estaba a cargo de un tribuno militar, Marco Emilio, hijo del Marco Lépido que unos años más tarde fue nombrado Pontífice Máximo. Cuando vio que los fugitivos se

dirigían hacia el campamento, se les enfrentó con toda la guarnición del campamento y les ordenó que se detuvieran; después, reprendiéndoles ásperamente por su cobarde huida, les amenazó para que regresaran al combate y les advirtió de que, si no le obedecían, se precipitaban ciegamente a su ruina. Finalmente, dio orden a sus hombres de que mataran a los primeros que llegaban y que obligasen a la multitud que les seguía, con sus espadas, a volver contra el enemigo. Este miedo, mayor, venció al menor. El peligro que les amenazaba por ambos lados los llevó, primero a detenerse y luego a regresar a la lucha. Emilio, con su guarnición del campamento -que estaba compuesta por dos mil valientes soldados- ofreció una firme resistencia al rey que les perseguía firmemente, y Atalo, el hermano del Eumenes, que estaba en la derecha romana donde el enemigo había sido puesto en fuga al primer choque, viendo a su izquierda la difícil situación de sus hombres y el tumulto alrededor del campamento, llegó oportunamente en aquel momento con doscientos jinetes. Cuando Antíoco se encontró con que los hombres, cuyas espaldas había visto poco antes, reanudaban ahora el combate y que llegaban otros grupos de soldados desde el campo de batalla y desde el campamento, volvió grupas a su caballo y huyó. Así, los romanos salieron victoriosos en ambas alas. Abriéndose paso a través de los montones de cadáveres que yacían apilados, sobre todo en el centro, donde el valor de las mejores tropas del enemigo y el peso de sus armaduras les impedían huir, se lanzaron a saquear el campamento. Con la caballería de Eumenes en cabeza, seguida por el resto de las tropas montadas, fueron persiguiendo al enemigo por toda la llanura y matando a los últimos conforme los alcanzaban. Pero aún más estragos sufrieron los fugitivos por el hecho de ir mezclados entre los carros, los elefantes y los camellos; no solo fueron aplastados por los animales sino que, habiendo perdido todo orden, tropezaban ciegamente unos contra otros. Se produjo también una espantosa carnicería en el campamento, casi mayor que en la batalla. Los primeros fugitivos huyeron principalmente en aquella dirección y la guarnición del campamento, confiando en el gran número de los que llegaban, lucharon con la mayor determinación delante de su empalizada. Los romanos, que esperaban haber podido tomar al primer asalto las puertas y la empalizada, quedaron allí contenidos algún tiempo y, cuando por fin quebraron la defensa, por causa de su ira les infligieron una masacre aún mayor.

[37,44] Se dice que aquel día murieron cincuenta mil infantes y tres mil de caballería; mil quinientos resultaron prisioneros y se capturaron quince elefantes con sus cornacas. Muchos de los romanos sufrieron heridas, pero en realidad no cayeron más de trescientos de infantería, veinticuatro de caballería y veinticinco del ejército de Eumenes. Después de saquear el campamento enemigo, los romanos volvieron al suyo con una gran cantidad de botín; al día siguiente despojaron a los cuerpos de los muertos y reunieron a los prisioneros. Llegaron delegaciones desde Tiatira y Magnesia del Sípilo para entregar sus ciudades. Antíoco, acompañado en su huida del campo de batalla por un pequeño número de sus hombres, así como de otros más que se le unieron por el camino, llegó a Sardis sobre la medianoche con un modesto grupo de tropas. Al enterarse de que su hijo Seleuco, con algunos de sus amigos, había llegado hasta Apamea, partió también él, con su esposa y su hija, en dirección a la misma ciudad tras encargar la defensa de Sardis a Xenón y nombrar a Timón gobernador de Lidia. Los habitantes y los soldados de la ciudadela hicieron caso omiso de su autoridad y, de mutuo acuerdo, enviaron delegados al cónsul.

[37.45] Casi simultáneamente a estos delegados, llegaron otros desde Aydin, desde la Magnesia que está sobre el Meandro y desde Éfeso para entregar sus ciudades. Polixénidas, al tener noticias de la batalla, había salido de Éfeso y llevado su flota hasta Pátara, en Licia; pero temiendo un ataque de la escuadra rodia que estaba situada cerca de Megiste, desembarcó y se dirigió por tierra hacia Siria con un pequeño contingente. Las ciudades de Asia Menor se pusieron bajo la protección del cónsul y el dominio de Roma. El cónsul estaba ahora en Sardes y Publio Escipión marchó allí desde Elea, tan pronto fue capaz de soportar la fatiga del viaje. Por aquel mismo tiempo, llegó un heraldo de Antíoco que, por mediación de Publio Escipión, logró el consentimiento del

cónsul para el rey enviara portavoces. Unos días más tarde llegaron Zeuxis, quien había sido gobernador de Lidia, y Antípatro, sobrino del rey. Se entrevistaron primero con Eumenes, que suponían sería el más fuerte oponente a la paz debido a sus antiguas disputas con el rey, pero le encontraron con un ánimo más conciliador de lo que ellos o Antíoco hubieran esperado. A continuación se acercaron a Escipión y, por su mediación, al cónsul. Se les concedió su petición de una reunión del consejo para hacer públicas las instrucciones que traían. Zeuxis habló primero: *No tenemos tanto que hablar nosotros,* dijo, *como pediros a vosotros, romanos, que digáis de qué medios propiciatorios puede el rey expiar su error y obtener de vosotros, sus vencedores, la paz y el perdón. Siempre habéis mostrado la mayor magnanimidad al perdonar a los reyes y pueblos que habéis vencido. ¡Con cuánta mayor magnanimidad y serenidad actuaréis en este momento de victoria, que os ha convertido en los dueños del mundo! Conviene ahora que, terminadas las batallas contra los hombres, no menos que si fueseis dioses, proveáis y perdonéis a todo el género humano.*

Antes de la llegada de los enviados ya se había decidido la respuesta que se les debía dar. Les plació que respondiera el Africano, y se dice lo que se expresó en los siguientes términos: *De todas las cosas que están en poder de los dioses inmortales, nosotros los romanos tenemos las que estos nos han concedido. Hemos mantenido nuestra fortaleza ánimo, que depende de nuestra razón, invariable ante cada giro de la fortuna hasta hoy; la prosperidad no la ha avivado y la adversidad no la ha deprimido. Por no mencionar ningún otro ejemplo, me gustaría poneros a Aníbal como prueba de esto, sino pudiera poneros a vosotros mismos. Una vez hubimos cruzado el Helesponto, antes de ver el campamento del rey, antes de ver su ejército formado en orden de combate, mientras Marte permanecía aún neutral y la suerte de la guerra incierta, os presentamos, cuando vinisteis a tratar la paz, condiciones de igual a igual. Ahora que somos vencedores, os ofrecemos las mismas condiciones como vencidos. Manteneos alejados de Europa; evacuar toda la parte de Asia que se encuentra a este lado de los montes Tauro. Por los gastos afrontados durante la guerra, nos daréis quince mil talentos euboicos, quinientos ahora, dos mil quinientos en cuanto el senado y el pueblo de Roma hayan confirmado la paz, y luego mil al año durante doce años. Es también nuestra voluntad que se le paguen cuatrocientos talentos a Eumenes y el resto del trigo que se debía a su padre. Si convenimos en estas condiciones, y para tener la garantía de que las cumpliréis, nos entregaréis veinte rehenes escogidos por nosotros. Pero nunca nos sentiremos seguros de que habrá paz con Roma donde esté Aníbal, y ante todo exigimos su entrega. También entregaréis al etolio Toante, el instigador de la guerra etolia, que os incitó a tomar las armas contra nosotros confiando en ellos, y a ellos los hizo armarse contra nosotros confiando en vosotros. Con él habréis de entregar a Mnasíloco el acarnane, así como a los calcidenses Filón y Eubúlidas. El rey hará la paz ahora en peores condiciones, pues lo hace más tarde de cuando pudo haberla hecho. Si vacila ahora, hacedle saber que resulta más difícil derribar el orgullo de los monarcas desde la cima de su grandeza a una posición modesta, que hacerlos caer desde esa modesta situación al más hondo de los abismos.* Los enviados habían sido instruidos por el rey para que aceptaran cualquier condición. En consecuencia, se decidió enviar una embajada a Roma. El cónsul distribuyó a su ejército en cuarteles de invierno entre Magnesia del Meandro, en Aydin y en Éfeso. Pocos días después, llegaron a Éfeso, ante el cónsul, los rehenes y los embajadores que tenían que ir a Roma. Eumenes partió hacia Roma al mismo tiempo que los enviados, y fueron seguidos por las delegaciones de todos los pueblos de Asia.

[37,46] Mientras se estaban produciendo en Asia estos acontecimientos, dos de los procónsules regresaron a Roma: Publio Minucio desde Liguria y Manio Acilio desde Etolia. Ambos esperaban disfrutar de un triunfo, pero cuando el Senado hubo escuchado su relato de cuanto que habían hecho, rechazó la solicitud de Minucio y por unanimidad concedieron el triunfo a Acilio, que entró en la Ciudad celebrando su triunfo sobre Antíoco y los etolios. Llevaron en la procesión doscientos treinta estandartes enemigos, tres mil libras de plata sin acuñar, de plata acuñada ciento

trece mil tetracmas áticas, doscientos cuarenta y nueve mil cistóforos, así como muchos vasos de plata, cincelados y de gran peso; llevó también la vajilla de plata del rey y su magnífico vestuario. Llevó también cuarenta y cinco coronas de oro, regalo de varias ciudades aliadas, y despojos de toda clase; treinta y seis prisioneros de alto rango, los generales de Antíoco y los etolios, también marcharon en la procesión del vencedor. Damócrito, el jefe de los etolios, había escapado de la cárcel un par de noches antes; los guardias lo persiguieron hasta la orilla del Tíber, donde se atravesó con la espada antes de que lo pudieran atrapar. Solo faltaron los soldados siguiendo el carro; por lo demás, fue un triunfo magnífico tanto por el espectáculo como por la celebración de una espléndida victoria.

Estos festejos de triunfo se vieron empañados por una triste noticia desde Hispania: seis mil hombres del ejército romano, bajo el mando del procónsul Lucio Emilio, habían caído en una desgraciada batalla contra los lusitanos, en la Bastetania, cerca de la ciudad de Licón. Los restantes huyeron tras la empalizada de su campamento, que defendieron con dificultad, para retirarse finalmente a marchas forzadas, como si fuesen fugitivos, hacia territorio amigo. Este fue el informe recibido de Hispania. Llegó una delegación procedente de Plasencia y Cremona, en la Galia, y fueron presentados en el Senado por el pretor Lucio Aurunculeyo. Estos se quejaron de la escasez de colonos: algunos habían sido víctimas de los azares de la guerra, otros de la enfermedad, y algunos se habían marchado de las colonias debido a las molestias producidas por sus vecinos, los galos. El senado decretó que el cónsul Cayo Lelio debía, si le parecía bien, elaborar una lista de seis mil familias que se distribuirían entre las dos colonias, debiendo nombrar Lucio Aurunculeyo los triunviros que asentarían a los nuevos colonos. Los nombrados fueron Marco Atilio Serrano, Lucio Valerio Flaco, hijo de Publio, y Lucio Valerio Tapón, hijo de Cayo.

[37.47] No mucho después, como se acercaba la fecha de las elecciones consulares, el cónsul Cayo Lelio regresó de la Galia. Este, en cumplimiento del decreto que el Senado había hecho antes de su llegada, inscribió los colonos para reforzar la población de Cremona y Plasencia, presentando además una propuesta, que el Senado aprobó, para la fundación de dos nuevas colonias en tierras que habían pertenecido a los boyos. Llegó por entonces un despacho del pretor Lucio Emilio dando cuenta de la batalla naval librada en Mioneso y afirmando que Lucio Escipión había llevado su ejército a Asia. Se decretó un día de acción de gracias por la victoria naval, y otro día más, por ser la primera vez que se asentaba en suelo de Asia un ejército romano, para que este acontecimiento tuviera un final feliz y próspero para la república. El cónsul recibió instrucciones para sacrificar en cada día veinte víctimas adultas. Se celebraron unas elecciones consulares muy reñidas. Marco Emilio Lépido era uno de los candidatos, pero era impopular en todas partes debido a que había abandonado su provincia de Sicilia para presentar su candidatura, sin consultar al Senado para poder hacerlo. Los otros candidatos eran Marco Fulvio Nobilior, Cneo Manlio Vulsón y Marco Valerio Mesala. Fulvio fue el único elegido, al no obtener ninguno de los otros el número preciso de centurias. Fulvio, al día siguiente, proclamó colega suyo a Cneo Manlio; Lépido había quedado descartado, pues Mesala se retiró. Los nuevos pretores fueron dos Fabios, Labeón y Píctor -este último había sido consagrado flamen quirinal ese año-, Marco Sempronio Tuditano, Espurio Postumio Albino, Lucio Plaucio Hipseo y Lucio Bebio Dives.

[37,48] Nos cuenta Valerio Antias que, una vez asumido el cargo por los nuevos cónsules *(189 a.C.)*, corrió por Roma un rumor, que se extendió ampliamente, en el sentido de que los dos Escipiones, Lucio y el Africano, invitados a una entrevista con el rey con motivo del regreso del joven Escipión, habían sido apresados, llegando enseguida el ejército del rey hasta el campamento romano, que fue capturado, y siendo completamente destruidas las fuerzas romanas. Se decía, además, que los etolios ganaron nuevos ánimos con esto y se negaron a obedecer las órdenes, marchando sus líderes a Macedonia, Tracia y Dardania para contratar mercenarios. Aulo Terencio Varrón y Marco Claudio Lépido habrían sido enviados por el propretor Aulo Cornelio desde Etolia

para llevar estas noticias a Roma. Complementa este cuento informándonos de que se les preguntó en el Senado a los embajadores etolios, entre otros asuntos, a quién habían escuchado que los jefes romanos habían sido hechos prisioneros por Antíoco y su ejército destruido, replicando los etolios que a ellos les habían informado así unos enviados suyos que estaban con el cónsul. No teniendo yo ninguna otra fuente sobre este rumor, la hago constar sin confirmarla ni pasarla por alto como infundada.

[37.49] Al comparecer los etolios ante el Senado, su propio interés y la situación en la que se encontraban aconsejaban que hubieran admitido toda su culpa o equivocación y hubiesen pedido humildemente perdón. En lugar de esto, empezaron por recordar los servicios que habían prestado al pueblo romano; rememorando, casi como un reproche, el valor que habían mostrado en la guerra contra Filipo, lograron ofender con su insolencia los oídos de su audiencia. Trayendo a colación viejos y olvidados incidentes, llegaron al extremo de recordar a los senadores cuánto habían hecho para perjudicar a Roma, mucho más que para beneficiarla. Así, aquellos hombres que necesitaban compasión y simpatía sólo provocaron irritación y enojo. Preguntados por un senador si dejaban la decisión de su caso al pueblo romano, y por otro si tendrían como aliados y enemigos los mismos que Roma, al no dar respuesta alguna se les ordenó salir de aquel lugar sagrado. Casi todo el senado se expresó a grandes voces diciendo que los etolios estaban aún completamente del lado de Antíoco y que su ánimo agresivo estaba pendiente únicamente de sus esperanzas en él; eran, indudablemente, enemigos de Roma y, como a tales, resultaba preciso combatirles y doblegar definitivamente la soberbia de sus ánimos desafiantes. Lo que les hizo enojar aún más fue la duplicidad de los etolios, pidiendo la paz a los romanos mientras hacían la guerra contra Dolopia y Atamania. Manio Acilio, el vencedor de Antíoco y los etolios, propuso una resolución que el Senado aprobó, a saber, que se ordenara a los enviados salir de la Ciudad aquel mismo día y que abandonaran Italia en un plazo de quince días. Aulo Terencio Varrón fue enviado a escoltarlos por el camino, y se les advirtió de que si iba a Roma algún delegado etolio, excepto con el permiso del comandante romano que gobernara aquella provincia y acompañados por un legado romano, se les trataría como enemigos. Con esta advertencia fueron despedidos.

[37.50] A continuación, los cónsules llevaron ante el Senado la asignación de las provincias. Se decidió que sortearan entre Etolia y Asia. A quien correspondiera Asia se haría cargo del ejército de Lucio Escipión, así como de refuerzos consistentes en cuatro mil infantes y doscientos jinetes romanos, y ocho mil infantes y cuatrocientos jinetes proporcionados por los aliados y los latinos; con estas fuerzas debía llevar a cabo la guerra contra Antíoco. El otro cónsul se haría cargo del ejército en Etolia y se le autorizaba a alistar refuerzos en el mismo número y proporción que su colega. También debería equipar y llevar con él los buques que habían sido preparadas el año anterior, no limitando sus operaciones a Etolia, sino pasar también a la isla de Cefalonia. También se le pedía que marchara a Roma para celebrar las elecciones, si lo podía hacer sin detrimento para el estado, pues se decidió que, además de la designación de los magistrados anuales, también deberían ser elegidos los censores. Si las circunstancias le impidieran dejar su puesto, informaría al Senado de que no podía estar presente en ese momento. Etolia correspondió a Marco Fulvio y Asia a Cneo Manlio. Los pretores sortearon a continuación: Espurio Postumio Albino recibió las jurisdicciones urbana y peregrina; a Marco Sempronio Tuditano correspondió Sicilia; Quinto Fabio Píctor -el flamen quirinal- obtuvo Cerdeña; a Quinto Fabio Labeón le correspondió el mando naval; Hispania Citerior fue para Lucio Plaucio Hipseo y la Ulterior para Lucio Bebio Dives. Se destinó una legión, así como la flota que ya estaba en la provincia, a Sicilia; también decidió que el nuevo pretor debía ordenar a los sicilianos que proporcionaran doble diezmo de trigo, uno para enviarlo a Asia y el otro a Etolia. Lo mismo se exigiría a los sardos, llevándose aquel trigo a los mismos ejércitos que el suministrado por Sicilia. Lucio Bebio recibió para Hispania refuerzos en número de mil soldados de infantería y quinientos de caballería, así como seis mil infantes y doscientos jinetes

de los latinos y los aliados; A Plaucio Hipseo, en la Hispania Citerior, le asignaron mil infantes romanos, dos mil aliados latinos y doscientos jinetes; con estos refuerzos, cada una de las provincias hispanas dispondría de una legión cada una. De los magistrados del año anterior, Cayo Lelio conservó su provincia y su ejército por un año, así como también Publio Junio como propretor en Etruria, con el ejército que había en la provincia, y a Marco Tucio como propretor en el Brucio y Apulia.

[37.51] Antes de que los pretores partieran hacia sus provincias, surgió una disputa entre Publio Licinio, el pontífice máximo, y el flamen quirinal, Quinto Fabio Píctor. Muchos años antes se había producido una disputa similar entre Lucio Metelo y Postumio Albino. En aquel entonces, el pontífice máximo Metelo había impedido a Albino, el cónsul recién elegido, que marchara a Sicilia, a la flota, con su colega Cayo Lutacio, para que atendiera a sus obligaciones religiosas. En la presente ocasión, Publio Licinio impidió al pretor marchar a Cerdeña. La cuestión fue objeto de acalorados debates, tanto en el Senado como en la Asamblea, por ambas partes se hizo valer la autoridad, se exigieron garantías, se impusieron multas, se invocó a los tribunos y se apeló al pueblo. Finalmente, prevalecieron las razones religiosas y se ordenó al Flamen que obedeciera las órdenes del Pontífice, aunque la multa que se le impuso fue perdonada por orden del pueblo. El pretor estaba muy enojado por perder su provincia y quería renunciar a su cargo, pero el Senado ejerció su autoridad para impedirlo y ordenó que ejerciera la jurisdicción peregrina. En pocos días quedaron completados los alistamientos, pues no quedaban tantos hombres por llamar, y los pretores partieron hacia sus provincias. Comenzaron después a extenderse rumores, sin fundamento y sin origen claro, sobre las operaciones en Asia, y pocos días después llegó a Roma información segura y una carta del comandante jefe. El júbilo a la llegada de esta supuso un alivio después de sus recientes temores, pues ya no tenían nada que temer del rey, vencido en Etolia, y sobre todo después de los viejos rumores, ya que al comienzo de la guerra se le había considerado un enemigo formidable, tanto por sus propias fuerzas como por contar con Aníbal para dirigir la campaña. Se mantuvo, sin embargo, la decisión de enviar el cónsul a Asia, considerándose que no era prudente reducir sus fuerzas en vista de la probabilidad de una guerra con los galos.

[37.52] Poco después de esto, llegaron a Roma Marco Aurelio Cota, lugarteniente de Lucio Escipión, acompañado por la delegación de Antíoco, así como también Eumenes y los rodios. Cota presentó su informe, primero en el Senado y después, por orden de los senadores, ante la asamblea. Se decretó una acción de gracias de tres días y se ordenó que se sacrificaran cuarenta víctimas adultas. Luego, el senado recibió en audiencia, en primer lugar, a Eumenes. Comenzó con unas palabras de agradecimiento al Senado por haberlos liberado, a él y a su hermano, del asedio y por rescatar su reino de los ataques de Antíoco. Pasó a felicitarlos por sus éxitos por mar y tierra, y por haber expulsado de su campamento a Antíoco, tras derrotarlo y ponerlo en fuga, primero en Europa y después de toda Asia a este lado del monte Tauro. De los servicios que él mismo había prestado, prefería que tuvieran noticia por sus propios generales antes que por él mismo. Sus palabras fueron escuchadas con la aprobación general, instándole los senadores a que, por esta vez, dejara de lado la modestia y les expusiera francamente qué reconocimiento consideraba merecer del senado y el pueblo de Roma; el senado, se le aseguró, obraría con la mayor disposición y generosidad, en cuanto pudiera, según sus méritos. Respondió el rey a esto que, si la elección de los reconocimientos se la ofrecieran otros, con el solo privilegio de consultar al senado romano habría hecho uso de los consejos que le diera tan alto estamento, porque no parecieran extravagantes sus peticiones o carentes de modestia. Como, sin embargo, eran ellos los que iban a concederlas, pensaba que era mucho más conveniente que ellos mismos determinaran el alcance de su generosidad para con él y sus hermanos. A pesar de esta protesta, los padres conscriptos siguieron insistiéndole para que declarase sus deseos. Esta amistosa disputa duró algún tiempo: con el Senado dispuesto a conceder lo que el rey pidiera y el rey manteniendo una modesta reserva, dejando cada

uno la decisión al otro y remitiéndose cada parte a la otra de manera cortés e interminable. Como no se llegara a una conclusión definitiva, salió finalmente el rey de la Cámara; los senadores se mantenían en su criterio de que era absurdo suponer que el rey no sabía qué expectativas tenía o que peticiones había venido a hacer. Él sabía qué era lo más conveniente para su reino; estaba más familiarizado con Asia que el senado y, por lo tanto, se le debía llamar y obligarlo a expresar sus verdaderos sentimientos y deseos.

[37,53] El rey fue conducido nuevamente al Senado por el pretor y se le pidió que expresara su opinión. *Habría mantenido mi silencio, senadores*, comenzó, *de no haber sido porque no tardaréis en llamar a los delegados de Rodas y, después de ser oídos, me habría sido necesario hablar. Me será entonces más difícil exponer mis peticiones, pues sus demandas no parecerán opuestas a mis intereses, sino que tampoco parecerán afectar de algún modo a los suyos. Defenderán la causa de las ciudades griegas y dirán que deben ser declaradas libres. Si obtienen esto, ¿quién puede dudar que alejarán de nosotros no sólo las ciudades que sean declaradas libres, sino también a las que desde antiguo han sido nuestras tributarias? Después, tras quedar obligadas a ellos por tan gran servicio, las tendrán nominalmente como aliadas, pero quedarán en realidad sujetas completamente a su dominio. Y, si le place a los dioses, mientras ambicionan este inmenso poder, pretenderán que en modo alguno concierne a sus intereses y que únicamente estaréis haciendo lo que es correcto, adecuado y coherente con vuestra política pasada. Debéis estar en guardia para que nos os engañe este discurso; no sea que disminuyáis en exceso a unos aliados y engrandezcáis en demasía a otros, y sobre todo para que no pongáis en mejor posición a aquellos que han empuñado las armas contra vosotros respecto a los que han sido vuestros aliados y amigos. En cuanto a mí, prefiero que se piense de mi que cedo ante alguien, dentro de los límites de mis derechos, y que no me empeño excesivamente en mantenerlos; pero estando en cuestión el ser digno de vuestra amistad, el ofreceros pruebas de afecto y la consideración que nos tengáis, en tal caso no puedo resignarme a la derrota. Este es el patrimonio más valioso que he recibido de mi padre. Él fue el primero, de todos los que habitan en Grecia o Asia, en ser admitido en vuestra amistad, y la preservó con ininterrumpida y constante fidelidad hasta el fin de su vida. No solo fue un buen y fiel amigo de corazón, sino que tomó parte en todas las guerras que habéis librado en Grecia, os ayudó por mar y tierra y os proporcionó suministros de toda clase en una medida mayor de lo que hubiera hecho cualquier otro de vuestros aliados. Y por último, mientras estaba tratando de persuadir a los beocios para que aceptasen vuestra alianza, quedó inconsciente en pleno consejo y expiró poco después. Siguiendo sus pasos, no podría haber mostrado en modo alguna mayor buena voluntad o deseo más fuerte de honraros que él, pues eran insuperables. En lo que haya sido capaz de ir más lejos que él, en servicios prestados, en los sacrificios impuestos por el deber, se debe a las oportunidades presentadas por las circunstancias del momento, por Antíoco y por vuestra guerra en Asia. Antíoco, monarca entonces de Asia y de parte de Europa, ofreció darme su hija en matrimonio y devolver de inmediato las ciudades que se habían rebelado contra nosotros, haciéndome albergar grandes esperanzas de ampliar en el futuro mis dominios si me unía a él en su lucha contra vosotros.*

No me preciaré de no haberos fallado nunca; prefiero detenerme en aquellas cosas que son dignas de la muy antigua amistad entre mi casa y vosotros. Ayudé a vuestros comandantes con mis fuerzas terrestres y navales de una forma en la que ninguno de vuestros aliados se me puede comparar; os proporcioné suministros por tierra y por mar; participé en cada uno de los combates navales librados en distintos lugares; nunca reparé en esfuerzos o peligros; sufrí lo peor de la guerra, quedando asediado en Pérgamo con mi vida y mi reino en inminente peligro. Una vez liberado, a pesar del hecho de que Antíoco, por un lado, y Seleuco por otro situaban sus campamentos rodeando la ciudadela de mi reino, dejé de lado mis propios intereses y marché con toda mi flota al Helesponto para reunirme con vuestro cónsul, Lucio Escipión, y ayudarle a transportar su ejército. Una vez que vuestro ejército hubo desembarcado en Asia, nunca me aparté

del lado del cónsul. Ningún soldado romano fue más asiduo en el campamento que mis hermanos y yo; no hubo expedición o acción de caballería en la que no estuviera presente; ocupé mi puesto en la línea de batalla y ocupé el puesto que el cónsul me asignó.

No preguntaré, padres conscriptos, quién se me puede comparar en servicios prestados durante esta guerra; nadie hay, entre todos los pueblos o monarcas a los que tenéis en alta consideración, con quien yo no me atreva a compararme. Masinisa fue vuestro enemigo antes de ser vuestro aliado; no fue a vuestro campamento a prestaros apoyo cuando su corona estaba segura, sino cuando era un fugitivo proscrito, había perdido todas sus fuerzas y llegó con una turma de caballería para refugiarse. Y, sin embargo, porque permaneció leal y activo a vuestro lado contra Sífax y los cartagineses, no solo le devolvisteis su reino, sino que, al agregarle la parte más rica de los dominios de Sífax, lo hicisteis el rey más poderoso de África. ¿Qué honor o recompensa merecemos entonces a vuestros ojos, nosotros que nunca hemos sido vuestros enemigos sino siempre amigos vuestros? No sólo en Asia hemos empuñado las armas mi padre, mis hermanos y yo en vuestro nombre, sino tan lejos del hogar como en el Peloponeso, en Beocia, en Etolia, en las guerras contra Filipo, Antíoco y los etolios, tanto por mar como por tierra. Alguien me dirá: "¿Qué pides, pues?" Como que insistís, senadores, para que hable libremente, es preciso obedeceros. Si es vuestra intención, al alejar a Antíoco más allá de las montañas del Tauro, el ocupar aquellos territorios vosotros mismos, os prefiero a vosotros como vecinos antes que a cualquier otro, ni puedo ver cómo pueda estar mi reino más seguro o menos propenso a la inestabilidad con otra clase de disposición. Pero si tenéis el propósito de retiraros de allí y llevaros vuestros ejércitos, me atrevería a sugeriros que no hay ninguno de vuestros aliados más digno de ocupar los territorios que habéis conquistado que yo mismo. ¡Pero se me puede decir que resulta algo espléndido liberar ciudades de la esclavitud! Así lo creo yo también, si no han cometido ningún acto hostil contra vosotros; pero si han tomado partido por Antíoco, ¿no es más digno de vuestra sabiduría y justicia el mirar por el interés de los aliados que os han hecho bien, antes que por el de vuestros enemigos?.

[37.54] El discurso del rey complació a los senadores, y era fácil ver que estaban dispuestos a obrar en todo con espíritu generoso y de buena voluntad. Como uno de los enviados de Rodas estuviera ausente, se introdujo la delegación de Esmirna, que fue muy elogiada por haber escogido soportar todos los sufrimientos antes que entregarse a Antíoco. Después, se concedió audiencia a los rodios. Su portavoz empezó hablando de cómo se había iniciado su amistad con el pueblo romano y qué servicios les habían prestado los rodios, primero en la guerra contra Filipo y luego contra Antíoco, siguiendo así: *de todo nuestro caso, padres conscriptos, nada nos resulta más difícil y penoso que tener que entrar en controversia con el rey Eumenes. Estamos obligados a él, por lazos de hospitalidad, más que a cualquier otro monarca, tanto personalmente como, lo que más nos importa, nuestra propia ciudad oficialmente. No son, sin embargo, nuestros sentimientos, padres conscriptos, sino la naturaleza misma de las cosas, fuerza de lo más poderosa, la que nos pone en desacuerdo; nosotros, que somos libres, estamos abogando por la libertad de otros, a los que los reyes desean sometidos y sumisos a su gobierno. Pero, como quiera que sea, encontramos mayor dificultad en el respeto y consideración que sentimos hacia el rey que en el hecho de que la discusión nos resulte compleja o que parezca que nos va a llevar a un debate confuso. Porque si no pudieseis honrar y recompensar a un monarca, que es vuestro amigo y aliado, y que os ha prestado buenos servicios en esta guerra, excepto entregando bajo su dominio ciudades libres, tendríais que elegir entre dos alternativas: O habríais de despedir, sin honrar ni recompensar, a un monarca aliado, u os deberíais apartar de vuestros principios y mancillaríais la gloria que habéis adquirido en la guerra con Filipo, esclavizando tantas ciudades. Pero vuestra buena fortuna os libera completamente de la disyuntiva de elegir entre la gratitud a un amigo o empañar vuestra gloria. Gracias al favor de los dioses, vuestro éxito glorioso no lo es más por la gloria que por la riqueza de sus resultados, bastantes para cumplir lo que pudiera llamarse vuestra deuda para con él.*

Licaonia, Pisidia, el Quersoneso, y las zonas adyacentes de Europa están en vuestro poder, y la añadidura de cualquiera de estos países engrandecería los dominios del rey en muchas veces su tamaño actual; si se le concedieran todas, le pondrían al nivel del mayor de los monarcas. Por tanto, podéis enriquecer a vuestros aliados con el botín de la guerra y, al mismo tiempo, evitar desviaros de vuestros principios y tener en cuenta el motivo que alegasteis para vuestra guerra contra Filipo y la actual contra Antíoco, así como la conducta que seguisteis tras la derrota de Filipo, que es la que deseamos y esperamos ahora que sigáis, no tanto por el hecho de que la sigáis sino porque es la correcta y apropiada. Son distintos para cada cual los motivos honrosos y razonables para tomar las armas. Los hay que luchan por ganar territorios, otros por pueblos, otros por ciudades fortificadas, otros por puertos y franja de costa. Vosotros no deseasteis tales cosas antes de poseerlas ni, probablemente, las ambicionáis ahora cuando todo el mundo está bajo vuestro dominio. Habéis combatido por el honor de vuestra república y la gloria de la que disfrutáis entre toda la raza del hombre, que durante tanto tiempo ha contemplado vuestra soberanía y vuestra fama, solo segundas a las de los dioses inmortales. Lograr y adquirir estas cosas ha sido una tarea ardua, y me inclino a pensar que es tarea aún más ardua el defenderlas. Os habéis comprometido a proteger de la tiranía de los monarcas las libertades de un antiguo pueblo, famoso tanto por su reputación militar como por cuanto tiene de elogiable, en todos los aspectos, su civilización y su cultura. Ahora que esa nación, en su totalidad, se ha puesto bajo vuestra protección como cliente, es vuestra responsabilidad mostrar en todo momento vuestro patronazgo. Las ciudades griegas que están en su antiguo territorio no son en modo alguno más griegas que las colonias que de ellas partieron a Asia; cambiaron su tierra, no su carácter ni su sangre. Nos hemos aventurado a competir en respetuosa rivalidad con nuestros padres y fundadores -cada ciudad con los suyos- en todas las artes honorables y en valor. La mayoría habéis visitado las ciudades de Grecia y Asia: no estamos en desventaja respecto a ellas, excepto en que estamos a mayor distancia de vosotros. Si el temperamento natural de los marselleses hubiera cedido a la influencia del territorio, hace ya tiempo habrían sido convertidos en bárbaros por las tantas tribus indómitas que les rodean; sin embargo, tenemos entendido que los tenéis en tanta consideración y honor como si vivieran en el ombligo de Grecia. Y todo ello porque han conservado, íntegros y alejados de toda contaminación de sus vecinos, su idioma, su vestimenta, su apariencia externa y, sobre todo, sus leyes, sus costumbres y su carácter. Las montañas del Tauro forman ahora la frontera de vuestro imperio, y nada dentro de esa línea os debe parecer distante. Donde quiera que han entrado vuestras armas, han entrado también las leyes de Roma. Que los bárbaros mantengan sus reyes, pues siempre han tenido como ley las órdenes de sus amos y están contentos con ello; los griegos tienen su propio destino, pero su ánimo es el mismo que el vuestro. Hubo un tiempo en que también dominaron un imperio con sus propias fuerzas; ahora rezan porque el imperio siga donde está; consideran suficiente que vuestras armas protejan su libertad, ya que no les bastan las suyas.

Se podrá aducir que algunas ciudades se aliaron con Antíoco. Sí, y antes lo hicieron otras con Filipo, y los Tarentinos con Pirro. Por no hablar de otros pueblos, Cartago permanece libre y bajo sus propias leyes. Ved, padres conscriptos, cómo estáis ligados por estos precedentes que vosotros mismos habéis establecido y seguramente os negaréis a conceder a la ambición de Eumenes lo que negasteis a la ira de vuestra justísima ira. Nosotros, los rodios, os dejamos juzgar cuán leales y efectivos servicios os hemos prestado en esta última guerra y en todas las que habéis emprendido en aquellas costas. Ahora que se ha asentado la paz, os sugerimos una política que, si la aprobáis, hará que el orbe entero recuerde el uso que hacéis de vuestra victoria como la prueba más contundente de vuestra grandeza, aún más que la misma victoria. Este discurso se consideró muy acorde con la grandeza de Roma.

[37,55] Después de los rodios, se llamó a los enviados de Antíoco que adoptaron el tono habitual de los que piden perdón y, después de reconocer los errores del rey, imploraron a los senadores que su decisión se guiara más por su propia clemencia que por las faltas del rey, quien ya

había sufrido un castigo más que suficiente. Terminaron rogando al senado que confirmara con su autoridad la paz concedida por Lucio Escipión en las condiciones que había impuesto. El Senado decidió que se mantuviera la paz en aquellos términos y, pocos días más tarde, el pueblo lo ratificó. En el Capitolio quedó sellado el tratado formal con Antípatro, el hijo del hermano del rey, que era el jefe de la delegación. Tras esto, se dio audiencia a otras delegaciones de Asia. Todos ellos recibieron la misma respuesta, a saber, que el Senado, de conformidad con la costumbre de los antepasados, enviaría diez delegados para investigar y resolver los asuntos en Asia. Las principales disposiciones de lo acordado, no obstante, eran las siguientes: Todo el territorio a este lado de las montañas del Tauro, que había estado dentro de los dominios de Antíoco, sería entregado a Eumenes con la excepción de Licia y Caria hasta el Meandro; estas quedarían agregadas a la república de Rodas. De las restantes ciudades de Asia, las que habían sido tributarias de Atalo deberían pagar sus tributos a Eumenes, las que habían sido tributarias de Antíoco quedarían libres de tributo a cualquier potencia extranjera. Los diez comisionados fueron: Quinto Minucio Rufo, Lucio Furio Purpurio, Quinto Minucio Termo, Apio Claudio Nerón, Cneo Cornelio Mérula, Marco Junio Bruto, Lucio AuruncuLeyo, Lucio Emilio Paulo, Publio Cornelio Léntulo y Publio Elio Tubero.

[37.56] Se les dio plenos poderes para disponer lo que considerasen conveniente sobre el terreno; las directrices generales fueron determinadas por el senado. Toda la Licaonia, ambas Frigias, Misia, los bosques reales, los territorios de Lidia y Jonia con excepción de las plazas que eran libres el día de la batalla con Antíoco, y especialmente Magnesia del Sípilo, la parte de Caria llamada Hidrela que limita con Frigia junto con sus castillos y aldeas hasta el Meandro, todas las ciudades que no eran libres antes de la guerra, y Telmeso y su campiña excepto lo que había pertenecido a Tolomeo de Telmeso, todos estos lugares arriba mencionados se ordenó que fueran entregados a Eumenes. A los rodios se les entregó Licia, con excepción de Telmeso y los campos y el territorio que había pertenecido a Tolomeo, que no fueron entregados ni a Eumenes ni a Rodas. También obtuvieron los rodios aquella parte de Caria que está al sur del Meandro y da a Roda, junto con las ciudades, aldeas, castillos y tierras fronterizas con Frigia, excluyendo las ciudades que habían sido libres antes de la batalla con Antíoco. Los rodios expresaron su gratitud por aquellas concesiones y a continuación presentaron la cuestión de la ciudad de Solos, en Cilicia. Explicaron que este pueblo, al igual que ellos mismos, fueron originalmente una colonia de Argos y que debido a este parentesco siempre había existido un sentimiento de hermandad entre ellos; pedían ahora, como un favor especial, que esta ciudad quedara exenta de servidumbre bajo el rey. Se volvió a llamar a los enviados de Antíoco y se discutió el asunto con ellos, pero se negaron a aceptar la propuesta. Antípatro apeló a las disposiciones del tratado y sostuvo que aquello las contravenía; los rodios trataban de garantizarse, además de Solos, toda la Cilicia, yendo más allá de los montes del Tauro. Al llamar nuevamente a los rodios, el senado les explicó que el enviado del rey se oponía firmemente a tal concesión, asegurándoles además que, si los rodios consideraban que la cuestión afectaba a su honor y dignidad, el senado encontraría fácilmente un modo de superar la obstinación de los embajadores. Dieron entonces las gracias aún más profusamente que antes; al mismo tiempo, declararon los rodios que estaban dispuestos a ceder a la intransigencia de Antípatro antes que dar un pretexto para que se perturbara la paz. Así, el estatus de Solos se mantuvo sin cambios.

[37,57] Por aquellos días, llegaron unos delegados de Marsella llevando noticia de que el pretor Lucio Bebio, cuando iba de camino a Hispania, había sido rodeado por los ligures, muriendo gran parte de su escolta y resultando herido él mismo. Logró escapar con unos pocos hombres y sin sus lictores, refugiándose en Marsella donde murió a los tres días de llegar. Al recibir estas nuevas, el senado decretó que Publio Junio Bruto, que estaba gobernando Etruria como propretor, debería entregar su mando y ejército a uno de sus legados, y partir inmediatamente hacia Hispania Ulterior, que sería su provincia. Se remitió a Etruria este senadoconsulto junto con una carta del pretor Espurio Postumio, partiendo Publio Junio a Hispania como propretor. En esta provincia, Lucio

Emilio Paulo, que años después ganaría gran reputación al derrotar a Perseo, había estado a cargo de la provincia y el año anterior no había obtenido buenos resultados; a pesar de esto, alistó apresuradamente un ejército y libró una batalla campal contra los lusitanos. El enemigo fue derrotado; murieron dieciocho mil, se hicieron dos mil trescientos prisioneros y se asaltó su campamento. La noticia de esta victoria tranquilizó las cosas de Hispania. El treinta de diciembre de este año, los triunviros Lucio Valerio Flaco, Marco Atilio Serrano y Lucio Valerio Tapón fundaron la colonia latina de Bolonia en cumplimiento de un senadoconsulto. Los colonos eran tres mil, recibiendo los caballeros setenta yugadas y los demás cincuenta. La tierra se tomó de aquella de la que los galos boyos habían expulsado antiguamente a los etruscos.

La censura de este año fue ambicionada por muchos hombres distinguidos y, como si esto no fuera lo suficientemente importante por sí mismo, provocó una competencia aún más violenta. Los candidatos rivales fueron Tito Quincio Flaminino, Publio Cornelio Escipión, Lucio Valerio Flaco, Marco Porcio Catón, Marco Claudio Marcelo y Manio Acilio Glabrión, el vencedor de Antíoco y los etolios en las Termópilas. Este último era el candidato más popular, debido al hecho de que había tenido numerosas ocasiones de repartir muchos congiarios, haciendo así que le quedaran obligados muchos hombres. Muchos de los nobles se mostraron indignados por esta preferencia demostrada hacia un *hombre nuevo*, y dos de los tribunos de la plebe, Publio Sempronio Graco y Cayo Sempronio Rutilo, señalaron un día para acusarlo de negligencia al no llevar en su procesión triunfal ni depositar en el erario público una parte del tesoro real y del botín obtenido en el campamento de Antíoco. Las declaraciones prestadas por los lugartenientes y los tribunos militares resultaron contradictorias. Un notable testigo de los que se presentaron fue Marco Catón; la autoridad que había logrado con el modo de vida que siempre había llevado, quedaba algo disminuida por la toga cándida que vestía. En su declaración, testificó en el sentido de que no había visto en la procesión triunfal los vasos de oro y plata que había observado entre el tesoro real cuando se tomó el campamento. Glabrión, finalmente y con el fin de hacer que este candidato resultara especialmente odioso, declaró que retiraba su candidatura en vista de que un competidor, igualmente nuevo como él, lo acusaba, mediante un aborrecible perjurio, de aquello ante lo que se indignaban en silencio los nobles.

[37.58] Los acusadores solicitaron una multa de cien mil ases. La discusión se produjo en dos ocasiones; a la tercera, como el acusado hubiera ya retirado su candidatura y el pueblo se negase a votar sobre la multa, los tribunos desistieron de seguir el proceso. Fueron elegidos censores Tito Quincio Flaminino y Marco Claudio Marcelo. Lucio Emilio Regilo, que había infligido la derrota decisiva al prefecto de la armada de Antíoco Polixénidas, fue recibido en audiencia por el senado en el templo de Apolo, fuera de la Ciudad. Tras escuchar su informe sobre sus gestas, sobre las grandes flotas enemigas a las que se había enfrentado y cuántos de sus buques había hundido o capturado, el senado acordó para él, por unanimidad, un triunfo naval. Celebró su triunfo el primero de febrero, llevando en su procesión cuarenta y nueve coronas de oro y una suma de monedas mucho menor de la que se podría haber esperado de un triunfo sobre un rey: treinta y cuatro mil doscientos tetracmas áticos y ciento treinta y dos mil trescientos cistóforos. Mediante un senadoconsulto se ordenaron rogativas en agradecimiento por los éxitos logrados en Hispania por Lucio Emilio. No mucho tiempo después llegó Lucio Escipión a la Ciudad. Para no ser menos que su hermano, el Africano, en cuestión de sobrenombres, quiso ser llamado *Asiático*. Ante el senado y ante la asamblea expuso sus gestas. Algunas personas consideraron que la fama de la guerra superó a su auténtica dificultad; se le había dado fin en una batalla memorable y la gloria de aquella victoria se había marchitado en las Termópilas. Pero, juzgando con ecuanimidad, la batalla de las Termópilas se ganó más sobre los etolios que sobre el rey, pues ¿con qué proporción de sus fuerzas totales combatió allí Antíoco? En Asia se pusieron sobre el campo de batalla todas las fuerzas de Asia, congregándose las fuerzas extraídas de cada nación hasta los más lejanos límites de Oriente.

[37.59] Merecidamente, por lo tanto, se tributaron a los dioses inmortales los mayores honores posibles, al haber hecho incluso fácil una gloriosa victoria, decretándose además un triunfo para el comandante. Este lo celebró el último día del mes intercalar, el día antes del primero de marzo. En cuanto espectáculo ofrecido, su triunfo fue más grandioso que el de su hermano, el Africano; pero para cualquiera que recordase las circunstancias, considerando los riesgos y combates afrontados en ambas batallas, no se podía comparar entre ambas más de lo que se podía hacer entre los dos comandantes o entre el mando de Antíoco y el de Aníbal. Fueron llevados en la procesión doscientos veinticuatro estandartes militares, ciento treinta y cuatro representaciones de ciudades, mil doscientos treinta y un colmillos de marfil, doscientas treinta y cuatro coronas de oro, ciento treinta y siete mil cuatrocientas veinte libras de plata, doscientas veinticuatro mil tetracmas áticas, trescientos veintiún mil setenta cistóforos, ciento cuarenta mil filipos de oro, mil cuatrocientas veintitrés libras de vasos de plata, todos labrados, y mil veintitrés libras de vasos de oro. Entre los prisioneros, desfilaron delante del carro del vencedor treinta y dos generales, prefectos y nobles de la corte de Antíoco. Cada soldado recibió 25 denarios, el doble para cada centurión y el triple para cada jinete, dándose a cada uno de ellos, tras el triunfo, doble paga y doble ración de trigo; el cónsul ya les había entregado la misma cantidad en Asia, después de la batalla. Su triunfo se celebró aproximadamente un año después de haber abandonado el cargo.

[37.60] El cónsul Cneo Manlio desembarcó en Asia y el pretor Quinto Fabio Labeo se unió a la flota casi al mismo tiempo; al cónsul, sin embargo, no le faltaban motivos para librar una guerra, en este caso contra los galos. Quinto Fabio, sin embargo, estaba considerando a qué se podía dedicar para que no pareciese que había recibido una provincia en la que nada había que hacer, pese a que la derrota de Antíoco había limpiado el mar de enemigos. Pensó que lo mejor que podía hacer era navegar hacia Creta. Los cidonios estaban en guerra con los gortinios y los gnosios, y se decía que había por toda la isla un gran número de prisioneros romanos e itálicos reducidos a esclavitud. Fabio zarpó de Éfeso, y en cuanto tocó la costa cretense envió mensajeros a las diversas ciudades para que depusieran las armas, buscaran a todos los prisioneros que hubiera en sus ciudades y pueblos y se los llevasen. Debían también enviarle representantes con los que pudiera resolver los asuntos de interés común para Creta y Roma. Los cretenses no hicieron gran caso a estas órdenes y, con excepción de Gortinia, ninguna ciudad devolvió a los prisioneros. Valerio Antias nos cuenta que se nos devolvieron unos cuatro mil prisioneros de toda la isla, por miedo a las amenazas de guerra, añadiendo que aquella fue la única razón por la que Fabio, que nada más había hecho, consiguió del senado un triunfo naval. Fabius se embarcó de vuelta a Éfeso y desde allí envió tres barcos a la costa de Tracia, con órdenes de retirar de Enos y Maronea las guarniciones de Antíoco a fin de que estas ciudades pudieran ser libres.

LIBRO XXXVIII. ACUSACIÓN DE ESCIPIÓN EL AFRICANO

[38,1] *(189 a.C.)* Mientras tenía lugar la guerra en Asia, ni siquiera Etolia quedó libre de perturbaciones. Los atamanes fueron la causa del problema. Tras la expulsión de Aminandro, Atamania quedó bajo una guarnición de Filipo y sus gobernadores, logrando mediante su gobierno arbitrario y despótico que el pueblo añorara la desaparición de Aminandro. Este pasaba sus días de exilio en Etolia; las cartas de sus amigos y sus relatos sobre la situación en Atamania le hicieron albergar esperanzas de recuperar su corona. Envió mensajeros a Argitea, su capital, para informar a sus dirigentes de que si se le aseguraba completamente la simpatía de sus compatriotas, podría llegar a un acuerdo con los etolios para conseguir su ayuda y entrar en el país con los miembros del consejo etolio y su pretor, Nicandro. Cuando vio que estaban preparados para cualquier eventualidad, informó a los suyos del día n que tenía la intención de entrar en Atamania con un ejército. El movimiento contra los macedonios fue iniciado por cuatro hombres, seleccionando cada uno de ellos a seis compañeros; a continuación, no confiando en tan pequeño número, más apropiado para conspirar que para ejecutar su proyecto, doblaron el número de los conspiradores. Habiendo así llegado a cincuenta y dos, formaron cuatro grupos; uno fue a Heraclea, el segundo hacia Tetrafilia, donde se solía guardar el tesoro real, el tercero fue a Teudoria y el cuarto a Argitea. Habían acordado todos mostrarse en los foros sin provocar ningún disturbio, como si hubiesen llegado para encargarse de asuntos particulares, debiendo congregar en un día determinado a las poblaciones de las diferentes ciudades y expulsar las guarniciones macedonias de sus ciudadelas. Cuando llegó el día y Aminandro se encontraba en la frontera con mil etolios, fueron expulsadas simultáneamente las guarniciones de Macedonia de las cuatro ciudades, enviándose cartas al resto de ellas instándolas a sacudirse la prepotente dominación de Filipo y recuperar la legítima monarquía de sus padres. Los macedonios fueron expulsados de todas partes del país. Xenón, el comandante de la guarnición de Teyo, interceptó el mensaje enviado a esa ciudad y ocupó la ciudadela. Finalmente, también aquella plaza se rindió a Aminandro y toda la Atamania, con excepción del castillo de Ateneo que estaba cerca de la frontera con Macedonia, quedó en su poder.

[38.2] Al tener noticia de la rebelión en Atamania, Filipo partió con una fuerza de seis mil hombres y, tras una marcha extraordinariamente rápida, llegó a Gonfos. Dejó aquí la mayor parte de su ejército, que no podía mantener estas largas marchas, y se dirigió con dos mil hombres hacia Ateneo, la única plaza que había sido retenida por sus tropas. Desde aquí trató de conquistar algunos lugares próximos, pero pronto descubrió que todos eran hostiles y regresó a continuación a Gonfos. Entro nuevamente en Atamania con todas sus fuerzas y envió a Xenón por delante, con mil infantes, para que ocupara Etiopía, un buena posición desde la que se dominaba Argitea. Cuando Filipo vio que sus hombres ocupaban el lugar, acampó cerca del templo de Júpiter Acreo. Quedó allí detenido todo un día a causa de una terrible tormenta; al día siguiente, decidió avanzar contra Argitea. Estando ya en marcha sus hombres, vio de repente a los atamanes corriendo hacia cierto terreno elevado que dominaba su línea de marcha. Al verlos, los estandartes de cabeza hicieron alto y se produjo confusión en toda la columna, pues los hombres se preguntaban qué sucedería si la columna bajaba hacia el valle que estaba dominado por aquellas alturas. El rey habría deseado cruzar rápidamente aquel desfiladero, si sus hombres le hubieran seguido, pero el desorden que se había producido le obligó a llamar de vuelta la cabeza de la columna y ordenarles contramarchar por el camino que habían venido. Al principio, los atamanes les siguieron discretamente a cierta distancia, pero una vez se les hubieron unido los etolios, los dejaron siguiendo la retaguardia y ellos se desplegaron sobre sus flancos, adelantándose algunos por atajos que conocían y alcanzando los lugares de paso. La confusión entre los macedonios era tal que su cruce del río se pareció más a una huida precipitada que a una marcha ordenada, dejando atrás a muchos de sus hombres y armas. Aquí se detuvo la persecución y los macedonios pudieron regresar a salvo hacia Gonfos, retirándose

desde allí hacia Macedonia. Los atamanes y los etolios marcharon desde todas partes a Etiopía para expulsar a Xenón y sus mil macedonios. Considerando insegura su posición, había partido de Etiopía y ocuparon una posición en un terreno más alto y escarpado. Los atamanes, sin embargo, encontraron vías de aproximación hacia allí y los desalojaron de las alturas. Dispersos y puestos en fuga, no pudieron encontrar una vía de escape a través de los fragosos matorrales y el terreno rocoso, siendo muertos o hechos prisioneros, despeñándose muchos por los precipicios y logrando escapar solo unos pocos, con Xenón, hasta el rey. Posteriormente se concedió una tregua para enterrar a los que habían caído.

[38,3] Recuperada su corona, Aminandro envió una delegación al Senado y otra a los Escipiones, que se encontraban en Éfeso después de la batalla con Antíoco. Solicitaba la paz con Roma, excusándose por haber pedido la ayuda de los etolios para recobrar el trono de su padre y achacando toda la responsabilidad por la guerra a Filipo. Desde Atamania, los etolios entraron en Anfiloquia, quedando dueños de todo el país tras la rendición voluntaria de la mayoría de la población. Después de recuperar Anfiloquia, que en otro tiempo había pertenecido a los etolios, invadieron Aperancia con la esperanza de tener el mismo éxito, lo que lograron en gran medida al rendirse esta sin ofrecer resistencia. Los dólopes nunca había pertenecido a Etolia, sino que formaban parte de los dominios de Filipo. Al principio corrieron a las armas, pero al enterarse de que los anfiloquios se habían sumado a los etolios, que Filipo había huido de Atamania y que se había dado muerte a sus fuerzas, también ellos se rebelaron contra él y se unieron a los etolios. Con estos pueblos a su alrededor, los etolios se creían seguros contra los macedonios. Pero en medio de su confianza, les llegó la noticia de la derrota de Antíoco en Asia, a manos de los romanos, y no mucho después regresaron sus embajadores de Roma sin traerles ninguna esperanza de paz y anunciándoles que el cónsul Fulvio había desembarcado en Asia con un ejército. Horrorizado por estas nuevas, rogaron a Rodas y a Atenas que enviaran embajadores a Roma para que, con el apoyo de estas naciones amigas, pudieran tener mejor acogida por el Senado las peticiones recientemente rechazadas. Enviaron luego a sus dirigentes como su última esperanza, cuando no habían tomado precauciones para evitar la guerra hasta que el enemigo estuvo casi a la vista. Marco Fulvio había traído ya su ejército hasta Apolonia y estaba consultando con los dirigentes epirotas sobre dónde debía iniciase la campaña. Estos pensaban que la mejor opción era empezar con un ataque contra Ambracia, que se había unido por aquel entonces a la Liga Etolia. Señalaron que, si los etolios llegaban para liberarla, existían en los alrededores terrenos abiertos y llanos para luchar; si evitaban el combate, el asedio no resultaría difícil debido a la abundancia de madera en los alrededores con la que construir terraplenes y demás obras de asedio; el Aretonte, un río navegable y bien adaptado para transportar todos los materiales precisos, fluía al pie mismo de las murallas; por último, se aproximaba el verano, que era la estación apropiada para el desarrollo de las operaciones. Así persuadido, el cónsul avanzó a través del Epiro.

[38,4] Sin embargo, cuando llegó a Ambracia consideró que el asedio sería una empresa dificultosa. Ambracia se encuentra al pie de un collado escarpado al que los nativos llaman Perrante. La ciudad, por el lado donde la muralla bordea el río y la llanura, mira a occidente; la ciudadela construida sobre la colina está situada a oriente. El río Aretonte, que nace en Atamania, desemboca en el golfo llamado de Ambracia, por el nombre de la ciudad próxima. Además de la protección conferida por el río a un lado y por la colina al otro, la ciudad estaba rodeada por una fuerte muralla de más de cuatro millas de perímetro. Fulvio construyó dos campamentos en la llanura, a poca distancia el uno del otro, así como un castillo sobre una altura frente a la ciudadela. Hizo también lo necesario para conectar el conjunto mediante una empalizada y un foso, de manera que los cercados en la ciudad no pudieran salir de ella ni tampoco se pudieran introducir socorros desde el exterior. Cuando les llegó la noticia del sitio de Ambracia, los etolios se reunieron en Estrato convocados por un edicto de su pretor Nicandro. Su primera intención fue la de marchar

hasta allí con todas sus fuerzas e impedir el asedio, pero cuando vieron que una gran parte de la ciudad ya había sido rodeada con trabajos de sitio y que los epirotas habían situado su campamento en el terreno llano al otro lado del río, dividieron sus fuerzas. Eupólemo, con mil soldados de infantería ligera, logró entrar en la ciudad por un punto donde las fortificaciones aún no se habían cerrado. Nicandro trató de lanzar un ataque nocturno, con el resto de las tropas, sobre el campamento epirota, pues a los romanos les resultaría difícil acudir en su ayuda al tener el río entre ellos. Pensándolo mejor, sin embargo, el riesgo pareció demasiado grande en caso de que los romanos dieran la alarma y amenazaran su retirada, por lo que se marchó para asolar Acarnania.

[38,5] Finalmente, quedaron cerradas las fortificaciones de circunvalación y las máquinas de asedio que el cónsul se disponía a llevar contra las murallas. Comenzó ahora un asalto simultáneo desde cinco puntos. Por el lado de la ciudad que dominaba la llanura, donde la aproximación era más fácil, llevó tres máquinas de asedio a igual distancia unas de otras, hasta un lugar llamado el Pirreo, otra cerca del Esculapio y la quinta contra la ciudadela. Hacía temblar las murallas con los arietes y mantenía libres los parapetos mediante guadañas fijas en pértigas; los defensores se aterrorizaban y desconcertaban ante lo que veían, así como ante el terrible ruido de los golpes asestados por los arietes; mas cuando vieron que las murallas aún resistían, revivió su valor y mediante palancas derramaban sobre los arietes pesadas masas de plomo, grandes piedras y fuertes vigas de madera, sujetaban con garfios de hierro las hojas de las guadañas y quebraban sus mangos al tirar de ellas hacia dentro de la muralla. Sus ataques nocturnos contra las guarniciones de las máquinas y los diurnos contra los puestos avanzados, sembraban el pánico en el otro bando. Estando así las cosas en Ambracia, los etolios regresaron a Estrado de su incursión de saqueo en Acarnania. Aquí, Nicandro con la esperanza de levantar el asedio, lanzó un golpe audaz. Su intención era introducir a un cierto Nicódamo en la ciudad, con quinientos etolios, fijando la noche y la hora en la que se lanzaría un ataque desde la ciudad sobre las fortificaciones enemigas que estaban frente al Pirreo, mientras que él mismo amenazaba el campamento romano. Mediante este doble ataque, tanto más alarmante por cuanto se haría por la noche, esperaba lograr un brillante éxito. Nicódamo avanzó en el silencio de la noche y, después de abrirse paso a través de algunos de los puestos avanzados sin ser visto, y de otros mediante un ataque decidido, escaló sobre las líneas que conectaban las diferentes obras de asedio y penetró en la ciudad. Su llegada despertó las esperanzas de los sitiados y los animó a intentar cualquier aventura por peligrosa que fuere. Cuando llegó la noche señalada, lanzó un ataque repentino sobre las obras de asedio. Su intento no tuvo el éxito que correspondía a su concepción al no lanzarse ningún ataque desde el exterior, fuese porque el pretor temió moverse o porque considerase más importante llevar ayuda a Anfiloquia, reconquistada poco antes y que estaba siendo atacada con gran intensidad por Perseo, el hijo de Filipo, al que se había enviado para recuperar Dolopia y Anfiloquia.

[38,6] Como se ha dicho antes, las máquinas romanas se dirigieron contra el Pirreo desde tres lugares distintos, y contra cada uno de estos lanzaron los etolios ataques simultáneos, aunque ni con las mismas armas ni con igual violencia. Algunos llevaban antorchas encendidas, otros llevaban estopa, pez o dardos encendidos; toda su línea estaba iluminada por las llamas. A la primera acometida lograron abatir a muchos de los centinelas; después, cuando el ruido del tumulto y el griterío alcanzaron se oyeron desde el campamento, el cónsul dio la señal y los romanos, tomando sus armas, salieron por todas las puertas para auxiliar a sus camaradas. Sólo en un momento hubo una lucha real entre la espada y fuego, a los otros dos los etolios después de intentar, en vez de mantener, en un conflicto se retiraron sin efectuar ninguna. Se libró una lucha a hierro y fuego; aquí, ambos generales, Eupólemo y Nicódamo, a la cabeza de sus respectivas formaciones, animaban a los combatientes y les hacían albergar la esperanza, casi la seguridad, de que de un momento a otro aparecería Nicandro, como lo había prometido, y tomaría al enemigo por la retaguardia. Esta esperanza mantuvo durante algún tiempo sus ánimos, pero al no recibir la señal

convenida de sus compañeros y ver que crecía el número de los enemigos, su valor se desvaneció y, finalmente, se dieron a la fuga cuando la retirada ya no era demasiado segura, huyendo en desorden hacia la ciudad. Lograron, sin embargo, incendiar algunas de las obras de asedio y causar muchas más bajas al enemigo que las sufridas por ellos. Si hubiera tenido éxito el plan establecido de operaciones, no hay duda de que por lo menos una sección de las fortificaciones de asedio podría haber sido tomada con gran mortandad para los romanos. Los ambracienses y los etolios de la ciudad abandonaron todo intento nocturno, e incluso durante el resto del asedio se mostraron mucho menos propensos a arriesgarse, como si sintieran que les habían traicionado. Ya no se efectuaron más incursiones contra las posiciones enemigas; se limitaron a combatir tras la relativa seguridad de las murallas y torres.

[38,7] Cuando Perseo se enteró de que se acercaban los etolios, levantó el sitio de la ciudad que estaba atacando y, tras devastar sus campos, dejó Anfiloquia y regresó a Macedonia. También los etolios fueron atraídos por los estragos perpetrados en la costa. Pléurato, rey de los ilirios, había entrado en el Golfo de Corinto con sesenta lembos reforzados por los buques etolios de Patras, y estaba devastando los distritos marítimos de Etolia. Se envió contra él una fuerza de mil etolios, que lograban alcanzarle al tomar caminos directos hacia cualquier punto de la costa por la que viraba su flota, al ajustarse al contorno de la costa, tratando de efectuar un desembarco. En Ambracia los romanos habían derruido las murallas en varios lugares, dejando parcialmente al descubierto la ciudad, aunque no pudieron abrirse paso hacia ella. Tan pronto era destruido un lienzo de muralla, otro nuevo se alzaba en su lugar y los hombres, armados y en pie sobre los escombros, actuaban como bastiones. Al comprobar que estaba haciendo muy pocos progresos mediante el asalto directo, el cónsul decidió construir un paso subterráneo oculto después de cubrir el sitio donde empezaba con manteletes. Trabajando día y noche, lograron durante un tiempo considerable escapar de la observación del enemigo, no sólo mientras estaban cavando, sino también sacando fuera la tierra. De repente, la visión de un montículo de tierra visibles los vecinos dio una indicación de lo que estaba pasando. La repentina aparición del montón de tierra puso en alerta a los habitantes y, para evitar el peligro de que minaran la muralla y se abriera una vía de acceso a la ciudad, empezaron a cavar una zanja por dentro de la muralla, frente al lugar cubierto con manteletes. Cuando hubieron excavado tan profundamente como debía estar la galería oculta, y colocando las orejas contra diferentes lugares, permanecían en absoluto silencia para captar el sonido de los zapadores enemigos. En cuanto los oyeron, se abrieron paso directamente hacia la galería. No tuvieron mucha dificultad para hacerlo, ya que se encontraron rápidamente con un hueco en el que la muralla estaba apuntalada por vigas puestas por el enemigo. Establecido ahora el contacto entre la trinchera y el túnel abierto por cada una de las dos partes, los zapadores de ambos iniciaron un combate con sus herramientas de zapa. Muy pronto se les unieron grupos armados de ambas partes en una batalla subterránea en la oscuridad. Los sitiados cerraban en una parte el túnel mediante la colocación de pantallas de arpillera y tablazones a modo de barricada improvisada, adoptando un nuevo dispositivo contra el enemigo que resultó pequeño pero eficaz. Dispusieron un barril con un agujero en el fondo por el que se insertaba una tubería, así como un tubo de hierro y una plancha para el tonel, también de hierro, perforada en muchos puntos. El barril se llenaba con plumas muy ligeras y se colocaba con la boca en dirección a la galería, asomando por los agujeros de la tapa lanzas muy largas, de las llamadas *sarisas*, con las que mantenían a raya al enemigo. Daban fuego a la pluma y reavivaban la llama con un fuelle de fragua sujeto al extremo de la tubería. El túnel se llenaba de un humo denso, que hacía aún más desagradable el horrible olor de las plumas quemadas y que apenas se podía soportar.

[38,8] Estando así las cosas en Ambracia, se presentaron ante el cónsul Feneas y Damóteles, como embajadores de los etolios e investidos de plenos poderes por un decreto de su pueblo. Su pretor, en vista del hecho de que, por un lado, Ambracia estaba sufriendo un asedio; que, por otro,

les amenazaba en la costa una flota enemiga y, en tercer lugar, que Anfiloquia y Dolopia estaban siendo saqueadas por los macedonios y que los etolios no daban abasto para enfrentar tres guerras distintas, el pretor convocó una reunión de la Liga Etolia y consultó a los jefes de cada pueblo sobre qué se debía hacer. Todos fueron unánimemente de la opinión de que debían pedir la paz en condiciones de igualdad, si era posible, o por lo menos en condiciones tolerables. La guerra se había iniciado confiando en Antíoco; ahora que este había sido derrotado tanto por tierra como por mar y expulsado más allá de la cordillera del Tauro casi hasta los confines del mundo, ¿qué esperanza había de mantener la guerra? Feneas y Damóteles debían dar los pasos que considerasen más adecuados para los intereses de Etolia y en consonancia con su propio honor, ¿pues qué otro consejo u opción les había dejado su suerte? Los embajadores, provistos de estas instrucciones, imploraron al cónsul que preservara la ciudad y tuviera piedad de un pueblo que fue una vez aliado y que había sido empujado por la locura, no dirían que por sus errores, a las miserables condiciones en que vivían. El castigo que merecían por su participación en la guerra con Antíoco no debía oscurecer los servicios que habían prestado en la guerra contra Filipo. En aquel momento no se les había dado una recompensa generosa, tampoco ahora se les debía imponer una multa excesiva. El cónsul les replicó que los etolios habían pedido muy frecuentemente la paz, pero raramente con la sincera intención de mantenerla. Debían seguir el ejemplo de Antíoco, al que ellos habían arrastrado a la guerra. Este había cedido, no solo en lo referente a aquellas pocas ciudades cuya libertad había sido motivo de discordia, sino sobre toda la Asia a este lado de los montes Tauros, un reino rico y fértil. Él no escucharía ninguna propuesta a menos que los etolios depusieran las armas. Debían, en primer lugar, entregar sus armas y todos sus caballos; deberían pagar después mil talentos, la mitad en el acto, si deseaban la paz. Y, además de estos términos, debería estipularse mediante un tratado que tendrían los mismos amigos y enemigos que Roma.

[38,9] Los embajadores consideraban aquellos términos onerosos y, como sabían del temperamento feroz y caprichoso de sus compatriotas, se marcharon sin dar ninguna respuesta definitiva. Querían discutir toda la situación a fondo con el pretor y los dirigentes, llegando a alguna decisión en cuanto a lo que se debía hacer. Se les recibió con clamorosas protestas y reproches. *¿Cuánto tiempo* -les preguntaron- *iban a prolongar las cosas, después de recibir órdenes expresar de volver con la paz a cualquier precio?* Su viaje de regreso a Ambracia fue un desastre. Los acarnanes, con los que estaban en guerra, les habían tendido una emboscada cerca del camino por el que viajaban; fueron hechos prisioneros y conducidos a Tirreo para su custodia y quedaron interrumpidas las negociaciones de paz. Los delegados que habían sido enviados desde Atenas y Rodas para apoyar a los etolios estaban ya con el cónsul cuando Aminandro, que había obtenido un salvoconducto, llegó al campamento romano. Estaba más preocupado por la ciudad de Ambracia, donde había pasado la mayor parte de sus años de exilio, que por los etolios. Cuando el cónsul supo por ellos lo que había sucedido a los embajadores etolios, dio órdenes de que se les trajera desde Tirreo, dando comienzo las negociaciones a su llegada. Aminandro, cuyo principal interés estaba en Ambracia, hizo todo lo posible para convencer a la plaza de que se rindiera. Se acercó a las murallas y mantuvo conversaciones con sus dirigentes, pero viendo que estaba haciendo ningún progreso, obtuvo finalmente el permiso del cónsul para entrar en la ciudad y conseguir convencerles, mediante razones y súplicas, para que se pusieran en manos de los romanos. Los etolios encontraron también un firme defensor también en Cayo Valerio, hijo del Levino que había sido el primero en establecer relaciones de amistad con ellos y que era hermano de madre del cónsul.

Tras acordar la partida a salvo de sus fuerzas de apoyo etolias, los ambracienses abrieron sus puertas. A continuación, los etolios aceptaron las siguientes condiciones: pagarían quinientos talentos euboicos; doscientos en el acto y los trescientos restantes repartidos en seis años; los prisioneros y refugiados serían devueltos a los romanos; no retendrían dentro del territorio de su Liga a ninguna ciudad que hubiera sido capturada por los romanos o hubiera entrado en relaciones de amistad con ellos, desde el día en que Tito Quincio desembarcó en Grecia. A pesar de estas

condiciones eran mucho menos gravosas de lo que esperaban, solicitaron que se les permitiera exponerlas ante su consejo. En este se produjo un breve debate sobre la cuestión de las ciudades que se habían confederado con ellos. Sentían profundamente su pérdida, pues era como si las arrancasen de un cuerpo vivo; no obstante, se mostraron unánimes al decidir que se debían aceptar todas las condiciones. Los ambracienses entregaron al cónsul una corona de oro de ciento cincuenta libras de peso. Se tomaron las estatuas en bronce y mármol y las pinturas con que Ambracia, como residencia real de Pirro, había sido más ricamente adornada que cualquier otra ciudad en aquella parte del mundo; aparte de eso, nada más fue tomada o dañada.

[38.10] El cónsul partió de Ambracia hacia el interior de Etolia, fijando su campamento próximo a Argos de Anfiloquia, a veintidós millas de Ambracia. Aquí llegaron finalmente los delegados Etolia; el cónsul, entre tanto, se preguntaba qué les había retrasado. Al informarle de que el consejo etolio había aceptado las condiciones de paz, les dijo que marcharan a Roma para comparecer ante el Senado; se permitía también que comparecieran los rodios y los atenienses para interceder por ellos, y el cónsul, además, disponía que les acompañara su hermano, Cayo Valerio. Tras su partida, cruzó a Cefalania. En Roma, los delegados encontraron los oídos y los ánimos de los principales predispuestos por las acusaciones que Filipo había interpuesto contra ellos. A través de sus representantes y mediante cartas afirmó en sus declaraciones que se le habían arrebatado Dolopia, Anfiloquia y Atamania, así como que se había expulsado a sus guarniciones, y hasta a su hijo Perseo, de Anfiloquia. El Senado, por consiguiente, se negó a escucharlos. Los rodios y los atenienses, sin embargo, consiguieron una audiencia. Se dice que el portavoz ateniense, Leonte, hijo de Hicesias, los impresionó con su elocuencia. Haciendo uso de un símil común, comparó al pueblo de Etolia con un mar en calma que había sido agitado por los vientos. *Mientras fueron fieles a Roma* -dijo- *su temperamento pacífico les mantuvo tranquilos; pero cuando Toante y Dicearco, desde Asia, y Menestas y Damócrito desde Europa enviaron un vendaval, entonces se levantó aquella tempestad que los lanzó sobre Antíoco como sobre una roca.*

[38.11] Tras un largo tira y afloja, los etolio finalmente consiguieron que se determinaran las condiciones de paz, que fueron las siguientes: *el pueblo de los etolios deberá reconocer honesta y sinceramente la majestad y soberanía del pueblo romano; no consentirán que pase en modo alguno, o se preste ayuda, a ningún ejército que pueda marchar contra los amigos y aliados de Roma; contarán como enemigos suyos a los de Roma y tomarán las armas y llevarán la guerra contra ellos de acuerdo con Roma; devolverán a los romanos y a sus aliados los desertores, los refugiados y los prisioneros, excepto a los repatriados que, vueltos a sus hogares, hubieran sido capturados por segunda vez, y a cualesquiera prisioneros de entre todos los que en cualquier momento hubieran combatido contra Roma cuando los etolios formaban parte de las guarniciones romanas. De los restantes, los que aparezcan en el plazo de cien días serán entregados sin reservas ni subterfugios a los magistrados de Corfú; los que no hayan sido descubiertos para entonces, serán entregados tan pronto como se los encuentre. Los etolios procederán a la entrega de cuarenta rehenes, que escogerá el cónsul según su criterio, no menores de doce años y no mayores de cuarenta años de edad. Ningún pretor, prefecto de caballería o escriba público será tomado como rehén, así como ningún otro que hubiera sido rehén de los romanos con anterioridad. Cefalania quedaría excluida de las condiciones de paz.* En cuanto a la indemnización que debían pagar y la forma de pago, aprobaron el acuerdo con el cónsul. Si preferían pagar en plata en lugar de en oro, podrían hacerlo siempre que mantuviesen la equivalencia de una pieza de oro por diez de plata. Los etolios no tratarían de recuperar ninguna de las ciudades, los territorios o las poblaciones que en algún momento hubieran sido incorporadas a la Liga Etolia, o que hubieran sido capturadas o se hubiesen entregado voluntariamente a los romanos durante los consulados de Tito Quincio, Cneo Domicio o los cónsules que les siguieron. Los eníadas, con su ciudad y territorio, pertenecerían a los acarnanes. Estos fueron los términos en que se firmó el tratado con los etolios.

[38.12] El mismo verano, y casi en las mismas fechas en que Marco Fulvio llevaba a cabo estas operaciones en Etolia, el otro cónsul, Cneo Manlio, combatía en Galacia. Procederé ahora a narrar los acontecimientos de esta guerra. El cónsul marchó a Éfeso al comienzo de la primavera y se hizo cargo de las tropas de Lucio Escipión. Tras revistar al ejército se dirigió a los soldados. Comenzó elogiando su valentía al dar fin a la guerra con Antíoco en una sola batalla, alentándolos a iniciar una nueva guerra contra los galos. Estos, les recordó, habían acudido en ayuda de Antíoco y eran de temperamento tan indómito que la expulsión de Antíoco más allá de los montes del Tauro sería inútil a menos que se quebrara el poder de los galos. Concluyó su discurso con unas palabras sinceras y sin faltar a la modestia sobre sí mismo. Los soldados se mostraron encantados y le aplaudieron con frecuencia; consideraban a los galos una mera parte del ejército de Antíoco y, ahora que el rey estaba derrotado, no creían que les quedara mucha agresividad por sí mismos. Eumenes estaba en Roma en aquel momento y el cónsul consideró su ausencia un contratiempo, pues estaba familiarizado con el país y su población, y estaba personalmente interesado en destruir el poder de los galos. Así pues, el cónsul hizo llamar a su hermano Atalo, que estaba en Pérgamo, y lo presionó para que tomara parte en la guerra. Atalo prometió su ayuda en su propio nombre y en el de sus súbditos, siendo enviado de regreso a casa para efectuar los preparativos necesarios. Pocos días después, habiendo partido el cónsul de Éfeso con dirección a Magnesia, le salió al encuentro Atalo con mil soldados de infantería y quinientos de caballería. Su hermano Ateneo tenía órdenes de seguirlo con el resto de las fuerzas, quedando confiada la defensa de Pérgamo a hombres que consideraba leales súbditos de su rey. El cónsul acogió con satisfacción los actos del joven y avanzó con todas sus fuerzas hacia el Meandro. Una vez aquí acampó y, como el río resultaba invadeable, se reunieron embarcaciones para cruzar al ejército. Después de cruzar el Meandro marcharon hacia Hiera Come.

[38.13] Había aquí un templo de Apolo muy venerado y un santuario oracular; se dice que los sacerdotes entregaban las respuestas en suaves y elegantes versos. Desde este lugar, después de una marcha de dos días, llegaron al río Harpaso. Aquí se encontraron con una delegación de Alabando, que venían a pedir a cónsul que obligara a regresar a su antigua obediencia a una fortaleza que hacía poco se había rebelado, fuera mediante su autoridad personal o con sus armas. También aquí llegó el hermano de Eumenes y Atalo, Ateneo, con el cretense Leuso y Corrago de Macedonia. Trajeron con ellos mil soldados de infantería de diversos pueblos y trescientos de caballería. El cónsul envió un tribuno militar con una pequeña fuerza para reducir la fortaleza, que se devolvió al pueblo de Alabando; él siguió su marcha y acampó en la Antioquía del Meandro. Este río nace en Celenas, ciudad que en otro tiempo fue la capital de Frigia. La población emigró a corta distancia de la antigua ciudad y construyó una nueva, que recibió el nombre de Apamea por Apama, la hermana del rey Seleuco. El río Marsias, que nace no muy lejos de las fuentes del Meandro, desemboca en este río y cuenta la leyenda que fue en Celenas donde Marsias compitió con Apolo tocando la flauta. El Meandro nace en la parte más elevada de Celenas y fluye por el centro de la ciudad. Su curso discurre luego por Caria y Jonia, desembocando finalmente en la bahía entre Priene y Mileto.

Estando el cónsul acampado en Antioquía, llegó Seleuco, el hijo de Antíoco, para suministrar trigo al ejército en cumplimiento de lo estipulado en el tratado concertado con Escipión. Se planteó una pequeña dificultad a cuenta de los auxiliares al mando de Atalo, pues Seleuco sostenía que Antíoco solo había accedido a suministrar trigo a los soldados romanos. La disputa quedó resuelta por la firmeza del cónsul, quien envió un tribuno desde la tienda del pretorio para dar aviso de que los soldados romanos no tomaran su grano antes de que lo hubieran hecho las tropas auxiliares de Atalo. Desde Antioquía se dirigieron a un lugar llamado Gordiutico, y tras marchar otros tres días, los llevó hasta Tabas. Este lugar se encuentra dentro de las fronteras de Pisidia, en la parte que mira hacia el mar de Panfilia. Mientras este país mantuvo intactos sus recursos, su población mostró un ánimo belicoso. En esta ocasión lanzaron un vigoroso ataque contra la columna romana, creando al

principio cierta confusión; pero cuando se hizo evidente que se les superaba en número y en valor, se les hizo retroceder hacia su ciudad y pidieron perdón por su error, ofreciendo entregar la ciudad. Se les impuso una multa de 25 talentos de plata y diez mil medimnos de trigo, aceptándose su rendición bajo estos términos.

[38.14] Tres días después llegaron al río Caso, desde donde avanzaron para atacar la ciudad de Eriza, que capturaron al primer asalto. Continuando su marcha llegaron a Tabusio, un castillo que domina el río Indo. Este río recibe su nombre de un indio que cayó en él desde su elefante. No estaban ya muy lejos de la ciudad de Cibira, pero no se presentó ninguna delegación de Moagete, tirano de aquella ciudad, poco de fiar y de trato importuno. A fin de averiguar sus intenciones, el cónsul envió por delante a Cayo Helvio con cuatro mil infantes y quinientos jinetes. Ya estaba entrando esta fuerza en su territorio cuando les salieron al encuentro delegados anunciando que el tirano estaba dispuesto a cumplir las órdenes del cónsul. Rogaron a Helvio que entrase pacíficamente en su territorio y que impidiera a sus soldados que saquearan los campos; llevaban también una corona de oro de quince libras. Helvio se comprometió a proteger sus campos del pillaje y les dijo que fueran a ver al cónsul. Una vez hubieron hablado a este de manera similar, el cónsul respondió: *Los romanos no hemos recibido del tirano pruebas de buena voluntad a nuestro favor, y de todos es sabido que por su manera de ser más pensamos en castigarlo que en tratarlo como a un amigo.* Los enviados quedaron muy alarmados por estas palabras y se limitaron a pedirle que aceptara la corona de oro y permitiera que el tirano le visitara personalmente, con libertad para hablarle y limpiar su hombre de sospechas. El cónsul concedió su permiso y al día siguiente llegó el tirano. Su vestimenta y su comitiva eran casi las de un ciudadano particular de modestos recursos; con su lenguaje, humilde y recortado, trataba de excusarse alegando la pobreza de sus ciudades y dominios. Poseía, además de Cibira, Sileo y una ciudad llamada Limne; de estas ciudades, prometió, aunque algo dubitativo, recaudar 25 talentos a costa de despojarse a sí mismo y a sus súbditos. *¡Verdaderamente,* -respondió el cónsul- *esta burla es ya intolerable! Después de intentar engañarnos mediante tus enviados, sin sonrojarte, tienes ahora el descaro de persistir en tu insolencia. Dices que veinticinco talentos dejarán exhausta a tu tiranía. Pues bien, a menos que pagues quinientos talentos al contado dentro de tres días, habrás de contemplar el saqueo de tus campos y el asedio de tu ciudad.* Pese a que estaba aterrorizado por la amenaza, aún persistía el tirano en fingir obstinadamente su pobreza. Arrastrando los pies, gimiendo y derramando lágrimas fingidas, logró llegar a una multa de cien talentos además de diez mil medimnos de trigo. Todo esto fue recaudado en seis días.

[38.15] Desde Cibira, el ejército fue llevado a través del territorio de Sinda, acampando tras cruzar el río Caular. Al día siguiente, pasó las marismas de Caralitis y se detuvo en Madampro. Al avanzar hacia Laco, sus habitantes huyeron de la ciudad llevados por el pánico; al hallarla deshabitada, pero llena de toda clase de riquezas, los romanos la saquearon. Siguieron desde allí hacia las fuentes del río Lisis y llegaron al día siguiente al Cobulato. Los termesenses habían capturado la ciudad de Isionda y se encontraban ahora atacando la ciudadela. A los sitiados no les quedaba más esperanza que recibir la ayuda de los romanos. Mandaron a implorar la ayuda del cónsul; encerrados en su ciudadela con sus mujeres e hijos, esperaban cada día la muerte, fuera por la espada o por el hambre. El cónsul aprovechó gustoso aquel pretexto para marchar hacia Panfilia, como deseaba, y levantó el asedio, concediendo la paz a Termeso a cambio de cincuenta talentos de plata. Los aspendios y los demás pueblos de Panfilia fueron tratados de la misma manera. Dejando Panfilia y reanudando su marcha, acampó en el río Tauro, haciéndolo al día siguiente en un lugar llamado Xiline Come. Marchó desde allí, sin interrumpir la marcha, hasta llegar a la ciudad de Cormasa. La siguiente ciudad era Darsa, que halló desierta y abandonada por sus aterrorizados habitantes, aunque abundantemente provista de toda clase de bienes. Mientras avanzaba bordando las marismas, llegó una delegación desde Lisínoe para entregar su ciudad. Alcanzaron desde este

punto el territorio de Aglasun, una tierra fértil en toda clase de frutos. Sus habitantes pisidios eran, con mucho, los mejores soldados de aquella parte del mundo. Su superioridad militar, la fecundidad de su suelo, su gran población, y la situación excepcionalmente fuerte de su ciudad les hacían mantener alta la moral. Como no apareciera ningún embajador cuando el cónsul llegó a sus fronteras, envió partidas a saquear sus campos. Finalmente, se quebró su tozudez cuando vieron tomados sus ganados y llevados sus bienes. Los delegados que mandaron acordaron pagar una multa de cincuenta talentos, veinte mil medimnos de trigo y una cantidad igual de cebada, logrando la paz bajo aquellas condiciones. Siguió el cónsul su avance hasta las fuentes Rotrinas, donde acampó en un pueblo llamado Apóridos Come. Al día siguiente llegó Seleuco desde Apamea. El cónsul envió a los enfermos y todos los bagajes innecesarios hacia Apamea y, una vez proporcionados guías por Seleuco, marchó aquel mismo día hacia las llanuras de Metrópolis, llegando al día siguiente a Dinias de Frigia. Una marcha a continuación lo llevó hasta Sínada. Todas las ciudades de los alrededores habían sido abandonadas por sus habitantes, marchando tan cargado el ejército con el botín capturado en todas ellas que le llevó todo un día recorrer las cinco millas hasta la que llaman Beudos la Vieja. Su siguiente parada fue en Anabura; al día siguiente acampó en las fuentes del Alandro, y al tercer día en Abasio. Habiendo llegado a las fronteras de los tolostobogios, permaneció allí en un campamento fijo durante varios días.

[38.16] Un gran número de galos, ya fuera inducidos por la falta de tierras o por el deseo de saquear, y convencidos de que ninguno de los pueblos por donde tenían intención de pasar era rival para ellos con las armas, marcharon bajo la dirección de Breno hasta el país de los dárdanos. Se produjo aquí una disputa y veinte mil de ellos abandonaron a Breno y marcharon a Tracia bajo el mando de dos de sus régulos, Lonorio y Lutario. Lucharon aquí contra quienes se oponían a su avance y les impusieron tributos a los que les pidieron la paz, llegando a Bizancio. Aquí permanecieron durante algún tiempo, ocupando la costa de la Propóntide y haciendo tributarias suyas a todas las ciudades de aquella región. Cuando llegaron a sus oídos noticias de quienes conocían Asia sobre la fertilidad de sus suelos, les entraron ganas de cruzar allí y, tras capturar Lisimaquia mediante engaño y apoderarse de todo el Quersoneso, descendieron hacia el Helesponto. Allí se impacientaron todos por cruzar, al ver que solo los separaba un angosto estrecho, y mandaron mensajeros a Antípatro, el gobernador de la costa, para disponer su transporte. El asunto llevó más tiempo del esperado y estalló una nueva disputa entre los jefes. Lonorio, con la mayor parte de los hombres, regresó a Bizancio; Lutario tomó dos buques con cubierta y tres lembos a unos macedonios que habían sido enviados por Antípatro para espiar bajo la apariencia de embajadores, y en esos buques llevó un destacamento tras otro, de noche y de día, hasta que cruzó a todas sus fuerzas. No mucho después, Lonorio, con la ayuda del rey Nicomedes de Bitinia, cruzó desde Bizancio. Los galos, ya reunidos, ayudaron a Nicomedes en su guerra contra Zibeta, que se había apoderado de una parte de Bitinia, y gracias sobre todo a su ayuda fue derrotado Zibeta y puesta toda Bitinia bajo el imperio de Nicomedes.

Desde Bitinia se adentraron en Asia. De los veinte mil hombres, no más de diez mil llevaban armas; sin embargo, tan grande fue el terror que inspiraron a todos los pueblos a occidente del Tauro que, tanto aquellos que tenían experiencia de ellos como los que no, los que habían sido invadidos por ellos, los más remotos como los más próximos, todos se les sometieron por igual. Estaban divididos en tres tribus: los tolostobogios, los trocmos y los tectosagos. Finalmente, dividieron el territorio conquistado de Asia en tres partes, cada una tributaria de una tribu. La costa del Helesponto fue entregada a los trocmos, a los tolostobogios correspondió la Eólide y Jonia, y los tectosagos recibieron los territorios del interior. Cobraban tributos que recaudaban en toda Asia a esta parte del Tauro, pero fijaron su sede a ambos lados del río Halis. Tal fue el terror que su nombre provocaba, porque además crecía de tal manera su número, que hasta los reyes de Siria, finalmente, no se atrevieron a rehusar el pago de tributos. El primer hombre de Asia en rechazarlo fue Atalo, el padre del rey Eumenes; contrariamente a lo que todos esperaban, la fortuna favoreció su valerosa

acción y resultó vencedor en una batalla campal. Los galos, sin embargo, no se desalentaron tanto como para renunciar a su supremacía en Asia; su poder se mantuvo incólume hasta la guerra entre Antíoco y Roma. Incluso entonces, después de la derrota de Antíoco, tenían bastantes esperanzas de que, debido a su lejanía del mar, los romanos no llegaran hasta ellos.

[38.17] Como se había de combatir contra un enemigo tan temido por todos los pueblos en aquella parte del mundo, el cónsul pasó revista a sus soldados y les dirigió las siguientes palabras, en líneas generales: *Soy muy consciente, soldados, que de entre todas las naciones de Asia, los galos se distinguen por su fama de guerreros. Este pueblo feroz, después de vagar y guerrear a lo largo de casi todo el mundo, había sentado su morada entre la más amable y apacible raza de hombres. Su gran estatura, sus largos cabellos rojos, sus enormes escudos, sus espadas extraordinariamente largas y, aún más, sus cánticos al entrar en batalla, sus gritos y danzas guerreras y el horrísono estruendo de sus armas al sacudir sus escudos como hacían sus padres antes que ellos, todas estas cosas efectuaban para aterrorizar y espantar. Pero que les teman aquellos a quienes resultan extrañas y sorprendentes, como los griegos, los frigios y los carios. Nosotros, los romanos, ya estamos acostumbrados al tumulto galo y sabemos cómo se queda en nada. Solo en una ocasión, cuando nuestros antepasados se les enfrentaron por vez primera, huyeron de ellos junto al Alia; desde aquel momento, en los últimos doscientos años, los han derrotado, despedazado como ganado y puesto en fuga. Se han celebrado casi más triunfos sobre los galos que sobre el resto del mundo. Nuestra experiencia nos ha enseñado esto: si soportáis su primera carga, con su salvaje entusiasmo y su ciega furia, sus miembros sufren con el sudor y la fatiga, sus armas resbalan, sus cuerpo flaquean y, cuando se ha consumido su furia, también flojean sus ánimos, postrados por el sol, el polvo y la sed aunque no levantéis la espada contra ellos. No solo hemos enfrentado nuestras legiones contra ellos, sino también cuerpo a cuerpo. Tito Manlio y Valerio Marco han demostrado cómo el tenaz valor romano supera al frenesí galo. Marco Manlio, él solo, arrojó a los galos que estaban subiendo al Capitolio. Y, además, aquellos antepasados nuestros tuvieron que enfrentarse con auténticos galos, criados en su propia tierra; estos son degenerados, una raza mestiza a la que con razón se le llama galogriega. Igual que con las frutas y el ganado, la semilla no conserva tan bien sus condiciones como la naturaleza del suelo y del clima en que se crían tienen para cambiarla.*

Los macedonios que ocuparon Alejandría, Seleucia, Babilonia y todas sus otras colonias por todo el mundo, han degenerado en sirios, partos y egipcios. Marsella, situada entre los galos, se ha contagiado en algo del temperamento de sus vecinos. ¿Cuánto de la dura y terrible disciplina de Esparta ha sobrevivido entre los tarentinos? Todo crece con más vigor en su propio entorno; cuando se planta en terreno extraño, cambia su naturaleza y se transforma en aquello de lo que obtiene su alimento. Igual que en la batalla contra Antíoco despedazasteis a los frigios, pese a sus pesadas armas galas, así los destrozaréis ahora vosotros, los vencedores, a ellos, los vencidos. Temo más que obtengamos poca gloria en esta guerra a que logremos demasiada. Atalo a menudo los derrotó y puso en fuga. No penséis que las bestias salvajes son las únicas que conservan su ferocidad, recién capturadas, y que luego de ser alimentadas algún tiempo por los hombres se amansan. La naturaleza actúa de la misma manera ablandando la barbarie de los hombres. ¿Creéis que estos hombres son los mismos que fueron sus padres y sus abuelos? Expulsados de su hogar por falta de espacio vagaron por la accidentada costa de Iliria, atravesaron a todo lo largo la Peonia y la Tracia, abriéndose camino entre los pueblos más belicosos y ocuparon estas tierras. Después de endurecerse y enfurecerse por todo cuanto hubieron de pasar, han encontrado una tierra que les engorda con abundancia de todo. Toda la ferocidad que trajeron con ellos ha sido domesticada por un suelo más fértil, un clima más benigno y el apacible carácter de las gentes entre las que se han asentado. Creedme, vosotros, hijos de Marte, tendréis que estar en guardia contra los encantos de Asia y evitarlos desde el primer momento; tal poder tienen los placeres de otras tierras para debilitar y destruir vuestras energías, tan fácilmente pueden afectaros las

costumbres y prácticas de los pueblos que os rodean. Es, sin embargo, una suerte para nosotros que, a pesar de que no puedan oponerse a vosotros con nada parecido a la fuerza que una vez tuvieron, sigan gozando de su antigua fama entre los griegos. De esta manera, ganaréis tanta gloria entre nuestros aliados al vencer como si los galos a los que derrotaréis hubieran conservado todo el valor de tiempos pasados.

[38.18] Después de disolver la asamblea, envió mensajeros a Eposognatos, que era el único de los régulos galos que había mantenido la amistad con Eumenes y se había negado a ayudar a Antíoco contra los romanos. El cónsul reanudó su avance; en el primer día llegó al Alandro y el día siguiente a un pueblo llamado Tiscón. Aquí llegó una delegación de Oroanda pidiendo la paz. Se les exigió el pago de doscientos talentos, permitiéndoles el cónsul regresar a su patria para informar de su exigencia a su gobierno. Marchó desde allí a Plitendo, acampando después cerca de Aliatos. Aquí se le reunieron los mensajeros enviados a Eposognato, acompañados por embajadores del régulo, que solicitaron al cónsul que no diera inicio a las hostilidades contra los tectosagos, pues él mismo iría a este pueblo y lo convencería para que se rindiera. Se le concedió su petición. A continuación, el ejército marchó a través de la región llamada Axilos. Su nombre se deriva del carácter del terreno, donde no existe rastro alguno de madera, pues ni siquiera crecen aquí espinos, zarzas ni cualquier otra cosa que pueda servir como combustible. Los habitantes utilizan estiércol de vaca en lugar de madera. Mientras estaban los romanos acampados en Cubalo, un castillo de Galogrecia, apareció un grupo de caballería enemiga con gran estruendo. Su ataque repentino no se limitó a provocar confusión entre los puestos de guardia romanos, sino que también les provocó algunas bajas. Al llegar el alboroto hasta el campamento, la caballería romana, precipitándose por todas las puertas, derrotó a los galos y los puso en fuga, dando muerte a un número considerable de fugitivos.

El cónsul, consciente de que ya se encontraba en territorio enemigo, avanzó con cautela, manteniendo bien juntas sus fuerzas y después de reconocer el terreno. Marchando sin parar, llegó hasta el río Sangario, y como no tuviera allí posibilidad de vadearlo, decidió construir un puente. El Sangario baja desde el monte Adoreo y fluye a través de Frigia, uniendo sus aguas con el Timbris en la frontera con Bitinia; con su caudal así crecido, discurre a través de Bitinia y desemboca en la Propóntide. Sin embargo, no resulta tan notable por su caudal como por la gran cantidad de peces que proporciona a sus ribereños. Una vez terminado el puente, el ejército cruzó el río y, según marchaban a lo largo de la orilla, se encontró con los sacerdotes galos de la Gran Madre, revestidos de sus insignias, que profetizaron con fanáticos cánticos que la diosa concedía a los romanos la victoria en la guerra y el dominio del país en el que se hallaban. El cónsul declaró que aceptaba el presagio y fijó su campamento en aquel mismo lugar para pasar la noche. Al día siguiente llegó a Gordio. Es este un lugar no muy grande, pero que posee un mercado muy conocido y frecuentado; más grande, de hecho, que los de la mayoría de ciudades del interior. Está casi a la misma distancia de tres mares, el Helesponto, el de Sínope y su opuesto, el mar que baña las costas de Cilicia; linda también con los territorios de varios y grandes pueblos, quienes por convenir a sus mutuos intereses comerciales habían hecho de este el centro de sus negocios. Los romanos la encontraron desierta, sus habitantes habían huido y estaba repleta de toda clase de provisiones. Mientras estaban acampados aquí, llegaron los enviados de Eposognato con la notica de que se había entrevistado con los régulos de los galos, pero que no pudo hacerlos entrar en razón: Estaban abandonando sus aldeas y granjas en el campo, marchando hacia el monte Olimpo y llevándose a sus esposas, hijos y cuando podían transportar o arrear. Tenían la intención de defenderse allí con sus armas y su fuerte posición.

[38.19] A continuación, llegó información más precisa de Oroanda en el sentido de que los tolostobogios habían ocupado Olimpo; que los tectosagos, marchando en distinta dirección, se habían establecido en otra montaña llamada Magaba y que los trocmos habían dejado a sus esposas e hijos al cuidado de los tectosagos y marchaban en auxilio de los tolostobogios. Los régulos de

estas tribus eran Ortiagón, Combolomaro y Gauloto. Su razón principal para adoptar esta estrategia bélica era que, al apoderarse de las principales alturas del país y proveerlas de cuanto pudieran necesitar por tiempo indefinido, esperaban expulsar al enemigo por aburrimiento. Suponían que él nunca se atrevería a aproximárseles sobre terreno tan escarpado y difícil; si lo hiciera, creían que incluso una pequeña fuerza sería bastante para desalojarlo o hacerlo retroceder en desorden; por el contrario, si permanecía inactivo al pie de las montañas heladas, no podría soportar el frío ni el hambre. Aunque la altura de su posición era una protección por sí misma, cavaron trincheras y construyeron otras defensas alrededor de los picos donde se habían establecido. No se preocuparon casi de proveerse con armas arrojadizas, convencidos de que la naturaleza rocosa del terreno les proporcionaría piedras suficientes.

[38,20] Como el cónsul había previsto que el combate no sería a corta distancia, sino que implicaría atacar posiciones a distancia, hizo acumular jabalinas, lanzas para los vélites, flechas, glandes de plomo y pequeñas piedras apropiadas para lanzarlas con hondas. Provistos con estas armas arrojadizas, marchó hacia el Olimpo y acampó a cuatro millas de la montaña. A la mañana siguiente, salió con Atalo y cuatrocientos jinetes para reconocer el terreno y la situación del campamento galo. Estando en ello, salieron del campamento jinetes enemigos en doble número que los suyos y lo hicieron huir; algunos de sus hombres resultaron muertos y un número mayor quedó herido. Al tercer día, el cónsul salió de reconocimiento con toda su caballería y, como no saliera de sus fortificaciones ningún enemigo, recorrió las montañas sin incidentes. Se dio cuenta de que hacia el sur el terreno se elevaba en pendientes suaves de tierra; al norte, las paredes eran rocosas y casi verticales. Había sólo tres caminos posibles -e inaccesible por cualquier otro lugar-; uno por en medio de la montaña, con el suelo de tierra, y dos que resultaban difíciles: una al sureste y la otra al noroeste. Tras practicar estas observaciones acampó el resto del día cerca del pie de las montañas. Al día siguiente, tras ofrecer sacrificios que desde las primeras víctimas presentaron presagios favorables, avanzó contra el enemigo. Dividió al ejército en tres divisiones; él mandaba personalmente la primera y comenzó el ascenso por donde resultaba más sencillo; su hermano, Lucio Manlio, recibió la orden de avanzar desde el lado sureste hasta donde el terreno se lo permitiera hacer con seguridad, pero si llegaba a un lugar peligroso o de pendiente escarpada no debía luchar contra las dificultades del terreno ni tratar de abrirse paso a través de obstáculos insuperables. En tal caso, debía dar la vuelta y marchar por la cara de la montaña y unir su división con la que mandaba el cónsul. Cayo Helvio, con la tercera división, debía girar poco a poco por la base del monte y atacar luego con ella el lago noroeste. Dividió también en tres partes a las tropas auxiliares de Atalo y mandó al propio joven que fuese con él. Dejó a la caballería y los elefantes en el terreno llano más próximo a las colinas, teniendo órdenes sus comandantes de observar cuidadosamente el progreso de la acción y prestar asistencia inmediata allí donde se requiriera.

[38.21] Los galos, sintiéndose seguros de que su posición era inaccesible por ambos lados, dirigieron su atención a la vertiente sur. Para cerrar todo acceso por este lado, enviaron cuatro mil hombre para ocupar una altura que dominaba el camino y que distaba menos de una milla de su campamento; desde allí, como si de una fortaleza se tratara, podrían impedir el avance enemigo. Cuando vieron esto, los romanos se dispusieron para la batalla. Por delante de los estandartes iban los vélites y los arqueros cretenses de Atalo, así como los honderos tralos y tracios. Los estandartes de la infantería avanzaban lentamente, como lo aconsejaba el terreno, llevando los escudos por delante, no porque esperasen un combate cuerpo a cuerpo, sino para evitar los proyectiles. Dio comienzo la batalla con la descarga de proyectiles, librándose al principio en términos de igualdad al tener los galos la ventaja de su posición y los romanos la de la variedad y abundancia de sus armas arrojadizas. Según avanzaba el combate, sin embargo, dejaba de estar igualado; los escudos de los galos, aunque largos, no eran lo bastante anchos como para cubrir sus cuerpos y, al ser planos, proporcionaban una protección insuficiente. Por otra parte, no tenían más armas que sus

espadas y, como no podían llegar al cuerpo a cuerpo, les resultaban inútiles. Trataron de emplear piedras, pero como no habían preparado ninguna, debieron emplear las que cada hombre, en la prisa y confusión, podía echar mano; poco acostumbrados a tales armas, no las podían emplear con efectividad, fuera por su habilidad o su fuerza. Eran alcanzados desde todas partes con flechas, balas de plomo y jabalinas que no podían evitar; cegados por la ira y el miedo, se vieron sorprendidos y se encontraron librando el tipo de combate para el que estaban peor equipados. En el combate cuerpo a cuerpo, donde podían recibir y causar heridas, su furia estimulaba su valor; pero cuando resultaban heridos por proyectiles lanzados desde lejos por un enemigo invisible, sin que hubiera nadie contra quien lanzar una ciega carga, se volvían contra sus propios compañeros, como bestias salvajes que hubieran sido alanceadas. Su costumbre de luchar siempre desnudos hacía más visibles sus heridas, y sus cuerpos son blancos y carnosos al no desnudarse nunca excepto en la batalla. Por consiguiente, fluía más sangre de ellos, las heridas abiertas parecían más horribles y la blancura de sus cuerpos contrastaba más con las manchas de la sangre oscura. Las heridas abiertas, sin embargo, no les preocupaban demasiado. A veces, cuando la herida es más ancha que profunda, consideran incluso que combaten más gloriosamente con cortes en la piel. Pero cuando les penetra la cabeza de una flecha o se les hunde una bala de plomo, torturándoles con lo que parece una pequeña herida y desafiando todos sus esfuerzos para sacarlos, se arrojan al suelo avergonzados y furiosos porque tan pequeña lesión amenace con resultarles fatal. Así que yacían por todas partes; y algunos que se arrojaron a la carrera sobre sus enemigos fueron atravesados por todas partes por los proyectiles que les arrojaron; a los que llegaron al cuerpo a cuerpo, los atravesaron los vélites con sus espadas. Estos soldados llevan un escudo de tres pies de largo, jabalinas en su mano derecha para emplearlas a distancia y una espada hispana en sus cinturones. Cuando tienen que pelear de cerca, cambian las jabalinas a la mano izquierda y desenvainan sus espadas. Ya sobrevivían pocos de los galos y, al verse derrotados por la infantería ligera y a las legiones aproximándose, huyeron en desorden hacia su campamento, que era presa del pánico al estar allí hacinadas las mujeres, los niños y el resto de no combatientes. Los romanos se apoderaron de las alturas de las que había huido el enemigo.

[38,22] Lucio Manlio y Cayo Helvio, entretanto, habían marchado hasta donde la ladera de la montaña ofrecía un camino; cuando llegaron a un punto en que resultaba imposible avanzar, se volvieron hacia el único lugar que resultaba accesible y, como si estuvieran de acuerdo, siguieron al cónsul a cierta distancia el uno del otro. La necesidad les obligó ahora a adoptar lo que habría sido la mejor opción desde el principio, pues sobre terreno tan dificultoso las tropas de apoyo ofrecen la ventaja de que, cuando ha sido desordenada la primera línea, la segunda puede protegerlos y entrar en acción frescos y con todas sus fuerzas. Cuando las primeras enseñas de las legiones hubieron llegado a las alturas que había capturado la infantería ligera, el cónsul ordenó a sus hombres que descansaran y recobraran el aliento. Señaló los cuerpos de los galos esparcidos por el suelo y dijo: "Si la infantería ligera pudo luchar como lo ha hecho, ¿qué no esperaré de las legiones, de los que están bien armados, del valor de mis valientes soldados? Ellos debían capturar el campamento, donde tiembla de miedo el enemigo allí arrojado por la infantería ligera". Durante este alto, la infantería ligera había estado ocupada reuniendo los proyectiles que yacían por doquier, a fin de tener suministro suficiente; el cónsul, entonces, les ordenó avanzar. Según se acercaban al campamento, los galos, temiendo que sus fortificaciones no les brindasen protección suficiente, permanecían formados delante de la empalizada empuñando sus armas. Quedaron sobrepasados de inmediato por una descarga general de proyectiles, de los que fueron más los que hacían blanco que los que fallaban, a causa de su gran número y la poca distancia desde la que se arrojaron. En pocos minutos fueron rechazados al interior de su empalizada, dejando únicamente fuertes grupos para guardar las puertas del campamento. Se dirigió entonces una gran lluvia de proyectiles contra la masa que estaba en el campamento, demostrando los gritos mezclados con los llantos de las mujeres y los niños que muchos de ellos resultaron alcanzados. Contra los que guardaban las puertas, los

legionarios arrojaron sus pilos. Estos no les hirieron, pero sus escudos quedaron perforados y, enredados así unos con otros sin remedio, no pudieron ya resistir la carga romana.

[38,23] Estando ya las puertas abiertas, los galos huyeron en todas direcciones antes de que irrumpan los vencedores. Se precipitan ciegamente por donde había camino y por donde no lo había; no les detenían ni los precipicios ni los despeñaderos; a nada temían más que al enemigo. Muchos de ellos se despeñaron desde las alturas, muriendo al golpearse o al quedar exánimes. El cónsul apartó a sus hombres del saqueo del campamento capturado, ordenándoles que hicieran todo lo posible para perseguir y acosar al enemigo para aumentar su angustia. Cuando llegó la segunda división, al mando de Lucio Manlio, también les prohibió entrar en el campamento y les envió de inmediato en persecución del enemigo. Después de confiar los prisioneros a los tribunos militares, él mismo se sumó a la persecución, pues creía que se le podía poner fin a la guerra si se daba muerte o se hacía prisionero al mayor número posible mientras se encontraban en tal estado de terror. Después de que el cónsul se hubo marchado, llegó Cayo Helvio con su división y no pudo impedir que sus hombres saquearan el campamento, quedando así el botín, mediante una injusta suerte, en manos de quienes no habían participado en los combates. La caballería quedó largo tiempo sin tener noticia alguna de la batalla ni de la victoria que habían obtenido sus camaradas. Después, subiendo hasta donde podían llegar sus caballos, cabalgaron tras los galos dispersos por la montaña, matándolos o haciéndolos prisioneros.

No fue fácil establecer el número de los muertos, pues la huída y la carnicería se extendió por todos los recovecos de la montaña, gran número se perdió y cayó por los precipicios más profundos; además, muchos murieron entre los bosques y los matorrales. Claudio, quien afirma que hubo dos batallas en el Olimpo, fija el número de muertos en cuarenta mil; Valerio Antias, que normalmente es más dado a la exageración, dice que no hubo más de diez mil. El número de prisioneros, sin duda, llegó a cuarenta mil, debido a que los galos habían llevado con ellos una muchedumbre de ambos sexos y de todas las edades, más como si fueran emigrantes que como hombres que iban a la guerra. Se juntó en una pila las armas del enemigo y se quemaron, ordenando el cónsul a las tropas que recogieran el resto del botín. Vendió la parte que tenía que ir al tesoro público; el resto lo distribuyó con la más escrupulosa equidad entre los soldados. Luego desfilaron y, después de encomiar sinceramente los servicios que todo el ejército había prestado, concedió recompensas a cada uno según su mérito, especialmente a Atalo, que fue unánimemente aplaudido por el valor ejemplar y la incansable energía que el joven príncipe había mostrado al hacer frente a las fatigas y peligros, solo igualadas por su modestia.

[38,24] Llegaba ahora el turno a la campaña contra los tectosagos, y el cónsul inició su avance contra ellos. En una marcha de tres días llegó a Ancira, ciudad de importancia en aquel territorio y con el enemigo a solo diez millas de ella. Mientras estaba acampado aquí, tuvo lugar un incidente notable en relación con una prisionera. La esposa de un régulo llamado Orgiagonte, una mujer de belleza excepcional, estaba con otros cautivos bajo la custodia de un centurión libertino y avaricioso, como ya se sabe que son los militares. Este empezó tentando su ánimo, pero al ver era de completo rechazo a entregarse voluntariamente, forzó el cuerpo que la fortuna había hecho esclavo. Luego, para aplacar la indignidad del ultraje, ofreció a la mujer la posibilidad de regresar con los suyos; pero ni esto hizo a cambio de nada, como habría hecho un amante. Fijó cierta cantidad de oro, y para impedir que sus hombres tuvieran conocimiento alguno de ello, le permitió escoger a uno de los prisioneros y mandar por él un mensaje a los suyos. Se determinó un lugar en el río donde, a la noche siguiente, deberían presentarse no más de dos de los suyos con el oro y hacerse cargo de ella. Por casualidad, entre los prisioneros se encontraba uno de los esclavos de la mujer y el centurión llevó a este hombre más allá de las empalizados tan pronto se hizo la oscuridad. A la noche siguiente, dos de los suyos y el centurión con su cautiva se reunieron en el lugar. Mientras le estaban mostrando el oro, que ascendía a un talento ático -la suma acordada-, la

mujer, hablando en su propio idioma, les ordenó desenvainar sus espadas y matarlo mientras el centurión estaba pesando el oro. Envolviendo la cabeza del hombre muerto en sus ropas, llegó junto a su marido Orgiagonte, que había huido a su hogar desde el Olimpo. Antes de abrazarlo, arrojó la cabeza a sus pies y, mientras él se preguntaba de quién podría ser la cabeza o qué podría significar aquel acto tan poco femenino, ella le contó el ultraje que había padecido y la venganza que se había tomado por la violación de su virtud. Según se cuenta, mediante la pureza y el rigor de su vida posterior mantuvo hasta el último momento la gloria de una acción tan digna de una matrona.

[38,25] Mientras estaba el cónsul acampado en Ancira, fue visitado por embajadores de los tectosagos, quienes le rogaron que no avanzase más hasta haber mantenido una conferencia con sus régulos, asegurándole que no había términos de paz que no prefiriesen a una guerra. Se fijó el día siguiente para la entrevista; el lugar elegido era uno que parecía estar a medio camino entre Ancira y el campamento galo. El cónsul llegó allí a la hora fijada con una escolta de quinientos jinetes, no vio ningún galo y regresó al campamento. Volvieron a aparecer los mismos parlamentarios, excusando a los régulos por motivos religiosos; prometieron que vendrían algunos de sus hombres principales, con los que igualmente se podrían tratar todos los asuntos. El cónsul, por su parte, les dijo que enviaría Atalo para representarlo. Llegaron ambas partes, Atalo con una escolta de trescientos jinetes. Se discutieron los términos de paz, pero no se alcanzó ningún acuerdo en ausencia de los líderes, por lo que se dispuso que el cónsul se encontraría con los régulos al día siguiente. Los galos tenían un doble objetivo al demorar las negociaciones: en primer lugar, ganar tiempo para que pudieran trasladar sus bienes al otro lado del Halis, pues temían el peligro que pudieran correr, así como a sus esposas e hijos; en segundo lugar, porque estaban tramando una celada contra el cónsul, que no estaba tomando todas las precauciones contra una traición en la conferencia. Para este propósito, habían elegido de entre todas sus fuerzas a mil jinetes de probada audacia, y el plan habría tenido éxito si la fortuna no hubiera defendido el derecho de gentes que tenían intención de violar. Las tropas romanas encargadas de recoger forraje y madera fueron enviadas cerca del lugar de la conferencia, pues pareció a los tribunos militares el modo más prudente de actuar pues, de esta manera, la escolta del cónsul también les serviría de protección frente al enemigo. A pesar de ello, situaron a otro destacamento de seiscientos jinetes cerca de su campamento.

Al recibir garantía de Atalo de que vendrían los régulos y se podrían finalizar las negociaciones, el cónsul partió del campamento con la misma escolta que la vez anterior. Una vez recorridas unas cinco millas y no estando ya lejos del lugar de la cita, vio de pronto venir a los galos, lanzados al galope como en una carga contra el enemigo. Haciendo parar a su columna y dando órdenes a los suyos para que dispusieran armas y ánimos para la batalla, él mismo enfrentó la primera carga sin ceder terreno. Luego, ante el peso del número, comenzó a retirarse lentamente, sin descomponer sus filas; pero al final, como hubiera más peligro si permanecían en el campo que si mantenían el orden, rompieron las filas y huyeron. Estando así dispersos, los galos les presionaban duramente y les hacían pedazos, y gran parte de ellos habría quedado destruida de no haberse encontrado en su huida con los seiscientos a quienes se había enviado a proteger a los que estaban forrajeando. Habían oído los gritos de alarma entre sus compañeros y se apresuraron a disponer armas y caballos, llegando frescos al combate cuando este había casi terminado. Esto cambió la suerte del día y el pánico se trasladó de los vencidos a los vencedores. Los galos fueron derrotados en la primera carga, y como los forrajeadores llegaron corriendo desde los campos, el enemigo se vio rodeado por todas partes y casi sin una vía de escape practicable. Los romanos, sobre caballos frescos, perseguían los que estaban cansados y agotados, y pocos escaparon. No se hicieron prisioneros. La mayor parte de ellos pagó con la muerte el castigo por su falta de buena fe. Furiosos por esta traición, al día siguiente los romanos avanzaron con todas sus fuerzas contra el enemigo.

[38.26] El cónsul pasó dos días inspeccionando minuciosamente las características naturales de la montaña, para familiarizarse con todos los detalles. Al día siguiente, después de tomar los auspicios y ofrendar los sacrificios, sacó a su ejército formado en cuatro divisiones; con dos de ellas tenía intención de ocupar el centro de la montaña, las otras ascenderían por las laderas y tomarían a los galos por ambos flancos. La disposición del enemigo eran la siguiente: los tectosagos y los trocmos, que constituían su fuerza principal y sumaban cincuenta mil hombres, formaban en el centro; la caballería, en número de diez mil, estaban desmontados, pues los caballos resultaban inútiles en aquel terreno, y formaba en el ala derecha; los capadocios, bajo el mando de Ariarates y los auxiliares morcios, en número de cuatro mil, estaban situados a la izquierda. El cónsul dispuso a su infantería ligera en primera línea, como había hecho en la batalla sobre el Olimpo, cuidando que tuvieran a mano un amplio suministro de proyectiles. Cuando se acercaron al enemigo, se repitieron todas las circunstancias de la anterior batalla, excepto porque los ánimos de uno de los bandos se habían incrementado con su reciente victoria y los del otro habían disminuido pues, aunque no fueron ellos los derrotados, consideraban aquella derrota como propia. Así iniciada la batalla, terminó de la misma forma. Una nube de proyectiles ligeros abrumó a la formación de los galos. Ninguno se atrevía a lanzarse fuera de las filas por temor a exponer su cuerpo desnudo a la certidumbre de resultar alcanzado desde todas partes; y así, mientras permanecían de pie en sus líneas, en formación cerrada, recibían más heridas cuanto más prietos estaban, como si se apuntaran precisamente contra cada hombre en particular. Pensó el cónsul que la vista de los estandartes de las legiones provocarían la inmediata huida de los ya desmoralizados galos; por consiguiente, retiró a la infantería ligera y al resto de escaramuzadores tras las filas de las legiones y les ordenó avanzar.

[38.27] Los galos, aterrados por el recuerdo de la derrota de los tolostobogios, agotados por su larga permanencia y por sus heridas, con los proyectiles clavados en sus cuerpos, no esperaron a la primera carga y al grito de guerra de los romanos. Huyeron hacia su campamento, pero pocos ganaron el refugio de sus fortificaciones; la mayor parte fue más allá, por la derecha o por la izquierda, por donde les llevara su afán por escapar. Los vencedores los persiguieron hasta su campamento, tajándolos por la espalda; pero una vez en el campamento se detuvieron por su ansia de botín y ninguno siguió la persecución. Los galos se sostuvieron algún tiempo más en las alas, pues tardaron más en llegar hasta ellos; no esperaron, sin embargo, a la primera descarga de proyectiles. Como el cónsul pudo mantener a sus hombres alejados del saqueo del campamento, envió inmediatamente en persecución a las otras divisiones. Estas los siguieron hasta una distancia considerable, matando en total a unos ocho mil hombres en la huida, pues no hubo combate. Los supervivientes cruzaron el Halis. Una gran parte del ejército romano pasó la noche en el campamento enemigo; al resto, el cónsul lo llevó de vuelta a su propio campamento. Al día siguiente, el cónsul hizo recuento de prisioneros y botín; el montante del último fue tan grande como correspondía a un pueblo que siempre había estado dedicado a la rapiña y que lo había acumulado durante tantos años de poseer por la fuerza de las armas todo el país a occidente del Tauro. Tras haberse reunido los galos dispersos por su huida, la mayoría heridos, desarmados y despojados de todas sus pertenencias, enviaron parlamentarios para pedir la paz al cónsul. Manlio les ordenó ir a Éfeso. Él mismo, deseoso de salir del territorio frío próximo al Tauro -estaban ya a mediados del otoño- llevó a su victorioso ejército de vuelta a la costa, en su cuarteles de invierno.

[38,28] Mientras se desarrollaban estas operaciones en Asia, las cosas permanecieron tranquilas en las demás provincias. En Roma, los censores Tito Quincio Flaminino y Marco Claudio Marcelo revisaron las listas de los senadores. Publio Escipión Africano fue elegido por tercera vez Príncipe del Senado y solo cuatro miembros fueron eliminados de la lista, ninguna de los cuales había ocupado una magistratura curul. Los censores mostraron también mucha indulgencia en la revisión de la lista de los caballeros. Contrataron la construcción de los cimientos del Equimelio, sobre el Capitolio, así como la del empedrado de una calle desde la puerta Capena hasta el templo

de Marte. Los campanos solicitaron al senado que decidiera dónde habían de censarse, decretándose que se censarían en Roma. Hubo inundaciones muy grandes este año; en doce ocasiones distintas, el Tíber inundó el Campo de Marte y las partes bajas de la Ciudad. Tras haber dado fin Cneo Manlio a la guerra contra los galos en Asia, el otro cónsul, Marco Fulvio, ahora que los etolios estaban derrotados, navegó hasta Cefalania y mandó dar a elegir a las diversas ciudades de la isla qué preferían: rendirse a los romanos o enfrentar la guerra. El miedo impidió que se negaran a rendirse y entregaron los rehenes que el cónsul les exigió en proporción a sus escasos recursos; los cranios, palenses y sameos entregaron veinte cada pueblo. Había amanecido en Cefalania la esperanza de una paz imprevista cuando, de repente, por alguna razón desconocida, la ciudad de los sameos se rebeló. Dijeron que, como su ciudad ocupaba una posición ventajosa, temían que los romanos los obligaran a irse a vivir a otro lugar. No se tiene la certeza de que se tratara de una invención por su parte y su quebrantamiento de la paz se debiera a temores imaginarios, o que la cuestión se hubiera discutido entre los romanos y hubiese llegado a sus oídos. Lo que sí se sabe con seguridad es que tras entregar rehenes cerraron sus puertas, y aunque el cónsul envió a aquellos rehenes ante las murallas para conmover las simpatías de sus conciudadanos y parientes, se negaron a abandonar su oposición. Como no dieran ninguna respuesta conciliadora, se inició el asedio de la ciudad. El cónsul hizo traer todas las máquinas de asedio desde Ambracia, completando rápidamente los soldados todos los trabajos que se debían hacer. Los arietes comenzaron a batir las murallas en dos puntos.

[38,29] Nada fue dejado de hacer por los sameos para defenderse de la máquinas de asedio o de los asaltos. Usaron, principalmente, de dos métodos de resistencia. Por una parte, allí donde era derruida la muralla construían incesantemente otra más fuerte por el lado de dentro; por la otra, practicaban frecuentes salidas, unas veces contra las obras de asedio y otras contra los puestos avanzados. En estas acciones, en muchas ocasiones, resultaron vencedores. Se ideó un sistema para mantenerlos atrás, simple y que casi no vale la pena mencionar. Se trajeron un centenar de honderos de Egio, Patras y Dime; estos hombres tenían la costumbre, como sus padres antes que ellos, de practicar con sus hondas lanzando al mar los cantos rodados que suele haber en la playa mezclados con la arena. De esta manera, lograban mayor precisión y mayor alcance que los honderos baleáricos. Sus hondas, además, no estaban hechas de una sola correa, como la de los baleares o las de otros pueblos, sino que constaban de tres capas cosidas juntas con fuertes costuras. Esto impedía que el proyectil girase al azar, cuando se soltaba la correa, y salía disparado recto y equilibrado como si se le hubiese lanzado con la cuerda de un arco. Solían atravesar, con sus piedras, anillos situados a gran distancia a modo de blancos, logrando así alcanzar no solo la cabeza, sino cualquier parte de la cara a la que apuntaran. Estas hondas impidieron a los sameos practicar aquellas frecuentes y osadas salidas; tanto se lo impidieron, de hecho, que pidieron desde las murallas a los aqueos que se retiraran durante un tiempo y se quedaran mirando mientras ellos combatían contra los puestos avanzados romanos. Same resistió el sitio durante cuatro meses. Día a día, una parte de su escaso número se reducía o resultaba herido, agotándose los defensores de física y anímicamente. Por fin, una noche, los romanos escalaron la muralla y se abrieron paso a través de la ciudadela que llaman Cineátide -pues, en efecto, la ciudad la extiende hacia el oeste, bajando hacia el mar- y llegaron hasta el foro. Al ver los sameos que la ciudad estaba parcialmente ocupada por el enemigo, se refugiaron en la ciudadela mayor con sus esposas e hijos. Al día siguiente se rindieron; la ciudad fue saqueada y se vendió a toda su población como esclavos.

[38,30] Después de resolver la situación de Cefalania y dejar una guarnición de Same, el cónsul navegó hacia el Peloponeso, donde ya hacía tiempo que le reclamaban los pueblos de Egio y los lacedemonios. Ya fuera como una concesión a su importancia o a causa de su conveniente ubicación, Egio había sido desde sus inicios el lugar de celebración de las reuniones de la Liga Aquea. Este año, por primera vez, Filopemen trató de acabar con esta costumbre y se disponía a

promulgar una ley para que la asamblea se celebrara por turno en cada ciudad de la Liga. Justo antes de la visita del cónsul, mientras que los demiurgos, que eran los magistrados de mayor rango de las ciudades, habían convocado una asamblea de la Liga en Egio, el pretor Filopemen la había convocado en Argos. Ya que resultaba evidente que casi todos acudirían allí a reunirse, el cónsul, aunque estaba a favor de los egienses, marchó también a Argos. Aquí se discutió el asunto y, viendo que las cosas tomaban otro rumbo, desistió de su intención. Los lacedemonios, a continuación, llamaron su atención con sus propias quejas. La principal causa de inquietud para su ciudad era la actitud amenazante de los exiliados, muchos de los cuales vivían en castillos y aldeas de la costa de Laconia, de la que se habían visto completamente privados. Los lacedemonios estaban irritados ante aquel estado de cosas; querían tener acceso al mar por algún sitio, por si alguna vez deseaban enviar embajadores a Roma o a cualquier otro lugar, y disponer también de un mercado y un almacén para los bienes importados para las necesidades del consumo. Lanzaron un ataque nocturno por sorpresa contra un pueblo de la costa llamado Las. Los aldeanos y los exiliados quedaron al principio aterrorizados por el ataque repentino, pero antes que se hiciera de día se reagruparon y, tras un pequeño combate, expulsaron a los lacedemonios. Entonces, se dio la alarma en toda la costa y todos los castillos, las aldeas y los exiliados que habían asentado allí sus hogares enviaron una embajada conjunta a los aqueos.

[38.31] Desde el principio, Filopemen había defendido la causa de los exiliados y había tratado siempre de convencer a los aqueos para que redujeran el poder e influencia de los lacedemonios. Convocó ahora un consejo para dar audiencia a los embajadores y, por iniciativa de él, se aprobó un decreto en los siguientes términos: *Considerando que Tito Quicio y los romanos habían confiado a la buena fe y protección de los aqueos las aldeas y castillos de la costa de Laconia, y puesto que la aldea de Las ha sido atacada por los lacedemonios, que estaban comprometidos por un tratado a no interferir con ellos, habiéndose producido allí una matanza, decretamos que, a menos que los autores y cómplices de esta atrocidad sean entregados a los aqueos, se considerará roto el tratado.* Se envió inmediatamente una misión a Lacedemonia para presentar esta exigencia. Tan arbitraria y arrogante la hicieron aparecer ante los ojos de los lacedemonios que de haber estado aquella ciudad en la posición que en otro tiempo ostentó, sin duda habrían tomado las armas. Lo que más temían era que, si se sometían al yugo al punto de cumplir con aquella exigencia inicial, Filopemen cumpliera con la política que había contemplado durante mucho tiempo de entregar Lacedemonia a los exiliados. En un arrebato de ira, dieron muerte a treinta hombres que pertenecían al partido de los que estaban de acuerdo con Filopemen y los exiliados, aprobando luego un decreto denunciando la alianza con los aqueos y ordenando la partida inmediata de una embajada a Cefalania para efectuar una rendición formal de Lacedemonia al cónsul y a Roma, rogándole que acudiera al Peloponeso y recibiera su ciudad bajo la protección y la soberanía del pueblo de romano.

[38,32] Cuando se informó de estas disposiciones a los aqueos, todas las ciudades de la Liga declararon unánimemente la guerra a los lacedemonios. El invierno impidió cualquier acción inmediata a gran escala, pero sí se lanzaron pequeñas expediciones de saqueo que devastaron sus territorios por tierra y por mar, con naves, más a la manera de los bandidos que de los soldados regulares. Estas agresiones hicieron venir al cónsul al Peloponeso, ordenando la convocatoria de una asamblea en Élide, a la que se convocó también a los lacedemonios para que expusieran su caso. La discusión pronto se convirtió en una acalorada disputa, a la que el cónsul puso fin. Este ansiaba contentar a ambas partes y tras haber dado respuestas que a nada le comprometían, advirtió a ambas partes que se abstuvieran de hostilidades hasta que hubieran comparecido sus embajadores ante el Senado, en Roma. Cada parte envió sus embajadores a Roma; los exiliados lacedemonios confiaron su causa a los aqueos. Los encargados de la embajada aquea fueron Diófanes y Licortas, ambos naturales de Megalópolis. Estos tenían opiniones políticas contrapuesta, y los discursos que

pronunciaron mostraron igual divergencia. Diófanes era partidario de dejar la decisión de todos los puntos en manos del Senado, pues podría resolver los asuntos en disputa entre los aqueos y los lacedemonios de la mejor manera posible. Licortas, siguiendo instrucciones de Filopemen, reivindicó el derecho de los aqueos a ejecutar su decreto de conformidad con el Tratado y con sus leyes, y solicitó que el Senado les permitiera ejercer sin menoscabo la libertad que les había garantizado. Por aquel entonces, los aqueos gozaban de una alta estima por parte de los romanos; se decidió, no obstante, que la situación de los lacedemonios no debía cambiar de ninguna manera. La respuesta del Senado fue tan ambigua que, mientras que los aqueos supusieron que tenían las manos libres respecto a los lacedemonios, los lacedemonios la interpretaron en el sentido de que los aqueos no habían obtenido lo que pedían. Los aqueos usaron sin escrúpulos y con exceso de la libertad que suponían se les había concedido. A Filopemen se le prorrogó su magistratura.

[38.33] Al principio de la primavera, Filopemen movilizó al ejército y estableció su campamento en territorio de los lacedemonios. Envió entonces embajadores para exigir la entrega de los responsables de la rebelión y prometió que si la ciudad los entregaba seguiría en paz, no sufriendo ningún castigo aquellos hombres hasta que se hubiera fallado su caso. El miedo mantuvo callado al resto; los que habían sido nombrados declararon su voluntad de ir, ya que habían recibido garantías de los embajadores de Filopemen de que estarían a salvo de violencia hasta de emisarios Filopemen de la garantía de que estarían a salvo de la violencia hasta que se les hubiese escuchado. Fueron también otros, hombres de posición notable, para apoyar a sus amigos y porque consideraban además que su causa afectaba al interés público. Nunca antes habían los aquellos llevado a los exiliados a territorio lacedemonio, pues consideraban que nada les indispondría tanto; ahora, casi iban en vanguardia de todo el ejército. Cuando los lacedemonios llegaron ante la puerta del campamento, los exiliados les salieron en grupo. Al principio se atacaron mediante insultos; luego, conforme se excitaban los ánimos por ambas partes, los más exaltados de los exiliados atacaron a los lacedemonios. Como estos apelaran a los dioses y a la palabra dada por los embajadores de Filopemen, estos y el mismo pretor trataron de apartar a la multitud y proteger a los lacedemonios, parando incluso a alguno que ya los estaba encadenando; se juntó una gran masa y aumentó confusión. Los aqueos corrieron a ver lo que estaba pasando, y los exiliados, protestando a gritos por el sufrimiento que habían soportado, imploraban su ayuda y les decían que si dejaban pasar esta oportunidad nunca tendrían otra más favorable. Que por culpa de aquellos hombres se había quebrado el tratado firmado en el Capitolio, en Olimpia y en la ciudadela de Atenas; que antes de comprometerse con otro tratado se debía castigar a los culpables. Este lenguaje excitó a la multitud y un hombre gritó *¡destrozadlos!*; empezaron a arrojar piedras contra ellos, siendo muertos diecisiete hombres que habían sido encadenados durante el tumulto. Al día siguiente, fueron detenidos sesenta y tres de los que Filopemen había protegido de la violencia, no porque le preocupara su seguridad, sino porque no quería que perecieran antes del día del juicio. Víctimas de la furia de la multitud, poco pudieron hablar y a oídos contrarios. Todos fueron hallados culpables y entregados al suplicio.

[38,34] Habiendo aterrorizado así a los lacedemonios, les enviaron órdenes perentorias: en primer lugar, que debían destruir sus murallas; en segundo lugar, que todos los mercenarios extranjeros que habían servido bajo los tiranos debían abandonar el territorio de Laconia; en tercero, que todos los esclavos que habían liberado los tiranos, de los que existía un gran número, debían partir en una fecha dada; a cualquiera que se quedara, los aqueos tendrían el derecho de llevárselos y venderlos; por último, debían derogar las leyes y costumbres de Licurgo y someterse a las leyes e instituciones de los aqueos, ya que de esta manera formarían un solo cuerpo y se pondrían de acuerdo más fácilmente en una política común. Con ninguna de estas exigencias cumplieron más fácilmente que con la que exigía la destrucción de sus murallas, y ninguna levantó más amargos sentimientos como la que exigía la restauración de los exiliados. Se aprobó un decreto para su

retorno en un consejo de los aqueos en Tegea, y se dijo que los mercenarios extranjeros habían sido licenciados y que los lacedemonios adscritos, pues así se designó a los esclavos liberados por los tiranos, habían abandonado la ciudad y se habían dispersado por los alrededores. Al recibir esta información se decidió que, antes de que se desmovilizara el ejército, el pretor debería marchar con una fuerza de infantería ligera y arrestar a tales hombres, vendiéndolos como botín adquirido legítimamente. Muchos fueron capturados y vendidos. Con el dinero así obtenido se restauró, por sugerencia de los aqueos, el pórtico de Megalópolis que los lacedemonios habían destruido. Esta ciudad recuperó también el territorio de Belbina, del que se habían apoderado injustamente los tiranos de Lacedemonia; esto se efectuó en virtud de un antiguo decreto emitido por los aqueos durante el reinado de Filipo, el hijo de Amintas. Por estas medidas, la ciudad de Lacedemonia perdió el nervio de sus fuerzas y quedó durante mucho tiempo a merced de los aqueos. Ninguna pérdida, sin embargo, les afectó más profundamente que la abolición de la disciplina de Licurgo, que habían mantenido durante ochocientos años.

[38,35] Después de la reunión de la asamblea en que se dilucidó la disputa entre los aqueos y los lacedemonios, el cónsul, Marco Fulvio, regresó a Roma con el propósito de celebrar las elecciones, pues el año estaba ya llegando a su fin. Proclamó cónsules a Marco Valerio Mesala y a Cayo Livio Salinator, desechando a Marco Emilio Lépido, enemigo suyo, que también fue candidato al consulado para aquel año *(188 a.C.)*. Los pretores electos fueron Quinto Marcio Filipo, Marco Claudio Marcelo, Cayo Estertinio, Cayo Atinio, Publio Claudio Pulcro y Lucio Manlio Acidino. Una vez finalizadas las elecciones, se decidió que Marco Fulvio regresaría a su ejército y mando, concediéndole una prórroga de su mando a él y a su colega Cneo Manlio por un año. Este año se hizo colocar una estatua de Hércules en el templo del dios, según las indicaciones de los decenviros; Publio Cornelio emplazó un carro dorado con seis caballos en el Capitolio, con una inscripción declarando que había sido donada por el cónsul. También colocaron doce escudos dorados los ediles curules Publio Claudio Pulcro y Servio Sulpicio Galo, a partir de las multas impuestas a los mercaderes de grano que lo habían estado acaparando. El edil plebeyo, Quinto Fulvio Flaco, hizo colocar dos estatuas doradas procedentes de la multa de un solo acusado, pues los juicios se habían visto por separado. Su colega, Aulo Cecilio, no había condenado a nadie. Se celebraron tres veces los Juegos Romanos y cinco veces los Juegos Plebeyos. Inmediatamente después de tomar posesión del cargo los idus de marzo, los nuevos cónsules consultaron al Senado sobre la política a seguir respecto a las provincias y los ejércitos. No se hizo ningún cambio respecto a Etolia o Asia. Pisa y los ligures fueron asignadas a un cónsul y la Galia al otro. Recibieron instrucciones para que llegaran un acuerdo, o echaran a suertes, el reparto de las provincias; cada uno alistaría un nuevo ejército de dos legiones romanas y quince mil infantes y mil doscientos jinetes de los aliados itálicos. Liguria correspondió a Mesala y la Galia a Salinator. A continuación, los pretores sortearon sus mandos. La pretura ciudadana recayó en Marco Claudio; la peregrina fue para Publio Claudio; Sicilia correspondió a Quinto Marcio; Cerdeña fue para Cayo Estertinio; la Hispania Citerior fue para Lucio Manlio y la Hispania Ulterior para Cayo Atinio.

[38.36] En relación con los ejércitos del extranjero, se decidió que las legiones de la Galia, que habían estado bajo el mando de Cayo Lelio, se deberían transferir al del propretor Marco Tucio para prestar servicio en el Brucio. Se licenciaría el ejército de Sicilia y el propretor Marco Sempronio traería la flota allí basada de vuelta a Roma. Se decretó que las legiones destacadas en cada una de las dos Hispanias seguirían allí y que los pretores llevarían cada uno con ellos, como refuerzos, a tres mil infantes y doscientos jinetes procedentes de los aliados. Antes de que los nuevos magistrados partieran para sus provincias, se celebraron rogativas especiales durante tres días en todos los cruces de caminos, por orden del colegio de los decenviros, como consecuencia de la oscuridad que se extendió entre las horas tercera y cuarta. También se ordenaron sacrificios durante nueve días a consecuencia de una lluvia de piedras sobre el Aventino. Los campanos habían

sido obligados, por un senadoconsulto aprobado el año anterior, a censarse en Roma, pues anteriormente había habido dudas sobre dónde se debían censar. Solicitaban ahora que se les autorizara a casarse con ciudadanas romanas, y que a quien ya lo hubiera hecho se le permitiera conservarla, así como que los niños ya nacidos tuvieran la consideración de legítimos herederos. Ambas solicitudes fueron concedidas. Uno de los tribunos de la plebe, Cayo Valerio Tapón, presentó una propuesta para que se concediera derecho al voto a los ciudadanos de Formia, Fundo y Arpino, que hasta entonces habían disfrutado de la ciudadanía sin el derecho a voto. Esta moción fue rechazada por cuatro de los tribunos, basándose en que no había recibido la sanción del Senado; cuando se les indicó que residía en el pueblo, y no en el Senado, la potestad de otorgar el derecho a quien quisiera, abandonaron su oposición . Los ciudadanos de Formia y Fundo votarían en la tribu Emilia, los de Arpino lo harían en la Cornelia. En estas tribus, por lo tanto, quedaron inscritas por vez primera en virtud del plebiscito Valerio. El censor Marco Claudio Marcelo, preferido por la suerte a Tito Quincio, cerró el lustro. El censo arrojó que el número de ciudadanos ascendía a doscientos cincuenta y ocho mil trescientos dieciocho. Una vez resuelto el censo, los cónsules partieron hacia sus provincias.

[38,37] Durante este invierno, Cneo Manlio, que pasaba la estación en Asia, primero como cónsul y después como procónsul, fue visitado por las delegaciones de todas las naciones y pueblos a esta parte del Tauro. Mientras que los romanos consideraban su victoria sobre Antíoco como más notable que la posterior sobre los galos, los aliados asiáticos se alegraron más por la segunda que por la primera. El sometimiento al rey era cosa mucho más fácil de soportar que la ferocidad de los despiadados bárbaros, por la horrorosa incertidumbre diaria de no saber dónde llevaría la desolación aquella especie de tormenta. Habiendo recuperado su libertad mediante la expulsión de Antíoco y la paz por el sometimiento de los galos, venían ahora ante el cónsul no solo para presentarle sus felicitaciones y darle las gracias, sino con coronas de oro, cada una según sus posibilidades. Llegaron también embajadores de Antíoco, y hasta de los mismos galos, para conocer las condiciones de la paz. También envió embajadores Ariarates para pedir el perdón y ofrecer una expiación pecuniaria por su responsabilidad al haber ayudado a Antíoco con tropas auxiliares. Se le ordenó pagar seiscientos talentos de plata, a los galos se les dijo que cuando llegara el rey Eumenes este les dictaría las condiciones de paz. Despidió las delegaciones de las diversas ciudades con amables respuestas y se marcharon aún más contentas que a su venida. Los embajadores de Antíoco recibieron orden de llevar el dinero y el trigo a Panfilia, según lo acordado con Lucio Escipión; también allí se dirigiría el cónsul con su ejército.

Por lo tanto, al comienzo de la primavera y después de purificar al ejército con las lustraciones, inició su marcha y, después de ocho días, llegó a Apamea. Allí permaneció acampado durante tres días y entró luego en Panfilia, donde había ordenado a los embajadores del rey que depositaran el dinero y el trigo. Los dos mil quinientos talentos de plata se llevaron a Apamea y el trigo se distribuyó entre el ejército. Desde allí avanzó hasta Perga, la única ciudad de ese país que estaba ocupada por una guarnición de soldados del rey. A su llegada, salió a su encuentro el prefecto de la guarnición, quien le solicitó una tregua de treinta días para que pudiera consultar con Antíoco sobre la entrega de la ciudad. Se le concedió aquel plazo y al trigésimo día la guarnición evacuó la plaza. Mientras el cónsul estaba en Perga, envió a su hermano Lucio Manlio con una fuerza de cuatro mil hombres a Oroanda, para recoger el resto del dinero que debía entregarse según lo estipulado. Al enterarse de que habían llegado a Éfeso el rey Eumenes y los diez comisionados de Roma, llevó su ejército a Apamea y ordenó a los embajadores de Antíoco que lo siguieran.

[38,38] Los diez comisionados redactaron aquí el tratado, cuyos términos aproximados fueron los siguientes: *Habrá paz y amistad entre el rey Antíoco y el pueblo romano sobre los siguientes términos y condiciones: el rey no permitirá el paso por sus territorios, ni por los que le estén sometidos, de ningún ejército que vaya a hacer la guerra al pueblo romano o a sus aliados, ni le*

ayudará con provisiones ni de ninguna otra forma. Los romanos y sus aliados actuarán de igual manera respecto a Antíoco y quienes estén bajo su dominio. El rey Antíoco no tendrá derecho a hacer la guerra a los que habitan en las islas ni a pasar a Europa. Procederá a retirarse de todas las ciudades, tierras, pueblos y fortalezas de este lado de las montañas del Tauro hasta el río Halis, así como desde el valle del Tauro hasta las cumbres de la ladera que da a Licaonia. Aparte de las armas, no se llevará nada de las mencionadas ciudades, tierras y fortaleza; si se hubiera llevado algo, lo devolverá debidamente a cualesquier lugar que perteneciera. No acogerá a ningún soldado ni otra persona alguna del reino de Eumenes. Si hay ciudadanos que pertenecen a las ciudades que dejan de estar bajo su dominio con Antíoco o dentro de los límites de su reino, todos habrán de regresar a Apamea en una fecha determinada, sin excepción; si está con los romanos, o con alguno de sus aliados, cualquier súbdito de Antíoco, serán libres de quedarse o de regresar. Devolverá a los romanos y a sus aliados los esclavos, fueran fugitivos o prisioneros de guerra, y a cualquier hombre libre que hubiera sido capturado o que fuera un desertor. Deberá renunciar a sus elefantes y no obtendrá ninguno más. Asimismo, entregará sus buques de guerra con todos sus aparejos y no podrá tener más de diez naves ligeras, ninguna de ellas impulsada por más de treinta remos ni monere alguna que pueda emplearse en alguna guerra que él piense hacer. No llevará sus barcos al oeste de los farallones del Calicado y Sarpedonio, excepto aquellos que deban transportar el dinero, el tributo, embajadores o rehenes. Antíoco no tendrá derecho a contratar a mercenarios de los pueblos que estén bajo el dominio de Roma, ni los aceptará como voluntarios. Aquellas casas y edificios pertenecientes a los rodios y a sus aliados, que estén dentro de los dominios de Antíoco, seguirán perteneciéndoles con el mismo derecho que antes de la guerra. Si se debiera cualquier dinero, les será abonado; si algo hubiera sido sustraído, tendrán derecho a buscarlo y recuperarlo. Cualquier ciudad de las que ha entregado y que estuviera en poder de alguien a quien se la hubiera dado Antíoco, deberá ver retiradas sus guarniciones y asegurarse su entrega debidamente. Deberá pagar doce mil talentos áticos de plata de buena ley, en plazos iguales durante doce años -los talentos habrán de tener un peso mínimo de 80 libras romanas- y quinientos cuarenta mil modios de trigo. Deberá pagar al rey Eumenes trescientos cincuenta talentos en un plazo de cinco años y, en lugar de trigo, pagará su valor en metálico, ciento veintisiete talentos. Entregará a los romanos veinte rehenes, que sustituirá por otros a los tres años; ninguno será menor de dieciocho años ni mayor de cuarenta y cinco. Si alguno de los aliados de Roma hace la guerra sin provocación a Antíoco, este tendrá derecho a repelarlo por la fuerza de las armas, a condición de que no ocupe una ciudad por derecho de guerra ni la reciba como amiga. Los litigios se determinarán ante un tribunal y mediante árbitros o, si ambos así lo deciden, mediante la guerra. Se añadió una cláusula adicional respecto a la entrega de Aníbal el cartaginés, el etolio Toante, Mansíloco el acarnane y los calcidenses Eubúlidas y Filón; así mismo se indicó que si más adelante se decidiera agregar, derogar o modificar cualquiera de los puntos, se haría sin menoscabo de la validez del tratado.

[38.39] El cónsul prestó juramento de respetar el tratado, y Quinto Minucio Thermus y Lucio Manlio, que casualmente acababan de regresar de Oroanda, fuero a exigir el juramento del rey. El cónsul escribió también a Quinto Fabio Labeo, que estaba al mando de la flota, para que se dirigiera inmediatamente a Pátara y desguazase o quemase todos los barcos del rey que estaban allí estacionados. Así pues, saliendo de Éfeso, destruyó o quemó cincuenta naves con cubierta. Durante este viaje, recibió la rendición de Telmeso, cuyos habitantes se aterrorizaron ante la repentina aparición de la flota. Dejando Licia, siguió su viaje y pasando por entre las islas llegó a Grecia, permaneciendo unos pocos días en Atenas en espera de los barcos a los que había mandado que le siguieran desde Éfeso. En cuanto entraron en el Pireo, regresó con toda su flota a Italia. Entre las cosas que debía entregar Antíoco estaban sus elefantes, que fueron todos regalados por Cneo Manlio a Eumenes. Luego se dispuso a examinar la situación de las diferentes ciudades, muchas de las cuales estaban confusas a causa de los cambios políticos. Ariarates fue acogido como amigo y,

por aquel entonces, había comprometido a su hija con Eumenes; mediante los buenos oficios de este, se le perdonó la mitad de la indemnización que debía.

Una vez completada la investigación sobre la situación y circunstancias de las diferentes ciudades, los diez comisionados tomaron las decisiones correspondientes. A las que habían sido tributarias de Antíoco, pero cuyas simpatías habían estado con Roma, se les concedió la exención de todos los tributos. A las que habían sido aliadas de Antíoco o habían pagado tributo a Atalo, se les ordenó que lo pagaran a Eumenes. Los nativos de Colofón que vivían en Notio, junto con los cimeos y milasenos, recibieron también una mención especial de exención. A Clazomene se le entregó la isla de Drimusa, así como la exención. Se devolvió a los milesios la llamada *tierra sagrada*, y a los ilienses les anexionaron Reteo y Gergito, no tanto por los servicios recientemente prestados, sino como a modo de reconocimiento por ser su hogar ancestral, concediéndose la libertad por este mismo motivo a Dárdano. Quíos, Esmirna y Eritrea, también, a cambio de la singular lealtad mostrada durante la guerra, recibieron territorios y fueron tratadas con honores y consideración especiales. Se devolvió a los focenses el territorio que poseían antes de la guerra y se les permitió gobernarse por sus antiguas leyes. Se confirmaron las donaciones hechas a Rodas en virtud de un decreto anterior; estas incluían Licia y Caria, hasta el Meandro, con excepción de Telmeso. Los dominios de Eumenes se ampliaron con la incorporación del Quersoneso, en Europa, y de Lisimaquia y los castillos, pueblos y territorio de la extensión que había ocupado Antíoco; en Asia, las dos Frigias, la del Helesponto y la otra, llamada Frigia Mayor; Misia, que le había arrebatado Prusias, le fue devuelta junto con Licaonia, Milíade y Lidia, así como las ciudades de Tralo, Éfeso y Telmeso, que se citaron específicamente. Con respecto a Panfilia, surgió una dificultad entre Eumenes y los emisarios de Antíoco, pues una parte de esta está a este lado del Tauro y la otra está del otro lado; el asunto se remitió al Senado.

[38.40] Una vez resueltas y aceptadas estas disposiciones, Manlio se dirigió al Helesponto con los diez comisionados y todo su ejército. Una vez aquí, convocó a los régulos galos y les informó de las condiciones bajo las que mantendrían la paz con Eumenes, advirtiéndoles de que habrían de poner fin a su costumbre de lanzar incursiones armadas y deberían quedarse dentro de los límites de sus propios territorios. Reunió luego sus naves a todo lo largo de la costa y, con la adición de la flota de Eumenes que fue traída desde Elea por su hermano Ateneo, el cónsul trasladó a Europa a la totalidad de sus fuerzas. El ejército iba pesadamente cargado con toda clase de botín y, por consiguiente, avanzó a través del Quersoneso a un ritmo moderado hasta que llegaron a Lisimaquia. Aquí descansaron durante algún tiempo para que sus animales de carga pudieran estar lo más fuertes y descansados que se pudiera antes de entrar en Tracia, pues generalmente se temía el tránsito por aquel país. El cónsul llegó al río Mélana el mismo día en que salió de Lisimaquia, arribando al día siguiente a Cipsela. Desde Cipsela, les esperaba una marcha de diez millas por un terreno quebrado, estrecho y rodeados por bosques. En vista de las dificultades de la ruta, el ejército formó en dos divisiones. A una de ellas se le ordenó marchar en vanguardia; a la otra, a considerable distancia, que cubriera la retaguardia. Entre ambas se situó la impedimenta. Esta incluía los carros que transportaban el dinero del erario y el botín de más valor. Mientras marchaban con este orden a través de un paso, un grupo de tracios procedentes de cuatro tribus -astios, cenos, maduatenos y Corelos-, en número no mayor de diez mil, se emboscaron a ambos lados de la carretera, en su parte más angosta. Todos pensaron que aquello se debió a la traición de Filipo, quien sabía que los romanos regresarían por Tracia y era también conocedor de la cantidad de dinero que transportaban.

El comandante marchaba con el grupo de vanguardia, inquieto por el terreno accidentado y difícil. Los tracios no se movieron mientras pasaban las tropas armadas; pero cuando observaron que la vanguardia había salido de la parte más estrecha del paso y que el grupo posterior aún no se acercaba, atacaron los bagajes y los equipos personales, y dando muerte a la escolta empezaron unos a saquear los carros y otros a tirar de las acémilas con sus cargas. Los gritos y los gritos fueron escuchados en primer lugar por los que venían detrás y después por los que iban por delante. Desde

ambas direcciones se acudió a toda prisa al centro, dando comienzo una lucha desordenada en varios puntos a la vez. El mismo botín expuso a los tracios a una masacre, pues su peso les estorbaba y muchos iban sin armas para disponer de ambas manos libres para el saqueo. Por otra parte, el terreno desfavorable dejaba expuestos a los romanos frente a los bárbaros, que corrían por senderos con los que estaban familiarizados o que se escondían en los recovecos de las rocas. También los equipajes y los carros estorbaban a los combatientes y obstruían los movimientos de unos y otros como por casualidad. Aquí cae un saqueador, allí otro que intenta recuperar el botín. La suerte de la batalla cambiaba primero para un lado y luego para el otro, según fuera el terreno favorable o desfavorable, según creciera o decreciera el valor de cada cual, o según el número, pues unos se habían encontrado con un grupo más numeroso y otros con uno menos numeroso. Cayeron muchos en ambos lados y ya se estaba haciendo la noche cuando los tracios se retiraron, no porque escaparan heridos y muertos, sino porque ya tenían suficiente botín.

[38,41] Una vez fuera del paso, en terreno abierto, la división de cabeza del ejército romano acampó cerca del templo de Bendis. El segundo grupo se mantuvo dentro del paso para proteger el tren de bagajes, al que rodearon con una doble empalizada. Al día siguiente, después de reconocer el paso, se unieron con la división de vanguardia. El combate se extendió prácticamente por todo el paso, perdiéndose una parte de los animales de carga y cayendo parte de los calones y buen número de soldados. Sin embargo, la pérdida más grave fue la del valiente y esforzado soldado Quinto Minucio Termo. En el transcurso del día llegaron al Evro, y desde allí marcharon hasta más allá de un templo de Apolo al que los nativos llaman Zerintio, en el país de los enios. Se debía cruzar otro desfiladero cerca Tempira -que así se llama el lugar-, no menos difícil que el anteriormente cruzado; pero como no había terreno boscoso alrededor, no ofrecía ocasión de ocultar una emboscada. Otra tribu tracia, los trausos, se habían concentrado también aquí, ávidos de botín; pero sus movimientos, al tratar de bloquear el paso, fueron detectados desde lejos a causa de la aridez del paisaje. Los romanos sufrieron menos miedo y desorden ya que, aunque el terreno no era muy propicio a las maniobras, sí podían desplegar sus estandartes y formar alineados. Cargando en orden cerrado y lanzando su grito de guerra, expulsaron al enemigo de sus posiciones y luego lo pusieron en fuga. La estrechez del obligó al hacinamiento de los fugitivos, produciéndose una gran masacre.

Los victoriosos romanos acamparon en una aldea maronita llamada Sale. Al día siguiente, marchando a través de terreno despejado, entraron en la llanura Priática. Allí permanecieron, haciendo acopio de trigo traído en parte de los campos maronitas por ellos mismos y en parte por los buques de la flota, que iban cargados con todo tipo de pertrechos y que seguían sus movimientos. Un día de marcha les llevó hasta Apolonia y, desde aquí, a través del territorio de Abdera, llegaron a Neápolis. Toda esta parte de la marcha, a través de las colonias griegas, se efectuó pacíficamente; la otra parte, sin embargo, a través del corazón de la Tracia, aunque no presentó una oposición frontal, exigió una continua cautela tanto de día como de noche. Cuando este ejército recorrió esta misma ruta bajo el mando de Escipión encontró a los tracios menos agresivos; la única razón para esto fue que llevaban menos botín para saquear. No obstante, nos cuenta Claudio que un grupo de tracios, en número de unos quince mil, trató de oponerse a Mútines el númida, que estaba practicando un reconocimiento en vanguardia del ejército principal. Había cuatrocientos jinetes númidas y unos cuantos elefantes; el hijo de Mútines, con ciento cincuenta jinetes escogidos, cabalgó a través del enemigo; atacó después por la retaguardia al enemigo con el que ya se estaba enfrentado Mútines, con sus elefantes en el centro y su caballería en los flancos. Creó tal desorden entre ellos que nunca lograron acercarse al cuerpo principal de la infantería. Atravesando Macedonia, Cneo Manlio condujo a su ejército a Tesalia y llegó, finalmente, a Apolonia después de cruzar el Epiro. Allí permaneció durante el invierno, pues el estado del mar en aquella estación no era tan despreciable como para aventurarse a cruzarlo.

[38.42] Ya casi al final del año llegó el cónsul Marco Valerio desde Liguria para la elección de

nuevos magistrados. No había hecho nada digno de mencionar en su provincia y que pudiera haber justificado que llegase en una fecha más tardía de lo habitual para celebrar las elecciones. Los comicios para elegir a los cónsules tuvieron lugar el dieciocho de febrero, resultando electos Marco Emilio Lépido y Cayo Flaminio. Los pretores elegidos al día siguiente fueron Apio Claudio Pulcro, Servio Sulpicio Galba, Quinto Terencio Culeo, Lucio Terencio Masiliota, Quinto Fulvio Flaco y Marco Furio Crasípede. Una vez terminadas las elecciones, los cónsules pidieron al Senado que resolviera qué provincias se asignarían a los pretores. Se decretó que deberían quedar dos en Roma para la administración de justicia; dos fuera de Italia, en Sicilia y Cerdeña; dos en la misma Italia, en Tarento y en la Galia; y se ordenó que los pretores las sortearan de inmediato antes de asumir el cargo. La pretura urbana recayó en Servio Sulpicio y la peregrina en Quinto Terencio; Sicilia fue para Lucio Terencio, Cerdeña para Quinto Fulvio, Tarento correspondió a Apio Claudio y la Galia a Marco Furio. Durante aquel año, Lucio Minucio Mirtilo y Lucio Manlio fueron acusados de haber golpeado a los embajadores cartagineses. Fueron entregados a estos por los feciales y llevados a Cartago.

Había rumores de una guerra a gran escala en la Liguria, que iban creciendo de día en día. Como consecuencia de esto, el Senado decretó que ambos cónsules tendrían Liguria como su provincia. El cónsul Lépido se opuso a esta resolución y protestó contra el que ambos cónsules quedaran confinados a los valles de la Liguria. Marco Fulvio -dijo- y Cneo Manlio había estado actuando durante dos años, el uno en Europa y el otro en Asia, como su hubieran sustituido a Filipo y Antíoco en sus tronos. Si el Senado deseaba que hubiera sendos ejércitos en aquellos países, resultaba más apropiado que a su frente estuvieran los cónsules y no ciudadanos particulares. Iban visitando y amenazando con la guerra a naciones contra las que se les había declarado, y vendiendo la paz por un precio. Si era necesario que tales ejércitos ocupasen aquellas provincias, entonces Cayo Livio y Marco Valerio, como cónsules, debían suceder a Fulvio y Manlio de la misma manera en que Lucio Escipión, cuando fue cónsul, sucedió a Manio Acilio y que Marco Fulvio y Cneo Manlio, al convertirse en cónsules, sucedieron a Lucio Escipión. Y en todo caso, ahora, una vez que la guerra en Etolia había llegado a su fin, que se había tomado Asia de Antíoco y que se había subyugado a los galos, o se enviaban a los cónsules para mandar los ejércitos consulares regulares o se traían a casa las legiones y se devolvían a la república. Después de escuchar su discurso, el Senado mantuvo su decisión de que ambos cónsules tuvieran la Ligurio como provincia; decidió que Manlio y Fulvio debían dejar sus provincias y que retirasen de allí a sus ejércitos y volvieran a Roma.

[38,43] Marco Fulvio y Marco Emilio estaban en malos términos el uno con el otro, principalmente porque Emilio consideraba que había sido cónsul con dos años de retraso por culpa de Marco Fulvio. Con el fin de provocar envidia y enemistad contra él, presentó ante el Senado a algunos embajadores de Ambracia a los que había sobornado para que presentaran cargos contra él. Estos afirmaron que, habiendo estado en paz y habiendo hecho cuanto los anteriores cónsules les habían exigido, y estando dispuestos a mostrar la misma obediencia a Marco Fulvio, se les declaró la guerra, se asolaron sus campos, se provocó el terror a base de derramamientos de sangre y el pillaje alcanzó a su ciudad y les obligó a cerrar sus puertas. Luego fueron sitiados, su ciudad tomada al asalto y se desataron sobre ellos todos los horrores de la guerra: incendios y masacres, sus casas demolidas, su ciudad completamente saqueada, sus esposas e hijos arrastrados a la esclavitud, arrebatadas sus propiedades y, lo que más amargamente sentían, los templos de su ciudad despojados de sus adornos, las estatuas de sus dioses, o más bien los mismos dioses, arrancados de sus santuarios y llevados. Todo lo que quedó a la ambracienses fueron las paredes desnudas y los pórticos para recibir su culto o escuchar sus súplicas y sus oraciones. Mientras estaban presentando estas quejas, el cónsul, como previamente se había dispuesto, les interrogaba sobre otras acusaciones y obtenía respuestas pronunciadas con aparente renuencia.

La Cámara quedó impresionada por estas declaraciones y el otro cónsul, Cayo Flaminio, se

hizo cargo de la defensa de Fulvio. Señaló que los ambracienses habían recurrido a una antigua y desusada práctica, pues justo de aquella misma manera había sido acusado Marco Marcelo por los siracusanos y Quinto Fulvio por los campanos. ¿Por qué no dejaba el Senado que Filipo acusara, con similares motivos, a Tito Quincio; que Antíoco lo hiciera contra Manio Acilio y Lucio Escipión, los galos contra Cneo Manlio, o los etolio y cefalanios contra el mismo Marco Fulvio? *Ambracia*, -continuó diciendo- *ha sido tomada por asalto, se han llevado las estatuas y ornamentos del templo, y ha sucedido cuanto generalmente ocurre en la captura de las ciudades. ¿Creéis, padres conscriptos, que yo, hablando en defensa de Marco Fulvio, lo negaré? ¿O que lo va a negar el mismo Marco Fulvio, cuando por todos estos hechos piensa solicitaros un triunfo y llevar delante de su carro y atar a los pilares de su casa la representación de la captura de Ambracia y las estatuas de cuyo robo se le acusa, así como otros bienes? No hay motivo para separar la causa de los ambracienses de la de los etolios, las circunstancias de unos son las mismas que las de los otros. Mi colega, por tanto, debe descargar su enemistad en alguna otra causa o, si prefiere la presente, debe retener a sus ambracienses hasta el regreso de Fulvio. No permitiré que se apruebe ningún decreto ni respecto a los ambracienses ni respecto a los etolios en ausencia de Marco Fulvio.*

[38,44] Emilio continuó atacando a su enemigo y declaró que su astucia y su malicia eran notorias, y que Fulvio se las arreglaría para retrasar las cosas de manera que no vendría a Roma mientras fuera cónsul su adversario. Dos días pasaron así disputando los cónsules. Era evidente que no se llegaría a ninguna decisión mientras se encontrara allí Flaminio. Aprovechando una ausencia de Flaminio por enfermedad, Emilio presentó una propuesta, que el Senado aprobó, en el sentido de que se devolverían todos sus bienes a los ambracienses y que serían libres para vivir bajo sus propias leyes; podrían percibir por tierra y mar los derechos de aduanas que desearan, a condición de quedar exentos de ellos los romanos y sus aliados latinos. Con respecto a las estatuas y ornamentos que según dijeron habían sido sustraídos de sus templos, se decidió que tras el regreso de Marco Fulvio a Roma se elevaría la cuestión al colegio de pontífices y se haría lo que este dictaminase. El cónsul no quedó satisfecho con esto; posteriormente, aprovechando una sesión de la Curia con poca asistencia, logró que se añadiera una cláusula afirmando que no existían pruebas de que Ambracia hubiera sido tomada al asalto. Como consecuencia de una grave epidemia que asoló la Ciudad y la campiña por igual, los decenviros decretaron que se debían ofrecer rogativas y sacrificios especiales durante tres días. Se celebraron después las Ferias Latinas. Una vez quedaron libres los cónsules de estos deberes religiosos y hubieron alistado a los hombres que precisaban -ambos prefirieron emplear tropas nuevas-, partieron para su provincia y licenciaron a las tropas veteranas. Después de su salida llegó Cneo Manlio a Roma, convocando el pretor Servio Sulpicio una reunión del Senado para concederle audiencia. Después de informar de los actos que había llevado a cabo, solicitó que, en reconocimiento por estos servicios, se rindieran honores a los dioses inmortales y se le diera permiso para entrar triunfante en la Ciudad. La mayoría de los diez comisionados que habían estado con él se opusieron a esta demanda, en especial Lucio Furio Purpurio y Lucio Emilio Paulo.

[38,45] Se les había nombrado, dijeron, para actuar como comisionados junto con Cneo Manlio con el propósito de concluir la paz con Antíoco y establecer finalmente los términos del tratado que se había esbozado por Lucio Escipión. Cneo Manlio hizo todo lo posible para alterar las negociaciones y, de haber tenido oportunidad, habría cogido a Antíoco en una trampa. Dándose cuenta el rey de las insidias del cónsul, y aunque le invitó frecuentemente a una entrevista personal, evitó no solo encontrarse con él, sino incluso simplemente verle. Estando el cónsul empeñado en cruzar la cadena del Tauro, resultó sumamente difícil para los comisionados convencerle contra la tentación de hacerlo así y que no quisiera experimentar la condena predicha por la Sibila para aquellos que sobrepasaban los límites fijados por el destino. No obstante, marchó con su ejército y

acampó casi en las mismas alturas, allí donde se dividen las vertientes. Cuando vio que las tropas del rey se mantenían tranquilas y que nada había que justificara las hostilidades, llevó sus fuerzas contra los galogriegos, un pueblo contra el que no se había declarado la guerra ni bajo la autoridad del Senado ni por orden del pueblo. ¿Quién más se había atrevido a hacer tal cosa por propia decisión? Las guerras contra Antíoco, Filipo, Aníbal y Cartago estaban frescas en la memoria de todos los hombres; en cada una de ellas, el Senado emitió un decreto y el pueblo lo ordenó; se habían enviado embajadores previamente en demanda de satisfacción y, como paso final, se declaró la guerra. *¿Cuál de estos preliminares* -continuó el orador- *has observado, Cneo Manlio, como para que nosotros consideremos tal guerra como librada por el pueblo de Roma y no simplemente como una expedición de saqueo por tu parte? ¿Te contentaste acaso con esto y marchaste con tu ejército directamente contra aquellos a quienes elegiste considerar como tus enemigos? ¿Por el contrario, no diste vueltas por caminos sinuosos, te detuviste en todos los cruces de caminos para que donde quiera que se dirigiera Atalo, el hermano de Eumenes, le pudieras seguir como un capitán mercenario tú, un cónsul con un ejército romano? ¿No visitaste cada lugar remoto y cada rincón de Pisidia, Licaonia y Frigia para cobrar a los tiranos y a los habitantes de los poblados apartados? ¿Qué necesidad tenías de interferir con los oroandeses o con los demás pueblos igualmente inocentes? Y sobre esta guerra, por la que estás solicitando un triunfo, ¿en qué manera la condujiste? ¿Combatiste en terreno favorable y en el momento de tu elección? Estás verdaderamente en lo cierto al reclamar que se rindan honores a los dioses inmortales: En primer lugar, porque no permitieron que el ejército pagara la temeridad de su comandante al hacer la guerra desafiando el derecho de gentes; en segundo, porque nos pusieron delante bestias salvajes, no enemigos.*

[38.46] *No creáis, senadores, que los galogriegos son una raza mixta solo de nombre; hace ya mucho que sus cuerpos y mentes se mezclaron y corrompieron. Si hubieran sido verdaderos galos, como aquellos contra los que hemos librado incontables batallas en Italia con resultado dispar, en cuanto dependió de vuestro general, hubiera regresado alguien para contarlo? Luchó contra ellos en dos ocasiones y en ambas avanzó contra ellos desde una posición desfavorable, formando el ejército más abajo, casi a los pies del enemigo que, casi sin tener que arrojarnos sus armas desde arriba, con solo haberse dejado caer con sus cuerpos desnudos, nos podría haber aplastado. ¿Qué sucedió entonces para que se evitara esto? ¡Pues que es grande la fortuna del pueblo romano, grande y terrible su nombre! Las recientes derrotas de Aníbal, de Filipo, de Antíoco, tenían casi aturdidos a los galos. Por ser tan grandes sus cuerpos, fueron puestos en fuga por hondas y flechas, ni una espada del ejército se manchó con la sangre de un galo, que huyeron como bandadas de aves ante el primer zumbido de nuestros proyectiles. Y sí, ¡por Hércules!, también la fortuna nos advirtió de lo que nos hubiera entonces ocurrido si hubiésemos tenido un auténtico enemigo. En nuestra marcha de regreso caímos entre los bandidos tracios con los que nos encontramos, fuimos masacrados, puestos en fuga y despojados de nuestros bagajes. Quinto Minucio Termo cayó, junto con muchos hombres valientes, y su pérdida fue mucho más grave de lo que hubiera sido la de Cneo Manlio, por cuya temeridad ocurrió la catástrofe. El ejército que traía a casa el botín tomado de Antíoco marchaba dividido en tres secciones y pernoctó entre matorrales y guaridas de bestias salvajes: la vanguardia por acá, la retaguardia allá y en otro lugar el tren de bagajes. ¿Es por estas hazañas por las que se pide un triunfo? Suponiendo que no se hubiera producido en Tracia esta ignominiosa derrota, ¿sobre qué enemigo pides el triunfo? Supongo que sobre aquellos que el Senado o el pueblo de Roma te hubiera designado como enemigos. Bajo tales términos se otorgó el triunfo a Lucio Escipión, a Manio Acilio sobre Antíoco; a Tito Quincio, un poco antes, sobre Filipo, a Publio Africano sobre Aníbal, Cartago y Sifax. Y cuando ya el Senado haya votado a favor de la guerra, aún se hubieron de contemplar algunas cuestiones menores como a quién se debería hacer la declaración de guerra, si inexcusablemente a los propios reyes o si bastaría con declararla ante alguna de sus guarniciones fronterizas. ¿Querremos pues, senadores,*

se que traten con desprecio todos estos trámites, que sea abolido el procedimiento solemne de los feciales y que se eliminen a los mismos feciales? Supongamos que se lancen a los vientos todos los escrúpulos religiosos -¡que los dioses me perdonen por decirlo!-; que se apropie de nuestros corazones el olvido de los dioses, ¿Aún así consideraríais apropiado que no se consultara al Senado sobre la guerra, o que no se planteara al pueblo si era su voluntad que se llevara a cabo la guerra contra los galos? En todo caso, recientemente, cuando los cónsules querían tener Grecia y Asia como provincias, vosotros mantuvisteis vuestra resolución de asignarles Liguria como provincia, y ellos se sometieron a vuestra autoridad. Merecidamente, por lo tanto, os solicitarán un triunfo tras sus victorias, a vosotros por cuya autoridad la han alcanzado.

[38.47] Esta fue la sustancia de lo que dijeron Furio y Emilio. Según la información que he podido reunir, Manlio habló en los siguientes términos: *Antiguamente, padres conscriptos, eran los tribunos de la plebe los que solían oponerse a quienes solicitaban un triunfo. Les agradezco que me rindan este homenaje, sea por mi persona o en reconocimiento de la grandeza de mis servicios, mostrando con su silencio su aprobación a que reciba este honor que, caso necesario, estaban dispuestos a solicitar del Senado. Es entre los diez comisionados donde están mis oponentes, aquellos que nuestros antepasados asignaron a sus comandantes con el propósito de recoger los frutos de sus victorias y aumentar su gloria. Lucio Furio y Lucio Emilio me impiden subir al carro triunfal y privan a mi frente de la corona, ellos, a quienes pensaba llamar como testigos de mis hazañas en caso de que los tribunos se opusieran a mi triunfo. No envidio a ningún hombre sus honores, padres conscriptos. El otro día, cuando los tribunos de la plebe, hombres esforzados y valerosos, trataron de impedir el triunfo de Quinto Fabio Labeo, vosotros los hicisteis desistir con vuestra autoridad. Y disfrutó de su triunfo, aún cuando sus enemigos le acusaron no ya de haber combatido en una guerra injusta, sino de no haber visto siquiera al enemigo. A mí, que he librado tantas batallas campales contra cien mil de nuestros más feroces enemigos, que he dado muerte o hecho prisioneros a cuarenta mil, que he asaltado dos de sus campamentos y que ha dejado todo el territorio de esta parte del Tauro más pacífico que el de Italia, a mí, padres conscriptos, no solo se me niega mi triunfo, sino que debo de hecho defenderme ante vosotros de las acusaciones de mis comisionados.*

Como habéis comprobado, padres conscriptos, dos acusaciones presentan en mi contra: que no he hecho la guerra contra los galos y que la he dirigido de manera apresurada e imprudente. "Los Galos -dicen- no eran nuestros enemigos, pero tú los has atacado arbitrariamente mientras obedecían tranquilamente lo que se les mandaba". No voy os pediré, padres conscriptos, que juzguéis aplicable a los galos que habitan aquellas tierras lo que ya sabéis del salvajismo común a su raza y su odio mortal contra el nombre de Roma. Dejad aparte el carácter infame y odioso de esa raza en su conjunto y juzgarlos por sí mismos. Me gustaría que Eumenes estuviese aquí, que lo estuviesen todas las ciudades de Asia, y que pudieseis escuchar sus quejas en vez de mis acusaciones. ¡Vamos!, enviad comisionados que visiten todas las ciudades de Asia y que averigüen si se les liberó de una esclavitud más pesada al alejar a Antíoco más allá del Tauro o al someter a los galos. Que traigan noticia de la frecuencia con que eran devastados los campos de aquellos pueblos, cuán a menudo se les llevaban a ellos y a sus propiedades, sin apenas oportunidad de rescatar a los cautivos y sabiendo que los sacrificaban como víctimas humanas e inmolaban a sus hijos Dejadme deciros que vuestros aliados pagaban tributo a los galos y que lo seguirían pagando ahora, aunque vosotros los liberasteis del yugo de Antíoco, si yo no le hubiera puesto fin.

[38,48] *Cuanto mayor fuese la distancia a la que se expulsó a Antíoco, más tiránicamente los galos se enseñoreasen sobre Asia; al expulsarlo, añadisteis todas las tierras de este lado del Tauro a sus dominios, no a los vuestros. Y me diréis "Suponiendo que esto sea cierto, ya en una ocasión despojaron los galos el oráculo de Delfos, oráculo común a toda la humanidad y ombligo del mundo, y no por ellos los romanos les declararon la guerra". No hay duda de ello; pero yo he*

considerado que había una considerable diferencia entre las condiciones existentes cuando Grecia y Asia no estaban aún bajo vuestra soberanía, en lo que respecta al interés que hay que poner en lo que sucede en esos territorios, y lo que suceda ahora; cuando establecisteis el Tauro como frontera de vuestros dominios, cuando habéis dado a las ciudades la libertad y la inmunidad de tributos, cuando estáis agrandando los territorios de unos y disminuyendo los de otros, castigando o imponiendo tributos; extendéis, disminuís, dais y quitáis reinos, considerando vuestra única responsabilidad que mantengan la paz tanto por tierra como por mar. No consideraríais liberada Asia si Antíoco no hubiese retirado sus guarniciones, que estaban tranquilas en sus ciudadelas; ¿habrían sido efectivos vuestros regalos a Eumenes o habrían conservado las ciudades su libertad, si los ejércitos galos siguieran deambulando a lo largo y lo ancho?

Pero ¿por qué usar estos argumentos, como si yo hubiera convertido a los galos en enemigos y no los hubiera encontrado ya de tal condición? Apelo a ti, Lucio Escipión, cuyo valor y buena fortuna he pedido para mí a los dioses inmortales -y no en vano-, cuando te sucedí en el mando; apelo a ti, Publio Escipión, que aunque subordinado a tu hermano el cónsul aún tenías ante él y el ejército la autoridad de un colega; y os pregunto si supisteis que hubieran legiones galas en el ejército de Antíoco, si visteis que estuvieran situados sus flancos de sus fuerzas, pareciendo casi que fueran el grueso de ellas; os pregunto si combatisteis contra ellos como enemigos regulares y les matasteis y trajisteis a casa sus despojos. Y sin embargo, la guerra que había decretado el Senado y ordenado el pueblo era una guerra contra Antíoco, no contra los galos. Mas yo sostengo que el decreto y la orden incluían a todos los que formaran parte de su ejército; y entre aquellos -excepto Antíoco, con quien Escipión había firmado la paz y a quien vosotros ordenasteis que se diera un trato especial- todos cuantos empuñaran las armas en su nombre fueron nuestros enemigos. Los galos fueron los que más apoyaron su causa, junto con algunos reyezuelos y tiranos. Con los otros, sin embargo, hice la paz y los obligué a pagar por sus faltas proporcionalmente a la dignidad de vuestro imperio; y traté de tantear sus intenciones por si se pudiera mitigar su innata ferocidad. Al ver que permanecían irreductibles e implacables, consideré que se les debía obligar por la fuerza de las armas.

Ahora que he refutado la acusación de agresión flagrante, procederé a explicar mi dirección de la guerra. Sobre este asunto me sentiría seguro de mi defensa aunque no hablase ante el Senado romano, sino ante el cartaginés, donde se dice que crucifican a sus generales, aun cuando logran la victoria, si su estrategia ha resultado defectuosa. Sin embargo, al iniciar y ejecutar cualquier negocio, esta Ciudad acude a los dioses, pues no somete a la censura de ningún hombre lo que los dioses han sancionado; y cuando decreta una acción de gracias o un triunfo, emplea la solemne fórmula: "Considerando que ha administrado los asuntos de la república con éxito y acierto". Si, entonces, renunciando a cualquier afirmación de mis propios méritos, por arrogantes y presuntuosos, fuera yo a pedir en nombre de mi propia buena suerte y de la de mi ejército, por haber aplastado a tan poderosa nación sin pérdidas, que se rindieran honores a los dioses inmortales y que se me permitiera subir en triunfo al Capitolio, desde el que partí tras ofrecer debidamente mis votos y oraciones, ¿rehusaríais concedérmelo a mí y a los dioses inmortales?

[38,49] *Pero dicen que combatí en terreno desfavorable. Decidme, entonces ¿dónde podría haber combatido en mejor posición? El enemigo había ocupado la montaña y se mantuvieron tras sus líneas; era evidente que si quería vencer tendría que avanzar contra ellos. ¿Y si hubiesen tenido allí una ciudad y se hubieran mantenido dentro de sus murallas? Por supuesto que habría sido preciso asediarlos. ¿No se enfrentó Manio Acilio a Antíoco en las Termópilas sobre terreno desfavorable? ¿Y en similares condiciones, no desalojó Tito Quincio a Filipo cuando ocupaba las alturas sobre el río Áoo? No se me alcanza a distinguir qué clase de enemigo se imaginaban que era o cómo quieren haceros creer que era. Si, como dicen, se había degenerado y enervado con la molicie y el lujo de Asia, ¿qué riesgo había en atacarlos, incluso aunque estuviésemos en una mala posición? Y de considerarlo formidable, por su ferocidad y su fuerza física, ¿negaréis el triunfo a*

tan gran victoria? La envidia, padres conscriptos, es ciega y no conoce otro método más que el de menospreciar el mérito y ensuciar sus honores y recompensas. Os pido que seáis indulgentes, padres conscriptos, si he alargado un tanto mi discurso, pero ha sido por la necesidad de defenderme de las acusaciones y no por querer proclamar mis alabanzas. ¿Estaba acaso en mi poder, cuando marché atravesando la Tracia, convertir los pasos angostos en terreno abierto, los caminos quebrados en terreno llano, los bosques en campos despejados? ¿Estaba en mi mano tomar las decisiones para impedir que los bandidos tracios se ocultaran en los escondites que conocían perfectamente, o que se robaran nuestros bagajes, o que se llevaran algún animal de carga de tan larga columna, o que fuera herido un solo hombre, o que aquel valiente soldado, Quinto Minucio, muriese de sus heridas? Dan gran importancia a este incidente en el que se produjo la tan triste desgracia de haber perdido a un ciudadano como él. Pero ¿y el hecho de que cuando cayó el enemigo sobre nuestra impedimenta, en un difícil desfiladero y en terreno desconocido, nuestras dos divisiones a un tiempo, la vanguardia y la retaguardia, cayeron sobre ellos dando muerte o apresando a miles de enemigos aquel día y a muchos más unos días después? ¿Piensan que si esto lo callan no lo habréis de saber después, cuando el ejército es testigo de lo que yo digo? Aún si nunca hubiera desenvainado la espada en Asia, ni llegado a ver allí a enemigo alguno, aún así habría merecido un triunfo por las dos batallas en Tracia. Pero ya he dicho lo suficiente y solo deseo solicitar, y espero recibir, vuestro perdón por haberos cansado al hablar con más detalle del que me hubiera gustado.

[38.50] Ese día habrían prevalecido las acusaciones sobre la defensa, de no ser porque el debate se prologó hasta hora tan tardía. Cuando el Senado levantó la sesión, la opinión general era que, con toda probabilidad, se habría rechazado el triunfo. Al día siguiente, los amigos y familiares de Cneo Manlio hicieron todo cuanto pudieron y los senadores de más edad lograron hacer valer su influencia. Declararon que no se recordaba ningún antecedente de que un general que hubiera traído de vuelta a su ejército, tras someter a un enemigo peligroso y haber puesto en orden su provincia, entrase en la Ciudad sin el carro y los laureles del triunfo, como un ciudadano particular y sin honores. La indignidad de este proceder fue más fuerte que las calumnias de sus enemigos y el pleno del Senado decretó un triunfo para él. Todas las discusiones, e incluso el recuerdo de esta controversia, se perdieron por completo ante una controversia más violenta surgida a propósito de un hombre más importante y más distinguido. Según nos cuenta Valerio Antias, los dos Quintos Petilios iniciaron una acción judicial contra Publio Escipión Africano. Los hombres interpretaron aquello de distinta manera, según sus diversos talantes. Algunos culparon no sólo a los tribunos, sino el conjunto de los ciudadanos, por permitir que tal cosa fuera posible; las dos mayores ciudades del mundo, decían, habían demostrado ser, casi al mismo tiempo, ingrata con sus primeros ciudadanos. Roma fue la más ingrata de las dos: mientras que Cartago, después de su derrota, condenó al derrotado Aníbal al exilio, Roma expulsaba al Africano vencedor. Otros defendían que ningún ciudadano debía estar a tal altura que no pudiera ser obligado a responder ante la ley. Nada contribuía más a mantener la libertad de todos que el poder de someter a juicio al más poderoso de los ciudadanos. ¿Qué negocio, se preguntaban, por no mencionar el mando supremo de la república, podría ser confiado a un hombre, si no hubiera de dar cuenta de él? Si un hombre no se somete a las leyes, que son iguales para todos, no es ilegítimo usar la fuerza contra él. Así se fue discutiendo el asunto hasta que llegó el día del juicio. Nunca nadie antes, ni siquiera el mismo Escipión cuando fue cónsul o censor, estuvo acompañado por mayor afluencia de gentes de todo orden y condición que el día en que acudió al Foro. Cuando se le invitó a defenderse, no aludió a ninguna de las acusaciones formuladas contra él, sino que habló de los servicios que había prestado en un tono tan elevado que resultó claro que jamás nadie había recibido elogios más altos ni más merecidos. Describió sus hazañas, en efecto, con el mismo espíritu y temperamento que las había ejecutado, y se le escuchó sin impaciencia, pues no las refería por vanagloria, sino para defenderse.

[38.51] A fin de apoyar las acusaciones que presentaron contra él, los tribunos sacaron a relucir la antigua historia sobre su vida licenciosa en sus cuarteles de invierno, en Siracusa, y los disturbios provocados por Pleminio en Locri. Pasaron luego a acusarlo de haber recibido sobornos, más sobre la base de sospechas que por pruebas directas; alegaron que a su hijo, quien había sido hecho prisionero, se la había liberado sin rescate; que Antíoco había tratado por todos los medios de congraciarse con Escipión, como si la paz y la guerra con Roma estuvieran en sus únicas manos; que Escipión se había comportado con el cónsul en su provincia más como un dictador que como un subordinado; que había ido sin más objeto que dejar claro a Grecia, Asia y a todos los reyes y pueblos de Oriente lo que ya había dejado bien asentado en Hispania, la Galia, Sicilia y África: que solo él era la cabeza y el pilar del imperio romano; que bajo la sombra de Escipión descansaba protegida la Ciudad dueña del mundo y que un gesto suyo valía por todos los decretos de Senado y las órdenes del pueblo. No pudiendo achacarle nada vergonzoso, dada su reputación, hacen cuanto pueden para excitar el odio del pueblo contra él. Como los discursos se prolongaron hasta la noche, se suspendió el proceso para otro día. Cuando llegó el siguiente día para el juicio, los tribunos ocuparon sus asientos en los Rostra al amanecer. El acusado fue citado y, pasando por en medio de la asamblea, acompañado por gran cantidad de amigos y clientes, se acercó a los Rostra. Una vez se hizo el silencio, habló así:

Tribunos de la plebe, y vosotros, Quirites, en tal día como hoy combatí con éxito y buena fortuna en batalla campal contra Aníbal y los cartagineses. Por lo tanto, es justo y apropiado que en este día se dejen aparte todos los litigios y las disputas; yo subiré directamente desde aquí al Capitolio y a la Ciudadela, para rendir homenaje a Júpiter Óptimo Máximo, y a Juno y a Minerva, y a todas las demás deidades tutelares del Capitolio y la Ciudadela; y les daré las gracias por haberme concedido en este día, y en muchas otras ocasiones, la sabiduría y la fortaleza para prestar a la República un excepcional servicio. Aquellos de vosotros, Quirites, a los que venga bien hacerlo, venid conmigo. Venir y pedir a los dioses que siempre podáis tener dirigentes como yo, pues desde los diecisiete años hasta mi vejez siempre me habéis concedido honores antes de tener la edad y yo siempre me he adelantado con mis actos a vuestros honores. Desde los Rostra subió directamente hacia el Capitolio y toda la asamblea, dando la espalda a los tribunos, le siguió; hasta los secretarios y subalternos abandonaron a los tribunos, nadie quedó con ellos excepto sus esclavos y el pregonero que solía citar desde los Rostra a los acusados. Escipión no sólo subió al Capitolio, sino que visitó todos los templos de toda la Ciudad, acompañado por el pueblo romano. El entusiasmo de los ciudadanos y el reconocimiento de su verdadera grandeza hizo de aquel día uno casi tan glorioso para él que cuando entró en triunfo en la Ciudad tras sus victorias sobre Sífax y los cartagineses.

[38.52] Este espléndido día de gloria fue el último que brilló para Escipión. Previó los envidiosos ataques y enfrentamientos con los tribunos, y tras producirse un aplazamiento más largo del proceso, se retiró a su propiedad en Literno, firmemente resuelto a no comparecer para defenderse. Su espíritu era demasiado elevado, su carácter demasiado grande; estaba hecho a mejor fortuna como para que pudiera aceptar la posición de acusado o someterse a la posición humilde del que se ha de defender. Cuando llegó el día y se citó su nombre, Lucio Escipión se disculpó por su ausencia aduciendo su mala salud. Los tribunos acusadores no aceptaron la excusa y declararon que no acudía por el mismo espíritu soberbio y arrogante que le había hecho salir del juicio, abandonando a los tribunos y a la asamblea, rodeado por los mismos hombres a los que había privado del derecho y la libertad de dictar sentencia contra él, arrastrándolos luego como prisioneros de guerra, y había celebrado un triunfo sobre el pueblo de Roma, provocando aquel día una secesión con los tribunos de la plebe hacia el Capitolio. *Así que ahora* -siguieron- *tenéis la debida recompensa por vuestra temeridad; el hombre por cuya iniciativa y bajo cuya dirección nos abandonasteis, os abandona ahora a vosotros. De día en día mengua nuestro valor, de manera que, mientras hace diecisiete años nos atrevimos a enviar tribunos de la plebe y un edil para arrestarlo*

-cuando tenía bajo su mando un ejército y una flota-, ahora que es un ciudadano particular no nos atrevemos a ir a buscarlo en su casa de campo para defenderse en su juicio. Los tribunos de la plebe a quienes apeló Lucio Escipión aprobaron la siguiente resolución: *Ya que se alegaba como excusa la enfermedad, ellos proponían que se admitiera tal justificación y que se aplazara el día del juicio.* Tiberio Sempronio Graco era uno de los tribunos y había una enemistad política entre él y Escipión, habiéndose negado a que se agregara su nombre a la resolución. Todos esperaban que hiciera una propuesta más severa, pero él se manifestó en el sentido siguiente: *Ya que Lucio Escipión ha aducido la enfermedad como razón para la ausencia de su hermano, él la tenía por ser justificación bastante y no permitiría que Publio Escipión fuera enjuiciado antes de su regreso a Roma; incluso entonces, si apelaba a él, lo apoyaría en todo lo posible para evitar que tuviera que defenderse en juicio. Escipión había alcanzado, por común acuerdo de los dioses y los hombres, una posición tan elevada por sus propias hazañas y por los honores que el pueblo romano le había otorgado, que tener que permanecer ante los Rostra como demandado y haber de escuchar los insultos de aquellos jovenzuelos, sería más ignominia para el pueblo de Roma que para él.*

[38.53] Añadió a esto un discurso indignado: *¿Va a estar aquí a vuestros pies, tribunos, el gran Escipión, el conquistador de África? ¿Para esto desbarató y derrotó a cuatro ejércitos en Hispania, bajo los más famosos generales que tenía Cartago? ¿Para esto capturó a Sífax y aplastó a Aníbal, hizo a Cartago nuestra tributaria, expulsó a Antíoco más allá del Tauro -pues su hermano Lucio le permitió compartir su gloria-? ¿Solo para que pudiera sucumbir ante los dos Petilios, para que vosotros pudieseis reclamar la palma de la victoria sobre Publio Africano? ¿No podrán nunca alcanzar los hombres ilustres, por sus propios méritos o por algún honor que les concedáis, un lugar seguro y, si se me permite decirlo, un asilo sagrado donde, ya que no resultar venerada, al menos descansar su vejez sin recibir ataques?* Su resolución y el discurso que le siguió hicieron su efecto sobre los demás tribunos, incluso entre los acusadores, quienes declararon que debían deliberar sobre cuáles eran sus obligaciones y su deber. Una vez disuelta la asamblea, se celebró una reunión del Senado. En esta, se aprobó por unanimidad un voto de sincero agradecimiento a Tiberio Graco, especialmente por aquellos hombres de rango consular y los senadores de más edad, por haber puesto los intereses de la república por delante de sus propios sentimientos; los Petilios fueron cubiertos de reproches por haber deseado brillar a costa de oscurecer la reputación de otros y enriquecerse mediante un triunfo sobre el Africano. Después de esto, nunca se volvieron a mencionar a Escipión. Pasó su vida en Literno, sin ningún deseo de regresar a la Ciudad, y se dice que en su lecho de muerte dio órdenes de que se le enterrase allí y que allí se erigiese su monumento funerario, de modo que no se pudieran celebrar los ritos funerarios en su patria ingrata. Fue un hombre extraordinario, más distinguido, sin embargo, en las artes de la guerra que en las de la paz. La primera parte de su vida fue más brillante que la posterior; como hombre joven, estuvo constantemente ocupado en la guerra; al pasar los años, la gloria de sus logros se disipó y no se ofreció terreno a su genio. ¿Qué lustre tuvo su segundo consulado, incluso sumando su censura, en comparación con el primero? ¿Qué distinción pudo ganar durante su mando subalterno en Asia, inutilizado por la enfermedad y entristecido por la desgracia que alcanzó a su hijo? Después, nuevamente, se vio tras su regreso en la necesidad de afrontar un proceso o ausentarse de él, alejándose así de su patria. Con todo, solo él obtuvo la gloria de dar fin a la Guerra Púnica, la mayor y más grave que hubieran nunca librado los romanos.

[38.54] Con la muerte del Africano se creció el valor de sus enemigos. El primero de ellos era Marco Porcio Catón, que incluso durante la vida de Escipión tuvo la costumbre de menospreciar su grandeza; se cree que los Petilios lo atacaron a instigación suya mientras estaba vivo. Después de su muerte, presentaron la siguiente moción ante la Asamblea: *En lo que respecta al dinero incautado, decomisado y recibido del rey Antíoco y sus súbditos, ¿queréis y ordenáis, Quirites, que en referente a tal dinero que no ha sido ingresado en el tesoro, el pretor urbano, Servio Sulpicio,*

pueda consultar al Senado sobre a cuál de los actuales pretores designarán para investigar el asunto? Los dos Mummios, Quinto y Lucio, interpusieron su veto a esta propuesta; consideraban que lo adecuado y correcto era que el Senado llevase a cabo la investigación, como lo había hecho siempre, sobre las cantidades no ingresadas en el erario. Los Petilios atacaban la preeminencia y el dominio que tenían los Escipiones sobre el Senado. Lucio Furio Purpurio, un hombre de rango consular, uno de los diez comisionados en Asia, consideraba que la investigación debía ir más allá. Para poder dañar a su enemigo Cneo Manlio, sugirió que se debería incluir no solo la cantidad recibida de Antíoco, sino cuanto se había recibido de otros reyes pueblos. Lucio Escipión, quien como era evidente se disponía más a hablar en su propia defensa que en contra de la ley, se adelantó para oponerse a ella. Protestó enérgicamente porque se planteara esta cuestión después de la muerte de su hermano Publio Africano, de entre todos los hombres el más valiente y el más ilustre; No fue suficiente que no se hubiera hecho el elogio fúnebre de Publio Africano ante los Rostra, también debían acusarlo. Los propios cartagineses se contentaron con desterrar a Aníbal; pero el pueblo romano no estaba satisfecho con la muerte del Africano: su reputación debía ser hecha pedazos incluso sobre su tumba y, como añadido a su inquina, también debían sacrificar a su hermano. Marco Catón habló apoyando la moción -todavía existe su discurso *Sobre el dinero del rey Antíoco*-. El peso de su autoridad disuadió a los tribunos Mummios de su oposición y retiraron su veto; así pues, la propuesta fue aprobada por el voto unánime de las tribus.

[38,55] Servio Sulpicio, a continuación, consultó al Senado sobre a quién se encargaría la investigación, resultando designado Quinto Terencio Culeo. Quienes afirman que Publio Cornelio murió y fue enterrado en Roma, pues también existe esta versión, afirman que este pretor era tan allegado a la familia de los Cornelios que, durante el funeral, fue por delante del féretro igual que marchó en el desfile del triunfo, tocado con el gorro de liberto; dicen también que distribuyó vino con miel en la puerta Capena a los que seguían al cortejo fúnebre, con el motivo de haber sido liberado en África por Escipión de entre los enemigos. Otros relatan que era claramente hostil a la familia y que, sabedores de esto, el partido opositor a los Escipiones lo eligió como aquel que debía llevar a cabo la investigación. Como quiera que fuese, ante este pretor excesivamente inclinado a su favor o en su contra fue llevado Lucio Escipión inmediatamente, como acusado. Fueron también denunciados y llevados ante el pretor sus generales Aulo y Lucio Hostilio Catón, así como el cuestor Cayo Furio Aculeo; de todo su personal, también se denunció a dos secretarios y a un asistente, para que pareciera que estaban implicadas en la malversación de fondos personas de todos los niveles. Lucio Hostilio, los secretarios y el asistente fueron todos absueltos antes de que se viera el caso de Escipión. Escipión, junto con Aulo Hostilio y Cayo Furio, fueron declarados culpables porque, para propiciar unas condiciones de paz más favorables a Antíoco, Escipión recibió, además de las que ingresó en el Tesoro, seis mil libras de oro y cuatrocientas ochenta de plata; Aulo Hostilio por haberse apropiado de ochenta libras de oro y cuatrocientas tres de plata, y el cuestor fue hallado culpable de haber recibido ciento treinta libras de oro y doscientas de plata. Estas son las cantidades que encuentro referidas por Antias. En el caso de Lucio Escipión, lo cierto es que me inclino más a considerar estas cifras como un error del copista que a una falsedad por parte del autor, pues el peso de la plata debió ser, con toda probabilidad, mayor que el del oro; en efecto, es más probable que la cifra estimada fuera de cuatrocientos mil sestercios, más que de dos millones cuatrocientos mil, en especial si, como se afirmó, aquella fue la suma por la que se pidieron cuentas a Escipión en el Senado. Publio, después de mandar a su hermano Lucio en busca de su libro de cuentas, lo rompió con sus propias manos ante la vista del Senado, protestando indignado porque le pidieran cuentas por cuatrocientos mil sestercios cuanto había ingresado dos mil millones en el Tesoro. Se afirma además que demostró la misma confianza en sí mismo cuando pidió la llave de la tesorería, cuando los cuestores no se atrevían a sacar dinero del erario en contra de la ley, diciendo que él abriría el tesoro, pues debido a él estaba cerrado.

[38,56] Hay muchos otros detalles en los que difieren los diversos autores, en especial en lo que respecta a sus últimos años, su enjuiciamiento, su muerte, su funeral y su tumba; por lo tanto, no sé qué tradiciones o qué escritos seguir. No hay acuerdo tampoco en cuanto a los acusadores: Algunos dicen que fue Marco Nevio quien inició el proceso, otros que los Petilios; ni siquiera lo hay sobre la fecha en que comenzó, ni sobre el año en que murió ni sobre dónde fue enterrado. Unos dicen que murió y fue enterrado en Roma, otros dicen que en Literno. En ambos lugares se pueden ver sus monumentos y sus estatuas. En Literno había un monumento coronado por una estatua, que vi personalmente hace poco, abatida por una tormenta. En Roma había tres estatuas sobre el monumento de los Escipiones; se dice que dos son las de Publio y Lucio, y que la tercera es la del poeta Quinto Enio. Y no sólo difieren entre sí los cronistas; también discrepan entre sí los de Publio Escipión y Tiberio Graco, si es que son realmente suyos los que se les atribuyen. El título del discurso de Escipión nombra a Marco Nevio como tribuno de la plebe; pero no aparece el nombre en el mismo texto: unas veces lo llama bribón y otras trapacero. Tampoco el discurso de Graco hace mención de los Petilios como acusadores del Africano, ni de la fecha de la citación del Africano. Es necesario, empero, recoger otra versión totalmente distinta, concordante con el discurso de Graco y siguiendo a otros historiadores, según la cual el Africano estaba cumpliendo con una misión en Etruria en el momento en que se juzgaba y condenaba a Lucio Escipión por haber aceptado sobornos del rey; al enterarse de la desgracia sucedida a su hermano, se apresuró a regresar a Roma. Como le dijeron que su hermano estaba siendo conducido a prisión, marchó directamente al Foro, apartó al lictor del lado de su hermano y, reaccionando más por su afecto fraternal que como ciudadano, recurrió a la violencia contra los tribunos que trataron de apartarlo.

El mismo Tiberio Graco se queja precisamente de esto: que un particular desafiara con éxito la autoridad de los tribunos; al final de su discurso, en el que se comprometió a ayudar a Escipión, añade que es un precedente más tolerable el ver la potestad tribunicia y la autoridad de la república vencida por un tribuno de la plebe, que no por un ciudadano privado. Pero, mientras le reprocha amargamente la pérdida de su autocontrol en este acto de prepotencia ilegal, censurándolo por haber caído muy por debajo de sí mismo, atempera su actual reprensión al recordar y acumular elogios sobre su moderación y disciplina anteriores. Recordó a sus oyentes cómo Escipión reprendió severamente al pueblo por querer hacerlo cónsul y dictador perpetuo; como les impidió que levantaran estatuas suyas en los Comicios, en los Rostra, en la Curia, en el santuario de Júpiter y en el Capitolio; cómo impidió que se aprobara un decreto para que saliese su imagen, con los ropajes del triunfo, desde el templo de Júpiter Óptimo Máximo.

[38,57] Estas consideraciones, que incluso insertas en un elogio público seguirían siendo una prueba de la grandeza de espíritu de quien mantiene sus honores dentro de los límites de un ciudadano, son la confesión de un adversario en el transcurso de un proceso. No hay discrepancia en cuanto a que la más joven de sus dos hijas se casó con este mismo Graco y que la mayor fue entregada por el padre a Publio Cornelio Nasica; no hay seguridad sobre si el compromiso y la boda fueron después de la muerte de su padre o si es cierta la historia según la cual, cuando Lucio Escipión era llevado a la cárcel y ninguno de sus colegas le ayudaba, Graco juró que su enemistad con los Escipiones continuaba y que él no actuaba para ganarse las simpatías de nadie, pero que no iba a permitir que un hermano del Africano fuese llevado a la misma prisión donde este había puesto a reyes y generales enemigos. Resultó que el Senado estaba celebrando aquella noche una cena en Capitolio y solicitó a Escipión que allí y entonces mismo prometiera su hija a Graco. Una vez formalizado el compromiso en una celebración oficial, Escipión marchó a su casa. Al encontrarse con su mujer, Emilia, le dijo que había prometido a su hija menor; ella, naturalmente herida e indignada por no haber sido consultada en lo referente a su hija menor, le observó que, incluso si la entregaba a Tiberio Graco, su madre debería haber tenido voz en el asunto. Escipión se alegró al descubrir que estaban de acuerdo y le dijo que se la había prometido precisamente a aquel hombre. Es apropiado dejar testimonio de estos detalles, a pesar de las diferencias entre la tradición

oral y la escrita, por tratarse de un hombre tan importante.

[38,58] Cuando el pretor Quinto Terencio dio fin a los procesos, Hostilio y Furio, que habían sido condenados, presentaron aquel día fiadores a los cuestores urbanos. Para Escipión, quien sostuvo enérgicamente que la totalidad del dinero que había recibido estaba en el tesoro y que no poseía nada que perteneciera al Estado, se ordenó prisión. Publio Escipión Nasica apeló oficialmente a los tribunos mediante un discurso lleno de gloriosos y verdaderos hechos de la familia Cornelia y, en particular, de su propia familia. Señaló que dos hombres distinguidos, Cneo y Publio Escipión, eran los padres, respectivamente, de él mismo y de Publio y Lucio Escipión, al que ahora se llevaba a la cárcel. Estos dos hombres, durante muchos años, habían combatido en Hispania contra numerosos generales y ejércitos de cartagineses e hispanos, y no sólo habían aumentado la gloria de Roma entre aquellos pueblos, sino que tras dar ejemplo de moderación y fidelidad habían terminado por dar sus vidas por la República. Ya habrían tenido bastante sus descendientes con mantener incólume su gloria para la posteridad, pero Publio Africano sobrepasó en tal manera la fama de su padre que los hombres no le creían hijo de padres humanos, sino de origen divino. En cuanto a Lucio Escipión, cuyo caso presenciaban, aparte de cuanto había hecho en Hispania y África como legado de su hermano, cuando fue cónsul el Senado lo consideró digno de encargársele la provincia de Asia y la guerra contra Antíoco sin necesidad de sorteo. Su hermano, aunque había sido censor, dos veces cónsul y honrado con un triunfo, marchó con él para servirle como legado [legado militar, en este caso empleamos el término con esa acepción.-N. del T.] en Asia. Estando allí, para impedir que la grandeza y el esplendor del lugarteniente eclipsara la gloria del cónsul, sucedió que el día en que Lucio Escipión derrotó completamente a Antíoco en la gran batalla de Magnesia, Publio Escipión se encontraba a varios días de viaje de distancia, enfermo en Elea. El ejército contra el que se enfrentó Lucio no era menor que aquel, mandando por Aníbal, contra el que se combatió en África. Aníbal, que había ostentado el mando durante toda la Guerra Púnica, era también uno de los generales de Antíoco. La dirección de la guerra fue tal que nadie podría haber achacado nada al capricho de la Fortuna. Se hacían las acusaciones a propósito de la paz, la paz que según decían se había vendido. De así era, también estaban involucrados los diez comisionados en la acusación, pues la paz se concedió según su consejo. Y aunque algunos de esos diez hombres se levantaron para acusar a Cneo Manlio, no solo no lograron aprobar su acusación, sino que ni siquiera pudieron retrasar su triunfo.

[38,59] Pero, ¡por Hércules!, en el caso de Escipión los términos mismos de la paz constituyeron la base de la sospecha por ser demasiado favorables a Antíoco. *Su reino* -decían- *le ha sido dejado intacto y tras su derrota ha quedado en posesión de todo lo que le pertenecía antes de la guerra. Pese a que había poseído gran cantidad de oro y planta, nada de ello había sido entregado al tesoro, sino que pasó todo a manos privadas*. ¿No había pasado a la vista de todos mayor cantidad de oro y plata, durante el triunfo de Lucio Escipión, que la suma total de otros diez triunfos juntos? ¿Y qué podré decir respecto a los límites de los dominios del rey? Antíoco poseía toda Asia y las partes colindantes de Europa; todo el mundo sabía cuál era la extensión de aquella parte del mundo, desde el Tauro hasta el Egeo, cuántas ciudades y cuántos pueblos contenía. Esta extensión de territorio, con una longitud de más de treinta días de marcha y, de mar a mar, de diez días de marcha a lo ancho y extendiéndose hasta las montañas del Tauro, fue capturada a Antíoco. A este se le había desterrado al rincón más remoto del mundo. ¿Qué más se le podría haber quitado, si es que la paz le había resultado gratis? Después de la derrota de Filipo, se le dejó Macedonia del mismo modo que se dejó Lacedemonia a Nabis, y aún nadie había promovido una acusación contra Quincio. Sería porque no había tenido al Africano por hermano, cuya gran reputación debería haber ayudado a Lucio, en lugar de perjudicarlo por la envidia que suscitaba aquel. Se dijo en el juicio que la cantidad de oro y plata llevados a casa de Lucio Escipión fue mayor de la que se podría haber obtenido vendiendo todos sus bienes. ¿Dónde estaba, pues, aquel oro, aquella plata y tantas

herencias como había recibido? En una casa cuyo tesoro no se había vaciado con gastos, debería seguramente haber aparecido aquel cúmulo de bienes. Lo que sus enemigos no habían podido sacar de sus propiedades esperaban sacarlo ahora de su persona y de sus espaldas, mediante el insulto y la tortura, para que un hombre tan ilustre esté encerrado con ladrones y salteadores en el más profundo calabozo y que expire su vida en la oscuridad, para que después se arroje su cuerpo desnudo delante de la prisión. Todo esto debería ser una profunda vergüenza, mas para la ciudad de Roma, no para la familia Cornelia.

[38,60] Terencio, en respuesta, leyó la propuesta Petilia, la decisión del Senado y la sentencia dictada contra Lucio Escipión. A menos que el importe fijado en la sentencia no fuera ingresado en el tesoro, él no podía hacer ninguna otra cosa más que ordenar el arresto e ingreso en prisión del condenado. Los tribunos se retiraron a deliberar y, poco después, Cayo Fannio, en nombre de todos sus colegas excepto Graco, declaró que no intervendrían para impedir al pretor el ejercicio de su autoridad. Tiberio Graco expresó así su decisión: No se opondría a la acción del pretor en lo referente a la recuperación de la suma en cuestión, procedente de la venta de los bienes de Lucio Escipión; pero que en cuanto al propio Lucio Escipión, un hombre que había vencido a los más prósperos y ricos monarcas del mundo, que había llevado el dominio de Roma hasta el límite del mundo, que había hecho aliados de Roma al rey Eumenes, a los rodios y a tantas otras ciudades de Asia a base de los servicios prestados por el pueblo romano, y que había puesto en prisión a un gran número de generales enemigos tras hacerles desfilar en su triunfo, él no permitiría que se encarcelase y encadenase a ese hombre junto a los enemigos del pueblo romano. Ordenaba, luego, que se le pusiera en libertad. Su decisión fue recibida con tanto entusiasmo por quienes la oyeron, y hubo tanta alegría ante la noticia de la liberación de Escipión, que apenas parecía posible que aquella fuese la misma Ciudad en la que hacía poco se había pronunciado la sentencia. El pretor, después, envió a los cuestores para incautarse de las propiedades de Lucio Escipión en nombre del Estado. No sólo no se halló vestigio alguno del oro del rey, sino que la cantidad total no alcanzaba ni de lejos la suma mencionada en la sentencia. Los familiares, amigos y clientes de Lucio Escipión contribuyeron con una cantidad suficiente, si la hubiera aceptado, para haberle hecho aún más rico que antes de su desgracia. Se negó a aceptar nada de aquello. Sus parientes más cercanos le proporcionaron lo imprescindible para vivir y la inquina contra los Escipiones se volvió ahora contra el pretor, los consejeros de este y los acusadores.

LIBRO XXXIX. LAS BACANALES EN ROMA Y EN ITALIA

[39,1] Mientras se producían estos incidentes en Roma -si es que se produjeron verdaderamente durante este año *(187 a.C.)* ambos cónsules libraron una guerra contra los ligures. Aquel enemigo que parecía haber nacido para mantener la disciplina militar de los romanos en los intervalos entre guerras más importantes; ninguna otra provincia estimulaba tanto los actos valerosos de los soldados. En Asia, los placeres de la vida ciudadana, el amplio surtido de lujos llegados por tierra y mar, la molicie del enemigo y las riquezas de los reyes servían más para enriquecer que para hacer más eficaces a los ejércitos. Especialmente, bajo el mando de Manlio se volvieron descuidados e indisciplinados al punto que una marcha algo más dura a través de Tracia y un enemigo más belicoso les hicieron aprender una muy necesaria lección mediante una severa derrota. En Liguria existía todo lo preciso para templar un soldado: un país duro y difícil, altas montañas que costaban tanto ocupar como desalojar de ellas al enemigo, caminos escabrosos en los que siempre existía el peligro de una emboscada, un enemigo armado a la ligera, rápido de movimientos, de apariciones repentinas y que nunca permitía que ningún lugar, a ninguna hora, gozara de calma y quedara seguro. Cualquier ataque contra una posición fortificada implicaba mucho trabajo y peligro; poco se podía sacar de aquel país y los soldados se veían reducidos a una alimentación escasa, pues podían obtener poco botín. En consecuencia, no había lugar para vivanderos ni para largas columnas de animales de carga; nada más que las armas y los hombres que dependían exclusivamente de ellas. Nunca faltaban ocasiones para combatir, pues los nativos, impulsados por su pobreza, estaban habituados a atacar los campos de sus vecinos; nunca, sin embargo, se enzarzaban en una batalla campal.

[39,2] El cónsul Cayo Flaminio, tras librar varios combates con éxito contra los ligures friniates, aceptó su rendición y los desarmó. Al no cumplir esta exigencia, tomó severas medidas contra ellos, por lo que abandonaron sus aldeas y se refugiaron en el monte Augino, con el cónsul persiguiéndoles de cerca. En partidas dispersas y la mayoría sin armas, huyeron precipitadamente por lugares escarpados e impracticables, donde su enemigo no les podía seguir, escapando de esta manera a través del Apenino. Los que se habían quedado en su campamento fueron rodeados y aplastados. Después, las legiones fueron conducidas a través del Apenino. Allí, los enemigos se defendieron durante un corto espacio de tiempo gracias a la altura de la montaña que habían ocupado, aunque pronto terminaron por rendirse. Esta vez se hizo una búsqueda más exhaustiva de armas y se les quitaron todas. Se trasladó luego la guerra al territorio de los ligures apuanos, cuyas continuas incursiones en los campos de Pisa y Bolonia hacían imposible cualquier cultivo. El cónsul, así mismo, los venció completamente y trajo la paz a los alrededores. Ahora que la provincia había cambiado del estado de guerra al de paz y tranquilidad, decidió que sus soldados no debían mantenerse ociosos y los empleó en la construcción de una carretera desde Bolonia hasta Arezzo. El otro cónsul, Marco Emilio, destruyó e incendió las granjas y las aldeas de los ligures que habitaban las tierras bajas y los valles; estos huyeron y ocuparon las alturas de Balista y Suismoncio. A continuación, los atacó en las montañas, acosándoles mediante escaramuzas y obligándolos, finalmente, a un enfrentamiento regular donde los derrotó por completo. Durante la batalla, prometió con voto un templo a Diana. Como todas las tribus de este lado del Apenino quedaran sometidas, Emilio avanzó contra los tramontanos, incluyendo a aquellos de los friniates con los que no había establecido contacto Cayo Flaminio. Los sometió a todos, los privó de sus armas e hizo descender a toda la población desde las alturas al llano. Después de establecer la paz en Liguria, llevó a su ejército a la Galia e hizo construir una carretera desde Plasencia a Rímini para enlazar con la Vía Flaminia. En la última batalla librada contra los ligures, prometió con voto un templo a Juno Reina. Estos fueron los acontecimientos del año en Liguria.

[39,3] En la Galia todo estaba tranquilo, pero el pretor Marco Furio, deseoso de hacer que pareciera como si estuviese en guerra, privó a los inofensivos cenomanos de sus armas. Estos fueron a Roma para quejarse por lo ocurrido ante el Senado, que los envió al cónsul Emilio, al que encargaron la investigación del caso. Se produjo un largo y acalorado debate con el pretor, pero mantuvieron en todo sus posiciones y se ordenó a Furio que les devolviera sus armas y abandonara la provincia. El Senado dio audiencia luego a las delegaciones de los aliados latinos que habían llegado desde todas las ciudades y colonias del Lacio. Se quejaban por el gran número de sus ciudadanos que habían emigrado a Roma y se habían censado allí. Quinto Terencio Culeo, uno de los pretores, se encargó de la tarea de encontrarlos y, a cualquiera que se demostrase que su padre o él se habían censado durante la censura de Cayo Claudio y Marco Livio o sus sucesores, se le ordenaría regresar a la ciudad en la que había sido registrado; a consecuencia de aquello, fueron devueltos a sus hogares doce mil latinos. Incluso entonces, la ciudad soportaba la carga de gran multitud de inmigrantes.

[39,4] Marco Fulvio regresó de Etolia antes de que los cónsules volvieran a Roma. El Senado le dio audiencia en el templo de Apolo, donde informó detalladamente de sus operaciones en Etolia y Cefalania. Solicitó luego al Senado que aprobara una resolución, si lo consideraba justo, por la que, en consideración al éxito y la buena fortuna con que había servido al Estado, se rindieran honores a los dioses inmortales y se decretase para él un triunfo. Marco Aburio, uno de los tribunos de la plebe, participó su intención de vetar la aprobación de cualquier decreto antes de la llegada de Marco Emilio. El cónsul quería oponerse y, al partir hacia su provincia, le había encargado al tribuno que se aplazase la discusión de aquel asunto hasta su regreso. Fulvio, argumentó, nada perdería con el retraso y el Senado podría aprobar el triunfo aún cuando estuviese presente el cónsul. Fulvio replicó así: *Incluso si la hostilidad de Emilio hacia él y el carácter arbitrario y dictatorial que mostraba contra sus adversarios no fueran asunto de general conocimiento, aún así resultaría intolerable que un cónsul ausente pudiera interponerse en la manera de rendir honores a los dioses inmortales y retrasar un triunfo merecido y justo, o que un general que había alcanzado brillantes éxitos debiera permanecer ante la puerta de la Ciudad con su ejército victorioso, el botín de guerra y los prisioneros hasta que al cónsul, que precisamente por ello se retrasaba, le placiera regresar a Roma. Y sin embargo, resultando tan conocidas y notorias sus diferencias con el cónsul, ¿Qué trato justo podría esperarse de alguien que había depositado en el erario un senadoconsulto, aprobado casi a escondidas y aprovechando la poca asistencia, insinuando que Ambracia no se había capturado al asalto, que no se había atacado esa ciudad con terraplenes y manteletes, que cuando se incendiaron aquellas obras de asedio no se construyeron otras nuevas; que durante quince días se combatió alrededor de las murallas, sobre el terreno, y también por debajo, y aún cuando los soldados hubieron sobrepasado las murallas siguió una lucha larga y dudosa desde la madrugada al anochecer; que murieron más de tres mil enemigos? ¿Qué era, además, aquella historia maliciosa con la que acudió a los pontífices en relación con el espolio de los templos de los dioses inmortales en la ciudad capturada? ¡A no ser que supongamos que es legítimo que adornen la Ciudad las obras de arte de Siracusa y las demás ciudades capturadas, y que se considere que Ambracia queda fuera del derecho de guerra!.* Rogó a los senadores y pidió al tribuno que no hicieran de él un objeto de burla para su prepotente adversario.

[39,5] Los senadores le apoyaron como un solo hombre; algunos trataron de convencer al tribuno para que renunciara a su veto y otros lo asaltaban con amargos reproches. Fue, sin embargo, el discurso de su colega, Tiberio Graco, el que produjo en mayor efecto. Dijo que era un mal precedente que un hombre usara su cargo oficial como instrumento para sus enemistades personales; pero que un tribuno de la plebe se convirtiera en agente de la venganza de otro hombre resultaba vergonzoso e indigno del poder e inviolabilidad del colegio tribunicio y de las leyes sagradas. Cada cual debía elegir por sí mismo a quién amar y a quién odiar, qué actos aprobar o

desaprobar; no debía esperar la mirada o el gesto de otro hombre, ni dejarse llevar a una parte o a otra por los motivos o los estados de ánimo de otro hombre. Un tribuno no se debía convertir en herramienta de los enfados de un cónsul, teniendo presente lo que Marco Emilio le había confiado en privado, ni olvidar que el tribunado le había sido conferido por el pueblo de Roma, que le confiaba la protección de la libertad de los ciudadanos particulares, no la defensa de un cónsul autocrático. No se daba cuenta de que lo que pasaría a la posteridad sería que, de dos miembros del mismo colegio de tribunos, uno subordinó sus disputas privadas a los intereses del Estado y el otro se involucró en un conflicto que ni siquiera era suyo propio, sino encargado por otra persona. Agobiado por estos reproches, el tribuno abandonó la Curia y, a propuesta de Servio Sulpicio, se decretó un triunfo para Marco Fulvio. Este dio las gracias a los senadores y les comunicó que, el día en que tomó Ambracia, se había comprometido mediante voto a celebrar unos grandes juegos en honor de Júpiter Óptimo Máximo y que las ciudades habían contribuido con cien libras de oro para este fin. Solicitó al Senado que mandasen apartar esa cantidad del dinero que aportaría al tesoro, tras llevarlo en el triunfo. El Senado ordenó que se remitiera al colegio de pontífices la cuestión de si era necesario que todo aquel oro fuera gastado en los Juegos. Respondieron que no era cosa relevante, a efectos religiosos, cuánto dinero se gastase en los Juegos; así pues, el Senado autorizó a Fulvio para que gastara cuanto quisiera en los Juegos, siempre la cantidad no excediera los ochenta mil sestercios.

Fulvio había fijado la fecha de su triunfo para enero; sin embargo, al saber que Marco Emilio había recibido una carta de Aburio diciéndole que había retirado su oposición y que venía de camino a Roma para impedir el triunfo, pero que se había detenido en su viaje por estar enfermo, adelantó la fecha para no tener que pelear más en el triunfo que durante la guerra. El veintitrés de diciembre celebró su triunfo sobre los etolios y Cefalania. Desfilaron ante su carro coronas de oro con un peso total de ciento doce libras, mil ochenta y tres libras de plata, doscientas cuarenta y tres libras de oro, ciento dieciocho mil tetracmas áticos y doce mil cuatrocientos veintidós filipos; setecientas ochenta estatuas de bronce y doscientas treinta de mármol. Hubo una gran cantidad de armaduras, armas y demás despojos enemigos, así como catapultas, ballestas y toda clase de artillería. Desfilaron también en la procesión veintisiete jefes etolios, cefalanios y del ejército de Antíoco que este abandonó allí. Antes de entrar efectivamente en la Ciudad, Fulvio otorgó recompensas a muchos de los tribunos militares, prefectos, caballeros y centuriones, tanto del ejército romano como de los contingentes aliados. Además del botín, dio a cada soldado veinticinco denarios, el doble a cada centurión y el triple a los jinetes.

[39,6] Se acercaba ya el momento de las elecciones y como Marco Emilio, a quien correspondía la obligación de celebrarlas, estaba incapacitado para ello, Cayo Flaminio fue a Roma para este propósito. Los cónsules electos fueron Espurio Postumio Albino y Quinto Marcio Filipo. Los nuevos pretores fueron Tito Menio, Publio Cornelio Sila, Cayo Calpurnio Pisón, Marco Licinio Lúculo, Cayo Aurelio Escauro y Lucio Quincio Crispino. Al cierre del año, una vez nombrados los nuevos magistrados, Cneo Manlio Vulso celebró su triunfo sobre los galos asiáticos el día cinco de marzo. La razón por la que aplazó su triunfo hasta fecha tan tardía fue su interés por evitar un enjuiciamiento en virtud de la ley Petilia mientras Quinto Terencio Culeo fuera pretor, así como la posibilidad de quedar atrapado entre las llamas de la sentencia que condenó a Escipión. Pensó que los jueces serían aún más hostiles hacia él de lo que habían sido hacia Escipión, a causa de los informes que habían llegado de Roma en los que se decía que había permitido a los soldados toda clase de libertades y que había destruido completamente la disciplina que su predecesor, Escipión, había mantenido. Y no eran las historias de lo sucedido en su provincia, lejos de la vista de los hombres, lo único que lo desacreditó; cosas aún peores se veían cada día entre sus soldados, pues los lujos extranjeros fueron introducidos en Roma por el ejército que prestó servicio en Asia. Aquellos hombres fueron los primeros en llevar a Roma lechos de bronce, costosas colchas, tapices y otros finos tejidos, así como mesas de un solo pie y aparadores, lo que en aquellos momentos se

consideraron muebles magníficos. Se hicieron más atractivos los banquetes mediante la presencia de tañedoras de cítara y arpa, así como otras formas de diversión; los mismos banquetes empezaron a prepararse con mayor cuidado y gasto. El cocinero, a quien los antiguos consideraron y trataron como al más humilde y menos valioso, fue aumentando de valor y lo que había sido considerado un oficio servil llegó a ser apreciado como un arte. Sin embargo, lo que por entonces apenas empezó a dejarse ver era el germen del lujo que se avecinaba.

[39,7] En su triunfo, Cneo Manlio hizo llevar delante de él doscientas coronas de oro, cada una de doce libras de peso, doscientas veinte mil libras de plata, dos mil ciento tres libras de oro, ciento veintisiete mil tetracmas áticos, doscientos cincuenta mil cistóforos y dieciséis mil trescientos veinte filipos de oro; también desfilaron, llevadas en carros, gran cantidad de armas y despojos capturados a los galos. Desfilaron también ante su carro cincuenta y dos de los jefes enemigos. Distribuyó entre los soldados cuarenta y dos denarios a cada legionario, el doble para los centuriones y el triple para los jinetes, así como una paga doble para todos. Desfilaron detrás de su carro muchos, de todas las graduaciones, que habían recibido recompensas militares, resultando evidente, por los versos de las canciones que cantaban los soldados, que lo consideraban un general indulgente y deseoso de popularidad, y que la celebración del triunfo era más apreciada entre los militares que por el pueblo. Sin embargo, los amigos de Manlio lograron ganarse también el favor del pueblo; mediante sus presiones, se aprobó un senadoconsulto ordenando que el dinero llevado en el triunfo se empleara en abonar la parte del préstamo, pendiente de pago, que el pueblo había hecho al Estado. Los cuestores, haciendo una escrupulosa y justa valoración, pagaron el veinticinco y medio por mil. Justo en aquel momento, llegaron dos tribunos militares con cartas de Cayo Atinio y Lucio Manlio, que gobernaban respectivamente en la Hispania Citerior y Ulterior. Al parecer, los celtíberos y los lusitanos estaban en armas y se dedicaban a asolar los territorios de los pueblos aliados. El Senado encargó a los nuevos magistrados la discusión sobre esta situación. Mientras se celebraban aquel año los Juegos Romanos por Publio Cornelio Cétego y Aulo Postumio Albino, un mástil mal asegurado del circo cayó sobre la estatua de Polencia y la derribó . Esto se consideró un presagio, decidiendo el Senado que los Juegos se celebraran durante un día más y que se debían erigir dos estatuas en lugar de la que había caído, siendo una de ellas dorada. Los Juegos plebeyos fueron prolongados un día más por los ediles Cayo Sempronio Bleso y Marco Furio Lusco.

[39,8] Durante el año siguiente *(186 a.C.)*, los cónsules Espurio Postumio Albino y Quinto Marcio Filipo vieron desviada su atención del ejército, las guerras y la administración de las provincias por la necesidad de sofocar una conspiración interna. Las provincias fueron adjudicadas a los pretores de la siguiente manera: la pretura urbana fue para Tito Menio y la peregrina para Marco Licinio Lúculo; Cerdeña correspondió a Cayo Aurelio Escauro, Sicilia a Publio Cornelio Sila, la Hispania Citerior fue para Lucio Quincio Crispino y la Ulterior para para Cayo Calpurnio Pisón. Se encargó a ambos cónsules la investigación de las conspiraciones secretas. El asunto comenzó con la llegada a Etruria de un griego de bajo nacimiento que no poseía ninguna de las numerosas artes que difundió entre nosotros el pueblo que con más éxito cultivó la mente y el cuerpo. Era una especie de practicante de cultos y adivino, pero no de aquellos que inducen a error a los hombres enseñando abiertamente sus supersticiones por dinero, sino un sacerdote de misterios secretos y nocturnos. Al principio, estos se divulgaron solo entre unos pocos; después, empezaron a extenderse tanto entre hombres como entre mujeres, aumentando su atractivo mediante los placeres del vino y los banquetes para aumentar el número de sus seguidores. Una vez el vino, la noche, la promiscuidad de sexos y la mezcla de edades tiernas y adultas calentaban sus ánimos, apagando todo el sentido del pudor, daban comienzo los excesos de toda clase, pues todos tenían a mano la satisfacción del deseo al que más le inclinaba su naturaleza. Y no se limitaba el daño a la violación general de hombres libres y mujeres; de la misma fuente salían falsos testimonios, la falsificación de sellos y testamentos, las falsas informaciones, y los filtros mágicos y muertes tan secretas que ni

siquiera se podían encontrar los cadáveres para darles sepultura. Muchos crímenes fueron cometidos mediante engaños y muchos otros mediante la violencia, que quedaba oculta por el hecho de que, a causa de los gritos y el ruido de los tímpanos y címbalos, no se podía escuchar a los que pedían auxilio entre las violaciones y las muertes.

[39,9] Este mal desastroso se propagó desde Etruria a Roma como una enfermedad contagiosa. Al principio, el tamaño y la extensión de la Ciudad permitieron más espacio e impunidad para tales maldades y sirvieron para ocultarlas; pero, finalmente, llegaron noticias al cónsul y lo hicieron aproximadamente del siguiente modo: Publio Ebucio, cuyo padre había servido en la caballería con montura pública, había muerto, dejándole huérfano a edad temprana y al cuidado de tutores. Muertos estos también, se había educado bajo la tutela de Duronia, su madre, y de su padrastro, Tito Sempronio Rútilo. Como, por una parte, la madre estaba completamente sometida a su marido y, por la otra, su padrastro había ejercido su tutela de tal manera que no estaba en condiciones de dar cuentas adecuadamente de la misma, deseaba este quitarse de en medio a su pupilo o bien ponerlo a su merced mediante algo de lo que acusarlo. La única manera de corromper al joven eran las Bacanales. La madre dijo al muchacho que había hecho un voto en su nombre durante una enfermedad, a saber, que en cuanto se recuperase lo iniciaría en los misterios báquicos; ahora, comprometida por su voto por la bondad de los dioses, estaba obligada a cumplir con aquél. Él debía preservar su castidad durante diez días; tras la cena del décimo día, una vez bañado en agua pura, ella lo llevaría al lugar sagrado.

Había una liberta de nombre Hispala Fenecia que había sido una famosa cortesana y que no resultó digna de ser liberada pues, acostumbrada desde su niñez a tal actividad, incluso tras su manumisión siguió dedicándose a ella. Como sus casas estaban cerca una de la otra, había surgido cierta intimidad entre ella y Ebucio, que no resultaba en absoluto perjudicial ni para la reputación de él ni para su hacienda, pues ella buscaba su compañía y su amor desinteresadamente, manteniéndolo por su generosidad mientras sus padres se lo escatimaban todo. Su pasión por él había ido tan lejos que, una vez muerto su tutor y no estando ya bajo la tutela de nadie, solicitó a los tribunos y al pretor que nombraran un tutor para ella. Entonces, hizo testamento nombrando a Ebucio su único heredero.

[39.10] Con estas pruebas de su amor, ya no tenían secretos entre ellos y el joven le dijo en tono jocoso que no se sorprendiera si se ausentaba de ella durante algunas noches, pues tenía que cumplir un deber religioso: el cumplimiento de una promesa, hecha mientras estaba enfermo, por la que quería ser iniciado en los misterios de Baco. Al oír esto, quedó ella muy perturbada y exclamó *¡No lo consientan los dioses!. Mejor nos sería morir ambos antes que hagas tal cosa!.* Lanzó luego maldiciones e imprecaciones sobre la cabeza de quien le hubiera aconsejado así. El joven, asombrado ante sus palabras y su gran emoción, le pidió que cesara en sus maldiciones, pues había sido su madre quien se lo había ordenado, con el consentimiento de su padrastro. *Pues entonces, tu padrastro* -respondió ella- *ya que puede que no sea justo acusar a tu madre, tiene prisa por arruinar con este acto tu virtud, tu reputación, tus esperanzas y tu vida.* Aún más asombrado, él le preguntó qué quería decir. Rogando a los dioses que la perdonaran si, llevada por su amor hacía él, revelaba lo que se debía callar, le descubrió cuando era una sierva había acompañado a su ama a aquel lugar de iniciación, pero que nunca se había acercado por allí desde que era libre. Sabía que aquella era oficina para toda clase de corruptelas, teniendo constancia de que en los últimos dos años no se había iniciado a nadie mayor de veinte años. Cuando alguien era llevado allí se le entregaba como una víctima a los sacerdotes, quienes lo llevaban a un lugar que resonaba con gritos, cánticos y el percutir de címbalos y tímpanos, de modo que no se podían oír los gritos de auxilio de aquel a quien sometían a violencia sexual. Le rogaba y le suplicaba, por ello, que se saliera del asunto lo mejor que pudiese y que no se precipitase a ciegas en un lugar en el que habría de soportar, y luego cometer, toda clase de ultrajes concebibles. No le dejó marchar hasta que él no

le hubo dado su palabra de que no tomaría parte en aquellos ritos.

[39,11] Después de llegar a casa, su madre trajo a colación el tema de la iniciación, diciéndole lo que tenía que hacer ese día y los días siguientes. Él le dijo que no haría nada de aquello y que no tenía intención de ser iniciado. Su padrastro estaba presente en la conversación. De inmediato, la madre exclamó que él no podía pasar diez noches fuera de los brazos de Hispala; tan hechizado estaba por los encantos venenosos de aquella víbora que no respetaba ni a su madre, ni a su padrastro ni a los dioses. Entre los reproches de su madre, por un lado, y su padrastro, por otro, con la ayuda de cuatro esclavos lo echaron de la casa. El joven, entonces, se marcho a casa de una tía paterna, Ebucia, y le explicó por qué había sido expulsado de su casa; por consejo de ella, al día siguiente informó sin testigos al cónsul Postumio sobre el asunto. Postumio le dijo que regresara nuevamente a los dos días; al mismo tiempo, preguntó a su suegra Sulpicia, mujer respetable y juiciosa, si conocía a una anciana llamada Ebucia, que vivía en el Aventino. Ella le respondió que la conocía como una mujer respetable y de estricta moral a la antigua usanza; el cónsul le dijo que era importante que se entrevistara con ella y que Sulpicia debía mandarle recado para que viniera. Ebucia vino a ver a Sulpicia y el cónsul, entrando como por casualidad, llevó la conversación hacia Ebucio, el hijo de su hermano. La mujer estalló en lágrimas y comenzó a lamentase de la desgracia del joven, a quien habían despojado de su fortuna los que menos debían haberlo hecho. Estaba -dijo- en su casa en aquellos momentos, pues su madre *lo había echado porque el virtuoso y respetable joven había rehusado -¡que los dioses me perdonen!- ser iniciado en unos misterios obscenos, según se decía.*

[39.12] Considerando el cónsul que había comprobado lo suficiente sobre el testimonio de Ebucio y que la evidencia era fiable, despidió a Ebucia y pidió a su suegra que mandara llamar a Hispala, una liberta, muy conocida en el Aventino, pues había ciertas cuestiones que deseaba preguntarle también a ella. Se perturbó Hispala ante el recado, al ser convocada a presencia de una mujer tan noble y respetable sin saber el motivo; y ya, cuando vio en el vestíbulo a los lictores, a los asistentes del cónsul y al mismo cónsul, casi se desmayó. La llevaron a una habitación interior con el cónsul y en presencia de su suegra, por si servía para hacer que dijera la verdad; el cónsul le dijo que nada tenía que temer, podía confiar en la palabra de una mujer como Sulpicia y en la suya propia, pero debía darle una descripción detallada de lo que solía ocurrir en los ritos báquicos nocturno en el bosque de Simila. Al oír esto, la mujer fue presa de tanto miedo y tales temblores en todos sus miembros que no pudo abrir la boca en bastante rato. Recuperó finalmente sus nervios y contó que había sido iniciada siendo esclava y aún muy niña, junto a su ama; pero que desde que la manumitieron, hacía ya algunos años, no sabía nada más de lo que allí pasaba. El cónsul la elogió por haber confesado que había sido iniciada y le rogó que fuera igualmente veraz en el resto de su historia. Al asegurar ella que no sabía nada más, el cónsul le advirtió que no recibiría la misma consideración y perdón si alguien la refutaba que si confesaba libremente, pues la persona que le había oído hablar de aquellas cosas se lo había revelado todo a él.

[39.13] La mujer, totalmente convencida, y con razón, de que era Ebucio el informante, se arrojó a los pies de Sulpicia y le imploró que no permitiera que una conversación entre una liberta y su amante fuera considerada como una asunto no solo grave, sino incluso capital. Cuanto ella le había dicho, lo fue con el fin de asustarlo, no porque ella supiera nada realmente. Postumio se encolerizó y le dijo entonces que quizá se imaginaba que estaba bromeando con su amante, y no hablando en la casa de una mujer respetabilísima y en presencia del cónsul. Sulpicia levantó a la aterrorizada mujer del suelo, le habló dulcemente y, al tiempo, trataba de calmar la cólera de él. Al fin se hizo la calma, y después de quejarse amargamente de la traición de Ebucio, que así le pagaba todo lo que había hecho por él, declaró que temía grandemente a los dioses, por desvelar sus misterios, pero que temía aún más a los hombres, que la despedazarían si se convertía en delatora.

Así, ella rogaba a Sulpicia y al cónsul que la llevaran a algún lugar fuera de las fronteras de Italia, donde pudiera vivir con seguridad el resto de sus días. El cónsul la instó a tener buen ánimo, pues él se encargaría de que viviese segura en Roma. Hispala, entonces, dio cuenta del origen de aquellos misterios.

Inicialmente, se trataba de un santuario reservado a las mujeres, donde era costumbre no admitir a ningún hombre; había tres días al año en los que, durante el día, se iniciaba en los misterios de Baco; se solía elegir por tuno a matronas como sacerdotisas. Paculla Annia, una sacerdotisa de la Campania, había efectuado cambios radicales, como por inspiración divina, pues fue la primera en admitir hombres e inició a sus propios hijos, Minio y Herenio Cerrinio. Al mismo tiempo, hizo que el rito fuera nocturno y que en vez de tres días al año se celebrara cinco veces al mes. Una vez los misterios hubieron asumido aquel carácter promiscuo, con los hombres mezclados con las mujeres en licenciosas orgías nocturnas, no quedó ningún crimen y ninguna acción vergonzosa por perpetrarse allí. Se producían más prácticas vergonzantes entre hombres que entre hombres y mujeres. Quien no se sometiera al ultraje o se mostrara remiso a los malos actos, era sacrificado como víctima. No considerar nada como impío o criminal era la misma cúspide de su religión. Los hombres, como posesos, gritaban profecías entre las frenéticas contorsiones de sus cuerpos; las matronas, vestidas como bacantes, con los cabellos en desorden, se precipitaban hacia el Tíber con antorchas encendidas, las metían en las aguas y las sacaban aún encendidas, pues contenían azufre vivo y cal. Los hombres ataban a algunas personas a máquinas y las echaban en cuevas ocultas, y se decía por ello que habían sido arrebatadas; se trataba de quienes se habían negado a unirse a su conspiración, tomar parte en sus crímenes o someterse a los ultrajes sexuales. Era una inmensa multitud, casi una segunda población, y entre ellos se encontraban algunos hombres y mujeres de familias nobles. Se ha convertido en costumbre, durante los dos últimos años, que nadie de más de veinte años fuera iniciado; solo captaban a los de edad más susceptible de engaño y corrupción.

[39,14] Cuando hubo terminado de dar su testimonio, cayó de rodillas y de nuevo le rogó al cónsul que la enviara al extranjero. Este pidió a su suegra que desocupara alguna parte de su casa donde pudiera trasladarse Hispala. Se le asignó una habitación en la parte superior a la que se accedía por una escalera desde la calle, que se bloqueó, abriéndose un acceso desde el interior de la casa. Se llevaron allí de inmediato todos los enseres de Fecenia, así como sus esclavos, y se ordenó a Ebucio que se mudara a casa de un cliente del cónsul. Una vez tenía a sus dos informantes bajo su control, Postumio informó del asunto al Senado. Explicó todo detallada y ordenadamente, primero la información que había recibido y después lo que había averiguado con su investigación. Los senadores fueron presa de un intenso pánico, tanto por la seguridad pública en el caso de que aquellas ocultas conspiraciones y reuniones nocturnas pudieran suponer un peligro para el Estado, como por ellos mismos en lo que pudiera atañer a los suyos en caso de estar implicados. Aprobaron no obstante un voto de gracias al cónsul por haber conducido sus investigaciones tan cuidadosamente, sin provocar una alteración del orden público. A continuación, otorgando a los cónsules poderes extraordinarios, pusieron en sus manos la investigación sobre cuanto sucedía durante las bacanales y los ritos nocturnos. Deberían cuidar de que Ebucio y Fenecia no sufrieran daño alguno por la información que habían proporcionado, así como también ofrecer recompensas para que otros denunciaran. Se debía buscar a los sacerdotes de aquellos ritos, fuesen hombres o mujeres, no solo en Roma, sino en cualquier foro o lugar de reunión en que se los pudiera hallar, para ponerlos a disposición de los cónsules. Además, se publicaron edictos en Roma, y se enviaron por toda Italia, prohibiendo que todo el que ya hubiera sido iniciado en el culto a Baco se reuniera para celebrar sus misterios o practicar cualquier rito de similar carácter; y, sobre todo, que se investigase rigurosamente contra aquellos que se hubiesen conjurado para cometer alguna inmoralidad o algún delito. Estas fueron las medidas que decretó el Senado. Los cónsules ordenaron a los ediles curules que buscasen a todos los sacerdotes de aquellos ritos y, cuando los hubieran

detenido, los mantuvieran bajo custodia como mejor les pareciera para proceder a la investigación. Los ediles plebeyos cuidarían de que no se llevara a cabo ningún rito en lugar cerrado; a los triunviros capitolinos se les encargó que situaran guardias por toda la Ciudad y que procurasen que no tuvieran lugar reuniones nocturnas; como precaución añadida contra los fuegos, se nombraron cinco hombres para ayudar a los triunviros y hacerse cargo de los edificios que se les asignaran en cada sector a uno y otro lado del Tíber.

[39,15] Cuando los diversos magistrados quedaron instruidos de sus obligaciones, los cónsules convocaron la Asamblea y subieron a los Rostra. Después de recitar la solemne oración que suelen pronunciar los cónsules antes de dirigirse al pueblo, Postumio habló así: *Quirites, en ninguna reunión anterior de la Asamblea había sido esta plegaria a los dioses tan adecuada, y yo diría que hasta tan necesaria. Porque nos recuerda que son estos los dioses a los que nuestros antepasados determinaron que se diese culto, se reverenciara y se rezara; y no a aquellos dioses que llevan las mentes, mediante ritos extranjeros y envilecedores, como empujadas por las Furias, a toda clase de crímenes y desenfrenos. En verdad que no sé hasta qué punto debo guardar silencio o hasta dónde he de llegar en lo que tengo que deciros. Pues me temo que si quedáis ignorantes de alguna cosa se me pueda acusar de negligencia, mientras que si os lo revelo todo os pueda aterrorizar en exceso. Por mucho que pueda decir, podéis estar seguros de que será poco en comparación con la enormidad y gravedad de los hechos. Procuraré que sea lo suficiente como para poneros en guardia. Estoy seguro de que ya sabéis, no solo por lo que se comenta sino por los ruidos y gritos nocturnos que se producen por toda la Ciudad, de que las Bacanales se han extendido por toda Italia y ahora también por muchas partes de Roma; pero no creo que sepáis realmente qué es lo que ello significa. Algunos de vosotros os imaginaréis que es alguna forma privada de culto a los dioses; otros creen que es algún tipo permitido y admisible de distracción, y que sea como sea, concierne solo a unos cuantos. Respecto a su número, será natural que os alarméis si os digo que se trata de muchos miles, aún antes de explicaron quiénes son y cuál es su calaña.*

En primer lugar, en efecto, la mujeres constituyen la mayor parte, y fueron ellas el origen de este mal. Están luego los hombres, totalmente afeminados, cometiendo y recibiendo las mismas perversiones, exaltados y desenfrenados, fuera de sí por las noches sin sueño, por el vino, los gritos y el alboroto nocturno. La conspiración no tiene aún ninguna fuerza, pero su número se incrementa rápidamente día a día y su fuerza es cada vez mayor. Vuestros antepasados decidieron que ni siquiera vosotros os reunieseis en Asamblea de manera irregular y sin motivo, sino que, izando el estandarte en la ciudadela, se mandase salir al ejército, que los tribunos ordenasen al pueblo que se reuniera o que uno de los magistrados hubiera convocado en debida forma a la Asamblea. Consideraban, así mismo, que siempre que el pueblo se reuniera debería haber allí alguna autoridad legítima presidiéndolo. ¿Os imagináis cómo serán estas reuniones nocturnas, esta promiscuidad de hombres y mujeres? Si supieseis a qué edad se inician los varones, no solo os compadeceríais de ellos, también os avergonzaríais. ¿Consideráis, Quirites, que a jóvenes iniciados en juramentos como este se les puede convertir en soldados? ¿Que se les puede confiar las armas a estos que salen de un santuario de obscenidad? Serán estos hombres, apestando a sus propias impurezas y a las de quienes tienen alrededor, los que esgrimirán sus espadas en defensa de la castidad de vuestras mujeres e hijos?

[39.16] *Y el daño no sería tan grave, empero, si solo se hubieran afeminado ellos con su libertinaje, pues entonces la deshonra caería principalmente sobre ellos mismos, y hubiesen mantenido libres sus manos de ultrajes y sus ánimos de engaños. Nunca ha habido un mal tan grave en la República, ni que afectara a un número mayor de personas o que haya causado más crímenes. Podéis estar completamente seguros de que todos los delitos producidos en estos últimos años, en forma de lujuria, traición o crímenes, han tenido su origen en aquel santuario de ritos*

profanos. Y aún no se han revelado todas las maldades para las que han conspirado. Hasta ahora, su impía asociación se limitaba a crímenes individuales, pues aún no tiene fuerza bastante para destruir la república. Pero la maldad sigue infiltrándose sigilosamente, creciendo día a día, ya es demasiado grande como para limitarse a los intereses privados y apunta al Estado. A menos que toméis precauciones, Quirites, a esta Asamblea legalmente convocada por un cónsul a la luz del día, se enfrentará otra asamblea que se reúne en la oscuridad de la noche. Por ahora, desunidos, ellos os temen a vosotros, unidos en Asamblea; pero en cuanto os hayáis dispersado hacia vuestros hogares y granjas, celebrarán la suya y tramarán su propia seguridad y vuestra ruina. Será entonces vuestro turno, separados como estaréis, de temer su unión.

Debéis, por tanto, rezar cada uno de vosotros porque vuestros amigos hayan conservado su sensatez. Si alguno se ha precipitado a tal abismo de lujuria desenfrenada y exasperante, debéis considerarlo no como uno de los vuestros, sino como alguien que se ha sumado a los juramentados para ejecutar toda clase de maldades. No estoy seguro, incluso, de que alguno de vosotros no hayáis sido engañados, pues nada hay que presente una apariencia más engañosa que una falsa religión. Cuando los delitos se cobijan bajo el nombre de la voluntad de los dioses, siempre existe el temor a que, castigando la hipocresía de los hombres, estemos violentando algo sagrado relacionado con las leyes divinas. De estos escrúpulos quedáis liberados por las innumerables decisiones de los pontífices, senadoconsultos y respuestas de los augures. ¡Cuán a menudo, en tiempos de vuestros padres y abuelos, se ha encargado a los magistrados la tarea de prohibir todos los ritos y ceremonias extranjeros, impedir que los sacrificadores y adivinos entrasen al Foro, al Circo o a la Ciudad, buscando y quemando todos los libros de falsas profecías, y aboliendo cualquier rito sacrifical que no estuviera de acuerdo con la costumbre romana! Y es que aquellos hombres, tan prácticos en todo lo referente al amor divino y humano, consideraban que nada tendía tanto a destruir la religión como la realización de sacrificios no a la manera de nuestros padres, sino según las modas importadas del extranjero. Pensé que debería deciros esto de antemano, de modo que a ninguno de vosotros le angustiaran los temores religiosos cuando vea demolidas las sedes de las bacanales y dispersadas sus impías reuniones. Todo lo que vamos a hacer será hecho con la sanción de los dioses y obedeciendo su voluntad. Para mostrar su descontento por el insulto hecho a su majestad mediante tales apetitos sexuales y crímenes, los han arrastrado fuera de sus oscuros escondrijos, a plena luz del día, y quisieron que quedasen expuestos a dicha luz no para que gozaran de impunidad, sino para que fuesen castigados y aplastados. El Senado nos ha otorgado, a mi colega y a mí mismo, poderes extraordinarios para llevar a cabo una investigación sobre este asunto. Haremos uso enérgicamente de ellos y hemos encargado a los magistrados menores de la vigilancia nocturna por toda la Ciudad. Es justo que vosotros mostréis también la misma energía al cumplir con vuestro deber en cualquier puesto en que se os destine y ante cualquier orden que recibáis, así como que ayudéis en que no se provoque ningún peligro ni altercados por culpa de la conjura secreta de unos criminales.

[39.17] Ordenaron a continuación que se diera lectura a las resoluciones del Senado, ofreciendo una recompensa a cualquiera que llevara un culpable ante los cónsules o que diera su nombre si se encontraba ausente. En el caso de que alguno hubiera sido denunciado y hubiese huido, le fijarían un día para responder de la acusación y, si no comparecía, sería condenado en ausencia; cualquiera que estuviese fuera del territorio de Italia en aquel momento, vería ampliado el plazo fijado para que pudiera defenderse. Publicaron después un edicto prohibiendo que nadie vendiera o comprase nada con el propósito de huir, ni que se recibiera, almacenara o en modo alguno se auxiliara a quienes huyeran. Una vez disuelta la Asamblea, toda la Ciudad fue presa de un gran terror. Tampoco se limitó el pánico al interior de las murallas de la Ciudad o a las fronteras de Roma; cundió la inquietud y la consternación por toda Italia según iban llegando las cartas de inmigrantes que relataban las resoluciones del Senado, lo sucedido en la Asamblea y el edicto de los cónsules. Durante la noche siguiente a la exposición de los hechos en la Asamblea, se apostaron

guardias en todas las puertas, siendo arrestados por los triunviros, y obligados a volver, muchos que intentaron escapar. Se denunciaron muchos nombres y algunos de ellos, tanto hombres como mujeres, se suicidaron Se afirmó que más de siete mil personas de ambos sexos estaban implicadas en la conspiración. Los cabecillas fueron, al parecer, los dos Atinios, Marco y Cayo, miembros ambos de la plebe; Lucio Opicernio, de Falerio, y Minio Cerrinio, un campano. Ellos fueron los instigadores y organizadores de todos los crímenes y ultrajes, los sumos sacerdotes y fundadores de aquel culto. Se procuró arrestarlos lo antes posible y al comparecer ante los cónsules lo confesaron todo inmediatamente.

[39,18] Fue tan grande, sin embargo, el número de los que huyeron de la Ciudad que, al quedar sin efecto las incautaciones y acusaciones, y viéndose obligados los pretores Tito Menio y Marco Licinio, por intervención del Senado, a aplazar sus juicios treinta días para permitir a los cónsules completar sus investigaciones. Debido al hecho de que las personas cuyos nombres estaban en la lista no respondieron a la citación y no se les encontró en Roma, los cónsules tenían que visitar las poblaciones rurales, investigar y juzgar sus casos en ellas. Aquellos que simplemente habían sido iniciados, esto es, los que habían repetido, tras dictarla el sacerdote, la forma prescrita de la imprecación por la que se comprometía a toda forma de maldad e impureza, pero que no habían participado ni activa ni pasivamente en ninguno de los hechos a los que sus juramentos los ataban, los dejaban en la cárcel. Aquellos que se habían contaminado mediante indignidades o asesinatos, o que se habían manchado con falsos testimonios, falsos sellos y testamentos, así como otras prácticas fraudulentas, fueron condenados a muerte. El número de los ejecutados superó el número de los condenados a penas de prisión; en ambas grupos hubo gran cantidad tanto de hombres como de mujeres. Las mujeres que habían sido declaradas culpables fueron entregadas a sus familiares o tutores para que actuaran contra ellas en privado; si no había nadie con potestad para infligir el castigo, este se aplicaba en público. La siguiente tarea a afrontar por los cónsules fue la destrucción de los santuarios del culto de Baco, empezando por Roma y siguiendo luego por todo lo largo y lo ancho de Italia; solo se exceptuó aquellos donde existía un altar antiguo o una imagen consagrada. Después se aprobó un senadoconsulto por el cual, en el futuro, no habría bacanales en Roma ni en Italia. Si alguien consideraba que esta forma de culto era una obligación solemne y necesaria, y que no podía prescindir de ella sin sentirse culpable de impiedad, debería efectuar una declaración ante el pretor urbano; el pretor debería consultar al Senado y, si el Senado lo autorizaba estando presentes no menos de cien senadores, podría observar los ritos a condición de que no tomasen parte en ellos más de cinco personas, que no tuviesen fondo común, ni maestro de ceremonias ni sacerdote.

[39.19] El cónsul Quinto Marcio presentó otra propuesta, relacionada con esto y que fue objeto de un decreto, a saber, los casos de quienes los cónsules habían empleado como informantes. Se decidió que se dejaría la cuestión para ser tratada en cuanto Espurio Postumio hubiera cerrado su investigación y estuviese de regreso en Roma. El Senado decidió que el campano Minio Cerrinio fuera enviado a Ardea para ser encerrado, advirtiéndose a sus magistrados que lo mantuvieran bajo estrecha vigilancia para impedir no solo su fuga, sino cualquier intento de suicidio. Espurio Postumio regresó a Roma bastante después. Presentó a discusión la cuestión de las recompensas que se debían otorgar a Publio Ebucio y a Hispala Fecenia, pues gracias a su ayuda se habían podido descubrir las bacanales. El Senado decidió que el pretor urbano entregaría a cada uno de ellos cien mil ases del Tesoro y que el cónsul debería acordar con los tribunos que se propusiera a la plebe, a la primera oportunidad, que Publio Ebucio quedara exento del servicio militar y que no se le obligara, a menos que él lo deseara, a servir ni en infantería ni en caballería. Se concedió a Fecenia el derecho a disponer de sus propiedades como le placiera, a casarse fuera de su gens y a elegir a su propio tutor, como si se lo hubiera asignado un marido mediante su testamento. Tendría también libertad para casarse con un hombre nacido libre, sin que ninguno que se casase con ella sufriese

merma en su reputación o posición. Y aún más, los cónsules y pretores entonces en activo, así como aquellos que les sucedieran, cuidarían que no se infligiera ningún daño a la mujer, sino que viviera con seguridad. Estas propuestas eran las que el Senado consideraba justas y deseaba que se procediera de aquel modo. Todas ellas fueron presentadas a la plebe, resultando confirmada la resolución del Senado; en lo referente a la inmunidad y recompensas de otros informadores, se dejó la decisión en manos de los cónsules.

[39.20] Había por entonces terminado Publio Marcio su investigación en el distrito que se le encomendó, y se preparaba para marchar a su provincia de Liguria. Se le reforzó con tres mil infantes romanos y ciento cincuenta jinetes, junto a un contingente de aliados latinos de cinco mil infantes y doscientos jinetes. Esta provincia también se le había decretado a su colega, en unión con él, y también recibió el mismo número de soldados de infantería y de caballería. Se hicieron cargo de los ejércitos que habían mandado los cónsules anteriores, alistando dos nuevas legiones previa autorización del Senado. Exigieron a los aliados latinos que proporcionasen veinte mil infantes y ochocientos jinetes, llamando así mismo a tres mil infantes y a ochocientos jinetes romanos. A todas estas fuerzas, con excepción de las legiones, se las destinó a reforzar los ejércitos en Hispania. Mientras los cónsules estuvieron ocupados con sus investigaciones, nombraron a Tito Menio para supervisar el alistamiento de las tropas. Publio Marcio fue el primero en terminar su investigación y partió de inmediato contra los ligures apuanos. Cuando se hallaba siguiéndolos hasta las profundidades de bosques escondidos, donde solían refugiarse y ocultarse, el enemigo tomó un estrecho desfiladero y lo rodeó en una posición desventajosa. Se perdieron cuatro mil hombres, tres estandartes de la segunda legión y once de los aliados latinos cayeron en manos enemigas, junto con gran cantidad de armas que los fugitivos, al ver que obstaculizaban su fuga, arrojaron por doquier en los caminos del bosque. El enemigo detuvo su persecución antes que los romanos su huída. En cuanto el cónsul salió del territorio enemigo, y para evitar que se conociera la extensión de sus pérdidas, licenció al ejército. No pudo, sin embargo, borrar el recuerdo de la derrota sufrida: El paso donde los ligures lo habían puesto en fuga recibió después el nombre de "paso de Marcio".

[39,21] No bien se habían difundido las nuevas de Liguria, se recibió una carta de Hispania que produjo sentimientos mezclados de alegría y dolor. Cayo Atinio, que dos años antes había ido a la provincia como propretor, libró una batalla campal contra los lusitanos en las proximidades de Hasta. Se dio muerte a seis mil enemigos, siendo el resto derrotados y expulsados de su campamento. Llevó después a las legiones a un ataque contra la ciudad fortificada de hasta, que capturó con tan poca dificultad como la que halló para capturar el campamento. Sin embargo, mientras se aproximaba a las murallas un tanto imprudentemente, resultó alcanzado por un proyectil, muriendo en pocos días de sus heridas. Cuando se leyó la carta que comunicaba su muerte, el Senado fue de la opinión de que se debía enviar un correo al pretor Cayo Calpurnio, en el puerto de Luna, e informarle de que el Senado le aconsejaba apresurar su partida, pues aquella provincia no podía quedar sin un administrador. El correo llegó a Luna en cuatro días, pero Calpurnio había partido unos días antes. En la Hispania Citerior también se produjeron combates: Lucio Manlio Acidino luchó contra los celtíberos justo en el momento en que Cayo Atinio llegaba a la provincia. La batalla resultó indecisa, excepto porque los celtíberos desplazaron su campamento a la noche siguiente y el enemigo permitió así a los romanos que enterraran a sus muertos y recogieran los despojos de los enemigos. Unos días más tarde, los celtíberos, tras reunir una fuerza mayor, tomaron la iniciativa y atacaron a los romanos cerca de la ciudad de Calagurris. La tradición no da ninguna explicación de por qué, pese al aumento de su número, demostraron ser más débiles. Fueron derrotados en la batalla; murieron doce mil, se hizo prisioneros a dos mil y los romanos se apoderaron de su campamento. Si su sucesor no hubiera detenido el victorioso avance de Calpurnio, los celtíberos habrían sido sometidos. El nuevo pretor trasladó ambos ejércitos a sus cuarteles de invierno.

[39.22] En el momento en que se recibieron estas noticias de Hispania, se celebraron durante dos días, y por motivos religiosos, los juegos Taurios. A estos les siguieron los juegos que Marco Fulvio había ofrendado durante la guerra Etolia y que se celebraron con gran magnificencia durante diez días. Llegaron de Grecia muchos artistas con ocasión de ellos, siendo también la primera vez que se vieron en Roma certámenes atléticos. Constituyó una novedad la caza de leones y panteras, presentándose todo el espectáculo casi con tanto esplendor y variedad como los de la actualidad. Cayó una lluvia de piedras en Piceno, que duró tres días, y se cuenta que en diversos lugares se precipitó fuego desde el cielo, quemando principalmente las ropas de muchas personas. Como consecuencia de estos signos, se celebró un novenario religioso al que se añadió un día adicional por orden de los pontífices debido a que el templo de Ops, en el Capitolio, fue alcanzado por un rayo. Los cónsules sacrificaron víctimas adultas y purificaron la Ciudad. Casi al mismo tiempo, llegó un informe desde Umbría comunicando el hallazgo de un niño de nueve años de edad que era hermafrodita. Horrorizados ante tal portento, ordenaron que fuera sacado cuanto antes de territorio romano y que se le diera muerte.

Aquel años pasado a Venecia algunos galos transalpinos, quienes sin provocar daño alguno ni intentar hostilidades. Tomaron posesión de ciertos terrenos no lejos de donde ahora está Aquilea, fundando una ciudad fortificada. Se enviaron embajadores romanos más allá de los Alpes para recabar información sobre aquel hecho, siendo informados de que la migración se había producido sin autorización de su tribu, no sabiéndose qué estaban haciendo en Italia. Por aquel tiempo, Lucio Escipión celebró durante diez días los Juegos que había prometido con voto en la guerra contra Antíoco; el coste se sufragó con el dinero aportado por los reyes y ciudades de Asia. Según Valerio Antias, fue enviado, después de su condena y la venta de sus propiedades, como embajador especial para resolver las diferencias entre Antíoco y Eumenes, y fue durante el transcurso de esta misión cuando recibió las aportaciones económicas y reunió actores de todas partes de Asia. Solo tras el cumplimiento de su misión se trató en el Senado el asunto de estos Juegos a los que no se había referido tras la finalización de la guerra en que decía haberlos ofrendado.

[39,23] Como el año ya llegaba a su fin, Quinto Marcio iba a dejar su cargo estando ausente; Espurio Postumio, que ya había completado las investigaciones que había dirigido con la más escrupulosa imparcialidad, celebró las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Apio Claudio Pulcro y Marco Sempronio Tuditano. Al día siguiente se eligieron los pretores: Publio Cornelio Cétego, Aulo Postumio Albino, Cayo Afranio Estelión, Cayo Atilio Serrano, Lucio Postumio Tempsano y Marco Claudio Marcelo. Espurio Postumio había informado de que, al mismo tiempo que efectuaba sus investigaciones, había recorrido ambas costas de Italia y había hallado despobladas dos colonias: Siponto en el Adriático y Buxentum en el Tirreno. El pretor urbano, Tito Menio, en virtud de un decreto del Senado, nombró triunviros para alistar colonos con aquel destino a Lucio Escribonio Libón, Marco Tucio y Cneo Bebio Tánfilo. La guerra que se aproximaba contra Perseo y los macedonios no tuvo su origen en lo que la mayoría imagina, ni tampoco en el mismo Perseo. Los primeros movimientos fueron hechos por Filipo y, de haber vivido más tiempo, él mismo la hubiera emprendido. Una vez le hubieron sido impuestas las condiciones de paz tras su derrota, lo que más lo irritó fue la negativa del Senado ante su pretensión de castigar a aquellos de los macedonios que se habían rebelado contra él durante la guerra. Al establecer las condiciones de paz, Quincio había dejado este punto para una posterior consideración, por lo que albergó esperanzas de ver satisfecha su reclamación. Un segundo motivo de queja fue que, cuando Antíoco resultó derrotado en las Termópilas y ambos ejércitos se separaron, avanzando el cónsul Acilio contra Heraclea y Filipo contra Lamia, se le ordenó retirarse frente a las murallas de Lamia, tras la captura de Heraclea, y la ciudad se rindió a los romanos. El cónsul, que a toda prisa se dirigía a Lepanto, donde se habían concentrado los etolios después de su huida, apaciguó la ira de Filipo permitiéndole hacer la guerra a Atamania y a Aminandro, incorporando a su reino las ciudades que los etolios

habían arrebatado antes a los tracios. Expulsó a Aminandro de Atamania sin muchos problemas y tomó algunas de sus ciudades. También redujo a Demetrias, una ciudad fuerte y bien situada en todos los aspectos, y puso bajo su dominio a la tribu de los magnetes. En Tracia, además, había algunas ciudades muy revueltas debido a las disputas de sus dirigentes y el mal uso de una libertad a la que no estaban acostumbrados; a estas se las aseguró apoyando a la parte más débil en tales conflictos internos.

[39,24] Por el momento, estos éxitos disiparon la ira del rey contra los romanos. Nunca, sin embargo, desvió su atención de acumular durante los años de paz tantas fuerzas como pudo, para cuando se le presentase una oportunidad favorable para emplearla en una guerra. Elevó los impuestos que gravaban los productos agrícolas y aumentó la cuantía de los tribunos sobre las importaciones y las exportaciones; abrió nuevamente antiguas minas en desuso de oro y plata, y comenzó la explotación de otras nuevas. Con el fin de compensar la pérdida de población provocada por las guerras, obligó a todos sus súbditos a procrear y criar hijos. Asimismo, trasladó un gran número de tracios a Macedonia y de esta manera, durante todo el tiempo que no tuvo que intervenir en ninguna guerra, dedicó todos sus pensamientos y cuidados a incrementar el poder y recursos de su reino. Posteriormente, se produjeron nuevos incidentes que contribuyeron a reavivar su indignación contra los romanos. Los tesalios y los perrebios protestaron porque retuviera su soberanía sobre sus ciudades; los embajadores del rey Eumenes también se quejaron por la ocupación forzosa de ciudades de Tracia y el traslado de población a Macedonia. La acogida de estas protestas dejó claro que no serían ignoradas. Lo que más preocupó en el Senado fue la noticia de que tenía la intención de apoderarse de Eno y Maronea; los tesalios les preocupaban menos. También aparecieron delegados de Atamania para quejarse, no ya por la pérdida de una parte de su país o del quebrantamientos de las fronteras, sino del sometimiento de toda Atamania a la autoridad del rey. Habían llegado, además, algunos refugiados maronitas de los que resultaron expulsados por haber tratado de defender su libertad contra la guarnición del rey. Estos declararon que tanto Maronea como Eno estaban en poder de Filipo. También llegaron enviados de Filipo para defenderlo contra estos cargos. Afirmaron que no se había hecho nada sin autorización de los generales romanos; que las ciudades de los tesalios, perrebios y magnetes, así como los pueblos de Atamania con su rey Aminandro, estaban en el mismo caso que los etolios porque, cuando tras la expulsión de Antíoco, el cónsul se ocupó en el asedio de las ciudades de Etolia, envió a Filipo para tomar las ciudades en cuestión; ahora estaban sometidas por las armas. El Senado, para no llegar a ninguna decisión en ausencia del rey, dispuso el envío de Quinto Cecilio Metelo, Marco Bebio Tánfilo y Tiberio Sempronio, como delegados especiales, para resolver la controversia. Con antelación a su llegada, se mandó aviso a todas las ciudades concernidas por sus diferencias con el rey de que se celebraría una conferencia en Tempe, en Tesalia.

[39,25] Cuando todos hubieron ocupado sus asientos -los comisionados romanos como árbitros; los tesalios, perrebios y atamanes, como abiertos acusadores; y Filipo, que tenía que escuchar las acusaciones que se le hacían, como parte demandada- los jefes de las distintas delegaciones revelaron sus caracteres según la actitud que asumieron hacia Filipo, fuera de simpatía o de más o menos violento antagonismo. La discusión giró en torno a la situación de las ciudades de Gonfos, Tríkala, Faloria, Eurímenas, y las otras ciudades próximas. La cuestión era si pertenecían de pleno derecho a Tesalia, pese a haber sido capturadas y tomadas mediante la fuerza por los etolios -pues se admitía que era a los etolios a quienes se las había arrebatado Filipo- o si desde siempre habían sido ciudades etolias. Se argumentaba que Acilio se las había concedido al rey en el bien entendido de que pertenecieran los etolios y se hubieran sumado a ellos voluntariamente, no bajo la coacción de las armas. Una cuestión similar se planteó con respecto a las ciudades de Perrebia y Magnesia, ya que los etolios, al apoderarse de estas ciudades cuando tuvieron ocasión, habían mezclado en un mismo conjunto los derechos de todas ellas. Se añadían a estas controversias

las quejas de los tesalios, que señalaban que si aquellas ciudades se les devolvían tal y como estaban, les serían devueltas saqueadas y despobladas. Pues, en efecto, además de los perdidos por la guerra, se había llevado a quinientos de los principales jóvenes a Macedonia, donde malgastaban sus energía en trabajos serviles, y aquello que se vio obligado a devolver a Tesalia procuró hacerlo en un estado inservible. En épocas anteriores, el único puerto mercantil próspero al que tenían acceso los tesalios era Tebas Ftías, del que obtenían ganancias e ingresos. El rey había dispuesto una flota mercante que, dejando de lado Tebas, hacía la ruta hacia Demetrias y apartaba de esa manera el tráfico marítimo de aquel puerto. Las cosas habían llegado ya a tal punto que no vacilaba en hacer violencia a sus embajadores, que estaban protegidos por el derecho de gentes; les había asaltado y capturado cuando estaban de camino para ver a Tito Quincio. La totalidad de Tesalia, por tanto, estaba tan intimidada que nadie se atrevía a abrir la boca, ni en sus ciudades ni en su asamblea nacional. Los romanos, los defensores de sus libertades, estaban muy lejos; a su lado tenían un tirano opresivo que les impedía gozar de los beneficios que el pueblo de Roma les había concedido. ¿Qué libertad había allí si faltaba la libertad de palabra? Incluso entonces, y gracias a que confiaban en el apoyo de los comisionados, podían quejarse más que hablar. A menos que los romanos tomaran alguna medida para controlar la audacia de Filipo y aliviar los miedos de los griegos vecinos de Macedonia, de nada serviría la derrota de aquel y su liberación. Si no obedecía al freno, habría que sujetarlo apretando un poco más el bocado. Estas fueron las amargas invectivas de los últimos que hablaron; los primeros oradores habían intentado suavizar la ira del rey pidiendo al rey que perdonara a quienes hablaban en defensa de sus libertades. Expresaron la esperanza de que dejara de lado el rigor del amo y se resignara a convertirse en su amigo y aliado, siguiendo así el ejemplo de los romanos, que preferían extender sus alianzas mediante el afecto antes que por el miedo. Tras los tesalios, los perrebios expusieron su caso. Estos alegaron que Gonocóndilo, a la que Filipo había rebautizado como Olimpia, había pertenecido a Perrebia y solicitaban su devolución. Pedían lo mismo respecto a Malea y Ericinio. Los atamanes trataban de recuperar su independencia y los puestos fortificados de Ateneo y Petneo.

[39.26] Filipo apareció más como acusador que como demandado. Empezó por acusar a los tesalios de capturar Menelaide por las armas, en Dolopia, una plaza que pertenecía a su reino, y de capturar, en unión con los perrebios, Petra, en Pieria. Incluso Xinias, una ciudad etolia más allá de toda, quedó bajo dominio de los tesalios, y se adueñaron de Paraqueloide, que pertenecía a Atamania, sin ningún título legal. En cuanto a las acusaciones que se le hacían sobre haber emboscado a unos embajadores y de provocar el uso o el abandono de puertos de mar, esta segunda resultaba absurda al no ser él responsable de las preferencias de los comerciantes o los patrones por determinados puertos; en cuanto a la primera, aquello era completamente contrario a su carácter. Durante todos aquellos años, se le había acusado constantemente tanto ante los generales romanos como ante el Senado de Roma. ¿A alguno se le había maltratado, siquiera de palabra? Hablaban de una vez en se había emboscado a los que iban a ver a Quincio, pero no añadían qué les había ocurrido. Aquellas eran las acusaciones de los hombres que buscan falsos cargos, pues no los tienen verdaderos. Los tesalios, insolentemente, abusaban de la indulgencia del pueblo de Roma; como quienes tras un largo periodo de sed bebían vino ansiosamente, se habían embriagado con la libertad. Al igual que los esclavos repentinamente manumitidos, querían mostrar su libertad sin poner freno alguno a su lenguaje y se preciaban de insultar a sus antiguos amos. A continuación, en un acceso de cólera, exclamó: *¡Aún no se ha puesto el sol de todos los días!* Tanto los tesalios como los romanos tomaron aquello como una amenaza dirigida contra ellos. Cuando los murmullos de desaprobación ante estas palabras se hubieron disipado, replicó a los enviados perrebios y atamanes sosteniendo que las ciudades que representaban estaban en la misma situación que las demás: Acilio y los romanos se las habían entregado a él en un momento en que estaban en el bando enemigo. Si los donantes querían volverse atrás de lo que habían concedido, él sabía que tendría que renunciar a ellas; pero, en tal caso, se estarían congraciando con aliados inconstantes e inútiles, y cometiendo

una injusticia con un amigo mejor y que lo merecía más. Ningún agradecimiento tenía una vida más corta que el sentido por el don de la libertad, especialmente entre aquellos que estaban dispuestos a abusar de ella y malgastarla. Después de escuchar a todas las partes, los comisionados anunciaron su decisión: Deberían ser retiradas las guarniciones del rey de las ciudades en disputa y su reino se limitaría a las antiguas fronteras de Macedonia. En cuanto a las denuncias que cada parte hacía contra la otra, se debería constituir un tribunal de arbitraje para resolver las diferencias entre estos pueblos y los macedonios.

[39,27] Dejando al rey intensamente molesto, los comisionados marcharon a Tesalónica para examinar la cuestión de las ciudades de Tracia. Aquí se reunieron con los enviados de Eumenes, quienes les dijeron que ellos, por respeto, nada tenían que decir si los romanos deseaban la libertad de Eno y Maronea, pero que les recomendaban que esa libertad fuera real y no solo de nombre, y que no permitieran que nadie les robara esa concesión. Pero si pensaban que la cuestión de las ciudades de Tracia tenía relativamente poca importancia, sería mucho más razonable que aquellas que habían estado bajo el dominio de Antíoco quedaran como botín de guerra para Eumenes, en vez de para Filipo. Esto sería un pago a Eumenes por los servicios prestados por Atalo, su padre, durante la guerra librada por el pueblo romano contra aquel mismo Filipo, además de por aquellos que él mismo había prestado al participar de todos los trabajos y peligros, tanto por tierra como por mar, en la guerra contra Antíoco. Más aún, tenía también Eumenes a su favor la decisión que habían tomado los diez comisionados, pues al concederle el Quersoneso y Lisimaquia le habían concedido también sin duda Eno y Maronea, pues esas dos ciudades, por su proximidad, formaban como apéndices de la concesión principal. ¿Qué servicio prestado al pueblo romano, o qué derecho soberano podría aducir Filipo que justificara el que hubiera forzado la entrada de sus guarniciones en estas ciudades, tan alejadas de las fronteras de Macedonia? Podían llamar a los maronitas, y así podrían enterarse exactamente sobre todo los referido al estado de ambas ciudades. Entonces fueron llamados los representantes de los maronitas. Estos contaron a los comisionados que las fuerzas del rey no se habían confinado en una zona de la ciudad, como en otras poblaciones, sino esparcidos por doquier; toda la ciudad estaba llena de macedonios. Los partidarios del rey se habían hecho los amos; solo a ellos se les permitía hablar en el senado y en la asamblea, asegurándose todos los puestos para ellos y sus amigos. Todo ciudadano respetable que tuviera algún respeto por la libertad y la ley había sido expulsado de su tierra natal o, deshonrado y a merced de la turba, fue obligado a permanecer en silencio. Explicaron brevemente cuáles eran sus legítimas fronteras, afirmando que cuando Quinto Fabio Labeo estuvo en aquellas tierras, había fijado como frontera al rey Filipo el antiguo camino real que lleva a Parorea, en Tracia, sin torcer nunca hacia el mar; posteriormente, Filipo construyó una nueva vía mediante la que abarcó las ciudades y tierras de los maronitas.

[39,28] Filipo respondió siguiendo un curso muy diferente en su réplica del que había adoptado respecto a los tesalios y los perrebios. *Mi controversia* -comenzó- *no es con los maronitas o con Eumenes, sino con vosotros, los romanos. Hace ya tiempo que me doy cuenta de que no recibo nunca un trato justo por vuestra parte. Consideraba justo y apropiado que me fueran devueltas las ciudades macedonias que se rebelaron contra mí durante la suspensión de hostilidades, y no porque ello fuera a significar un gran aumento de mi reino, ya que son lugares pequeños situados en los mismos confines, sino porque aquel ejemplo sería de gran importancia para contener al resto de macedonios. Esto me fue negado. Durante la guerra Etólica, Manio Acilio me ordenó atacar Lamia y cuando, tras largos y agotadores trabajos de asedio y combates, estaba ya por fin coronando las murallas, con la ciudad casi tomada, el cónsul me hizo llamar y me obligó a retirar mis tropas. Como una especie de consuelo por esta injusticia, se me permitió capturar algunas plazas en Tesalia, Perrebia y Atamania -fuertes, más que ciudades. Son esos mismos lugares que tú, Quinto Cecilio, me has quitado hace pocos días.*

Hace solo un momento, los enviados de Eumenes, según place a los dioses, afirmaban como

algo fuera de toda duda que sería más justo que Eumenes poseyera lo que perteneció a Antíoco, no yo. Mi opinión es muy diferente. A menos que los romanos no hubieran vencido, no ya intervenido, en aquella guerra, Eumenes no habría podido permanecer en su trono. Así que es él quien está en deuda con vosotros, y no vosotros con él. Tan lejos estaba ninguna zona de mi reino de verse amenazada, que cuando Antíoco trató de comprar mi apoyo prometiéndome tres mil talentos, cincuenta naves con cubierta y todas las ciudades de Grecia que anteriormente le habían pertenecido, yo rechacé su oferta y me declaré su enemigo, aún antes de que Manio Acilio desembarcara en Grecia con su ejército. De acuerdo con él, me hice cargo de las operaciones bélicas que me asignó; y cuando su sucesor, Lucio Escipión, decidió llevar a su ejército por tierra al Helesponto, no solo le permití paso libre por mis dominios, sino que dispuse carreteras, construí puentes y le proporcioné suministros, no solo a través de Macedonia, sino también por Tracia donde, entre otras cosas, hube de asegurar el comportamiento pacífico de los bárbaros. A cambio de estas pruebas de mi buena voluntad hacia vosotros -no las llamaré servicios- ¿qué era lo adecuado que hicierais vosotros: añadir y ampliar mi reino con vuestra generosidad o quitarme, como ahora hacéis, lo que era mío por derecho o por concesión vuestra? No se me devuelven las ciudades de Macedonia que, vosotros mismos lo admitís, formaban parte de mis dominios. Eumenes ha venido aquí para despojarme como si yo fuera Antíoco; y tiene el descaro de presentar la decisión de los diez comisionados para encubrir sus deshonestas intrigas: en efecto, mediante esa misma decisión se le puede refutar con toda eficacia. Se dice muy clara y explícitamente en ella que el Quersoneso y Lisimaquia se conceden a Eumenes. ¿Dónde se mencionan las ciudades tracias, Eno y Maronea? ¿Va a obtener de vosotros lo que no se atrevió a pedirles a ellos, como si se lo hubieran concedido? Para mí, resulta importante saber en qué consideración me tenéis. Si tenéis intención de perseguirme como a un enemigo, seguid como habéis comenzado; pero si sentís algún respeto hacia mí, como rey aliado y amigo, os ruego que no me consideréis digno de tan gran injusticia.

[39.29] El discurso del rey impresionó un tanto a los comisionados. Así pues, dejaron el asunto sin decidir y dieron una respuesta de compromiso: Si las ciudades en cuestión fueron entregadas a Eumenes por el dictamen de los diez comisionados, dijeron, ellos no harían cambio alguno; si Filipo las había capturado durante la guerra, las conservaría como botín de guerra; si no se daban ninguno de los dos supuestos anteriores, la cuestión se remitiría al Senado para su consideración. Con el fin de que las cosas quedasen como estaban, deberían retirarse las guarniciones que estaban en aquellas ciudades. Estas fueron las razones principales por las que Filipo se volvió contra los romanos. Así pues, no fue Perseo el que inició la guerra por motivos nuevos, sino que podría considerarse como un legado de su padre. En Roma no se pensaba en una guerra contra Macedonia. El procónsul Lucio Manlio había regresado de Hispania. El Senado se reunió en el templo de Bellona y aquel presentó su solicitud para que se le permitiera celebrar su triunfo. La magnitud de las empresas afrontadas justificaba su petición, pero existían precedentes en su contra: la costumbre inmemorial era que ningún comandante gozaría de un triunfo a menos que hubiera traído con él a su ejército, o por lo menos que hubiese dejado a su sucesor una provincia completamente dominada y pacificada. Sin embargo, se concedió a Manlio el honor intermedio de entrar en Roma y recibir la ovación. Fueron llevadas en su procesión cincuenta y dos coronas de oro, ciento treinta y dos libras de oro y dieciséis mil libras de plata; anunció ante el Senado que su cuestor, Quinto Fabio, llevaba diez mil libras de plata y ochenta de oro que también serían depositadas en el tesoro. Aquel año se produjo en Apulia una gran revuelta de esclavos. El pretor Lucio Postumio tenía la administración de la provincia de Tarento; investigó y procedió con gran energía contra una banda de pastores que habían vuelto inseguros los caminos y los pastos públicos, llegando a condenar a cerca de siete mil personas. Muchos dieron a la fuga y otros muchos fueron ejecutados. Los cónsules, que durante largo tiempo habían estado retenidos en las cercanías de Roma por el alistamiento de las tropas, partieron finalmente hacia sus provincias.

[39,30] En Hispania, a comienzos de la primavera, los pretores Cayo Calpurnio y Lucio Quincio sacaron a sus fuerzas de los cuarteles de invierno y unieron sus fuerzas en Beturia; como el enemigo estaba acampado en la Carpetania, avanzaron hacia allí dispuestos a dirigir sus operaciones de mutuo acuerdo. El combate se inició, entre partidas de forrajeadores, en un lugar no muy lejos de las ciudades de Dipo y Toledo; recibieron refuerzos de ambos campamentos y gradualmente se vio arrastrada a la lucha la totalidad de ambos ejércitos. En aquella lucha desorganizada, el enemigo se vio ayudado por su conocimiento del terreno y las características el combate. Los dos ejércitos romanos fueron derrotados y obligados a retroceder hasta su campamento. El enemigo no presionó a sus desmoralizados adversarios. Los comandantes romanos, temiendo que el campamento pudiera ser asaltado a la mañana siguiente, retiraron a sus ejércitos en silencio durante la noche. Los hispanos formaron en orden de combate al amanecer y marcharon contra la empalizada; sorprendidos al encontrar el campamento vacío, entraron en él y se apoderaron de cuanto fue dejado atrás en la confusión de la noche. Después de esto, regresaron a su propio campamento y permanecieron inactivos durante algunos días. Las pérdidas de los romanos y los aliados en la batalla ascendieron a cinco mil muertos, armándose el enemigo con los despojos de sus cuerpos. Luego se trasladaron hasta el río Tajo.

Los generales romanos, mientras tanto, dedicaron todo su tiempo a alistar tropas auxiliares hispanas de las ciudades aliadas y a restaurar la moral de sus hombres tras el pánico de la derrota. Cuando consideraron que ya eran lo bastante fuertes y los propios soldados les pedían enfrentarse al enemigo y limpiar su deshonra, avanzaron y fijaron su campamento a una distancia de doce millas del río Tajo. Luego, a la tercera guardia, partieron con los estandartes desplegados, y en formación de cuadro llegaron al Tajo al amanecer. El campamento enemigo estaba sobre una colina al otro lado del río. Había dos lugares por los que se podía vadear el río y por ellos fueron llevados rápidamente los ejércitos: Calpurnio por el de la derecha y Quincio por el de la izquierda. El enemigo permaneció inmóvil, desconcertado por el repentino avance de los romanos y preguntándose qué hacer cuando podrían haber atacado a los romanos y ponerlos en desorden mientras atravesaban el río. Mientras tanto, los romanos habían hecho cruzar sus bagajes y los habían reunido en un solo punto. No quedaba tiempo para montar un campamento atrincherado y, viendo que el enemigo se había puesto en movimiento, se desplegaron en línea de batalla. Dos legiones, la quinta, del ejército de Calpurnio, y la octava, del de Quincio, formaron en el centro, la posición más fuerte de todo el ejército. El terreno era llano y despejado hasta el campamento enemigo, sin que se pudieran temer sorpresas o emboscadas.

[39,31] Cuando los hispanos vieron las dos columnas romanas a este lado del río, decidieron enfrentárseles antes de que pudieran formar un frente unido y, saliendo de su campamento, corrieron a la batalla. La batalla se inició con mucha dureza, pues los hispanos estaban plenos de moral tras su reciente victoria y a los romanos les aguijoneaba una humillación a la que no estaban habituados. El centro romano, formado por dos de las más agresivas legiones, peleó con gran valor; y el enemigo, viéndose incapaz de desalojarlos de cualquier otra manera, formó en cuña y, concentrados así y cada vez más numerosos, presionaban sobre el centro. Cuando el pretor Calpurnio vio que la formación tenía problemas allí, envió a los lugartenientes Tito Quintilio Varo y Lucio Juvencio Talna, cada uno a una legión, con orden de restaurar su ánimo y hacerles recordar que todas sus esperanzas de victoria y de mantener su dominio sobre Hispania residían en ellos; si cedían, ni un solo hombre vería no ya Italia, sino ni siquiera la otra orilla del Tajo. Él mismo, con la caballería de ambas legiones, dio un pequeño rodeo y cargó contra el flanco de la cuña enemiga que presionaba el centro; Quincio, con la caballería aliada, lanzó una carga similar por el otro flanco. Sin embargo, la caballería bajo el mando de Calpurnio luchó con mayor determinación, y el pretor más que nadie. Él fue el primero en cargar contra el enemigo, moviéndose de tal manera entre las filas de combatientes que resultaba difícil reconocer a qué bando pertenecía. El notable valor del

pretor encendió el de la caballería, y el de la caballería encendió el de la infantería. Los centuriones principales, viendo al pretor en medio de los proyectiles arrojados por el enemigo, sintieron que su honor propio estaba en juego y cada uno de ellos urgió a su signífero, gritándoles para que hicieran avanzar sus estandartes y apremiando a sus soldados para que los siguieran de inmediato. Se elevó nuevamente el grito de guerra de todo el ejército y todos se lanzaron hacia delante, como si cargaran desde un terreno más elevado. Igual que un torrente, se precipitan y abaten a su desconcertado enemigo, y les resulta imposible resistir su ataque en cargas continuadas. La caballería persiguió a los fugitivos hasta su campamento e irrumpió en él, mezclada con la masa de enemigos. Aquí dio comienzo un nuevo combate entre los que habían quedado para vigilar el campamento y los jinetes romanos, que se vieron obligados a desmontar y luchar a pie. La quinta legión se unió entonces a los combatientes, subiendo el resto tan rápidamente como pudo. Los hispanos fueron destrozados por todas partes del campamento; no escaparon más de cuatro mil hombres. De estos, alrededor de tres mil, que habían conservado sus armas, ocuparon una monte próximo y el resto, solo a medio armar, se dispersó por los campos. La cantidad de enemigos había ascendido a más de treinta y cinco mil, de los que solo sobrevivió a la batalla aquel pequeño número. Se capturaron ciento treinta y dos estandartes. De los romanos y los aliados, cayeron poco más de seiscientos; de los auxiliares de la provincia, alrededor de ciento cincuenta. La pérdida de cinco tribunos militares y unos pocos caballeros romanos dio la impresión de una victoria notablemente sangrienta. Como no habían tenido tiempo de fortificar su propio campamento, se quedaron en el del enemigo. Al día siguiente, Calpurnio dirigió unas palabras de agradecimiento y elogio a la caballería, regalando fáleras a los jinetes. Les dijo que la derrota del enemigo y la captura de su campamento se debió principalmente a su actuación. El otro pretor, Quincio, regaló cadenas y fíbulas a sus jinetes. También recibieron recompensas los centuriones de ambos ejércitos, especialmente aquellos que habían ocupado el centro de la formación.

[39,32] Una vez finalizados el alistamiento de tropas y los demás asuntos que debían ser resueltos en Roma, los cónsules marcharon a Liguria, su provincia, al mando del ejército. Sempronio avanzó desde Pisa contra los ligures apuanos y, tras devastar sus campos y quemar sus aldeas y poblados fortificados, dejó paso libre hacia el río Macra y el puerto de Luna. Los enemigos se asentaron en un monte donde antiguamente lo habían hecho sus antepasados, pero aunque la aproximación resultaba muy difícil fueron expulsados de allí por la fuerza. En valor y buena fortuna, Apio Claudio no estaba por detrás de su colega. Logró varias victorias sobre los ligures ingaunos, tomó seis de sus ciudades al asalto e hizo prisioneros a varios miles de sus habitantes; capturó también a cuarenta y tres de los principales instigadores de la guerra, que fueron decapitados. Se acercaba ya la época de las elecciones. Correspondió a Sempronio su celebración, pero Claudio llegó a Roma antes que él, ya que su hermano Publio Claudio se presentaba al consulado. Los otros candidatos patricios eran Lucio Emilio, Quinto Fabio y Servio Sulpicio Galba. No habían tenido éxito en las anteriores elecciones, y todos consideraban que tenían mayor derecho al cargo por haberles sido negado con anterioridad. Sólo uno de los cónsules podía ser patricio y por esto la campaña resultó más reñida. Los candidatos plebeyos eran todos hombres populares: Lucio Porcio, Quinto Terencio Culeo y Cneo Bebio Tánfilo; todos ellos, también, esperaban alcanzar por fin el honor diferido por derrotas anteriores. De todos los candidatos, Claudio era el único que se presentaba por primera vez. La opinión general daba como segura la elección de los candidatos Quinto Fabio Labeo y de Lucio Porcio Licinio. Pero el cónsul Claudio, sin la escolta de sus lictores, hacía campaña a favor de su hermano por cada rincón del Foro, a pesar de las fuertes protestas de sus oponentes y de la mayoría de los senadores, quienes le decían que debía tener en cuenta que él era cónsul del pueblo de Roma antes que hermano de Publio. *¿Por qué* -preguntaban- *no ocupa su silla en el tribunal y se muestra como árbitro o espectador silencioso de las elecciones?* A pesar de todo, no se le pudo impedir su esforzado celo. Las elecciones se vieron de tanto en tanto perturbadas por acaloradas disputas entre los tribunos de la plebe; algunos estaban en contra de los

actos del cónsul y otros lo apoyaban. Finalmente, Apio logró su propósito de ver elegido cónsul a su hermano Publio Claudio Pulcro, derrotando a Fabio, pese a lo que él mismo y el resto esperaban. Lucio Porcio Licinio obtuvo su cargo debido a que entre los plebeyos el debate se llevó a cabo con moderación y no con el apasionamiento de los Claudios. Al día siguiente, fueron elegidos pretores Cayo Decimio Flavo, Publio Sempronio Longo, Publio Cornelio Cétego, Quinto Nevio Mato, Cayo Sempronio Bleso y Aulo Terencio Varrón. Estos fueron los principales sucesos civiles y militares ocurridos durante el año del consulado de Apio Claudio y Marco Sempronio *(185 a.C.)*.

[39,33] Al inicio del siguiente año *(184 a.C.)*, una vez presentaron su informe los comisionados Quinto Cecilio, Marco Bebio y Tiberio Sempronio, que habían sido enviados para resolver las diferencias entre el rey Filipo y el rey Eumenes y las ciudades tracias, los cónsules presentaron ante el Senado a los embajadores de los dos monarcas y de las ciudades. Los mismos argumentos que habían empleado ante los comisionados en Grecia, fueron repetidos por ambas partes. El Senado dispuso que debía ir a Grecia y Macedonia una nueva comisión, encabezada por Apio Claudio, para comprobar si se habían devuelto las ciudades a los tesalios y a los perrebios. Se les encomendó, así mismo, que fueran retiradas las guarniciones de Eno y Maronea, así como que quedaran libres de Filipo y los macedonios toda la zona costera de Tracia. También se ordenó a los comisionados que visitaran el Peloponeso, al que los anteriores comisionados habían dejado en una situación más insatisfactoria que si no hubiesen estado allí, pues habían partido sin recibir ninguna garantía y el Consejo de la Liga Aquea había negado su solicitud para celebrar una entrevista. Quinto Cecilio se había quejado muy enérgicamente por aquella conducta y los lacedemonios, al mismo tiempo, se lamentaron por la destrucción de sus murallas, la deportación de sus habitantes a Acaya, donde los vendieron como esclavos, y la abolición de las leyes de Licurgo, sobre las que había descansado hasta aquel día la estabilidad de su Estado. Los aqueos justificaban su negativa a reunir el Consejo citando una ley que prohibía su convocatoria excepto cuando se tratase de una cuestión de paz o guerra, o cuando llegasen enviados del Senado con cartas o credenciales por escrito. Para que no pudieran excusarse de aquel modo en el futuro, el Senado les indicó que era su deber procurar que los enviados romanos tuviesen en todo momento la oportunidad de dirigirse a su Consejo, del mismo modo que el Senado les había concedido audiencia a ellos siempre que la habían solicitado.

[39,34] Las delegaciones fueron despedidas y Filipo fue informado por sus enviados de que debía retirarse y sacar sus guarniciones de las ciudades. Furioso como estaba con todo el mundo, descargó su venganza sobre los maronitas. Mandó instrucciones a Onomasto, el gobernador de la zona costera, que diera muerte a los dirigentes del partido que se le oponía. Había un tal Casandro, uno de los cortesanos del rey, que estaba viviendo en Maronea desde hacía ya un tiempo. Por su mediación, un grupo de tracios fue admitido por la noche, a lo que siguió una matanza general, como si la plaza hubiera sido tomada al asalto. Los comisionados romanos lo censuraron por tanta crueldad para con los inofensivos maronitas y por mostrarse tan desafiante hacia el pueblo romano; aquellos a los que el Senado había garantizado su libertad, él los había asesinado como si fuesen enemigos. Filipo declaró que ni él ni ninguno de los suyos tenían nada que ver con aquellos hechos; se había desatado entre ellos una lucha interna: unos por querer llevar la ciudad con él y otros por querer llevarla con Eumenes; los comisionados podrían comprobar fácilmente los hechos preguntando a los propios maronitas. Hizo esta sugerencia completamente convencido de que los maronitas habían quedado tan aterrorizados por la reciente masacre que nadie se atrevería a abrir la boca contra él. Apio respondió que no habría ninguna investigación, como si hubiera alguna duda sobre hechos ya lo bastante claros. Si Filipo deseaba eliminar toda sospecha, debía enviar a Roma a los que se decía habían sido los autores del crimen, Onomasto y Casandro, para que el Senado pudiera interrogarlos. En un primer momento, el rey quedó tan sorprendido ante esto que el color huyó de su rostro. Luego, recuperando su presencia de ánimo, prometió que enviaría a Casandro, si

así lo deseaba, pues este había estado en Maronea; sin embargo, preguntó, ¿cómo podría estar Onomasto relacionado con el asunto, no habiendo estado en Maronea y ni siquiera en las proximidades? Trataba de mantener a Onomasto fuera de todo peligro, por ser amigo y de más alto rango, y temía cualquier testimonio que pudiera prestar al haber mantenido frecuentes conversaciones con él y haberlo tenido como colaborador y cómplice en muchos actos parecidos. En cuanto a Casandro, se cree fue hecho envenenar, para impedir que pudiera salir alguna información, por personas mandadas a escoltarle a través del Epiro hasta el mar.

[39,35] Los comisionados salieron de la entrevista con Filipo sin ocultar su insatisfacción por todo lo sucedido; Filipo, por su parte, no tenía ninguna duda de que habría de reanudar las hostilidades. Sus recursos aún no eran suficientes y, con el fin de ganar tiempo, decidió enviar a su hijo menor, Demetrio, a Roma con el objeto de exculparle de las acusaciones formuladas contra él y, al mismo tiempo, aplacar la cólera del Senado. Tenía bastantes esperanzas de que, pese a su juventud, el príncipe, que ya había dado pruebas de un carácter propio de un rey mientras estuvo en Roma como rehén, tuviera una considerable influencia allí. Mientras tanto, con el pretexto de llevar auxilio a los bizantinos, pero realmente para para intimidar a los régulos tracios, avanzó contra estos últimos y los derrotó completamente en una sola batalla, haciendo prisionero a su jefe, Amodoco. Previamente, había enviado mensajes a los bárbaros de las orillas del Danubio, instigándolos para que invadieran Italia. Los comisionados romanos tenían órdenes de marchar desde Macedonia hacia Acaya, esperándose su llegada al Peloponeso. El pretor Licortas convocó una reunión especial de la Asamblea Nacional para decidir la política que se debía adoptar. El tema de discusión fueron los lacedemonios. De ser enemigos, se habían convertido en acusadores, y existía el temor de que resultasen más peligrosos ahora, cuando habían sido derrotados, que cuando tomaban parte en la guerra. En esa guerra, los aqueos habían encontrado en los romanos unos útiles aliados; ahora, aquellos mismos romanos se mostraban más favorables hacia los lacedemonios que hacia los aqueos. Areo y Alcibíades, ambos exiliados y repatriados por los buenos oficios de los aqueos, habían de hecho marchado en una misión a Roma en contra de los intereses del pueblo al que tanto debían, habiendo hablado en un tono tan hostil que se pudiera pensar que habían sido expulsados, y no restaurados, de su país. De toda la Asamblea surgió un grito unánime exigiendo que se presentara una propuesta particular respecto a ellos. Como todo estaba dominado por el rencor, y no por la razón, se les condenó a muerte. Unos días más tarde llegaron los comisionados romanos y se convocó una Asamblea Nacional en Clitor, en Arcadia, para reunirse con ellos.

[39,36] Antes de que empezaran las discusiones, los aqueos vieron cómo Areo y Alcibíades, que habían sido condenados a muerte, acompañaban a los comisionados. Quedaron muy alarmados y consideraron que el debate no les resultaría demasiado favorable; ninguno, sin embargo, se atrevió a abrir la boca. Apio señaló cómo las diversas cosas que se quejaban los lacedemonios eran vistas con desagrado por el Senado: el asesinato en Compasio de los delegados que, por invitación de Filopemen, habían acudido para hacer su defensa y, tras esta crueldad para con los hombres, haber llegado al límite del salvajismo al derribar los muros de una ciudad nobilísima y anular las leyes inmemoriales, suprimiendo la famosa constitución de Licurgo. Después de este discurso, Licortas en su calidad de pretor y también como defensor de Filopemen, el principal responsable de todo cuanto había ocurrido en Lacedemonio, le levantó para responder: *Es más difícil para nosotros* -comenzó- *hablar ante ti, Apio Claudio, de lo que fue hace poco hacerlo ante el Senado romano. Pues entonces tuvimos que responder a las acusaciones de los lacedemonios y ahora sois vosotros nuestros acusadores, ante quienes hemos de defender nuestra causa. Mas, aún partiendo con esta desventaja, esperamos todavía que dejes de lado la animosidad que hace poco nos mostraste y que nos escuches con el ánimo de un juez. En todo caso, por lo que respecta a las denuncias que los lacedemonios presentaron ante Quinto Cecilio y después en Roma, y que tú mismo acabas de repetir, es a ellos y no a ti a quienes supongo que debo responder.*

Nos acusáis del asesinato de los delegados que habían sido invitados por Filopemen para defenderse. Según mi parecer, nunca se nos debería acusar de esto, romanos, y menos aún en vuestra presencia. ¿Y esto por qué? Pues porque quedó establecido en el tratado de alianza con vosotros que los lacedemonios no interferirían con las ciudades costeras. De haber estado Tito Quincio en el Peloponeso, de haber estado allí un ejército romano, como antes, cuando los lacedemonios tomaron las armas y atacaron aquellas ciudades a las que se habían comprometido a dejar en paz, sus habitantes, desde luego, habrían buscado refugio entre los romanos. Pero, estando vosotros lejos, ¿con quién podrían haber buscado refugio, sino con nosotros, vuestros aliados? Ya nos habían visto auxiliar a Giteo y atacar a Lacedemón, junto a vosotros y por motivos similares. En vuestro nombre, pues, emprendimos la guerra como algo justo, llevados por nuestro sentido del deber. Y aquello por lo que otros nos felicitan y a lo que ni siquiera los lacedemonios pueden hallar tacha, pues hasta los mismos dioses lo aprueban habiéndonos concedido la victoria, ¿cómo se podrá discutir lo que ejecutamos por derecho de guerra? Además, aquello sobre lo que más énfasis ponen no nos incumbe en modo alguno. Somos responsables de haber llamado a juicio a los hombres que habían incitado a la población a tomar las armas, a quienes habían tomado al asalto y saqueado las ciudades costeras, masacrando a sus principales ciudadanos; pero de su muerte, mientras venían de camino al campamento, soy responsables vosotros, Areo y Alcibíades, ¡por los dioses!, y no nosotros a quienes ahora acusáis de ello. Los refugiados lacedemonios, y con ellos estos dos hombres, estaban con nosotros en aquel momento, y debido a que habían escogido la ciudades costeras para residir en ellas, pensaban que sus vidas corrían peligro; en represalia, lanzaron un ataque contra aquellos con quienes estaban resentidos por considerarlos culpables de su destierro, sin tener siquiera la seguridad de envejecer a salvo en el exilio. No fueron, por lo tanto, aqueos, sino lacedemonios los que dieron muerte a lacedemonios; y si fue de modo justo o injusto no es cosa que debamos de discutir nosotros.

[39,37] *Y también decís "Bien, pues; pero es obra vuestra, aqueos, por lo menos, la abolición de las leyes y constituciones de Licurgo, que han llegado desde la remota antigüedad, así como la destrucción de las murallas". Ahora bien, ¿cómo pueden acusarnos de estas dos cosas a un tiempo las mismas personas? Pues las murallas no fueron construidas por Licurgo, sino hace unos pocos años y, precisamente, para terminar con las leyes de Licurgo. Los tiranos las levantaron muy recientemente a modo de baluarte y defensa para ellos mismos, no para la ciudad; y si Licurgo levantara hoy la cabeza de entre los muertos, se alegraría de verlas en ruinas y podría decir que ahora sí que reconocía a su vieja Esparta. Eran como marcas que os señalaban como esclavos, y vosotros mismos debisteis haberlas derribado y derruido con vuestras propias manos, lacedemonios, para borrar todo vestigio del gobierno del tirano sin esperar a que lo hicieran Filopemen y los aqueos. Mientras pasasteis ochocientos años sin murallas, fuisteis libres y durante algún tiempo el primer pueblo de Grecia; pero cuando os rodeasteis de murallas, como si os ataseis con cadenas, fuisteis esclavos durante cien años. En cuanto a la privación de vuestras leyes y vuestra constitución, considero que fueron los tiranos quienes privaron a los lacedemonios de sus antiguas leyes; no las abolimos nosotros, pues ningunas tenían; mas les dimos nuestras propias leyes, y tampoco les causamos daño alguno cuando los hicimos miembros de nuestra asamblea y los incorporamos a nuestra Liga, de manera que pudieran formar parte de un todo político, con una única asamblea para todo el Peloponeso. Si nosotros hubiésemos estado regidos, en aquel momento, por unas leyes distintas de aquellas que les impusimos, entonces sí podrían quejarse, en mi opinión, y sentirse justamente indignados por no disfrutar de los mismos derechos que nosotros.*

Soy muy consciente, Apio Claudio, de que el lenguaje que hasta ahora se ha empleado no es aquel en que se hablan los aliados, ni corresponde a un pueblo de hombres libres; en realidad, es el apropiado para un esclavo que se justifica ante su amo. Si algo significaban aquellas palabras del heraldo, por las que ordenasteis que los aqueos fuesen los primeros de entre todos los griegos en ser libres, si vuestro tratado aún está en vigor, si los términos de amistad y alianza se conservan

en términos de igualdad por ambas partes, ¿Por qué no debería yo preguntaros, romanos, qué hicisteis al tomar Capua, cuando nos pedís cuentas por lo que hicimos los aqueos al tomar Lacedemonia, tras vencerlos en la guerra? Algunos de ellos fueron muertos, supongamos que por nosotros. ¿Y qué? ¿No decapitasteis vosotros a los senadores campanos? Hemos destruido sus murallas; vosotros privasteis a los campanos no solo de sus murallas, sino de toda su ciudad y sus campos. Diréis que el tratado solo es entre iguales desde un punto de vista formal, pero que los aqueos, de hecho, disfrutan de una libertad otorgada a modo de gracia, correspondiendo el poder supremo a los romanos. Yo soy muy consciente de ello y no protestaré a no ser que se me obligue; pero te suplico, a pesar de cuán grande sea la diferencia entre los romanos y los aqueos, que no permitas que nuestros enemigos comunes permanezcan en una posición tan favorable ante ti como nosotros, que somos tus aliados; todavía más, que estén en posición más favorable. Nosotros los pusimos en condiciones de igualdad cuando les dimos nuestras leyes y les hicimos pertenecer a la Liga Aquea. Lo que satisface a los vencedores es demasiado poco para los vencidos; lo que exigen los enemigos en más de lo que reciben los aliados. El acuerdo que fue jurado y grabado en la piedra de un monumento perpetuo, como algo sagrado e inviolable, se preparan para anularlo convirtiéndonos en perjuros. Sentimos un profundo respeto por vosotros, romanos, y si lo deseáis os temeremos; pero respetamos y tememos aún más profundamente a los dioses inmortales.

Su discurso fue recibido con aprobación general, reconociendo todos que había hablado como correspondía a la alta posición que ostentaba, de manera que resultaba evidente que los romanos no podrían mantener su autoridad si no actuaban de manera firme. Apio dijo que recomendaba encarecidamente a los aqueos que se mostraran indulgentes mientras pudieran hacerlo por propia voluntad, no fuera que pronto estuvieran obligados a hacerlo a la fuerza y mediando coacción. Estas palabras provocaron una murmullo general, pero tenían miedo de lo que pudiera suceder si se negaban a cumplir con las exigencias de Roma. Sólo pidieron a los romanos para hicieran los cambios que considerasen necesarios respecto a los lacedemonios, quitando a los aqueos el escrúpulo del perjurio al dejar ellos mismos sin efecto cuando habían jurado. La única decisión a la que se llegó fue la anulación de la sentencia contra de Areo y Alcibíades.

[39,38] En la asignación de las provincias, al comienzo de aquel año, para los cónsules y los pretores, Liguria, que era el único país donde había guerra, fue asignada a los cónsules. La asignación de las provincias a los pretores fue la siguiente: la pretura urbana recayó en Cayo Decimio Flavo y la peregrina en Publio Cornelio Cétego; Cayo Sempronio Bleso se hizo cargo de Sicilia, Publio Nevio Mato de Cerdeña así como de la investigación sobre unos supuestos casos de envenenamiento; Aulo Terencio Varrón se hizo cargo de la Hispania Citerior y Publio Sempronio Longo de la Ulterior. De estas dos últimas provincias, llegaron a Roma los generales Lucio Juvencio Talna y Tito Quincio Varo, y tras explicar ante el Senado la magnitud de la guerra en Hispania que acababa de terminar, solicitaron, por tan gran éxito, que se rindieran honores a los dioses inmortales y que se permitiera a los pretores que trajeran sus ejércitos de vuelta a casa. Se decretaron dos días de acción de gracias; respecto al regreso de las legiones, al tratarse de ejércitos de cónsules y pretores, el Senado decidió que se aplazara el asunto para un debate posterior. A los pocos días se aprobó un decreto mediante el que se transfería a cada uno de los dos cónsules los ejércitos que habían mandado Apio Claudio y Marco Sempronio. La cuestión de los ejércitos de Hispania dio lugar a un serio conflicto entre los nuevos pretores y los amigos de los pretores que estaban en Hispania. Cada parte fue apoyada por unos tribunos de la plebe y por uno de los cónsules. Un partido amenazaba con vetar cualquier senadoconsulto que ordenara el regreso de los ejércitos; el otro declaraba que, si se interponía aquel veto, impedirían cualquier otra resolución. Los intereses de los pretores en el exterior resultaron vencidos y se aprobó un senadoconsulto por el que los nuevos pretores podrían alistar, como fuerzas que les acompañarían, cuatro mil infantes y trescientos jinetes romanos, y de entre los aliados latinos cinco mil infantes y quinientos jinetes. Cuando se hubieran incorporado a Hispania las cuatro legiones, de manera que cada legión no

tuviera más de cinco mil infantes y trescientos jinetes, licenciarían en primer lugar a los que hubiesen cumplido su tiempo de servicio militar, y después a los que hubieran demostrado un valor excepcional en la batalla bajo el mando de Calpurnio y Quincio.

[39,39] No bien se hubo resuelto esta disputa, surgió una nueva al producirse la muerte del pretor Cayo Decimio. Los candidatos para el puesto vacante eran Cneo Sicinio y Lucio Pupio, que había sido ediles durante el año anterior; Cayo Valerio, flamen de Júpiter, y Quinto Fulvio Flaco, que era edil curul designado y que por ello no vestía la toga cándida, aunque era el más activo de todos y rivalizaba con el flamen. Al principio todos estaban igualados, pero cuando este último parecía ser el vencedor, algunos de los tribunos de la plebe declararon que no aceptarían los votos por él, pues nadie podía aceptar o desempeñar dos magistraturas, especialmente las curules, al mismo tiempo. Otros tribunos pensaban que resultaba justo que se le eximiera de tal exigencia legal para que el pueblo tuviera libertad de elegir como pretor a quien quisiera. Lucio Porcio, el cónsul, no estaba al principio dispuesto a permitir que se votara por él; después, para contar con la autoridad del Senado al hacer esto, convocó a los senadores y dijo que sometía a su autoridad la cuestión de la elección como pretor de un edil curul electo, como no ajustada a derecho, y que además sentaría un precedente inadmisible en una Ciudad libre. Por lo que a él se refería, a menos que considerasen preferible otra opción, trataría de celebrar la elección de acuerdo a la ley. El Senado decidió que el cónsul Lucio Porcio debería hablar con Quinto Fulvio para convencerlo de que no se opusiera a que se celebrase la elección de un pretor, de acuerdo a la ley, en sustitución de Cayo Decimio. Actuando según este senadoconsulto, el cónsul habló con Flaco, quien respondió que nada pensaba hacer que fuera indigno de él. Quienes interpretaron esta respuesta evasiva según sus propios deseos, albergaron la esperanza de que cedería a la autoridad del Senado. El día de la elección, mostró una actitud más decidida que nunca haciendo campaña y acusó al cónsul y al Senado de tratar de privarlo de la buena voluntad y la simpatía del pueblo de Roma, acusándolo de querer acumular cargos, como si no fuera más que evidente que tan pronto fuese elegido pretor renunciaría a la edilidad. Cuando el cónsul vio que se obstinaba cada vez más y que el sentimiento popular crecía en su favor, suspendió las elecciones y convocó una reunión del Senado. En una sesión muy concurrida, se decidió que, ya que al autoridad del Senado no había tenido ninguna influencia con él, se llevase ante el pueblo el asunto de Flaco. La Asamblea se reunió y el cónsul expuso ante ella esta cuestión. Ni siquiera entonces mudó Flaco en su determinación. Expresó su agradecimiento al pueblo romano por su apoyo entusiasta y su deseo de hacerlo pretor siempre que se les dio oportunidad de expresar su voluntad. No tenía ninguna intención de renunciar aquella muestra de confianza que le concedían sus conciudadanos. La firme determinación así expresada encendió el entusiasmo popular hasta tal punto que, sin duda, se habría convertido en pretor de haber estado el cónsul dispuesto a aceptar los votos en su favor. Tuvo lugar una acalorada discusión entre los tribunos, y entre éstos y el cónsul, hasta que en una reunión del Senado convocada por el cónsul se decretó que, ya que la tozudez de Quinto Fulvio y la penosa parcialidad del pueblo impedía que la elección se llevara a cabo conforme a la ley, el Senado consideraba que ya había un número suficiente de pretores. Publio Cornelio ejercería ambas jurisdicciones e igualmente celebraría los Juegos de Apolo.

[39,40] Habiendo quedado así suspendidos estos comicios por la sensatez y el coraje del Senado, le siguieron otros en que estuvieron en juego intereses más importantes y aparecieron competidores más numerosos e influyentes. Se trataba de la elección a la censura. Se presentaban los patricios Lucio Valerio Flaco, los dos Escipiones, Publio y Lucio, Cneo Manlio Vulso, Lucio Furio Purpurio; y los siguientes plebeyos: Marco Porcio Catón, Marco Fulvio Nobilior, Tiberio Sempronio Longo y Marco Sempronio Tuditano. Aunque la competencia era muy animada, Marco Porcio Catón aventajaba con mucho a los demás, patricios y plebeyos por igual, e incluso a los pertenecientes a las más nobles familias. Poseía este hombre tal capacidad y fuerza de carácter que

se tenía la impresión de que, en cualquier posición social que hubiera nacido, habría conseguido ser un hombre afortunado y de éxito. Poseía todos los conocimientos necesarios para desempeñar cualquier función, fuera pública o privada, estando igualmente versado en las cuestiones de la vida urbana y de la rural. Algunos hombres han alcanzado los puestos más altos mediante sus conocimientos de derecho, otros a través de la elocuencia y otros por la gloria militar. El versátil genio de este hombre lo hizo igualmente capaz para todo, de tal manera que fuera cual fuese la actividad que desarrollaba, se diría que había nacido expresamente para ella. En la guerra era un combatiente muy valeroso y se distinguió en muchas acciones notables; cuando llegó a los puestos más altos, demostró ser un consumado general. En la paz, si se le consultaba, se hallaría en él a un capaz abogado y, de tener que defender una causa, a uno de los más elocuentes; pero no de aquellos cuya oratoria es afamada durante su vida y de cuya elocuencia no queda ninguna memoria; la suya sigue viva y fuerte, consagrada en escritos de todo género. Quedan gran número de discursos pronunciados en su propia defensa, defendiendo a otros y también en contra de otros, pues acosaba a sus oponentes tanto si acusaba como si defendía. Las querellas personales -demasiadas de ellas- lo mantuvieron ocupado y él mismo se encargó de mantenerlas vivas; de modo que sería difícil decir quién mostró mayor energía: la nobleza en perseguirlo a él o él en perseguir a la nobleza. Fue, sin duda, un hombre de carácter áspero y amargo, con una lengua desenfrenada y demasiado franca, dueño absoluto de sus pasiones, de inflexible integridad e indiferente por igual a la riqueza y la popularidad. Vivió una vida de frugalidad, capaz de soportar la fatiga y el peligro, férreo de cuerpo y mente, al que ni siquiera la vejez, que todo lo debilita, llegó a quebrar. A sus ochenta y seis años defendió un caso, escribió y pronunció su propia defensa y a los noventa años sometió a Servio Galba a juicio ante el pueblo.

[39,41] Este era el hombre que se presentaba como candidato a la censura y la nobleza intentó ahora, como lo había hecho durante toda su vida, acabar con él. Con la excepción de Lucio Flaco, que había sido su colega en el consulado, todos los candidatos se combinaron para dejarlo fuera del cargo; no tanto porque lo quisieran para sí mismos o porque no se resignaran a ver como censor a un hombre nuevo, sino porque suponían que su censura sería estricta, severa y perjudicial para la reputación de muchos; la mayoría de ellos le habían atacado antes y ahora estaría deseoso de tomar represalias. Incluso durante su candidatura adoptó un tono amenazante y acusó a sus oponentes de tratar de impedir su elección, porque tenían miedo de un censor que actuaría con imparcialidad y valentía. Al mismo tiempo, él apoyaba la candidatura de Lucio Valerio, pues lo consideraba el único hombre con el que, como colega, podría reprimir los vicios de la época y restaurar la antigua moral. Sus discursos despertaban el entusiasmo general y el pueblo, en contra del deseo de la nobleza, lo eligió censor y aún le dio a Lucio Valerio como colega. Inmediatamente después de terminar la elección de los censores, los cónsules y los pretores partieron para sus provincias. Quinto Nevio, sin embargo, no marchó a Sicilia hasta cuatro meses después, ya que estuvo ocupado con la tarea de investigar las acusaciones de envenenamiento. Los procesos se llevaron a cabo, en su mayoría, en municipios y centros de población fuera de Roma, al haberlo considerado un arreglo más conveniente. Si hemos de creer a Valerio Antias, sentenció a más de dos mil personas. Lucio Postumio, a quien se le había asignado Tarento como provincia, aplastó grandes movimientos de pastores rebeldes y practicó una detallada y cuidadosa investigación de los restantes casos relacionados con las Bacanales. Muchos de los que habían sido llamados a Roma no habían comparecido, o habían dado por perdidas sus fianzas y se escondían en aquella parte de Italia. Detuvo a algunos y los envió a Roma para que los examinase el Senado, a otros los condenó como culpables; Publio Cornelio los encarceló a todos.

[39,42] En Hispania Ulterior las cosas permanecieron tranquilas, al haberse quebrado la fuerza de los lusitanos en la última guerra. En la Hispania Citerior, Aulo Terencio asedió y tomó, empleando manteletes, la ciudad de Corbio, perteneciente a los suesetanos, y vendió a los

prisioneros. Después de esto, también la Hispania Citerior permaneció tranquila durante el invierno. Los pretores salientes regresaron a Roma y el Senado, por unanimidad, decretó un triunfo para cada uno de ellos. Cayo Calpurnio celebró su triunfo sobre los lusitanos y los celtíberos; hizo llevar en su procesión ochenta y tres coronas de oro y doce mil libras de plata. Unos días más tarde, Lucio Quincio Crispino celebró su triunfo sobre las mismas naciones, llevando en su procesión una cantidad similar de oro y plata. Los censores Marco Porcio y Lucio Valerio, en medio de mucha expectación y miedo, revisaron las listas del Senado. Quitaron siete nombres, entre ellos el de un hombre de rango consular, Lucio Quincio Flaminino, distinguido por su alta cuna y los cargos que había desempeñado. Se dice que en tiempos de nuestros padres quedó establecido que los censores debían escribir las razones de la exclusión junto al nombre de los excluidos del Senado. Se conservan de Catón algunos duros discursos contra aquellos a quienes sacó de la lista del Senado o a quienes quitó el caballo; empero, el más agresivo es el que hizo contra Lucio Quincio. Si Catón hubiera pronunciado este discurso como acusador antes de que el nombre fuera borrado, y no como censor después de haberlo quitado, ni siquiera su hermano Tito Quincio, de haber sido censor en su momento, podría haberlo mantenido en las listas del Senado.

Entre otros cargos de los que le acusó, estuvo el de haberse llevado de Roma a su provincia de la Galia, mediante grandes sobornos, a un joven llamado Filipo el cartaginés, atractivo y famoso prostituto. Este muchacho solía a menudo reprochar al cónsul, entre sus juegos lascivos, el habérselo llevado de Roma para cumplir las pasiones del cónsul por un alto precio, justo antes de un espectáculo de gladiadores. Sucedió que, mientras estaban en un banquete y ya calientes por el vino, se anunció mediante un mensaje que se había presentado un noble boyo con sus hijos, pidiendo refugio y solicitando ver al cónsul para obtener de él, personalmente, garantías de protección. Fue llevado a la tienda y empezó a dirigirse al cónsul mediante un intérprete. Mientras el boyo estaba hablando, el cónsul se volvió hacia su amante y le dijo: *Ya que te has perdido el espectáculo de los gladiadores, ¿te gustaría ver morir ahora mismo a este galo?* Hablando apenas en serio, el joven asintió. El cónsul tomó una espada que estaba colgando por encima de él y, mientras el galo seguía hablando, lo hirió en la cabeza. Luego, mientras se daba la vuelta para huir, implorando la protección del pueblo romano y de los que estaban presentes, el cónsul le atravesó el costado con la espada.

[39,43] Valerio Antias, quien es probable que nunca hubiera leído el discurso de Catón y que se limita a dar crédito a una historia sin autor conocido, expone el incidente de modo distinto, aunque parecido al anterior en cuanto a lujuria y crueldad. Según él, el cónsul invitó a una mujer de mala reputación, de la que estaba locamente enamorado, a un banquete en Plasencia. Durante este, haciendo alarde de sus hazañas, le contó a la prostituta, entre otras cosas, que él había sido un riguroso investigador y que en la cárcel tenía a gran cantidad de condenados a los que pensaba cortar la cabeza. Ella, que estaba recostada a su lado, le comentó que nunca había visto una ejecución y que le gustaría ver una. Entonces, el enamorado, por complacerla, ordenó que trajeran a su presencia a uno de aquellos infelices y le cortó la cabeza. Sucediera el incidente como se describe en el discurso del censor o como lo narra Valerio, fue en cualquier caso un crimen cruel y una brutalidad el que durante un banquete, donde se acostumbra a verter libaciones a los dioses y desear toda clase de felicidad a los huéspedes, se sacrificara una víctima humana y se salpicara de sangre la mesa para deleitar los ojos de una desvergonzada prostituta tendida entre los brazos de un cónsul. Catón cerraba su discurso presentando a Quincio una disyuntiva: podía negar los cargos y defenderse tras presentar una fianza, o podía admitir los hechos y considerar si alguien lloraría su caída en desgracia después que se hubiera divertido, perdido el sentido por el vino y la lujuria, mediante el derramamiento de la sangre de un ser humano durante un banquete.

[39,44] Al revisarse la lista de los caballeros, se le quitó el caballo a Lucio Escipión Asiagenes. También en el establecimiento de los ingresos se mostró dura y severa la censura con

todas las clases. Se dieron órdenes a los tasadores jurados para que registrasen, multiplicando su valor por diez, los adornos y vestidos femeninos, así como los vehículos valorados en más de quince mil ases. Del mismo modo, los esclavos menos de veinte años de edad que hubieran sido vendidos desde el último censo en diez mil ases o más, debían valorarse en diez veces esa cantidad, imponiéndose sobre estas tasaciones un impuesto de un tres por mil. Los censores quitaron todos los suministros públicos de agua desde los acueductos hasta las casas o tierras particulares; donde los propietarios privados habían construido apoyándose en edificios o sobre suelo público, se obligó a demoler las construcciones en un plazo de treinta días. Después, con el dinero destinado para ellos, adjudicaron los contratos para las obras públicas: revestimiento con piedra de los depósitos, limpieza de las alcantarillas que lo precisaran y construcción de una nueva en el Aventino y en otros lugares donde no existía ninguna. Por su parte, Flaco hizo construir dique en las Aguas de Neptuno, para que pudieran pasar las gentes, y una vía a lo largo de los montes de Formia. Catón adquirió para el Estado dos atrios en las Lautumias, el Menio y el Ticio, así como cuatro tiendas, haciendo construir en aquel sitio una basílica que recibió el nombre de Porcia. Adjudicaron la recaudación de impuestos al mejor postor y los suministros del estados al de precio más bajo. El Senado, cediendo a los ruegos y lamentos de los adjudicatarios de las subastas, anuló estos acuerdos y ordenó que se realizaron otros nuevos. Los censores volvieron a celebrar las subastas, excluyendo de las mismas mediante un edicto a quienes habían despreciado el cumplimiento de las anteriores, y volvieron a conceder las adjudicaciones consiguiendo un precio un poco más bajo. Esta censura fue notable y llena de rencillas, y por su rigor, atribuido a Marco Porcio, le ganó enemistades de por vida. Dos colonias se fundaron este año: una en Potenza Picena, en el Piceno, y otra en Pesaro, en territorio galo. Se asignaron seis yugadas a cada colono, siendo los triunviros que supervisaron la asignación de lotes Quinto Fabio Labeo, Marco Fulvio Flaco y Quinto Fulvio Nobilior. Los cónsules de este año no hicieron nada digno de mención ni política ni militarmente.

[39.45] Los cónsules elegidos para el año siguiente *(183 a.C.)* fueron Marco Claudio Marcelo y Quinto Fabio Labieno. En el día en que tomaron posesión del cargo -el quince de marzo- presentaron ante el Senado la cuestión de la asignación de sus provincias y las de sus pretores. Liguria fue asignada a los dos cónsules con los mismos ejércitos habían tenido sus predecesores, Publio Claudio y Lucio Porcio. Los pretores electos fueron Cayo Valerio, el flamen de Júpiter que había sido candidato el año anterior, y Espurio Postumio Albino, Publio Cornelio Sisenna, Lucio Pupio, Lucio Julio y Cneo Sicinio. Al sortear las provincias los nuevos pretores, las dos Hispanias se reservaron para los pretores del año anterior, que mantuvieron sus ejércitos. Se ordenó que se celebrara el sorteo reservando para Cayo Valerio una de las dos preturas de Roma, escogiendo este luego la peregrina. Para las demás provincias, el reparto fue el siguiente: la pretura urbana fue para Publio Cornelio Sisenna, Sicilia correspondió a Espurio Postumio, Apulia fue para Lucio Pupio, la Galia para Lucio Julio y Cerdeña para Cneo Sicinio. Se ordenó a Lucio Julio que acelerara su partida. Los galos transalpinos, que, como se ha indicado anteriormente, habían descendido hacia Italia por una vía de montaña hasta entonces desconocida, estaban construyendo una ciudad fortificada en el territorio que ahora pertenece a Aquilea. El pretor recibió instrucciones para que evitara que lo hiciesen, de ser posible sin guerra; si se lo tenía que impedir por la fuerza de las armas, debía informar a los cónsules y uno de ellos conduciría las legiones contra los galos. Hacia el final del año anterior se produjo la elección de un augur para ocupar el lugar de Cneo Cornelio Léntulo, que había muerto, resultando elegido Espurio Postumio Albino.

[39.46] Al comienzo de este año murió Publio Licinio Craso, el Pontífice Máximo. Marco Sempronio Tuditano fue cooptado como pontífice para ocupar la vacante en el colegio y se eligió a Cayo Servilio Gémino como Pontífice Máximo. El día de los funerales por Publio Licinio se hizo una distribución pública de carne y combatieron ciento veinte gladiadores, se celebraron juegos fúnebres durante tres días y, al terminar los juegos, un banquete público. Estando ya extendidos los

triclinios por todo el Foro, estalló una violenta tormenta de viento y lluvia que obligó a la mayor parte de las personas a levantar tiendas de campañas y buscar refugio en ellas. Al escampar se retiró todo al poco y se dice que la gente comentaba que se había cumplido el presagio de los adivinos, que profetizaron que sería necesario levantar tiendas de campaña en el Foro. No bien se hubieron liberado de este temor religioso, otro les sobrevino al llover sangre durante dos días seguidos en la plaza de Vulcano, ordenando los decenviros de los Libros Sagrados rogativas especiales para expiar el prodigio. Antes de que los cónsules partieran hacia sus provincias, presentaron diversas delegaciones extranjeras ante el Senado. Nunca antes se habían reunido tantas personas de aquella parte del mundo en Roma. En cuanto se difundió entre las tribus que habitaban en Macedonia que las quejas contra Filipo no habían caído en oídos sordos y que a muchos les había compensado encontrar el valor para presentar sus denuncias, acudieron a Roma ciudades, tribus y hasta demandantes individuales, cada cual con su propia reclamación, pues Filipo resultaba un incómodo vecino para todos, con la esperanza de obtener la reparación de sus agravios o el alivio de sus sufrimientos. El rey Eumenes envió también a su hermano Ateneo con una delegación para quejarse de que no se habían retirado las guarniciones de Tracia y de que Filipo había ayudado a Prusias en su guerra contra Eumenes, enviando fuerzas auxiliares a Bitinia.

[39,47] Demetrio, que era por entonces un hombre muy joven, tuvo que hacer frente a todas las acusaciones. No le resultaba fácil, en modo alguno, mantener en su memoria los detalles de las acusaciones ni la respuesta más adecuada que se les debía dar. Y es que no solo eran muy numerosas, sino que la mayoría de ellas resultaban totalmente triviales, como disputas sobre lindes, robos de ganado y hombres, administración arbitraria de justicias, jueces corrompidos mediante sobornos o intimidados mediante amenazas de violencia. Al ver los senadores que Demetrio no se explicaba con claridad suficiente y que no podían obtener de él una información precisa, conmovidos por su aspecto avergonzado al no saber qué decir, ordenaron que se le preguntara si no había recibido de su padre algún memorando sobre aquellos asuntos. Ante su contestación afirmando que sí había recibido uno, consideraron que lo más adecuado sería tener las respuestas del propio rey a cada uno de los puntos planteados. Mandaron pedir el libro y permitieron que el propio joven lo leyera. Sin embargo, no contenía más que concisas explicaciones sobre cada asunto. Según decía, algunas de las cosas que había hecho estaban de acuerdo con los dictados de los comisionados; respecto a otros, explicaba que no era culpa suya el no haberlos efectuado, sino de los mismos que se los imputaban. Intercalaba también, en la exposición, sus protestas en contra de la parcialidad en las decisiones de los comisarios y la forma injusta en la que se había desarrollado la discusión ante Cecilio, así como los inmerecidos e indignos insultos que recibió por todas partes. El Senado tomó estas quejas como muestra de la irritación del rey; sin embargo, como el joven príncipe se excusara por algunas cosas y se comprometiera a que en el futuro todo se realizaría a voluntad del Senado, este decidió que se le debía dar la siguiente respuesta: *De cualquier manera en que se hubieran desarrollado los acontecimientos, nada habría podido complacer más al Senado que el haber deseado dar satisfacción a Roma mediante su hijo Demetrio. El Senado podría cerrar los ojos, dando por olvidadas muchas cosas, y creían que podrían confiar en Demetrio; aunque lo devolvían en persona a su padre, consideraban que retenían como rehén a sus sentimientos, pues sabían que era amigo del pueblo romano en la medida en que pudiera serlo sin menoscabo del afecto por su padre. En consideración a él, enviarían delegados a Macedonia, para que se remediara todo lo que no se hubiera hecho, incluso sin ningún tipo de sanción por anteriores omisiones.* El Senado deseaba también que Filipo supiera que sus relaciones con el pueblo de Roma seguían plenamente vigentes gracias a su hijo Demetrio.

[39.48] Esto último, que se hizo para acrecentar la dignidad del joven príncipe, despertó inmediatamente los celos en su contra y finalmente resultó ser su ruina. A continuación se presentaron los lacedemonios. Se discutieron muchos puntos, la mayoría insignificantes; hubo otras,

sin embargo, de gran importancia como, por ejemplo, si se debía devolver o no a los aqueos los que habían sido condenados, o si los que habían sido ejecutados lo habían sido justa o injustamente; y también si los lacedemonios debía permanecer en la Liga Aquea o si, como ya había sido el caso, habría una ciudad en todo el Peloponeso que se rigiera por sus propias leyes aparte. Se decidió que los exiliados debían ser devueltos y anuladas las sentencias dictadas contra ellos, así como que Lacedemonia debería permanecer en la Liga Aquea. Se puso por escrito este decreto y se decidió que fuera suscrito por lacedemonios y aqueos. Quinto Marcio fue enviado como comisionado especial a Macedonia, con órdenes para que examinara la situación en el Peloponeso. Aún reinaban allí los disturbios por las anteriores disensiones y Mesenia se había separado de la Liga Aquea. Si tuviera que entrar en el origen y el progreso de esta guerra, debería olvidar mi resolución de no tratar sobre los asuntos exteriores salvo en la medida en que están conectados con los de Roma.

[39,49] Hubo un incidente digno de ser recordado: A pesar de que los aqueos iban ganando la guerra, su pretor Filopemen fue tomado prisionero. Estaba de camino para ocupar Corone, contra la que ya estaba avanzando el enemigo, y mientras atravesaba un valle por un terreno difícil y quebrado, con una pequeña escolta de caballería, resultó sorprendido por el enemigo. Se dice pudo haber escapado con la ayuda de los tracios y los cretenses, pero el honor le impidió abandonar a su caballería, hombre de buena familia a los que él mismo había escogido. Mientras él cerraba la retaguardia, para enfrentarse a la aparición del enemigo y dar así tiempo a su caballería a escapar a través del estrecho paso, su caballo tropezó y, entre la propia caída y el peso del caballo sobre él, quedó casi muerto en el acto. Tenía ya setenta años y sus fuerzas se habían visto muy afectadas por una larga enfermedad de la que estaba entonces recuperándose. El enemigo, rodeándolo mientras estaba tendido en el suelo, lo hizo prisionero. En cuanto lo reconocieron, el enemigo, por respeto personal hacia él y recordando sus grandes servicios, lo trataron como si hubiera sido su propio general: lo levantaron con cuidado, le dieron reconstituyentes y lo llevaron desde el apartado valle hasta el camino alto, creyendo apenas en la buena suerte que les había sonreído. Algunos de ellos enviaron de inmediato mensajeros a Mesenia para anunciar que la guerra había terminado y que llevaban prisionero a Filopemen. La cosa pareció en un primer momento tan increíble que no solo no querían creer la mensajero, sino que lo tomaron por loco. Como llegaran uno tras otro, trayendo todos la misma historia, la creyeron finalmente; y antes de saber con seguridad que se acercaba a la ciudad, toda la población, ciudadanos y esclavos, hasta los niños y las mujeres, salieron a verlo. La multitud había bloqueado la puerta, y parecía como si cada uno quisiera ver la evidencia por sus propios ojos antes de poder creerse que hubiera tenido lugar, verdaderamente, tan gran acontecimiento. Los que llevaban a Filopemen tuvieron muchas dificultades para abrirse paso hacia la ciudad a través de la multitud. Una aglomeración igual de densa impedía el tránsito por el resto del camino y, como la mayoría no podían ver nada, corrieron hacia el teatro que estaba cerca de la vía y todos a una gritaron que se le llevara allí, donde la gente pudiera verlo. Los magistrados y los ciudadanos principales temían que la compasión levantada por la contemplación de un hombre tan importante provocara algún disturbio, al contrastar algunos su antigua grandeza con su situación actual y al recordar otros todo lo que había hecho por ellos. Se lo colocó, pues, donde se le podía ver a distancia, apartándolo después de la vista de los hombres, aduciendo el pretor Dinócrates que existían ciertas cuestiones, relacionadas con la dirección de la guerra, sobre las que los magistrados deseaban interrogarlo. Lo llevaron luego a la curia y convocaron al senado, empezando las deliberaciones.

[39,50] Caía ya la tarde y no solo no pudieron ponerse de acuerdo en otros asuntos, sino ni siquiera en cuanto a dónde lo podrían custodiar con seguridad durante la noche. Estaban abrumados por la grandeza y el valor de aquel hombre, por lo que no se atrevían a llevarlo a sus casas ni a confiar su custodia a una sola persona. Alguien les recordó que el tesoro público estaba en una cámara subterránea recubierta por bloques de piedra labrada. Aquí se le puso, encadenado, y se le

colocó encima mediante poleas una gran piedra que sirvió de cierre. Habiendo considerado así preferible confiar su custodia a un lugar, en vez de a cualquier hombre, esperaron al próximo día. A la mañana siguiente, toda la población, o por lo menos la más cabal, teniendo en cuenta sus anteriores servicios a su ciudad, consideró que se le debía perdonar y buscar, con su mediación, una solución a sus actuales problemas. Los autores de la rebelión, que controlaban el gobierno, celebraron una reunión secreta y, por unanimidad, decidieron que se le debía dar muerte, aunque no pudieron acordar si debían hacerlo inmediatamente o no. La parte que estaba ansiosa por darle muerte se impuso y se envió un hombre a llevarle el veneno. Se dice que tomó la taza y se limitó a preguntar si Licortas -el otro general de los aqueos- y sus jinetes habían podido escapar. Cuando se le aseguró que estaban a salvo, dijo: *Está bien*; y sin la menor señal de miedo vació el cuenco y poco después expiró. Los autores de esta crueldad no se felicitaron durante mucho tiempo por su muerte. Mesenia fue tomada durante en la guerra y, por exigencia de los aqueos, se entregó a los criminales. Los restos de Filopemen les fueron devueltos y todo el Consejo Aqueo estuvo presente en su funeral. Se le tributaron todos los honores humanos y no se le rehuyeron tampoco los divinos. Los historiadores griegos y latinos rinden a este hombre tan alto homenaje que algunos de ellos, para destacar este año, transmitieron a la tradición que durante aquel año murieron tres ilustres generales: Filopemen, Aníbal y Publio Escipión. Hasta aquel punto lo pusieron en igualdad con los más grandes generales de las naciones más poderosas del mundo.

[39,51] Prusias había caído, desde hacía algún tiempo, bajo las sospechas de Roma; en parte por haber dado cobijo a Aníbal tras la huída de Antíoco y en parte porque había iniciado una guerra contra el rey Eumenes. Por consiguiente, se le envió a Tito Quincio Flaminino en una comisión especial. Acusó a Prusias, entre otras cosas, de admitir en su corte a quien, de entre todos los hombres vivos, era el más mortal enemigo del pueblo de Roma; a quien había instigado primero a su patria y después, quebrado el poder de esta, al rey Antíoco para que llevara la guerra contra Roma. Ya fuera debido al lenguaje amenazante de Flaminino o porque quisiera congraciarse con este y los romanos, tomó la decisión de dar muerte a Aníbal o entregarlo a ellos. En cualquier caso, inmediatamente después de su primera entrevista con Flaminino envió soldados para vigilar la casa en la que vivía Aníbal. Aníbal había siempre había concebido en su ánimo tal fin para su vida, pues era totalmente consciente del odio implacable que los romanos sentían hacia él y no tenía confianza alguna en la lealtad de los monarcas. Ya había experimentado la fragilidad del carácter de Prusias y temía la llegada de Flaminio como algo fatal para él. Para precaverse frente a los peligros que lo acosaban por todas partes, trató de mantener abiertas varias vías de escape y, con esto presente, hizo construir siete salidas desde su casa, algunas de ellas ocultas para que no pudieran ser bloqueadas por guardias. Pero inmenso poder de los reyes no deja que quede oculto nada de lo que desean descubrir. Los guardias rodearon la casa tan de cerca que nadie podía escapar de ella. Cuando Aníbal fue informado de que los soldados del rey estaban en el vestíbulo, trató de escapar por una salida lateral y escondida por la que podía quedar más oculta la salida. Se encontró con que esta también estaba vigilada muy de cerca y que los guardias estaban situados alrededor de todo el lugar. Finalmente, pidió el veneno que desde hacía tiempo tenía dispuesto en previsión de una emergencia como aquella y exclamó: *Vamos*, dijo, *aliviemos a los romanos de la ansiedad que tanto tiempo han experimentado, ya que no tienen paciencia para para esperar a la muerte de un anciano. La victoria que Flaminino obtendrá sobre un fugitivo indefenso y traicionado no será ni grande ni memorable; este día demostrará por sí mismo cuán enormemente han cambiado las costumbres del pueblo romano. Sus antepasados advirtieron a Pirro, cuando tenía un ejército en Italia, que se precaviera contra el veneno; ahora mandan a un hombre de rango consultar para que convenza a Prusias de asesinar a su huésped.* A continuación, maldiciendo a Prusias y a su reino y apelando a los dioses que protegen los usos de la hospitalidad para que castigaran su perfidia, apuró la copa. Tal fue el final de la vida de Aníbal.

[39.52] Según Polibio y Rutilio, este fue el año en que murió Escipión. Yo no estoy de acuerdo con ninguno de estos autores ni con Valerio, pues me he encontrado con que, durante la censura de Marco Porcio y Lucio Valerio, el mismo Valerio fue elegido príncipe del Senado, aunque el Africano había ocupado aquel cargo durante las dos censuras anteriores; y a menos que asumamos que se le borró de las listas senatoriales -y no hay registro alguno de que una deshonra así se añadiera a su nombre-, no se habría elegido a ningún otro hombre para este cargo de haber seguido vivo. Se demuestra la equivocación de Valerio Antias por las siguientes consideraciones: Durante el tribunado plebeyo de Marco Nevio, Escipión pronunció un discurso que todavía se conserva; En las listas de los magistrados aparece que este Nevio fue tribuno de la plebe en el consulado de Publio Claudio y Lucio Porcio *(184 a.C.)*, pero entró en funciones el diez de diciembre *(185 a.C.)*, cuando eran cónsules Apio Claudio y Marco Sempronio. Desde esa fecha hasta el quince de marzo, cuando entraron en funciones Publio Claudio y Lucio Porcio, pasaron tres meses. Así pues, parece que Escipión estaba vivo cuando Nevio fue tribuno y pudo haber sido llevado a juicio por este, pero murió antes de que Lucio Valerio y Marco Porcio fueran censores. Podemos trazar una correspondencia entre la muerte de estos tres hombres, los más ilustres de sus respectivos pueblos, pues, aunque no murieron al mismo tiempo, todos tuvieron un final indigno del esplendor de sus vidas. Ninguno de ellos murió, ni a ninguno se le enterró, en suelo patrio. Aníbal y Filopemen murieron mediante el veneno; Aníbal fue un exiliado y fue traicionado por su anfitrión, Filopemen fue un prisionero y murió encadenado en la cárcel. Aunque Escipión no había sido desterrado ni condenado a muerte, al no comparecer a juicio el día fijado para este, debidamente citado, el mismo se impuso un destierro perpetuo, no solo de por vida, sino también tras su funeral.

[39,53] Mientras tenían lugar en el Peloponeso los acontecimientos de los que me he separado durante mi digresión, Demetrio y los delegados habían regresado a Macedonia. Este retorno afectó de diferente manera los ánimos de unos y otros. La mayor parte de la población macedonia, aterrorizada ante la perspectiva de una guerra inminente contra Roma, apoyaba con entusiasmo a Demetrio. Lo contemplaban como artífice de la paz y consideraban segura su sucesión al trono tras la muerte de su padre. Aunque menor que Perseo, él era hijo legítimo mientras que el otro era el hijo de una concubina. El otro, engendrado en un cuerpo que se había entregado a muchos, no tenía ningún rasgo particular de semejanza con su padre, mientras que Demetrio mostraba un notable parecido con Filipo; aún más, Perseo no era apreciado por los romanos y a estos les gustaría poner a Demetrio en el trono de su padre. Tales eran los comentarios generales. Perseo, por tanto, estaba inquieto al considerar que su mayor edad, por si sola, le serviría de poco ante su hermano, que lo aventajaba en todos los demás aspectos. El propio Filipo, además, poco convencido de que fuera él quien hubiera de decidir a quién dejar como heredero al trono, llegaba a comentar que su hijo menor estaba empezando a ser una amenaza más seria de lo que le gustaría. Le molestaba la manera en que los macedonios recurrían a Demetrio y consideraba humillante la existencia de una segunda corte real mientras él aún vivía. El joven príncipe, por su parte, había vuelto a casa con una conciencia mucho más alta de su propia importancia, basándose en los elogios emitidos por el Senado y en que se le había concedido a él lo que se le había negado a su padre. Cada alusión que hacía a los romanos elevaba su prestigio entre los macedonios, pero provocaban un rechazo equivalente tanto de su hermano como de su padre. Esto resultó ser así, especialmente, cuando llegaron de Roma los nuevos delegados y Filipo se vio obligado a evacuar Tracia, retirar sus guarniciones y llevar a cabo las demás medidas exigidas por los comisionados anteriores y las nuevas órdenes del Senado. Todas estas cosas eran una fuente de dolor y amargura para él, tanto más porque veía que su hijo tenía mucho más contacto con los romanos que con él mismo. No obstante todo esto, se mostró obediente a las órdenes de Roma para que no pudiera haber pretexto alguno al inicio de hostilidades. Pensando en desviar cualquier sospecha que pudieran albergar los romanos sobre sus planes, llevó su ejército al interior de Tracia, contra los odrisas, los denteletos y los besos. Tomó la ciudad de Filipópolis, que había sido abandonada por sus habitantes y que con sus familias se habían

refugiado en las montañas cercanas. Aceptó la rendición de los bárbaros que vivían en las llanuras después de asolar sus tierras. Dejando una guarnición en Filipópolis, que fue expulsada poco después por los odrisas, inició la construcción de una ciudad en el Deuríopo -un distrito de Peonia-, cerca del río Erígono que, naciendo en Iliria, fluye a través de Peonia hasta en río Axio, no lejos de la antigua ciudad de Estobos. Ordenó que la nueva ciudad fuera llamada Perseide en honor a su hijo mayor.

[39,54] Mientras sucedían estos acontecimientos en Macedonia, los cónsules partían hacia sus provincias. Marcelo envió un mensaje a Lucio Porcio, el procónsul, para pedirle que llevara sus legiones hacia la ciudad que los galos acababan de construir. A la llegada del cónsul, los galos se rindieron. Doce mil de ellos tenían armas, la mayoría tomadas a la fuerza por los campos. Se les requisaron estas, así como todo aquello de lo que se habían apoderado al saquear los campos o que habían traído con ellos. Enviaron emisarios a Roma para quejarse por estas medidas y el pretor Cayo Valerio los introdujo en el Senado donde explicaron cómo, debido a la superpoblación, la falta de tierra y la miseria general, se habían visto obligados a cruzar los Alpes en busca de un hogar. Al ver tierras deshabitadas y sin cultivar, se establecieron sin hacer daño a nadie. Incluso habían comenzado a construir una ciudad fortificada, una prueba clara de que no iban con intenciones agresivas contra ninguna ciudad ni pueblo. Marco Claudio les había enviado recientemente un mensaje amenazándoles con hacerles la guerra si no se rendían. Al preferir una paz segura, aunque no fuera atractiva, antes que las incertidumbres de la guerra, se habían puesto bajo la protección, más que bajo el dominio, del pueblo romano. Pocos días después, se les ordenó evacuar la ciudad y el territorio, y su intención era partir tranquilamente y asentarse en aquella parte del mundo que pudieran. A continuación se les arrebataron las armas y, por último, todo lo que poseían, sus bienes y su ganado. Ellos imploraban al Senado y al pueblo de Roma que no tratasen a quienes se habían rendido sin hacer daño a nadie con más severidad de la que trataban a sus enemigos.

Ante estas razones, el Senado ordenó que se les diera la siguiente respuesta: ellos habían actuado ilegalmente al venir a Italia y tratar de construir una ciudad en un territorio que no era suyo sin el permiso del magistrado romano que tenía a su cargo aquella provincia; Por otra parte, no complacía al Senado que, después de haberse rendido, se les hubiera despojado de sus bienes y posesiones. El Senado enviaría a su vuelta unos comisionados al cónsul para ordenarle que se les devolvieran todas sus pertenencias siempre que regresaran a su lugar de origen. Los comisionados deberían también cruzar los Alpes y advertir a las comunidades galas para mantuvieran su población en su país; Los Alpes se extendían entre ellos como una frontera casi intransitable y, desde luego, no les iría mejor que a los primeros que abrieron una vía de paso en ellos. Se envió como comisionados a Lucio Furio Purpurio, Quinto Minucio y Lucio Manlio Acidino. Después de que se les devolviera todo aquello que era suyo, sin pérdida para ninguno, los galos salieron de Italia.

[39.55] Las tribus transalpinas dieron una amable respuesta a los comisionados. Sus ancianos criticaron la excesiva indulgencia de los romanos al haber dejado marchar sin castigo a unos hombres que, sin la autorización de su tribu, habían salido a ocupar territorio perteneciente al gobierno romano y habían tratado de fundar una ciudad en unas tierras que no les pertenecían; deberían haber pagado un alto precio por su temeridad. La indulgencia mostrada al devolverles sus bienes podría, se temían, invitar a otros a empresas similares. La hospitalidad que mostraron hacia los comisionados fue tan generosa que los colmaron de regalos. Una vez que los galos se hubieron retirado de su provincia, Marco Claudio a desarrollar sus planes para una guerra contra Histria. Escribió al Senado pidiendo permiso para llevar sus legiones a Histria y el Senado lo autorizó a hacerlo. Se estaba discutiendo por entonces la cuestión del envío de colonos a Aquilea, considerándose si debía ser una colonia latina o se debía enviar ciudadanos romanos. Finalmente, se decidió que se fundase una colonia latina. Para supervisar el asentamiento, se nombró triunviros a Publio Escipión Nasica, Cayo Flaminio y Lucio Manlio Acidino. También en ese año fueron

fundadas las colonias de Módena y Parma, ambas por ciudadanos romanos. Se asentaron en cada colonia dos mil hombres, en tierras que recientemente habían pertenecido a los boyos y anteriormente a los etruscos. Los de Parma recibieron ocho yugadas cada uno y los de Módena cinco. La asignación de la tierra fue llevada a cabo por Marco Emilio Lépido, Tito Ebucio Caro y Lucio Quincio Crispino. También se fundó una colonia de ciudadanos romanos en Saturnia, bajo la supervisión de Quinto Fabio Labeo, Cayo Afranio Estelio y Tiberio Sempronio Graco. Se asignaron diez yugadas a cada colono.

[39,56] Durante el mismo año, el procónsul Aulo Terencio libró algunos combates victoriosos contra los celtíberos, no lejos del Ebro, en territorio ausetano, asaltando algunas plazas que se habían hecho fuertes allí. La Hispania Ulterior permaneció más tranquila aquel año debido a la larga enfermedad de Publio Sempronio; los lusitanos, que no fueron provocados por nadie, siguieron estando, afortunadamente, tranquilos. Tampoco Quinto Fabio hizo nada digno de mención en la Liguria. Marco Marcelo fue llamado de Histria y su ejército fue licenciado. Regresó a Roma para llevar a cabo las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Cneo Bebio Tánfilo y Lucio Emilio Paulo. Este último había sido edil curul con Marco Emilio Lépido, que cinco años antes había ganado su consulado después de dos derrotas anteriores. Los nuevos pretores fueron Quinto Fulvio Flaco, Marco Valerio Levino, Publio Manlio, por segunda vez, Marco Ogulnio Gallo, Lucio Cecilio Denter y Cayo Terencio Istra. Al final del año se efectuaron rogativas a causa de ciertos prodigios. Se creyó firmemente que durante dos días había llovido sangre en el recinto del templo de la Concordia, y se informó de que no lejos de Sicilia había surgido una nueva isla del mar, donde no la había. Valerio Antias es nuestra autoridad para afirmar que Aníbal murió este año, y que, además de Tito Quincio Flaminino, cuyo nombre es mencionado con frecuencia en relación con este asunto, Lucio Escipión Asiático y Publio Escipión Nasica fueron también enviados a Prusias con aquel propósito.

LIBRO XL. PERSEO Y DEMETRIO

[40,1] A principios del año siguiente *(182 a.C.)* los cónsules y pretores sortearon sus provincias. Liguria fue la única provincia consular y se asignó a ambos cónsules. El resultado del sorteo otorgó la pretura urbana a M. Ogulnio Gallo, la pretura peregrina fue para Marco Valerio, la Hispania Citerior correspondió a Quinto Fulvio Flaco, la Hispania Ulterior fue para Publio Manlio, Sicilia para Lucio Cecilio Denter y Cerdeña para Cayo Terencio Istra. Los cónsules recibieron instrucciones para proceder al alistamiento de tropas. Quinto Fabio había escrito desde Liguria para comunicar que los apuanos estaban contemplando una reanudación de hostilidades y que había peligro de que atacaran el territorio de Pisa. En las provincias hispanas también había problemas: el Senado tuvo conocimiento de que la Hispania Citerior estaba en armas y que se estaba combatiendo contra los celtíberos; en la Hispania Ulterior, debido a la larga y continuada enfermedad del pretor, se había relajado la disciplina militar por culpa de la vida cómoda y la ociosidad. En estas circunstancias, se decidió que debían alistarse nuevos ejércitos: cuatro legiones para la Liguria, compuestas cada una por cinco mil doscientos infantes y doscientos jinetes, además de quince mil infantes y ochocientos jinetes procedentes de los aliados latinos. Todas estas fuerzas constituyeron los dos ejércitos consulares. Además, se encargó a los cónsules que llamaran a filas a siete mil infantes y cuatrocientos jinetes aliados y latinos, y enviarlos a la Galia, con Marco Marcelo, cuyo mando allí se había visto prorrogado al término de su consulado. Para las dos provincias hispanas se debería alistar una fuerza de cuatro mil infantes y doscientos jinetes romanos, junto a siete mil infantes y trescientos jinetes de los aliados latinos. A Quinto Fabio Labeo se le prorrogó su mando en Liguria y mantendría el ejército que ya tenía.

[40.2] La primavera de ese año fue tormentosa. En la víspera de la Parilia, hacia el mediodía, se desató una terrible tormenta de viento y lluvia que destruyó muchos edificios, tanto sagrados como profanos. Se derribaron las estatuas de bronce del Capitolio, arrancó la puerta del templo de la Luna en el Aventino y la arrojó contra la pared trasera del templo de Ceres. Otras estatuas fueron volcadas en el Circo Máximo, junto con sus pedestales. Varios pináculos cayeron desde los techos de los templos, quedando destrozados sin remisión. Por consiguiente, se consideró esta tormenta como un presagio y se llamó a los augures para que dirigieran la expiación que precisaba. Se exigió otra expiación adicional a consecuencia de la noticia llegada a Roma sobre el nacimiento de una mula, en Reate, con solo tres patas, así como un informe llegado desde Formia participando que el templo de Apolo, en Gaeta, había sido alcanzado por un rayo. A consecuencia de estos signos, se sacrificaron veinte víctimas adultas y se ofrecieron rogativas durante un día. Por un despacho remitido por Aulo Terencio se pudo establecer que Publio Sempronio, después de más de un año de enfermedad, había muerto en la Hispania Ulterior. Los pretores recibieron la orden de partir hacia Hispania tan pronto como les fuera posible. Se concedió audiencia en el Senado a legaciones llegadas de ultramar. Primero fueron recibidas las de los reyes Eumenes y Farnaces, y las de los rodios. Estos últimos se quejaron de la masacre de los habitantes de Sínope. Al mismo tiempo, llegaron a Roma embajadores de Filipo y de los lacedemonios. Después de escuchar a Marcio, quien había sido enviado para determinar el estado de las cosas en Grecia y Macedonia, el Senado dio su respuesta. A los dos soberanos y a los rodios se les informó de que el Senado enviaría una comisión para revisar aquella situación.

[40,3] Marcio había reclamado mayor atención a cuanto se refería a Filipo. Admitió que Filipo había cumplido con las medidas en las que insistió el Senado, pero de tal manera que dejaba bien claro su intención de no cumplirlas más tiempo del que se viera obligado. No cabía duda de que iba a reanudar la guerra, y que todas sus palabras y actos iban en esa dirección. Había trasladado casi toda la población de las ciudades costeras al territorio que ahora se llamaba Ematia,

antes conocido como Peonia, y que había entregado aquellos ciudades a los tracios y a otros bárbaros, considerando que podía fiarse más de aquellos pueblos en caso de una guerra con Roma. Estas disposiciones levantaron fuertes protestas por toda Macedonia; al llegar el momento de abandonar a sus penates, junto a sus mujeres e hijos, pocos eran los que contenían silenciosamente su dolor. Por todas partes se escuchaban entre las multitudes maldiciones contra el rey, pudiéndoles más la ira que el miedo. Furioso por todo esto, Filipo empezó a sospechar de todas las personas, todos los sitios y todos los momentos por igual; por fin, terminó declarando públicamente que solo estaría seguro cuando tuviera bajo custodia y en lugar seguro a los hijos de aquellos a los que había ejecutado. Entonces podría darles muerte a cada cual a su debido tiempo.

[40,4] Esta brutalidad, espantosa como era, se hizo aún más odiosa por el aniquilamiento de una familia en particular. Herodico, un dirigente de Tesalia, había sido ejecutado por Filipo hacía ya varios años; tras ello, dio muerte a sus yernos y sus dos hijas, Teóxena y Arco, quedaron viudas y cada una con un hijo pequeño. Teóxena tuvo varias ofertas de matrimonio, pero las rechazó todas. Arco se casó con un hombre llamado Poris, que era la persona más importante entre los enianes. Ella le dio varios hijos, pero murió mientras todavía eran pequeños. A fin de que los hijos de su hermana pudieran ser educados bajo su propio cuidado, Teóxena se casó con Poris y cuidó a su hijo y a los de su hermana como si ella los hubiera parido a todos. Cuando se enteró del edicto del rey sobre la detención de los hijos de los que habían sido ejecutados, consideró seguro que los niños serían víctimas no solo de la lujuria del rey, sino incluso de las pasiones de sus guardias. Tomó una terrible decisión y se atrevió a decir que prefería matarlos con su propia mano antes que dejarlos caer en poder de Filipo. Poris se horrorizó ante la mera mención de tal acto y dijo que los enviaría con algunos amigos de confianza en Atenas, acompañándolos en su exilio. Partieron de Tesalónica hacia Enea, donde en aquel momento se llevaba a cabo un sacrificio, que se celebraba con gran pompa cada cuatro años en honor de Eneas, el fundador de la ciudad. Después de pasar el día en el festejo tradicional, esperaron hasta la tercera guardia, cuando todos dormían, y marcharon a bordo de un buque que Poris había dispuesto, en apariencia para regresar a Tesalónica pero, en realidad, para cruzar hacia Eubea. Sin embargo, el amanecer los sorprendió no muy lejos de tierra, tratando en vano de avanzar contra un viento contrario; las tropas del rey, que estaban de guardia en el puerto, enviaron un lembo armado para capturar aquella nave y con órdenes estrictas de no regresara sin ella. Poris, mientras tanto, hacía todo lo que posible para animar a los remeros y marineros, alzando de tanto en tanto sus manos al cielo para implorar la ayuda de los dioses. En todo ello, la feroz mujer, volviendo al propósito que hacía tiempo se había formado y disolviendo cierta cantidad de veneno, puso la copa donde se pudiera ver y, desenvainando las espadas, exclamó: *La muerte es lo único que nos puede liberar. Aquí hay dos formas de enfrentarla, elegid cada uno la que queráis para escapar de la tiranía del rey. Adelante, hijos míos, los que sois mayores debéis ser los primeros en empuñar la espada o en beber el veneno, si queréis una muerte más lenta.* Por un lado estaban los enemigos, cada vez más próximos a ellos, por otro estaba su madre, dándoles prisa e incitándolos a morir. Algunos escogieron una muerte, algunos la otra, pero aún medio vivos son lanzados fuera de la nave. Luego, la propia madre, abrazando a su marido, se arrojó también con él al mar. Las tropas del rey se apoderaron de un buque sin dueños.

[40,5] El horror de este hecho avivó nuevamente, por decirlo así, las llamas del odio contra el rey; por todas partes se acumulaban las maldiciones contra él y sus hijos, llegando al punto estas terribles imprecaciones a oídos de todos los dioses, que le hicieron volver entonces toda la crueldad contra su propia sangre. Viendo Perseo que cada día iba creciendo más la popularidad e influencia de su hermano Demetrio entre la población de Macedonia, así como su favor entre los romanos, y sintiendo que ya no le quedaban más esperanzas para conseguir la corona que la perpetración de un crimen, dedicó a su realización todos sus pensamientos. Al no considerarse lo bastante fuerte como para llevar a cabo el propósito que trataba su mente débil y cobarde, empezó a tantear a los amigos

de su padre, uno por uno, dejando caer insinuaciones y dudas en sus conversaciones con ellos. Algunos, al principio, hicieron parecer a primera vista que rechazaban todo aquello, pues tenían más esperanzas en Demetrio. Pero como el rencor de Filipo contra los romanos iba a más cada día, rencor que Perseo alentaba y que Demetrio hacía todo lo posible por refrenar, previendo la ruina del joven que no se precavía contra las intrigas de su hermano, se decidieron al fin a ayudar a lo que inevitablemente había de ocurrir, siguiendo las esperanzas del más fuerte, y se pusieron del lado de Perseo. Dejaron el resto de medidas para otro momento más adecuado y, por el momento, determinan emplear todos sus esfuerzos en inflamar al rey contra los romanos y convencerle para que acelere los planes de guerra a la cual ya estaba por sí mismo inclinado. Para agravar las sospechas contra Demetrio, solían sacar a colación el tema de los romanos con él. Entonces, algunos se burlaban de sus costumbres e instituciones, otros hablaban con ligereza sobre sus logros militares, otros del aspecto de la Ciudad, con su falta de adornos en los edificios públicos y privados, y otros, al fin, hablando con desprecio de sus más notables ciudadanos. El joven, desechando toda prudencia, tanto por su devoción al nombre de Roma como por su oposición a su hermano, defendía en todo a los romanos y se hacía así objeto de sospecha ante su padre, exponiéndose a las acusaciones de deslealtad. El resultado fue que su padre le excluyó de todas las consultas sobre asuntos relativos a Roma y volcó en Perseo toda su confianza, discutiendo estos temas con él día y noche.

Resultó que regresaron los enviados a quienes había mandado al país de los bastarnos para buscar tropas auxiliares, regresando acompañados por algunos jóvenes nobles entre los que había algunos de sangre real. Uno de ellos se comprometió a dar a su hermana en matrimonio al hijo de Filipo, y el rey estaba muy entusiasmado con la idea de una alianza con aquella nación. Perseo, ante esto, le dijo: *¿Qué ventaja hay en eso? Tendremos poca protección con el apoyo extranjero, en comparación con el peligro de una traición en casa. Tenemos entre nosotros, no lo llamaré un traidor, pero sí un espía; desde que fue rehén en Roma, los romanos se han apoderado de su corazón y de su alma, aunque nos hayan devuelto su cuerpo. Los ojos de casi todos los macedonios están vueltos hacia él, completamente convencidos de que no tendrán más rey que aquel que les den los romanos.* La perturbada mente del anciano rey se inquietó aún más por estas palabras, a las que tomó más en serio de lo que su aspecto dejó traslucir.

[40,6] Justo entonces llegó el momento de la purificación del ejército cuya ceremonia es como sigue: Se corta el cuerpo de una perra por la mitad; la parte delantera, con la cabeza, se coloca al lado derecho de la carretera y la parte trasera, con las entrañas, a la izquierda; luego, las tropas marchan entre ellas con sus armas. Al frente de la columna se llevan las armas y estandartes de todos los reyes de Macedonia, desde su más remoto origen; siguen luego el rey y sus hijos, a continuación la propia cohorte real y su cuerpo de guardia, marchando en retaguardia la falange macedonia. Los dos príncipes cabalgaban a cada lado de su padre; Perseo tenía ya treinta años y Demetrio era cinco años menor que él, el primero en pleno vigor de la juventud y el último en la flor de la juventud. Descendientes adultos de un afortunado padre, de haber gozado de una mente sana. Una vez completado el rito de purificación, era costumbre que el ejército marchara de maniobras y, tras formar en dos conjuntos, se enfrentaran en un simulacro de combate. Los dos príncipes fueron designados para mandar esta batalla simulada; pero no resultó un combate fingido, sino que cargaron como si estuvieran peleando por la corona. Se produjeron muchas heridas con los palos y no faltó sino las espadas para ofrecer la apariencia de una batalla auténtica. La división que mandaba Demetrio resultó ser, con mucho, la mejor. Perseo sufrió intensamente por esto, pero sus amigos, más sabios, estaban contentos, pues decían que esta misma circunstancia daría motivos para incriminar al joven.

[40,7] Demetrio invitó a Perseo a cenar al final del día, pero este rehusó acudir y cada uno ofreció un banquete a quienes habían sido sus camaradas en el simulacro de batalla. Tal y como

correspondía a aquel día festivo, la generosidad de la invitación y el buen humor de la juventud llevó a ambas partes a beber con liberalidad. Dieron en revivir la batalla y hacer chistes a expensas de sus rivales, de los que ni sus jefes quedaron exentos. Uno de los invitados de Perseo, enviado como espía para escuchar estas conversaciones, como se comportara un tanto imprudentemente resultó detenido por algunos jóvenes que se hallaban en la sala del banquete y sufrió malos tratos. Demetrio, que nada sabía de esto, dijo a sus compañeros: *Si mi hermano está todavía furioso después de la batalla, ¿por qué no vamos con él para seguir la diversión y apaciguarlo con nuestra alegría y buen humor?* Todos ellos gritaron que irían, excepto los que tenían miedo a una venganza inmediata por haber maltratado al espía. Demetrio hizo que también esos fuesen con él, y ellos ocultaron espadas bajo sus ropas para defenderse en caso de que los atacaran. Nada puede mantenerse en secreto en una disputa familiar y ambas casas estaban llenas de espías y traidores. Un delator se adelantó corriendo e informó a Perseo de que cuatro hombres jóvenes, de los que venían con Demetrio, llevaban espadas ocultas. A pesar de que debía conocer el motivo, pues había sido informado también de que estos habían golpeado a su invitado, aprovechó para convertir aquel asunto en algo más grave y ordenó atrancar la puerta, impidiéndoles desde el piso y ventanas de arriba, que daban a la calle, la entrada como si vinieran a matarlo. Demetrio, que estaba bajo los efectos del vino, protestó a gritos durante algún tiempo de que no le dejaran entrar y luego regresó a su banquete, sin saber la causa de todo aquello.

[40,8] En cuanto tuvo ocasión de ver a su padre, al día siguiente, Perseo entró en el palacio y, con expresión demudada, se quedó parado a cierta distancia de su padre. *¿Estás bien?* -le preguntó Filipo- *¿Por qué ese rostro sombrío?—Para bien tuyo estoy vivo* -le contestó- *que es más de lo que pudiera esperar ahora. Ya no se ejecutan por lo secreto los planes de mi hermano para quitarme la vida, pues vino a mi casa por la noche, con gente armada para matarme. Sólo atrancando las puertas pude resguardarme de su furia tras las paredes de la casa.* Después de sorprender y asustar así a su padre, prosiguió: *Así es, y si me pudieras escuchar te haré ver claramente toda esta situación.* Filipo le dijo que sin duda le escucharía y dio órdenes para que se convocara de inmediato a Demetrio. Mandó a buscar también a dos de sus viejos amigos, que nada tenían que ver en la disputa entre los hermanos y que no solían visitar mucho palacio: Lisímaco y Onomasto, pues deseaba que estuvieran presentes como consejeros. Mientras los esperaba, se puso a caminar de un lado para otro, a solas con sus pensamientos y con su hijo esperando de pie a cierta distancia. Cuando le anunciaron su llegada, se retiró con ellos y dos de sus guardias a una habitación interior, permitiendo que cada uno de sus hijos entrase con tres compañeros desarmados. Después de tomar asiento, les dijo: *Aquí estoy, el más infeliz de los padres, sentado como juez entre mis dos hijos, acusando el uno al otro de fratricidio y teniendo yo que hallar culpable a uno de mis propios hijos, sea de una falsa acusación o de una tentativa criminal. Es verdad que ya hace algún tiempo que temía la inminencia de esta tormenta, viendo vuestras miradas, sin nada de amor fraterno en ellas, y escuchando ciertas expresiones vuestras. Me atrevía a veces a esperar que se extinguiría vuestra ira y que se podrían aclarar las sospechas, pues incluso naciones enemigas han llegado a deponer las armas y firmar la paz, y muchos hombres han logrado poner fin a sus querellas privadas. Imaginaba que algún día recordaríais que sois hermanos, la intimidad confiada de vuestros días de niños y las enseñanzas que os daba, que me temo han caído en oídos sordos. ¡Cuántas veces os habré hablado de mi odio a las disputas fraternales, a los terribles resultados a que conducen y con cuánta frecuencia han arruinado familias, casas y reinos! También he puesto ante vosotros ejemplos del otro tenor: las relaciones amistosas entre los dos reyes de Esparta, que durante siglos han resultado una salvaguardia para ellos y su patria, y que en cuanto se implantó la costumbre de tratar cada uno de lograr el poder absoluto para sí, solo devino en la destrucción de su Estado. Mirad a esos dos monarcas, Eumenes y Atalo, que desde comienzos tan pequeños que casi no se les puede dar el título de rey, se han convertido en iguales de Antíoco y míos, y todo gracias a su mutuo entendimiento fraterno. Ni siguiera dejé de daros los ejemplos romanos que había visto y*

oído: los dos Quincios, Tito y Lucio; los dos Escipiones, Publio y Lucio, que vencieron a Antíoco; su padre y su tío, cuya armonía durante toda su vida quedó sellada por la muerte. Y no obstante los malos ejemplos que he mencionado en primer lugar y los nefastos resultados de su conducta, no he logrado disuadiros de vuestras insensatas desavenencias; tampoco la sensatez y buena suerte de los segundos os han llevado al buen juicio. Mientras estoy todavía vivo y con aliento, con vuestra criminal ambición habéis querido tomar mi herencia. Deseáis que yo viva lo suficiente para que, sobreviviendo a uno de vosotros, luego por mi muerte quede el otro rey indiscutible. No podéis soportar ni a vuestro padre ni a vuestro hermano. No guardáis ningún afecto, a nada consideráis sagrado; solo hay en vuestros corazones un deseo insaciable por la corona, que ha sustituido a todo lo demás. Adelante, pues, afligid y deshonrad los oídos de vuestro padre, discutid mediante acusaciones lo que pronto dirimiréis con la espada; hablad abiertamente y decid cuanto de cierto podáis o cuanta falsedad os plazca inventar. Mis oídos están ya abiertos para vosotros, en adelante estarán cerrados a cualquier acusación que os podáis hacer por separado. Pronunció estas últimas palabras en tono lleno de ira, echándose a llorar todos los presentes; se produjo luego un largo y doloroso silencio.

[40,9] Entonces habló Perseo: *Crees, entonces, que debía haber abierto la puerta, dejado entrar a los convidados armados y haber presentado mi cuello a la espada; pues no se cree el delito si no es consumado y, después de ser acosado por la traición, he de oír de ti el mismo lenguaje que se dirige a un ladrón o a un traidor. No en vano dicen las gentes que Demetrio es tu único hijo, al tiempo que a mí me llaman hijo supuesto y nacido de una concubina. Y no hablan sin motivo, porque si a tus ojos tuviera yo el rango y el afecto debidos a un hijo, no descargarías tu ira sobre mí cuando me quejo de una traición demostrada, sino contra quien la ha cometido; ni tendría mi vida para ti tan poco valor como para mostrarte indiferente ante el peligro pasado o los venideros si quedan impunes los conspiradores. Así pues, si he de morir sin protestar, callaré, excepto por una plegaria a los dioses para que el crimen que se inició conmigo termine también en mí, para que el golpe que me mata no te alcance a ti. Pero si lo que la naturaleza otorga a los que están rodeados en un lugar desierto, implorando la ayuda de hombres a los que nunca han visto, también a mí me es permitido, cuando veo una espada desenvainada sobre mí, apelar ante ti, por ti mismo y como padre -y ya sabes tú desde hace tiempo para cuál de nosotros dos es más sagrado ese nombre-, para que me escuches como si te hubieses despertado por mis gritos o llantos nocturnos y hubieras acudido en mi ayuda, habiendo hallado a Demetrio en el vestíbulo de mi casa, a altas horas de la noche, con sus compañeros armados. Lo que hubiera gritado entonces, en el momento del peligro evidente, lo digo ahora como queja al día siguiente.*

Hermano, hace mucho tiempo que no vivimos como aquellos que se intercambian invitaciones a comer. A toda costa deseas ser rey, pero a esta esperanza tuya se opone mi edad, el derecho de los pueblos y las antiguas costumbres de los macedonios. No podrás superar estos obstáculos sino a costa de mi sangre. Lo están intentando todo, todo lo estás tramando. Hasta ahora, mi vigilancia o mi buena suerte han sido un impedimento para tu parricidio. Ayer, con ocasión de la purificación, en las maniobras y el simulacro de pelea, estuviste a punto de provocar un combate fatal y solo impidió mi muerte el hecho de que permití que me derrotaras a mí y a mis hombres. Después de aquel combate como enemigos quisiste llevarme a tu banquete, como si solo hubiera sido un juego entre hermanos. ¿Crees, padre, que debería haber cenado entre mis invitados desarmados, cuando vinieron armados al banquete de mi casa? ¿Crees que no corrí anoche el peligro de sus espadas, después de haberme casi matado a palos mientras estabas tú mirando? ¿Por qué, Demetrio, viniste a esas horas de la noche? ¿por qué viniste como enemigo ante quien está de mal humor? ¿Y quieres que te recibiera cuando venías acompañado por jóvenes armados con espadas? No me atreví a confiarme a ti como invitado, ¿lo debería hacer cuando vienes con una banda armada? De haber abierto mi puerta, padre, ahora estarías organizando mis funerales en vez de escuchando mis quejas. No actúo como un acusador, ni presento evidencias

discutibles. ¿Por qué tendría que hacerlo? Seguramente no negará que llegó ante mi puerta con una gran multitud, o que iba acompañado por hombres armados con espadas ocultas. Manda llamar a los hombres cuyos nombres te daré. Los que han osado hasta ahora llegar a cualquier extremo, sin embargo, no se atreverán a negar. Si los hubiera capturado en mi vestíbulo con sus espadas y te los hubiese traído, lo habrías considerado un caso probado; toma su confesión, si la hacen, como si se les hubiera capturado.

[40,10] *Puedes ahora maldecir el anhelo ardiente de tu corona, despertar las furias que vengan la sangre de un hermano; pero que no caigan a ciegas tus maldiciones, padre; distingue entre el traidor y la víctima de la traición, y déjalas caer sobre la cabeza del culpable. Que el que trataba de asesinar a su hermano sienta la ira de los dioses protectores de los padres; que quien iba a perecer víctima de su hermano encuentre refugio en la justicia y la compasión de su padre. Pues, ¿dónde más podría yo encontrar refugio, cuando no se está a salvo ni en la ceremonia de purificación del ejército, ni en casa, ni en el banquete ni en la noche, don de la naturaleza para el reposo de los mortales? Si yo hubiera aceptado la invitación de mi hermano, ello hubiera sido mi muerte; si yo hubiera dejado entrar a mi hermano tras mis puertas, ello hubiera sido mi muerte. Ni marchándome ni quedándome puedo escapar a la emboscada. De nadie he buscado el favor, padre, salvo el tuyo y el de los dioses; ni siquiera puedo huir con los romanos: ellos buscan mi perdición porque me molestan las injusticias de que eres objeto, porque me molesta que te priven de tantas ciudades, de tantos pueblos sometidos, y ahora de la costa de Tracia. Mientras tú o yo estemos vivos, no tendrán esperanzas de que Macedonia sea suya. Si la mano asesina de mi hermano me lleva y a ti lo hace la vejez, si es que esperan a que esto ocurra, saben que el rey y el reino de Macedonia serán suyos. Si los romanos te hubiesen dejado algo más allá de las fronteras de Macedonia, lo podría incluso considerar también un refugio para mí.*

Pero se me dirá que tengo suficiente protección con la de los macedonios. Ayer viste cómo me atacaron los soldados. ¿Qué les faltaba, excepto las armas? Lo que les faltó durante el día a los clientes de mi hermano, lo llevaron con ellos por la noche. ¿Y por qué no hablar de la mayoría de nuestros notables, que han puesto todas sus esperanzas de fortuna y poder en los romanos y en el hombre que goza de toda la influencia entre los romanos? ¡Por Hércules!, que no es solo que lo sitúen por encima de mí, el hermano mayor, sino que pronto lo pondrán por encima de ti, su padre y rey. Es él, desde luego, el responsable de que los romanos levanten la sanción que te iban a imponer; él es quien te protege de las armas de Roma, el que considera justo que tu ancianidad esté a merced y en deuda con su juventud. A su lado están los romanos y todas las ciudades que han sido liberadas de tu gobierno, con los macedonios disfrutando de la paz con Roma. ¿A quién me confiaré sino a ti, padre? ¿qué esperanza o seguridad tengo en ninguna parte?

[40,11] *¿Qué crees que significa esa carta que te acaba de enviar Tito Quincio, en la que te dice que has actuado en pro de tus intereses al enviar a Roma a Demetrio, y te urge a enviarlo de nuevo con una embajada más numerosa que incluya a los hombres más notables de Macedonia? Tito Quincio es ahora el consejero y maestro en todo de este; él ha renunciado a ti, su padre, y lo ha puesto en tu lugar. Con él dispusieron de antemano todos los planes secretos; cuando te pide que envíes con él más hombres notables, lo que busca son colaboradores que lo ayuden en la realización de esos planes. Saldrán de aquí leales y fieles, pensando que tienen un rey en Filipo; volverán contaminados y envenenados por los halagos romanos. Demetrio lo es todo para los romanos, y se dirigen ya a él como rey mientras su padre está aún vivo. Y si muestro mi indignación ante todo esto, he de escuchar inmediatamente la acusación de que ambiciono la corona, y no solo de otros sino incluso de ti, mi padre. En cuanto a mí, si se me mezcla en esa acusación, la rechazo. ¿Pues, a quién arrebato su lugar para ponerme en su puesto? Solo mi padre está delante de mí, y ruego al cielo para que sea así por mucho tiempo. Si le sobrevivo -y así será si mis méritos hacen que él desee que yo viva-, recibiré la herencia del reino si mi padre me lo*

entrega. Codicia el reino y lo codicia él de un modo criminal, pues está ansioso por saltarse el orden establecido por la edad, por la naturaleza, por la costumbre de los macedonios y por el derecho de los pueblos. "Mi hermano mayor -dice para sí mismo-, a quien por derecho y por deseo de mi padre pertenece la corona, se interpone en mi camino: eliminémoslo. No será el primero que llega al trono a costa de la sangre de un hermano. Mi padre, un hombre anciano, sin el apoyo de su hijo mayor temerá demasiado por sí mismo como para pensar en vengar la muerte de su hijo. Los romanos se alegrarán, aprobarán lo sucedido y lo defenderán. Son estas esperanzas inciertas, pero no carentes de fundamento. Pues estando así las cosas, padre, puedes rechazar el peligro que amenaza mi vida castigando a quienes han empuñado la espada para matarme; si alcanzan su propósito criminal, no tendrás poder para vengar mi muerte.

[40,12] Cuando Perseo hubo terminado, todos los presentes miraron a Demetrio, esperando su inmediata respuesta. Se produjo un largo silencio y todo el mundo vio que estaba bañado en lágrimas y sin poder hablar. Al fin le dijeron que tenía que hablar y, obligado a reprimir su dolor, comenzó así: *Todo cuanto los acusados pueden emplear en su defensa, padre mío, ha sido ya usado por mi acusador. Las lágrimas fingidas para provocar la ruina del contrario han levantado en ti la sospecha sobre las mías sinceras. Desde mi regreso de Roma se ha dedicado día y noche a tramar contra mí planes secretos junto con sus cómplices, y ahora se adelanta y me quiere presentar no solo como un conspirador, sino incluso como un bandido y un asesino manifiesto. Te atemoriza con su propio peligro para poder apresurar a través de ti la destrucción de su hermano inocente. Dice que ya no le queda sitio donde refugiarse en todo el mundo, para que yo no pueda albergar ninguna esperanza de seguridad contigo. Acosado por los enemigos, abandonado por los amigos, escaso de cualquier recurso, me hace cargar con el odio que provoca el favor de que gozo en el extranjero, que me perjudica más de lo que me beneficia. ¡Cómo se convierte en acusador!; mezcla en su relato los acontecimientos de anoche con un duro ataque sobre el resto de mi vida -para hacer sospechoso este incidente del que ahora conocerás su verdadera cara- a partir de otras situaciones, y al mismo tiempo, para apoyar esa descripción falta y escandalosa de mis esperanzas, deseos y proyectos, presenta estas pruebas falsas infundadas y falsas. Y al mismo tiempo, trata de hacer como si sus acusaciones fueran improvisadas, en el calor del momento, consecuencia de la alarma y el tumulto de esta noche. Sin embargo, Perseo, si yo fuera un traidor a mi padre y a mi reino, si yo hubiera intrigado con los romanos o con cualquier de los enemigos de mi padre, no deberías haber esperado a la ficción de anoche, sino que deberías haberme acusado antes de traición. Si esa acusación, aparte de esta de ahora, carente de fundamente y que más que mi culpabilidad lo que mostraría sería tu malquerencia hacia mí, también la debieras haber dejado aparte o para otra ocasión; de manera que lo que se aclarase fuera si yo a ti o tú a mí nos acechábamos con una muestra inaudita de odio. En todo caso, en la medida en que sea capaz de hacerlo en esta repentina confusión, separaré lo que has mezclado y revelaré la trama de la noche pasada para demostrar de quién fue el complot, tuyo o mío.*

El quiere hacer que parezca que tramado un plan contra su vida para que, evidentemente, después de la eliminación del hermano mayor, a quien según dice pertenece el trono según el derecho de los pueblos, la tradición macedónica y tu deseo, sea yo, el hijo menor, el que pudiera ocupar el sitio de aquel a quien yo había matado. ¿Cuál es entonces el sentido de esa parte siguiente de su discurso, en el que dice que yo busqué el favor de los romanos y que la confianza en ellos me llevó a concebir la esperanza de reinar? Porque si yo hubiera creído que los romanos tenían tanta influencia como para poder imponer en Macedonia el rey que ellos quisieran y si hubiera tenido entre ellos tanta influencia, ¿qué necesidad tendría yo de cometer parricidio? ¿Para llevar una diadema manchada con la sangre de un hermano asesinado? ¿Para convertirme en algo execrable y odioso ante los mismos hombres cuyo favor me he ganado por mi honestidad, sea auténtica o fingida? Tal vez supones que Tito Quincio, por cuyo virtuoso consejo dices que me rijo, me ha impulsado a convertirme en el asesino de mi hermano, aunque él mismo viva en tan fraternal

unión con el suyo propio. Perseo ha juntado en su discurso no solo mi posición favorable a los romanos, sino también los sentimientos de los macedonios y el sentir casi unánime tanto de los dioses como de los hombres, y todo ello le ha llevado a pensar que no eras rival para mí. Y, sin embargo, como si en todo fuera yo inferior a él, sostiene que yo he puesto en el crimen mi última esperanza. ¿Quieres que se plantee la cuestión a juzgar de esta manera: que se considere que tomó la decisión de aplastar a su hermano aquel que haya temido que el otro pareciera merecer más la corona?

[40,13] *Sigamos ahora el orden en que han sido expuestos los cargos, aunque hayan sido inventados. Dijo que se habían producido numerosos atentados contra su vida y que se intentaron todos los métodos en un solo día. Yo quería, según dice, matarlo a plena luz del día tras la purificación, cuando nos enfrentamos en el simulacro de combate y precisamente, ¡por los dioses!, el mismo día de la purificación. Quise luego eliminarlo con veneno, evidentemente, cuando lo invité a cenar. Y más tarde, al ir a comer con él, quise darle muerte con el hierro cuando me acompañaron algunos invitados armados con espadas. ¿Te das cuenta de qué ocasiones se ha seleccionado para el asesinato: maniobras militares, un banquete y un festín? ¿Y qué clase de día era? Un día en el que se purifica el ejército, en la que se marcha entre las dos mitades de la víctima, con las armas reales de todos los reyes de Macedonia precediéndolos en procesión, nosotros dos solos al frente, escoltando tus flancos, padre, y siguiéndonos la falange macedonia. Aun cuando yo hubiera cometido previamente algún pecado que precisara expiación, ¿podría yo, tras haber sido purificado y absuelto en este solemne rito, precisamente mientras contemplaba la víctima colocada a cada lado de nuestro camino, podría yo haber albergado en mi mente pensamientos de asesinatos, venenos o espadas dispuestas para un festín? ¿Con qué otros ritos podría entonces haber limpiado una conciencia manchada por los peores delitos? Pero en su ciego afán por lanzar acusaciones y arrojar sospechas sobre todo lo que hice, contradice unas cosas con otras. Porque si yo pensaba eliminarte mediante el veneno durante el banquete, ¿qué habría podido servir menos a mi propósito que despertar tu ira con un combate encarnizado que te diera motivo justo para rechazar mi invitación? ¿Qué habría debido hacer tras tu irritada negativa? ¿Debía tratar de aplacar tu ira para tener luego otra oportunidad, ya que tenía dispuesto el veneno? ¿o debería, por así decir, saltar de ese plan a otro, para matarte con la espada y justamente el mismo día, con la excusa de un festín? Si yo hubiera creído que evitabas cenar conmigo al temer por tu vida, ¿cómo no podría suponer que por ese mismo temor evitarías también el festín?*

[40.14] *No es algo de lo que avergonzarse, padre, si en un día tan festivo bebí algo más de la cuenta con mis compañeros. Me gustaría que pudieras comprobar con cuánta alegría y diversión transcurrió el banquete de ayer por la noche en mi casa, y cuán encantados estábamos -quizá de modo un tanto inapropiado- por el hecho de que nuestro bando no hubiera sido el peor en la competición con armas. Esta situación lamentable y mis temores han disipado rápidamente los efectos del vino; de no ser por ella, nosotros, los conspiradores, estaríamos ahora profundamente dormidos. Si yo hubiera ido a atacar a su casa y tras apoderarme de ella matar al propietario, ¿no nos habríamos abstenido mis soldados y yo del vino, siquiera por un día? Y para que no esté yo solo en esta defensa simple e ingenua, mi hermano, que no es en absoluto persona sospechosa, dice: "Lo único que sé, lo único que digo, es que vinieron a mi casa armados con espadas". Y si yo te preguntara cómo sabes precisamente eso tendrías que confesar que, o bien que mi casa estaba llena de tus espías, o que mis compañeros llevaban sus espadas tan abiertamente que todo el mundo los vio. Y para que no pareciese que él había realizado alguna investigación o que me acusaba con calumnias, quiere ahora que preguntes a las personas cuyos nombres te de él si llevaban espadas, como si hubiera alguna duda al respecto. Luego, después de ser interrogados sobre algo que todos admiten, se les trataría como a personas declaradas culpables después del*

juicio. ¿Por qué no les pidas que se sometan a la pregunta de si tomaron las espadas con el propósito de asesinarte y si yo lo sabía y los instigué? Esto es lo que tú quieres que se crea, y no lo que ellos admiten abiertamente. Sin embargo, ellos declaran que tomaron sus espadas para su propia protección. ¿Tuvieron motivos para esto? Ellos mismos deben responder de sus propios actos. No mezcles mi caso, que nada tiene que ver con lo que ellos hicieron. O explica, más bien, si te íbamos a atacar en secreto o abiertamente. Porque si lo íbamos a hacer abiertamente, ¿por qué no llevábamos todos espadas? ¿Por qué solo llevaban armas los que habían golpeado a tu espía? Y te íbamos a atacar en secreto, ¿qué clase de plan se había tramado? Una vez terminada la cena y cuando yo me hubiera despedido, ¿se habrían quedado los cuatro a la mesa contigo para atacarte cuando estuvieses dormido?, ¿cómo podrían haber pasado desapercibidos, siendo como eran extranjeros pertenecientes a mi partido, y, sobre todo, sospechosos al haber estado combatiendo contra ti no mucho antes? ¿Cómo, además, podrían haber escapado después de asesinarte? ¿Podría haberse asaltado tu casa y capturada con solo cuatro espadas?

[40,15] *¿Por qué no dejas ya esta historia sobre lo que pasó anoche y vuelves a lo que realmente te duele y de consume de envidia? ¿Por qué, Demetrio, hay gente que habla de ti para ser rey? ¿Por qué pareces a ojos de algunas personas un sucesor más digno de la fortuna de su padre que yo? ¿Por qué enturbias mis esperanzas, cuando si tú no existieras estarían aseguradas? Así piensa Perseo, pero no habla de ello. Esto es lo que lo convierte en mi enemigo y mi acusador, esto es lo que inunda tu palacio y tu reino con la calumnia y la sospecha. Respecto a mí, padre, no debo esperar ahora la corona ni, seguramente, deba entrar en disputas por ella, ya que soy el más joven y es tu deseo que ceda mi lugar al mayor; pero siento que hay algo que era antes mi deber y también lo es ahora: no mostrarme jamás indigno de ti, padre mío, o indigno de mi pueblo. Pues esto sería lo que lograría con mi comportamiento inadecuado, no con la modestia de ceder paso al que tiene el derecho y la justicia de su lado. Me acusas por mi relación con los romanos y conviertes en un crimen lo que debería ser un motivo de orgullo. Nunca pedí que se me entregara a los romanos como rehén, ni que se me enviara a Roma como embajador; pero cuando me enviaste no me negué a ir. En ambas ocasiones me conduje de modo que ni tú, ni tu reino, ni el pueblo de Macedonia se pudieran avergonzar de mí. Así pues, padre, tú fuiste la causa de mi amistad con los romanos; mientras haya paz entre tú y ellos, yo me mostraré también favorable a ellos. Pero si estalla la guerra yo, que he sido un rehén y un embajador útil para mi padre, seré su enemigo más determinado. No pretendo sacar ventaja hoy de mi amistad con los romanos, pero sí espero que no me perjudique, pues no comenzó en un tiempo de guerra ni está reservada para tiempo de guerra. Yo era una garantía de paz, fui enviado como embajador para mantener la paz: nada de esto se me puede atribuir ni como mérito ni como culpa. Si he sido culpable de conducta desobediente hacia ti, padre mío, o de conducta criminal hacia mi hermano, estoy dispuesto a someterme a cualquier castigo. Pero si soy inocente, te ruego que no me dañe la envidia, ya que la acusación no lo puede hacer.*

No es hoy la primera vez que mi hermano me acusa, pero sí es la primera vez que lo hace tan abiertamente aunque yo no haya hecho nada para merecerlo. Si nuestro padre estuviera enojado conmigo, sería tu deber, como hermano mayor, interceder por el más joven para que se me perdonara mi delito en consideración de mi juventud. Donde debiera encontrar protección encuentro la determinación de destruirme. He sido arrastrado medio dormido, después de un banquete y una fiesta, para responder a una acusación de parricidio. Sin abogado y sin amigos que me aconsejen, me veo obligado a defenderme por mí mismo. Si hubiera tenido que defender a otro habría dispuesto de tiempo para pensar y organizar mi discurso, ¿y qué otra cosa me habría jugado, excepto mi reputación como un hábil orador? Inadvertido de la razón por la que se me convocaba, te encuentro de mal humor y ordenándome que me defienda de las acusaciones que mi hermano lanza contra mí. Me ha acusado mediante un discurso cuidadosamente preparado y largamente meditado; yo solo he dispuesto del tiempo que él ha tardado en proferir sus

acusaciones para enterarme de qué se trataba todo el asunto. ¿Qué iba a hacer en esos momentos, escuchar a mi acusador o pensar en mi defensa? Estupefacto por tan repentino e inesperado peligro, apenas podía comprender los cargos de los que se me acusaba, y aún menos podía vislumbrar la forma apropiada en que defenderme de ellos. ¿Qué esperanza me quedaría si no tuviera a mi padre como juez? Si mi hermano goza de una parte mayor de su cariño, yo, que me he de defender, debo tener en todo caso una parte no menor de su compasión. Te estoy rogando que me guardes en tu propio interés tanto como en el mío; él te exige que me des muerte para su propia seguridad. ¿Qué crees que hará cuando le hayas dejado el trono, si incluso ahora piensa que lo justo es que mi vida sea sacrificada por él?

[40,16] Las lágrimas y sollozos le impidieron decir más. Filipo ordenó que se retiraran, y después de una breve consulta con sus amigos dio su veredicto: No quería, dijo, dictar sentencia sobre el uno o el otro basándose en lo dicho durante una sola hora de discusión; lo haría tras una investigación acerca de la vida y el carácter de cada uno y tras una atenta indagación de sus palabras y actos en todas las cuestiones, importantes o no. Con esto, todo el mundo comprendió que las acusaciones surgidas a raíz de los sucesos de la última noche habían quedado fácilmente refutados, pero que la excesiva cercanía de Demetrio con los romanos había despertado sospechas. Estos incidentes, que tuvieron lugar en vida de Filipo, se convirtieron, por así decir, en las semillas de la guerra de Macedonia, que se libró principalmente contra Perseo.

Ambos cónsules partieron para Liguria, que era por entonces la única provincia consular, y en razón de sus victorias allí se ordenó una acción de gracias durante un día. Unos dos mil ligures llegaron hasta el más extremo confín de la Galia, donde estaba acampado Marcelo, rogándole que aceptara su rendición. Marcelo les dijo que permanecieran donde estaban y que esperasen hasta que se hubiera comunicado con el Senado. El Senado encargó al pretor, Marco Ogulnio, que informara a Marcelo por carta de que los cónsules que estaban al mando de la provincia serían los más adecuados, en vez del Senado, para decidir la conducta que más interesara al Estado. Al mismo tiempo, el Senado solo consideraba aceptable una rendición incondicional de los ligures; si Marcelo la aceptaba, debería desarmarlos y remitir la cuestión a los cónsules. Los pretores asumieron sus respectivos mandos al mismo tiempo. Publio Manlio marchó a la la Hispania Ulterior, que ya había gobernado en su anterior pretura; Quinto Fulvio Flaco se dirigió a la Hispania Citerior y se hizo cargo del ejército de Aulo Terencio, pues debido a la muerte de Publio Sempronio la Hispania Ulterior se había quedado sin magistrado. Mientras Fulvio Flaco estaba sitiando una ciudad hispana llamada Urbicua fue atacado por los celtíberos. Se produjeron encarnizados combate, con graves pérdidas en muertos y heridos entre los romanos. Venció finalmente la tenacidad de Fulvio, a quien no hubo fuerza capaz de alejarlo del asedio. Agotados por tantas batallas, los celtíberos se retiraron y la ciudad, una vez desaparecida la ayuda, fue tomada en pocos día y saqueada. El pretor dio el botín a los soldados. Aparte de esta captura, Fulvio no hizo nada más digno de mención, ni tampoco Publio Manlio, más allá de concentrar sus fuerzas dispersas. Ambos retiraron sus ejércitos a sus cuarteles de invierno. Estos fueron los hechos de este verano en Hispania. Terencio, tras ceder su mando allí, entró en la Ciudad en ovación. Llevó a casa nueve mil trescientas veinte libras de plata, ochenta y dos libras de oro y siete coronas doradas con un peso de sesenta libras.

[40,17] Durante aquel año, una comisión viajó de Roma para ejercer un arbitraje entre el gobierno cartaginés y el rey Masinisa a cuenta de la reclamación sobre cierto territorio que Gala, el padre de Masinisa, había tomado a los cartagineses. Sífax había expulsado a Gala del mismo y después se lo entregó a los cartagineses para congraciarse con su suegro, Asdrúbal. El asunto se debatió ante los romanos tan acaloradamente con argumentos como lo había sido antes con la espada. Masinisa decía que él había recuperado el territorio, como parte de los dominios de su padre, y que lo mantenía por el derecho universal de los pueblos; el suyo era el más fuerte de los dos, tanto por el título como por la posesión efectiva. En lo único que temía poder estar en

desventaja era en que los romanos se mostrasen demasiado escrupulosos, por no querer favorecer a un monarca que era su amigo y aliado a costa de un pueblo que era enemigo común de ambos por igual. Los comisionados no decidieron nada en cuanto al derecho de posesión y remitieron todo el asunto al Senado. Tampoco se produjo ninguna novedad en Liguria. Los galos se retiraron a los bosques impenetrables y se dispersaron luego entre sus pueblos y fortalezas. Los cónsules también querían licenciar su ejército y consultaron al Senado sobre el modo de hacerlo. El Senado ordenó que uno de ellos licenciara su ejército y regresara a Roma para la elección de los magistrados del siguiente año; el otro invernaría con sus legiones en Pisa. Había rumores de que los galos transalpinos se estaban armando y no se sabía por qué parte de Italia podrían descender, de manera que los cónsules acordaron que Cneo Bebio marchara para celebrar las elecciones, pues su hermano Marco era uno de los candidatos.

[40.18] Los nuevos cónsules fueron Marco Bebio Tánfilo y Publio Cornelio Léntulo. Se les asignó la Liguria como provincia. En la elección de pretores fueron elegidos dos Fabios, Quinto Máximo y Quinto Buteo, así como Tiberio Claudio Nerón, Quinto Petilio Espurino, Marco Pinario Rusca y Lucio Duronio. El sorteo distribuyó las provincias como sigue: la pretura urbana correspondió a Quinto Petilio, la peregrina fue para Fabio Máximo, la Galia fue para Quinto Fabio Buteo, Sicilia para Tiberio Claudio Nerón, Cerdeña para Marco Pinario y la Apulia correspondió a Lucio Duronio, quien también añadiría a los Histros, pues se recibieron avisos desde de Tarento y Brindisi acerca de que los campos de la costa están siendo saqueadas por piratas de ultramar. La misma queja fue hecha por Marsella, acerca de las naves de los ligures. Se pasó luego a establecer las necesidades militares: Se asignaron cuatro legiones a los cónsules, cada una compuesta por cinco mil doscientos infantes y tres cientos jinetes romanos, así como quince mil infantes y ochocientos jinetes alistados de los aliados latinos. Se les prorrogó el mando a los anteriores pretores en Hispania, con los ejércitos que ya tenían, y se les enviaron refuerzos en número de tres mil ciudadanos romanos de a pie y doscientos jinetes, junto a seis mil infantes y trescientos jinetes aliados. No se descuidaron los asuntos navales. Los cónsules designaron dos duunviros, que se encargarían de botar veinte naves tripuladas por ciudadanos romanos que antes hubieran sido esclavos y con la oficialidad compuesta únicamente por ciudadanos nacidos libres. Los duunviros se encargarían de la defensa de la costa, cada uno al mando de diez naves, quedando sus demarcaciones divididas por el promontorio de Minerva, donde se situaba la divisoria; el área de operaciones de uno se extendía desde aquel punto hacia el oeste, hacia Marsella; el del otro iba hacia el sur y el este, hasta Bari.

[40,19] Muchos fueron testigos de terribles presagios en Roma este año, informándose de otros en el exterior. Llovió sangre donde los templos de Vulcano y la Concordia, anunciando los pontífices que se habían agitado las lanzas y que la imagen de Juno Sospita en Lanuvio había derramado lágrimas. Se propagó una epidemia tan grave por los mercados, la Ciudad y los campos que Libitina apenas fue capaz de suministrar lo preciso para los funerales . Muy alarmados por estos signos y por los estragos de la peste, los senadores decretaron que los cónsules debían proceder al sacrificio de víctimas adultas a las deidades que considerasen convenientes, así como que los decenviros consultaran los Libros Sibilinos. Por decreto de los decenviros se ofrecieron rogativas especiales en todos los santuarios durante todo un día. También por su consejo, el Senado aprobó y los cónsules ordenaron mediante un edicto la ofrenda de rogativas y la suspensión del trabajo durante tres días en toda Italia. Debido a una revuelta en Córcega y a los ataques de los ilienses en Cerdeña, se decidió alistar ocho mil infantes y trescientos jinetes aliados para que el pretor Marco Pinario los llevara consigo a Cerdeña; pero fue tal la extensión y la mortal naturaleza de la peste que los cónsules informaron de que no se pudo alcanzar aquel número por culpa de la gran mortandad y extensión de la enfermedad. Se ordenó al pretor que tomase de Cayo Bebio, que estaba invernando en Pisa, los soldados que le faltaban y que desde allí navegara a Cerdeña. El pretor Lucio Duronio,

a quien había correspondido la provincia de Apulia, se le encargó además una investigación sobre las Bacanales, algunos remanentes de las cuales habían salido a la luz el año anterior, como brotes surgidos de las anteriores. Lucio Pupio, el pretor anterior, había iniciado una investigación pero no se había llegado a una conclusión definitiva. El Senado dio órdenes a los nuevos pretores para que cortasen el mal para que no se extendiera nuevamente. Bajo la autoridad del Senado, los cónsules presentaron ante el pueblo una propuesta de ley para impedir el fraude electoral[6].

[40,20] Fueron después presentadas algunas delegaciones ante el Senado. Las primeras en ser recibidas fueron las de los reyes Eumenes, Ariarates de Capadocia y Farnaces del Ponto. Solo se les respondió que se enviarían comisiones para examinar y resolver las reclamaciones que presentaban. A estas les siguieron los embajadores de los refugiados lacedemonios y los aqueos; a los exiliados se les dio esperanzas de que el Senado escribiría a los aqueos para que los repatriaran. Los aqueos informaron, para satisfacción de la Curia, sobre la recuperación de Mesene y cómo se habían resuelto allí las cosas. También llegaron dos embajadores enviados por Filipo de Macedonia: Filocles y Apeles. No fueron enviados para obtener nada del Senado, sino simplemente para observar cuanto ocurría y averiguar cuáles eran aquellas conversaciones que Perseo había acusado a Demetrio de mantener con los romanos, particularmente con Tito Quincio, sobre la sucesión al trono en perjuicio de su hermano. El rey había enviado a estos hombres en la creencia de que eran imparciales y no estaban sesgados a favor de ninguno; sin embargo, también ellos eran agentes y cómplices en la traición de Perseo contra su hermano. Demetrio, ignorante de todas las intrigas de su hermano contra él, salvo de la que recientemente había salido a la luz, no albergaba ni muchas ni pocas esperanzas sobre una reconciliación con su padre; poco a poco, su confianza en los sentimientos de su padre fue menguando al ver que solo tenía oídos para su hermano. Para no dar pie a más sospechas, era más prudente en todo lo que decía y hacía, poniendo especial cuidado en abstenerse de mencionar a los romanos o de cualquier relación con ellos, llegando al extremo de ni siquiera escribirles, al ver que su padre se mostró especialmente molesto por acusaciones como esas.

[40,21] Para evitar que sus soldados se desmoralizasen por la inactividad, así como para evitar cualquier sospecha sobre sus planes de una guerra con Roma, Filipo ordenó a su ejército que se concentrara en Estobos, en Peonia, y desde allí lo condujo hacia Médica. Se había apoderado de él un gran deseo de ascender al monte Hemo, pues compartía la creencia general de que desde aquel punto se podían observar al mismo tiempo el Ponto y el Adriático, el río Histro y los Alpes; pensaba que poder disponer ante sus ojos de esta perspectiva serviría, en no poca medida, a sus planes de guerra contra Roma. Preguntó a los que conocían el país sobre el ascenso al Hemo, coincidiendo todos en que resultaba imposible para un ejército, aunque existía un camino, extremadamente difícil, por el que podrían subir unos cuantos que no llevasen mucho equipo. Había decidido no llevar con él a su hijo menor y, para consolarlo, mantuvo una conversación cariñosa con él preguntándole, tras exponerle las dificultades de la marcha, si debía seguir la marcha o abandonar la empresa. Si continuaba, no obstante, no podía olvidar el ejemplo de Antígono, del que se decía que, estando en medio de una violenta tormenta y con toda su familia a bordo del mismo barco que él, ordenó a sus hijos que recordaran siempre y transmitieran a su posteridad el precepto de que nunca deberían exponerse al peligro al mismo tiempo que toda su familia. Por este motivo, él no expondría a sus dos hijos al mismo tiempo a la posibilidad de un accidente durante lo que se proponía hacer; ya que iba a llevar con él a su hijo mayor, enviaría a Macedonia al más joven para asegurar el futuro y guardar el reino. Demetrio sabía muy bien que la razón por la que se le enviaba de vuelta era para que no estuviera presente en las deliberaciones del consejo de guerra, con el teatro de operaciones a

6 Fue la llamada Lex Cornelia Baebia de ambitu, que se vino a unir a la Lex Poetelia (358 a.C.) y a la que seguirían la lex Acilia Calpurnia (67 a.C.), la Lex Tullia (63 a.C.), la lex Licinia (55 a.C.) y La lex Pompeia (52 a.C.) en tiempos republicanos.-N. del T.

la vista, sobre la ruta más rápida hacia el Adriático y la futura dirección de la guerra. No solo estaba obligado a obedecer la orden de su padre, sino a mostrar su aprobación de la misma, no fuese que un cumplimiento a desgana pudiera levantar sospechas. Para garantizar la seguridad de su viaje a Macedonia, Didas, uno de los pretores reales, que era gobernador de Peonia, recibió órdenes de acompañarlo con una pequeña fuerza. Este hombre también había sido atraído por Perseo a la conspiración contra su hermano, una vez hubo resultado evidente para todos cuál de los hijos gozaba de las preferencias del rey como heredero al trono. Didas recibió instrucciones para ganarse la confianza de Demetrio mediante toda clase de halagos y que con un trato más íntimo pudiera enterarse de todos sus secretos y de sus más escondidos pensamientos. Así, Demetrio partió rodeado por una escolta que suponía para él mayor peligro que si hubiera viajado solo.

[40.22] Filipo, en primer lugar cruzó la Médica. De allí marchó a través del desolado territorio entre Médica y el Hemo, alcanzando al cabo de siete días el pie de la cordillera. Permaneció aquí acampado durante un día para elegir a los que iba a llevar consigo y al día siguiente reanudó su marcha. La primera parte de la ascensión no implicó mucho esfuerzo, pero conforme ganaban terrenos más altos los parajes se volvían más boscosos e impracticables; además, una parte de su ruta transcurría por un paso tan oscuro, por culpa de lo denso del follaje y las ramas entrelazadas, que apenas resultaba visible el cielo. Al acercarse a la cima, todo estaba envuelto en nubes, un acontecimiento poco común en las grandes alturas, y tan densas que se encontraron marchando con tanta dificultad como si fuera de noche. Por fin, al tercer día llegaron a la cumbre. Tras su descenso no dijeron nada para contradecir la creencia popular; sospecho que esto fue más para evitar que la inutilidad de su marcha se convirtiera en objeto de burlas, que porque verdaderamente hubieran podido contemplar desde un solo punto mares, ríos y montañas tan separados en la realidad. Todos estaban agotados por las dificultades de la marcha, y el rey más que ninguno debido a su edad. Levantó allí dos altares, a Júpiter y al Sol, en los que ofreció sacrificios, y comenzó luego el descenso, que le llevó dos días mientras que el ascenso le llevó tres. Temía las frías noches que, aunque estaba en mitad de la canícula, resultaban tan frías como en invierno.

Después de todas las dificultades contra las que había tenido que luchar durante esos cinco días, se encontró una situación poco favorable en el campamento, donde les faltaba de todo. Esto resultaba inevitable en un territorio desierto por todas partes. Después de dar un día de descanso en el campamento a los hombres que había llevado con él, se apresuró a marchar hacia el territorio de los denteletos a tal velocidad que daba la impresión de que estaba huyendo. Este pueblo era aliado suyo, pero debido a la falta de alimentos los macedonios los saquearon como si se encontrasen en territorio enemigo. No contentos con robar los caseríos, devastaron algunas de las aldeas y el rey tuvo que escuchar, profundamente avergonzado, cómo sus aliados invocaban infructuosamente a los dioses que velan por los tratados y su propio nombre. Llevándose de allí un suministro de trigo, regresó a Médica y trató de atacar una ciudad llamada Petra [de impreciso emplazamiento.-N. del T.]. Situó su campamento en una llanura que se extendía en dirección a la ciudad y envió a Perseo, dando un rodeo, con una pequeña fuerza para atacar la plaza desde un terreno más elevado. Amenazados con peligros por todas partes, los habitantes entregaron rehenes y rindieron el lugar por el momento, aunque tan pronto como el ejército se hubo retirado olvidaron a los rehenes, abandonaron la ciudad y huyeron a sus fortalezas montañosas. Filipo regresó a Macedonia con sus hombres agotados en vano por innumerables trabajos y penalidades, y con la mente llena de sospechas hacia su hijo por la astucia y la traición de Didas.

[40.23] Este hombre, como ya he mencionado anteriormente, había sido enviado como escolta de Demetrio. El joven e imprudente príncipe estaba enojado, y no sin razón, por la forma en que los suyos le trataban. Didas le adulaba y fingía estar indignado por su situación; ofreciéndole su ayuda en todos los aspectos, le prometió lealtad y, de esta manera, logró arrancarle sus pensamientos secretos. Demetrio estaba meditando el huir con los romanos, y tenía esperanza de escapar de

manera segura a través de Peonia. Que el gobernador de esta provincia hubiera ofrecido su ayuda le parecía una bendición caída del cielo. Esta intención fue inmediatamente delatada a su hermano y, por su consejo, comunicada a su padre. En primer lugar se envió una carta a Filipo mientras estaba sitiando Petra. En consecuencia, Herodoro, el principal de los amigos de Demetrio, fue puesto en prisión y se dieron órdenes de vigilar discretamente a Demetrio. Esto más, más que ninguna otra cosa, entristeció al rey a su llegada a Macedonia. Le molestaba mucho esta nueva acusación, pero consideraba que debía esperar el regreso de los que había enviado a Roma para informarse de todo. Durante algunos meses en suspenso, y al fin regresaron sus enviados, después de haber permanecido un tiempo en Macedonia preparando el informe que presentarían tras la vuelta de Roma. Además de todas las demás acusaciones, entregaron al rey una carta sellada con el sello falsificado de Tito Quincio. La carta trataba de disculpar cualquier juicio severo del joven si, en su afán por la corona, había mantenido alguna comunicación con él; pero ni el joven estaba dispuesto a hacer nada que perjudicara a los suyos ni era el presunto autor de la carta hombre capaz de tolerar ninguna conducta desleal. Esta carta hizo más creíbles las acusaciones de Perseo. De inmediato se sometió a torturas a Herodoro, quien murió sin implicar a nadie.

[40,24] Perseo lanzó nuevas acusaciones contra Demetrio ante su padre. Alegó los preparativos de su huida y los sobornos de algunos de los que iban a acompañarlo. La carta falsificada supuestamente procedente de Tito Quincio, dijo, era la mejor prueba de su culpabilidad. No se pronunció, sin embargo, ninguna sentencia referente a la imposición de un severo castigo; la intención era, más bien, condenarlo a muerte en secreto, aunque no porque Filipo sintiera ninguna inquietud por ello, sino para que los planes contra los romanos no quedaran expuestos por una condena pública. Filipo estaba dirigiéndose desde Tesalónica a Demetrias y envió a Demetrio, aún acompañado por Didas, hacia Astreo, en Peonia, y a Perseo a Anfípolis, para recibir los rehenes de los tracios. Se dice que cuando Didas se despedía de él, Filipo le dio instrucciones sobre la muerte de su hijo. Didas organizó un sacrificio, o fingió hacerlo, e invitó a Demetrio al banquete sacrificial, quien se trasladó desde Astreo a Heraclea para tal fin. Según se dice, el veneno le fue suministrado durante el banquete, dándose cuenta de ello en cuanto bebió la copa. Muy pronto empezó con grandes dolores y, abandonando la mesa, se retiró a su habitación. Una vez en ella entró en agonía, lamentándose contra la crueldad de su padre, acusando a su hermano de parricidio y a Didas de deslealtad. Entonces, entraron en su habitación un tal Tirsis de Estuberra y Alejandro de Berea, quienes lo asfixiaron cubriéndole la cabeza y el cuello con mantas. De esta manera fue asesinado el inocente joven, al que sus enemigos no se contentaron con matar de una sola manera.

[40,25] Durante estos acontecimientos en Macedonia, Lucio Emilio Paulo, cuyo mandato se había ampliado al término de su consulado, marchó contra los ligures ingaunos al comienzo de la primavera. En cuanto hubo acampado en territorio enemigo, llegaron hasta él embajadores que eran realmente espías venidos con la excusa de pedir la paz. Paulo les comunicó que solo llegaría a un acuerdo con los que se rindieran. No rechazaron definitivamente sus condiciones, pero le explicaron que necesitarían tiempo para convencer a su pueblo, que eran gentes rústicas. Se les concedió un armisticio durante diez días y pasaron entonces a solicitar que los soldados no fueran a recoger forraje ni leña más allá de los montes próximos al campamento, pues había allí tierras de cultivo que formaban parte de su territorio. También lograron su consentimiento a esto, concentrando inmediatamente un enorme ejército detrás de aquellas mismas montañas de las que habían mantenido alejado a su enemigo. Lanzaron un violento ataque sobre el campamento romano, asaltando todas las puertas a la vez y sosteniendo el ataque con la mayor violencia durante todo el día. Los romanos no disponían de espacio para avanzar contra ellos, pues no quedaba terreno bastante para formar su línea de batalla. Amontonados en las puertas, defendieron el campamento estorbando más que combatiendo. Al atardecer, el enemigo se retiró y Paulo envió dos jinetes al procónsul, en Pisa, con un despacho en el que le informaba de que su campamento estaba asediado,

en violación de un armisticio, y le pedía que acudiera en su ayuda lo antes posible. Bebio había entregado a su ejército al pretor Marco Pinario, que iba de camino a Cerdeña; sin embargo, escribió al Senado informando de que Lucio Emilio estaba bloqueado en su campamento por los ligures y lo hizo también a Marco Claudio Marcelo, cuya provincia era contigua, para que si lo consideraba prudente pudiera él trasladar su ejército de la Galia a la Liguria y liberar a Lucio Emilio de su asedio. Esta ayuda llegaría tarde. Al día siguiente, los ligures renovaron su ataque contra el campamento. Aunque Lucio Emilio sabía que vendrían, y aunque podría haber hecho formar a sus hombres en línea de batalla, se mantuvo dentro de su empalizada para retrasar el combate hasta que Bebio pudiera llevar con su ejército desde Pisa.

[40,26] La carta de Bebio provocó considerable alarma en Roma, se aumentó por la llegada de Marcelo a los pocos días. Este había entregado su ejército a Fabio y le dijo al Senado que no había esperanza de que el ejército en la Galia pudiera trasladarse a Liguria, pues estaba enfrentándose con los histros, que trataban de impedir la formación de la colonia de Aquilea. Fabio, explicó, había marchado hasta allí y no podía volver sobre sus pasos ahora que la guerra había comenzado. Existía una posibilidad de enviar ayuda que, sin embargo, tardaría más de lo que la urgencia exigía, a saber, que los cónsules se apresurasen a marchar a la provincia. Todos los senadores les exigían que lo hicieran. Los cónsules declararon que no partirían hasta que terminase el alistamiento de las tropas y que el retraso no se debía a ninguna negligencia suya, sino a la virulencia de la epidemia. No pudieron, sin embargo, resistir la unánime determinación del Senado y partieron de la Ciudad vistiendo el paludamento, después de haber señalado un día para que los inscritos se concentraran en Pisa. Se facultó a los cónsules para ir alistando indiscriminadamente a los hombres según avanzaban y llevarlos con ellos. Los pretores Quinto Petilio y Quinto Fabio recibieron órdenes de alistar nuevas tropas; Petilio alistaría de urgencia dos legiones de ciudadanos romanos y tomaría el juramento militar a todos los menores de cincuenta años; Fabio requeriría de los aliados latinos quince mil infantes y ochocientos jinetes. Cayo Matieno y Cayo Lucrecio fueron nombrados duunviros navales y se les proporcionó naves equipadas. A Matieno, que estaría al mando de la costa hasta el golfo de la Galia, se le ordenó que llevara su flota tan pronto pudiera a la costa de Liguria, por si pudiera ser de alguna ayuda para Lucio Emilio y su ejército.

[40.27] Como no había signos de recibir ayuda por ninguna parte, Emilio supuso que sus mensajeros a caballo habían sido interceptados y consideró que ya no podía demorar más tiempo sin probar fortuna por sus propios medios. Los ataques del enemigo mostraban menos ánimo y fuerza por lo que, antes de que lanzaran el próximo, formó su ejército tras las cuatro puertas de manera que una vez dada la señal pudieran efectuar una salida simultánea por todas ellas. Añadió otras dos a las cuatro cohortes extraordinarias, con Marco Valerio, uno de sus legados, al mando y les ordenó salir por la puerta pretoria. En la puerta principal derecha situó a los asteros de la primera legión, quedando los príncipes de esta legión en reserva; encargó del mando de todos estos a los tribunos militares Marco Servilio y Lucio Sulpicio. La tercera legión formó de manera similar ante la puerta principal izquierda, con la diferencia de que los príncipes formaron al frente y los asteros en reserva; el mando de esta legión se lo entregó a los tribunos militares Sexto Julio César y Lucio Aurelio Cotta. Quinto Fulvio Flaco, un legado, quedó al mando del ala derecha, formada en la puerta cuestoria. Ordenó que dos cohortes y los triarios de las dos legiones permanecieran protegiendo el campamento. El general recorrió personalmente todas las puertas para arengar a sus hombres, despertando su belicosidad contra el enemigo con todos los argumentos que podía. Acusó de traición a un enemigo que, después de pedir la paz y conseguir una suspensión de hostilidades, se había lanzado a atacar el campamento mientras estaba aún en vigor la tregua, violando el derecho de las naciones. Les remarcaba también que era una vergüenza que un ejército romano estuviera acorralado por ligures, que eran más una horda de ladrones que un ejército regular. Y continuaba: "Si llegáis a salir de aquí por la ayuda de otros y no por vuestro propio valor, ¿con qué cara os

enfrentaréis, no digo ya a los soldados que derrotaron a Aníbal, Filipo o Antíoco, sino a aquellos que tantas veces persiguieron y destrozaron a estos mismos ligures que huían asustados como ganado por sus desfiladeros impenetrables? Lo que no se atreverían a hacer los hispanos, los galos, los macedonios o los cartagineses, lo están haciendo hoy estos ligures a los que todavía ayer nos costaba encontrar cuando se escondía entre quebradas ocultas: ¡aproximarse a la empalizada romana y hasta atacar nuestro campamento!" Estas palabras suyas eran respondidas por los gritos unánimes de sus soldados que exclamaban que no era culpa suya que nadie hubiera dado la señal para efectuar una salida; que la diera ahora, y pronto vería que los romanos y los ligures eran iguales que antes.

[40.28] Los dos campamentos de los ligures estaban a este lado de las montañas. Durante los primeros días solían de sus campamentos, marchando en una apropiada formación; luego, no tomaban las armas hasta después de haberse atiborrado de comida y bebida; salían de sus campamentos sin ningún orden, desperdigados por los campos y confiados en que su enemigo no saldría de su empalizada. Cuando se estaban aproximando de esta manera desordenada, se elevó de pronto el grito de guerra que todos a la vez lanzaron en el campamento, incluyendo a los vivanderos y calones, y los romanos salieron contra ellos por todas las puertas. Tanto sorprendió esto a los ligures que pronto se vieron en tanta confusión como su hubieran caído en una emboscada. Durante cierto tiempo hubo alguna apariencia de batalla, se produjo luego una huida en desorden y una masacre de fugitivos por todas partes. Se dio la señal a la caballería para que montase sus caballos y no dejara que ninguno escapase; se empujó a todo el enemigo hacia su campamento y luego se le expulsó de él. Aquel día se dio muerte a más de quince mil ligures y dos mil trescientos cayeron prisioneros. Tres días después se presentó toda la tribu de los ingaunos, rindiéndose y entregando rehenes. Se buscó a los pilotos y marineros que habían estado en los barcos piratas, y se les puso a todos en prisión. Treinta y dos de estos barcos fueron capturados por Matieno frente a la costa de Liguria. Lucio Aurelio Cotta y Cayo Sulpicio Galo fueron enviados a Roma para informar de lo sucedido, así como para solicitar que a Lucio Emilio, habiendo puesto en orden su provincia, se le permitiera partir, trayendo con él a sus soldados y licenciarlos después. Ambas peticiones fueron concedidas por el Senado, que decretó tres días de acciones de gracias en todos los santuarios. Se ordenó a Petilio que licenciara las legiones de ciudadanos y a Fabio que suspendiera el alistamiento de tropas aliadas y latinas. El pretor urbano también recibió órdenes del Senado para que escribiera a los cónsules y les informara de que el Senado consideraba adecuado proceder cuanto antes al licenciamiento de los hombres que se habían alistado apresuradamente.

[40.29] Ese año se fundó una colonia en Gravisca, en Etruria, sobre un territorio tomado tiempo atrás a los tarquinios. A cada colono se le asignaron cinco yugadas; los triunviros encargados del asentamiento fueron Cayo Calpurnio Pisón, Publio Claudio Pulcro y Cayo Terencio Istra. El año estuvo marcado por la sequía y el fracaso de las cosechas. Dice la tradición que no llovió ni una vez durante seis meses. Durante este año, mientras cavaban a cierta profundidad los cultivadores en unas tierras pertenecientes a Lucio Petilio, un escribano que vivía a los pies del Janículo, se descubrieron dos arcas de piedra de unos ocho pies de largo por cuatro de ancho, con las tapas sujetas con plomo. Cada una llevaba una inscripción en latín y griego; una afirmando que allí yacía Numa Pompilio, hijo de Pompo y rey de los romanos, y la otra diciendo que contenía los libros de Numa Pompilio. Cuando el dueño del terreno, por sugerencia de sus amigos, las abrió, encontró vacía la que según la inscripción contenía el cuerpo del rey, sin el menor vestigio de cuerpo humano o de ninguna otra cosa, al haberse descompuesto todo completamente después de tanto tiempo. En el otro había dos paquetes, atados con cuerdas impregnadas en cera, cada uno con siete libros, no solo intactos, sino de apariencia bastante nueva. Había siete en latín, sobre las leyes de los pontífices, y siete en griego que trataban sobre la filosofía de aquella época. Valerio Antias, además, cuenta que había libros pitagóricos, con lo que confirmaba, mediante una mentira verosímil, la creencia general de que Numa fue discípulo de Pitágoras.

Los libros fueron examinados en primera lugar por los amigos que estaban presentes. Al ir creciendo el número de los que los leían, y haciéndose de conocimiento general, Quinto Petilio, el pretor urbano, deseando leer los libros, se los pidió a Lucio. Estaban en términos muy amistosos entre sí, porque cuando Quinto Petilio fue cuestor había proporcionado un puesto a Lucio como escriba de la decuria. Después de leer los pasajes más importantes se dio cuenta de que la mayoría de ellos resultaban perniciosos para la religión. Lucio prometió que tiraría los libros al fuego, pero le dijo que, antes de hacerlo, le permitiría presentar una reclamación por si consideraba tener algún derecho de propiedad, y que aquella reclamación la podría presentar sin que por ello se perturbaran sus relaciones de amistad. El escribano acudió a los tribunos y los tribunos remitieron el asunto al examen del Senado. El pretor declaró que estaba dispuesto a declarar bajo juramento que los libros no debían ser leídos ni preservados. El Senado consideró suficiente la aseveración del pretor y dictaminó que los libros deberían ser quemados lo antes posible en el comicio; Se le abonaría al propietario, como indemnización, la suma que el pretor y la mayoría de tribunos considerase justa. El escribano se negó a aceptarla. Los libros fueron quemados en el comicio, ante la vista del pueblo, en un fuego preparado por los victimarios.

[40,30] Aquel verano se desencadenó una violenta guerra en la Hispania Citerior; los celtíberos habían reunido unos treinta y cinco mil hombres, cifra que casi nunca antes habían alcanzado. Quinto Fulvio Flaco estaba al mando de la provincia. Al oír que los celtíberos estaban armando a sus guerreros, alistó entre los aliados todas las tropas que pudo, pero aún así resultó ser muy inferior numéricamente al enemigo. En los primeros días de la primavera llevó su ejército a la Carpetania y fijó su campamento cerca de la ciudad de Ebura, enviando un pequeño destacamento para ocupar la ciudad. Pocos días después, los celtíberos acamparon al pie de una colina próxima, a unas dos millas de distancia. Cuando el pretor romano se dio cuenta de su presencia, envió a su hermano Marco Fulvio con dos turmas de caballería nativa para reconocer el campamento enemigo. Sus instrucciones consistían en acercarse lo más posible a la empalizada para hacerse una idea del tamaño del campamento, pero si veía aproximarse a la caballería enemiga, debía retirarse sin combatir. Obedeció estas órdenes. Durante algunos días no sucedió nada más, aparte de la aparición de estas dos turmas que siempre se retiraban cuando la caballería enemiga salía de su campamento. Finalmente, los celtíberos salieron de su campamento con toda su infantería y caballería, formaron en línea de batalla a medio camino entre los dos campamentos y permanecieron así. El terreno era llano y adecuado para una batalla. Allí les esperaron firmes los hispanos, mientras el general romano mantenía a sus hombres tras su empalizada. Durante cuatro días sucesivos el enemigo formó en el mismo lugar en orden de combate, pero los romanos no se movieron. Después de esto, los celtíberos permanecieron descansando en su campamento, ya que no tenían oportunidad de luchar; solo la caballería salía y tomaba posiciones como en posición de avanzada, por si se producía algún movimiento por parte del enemigo. Ambas partes salían para forrajear y recoger madera en la retaguardia de sus campamentos, no interfiriendo los unos con los otros.

[40,31] Cuando el pretor romano se hubo cerciorado de que, tras tantos días de inactividad, el enemigo no esperaba que él tomase la iniciativa, ordenó a Lucio Acilio que tomase la división de tropas aliadas y a seis mil auxiliares nativos, y que rodeara la montaña que estaba detrás del campamento enemigo. Cuando oyera el grito de guerra, debía cargar hacia abajo contra su campamento. Partiría de noche, para no ser observado. Al amanecer, Flaco envió a Cayo Escribonio, el prefecto de las tropas aliadas, con su caballería extraordinaria del ala izquierda, contra la empalizada enemiga. Cuando los celtíberos vieron que se aproximaban hasta más cerca y con mayores fuerzas de lo que habían solido hacer antes, toda su caballería salió del campamento y dieron así mismo a su infantería la señal para avanzar. Escribonio, actuando según sus instrucciones, en cuanto oyó el estrépito del avance de la caballería enemiga, hizo dar la vuelta a sus caballos y se dirigió hacia su campamento. El enemigo le persiguió a toda velocidad. Iba por

delante la caballería, con la infantería a poca distancia y no dudando de que aquel día asaltarían el campamento romano. Ya estaban a no más de media milla de la empalizada. En cuanto Flaco consideró que estaban lo bastante lejos de la protección de su propio campamento, ordenó que salieran sus fuerzas, que habían permanecido formadas tras la empalizada, por tres sitios a la vez. Hizo que lanzaran el grito de guerra con toda la fuerza que pudieran, no solo para estimular el ardor de los combatientes, sino también para que les oyeran los que se encontraban entre las colinas. Estos se lanzaron a la carga de inmediato, como se les había ordenado, contra el campamento enemigo donde no quedaban más de cinco mil hombres de retén. La fuerza de los asaltantes, en comparación con la escasez de su propio número, y la rapidez del ataque los aterrorizaron de tal manera que se tomó el campamento con poca o ninguna resistencia. Una vez capturado, Acilio le prendió fuego por aquella parte en que mejor podría ser visto desde el campo de batalla.

[40.32] Los celtíberos que estaban en la retaguardia fueron los primeros en divisar las llamas; después se corrió la noticia por toda la línea de que el campamento se había perdido y era pasto de las llamas. Esto aumentó el pánico en los enemigos y elevó el ánimo de los romanos. Por un lado les llegaban los gritos victoriosos de sus camaradas y por el otro contemplaban en llamas el campamento enemigo. Los celtíberos dudaron durante unos momentos qué hacer, pues al no quedarles ningún refugio en caso de ser derrotados y estando su única esperanza en sostener la lucha, reiniciaron el combate con mayor determinación. Su centro estaba muy presionado por la quinta legión, pero avanzaron con más confianza contra el ala izquierda romana, donde veían situados a los auxiliares provinciales, que eran de su propia raza, y que habría sido derrotada de no haber llegado en su ayuda la séptima legión. Estando en medio de la batalla, aparecieron las tropas que habían quedado en Cuerva y Acilio se aproximó por la retaguardia del enemigo. Tomados entre ambos, los celtíberos fueron despedazados y los supervivientes huyeron en todas direcciones. Se envió a la caballería tras ellos, dividida en dos grupos, y provocó entre ellos una gran carnicería. Murieron hasta veintitrés mil hombres aquel día y se hizo prisioneros a cuatro mil setecientos; se capturaron quinientos jinetes y ochenta y ocho estandartes militares. Fue una gran victoria, pero no resultó incruenta. De las dos legiones, cayeron algo más de doscientos soldados romanos, ochocientos treinta de los aliados latinos y dos mil cuatrocientos de los auxiliares extranjeros. El pretor llevó a su ejército victorioso de vuelta al campamento. Se ordenó a Acilio que permaneciera en el campamento que había capturado. Al día siguiente, se reunieron los despojos y se recompensó ante todo el ejército a los que habían demostrado notable valor.

[40.33] Los heridos fueron llevados a Cuerva y las legiones marcharon a través de la Carpetania hasta Contrebia. Al ser asediada esta ciudad, sus habitantes pidieron ayuda a los celtíberos. Esta se demoró, no por alguna clase de renuencia por parte de los celtíberos, sino debido a que no pudieron avanzar por los caminos intransitables y ríos desbordados por culpa de las lluvias. Desesperados de recibir ninguna ayuda de sus compatriotas, los habitantes se rindieron. El propio Flaco se vio obligado por las terribles tormentas a trasladar todo su ejército dentro de la ciudad. Los celtíberos, mientras tanto, habían partido desde sus casas ignorantes de la rendición; una vez cesó la lluvia lograron, finalmente, cruzar los ríos y llevaron ante Contrebia. No vieron ningún campamento fuera de las murallas por lo que, pensando que lo habían trasladado a otro lugar o que el enemigo se había retirado, se aproximaron a la ciudad sin tomar ninguna precaución ni mantener la adecuada formación. Los romanos lanzaron una salida por las dos puertas y, atacándolos mientras estaban desordenados, los derrotaron. Lo mismo que les hizo imposible resistir, es decir, su no marchar en un solo grupo o formando junto a sus estandartes, ayudó a que la mayoría huyera, pues todos los fugitivos se dispersaron por los campos y en ninguna parte pudieron los romanos interceptar a un número considerable de ellos juntos. No obstante, los muertos ascendieron a doce mil y los prisioneros a más de cinco mil; también se capturaron cuatrocientos caballos y sesenta y dos estandartes. Los fugitivos dispersos se dirigieron a sus hogares y al

encontrarse con otro cuerpo de celtíberos, que marchaban hacia Contrebia, los detuvieron y les informaron de la rendición de la plaza y de su propia derrota. Rápidamente, todos se dispersaron y volvieron a sus fortalezas y pueblos. Partiendo de Contrebia, Flaco llevó las legiones a través de la Celtiberia, devastando el país según marchaba y asaltando muchos de los castillos hasta que la mayor parte de aquel pueblo vino a rendirse.

[40,34] Tales fueron los hechos ocurridos este año en Hispania Citerior. En la Hispania Ulterior, el pretor Manlio libró varios combates con éxito contra los lusitanos. Aquel año se fundó la colonia latina de Aquilea, una ciudad situada en tierras pertenecientes a los galos, que recibió un grupo de colonos en número de tres mil infantes, a los que se asignaron cincuenta yugadas mientras que los centuriones recibieron cien y los de caballería recibieron ciento cuarenta. Los triunviros que la fundaron fueron Publio Cornelio Escipión Nasica, Cayo Flaminio y Lucio Manlio Acidino. Se dedicaron dos templos durante el año, uno a Venus Ericina, en la puerta Colina -este templo había sido prometido por Lucio Porcio durante la guerra Ligur y fue consagrado por su hijo-; el otro era el templo de la Piedad, en el foro de las verduras. Manio Acilio Glabrión, el duunviro, dedicó este templo y erigió una estatua dorada de su padre Glabrión, la primera de este tipo erigida en Italia. Él mismo había prometido este templo el día de su batalla contra Antíoco, en las Termópilas, y se había encargado también de la adjudicación de su construcción, de conformidad con un senadoconsulto. Por los mismos días en que se dedicaron estos templos, el procónsul Lucio Emilio Paulo celebró su triunfo sobre los ligures ingaunos. Llevó en su procesión veinticinco coronas de oro, sin ningún otro oro ni plata más en el triunfo. Muchos jefes ligures caminaron como prisioneros delante de su carro. Entregó a cada soldado, como su parte en el botín, trescientos ases. Su triunfo fue notable por la presencia de embajadores ligures, que habían venido a suplicar una paz perpetua; tan firmemente se había decidido el pueblo ligur a no tomar las armas, excepto a petición del pueblo romano. Por orden del Senado, el pretor les respondió que no resultaba nueva aquella petición por parte de los ligures: ellos mismos eran los más interesados en mostrar un nuevo ánimo e inclinación en consecuencia con aquella. Deberían presentarse a los cónsules y hacer lo que les ordenasen, pues el Senado no creería más que a los cónsules respecto a la sinceridad de la petición de paz de los ligures. Se hizo la paz en Liguria. En Córcega hubo enfrentamientos con los nativos, Marco Pinario mató a dos mil de ellos en combate. Por esta derrota, se vieron obligados a entregar rehenes y cien mil libras de cera. Pinario llevó a su ejército a Cerdeña y libró combates victoriosos contra los ilienses, una tribu que a día de hoy aún no está completamente pacificado. En el transcurso de este año, fueron devueltos a los cartagineses cien rehenes, concediéndoles el pueblo romano la paz no solo en su nombre, sino en el de Masinisa, cuya guarnición ocupaba el territorio en disputa.

[40,35] La provincia de los cónsules se mantuvo tranquila. Marco Bebio fue llamado de vuelta a Roma para celebrar las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Aulo Postumio Albino Lusco y Cayo Calpurnio Pisón. Fueron elegidos pretores Tiberio Sempronio Graco, Lucio Postumio Albino, Publio Cornelio Mámula, Tiberio Minucio Molículo, Aulo Hostilio Mancino y Cayo Menio. Todos estos magistrados tomaron posesión de sus cargos el quince de marzo *(180 a.C.)*. Al comienzo del año de consulado de Aulo Postumio Albino y Cayo Calpurnio Pisón, el cónsul Aulo Postumio presentó ante el Senado al general Lucio Minucio y a dos tribunos militares, Tito Menio y Lucio Terencio Masiliota, que habían venido desde la Hispania Citerior enviados por Quinto Fulvio Flaco. Informaron de las dos batallas victoriosas, la rendición de los celtíberos y el cumplimiento de la misión ordenada; también comunicaron al Senado que aquel año no había necesidad de enviar la paga que habitualmente se remitía ni tampoco suministrar al ejército trigo para aquel año. Solicitaron luego que se tributaran honores por estos éxitos a los dioses inmortales y que se permitiera a Quinto Fulvio que trajera de vuelta de Hispania, a su regreso, el ejército cuyo valor tantos servicios le había prestado a él y a tantos pretores antes que él. Y no solo porque se les debiera esto, sino porque resultaba casi inevitable al estar los soldados tan determinados que

resultaba prácticamente imposible retenerles más tiempo en la provincia; si no se les licenciaba, estaban dispuestos a partir sin órdenes o, de ser mantenidos allí a cualquier precio, rebelarse peligrosamente.

El Senado ordenó a los cónsules que tuviesen Liguria como su provincia. A continuación, los pretores sortearon las suyas. La Hispania Citerior correspondió a Tiberio Sempronio. Como iba a relevar a Quinto Fulvio, no quería que la provincia quedara despojada de soldados veteranos y, en consecuencia, pronunció en el Senado el siguiente discurso: *Te pregunto, Lucio Minucio, ya que informas de que la provincia está en orden, si crees que los celtíberos se mantendrán fieles hasta el extremo de que se pueda sostener la provincia sin la presencia un ejército. Si no nos puedes asegurar ni darnos garantía alguna de que permanezcan siempre en paz y que, en todo caso, se debe mantener allí un ejército, ¿aconsejarías que el Senado enviase refuerzos para relevar solamente a los soldados que han cumplido ya su periodo de servicio, incorporando los reclutas al antiguo ejército, o dirías que se deberían retirar las legiones veteranas, alistando y enviando allí otras nuevas, sabiendo que el desprecio por los bisoños puede alentar la reanudación de las hostilidades incluso a los bárbaros menos agresivos? Declarar la pacificación y ordenación de una provincia, cuyos habitantes son de natural bélico y agresivo, parece más fácil de decir que de hacer. Según lo que he alcanzado a oír, solo unas pocas comunidades, sobre todo en las que hemos establecido nuestros cuarteles de invierno, están sometidas a nuestra autoridad; las más alejadas están en armas. Bajo estas circunstancias, padres conscriptos, yo declaro desde el principio que estoy dispuesto a tomar el gobierno de la provincia con ejército que está allí ahora mismo. Si Flaco trae con él sus legiones yo escogeré para mis cuarteles de invierno lugares pacificados y no expondré a mis nuevos soldados al más feroz de los enemigos.*

[40,36] En respuesta a estas preguntas, el legado dijo que ni él ni nadie podía adivinar cuáles eran las intenciones de los celtíberos en aquel momento o cuáles serían en el futuro. Por tanto, no podía negar que lo mejor sería que se enviase un ejército, pues aún los nativos que habían quedado sometidos no estaban todavía acostumbrados a que se les dominara. Pero la conveniencia de que se precisara un ejército veterano o uno nuevo correspondía decidirla a quien estuviera en condiciones de saber en qué medida los celtíberos iban a respetar la paz y, al tiempo, a quien se hubiera asegurado definitivamente si los soldados permanecerían tranquilos si se les retenía más tiempo en la provincia. Si se debían inferir sus sentimientos a partir de lo que hablaban entre sí o de lo que gritaban cuando su general se les dirigía durante una revista, entonces debía saberse que habían manifestado abiertamente y a gritos que o volvían a Italia con su general o lo mantenían en la provincia con ellos. Esta discusión fue interrumpida por los cónsules, quienes declararon que lo más apropiado sería proceder a la dotación de su provincia antes de decidir sobre el ejército del pretor. Se asigno un ejército totalmente nuevo para los cónsules; dos legiones romanas completas para cada uno, con su correspondiente caballería y la proporción usual de infantes y jinetes aliados y latinos, es decir, quince mil infantes y ochocientos jinetes. Con este ejército, se les encargó hacer la guerra a los ligures apuanos. Se dispuso que Publio Cornelio y Marco Bebio conservaran sus mandos hasta que llegasen los cónsules y que luego, tras licenciar a su ejército, regresaran a Roma.

Entonces se pasó a resolver la cuestión del ejército de Tiberio Sempronio. Se ordenó a los cónsules que alistasen para él una legión nueva, con cinco mil doscientos infantes y cuatrocientos jinetes, junto con una fuerza adicional de mil infantes romanos y cincuenta de caballería. También se les ordenó que exigieran a los aliados latinos siete mil infantes y trescientos jinetes. Tal era el ejército con el que se decidió que Tiberio Sempronio debía marchar a la Hispania Citerior. Se dio permiso a Quinto Flaco para que llevase con él, si lo consideraba adecuado, a aquellos soldados, fueran ciudadanos romanos o aliados, que hubieran sido trasladados a Hispania antes del consulado de Espurio Postumio y Quinto Marcio; también a los que, una vez incorporado el suplemento de tropas, superaran en las dos legiones la cifra de diez mil cuatrocientos infantes y seiscientos jinetes, y de doce mil infantes y seiscientos jinetes aliados y latinos; con los valerosos servicios de estos

había contado Flaco en los dos combates victoriosos contra los celtíberos. También se decretó una acción de gracias por sus buenos servicios al Estado. Los restantes pretores fueron enviados a sus provincias seguidamente; Quinto Fabio Buteo vio prorrogado su mando en la Galia. Se decidió que aquel año solo deberían estar en servicio ocho legiones, además del antiguo ejército de la Liguria que sería licenciado en breve. Incluso aquella fuerza costó alistarla con dificultad, debido a la epidemia que desde hacía tres años estaba devastando Roma e Italia.

[40.37] La muerte del pretor Tiberio Minucio, y no mucho después la del cónsul Cayo Calpurnio, a las que siguieron las de muchos hombres distinguidos de todos los órdenes, llegó a considerarse un presagio. Se encargó a Cayo Servilio, el Pontífice Máximo, que indagara el método para aplacar la ira de los dioses y, a los decenviros, que consultaran los Libros Sibilinos. Se ordenó al cónsul que prometiera con voto regalos y estatuas doradas a Apolo, Esculapio y Salus, lo que hizo así. Los decenviros de los Libros Sagrados determinaron que se debían practicar rogativas durante dos días en la Ciudad, así como en todos los lugares de mercado y los lugares de uso público. Todos los mayores de doce años de edad deberían tomar parte en las rogativas, llevando guirnaldas y portando ramos de laurel en las manos. Los ciudadanos comenzaron a sospechar que aquello era algo intencionado, y el Senado ordenó que se investigara algunos casos de presunto envenenamiento. Se encargó de esta investigación al pretor Cayo Claudio, que había sido elegido para sustituir a Tiberio Minucio, tanto en la Ciudad como dentro de un radio de diez millas a partir de ella; los hechos cometidos a partir del décimo miliario serían investigados en los lugares de mercado y de uso público por el pretor Cayo Menio antes de partir para su provincia de Cerdeña. La muerte del cónsul despertó fuertes sospechas. Se decía que lo había asesinado su esposa, Cuarta Hostilia. Cuando su hijo Quinto Fulvio Flaco fue declarado cónsul en puesto de su padrastro, la muerte de Pisón levantó aún más murmuraciones. Aparecieron, además, testigos que afirmaban que después que hubieran sido proclamados cónsules Albino y Pisón, en una elección en que Flaco resultó derrotado, su madre le había reprochado que hubiese fracasado tres veces en su candidatura al consulado, llegando a decirle que se preparase para desempeñar el cargo, pues ella se encargaría de que en menos de dos meses se le nombrase cónsul. Este comentario de ella, entre otras muchas pruebas, tuvo bastante peso en el caso, confirmado sobradamente por lo que luego ocurrió, para asegurar la condena de Hostilia. Al inicio de aquella primavera, habiendo sido elegido en Roma un cónsul y habiendo muerto su compañero, debiendo alistar nuevas tropas y siendo preciso que se celebrasen elecciones para elegir al cónsul que faltaba, los cónsules partieron algo más tarde de lo acostumbrado. Publio Cornelio y Marco Bebio, que durante su consulado no habían hecho nada digno de mención, llevaron entonces sus ejércitos contra los ligures apuanos.

[40,38] Esta tribu de Liguria, que no esperaba el inicio de las hostilidades antes de la llegada de los nuevos cónsules, fue tomada completamente por sorpresa y, tras una aplastante derrota, se rindieron en número de doce mil hombres. Previa consulta al Senado, por carta, Cornelio y Bebio decidieron llevarlos desde sus montañas hasta algún territorio llano y abierto, lejos de sus casas, desde donde no tuvieran esperanzas de regresar, pues no veían otro modo de dar fin a la guerra ligur. Había ciertas tierras en el Samnio que formaban parte de las propiedades del Estado y que habían antes pertenecido a Taurasi. Los cónsules deseaban asentar a los ligures en aquel territorio por lo que les ordenaron que descendieran desde Anido y sus hogares en las montañas, con sus mujeres e hijos, llevando con ellos todas sus propiedades. Los ligures les suplicaron insistentemente mediante sus embajadores, pidiendo que no se les obligara a abandonar a sus penates, los hogares donde habían nacido y las tumbas de sus antepasados, prometiendo entregar las armas y rehenes. Cuando vieron que todas sus súplicas resultaban infructuosas y sabiendo que no tenían la suficiente fuerza como para hacer la guerra, obedecieron el edicto de los cónsules. Unos cuarenta mil hombres libres, con sus esposas e hijos, fueron trasladados a expensas del Estado; se les proporcionó ciento cincuenta mil denarios de plata para que pudieran adquirir lo necesario para sus nuevos hogares.

Cornelio y Bebio también fueron autorizados a distribuir y asignar la tierra; solicitaron, sin embargo, que se nombraran cinco delegados para ayudarles, lo que hizo el Senado. Después de terminar esta labor, llevaron su ejército de veteranos a Roma, donde el Senado decretó un triunfo para ellos. Estos hombres fueron los primeros en disfrutar de un triunfo sin haber librado ninguna guerra. Sólo llevaron delante de su carro a las víctimas para el sacrificio; no hubo prisioneros, ni botín ni nada que repartir entre los soldados.

[40,39] Como su sucesor tardó un poco en llegar a Hispania, Fulvio Flaco sacó a sus ejércitos de los cuarteles de invierno y empezó a devastar las zonas más alejadas de la Celtiberia, donde sus habitantes no habían llegado a rendirse. Mediante esta acción, irritó más que intimidó a los indígenas, que secretamente reunieron una fuerza y bloquearon el paso Manlio, por donde estaban casi seguros que marcharían los romanos. Graco había encargado a su colega, Lucio Postumio Albino, que informara a Quinto Fulvio de que debía llevar su ejército a Tarragona, donde tenía intención de licenciar a los soldados veteranos, incorporar los refuerzos a las distintas unidades y reorganizar todo el ejército. Fulvio también fue informado de que estaba próxima la fecha de la llegada de su sucesor. Esta información obligó a Flaco a abandonar sus proyectadas operaciones y retirar a toda prisa su ejército de la Celtiberia. Los bárbaros, ignorantes de la verdadera razón y pensando que se había dado cuenta de su ausencia y de que se habían armado secretamente, pusieron aún más empeño en el bloqueo del paso. Cuando la columna romana entró en el puerto, el enemigo se precipitó sobre ellos desde ambos lados. En cuanto Flaco vio esto, se apresuró a controlar los primeros síntomas de desorden en la columna, dando a los centuriones la orden de que todos los hombres se mantuvieran donde estaban y dispusieran sus armas. Reuniendo en un solo punto los bagajes y los animales de carga, logró por sus propios esfuerzos, los de sus legados y sus tribunos militares, disponer sus fuerzas en la formación de combate que requería el momento y el lugar, sin alterarse en absoluto. Recordó a sus hombres que se enfrentaban a aquellos que ya se habían rendido dos veces, personas traidoras y viles en las que hasta entonces no había crecido ninguna virtud ni valor. Con aquello, el enemigo les había dado la posibilidad de alcanzar un regreso glorioso y memorable; llevaría en triunfo a Roma las espadas enrojecidas por la sangre de los enemigos y el botín goteando su sangre. El tiempo no le permitió decir más, el enemigo estaba sobre ellos y los combates habían empezado ya en los puntos más alejados. A continuación, las dos líneas chocaron.

[40.40] La batalla resultó porfiada en todos los sectores, pero con suerte diversa. Los legionarios lucharon espléndidamente y las dos alas tampoco pusieron menos empeño. Los auxiliares extranjeros no pudieron mantener sus posiciones, al enfrentarse a quienes, aunque armados de la misma manera que ellos, les superaban como guerreros. Cuando los celtíberos vieron que en una batalla regular y con sus líneas formadas resultaban inferiores a la legiones, lanzaron un ataque en formación de cuña, maniobra que les daba tal fuerza que resultaban imposibles de resistir, fuera cual fuese el terreno al que los llevase su presión. También ahora provocaron el desorden en las legiones y casi rompieron la línea romana. Fulvio, viendo este desorden, galopó hasta la caballería legionaria y les dijo: *A menos que vengáis al rescate, este ejército estará acabado.* Todos le gritaron que por qué no les decía qué quería que hiciesen, que ellos estaban prontos a cumplir sus órdenes. Él les respondió: *Que doblen las turmas los jinetes de ambas legiones y lanzad a vuestros caballos donde la cuña enemiga está presionando a los nuestros. Vuestra carga tendrá más fuerza si lanzáis los caballos sin riendas, como se dice que hicieron muchas veces los jinetes romanos cubriéndose de gloria. Quitaron el bocado a los caballos y cargaron contra la cuña desde ambas direcciones en dos veces, a la ida y a la vuelta, provocando una gran masacre entre el enemigo y quebrando sus lanzas.* Cuando fracasó la cuña en la que habían puesto todas sus esperanzas, los celtíberos se desanimaron por completo y abandonaron casi cualquier intento de lucha, empezando a buscar a su alrededor un modo de escapar. Cuando la caballería auxiliar vio la notable hazaña de

los jinetes romanos, también ellos, encendidos por el valor de los otros y sin esperar órdenes, espolearon sus caballos contra el enemigo que estaba ya completamente desordenado. Esto resultó ser decisivo, los celtíberos huyeron precipitadamente en todas direcciones y el comandante romano, viendo como volvían la espalda, prometió un templo a la Fortuna Ecuestre y la celebración de solemnes Juegos en honor a Júpiter Óptimo Máximo. Los celtíberos, dispersándose al huir, fueron despedazados por todo el paso. Se afirma que ese día murieron diecisiete mil enemigos y que se capturó con vida a más de tres mil setecientos, junto con setenta y siete estandartes militares y cerca de seiscientos caballos. El ejército victorioso permaneció acampado aquel día en su propio campamento. La victoria no se alcanzó sin pérdidas: perecieron en el campo de batalla cuatrocientos setenta y dos soldados romanos, mil diecinueve aliados y latinos, así como tres mil auxiliares. Con su antigua gloria así renovada, el ejército victorioso marchó hacia Tarragona. Tiberio Sempronio, que había llegado dos días antes, salió al encuentro de Fulvio y le felicitó por haber prestado un brillante servicio a la República. Con el mayor acuerdo entre ellos, decidieron qué soldados debían ser licenciados y cuáles debían continuar. Tras relevar a los que ya habían cumplido su tiempo de servicio, Fulvio se embarcó con ellos para Italia y Sempronio condujo las legiones a la Celtiberia.

[40.41] Los dos cónsules avanzaron contra los ligures por diferentes vías. Postumio, con la primera y la tercera legión, se aproximó rodeando los montes de Balista y Leto y envió destacamentos para que bloqueasen los pasos. Cortando así los suministros del enemigo y reduciéndolos a una completa miseria, los obligó a someterse. Fulvio partió desde Pisa con la segunda y la cuarta legión, marchó contra aquellos de los ligures apuanos que habitaban en las proximidades del río Macra y, tras recibir su rendición, hizo embarcar a unos siete mil de ellos que, tras navegar a lo largo del mar Tirreno, fueron desembarcados en Nápoles. Desde allí fueron trasladados al Samnio, asignándoseles tierras entre sus propios compatriotas. Los ligures que habitaban en las montañas, vieron cortadas sus viñas e incendiados sus trigales por Aulo Postumio; tras haber sufrido todas las miserias de la guerra, fueron obligados a presentar y entregar sus armas. Desde allí, Postumio navegó en una gira de inspección a lo largo de la costa ocupada por los ligures ingaunos y los intemelios. Aulo Postumio estaba al mando de este ejército, que se encontraba concentrado en Pisa, antes de que se incorporasen los nuevos cónsules. El hermano de Quinto Fulvio, Marco Fulvio Nobilior, que era tribuno militar en la segunda legión, durante sus meses al mando licenció a la legión tras haber hecho jurar a los centuriones que entregarían la paga a los cuestores, con destino al tesoro público. En cuanto Aulo tuvo noticia de esto en Plasencia, donde resultó estar por entonces, siguió a los soldados licenciados y reprendió severamente a aquellos a los que alcanzaba, llevándolos luego a Pisa y dando cuenta al cónsul de los demás. El cónsul llevó este asunto ante el Senado, que aprobó un senadoconsulto disponiendo que Marco Fulvio debía ser relegado a alguna parte de Hispania más allá de Cartagena, enviándole una carta el cónsul, que se debía entregar a Publio Manlio en la Hispania Ulterior. A los soldados se les ordenó que se volvieran a unir a sus estandartes; se dieron órdenes a los cónsules de que, en el caso de que algún soldado no regresara con el ejército, se les vendiera como esclavos a ellos junto con todos sus bienes. Como consecuencia de su vergonzoso comportamiento, se decretó que esta legión sólo recibiría la paga para seis meses de aquel año.

[40,42] Lucio Duronio, el pretor que había estado al mando en Iliria, regresó este año a Brindisi con diez naves. Dejando las naves en el puerto, llegó a Roma y, al presentar el informe de sus actos, achacó toda la culpa por la piratería a Gencio, el rey de Iliria, pues todos los barcos que habían estado devastando las costas del mar Adriático procedían de sus dominios. Afirmó, además, que había enviado emisarios al rey para tratar sobre el asunto, pero no habían tenido oportunidad de reunirse con él. Una embajada de Gencio llegó a Roma y explicó que, en el momento en que los romanos salieron a encontrarse con el rey, este casualmente yacía enfermo en la parte más alejada

de su reino. Aquel solicitaba al Senado que no creyera las falsas acusaciones que en su contra hacían sus enemigos. En respuesta a esto, Duronio indicó que, además de los daños provocados a muchos ciudadanos romanos y aliados latinos en sus dominios, se había informado de que había ciudadanos romanos detenidos en Corfú. El Senado decidió que todos ellos deben ser llevados a Roma y que el pretor Claudio Cayo debería investigar su caso. Hasta entonces, no se debe dar respuesta a Gencio o a sus embajadores.

Entre los muchos que este año se vieron arrastrados por la epidemia se encontraban algunos sacerdotes. Murió el pontífice Lucio Valerio Flaco, siendo nombrado en su lugar Quinto Fabio Labeo; el triunviro epulón Publio Manlio, que acababa de regresar de la Hispania Ulterior, cayó también víctima de la epidemia, siendo sustituido mediante cooptación por Quinto Fulvio, el hijo de Marco, y que aún llevaba la pretexta. La elección del sustituto para la vacante producida por la muerte de Cneo Cornelio Dolabela, el rey de los sacrificios, llevó a un enfrentamiento entre el Pontífice Máximo, Cayo Servilio, y Lucio Cornelio Dolabela, uno de los duunviros navales. El pontífice le exigía la renuncia a su cargo antes de consagrarlo. Al negarse a hacerlo, el Pontífice le impuso una multa y su apelación a la misma se debatió ante la Asamblea. Cuando varias de las tribus habían declarado con sus votos que el duunviro naval debía cumplir con la exigencia del pontífice, y que si renunciaba a su cargo se le retiraría la multa, sobrevino una señal del cielo indicando que se había producido en el procedimiento un defecto de forma que dejaba sin efecto la asamblea. Por este motivo, los pontífices sintieron escrúpulos religiosos para consagrar a Dolabela, haciéndolo en su lugar con Publio Clelio Sículo, que obtuvo el segundo mayor número de votos. Hacia el final del año murió el Pontífice Máximo. Cayo Servilio Gémino no sólo era Pontífice Máximo, sino también uno de los decenviros de los Libros Sagrados. Quinto Fulvio Flaco fue cooptado como pontífice por el colegio y Marco Emilio Lépido fue elegido Pontífice Máximo en puesto de Gémino de entre muchos candidatos distinguidos. Para ocupar su puesto como decenviro de los Libros Sagrados fue elegido Quinto Marcio Filipo. También murió el augur Espurio Postumio, y los demás augures cooptaron a Publio Escipión, el hijo del Africano, para ocupar la vacante. Durante aquel año, los cumanos enviaron una solicitud, que les fue concedida, para que se les permitiera utilizar el latín como lengua, también se permitió a sus pregoneros que usaran el latín para las subastas.

[40,43] Pisa ofreció tierras para la fundación de una colonia latina, lo que les fue agradecido por el Senado. Los triunviros que la fundaron fueron Quinto Fabio Buteo y Marco y Publio Popilio Lenato. Cayo Menio, a quien había correspondido Cerdeña, también había sido encargado de investigar los casos de envenenamiento que habían sucedido a más de diez millas de la Ciudad. Se recibió una carta suya informando de que había condenado a tres mil criminales y que, debido a las pruebas acumuladas, debería ampliarse la investigación; o bien abandonaba la investigación, o bien renunciaba a su provincia. Quinto Fulvio Flaco regresó a Roma con una gran reputación después des hazañas en Hispania. Mientras se encontraba aún fuera de la Ciudad, esperando su triunfo, fue elegido cónsul junto a Lucio Manlio Acidino, entrando pocos días después triunfante en la Ciudad, junto a los soldados que había traído consigo. En la procesión fueron llevadas ciento veinticuatro coronas de oro, treinta y un libras de oro, ... de plata sin labrar y ciento setenta y tres mil doscientas monedas acuñadas en Osca. Entregó cincuenta denarios a cada legionario, a cuenta del botín, el doble a los centuriones y el triple a la caballería, con las mismas cantidades para los hombres de los aliados latinos. A todos les fue concedida paga doble.

[40.44] Aquel año se aprobó por primera vez una ley fijando la edad en que se podía ser candidato a una magistratura y ejercerla. Fue presentada por Lucio Vilio, un tribuno de la plebe, de quien su familia recibió el sobrenombre de Anales. Después de muchos años, se eligieron cuatro pretores según la ley Bebia, que establecía que se debían elegir cuatro pretores cada dos años. Los elegidos fueron Cneo Cornelio Escipión, Cayo Valerio Levino, y dos hijos de Marco Escévola,

Quinto y Publio. Los nuevos cónsules tuvieron asignadas la misma provincia, como sus predecesores, así como la misma cantidad de infantería y caballería, romana y aliada. En las dos Hispanias, Tiberio Sempronio y Lucio Postumio vieron prorrogados sus mandos y conservaron sus ejércitos. Como refuerzo, se ordenó a los cónsules que alistaran tres mil infantes y trescientos jinetes romanos, así como cinco mil infantes y cuatrocientos jinetes aliados latinos. Publio Mucio Escévola recibió la pretura urbana, encargándose también de la investigación sobre los casos de envenenamiento en la Ciudad y dentro de las diez millas desde ella. Cneo Cornelio Escipión obtuvo la pretura peregrina; Quinto Mucio Escévola recibió Sicilia y Cayo Valerio Levino, Cerdeña. Antes de que Quinto Fulvio comenzara sus funciones como cónsul, declaró que deseaba descargarse a él y al Estado de obligaciones religiosas procediendo al cumplimiento de sus votos; el día de su última batalla contra los celtíberos había prometido unos juegos a Júpiter Óptimo Máximo, así como un templo a la Fortuna Ecuestre, habiendo reunido dinero aportado por los hispanos con tal propósito. Se promulgó un decreto aprobando la celebración de los juegos y nombrando duunviros para adjudicar la construcción del templo. El estableció un límite de gasto para los Juegos: No debería exceder de la suma que se había dispuesto para la celebración de los Juegos, tras la Guerra Etolia, por Fulvio Nobilior; se prohibió al cónsules que requisara, gravara o aceptara nada que contraviniera la resolución aprobada por el Senado durante el consulado de Lucio Emilio y Cneo Bebio. El Senado emitió su decreto de esta forma a consecuencia de los extravagantes gastos en que se incurrió durante los Juegos exhibidos por Tiberio Sempronio cuando fue edil; su coste resultó gravoso no solo para Italia y los aliados latinos, sino también para las provincias de fuera.

[40.45] El invierno de aquel año resultó muy duro por culpa de las tormentas de nieve y de toda clase de inclemencias: Los árboles, expuestos a los vientos helados, quedaron destruidos y la estación fría se prolongó más de lo habitual. Una consecuencia de todo ello fue que el Festival Latino quedó interrumpido por una terrible tormenta que estalló repentinamente sobre el monte Albano, ordenando los pontífices que se celebrara de nuevo. La misma tormenta derribó algunas estatuas en el Capitolio y varios edificios quedaron dañados por el rayo, entre ellos el templo de Júpiter en Terracina, el templo Blanco y la Puerta romana en Capua. En muchos sitios fueron derribadas las almenas de las murallas. Mientras tenían lugar todos estos prodigios, llegó noticia de Rieti diciendo que había nacido una mula con solo tres patas. Se hizo que los decenviros consultaran los Libros Sagrados, y estos anunciaron a qué dioses había que propiciar y qué víctimas se debían ofrecer, ordenando también rogativas especiales durante un día. Después de esto, se exhibieron durante diez días y con gran fastuosidad los juegos que había prometido con voto Quinto Fulvio. Tuvo lugar a continuación la elección de los censores. Los nuevos censores fueron Marco Emilio Lépido, Pontífice Máximo, y Marco Fulvio Nobilior, el que había celebrado su triunfo sobre los etolios. Entre estos dos distinguidos hombres había una enemistad que había causado a menudo muchos enfrentamientos violentos entre ellos en el Senado y ante la Asamblea. Una vez celebrada la elección y según la antigua costumbre, los censores tomaron asiento en las sillas curules en el Campo de Marte, delante del templo de este dios. De repente, se presentaron los senadores principales, acompañados por un gran número de ciudadanos, y Quinto Cecilio Metelo se dirigió a ellos en los siguientes términos:

[40.46] *No hemos olvidado, censores, que acabáis de ser elegidos por el conjunto del pueblo romano para vigilar nuestras costumbres y que somos nosotros los que debemos ser corregidos y regulados por vosotros, no vosotros por nosotros. Estamos, sin embargo, obligados a señalar lo que en vosotros ofende a todos los buenos ciudadanos o lo que, en todo caso, sería preferible que se cambiase. Cuando os contemplamos a cada uno de vosotros por separado, Marco Emilio y Marco Fulvio, sentimos que no hay nadie entre los ciudadanos a los que diéramos preferencia sobre vosotros si se nos llamases nuevamente a votar. Pero cuando os vemos a los dos juntos, no podemos evitar el temor a que no os llevéis bien y que el voto unánime en vuestro favor no*

beneficie a la república tanto como la dañaría la ausencia de concordia entre vosotros. Durante muchos años habéis mantenido sentimientos de violenta enemistad el uno contra el otro, y existe el peligro de que puedan resultar más peligrosos para nosotros y la república que para vosotros. Muchas consideraciones podría aducir sobre los motivos de nuestros temores, a menos que vuestros corazones estuvieran presos de una ira implacable. Todos nosotros, con una sola voz, os imploramos que pongáis fin este día y en esta tierra sagrada a tales disputas; os pedimos que los hombres a quienes el pueblo romano ha unido mediante su voto, puedan por nosotros reconciliarse entre sí. Que con un solo ánimo y un solo parecer hagáis la lista del Senado, reviséis los caballeros, hagáis el censo y cerréis el lustro; que creáis y queráis verdaderamente que se haga realidad la fórmula que repetiréis en casi todas las plegarias: 'que este acto resulte ser bueno y de provecho para mi colega y para mí'. En la misma Ciudad donde se enfrentaron en combate, reinaron juntos en concordia Tito Tacio y Rómulo. No solo tienen fin las querellas particulares, sino incluso las guerras; los más mortales enemigos llegan a ser, con frecuencia, los más fieles aliados y, a veces, se convierten hasta en conciudadanos. Con la destrucción de Alba, los albanos fueron trasladados a Roma; los latinos y los sabinos recibieron la ciudadanía. Llegó a ser un proverbio, porque era cierta, la frase común de que las amistades deben ser inmortales y las enemistades, mortales.

Se escucharon murmullos de aprobación y después las voces de todos, pidiendo lo mismo, ahogaron la del orador. Tras esto, Emilio se quejó, entre otras cosas, de que había sido rechazado dos veces por Marco Fulvio como candidato al consulado, cuando estaba seguro de ganar. Fulvio, por su parte, protestó por haber recibido constantes provocaciones de Emilio y de haber efectuado diversas promesas para deshonrarle. No obstante, cada uno de ellos señaló que, si el otro estaba dispuesto, cederían a la autoridad de ciudadanos tan notables. Como todos los presentes insistieron en su demanda, los censores tomaron cada uno las manos del otro y dieron su palabra de disipar todo sentimiento de ira y poner fin a sus disputas. Fueron llevados a continuación, en medio del aplauso general, hasta el Capitolio, donde el Senado elogió y aprobó tanto la preocupación de los principales como la flexibilidad de los censores. Los censores solicitaron que se les concedieran fondos para gastarlos en obras públicas y se les asignaron los ingresos de un año.

[40.47] Los propretores en Hispania, Lucio Postumio y Tiberio Sempronio, acordaron un plan conjunto de operaciones: Albino marcharía a través de la Lusitania contra los vacceos y regresaría luego a la Celtiberia; de estallar una guerra más importante, Graco se encontraría en las fronteras más lejanas de la Celtiberia. Este se apoderó al asalto de la ciudad de Munda, mediante un ataque nocturno por sorpresa. Después de tomar rehenes y poner una guarnición en la ciudad, siguió su marcha, asaltando los castillos y quemando los cultivos, hasta llegar a otra ciudad de excepcional fuerza, a la que los celtíberos llamaban Cértima. Se encontraba ya aproximando sus máquinas contra las murallas cuando llegó una delegación de la ciudad. Sus palabras mostraban la sencillez de los antiguos, pues no trataron de ocultar su intención de seguir la lucha si disponían de los medios. Pidieron permiso para visitar el campamento celtíbero y pedir ayuda; si se les rehusaba, decidirían por sí mismos. Graco les dio permiso y regresaron a los pocos días, trayendo con ellos diez enviados. Era el mediodía, y la primera petición que hicieron al pretor fue que ordenara que se les diera algo para beber. Después de vaciar las tazas pidieron más, ante lo que los presentes estallaron en carcajadas por su rudeza e ignorancia del comportamiento adecuado. A continuación, los más ancianos entre ellos hablaron así: *Hemos sido enviados por nuestro pueblo* -dijeron- *para averiguar qué es lo que te hace sentir confianza para atacarnos.* Graco les contestó diciéndoles que él confiaba en su esplendido ejército y que si deseaban verlo por sí mismos, para poder dar completa cuenta a los suyos de él, les daría la oportunidad de hacerlo. Dio luego orden a los tribunos militares para que todas las fuerzas, tanto de infantería como de caballería, se equiparan al completo y maniobrasen con sus armas. Después de esta exposición, se despidió a los enviados y estos disuadieron a sus compatriotas de enviar cualquier tipo de socorro a la ciudad sitiada. Los

habitantes de la ciudad, después de tener fuegos encendidos en lo alto de las torres de vigilancia, que era la señal acordada, viendo que era en vano y que les había fallado su única esperanza de ayuda, se rindieron. Se les impuso un tributo de guerra de dos millones cuatrocientos mil sestercios. Asimismo, debían renunciar a cuarenta de sus más nobles jóvenes caballeros; pero no como rehenes, pues iban a servir en el ejército romano, sino como garantía de su fidelidad.

[40.48] Desde allí avanzó hasta la ciudad de Alce, donde estaba el campamento de los celtíberos del que habían llegado poco tiempo atrás los enviados. Durante algunos días se limitó a hostigar al enemigo mediante el envío de escaramuzadores contra sus puestos avanzados, pero cada día los enviaba en mayor cantidad para intentar sacar todas las fuerzas enemigas fuera de sus fortificaciones. Cuando vio que había logrado su objetivo, ordenó a los prefectos de las tropas auxiliares que presentaran poca resistencia y luego se dieran la vuelta, huyendo precipitadamente hacia su campamento, como si fueran superados numéricamente. Él, mientras tanto, dispuso a sus hombres en cada una de las puertas del campamento. No había pasado mucho tiempo cuando vio a sus hombres huyendo de vuelta, con los bárbaros persiguiéndoles en desorden. Mantuvo hasta este punto a sus hombres detrás de su empalizada y entonces, esperando únicamente hasta que los fugitivos encontraron refugio en el campamento, lanzó el grito de guerra y los romanos irrumpieron por todas las puertas de forma simultánea. El enemigo no pudo hacer frente a este ataque inesperado. Habían llegado para asaltar el campamento romano y ahora ni siquiera pudieron defender el suyo. Derrotados, puestos en fuga e impulsados por el pánico detrás de sus empalizadas, perdieron finalmente su campamento. Aquel día murieron nueve mil hombres, fueron capturados trescientos veinte prisioneros y se tomaron ciento doce caballos y treinta y siete estandartes militares. Del ejército romano, cayeron ciento nueve hombres.

[40.49] Después de esta batalla, Graco llevó las legiones a la Celtiberia, que devastó y saqueó. Cuando los nativos vieron tomados sus bienes y ganados, sometiéndose voluntariamente algunas tribus y otras por miedo, en pocos días aceptó la rendición de ciento tres ciudades y consiguió una enorme cantidad de botín. Marchó después de vuelta a Alce y comenzó el asedio de aquel lugar. Al principio los habitantes resistieron los asaltos, pero cuando se vieron atacados por máquinas de asedio además de por armas, dejaron de confiar en la protección de sus murallas y se retiraron todos a la ciudadela. Por último, enviaron emisarios poniéndose ellos y todos sus bienes a merced de los romanos. Aquí se capturó una gran cantidad de botín, así como muchos de sus nobles, entre los que se encontraban dos hijos y la hija de Turro. Este hombre era el régulo de aquellos pueblos, y con mucho el hombre más poderoso de Hispania. Al enterarse del desastre a sus compatriotas, mandó a solicitar un salvoconducto para visitar a Graco en su campamento. Cuando llegó, su primera pregunta fue si se les permitiría vivir a su familia y a él. Al responderle el pretor que sus vidas estarían a salvo, le preguntó, además, si se le permitiría luchar del lado de los romanos. Graco también le concedió esa petición y él le dijo: *Te seguiré contra mis antiguos aliados, ya que ellos no han querido tomar las armas para defenderme.* A partir de entonces, estuvo junto a los romanos y en muchas ocasiones sus valientes y fieles servicios resultaron útiles a la causa romana.

[40.50] Tras esto, la noble y poderosa ciudad de Ercávica, alarmada por los desastres sufridos por sus vecinos, abrió sus puertas a los romanos. Algunos autores afirman que aquellas rendiciones no se hicieron de buena fe y que una vez Graco retiraba sus legiones, se renovaban las hostilidades; cuentan además que él libró una gran batalla contra los celtíberos en el monte Cauno, que duró desde el amanecer hasta el medio día, con muchas bajas por ambos lados. No se debe suponer de esto que los romanos hubieran alcanzado ninguna gran victoria, más allá del hecho de que, al día siguiente, desafiaron al enemigo que se mantenía detrás de su empalizada y pasaron la jornada recogiendo despojos. Afirman, además, que al tercer día se libró una batalla aún mayor y que entonces, por fin, los celtíberos sufrieron una derrota decisiva; su campamento fue capturado y

saqueado, murieron veintidós mil enemigos, se tomaron más de trescientos prisioneros y casi el mismo número de caballos, así como setenta y dos estandartes militares. Esto dio fin a la guerra y se firmó una paz real, no indecisa como antes, con los celtíberos. Según estos autores, Lucio Postumio luchó dos veces con éxito aquel verano contra los vacceos, en la Hispania Ulterior, matando a treinta y cinco mil enemigos y apoderándose de su campamento. Se acerca más a la verdad la versión que cuenta que llegó a su provincia demasiado avanzado el verano como para llevar a cabo una campaña.

[40,51] Los censores mantuvieron la concordia en la revisión de la lista del Senado. Fue elegido príncipe de la Cámara el propio censor Marco Emilio Lépido, que también era Pontífice Máximo. Tres fueron excluidos de las listas y Lépido mantuvo en ellas a algunos que habían sido dejados fuera por su colega. Las sumas que se les habían concedido para las obras públicas se emplearon como sigue: Lépido construyó un dique en Terracina, obra que resultó impopular porque él tenía allí propiedades y estaba cargando al erario público lo que debería haber sido un gasto privado. Adjudicó el contrato para la construcción de un teatro y un proscenio junto al templo de Apolo, así como la pulimentación y el enlucido del templo de Júpiter en el Capitolio y las columnas a su alrededor. También retiró las estatuas mal colocadas delante de las columnas, que impedían la vista, quitando todos los escudos y estandartes militares que estaban colgados allí. Marco Fulvio contrató obras más numerosas y de mayor utilidad. Construyó un muelle sobre el Tíber e hizo colocar los pilares de un puente sobre los que, algunos años después, los censores Publio Escipión y Lucio Mumio adjudicaron la colocación de arcadas. Construyó una basílica detrás de las nuevas tiendas de los cambistas, un mercado de pescado rodeado por puestos que vendió a particulares, una plaza de mercado rodeada por columnas fuera de la puerta Trigémina y otro pórtico detrás de las atarazanas, junto al templo de Hércules, detrás del templo de la Esperanza, en el Tíber, y junto al templo de Apolo Médico. Además de las sumas asignadas a cada uno de ellos, había una cierta cantidad para su empleo en común, y esta la dedicaron a la construcción de un acueducto sobre sus arcadas. Marco Licinio Craso puso dificultades para la construcción de esta obra, al no permitir que pasara a través de sus tierras. También impusieron diversas tasas e impuestos aduaneros, y fijaron las rentas a percibir por el uso de las tierras públicas. Muchos particulares se habían apropiado de bastantes capillas y edificios públicos; los censores procuraron que aquellos conservaran su carácter sagrado y que fueran accesibles al pueblo. Revisaron el sistema de votación, reordenando a las tribus por distritos y basando a las personas según su clase, situación y rentas.

[40.52] Uno de los censores, Marco Emilio, solicitó al Senado que se decretase una cantidad de dinero para la celebración de los Juegos con motivo de la dedicación de los templos de la Reina Juno y Diana, que había prometido con voto ocho años antes, durante la Guerra Ligur. Se le concedió la suma de veinte mil ases. Dedicó los dos templos, situados ambos en el Circo Flaminio, y ofreció unos juegos escénicos durante tres días tras la dedicación del templo de Juno y durante dos tras la del templo de Diana. También dedicó un templo a los Lares del Mar en el Campo de Marte. Este templo había sido prometido con voto por Lucio Emilio Regilo once años antes, durante la batalla naval contra los prefectos del rey Antíoco. Encima de los batientes de las puertas se colocó una tablilla con esta inscripción: *A Lucio Emilio, hijo de Marco Emilio, que partió para poner fin a una importante guerra y someter a los reyes... esta batalla se sirvió para obtener la paz... bajo sus auspicios, afortunado mando y su dirección, entre Éfeso, Samos y Quíos, en presencia del mismo rey Antíoco, de todo su ejército con su caballería y de los elefantes, la flota hasta entonces invicta fue dispersada, derrotada y obligada a huir. Aquel día se capturaron cuarenta y dos buques de guerra con todas sus tripulaciones; y, una vez librada la batalla, el rey Antíoco y su reino... Por lo cual, a causa de esta acción, prometió con voto un templo a los Lares del Mar.* Una tablilla similar se fijó por encima de las puertas del templo de Júpiter en el Capitolio.

[40.53] Dos días después de que los censores hubieran terminado de revisar la lista del Senado, el cónsul Quinto Fulvio partió para la Liguria. Después de atravesar con su ejército montañas impracticables, valles y bosques muy despoblados y peligrosos, libró una batalla campal contra el enemigo, al que no solo derrotó, sino que tomó su campamento el mismo día; Murieron tres mil doscientos enemigos y se sometió todo aquel territorio. El cónsul les hizo bajar a las llanuras y situó destacamentos guardando las montañas. Se enviaron cartas rápidamente a Roma, decretándose una acción de gracias durante tres días y sacrificando los pretores víctimas adultas. El otro cónsul, Lucio Manlio, no hizo nada digno de mención en Liguria. Tres mil galos transalpinos cruzaron los Alpes hacia Italia sin producir ningún daño, y solicitaron a los cónsules y al Senado que se les concedieran tierras donde pudieran vivir en paz bajo la soberanía del pueblo romano. El Senado les ordenó salir de Italia y Quinto Fulvio se encargó de buscar y tomar medidas contra los principales instigadores de este movimiento a través de los Alpes.

[40.54] En el transcurso de este año murió el rey Filipo de los macedonios, agotado por la edad y el dolor por la muerte de su hijo. Pasó el invierno en Demetrias, atormentándose por la muerte de su hijo y lleno de remordimientos por su propia crueldad. Sus sentimientos se amargaban aún más por la conducta de su otro hijo que, en su propia opinión y en la de los demás, era ya rey indudable, pues todos los ojos se volvían hacia él, habiéndole abandonado a él en su vejez, unos esperando su muerte y otros sin apenas esperar a ella. Esta era la mayor fuente de inquietud para él, como también lo era para Antígono, el hijo de Ecécrates, que llevaba el nombre de su tío paterno, Antígono, que había sido tutor de Filipo, un hombre de regia dignidad que también se distinguió por su conducta en la famosa batalla contra Cleómenes, el lacedemonio. Los griegos lo llamaron "el Tutor", para distinguirlo con este sobrenombre de otros reyes. El sobrino de este hombre, Antígono, de entre todos aquellos a los que Filipo había honrado con su amistad, fue el único que permaneció fiel, y esta lealtad había convertido a Perseo, que nunca había sido su amigo, en su peor enemigo. Previendo el peligro en que se vería por la sucesión en el trono de Perseo, y viendo que cambiaban los sentimientos del rey al oírle lamentar la pérdida de su hijo, solía permanecer junto a él escuchándolo, unas veces en silencio y otras sacando a colación algún comportamiento no premeditado, mostrando así su compasión por el dolor del rey. Y como la verdad suele terminar descubriéndose mediante varios signos, él procuraba hacer todo lo posible para que salieran a la luz lo antes posible. Las sospechas apuntaban principalmente a Apeles y a Filocles como autores del crimen; ellos eran los que habían viajado a Roma como embajadores y los que habían traído la carta falsificada con el nombre Flaminio que había resultado ser fatal para Demetrio.

[40,55] En palacio era un rumor bien extendido que la carta era una falsificación inventada por uno de los secretarios y sellada con un sello falsificado. Se trataba, sin embargo, más de una sospecha que de una evidencia clara; ocurrió que, por entonces, Xico se encontró con Antígono, siendo al punto arrestado por este y llevado a palacio. Lo dejó allí bajo la custodia de la guardia y se adelantó para ir a ver a Filipo, a quien le dijo: *Creo haber entendido de mis muchas conversaciones contigo que valorarías grandemente el tener la oportunidad de conocer toda la verdad sobre tus hijos y saber cuál fue víctima de la traición y las conjuras del otro. Está ahora en tu poder el único hombre en todo el mundo que puede desentrañar el nudo: Xico. Me encontré con él por casualidad y lo he traído a palacio: ordena que le llamen.* Al comparecer, empezó negándolo todo, pero vacilaba de tal manera que resultaba obvio que informaría de todo a poco que se le amedrentase. No pudo soportar la vista del verdugo con sus azotes y explicó con todo detalle la vileza de los dos embajadores y el modo en que lo habían empleado a él mismo. Se enviaron inmediatamente hombres para detenerles. Filocles fue capturado en aquel lugar; Apeles, que había sido enviado en persecución de un tal Quereas, pasó a Italia al enterarse de que Xico le había delatado. No se sabe con seguridad cuál fue el destino de Filocles; según algunos autores, al principio lo negó todo rotundamente pero después, frente a Xico, ya no resistió. Otros dicen que mantuvo su inocencia

incluso cuando se le sometió a tortura. El dolor y la angustia de Filipo volvieron y crecieron nuevamente al pensar que su desgracia a causa de sus hijos se hacía más dolorosa al haber sobrevivido el otro.

[40.56] Tras ser informado de que todo se había descubierto, Perseo, sintiéndose lo bastante fuerte, no consideró necesario huir; procuró, no obstante, mantenerse a distancia y se dispuso a protegerse de las llamas de la ira de su padre mientras este viviese. Filipo, desesperando de apoderarse de su hijo para castigarlo, recurrió a su única opción: impedir que disfrutara del fruto de su maldad además de haber escapado a su castigo. En consecuencia, llamó a Antígono, a quien debía el descubrimiento del parricidio y del que consideraba, además, que sería un rey del que no se avergonzarían los macedonios y a los que no decepcionaría, dada la reciente gloria obtenida por su tío Antígono. *Antígono* -comenzó-, *ahora que mi situación es tal que me veo obligado a considerar algo deseable la falta de hijos, que otros padres consideran como una maldición, he resuelto dejarte el reino que tu valiente tío me pasó, no solo defendiéndolo, sino aumentándolo con su cuidado y fidelidad. Eres es el único a quien juzgo digno de la corona; si no tuviese a nadie, antes preferiría que se perdiera y desapareciera mi reino a lo obtuviera Perseo como premio a su criminal intento. Si te pudiera dejar en su puesto sería para mí como si Demetrio hubiera regresado de la muerte, el único que ha derramado lágrimas por la muerte de una víctima inocente de mi terrible error.*

A partir de este momento le fue concediendo un honor tras otro. Mientras Perseo se encontraba en Tracia, Filipo hizo un viaje por las ciudades de Macedonia y les recomendaba a Antígono como su gobernante; de haber vivido más tiempo, sin duda lo habría dejado en posesión de la corona. Tras dejar Demetrias se detuvo durante un tiempo considerable en Tesalónica. Desde allí viajó a Anfípolis, y aquí enfermó de gravedad. Sin embargo, consta que su enfermedad era más moral de física. Era presa de sombríos temores y falta de sueño; una y otra vez le perseguía el espectro y el fantasma de su hijo asesinado, provocándole violenta inquietud, y murió profiriendo terribles maldiciones contra el otro. Antígono podría haber sido advertido, sin embargo, de haberse encontrado próximo o si se hubiese anunciado abiertamente en palacio la muerte del rey. El médico Calígenes, ocultó la muerte a cuantos no estaban en palacio; al agravarse la situación y ver que ya nada se podía hacer, cumpliendo lo que habían acordado, envió noticia a Perseo mediante relevos de caballos dispuestos de antemano.

[40,57] Perseo tomó a todos por sorpresa, pues no tenían conocimiento de lo que había sucedido y se apoderó del trono que había obtenido mediante su delito. La muerte de Filipo se produjo muy oportunamente, sirviendo para aplazar las hostilidades y concentrar recursos para la guerra. A los pocos días, la tribu de los bastarnos, después de reiteradas invitaciones, abandonó sus hogares y cruzaron el Histro con una gran fuerza de infantería y caballería. Antígono y Cotón, un noble bastarno, se adelantaron a informar al rey. Antígono era uno de los cortesanos del rey y había sido enviado con este mismo Cotón en otras ocasiones para inducir a los bastarnos a moverse. No muy lejos de Anfípolis les llegaron rumores, y poco después noticia segura, sobre la muerte del rey. Esto alteró por completo sus planes. Se había acordado que Filipo permitiría el paso seguro a través de Tracia, proporcionándoles provisiones. Para garantizarlo, había sobornado a los jefes de los distritos que deberían recorrer, comprometiendo su palabra de que los bastarnos pasarían pacíficamente. La intención era exterminar a los dárdanos y asentar a los bastarnos en el territorio de aquellos. Habría una doble ventaja en esto: los dárdanos, que siempre habían sido enemigos acérrimos de Macedonia, siempre dispuestos a arrojarse sobre ella en los momentos de infortunio, quedarían eliminados y los bastarnos podrían dejar en Dardania a sus mujeres e hijos, siendo enviados los hombres a devastar Italia. El camino hacia el Adriático e Italia pasaba por territorio de los escordiscos; esta era la única ruta practicable para un ejército y se esperaba que los escordiscos permitieran paso libre a los bastarnos sin ponerles dificultades, pues no diferían ni en costumbres ni

en lengua y se esperaba que unieran sus fuerzas con ellos al ver que iban a conseguir botín de una nación muy rica. Desde ese punto, los planes de Filipo quedaban pendientes de la evolución de los hechos. Si los bastarnos eran derrotados por los romanos, el exterminio de los dárdanos, el saqueo de lo que quedaba de los bastarnos y la posesión indiscutible de Dardania le quedarían a modo de compensación; si, por el contrario, tenían éxito y se llamaba a los romanos para que regresasen e hicieran la guerra a los bastarnos, podría recuperar nuevamente lo que había perdido en Grecia. Estos eran los planes de Filipo.

[40,58] En un principio, los bastarnos marcharon de forma pacífica y ordenada. Sin embargo, después de que Cotón y Antígono los hubiesen dejado y tras la llegada de la noticia de la muerte de Filipo a los pocos días, los tracios empezaron a poner dificultades en la venta de provisiones. Los bastarnos no podían comprar lo que necesitaban y no se les podía mantener dentro de su columna sin que se rezagasen. Esto dio lugar a actos de violencia por ambas partes y, como fueran más agresivos cada día, estalló la guerra. Al final, los tracios, viéndose incapaces de enfrentar el número y la ferocidad de los agresores, abandonaron sus aldeas en la llanura y se retiró a una montaña de gran altura llamada Donuca. Mientras los bastarnos se estaban preparando para seguirlos, y conforme se acercaban a la cumbre, estalló sobre ellos una tormenta similar a la que se dice que destruyó a los galos mientras saqueaban Delfos. Se vieron sobrepasados por un diluvio de lluvia, seguida por una fuerte tormenta de granizo acompañada con el estruendo de los truenos y los destellos cegadores de los rayos. El rayo caía por todas partes a su alrededor; parecía como si estuviesen apuntados contra los hombres, pues resultaron alcanzados no solo los soldados rasos, sino también sus jefes. Y así se hundían y caían, sin saber cómo, mientras huían a ciegas entre los escarpados riscos y eran perseguidos de cerca por los tracios; los bastarnos se decían que los dioses eran la causa de su huida y que los cielos estaban derrumbándose sobre sus cabezas. Despedazados por la tormenta como náufragos, alcanzaron por fin su campamento habiendo perdido en su mayoría las armas, empezando luego a deliberar sobre lo que debían hacer. Las opiniones estaban divididas: algunos estaban a favor de regresar a casa y otros querían invadir Dardania. Alrededor de treinta mil hombres, liderados por Clondico, lograron llegar a Dardania; el resto de la multitud volvió sobre sus pasos y se abrieron camino por Apolonia y Mesembria. Después de hacerse con el trono, Perseo dio orden de matar a Antígono. Mientras fortalecía su posición en el trono envió una embajada a Roma para renovar la amistad que existía en tiempos de su padre y de pedir al Senado que lo reconociera como rey. Estos fueron los acontecimientos del año en Macedonia.

[40,59] Quinto Fulvio celebró su triunfo sobre los ligures, pero en general se cree que este triunfo le fue concedido más por su popularidad que por la importancia de sus victorias. Llevó en su procesión una gran cantidad de armas enemigas, pero ninguna suma considerable de dinero. Sin embargo, distribuyó trescientos ases a cada uno de los legionarios, el doble a cada centurión y el triple a cada uno de los jinetes. Lo más llamativo de este triunfo fue que resultó ser celebrado el mismo día en que se celebró su triunfo como pretor el año anterior. Inmediatamente después de su triunfo quedó fijado el día para las elecciones, resultando elegidos como nuevos cónsules Marco Junio Bruto y Aulo Manlio Vulso. Se había elegido ya a tres de los pretores cuando una tormenta interrumpió el proceso. Los tres restantes fueron elegidos al día siguiente, doce de marzo, a saber, Marco Titinio Curvo, Tiberio Claudio Nerón y Tito Fonteyo Capito. Los ediles curules Cneo Servilio Cepión y Apio Claudio Cento hicieron empezar de nuevo los Juegos Romanos que habían quedado interrumpidos a consecuencia de ciertos portentos que habían ocurrido. Hubo un terremoto; Mientras se celebraba un lectisternio en los templos públicos, las divinidades que estaban en sus lechos volvían la cabeza ante las ofrendas y cayó al suelo el plato y los cubiertos colocados delante de Júpiter. Fue también considerado un presagio el que los ratones se hubieran comido las aceitunas colocadas ante los dioses. A modo de expiación de estos portentos no se hizo más que repetir los Juegos.

LIBRO XLI. PERSEO Y LOS ESTADOS DE GRECIA

[Se ha perdido el comienzo del Libro XLI, en el que se daría cuenta de la asignación de magistraturas y ejércitos para el año 178 a.C. Siguiendo la puntualización de José Antonio Villar Vidal, en la edición de Gredos 1994, según lo relatado en la Períoca XLI y cuanto se describe en el Liber Prodigiorum, de Julio Obsecuente, también se relatarían el incendio del Foro, la extinción del fuego sagrado de Vesta, la celebración del lustro y las victorias de Tiberio Sempronio Graco y Lucio Postumio Albino en Hispania. Se continuaría con la relación de la guerra contra los histros, que habían recuperado la independencia perdida en 220 a.C. y amenazaban la colonia de Aquilea, fundada en el 181 a.C.- N. del T.]

[41,1] ... Se dice que llamó a las armas a los guerreros que su padre había mantenido en paz y que tenía mucha popularidad entre ellos, pues estaban ansiosos de pillaje y botín. El cónsul[7] celebró un consejo de guerra para discutir sobre la guerra de Histria. Algunos pensaban que se debía emprender de inmediato, antes de que el enemigo pudiera concentrar sus fuerzas; otros pensaban que se debía consultar antes al Senado. Se impuso la opinión favorable a una acción inmediata. Desde Aquilea, el cónsul avanzó hasta el Lago Timavo, que está muy cerca del mar. Cayo Furio, uno de los duunviros navales, se dirigió allí con diez naves. Su colega y él debían actuar contra la flota iliria y proteger las costas del mar Adriático con veinte buques. Su mando tenía base en Ancona; Lucio Cornelio tenía a su cargo la defensa de las costas a la derecha, hasta Tarento, y Cayo Furio las de la izquierda hasta Aquilea. Aquellos buques, junto con los de carga y gran cantidad de suministros, se habían enviado al puerto más cercano a las fronteras de Histria. El cónsul los siguió con las legiones y fijó su campamento a unas cinco millas del mar. Rápidamente surgió un concurrido mercado en el puerto, llevándose todos los suministros desde el mar hasta el campamento. Para asegurar este aún más, se dispusieron puestos de vigilancia por cada lado del campamento. Por el lado que daba a Histria se situó permanentemente la cohorte alistada de improviso en Plasencia; se ordenó a Marco Ebucio, uno de los tribunos militares, que llevara dos manípulos de la Segunda Legión a la orilla del río entre el campamento y el mar, para proteger las partidas de aguada; otros dos tribunos militares, Lucio y Cayo Elio, llevaron la Tercera Legión a lo largo de la carretera que llevaba a Aquilea para proteger a los que recogían forraje y leña. En esa dirección estaba el campamento de los galos, como a una milla de distancia. El régulo Catmelo estaba al mando de no más de tres mil hombres armados.

[41,2] En cuanto el ejército romano empezó a moverse hacia el lago del Timavo, los histros ocuparon una posición oculta tras una colina y siguieron su marcha por caminos transversales, sin dejar de vigilar nada de lo que ocurriera en busca de cualquier oportunidad; no escapaba a su observación nada de lo que sucedía por mar o tierra. Cuando vieron que delante del campamento solo estaban situados débiles piquetes, y que entre el mar y el campamento se acumulaba una multitud de comerciantes desarmados que solo se ocupaba de sus negocios, sin protección alguna por el lado que daba al mar ni por el de tierra, lanzaron un ataque simultáneo sobre los piquetes, la cohorte plasentina y los manípulos de la Segunda Legión. Sus movimientos quedaron inicialmente ocultos por la niebla matutina. Como esta empezó a dispersarse bajo los cálidos rayos del sol, esa luz en aumento pero todavía incierta hizo, como suele ocurrir a menudo, que todo se viera más grande. De esta manera, los romanos quedaron confundidos al considerar al ejército enemigo mayor de lo que realmente era. Los hombres de ambos puestos de vigilancia huyeron aterrados hacia el campamento. El pánico que extendieron aquí fue mayor que el que llevaban consigo, pues no podían explicar por qué habían huido, ni daban respuesta alguna a quienes les preguntaban. Se escucharon gritos desde las puertas, ya que no había puestos de guardia para ofrecer resistencia, y

7 Aulo Manlio Volso.-N. del T.

los que corrían tropezaban entre sí por culpa de la niebla, resultando imposible saber si el enemigo estaba dentro del campamento o no. Se oyó una voz entre el griterío exclamando *¡Al mar!*, dando lugar a que este grito lanzado quizás por un solo individuo empezara a repetirse por todas partes del campamento. Y empezaron así a correr hacia el mar, como si se les hubiera ordenado; inicialmente en pequeños grupos, algunos con armas y la mayoría desarmados; luego en mayor cantidad, hasta que por fin casi todos los hombres se hubieron marchado, incluyendo al propio cónsul, a quien le fue imposible detener a los fugitivos; sus órdenes, su autoridad y sus ruegos resultaron infructuosos. El único que se quedó fue Marco Licinio Estrabón, un tribuno militar adscrito a la Segunda Legión, al que se había dejado allí con tres manípulos de su legión. Los histros lanzaron su ataque contra el campamento vacío y, al no encontrar resistencia armada, cayeron sobre él cuando estaba formando y arengando a sus hombres junto al pretorio. La lucha fue más tenaz de lo que hubiera podido esperarse del escaso número de los defensores, y no terminó hasta que el tribuno y todos los que lo rodeaban hubieron caído. Tras derribar el pretorio y saquear cuanto contenía, el enemigo se dirigió a la tienda del cuestor, el foro y la vía Quintana. Encontraron allí a su disposición una gran cantidad de todo, y en la tienda del cuestor dieron con los lechos dispuestos para un banquete. El régulo se recostó y empezó a darse un festín; pronto los demás, olvidándose de cualquier enemigo armado, hicieron lo mismo y, no acostumbrados a tan abundantes alimentos, cargaron sus estómagos de comida y vino con gran avidez.

[41,3] Las cosas presentaban aspecto muy diferente entre los romanos. Todo estaba en desorden, tanto en tierra como en el mar. Los marineros desmontan sus tiendas y llevan de vuelta a bordo las provisiones que se habían desembarcado en la playa; los soldados se dirigen, presas del pánico, hacia los barcos que estaban en la orilla del agua; algunos de los marineros, temiendo que sus buques se sobrecarguen, tratan de detener a la multitud mientras que otros empujan sus naves hacia aguas más profundas. Todo esto dio lugar a una lucha, que pronto se generalizó, entre soldados y marineros -derramándose sangre por ambas partes- hasta que, por orden del cónsul, la flota se retiró a cierta distancia de tierra. Se dispuso luego a separar a los que tenían armas de los que carecían de ninguna. Del total de la fuerza, apenas quedaban mil doscientos todavía armados; muy pocos de los jinetes habían traído con ellos a sus caballos y el resto era una turba desordenada, como si fuesen vivanderos y porteadores, prontos a caer presa del enemigo si este se hubiera acordado de combatir. Por último, se mandó un mensajero para llamar de vuelta a la Tercera Legión y al contingente galo, empezando a situarse las tropas alrededor del campamento, decididos a recuperarlo y borrar la mancha de su vergüenza. Los tribunos militares de la Tercera Legión ordenaron descargar a los animales de madera y forraje, mandando a los centuriones que pusieran a los hombres más ancianos en parejas sobre las mulas liberadas de su carga, debiendo montar los jinetes cada uno a un hombre de los más jóvenes sobre sus caballos. Les dijeron a sus hombres que resultaría una gran gloria para su legión si, por su solo valor, recuperaban el campamento que se había perdido por la pusilanimidad de la Segunda Legión. Que bien lo podrían recuperar si sorprendían a los bárbaros en medio del saqueo, quitándoselo igual que ellos lo habían capturado. Sus palabras fueron acogidas con entusiasmo por todos los soldados, se adelantaron rápidamente los estandartes y los legionarios los siguieron sin perder un instante. No obstante, el primero en aproximarse a la empalizada fue el cónsul, con las tropas que traía desde la costa. Lucio Acio, primer tribuno de la Segunda Legión, con el fin de alentar a sus hombres, les señaló que si los histros victoriosos tuvieran la intención de mantener el campamento con las mismas armas que lo habían tomado, habrían perseguido inicialmente hasta el mar a los enemigos que huían hacia allí, colocando luego vigías en la empalizada. Con toda probabilidad estarían yaciendo hundidos en el vino y el sueño.

[41,4] Después, ordenó a su signífero, Aulo Beculonio, hombre famoso por su valor, que avanzase con su estandarte. Beculonio replicó diciéndoles que si le seguían a él y a su estandarte, el

haría que lo consiguieran aún más rápidamente. A continuación, arrojó el estandarte con todas sus fuerzas por encima de la empalizada y él mismo fue el primero en atravesar la puerta del campamento. Mientras tanto, por el otro lado del campamento, llegaron los tribunos militares Tito y Cayo Elio con la caballería de la Tercera Legión. Casi inmediatamente les siguieron los hombres montados sobre los animales de carga, y luego el cónsul con la totalidad del ejército. Solo unos pocos de los histros, los que habían bebido vino con moderación, procuraron escapar; para el resto, el sueño se prolongó con la muerte y los romanos recuperaron todas sus pertenencias intactas, a excepción del vino y la comida que se habían consumido. Incluso los enfermos que habían quedado en el campamento, a ver a sus camaradas dentro de la empalizada, se apoderaron de sus armas y provocaron una gran masacre. Se distinguió entre todos un jinete, Cayo Popilio, cuyo sobrenombre era Sabelón. Había quedado atrás con un pie herido y fue quien dio muerte a un mayor número de enemigos. Hasta ocho mil histros murieron y no se tomó ni un prisionero; la ira y la vergüenza hicieron a los romanos indiferentes al botín. El régulo de los histros, sin embargo, borracho como estaba, fue arrancado a toda prisa del lecho y, arrastrado por sus hombres a lomos de un caballo, escapó de aquel modo. De los vencedores, cayeron doscientos treinta y siete; perecieron más durante la derrota matutina que durante la reconquista del campamento.

[41,5] Sucedió que Cneo y Lucio Gavilio Novelo estaban ya llegando con suministros desde Aquilea, ignorantes de cuanto había sucedido, y estuvieron casi a punto de entrar en el campamento mientras estaba en poder de los histros. Abandonaron sus bienes y huyeron de vuelta a Aquilea, extendiendo la alarma y la confusión no solo en aquella ciudad, sino en la misma Roma. Los informes que llegaron a la Ciudad eran ciertos en lo referido a la captura del campamento por el enemigo y la huida de los defensores, pero solo rumores sin fundamente en cuanto a la aniquilación y pérdida de todo el ejército. Como solía ocurrir en momentos de confusión e inquietud, se ordenó un alistamiento extraordinario en la Ciudad y a todo lo largo y ancho de Italia. Fueron llamadas a las armas dos legiones de ciudadanos romanos y, de los aliados latinos, diez mil infantes con un complemento de quinientos jinetes. El cónsul, Marco Junio, recibió órdenes de marchar a la Galia y movilizar de las poblaciones de aquella provincia a tantos soldados como pudieran proporcionar. Se decretó que el pretor Tiberio Claudio avisaría a los hombres de la Cuarta Legión, a los cinco mil infantes aliados y a los doscientos cincuenta jinetes de que se concentraran en Pisa, encargándosele la defensa de aquella provincia en ausencia del cónsul. El pretor Marco Titinio, recibió instrucciones de ordenar a la Primera Legión y al mismo número de infantería aliada que se reunieran en Rímini. Nero, vistiendo su paludamento, partió hacia Pisa; Titinio, tras enviar a Cayo Casio, uno de los tribunos militares, para tomar el mando de la legión en Rímini, llegó a Aquilea. Allí fue informado de que el ejército estaba a salvo, por lo que envió de inmediato una carta a Roma para acallar la confusión y la alarma. A continuación, hizo regresar a los contingentes que había requerido de los galos y marchó a reunirse con su colega. Hubo gran regocijo en Roma ante la inesperada noticia, se suspendió el alistamiento de todas las tropas y se liberó de sus obligaciones a quienes ya habían tomado el juramento militar. También fue licenciado y enviado a casa el ejército que estaba en Rímini y que había estado padeciendo una epidemia. Los histros estaban acampados en gran número no muy lejos del campamento del cónsul, al tener noticia de que había llegado el otro cónsul con un ejército de refresco se dispersaron por todas partes hacia sus ciudades. Los cónsules llevaron las legiones de vuelta a Aquilea, a los cuarteles de invierno.

[41,6] Una vez aquietada por fin la revuelta histra, el Senado aprobó una resolución para que los cónsules acordaran entre ellos cuál debía regresar a Roma para celebrar las elecciones. Dos tribunos de la plebe, Licinio Nerva y Cayo Papirio Turdo, atacaban a Manlio en su ausencia y presentaron una moción para que no se le prorrogara el mando después del quince de marzo -pues ya se les había prorrogado su mando durante un año-, de manera que se le pudiera someter a juicio inmediatamente después de dejar el cargo. Su colega, Quinto Elio, se opuso a la moción y después

de largas y violentas disputas impidió que prosperase. A su regreso de Hispania, Marco Titinio, el pretor, presentó a Tiberio Sempronio Graco y Lucio Postumio Albino ante el Senado, que les concedió audiencia en el templo de Bellona. Informaron de su administración y solicitaron que se rindieran honores a los dioses inmortales y que a ellos se les concedieran los que merecían. El pretor Tito Ebucio, que estaba al mando en Cerdeña, dio cuenta mediante una carta que llevó su hijo, sobre graves disturbios ocurridos en la isla. Los ilienses, con ayuda de tropas auxiliares de los bálaros, habían invadido la provincia, que estaba en paz; el ejército, diezmado y debilitado por una epidemia, no pudo ofrecer resistencia. Llevaron embajadores de los sardos con las mismas noticias; imploraban que el Senado enviase ayuda al menos a las ciudades, pues ya era demasiado tarde para salvar los campos.

Se remitió a los cónsules la decisión sobre qué respuesta debía darse a estos embajadores y sobre la decisión de cuanto se refería a Cerdeña. Igualmente trágico era el informe presentado por una embajada de los licios, llegada para quejarse de la cruel tiranía de los rodios bajo cuyo gobierno habían sido puestos por Lucio Cornelio Escipión. Anteriormente habían estado bajo el gobierno de Antíoco y aseguraban al Senado que, en comparación con su situación actual, aquella esclavitud parecía una gloriosa libertad. No se trataba solo de la opresión en sus relaciones políticas, era una verdadera esclavitud; ellos, sus esposas e hijos eran víctimas de la violencia: sus opresores descargaban su ira sobre sus cuerpos y sus espaldas, su buen nombre era mancillado y deshonrado, lo que les resultaba inadmisible; cometían actos detestables para hacer valer sus propios derechos y hacerles comprender que no había diferencia alguna entre ellos y los esclavos comprados con dinero. Conmovidos por este relato, el Senado entregó a los licios una carta, para entregar a los rodios, dando a entender que no era del agrado del Senado que ni los licios ni ningún otro hombre libre pudiera verse reducido a la esclavitud por los rodios ni por cualquier otro pueblo. Los licios poseían los mismos derechos bajo la soberanía y la protección de Rodas que las ciudades aliadas tenían bajo la soberanía de Roma.

[41,7] Tuvo lugar después la celebración de dos triunfos sobre los hispanos; en primer lugar lo hizo Sempronio Graco por su victoria sobre los celtíberos y sus aliados, y al día siguiente celebró Lucio Postumio el suyo sobre los lusitanos y los pueblos vecinos. En la procesión de Graco se llevaron cuarenta mil libras de plata y en la de Postumio veinte mil. Cada uno de los legionarios recibió veinticinco denarios, los centuriones el doble y los jinetes el triple, las tropas aliadas recibieron la misma cantidad. El cónsul, Marco Junio, llegó entonces a Roma para celebrar las elecciones. Dos tribunos de la plebe, Papirio y Licinio, acosaron al cónsul a preguntas en el Senado sobre lo que había ocurrido en Histria, llevándolo luego ante la Asamblea. El cónsul explicaba que no había estado en esa provincia más de once días y que, como ellos, sólo conocía por referencias lo sucedido en su ausencia. Entonces le preguntaron *¿Por qué, en ese caso, no había venido Aulo Manlio a Roma, en vez de Junio, para explicar al pueblo romano por qué había dejado la provincia de la Galia, que era la que se le había asignado, para ir a Histria? ¿Cuándo había decretado el Senado aquella guerra? ¿Cuándo la había ordenado el pueblo romano? Y ¡por Hércules!, si aún se pudiera decir que la guerra, llevada a cabo por una decisión particular, se hubiera conducido con valor y prudencia. Mas, por el contrario, resulta imposible decir si resultó más equivocada la decisión de emprenderla o más temeraria el modo de dirigirla. Dos puestos de guardia fueron sorprendidos por los histros, se capturó un campamento romano y las tropas que estaban en él resultaron destrozadas; el resto arrojó sus armas y huyó en desorden hacia el mar y las naves, con el cónsul en primer lugar. Tendría que dar cuenta de todo estos como un ciudadano privado, ya que no lo quiso hacer como cónsul.*

[41,8] A continuación se celebraron las elecciones. Los nuevos cónsules fueron Cayo Claudio Pulcro y Tiberio Sempronio Graco; los nuevos pretores eran Publio Elio Tubero (por segunda vez), Cayo Quincio Flaminino, Cayo Numisio, Lucio Mummio, Cneo Cornelio Escipión y Cayo Valerio

Levino. Tubero recibido la pretura urbana y Quincio la peregrina. Sicilia recayó en Numisio y Cerdeña en Mumio; esta última, sin embargo, a causa de la gravedad de la guerra fue designada provincia consular. La Galia se dividió en dos provincias, que correspondieron a Escipión y Levino. El quince de marzo, cuando Sempronio y Claudio tomaron posesión del cargo, se discutió únicamente de las provincias de Cerdeña e Histria y de los instigadores de la guerra en ambas. Al día siguiente, la embajada sarda, que se había remitido a los nuevos cónsules, junto con Lucio Minucio Termo, que había sido el segundo al mando con el cónsul Manlio en Histria, comparecieron ante el Senado e informaron del la importancia de la guerra que existía en aquellas provincias. Los embajadores de los aliados latinos, después de innumerables recursos a los censores y finalmente a los cónsules, lograron finalmente que el Senado les concediera audiencia. La esencia de su queja era que muchos de sus ciudadanos, que estaban censados en Roma, habían emigrado a la Ciudad. Si se permitía esto, en pocos lustros quedarían desiertos los pueblos y campos, e incapaces de proporcionar hombre alguno al ejército. Los samnitas y los pelignos contaban que cuatro mil de sus familias se habían marchado de Fregellas y que, pese a ello, no disminuía la cantidad de contingentes que ellos tenían que proporcionar ni aumentaba la de Fregellas. Las personas habían puesto en práctica dos tipos de fraude para cambiar de ciudad. La ley permitía a los aliados latinos que dejaban en sus hogares descendencia masculina, pasar a convertirse en ciudadanos romanos. Esta ley resultaba en un abuso que perjudicaba a los aliados y al pueblo romano. Pues, con el fin de evitar que su descendencia masculina quedara en sus hogares, entregaban sus hijos como esclavos a cualquier romano, con la condición de que serían manumitidos, y al tratarse de hombres nacidos libres se convertían en ciudadanos; mientras, por otra parte, los que no tenían descendencia masculina … se convertían en ciudadanos romanos. Posteriormente, ya incluso sin cumplir con esta ficción legal, en contra de la ley y aún sin descendientes varones, emigraban a Roma y se censaban en la Ciudad. Los delegados solicitaban que se detuviera esto para el futuro y que se ordenara regresar a sus hogares a quienes habían emigrado. Pidieron, además, que se aprobase una ley por la que resultara ilegal que nadie adoptara o manumitiera a nadie con el fin de cambiar su ciudadanía, exigiendo también que los que se habían convertido en ciudadanos romanos por este medio perdieran su ciudadanía. El Senado concedió lo que pedían.

[41,9] A continuación, el Senado decretó que las provincias que estaban en estado de guerra -Cerdeña e Histria- debían ser asignadas a los cónsules. Se ordenó el alistamiento de dos legiones con destino a Cerdeña, cada una compuesta por cinco mil doscientos soldados de infantería y trescientos de caballería; los aliados latinos deberían proporcionar doce mil de infantería y seiscientos de caballería. En caso de que el cónsul quisiera tomar naves de los astilleros, se pondrían a su disposición diez quinquerremes. Se decretaron las mismas fuerzas, de infantería y de caballería, tanto para Histria como para Cerdeña. Los cónsules también recibieron instrucciones para enviar una fuerza de una legión, con su complemento de caballería y cinco mil infantes y doscientos cincuenta jinetes aliados, a Marco Titinio en Hispania. Antes de que los cónsules sortearan sus provincias se tuvo noticia de varios portentos. Una piedra cayó del cielo en el bosque de Marte, en territorio crustumino; en territorio romano nació un niño sin miembros y se vio una serpiente con cuatro patas; en Capua, numerosos edificios en el foro resultaron alcanzados por el rayo; en Pozzuoli, dos naves se incendiaron por la misma causa. Mientras se informaba de todo esto, un lobo entró en la Ciudad por la Puerta Colina en pleno día, siendo perseguido por una gran cantidad de gentes hasta que escapó por la Puerta Esquilina. Como consecuencia de estos signos, los cónsules sacrificaron víctimas adultas y se efectuaron rogativas especiales en todos los santuarios durante un día. Una vez cumplidas debidamente las obligaciones religiosas, los cónsules partieron hacia sus provincias. Histria correspondió a Claudio y Cerdeña a Sempronio. Luego, de conformidad con un decreto del Senado, el cónsul Cayo Claudio presentó una ley por la que se ordenaba que aquellos de los aliados latinos, ellos mismos o sus antepasados, que se hubieran censado entre los aliados

latinos durante o después de la censura de Marco Claudio y Tito Quincio, deberían regresar todos a sus ciudades antes del primero de noviembre. El pretor Lucio Mummio se encargó de investigar los casos de los que no cumplieran con ello encontrándose en esa situación. Además de esta nueva ley y del edicto del cónsul, se aprobó un senadoconsulto ordenando que cuando se manumitiera o declarase libre a alguien, el dictador, cónsul, interrex, censor o pretor que hubiera entonces haría jurar al que manumitía que no lo hacía con la intención de proceder a un cambio de ciudadanía; en caso de que rehusara prestar tal juramento, el Senado podría declarar inválida dicha manumisión. Esta resolución fue adoptaba con vistas a futuros procedimientos, y siendo instados por un edicto del cónsul Cayo Claudio ... fue asignada a Claudio.

[41,10] Mientras tenía lugar todo esto en Roma, los cónsules del año anterior, Marco Junio y Aulo Manlio, que habían pasado el invierno acuartelados en Aquilea, llevaron su ejército a Histria al comienzo de la primavera. Extendieron su devastación a lo largo y a lo ancho; el dolor y la indignación por la pérdida de sus bienes, más que cualquier esperanza cierta de tener bastantes fuerzas como para enfrentarse a dos ejércitos consulares, hicieron reaccionar a los histros. Reunieron apresuradamente a sus jóvenes de entre todos sus pueblos en un ejército improvisado, el cual mostró mucho más ímpetu en el inicio de la batalla que firmeza para sostenerla. Cuatro mil de ellos cayeron en el campo de batalla; el resto abandonó toda resistencia y se dispersó hacia sus ciudades, desde las que llevaron delegados al campamento romano para pedir la paz, entregando rehenes cuando se les fueron exigidos. Cuando en Roma se tuvo conocimiento de todo esto por las cartas de los procónsules, Cayo Claudio, temiendo que esta victoria le privase de su provincia y su ejército, marchó allí a toda prisa sin ofrecer las ofrendas habituales, sin sus lictores vistiendo de militar y en el silencio de la noche, siendo su colega el único en estar al tanto de su intención. Su conducta después de su llegada fue más imprudente aún que la forma en que había partido hacia su provincia. Dirigiéndose a las tropas reunidas en asamblea, habló en contra de Aulo Manlio por su huida del campamento, entre la intensa hostilidad de los soldados que, precisamente, habían sido los primeros en huir, atacando luego a Marco Junio por sumarse a la deshonra de su colega y terminando por ordenar a ambos que abandonasen la provincia. Ellos prometieron que obedecerían la orden en cuanto el cónsul hubiera partido de la ciudad conforme a la costumbre de los antepasados, es decir, tras haber efectuado los votos en el Capitolio y con sus lictores vestidos de militar. Claudio, fuera de sí de cólera, llamó al que servía como cuestor de Manlio y le pidió unas cadenas, amenazando tanto a Manlio como a Junio con llevarlos a Roma encadenados. También aquel ignoró la orden del cónsul; su determinación a no obedecer quedó reforzada por los soldados, que rodearon a sus comandantes. Finalmente, el cónsul, sobrepasado por los insultos individuales y las burlas de todo el ejército -pues, de hecho, se estaban riendo de él-, regresó a Aquilea en el mismo buque en que había llegado. Desde allí envió un mensaje a su colega para que promulgase un edicto por el que se ordenase la concentración en Aquilea de los nuevos soldados alistados para prestar servicio en Histria, de modo que nada le impidiese salir de Roma vistiendo el paludamento, una vez hubiera pronunciado los votos habituales. Su colega llevó a cabo con deferencia sus instrucciones y ordenó a las tropas que se reuniesen en una fecha próxima. Claudio llegó casi al mismo tiempo que su carta. A su llegada, convocó a la Asamblea y expuso ante ella el caso de Manlio y Junio. Su estancia en Roma duró solo tres días y a continuación, con sus lictores vistiendo de militar y después de ofrecer los votos en el Capitolio, partió hacia su provincia con tanta precipitación como la vez anterior.

[41.11] Unos días antes de su llegada, Junio y Manlio habían dado comienzo a un determinado ataque contra la ciudad de Visazzi, a la cual se habían retirado los jefes de los histros junto con su régulo, Epulón. Claudio trajo las dos legiones recién alistadas y, tras licenciar al antiguo ejército y a sus comandantes, asedió la ciudad y procedió a atacarla con manteletes. Había un río que fluía por la ciudad, obstaculizando a los asaltantes y proporcionando agua a los histros.

Después de muchos días de trabajo, desvió el río por un nuevo cauce y les cortó el suministro de agua a los nativos, que se aterrorizaron de un prodigio como aquel. Pero incluso entonces no mostraron intención de pedir la paz; se habían decidido a dar muerte a sus esposas e hijos y que este acto horrible fuera un espectáculo para el enemigo, arrojándolos por las murallas tras haberlos degollado a la vista de todos. En medio de los gritos de las mujeres y los niños, y los indescriptibles horrores de la masacre, los romanos franquearon las murallas y entraron en la ciudad. Cuando el régulo escuchó los gritos aterrados de los que huían, y comprendiendo por el desorden que la cuidad había sido tomada, se hundió la espada en el pecho para que no le pudieran capturar con vida. Los demás fueron muertos o hechos prisioneros. A esto le siguió el asalto y destrucción de otras dos ciudades, Mútila y Faveria. El botín, teniendo en cuenta la pobreza de los indígenas, superó las expectativas y fue entregado en su totalidad a los soldados; se vendió como esclavos a cinco mil seiscientos treinta y dos prisioneros. Los principales instigadores de la guerra fueron azotados y decapitados. El exterminio de estas tres ciudades y la muerte del régulo llevaron la paz a toda Histria; todos los pueblos, por todas partes, entregaron rehenes y se sometieron. Justo después que hubiera finalizado la guerra Histria, los ligures empezaron a celebrar consejos de guerra.

[41,12] Tiberio Claudio, que había sido pretor el año anterior y que ahora, en calidad de procónsul, ostentaba el mando de una legión en Pisa, informó de los movimientos en Liguria al Senado, que decidió remitir su carta a Cayo Claudio, pues el otro cónsul había desembarcado en Cerdeña, autorizándole a trasladar su ejército, si lo consideraba conveniente ahora que Histria estaba pacificada, a Liguria. Después de recibir el informe del cónsul sobre sus operaciones en Histria, se decretaron dos días de acción de gracias. El otro cónsul, Tiberio Sempronio, también tuvo éxito en Cerdeña. Marchó hacia el interior del territorio de los sardos ilienses y, al encontrarse con una gran cantidad de bálaros que habían acudido en ayuda de los ilienses, libró una batalla campal contra ambas tribus. El enemigo fue derrotado, puesto en fuga y expulsado de su campamento, resultando muertos doce mil hombres armados. El cónsul ordenó que se recogieran todas las armas al día siguiente y se las pusiera en una pila, quemándolas después como ofrenda votiva a Vulcano. El ejército victorioso se retiró a sus cuarteles de invierno en las ciudades aliadas. Al recibir la carta de Tiberio Claudio y las órdenes del Senado, Cayo Claudio llevó sus legiones a la Liguria. El enemigo había descendido a los valles y estaba acampado junto al río Panaro. Aquí se libró la batalla, en la que murieron quince mil enemigos y se hicieron setecientos prisioneros, tanto en el campo de batalla como en el campamento -que fue asaltado- y se capturaron cincuenta y un estandartes militares. Los ligures que sobrevivieron a esta masacre huyeron a las montañas, sin que el cónsul encontrase resistencia alguna según atravesaba las tierras de la llanura, saqueándolas por todas partes. Después de obtener victorias sobre dos pueblos y someter dos provincias durante su año de magistratura -cosa que muy pocos habían hecho-, Claudio regresó a Roma.

[41,13] Aquel año se tuvo noticia de algunos portentos. En tierras crustumias, un ave a la que llaman *sancual* rompió una piedra con su pico; en Campania había hablado una vaca; en Siracusa, una vaca de bronce fue cubierta por un toro que se había escapado de su manada y que derramó sobre ella su semen. Se ofrecieron rogativas especiales en Crustumno y la vaca de Campania se entregó para su alimentación a cargo del Estado. El portento de Siracusa fue expiado mediante sacrificios a los dioses indicados por los arúspices. Uno de los pontífices, Marco Claudio Marcelo, que había sido cónsul y censor, murió este año. Su hijo, Marcelo Marco, fue nombrado pontífice en su lugar. Dos mil ciudadanos romanos se asentaron como colonos en Luna; la colonia fue fundada por los triunviros Publio Elio, Marco Emilio Lépido y Cneo Sicinio. A cada colono se entregaron cincuenta y una yugadas y media. La tierra había sido arrebatada a los ligures y anteriormente había sido propiedad de los etruscos.

Tras su regreso a la Ciudad, el cónsul Cayo Claudio dio cuenta ante el Senado de sus victorias en Histria y Liguria y, tras solicitarlo, se le decretó un triunfo. Desempeñando aún el cargo, celebró

un doble triunfo sobre los dos pueblos. Llevó en la procesión trescientos siete mil denarios y ochenta y cinco mil setecientos dos victoriados. Se entregaron quince denarios a cada legionario, el doble a los centuriones y el triple a los jinetes. Las tropas aliadas recibieron sólo la mitad que los ciudadanos y, como forma de demostrar su enojo, siguieron el carro del triunfador en silencio.

[41,14] Mientras se celebraba este triunfo sobre los ligures, al darse estos cuenta de que no solo se había llevado a Roma el ejército del cónsul, sino que Tiberio Claudio, en Pisa, también había licenciado su legión, pusieron en marcha en secreto un ejército al verse libres de temor. Bajaron a las llanuras tras atravesar las montañas por caminos transversales, devastando el territorio de Módena y tomando la propia colonia en un asalto por sorpresa. Al tenerse conocimiento en Roma de estas noticias, el Senado decretó que el cónsul Cayo Claudio convocara cuanto antes las elecciones y que, una vez se proclamaran los magistrados del año siguiente, regresara a su provincia y recuperara la colonia de manos enemigas. Tal como había decidido el Senado, se celebraron las elecciones resultando elegidos cónsules Cneo Cornelio Escipión Hispalo y Quinto Petilio Espurino. A continuación se eligió a los pretores, que resultaron ser Marco Popilio Lenate, Publio Licinio Craso, Marco Cornelio Escipión, Lucio Papirio Maso, Marco Aburio y Lucio Aquilio Galo. Se prorrogó el mando al cónsul Cayo Claudio por un año, así como la provincia de la Galia, disponiéndose que trasladase a Histria a los aliados latinos que había traído de la provincia con motivo del triunfo. Mientras los nuevos cónsules se encontraban sacrificando un buey cada uno a Júpiter, el día siguiente a su toma de posesión, en la víctima que estaba sacrificando Quinto Petilio no se encontró la protuberancia del hígado. Al informar de esto al Senado, le ordenaron que siguiera sacrificando hasta que la víctima ofreciera un augurio favorable. A continuación se consultó al Senado sobre las provincias, decidiéndose que Pisa y Liguria debían ser provincias consulares, y que aquel a quien correspondiera Pisa debería ser el que regresara y celebrase las elecciones cuando llegara el momento. Asimismo, se decretó que los cónsules debían alistar dos nuevas legiones y trescientos jinetes para cada una, y de los aliados latinos diez mil infantes y seiscientos de caballería. Tiberio Claudio conservaría su mando hasta que llegara a su provincia el nuevo cónsul.

[41,15] Mientras se trataban estos asuntos en el Senado, Cneo Cornelio salió de la Cámara, llamado por un asistente. A su regreso, con la faz demudada, explicó a los padres conscriptos que el hígado del buey sescenario, que él había sacrificado, estaba destrozado. Cuando el victimario le informó de esto no le creyó y ordenó que sacaran del caldero el agua donde se cocían las entrañas. Vio que todas las partes estaban completas pero que, por algún motivo inexplicable, el hígado estaba totalmente corrompido. Los senadores quedaron muy alarmados por este inquietante incidente, acrecentándose su inquietud por la declaración del otro cónsul, que informó de haber sacrificado tres bueyes en sucesión, sin obtener ningún presagio favorable al faltarles a los tres la protuberancia del hígado. El Senado les ordenó a ambos que siguieran sacrificando hasta que los augurios fueran favorables. Se dice se lograron finalmente augurios favorables para todas las deidades, pero que Petilio no los obtuvo para la Salud.

Después, los cónsules y los pretores sortearon sus provincias. Pisa correspondió a Cneo Cornelio y Liguria a Petilio, la pretura urbana fue para Lucio Papirio Maso y la peregrina para Marco Aburio. Marco Cornelio Escipión Maluginense obtuvo la Hispana Ulterior y Lucio Aquilio Galo recibió Cerdeña. Dos solicitaron no ir a sus provincias: Marco Popilio alegó como razón para no marchar a Cerdeña que Graco estaba pacificando aquella provincia y que el pretor Tito Ebucio estaba, por orden del Senado, ayudándole en aquella tarea. Resultaría, dijo, de lo más inconveniente que se interrumpiera aquella política cuando su éxito dependía principalmente de que permaneciera en las mismas manos. Entre el traspaso de la autoridad y el tiempo que precisaría la nueva persona en hacerse con el estado de cosas antes de emprender cualquier acción, se perderían muchas oportunidades de alcanzar el éxito. El Senado admitió sus razones. Publio Licinio Craso, a quien había correspondido la Hispania Citerior, alegó que se lo impedían sus deberes religiosos. Sin

embargo, se le ordenó que marchase o que jurase ante la Asamblea que se lo impedía un solemne sacrificio. Una vez arreglado de esta manera el caso de Publio Licinio, Marco Cornelio Escipión les pidió que aceptaran también su juramento para no marchar a la Hispania Ulterior. Ambos pretores prestaron el juramento empleando la misma fórmula. Se ordenó a Marco Titinio y a Tito Fonteyo, que estaban al mando de aquella provincia como procónsules, que siguieran en Hispania con la misma autoridad que antes y se les enviaron refuerzos en número de tres mil infantes romanos y doscientos jinetes, junto a cinco mil infantes y trescientos jinetes de los aliados.

[41.16] El cinco de mayor se celebraron las Ferias Latinas; en su transcurso surgieron problemas religiosos al omitir el magistrado de Lanuvio el rogar, sobre una de las víctimas, *por el pueblo romanos de los Quirites.* Se dio cuenta de esta irregularidad al Senado y este lo remitió al colegio de los pontífices. Los pontífices decidieron que no se habían celebrado debidamente las Ferias Latinas, debiendo celebrarse de nuevo y que el pueblo de Lanuvio, cuyo error había hecho necesaria la repetición, proporcionaría las víctimas. A todo aquello se vino a sumar una nueva desgracia: El cónsul Cneo Cornelio, mientras regresaba desde el Monte Albano, se cayó del caballo y sufrió una parálisis parcial. Marchó a los baños de Cumas, pero al poco tiempo se agravó su estado y murió en Cumas. El cuerpo fue llevado a Roma y recibió un funeral magnífico. También había sido pontífice. Se ordenó al cónsul Quinto Petilio que celebrase los comicios para la elección de un colega en cuanto obtuviera los presagios favorables, y que fijara la fecha de las Ferias Latinas. Señaló las elecciones para el día tres de agosto y las Ferias Latinas para el once de agosto.

Estando los ánimos de todos llenos de temores religiosos, llegaron noticias de nuevos prodigios. En Túsculo se vio caer del cielo un tizón ardiendo; en Gabios resultaron alcanzados por el rayo el templo de Apolo y varios edificios particulares, sucediendo lo mismo en la muralla y una de las puertas de Graviscas. Los senadores ordenaron que se expiaran aquellos prodigios siguiendo las instrucciones de los pontífices. Durante este tiempo, al estar ocupados los dos cónsules en los asuntos religiosos y después, cuando la muerte de uno de ellos obligó al otro a la elección de un sucesor y a presidir la Ferias Latinas, produciéndose tanto retraso, Cayo Claudio llevó su ejército hasta Módena, de la que se habían apoderado los ligures el año anterior. Después de asediarla durante tres días, recuperó la plaza y la devolvió a los colonos; ocho mil ligures murieron dentro de las murallas. Envió de inmediato una carta a Roma en la que daba cuenta de sus operaciones, jactándose además de que por su buena fortuna y valor ya no quedaba a este lado de los Alpes ningún enemigo de Roma, habiéndose conquistado una considerable cantidad de tierras que se podría distribuir entre miles de personas.

[41.17] Después de varios combates victoriosos, Tiberio Sempronio sometió finalmente Cerdeña; murieron quince mil enemigos y todas las tribus sardas rebeldes fueron obligadas a someterse. Las que eran antes estipendiarias, hubieron de pagar ahora el doble; el resto lo hizo con trigo. Una vez restablecida la paz en la provincia, y habiendo tomado rehenes de todas partes de la isla con un total de doscientos treinta, se envió una delegación a roma para anunciar el sometimiento de la isla y solicitar al Senado que se rindieran honores a los dioses inmortales por el éxito alcanzado bajo el mando y los auspicios de Tiberio Sempronio, así como que se le autorizase a traer de vuelta a su ejército cuando él dejara la provincia. El Senado recibió el informe de la delegación en el templo de Apolo y decretó dos días de acción de gracias; también se ordenó a los cónsules que ofrecieran en sacrificio a cuarenta víctimas adultas. Tiberio Sempronio debería permanecer en la provincia con su ejército como procónsul. La elección para cubrir la vacante en el consulado se celebró el día señalado: el tres de agosto. Cayo Valerio Levino fue elegido como colega de Quinto Petilio y entraría en funciones de inmediato. Durante mucho tiempo había estado deseando obtener una provincia y, muy oportunamente para sus deseos, llegó un despacho a Roma comunicando que los ligures se habían rebelado nuevamente. Al recibir esta noticia, el Senado ordenó su partida inmediata y él abandonó la Ciudad, vistiendo el paludamento, el cinco de agosto.

Se ordenó a la Tercera Legión que se uniera a Cayo Claudio en la Galia y a los duunviros navales que se dirigieran a Pisa, costeando la Liguria y provocando el pánico también desde el mar. Quinto Petilio, anteriormente, había señalado la fecha para la concentración del ejército en Pisa. Cayo Claudio, al enterarse de que los ligures renovaban las hostilidades, alistó una fuerza de emergencia además de las que ya tenía consigo y marchó hacia las fronteras de la Liguria.

[41.18] El enemigo no se había olvidado de que fue Cayo Claudio el que los había derrotado y puesto en fuga en el río Escultena, por lo que se dispusieron a defenderse contra aquellas fuerzas, de las que habían tenido tan infeliz experiencia, más mediante la fortificación de su posición que por sus armas. Con este objeto, ocuparon las alturas de dos montañas, el Leto y el Balista, y las rodearon con un muro. Algunos de los que tardaron demasiado en abandonar sus campos fueron capturados, pereciendo mil quinientos de ellos; el resto se mantuvieron en las montañas. Pero no estaban lo bastante intimidados como para olvidar su innata ferocidad y saciaron su crueldad sobre el botín logrado en Módena. Dieron muerte a los prisioneros en medio de horribles torturas y mataron el ganado en sus templos más a modo de carnicería que como sacrificio. Cuando se hubieron saciado con la masacre de los vivos se volvieron hacia los objetos inanimados, arrojando contra las paredes vasijas de toda clase, tanto las de uso común como las de adorno. Quinto Petilio no deseaba que se pusiera fin a la guerra mientras él estaba ausente, por lo que envió instrucciones escritas a Cayo Claudio para que fuera a reunirse con él en la Galia con su ejército, participándole que debía esperarle en los Campos Macros. Al recibir la carta, Cayo Claudio dejó Liguria y entregó el mando de su ejército al cónsul en los Campos Macros. Pocos días después llegó también el otro cónsul, Cayo Valerio. Una vez aquí, y antes de que los dos ejércitos se separasen, efectuaron una lustración de ambos. Como los cónsules habían decidido no atacar por el mismo sitio al enemigo, sortearon desde qué dirección avanzaría cada uno. Se acepta que Valerio sacó su suerte apropiadamente, dentro del espacio consagrado. En el caso de Petilio, los augures declararon posteriormente que se había producido un error pues, aunque había sacado su suerte de la urna que estaba en el espacio consagrado, él se encontraba fuera cuando debería haber estado también dentro del mismo.

Partieron a continuación en direcciones contrarias. Petilio fijó su campamento frente a las cumbres gemelas de Balista y Leto, que están conectadas por una dorsal ininterrumpida. Dicen los escritos que, mientras estaba dirigiendo unas palabras de ánimo a sus tropas, hizo la predicción de que aquel día tomaría el Leto, sin percatarse del doble sentido de sus palabras. Avanzó a continuación hacia las montañas en dos divisiones. La que mandaba él personalmente avanzó con gran rapidez; pero el enemigo obligó a retroceder a la otra y el cónsul, para restaurar las líneas, se adelantó cabalgando hasta allí. Sin embargo, al exponerse imprudentemente por delante de los estandartes, resultó alcanzado por un proyectil y cayó atravesado. El enemigo no fue consciente de la muerte del comandante, siendo ocultado su cuerpo por los pocos de sus hombres que lo habían visto, sabiendo que la victoria dependía de ello. El resto de los soldados -tanto infantería como caballería- expulsaron al enemigo de sus posiciones y tomaron las alturas sin su comandante; murieron cinco mil ligures y cincuenta y dos romanos. Además de sus palabras de mal agüero, a las que su muerte dio un significado claro, se conoció por declaraciones del pollero que hubo un vicio en la toma de los auspicios y que el cónsul tenía conocimiento de ello[8] …

Los expertos en derecho religioso y público declararon que, al haber muerto los dos cónsules debidamente elegidos para aquel año, uno por enfermedad y el otro por la espada, el cónsul sustituto no podía celebrar legalmente las elecciones.

[41,19] ... A este lado de los Apeninos habían estado asentados los gárulos, los lapicinos y los

8 Existe aquí un vacío en el texto provocado por la pérdida de una parte del códice; en lo perdido se debía indicar, entre otras cosas, la elección de magistrados para el año 175 a.C., cuando fueron cónsules Publio Mucio Escévola y Marco Emilio Lépido, junto con la asignación de provincias y ejércitos.-N. del T.

hergates, y al otro lado, más acá del río Audena [pudiera tratarse de un afluente del Magra, aunque se desconoce tanto el río como los pueblos.-N. del T.], los friniates. Publio Mucio hizo la guerra a los que habían asolado Luna y Pisa, despojándoles de sus armas tras someterlos completamente. Por estos éxitos en la Galia y la Liguria, bajo el mando y los auspicios de los dos cónsules, el Senado decretó tres días de acción de gracias y el sacrificio de cuarenta víctimas. Los disturbios en la Galia y Liguria, que habían estallado a principios de año, habían sido sofocados sin grandes dificultades y ahora la inquietud del pueblo se dirigía al peligro de una guerra en Macedonia, pues Perseo trataba de involucrar a los dárdanos y los bastarnos en el conflicto. Los comisionados que habían sido enviados a Macedonia para investigar la situación habían regresado e informaron de que había guerra en Dardania. Al mismo tiempo, llegaron embajadores de Perseo diciendo, en su nombre, que él no había abordado a los bastarnos y que no habían hecho nada por instigación suya. El Senado no les acusó ni les absolvió de aquella acusación; se limitó a ordenar que se le advirtiera de que procurase guardar religiosamente el tratado entre él y los romanos.

Cuando los dárdanos se encontraron con que los bastarnos no evacuaban su territorio, como habían esperado, sino que se volvían de día en día más agresivos y estaban recibiendo ayuda de sus vecinos tracios y de los escordiscos, pensaron que debían intentar algo más audaz. Reunieron todas sus fuerzas armadas en una ciudad próxima al campamento de los bastarnos. Era invierno y eligieron esa estación esperando que los tracios y los escordiscos regresaran a su propio país. Sucedió como esperaban y, cuando se enteraron de que los bastarnos estaban solos, dividieron sus fuerzas; una parte lanzaría un ataque frontal y la otra daría un rodeo para tomar al enemigo por la retaguardia. Los combates empezaron, sin embargo, antes de que pudieran rodear al enemigo y los dárdanos fueron derrotados y empujados a una ciudad que estaba a unas doce millas de distancia del campamento de los bastarnos. Los vencedores les persiguieron de cerca y asediaron el lugar, bastante confiados en que podrían tomarlo al día siguiente, por asalto o por rendición. Mientras tanto, la otra división, ignorando el desastre sufrido por sus compañeros, se apoderó del campamento de los bastarnos, que habían dejado sin vigilancia.[9] ...

[41,20]... Sentado, según la costumbre romana, en una silla de marfil, solía administrar justicia y resolver los pleitos sobre las diferencias más insignificantes. Al pasar constantemente de un modo de vida a otro, estaban tan lejos de mantenerse constante en uno cualquiera de ellos que ni él ni nadie podía estar seguro de cuál era su verdadera personalidad. No hablaba a sus amigos, sonreía amablemente a personas casi desconocidas; se burlaba de sí mismo y de los demás con una liberalidad fuera de lugar. A ciertas personas de alto rango y con gran autoestima les hacía regalos infantiles, como dulces y juguetes; a otros, que nada esperaban, los enriquecía. Algunas personas pensaban que no sabía lo que quería, otros decían que solo se estaba divirtiendo y otros que, sin duda, estaba loco. No obstante, mostraba un ánimo verdaderamente propio de un rey en dos aspectos de gran importancia y honorabilidad: su generosidad hacia las ciudades y el cuidado del culto divino. Se comprometió a construir una muralla alrededor de Megalópolis, asumiendo la mayor parte del gasto para ello. En Tegea comenzó la construcción de un magnífico teatro de mármol. En Cícico proporcionó vasijas de oro para una mesa en el Pritaneo, que es el templo central de la ciudad donde comen a costa del tesoro público aquellos a quienes se les ha concedido tal privilegio. En el caso de los rodios, les proporcionó todo tipo de cosas con que satisfacer sus diversas necesidades, aunque ninguna de ellas era de un valor excesivo. La espléndida generosidad que mostró hacia los dioses queda atestiguada por el templo de Júpiter Olímpico, en Atenas, el único en el mundo que se inició a una escala proporcional a la grandeza del dios. Adornó Delos con espléndidos altares y un gran conjunto de estatuas. Proyectó en Antioquía un magnífico templo a Júpiter Capitolino, en el cual no solo el techo estaría cubierto de oro, sino también todas sus

9 Existe aquí otra laguna en la que, según Orosio, Historias IV 20,34, se narraría el final de los bastarnos al hundirse en el Danubio tras quebrarse a su paso la capa de hielo de su superficie (tomado de la edición de Gredos, 1994).-N. del T.

paredes. Se comprometió a construir muchos edificios públicos en otros lugares, pero la brevedad de su reinado le impidió cumplir sus promesas. Superó a todos los reyes anteriores en la magnificencia de los espectáculos de toda clase que ofreció, con gran abundancia de artistas griegos y otros de tradición local. Ofreció exhibiciones de gladiadores a la moda romana, que asustaron más que agradaron a los espectadores, que no estaban habituados a tales espectáculos. Al ofrecer frecuentemente estas exhibiciones, en las que los gladiadores a veces solo se herían entre sí, pero que en otras luchaban hasta la muerte, acostumbró los ojos de su pueblo a dichos espectáculos y aprendieron a disfrutar de ellos. De esta manera, despertó entre la mayoría de los jóvenes la pasión por las armas y mientras al principio contrataba a los gladiadores en Roma, a gran costo, ahora con su[10]...

[41,21] ... Lucio Cornelio Escipión, la pretura peregrina. La provincia de Cerdeña correspondió a Marco Atilio, aunque se le ordenó navegar hacia Córcega con la nueva legión que habían alistado los cónsules, con cinco mil infantes y trescientos jinetes. Se prorrogó el mando a Cornelio en Cerdeña mientras seguía allí la guerra. Se destinaron tres mil infantes romanos y ciento cincuenta jinetes, así como cinco mil infantes aliados y tres cientos jinetes, para Cneo Servilio en la Hispania Ulterior y Publio Furio Filo en la Citerior. Lucio Claudio no recibió refuerzos para Sicilia. Además de estas tropas, se ordenó a los cónsules que alistaran dos nuevas legiones al completo de personal, tanto en infantería como en caballería, además de diez mil infantes y seiscientos jinetes de los aliados latinos. La tarea del alistamiento resultó de lo más dificultosa para los cónsules por culpa de la peste que el año anterior había atacado al ganado y que ahora se había convertido en una epidemia entre los hombres; quienes caían presas de ella raramente sobrevivían al séptimo día y quienes lo hacían quedaban postrados por secuelas que duraban mucho tiempo, especialmente fiebres cuartanas. Las muertes se produjeron principalmente entre los esclavos, encontrándose sus cuerpos insepultos por las calles. Libitina apenas podía llevar a cabo decentemente los ritos fúnebres de la población libre. Los cadáveres, que ni perros ni buitres tocaban, se pudrían lentamente y se pudo observar que ni aquel año ni el anterior apareció ningún buitre en parte alguna, pese a la abundancia de ganado y hombres.

Por culpa de la epidemia, murieron varios miembros de los colegios sacerdotales: el pontífice Cneo Servicio Cepión, padre del pretor; Tiberio Sempronio Longo, decenviro de los Libros Sagrados; Publio Elio Peto, el augur; Tiberio Sempronio Graco; Cayo Atelo Mamilio, el Curión Máximo y el pontífice Marco Sempronio Tuditano. Cayo Sulpicio Galba fue elegido pontífice en lugar de Cepión, ... en lugar de Tuditano. Los nuevos augures fueron Tito Veturio Graco Semproniano, en lugar de Graco, y Quinto Elio Peto, en lugar de Publio Elio. Cayo Sempronio Longo fue nombrado decenviro de los Libros Sagrados, y Cayo Escribonio Curio fue nombrado Curión Máximo. Como la epidemia continuara incesante, el Senado decidió que los decenviros debían consultar los Libros Sibilinos. De conformidad con su dictamen, se celebraron rogativas especiales durante un día y el pueblo, reunido en el Foro, hizo un voto solemne, según la fórmula dictada por Marcio Filipo, por el que si se expulsaba la peste y la enfermedad del suelo romano ellos guardarían dos días de fiesta y una acción de gracias. En el distrito de Veyes nació un niño con dos cabezas; en Sinuesa nació un niño con una sola mano; en Osimo nació una niña con dientes; en el Foro, y a plena luz de un día con un cielo sin nubes, se observó un arco iris sobre el templo de Saturno; aquella misma noche se vieron muchas estrellas fugaces. Los lanuvinos y cérites contaron que había aparecido en su ciudad una serpiente con cresta y cubierta de manchas doradas, comprobándose con certeza que en territorio campano había hablado un buey.

[41.22] La comisión que había partido hacia Cartago, y que antes se entrevistó con el rey

10 Se produce aquí otra laguna en el texto, donde se narraría la elección de los magistrados para el año 174 a.C., con Espurio Postumio Albino y Quinto Mucio Escévola como cónsules y el pretor Cayo Casio Longino, además de los que siguen.-N. del T.

Masinisa, regresó el cinco de junio. Habían recibido del rey una información mucho más precisa de cuanto ocurría en Cartago que de los propios cartagineses. Aseguraron, como hecho fehaciente, que habían llegado a Cartago embajadores del rey Perseo y que el senado les había concedido una audiencia nocturna en el templo de Esculapio. El rey afirmaba que Cartago había enviado embajadores a Macedonia, lo que negaban los cartagineses. El Senado de Roma decidió que que ellos también mandarían embajadores a Macedonia, enviando a tres de ellos: Cayo Lelio, Marco Valerio Mesala y Sexto Digicio. Por aquel entonces, algunos de los dólopes se negaron a obedecer las órdenes de Perseo y apelaron a los romanos para que mediaran entre sus diferencias. Perseo avanzó contra ellos con su ejército y redujo a toda la nación a su completa obediencia. A continuación, cruzó el monte Eta y marchó hacia Delfos para consultar al oráculo sobre ciertas cuestiones religiosas que lo inquietaban. Su repentina aparición en el centro de Grecia provocó la alarma general, no solo entre los pueblos vecinos, sino también en Asia, donde se había enviado rápida noticia de lo que ocurría al rey Eumenes. Perseo no permaneció más de tres días en Delfos, y pasando por la Ftiótide, Acaya y Tesalia, regresó a su reino sin provocar daños ni perjuicios a los territorios por los que pasó. No se contentó con ganarse la voluntad de las ciudades por las que transcurrió su ruta; envió también cartas o mensajeros a los distintos pueblos de Grecia pidiéndoles que desecharan de sus mentes cualquier sentimiento hostil que pudiera haber existido entre ellos y su padre. Les instó a que su no considerasen sus disputas tan graves como para no poder darles fin con él. Por lo a él se refería, nada había que pudiera perturbar sus relaciones o impedir una amistad leal y sincera. Estaba ansioso, sobre todo, por encontrar algún modo de congraciarse con los aqueos.

[41.23] Este pueblo y el de la ciudad de Atenas era el único de entre toda la Grecia que había llevado su animosidad tan lejos como para prohibir que los macedonios entrasen en su territorio. Macedonia, en consecuencia, se había convertido en refugio para todos los esclavos que huían de Acaya, pues como los aqueos habían cerrado sus fronteras con Macedonia, ellos mismos no podían aventurarse en este reino. Cuando Perseo tuvo conocimiento de esto, detuvo a los fugitivos y envió una carta ... También ellos, sin embargo, debían tratar por todos los medios de impedir la huida de los esclavos en el futuro. La carta fue leída por el pretor Jenarco durante una reunión de su consejo, pues andaba ansioso de hacer méritos ante el rey. La mayoría de los presentes, en especial aquellos que pensaban que iban a recuperar a los esclavos fugitivos a quienes habían dado por perdidos, pensaron que estaba escrita en un tono equitativo y generoso. Entre los que pensaban que la seguridad de su pueblo dependía del mantenimiento de su tratado con Roma, se encontraba Calícrates. Este hizo el siguiente discurso ante el Consejo: *Algunos consideran este asunto, aqueos, como algo menor y de poca importancia; yo, sin embargo, la considero la más importante y más grave de todas las que se someten a discusión, de hecho diría más, creo que en cierto modo ya se ha decidido sobre ella. Porque aunque hemos impedido que entren en nuestro territorio los reyes de Macedonia y a los mismos macedonios, y al estar en vigor este decreto impedimos la entrada a embajadores y comunicaciones de sus reyes que pudieran influir indebidamente en alguno de nosotros, nos hallamos ahora escuchando las palabras del rey como si nos estuviese arengando sin estar presente y hasta ¡válganme los dioses!, aprobando su discurso. Y mientras los animales salvajes rehuyen o rechazan en su mayoría los cebos que se les coloca, nosotros en nuestra ceguera nos dejamos atraer por el señuelo de un insignificante beneficio, permitiendo que nuestra propia libertad sea minada y manipulada en la esperanza de recuperar algunos esclavos miserables y de poco valor. ¿Quién no ve que se intenta llevarnos a una alianza con el rey, violando así el tratado con Roma, del que dependen todos nuestros intereses? A menos, en efecto, que alguien dude de que una guerra entre Perseo y los romanos es inevitable, y que lo que se esperaba en vida de Filipo y que quedó interrumpido por su muerte, se producirá ahora que Filipo ha muerto. Filipo, como todos sabéis, tuvo dos hijos: Demetrio y Perseo. Demetrio superaba con creces a su hermano, por su ascendencia materna, tanto en valor, como en capacidad y popularidad entre sus compatriotas. Pero Filipo había destinado la corona a modo de recompensa por el odio de los romanos, por lo*

que dio muerte a Demetrio sin más delito que el de su amistad con Roma. A Perseo, que ya sabía que heredaría una guerra contra Roma casi antes que la propia corona, lo hizo rey. ¿Qué otra cosa ha estado haciendo desde la muerte de su padre, sino preparándose para la guerra? Envió primero a los bastarnos a Dardania para atemorizarnos a todos. Si hubieran permanecido asentados allí, Grecia se habría encontrado con unos vecinos más peligrosos que los galos para Asia. Aunque aquí sus expectativas se vieron frustradas, no abandonó sus proyectos bélicos; en vez de eso, para decir la verdad, ha dado comienzo ya a la guerra y ha sometido Dolopia por la fuerza de las armas, rehusando escuchar su propuesta de remitir sus diferencias al arbitrio de Roma. Cruzó después el monte Eta se acercó a Delfos, para aparecer en el mismo centro de Grecia. ¿Cuál pensáis que era su objetivo al transitar una ruta que no es la habitual? Atravesó después la Tesalia, y lo hizo sin dañar a ninguno de los que odiaba, lo que me hace temer alguna clase de maniobra. Y ahora nos envía una carta en lo que parece un acto de generosidad, aconsejándonos estudiar para el futuro cómo podemos prescindir de ella, es decir, derogando el decreto por el que se mantiene a los macedonios fuera del Peloponeso, que demos audiencia a los embajadores del rey y que renovemos las relaciones de hospitalidad con sus notables. En poco tiempo tendremos al ejército macedonio y al propio rey entrando en el Peloponeso de camino a Delfos, ¡¿pues qué anchura tiene el estrecho que hay en medio?! Por último, nos veremos entre las filas de los macedonios que ya se están armando contra Roma. Mi opinión es que no hagamos ningún nuevo decreto, sino que dejemos todo tal y como está hasta que estemos completamente seguros de que estos temores míos carecen de base o están justificados. Si la paz entre Macedonia y Roma se mantiene intacta, que haya relaciones de amistad entre nosotros; por el momento, me parece prematuro y peligroso pensar en modificar nuestra política.

[41.24] Arcón, el hermano de Jenarco, habló después de él en los siguientes términos: *Difícil nos ha puesto Calícrates, a mí y a quienes discrepamos con él, dar una respuesta. Al asumir la defensa de nuestra alianza con Roma y afirmar que se la está atacando y amenazando, cuando nadie la ataca ni la amenaza, ha hecho que cualquiera que no esté de acuerdo con él parezca como si estuviera hablando en contra de los romanos. Para empezar, sabe y proclama cada acuerdo secreto, como si en lugar de estar aquí, entre nosotros, hubiera venido directamente de la curia romana o del consejo privado del rey. Llega incluso a adivinar lo que habría pasado si Filipo hubiera vivido; bajo qué circunstancias ha heredado el trono Perseo; qué preparativos están haciendo los macedonios y cuáles son los planes de los romanos. Nosotros, sin embargo, que no conocemos la causa ni las circunstancias de la muerte de Demetrio, ni lo que Filipo habría hecho de seguir con vida, nos vemos obligados a formular nuestra política de acuerdo con los hechos públicos y notorios.*

Lo que nosotros sabemos, por ahora, es que Perseo recibió el trono y fue reconocido como rey por el pueblo romano; tuvimos noticia de que los embajadores romanos visitaron al rey y fueron amablemente recibidos por él. A mi juicio, todo esto es señal de paz y no de guerra; tampoco creo que los romanos se ofendan si, igual que hemos seguido su ejemplo en la guerra, lo seguimos ahora como partidarios de la paz. No veo por qué hemos de ser los únicos en todo el mundo que libren una guerra implacable contra el reino de Macedonia. ¿Porque estamos tan cerca como para poder recibir un ataque? ¿Porque somos los más débiles de todos, como los dólopes, a los que ha sometido recientemente? No, todo lo contrario; estamos a salvo tanto por nuestra propia fuerza, gracias al favor de los dioses, como por la distancia que nos separa. Pero supongamos que estamos tan abiertos a la invasión como los tesalios o los etolios; ¿no tendremos más influencia y peso entre los romanos, ya que siempre hemos sido sus aliados y amigos, que los etolios, que hasta no hace mucho combatían contra ellos? También nosotros debemos disfrutar de la misma relación jurídica que existe entre los macedonios y los etolios, los tesalios y los epirotas; con Grecia entera, en realidad. ¿Por qué hemos de ser solo nosotros los que mantengamos esta abominable interferencia con los derechos comunes a todos los hombres? Concediendo que Filipo hubiera

hecho algo que provocara nuestro decreto en su contra cuando estaba en armas y en guerra, Perseo, ahora en el trono, nada nos ha hecho y diluye con su amabilidad la enemistad contra su padre. ¿Qué ha hecho él para que solo nosotros de entre todos los pueblos seamos sus enemigos? Podría también señalar lo siguiente: los servicios que los anteriores reyes de Macedonia nos han prestado han sido tan grandes que la ofensa que Filipo nos ha infligido, por grande que fuese, se ha de olvidar, especialmente ahora que está muerto. Sabéis que cuando la flota romana estaba fondeada en Céncreas y el cónsul estaba con su ejército en Elacia, estuvimos tres días reunidos en consejo para decidir si seguiríamos a Filipo o a los romanos. Incluso si la presión del peligro inminente provocado por la presencia de los romanos no hubiera alterado en absoluto nuestras opiniones, hay algo que prolongó nuestras deliberaciones y fue nuestra antigua relación con los macedonios y los grandes servicios que durante tantos años nos habían prestado sus reyes. Que esos mismos motivos pesen ahora en nosotros, no para hacernos sus amigos, sino para que no nos señalemos como sus enemigos. No finjamos, Calícrates, que estamos discutiendo seriamente una propuesta que nadie ha presentado. Nadie sugiere que deberíamos establecer nuevas alianzas o elaborar un nuevo tratado con el que nos obliguemos sin más consideración. Que haya libre intercambio entre nosotros, un reconocimiento mutuo de derechos recíprocos; impidamos que, al cerrar nuestras fronteras, se nos impida también a nosotros el acceso a los dominios del rey; que nuestros esclavos no puedan encontrar refugio en parte alguna. ¿Qué hay en todo esto que entre en conflicto con los términos de nuestro pacto con Roma? ¿Por qué hacemos tanto de tan pequeña cuestión y arrojamos sospechas sobre algo tan simple? ¿Por qué suscitar problemas sin fundamento? ¿Por qué queremos convertir a otros en sospechosos y odiosos y así tener nosotros ocasión de halagar a los romanos? Si hubiera de haber guerra, ni el mismo Perseo pone en duda que estaremos del lado de Roma. En la medida en que haya paz, aunque no se eliminen los sentimientos de odio, que al menos se atenúen. Los que habían aprobado la carta del rey se mostraron en pleno acuerdo con este discurso. Los notables estaban indignados por el hecho de que Perseo, mediante una carta de pocas líneas, lograse algo que no le había parecido lo bastante importante como para enviar una embajada formal a presentar su demanda. El debate se suspendió y no se aplazó la decisión. Posteriormente, el rey envió embajadores mientras el Consejo estaba reunido en Megalópolis y los que temían una ruptura con Roma tomaron medidas para que no se les recibiera.

[41.25] Mientras sucedía todo esto, los etolios volvieron su rabia contra sí mismos y parecía que las matanzas por ambas partes darían como resultado la total destrucción de la nación. Finalmente, ambas facciones, cansadas de la carnicería, enviaron misiones a Roma e iniciaron una aproximación entre ellas en la esperanza de poder restablecer la paz y la concordia. Sin embargo, estas negociaciones resultaron infructuosas al producirse una nueva ofensa que hizo despertar las viejas pasiones: A los refugiados de Hípata, incluyendo a ochenta ilustres ciudadanos que pertenecían al partido de Próxeno, se les había asegurado el regreso a su país de origen en virtud de la palabra empeñada por Eupólemo, el hombre más importante de la ciudad. Cuando regresaban a sus hogares, toda la población, incluyendo el propio Eupólemo, salió a su encuentro; les saludaron amablemente y les ofrecieron la mano derecha en signo de amistad. Pero cuando estaban entrando por las puertas los asesinaron a todos, a pesar de sus llamamientos a los dioses como testigos de la palabra dada por Eupólemo. Después de esto se reinició la guerra de manera más feroz que nunca. Cayo Valerio Levino, Apio Claudio Pulcro, Cayo Memio, Marco Popilio y Lucio Canuleyo fueron enviados por el Senado para arbitrar entre las partes contendientes. Los delegados de ambas partes comparecieron ante ellos en Delfos, donde se debatió vivamente y dio la impresión de que Próxeno llevó ventaja por la justicia de su causa y la elocuencia de su discurso. Unos días más tarde fue envenenado por su esposa Ortóbula. Ella resultó condenada por el crimen y se le exilió. La misma locura partidista surgió entre los cretenses. Cuando Quinto Minucio, al que se había enviado con diez barcos para resolver sus disputas, llegó a la isla, abrigaron esperanzas de paz. Hubo una tregua

durante solo seis meses; después sin embargo, se volvió a encender un conflicto aún más violento. Por aquel entonces, los licios fueron acosados por los rodios. Sin embargo, no es cosa de relatar en detalle estas guerras que libraron entre sí las naciones extranjeras, pues ya tengo ante mí la tarea, suficientemente fatigosa, de describir los hechos de los romanos.

[41,26] En Hispania, los celtíberos, que se habían sometido a Tiberio Graco después de ser derrotados, permanecieron tranquilos durante el gobierno en la provincia de Marco Titinio. A la llegada de Apio Claudio se reanudaron las hostilidades, que se iniciaron mediante un repentino ataque contra el campamento romano. El día apenas había amanecido cuando los centinelas de la empalizada y los vigías de las puertas vieron al enemigo avanzando en la distancia y dieron la alarma. Apio Claudio mandó izar la señal para el combate y, tras dirigir unas pocas palabras a los soldados, lanzó una salida simultánea por tres de las puertas. Los celtíberos se les enfrentaron según salían y durante un corto espacio de tiempo el combate estuvo igualado por ambos lados, ya que a causa del poco espacio los romanos no podían entrar todos en acción. En cuanto se alejaron de la empalizada, pues a fuerza de empujar unos a otros consiguieron adelantarse y desplegar en línea, ampliaron su frente a la misma longitud que la del enemigo que los rodeaba. Lanzaron a continuación una carga tan repentina que los celtíberos no pudieron resistirla. Estos fueron derrotados en menos de dos horas; murieron o fueron hechos prisioneros quince mil de ellos y se tomaron treinta y dos estandartes. Su campamento fue asaltado el mismo día y la guerra llegó a su fin. Los supervivientes de la batalla se dispersaron hacia sus diversas ciudades y después de esto se sometieron pacíficamente a la autoridad de Roma.

[41,27] Quinto Fulvio Flaco y Aulo Postumio Albino fueron elegidos censores este año *(174 a.C.)* y revisaron las listas del Senado. Marco Emilio Lépido, el Pontífice Máximo, fue elegido príncipe del Senado. Nueve nombres fueron eliminados de la lista, resaltando la nota censoria de Marco Cornelio Maluginense, que había sido pretor en Hispania dos años antes; la de Lucio Cornelio Escipión, que ejercía por entonces las preturas urbana y peregrina, y Lucio Fulvio, el hermano del censor y, según Valerio Antias, coheredero de la hacienda familiar. Después de los acostumbrados votos en el Capitolio, los cónsules partieron hacia sus provincias. El Senado encargó a uno de ellos Marco Emilio la tarea de reprimir en Venecia la rebelión de los patavinos que, según informaron sus propios representantes, habían sido empujados a la guerra civil por la lucha de distintas facciones rivales. Los comisionados que habían ido a Etolia para poner fin a disturbios semejantes a aquellos, regresaron contando que no se podía sofocar la cólera de la población. La llegada del cónsul resultó en la salvación de los patavinos, y como no tenía nada más que hacer en su provincia volvió a Roma.

Estos censores fueron los primeros en adjudicar el empedrado de las calles de la Ciudad, así como la colocación de una capa de grava y la construcción de arcenes en los caminos del exterior de la Ciudad; también construyeron puentes en diversos lugares. Proporcionaron a los pretores y ediles un escenario, colocaron barreras de separación en el circo y situaron bolas ovaladas para marcar el número de vueltas, metas para marcar los giros en la pista y puertas de hierro para las jaulas por las que se llevaban los animales hasta la arena. Se encargaron también del empedrado de la subida desde el Foro hasta el Capitolio y de la construcción de una columnata desde el templo de Saturno hasta el Senáculo, en el Capitolio, y luego más arriba, hasta la Curia. Fuera de la puerta Trigémina, empedraron el mercado y lo rodearon con una empalizada; repararon además el pórtico Emilio e hicieron una escalera de piedra en la ladera que va desde el mercado al Tíber. Ya por dentro de la misma puerta, empedraron el pórtico que va hasta el Aventino y ... desde el templo de Venus. Estos censores también adjudicaron la construcción de las murallas en Calacia y en Osimo, gastando el dinero percibido por la venta de terrenos del estado en la construcción de tiendas alrededor de los foros en ambas ciudades. Postumio declaró que, sin órdenes del senado romano o del pueblo, no gastaría su dinero, de manera que Fulvio Flaco, en solitario, construyó un templo a Júpiter en

Pisauro y en Fundi, haciendo también una conducción de agua a Potenza. También hizo empedrar una calle en Pisauro. En Sinuesa ... construyó en estas ciudades alcantarillas y las circundó con murallas, cerró el foro con pórticos y tiendas y colocó allí tres estatuas de Jano. Estas obras, adjudicadas por solo uno de los censores, fueron muy agradecidas por los colonos. Los censores fueron muy estrictos y minuciosos en la regulación de la moral; a varios de los caballeros se les privó de sus caballos.

[41,28] Hacia el final del año se celebró un día de acción de gracias por las victorias logradas en Hispania bajo los auspicios y mando de Apio Claudio, ofreciéndose en sacrificio veinte víctimas adultas. Al día siguiente, se ofrecieron rogativas especiales en los templos de Ceres, Liber y Libera, a causa de la noticia de que había ocurrido un violento terremoto en territorio sabino, que había dejado en ruina numerosos edificios. Al regreso de Apio Claudio desde Hispania, el Senado decretó que debía entrar en la Ciudad en ovación. Ya se acercaban las elecciones consulares y se produjo una intensa competencia debido a la gran cantidad de candidatos. Resultaron elegidos Lucio Postumio Albino y Marco Popilio Lenas. Los nuevos pretores fueron Numerio Fabio Buteo, Marco Matieno, Cayo Cicereyo, Marco Furio Crásipo por segunda vez, Aulo Atilio Serrano por segunda vez y Cayo Cluvio Sáxula también por segunda vez. Una vez terminadas las elecciones, Apio Claudio Cento celebró su ovación por el triunfo sobre los celtíberos; llevó al tesoro diez mil libras de plata y cinco mil de oro. Cneo Cornelio fue consagrado como flamen de Júpiter.

Aquel año se colocó una tablilla en el templo de Mater Matuta con la siguiente inscripción: *Bajo los auspicios y el mando del cónsul Tiberio Sempronio Graco, las legiones del ejército del pueblo de Roma sometieron Cerdeña. Murieron o fueron hechos prisioneros, en aquella provincia, más de ochenta mil enemigos. Sirvió a la república con todo éxito, liberó ..., restauró los tributos y llevó a su ejército de regreso a casa, sano y salvo, cargado con un enorme botín. A su vuelta entró en triunfo en Roma por segunda vez. Por todo esto, dedica esta placa como ofrenda a Júpiter.* Figuraba en la misma una representación de la isla e imágenes de las batallas. Se ofrecieron aquel año varias exhibiciones de gladiadores, la mayoría de poca importancia; la única que ofreció Tito Flaminio superó a las demás. Con ocasión de la muerte de su padre, exhibió un espectáculo durante cuatro días, acompañándolo con una distribución de carne, un festín fúnebre y juegos escénicos. Pero, incluso en esta magnífica exposición, el número total de hombres que lucharon fue de sólo setenta y cuatro.

LIBRO XLII. LA TERCERA GUERRA MACEDÓNICA

[42,1] La primera labor de los nuevos cónsules *(173 a.C.)* fue a consultar al Senado acerca de sus provincias y de los ejércitos. Se decretó que ambos tendrían Liguria como provincia y que cada uno debería alistar dos nuevas legiones para prestar servicio en aquella provincia, así como diez mil infantes y seiscientos jinetes de los aliados latinos. También se les ordenó alistar a tres mil infantes y doscientos jinetes romanos para reforzar el ejército en Hispania. Así mismo, se alistaría una fuerza adicional de mil quinientos infantes y cien jinetes para las operaciones en Córcega. Marco Atilio continuaría como pretor en Cerdeña, hasta que llegara su sucesor. A continuación, los pretores sortearon sus provincias. Aulo Atilio Serrano recibió la pretura urbana y Cayo Cluvio Sáxula la peregrina; La Hispania Citerior fue para Numerio Fabio Buteo y la Hispania Ulterior para Cayo Matieno; Sicilia correspondió a Marco Furio Crásipes y Cerdeña fue para Cayo Cicereyo. Antes de que partieran los magistrados hacia sus provincias, el Senado decidió que Lucio Postumio debía marchar a Campania para fijar los límites entre las tierras públicas y las tierras privadas; pues había constancia de que los particulares, mediante el paulatino adelantamiento de los mojones, habían ido ocupando partes de las primeras. Postumio estaba irritado con los prenestinos porque habiendo ido él allí en cierta ocasión, como ciudadano particular, para ofrecer un sacrificio en el templo de la Fortuna, no había recibido ningún honor, ni público ni privado. Así que, antes de salir de Roma, envió una carta a Palestrina ordenando que saliera un magistrado a recibirlo, que dispusieran un lugar donde alojarse a cargo de la comunidad, que procurasen tener dispuestos animales de carga para el momento de su partida. Ningún cónsul antes que él había resultado una carga o un gasto en absoluto para los aliados. Se proporcionaba a los magistrados mulas, tiendas de campaña y demás impedimenta militar, simplemente para que no pidieran nada de esto a los aliados; Mantenían relaciones particulares de hospitalidad, tratando a sus huéspedes cortés y consideradamente, estando sus casas en Roma abiertas a todos aquellos en cuya casa solían alojarse. Cuando se enviaban embajadores a algún lugar debido a cualquier emergencia repentina, solo se exigía un jumento a cada una de las ciudades por las que transcurría su viaje; ningún otro gasto era causado a los aliados por los magistrados romanos. El resentimiento del cónsul, aunque hubiera tenido justificación, en ningún caso debiera haberse mostrado mientras desempeñaba su cargo. Los palestrinenses, desgraciadamente, ya fuera por modestia o por timidez, consintieron que esto sucediese sin protestar y este silencio confirió a los magistrados, a modo de precedente incuestionable, el derecho a imponer estas demandas, cada vez más gravosas.

[42,2] A principios de año, regresaron los comisionados que habían visitado Etolia y Macedonia, trayendo noticia de que no se les había dado ocasión de reunirse con Perseo. En algunas ocasiones se adujo que estaba enfermo; en otras que estaba fuera ausente; y en ambos casos eran excusas inventadas por igual. Quedó, sin embargo, bien claro que estaban en marcha preparativos bélicos y que no pasaría mucho tiempo antes de que Perseo recurriera a las armas. En Etolia, los disturbios internos crecían en violencia día tras día, y su autoridad no había bastado para aquietar a los líderes de las facciones opuestas. Como ya se esperaba que hubiera guerra contra Macedonia, se decidió que se debían expiar los prodigios y ofrecer oraciones para lograr *la paz de los dioses* mencionados en los Libros del Destino. Se decía que en Lanuvio había sido vista una gran flota en los cielos; en Priverno había brotado lana oscura de la tierra y que en territorio de Veyes, cerca de Remente, habían llovido piedras; todo el territorio pontino había quedado cubierto por lo que parecían nubes de langostas y en un campo de la Galia, mientras se trabajaba la tierra, surgieron peces bajo los terrones levantados por el arado. Como consecuencia de estos signos, se consultaron los Libros del Destino y los decenviros comunicaron a qué deidades y con qué víctimas se debían ofrecer los sacrificios; ordenaron también rogativas especiales para la expiación de los portentos y otras más para cumplir el voto ofrecido el año anterior por el pueblo con ocasión de la peste. Todo

se cumplió según ordenaban los Libros Sagrados.

[42,3] Fue este año cuando se levantó el tejado del templo de Juno Lacinia. Quinto Fulvio Flaco, el censor, estaba construyendo el templo de la Fortuna Ecuestre, que había ofrecido mediante voto cuando era pretor en Hispania, y mostraba gran determinación en que fuera el más grande y magnífico templo de Roma. Había prometido este templo durante la guerra Celtibérica, siendo pretor en Hispania. Pensó que sería mayor la belleza del templo si estaba cubierto con tejas de mármol, y con este objeto descendió al Brucio y levantó la mitad del tejado del templo de Juno Lacinia, pues consideró que bastaría para proporcionar la cubierta del que estaba construyendo. Los buques estaban preparados para su transporte, y los aliados, intimidados por la autoridad del censor, no fueron capaces de impedir aquel sacrilegio. Al regreso del censor, se descargaron las tejas y se llevaron al nuevo templo. Aunque no se dio ninguna indicación sobre su procedencia, resultó imposible ocultarla. Se escucharon las correspondientes protestas en la Curia y se produjo una exigencia general para que los cónsules presentaran la cuestión ante el Senado. Se convocó al censor y se le cubrió por todas parte de reproches al presentarse en la Curia: No contento, se le dijo, con violar el templo más venerable de aquel territorio, al que tanto Pirro como Aníbal habían respetado, había cometido la infamia de despojarlo del tejado y casi destruirlo. Al quitarle la cubierta, con su techumbre al descubierto y expuesto a las lluvias, terminaría por pudrirse. ¿Para eso se había creado un censor encargado de velar por la moral pública? El encargado, según la costumbre de los mayores, de que los edificios del culto público estuvieran correctamente cerrados y de encargar su reparación, ¡este mismo hombre vagaba rondando las ciudades de nuestros aliados, arruinando sus templos y despojando de sus techos a sus edificios sagrados! ¡Si ya resultaría vergonzosa esta conducta en el caso de edificios particulares, qué no sería la demolición de los templos de los dioses inmortales! Y lo hacía involucrando al pueblo romano en un delito de impiedad, al construir y embellecer un templo mediante la ruina de otro, como si los dioses inmortales no fuesen los mismos en todas partes y se debiera honrar y adornar a unos con los despojos de los demás. Aunque ya antes de votar la moción estaba bien claro el sentir de la Cámara, al votarse fue unánime la decisión de devolver las tejas al templo y que se ofrecieran sacrificios expiatorios a Juno. Se cumplieron escrupulosamente las obligaciones religiosas; por lo que respecta a las tejas, los contratistas informaron que las habían dejado en la explanada del templo, al no haber ningún artesano que viera el modo de reponerlas.

[42,4] Uno de los pretores, Numerio Fabio, estando de camino para hacerse cargo de la provincia de Hispania Citerior, murió en Marsella. Al recibir la noticia de su muerte, el Senado decretó que Publio Furio y Cneo Servilio, cuyos sucesores ya habían sido designados, deberían decidir por sorteo cuál de ellos vería prorrogado su mando y administraría la Hispania Citerior. Le correspondió, afortunadamente, a Publio Furio, que ya había estado en aquella provincia. Existía cierta cantidad de tierras, tomadas durante las guerras contra los ligures y los galos, que permanecían baldías, por lo que se aprobó un senadoconsulto para que se distribuyeran en lotes individuales. Para dar cumplimiento a esta resolución, el pretor urbano nombró decenviros, para la supervisión de la adjudicación de lotes, a Marco Emilio Lépido, Cayo Casio, Tito Ebucio Parro, Cayo Tremellio, Publio Cornelio Cetego, Quinto y Lucio Apuleyo, Marco Cecilio, Cayo Salonio y Cayo Menacio. Cada ciudadano romano recibió diez yugadas y cada aliado latino, tres. Por este tiempo, fue a Roma una delegación etolia para dar cuenta de sus luchas partidistas y querellas; llegó también otra desde Tesalia para informar del estado de las cosas en Macedonia.

[42,5] Perseo daba vueltas en su cabeza a la guerra ya en vida de su padre, tratando de ganarse las simpatías no solo de los pueblos, sino también de las ciudades griegas mediante el envío de embajadas y más con promesas que con concesiones. Existía también una gran cantidad de gentes favorables a él y mucho más dispuestas hacia él que hacia Eumenes, pese a que la mayor parte de

las ciudades y la mayoría de sus notables estaban obligados con Eumenes por su liberal generosidad y porque, además, había ejercido su autoridad real de tal manera que ninguna de las ciudades que estaban bajo su dominio habrían cambiado su situación por la de cualquiera de las ciudades libres. Por otra parte, se produjeron rumores de que Perseo había matado a su esposa con sus propias manos y había asesinado en secreto a Apeles. Este había sido su instrumento para deshacerse a traición de su hermano y, al buscarle Filipo para llevarlo al suplicio, se había exiliado del país para escapar al castigo. Tras la muerte de su padre, Perseo lo había inducido a regresar mediante la promesa de una generosa recompensa por haberle ayudado en tan trascendente empresa, asesinándolo a continuación. Aunque era conocido por muchos otros asesinatos, tanto de sus propios súbditos como de extranjeros, y aunque no poseía ninguna virtud encomiable, las ciudades le preferían, en general, antes que a un rey que se había mostrado tan considerado con sus allegados, tan justo hacia sus súbditos y tan generoso para con todos. Y, todo esto, ya porque estuvieran tan impresionadas por el prestigio y grandeza de Macedonia como para despreciar un reino recién fundado, porque estuvieran deseosas de un cambio en la situación o porque no quisieran estar a merced de Roma.

Pero no era solo en Etolia donde se habían producido disturbios a causa del gran peso de las deudas, también la Tesalia se hallaba en la misma situación y el daño se había extendido como una epidemia hasta Perrebia. Al llegar la noticia de que los tesalios estaban en armas, el Senado envió inmediatamente a Apio Claudio para examinar la situación y arreglar las cosas. Este reprendió severamente a los líderes de ambas partes. Con el consentimiento de quienes la habían aumentado tanto, redujo la deuda que se había incrementado con intereses ilegales y estableció luego la amortización de los préstamos legales, dividida en diez anualidades. Mediante el mismo procedimiento y de la misma manera arregló los asuntos en Perrebia. Marcelo asistió a la sesión del Consejo Etolio en Delfos y escuchó los argumentos de ambas partes, que los presentaron con la misma hostilidad que habían mostrado en la guerra civil. Viendo que competían en temeridad y osadía, y no queriendo que por una sentencia suya se condenara ni absolviera a ninguna de las dos partes, requirió a ambas para que se abstuvieran de disputar y relegasen sus viejas rencillas al olvido. Se garantizaría esta reconciliación mediante el mutuo intercambio de rehenes, determinándose que sería Corinto el lugar donde estos residirían.

[42,6] Dejando Delfos y el Consejo Etolio, Marcelo marchó al Peloponeso, donde, mediante un edicto, había convocado una reunión del Consejo Aqueo. Una vez allí, los elogió por haber mantenido firmemente el antiguo tratado que prohibía a los reyes de Macedonia cualquier aproximación a sus territorios, dejando bien claro el odio de los romanos hacia Perseo. Para precipitar el estallido de ese odio, el rey Eumenes fue a Roma llevando consigo un informe que había elaborado durante su investigación sobre los preparativos bélicos en marcha. Al mismo tiempo, se enviaron al rey cinco embajadores para que comprobaran por sí mismos el estado de cosas en Macedonia, ordenándoles visitar también Alejandría y renovar las relaciones de amistad entre Tolomeo y Roma. Los miembros de la embajada fueron Cayo Valerio, Cneo Lutacio Cerco, Quinto Bebio Sulca, Marco Cornelio Mámula, y Marco Cecilio Denter. Por la misma fecha llegaron embajadores del rey Antíoco. Su jefe, Apolonio, cuando fue recibido por el Senado, presentó muchas y convincentes razones para disculpar a su rey por no haber pagado su tribuno en la fecha señalada. No obstante, había llevado con él la suma total, por lo que no hubo necesidad más que de disculpar al rey por la demora. Traía también consigo un regalo consistente en quinientas libras en vasos de oro. El rey solicitaba que el pacto de alianza y amistad que se había establecido con su padre fuera renovado con él, y que el pueblo romano le pidiera cuanto pudiera proporcionar un monarca amistoso y leal, pues nunca dejaría de cumplir con su obligación. Durante su estancia en Roma, recordó a la Cámara, la amabilidad del Senado y la simpatía del trato de los jóvenes, habían hecho que el trato de todas las clases hacia él resulta más el de un rey que el de un rehén. Se dio a la embajada una amable respuesta y se ordenó al pretor urbano, Aulo Atilio, que renovara con Antíoco

la alianza que había existido con su padre. El tributo se entregó a los cuestores urbanos y los vasos de oro se entregaron a los censores para que los depositaran en los templos que creyeran conveniente. El jefe de la embajada recibió un regalo de cien mil ases, una residencia para alojarse y una asignación para sus gastos durante todo el tiempo que permaneciera en Italia. Los embajadores que habían estado en Siria declararon al regresar que Apolonio disfrutaba de gran consideración ante el rey y se le consideraba un fiel amigo de Roma.

[42,7] Los principales hechos ocurridos este año en las provincias fueron los siguientes: Cayo Cicereyo libró una batalla campal en Córcega, muriendo siete mil de los enemigos y haciéndose más de mil setecientos prisioneros. Durante la batalla, el pretor prometió mediante voto dedicar un templo a Juno Moneta. Después de esta, los corsos pidieron la paz, que se les concedió con la condición de que pagaran un tributo de doscientas mil libras de cera. Después de someter Córcega, Cicereyo navegó hacia Cerdeña. También se produjo una batalla en la Liguria cerca de la ciudad de Caristo, en territorio de Estatela. Allí se había concentrado un gran contingente de ligures. En un primer momento, al llegar el cónsul Marco Popilio a la plaza, se mantuvieron tras sus murallas, pero cuando vieron que los romanos se disponían al asedio, formaron su línea de batalla delante de sus puertas. Esto había sido el objetivo del cónsul al amenazar con el asedio, por lo que no perdió tiempo en iniciar el combate. Lucharon durante más de tres horas, sin que hubiera una perspectiva cierta de victoria por ninguna de las partes. Cuando el cónsul comprobó que los ligures no cedían terreno en parte alguna del campo de batalla, ordenó a la caballería que montara y lanzase una carga contra tres partes de la línea enemiga para provocar tanto desorden como pudieran. Una buena porción se abrió paso por el centro del enemigo y se situó por detrás de su línea de batalla. Esto provocó el pánico entre los ligures, que se dispersaron y huyeron en todas direcciones, llegando muy pocos hasta la ciudad al interceptarlos la caballería en su mayor parte. Lo encarnizado de los combates resultó muy costoso para los ligures, resultando también una gran mortandad durante la huída: se dice que murieron diez mil hombres y que se hicieron más de setecientos prisioneros, capturándose ochenta y dos estandartes militares. La victoria tampoco se logró sin derramamiento de sangre romana: más de tres mil hombres murieron, sobre todo en las primeras filas, al no ceder terreno ninguna de ambas partes.

[42,8] Después de la batalla, los ligures se recuperaron de su huída y se concentraron en un solo lugar. Al ver que el número de bajas superaba al de supervivientes -no quedaban más de diez mil hombres-, se rindieron incondicionalmente con la esperanza de que el cónsul no les trataría con mayor severidad que la mostrada por anteriores generales. Sin embargo, él les privó a todos de sus armas, destruyó su ciudad y los vendió junto con sus bienes. Envió un informe de cuanto había hecho al Senado. Como el otro cónsul, Postumio, estaba ocupado con la revisión de tierras en Campania, la carta fue leída en la Cámara por el pretor Aulo Atilio. Los senadores consideraron un acto de extrema crueldad que los estatelates, que eran los únicos de entre los ligures que se habían negado a tomar las armas contra Roma, hubieran sido atacados también ahora sin provocación alguna, y que después de haberse confiado a la protección del pueblo romano se les hubiera torturado hasta la muerte con toda clase de crueldades. Que tantos miles de personas nacidas libres, inocentes de cualquier delito, hubieran sido vendidos como esclavos a pesar de sus apelaciones al honor de Roma, era un terrible precedente y una advertencia contra los que pensaran en una rendición; y que, quienes se habían mantenido pacíficos, se vieran ahora arrastrados a compartir el destino de los que antes fueran enemigos declarados de Roma, dispersos por todas partes. Movidos por estas consideraciones, el Senado determinó que el cónsul Marco Popilio debía restaurar los ligures a la libertad y reembolsar el precio de compra, procurando que se les devolvieran cuantas de sus propiedades se pudieran recuperar; también se les devolverían sus armas. Todo esto debía hacerse lo antes posible; el cónsul no debía abandonar su provincia hasta que hubiera restituido a sus hogares a los ligures que se habían rendido. Se le recordó que la gloria de la victoria se obtenía

al vencer al enemigo en una lucha justa, no mediante la crueldad con aquellos que no se podían defender.

[42,9] El mismo carácter arrogante que el cónsul había mostrado hacia los ligures, lo mostró ahora al negarse a obedecer al Senado. Envió inmediatamente a las legiones a sus cuarteles de invierno en Pisa y regresó a Roma lleno de ira contra el Senado y furioso con el pretor. Inmediatamente después de su llegada, convocó al Senado en el templo de Belona donde lanzó un largo y agrio discurso contra el pretor. Declaró que este debía haber solicitado al Senado que se rindieran honores a los dioses inmortales por los éxitos obtenidos, en vez de haber pedido al Senado que aprobara un senadoconsulto en su contra y favorable al enemigo; casi trasladaba la victoria a los ligures y ordenaba que el cónsul se les entregase. Por lo tanto, le impuso una multa y solicitó a los senadores que revocaran la resolución en su contra, así como que, ahora que estaba en Roma, aprobaran inmediatamente lo que debían haber decretado al recibir su carta, a saber, una solemne acción de gracias, en primer lugar para honrar a los dioses inmortales y después como muestra de alguna consideración hacia él. Algunos de los senadores lo atacaron estando presente con tanta severidad como hicieron en su ausencia, regresando a su provincia sin que se le concediera ninguna de sus demandas. El otro cónsul, Postumio, pasó el verano dedicado a la revisión de las tierras públicas y regresó a Roma para celebrar las elecciones sin haber visto siquiera su provincia. Los nuevos cónsules fueron Cayo Popilio Lenas y Publio Elio Ligur. Los nuevos pretores fueron Cayo Licinio Craso, Marco Junio Peno, Espurio Lucrecio, Espurio Cluvio, Cneo Sicinio, y Cayo Memio por segunda vez.

[42.10] Aquel año se cerró el lustro. Los censores eran Quinto Fulvio Flaco y Aulo Postumio Albino; Postumio cerró el lustro. Según el censo, el número de ciudadanos romanos era de doscientos sesenta y nueve mil quince, un número algo menor que en el anterior. Esto se debió al hecho de que, según explicó el cónsul Lucio Postumio a la Asamblea, todos los que tuvieron que regresar a sus ciudades de acuerdo con el edicto del cónsul Cayo Claudio, fueron censados en sus propios lugares de residencia y ninguno de ellos en Roma. Los censores desempeñaron sus funciones en perfecta armonía y en el mejor interés de la república. Convirtieron en erarios [se les privó del derecho a voto, pero no de la obligación de pagar ciertos impuestos y expulsaron de las tribus a todos los que eliminaron de las listas del Senado o degradaron del orden de los caballeros; ninguno dio su apoyo a nadie que hubiera sido rechazado por el otro. Fulvio dedicó el templo de la Fortuna Ecuestre, que había prometido mediante voto seis años atrás, siendo procónsul en Hispania, cuando combatió contra las legiones de los celtíberos. Exhibió también Juegos Escénicos durante cuatro días y circenses durante uno. Lucio Cornelio Léntulo, uno de los decenviros de los Libros Sagrados, murió este año, siendo nombrado Aulo Postumio Albino en su lugar. Apulia recibió desde el mar unas nubes de langostas que cubrieron sus campos a lo largo y lo ancho, cubriendo sus enjambres gran parte de ellos. Para impedir la destrucción de los cultivos, se envió a Cneo Sicinio, como pretor con plenos poderes, a Apulia, donde aunque reunió a un gran número de hombres, tardó un tiempo considerable en eliminar la plaga.

El año siguiente, en el que Cayo Popilio y Publio Elio fueron cónsules, se inició con la disputa pendiente del año anterior. Los senadores querían debatir el asunto de los ligures y que se reafirmara el senadoconsulto. El cónsul Elio presentó el asunto a discusión; Popilio, en nombre de su hermano, trató de disuadir tanto a su colega como al Senado de que adoptaran nuevas medidas, declarando públicamente que si se tomaba cualquier decisión él la vetaría. Disuadió a su colega de ir más lejos; pero el Senado, irritado contra ambos cónsules, insistió en proseguir con mayor empeño. Así, cuando llegó el momento de asignar las provincias, con los cónsules deseando la de Macedonia al ser ya inminente una guerra contra Perseo, el Senado decretó la Liguria como provincia para ambos cónsules, negándose a decretarles Macedonia a menos que se debatiera el caso de Marco Popilio. Luego, cuando los cónsules solicitaron que se les permitiera alistar nuevos

ejércitos o refuerzos para los antiguos, les fueron denegadas ambas solicitudes. Dos de los pretores pidieron refuerzos: Marco Junio para la Hispania Citerior y Espurio Lucrecio para la Hispania Ulterior. También se denegaron sus peticiones. Cayo Licinio Craso había recibido la pretura urbana y Cneo Sicinio la peregrina; Cayo Memio recibió Sicilia y a Espurio Cluvio correspondió Cerdeña. Los cónsules estaban enojados con el Senado por las medidas que habían adoptado y, tras fijar las Ferias Latinas para la fecha más temprana posible, hicieron saber que debían partir para sus provincias y que no tenían intención de tratar más asunto público que la administración de estas.

[42,11] Escribe Valerio Antias que Atalo, el hermano del rey Eumenes, fue a Roma durante este consulado, como embajador, para presentar cargos contra Perseo e informar sobre sus preparativos para la guerra. La mayoría de los analistas, y ciertamente aquellos a los que uno da más credibilidad, afirman que vino Eumenes en persona. Así pues, llegado Eumenes a Roma, fue recibido con todos los honores por el pueblo romano, en consideración tanto a sus propios méritos como a los numerosos servicios que había acumulado con tanta profusión. Después de ser introducido en el Senado por el pretor, declaró que su visita a Roma se debía a dos motivos: uno de ellos era su gran deseo de conocer a los dioses y a los hombres a cuyo favor debía su prosperidad actual, tanta que casi ni se atrevía a desear nada más. El otro motivo era el poder alertar al Senado de la necesidad de frustrar los proyectos de Perseo. Comenzando con una revisión de la política de Filipo, describió las circunstancias de la muerte de Demetrio, quien se oponía a la guerra con Roma. *Los bastarnos* -continuó- *fueron inducidos a abandonar sus hogares, confiados en que les ayudaría para invadir Italia. Aunque le sorprendió la muerte mientras aún daba vueltas en su mente a estos proyectos, dejó la corona a quien él sabía que era el mayor enemigo de los romanos. De este modo, su padre había dejado en herencia a Perseo la guerra, legándosela junto con el trono, y desde el primer día de su gobierno todos sus planes se dedicaron a alimentarla y favorecerla. Contaba con abundantes recursos, los largos años de paz habían generado una numerosa generación de hombres en edad militar; aún más, el mismo estaba en la plenitud de su vida, con toda su fuerza y vigor, y con su ánimo fortalecido y disciplinado por el estudio y la práctica de la guerra. Ya desde su niñez había compartido la tienda de su padre, por lo que había adquirido experiencia no sólo en guerras fronterizas, sino incluso en las guerras con Roma durante las distintas expediciones a las que su padre le había enviado. Desde el día en que ascendió al trono había tenido un extraordinario éxito cumpliendo muchas de las cosas que su padre, pese a intentarlas por todos los medios, no pudo lograr ni por la fuerza ni por la astucia; su poder se había visto aumentado por su autoridad personal, esa que solo se adquiere en el transcurso del tiempo, por grandes y numerosos méritos.*

[42,12] *Por otra parte, todas las ciudades de Grecia y Asia respetaban su dignidad. No veo por qué méritos o generosidad se le rendía aquel homenaje, ni podría decir con certeza si esto era debido a su buena fortuna personal o si era, aunque no se atrevía a decirlo, porque su odio contra los romanos le granjeaba las simpatías. Incluso entre los mismos monarcas poseía gran prestigio: se había casado con la hija de Seleuco, y no porque pidiera él su mano, sino que se la habían ofrecido; por otra parte, casó a su hermana con Prusias en respuesta a sus insistentes peticiones. En la celebración de estos dos matrimonios, recibió felicitaciones y regalos de boda por parte de los embajadores de innumerables estados de las más orgullosas naciones, que arroparon, por así decir, las ceremonias nupciales. Los beocios, a pesar de todos los intentos de Filipo, nunca llegaron a establecer un tratado oficial de amistad; hoy estaban registrados los términos de la alianza con Perseo en tres lugares: uno en Tebas, otro en Delos, el más sagrado y famoso de los templos, y el tercero en Delfos. En la reunión del Consejo Aqueo casi habían llegado al punto de dejarle paso libre, hasta que la intervención de unos cuantos amenazó al resto con el poderío de roma. Después de todos los servicios que han prestado a aquel pueblo, ¡y por Hércules, que le resultaba difícil decir si eran mayores los de orden oficial o los privados!, habían decaído los*

honores que se me rendían, en parte por falta de interés y en parte por hostilidad. ¿Quién no sabía ya que, en sus conflictos internos, los etolios acudían al arbitraje de Perseo y no al de los romanos? Aunque contaba con estas amistades y alianzas como apoyo, Perseo había hecho tan amplios preparativos para la guerra en su país como para no necesitar la ayuda externa. Había almacenado trigo para alimenta a treinta mil soldados de infantería y cinco mil de caballería durante diez años, de manera que no necesitaría acudir a sus cosechas ni a las del enemigo. Poseía ya tanto dinero que sus reservas bastaban para pagar diez mil soldados mercenarios, además de sus fuerzas macedonias, durante el mismo periodo. Y, todo esto, independientemente de los ingresos procedentes de las minas reales. En los arsenales, se habían acumulado armas para dotar a tres ejércitos como aquel. Tenía a Tracia como fuente inagotable de la que obtener hombres para el combate, suponiendo que le fallara el suministro de macedonios.

[42,13] Cerró su discurso con una grave exhortación: *Estos hechos que os expongo, padres conscriptos, no son algo basado en vagos rumores, ni habladurías contra un enemigo que os presento a modo de acusaciones que desearía fuesen ciertas; cuanto os he relatado es fruto de mis propias indagaciones y descubrimientos, efectuados como si me hubieseis enviado en una misión de espionaje y os estuviera informando de cuanto he visto con mis propios ojos. No habría dejado mi reino, al que habéis concedido tanta grandeza y prestigio, para emprender tan largo viaje, cruzando el mar, simplemente para perder toda mi credibilidad ante vosotros contándoos historias sin fundamento. Vi a las más famosas ciudades de Grecia y Asia dejar traslucir sus intenciones día tras día; pronto, si se les permite, habrán llegado tan lejos que no habrá lugar al arrepentimiento. He visto cómo Perseo no se limitaba a sus propias fronteras, capturando por las armas diversas plazas y, en aquellas que no pudo por la fuerza, ganándolas mediante favores y benevolencia. He observado cuán desigual era la situación; él preparándose para la guerra contra vosotros y vosotros asegurándole la paz, aunque lo cierto es que a mí me parecía que más que preparando la guerra estaba, en realidad, ya haciéndola. Echó de su reino a Abrúpolis, vuestro amigo y aliado. A Artetauro, el ilirio que era vuestro amigo y aliado, lo hizo matar al descubrir os que había escrito. Se encargó de quitar de en medio a Eversa y a Calícrito, hombres principales de Tebas, por haber hablado demasiado francamente contra él, en la asamblea de los beocios, y por haber hecho saber que os informarían sobre cuanto estaba sucediendo. Envió ayuda a los bizantinos, violando el tratado; llevó la guerra a Dolopia; marchó con su ejército atravesando Tesalia y Doris para que, si estallaba la guerra civil, pudiera quebrar al bando mejor ayudando al peor. Provocó el desorden generalizado en Tesalia y Perrebia ante la perspectiva de la cancelación de todas las deudas, de manera que la masa de deudores pudiera aplastar a la aristocracia que era su acreedora. Como habéis permanecido inactivos y le habéis consentido todo esto, y en vista de que, por lo que a vosotros respecta, Grecia le ha sido entregada a él, da por sentado que nadie reunirá grupos armados para oponérsele antes de que haya desembarcado en Italia. Debéis considerar hasta qué punto resulta honorable y seguro para vosotros el seguir con esta política. Yo, en todo caso, consideré que sería vergonzoso para mí el que Perseo llegara y llevara la guerra a Italia antes de que yo, vuestro aliado, viniera y os hubiera advertido para que os pusierais en guardia. He cumplido con el deber que me correspondía y me he aliviado de lo que preocupaba a mi lealtad. ¿Qué puedo hacer más, salvo rezar a dioses y diosas para que cuidéis tanto del verdadero interés de vuestra república como de nosotros, vuestros aliados y amigos, que dependemos de vosotros?*

[42.14] Este discurso causó una gran impresión en los padres conscriptos; pero, de momento, nadie fuera de ella pudo enterarse de nada más que del hecho de que el rey estaba en la Curia, con tanto silencio se rodeó el recinto del Senado. Sólo cuando hubo terminado la guerra se supo lo que había dicho el rey y lo que le había respondido el Senado. Pocos días después se concedió audiencia a los embajadores del rey Perseo. Pero como las mentes, tanto como los oídos, de los senadores habían sido captadas por el rey Eumenes, todo cuanto dijeron los embajadores macedonios a modo

de justificación o disculpa no encontró audiencia. El descaro de Harpalo, el jefe de la embajada, exasperó aún más los ánimos. Dijo que el rey estaba ansioso de que se le creyera cuando decía que no había dicho ni hecho nada hostil. Si, no obstante, veía que ellos se empeñaban en encontrar un pretexto para la guerra, se defendería con resolución y valor; en cambio, vio que estaban obstinadamente empeñado en encontrar un pretexto para la guerra, que debe depender de sí mismo con la resolución y valor; Marte es el mismo para todos y el resultado de la guerra es incierto.

Todas las ciudades de Grecia y Asia estaban muy interesadas por cómo se habían desempeñado tanto Eumenes como los embajadores de Perseo ante el Senado. La mayoría de ellas, al enterarse de la llegada a Roma del hombre que, en su opinión, más podría influir en los romanos en cuanto al desarrollo de los acontecimientos, enviaron delegaciones, aparentemente para discutir otras cuestiones. Una de ellas fue Rodas, pues su jefe, Sátiro, estaba seguro de que Eumenes había incluido a su ciudad en la acusación contra Perseo. En consecuencia, hizo todo lo posible a través de sus amigos y clientes para poder tener la oportunidad de enfrentarse al rey con sus argumentos ante el Senado. Al no tener éxito en esto, denunció al rey con desmedidas invectivas, diciendo que él había levantado a los licios contra los rodios y resultaba una opresión mayor para Asia de lo que nunca lo había sido Antíoco. Empleó palabras que complacían a los pueblos de Asia, pues hasta allí habían llegado las simpatías por Perseo, pero que no resultaron aceptables al Senado ni le fueron de utilidad a él ni a sus conciudadanos. La hostilidad mostrada contra Eumenes por las distintas ciudades decidió aún más a los romanos a su favor; acumularon sobre él todos los honores y le hicieron los regalos más valiosos, incluyendo una silla curul y un cetro de marfil.

[42,15] Tras despedir a las delegaciones, Hárpalo regresó a Macedonia a la mayor brevedad posible e informó al rey de que había dejado a los romanos sin preparar aún la guerra, desde luego, pero tan resentidos contra él que era indudable que empezarían a hacerlo en breve. El propio Perseo creía también que los acontecimientos tomarían este giro, e incluso deseaba que ocurriera así pues consideraba que se encontraba en lo más alto de su poder. Eumenes era el hombre al que más odiaba de todos, por lo que se decidió a iniciar la guerra mediante el derramamiento de su sangre. Para ello, sobornó a Evandro de Creta, general de las milicias auxiliares, y a tres macedonios que solían colaborar en crímenes de esta clase, para matar al rey, entregándoles una carta para Praxo, con la que tenía relaciones de hospitalidad y la mujer más rica e influyente de Delfos. Había certeza de que Eumenes subiría a Delfos para ofrecer un sacrificio a Apolo. Lo único que los asesinos precisaban para ejecutar su plan era un lugar apropiado, por lo que ellos y Evandro se adelantaron a explorar los alrededores para encontrar uno.

Según se sube al templo desde Cirra, antes de llegar a la parte más edificada, existe a la izquierda un pequeño muro que corre paralelo a un camino, algo apartado de su base y tan estrecho que solo permite el paso en fila de a uno; a la derecha, un corrimiento de tierras había provocado un brusco terraplén de cierta profundidad. Los conspiradores se ocultaron detrás de este muro y colocaron allí unos escalones a los que encaramarse, de modo que pudieran lanzar sus proyectiles contra el rey cuando pasara por debajo, como si estuvieran en una muralla. Cuando llegó desde el mar, iba rodeado por una multitud compuesta por sus amigos y guardaespaldas; luego, como el camino se estrechara, solo unos pocos podían caminar lado a lado. Cuando llegaron al lugar por el que tenían que pasar de uno en uno, Pantaleón, uno de los notables etolios con el que había entablado conversación el rey, fue el primero en entrar por el camino. En este momento, los asesinos se dejaron ver sobre el muro y dejaron caer dos enormes piedras: una alcanzó al rey en la cabeza y la otra en su hombro. Perdido el conocimiento por el golpe, rodó por el sendero hacia la pendiente y le cayeron después muchas piedras por encima mientras yacía tendido. Todos los demás, guardias y amigos, huyeron, con la excepción de Pantaleón, que se quedó valerosamente para proteger al rey.

[42.16] Los asesinos podrían haber dado la vuelta al muro para acabar fácilmente con el rey;

pero, en lugar de esto, huyeron hacia la cima del Parnaso como si hubieran dando fin a su plan, y con tantas prisas que los otros dieron muerte a uno de ellos, que los retrasaba en su huida, para impedir que los delatara si le capturaban. En primer lugar los amigos del rey, seguidos luego por los guardias y esclavos, corrieron a donde yacía su cuerpo. Lo levantaron, todavía aturdido por el golpe e inconsciente, aunque vivo, y comprendiendo por el calor de su cuerpo y el aliento que aún quedaba en sus pulmones que aún quedaba alguna esperanza, aunque remota de que se recuperara. Algunos de los guardias siguieron las huellas de los asesinos y ascendieron hasta la cima del Parnaso, pero su trabajo fue en vano y tuvieron que regresar de su infructuosa búsqueda. Los macedonios, tras haber planeado el crimen con tanta determinación como audacia, lo abandonaron de manera irreflexiva y cobarde. Al día siguiente, el rey había recuperado la consciencia y fue llevado a la nave. Se dirigieron en primer lugar a Corinto y después, desde allí, metiendo los barcos por el cuello del Istmo, siguieron viaje a Egina. Aquí se le atendió con tanto secreto, sin admitir visita alguna en su habitación, que llegó a Asia el rumor de que había muerto. Incluso Atalo lo creyó, y con más rapidez de lo que correspondía a la armonía entre los hermanos, pues habló con la esposa de su hermano y con el prefecto de la ciudadela como si fuera ya el indiscutible heredero del reino. Eumenes no se olvidó de esto, y aunque había decidido disimular su resentimiento y guardar silencio, no pudo contenerse y, en su primera reunión, le reprochó sus prisas por cortejar a su esposa. El rumor de su muerte llegó incluso a Roma.

[42,17] Más o menos por esa época, Cayo Valerio, que había sido enviado a Grecia como embajador para ver cómo estaban las cosas y enterarse de los planes de Perseo, regresó con un informe que concordaba en todos sus puntos con las acusaciones presentadas por Eumenes. Había traído consigo de vuelta desde Delfos a Praxo, la mujer cuya casa había sido el lugar de reunión de los asesinos, y también a Lucio Ramio, un natural de Brindisi que presentó la siguiente información ante el Senado: Ramio era un destacado ciudadano de Brindisi que solía alojar en su casa a los generales romanos y a los embajadores distinguidos de los pueblos extranjeros, en especial a los miembros de familias reales. Por este motivo, aunque no directamente, había entrado en relación con Perseo, y cuando recibió una carta que le ofrecía la posibilidad de una relación más cercana y, por lo tanto, de una gran fortuna, fue a visitar al rey. En poco tiempo entró en relaciones muy estrechas con él, participando con más frecuencia de lo que hubiera deseado en conversaciones confidenciales. De hecho, el rey le insistió con persistencia, y prometiéndole grandes recompensas, para que, ya que todos los generales romanos y los embajadores aceptaban habitualmente su hospitalidad, dispusiera que se le administrase veneno a las personas cuyos nombres Perseo le proporcionara. Sabía que la preparación de algo así resultaba muy difícil y peligroso, pues hay que contar con muchos para su ejecución y, además, nunca se sabe a ciencia cierta si los medios son lo bastante eficaces o seguros contra cualquier descubrimiento. Por lo tanto, él le proporcionaría un veneno que no podía ser detectado en modo alguno, ni mientras se suministraba ni después. Ramio temía que, si se negaba, pudiera ser el primero con el que se probara el veneno, por lo que prometió hacer lo que el rey le pedía y partió hacia su casa. Sin embargo, no deseaba regresar a Brindisi sin haber visto a Cayo Valerio, de quien le dijeron que estaba en las cercanías de Calcis. Expuso aquellos hechos ante él y, siguiendo sus instrucciones, volvió con él a Roma donde, introducido en el Senado, narró lo que había ocurrido.

[42,18] Esta información, añadida a la que había proporcionado Eumenes, aceleró su conclusión de que Perseo era un enemigo; reconocieron que no había estado planeando una guerra honorable con la actitud propia de un rey, sino que seguía su camino usando de todos los medios criminales como el asesinato y el envenenamiento. Se dejó la dirección de la guerra a los nuevos cónsules. Por el momento, sin embargo, se decidió que Cneo Sicinio alistara una fuerza que debería ser trasladada a Brindisi, desde donde navegaría a la mayor brevedad posible hacia Apolonia y el Epiro, ocupando las ciudades de la costa para que el cónsul al que correspondiera Macedonia

pudiera hallar fondeadero seguro y desembarcar sus hombres cómodamente. Eumenes había estado detenido durante un tiempo considerable en Egina, pues la naturaleza peligrosa de sus heridas hizo su recuperación lenta y difícil. En cuanto le resultó seguro moverse, marchó hacia Pérgamo y empezó a realizar los preparativos con el mayor empeño. El reciente atentado de Perseo aumentó su vieja enemistad con él y resultó ser un poderoso acicate. Llegaron hasta allí unos embajadores de Roma para felicitarlo por haber escapado a un peligro tan grande para su vida. La guerra de Macedonia se aplazó aquel año y casi todos los pretores partieron hacia sus provincias, con la excepción de Marco Junio y Espurio Lucrecio. A estos les habían correspondido las provincias de Hispania y, después de reiteradas peticiones, consiguieron finalmente que el Senado permitiera que se reforzara su ejército. Se les dio órdenes de alistar tres mil infantes y ciento cincuenta jinetes romanos y cinco mil infantes y trescientos jinetes aliados. Esta fuerza fue trasladada a Hispania junto con los nuevos pretores.

[42,19] Durante este año, gracias a la revisión efectuada por el cónsul Postumio, se recuperó para el Estado gran cantidad de tierras públicas en Campania de las que se habían apropiado los particulares; Marco Lucrecio, uno de los tribunos de la plebe, presentó una propuesta de ley para que los censores sacaran a subasta las tierras campanas para ser cultivadas, lo que no se había llevado a cabo desde la caída de Capua, resultando en consecuencia que la codicia de los ciudadanos particulares se apropió de las tierras no ocupadas. La guerra ya estaba decidida, aunque todavía no se había declarado, y el Senado estaba a la espera de ver cuáles de los monarcas apoyaban su causa y cuáles a Perseo. Justo entonces llegó una embajada de Ariarates, trayendo con ellos al hijo, aún niño, del rey. Explicaron que el rey había enviado a su hijo para ser educado en Roma, de manera que desde su infancia se pudiera familiarizar con las costumbres y las gentes de Roma. Pedía que le permitieran quedarse no solo a cargo de amigos particulares, que lo alojarían, sino también, por así decirlo, bajo la tutela del Estado. El Senado se mostró muy satisfecho por la propuesta y promulgó un decreto para que el pretor Cneo Sicinio dispusiera una mansión donde pudieran vivir el hijo del rey y su séquito. También llegaron embajadores de Tracia, junto con los medos, cepnates y astos, para pedir alianza y amistad. Se les concedió su petición y se entregó a cada uno un regalo de dos mil ases. Hubo gran satisfacción al recibir a estos pueblos como aliados, ya que la Tracia quedaba en la retaguardia de Macedonia. No obstante, para tener completo conocimiento de la situación en Asia y las islas, se envió a Tiberio Claudio Nerón y a Marco Decimio con instrucciones de visitar Creta y Rodas, renovar las relaciones de amistad y, al mismo tiempo, averiguar si los aliados de Roma habían sido alterados por Perseo.

[42,20] Mientras la Ciudad estaba esperaba tensamente una nueva guerra, un rayo destruyó de arriba abajo la columna rostral erigida en el Capitolio durante la Guerra Púnica con motivo de la victoria del cónsul Marco Emilio, que tuvo por colega a Servio Fulvio. Este suceso fue considerado un prodigio y sometido a la consideración del Senado. Los decenviros de los Libros Sagrados anunciaron que la Ciudad debía someterse a una lustración; se debían ofrecer rogativas o oraciones especiales y se debían sacrificar víctimas adultas tanto en Roma, en el Capitolio, como en Campania, en el promontorio de Minerva. Además, en cuanto fuera posible se debían celebrar unos juegos durante diez días en honor de Júpiter Óptimo Máximo. Todas estas prescripciones fueron cumplidas escrupulosamente. La respuesta de los augures fue en el sentido de que el signo era favorable, ya que presagiaba la ampliación de las fronteras y la destrucción de los enemigos, pues los espolones de los buques que la tormenta había derribado se habían tomado como botín al enemigo. Otros incidentes aumentaron el temor religioso. Se informó de que durante tres días estuvo lloviendo sangre en Saturnia; nació un asno con tres patas y un toro, junto con cinco vacas, murieron alcanzados por un solo rayo en Calacia; en Osimo había llovido tierra. En expiación de estos signos, se ofrecieron sacrificios y rogativas especiales durante un día, celebrándose unas ferias.

[42,21] Hasta este momento, los cónsules no habían partido hacia su provincia, pues no cumplían la decisión del Senado de discutir la cuestión de la actitud de Popilio y los senadores estaban decididos a no adoptar ninguna otra resolución hasta que se resolviera aquel asunto. Su disgusto con Popilio se acentuó al recibir una carta suya en la que notificaba que había librado otra batalla contra los ligures estatelates y que había dado muerte a seis mil de ellos. Esta acción inicua condujo a que el resto de los ligures se levantara en armas. Ahora, sin embargo, no solo se atacaba al ausente Popilio por, con desprecio de todo derecho humano y divino, haber comenzado una guerra de agresión contra un pueblo que se había sometido; también se censuraba gravemente a los dos cónsules por no haber partido hacia su provincia. Esta actitud del Senado determinó a dos de los tribunos de la plebe, Marco Marcio Sermo y Quinto Marcio Escila, a advertir a los cónsules de que si no marchaban para su provincia les impondrían una multa. También leyeron ante el Senado los términos de una propuesta de ley que tenían la intención de presentar en relación con el tratamiento a los ligures que se habían sometido. En ella se disponía que si antes del próximo primero de agosto no se devolvía la libertad a cualquiera de los estatelos que se habían rendido, El Senado bajo juramente debía encargar a un magistrado que buscara y castigara a aquellos por cuyo criminal comportamiento se les hubiera reducido a esclavitud. Promulgaron este proyecto de ley con la sanción del Senado. Antes de que los cónsules dejaran la Ciudad, el Senado concedió audiencia a Cayo Cicereyo en el templo de Belona. Este, tras informar de sus operaciones en Córcega, solicitó un triunfo, que se le negó, y lo celebró en el monte Albano sin la sanción del Senado, cosa que se había vuelto muy habitual. La plebe acogió y aprobó por gran mayoría la propuesta de Marcio acerca de los ligures. En cumplimiento de esta sanción, Cayo Licinio consultó al Senado sobre a quién se elegiría para llevar a cabo la investigación, ordenándole el Senado que la efectuara él mismo.

[42,22] Entonces, por fin, los cónsules partieron hacia su provincia y se hicieron cargo del ejército de Marco Popilio. Este, sin embargo, no se atrevió a regresar a Roma, donde el Senado le era hostiles y el pueblo todavía más, por temor a tener que comparecer a juicio ante el pretor que había presentado ante el Senado la resolución en su contra. Su reluctancia llevó a que los tribunos de la plebe amenazaran con la presentación de una segunda propuesta por la que, si no se presentaba en la Ciudad antes de los idus de noviembre, Cayo Licinio le juzgaría en ausencia y pronunciaría su veredicto. Obligado a volver por esta amenaza, se presentó ante el Senado en un ambiente de antipatía. Después de muchos de los senadores le hubieran atacado con amargas invectivas, la Cámara aprobó una resolución por la que los pretores Cayo Licinio y Cneo Sicinio debían encargarse de devolver la libertad a todos los ligures que no se habían alzado en armas contra Roma desde el consulado de Quinto Fulvio y Lucio Manlio, así como de que el cónsul Cayo Popilio les asignara tierras al otro lado del Po. Gracias a este senadoconsulto, mucho miles recobraron la libertad y se les trasladó al otro lado del Po, donde se les asignaron tierras. Marco Popilio, en virtud de la Ley Marcia, compareció dos veces ante Cayo Licinio. A la tercera ocasión, el pretor, por congraciarse con el cónsul y cediendo a los ruegos de la familia Popilia, ordenó al acusado que compareciese nuevamente el quince de marzo, día en que los nuevos magistrados tomarían posesión del cargo, por lo que no tendría ya que pronunciarse al haberse convertido en un ciudadano particular. De esta manera se evadió el decreto sobre los ligures mediante un subterfugio.

[42.23] Se encontraban por entonces en Roma unos embajadores cartagineses, al igual que Gulusa, hijo de Masinisa. Se produjo una acalorada discusión entre ellos en el Senado. La queja de los cartagineses era que, además del territorio sobre el que se había enviado desde Roma una comisión para estudiar la situación sobre el terreno, Masinisa se había apoderado por la fuerza, durante los últimos dos años, de más de setenta ciudades y fortalezas sobre suelo cartaginés, cosa fácil para un hombre sin escrúpulos como él. Tal y como les obligaba el tratado, los cartagineses no

tomaron medida alguna, pues les estaba prohibido llevar sus armas más allá de sus fronteras, aún sabiendo que si expulsaban a los númidas de allí estarían combatiendo dentro de sus propias fronteras. Les detenía, sin embargo, aquella cláusula bien clara del tratado que les prohibía expresamente hacer la guerra contra los aliados de Roma. Sin embargo, los cartagineses expresaron que ya no podían seguir soportando su insolencia, crueldad y avaricia, exponiendo que habían sido enviados para implorar al Senado que les concediera una de estas tres peticiones: que arbitrasen entre ellos y Masinisa, decidiendo con justicia qué pertenecía a cada uno de ellos; que dieran a los cartagineses libertad para defenderse a sí mismos contra los ataques injustificados mediante una guerra justa y legítima, o, finalmente, si en los senadores pesaban más las simpatías personales que la verdad, que señalaran de una vez para siempre qué posesiones ajenas deseaban regalar a Masinisa. El Senado, en todo caso, haría su regalo con más moderación y ellos podrían saber cuánto se había otorgado, mientras que Masinisa no se pondría más límite que el determinado por su codicia y ambición. Si no fueran a obtener ninguna de estas peticiones y si habían faltado de algún modo después que Publio Escipión les concediera la paz, que fuesen entonces los propios romanos los que los castigasen; preferían la seguridad de la servidumbre bajo Roma, antes que la libertad expuestos a los abusos de Masinisa. De hecho, sería mejor para ellos perecer de una vez antes que seguir alentando a merced de un cruel verdugo. Tras estas palabras, rompieron a llorar y se postraron sobre sus rostros, postrados como estaban allí, despertaron tanta compasión sobre ellos mismos como animadversión contra el rey.

[42.24] El Senado decidió pedir a Gulusa una respuesta a estos cargos o, si lo prefería, que expusiera antes cuál era el objeto de su venida a Roma. Gulusa contestó diciendo que se encontraba en un aprieto al tener que enfrentarse con cuestiones sobre las que no había recibido instrucciones de su padre, aunque tampoco a este le habría resultado fácil darle tales instrucciones, pues los cartagineses no le habían dado indicación alguna de que fuesen a plantear tal asunto ni de su intención de visitar Roma. Durante varias noches, su Consejo se había reunido en el interior del templo de Esculapio donde, entre otras cosas, se decidió mandar embajadores a Roma con instrucciones selladas. Esta fue la razón por la que su padre lo envió a Roma, para que pidiera al Senado que no diera ningún crédito a las acusaciones que sus comunes enemigos presentaran en su contra; la única razón para su odio era su inquebrantable lealtad al pueblo de Roma. Después de dar audiencia a ambas partes, el Senado debatió sobre las peticiones de los cartagineses y ordenó que se les diera la siguiente respuesta: *Place al Senado que Gulusa parta de inmediato hacia Numidia y anuncie a su padre que debe mandar embajadores a Roma en cuanto pueda para que atiendan a las quejas de los cartagineses; deberá además advertir a los cartagineses para que comparezcan y expongan su caso. El Senado está dispuesto a conceder en el futuro a Masinisa tantos honores como en el pasado, pero no podía permitir que el respeto personal sustituyera a la justicia. Era su deseo que cada cual poseyera su propia tierra y no era su intención fijar nuevas fronteras, sino preservar las antiguas. Cuando los cartagineses fueron vencidos, se les permitió conservar su ciudad y su territorio; por esto no se les debía robar en tiempo de paz aquello de lo que no se les había desposeído según el derecho de guerra.* Así, se despidió al joven príncipe y a los cartagineses, se entregó a cada parte los regalos habituales, tratándoseles por otra parte con hospitalidad y cortesía.

[42.25] Por esta misma época regresaron de su misión Cneo Servilio Cepión, Apio Claudio Cento y Tito Annio Lusco, los tres embajadores que habían sido enviados a exigir satisfacción y a romper el tratado de amistad con Perseo. Su informe de cuanto habían visto y escuchado aumentó todavía más los ánimos de los senadores contra Perseo. Contaron que habían sido testigos de los más activos preparativos para la guerra en todas las ciudades de Macedonia. Cuando fueron a visitar al rey, no se les concedió la oportunidad de verlo durante muchos días; finalmente, considerando que esperar una entrevista era algo sin esperanza, partieron hacia casa; solo entonces fueron

llamados y admitidos a la presencia del rey. El resumen de la esencia del discurso que le dirigieron era que se había firmado un tratado con Filipo y, tras la muerte de su padre, se había renovado con él; que en aquel había unas cláusulas que le prohibían expresamente llevar sus armas más allá de sus fronteras o provocar mediante ataques armados a los aliados de Roma. Le repitieron a continuación cuando habían oído declarar a Eumenes ante el Senado, todo lo cual resultó ser cierto. Además, recordaron al rey que durante varios días había mantenido entrevistas secretas en Samotracia con delegados de las ciudades de Asia. El Senado consideraba justo que diera una satisfacción por estos actos ilícitos y que devolviera a ellos y a sus aliados cuanto el rey les había arrebatado a despecho de las cláusulas del tratado.

Ante todo esto, el rey encendió en cólera y habló de forma inmoderada. Acusó a los romanos de codicia y arrogancia, protestando airadamente por mandarle una embajada tras otra para espiar sus palabras y actos, pues consideraban que tenían derecho a que él dijera e hiciera todo como en obediencia a sus órdenes. Por fin, después de una larga y violenta arenga, les dijo que regresaran al día siguiente, pues quería darles su respuesta por escrito. En esta venía a decir que el tratado concluido con su padre en nada le afectaba a él; que había consentido en su renovación no porque lo aprobara, sino porque cuando se acaba de acceder al trono hay que consentirlo todo. Si querían firmar un nuevo tratado con él, se tendrían que poner de acuerdo en cuanto a sus términos; si estaban dispuestos a establecer un tratado en términos de igualdad, él vería que debía hacer y estaba seguro de que ellos, por su parte, actuarían según los mejores intereses de su República. Tras esto, se apresuró a salir y se empezó a hacer salir a todos de la sala de audiencias, aunque no antes de que los embajadores replicaran que ellos denunciaban formalmente el tratado de alianza y amistad. Ante aquellas palabras, él se detuvo y en un acceso de cólera les advirtió para que abandonases sus dominios antes de tres días. Bajo tales circunstancias abandonaron el país, sin haber recibido atención u hospitalidad alguna durante toda su estancia. A continuación, se otorgó audiencia a los embajadores de Tesalia y Etolia. El Senado, con el objeto de saber con qué generales podría contar la República, mandó órdenes escritas a los cónsules para que uno de ellos, el que pudiera, regresara a Roma para celebrar las elecciones de magistrados.

[42,26] Durante aquel año, los cónsules no habían hecho por la República nada digno de ser recordado, pues había parecido que lo más conveniente a los intereses del Estado sería calmar la exasperación de los ligures. Estándose ya a la espera de la guerra con Macedonia, cayó también bajo sospecha Gencio, el rey de los ilirios. Unos embajadores de los iseos habían presentado quejas contra él ante el Senado por haber causado estragos en sus fronteras, afirmando que él y Perseo estaban en completa armonía entre sí y que estaban planeando la guerra contra Roma en estrecha cooperación. Se habían enviado espías ilirios a Roma por instigación de Perseo, aparentemente como embajadores pero, en realidad, para averiguar cuanto estuviera ocurriendo. Se convocó a los embajadores ilirios ante el Senado; estos declararon que habían sido enviados por el rey para descargarlo de las acusaciones que los iseos pudieran hacer en su contra. Se les preguntó entonces por qué, en tal caso, no se habían presentado a los magistrados apropiados, de manera que se les hubiese proporcionado alojamiento y que el motivo de su llegada se hubiera hecho de conocimiento público. Como no supieran qué contestar, se les ordenó que abandonasen el Senado y se acordó que no se les daría contestación como embajadores, pues no habían efectuado ninguna solicitud formal para presentarse ante la Cámara. Se decidió que se mandarían embajadores a Gencio para informarle de las quejas presentadas contra él por los aliados y hacerle saber que el Senado consideraba que actuaba indebidamente al no abstenerse de dañar a los aliados de Roma. Los embajadores fueron Aulo Terencio Varrón, Cayo Pletorio y Cayo Cicereyo. Los delegados a quienes se había enviado para visitar a los monarcas aliados, regresaron de Asia informando de que se habían entrevistado con Eumenes en Egina, con Antíoco en Siria y con Tolomeo en Alejandría; contaron que Perseo se había aproximado a todos ellos, pero que se mantenían completamente fieles a sus compromisos con Roma y que se comprometieron a hacer cuando el pueblo romano

considerase necesario. También habían visitado las ciudades aliadas, quedando satisfechos de su fidelidad con una sola excepción: Rodas. Allí se encontraron a sus ciudadanos vacilantes e imbuidos por las ideas de Perseo. Habían llegado unos embajadores de Rodas para exculpar a su ciudad de las acusaciones que sabían se estaban lanzando contra ellos; el Senado, no obstante, decidió no concederles audiencia hasta que hubieran entrado en funciones los nuevos cónsules.

[42.27] Se decidió no retrasar los preparativos para la guerra. Se ordenó al pretor Cayo Licinio que seleccionara, de los viejos quinquerremes varados en los astilleros de Roma, aquellos susceptibles de ser puestos en servicio, reparando y equipando cincuenta buques. Si no podía recuperar aquel número, debía escribir a su colega Cayo Memio, en Sicilia, para hiciera reacondicionar y preparar para el servicio los buques que estaban en aguas de Sicilia, de manera que se pudiesen enviar lo antes posible a Brindisi. Cayo Licinio debía alistar tripulaciones para veinticinco buques, de entre los ciudadanos romanos libertos; para las otras veinticinco naves, Cneo Sicinio reclamaría el mismo número de los aliados, obteniendo además de ellos una fuerza de ocho mil infantes y quinientos jinetes. Aulo Atilio Serrano, que había sido pretor el año anterior, fue escogido para hacerse cargo de aquellos soldados en Brindisi y llevarlos a Macedonia. Para que Cneo Sicinio pudiera tener un ejército ya dispuesto al embarque, Cayo Licinio fue autorizado por el Senado para escribir al cónsul Cayo Popilio, pidiéndole que diera órdenes a la Segunda Legión, cuya mayor parte había estado sirviendo en Liguria, y a un contingente aliado de cuatro mil infantes y doscientos jinetes, para que se encontraran en Brindisi el trece de febrero. Se ordenó a Cayo Sicinio que, con esta flota y ejército, mantuviese la provincia de Macedonia hasta que llegara su sucesor, prorrogándose su mando durante un año. Todas las medidas que decidió el Senado fueron cumplidas con prontitud, y se puso al mando de ellos a Lucio Porcio Licinio con la misión de llevarlos a Brindisi; desde Sicilia se enviaron doce. Sexto Digicio, Tito Juvencio y Marco Cecilio fueron enviados a Apulia y Calabria para compara trigo con destino a la flota y al ejército. Cuando todos los preparativos se completaron, Cneo Sicinio abandonó la Ciudad, vistiendo el paludamento, de camino a Brindisi.

[42,28] Hacia el final del año regresó a Roma el cónsul Cayo Popilio, con mucho retraso a cuando el Senado consideraba que lo debía haber hecho, en vista de la urgencia por elegir nuevos magistrados y la inminencia de una guerra tan grave. Por ello, no tuvo una acogida muy favorable cuando, en el templo de Belona, dio cuenta de sus actos en Liguria. Se le interrumpió frecuentemente, preguntándole por qué no había devuelto su libertad a los ligures después del injusto trato al que los sometió su hermano. Se fijó la fecha para los comicios consulares, que se llevaron a cabo once días antes de las calendas de marzo. Los nuevos cónsules fueron Publio Licinio Craso y Cayo Casio Longino *(171 a.C.)*. Al día siguiente, fueron elegidos pretores Cayo Sulpicio Galba, Lucio Furio Filo, Lucio Canuleyo Dives, Cayo Lucrecio Galo, Cayo Caninio Rebilo y Lucio Vilio Annal. Las provincias asignadas a estos pretores fueron las dos preturas de Roma, la urbana y la peregrina, Hispania, Sicilia y Cerdeña; un pretor quedaría exento del sorteo, para que el Senado pudiera disponer de él. El Senado ordenó a los cónsules electos que ofreciesen los obligados sacrificios de víctimas adultas, con preces para que la guerra que el pueblo romano tenía en mente acometer tuviera un desenlace favorable. En la misma sesión, el Senado decretó que el cónsul Cayo Popilio debe hacer una promesa mediante voto, para que si la república permanecía sin pérdidas ni cambios durante diez años, se celebrarían unos Juegos en honor de Júpiter Óptimo Máximo durante diez días y se efectuarían ofrendas en todos los altares. De conformidad con este decreto, el cónsul prometió con voto en el Capitolio la celebración de los Juegos y la ofrenda en todos los altares, con el gasto que determinase el Senado en una sesión en la que estuvieran presentes no menos de ciento cincuenta senadores. Lépido, el Pontífice Máximo, dictó las palabras del juramento que luego repetía el cónsul. Aquel año murieron dos sacerdotes del culto público, Lucio Emilio Papo, decenviro de los Libros Sagrados, y el pontífice Quinto Fulvio Flaco, que había sido censor el año

anterior. Este último tuvo una muerte trágica. Sus dos hijos estaban sirviendo con las armas en Iliria, y él recibió noticias de que uno había muerto y que el otro estaba gravemente enfermo. Entre el dolor y la ansiedad, su ánimo se derrumbó y, por la mañana, al entrar los esclavos en su habitación, lo encontraron colgado con una cuerda al cuello. Corría la opinión, hacia el final de su censura, de que no estaba en sus cabales y decían las gentes que Juno Lacinia, en venganza por haber expoliado su templo, le había arrebatado la razón. Marco Valerio Mesala fue nombrado decenviro de los Libros Sagrados en lugar de Emilio, y Cneo Domicio Ahenobarbo, un hombre joven, fue elegido para suceder a Fulvio como pontífice.

[42,29] Cuando Publio Licinio y Cayo Casio comenzaron su consulado, no sólo la Ciudad de Roma, sino todos los reyes y las ciudades de Europa y Asia estaban preocupados por la inminente guerra entre Roma y Macedonia. Eumenes había considerado durante mucho tiempo a Macedonia como su enemiga, y ahora tenía un nuevo incentivo a su hostilidad al haber escapado por poco de ser sacrificado como una víctima en Delfos, a causa de la traición del rey. Prusias, el rey de Bitinia, había decidido no tomar parte en el conflicto, sino esperar tranquilamente el desarrollo de los acontecimientos, pues estaba seguro de que los romanos no considerarían justo que él tomase las armas contra su cuñado; y si Perseo salía victorioso, contaba con lograr su favor a través de su hermana. Ariarates, rey de Capadocia, además de haber prometido personalmente ayudar a los romanos, ahora que estaba emparentado por matrimonio con Eumenes compartía en todo su política, tanto en la paz como en la guerra. Antíoco estaba amenazando a Egipto, menospreciando la niñez del rey y la ignorancia y negligencia de sus tutores, pensando que, al plantear la cuestión de Celesiria, tendría un buen pretexto para la guerra, a la que podría dar buen fin por estar los romanos ocupados en la guerra con Macedonia. Había hecho, sin embargo, todo tipo de promesas de ayuda para la guerra al Senado, bien mediante sus propios embajadores en Roma o personalmente, a los embajadores que Roma le había enviado. Debido a su edad, Tolomeo estaba bajo tutela; sus tutores se estaban preparando para la guerra contra Antíoco, para mantener su dominio de Celesiria, y al mismo tiempo prometían a los romanos toda su ayuda en la guerra contra Macedonia. Masinisa prestó su ayuda mediante el suministro de trigo, y se disponía en enviar a la guerra una fuerza de auxiliares provista de elefantes, así como a su propio hijo, Misagenes. Había trazado sus planes, no obstante, para cubrirse ante cualquier giro de la fortuna: si la victoria caía del lado de los romanos, las cosas seguirían como estaban, sin necesidad de hacer ningún otro avance, pues los romanos no permitirían ninguna agresión contra los cartagineses. Si se rompía el poder de Roma -la única protección de los cartagineses- toda África sería suya. Gencio, rey de los ilirios, había atraído sobre sí las sospechas, pero sin llegar tan lejos como para dejar claro a qué bando apoyaría; daba la impresión de que, a quien quiera que apoyase, lo haría más por impulsividad que por política. El tracio Cotis, rey de los odrisas, hacía ya tiempo que había tomado partido por Macedonia.

[42,30] Estas eran las posiciones de los monarcas respecto a la guerra. Entre las naciones libres y los pueblos, la gente común, como de costumbre, estaba prácticamente a favor de la parte peor y apoyaba al rey y a los macedonios. Entre las clases dirigentes se podían observar diversidad de opiniones y simpatías. Una parte llegaba tan lejos en su admiración por los romanos que vio deteriorada su influencia por culpa de su excesiva parcialidad; a otros les atraía la justicia del dominio romano y a otro grupo, más numeroso, la posibilidad de obtener el poder en sus propias ciudades mediante notables servicios. Otra parte estaba formada por los aduladores del rey: a unos les movía la presión de sus deudas y la desesperanza por su situación en caso de que las cosas siguieran como estaban; a otros los empujaba la volubilidad de su carácter, pues apoyaban a Perseo por puro capricho a causa de su popularidad. Un tercer grupo, compuesto por los hombres más sensatos y respetables, preferían, en caso de que hubieran de elegir un amo, a los romanos antes que al rey. De haber estado en libertad para elegir su condición, no habrían deseado que ninguna de las partes viniera a ser más poderosa mediante la derrota de la otra, sino que las fuerzas de ambas

hubieran quedado equilibradas y que se estableciese una paz duradera mediante un acuerdo en condiciones de igualdad. De esta manera, sus ciudades, situadas entre los dos poderes, estarían en las mejores condiciones al contar siempre para protegerles con la ayuda de una contra los abusos de la otra. Siendo estos sus sentimientos, contemplaban en silencio y sin tomar partido las rivalidades de los que apoyaban a una y otra parte.

El día en que los cónsules tomaron posesión del cargo, en cumplimiento de la resolución del Senado, visitaron todos los santuarios donde durante la mayor parte del año existía un lectisternio y ofrecieron sacrificios de víctimas adultas; tras obtener el augurio de que sus oraciones habían sido aceptadas por los dioses, informaron seguidamente al Senado de que se habían ofrecido debidamente las preces y los sacrificios por la guerra. Los arúspices hicieron el siguiente anuncio: si se iba a comenzar alguna nueva empresa, debería hacerse sin demora, pues todos los presagios señalaban la victoria, el triunfo y la ampliación de las fronteras. Los senadores decidieron que, por el bien, la fortuna y la prosperidad del pueblo romano, los cónsules que convocaran al pueblo, reunido en comicios centuriados, la siguiente propuesta: *Por cuanto Perseo, hijo de Filipo y rey de Macedonia, ha roto el tratado concertado con su padre y renovado con él, llevando las armas contra los aliados de Roma, devastando los campos y ocupando sus ciudades; y puesto que ha formado planes de guerra contra el pueblo de roma, y con este fin ha reunido armas, soldados y buques, si no ofrecía satisfacción por estos hechos se emprendería la guerra contra él.* Esta propuesta fue sometida a la Asamblea.

[42.31] A continuación, el Senado decidió que los cónsules debían acordar mutuamente el reparto de sus provincias de Italia y Macedonia; en su defecto, recurrirían a las suertes. Aquel a quien correspondiese Macedonia haría la guerra contra el rey Perseo y los que le apoyasen, a menos que dieran satisfacción al pueblo de Roma. Se decidió alistar cuatro nuevas legiones, dos para cada cónsul. Se estableció una disposición especial para Macedonia. Mientras que para el otro cónsul, según la antigua costumbre, se disponían dos legiones de cinco mil dos cientos infantes, las destinadas a Macedonia encuadrarían cada una seis mil infantes, con un complemento para cada una de las cuatro legiones de trescientos de caballería. El número de los contingentes aliados también se incrementó para este cónsul: debería trasladar a Macedonia dieciséis mil infantes y ochocientos jinetes, además de los seiscientos jinetes que había llevado Cneo Sicinio. Para Italia, se consideró suficiente una fuerza de doce mil infantes y seiscientos jinetes aliados. Se encareció al cónsul que fuese a estar al mando en Macedonia para que alistase tantos centuriones y soldados veteranos como quisiera, hasta los cincuenta años de edad. Para esta guerra en Macedonia, este año se adoptó una innovación con relación a los tribunos militares. Los cónsules recibieron instrucciones del Senado para proponer a la Asamblea que ese año no eligiese mediante sufragio a los tribunos militares, sino que dejase el nombramiento a la libre designación de los cónsules y los pretores. Los mandos de los pretores quedaron repartidos así: El pretor al que le correspondiera quedar a disposición del Senado, sin provincia, debería inspeccionar las tripulaciones aliadas de la flota en Brindisi y, tras licenciar a los que no fueran aptos, seleccionaría libertos para ocupar su lugar, con la salvedad de que las dos terceras partes deberían consistir en ciudadanos romanos y el resto sería proporcionado por los aliados. Sicilia y Cerdeña debían proporcionar suministros para la flota y las legiones, y se encargó a los pretores al mando en esas islas que recaudaran un segundo diezmo en trigo a los nativos, para llevarlo al ejército en Macedonia. Sicilia correspondió a Cayo Caninio Rebilo, Cerdeña fue para Lucio Furio Filo, Hispania para Lucio Canuleyo, la pretura urbana recayó en Cayo Sulpicio Galba y la peregrina en Lucio Vilio Annal. Cayo Lucrecio Galo fue el pretor que quedó a disposición del Senado.

[42.32] Los cónsules tenían un desacuerdo, aunque no una disputa grave, acerca de su provincia. Casio decía que iba a escoger Macedonia sin necesidad de votación, pues su colega no podía votar contra él sin violar su juramento. Cuando fue nombrado pretor, hizo un juramento ante

la Asamblea, para no ir a su provincia, declarando que debía efectuar unos sacrificios en un lugar y fechas señalados, que no se podían ofrecer debidamente en su ausencia; la posibilidad de celebrarlos debidamente no era mayor en ausencia del cónsul que en ausencia del pretor, a no ser que el Senado considerase que había que tener más en cuenta los deseos de Publio Licinio ahora que era cónsul que su juramento como pretor; él, en todo caso, se inclinaría a la autoridad del Senado. Consultados los padres y sometida la cuestión a votación, se consideró que resultaría prepotente negar una provincia a quien el pueblo de Roma no había negado el consulado y se ordenó a los cónsules que procedieran al sorteo. Publio Licinio obtuvo Macedonia y Cayo Casio, Italia. Echaron luego suertes para las legiones: la Primera y la Tercera se llevarían a Macedonia y la Segunda y la Cuarta permanecerían en Italia. Los cónsules llevaron a cabo la movilización con mucho más cuidado que en otras ocasiones. Licinio llamó a los soldados y centuriones veteranos, y muchos voluntarios dieron sus nombres al ver que aquellos que habían servido en la anterior guerra de Macedonia o contra Antíoco eran hombres ricos. Como los tribunos militares ... sino que los alistaban por el orden en que llegaban, veintitrés de ellos que habían sido primipilos apelaron a los tribunos de la plebe cuando fueron alistados. Dos miembros del colegio tribunicio, Marco Fulvio Nobilior y Marco Claudio Marcelo, eran partidarios de remitir el asunto a los cónsules, en razón de que la decisión del caso debía corresponder a quienes estaban encargados de la movilización. El resto dijo que atenderían a los motivos de la apelación y que, si se les había hecho alguna injusticia, vendrían en ayuda de unos ciudadanos.

[42.33] El caso fue presentado ante los bancos de los tribunos; acudieron Marco Popilio, varón consular, como consejero de los centuriones, estos y el cónsul. El cónsul exigió que el asunto se presentase antes en la Asamblea, por lo que se convocó al pueblo. Marco Popilio, que había sido cónsul dos años antes, habló en nombre de los centuriones. Recordó a la Asamblea que esos hombres habían completado su período de servicio militar, y se encontraban agotados por la edad y las continuas fatigas. Aún así, en modo alguno se negaban a prestar servicio al Estado, se limitaban a protestar porque se les hubiera asignado una posición inferior a la que tenían cuando estaban en servicio activo. El cónsul Publio Licinio ordenó que las resoluciones aprobadas se pasaran al Senado para su lectura; primero aquella por la que el Senado decidía la guerra contra Perseo, y luego la otra por la que se determinaba que se debía convocar para la guerra a tantos centuriones veteranos como se pudiera, sin exceptuar a ningún hombre que no tuviera más de cincuenta años de edad. Pidió luego con firmeza que, ante una nueva guerra tan próxima a Italia y contra un monarca tan poderoso, no se pusieran obstáculos a los tribunos militares en su misión de alistar nuevas tropas, ni se impidiera al cónsul asignar a cada uno el rango que considerase acorde al mejor interés de la República. Si aún se tenía alguna duda al respecto, que se remitiera al Senado.

[42.34] Después que el cónsul hubo dicho lo que quería decir, uno de los que apelaban a los tribunos, Espurio Ligustino, rogó al cónsul y a los tribunos que le permitieran dirigir unas palabras a la Asamblea. Con el permiso de todos ellos habló, según se dice, en estos términos: *Quirites, yo soy Espurio Ligustino, sabino por nacimiento y miembro de la tribu crustumina. Mi padre me dejó una yugada de tierra y un pequeño tugurio en el que nací y me crié, y donde aún vivo hoy. En cuanto alcancé la mayoría de edad, mi padre me dio como esposa a la hija de su hermano. Nada trajo con ella excepto su condición libre y su honestidad, y junto a estas dotes, además, una fecundidad que habría sido suficiente incluso para una casa de ricos. Tenemos seis hijos y dos hijas. Cuatro de nuestros hijos visten ya la toga viril, dos llevan la pretexta y las hijas están casadas. Me hice soldado en el consulado de Publio Sulpicio y Cayo Aurelio. Fui soldado raso en el ejército durante dos años, combatiendo contra Filipo en Macedonia; al tercer año, en recompensa por mi valor, Tito Quincio Flaminio me concedió el mando del décimo orden de asteros. Después que fueron vencidos Filipo y los macedonios, tras ser traídos de vuelta a Italia y licenciados, me presenté voluntario inmediatamente para marchar con el cónsul Marco Porcio a Hispania. Quienes han*

tenido experiencia con él y con otros generales durante algún tiempo, saben que de todos los jefes vivos ninguno ha demostrado ser un observador más agudo, ni un juez más riguroso, del valor militar. Fue este comandante el que me consideró digno de recibir el mando de la primera centuria de asteros. Serví nuevamente, por tercera vez, como voluntario en el ejército que fue enviado contra Antíoco y los etolios. Manio Acilio me nombró primer centurión de la primera centuria de príncipes. Tras la expulsión del rey Antíoco y el sometimiento de los etolios, fuimos traídos de vuelta a Italia. Después de eso, serví dos veces en las legiones en periodos de un año. Presté después servicio en Hispania, una vez bajo Quinto Fulvio Flaco y otra, nuevamente, bajo Tiberio Sempronio Graco. Flaco me trajo de vuelta a casa entre aquellos a quienes, en recompensa por su valentía, concedió el favor de llevarlos en su desfile triunfal. Acompañé a Tiberio Graco a su provincia, a petición suya. Cuatro veces, en el transcurso de pocos años, serví como centurión primipilo; treinta y cuatro veces he sido premiado por mi valor por mis comandantes y he recibido seis coronas cívicas. He servido durante veintidós años en el ejército y tengo más de cincuenta años. Pero incluso si no hubiera cumplido con todo mi tiempo de servicios y la edad no me eximiera, aún así, Publio Licinio, sería justo que se me licenciase, ya que os puedo proporcionar cuatro soldados en mi lugar. Pero quiero que toméis cuanto he dicho como algo que me atañe exclusivamente a mí. Mientras yo me considere apto para el servicio, nunca alegaré excusas para quedar exento del servicio, sea quien sea el que haga el alistamiento. Qué rango merezca es algo que han de decidir los tribunos militares; ya procuraré yo que ningún hombre me supere en valor, y mis jefes y camaradas son testigos de que siempre he actuado así. En cuanto a vosotros, camaradas míos, aunque os limitáis a ejercer vuestro derecho de apelación, como siendo tan jóvenes nunca habéis hecho nada contra la autoridad de los magistrados y del Senado, es justo que también ahora os pongáis a disposición del Senado y de los cónsules, y que consideréis honorable cualquier puesto en el que se os sitúe para la defensa de la República.

[42,35] Cuando terminó de hablar de esta manera, el cónsul lo elogió calurosamente y se lo llevó de la Asamblea al Senado. También allí le fueron dadas las gracias por el Senado, siendo nombrado por los tribunos militares primipilo de la Primera Legión en consideración a su valor. Los demás centuriones abandonaron su apelación y respondieron obedientemente al alistamiento. Para permitir que los magistrados pudieran partir antes hacia sus provincias, las Ferias Latinas se celebraron el primero de junio. Una vez terminada dicha celebración, el pretor Cayo Lucrecio envió por delante todo cuanto precisaba la flota y partió luego hacia Brindisi. Además de los ejércitos que estaban alistando los cónsules, se encargó al pretor Cayo Sulpicio Galba que alistara cuatro legiones urbanas con su dotación completa de infantería y caballería, escogiendo de entre los senadores a cuatro tribunos militares para mandarlas. Debía además exigir a los aliados de derecho latinos que proporcionaran quince mil soldados de infantería y mil doscientos de caballería, de modo que este ejército estuviese listo para servir donde decidiera el Senado. Además de las fuerzas de ciudadanos romanos y tropas aliadas, se proporcionó al cónsul Publio Licinio, a petición suya, los siguientes contingentes auxiliares: dos mil ligures, un cuerpo de arqueros cretenses -sin especificar el número, los que enviasen de Creta previa petición-, así como caballería númida y elefantes. Se envió como embajadores ante Masinisa y Cartago, para disponer todo esto, a Lucio Postumio Albino, Quinto Terencio Culeo y Cayo Aburio. Con el mismo propósito, fueron enviados a Creta Aulo Postumio Albino, Cayo Decimio y Aulo Licinio Nerva.

[42,36] Durante esta época llegaron unos embajadores de Perseo. Se decidió que no se les debía permitir entrar en la Ciudad, pues el Senado y el pueblo habían decidido ya la guerra contra su rey y los macedonios. Se les concedió audiencia en el templo de Belona y allí pronunciaron unas palabras por las que informaban de que Perseo se preguntaba extrañado del por qué se habían enviado ejércitos a Macedonia. Si pudiera convencer al Senado para que los hicieran volver, él daría cualquier satisfacción que el Senado considerase apropiada para subsanar cualquier abuso del que

se quejaran los aliados de Roma. Espurio Carvilio había sido enviado de vuelta desde Grecia por Cneo Sicinio, por este mismo motivo, y se encontraba presente en esta sesión. Informó al Senado sobre cómo Perrebia había sido tomada por asalto y capturadas otras ciudades de Tesalia, así como también del resto de operaciones que estaba ejecutando el rey. Se instó a los embajadores para que contestaran a estas acusaciones; vacilaron y declararon que no habían recibido más instrucciones. Por lo tanto, se les ordenó que regresaran nuevamente con su rey y le anunciaran que en poco tiempo estaría en Macedonia el cónsul Publio Licinio con su ejército; si el rey tenía realmente la intención de dar una satisfacción, le podría enviar embajadores a él. Sería inútil que los enviase a Roma, pues a ninguno de ellos se le permitiría ya atravesar Italia. Con esta respuesta fueron despedidos, y se ordenó a Publio Licinio que los conminase a abandonar Italia en un plazo de diez días y que enviara a Espurio Carvilio para que los vigilara hasta que embarcaran. Cneo Sicinio, que antes de abandonar el cargo había sido enviado con la flota y el ejército en Brindisi, había desembarcado cinco mil infantes y trescientos jinetes en el Epiro, y estaba ahora acampado cerca de Ninfeo, el territorio de Apolonia. Desde allí, envió tribunos al mando de dos mil hombres para que ocupasen los castillos de los desarecios y los ilirios, pues aquellos mismos pueblos estaban solicitando tropas que los guardasen, para poder quedar más seguros contra cualquier ataque de sus vecinos macedonios.

[42.37] A los pocos días, Quinto Marcio, Aulo Atilio, los dos Léntulos, Publio y Servio, así como también Lucio Decimio, marcharon a Grecia como embajadores y se llevaron con ellos a Corfú mil soldados de a pie. Allí dispusieron qué territorios visitarían y qué fuerzas llevaría cada uno consigo. Decimio fue enviado ante Gencio, el rey de los ilirios, para averiguar si todavía tenía algún respeto por su antigua amistad con Roma, con instrucciones para que, si así fuera, lo mantuviera así e incluso que tratase de inducirlo a tomar parte activa en la guerra como aliado. Los dos Léntulos fueron enviados a Cefalania, con instrucciones para que cruzaran el Peloponeso y bordearan la costa occidental antes del invierno. Se encargó a Marcio y a Atilio la visita de Epiro, Etolia y Tesalia, tras las que se les ordenó estudiar el estado de Beocia y Eubea, navegando luego hacia el Peloponeso. Una vez allí se proponían reunirse con los Léntulos. Antes de separarse en Corfú, recibieron una carta de Perseo en la que preguntaba la razón para el desembarco de un ejército en Grecia y la ocupación de las ciudades. Se decidió que no se le debía responder por escrito, pero que se debía indicar al portador de la carta que los romanos lo hacían para proteger a las propias ciudades. Al visitar a los distintos pueblos, los Léntulos instaban a todos para que dieran el mismo cordial y leal apoyo a los romanos contra Perseo que el que les habían proporcionado durante la guerra contra Filipo y, posteriormente, contra Antíoco. Durante sus reuniones escucharon murmullos de descontento entre los aqueos; estos se quejaban porque, mientras que desde el principio de la guerra de Macedonia ellos habían prestado toda su ayuda a los romanos, se les tuviera en la misma consideración que a los mesenios y los elios, que habían sido enemigos de los romanos en la guerra contra Filipo, que después, además, habían combatido por Antíoco contra Roma, y que, tras haberse incorporado a la Liga Aquea recientemente, se quejaban por haber sido entregados como botín de guerra a sus vencedores aqueos.

[42,38] Cuando Marcio y Atilio llegaron a Melvino, ciudad del Epiro a unos diez kilómetros del mar, donde se reunió una asamblea de epirotas en la que recibieron una audiencia favorable y se decidió el envío de cuatrocientos jóvenes a los orestas, como protección contra los macedonios de quienes se les había liberado por el Senado. De allí marcharon a Etolia, donde se quedaron unos días hasta que se procedió a la elección de un pretor en lugar del que había fallecido. Resultó elegido Licisco, que era conocido por ser partidario de los romanos, y cruzaron a Tesalia tras su elección. Una vez allí fueron visitados por unos enviados de Acarnania y unos exiliados de Beocia. Se dijo a los acarnanes que anunciaran a los suyos que ahora tenían oportunidad de expiar todos los errores que habían cometido contra el pueblo romano, engañados por las falsas promesas de los

reyes, primero en la guerra contra Filipo y después en la guerra contra Antíoco. Si después de su mal comportamiento habían experimentado la paciencia del pueblo romano, que ahora se ganasen la generosidad de Roma prestándole un buen servicio. A los beocios se les censuró con severidad por haber formado una alianza con Perseo. Ellos echaron la culpa a Ismenias el líder de la facción contraria, y declararon que algunas ciudades habían sido arrastradas a su posición en contra de la voluntad de la mayoría de los ciudadanos. Marcio les respondió que todo esto se aclararía, pues darían a cada ciudad la oportunidad de decidir por sí mismas.

Se celebró en Larisa una asamblea de los tesalios; en esta tuvieron una buena ocasión para agradecer a los romanos el regalo de su libertad, y los enviados romanos para expresar su agradecimiento por la ayuda que, de todo corazón, habían recibido de los tesalios en las guerras contra Filipo y Antíoco. Este mutuo reconocimiento de los servicios prestados hizo que la asamblea se enardeciera y se mostrara más que dispuesta a adoptar cuantas medidas desearan los romanos. Tras el término de esta asamblea llegó una delegación de Perseo, quien basaba sus esperanzas, principalmente, en el vínculo personal de hospitalidad que existía entre su padre y Marcio. Después de invocar los delegados dicho vínculo, solicitaron que se concediera al rey una entrevista personal. Marcio contestó diciendo que, efectivamente, había oído mencionar a su padre aquel vínculo de amistad y hospitalidad con Filipo, y que teniéndolo en cuenta había aceptado aquella embajada. En lo referente a la entrevista, y si su salud no se resentía, no tenía pensado aplazarla; por lo pronto, su intención era ir en cuanto pudiera hasta el río Peneo, en el lugar de cruce hacia Dión, según se venía de Homolio, y mandar antes mensajeros al rey para anunciar su llegada.

[42,39] Ante esto, Perseo dejó Dión y volvió al interior de Macedonia, animado por un soplo de esperanza al haber oído que Marcio había dicho que había aceptado la embajada por consideración a él. Se encontraron en el lugar señalado pocos días después. El rey acudió acompañado por un gran séquito compuesto por sus amigos personales y sus escoltas; los romanos comparecieron con una escolta no menos numerosa, a la que seguían muchas personas de Larisa y delegaciones de varias ciudades, que deseaban tener información fidedigna de lo que oyeran. Las gentes, naturalmente, sentían la curiosidad propia de todos los mortales por presenciar la entrevista entre un famoso monarca y los representantes del principal pueblo del mundo. Cuando se detuvieron, a la vista el uno del otro con solo el río entre ellos, se produjo un ligero retraso mientras se resolvía mediante mensajes cuál de las partes debía cruzar el río. Una parte consideraba que se debía dar cierta precedencia a la majestad del rey; la otra pensaba que se debía conceder a la grandeza del pueblo de Roma, y particularmente por el hecho de que había sido Perseo quien había solicitado la entrevista. Mientras dudaban en todo aquello, Marcio resolvió la situación con una broma: *Que vaya el más joven al encuentro de los de más edad* -exclamó- *y el hijo -pues él llevaba el sobrenombre de Filipo- al padre.* Con esto, el rey quedó inmediatamente convencido. Surgió luego una nueva dificultad sobre el número de quienes debían acompañarles. El rey consideraba que debía cruzar con todo su séquito, pero los romanos dijeron que debía cruzar solo con tres acompañantes o, si iba a cruzar toda aquella gente, debería dar garantías contra la comisión de alguna traición durante la conferencia. Entregó como rehenes a Hipias y Pantauco, los más importantes de entre sus amigos y a los que había enviado anteriormente como embajadores. El motivo de exigir rehenes no era tanto garantizar la buena fe del rey, como dejar en claro ante los aliados que el encuentro entre el monarca y los embajadores no se producía en absoluto en pie de igualdad. Se saludaron, no como enemigos, sino en un tono amable y cordial, sentándose luego en unos asientos que se dispusieron.

[42,40] Tras unos momentos de silencio, Marcio habló así: *Supongo que esperas que te dé una contestación a la carta que enviaste a Corfú, en la que nos preguntabas por qué nosotros, llegados como embajadores, hemos venido acompañados de soldados y estamos disponiendo guarniciones en cada ciudad. Me temo que no darte ninguna respuesta haría que se me considerase*

arrogante, aunque darte una sincera te heriría al escucharla. Sin embargo, como aquel que rompe un tratado debe ser castigado de palabra o por la fuerza de las armas, y por mucho que me hubiera gustado que la guerra contra ti se hubiese encargado a otro distinto de mí, cumpliré con mi deber de dirigir algunas duras palabras a mi huésped, como cuando los médicos administran remedios desagradables para restaurar la salud de un enfermo.

En cuanto subiste al trono hiciste algo que, según opinión del Senado, estuvo bien hecho: mandaste una embajada a Roma para renovar el tratado, aunque considera que hubiese sido mejor que no lo hubieras renovado a que lo violaras después de haberlo hecho. Expulsaste a Abrópolis, un aliado y amigo de Roma, de su reino. Protegiste a los asesinos de Artetauro, demostrando que te alegraban -y no diré más- de su muerte. El hombre al que asesinaron era uno de los príncipes ilirios más fieles a la causa de Roma. Marchaste con un ejército a través de Tesalia y el territorio maliense hasta Delfos, contra lo dispuesto en el tratado, y enviaste también tropas auxiliares como ayuda a los bizantinos. Firmaste un tratado secreto y por separado, ratificado mediante juramento, con nuestros aliados beocios, lo que estaba prohibido. En cuanto a los embajadores de Tebas, Eversas y Calícrito, que fueron asesinados cuando iban de camino a Roma, prefiero preguntar quién los mató antes que acusar a nadie de su muerte. ¿A quiénes se les podría considerar los principales responsables de la guerra civil en Etolia y de la muerte de sus líderes, sino a los de tu partido? La devastación de Dolopia fue obra tuya personalmente. Cuando el rey Eumenes regresaba de Roma a su reino, escapó por poco de ser asesinado en Delfos, como una víctima en tierra consagrada ante los altares. Me abstengo de decir a quién acusa de ello. Sobre todos los atentados ocultos que nos reveló tu huésped de Brindisi, creo que ya te los han contado por escrito desde Roma y que ya te han informado tus embajadores La única forma de que yo no te dijera todo esto habría sido no preguntándome por qué han entrado ejércitos en Macedonia y por qué estamos situando guarniciones en la ciudades. Pero, ya que lo has preguntado, habría sido mayor arrogancia por nuestra parte el guardar silencio que el decirte la verdad. En consideración a la amistad que hemos heredado de nuestros padres te escucharé favorablemente, y solo deseo que me des algunos motivos para suplicar por tu causa ante el Senado.

[42.41] A todo esto, el rey le contestó: *Defender mi causa ante unos jueces imparciales estaría bien, aunque ahora he de hacerlo ante quienes son a la vez jueces y acusadores. En cuanto a las acusaciones que presentáis contra mí, de algunas pienso que debo más bien estar orgulloso; otras no me avergüenza admitirlas y las hay que, siendo meras afirmaciones, me basta con negarlas. Si me juzgaseis según vuestras leyes, ¿qué pruebas podrían presentar contra mí el informante de Brindisi o el rey Eumenes que hicieran parecer verdaderas las acusaciones, en vez de falsas y maliciosas? Eumenes, que oprime a tantos de sus súbditos tanto en público como en privado, supongo que no ha tenido más enemigo que yo; y yo, por lo que parece, no he sido capaz de encontrar para mis crímenes un secuaz más adecuado que Ramio, un hombre al que nunca antes había visto y al que nunca más volvería a ver. También he de explicar las muertes de los tebanos, cuando todo el mundo sabe que se ahogaron en el mar, y la de Artetauro; en esta, sin embargo, no se me acusa de nada, aparte del hecho de que sus asesinos se refugiaron en mis dominios. No protestaré contra la injusticia de este planteamiento si vosotros, por vuestra parte, admitís la culpa de los crímenes por los que se refugian en Italia o Roma los exiliados por delitos de los que han sido declarados culpables. Si vosotros, al igual que el resto de los pueblos, rehusáis admitir esto, yo entonces haré como todos los demás. ¡Por Hércules! ¿De qué vale que un hombre tenga la opción de marchar al exilio, si no hay lugar alguno al que pueda ir un exiliado? No obstante, en cuanto recibí vuestro aviso y me cercioré de que esos hombres estaban en Macedonia, ordené que se los buscara, que abandonaran el reino y les prohibí cruzar mis fronteras.*

Estas acusaciones se han presentado contra mí como si yo fuera un acusado en un juicio penal; pero pasemos ahora a las que me corresponden como rey, por la interpretación del tratado que hay entre nosotros. Si ese tratado dice expresamente que ni siquiera en el caso de que alguien

me ataque se me permite defenderme a mí y a mi reino, entonces debo admitir que he violado el tratado al defenderme con las armas contra Abrúpolis, un aliado de Roma. Sin embargo, si el tratado permite, como además lo establecen las normas del derecho de los pueblos, que se rechacen las armas con las armas, ¿qué tenía yo que hacer después que Abrúpolis devastara las fronteras de mi reino hasta Anfípolis, llevándose a muchos hombres libres, gran número de esclavos y varias miles de cabezas de ganado? ¿Tenía que quedarme quieto y permitirle seguir, hasta que hubiera llegado con sus armas a Pella y se hubiese apoderado de mi palacio? Quizá le enfrenté en una guerra justa, pero no debía haberlo vencido y hacerle padecer todos los males que recaen sobre los vencidos. Si yo, que fui el atacado sin justificación, corrí el riesgo de sufrir todos estos males, ¿cómo puede quejarse de que le sucediera a él, que fue el causante de la guerra? No defenderé mi represión de los dólopes con los mismos motivos, romanos; pues aún en el caso de que no lo hubieran merecido hice uso de mi derecho soberano: ellos son mis súbditos, forman parte de mis dominios y fueron asignados a mi padre por un decreto vuestro. Si tuviese que dar cuenta de mi conducta, no sería ni a vosotros ni a vuestros aliados, sino solamente a aquellos que censuran la severidad de la justicia hasta para con los esclavos, que podrían considerar mi severidad como excesiva y tiránica; porque ellos mataron a Eufranor, a quien les nombré como prefecto, haciéndolo con tanta crueldad que la misma muerte fue el menor de sus sufrimientos.

[42,42] *Pero como cuando salí de allí para visitar las ciudades de Larisa, Antronas y Pteleos, pasaba cerca de Delfos, fui a Delfos con el propósito de ofrecer un sacrificio que había prometido con voto mucho tiempo antes. Y para agravar todavía más esta acusación, se afirma que fui con un ejército para hacer, por supuesto, aquello de lo que yo ahora me quejo: ocupar las ciudades y situar guarniciones en las ciudadelas. Convocad una reunión de las ciudades griegas por las que pasé: si una sola se queja de algún desmán de mis soldados, no me importará que se diga que mi presencia para ofrecer un sacrificio era una excusa para otros propósitos. Hemos enviado tropas para ayudar a los etolios y los bizantinos, y hemos establecido relaciones de amistad con los beocios. Bajo cualquier luz que se consideren estas medidas, no solo os las hice conocer a través de mis embajadores, sino que en varias ocasiones se defendieron ante vuestro Senado, donde no tenía críticos tan justos o equitativos como tú, Quinto Marcio, el amigo y huésped de mi padre. Sin embargo, aún no había llegado Eumenes a Roma.*

Este hombre, acusándome mediante la tergiversación y distorsionando todos mis actos, los hacía parecer sospechosos y traicioneros e intentaba convenceros de que Grecia no sería realmente libre, ni disfrutaría de la bendición de la libertad que le otorgasteis, mientras el reino de Macedonia siguiera intacto. Pues bien, este cerco se irá cerrando y pronto habrá quien diga que fue en vano que se hizo retroceder a Antíoco más allá del Tauro. Dirán que el rey Eumenes es un opresor de Asia mucho mayor de lo que Antíoco lo fuera alguna vez, que vuestros aliados no tendrán descanso mientras haya un palacio real en Pérgamo, pues se yergue como una fortaleza para gobernar todas las ciudades a su alrededor. Bien sé que las acusaciones que vosotros, Quinto Marcio y Aulo Atilio, habéis presentado en mi contra, y las contestaciones que he dado a ellas, dependerán solo de los oídos y el ánimo de quienes las escuchen; y que lo importante no es mi conducta o mis motivos, sino la luz bajo las que los contempláis. Yo no soy consciente de haber cometido ninguna falta a sabiendas: cualquier desliz que pueda haber cometido por imprudencia podrá, estoy seguro, ser corregido y enmendado tras estas severas amonestaciones. En todo caso, no he hecho nada que no se puede remediar, nada de lo que debáis pensar que se precisa obtener una reparación por la fuerza de las armas. De lo contrario, la fama de vuestra clemencia y magnanimidad se habrá extendido en vano por el mundo si, por motivos que no vale la pena discutir o que no merecen una queja, tomáis las armas y declaráis la guerra a reyes que son vuestros aliados.

[42,43] Marcio escuchó su discurso con signos de aprobación y le aconsejó que enviara una

embajada a Roma. Los amigos de Perseo pensaban que se debían intentar todos los medios posibles y que nada que supusiera una esperanza debía ser dejado de hacer. Lo único que quedaba por discutir era cómo asegurar a los embajadores un viaje seguro. Se consideró necesario pedir un armisticio; esto era lo que deseaba en particular Marcio, pues había sido su principal objetivo al conceder la entrevista, pero puso dificultades a ello para hacer ver que concedía un gran favor al concederla. La verdad era que los romanos estaban en aquel momento muy poco preparados para la guerra, sin ejército y sin general, mientras que Perseo había hecho ya todos sus preparativos y estaba completamente equipado para la guerra; de no haberle cegado las esperanzas de paz, podría haber dado inicio a las hostilidades en el mejor momento para él y el peor para sus enemigos. Una vez se declaró la tregua, los embajadores romanos decidieron marchar de inmediato a Beocia, pues había allí mucha inquietud y algunos pueblos ya habían empezado a abandonar la liga Beocia al oír lo que habían dicho los embajadores romanos, en cuanto a que pronto se vería qué pueblos se oponían a la liga secreta con el rey. Primero los delegados de Queronea y después algunos de Tebas, se encontraron con los embajadores mientras aún estaban de viaje, asegurándoles que no estuvieron presentes en la reunión del Consejo durante el que se formó aquella liga. Los embajadores no les dieron respuesta en aquel momento y les invitaron a seguirles hasta Calcis.

En Tebas había estallado una violenta disputa por otro asunto. Se había producido la elección de pretores y beotarcas, y el partido derrotado, en venganza, reunió una muchedumbre y aprobó un decreto por el que no se admitiría a los beotarcas en ninguna de las ciudades. Fueron a Tespias, exiliados, donde se les admitió sin ninguna vacilación. Los tebanos cambiaron de opinión y los hicieron llamar; entonces, se aprobó un decreto para que se exiliara a los doce que, siendo ciudadanos particulares, celebraron una reunión privada y convocaron la asamblea sin autoridad. Después, el nuevo pretor -que era Ismenias, un hombre de familia noble y de gran influencia-, emitió un decreto condenando a muerte a los ausentes. Estos habían huido a Calcis y, desde esa ciudad, fueron al encuentro de los embajadores romanos en Larisa, achacando a Ismenias toda la responsabilidad por el acuerdo secreto con Perseo y que de aquel había surgido el conflicto. Ante los embajadores romanos concurrieron los enviados de ambas partes: los exiliados y los acusadores de Ismenias por una parte, y el propio Ismenias por otra.

[42,44] En cuanto llegaron a Calcis, los principales de las diferentes ciudades aliadas, de conformidad con los decretos de sus respectivos consejos y para gran satisfacción de los romanos, denunciaron la liga con Perseo. Ismenias era de la opinión de que la mejor opción que podía adoptar el pueblo beocio consistía en ponerse bajo la soberanía de Roma. Esto llevó a una pelea, en la que estuvo a punto de morir a manos de los exiliados y sus partidarios, de no haberse refugiado a duras penas en el tribunal de los embajadores. La misma Tebas, la capital de Beocia, estaba en un estado de gran agitación, con una facción tratando de ganar la ciudad para el rey y otra para los romanos. Los pueblos de Coronea y Haliarto habían acudido en masa a Tebas para defender el decreto de alianza con el rey. Sin embargo, los notables se mantuvieron firmes y señalaron que las derrotas finales de Filipo y Antíoco demostraban el poder y buena suerte del gobierno romano, convenciendo finalmente a los ciudadanos. Se decretó que se debía poner fin a la alianza con el rey, enviando para que se disculpara con los embajadores a todos los que habían abogado por la amistad con Perseo; también ordenaron que la ciudad se pusiera bajo la protección de los embajadores. Marcio y Atilio se alegraron de escuchar esta decisión de los tebanos, y les aconsejaron a ellos y a las demás ciudades que enviaran sus propias embajadas a Roma para renovar las relaciones de amistad. Como primera medida, devolvieron a los exiliados y emitieron su propio decreto condenando a los autores de la alianza con Perseo. De esta manera se llevó a efecto lo que más deseaban por encima de todo: la disolución de la Liga Beocia. Abandonaron a continuación el Peloponeso, después de hacer venir a Calcis a Servio Cornelio. Se convocó un consejo para reunirse con ellos en Argos. Sólo pidieron a los aqueos que les proporcionaran mil soldados, a los que mandaron a guarnecer Calcis hasta que desembarcara el ejército romano en Grecia. Habiendo

finalizado así su misión en Grecia, Marcio y Atilio regresaron a Roma al comienzo del invierno.

[42,45] Al mismo tiempo, desde Roma se envió una embajada a visitar Asia y las islas adyacentes. Los tres embajadores fueron Tiberio Claudio, Espurio Postumio y Marco Junio. Estos, según visitaban a los aliados, los instaban a unirse a los romanos en la guerra contra Perseo, poniendo más atención en las ciudades más ricas y poderosas, pues las más pequeñas seguirían el ejemplo de las mayores. A los rodios se los consideraba los más importantes de todos, pues estaban en condiciones de prestar ayuda material y no únicamente moral. Habían dispuesto, siguiendo el consejo de Hegesíloco, cuarenta barcos listos para el servicio. Aquel, cuando desempañaba la *pritanía*, como llamaban a su magistratura suprema, habían logrado convencer a los rodios, tras muchos discursos, para que abandonaran la esperanza de halagar a los reyes, lo que tan a menudo había resultado inútil, y mantener la alianza con Roma, la única ciudad en todo el mundo en la que, por su potencia y lealtad, podían confiar. La guerra con Perseo era inminente y los romanos pronto les pedirían el mismo armamento naval que poco antes se había visto en la guerra contra Antíoco y en la anterior contra Filipo. De no comenzar de inmediato a equipar sus naves y proveerlas de tripulaciones, se verían luego apretados para que su flota se hiciera a la mar, con prisas y desorden, cuando llegara el momento. Era de la mayor importancia que todo quedara dispuesto cuanto antes, de manera que pudieran presentarlo como prueba de la falsedad de las acusaciones que Eumenes había presentado contra ellos. Estos argumentos hicieron efecto y, cuando llegaron los embajadores romanos, se les mostró una flota de cuarenta naves listas para zarpar, una prueba clara de que no habían esperado a que los romanos se lo pidieran. La labor de estos embajadores, al asegurarse el apoyo de las ciudades de Asia resultó de la mayor importancia. Solo Decimio regresó sin lograr ningún éxito, sospechándose que había recibido sobornos de Gencio y los, era sospechoso de haber recibido sobornos de los reyes ilirios.

[42.46] Tras regresar a Macedonia, Perseo mandó embajadores a Roma para continuar las negociaciones de paz que había iniciado con Marcio, haciéndoles llevar a Bizancio, Rodas y ... El contenido de las cartas era el mismo en todas: había tenido una entrevista con los embajadores de los romanos; de cuanto había oído y de lo que había dicho, lo redactó de tal manera que dio la impresión de que había llevado la mejor parte en la discusión. Al dirigirse a los rodios, sus embajadores dijeron que el rey estaba seguros de que habría paz, ya que les mandaba a Roma por consejo de Marcio y Atilio. Si los romanos iniciaban la guerra, contraviniendo el tratado, los rodios entones deberían emplear toda su influencia y todo su poder en restablecer la paz; pero si sus llamamientos resultaban infructuosos, debía luego hacer cuanto pudieran para impedir que el poder y la autoridad sobre el mundo entero pasara a manos de un solo pueblo. Ello concernía a todos los pueblos, pero especialmente a los rodios pues, al superar en tanto a las otras naciones en grandeza y prosperidad, esta posición se volvería en otra de esclavitud y desamparo si llegaban a depender exclusivamente de los romanos. La carta y el discurso de los embajadores recibieron una audiencia favorable, pero no pudieron lograr que los rodios cambiaran de opinión, imponiéndose finalmente la opinión y autoridad de la parte mejor. Se decidió responderles en el sentido de que los rodios deseaban la paz; si había guerra, el rey no debía esperar ni pedir nada de ellos, pues estaría tratando de quebrar la ya larga amistad entre ellos y los romanos, una amistad que era fruto de muchos y valiosos servicios que se habrían prestado tanto en paz como en guerra.

A su regreso de Rodas, visitaron algunas de las ciudades de Beocia -Tebas, Coronea y Alíartos-, que se suponía habían sido obligadas contra su voluntad a abandonar su alianza con Perseo y a unirse a los romanos. No lograron convencer a los tebanos, aunque entre ellos existía un fuerte sentimiento en contra de los romanos debido a las graves condenas contra sus líderes y el regreso de los exiliados. Pero en Coronea y en Alíartos existía una especia de afecto innato hacia la dinastía real, y enviaron una embajada a Macedonia para solicitar una guarnición que les pudiera proteger contra la soberbia de los tebanos. El rey les respondió que, como existía una tregua entre él

y los romanos, no les podía enviar tropa alguna; con todo, les aconsejaba que se defendieran de cualquier agresión que los tebanos les hicieran de tal manera que no dieran a los romanos un pretexto para usar su crueldad contra ellos.

[42.47] A su regreso a Roma, Marcio y Atilio informaron de los resultados de su embajada al Senado, en el Capitolio, y mostrándose sumamente satisfechos por la manera en que habían engañado al rey al darle esperanzas de paz firmando la tregua. Estaba tan completamente equipado con todos los medios para la guerra, mientras que ellos no tenían nada dispuesto, que podría haber ocupado todas las posiciones estratégicas antes de que sus ejércitos hubiesen desembarcado en Grecia. El tiempo que durase el armisticio, sin embargo, les pondría en igualdad de condiciones; él no estaría mejor preparado de lo que ya lo estaba y los romanos podrían iniciar la guerra mejor pertrechados en todos los sentidos. Habían tenido también la habilidad de quebrar la unidad de la Liga Beocia, de manera que en adelante les resultaría imposible entenderse para unirse con los macedonios. Una buena parte de los senadores aprobaron aquellas gestiones, considerándolas un modelo de gran diplomacia. Los senadores más ancianos y los que no habían olvidado las antiguas costumbres de los romanos, sin embargo, dijeron que no reconocían nada del carácter romano en aquellas negociaciones. *Nuestros antepasados* -dijeron- *no habían hecho sus guerras mediante emboscadas ni ataques nocturnos, ni fingiendo huidas para regresar sobre el enemigo cuando había bajado la guardia. No se enorgullecían más de su astucia que de su valor y era su costumbre declarar la guerra antes de iniciarla, avisando a veces incluso al enemigo sobre la hora y el lugar en que lucharían. Este sentido de honor fue el que hizo advertir a Pirro en contra de su médico, que estaba conspirando contra su vida, y el que hizo que se entregara a los faliscos al hombre que había traicionado a sus hijos. Este era el auténtico espíritu romano; nada de la doblez púnica o la astucia de los griegos, que se enorgullecen más de engañar a un enemigo que de vencerle en justo combate. En alguna ocasión puede lograrse más, en el momento, por el engaño que por el valor; pero es solo cuando se obliga al enemigo a reconocer que ha sido vencido por la fuerza, cuerpo a cuerpo y en una guerra justa, cuando se logra una victoria moral completa y una paz duradera.* Tales fueron las opiniones de los senadores de más edad, que no veían con buenos ojos aquellas nuevas maneras, pero se impuso la mayoría que prefería la conveniencia al honor y dieron su aprobación a la embajada desempeñada por Marcio. Se decidió que debía ser enviado de vuelta a Grecia con las cincuenta quinquerremes y que dispusiera de plena libertad para actuar como mejor le pareciera en interés de la República. Atilio Aulo también fue enviado a ocupar Larisa, en Tesalia, pues existía el peligro de que Perseo mandara una guarnición a la expiración del armisticio y lograra así mantener en su poder la capital de Tesalia. Atilio recibió órdenes de tomar dos mil infantes del ejército de Cneo Sicinio para llevar a cabo aquella misión. A Publio Léntulo, que había regresado de Acaya, se le proporcionaron trescientos jinetes itálicos para que marchase a Tebas y mantuviera el control de la Beocia.

[42,48] Una vez llevadas a cabo estas medidas preliminares, y aunque ya se habían dispuesto las cosas con vista a la guerra, se acordó no obstante que el Senado daría audiencia a los embajadores del rey. Los embajadores repitieron casi los mismos argumentos que el rey había utilizado en su conferencia con Marcio. Su respuesta a la acusación de conspirar contra la vida de Eumenes fue la parte más laboriosa de su discurso y la que hizo la menor mella, pues los hechos resultaban indiscutibles. El resto de su discurso consistió en ruegos y disculpas, pero su audiencia se negó a ser convencida o persuadida. Se les advirtió que abandonaran inmediatamente el recinto amurallado de Roma y que salieran de Italia antes de treinta días. Al cónsul, Publio Licinio, a quien había correspondido Macedonia como provincia, le se ordenó que señalara para lo antes posible el día de concentración del ejército. El pretor Cayo Lucrecio, que había sido puesto al mando de la flota, salió de Roma con sólo cuarenta quinquerremes, pues se decidió que algunos de los barcos reacondicionados debían permanecer en la Ciudad para diversos propósitos. El pretor envió a su

hermano Marco, con una quinquerreme, para tomar los barcos que los aliados estaban obligados a proporcionar mediante un tratado y unirse a la flota en Cefalania. Reggio proporcionó un trirreme, Locri entregó dos y los urites entregaron cuatro. Navegando a lo largo de la costa de Italia, dobló la punta más lejana de Calabria y cruzó el mar Jónico hasta Durres Una vez aquí, se encontró con diez naves de la propia Durres, doce de Ios iseos, y cincuenta y cuatro lembos del rey Gencio; haciendo creer que habían sido convocadas para el uso de los romanos, se las llevó todas y llegó a Corfú después de un viaje de tres días, marchando luego directamente a Cefalania. El pretor Cayo Lucrecio zarpó de Nápoles, cruzó el estrecho y llegó a Cefalania en cinco días. Aquí fondeó la flota, esperando hasta que hubieran cruzado las fuerzas terrestres y esperando también que se reincorporase las naves de transporte que se habían separado durante la travesía por alta mar.

[42.49] Fue entonces cuando el cónsul Publio Licinio, después de pronunciar los votos en el Capitolio, salió de la ciudad vistiendo el paludamento. Estas partidas estaban siempre revestidas de la mayor dignidad y grandeza, sin embargo, especialmente en esta ocasión, los ojos y corazones de todos acompañaban al cónsul como si lo escoltaran en su camino para enfrentarse a un enemigo poderoso, cuya reputación de valor y éxito se extendía por todas partes. Y no era solo para honrar a su suprema magistratura por lo que los ciudadanos se habían congregado, sino también para ver al líder a cuya sabiduría y autoridad habían confiado la suprema defensa de la República. Tenían en cuenta los vaivenes de la guerra, el capricho de la fortuna, los riesgos e incertidumbres de la batalla y lo voluble de Marte en la batalla, las derrotas y victorias del pasado: ocurriendo a menudo las derrotas por la ignorancia y temeridad de los comandantes, y obteniendo las victorias por su habilidad y valor. ¿Quién de entre los mortales podía conocer de la capacidad del cónsul al que mandaban a la guerra o de la fortuna que le tocaría? ¿Se le vería regresar con su ejército victorioso, subiendo hasta el Capitolio en procesión triunfal para rendir homenaje a los dioses de los que ahora se aparta, o permitirían aquellos mismos dioses tal felicidad al enemigo? Porque ese rey Perseo, contra quien se marchaba, gozaba de gran fama tanto por la reputación guerrera del pueblo macedonio como por las hazañas de su padre Filipo, quien, entre otras, se distinguió por su guerra con Roma. En cuanto al propio rey, desde que subió al trono el nombre de Perseo estaba continuamente en los labios de los hombres mientras hablaban de la inminente guerra. Con estos pensamientos en su mente, hombres de toda clase y condición asistieron a la partida del cónsul. Cayo Claudio y Quinto Mucio, antiguos cónsules, fueron enviados con él como tribunos militares, así como tres jóvenes nobles, Publio Léntulo, y los dos Manlios Acidino, el uno hijo de Marco y el otro hijo de Lucio. El cónsul se unió a su ejército en Brindisi y navegó con todas sus fuerzas hacia Ninfeo, fijando su campamento en las proximidades de Apolonia.

[42.50] Unos cuantos días después, al ver el rey Perseo, por el relato de sus embajadores retornados, que debía renunciar a sus esperanzas de paz, celebró un consejo de guerra, donde hubo bastante discusión a causa de los opuestos puntos de vista. Algunos pensaban que debían consentir en el pago de una indemnización, en el caso de que se les impusiera, o ceder una parte de su territorio si así se les exigía; de hecho, creían que por el bien de la paz resultaba necesario hacer cualquier sacrificio, y no se debía dar ningún paso que expusiera al rey y a sus súbditos a los vaivenes de la fortuna cuando se trataba de cuestiones tan vitales. Si se le dejaba indiscutido en posesión de su reino, muchos cosas podían ocurrir en el futuro que le permitieran no solo recuperar lo perdido, sino incluso de hacerse temer por aquellos que ahora le intimidaban. La mayoría, sin embargo, sostenía una postura mucho más desafiante. Cualquier concesión que hiciera, decían, implicaría la pérdida del reino. Los romanos no tenían necesidad de dinero o territorio, ya sabían esto, pero también sabían que todos los asuntos humanos están expuestos a muchas vicisitudes, y especialmente los reinos e imperios. Habían quebrado el poder de los cartagineses y los habían cargado con un monarca muy poderoso que los mantenía sometidos. Habían enviado a Antíoco y a sus descendientes al desierto más allá de las montañas del Tauro. Solo permanecía el reino de

Macedonia, un vecino próximo y preparado, y capaz de devolver su antiguo valor a sus reyes a poco que Roma perdiera la buena fortuna que disfrutaba. Por lo tanto, mientras su reino estuviera intacto, Perseo se debía decidir entre dos alternativas: O bien se mostraba dispuesto a desprenderse de todo su poder, haciendo una concesión tras otra, rogando a los romanos, tras ser expulsado de su reino al exilio, que le permitieran sobrevivir a su reinado en Samotracia o alguna otra isla, envejeciendo como un particular, desgraciado y pobre; o bien reivindicaba su condición y su fortuna mediante las armas, enfrentando como haría un hombre valeroso todas situaciones que pudiera traer la guerra y, si resultaba victorioso, librando al mundo de su sometimiento a Roma. La expulsión de los romanos de Grecia no era algo menos sorprendente que la expulsión de Aníbal de Italia. Y, ¡por Hércules!, no podían comprender por qué él, que se había resistido hasta el extremo al intento ilegal de su hermano por apoderarse de la corona, sería tan incoherente como para entregarla a extranjeros tras obtenerla justamente. Finalmente, en la discusión entre la paz y la guerra, todos estuvieron de acuerdo en que nada había más vergonzoso que entregar el trono sin combatir, ni más glorioso para un rey que afrontar todos los riesgos en defensa de su dignidad soberana y majestad.

[42.51] Este consejo se celebró en Pela, en el antiguo palacio real de Macedonia. *Vayamos entonces a la guerra* -dijo Perseo- *con la ayuda benevolente de los dioses, ya que tal es vuestro parecer.* Se enviaron órdenes escritas a todos sus generales y reunió a la totalidad de sus fuerzas en Cicio, una ciudad en Macedonia. Partió para Cicio, acompañado por su séquito de cortesanos y escoltas, después de efectuar él mismo un magnífico sacrificio de cien víctimas a Minerva, a la que llaman Alcidemos Ya se había concentrado allí todo el ejército, tanto macedonios como auxiliares. El campamento se estableció delante de la ciudad y él formó a todos sus soldados en la llanura. El número total de los que llevaban armas ascendía a cuarenta y tres mil, la mitad de los cuales formaban en falanges que estaban al mando de Hipias de Berea. De entre todos los armados con cetra, fueron seleccionados dos mil hombres, por su fuerza y juventud, para formar un cuerpo llamado "agema" y cuyos prefectos fueron Leonato y Trasipo Antifilo de Edesa estaba al mando del resto de los armados con cetra, alrededor de tres mil hombres. Los peonios, procedentes de Paroria y Parastrimonia, lugares fronteros con Tracia, así como los agrianes, incluyendo algunos inmigrantes tracios, componían una fuerza de alrededor de tres mil hombres. Habían sido armados y reunidos por Didas de Peonia, el asesino del joven Demetrio. También había dos mil galos bajo el mando de Asclepiódoto de Heraclea de Síntice. Tres mil tracios libres formaban bajo su propio jefe y un número aproximadamente igual de cretenses seguían a sus propios generales: Suso de Falasarnas y Silo de Cnosos. Leónides, el lacedemonio, mandaba una fuerza de quinientos soldados de Grecia. Se decía que era de sangre real, condenado en una asamblea general de los aqueos al destierro tras haberse capturado una carta suya a Perseo. Los etolios y beocios, cuyo total no superaba los quinientos hombres, estaban bajo el mando del prefecto Licón de Acaya. Con todos estos contingentes, procedentes de tantos pueblos y tribus, se formó una fuerza de unos doce mil hombres. En cuanto a la caballería, Perseo había reunido tres mil jinetes de toda Macedonia. Cotis, el hijo de Seutes, que era rey de los odrisas, había acudido con una fuerza escogida de mil jinetes y aproximadamente el mismo número de infantes. Así, el número total del ejército constaba de treinta y nueve mil soldados de infantería y cuatro mil de caballería. Era indudable que, desde el ejército que Alejandro Magno había llevado a Asia, ningún rey macedonio había alistado nunca una fuerza tan grande.

[42.52] Hacía veintiséis años que se había concedido a Filipo el tratado de paz que había pedido. Durante todo ese tiempo, Macedonia había permanecido tranquila y una nueva generación había crecido y estaba ya en edad apropiada para el servicio militar; habían estado sobre las armas continuamente a causa de las pequeñas guerras contra sus vecinos tracios, que más que agotarlos les habían servido como entrenamiento. La perspectiva de una guerra con Roma, que durante tanto tiempo había sido considerada tanto por Filipo como, luego, por Perseo, había llevado a que todo

estuviera listo y dispuesto. El ejército formado realizó unos cuantos movimientos, no unas auténticas maniobras, sino solo para evitar dar la sensación de haber estado en pie bajo las armas. Perseo entonces los llamó, armados como estaban, para que formaran alrededor y ascendió a una tribuna con sus dos hijos a su lado; el mayor, Filipo, hermano suyo por nacimiento e hijo suyo por adopción; el más joven, Alejandro, era su hijo por nacimiento. Exhortó a sus soldados para que mostraran su coraje en la guerra y los agravios que los romanos habían infligido a su padre y a él mismo. Su padre se había visto obligado a reanudar las hostilidades a causa de todas las humillaciones que había sufrido; cuando estaba a mitad de los preparativos, le golpeó el destino. Los romanos le habían enviado embajadores para negociar, y al mismo tiempo mandaron soldados para ocupar las ciudades de Grecia. Luego se perdió el invierno en conferencias, aparentemente para lograr una solución pacífica, pero en realidad para conseguir tiempo para completar sus preparativos. Y ahora, el cónsul venía con dos legiones romanas, con unos seis mil infantes cada una y su complemento de 300 jinetes, y contingentes aliados en aproximadamente la misma cantidad. Aun cuando se contaran las tropas enviadas por Eumenes y Masinisa, no serían más de treinta y siete mil infantes y dos mil jinetes. El rey prosiguió diciéndoles que, una vez que habían sabido de las fuerzas del enemigo, debían mirar a su propio ejército, su superioridad en número y calidad de sus soldados, en comparación con aquellos reclutas alistados a toda prisa para esta guerra, no como ellos que, desde su niñez, se habían adiestrado en la escuela de la guerra, disciplinados y endurecidos por tantas campañas. Lidios, frigios y númidas proporcionaban tropas auxiliares a los romanos; nosotros tenemos a nuestro lado a los tracios y a los galos, los pueblos más belicosos. Sus armas eran solo aquellas que cada soldado, en su pobreza, se había podido conseguir; a los macedonios se las suministraban los arsenales reales, de aquellas armas fabricadas a lo largo de todo aquellos años bajo la dirección de su padre y a su propia costa. Ellos tenían que traer sus suministros desde gran distancia, expuestos a todos los accidentes de la mar; nosotros tenemos dinero y trigo almacenado para diez años, además de los ingresos procedentes de las minas. De cuanto había proporcionado la benevolencia de los dioses, o el cuidado y previsión de su rey, los macedonios tenían almacenado con toda abundancia. Debían tener el valor de sus antepasados, cuando después de someter toda Europa cruzaron a Asia y abrieron con sus armas un mundo desconocido, sin parar nunca en sus conquistas hasta que se vieron rodeados por el Mar Rojo y ya no quedaba nada más por conquistar. Pero ahora, ¡por Hércules!, la fortuna quería que combatieran no por las más remotas costas de la India, sino por la posesión de Macedonia. Cuando los romanos hicieron la guerra a mi padre pusieron el engañoso pretexto de que estaban liberando Grecia; ahora tienen como objetivo declarado la esclavización de Macedonia, para que Roma no tenga ningún rey en sus fronteras ni dejar armas en manos de un pueblo famoso por la guerra. Si renunciaban a la guerra y a seguir sus órdenes, deberían entregar sus armas, su rey y su reino a tales amos, altivos y arrogantes.

[42,53] Se produjeron frecuentes estallidos de aplausos durante todo el discurso, pero en aquel punto se levantó como un grito de indignación y desafío, lanzando vítores al rey para que tuviera confianza, de manera que puso fin a su discurso añadiendo solo que deberían estar dispuestos a marchar, pues se había informado de que los romanos avanzaban ya desde Ninfeo tras levantar su campamento. Una vez disueltas las tropas, procedió a dar audiencia a las delegaciones de las ciudades macedonias que habían hecho ofrecimientos de dinero y trigo, cada una según su capacidad. Les dio las gracias a todas ellas y las eximió de hacer ninguna otra contribución, pues los almacenes reales bastaban para todas las necesidades. Lo único que les pidió fue que proporcionasen las carretas para transportar la artillería, la enorme cantidad de proyectiles que se habían preparado, así como el resto de material bélico. Partió entonces con todo el ejército en dirección a Eordea y acampó junto al lago Begorritis. Al día siguiente llegó al río Haliacmón, en Elimea. Desde allí, cruzó los montes llamados Cambunios y, atravesando un estrecho paso, bajó hacia Azoro, Pitoo y Dolique; los naturales llaman a estas tres ciudades Trípolis. Aquí sufrió un

pequeño retraso, pues estas habían entregado rehenes a los lariseos; una vez a la vista, sin embargo, ante el peligro que les amenazaba, se rindieron. Aceptó su rendición con buenas maneras, seguro de que también los de Perrebia harían lo mismo. Los habitantes no trataron de resistir y capturó la ciudad en cuanto llegó allí. Se vio obligado a atacar Cirecias, donde el asalto del primer día fue rechazado por una fuerte carga de hombres armados desde las puertas. Al día siguiente atacó con todas sus fuerzas y antes de la noche recibió la sumisión de toda la población.

[42,54] Milas, la siguiente población a la que llegó, estaba tan bien fortificada que la confianza en la inexpugnabilidad de sus murallas hacía particularmente desafiantes a los habitantes de la ciudad; no contentos con cerrar sus puertas al rey, lanzaban incluso provocaciones e insultos contra él y los macedonios. Esto hizo que su enemigo acometiera con aún más furia el asalto y a los ciudadanos, al no esperar clemencia, aún más firmes en su defensa. Así, la ciudad fue atacada durante tres días con la mayor determinación por ambas partes. El gran número de los macedonios les hacía fácil relevarse durante el combate; los defensores, por su parte, eran siempre los mismos a la hora de guardar las murallas, noche y día, y terminaron agotándose no solo por sus muchas heridas, sino también por la falta de sueño y el incesante esfuerzo. Al cuarto día, mientras se elevaban las escalas de asalto contra las murallas y se atacaba la puerta con más violencia de lo habitual, los habitantes, tras rechazar el peligro de las murallas, corrieron a defender la puerta y lanzaron una salida repentina. Esta se debió más a la impetuosidad y a la rabia que a una confianza bien fundamentada en sus fuerzas; al estar en inferioridad numérica y con sus cuerpos agotados y cansados, fueron rechazados por el enemigo que se encontraba fresco y con todo su vigor. Dieron media vuelta y huyeron, y al dar la espalda permitieron que entrase el enemigo a través de la puerta abierta. De esta manera, la ciudad fue tomada y saqueada; además, hasta los hombres libres que sobrevivieron fueron vendidos como esclavos.

Después de derruir e incendiar la mayor parte de la ciudad, Perseo marchó hacia Falana y, al día siguiente, llegó a Girtón. Al enterarse de que Tito Minucio Rufo y el pretor Hipias de los tesalios habían entrado en la ciudad con una guarnición, no intentó siquiera un asalto, sino que siguió su marcha y recibió la rendición de Elacia y Gono, cuyos habitantes quedaron atemorizados por su inesperada aparición. Ambas ciudades están situadas en las gargantas por las que se entra en el valle del Tempe, especialmente Gono más al interior. Las guarnicionó con unas fuerzas más poderosas de caballería e infantería, defendiéndolas además con un triple foso y una empalizada. Marchando hasta Sicurio, decidió esperar allí al enemigo y ordenó al ejército que recogiera trigo por todas las partes del territorio enemigo. Sicurio está al pie del Monte Osa, que por su lado sur domina las llanuras de Tesalia; por el otro lado se encuentran Macedonia y Magnesia. Además de estas ventajas, posee un clima sano y un suministro permanente de agua que fluye en abundancia de muchos manantiales alrededor.

[42,55] Por estas mismas fechas, el cónsul romano se dirigía con su ejército a Tesalia. Mientras marchaba por el Epiro se encontró en terreno expedito y abierto, pero una vez hubo cruzado las fronteras de Atamania tuvo que avanzar por un terreno accidentado y casi intransitable. Solo luchando con las mayores dificultades y en cortas marchas fue capaz de llegar a Gonfos. Si se hubiera encontrado con el rey, en momento y terreno tan favorables, con sus soldados y caballos tan cansados y siendo su ejército tan bisoño, los propios romanos no niegan que habrían sufrido una terrible derrota si hubiesen tenido que combatir. Una vez llegados a Gonfos sin ninguna lucha, no solo se alegraron por haber superado un paraje peligroso, sino que incluso experimentaron un sentimiento de desprecio hacia un enemigo tan ciego ante sus oportunidades. Después de realizar debidamente los sacrificios y repartir trigo a los soldados, el cónsul permaneció allí unos días dando descanso tanto a hombres como a bestias. Al enterarse de que los macedonios estaban dispersos por todas partes y saqueando los campos de sus aliados, llevó a sus soldados, que ya estaban suficientemente descansados, hacia Larisa. Cuando estaba a unas tres millas de aquel lugar, fijó su

campamento en las proximidades de la Trípolis a la que sus habitantes llaman Escea-, junto al río Peneo. Por aquellas fechas, llegó Eumenes con sus barcos a Calcis. Estaba acompañado por sus hermanos Atalo y Ateneo; el otro hermano, Filetero, se quedó en Pérgamo para proteger el reino. Desde Calcis, marchó con Atalo y una fuerza de cuatro mil infantes y mil jinetes para unirse con el cónsul, dejando dos mil de infantería en Calcis bajo el mando del Ateneo. Llegaron también otros contingentes auxiliares procedentes de todos los estados griegos, la mayoría de ellos tan pequeños que han pasado al olvido. Apolonia envió trescientos jinetes y cien infantes; la caballería de toda Etolia formaba el equivalente a un ala, y los tesalios, de quienes se esperaba que mandasen toda su caballería, no tenían a más de trescientos jinetes en el campamento romano. Los aqueos proporcionaron unos mil quinientos jóvenes, armados en su mayoría al modo cretense.

[42,56] El pretor Cayo Lucrecio, al mando de la flota en Cefalania, ordenó por aquellas fechas a su hermano Marco que llevara sus barcos hacia Calcis, doblando el cabo Maleo. Él mismo subió a bordo de un trirreme y partió hacia el Golfo de Corinto, con el objetivo de controlar la situación en Beocia. Su travesía resultó un tanto lenta por culpa de su estado de salud. Cuando Marco Lucrecio llegó a Calcis, tuvo noticia de que Haliarto estaba siendo atacada por Publio Léntulo y le envió un mensaje ordenándole, en nombre del pretor, que levantara el sitio. El legado, que había dado inicio a las operaciones con aquellos jóvenes beocios que estaban de parte de los romanos, se retiró entonces de las murallas. El abandono de este ataque dejó el terreno libre para otro; Marco Lucrecio, a su vez, asedió el lugar con una fuerza de marina, diez mil hombres, y dos mil soldados del rey que estaban bajo el mano de Ateneo. Cuando estaban ya dispuestos a lanzar el asalto, apareció el pretor procedente de Creusa. Los barcos proporcionados por los aliados estaban concentrados en Calcis: dos quinquerremes púnicos, dos trirremes de la Heraclea del Ponto, cuatro de Calcedonia, el mismo número de Samos así como también cinco cuatrirremes de Rodas. Como no había guerra naval en parte alguna, el pretor envió las naves de vuelta a los distintos aliados. Quinto Marcio también llegó a Calcis con su flota después de capturar Álope de Ftiótide y asaltar Larisa Cremaste. Mientras tenía lugar todo esto en Beocia, Perseo, como se ha indicado anteriormente, estaba acampado en Sicurio. Después de haber recogido el trigo de todo el territorio circundante, envió un destacamento a saquear los campos de Feras, esperando poder tomar por sorpresa a los romanos si los obligaba a alejarse de su campamento para auxiliar a las ciudades de sus aliados. Al encontrase, sin embargo, con que sus correrías no les inducía a moverse, procedió a distribuir el botín, en el que no había sino algunos pocos prisioneros, compuesto en su mayoría de ganado con el que les proporcionó un festín.

[42.57] El cónsul y el rey celebraron sendos consejos de guerra, para decidir por dónde iniciar las operaciones. Los macedonios se había vuelto cada vez más audaces, tras descubrir que el enemigo les permitía asolar el territorio de Feras sin oponer resistencia alguna, y pensaron que se debían dirigir directamente hacia el campamento romano y no dar lugar a más demoras. Los romanos, por otra parte, consideraban que su inactividad estaba dañando su prestigio entre sus aliados, y estaban particularmente disgustados por no haber prestado ayuda a los fereos. Mientras discutían sobre qué medidas debían tomar -estaban presentes, además, Eumenes y Atalo-, llegó un mensajero aterrorizado con la noticia de que el enemigo se acercaba con un gran ejército. El consejo de guerra quedó inmediatamente disuelto y se dio la señal para que los soldados tomaran las armas. Entretanto, se envió un centenar de jinetes y el mismo número de lanzadores de jabalinas, de las fuerzas auxiliares del rey, para reconocer el terreno. Era la hora cuarta y, cuando estaba a poco más de una milla del campamento romano, Perseo ordenó a la infantería que se detuviera mientras él mismo se adelantaban cabalgando con la caballería y la infantería ligera; también se adelantaron junto a él Cotis y los comandantes de las demás fuerzas auxiliares. Estaban a media milla del campamento cuando se divisó a la caballería enemiga. Estaba compuesta por dos alas, en su mayoría galos bajo el mando de Casignato, y unos ciento cincuenta de infantería ligera, en parte

misios y en parte cretenses armados a la ligera. El rey se detuvo, incierto en cuanto a la fuerza del enemigo. Hizo luego adelantarse del cuerpo principal a dos turnas de tracios y dos de caballería macedonia, junto con dos cohortes de cretenses y otras dos de tracios. Como ambas partes estaban igualadas numéricamente y no llegaron tropas de refuerza a ninguno de los dos lados, el enfrentamiento terminó sin que se decidiera la victoria. Murieron una treintena de los hombres de Eumenes, entre ellos Casignato, el comandante galo. Perseo llevó entonces sus fuerzas de vuelta a Sicurio. Al día siguiente, el rey les hizo ir al mismo lugar y a la misma hora. Esta vez seguían a las tropas carros con agua, pues en las doce millas de marcha no tenían agua y les cubría el polvo; resultaba evidente que si debían luchar en cuanto llegaran a la vista del enemigo, lo habrían de hacer sufriendo la sed. Los romanos retiraron sus puestos avanzados detrás de su empalizada y permanecieron tranquilos; ante aquello, las tropas del rey regresaron a su campamento. Repitieron esto durante varios días, esperando que la caballería romana atacaría su retaguardia durante el regreso; los atraerían a considerable distancia de su propio campamento y, a continuación, las tropas del rey, que eran superiores en caballería e infantería ligera, los podrían enfrentar dondequiera que estuviesen.

[42.58] Como no había tenido éxito en su intento de hacer salir a los romanos, el rey trasladó su campamento a una distancia de cinco millas del enemigo. Al amanecer, la infantería fue desplegada en el mismo lugar que antes y toda la caballería y la infantería ligera marchó hacia el campamento romano. La vista de una mayor cantidad de tropas enemigas y una nube de polvo más próxima de lo habitual provocó cierto desconcierto entre los romanos. Al principio casi no se dio crédito a quien daba la noticia, pues en todas las anteriores ocasiones el enemigo nunca había aparecido antes de la cuarta hora del día, y ahora lo hacía al amanecer. Cuando todas las dudas quedaron disipadas por los muchos gritos y los hombres corriendo desde las puertas, hubo gran confusión. Los tribunos militares, los prefectos y los centuriones salieron corriendo hacia el pretorio, los soldados corrieron hacia sus propias tiendas. Perseo había formado a sus hombres a menos de quinientos pasos de la empalizada romana, alrededor de una colina llamada Calínico. El rey Cotis estaba al frente del ala izquierda, con todas las fuerzas de su pueblo; la infantería ligera estaba situada entre las filas de la caballería. A la derecha estaba la caballería macedonia, con los cretenses mezclados entre sus turnas de la misma forma. Este ala estaba bajo el mando de Midón de Berea; el mando supremo de todas las fuerzas de caballería entero estaba en manos de Menón de Antigonea. Contiguas a ambas alas estaban la caballería real y una fuerza mixta de élite formada por auxiliares de distintas nacionalidades. Patrocles de Antigonea y Didas, el gobernador de Peonia, estaban respectivamente al frente de estas tropas. En el centro de toda la línea se encontraba el rey, rodeado por la "agema" y los jinetes de la caballería sagrada. Delante de estos situó a los honderos y lanzadores de jabalinas, cuatrocientos en todas, bajo el mando de Ión de Tesalónica y al dólope Artemón. Este fue el orden de batalla del rey. El cónsul hizo formar a la infantería dentro de la empalizada y mandó salir a la totalidad de la caballería y la infantería ligera; estas formaron delante de la empalizada. El ala derecha la mandaba Cayo Licinio Craso, el hermano del cónsul, y estaba compuesta por toda la caballería itálica, con los vélites mezclados entre ellos. A la izquierda se encontraba Marco Valerio, mandando la caballería y la infantería ligera de las distintas ciudades griegas. El centro estaba a cargo de Quinto Mucio, con un cuerpo escogido de jinetes voluntarios. Por delante de ellos se situaron doscientos jinetes galos y trescientos cirtios de las tropas auxiliares de Eumenes; cuatrocientos jinetes tesalios formaron a corta distancia por delante del ala izquierda. Atalo y Eumenes se situaron por detrás con todas sus fuerzas, entra la última línea y la empalizada.

[42.59] Formados de esta manera, casi igualadas en número su caballería y su infantería ligera, se enfrentaron los ejércitos. La batalla fue iniciada por los honderos y los lanzadores de jabalina, que se encontraban delante de las líneas. En primer lugar los tracios, como animales salvajes encerrados en jaulas a los que de pronto se libera, se lanzaron con un griterío ensordecedor

contra el ala derecha, los jinetes itálicos, con tal furia que sembraron el desconcierto entre ellos a pesar de su experiencia en la guerra y su natural imperturbabilidad. La infantería de ambos lados rompió las lanzas de la caballería con sus espadas, seccionó el corvejón de los caballos o los apuñalaba por los flancos. Perseo, cargando por el centro de las líneas, desaloja a los griegos a la primera embestida y los siguió presionando con fuerza cuando dieron la espalda. La caballería de Tesalia había permanecido en reserva, a poca distancia del ala izquierda, limitándose al principio a observar; pero luego, cuando el día empezó a presentarse mal contra ellos, prestaron un gran servicio. Al retirarse poco a poco y manteniendo ordenadas sus líneas, tras unirse con las tropas de Eumenes, ofrecieron así un refugio seguro dentro de sus filas a los aliados que huían en desorden. Como el enemigo había aclarado sus líneas en la persecución, se atrevieron incluso a avanzar y dar protección a muchos de los que huían en dirección contraria. Las tropas del rey, dispersadas por la persecución en todas direcciones, no se atrevieron a enfrentarse con hombres que avanzaban en formación y con tanta firmeza. El rey, victorioso en esta acción de caballería, gritaba a sus hombres que con un poco más de ayuda en esta acción habría terminado la guerra; muy oportunamente, como en respuesta a su arenga, apareció en escena la falange que Hipias y Leonato, al oír del éxito de la caballería, se apresuraron a traer por propia iniciativa para que pudiera tomar parte en una acción tan audazmente iniciada. Cuando el rey se debatía entre la esperanza y el miedo a intentar una empresa tan grande, llegó corriendo junto a él Evandro, el cretense que había sido su instrumento en el atentado contra la vida de Eumenes en Delfos. Había visto cómo avanzaba la infantería con los estandartes desplegados, y le advirtió solemnemente para que no se dejase llevar por la euforia y lo aventurase todo a una sola oportunidad, cuando no tenía necesidad de correr aquel riesgo. Si se contentaba con la brillante victoria obtenida y se mantenía quieto aquel día, o bien lograría una paz honorable o bien, si prefería la guerra, tendría muchísimos más aliados que seguirían su buena fortuna. El ánimo de rey estaba más inclinado a este curso de acción, por lo que después de agradecer a Evandro sus consejos, ordenó que se replegaran los estandartes, que la infantería marchara de vuelta al campamento y se se ordenase tocar a retirada para la caballería.

[42.60] Aquel día cayeron, del lado de los romanos, doscientos jinetes y no menos de dos mil infantes; fueron hechos prisioneros unos seiscientos. Del ejército del rey, murieron veinte de caballería y cuarenta de infantería. A su regreso al campamento, los vencedores estaban todos de muy buen humor, aunque a todos superaban los tracios en la insolencia de su alegría. Estos volvieron al campamento cantando y llevando las cabezas de sus enemigas clavadas en sus lanzas. Entre los romanos no solo había dolor por su derrota, sino el temor a que el enemigo atacara de inmediato su campamento. Eumenes instó al cónsul a trasladar el campamento a la orilla opuesta del Peneo, de manera que pudieran tener la protección del río hasta que los aterrados soldados recobrasen la moral. El cónsul tenía vergüenza por admitir que sentía miedo; pero cedió a la razón e hizo cruzar a sus fuerzas en la oscuridad de la noche y en silencio, fortificándose en la otra orilla. Al día siguiente, el rey marchó para provocar a su enemigo para que combatiera. Cuando se dio cuenta de que habían llevado su campamento de forma segura al otro lado del río, se dio cuenta de su equivocación al no haberles acosado el día anterior, pero aún más por haber permanecido inactivo durante la noche; en efecto, de haber enviado simplemente a su infantería ligera contra el enemigo, durante la confusión provocada por el cruce del río, habría eliminado a gran parte de sus fuerzas. Ahora que su campamento estaba en una posición segura, los romanos quedaban liberados del peligro de un ataque inmediato, aunque también mucho más desanimados, especialmente por su pérdida de prestigio. En el consejo de guerra, en presencia del cónsul, todos echaban la culpa a los etolios: con ellos empezó el pánico y la huida, y el resto de las fuerzas griegas siguieron el ejemplo de los etolios. Cinco jefes etolios, que habían sido los primeros en volver la espalda, según se decía, fueron enviados a Roma. A los tesalios se los felicitó delante de la asamblea y sus mandos fueron recompensados por su valor.

[42.61] Se llevaron ante el rey los despojos de los caídos, que los entregó a sus soldados; a algunos entregó espléndidas armaduras; dio caballos a otros, y a otros, prisioneros. Había más de mil quinientos escudos, las cotas de malla y las corazas superaban las mil; los cascos, las espadas y los proyectiles de toda clase eran mucho más numerosos. El valor de estos despojos, ya de por sí grande y satisfactorio, fue realzado por el discurso que el rey dirigió a su ejército. "Esto os permitirá -les dijo- juzgar el resultado de la guerra. Habéis derrotado a la caballería, la parte mejor del ejército romano y con la que solían jactarse de ser invencibles. En su caballería sirve la flor de su juventud, es el vivero de sus senadores, los hombres cuyos padres son elegidos como cónsules, de entre los que eligen a sus comandantes; esos son los hombres cuyos despojos hemos distribuido ahora entre vosotros. Y no de menor importancia es la victoria que habéis logrado sobre su infantería, esas legiones que, puestas fuera de vuestro alcance con una huida nocturna, llenó el río con su confusión y desorden, como si fuesen náufragos que nadasen aterrados de acá para allá. Cruzar el Peneo nos será más fácil a nosotros, que los perseguimos, de lo que lo fue para ellos en su prisa por escapar; y en cuanto lo hayamos cruzado atacaremos su campamento, que hoy habríamos capturado si no hubiesen huido. O, si estuviesen dispuestos a combatir en campo abierto, O si están dispuestos a luchar en campo abierto, contad con un triunfo igual en un combate de infantería como el que habéis conseguido en el de caballería". Aquellos que habían tomado parte en la victoria y llevaban el botín del enemigo sobre sus hombros escuchaban atentamente la narración de sus hazañas y basaban en lo recién sucedido sus esperanzas para el futuro. La infantería, además, y especialmente los soldados de las falanges, estaban enardecidos por la gloria que habían ganado sus camaradas, buscando la oportunidad de prestar a su rey un servicio señalado y ganar la misma gloria sobre su enemigo vencido. Los soldados rompieron filas y al día siguiente marcharon y fijaron su campamento en Mopselo, que es una colina situada a la entrada del valle del Tempe y está a medio camino entre Larisa y Gono.

[42.62] Los romanos, sin dejar la ribera del Peneo, trasladaron su campamento a una posición más segura. Y, mientras estaban allí, llegó el númida Misagenes con mil de caballería, el mismo número de infantes y veintidós elefantes. El rey estaba por entonces celebrando un Consejo para decidir sobre la futura dirección de la guerra; como ya se había enfriado su alegría por su victoria, algunos de sus amigos se atrevieron a aconsejarle. Le aconsejaron que resultaría provechoso para él aprovecharse de su buena fortuna y lograr ahora una paz honorable, antes que arriesgarse a una situación irrevocable fundado en vanas esperanzas. Limitar por sí mismo su prosperidad y no confiar demasiado en los recientes favores de la fortuna, es propio de los hombres sabios y merecedores de su buena fortuna. Que mandase embajadores al cónsul con poderes para plantear nuevas propuestas de paz en los mismos términos que su padre Filipo había aceptado del victorioso Tito Quincio. No podría darme un fin más grandioso a aquella guerra que el de la última y memorable batalla, ni motivos más seguros para la esperanza de una paz duradera que aquellas que harían que los romanos, desalentados por su derrota, estuviesen dispuestos a llegar a un acuerdo. Si los romanos entonces, por su natural terquedad, rechazaban unos términos justos, tanto los dioses como los hombres serían testigos de la moderación de Perseo y de la invencible soberbia de los romanos.

El rey, por naturaleza, no se mostraba nunca contrario a consejos de esta naturaleza y esta política resultó aprobada por la mayoría del Consejo. Se envió una embajada al cónsul, que fue recibida en audiencia ante el Consejo en pleno. Pidieron la paz, y prometieron que Perseo entregaría a los romanos el mismo tributo que se había acordado con Filipo, retirándose cuanto antes de las ciudades, territorios y plazas de los que se había retirado su padre. Tales eran sus instrucciones. Se hizo salir a los embajadores y, en el debate que siguió, se impuso entre los romanos la opción de la firmeza. Así se acostumbraba por entonces: aparentar prosperidad en las circunstancias adversas y contener los sentimientos en los momentos de prosperidad. La respuesta que se decidió dar fue que se concedería la paz a condición de que el rey dejara en manos del Senado la decisión sobre el

conjunto de la situación y la determinación sobre la condición particular de él y de toda Macedonia. Cuando la legación dio a conocer esta respuesta, aquellos que no estaban familiarizados con el carácter romano la consideraron como una asombrosa muestra de obstinación, siendo muchos los que deseaban que se prohibiera cualquier ulterior alusión a la paz. Aquellos que ahora despreciaban la paz que se les ofrecía -decían-, pronto vendrán a pedirla. Era esta misma obstinación a la que Perseo temía, pues era consecuencia de su confianza en sus propias fuerzas; tanteando la posibilidad de comprar la paz a un precio mayor, no dejó de sondear el ánimo del cónsul. Como el cónsul se mantuviera firme en su primera respuesta, Perseo desesperó de lograr la paz y volvió a Sicurio, dispuesto a enfrentar una vez más los peligros de la guerra.

[42.63] Las noticias sobre la batalla se extendieron a través de toda Grecia, y por la forma en que se recibieron se pudo descubrir con quién estaban las esperanzas y simpatías de las gentes. No sólo los partidarios abiertos de Macedonia, sino la mayoría de los que tenían las mayores obligaciones hacia Roma por los servicios que habían recibido, e incluso algunos que habían experimentado la violencia y tiranía de Perseo, se mostraron encantados de escucharlas por ninguna otra razón más que por ese mismo afán morboso que muestra la muchedumbre al ver los concursos atléticos y ponerse de parte del más débil y el menos diestro. Mientras tanto, en Beocia, el pretor Lucrecio apretaba el sitio de Haliarto con la mayor energía. A pesar de que los sitiados no habían tenido ni esperaban ninguna ayuda externa, aparte de los jóvenes coroneos que habían entrado en el recinto amurallado al comienzo del asedio, mantuvieron su resistencia más a base de su valor y determinación que por sus fuerzas efectivas. Lanzaban frecuentes salidas contra las obras de asedio; además, cuando se aproximaba un ariete, daban con él en tierra, unas veces arrojando encima de él piedras y otras echándole encima masas de plomo. Cuando no eran capaces de desviar los golpes, sustituían la antigua muralla con otra nueva que construían rápidamente con las piedras del muro caído. Al ser tan lento el progreso de las obras de asedio, el pretor ordenó que se distribuyeran escalas de asalto entre los manípulos, pues tenía la intención de hacer un asalto simultáneo por toda la muralla. Consideraba que su número bastaría para ello, pues no tenía ningún objeto ni resultaba posible atacar la ciudad por aquel lado en que estaba rodeada por las marismas. Llevó una fuerza escogida de dos mil hombres a un punto en que se habían derrumbado dos torres y el lienzo de muralla entre ellas, para que mientras él se abría paso por la brecha y los defensores se concentraban para oponérsele, cierta porción de las murallas quedara sin vigilancia y se la pudiera escalar con éxito. Los habitantes se dispusieron a salir a su encuentro. Sobre el terreno cubierto por el derrumbe de la muralla amontonaron leña de matorrales, a pie firme y sosteniendo en sus manos antorchas encendidas, amenazaban con prender fuego a aquella barricada, de manera que pudiesen disponer de tiempo para levantar un muro por la parte interior mientras el fuego mantenía alejados a sus enemigos. Un golpe de suerte impidió que ejecutaran este plan, pues descargó repentinamente un fuerte aguacero que hacía casi imposible encender la leña y, cuando se encendía, extinguía el fuego. Se abrió un paso echando fuera los haces humeantes y, como todos habían ya concentrado su atención en defender ese único punto, las murallas pudieron ser escaladas por muchos sitios. En los primeros instantes de confusión, siguientes a la captura de la ciudad, todos los ancianos y niños con los que se encontraron resultaron muertos. Los que estaban armados se refugiaron en la ciudadela y, como perdieran toda esperanza, se rindieron y fueron vendidos en subasta. Hubo unos dos mil quinientos de ellos. Los ornamentos de la ciudad, las estatuas, pinturas y todo el botín valioso fueron embarcados y se arrasó el lugar hasta los cimientos. Desde allí, el ejército marchó a Tebas, que fue capturada sin ningún tipo de lucha, y el cónsul entregó la ciudad a los exiliados y al partido romano. Mandó vender en subasta las familias y bienes de los hombres del partido contrario y de los que estaban a favor del rey y eran simpatizantes de Macedonia. Después de realizar estas hazañas, regresó al mar y a las naves.

[42,64] Mientras ocurrían estos sucesos en Beocia, Perseo permaneció durante varios días

acampado en Sicurio. Estando aquí se enteró de que los romanos estaban ocupados segando y llevándose el trigo de los campos; luego, cada cual delante de su tienda, se ocupaban en cortar con hoces las espigas para moler más limpiamente el grano, habiéndose formado por todo el campamento grandes montones de paja. Esto le pareció una buena oportunidad para incendiar el campamento, por lo que dio órdenes para preparar antorchas, resina y proyectiles cubiertos con pez. Partió a medianoche, con la intención de tomar al enemigo por sorpresa al amanecer, pero todo resultó inútil. Los puestos avanzados fueron sorprendidos, pero sus gritos y la confusión sirvieron de alarma para el resto. Se dio instantáneamente la señal de alarma y los soldados formaron de inmediato en las puertas y en la empalizada. Pesaroso por haber iniciado sin pensarlo su plan contra el campamento, Perseo hizo contramarchar a su ejército, ordenando que fuese en cabeza la impedimenta seguida por los estandartes de la infantería. Él mismo formó con su caballería e infantería ligera para cerrar la columna, esperando, como resultó ser el caso, que el enemigo les seguiría para acosar a su retaguardia. La infantería ligera libró algunos combates dispersos, principalmente contra la cabeza de los perseguidores; la caballería y la infantería regresaron al campamento en orden.

Una vez segado el trigo de los alrededores, los romanos se trasladaron a Cranón, donde sus campos estaban aún intactos. Aquí permanecieron acampados durante algún tiempo, seguros contra ataques a causa, en parte, a la distancia que había desde Sicurio y en parte a la dificultad de encontrar agua en el camino. De repente, una mañana, al amanecer, quedaron sorprendidos al divisar en lo alto de las colinas a la caballería del rey y a su infantería ligera. Estas habían partido desde Sicurio al mediodía del día anterior y al despuntar el alba habían dejado a la infantería en las llanuras más cercanas. Perseo se detuvo durante algún tiempo sobre las colinas, pensando si podría arrastrar a los romanos a un combate de caballería. Como estos no hicieran ningún movimiento, envió un jinete con órdenes para que la infantería marchara de vuelta a Sicurio, siguiéndolos él mismo poco tiempo después. La caballería romana los siguió a una distancia moderada por si tenían oportunidad de atacar a los rezagados. Cuando vieron que la infantería marchaba concentrada y guardando la formación, regresaron a su vez a su campamento.

[42.65] Molesto el rey por el largo trayecto que tenía que recorrer, adelantó luego su campamento hasta Mopselo. Los romanos, una vez segado el grano alrededor de Cranón, se trasladaron al territorio de Falana. El rey supo por un desertor que los romanos estaban dispersos por todo el territorio, segando el grano y sin protección armada. Partió con mil jinetes y dos mil tracios y cretenses y, marchando a la máxima velocidad posible, atacó a los romanos cuando menos se lo esperaban. Fueron capturados cerca de 1.000 carros con sus yuntas, la mayoría de ellos totalmente cargados, así como seiscientos prisioneros. Entregó el botín a trescientos cretenses para que lo escoltaran de vuelta a su campamento; a continuación, hizo regresar a la caballería y al resto de la infantería, que se encontraba masacrando al enemigo, y los condujo contra el destacamento más próximo, pensando que lo aplastaría sin demasiados problemas. Mandaba el destacamento Lucio Pompeyo, tribuno militar, quien retiró a sus soldados, que se habían desmoralizado ante la repentina aparición del enemigo, hasta una colina cercana que le serviría como posición defensiva, debido a su inferioridad en número y fuerzas. Una vez aquí, hizo que sus soldados adoptaran una formación circular, tocándose con los escudos, de manera que les sirvieran de defensa contra las flechas y las jabalinas.

Perseo rodeó la colina con sus tropas y ordenó a un grupo que iniciara el ascenso y llegara al choque con el enemigo, mientras los demás descargaban sus proyectiles a distancia. Los romanos estaban en gran peligro, ya que no podían luchar para expulsar a los que trataban de subir la colina, y si salían de sus filas y corrían hacia ellos quedarían expuestos a las jabalinas y las flechas. Sufrieron principalmente el ataque de loscestrosphendones, una nueva clase de arma inventada durante aquella guerra. Estaba compuesta por una punta de hierro de dos palmos de larga, atada a un astil de madera de pino, de medio codo de longitud y del grosor de un dedo. Alrededor del astil

se fijaban tres aletas de abeto, como se suele hacer con las flechas, y lo ponían en el centro de una honda que tenía dos correas desiguales. Cuando el proyectil se colocaba en el centro de la honda, el hondero la hacía girar con gran fuerza y aquel salía despedido como si fuese una bala de plomo. Estas armas y los demás proyectiles habían herido a muchos soldados, encontrándose todos tan cansados que apenas podían sostener las armas. Al ver esto, el rey les instó a rendirse, les dio su palabra de respetar su seguridad y hasta les prometió recompensas. Pero todos siguieron firmes y ni un solo hombre pensó en la rendición. Ya se habían hecho a la idea de morir, cuando apareció un inesperado rayo de esperanza. Algunos de los forrajeadores, que habían huido hasta el campamento, informaron al cónsul de que aquel destacamento estaba rodeado. Preocupado por la seguridad de tantos ciudadanos -pues había cerca de 800, todos los romanos-, salió del campamento con una fuerza de caballería e infantería ligera, incluyendo a los nuevos refuerzos de infantería y caballería númida, así como con los elefantes. Se ordenó a los tribunos militares que les siguieran con los estandartes de la infantería. Incorporó los vélites a la infantería ligera, para reforzarla, y se adelantó hacia la colina. Eumenes, Atalo y Misagenes, el régulo de los númidas, cubrían los flancos del cónsul.

[42,66] En cuanto tuvieron a la vista las primeras enseñas de sus camaradas, los ánimos de los romanos resurgieron de su profunda desesperación. En primer lugar, Perseo debería haberse contentado con aquel éxito fortuito, después de haber capturado y dado muerte a cierto número de forrajeadores, y no haber perdido el tiempo atacando al destacamento. Pero, en segundo lugar, una vez hecho esto, debió abandonar el campo mientras pudo hacerlo con seguridad, pues sabía que no llevaba con él infantería pesada. Eufórico por su éxito, no solo esperó hasta que apareció el enemigo, sino que mandó luego llamar a la falange. Se les llamó demasiado tarde para aquella circunstancia. La falange, puesta en marcha apresuradamente y en desorden por la velocidad a la que avanzaba, no pudo formar apropiadamente sus tropas para enfrentar la batalla con quienes ya estaban formados y dispuestos. El cónsul, que fue el primero en llegar, entabló combate inmediatamente con el enemigo. Durante un corto espacio de tiempo, los macedonios mantuvieron sus posiciones, pero pronto fueron totalmente superados y, tras perder trescientos infantes y veinticuatro jinetes de élite del *ala sagrada*, incluyendo a su prefecto Antímaco, trataron de abandonar el campo de batalla. Pero su retirada resultó casi más desordenada que el propio combate. La falange, llamada a toda prisa, acudía a la carrera, pero se encontró atascada donde se estrechaba el paso por el grupo de prisioneros y carros cargados de trigo. Se produjo un inmenso desorden: nadie esperó que la columna terminase de pasar del modo que fuese; los soldados lanzaban los carros por el precipicio para abrirse paso y los animales, desbocados, aumentaban la confusión general. Apenas acababan de librarse de la columna de prisioneros cuando se encontraron con las tropas del rey y su derrotada caballería, que les gritan que se replieguen y den la vuelta. Esto provocó una conmoción casi tan grande como un desastre; si el enemigo hubiera seguido la persecución y se hubiese adentrado en el desfiladero, le podría haber provocado una terrible derrota. Tras rescatar al destacamento de la colina, el cónsul se dio por satisfecho con este pequeño éxito y regresó al campamento. Según algunos autores, aquel día se libró una gran batalla en la que murieron ocho mil enemigos, entre ellos dos de los generales del rey, Sópatro y Antípatro, haciéndose dos mil ochocientos prisioneros y capturándose veintisiete estandartes militares. Tampoco resultó una victoria incruenta, muriendo más de cuatro mil trescientos del ejército del cónsul y perdiéndose cinco estandartes del ala izquierda.

[42.67] Aquella jornada revivió el ánimo de los romanos y se hundió el de Perseo, hasta el punto de que, tras permanecer unos días en Mopselo para dar sepultura a los hombres que había perdido, estableció una guarnición lo bastante fuerte en Gono y retiró sus tropas a Macedonia. Uno de los prefectos reales, Timoteo, quedó en Fila con una pequeña fuerza, con instrucciones de ganarse a los magnetes mientras estaba cerca. Al llegar a Pela, Perseo envió su ejército a sus

cuarteles de invierno y él marcho luego con Cotis a Tesalónica. Le llegó la noticia de que Autlesbis, un régulo tracio, y Corrago, prefecto de Eumenes, habían invadido los dominios de Cotis, ocupando un territorio llamado Marene. Consideró que debía dejar marchar a Cotis, por lo que le despidió y le dejó ir a defender su reino. Al partir, le hizo varios valiosos regalos. Solo para su caballería, entregó doscientos talentos, la paga de medio año, aunque al principio se había comprometido a darles un año de sueldo.

Cuando el cónsul supo que Perseo se había ido, movió su campamento hasta Gono por si podía apoderarse de la ciudad. Este lugar se encuentra delante de Tempe, a la misma entrada del desfiladero, y forma una defensa segura contra la invasión de Macedonia al tiempo que permite a los macedonios una entrada conveniente en Tesalia. Como la ciudadela, debido a su posición y a la fuerza de su guarnición, resultaba inexpugnable, el cónsul abandonó el intento. Torciendo su ruta hacia Perrebia, se apoderó de Malea al primer asalto y saqueó la ciudad. Después de recuperar Trípolis y el resto de Perrebia, volvió a Larisa. Eumenes y Atalo marcharon a casa y el cónsul asentó a Misagenes y sus númidas en las ciudades más cercanas de Tesalia para invernar. Distribuyó a parte de su ejército entre todas las ciudades de Tesalia, de modo que tuvieran cómodos cuarteles de invierno y sirvieran como guarnición para las ciudades. El legado Quinto Mucio fue enviado con dos mil hombres para guarnecer Ambracia y el cónsul despidió a todas las tropas de las ciudades griegas aliadas, con excepción de los aqueos. Avanzando con una parte de su ejército sobre la Acaya Ftiótide, arrasó la ciudad de Pteleos hasta los cimientos, abandonada tras huir sus habitantes, y aceptando la rendición voluntaria de Antronas. Llevó después su ejército hasta Larisa. La ciudad estaba vacía, pues toda la población se había refugiado en la ciudadela, y lanzó un ataque contra esta. La guarnición macedonia del rey, temerosa, había sido la primera en marcharse; los habitantes, abandonados por ellos, se rindieron enseguida. Dudó entonces el cónsul entre atacar Demetrias o comprobar la situación en Beocia, pero entonces Los tebanos le pidieron que acudiese en su ayuda, pues los coroneos les estaban hostigando. Tanto para atender su solicitud, como por resultar más conveniente aquel territorio que Magnesia para establecer sus cuarteles de invierno, llevó su ejército a Beocia.

LIBRO XLIII. LA TERCERA GUERRA MACEDÓNICA (CONTINUACIÓN)

[43,1] *(171 a.C.)* Durante el verano en que ocurrieron estos hechos en Tesalia, el cónsul envió al legado ... al Ilírico, donde asedió dos ricas y prósperas ciudades. Cerenia se vio obligada a rendirse y permitió a sus habitantes que conservaran sus posesiones; mediante este ejemplo de clemencia, esperaba inducir al pueblo de Carnunte a entregarse. No pudo, sin embargo, ni obligarlos a rendirse ni a tomar la plaza por asedio, de manera que, para que sus hombres se llevaran de regreso algo más que las fatigas de dos asedios, saqueó la ciudad que había dejado previamente intacta. Cayo Casio, el otro cónsul, al que se le había encomendado la Galia, no hizo allí nada digno de mención y trató, sin éxito, de llevar sus legiones a Macedonia a través de Iliria. El Senado se enteró de su propuesta expedición por una embajada enviada desde Aquilea. Se quejaban de que la suya era una colonia reciente y que aún no estaba lo bastante bien fortificada, pues estaba situada entre dos pueblos hostiles, los histros y los ilirios. Pidieron al Senado que considerase cómo se podía proteger la colonia. Al preguntárseles si les gustaría que se encargase del asunto el cónsul Cayo Casio, contestaron que este había reunido su ejército en Aquilea y había partido hacia Macedonia a través de Iliria; esto les resultó al principio increíble, y muchos senadores supusieron que, probablemente, había iniciado las hostilidades contra los carnos o los histros. Entonces, los aquileos les dijeron que lo único que sabían y que se atrevían a afirmar era que se había hecho entrega a los soldados de trigo para treinta días, y que habían encontrado y llevado consigo guías que conocían las rutas desde Italia hacia Macedonia. El Senado quedó profundamente indignado al ver que el cónsul se había atrevido a tanto como a abandonar su provincia y pasar a la del otro, conduciendo su ejército por una ruta desconocida y peligrosa a través de pueblos extranjeros, dejando a tantas naciones una vía abierta hacia Italia. Decidieron en una sesión plenaria que el pretor Cayo Sulpicio debía nombrar a tres senadores que deberían partir aquel mismo día, recorriendo su camino a la mayor velocidad posible y, encontrando al cónsul dondequiera que estuviese, le advertirían para que no efectuara ningún movimiento hostil contra pueblo alguno sin la autorización del Senado. Los senadores elegidos fueron Marco Cornelio Cetego, Marco Fulvio y Publio Marcio Rex. Los temores por el cónsul y el ejército impidieron por el momento que se prestara ninguna atención a la fortificación de Aquilea.

[43,2] Después de esto, se introdujo en el Senado una embajada de pueblos de ambas provincias de Hispania. Se quejaban de la codicia y la opresión de los magistrados romanos, y cayendo de rodillas rogaron al Senado que no permitiera que ellos, los aliados de Roma, fuesen robados y maltratados de un modo más vergonzoso incluso del que lo eran sus enemigos. Se quejaban además de otros tratos indignos, pero el más evidente era el de extorsión de dinero. Se encargó a Lucio Canuleyo, el pretor a quien había correspondido Hispania, que designara cinco recuperadores a partir del orden senatorial, para tratasen con cada uno de aquellos a quienes los hispanos exigían reparación, dando igualmente permiso a los demandantes para que eligieran a quien quisiesen como abogado. Se llamó al Senado a los embajadores y se les leyó el decreto, invitándoles a nombrar sus abogados. Designaron a cuatro: Marco Porcio Catón, Publio Cornelio Escipión, hijo de Cneo, Lucio Emilio Paulo, y Cayo Sulpicio Galo. Los recuperadores empezaron con el caso de Marco Titinio, que había sido pretor de la Hispania Citerior durante el consulado de Aulo Manlio y Marco Junio. El proceso resultó aplazado en dos ocasiones y, en la tercera, el acusado fue absuelto. Se produjo una diferencia entre los embajadores, pues los procedentes de la Hispania Citerior eligieron como abogados a Marco Catón y a Publio Escipión, mientras que los procedentes de la Hispania Ulterior eligieron a Lucio Paulo y a Sulpicio Galo. Los de la Citerior llevaron ante los recuperadores a Publio Furio Filo y los de la Ulterior a Marco Macieno. Filo había sido pretor tres años antes, durante el consulado de Espurio Postumio y Quinto Mucio, y Marco

Macieno lo fue al año siguiente, durante el consulado de Lucio Postumio y Marco Popilio. Ambos fueron acusados de gravísimos delitos; se suspendieron los procedimientos y, cuando llegó el momento de iniciarlos nuevamente desde el principio, fueron sobreseídos al haber marchado los acusados al exilio voluntario, Furio a Palestrina y Macieno a Tívoli. Corrió el rumor de que los patronos se oponían a que se convocara a los nombres o personas influyentes, sospechas que se acrecentaron por la acción de Canuleyo. Este abandonó completamente el asunto y se dedicó al alistamiento de tropas; después, de repente, partió hacia su provincia para impedir que fueran más los acusados por los hispanos. Quedó enterrado el pasado de aquel modo, aunque el Senado tomó medidas para el futuro accediendo a la demanda de los hispanos y promulgando una norma por la que los magistrados romanos no fijarían el valor del trigo ni obligarían a los hispanos a vender su vigésima al precio que ellos quisieran; tampoco se les impondrían a sus pueblos los prefectos para la recaudación de impuestos y tributos.

[43,3] Llegó otra embajada de Hispania, enviada esta vez por una nueva clase de gentes. Se declaraban hijos habidos entre los soldados romanos y mujeres españolas con las que no había derecho de matrimonio. Había más de cuatro mil de ellos y pedían que se les entregara una ciudad en la que vivir. El Senado decretó que diesen sus nombres a Lucio Canuleyo, y los que el pretor manumitiese serían enviados a Carteya, a las orillas del Océano. A los carteyenses que no desearan abandonar sus hogares, se les permitiría continuar con los nuevos colonos y se les asignarían tierras. Este lugar se convirtió en una colonia latina, que fue llamada la *Colonia de los Libertos*. Por aquellas fechas llegó de África el régulo Gulusa, hijo de Masinisa, enviado por su padre, al mismo tiempo que una delegación de cartagineses. Se concedió audiencia en primer lugar a Gulusa. Este procedió a describir en primer lugar la naturaleza de las fuerzas que su padre había enviado a la guerra de Macedonia, prometiendo que, si el Senado quería pedir más, las suministraría en agradecimiento por los beneficios que el pueblo romano le había otorgado. A continuación, advirtió al Senado para que estuviese en guardia contra la mala fe de los cartagineses; habían tomado la determinación de preparar una gran flota, aparentemente para ayudar a los romanos contra los macedonios. Una vez estuviera equipada y dispuesta, estarían en libertad para escoger a quién querían como enemigo o a quién tener como aliado. Esta...

[43,4] Entraron en el campamento mostrando las cabezas y provocaron tal pánico que, de haber llevado al ejército inmediatamente, se podría haber tomado el campamento. Incluso así, se produjo una huida generalizada y algunos pensaron que se debían mandar emisarios a suplicar que les concediesen la paz. Al enterarse de lo sucedido, se entregó un gran número de ciudades. Trataron de disculparse a sí mismas echando toda la culpa a la locura de dos hombres que se habían ofrecido al castigo espontáneamente. El pretor las perdonó y partió de inmediato a visitar otras ciudades. En todas partes se encontró con que sus órdenes estaban siendo obedecidas y su ejército no tuvo que ejecutar ninguna acción. El territorio por donde pasaba, que tan poco tiempo antes había sido un hervidero de agitación y desorden, estaba ahora tranquilo y en paz. Aquella clemencia del pretor, que había logrado frenar sin derramamiento de sangre el carácter de una nación tan belicosa, agradó tanto más al pueblo y al Senado cuanto que, en Grecia, el cónsul Licinio y el pretor Lucrecio habían conducido la guerra del modo más cruel y codicioso. Los tribunos de la plebe incitaban el odio contra el ausente Lucrecio en sus discursos, aunque se justificase su ausencia por estar prestando un servicio a la república. Pero la gente en aquellos días permanecía ignorante hechos tan cercanos como que, en aquel mismo momento, Lucrecio estaba residiendo en su finca de Anzio y que, con el producto de la venta del botín, estaba acometiendo una traída de aguas desde el río Cacamele hasta Anzio. Se dice que adjudicó esta obra en ciento treinta mil ases. También decoró el santuario de Esculapio con cuadros que habían formado parte del botín.

La envidia y la infamia que habían recaído sobre Lucrecio se desviaron luego sobre su sucesor, Hortensio, pues llegó a Roma una embajada de Abdera, llorando a las puertas del Senado y

quejándose de que su ciudad había sido asaltada y saqueada por Hortensio. La causa de la destrucción era que se les había ordenado entregar cien mil denarios y cincuenta mil modios de trigo, por lo que pidieron tiempo para mandar embajadores al cónsul Hostilio y a Roma. Apenas habían llegado donde estaba el cónsul cuando se enteraron de que su ciudad había sido tomada al asalto, se había decapitado a sus dirigentes y se había vendido como esclavos al resto de la población. El Senado consideró este hecho como algo vergonzoso y adoptó en el caso de los abderitas la misma decisión que tomaron el año anterior en el caso de los coroneos, ordenando al pretor Quinto Menio que la anunciara ante la asamblea del pueblo. Se envió a dos delegados, Cayo Sempronio Bleso y Sexto Julio César, para devolver la libertad a los abderitas y para informar a Hostilio y Hortensio de que el Senado consideraba injusto el ataque efectuado contra Abdera y justo que se buscase a todas las personas vendidas como esclavas y que se les devolviera la libertad.

[43,5] Por aquellos días, se presentaron acusaciones también contra Cayo Casio, que había sido cónsul el año anterior y que servía ahora como tribuno militar en Macedonia con Aulo Hostilio. El hermano del rey de los galos, Cincibilo, encabezaba la delegación y se quejó de Casio ante el Senado, por haber devastado los campos de las tribus alpinas aliadas de Roma, llevándose a muchos miles de hombres como esclavos. Llegaron también entonces las embajadas de los carnos, los histros y los yápides, quienes, en primer lugar, informaron al Senado de que el cónsul Casio les había exigido que proporcionasen guías que le indicasen la ruta a seguir, mientras estaba al frente de su ejército, hacia Macedonia. Había abandonado su territorio en paz, siendo al parecer su intención el hacer la guerra en otros lugares, pero luego, a mitad de su marcha, dio la vuelta, invadió su país, hostigándolos como enemigos y provocando por todas partes derramamiento de sangre, rapiñas e incendios, sin que hasta la fecha supieran por qué el cónsul los había tratado como enemigos. La respuesta que el Senado dio a estas delegaciones y al régulo galo fue que no tenía conocimiento previo de que hubieran tenido lugar los hechos de los que se quejaban y que, si habían sucedido, no los aprobaban. No obstante, resultaría injusto acusar y condenar en su ausencia a un hombre de rango consular, ya que el motivo de la ausencia era que estaba sirviendo a la república. Cuando Cayo Casio hubiera regresado de Macedonia, si deseaban acusarlo en su presencia, el Senado investigaría los hechos y se encargaría de darles satisfacción. Pero no se limitaron a dar una respuesta verbal a estos pueblos; decidieron además que se enviarían embajadores, dos al régulos transalpino y tres a los otros pueblos, para darles a conocer la decisión del Senado. Convinieron también en que se debían entregar regalos a cada uno de los embajadores por valor de dos mil ases. Por lo que respecta al hermano del régulo, se le entregaron dos torques de oro de cinco libras de peso, cinco vasos de plata de veinte libras, dos caballos enjaezados con los palafreneros, armadura ecuestre y capotes militares, y prendas de vestir para sus acompañantes, libres y esclavos. Pidieron, y se les concedió, poder comprar diez caballos y sacarlos de Italia. Los embajadores que acompañaron a los galos al otro lado de los Alpes fueron Cayo Lelio y Marco Emilio Lépido; los que marcharon ante los otros pueblos fueron Cayo Sicinio, Publio Cornelio Blasio y Tito Memio.

[43,6] Por aquel mismo tiempo, llegaron a Roma numerosos embajadores procedentes de ciudades de Grecia y Asia. Los atenienses fueron los primeros en obtener una audiencia. Estos explicaron que habían enviado al cónsul Publio Licinio y al pretor Cayo Lucrecio los buques y soldados que tenían. Sin embargo, no habían hecho uso de ellos y les habían exigido cien mil modios de trigo. Aunque la tierra que cultivaban era árida e incluso tenían que alimentar a sus propios campesinos con grano importado, habían reunido aquella cantidad para no faltar con su obligación y estaban dispuestos a suministrar aquellas otras cosas que pudieran resultar necesarias. El pueblo de Mileto, sin mencionar haber aportado nada, expresó no obstante su disposición a obedecer las órdenes que le pudiera dar el Senado respecto a la guerra. El pueblo de Alabanda declaró que había construido un templo dedicado a "La ciudad de Roma", instituyendo juegos anuales en honor a esa deidad. Además, habían traído una corona de oro de cincuenta libras de peso

para depositarla como ofrenda a Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio, así como trescientos escudos de caballería que entregarían a quien el Senado dispusiera. Pidieron que se les permitiera depositar el regalo en el Capitolio y ofrecer allí sacrificios. La embajada de Lámpsaco, que había traído una corona de ochenta libras de peso, hizo la misma petición. Recordaron que, aunque habían estado bajo el gobierno de Perseo y de su padre Filipo antes que él, se rebelaron en cuanto el ejército romano apareció en Macedonia. En consideración a esto y por haber prestado toda la ayuda que podían a los comandantes romanos, lo único que pedían era ser admitidos entre los amigos de Roma y que, si se hacía la paz con Perseo, quedaran ellos fuera de los términos del tratado para no caer de nuevo bajo el poder del rey. A las demás legaciones se les dio una respuesta amable; en el caso de los lampsacenos, se ordenó al pretor Quinto Mucio que los inscribiera entre los pueblos aliados. Cada uno de los embajadores recibió un regalo de dos mil ases cada uno. A los alabandenses se les dijo que llevaran los escudos a Aulo Hostilio, en Macedonia.

Llegaron al mismo tiempo a Roma embajadores de Cartago y de Masinisa. Declararon que ya sabían que este regalo, al que ellos consideraban un deber, era menos de lo que correspondía a los servicios que el pueblo romano les había prestado y a lo que a ellos les gustaría haberles podido entregar; sin embargo, en otras ocasiones más prósperas para ambos pueblos, habían cumplido con el deber propio de aliados fieles y agradecidos. Los embajadores de Masina, por su parte, prometieron proporcionar la misma cantidad de trigo, mil doscientos jinetes y doce elefantes, pidiendo al Senado que les dijera si necesitaban algo más y él lo proporcionaría con la misma buena disposición con que había ofrecido todo lo anterior. Se dieron las gracias tanto a los cartagineses como al rey y se les pidió que enviasen los suministros al cónsul Hostilio, en Macedonia. Cada miembro de las embajadas recibió un regalo de dos mil ases.

[43,7] Los embajadores de Creta aseguraron al Senado que habían enviado a Macedonia la cantidad de arqueros que el cónsul Publio Licinio les había exigido. Al ser interrogados, no negaron que el número de sus arqueros al servicio de Perseo era mayor del que servía con los romanos. El Senado, en respuesta a esto, dijo a los cretenses que si prefirieran con seriedad y honestidad la amistad de Roma a la de Perseo, el Senado de Roma los trataría como fieles aliados. Mientras tanto, llevarían a su pueblo la contestación del Senado: los cretenses deberían considerar el llamar de vuelta cuanto antes a los soldados que tenían prestando servicio con Perseo. Se despidió con esta respuesta a los cretenses y se llamó a los calcidenses. La entrada de esta legación causó una gran impresión, pues su líder, Micición, era transportado en una litera al haber perdido el uso de sus piernas. En seguida se comprendió que la situación debía ser verdaderamente grave si, afectado como estaba, no había considerado oportuno excusarse en su salud para evitar aquel viaje o que se lo hubiesen negado, si es que lo había intentado. Comenzó por decir que nada quedaba vivo en él, excepto su lengua, para deplorar las calamidades de su patria, pasando luego a enumerar los servicios que había prestado a los generales romanos y a sus ejércitos, tanto en el pasado como ahora en la guerra contra Perseo. Describió luego la tiranía, la codicia y el trato brutal que pretor romano Cayo Lucrecio había otorgado a sus compatriotas, antes, así como el que, de hecho en aquel mismo momento, estaba dándoles el cónsul Lucio Hortensio. Aunque pensaban que era mejor sufrir aquellas cosas, y aún otras peores, antes que abandonar su lealtad hacia ellos, estaban convencidos que, por lo que se refería a Lucrecio y Hortensio, les habría sido más seguro cerrarles sus puertas antes que dejarles entrar en su ciudad. Las ciudades que les habían cerrado las puertas, Emacia, Anfípolis, Maronea, Eno, resultaron indemnes; en su caso, los templos habían sido despojados de sus ornatos y el sacrílego botín había sido trasladado por Lucrecio en sus naves hasta Anzio; se había arrastrado a los hombres libres a la esclavitud y se habían saqueado, y se seguían saqueando, las propiedades de los aliados de Roma. Porque, siguiendo el precedente sentado por Cayo Lucrecio, Hortensio mantuvo sus tripulaciones alojadas en casas particulares, tanto en invierno como en verano; sus hogares estaban ocupados por marineros ruidosos viviendo entre ellos, sus esposas y sus hijos, hombres que no cuidaban en absoluto sus palabras ni sus actos.

[43,8] El Senado decidió convocar a Lucrecio para que pudiera enfrentarse personalmente a sus acusadores y exculparse de las acusaciones. Sin embargo, cuando compareció tuvo que escuchar muchas más acusaciones más que las realizadas en su ausencia, sumándose además dos acusadores de mayor peso y autoridad en las personas de dos tribunos de la plebe, Marco Juvencio Talna y Cneo Aufidio. No se contentaron con abrumarlo ante el Senado, sino que lo obligaron a comparecer ante la Asamblea y, tras exponerlo achacarle muchos actos deshonrosos, le fijaron fecha para juzgarlo. A través del pretor Quinto Menio, el Senado dio la siguiente respuesta a la calcidenses: Con respecto a los servicios que declaraban haber prestado a Roma, el Senado era consciente de la verdad de su declaración y les daba las gracias tanto por los pasados como por los de la presente guerra. En cuanto a las quejas por el comportamiento de Cayo Lucrecio y Lucio Hortensio, pretores romanos, ¿podría concebirse que hubieran ocurrido, o estuviesen sucediendo, por voluntad de aquel pueblo romano que inició la guerra contra Perseo y contra su padre antes que él en nombre de la libertad de Grecia, y no para que sus amigos y aliados sufrieran aquel trato de manos de sus magistrados?. Enviarían una carta al pretor Lucio Hortensio informándole de la desaprobación del Senado por los hechos de los que se quejaban los calcidenses; si se había hecho esclavo a cualquier hombre libre, el pretor debería ocuparse de que se le buscase y se le devolviese la libertad a la mayor brevedad. El Senado prohibía el alojamiento en casas particulares de los marineros, con excepción de los capitanes. Por orden del Senado, se le participó todo esto a Hortensio por escrito. Cada uno de los embajadores recibió un regalo de dos mil ases, y se alquilaron carruajes a cargo del Estado para transportar cómodamente a Micición hasta Brindisi. Cuando llegó el día del juicio, los tribunos acusaron a Lucrecio ante la Asamblea y pidieron que se le impusiera una multa de un millón de ases. Convocados los comicios, las treinta y cinco tribus, por unanimidad, lo declararon culpable.

[43,9] En Liguria no se hizo aquel año nada digno de mención; el enemigo no efectuó ningún movimiento hostil y el cónsul no llevó sus legiones a aquel país. Una vez se aseguró de que habría paz aquel año, licenció a los soldados de las dos legiones romanas a los dos meses de su llegada a su provincia. Los aliados latinos de su ejército fueron pronto llevados a sus cuarteles de invierno de Luna y Pisa, mientras él con su caballería visitaba la mayoría de las ciudades de la provincia de la Galia. No había guerra en parte alguna, excepto en Macedonia. Sin embargo, Gencio, el rey de los ilirios, había caído bajo sospecha. En consecuencia, el Senado emitió una orden para que se enviasen desde Brindisi a Isa ocho barcos completamente equipados y tripulados a Cayo Furio, quien con otros dos barcos proporcionados por los iseos, estaba al mando de la isla. Se embarcaron en los ocho barcos a dos mil soldados que habían sido alistados por el pretor Marco Recio, según órdenes del Senado, en aquella parte de Italia que se encuentra a Iliria. El cónsul Hostilio envió a Apio Claudio, con cuatro mil infantes, a Iliria para proteger a las poblaciones colindantes del Ilírico. No sintiéndose satisfecho con las fuerzas que había llevado con él, Claudio hizo que las ciudades aliadas le proporcionaran tropas y logró armar una fuerza de ocho mil hombres de diversa procedencia. Después de marchar por todo aquel territorio, se estableció en Ocrida de los desarecios.

[43.10] No lejos de allí estaba el pueblo de Uscana, que pertenecía al territorio y soberanía de Perseo. Tenía una población de diez mil habitantes y un pequeño destacamento de cretenses estaba allí de guarnición para protegerlo. Se presentaron a Claudio unos mensajeros, en secreto, asegurándole que si se acercaba a la ciudad habría gentes dispuestos a entregarla y que era algo que merecía la pena, pues con el botín podría enriquecerse no solo él, sino también sus amigos y los soldados. Claudio se cegó de tal manera con el cebo presentado a su codicia, que no detuvo a un solo mensajero, ni tampoco pidió rehenes como garantía de que no se produciría una traición durante el desarrollo del plan, y ni siquiera envió a nadie para reconocer el terreno ni insistió en que

se hiciera un juramento para asegurarse la buena fe de los que le hacían la oferta. Simplemente, dejó Ocrida y avanzó el día señalado hasta un lugar situado a unas doce millas de la ciudad, donde acampó. Emprendió la marcha al inicio de la cuarta guardia, dejando unos mil hombres para custodiar el campamento. Sus fuerzas alcanzaron la ciudad sin orden alguno, extendidos en una larga columna y escasos en número, habiéndose separado unos de otros durante la oscuridad de la noche. Su descuido aumentó al ver que no había hombres armados en las murallas. Sin embargo, en cuanto se pusieron a tiro de proyectil, desde ambas puertas se efectuó una salida simultánea. Por encima de los gritos de los que salían se elevó un terrible ruido desde las murallas, provocado por las mujeres que gritaban y golpeaban vasijas de bronce, mientras que en el aire resonaban los gritos discordantes de una muchedumbre de gentes del pueblo y esclavos. Estas visiones y sonidos terribles, que se multiplicaban desde todas direcciones, hizo que los romanos no pudieran soportar la primera salida que cayó sobre ellos como una tormenta. Murieron más durante la huida que en los combates, apenas dos mil hombres, entre los que estaba el propio Claudio, llegaron a alcanzar su campamento. La distancia que tenían que cubrir hacía más fácil para el enemigo el darles alcance, agotados como estaban. Apio ni siquiera permaneció en su campamento para reunir a los fugitivos, lo que habría permitido salvar a muchos que estaban dispersos por los campos, y condujo a los restos de sus fuerzas de vuelta a Ocrida.

[43,11] De estas y otras operaciones desafortunadas en Macedonia se tuvo noticia por Sexto Digicio, un tribuno militar que había llegado a Roma para ofrecer un sacrificio. Los senadores temían que se pudiera caer en alguna humillación aún peor, por lo que enviaron a Marco Fulvio Flaco y a Marco Caninio Rebilo a Macedonia para averiguar qué estaba ocurriendo y que les informasen. Se ordenó al cónsul Aulo Atilio que hiciera anunciar que las elecciones consulares se celebrarían en enero y que regresara a la Ciudad en cuanto le fuera posible. En el ínterin, el pretor Marco Recio se encargó de llamar de vuelta a Roma a todos los senadores de Italia, excepto a los que estaban a cargo de asuntos oficiales, así como de prohibir que ninguno de los que estaban en Roma se alejara más de una milla de la Ciudad. Se cumplió con todas estas disposiciones. Las elecciones consulares se celebraron el 28 de enero, siendo los nuevos cónsules Quinto Marcio Filipo, por segunda vez, y Cneo Servilio Cepión *(169 a.C.)*; dos días después fueron elegidos los pretores: Cayo Decimio, Marco Claudio Marcelo, Cayo Sulpicio Galo, Cayo Marcio Figulo, Servio Cornelio Léntulo y Publio Fonteyo Capito. Se les asignaron cuatro provincias, además de la pretura urbana, a saber: Hispania, Cerdeña, Sicilia y el mando de la flota.

Hacia finales de febrero regresaron de Macedonia los comisionados. Describieron estos los éxitos que había logrado Perseo durante el verano anterior y la alarma que sentían los aliados de Roma a ver las muchas ciudades que habían caído en manos del rey. El ejército del cónsul estaba muy reducido numéricamente, debido a la indiscriminada concesión de permisos a los soldados; el cónsul echaba la culpa de esto a los tribunos militares y estos se la echaban al cónsul. El Senado se dio cuenta de que los comisionados no daban importancia a la ignominiosa derrota de Claudio; entre quienes sucumbieron, se explicó, había muy pocas tropas itálicas, y las de esta procedencia se habían alistado en una recluta apresurada. En cuanto los nuevos cónsules tomaron posesión del cargo, se les ordenó que presentasen la cuestión de Macedonia; Italia y Macedonia les fueron asignadas como provincias. Este año que terminaba *(170 a.C.)* fue uno intercalar, las calendas intercalares fueron insertadas dos días después de los Terminalia. Durante su transcurso murieron los sacerdotes Lucio Flaminio ... fallecieron dos de los pontífices, Lucio Furio Filo y Cayo Livio Salinator; Los pontífices elegidos fueron Tiberio Manlio Torcuato en lugar de Furio y Marco Servilio en lugar de Livio.

[43,12] Cuando, a principios del nuevo año, los cónsules consultaron al Senado sobre sus provincias, se decidió que debían llegar a un acuerdo en cuanto fuera posible o sortear Macedonia e Italia. Antes de que la suerte emitiera su resultado y con la cuestión todavía indecisa, de manera que

los prejuicios personales no pudieran influir en el Senado, se decretaron los refuerzos necesarios para cada provincia; a Macedonia irían seis mil infantes romanos y otros seis mil alistados entre los aliados latinos, así como doscientos cincuenta jinetes romanos y otros trescientos aliados. Se licenció a los soldados veteranos, de manera que no hubiera en cada legión romana más de seis mil infantes y trescientos jinetes. Para el otro cónsul, no se le determinó ninguna cantidad de ciudadanos romanos que pudiera elegir a modo de refuerzo; solo se le ordenó que alistase dos legiones, cada una con cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes. Para él se decretó una proporción mayor de tropas aliadas y latinas que para su colega: diez mil infantes y seiscientos jinetes. Se alistaría para el servicio a otras cuatro legiones adicionales, para llevarlas donde se requiriese. No se permitiría que los cónsules escogiesen los tribunos militares de estas legiones, sino que lo haría el pueblo. Se exigió a los aliados latinos que proporcionasen dieciséis mil soldados de infantería y mil de caballería. Se pretendía que esta fuerza estuviera simplemente dispuesta a partir a donde las circunstancias exigieran su presencia. Macedonia fue la causa principal de preocupación. Se alistaron mil ciudadanos romanos de la clase de los libertos y quinientos del resto de Italia para tripular la flota; el mismo número se alistaría en Sicilia, y el magistrado al que correspondiera aquella provincia recibió órdenes para llevarlos a Macedonia, allá donde estuviera la flota. Se enviaron tres mil soldados de infantería y trescientos de caballería para reforzar las fuerzas en Hispania. Se fijó para las legiones de allá el número de cinco mil doscientos infantes y trescientos jinetes. Se ordenó al pretor que tuviese el mando en Hispania que exigiera a los aliados cuatro mil soldados de infantería y trescientos de caballería.

[43,13] Soy muy consciente de que el espíritu indiferente, que en estos días hace que los hombres se nieguen a creer que los dioses nos advierten a través de signos, impide también que se haga público ningún presagio y que se registren en los anales. Pero según narro los acontecimientos de los tiempos remotos, me veo como poseído por el espíritu antiguo y un sentimiento religioso me obliga a considerar dignos de atención, y merecedores de un lugar en mis páginas, a aquellos acontecimientos que la sabiduría de nuestros mayores consideraron dignos de publicidad. En Anagnia se anunciaron aquel año dos prodigios: se había visto en el cielo una antorcha de fuego y una vaca había hablado; a la vaca se le estaba alimentando a costa del erario público. En Minturnas, el aspecto del cielo fue tal como si estuviera en llamas. En Rieti se produjo una lluvia de piedras. En Cumas, en la ciudadela, Apolo lloró durante tres días y tres noches. En Roma, los vigilantes de dos templos anunciaron portentos: uno declaró que una serpiente con crestas había sido vista por varias personas en el templo de la Fortuna; otro contó que se habían producido dos prodigios diferentes en el templo de la Fortuna Primigenia, en el Quirinal: había nacido una palmera en la explanada del templo y se había producido una lluvia de sangre durante el día. Se produjeron dos prodigios que no se tuvieron en cuenta, uno al suceder en terreno particular y otro por ocurrir en territorio extranjero. El primero fue notificado por Tito Marcio Figulo, que una palmera había nacido en el patio interior de su casa; el último lo contó Lucio Atreo, que dijo que en su casa de Fregellas, permaneció en llamas durante dos horas una lanza que había comprado para su hijo soldado, pero que ninguna parte de ella quedó consumida por el fuego. Los decenviros de los Libros Sagrados consultaron sobre aquellos portentos que afectaban al Estado y dieron los nombres de las divinidades a las que había que propiciar. Ordenaron que los cónsules debían sacrificar en expiación a cuarenta víctimas mayores; todos los magistrados debían unirse a la práctica de sacrificios similares en cada templo; que se ofrecieran rogativas especiales y que el pueblo se tocara con coronas. Se cumplieron escrupulosamente estas órdenes.

[43.14] A continuación se convocó la elección de censores. Se presentaban como candidatos algunos de los principales hombres de la república, como Cayo Valerio Levino, Lucio Postumio Albino, Publio Mucio Escévola, Marco Junio Bruto, Cayo Claudio Pulcro y Tiberio Sempronio Graco. Los dos últimos fueron elegidos censores por el pueblo de Roma. Aunque, debido a la guerra

de Macedonia, se mostraba más cuidado del habitual en el alistamiento de tropas, los cónsules se quejaron en el Senado de que los más jóvenes de entre los plebeyos estaban evitando el reclutamiento. Los dos pretores, Cayo Sulpicio y Marco Claudio se encargaron de la defensa de la plebe. La dificultad se encontraba en los cónsules, y no porque fuesen cónsules, sino porque deseaban conquistar el afecto del pueblo y no alistaban a ningún soldado contra su voluntad. Para que los padres conscriptos pudiesen comprobar por sí mismos cuán cierto era esto, ellos se ofrecían a realizar el alistamiento, si el Senado lo aprobaba, aun cuando solo eran pretores y tenían mucha menos autoridad que los cónsules. El Senado dio su aprobación y encargó a los pretores de la tarea, no sin deshonra para los cónsules. Para reforzarles en esta medida, los censores anunciaron en una Asamblea del pueblo que harían una norma para la realización del censo por la que, además del juramento prestado por todos los ciudadanos, se debería contestar a las siguientes preguntas: "¿Eres menor de cuarenta y seis años de edad? ¿Te has presentado para ser alistado como exige el edicto de los censores, Cayo Claudio y Tiberio Sempronio? Mientras desempeñen el cargo estos censores, ¿te presentarás cada vez que se vayan a reclutar tropas, si no has sido alistado?" Además, debido a que muchos hombres de las legiones que estaban en Macedonia se encontraban ausentes del ejército, por haber concedido los comandantes, para lograr popularidad, permisos por toda clase de motivos dudosos, emitieron un decreto para que todos los soldados alistados durante el consulado de Publio Elio y Cayo Popilio, o después de él, y que se encontrasen por entonces en Italia, debían regresar a Macedonia en un plazo de treinta días después de haberse presentado ante los censores para apuntarse. Los que estuviesen bajo la autoridad de su padre o de su abuelo, deberían dar los nombres de estos a los censores. Los censores tenían intención de investigar los motivos de los licenciamientos y ordenar que se reincorporasen a filas aquellos que, según ellos, hubieran logrado la licencia como un favor. Se enviaron el edicto y la carta de los censores a todos los mercados y centros de reunión de Italia, acudiendo a Roma tal cantidad de jóvenes en edad militar que la multitud llegó a representar una grave carga para la Ciudad.

[43,15] Además de las fuerzas que tenían que alistarse como refuerzos, el pretor Cayo Sulpicio alistó otras cuatro legiones, quedando completo el reclutamiento en un plazo de once días. Entonces, los cónsules procedieron a sortear sus provincias; los pretores ya lo habían hecho anteriormente, al exigirlo la administración de justicia. La pretura urbana correspondió a Cayo Sulpicio y la peregrina a Cayo Decimio; Hispania fue para Marco Claudio Marcelo, Sicilia para Servio Cornelio Léntulo, Cerdeña para Publio Fonteyo Capito y el mando de la flota para Cayo Marcio Figulo. De las dos provincias consulares, Italia correspondió a Cneo Servilio y Macedonia a Quinto Marcio, quien partió en cuento finalizaron las Ferias Latinas. En cuanto a la consulta que efectuó Cepión al Senado, sobre cuáles dos de las cuatro legiones recién alistadas debía llevar con él a la Galia, el Senado decretó que los pretores Cayo Sulpicio y Marco Claudio entregarían al cónsul las legiones que quisieran de entre las que habían reclutado. El cónsul se indignó mucho por quedar así sometido a la voluntad de los pretores, levantó la sesión del Senado y, en pie ante la tribuna de los pretores, pidió que se le entregasen dos legiones según el senadoconsulto. Los pretores le dejaron la libertad de elegirlas. A continuación, los censores revisaron las listas del Senado. Nombraron a Marco Emilio Lépido como príncipe de la Cámara, y fueron los terceros censores en hacerlo así. Siete nombres fueron eliminados de la lista. Al revisar el censo de los ciudadanos, descubrieron a partir de los regresados cuántos hombres del ejército de Macedonia estaban ausentes de sus enseñas, los censores los obligaron a regresar a sus puestos. Investigaron los motivos del licenciamiento, exigiendo contestar, bajo juramento, la siguiente pregunta en todos los casos en que no aparecía ninguna causa justa para aquel: *¿Prometes, de buena fe y sin engaños, regresar a Macedonia en cumplimiento del edicto de los censores, Cayo Claudio y Tiberio Sempronio?*

[43.16] La revisión de las listas de los caballeros resultó especialmente rigurosa y estricta. Se

privó a muchos del caballo y esto provocó el malestar de todo el orden ecuestre. El descontento así provocado se agravó por un edicto que publicaron los censores, mediante el que se prohibía a cualquiera que hubiera arrendado los impuestos públicos o hubiese tenido contratos de obras públicas, durante la censura de Cayo Claudio o Tiberio Sempronio, presentarse a subastas o convertirse en socio o partícipe en una adjudicación. A pesar de sus persistentes protestas, los antiguos publicanos no pudieran convencer al Senado para que impusiera restricciones al poder de los censores. Finalmente, consiguieron que un tribuno de la plebe, Publio Rutilio, que era enemigo de los censores por un asunto particular, defendiera su causa. Los censores habían ordenado a un cliente suyo, un liberto, que derribara un muro que daba a la Vía Sacra, frente a los edificios públicos, ya que había sido construido en un terreno de propiedad pública. El dueño apeló a los tribunos. Como ninguno, excepto Rutilio, interpusiera su veto, los censores hicieron que se cobrase una fianza y ante la Asamblea impusieron una multa al ciudadano particular. Se produjo una fuerte disputa y, cuanto los antiguos publicanos recurrieron al tribuno, este presentó de repente y en solitario una nueva medida por la cual quedaban anuladas todas las adjudicaciones de impuestos y obras públicas efectuadas por Cayo Claudio y Tiberio Sempronio; deberían hacerse de nuevo y todo el mundo podría tener la oportunidad de licitar en igualdad de condiciones. El tribuno fijó una fecha para que se votara la propuesta en la Asamblea. Al llegar el día, los censores se levantaron para oponerse a la medida; Se hizo el silencio mientras Graco estaba hablando, pero Claudio se hubo de enfrentar con interrupciones y murmullos, por lo que ordenó al heraldo que impusiera el silencio para que se le pudiera escuchar. Ante esto, el tribuno declaró que se le había desautorizado ante la Asamblea y abandonó de inmediato el Capitolio, donde se había reunido la Asamblea. Al día siguiente se dedicó a provocar graves disturbios. En primer lugar, consagró las propiedades de Tiberio Graco a los dioses infernales, pues al imponer una multa y embargar a un hombre que había apelado a un tribuno, no había respetado el derecho de veto y había menospreciado la autoridad tribunicia. Acusó formalmente a Cayo Claudio por haberle desautorizado ante la Asamblea, declarando que llevaría a juicio a ambos censores por alta traición, pidiendo al pretor urbano Cayo Sulpicio que fijara fecha para convocar a los comicios para conocer y pronunciarse sobre el caso. Los censores no se opusieron a que el pueblo les juzgara tan pronto como fuera posible, fijándose para el juicio por alta traición los días octavo y séptimo antes de las calendas de octubre. De inmediato subieron hasta el Atrio de la Libertad, sellaron los registros, cerraron la oficina, despidieron a su personal y declararon que no gestionarían ningún asunto público hasta que el pueblo no hubiera emitido su veredicto. El caso de Claudio fue visto en primer lugar. Ocho de las doce centurias de caballeros y algunas otras de las otras de la primera clase lo condenaron a pagar una multa. No bien se tuvo conocimiento de esto, varios de los ciudadanos principales se quitaron sus anillos de oro y cambiaron sus ropas para dirigirse como suplicantes a la plebe. Se dice, no obstante, que el cambio de opinión se debió principalmente a Tiberio Graco. Cuando por todas partes se oían los gritos de la plebe exclamando que Graco no estaba en peligro, este juró, usando la fórmula solemne, que si su colega resultaba condenado, él le acompañaría en su exilio sin esperar a su propio juicio. Poco faltó, no obstante, para que Claudio perdiera toda esperanza de absolución, pues solo faltaron los votos de ocho centurias para asegurar su condena. Absuelto Claudio, el tribuno declaró que no mantendría la acusación contra Graco.

[43.17] Llegó aquel año una delegación de Aquilea solicitando que se aumentara el número de colonos, haciéndose una lista de mil quinientas familias en virtud de un decreto del Senado. Los triunviros comisionados para asentar a estos colonos fueron Tito Annio Lusco, Publio Decio Subulo y Marco Cornelio Cetego. Los dos miembros de la embajada enviada a Grecia, Cayo Popilio y Cneo Octavio, dieron a conocer, primero en Tebas y luego por todas las ciudades del Peloponeso, la orden del Senado para que ninguna hiciera más contribución a los diversos magistrados romanos que las que hubiera fijado el Senado. Esta orden generó la esperanza de que en el futuro se aliviara a las ciudades del incesante drenaje que las cargas y gastos habían impuesto sobre ellas. Se dirigieron a

continuación al Consejo de los aqueos, que se había reunido en Egisto para encontrarse con ellos, con el más amistoso de los ánimos; encontraron una recepción igualmente amistosa y abandonaron aquella leal nación dejándola completamente tranquila y segura en cuanto a su futura situación. Desde allí pasaron a Etolia, donde aunque no había ningún conflicto abierto todavía, reinaba un ambiente de general desconfianza y mutuas recriminaciones. Ante tales circunstancias, exigieron la entrega de rehenes, pero fueron incapaces de alcanzar ningún acuerdo. Marcharon desde allí a Acarnania, reuniéndose una asamblea en Tirreo para encontrarse con ellos. También allí existía conflicto entre diversas facciones y algunos de sus líderes solicitaron que se pusieran guarniciones en sus ciudades para refrenar la locura de quienes trataban de arrastrarlos del lado de Macedonia; otros objetaban que sería una vergüenza para las pacíficas y amistosas ciudades que se las sometiera a la misma humillación que a las ciudades enemigas y a las capturadas en la guerra. Se consideró razonable esta objeción. Los embajadores regresaron a Larisa, junto al procónsul Hostilio, que era quien los había enviado. Este retuvo consigo a Octavio y mandó a Popilio, con unos mil soldados, a los cuarteles de invierno de Ambracia.

[43,18] En los primeros días del invierno, Perseo no se aventuró más allá de sus fronteras por temor a que los romanos lanzaran una invasión mientras él estaba ausente de su reino. Sobre mediados de invierno, sin embargo, cuando la nieve había bloqueado los puertos de montaña por el lado de Tesalia, pensó que era una buena oportunidad para aplastar las esperanzas y ánimos de sus vecinos; así no habría peligro para los macedonios por parte de aquellos, mientras él centraba toda su atención en la guerra contra Roma. Cotis garantizaba la paz desde el lado de Tracia y Céfalo, tras su repentina deserción de Roma, lo hacía por la parte del Epiro; los dárdanos habían visto doblegado su valor en la última guerra. Macedonia, según lo consideraba Perseo, quedaba expuesta solo a ataques desde Iliria. Los ilirios estaban cada vez más inquietos y estaban permitiendo el paso a los romanos; Perseo, por tanto, pensaba que si derrotaba a los ilirios más cercanos el rey Gencio, que durante tanto tiempo se había mostrado vacilante, podría convertirse en su aliado. En consecuencia, marchó hacia Estuberra con una fuerza de diez mil infantes, algunos pertenecientes a la falange, dos mil de infantería ligera y quinientos jinetes. Después de haber hecho provisión suficiente de trigo para varios días y dado orden de que le siguieran las máquinas de asedio, acampó cerca de Uscana, la mayor ciudad del territorio penestiano, tras una marcha de tres días. Antes de recurrir a la fuerza, sin embargo, envió emisarios para sondear la lealtad de los prefectos de la guarnición -que estaba compuesta por un destacamento romano junto a algunas tropas ilirias-, así como el sentir de los habitantes del lugar. Como sus emisarios no regresaron con palabras de paz, dio inicio al ataque y trató de capturar la plaza mediante un estrecho asedio. Día y noche, sin interrupción, las tropas se iban relevando, acercando algunos escalas de asalto a las murallas y tratando otros de incendiar las puertas. Los defensores, sin embargo, se defendían contra aquella tormenta desatada por los atacantes; esperaban que los macedonios no pudieran soportar mucho tiempo el invierno a la intemperie y que el ejército romano no dejaría que el rey se detuviera allí demasiado tiempo. Sin embargo, cuando vieron que acercaban manteletes y levantar las torres, cedieron en su resolución. Aparte del hecho de que su fuerza era inferior a la del enemigo, no les quedaban suministros bastantes ni de grano ni de otra cosa alguna, ya que no habían esperado un asedio. Como cualquier ulterior resistencia resultaba ahora inútil, el espoletino Cayo Carvilio y Cayo Afranio fueron enviados por la guarnición romana para pedir a Perseo que les dejara marchar con sus armas y pertenencias; si esto se rechazaba, le pedirían que les garantizara la vida y la libertad. El rey se mostró más generoso prometiendo que cumpliendo su promesa, pues tras decirles que podían salir y llevarse sus pertenencias, lo primero que hizo fue desarmarlos y luego les quitó la libertad. Después de la salida de los romanos, la cohorte de ilirios, que eran unos quinientos hombres, se rindió y luego lo hicieron los uscanenses, que rindieron su ciudad.

[43,19] Perseo situó una guarnición allí e hizo llevar a toda la población, casi igual en número

a un ejército, a Estuberra. Las tropas romanas, en número de cuatro mil, con excepción de sus oficiales, fueron distribuidos entre diferentes ciudades para ser custodiados; los uscanenses y los ilirios fueron vendidos como esclavos. Después de esto, se llevó a su ejército contra los penestas para someter la ciudad de Oeneo y ponerla bajo su autoridad, ya que tenía una situación muy conveniente para él por, entre otras cosas, resultar punto de paso hacia el territorio de los labeates, sobre quienes reinaba Gencio. Mientras estaba pasando ante una plaza fortificada y muy poblada llamada Draudaco; algunas personas que eran buenas conocedoras de aquellas tierras le aseguraron que no ganaría nada capturando Oeneo si Draudaco no estaba también en su poder, pues su posición resultaba más ventajosa en todos los sentidos. Mandó avanzar a sus tropas y la ciudad se rindió enseguida. Quedó entusiasmado al apoderarse del lugar mucho más rápidamente de lo que había esperado y, al ver el terror que provocaba la aproximación de su ejército, marchó a reducir otros once puestos fortificados en la misma forma. De ellos, muy pocos tuvieron que ser asaltados y el resto se rindió voluntariamente; se hizo prisioneros a mil quinientos soldados romanos que estaban destinados en estas fortalezas. El espoletino Carvilio le había resultado muy útil en las negociaciones de rendición al afirmar que ni él ni sus hombres habían sido tratados con crueldad o severidad. A continuación llegó ante Oeneo. Este lugar sólo podía ser tomado mediante un asedio en regla; era considerablemente más fuerte que los otros lugares, tanto por el número de sus defensores como por sus murallas. Por un lado estaba rodeada por el río Artato, y por el otro por una montaña muy elevada y casi intransitable. Estas ventajas proporcionaron a sus habitantes el valor para resistir.

Perseo circunvaló completamente la ciudad y empezó a construir sobre la parte más alta un terraplén que se elevara sobre las murallas. Mientras se procedía a terminar esta obra, se produjeron continuos combates y salidas en las que los habitantes trataban de defender sus propias murallas y, al mismo tiempo, impedir el progreso de las obras de asedio enemigas. Una gran parte de la población sucumbió a causa de diversos lances bélicos y los supervivientes no fueron de utilidad a causa de sus heridas y de los incesantes trabajos y esfuerzos, tanto durante el día como por la noche. En cuanto el terraplén quedó conectado a las murallas, la cohorte real, a quienes ellos llaman "nicatores", saltaron al interior mientras se escalaban las murallas por muchos puntos, lanzándose un ataque simultáneo contra todas las partes de la ciudad. Todos los hombres adultos fueron pasados a cuchillo, sus esposas y los niños fueron puestos bajo guardia y el resto del botín se entregó a los soldados. Después de esta victoria, regresó a Estuberra y envió a Pleurato, un ilirio que vivía exiliado junto a él, y al macedonio Adeo de Berea como embajadores ante Gencio. Sus instrucciones consistían en informar de las campañas de verano e invierno de Perseo contra los romanos y los dárdanos, dando cuenta también del resultado de su expedición invernal en Iliria. Debían instar a Gencio para que se aliara en amistad con él y los macedonios.

[43,20] Estos enviados cruzaron las cumbres del monte Escordo y se abrieron paso a través de las regiones desiertas de Iliria, que los macedonios habían despoblado mediante sus sistemáticos saqueos para impedir que los dárdanos encontrasen un paso fácil tanto hacia Iliria como hacia Macedonia. Finalmente, y con la mayor dificultad, llegaron a Escútari. El rey se encontraba en Alessio Se les invitó a ir allí y se les escuchó amablemente mientras informaban de cuanto se les había ordenado que contaran. Su respuesta, sin embargo, fue una evasiva; les dijo que no le faltaba voluntad de participar en la guerra contra Roma, pero que tenía gran falta de dinero y que aquello le impedía acometer lo que deseaba. Llevaron esta respuesta al rey justo cuando este se encontraba dedicado a la venta de los prisioneros ilirios. Hizo que regresaran inmediatamente los mismos embajadores, acompañados por Glaucias, uno de los miembros de su guardia, pero sin hacer mención al dinero, que era lo único que podría arrastrar a la guerra a un bárbaro falto de recursos. Tras devastar Ancira, Perseo llevó su ejército a Penestia y se apoderó de Uscana, así como de todas las plazas fortificadas a su alrededor con sus guarniciones, tras lo cual regresó a Macedonia.

[43,21] Lucio Celio estaba al mando en Iliria como legado romano. No se atrevió a hacer ningún movimiento mientras el rey permaneció en aquella zona, pero tras su salida intentó recuperar Uscana de los macedonios que estaban de guarnición allí. Sin embargo, fue rechazado y resultaron heridos muchos de sus hombres, tras lo que llevó de vuelta sus fuerzas a Ocrida. Pocos días después, envió al fregelano Marco Trebelio a Penestia, con unas fuerzas bastante numerosas, para hacerse cargo de los rehenes de las ciudades que habían permanecido leales; debía luego pasar al territorio de los partinos, que también se habían comprometido a entregar rehenes. Ambas naciones se los entregaron sin presentarle dificultades. Los de los penestinos fueron enviados a Apolonia; los de los partinos se enviaron a Dirraquio, más conocido entonces por los griegos como Epidamno. Apio Claudio estaba ansioso por acabar con la vergüenza de su derrota en Iliria y se dirigió a atacar Fanote, que era una plaza fuerte del Epiro. Llevó con él tropas de caonios y tesprotas, unos seis mil hombres, además del ejército romano. El intento fue un completo fracaso, pues Perseo había dejado allí a Clevas con una fuerte guarnición para defenderla.

Perseo por su parte, marchó hacia Elimea, y después de revistar su ejército en los alrededores de la ciudad, marchó hacia Estrato ante la llamada de los epirotas. Estrato era, por entonces, la ciudad más fuerte de Etolia; se encuentra más allá del Golfo de Ambracia, cerca del río Ínaco. Debido a la estrechez y aspereza de los caminos, Perseo llevaba con él una fuerza relativamente pequeña de diez mil infantes y trescientos jinetes. Llegó al tercer día al monte Cicio que, debido a la nieve, le costó mucho cruzar; solo después de mucho trabajo pudo encontrar una posición adecuada para su campamento Reanudó enseguida la marcha, más por la dificultad de permanecer allí que porque el camino o el clima fueran soportables; acampó al día siguiente, después de muchas penalidades y sufrimientos, en especial para los animales, junto a un templo dedicado a Júpiter, llamado Niceo. Desde allí efectuó una muy larga marcha hasta el río Arato, donde la profundidad del río le obligó a permanecer allí hasta que se pudo construir un puente. Una vez que sus tropas hubieron cruzado el río, avanzó en una marcha de un día y se encontró con Arquidamo, un magnate etolio que estaba intentando que se le entregara Estrato.

[43.22] Acampó aquel día en la frontera de Etolia y al día siguiente se presentó ante Estrato. Fijando su campamento cerca del río Ínaco, esperó expectante que los etolios salieran en tropel por todas las puertas implorando su protección. Pero se encontró con que las puertas estaban cerradas y que la noche antes de su llegada se había admitido al interior de la ciudad una guarnición romana bajo el mando del legado Cayo Popilio. Mientras Arquidamo estuvo en la ciudad, gozó de la suficiente influencia como para obligar al partido de los aristócratas a invitar al rey; sin embargo, una vez que partió para encontrarse con él, mostraron menos entusiasmo y dieron ocasión al partido opositor de hacer venir a Popilio desde Ambracia con mil soldados de infantería. También llegó Dinarco, el prefecto de la caballería de los etolios, en el momento justo con seiscientos infantes y cien jinetes. Estaba claro que había ido a Estrato con la intención de apoyar a Perseo, cambiando luego de idea al cambiar las circunstancias y uniéndose a los romanos a quienes venía a combatir. Rodeado de gente tan voluble, Popilio no descuidó ninguna precaución. Se hizo cargo inmediatamente de las llaves de las puertas y de la defensa de las murallas; trasladó a la ciudadela, con la aparente misión de defenderla, a Dinarco y sus etolios, así como a los jóvenes de Estrato. Perseo intentó parlamentar desde las colinas que dominaban la parte alta de la ciudad, pero cuando vio que su determinación era inquebrantable y que incluso le impedían avanzar más mediante el lanzamiento de proyectiles, se retiró a un lugar distante cinco millas de la ciudad, al otro lado del río Petitaro, donde fijó su campamento. Una vez aquí, celebró un consejo de guerra. Arquidamo y los tránsfugas epirotas le insistían para que permaneciera allí, pero los jefes macedonios eran de la opinión de que no debía enfrentarse a las inclemencias de la estación sin reservas de suministros, pues los sitiadores sufrirían los efectos de la escasez antes que los sitiados. Lo que más inquietaba a Perseo era que los cuarteles de invierno del enemigo no estaban muy lejos, por lo que trasladó su campamento a Aperancia. Arquidamo gozaba de gran influencia y popularidad entre los aperantos,

por lo que aquellas gentes dieron buena acogida a la presencia entre ellos de Perseo, que quedó allí con una fuerza de ochocientos hombres.

[43.23] El retorno del rey de Macedonia provocó tantos sufrimientos a hombres y bestias como los padecidos durante la ida. Sin embargo, la noticia de la marcha de Perseo hacia Estrato bastó para que Apio abandonara el asedio de Fanote. En su retirada fue perseguido por Clevas, quien con un destacamento de jóvenes fuertes e incansables lo siguió por las casi intransitables estribaciones de la cordillera, dando muerte a unos mil hombres que iban retrasados y haciendo prisioneros a doscientos. Apio logró salir de aquellos desfiladeros, permaneciendo algunos días acampado en lo que se conoce como llanura de Meleón. Clevas, que mientras tanto se había sumado a Filostrato, quien tenía el mando de una fuerza de seiscientos epirotas, invadió el territorio de Antigonea. Los macedonios salieron a saquear el territorio y Filostrato, con su cohorte, se apostó emboscado en un paraje sombrío. Cuando las tropas de Saraqinisht salieron para atacar a los saqueadores que estaban dispersos, se precipitaron en la vaguada donde estaban emboscados los enemigos; murieron unos seiscientos e hicieron prisioneros a unos cien de ellos. Habiendo logrado el éxito en todas partes, trasladaron su campamento cerca del campamento permanente de Apio, para impedir que el ejército romano pudiera causar ningún daño a las ciudades que eran aliadas suyas. Cansado Apio de perder inútilmente el tiempo en aquel territorio, mandó a sus casas a los caonios, trespocios y demás epirotas que tenía con él; regresó a Iliria con sus soldados itálicos y los repartió por cuarteles de invierno en las distintas ciudades, regresando él a Roma para ofrecer un sacrificio. Perseo retiró a mil infantes y doscientos jinetes de Penestia, enviándolos como guarnición a Casandrea. Regresaron los embajadores que había enviado nuevamente a Gencio, con la misma respuesta, pero Perseo persistió en enviar embajadores nuevos una vez tras otra; veía claramente lo valioso que le resultaría su apoyo, pero no fue capaz de decidirse a invertir dinero en una empresa que tenía la mayor importancia en todos los aspectos.

LIBRO XLIV. LA BATALLA DE PIDNA Y LA CAÍDA DE MACEDONIA

[44,1] *(169 a.C.)* Al principio de la primavera siguiente al invierno en que sucedieron los hechos anteriores, llegó a Brindisi el cónsul Quinto Marcio Filipo, con los cinco mil hombres que debían reforzar sus legiones. Marco Popilio, un ex cónsul, y algunos jóvenes de nacimiento igualmente noble, acompañaron al cónsul como tribunos militares de las legiones en Macedonia. Cayo Marcio Fígulo, que estaba al mando de la flota, llegó a Brindisi al mismo tiempo que el cónsul, dejando ambos Italia juntos. Al día siguiente llegaron a Corfú y al otro arribaron a Accio, puerto marítimo de Acarnania. El cónsul desembarcó en Ambracia y se dirigió por tierra hacia Tesalia. Fígulo navegó hasta doblar el Léucate y pasó por el golfo de Corinto. Dejando su barco en Creusa, atravesó el centro de Beocia -en una marcha de un día sin llevar los bagajes- para unirse a la flota en Calcis. Aulo Hostilio tenía por entonces su campamento cerca de Paleofarsalo, en Tesalia. No había librado ninguna acción importante pero, no obstante, sí se había enfrentado con la licenciosidad y desorden de sus soldados, llevándolos a un estado de completa disciplina militar, comportándose honorablemente con los aliados y protegiéndolos de injusticias y desmanes. Al enterarse de la llegada de su sucesor, pasó una cuidadosa revista de las armas, los hombres y los caballos, y marchó con su ejército completamente equipado para encontrarse con el cónsul. Su primera reunión estuvo acorde con el rango de ambos y su condición de romanos, trabajando posteriormente en perfecta armonía mientras el procónsul permaneció junto al ejército.

Pocos días después, el cónsul se dirigió a sus tropas. Empezó hablándoles del parricidio cometido por Perseo contra su hermano y el planeado contra su padre, pasando luego a describirles cómo se había apoderado del trono tras su crimen, recurriendo al veneno y el derramamiento de sangre; les contó cómo había tramado un infame complot contra Eumenes, cómo había injuriado al pueblo romano y cómo había saqueado las ciudades de los aliados de Roma, violando el tratado existente entre ellos. En la ruina de sus empresas vería cuán odiosa resultaba a los dioses aquella conducta suya; pues los dioses otorgaban su favor a la piedad y a la fidelidad del pueblo romano, con la que tan alta posición en el mundo habían logrado. Hizo luego una comparación entre la fuerza de Roma, que abarcaba ya el mundo entero, y la de Macedonia, ejército contra ejército. *¡Cuánto mayores* -exclamó- *fueron las fuerzas de Filipo y Antíoco! y aún así quedaron destrozadas por ejércitos no más fuertes que estos nuestros de hoy.*

[44,2] Después de encender los ánimos de sus hombres mediante una arenga de este estilo, consultó con su personal sobre la estrategia a seguir en la guerra. También estuvo presente Cayo Mario, el pretor, quien había asumido el mando de la flota. Se decidió no perder más tiempo en Tesalia y avanzar de inmediato hacia Macedonia, mientras el pretor lanzaba al mismo tiempo ataques navales contra la costa enemiga. Tras despedir al pretor, el cónsul dio órdenes a los soldados para que llevaran suministro de trigo para un mes. Diez días después de asumir el mando del ejército, levantó el campamento y, al final de la primera jornada de marcha, reunió a los guías y les pidió que explicaran al Consejo qué ruta elegiría cada uno de ellos. Una vez que los guías se hubieron retirado, preguntó al Consejo cuál consideraba que era la mejor. Algunos preferían la ruta que atravesaba Pitoo; otros estaban a favor de seguir la ruta que atravesaba los montes Cambinios, y que había empleado el cónsul Hostilio el año anterior, mientras que otros se decantaban por seguir la orilla del lago Ascúride [por la actual Nezero, pues el lecho del lago está hoy desecado. Como todas estas rutas compartían un considerable tramo, se aplazó la decisión hasta que se llegase el punto en que divergían. Marchó desde allí hacia Perrebia, viniendo a acampar entre Azoro y Dolique, donde celebró una segunda consultar para ver cuál era la mejor ruta a seguir. Durante todo este tiempo Perseo había tenido noticias de que el enemigo se aproximaba, pero no sabía qué ruta iba a tomar. Decidió apostar destacamentos en todos los pasos y envió a diez mil de infantería

ligera, bajo el mando de Asclepiódoto, para ocupar la cima de los montes Cambunios, cuyo nombre local es Volustana. Situó a Hipias, con doce mil macedonios, defendiendo el paso desde un puesto fortificado que domina el lago Ascáride, en un lugar llamado Lapatunte. El propio Perseo, con el resto de sus fuerzas, acampó primero en las proximidades de Dión. Una vez aquí, pareciendo casi como si no supiera qué hacer y estuviera falto de ideas, dio en recorrer la costa con la caballería ligera hacia Heraclea, unas veces, o hacia Fila en otras, regresando luego a Dión sin detenerse.

[44.3] Mientras tanto, el cónsul había tomado la decisión de marchar a través del desfiladero próximo a Otolobo donde había fijado su campamento el general del rey; no obstante, mandó por delante a cuatro mil hombres armados para que ocupasen las posiciones más ventajosas, bajo el mando de Marco Claudio y Quinto Marcio, el hijo del cónsul. El resto de las fuerzas les siguieron muy poco después. El camino, sin embargo, era tan difícil, áspero y pedregoso que las tropas ligeras enviadas por delante apenas pudieron cubrir quince millas en dos días y con gran dificultad, estableciendo su campamento para descansar en un lugar llamado Diero. Al día siguiente avanzaron siete millas y, después de apoderarse de una posición elevada no muy lejos del campamento enemigo, enviaron noticia al cónsul de que habían encontrado al adversario y que se habían situado en un lugar seguro, en una posición extremadamente ventajosa, y que se diera prisa en acudir a la mayor velocidad posible. El mensajero encontró al cónsul en el lago Ascúride, bastante inquieto por la dificultad de la ruta que había elegido y, también, por el destino de aquellas pocas tropas que había mandado por delante, hacia las posiciones ocupadas por el enemigo. Se sintió muy aliviado al escuchar el mensaje que le mandaron y, marchando con todas sus fuerzas, las reunió a todas acampando sobre la ladera de la altura más ventajosa. Su altura era tal que dominaba visualmente no solo el campamento enemigo, que no estaba a más de una milla de distancia, sino todo el territorio hasta Dión y Fila, así como la extensa línea costera. El ánimo de los soldados se entusiasmó al ver ante ellos, y tan próximos, todo el escenario de la guerra, las fuerzas del rey y el territorio enemigo. Urgieron al cónsul para que les llevara de inmediato contra el enemigo, pero él les dio todavía un día de descanso tras los esfuerzos de la marcha. Al día siguiente, dejando un destacamento para vigilar el campamento, los condujo a la batalla.

[44,4] Hipias, que recientemente había sido enviado por el rey para guardar el paso, tan pronto como vio el campamento romano sobre aquella altura dispuso a sus hombres para la batalla y marchó al encuentro de la columna enemiga que se aproximaba. Los romanos entraron en combate expeditos de equipo; las fuerzas enemigas también eran ligeras; estas tropas eran las más adecuadas para iniciar la acción. Al llegar al alcance una fuerza de la otra, inmediatamente descargaron sus proyectiles; muchos resultaron heridos, pero solo murieron unos cuantos. Al día siguiente se enzarzaron con más fuerzas y más encarnizamiento; de haber habido más espacio para desplegar sus líneas se habría librado una acción decisiva. La cumbre de la montaña, estrechándose hacia la cumbre en forma de cuña, apenas dejaba espacio para formar un frente de más de tres filas de combatientes por cada lado. Así, mientras solo unos pocos combatían en la práctica, los demás, especialmente la infantería pesada, permanecían en su sitio y miraban. La infantería ligera era capaz de avanzar, corriendo a través de las revueltas de la montaña, y atacar los flancos de la infantería ligera enemiga, tanto donde el terreno resultaba favorable como donde no. La noche puso fin a un combate donde más resultaron heridos que muertos.

Al día siguiente, el comandante romano tuvo que adoptar una determinación decisiva. Permanecer en lo alto de la montaña resultaba imposible; también le era imposible retirarse sin deshonor, e incluso sin peligro en caso de que el enemigo le atacara desde un terreno más elevado. Solo le quedaba un curso de acción para corregir el atrevimiento de su acción: seguir con la osadía que le había llevado a entrar en ella, cosa que a veces resulta ser lo más prudente. A tal punto habían llegado las cosas que, si el cónsul hubiera tenido como enemigo a uno de los antiguos reyes de Macedonia, podría haber sufrido una aplastante derrota. Sin embargo, mientras el rey cabalgaba con

su caballería por Dión, a lo largo de la costa, y casi podía oír a doce millas de distancia el ruido y fragor de los combates, no reforzó su línea mediante el envío de tropas nuevas que relevaran a las que habían soportado el peso del combate, ni -lo más importante de todo- hizo él mismo acto de presencia en el campo de batalla. El comandante romano, por el contrario, con más de sesenta años de edad y excesivo peso sobre él, cumplió en persona y con energía inagotable todas sus obligaciones militares. Sostuvo tenazmente hasta el final la misma audacia que mostró al principio: dejando a Popilio para que guardase la cubre, él se dispuso a cruzar la cordillera y envió hombres para abrir un camino por donde antes no había sino caminos impracticables. Ordenó a Atalo y Misagenes que cubrieran con contingentes de sus dos pueblos a los que abrían paso por el desfiladero. La caballería y los bagajes formaron la vanguardia de la columna, siguiéndoles el cónsul con sus legiones.

[44,5] Es imposible describir la fatiga y la dificultad que experimentaron al bajar la montaña, con constantes caídas de animales e impedimenta. Apenas habían recorrido cuatro millas, cuando lo único que habrían deseado, de haber sido posible, era regresar a su punto de partida. Los elefantes provocaron casi tanto desorden en la columna como podría haberlo hecho el enemigo; cuando llegaban a sitios por los que no podían cruzar, tiraban a sus conductores y provocaban gran terror con sus horrísonos barritos, especialmente entre los caballos, hasta que finalmente se encontró el modo de hacerlos avanzar. Se calculó la inclinación de la pendiente y se hincaron firmemente por su parte inferior dos fuertes y largas estacas, separadas entre sí un poco más que el largo del animal. En la parte superior de los maderos colocaron tablas de unos treinta pies de largo, formando como una plataforma, y las cubrieron con tierra. Se construía otra plataforma similar a poca distancia, luego una tercera y así sucesivamente donde el descenso resultase abrupto. El elefante pasaba a la plataforma desde terreno firme y, justo antes de que llegase a su extremo, se cortaban las estacas, de manera que caía la plataforma y el animal se veía obligado a dejarse deslizar con suavidad hasta la siguiente. Algunos elefantes lo hacían afianzándose sobre sus patas y otros sentándose sobre sus cuartos traseros. Le hacían entonces experimentar otra caída, semejante a la primera, y de este modo lograron llevar a los elefantes hasta un terreno más nivelado.

Los romanos avanzaron poco más de siete millas aquel día. Muy poco de este camino fue recorrido con sus pies; progresaron, en su mayor parte, echándose a rodar con sus armas y el resto del equipo de la manera más penosa e incómoda; tanto fue así que incluso el propio general responsable de la elección de la ruta tuvo que admitir que todo el ejército podría haber sido aniquilado por un pequeño grupo de atacantes. Al caer la noche llegaron a una pequeña llanura encerrada por todos lados. Habían llegado finalmente a un terreno que les ofrecía una superficie sólida de apoyo, aunque no les quedó mucho tiempo para explorar los alrededores y ver cuán expuesta era su situación. Al día siguiente tuvieron que esperar a Popilio y a sus tropas en este valle; también a estos hombres, aunque no fueron amenazados por el enemigo, las dificultades del descenso los dejaron malparados como si fueran un adversario. El ejército, nuevamente reunido, marchó al día siguiente a través del desfiladero al que los lugareños llaman Calipeuce. Al cuarto día, descendieron por un camino tan escarpado como el anterior, pero la experiencia adquirida se lo hizo más fácil y se mostraron más confiados, tanto por la ausencia del enemigo como por su cercanía al mar. Una vez alcanzado terreno llano, establecieron su campamento entre Heracleo y Libetro. La mayor parte de la infantería ocupaba un terreno elevado; aquella parte de la llanura donde situó sus tiendas la caballería quedó rodeada por una empalizada.

[44,6] Se cuenta que el rey estaba tomando un baño cuando le llegó la noticia de la llegada del enemigo. Al oírlo, saltó aterrorizado de su bañera y salió corriendo, gritando que le habían vencido sin lucha. En medio de su pánico, empezó a tomar disposiciones y a dar órdenes contradictorias; envió a dos amigos suyos, uno a Pela para arrojar al mar los tesoros guardados en Faco, y el otro a Tesalónica para que prendiese fuego a los astilleros. Llamó de vuelta a Asclepiódoto e Hipias, y a

sus tropas, de las posiciones que ocupaban y dejó abiertas al enemigo todas las vías de aproximación a Macedonia. Todas las estatuas de oros fueron retiradas de Dión para impedir que cayeran en manos del enemigo, obligando a sus habitantes a trasladarse a Pidna. Así, lo que podría haberse considerado una imprudencia por parte del cónsul, al avanzar hacia un lugar del que no cabía retirarse si el enemigo no quería, quedó en realidad como un acto de audacia cuidadosamente planificado. Los romanos tenían dos pasos por los que podían salir de su posición actual: uno a través de Tempe, hacia Tesalia, y el otro dejando a un lado Dión y entrando en Macedonia; ambos estaban guardados por tropas del rey. Por consiguiente, de haber habido un defensor intrépido que hubiese aguantado sin echarse a templar lo que a primera vista parecía una amenaza que se aproximaba, a los romanos no les habría quedado ninguna ruta de retirada abierta, por Tempe hacia Tesalia, ni posibilidad de hacerse llevar suministros; el paso de Tempe, en efecto, resulta difícil de atravesar aún sin estar ocupado por un enemigo: Además de la estrechez del camino durante cinco millas, en el que apenas hay espacio para un animal cargado, existen a ambos lados escarpados acantilados, tan vertiginosos que no se puede mirar hacia abajo sin marearse de vista y ánimo. Se suma al temor, el rugir y la profundidad del río Peneo, que fluye por el centro de la garganta. Este terreno, tan hostil por naturaleza, estaba guardado por destacamentos de tropas del rey en cuatro lugares diferentes. Uno de ellos estaba situado en la boca del paso, junto a Gono; el segundo estaba en Cóndilo, una fortaleza inexpugnable; el tercero estaba en Lapato, al que ellos llaman Carax; el cuarto estaba sobre el camino, a la altura de la mitad del valle y donde es más estrecho, en aquella posición incluso solo diez hombres armados podrían defenderlo con éxito.

Estando así cortados tanto su aprovisionamiento como su propio regreso a través de Tempe, debían tomar el camino de vuelta hacia las montañas por las que habían llegado. Antes habían escapado a la observación del enemigo; ahora no podrían hacerlo, con sus tropas dominando las alturas, y las dificultades experimentadas destruirían todas sus esperanzas. No quedaba más opción en esta aventura temeraria que abrirse paso entre el enemigo hacia Dión y entrar en Macedonia; esto, si los dioses no habían privado al rey de su sentido común, era también una tarea de enorme dificultad. Las estribaciones de Olimpo dejaban una anchura de solo una milla entre la montaña y el mar. La mitad de este espacio está ocupado por los anchos pantanos de la desembocadura del río Potoki, el resto del terreno está ocupado en parte por el templo de Júpiter y en parte por la propia ciudad. El poco espacio restante podría haberse bloqueado mediante un pequeño foso y una empalizada; había por los alrededores tal cantidad de piedras y madera que incluso se podría haber construido un muro y levantar unas torres. Cegado por el súbito peligro, el rey no tomó en consideración ninguna de estas opciones; retiró sus guarniciones, dejando todos los lugares abiertos e indefensos, y huyó a Pidna.

[44,7] El cónsul vio que la conducta insensata y cobarde de su enemigo eran la mayor garantía de seguridad y la mayor esperanza para él y su ejército. Envió un mensajero de vuelta a Larisa con órdenes para Espurio Lucrecio de que se apoderase de las posiciones fortificadas, que el enemigo había abandonado alrededor de Tempe, enviando a Popilio a reconocer los pasos en los alrededores de Dión. Cuando comprobó que todo el territorio estaba libre en todas direcciones, avanzó y tras marchar durante dos días llegó a Dión. Ordenó que buscara un lugar para el campamento debajo mismo del templo, de manera que en modo alguno se pudiera violar la santidad del lugar. Él entró en la ciudad, encontrando que, aunque no era muy grande, estaba sin embargo muy bien dotada de lugares públicos, multitud de estatuas y muy bien fortificada; le costó trabajo creer que el abandono sin motivo de tanta riqueza y esplendor no escondiera alguna trampa. Después de pasar un día entero explorando a fondo los alrededores, reanudó su avance y, en la creencia de que tendría un abundante suministro de grano en Pieria, marchó hasta el río Mavroneri y siguió la marcha al día siguiente hasta llegar a Agasas. Su población se rindió y él, para producir una impresión favorable al resto de los macedonios, se contentó con exigir rehenes y abandonó la ciudad sin ponerle guarnición, prometiendo que los ciudadanos estarían exentos de tributos y vivirían bajo sus propias

leyes. Una marcha de un día lo llevó hasta el río Krasupoli, a cuyas orillas acampó. Como veía que cuanto más se alejaba de Tesalia más difícil le resultaba obtener suministros de cualquier clase, regresó a Dión, sin que a nadie le quedase dudas sobre cuánto habría tenido que sufrir si hubiera perdido su vía de suministros desde Tesalia, dado el peligro de alejarse demasiado de ella. Perseo reunió a todas sus tropas, junto con sus generales, y lanzó severos reproches sobre los comandantes de las guarniciones, sobre todo contra Asclepiódoto e Hipias, diciendo que habían entregado las llaves de Macedonia a los romanos, acusación que nadie merecía más que él mismo. Cuando el cónsul divisó la flota que venía de alta mar, concibió la esperanza de que trajeran suministros, pues tenía gran escasez de alimentos y casi se habían agotado. Sin embargo, por los que ya habían atracado en el puerto supo que los buques de carga se habían quedado atrás, en Magnesia. Indeciso sobre qué hacer -a tal punto era imprescindible lidiar con las dificultades de la situación, aparte de lo que el enemigo pudiera hacer para agravarla-, le fue entregada una carta de Espurio Lucrecio en la que le decía que había descubierto que las fortalezas que dominaban el valle de Tempe, así como las que estaban en los alrededores de Fila, tenían abundancia de trigo y otros suministros necesarios.

[44,8] El cónsul sintió una gran satisfacción al recibir esta información y marchó desde Dión a Fila, para reforzar la guarnición allí y, al mismo tiempo, distribuir trigo entre sus soldados, pues su transporte por mar se efectuaba con lentitud. Este movimiento provocó comentarios nada favorables. Algunos dijeron que se había retirado por temor al enemigo, pues de haberse quedado en Pieria habría tenido que presentar batalla. Otros sostenían que, ignorando los constantes cambios de la fortuna, había desperdiciado cuantas ocasiones se presentaron, escapándose entre sus dedos unas oportunidades que no se volverían a presentar. Al abandonar Dión despertó al enemigo que, entonces por primera vez, se dio cuenta de la necesidad de recuperar lo que anteriormente había perdido por su propia culpa. Cuando se enteró de la retirada del cónsul, Perseo regresó a Dión, reparó cuanto había sido destrozado y saqueado por los romanos, repuso las almenas caídas, reforzó las murallas en todas partes y, finalmente, asentó su campamento a cinco millas de la ciudad, a este lado del río Mavrolongo. Este río es sumamente peligroso de cruzar, lo que sirvió para proteger su campamento. Nace al pie del monte Olimpo y en verano es un arroyo de poco caudal; pero cuando se crece por las lluvias del invierno, se precipita sobre las rocas con enormes remolinos y produce pozas profundas y orillas escarpadas, al ir vaciando el lecho por la parte central. Creyendo Perseo que este río detendría el avance del enemigo, tenía intención de dejar pasar el resto del verano. Mientras tanto, el cónsul envió a Popilio con dos mil hombres desde Fila a Heracleo. Este lugar está a unas cinco millas de Fila, a medio camino entre Dión y Tempe, situado sobre un saliente que domina un río.

[44,9] Antes de que Popilio iniciara el asalto, trató de convencer a los magistrados y notables para que pusieran a prueba la buena fe y la clemencia de los romanos antes que su fuerza. Sus consejos no surtieron ningún efecto en ellos, pues en la distancia podían ver los fuegos del campamento del rey junto al Mavrolongo. Comenzó entonces el ataque por tierra y por mar, pues la flota estaba apostada frente a la costa, tanto mediante asaltos directos como mediante el empleo de máquinas de asedio y artillería. Algunos jóvenes romanos adaptaron unos juegos de circo a las necesidades de la guerra y llegaron de este modo al pie de la muralla. Antes de la actual costumbre extravagante de llenar el circo con animales traídos de todas partes del mundo, se tenía costumbre de practicar varias formas de diversión, pues entre las carreras de carros y los caballistas acróbatas apenas se cubría poco más de una hora. Entre otras exhibiciones, se solían presentar grupos de unos sesenta jóvenes, aunque en juegos más elaborados llegaban a ser mayores, completamente armados. En parte representaban un ejército en batalla y en parte se entregaban a combates vistosos con movimientos más hábiles, que más que militares se parecían a los combates de gladiadores Después de ejecutar varias maniobras, formaron un cuadro compacto con sus escudos sobre sus cabezas, juntando unos con otros; los de la fila frontal los mantenían erectos; los de la segunda, ligeramente

inclinados; los de la tercera y cuarta, más y más inclinados; finalmente, los de la última fila hacían rodilla en tierra. De esta manera, formaron una *tortuga*, que se inclinaba como el techo de una casa. Desde una distancia de cincuenta pies, dos hombres totalmente armados corrían hacia delante y, fingiendo acometerse el uno al otro, ascendían desde la parte inferior hasta la superior de la *tortuga*, apoyándose en los escudos estrechamente unidos; así, aparentaban en un momento asumir una actitud desafiante sobre los bordes, para luego correr por en medio como si saltaran sobre terreno sólido.

Un testudo formado de esta manera se acercó hasta la parte más baja de la muralla. Cuando los soldados que estaban montados sobre aquel se acercaron hasta la muralla se encontraron a la misma altura que los defensores; una vez expulsados estos, dos manípulos lograron saltar dentro en la ciudad. La única diferencia, respecto al juego de circo, fue que los de la primera fila y los de los laterales no pusieron sus escudos encima de sus cabezas, por temor a exponerse, manteniéndolos al frente como en una batalla. De esta manera no resultaron alcanzados por los proyectiles arrojados desde las murallas, desviándose los arrojados sobre la *tortuga* sin causar daños hacia tierra, como la lluvia sobre el tejado de una casa. Una vez se hubo capturado Heracleo el cónsul acampó allí, aparentemente con intención de marchar a Dión y, tras expulsar de allí al rey, hasta Pieria. Pero estaba ya haciendo sus preparativos con vistas al invierno, y ordenó que se construyeran carreteras para transportar suministros desde Tesalia, que se eligieran lugares apropiados para los graneros y que se edificaran alojamientos donde se pudieran alojar los que traían los suministros.

[44,10] Cuando Perseo se recuperó de su pánico, empezó a desear que no se hubiesen obedecido sus órdenes cuando, aterrorizado, ordenó que se arrojara al mar su tesoro de Pela y que se incendiaran sus arsenales en Tesalónica. Andrónico, que había sido enviado a Tesalónica, había retrasado el cumplimiento de sus órdenes para dar tiempo, como sucedió, a que el rey rectificara. En Pela, Nicias no fue tan prudente y había arrojado al mar parte del dinero que había en Faco; el error resultó no ser irremediable, pues casi todo el dinero fue recuperado por buceadores. El rey estaba tan avergonzado de su reacción temerosa que ordenó que se asesinara en secreto a los buceadores, alcanzando la misma suerte a Andrónico y Nicias, de modo que no quedase nadie vivo que tuviera conocimiento de sus desatinadas órdenes. Cayo Marcio navegó con su flota desde Heracleo a Tesalónica y, desembarcando hombres armados en muchos puntos a lo largo de la costa, devastó el territorio por todas partes. Se enfrentó con éxito a las tropas que salieron de la ciudad y las rechazó, aterrorizadas, al interior de la ciudad, tras el abrigo de sus murallas. Y empezó a amenazar a la propia ciudad, pero los ciudadanos situaron artillería de toda clase en las murallas, resultando alcanzados por las piedras arrojadas no solo aquellos que se aventuraban cerca de las murallas, sino incluso los hombres que estaban a bordo de las naves. Por tanto, ordenó que las tropas reembarcaran y se abandonó el asedio de Tesalónica. Navegaron desde allí hasta Enia, distante unas quince millas y situada frente a Pidna, que posee un suelo fértil. Luego de devastar este territorio, navegó costeando hasta Antigonea. Aquí bajaron a tierra, saqueando inicialmente los campos y llevando una considerable cantidad de botín a los barcos. Luego, mientras estaban dispersos, fueron atacados por fuerzas macedonias de infantería y caballería que los pusieron en fuga y los persiguieron cuando huían hacia la costa, matando a unos quinientos y haciendo prisioneros a otros tantos. Al verse impedidos de llegar al refugio seguro de sus naves, la misma gravedad de su situación reavivó el valor de los romanos y, entre la vergüenza y la desesperación de salvarse por otros medios, renovaron el combate en la playa. Los que estaban en los barcos los ayudaron y dieron muerte a unos doscientos macedonios, haciendo prisioneros a un número igual. La flota navegó desde Antigonea rumbo al territorio de Palene, donde desembarcaron para saquear. Este distrito, con mucho el más fértil de todos los de la costa por la que habían navegado, pertenecía a Casandrea. Aquí se les reunió Eumenes, que había zarpado de Elea con veinte barcos con cubierta, y otras cinco enviadas también por Prusias.

[44.11] Al reunir estas fuerzas, el pretor se sintió con ánimos para intentar la toma de Casandrea. Esta ciudad fue fundada por Casandro sobre el estrecho istmo que une el distrito de Palene con el resto de Macedonia, está bañada por un lado por el golfo de Torone y, por el otro, por el golfo de Macedonia. La lengua de tierra sobre la que se levanta se proyecta hacia el mar, formando un promontorio de igual extensión que el imponente monte Atos. En dirección a Magnesia presenta dos promontorios, de los cuales el mayor se llama Posideo y el menor es el cabo Canastreo. Se dividieron los puntos sobre los que atacar; el comandante romano lo hizo por el llamado Clitas, prolongando las fortificaciones desde el golfo de Macedonia hasta el de Torone, sembrando por todas partes *ciervos*. En el otro lado había un canal, y allí era donde operaba Eumenes. Los romanos se enfrentaron con grandes dificultades para rellenar un foso que Perseo había hecho excavar recientemente para defensa de la ciudad. El pretor, al no ver tierra amontonada por parte alguna, preguntó a dónde se había llevado la tierra extraída de la fosa. Le mostraron entonces algunos arcos abovedados que no habían sido construidos con la misma anchura que la antigua muralla, sino con una sola hilera de ladrillos. Ideó entonces el plan de abrirse paso hacia la ciudad horadando por allí la pared, pensando que podría hacerlo sin ser visto si se atacaba por otros lugares con las escalas de asalto, de modo que los defensores acudieran a esos puntos amenazados. La guarnición de Casandrea estaba compuesta, además de por la juventud de la ciudad, por una fuerza nada desdeñable de ochocientos agrianos y dos mil ilirios de Peneste que habían sido enviados por Pleurato, todos ellos avezados combatientes. Mientras estos defendían las murallas por donde los romanos hacían todos los esfuerzos por coronarlas, la obra de fábrica de los arcos fue derruida en un momento y la ciudad quedó abierta. De haber estado armados los que habían abierto la brecha, podrían haber tomado la plaza inmediatamente. Cuando se participó a los soldados que se había completado aquella operación, lanzaron su grito de guerra y se lanzaron a penetrar en la ciudad por varios puntos.

[44,12] Por un momento, el enemigo no supo a qué se debía aquel repentino grito. Luego, al enterarse de que la ciudad estaba abierta, los prefectos de la guarnición, Pitón y Filipo, pensando que esto resultaría en una ventaja para el primero que lanzase un ataque, efectuaron una salida con un fuerte destacamento de agrianes e ilirios, cargando contra los romanos que venían desde todas partes y que se estaban concentrando con intención de avanzar contra la ciudad. Al no poder presentarles un frente firme ni una línea de combate apropiada, fueron puestos en fuga y perseguidos hasta el foso, donde cayeron amontonados según les empujaban. Murieron cerca de seiscientos, resultando heridos casi todos los que quedaron atrapados entre la muralla y el foso. Vencido su intento por sus propias armas, el pretor se mostró más cauto en sus planes. También resultó infructuoso el ataque que, por tierra y mar, estaba efectuando Eumenes. Así pues, se decidió situar fuertes destacamentos a ambos lados de la ciudad para impedir que le llegaran socorros desde Macedonia; después, como había fallado el ataque directo, se empezó un asedio en regla. Mientras se estaban preparando para ello, fueron enviados desde Tesalónica diez lembos de la flota de Perseo, con una fuerza escogida de auxiliares galos a bordo. Cuando tuvieron a la vista la flota romana que permanecía en mar abierto, esperaron hasta lo más oscuro de la noche y, navegando en línea, se mantuvieron lo más próximos que pudieron a la costa y entraron así en la ciudad. La noticia de este aumento en los defensores obligó a Eumenes y los romanos a levantar el asedio. Doblando el promontorio, llegaron cerca de Torone. Se dispusieron a atacar también esta plaza, pero al descubrir que tenía una fuerte guarnición para defenderla, abandonaron el intento y partieron rumbo a Demetrias. Al aproximarse a sus murallas vieron que estaban llenas de hombres completamente armados, por lo que navegaron hacia Yolco, con intención de atacar Demetrias desde aquel lado tras devastar su territorio.

[44.13] Mientras tanto, y para no permanecer completamente inactivo en territorio enemigo, el cónsul envió a Marco Popilio con cinco mil hombres para atacar Melibea. Esta ciudad se

encuentra al pie de las estribaciones del monte Osa, mirando hacia Tracia y en una posición que dominaba Demetrias. Al principio, la aparición del enemigo alarmó a los habitantes pero, recuperándose de su sobresalto, corrieron a las armas y ocuparon puertas y murallas, por donde quiera que sospechaban que podía forzarse la entrada, poniendo fin de esta manera a cualquier esperanza de que la ciudad se pudiera capturar al primer asalto. En consecuencia, se hicieron los preparativos para un asedio y se comenzó la construcción de las obras necesarias. Perseo tuvo noticia de que Melibea estaba siendo atacada por el ejército del cónsul y de que la flota estaba fondeada cerca de Yolco, preparando un ataque sobre Demetrias. Envió hacia Melibea a uno de sus generales, un hombre llamado Eufranor, con una fuerza escogida de dos mil hombres. Ordenó a este oficial que, en caso de que expulsara a los romanos de Melibea, marchara discretamente hacia Demetrias y entrase en la ciudad antes de que los romanos avanzaran contra ella desde Yolco. Su repentina aparición sobre el terreno que dominaba las líneas romanas creó una gran alarma entre los sitiadores de Melibea, que abandonaron rápidamente las obras y las incendiaron. Así tuvo lugar la retirada de Melibea. Habiendo levantado así el asedio de la ciudad, Eufranor se apresuró a marchar hacia Demetrias. Atravesó sus murallas, sintiéndose sus habitantes tan animados que creyeron poder defender no solo la ciudad, sino también los campos del saqueo enemigo. Lanzaron incursiones y atacaron a los grupos dispersos de saqueadores, hiriendo a muchos de ellos. Sin embargo, el pretor y el rey Eumenes cabalgaron alrededor de las murallas, examinando la situación de la ciudad para ver si podían hacer un intento por alguna parte, fuese mediante obras de asedio o con un asalto. Corrió el rumor de que Cidante de Creta y Antímaco, que tenía el mando en Demetrias, estaban gestionando el establecimiento de relaciones de amistad entre Perseo y Eumenes. En todo caso, los romanos se retiraron de Demetrias. Eumenes zarpó para visitar al cónsul y, tras felicitarle por su entrada en Macedonia, marchó a continuación a Pérgamo. El pretor Marcio Fígulo envió parte de su flota a Esciatos, a los cuarteles de invierno; con el resto de sus naves se dirigió hacia Oreo, en Eubea, pues consideraba aquella ciudad la base más adecuada para enviar suministros a los ejércitos que operaban en Macedonia y Tesalia. En lo que respecta a Eumenes, se dan versiones muy distintas. Si hemos de creer lo que cuenta Valerio Antias, el pretor no recibió ninguna ayuda de su flota, aunque le había escrito a menudo pidiendo su cooperación; además, cuando partió hacia Asia, no quedó en buenos términos con el cónsul, disgustado porque no se le permitiera acampar con los romanos, ni pudo el cónsul convencerlo para que le dejase la caballería gala que había traído con él. Por el contrario, Atalo se mantuvo junto al cónsul, siéndole completamente leal y prestando espléndidos servicios en aquella guerra.

[44,14] Mientras se desarrollaba la guerra en Macedonia, llegaron embajadores de un régulo galo llamado Balanos -dieron su nombre, pero no el de su tribu-, ofreciendo tropas auxiliares para la guerra macedónica. El Senado les dio las gracias y les hizo entrega de unos presentes consistentes en un torque de oro de dos libras de peso, cuatro páteras de oro de cuatro libras y un caballo con todos sus arreos y una armadura ecuestre completa. A los galos les siguió una embajada de Panfilia, que presentó una corona de oro hecha con veinte mil filipos y que solicitaron que se colocara como ofrenda en el templo de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio. Se les concedió el permiso y, como también querían renovar su amistad con Roma, el Senado entregó a cada uno un regalo de dos mil ases. A continuación, se concedió audiencia a los embajadores del rey Prusias y poco después a los de Rodas. Ambas embajadas se refirieron al mismo asunto y, aunque desde diferentes puntos de vista, ambas abogaron por la paz con Perseo. El tono de los representantes de Prusias era más de súplica que de exigencia. Declaraba Prusias que había permanecido junto a los romanos hasta aquel momento, y que seguiría haciéndolo hasta que terminara la guerra, pero que cuando se le habían acercado los embajadores de Perseo con el objetivo de dar fin a la guerra con Roma, él le había prometido que intercedería ante el Senado. Les rogaba que, si podían dejar de lado su resentimiento, le considerasen favorablemente como un instrumento para procurar la paz. Así hablaron los enviados del rey.

Los rodios fueron más soberbios, enumerando los servicios que habían prestado al pueblo de Roma y reclamando, prácticamente, la mayor parte de la gloria en la victoria, por lo menos, sobre Antíoco. Mientras hubo paz entre Macedonia y Roma, ellos establecieron relaciones de amistad con Perseo. En contra de su voluntad se había roto esa amistad, sin haber hecho nada para merecer ese trato, pues los romanos habían considerado apropiado arrastrarlos como aliados a la guerra. Durante tres años había estado sufriendo muchos de los males de la guerra; la isla carecía de recursos y, sin poder recibir suministros por mar, estaba en un estado de indigencia. No podían soportar mucho más tiempo aquel estado de cosas, por lo que habían enviado mensajeros a Macedonia para decirle a Perseo que a los rodios les gustaría que llegase a un acuerdo con Roma, y que habían enviado sus embajadores a Roma con una misión similar. Rodas examinaría cómo habría de actuar contra quienes impidieran que se pusiera fin a la guerra. Estoy seguro de que ni siquiera hoy se podría leer o escuchar algo así sin sentir indignación. Ya se puede imaginar cuál sería entonces el estado de ánimo de los senadores al oír aquello.

[44,15] Según Claudio, no se les dio respuesta alguna y simplemente se les leyó el senadoconsulto mediante el que el pueblo de Roma ordenaba que fuesen libres los carios y los licios, informándose inmediatamente por carta de este decreto a ambos pueblos. Al oír esto, el jefe de la legación, cuyo lenguaje jactancioso apenas se había podido soportar en la Cámara, cayó sin conocimiento. Otros autores afirman la respuesta que recibió fue en el sentido siguiente: *Al comienzo de la guerra, el pueblo romano había comprobado mediante pruebas fehacientes que los rodios habían hechos planes secretos junto a Perseo contra la república; pero si hubiese quedado antes alguna duda, el lenguaje empleado por los embajadores la había convertido en certidumbre. La mala fe, por prudente que quiera ser al principio, acaba siempre por revelarse a la larga. Actuaba Rodas ahora en calidad de árbitros de la paz y la guerra en el mundo; los romanos deberían tomar o dejar las armas según un simple gesto de Rodas, no se tomaría ya a los dioses por testigos y custodios de los tratados, sino a los rodios. ¿No era efectivamente así? A no ser que obedecieran las órdenes de Rodas y retirasen sus ejércitos de Macedonia, ¿eran los rodios los que considerarían qué medidas habían de tomar? Lo que fueran a hacer los rodios, ellos lo sabrían mejor que nadie; pero el pueblo de Roma tendría en cuenta, una vez derrotado Perseo -lo que esperaban ocurriera en no mucho tiempo-, qué recompensa darían a cada ciudad, según sus méritos en aquella guerra.* No obstante, se entregó a cada uno de ellos un obsequio de dos mil ases; pero se negaron a aceptarlo.

[44.16] El siguiente asunto fue la lectura en el Senado de una carta del cónsul Quinto Marcio, en la que describía su feliz cruce del desfiladero y su entrada en Macedonia. Había acumulado allí suministros procedentes de otros lugares, con vistas a pasar el invierno, y había recibido de los epirotas veinte mil modios de trigo y diez mil de cebada, con la condición de que el dinero por dicho grano sería pagado a sus agentes en Roma. Se precisaba el envío desde Roma de ropa para los soldados; se necesitaban unos doscientos caballos, preferiblemente númidas, pues no tenía posibilidad de conseguirlos allí. Se emitió un senadoconsulto ordenando que se diera cumplimiento a todo aquello, según la carta del cónsul. El pretor Cayo Sulpicio adjudicó mediante subasta el suministro de seis mil togas, treinta mil túnicas y doscientos caballos, que serían transportados a Macedonia y entregados al cónsul, sujetos a su aprobación. Pagó también a los representantes epirotas el importe del trigo y presentó ante el Senado a Onésimo, el hijo de Pitón, un noble macedonia que siempre había aconsejado la paz al rey y que, igual que su padre Filipo acostumbró, hasta los últimos días de su vida, a leer dos veces al día el texto de su tratado con Roma, así también lo debía hacer él, si no todos los días, al menos con cierta frecuencia. Cuando vio que no podía disuadirlo de la guerra, se fue retirando él mismo poco a poco para no verse involucrado en planes con los que no estaba de acuerdo. Finalmente, cuando vio que había sospechas contra él y que incluso a veces se levantaban acusaciones de traición, se pasó a los romanos, resultando de gran

utilidad al cónsul.

Al ser introducido en la Curia, refirió estas circunstancias y el Senado dio orden de que se le inscribiera entre los aliados, facilitándole alojamiento y hospitalidad, y entregándole 200 yugadas de tierras públicas en territorio tarentino, así como la adquisición de una casa para él en Tarento. Se encargó al pretor Cayo Decimio del cumplimiento de esta orden. Los censores efectuaron el censo los idus de diciembre, con mayor severidad que en la última ocasión. Quitaron el caballo a muchos caballeros, entre ellos a Publio Rutilio, quien como tribuno de la plebe les había acusado tan violentamente. Quedaba ahora expulsado de su tribu e inscrito entre los erarios. Según una disposición del Senado, el cuestor les entregaría la mitad de los ingresos de aquel año para la ejecución de obras públicas. De la suma que se le asignó, Tiberio Sempronio adquirió para el Estado la casa de Publio Africano que estaba detrás de las *Tiendas Viejas,* cerca de la estatua de Vortumno, así como las carnicerías y tiendas adyacentes. Adjudicó también la construcción de una basílica que luego se llamó Sempronia.

[44,17] Se aproximaba ya el final del año y, como todos estaban preocupados por la guerra en Macedonia, discutían con profusión sobre a quiénes elegirían como cónsules para el año siguiente con el objetivo de poner fin a la guerra. En consecuencia, el Senado aprobó una resolución para que Cneo Servilio regresara lo antes posible para celebrar las elecciones. El pretor Sulpicio remitió la resolución al cónsul, recibiéndose unos días después una carta suya que se leyó en el Senado y en la que convocaba las elecciones para el ... El cónsul se dio prisa en llegar y las elecciones se celebraron el día fijado. Los nuevos cónsules fueron Lucio Emilio Paulo, por segunda vez y catorce años después de su primer consulado, y Cayo Licinio Craso. Siguió la elección de pretores, resultando elegidos Cneo Bebio Tánfilo, Lucio Anicio Galo, Cneo Octavio, Publio Fonteyo Balbo, Marco Ebucio Helva y Cayo Papirio Carbón. La preocupación por la guerra en Macedonia hizo que el Senado acelerase todas sus actividades. Así pues, se decidió que los magistrados sorteasen inmediatamente sus provincias, de manera que en cuanto se supiera a qué cónsul correspondía Macedonia y qué pretor mandaría la flota, pudieran de inmediato trazar sus planes y efectuar todos los preparativos para la guerra; en caso de necesidad, consultarían cualquier duda al Senado. Una vez tomaron posesión de su cargo, los magistrados deberían celebrar las Ferias Latinas en la fecha más temprana que permitiesen las obligaciones religiosas, de manera que nada pudiera detener al cónsul que debiera marchar a Macedonia. Cumplidas estas disposiciones por decreto, Macedonia correspondió a Emilio e Italia, la otra provincia consular, a Licinio. Las provincias de los pretores quedaron asignadas de la siguiente manera: Cneo Bebio recibió la pretura urbana y Lucio Anicio la peregrina; este último quedaría a disposición del Senado para cualquier servicio especial. Cneo Octavio tomaría el mando de la flota, Publio Fonteyo iría a Hispania, Marco Ebucio a Sicilia y Cayo Papirio a Cerdeña.

[44,18] Enseguida resultó evidente que Lucio Emilio dirigiría la guerra con toda energía; pues amén de militar, dedicó toda su atención, día y noche, a cuanto preparativo debía ser efectuado. Lo primero que hizo fue solicitar al Senado que enviase una delegación a Macedonia para inspeccionar el ejército y la flota, informando personalmente de cuanto considerasen necesario para las fuerzas de tierra y mar. Debían también averiguar cuanto pudieran sobre las tropas del rey, cuánto de su territorio estaba bajo nuestro control y cuánto bajo el del rey; también debían informar si los romanos estaban aún acampados en un terreno montañoso y difícil, o si habían atravesado los desfiladeros y estaban ya en terreno abierto. Luego, con respecto a nuestros aliados, deberían asegurarse de cuáles nos eran todavía fieles, cuáles hacían depender su lealtad del desarrollo de la guerra y qué ciudades eran abiertamente hostiles. También debían enterarse de qué cantidad de suministros se habían acumulado; de qué fuentes, por mar o por tierra, se podrían llevar más vituallas y cuáles habían sido los resultados de la campaña del año anterior por tierra y por mar. Una vez se hubiera recibido información precisa sobre estos puntos, se podrían precisar los planes para

el futuro. El Senado autorizó al cónsul Cneo Servilio para que enviase como delegados a Macedonia a tres hombres de la confianza de Lucio Emilio. Los elegidos fueron Cneo Domicio Ahenobarbo, Aulo Licinio Nerva y Lucio Bebio, que partieron a los dos días. Estando el año a punto de terminar, llegaron noticias de dos lluvias de piedras: una en territorio romano y otra en el de Veyes. Por dos veces, y durante nueve días, se realizaron intercesiones y se ofrecieron sacrificios. Aquel año murieron los sacerdotes Publio Quintilio Varo, flamen de Marte, y Marco Claudio Marcelo, decenviro de los Libros Sagrados, para cuyo puesto se nombró a Cneo Octavio. Se dejó constancia escrita, como signo del creciente lujo, de que en los juegos celebrados por los ediles curules, Publio Cornelio Escipión Nasica y Publio Léntulo, tomaron parte en el espectáculo sesenta y tres panteras africanas y cuarenta osos y elefantes.

[44.19] Los nuevos cónsules, Lucio Emilio Paulo y Cayo Licinio, tomaron posesión de su cargo los idus de marzo El Senado deseaba conocer lo que el cónsul encargado de Macedonia tenía que informar sobre su provincia. Paulo les dijo que no tenía nada que contarles, pues los comisionados aún no habían regresado; se encontraban ya en Brindisi, después de haber visto desviado dos veces su rumbo hacia Dirraquio. Cuando hubiera recibido la información que más le interesaba conocer, lo que sería en pocos días, presentaría su informe. Para que nada pudiera retrasar su partida, había señalado la víspera de los idus de abril para la celebración de las Ferias Latinas. Una vez efectuado el preceptivo sacrificio, él y Cneo Octavio partirían tan pronto como el Senado autorizase su marcha. En su ausencia, su colega Cayo Licinio debería procurar que estuviese preparado cuanto tuviera que disponerse y de que se despachara hacia aquella guerra cuanto se precisara. Mientras tanto, se podía recibir en audiencia a las embajadas de los pueblos extranjeros.

Los primeros en ser llamados fueron los embajadores de Alejandría enviados por los dos reyes, Tolomeo y Cleopatra. Vestidos con ropas de luto, se presentaron con las barbas y los cabellos sin cortar, llevando las ramas de olivo de los suplicantes y postrándose en el suelo. Su discurso resultó aún más humilde que su aspecto. Antíoco, el rey de Siria, que había estado en Roma como rehén, bajo el pretexto de restaurar al mayor de los Tolomeos en el trono, hacía la guerra al hermano menor de este, que tenía por entonces el poder en Alejandría. Había obtenido una victoria naval frente a Pelusio y, tras hacer construir rápidamente un puente sobre el Nilo y cruzarlo con su ejército, estaba aterrorizando Alejandría con un asedio, pareciendo casi seguro que se apoderaría de tan opulentísimo reino. Después de narrar estos sucesos, los embajadores imploraron al Senado que fuera en ayuda del reino y de sus gobernantes, que eran amigos de Roma. Insistieron en que los buenos servicios que el pueblo romano había prestado a Antíoco, así como su autoridad entre todos los reyes y pueblos, eran tales que, si le mandaban embajadores para decirle que el Senado desaprobaba la guerra que hacía contra los reyes amigos suyos, él abandonaría de inmediato las murallas de Alejandría y se llevaría su ejército de vuelta a Siria. Si el Senado vacilaba en esto, pronto habrían de llegar Tolomeo y Cleopatra a Roma, expulsados de su reino, para vergüenza del pueblo romano por no haberles ayudado cuando su posición era tan extrema. Los senadores quedaron muy conmovidos por el llamamiento de los alejandrinos, y dispusieron la marcha inmediata, como embajadores, de Cayo Popilio Lenas, Cayo Decimio y Cayo Hostilio para poner fin a aquella guerra entre los reyes. Se les ordenó que se dirigiesen primero a Antíoco y después a Tolomeo, anunciándoles que si no se abstenían de hacer la guerra, no se consideraría amigo ni aliado al que continuara con ella.

[44.20] Los embajadores romanos, acompañados por los alejandrinos, partieron en el plazo de tres días. El último día de las Quinquatrías llegaron de Macedonia los delegados. Su retorno se esperaba con tanta impaciencia que, de no haber tenido lugar al anochecer, los cónsules habrían convocado de inmediato al Senado. Se convocó el Senado para el día siguiente y se les dio audiencia. Informaron de que el cruce por el ejército de desfiladeros intransitables se había

traducido en más peligros que ventajas. Habían avanzado hasta la Pieria, pero el rey dominaba el país y los ejércitos estaban en tan estrecho contacto que solo los separaba el río Mavrolongo. El rey no presentaba ocasión de combatir, ni tampoco nuestros hombres eran lo bastante fuertes como para forzar la batalla; el invierno, además, había detenido las operaciones; nuestros hombres vivían en medio de la ociosidad y no tenían grano para más de seis días. Se decía que las fuerzas macedonias ascendían a treinta mil hombres armados. Si Apio Claudio hubiera tenido en Licnido fuerzas suficientes, el rey podría haber sido tomado entre dos frentes. En aquellos momentos, Apio y sus fuerzas se encontraban en el mayor de los peligros, si no se les enviaba de inmediato un ejército en regla o se retiraban de allí aquellas fuerzas. Al dejar el campamento se dirigieron hacia la flota. Allí se enteró de que a algunos de los marinos se los había llevado una enfermedad; otra parte, en su mayoría sicilianos, habían regresado a sus casas y dejado sin tripulación a los barcos; los que permanecían en ellos no habían recibido su paga y no tenían vestuario adecuado. El rey Eumenes y su flota había llegado y había partido sin ninguna razón aparente, como si los hubiera arrastrado el viento; no se podía contar con la buena disposición de aquel rey. Mientras que todos los movimientos de Eumenes despertaban dudas, Atalo se estaba comportando con una fidelidad ejemplar.

[44,21] Una vez escuchados los delegados, Lucio Emilio declaró ante la Cámara que se abría el debate sobre la dirección de la guerra. El senado decretó que los cónsules y el pueblo deberían nombrar cada uno el mismo número de tribunos militares para las ocho legiones, pero sin que se nombrase aquel año a ninguno que no hubiera ocupado antes una magistratura; Lucio Emilio debería elegir de entre el número total a los que él quisiera para las dos legiones de Macedonia y, cuando hubiera terminado la Feria Latina, el cónsul y Cneo Octavio, el pretor al mando de la flota, partirían para sus respectivos mandos. Además de esto, Lucio Anicio, que tenía la pretura peregrina, debería marchar a Iliria y suceder a Apio Claudio en el mando en el Licnido. Se encargó al cónsul Cayo Licinio de la tarea de alistar nuevas tropas. Se le ordenó que alistase siete mil ciudadanos romanos de infantería y doscientos de caballería; de los aliados latinos tendría que alistar a siete mil infantes y cuatrocientos jinetes. Debía también enviar instrucciones por escrito a Cneo Servilio, en la Galia, para que reclutase a seiscientos de caballería. En cuanto le fuera posible, debería enviar este nuevo ejército a su colega en Macedonia. En esa provincia no había más de dos legiones: se deberían reforzar ambas hasta elevar la fuerza de cada una a seis mil soldados de infantería y trescientos jinetes; el resto de la infantería y la caballería se distribuiría entre las distintas guarniciones; de estos, se licenciaría a los que no fuesen aptos para el servicio militar. Se contaba, además, con los diez mil infantes y ochocientos jinetes proporcionados por los aliados. Se ordenó a Anicio que transportara estas fuerzas a Macedonia, aparte de las dos legiones que tenía orden de transportar allí y que estaban compuestas cada una por cinco mil doscientos infantes y tres cientos jinetes. También se alistó a cinco mil marinos para la flota. Se ordenó al cónsul Licinio que se encargara de su provincia con dos legiones y los diez mil infantes y ochocientos jinetes de los aliados.

[44,22] Una vez tomadas todas aquellas decisiones por el Senado, el cónsul Lucio Emilio abandonó la Curia y se dirigió a la Asamblea, donde efectuó el siguiente discurso: *Tengo la impresión, quirites, de que cuando la suerte me deparó Macedonia como provincia me felicitasteis más vivamente que cuando se me eligió cónsul o cuando tomé posesión de la magistratura. Y la única razón para esto, creo, es que pensasteis que yo sería el medio para dar a esta prolongada guerra un final digno de la grandeza de Roma. Espero que el resultado del sorteo sea considerado favorablemente también por los dioses y que me ayuden a cumplir la tarea que se me presenta. Me atrevo a creerlo así y a esperarlo. Pero sí puedo afirmar con absoluta certeza que haré cuanto esté a mi alcance para que las esperanzas que habéis depositado en mí no sean en vano. Ya se han tomado todas las medidas necesarias para la guerra y, habiéndose decidido que parta*

inmediatamente, sin que nada me lo impida, mi distinguido colega, Cayo Licinio, afrontará el resto de cuestiones con la misma energía como si fuera él mismo a dirigir la guerra.

Dad crédito exclusivamente a lo que yo escriba al Senado o a vosotros; no prestéis vuestra credulidad a los rumores vanos y sin autor conocido. Sé bien que, por lo general y especialmente en esta guerra, nadie hay que desprecie tanto la opinión pública como para que esta no pueda minar su valor y energía. En todos los lugares públicos donde se congregan las personas, y hasta ¡válganme los dioses! en los banquetes privados, siempre hay alguno que sabe cómo dirigir los ejércitos en Macedonia, dónde se deben situar los campamentos y qué posiciones estratégicas se deben ocupar, cuándo y por cuáles pasos se ha de entrar en Macedonia, dónde se tienen que situar los almacenes y qué medios de transporte se necesitan por tierra y por mar para llevar los suministros, en qué ocasiones hay que combatir y en cuáles es mejor permanecer inactivos. Y no solo establecen lo que se debe hacer, sino que cuando algo se hace en contra de su opinión, acusan al cónsul como si lo estuvieran sometiendo a juicio ante la Asamblea. Estos comentarios interfieren grandemente con quienes están a cargo de la dirección de la guerra, pues no todo el mundo muestra tanda firmeza y resolución al afrontar la crítica hostil como Quinto Fabio; él prefirió ver debilitada su autoridad por la ignorancia y el capricho del pueblo, antes que lograr popularidad y servir mal a la república. No soy yo, quirites, de los que piensan que los generales no deben ser aconsejados; al contrario, el hombre que siempre actúa según su propio criterio, a mi juicio, muestra más arrogancia que sabiduría. ¿En qué queda entonces la cuestión? Los comandantes deben, en primer lugar, aconsejarse de personas competentes y expertas en los asuntos militares; a continuación, por aquellos que están participando en las operaciones, por los que conocen el país y saben reconocer una oportunidad favorable cuando se presenta, y por quienes, como los compañeros de viaje, comparten los mismos peligros. Si, desde luego, hay alguno que considere que me puede dar buenos consejos sobre la guerra que voy a dirigir, que no niegue su ayuda a la república y venga conmigo a Macedonia. Yo le proporcionaré pasaje en un barco, un caballo, una tienda y correré incluso con los gastos del viaje. A quien todo esto le parezca demasiado molesto, que no trate de actuar como piloto desde tierra. Ya ofrece suficientes temas de conversación la propia Ciudad; que limiten su locuacidad a estos y estén seguros de que yo me satisfaré con las deliberaciones de los consejos celebrados en nuestro campamento. Tras pronunciar este discurso y ofrecer el sacrificio habitual en el monte Albano durante la celebración de la Feria Latina la víspera de las calendas de abril, el cónsul partió hacia Macedonia, acompañado por el pretor Cneo Octavio. Según registra la tradición, el cónsul fue acompañado por una multitud más numerosa de lo habitual; y el pueblo, con una esperanza que era casi una certeza, esperaban el término de la guerra de Macedonia, así como el rápido regreso y el glorioso triunfo del cónsul.

[44,23] Mientras tenían lugar estos hechos en Italia, Perseo no terminaba de decidirse a llevar a cabo su proyecto de ganarse a Gencio, el rey de los ilirios, como aliado, pues debía hacer un gasto de dinero para lograrlo. Pero cuando vio que los romanos habían atravesado los pasos y que se acercaba el momento decisivo de la guerra, consideró que no debía aplazar más tiempo este asunto. A través de Hipias, que actuó como enviado suyo, accedió a pagar trescientos talentos de plata a condición de que se efectuara un intercambio de rehenes. Pantauco, uno de sus amigos más fieles, fue enviado para cerrar el acuerdo. En Meteón, en territorio de los labeatos, Pantauco se encontró con el rey ilirio, donde recibió el juramento del rey y los rehenes. Gencio envió a un hombre llamado Olimpio como embajador, para requerir de Perseo su juramento y los rehenes. Envió a otros hombres con él para recibir el dinero y, a sugerencia de Pantauco, los elegidos para acompañar como embajadores a los macedonios a Rodas fueron Parmenio y Morco. Sus instrucciones eran no ir a Rodas hasta que hubieran recibido el juramento del rey, el dinero y los rehenes, pues con la petición de ambos reyes se podría convencer a los rodios para que declarasen la guerra a Roma. La adhesión de aquella ciudad, que por entonces detentaba el poder naval absoluto, dejaría a los romanos sin esperanza alguna de victoria, ni por mar, ni por tierra. Perseo salió de su campamento

con toda su caballería, siguiendo por la orilla del río Mavrolongo, y se reunió con los ilirios en Dión. Allí, con la caballería formada a su alrededor, ambas partes cumplieron con lo acordado; Perseo consideraba que su presencia en aquella solemne ratificación les daría nuevos ánimos. Luego se intercambiaron los rehenes a la vista de todos; los que debían recibir el dinero fueron enviados al tesoro real en Pela, los que habían de acompañar a los embajadores ilirios a Rodas recibieron instrucciones de embarcar en Tesalónica. Se encontraba allí Metrodoro, que acababa de llegar de Rodas y que afirmó, basándose en la autoridad de Dinón y Poliarato, hombres principales de aquella ciudad, que los rodios estaban preparados para la guerra. Fue nombrado jefe de la legación conjunta de macedonios e ilirios.

[44.24] Al mismo tiempo, envió a Eumenes y Antíoco un mismo mensaje, según sugerían las condiciones políticas del momento. Perseo les recordó que las ciudades libres y las monarquías, por su propia naturaleza, resultaban antagónicas. Roma les estaba atacando uno por uno y, lo que era peor, empleaba el poder de los reyes para atacar a los reyes. Su propio padre había sido derrotado con la ayuda de Atalo; el ataque contra Antíoco se había efectuado con la ayuda de Eumenes y, en cierta medida, de su propio padre Filipo; y ahora Eumenes y Prusias estaban en armas contra él mismo. Si quedaba suprimida la monarquía en Macedonia, luego sería el turno de Asia; ya se habían convertido en los dueños de algunas zonas de ella, bajo el pretexto de liberar a las ciudades. A continuación, vendría Siria. Se tenía ahora a Prusias en mayor consideración que a Eumenes y se mantenía a Antíoco fuera de Egipto, su recompensa en la guerra. Les instaba a reflexionar sobre estas cuestiones y a que insistieran a los romanos para que hicieran la paz con él o, si persistían en hacer contra él aquella guerra injusta, que los considerasen enemigos comunes de todos los reyes. La comunicación fue enviada a Antíoco abiertamente; a Eumenes se le envió el emisario con el supuesto objetivo de organizar una rescate de prisioneros. De hecho, aún se mantenían negociaciones más secretas que, en aquellos momentos, hicieron a Eumenes aún más sospechoso y odioso para los romanos, dando lugar a más graves, aunque infundadas, acusaciones contra él: se le consideró un traidor y casi un enemigo declarado a causa de la disputa en avaricia y engaños con la que se acosaban ambos reyes. Había un cretense llamado Cidas, amigo íntimo de Eumenes. Este hombre había mantenido algunas conversaciones en Anfípolis con un tal Quimaro, paisano suyo, que servía por entonces con Perseo, y luego en Demetrias, al pie mismo de las murallas de la ciudad, primero con Menécrates y después con Antímaco, ambos generales de Perseo. También Hierofonte, que era el emisario para aquella ocasión, había desempeñado anteriormente dos misiones ante Eumenes. Estas conversaciones secretas y las misiones secretas suscitaron sospechas, pero aún no se tenía conocimiento del objeto y resultado de aquellos tratos entre los reyes. Los hechos tuvieron lugar así:

[44,25] Eumenes no deseaba que Perseo venciera, ni tenía intención alguna de ayudarle en la guerra; no tanto por las diferencias que tuvo con su padre como por la aversión personal y el hijo y él mismo sentían el uno hacia el otro. La rivalidad entre ambos monarcas era tal que Eumenes no podía ver complacido el nivel de poder y gloria que obtendría Perseo si este derrotaba a los romanos. También sabía que, desde el comienzo de la guerra, Perseo había intentado por todos los medios conseguir la paz, y que cuanto más próximo estaba el peligro más dedicaba todos sus actos y pensamientos, día y noche, a este objetivo. En lo referente a los romanos, creía que como la guerra se había prolongado más de lo previsto, tanto sus generales como el Senado no se opondrían a dar fin a una guerra tan desagradable y difícil. Habiendo así descubierto lo que ambas partes deseaban, y considerando que a este resultado se podía llegar sin su participación a causa de la fatiga del más fuerte y el miedo del más débil, quiso poner precio a su colaboración para el restablecimiento de la paz. Establecía su recompensa, unas veces por no ayudar a los romanos, ni por tierra ni por mar, y otras por mediar a favor de la paz. Por negar su ayuda pedía mil talentos; por propiciar la paz, mil quinientos. En ambos casos, se mostraba dispuesto no solo a prestar juramento,

sino también a entregar rehenes. Impulsado por sus temores, Perseo se apresuró a dar comienzo a las negociaciones y no quería retrasar la entrega de rehenes; se acordó que aquellos que recibiera serían enviados a Creta. Pero cuando se llegaba a tratar la cuestión del dinero, entonces vacilaba y decía que, en el caso de la primera condición y entre reyes de tanto prestigio, el pago de dinero resultaría algo sórdido e indecoroso, tanto para el que lo hiciera como para el que lo aceptase. No rehusaba el pago por la esperanza de lograr la paz con Roma, aunque solo entregaría el dinero cuando se hubiera cerrado el acuerdo; entre tanto, lo depositaría en el templo de Samotracia. Como esa isla pertenecía a Perseo, Eumenes no veía ninguna diferencia entre que el dinero estuviese allí o en Pela, y lo que intentaba era quedarse en el acto con alguna parte. Así, después de intentar sin éxito engañarse el uno al otro, no lograron más que descrédito.

[44.26] No fue esta la única oportunidad que Perseo dejó escapar por su avaricia. De haber pagado, es posible que hubiera logrado la paz por mediación de Eumenes, lo que hubiese merecido la pena aún a costa de parte de su reino; o, si Eumenes le hubiera engañado, podría haber descubierto a su enemigo aún cargado con el oro, haciendo que los romanos lo considerasen con razón su enemigo. Pero la avaricia le hizo malograr la alianza que ya había acordado con Gencio y también el inestimable apoyo de los galos que se habían extendido por la Iliria. Vinieron a ofrecerle sus servicios un numeroso cuerpo de diez mil de caballería y el mismo número de infantes; estos últimos corrían junto a los caballos y, durante el combate, montaban sobre los caballos cuyos jinetes caían. Estos hombres habían accedido a servir por diez monedas de oro, al contado, para cada jinete, cinco de oro para cada infante y mil para su jefe. Al acercarse estos, Perseo salió con la mitad de sus fuerzas de su campamento en el Mavrolongo y comenzó a dar aviso a todos los pueblos y ciudades situadas cerca de su ruta para que dispusieran un amplio suministro de trigo, vino y ganado. Llevó con él algunos caballos con sus arreos y capas militares como regalo para sus oficiales, así como una pequeña cantidad de oro para distribuirla entre algunos de los soldados, confiando en que atraería la masa restante con la esperanza de más. Llegó hasta la ciudad de Almana y fijó su campamento junto al río Vardar. El ejército galo estaba acampado en las proximidades de Desudaba esperando el pago acordado. Perseo envió allí a Antígono, uno de los nobles de su corte, para ordenar a los soldados galos que trasladaran su campamento a Bilazora, que es una localidad de Peonia, y que los jefes, en grupo, se presentaran a él. Estaban a setenta y cinco millas de distancia del campamento del rey en el Vardar. Una vez que Antígono les notificó estas instrucciones, y después de referirles la abundancia de provisiones que la atención del rey les había dispuesto por todas partes, se refirió a los regalos de ropa, plata y caballos que el rey había dispuesto para sus oficiales cuando llegaran. Los galos contestaron que verían entonces aquellas promesas; pero preguntaron si había llevado consigo el oro que se había de repartir a cada jinete y a cada infante. A esto no se dio ninguna respuesta; entonces, su régulo Clondico le dijo: Márchate, pues, y dile al rey que los galos no darán un paso hasta que reciban el oro y los rehenes". Al informarse de esto al rey, convocó un consejo de guerra. Al resultar evidente cuál sería el consejo unánime, el rey, mejor custodio de su dinero que de su reino, empezó a disertar sobre la perfidia y el salvajismo de los galos, que ya muchos pueblos habían experimentado para su desgracia. Resultaría un peligro admitir a tan vasta multitud en Macedonia y los encontrarían más problemáticos como aliados que como enemigos; bastarían cinco mil jinetes para emplearlos en la guerra, y no serían demasiados como para constituir un peligro.

[44.27] Resultaba evidente para todos que lo único que temía el rey era tener que pagar a tan gran ejército; y como nadie tuvo el valor para tratar de disuadirlo, se envió de vuelta a Antígono para decirles que el rey solo podría emplear a cinco mil de sus jinetes y que no retenía a los demás. Cuando los bárbaros oyeron esto, se levantaron murmullos de indignación entre el resto del ejército, por haber sido sacados de sus hogares sin ningún propósito. Clondico volvió a preguntar si pagaría la cantidad estipulada a los cinco mil. Al ver que a esta pregunta también se respondía de manera un

tanto evasiva, Clóndico despidió al falaz mensajero sin causarle ningún daño, lo que ni siquiera este tenía esperanzas de que sucediera. Los galos dieron la vuelta en dirección al Histro, asolando aquellas zonas de Tracia que quedaban próximas a su línea de marcha. Todas estas fuerzas podrían haber sido dirigidas contra los romanos en Tesalia, a través del paso de Perrebia, mientras el rey continuaba tranquilamente en el Mavrolongo; y no solo habrían saqueado y arrasado los campos, para que los romanos no pudieran haber dispuesto de suministros en aquellos territorios, sino que podrían haber destruido también las ciudades, mientras Perseo mantenía a los romanos en el Mavrolongo para impedir que ofrecieran ayuda a sus aliados. Los romanos habrían tenido que pensar en su propia seguridad, ya que no podrían haberse quedado donde estaban al haberse perdido la Tesalia que alimentaba a su ejército, ni podría haber efectuado ningún movimiento con el campamento de los macedonios frente a ellos. Al perder una oportunidad como esta, Perseo alentó a los romanos y desanimó en gran medida a los macedonios, que habían puesto muchas esperanzas en esta toma de partido.

Aquel mismo comportamiento mezquino volvió a Gencio en su contra. Después de haber pagado los trescientos talentos a los emisarios de Gencio en Pella, les permitió poner su sello sobre el dinero. Luego, envió diez talentos a Pantauco con orden de entregárselos inmediatamente al rey. En cuanto al resto del dinero, sobre el que habían colocado los sellos, dijo a sus portadores que lo llevasen en etapas cortas y que, cuando llegaran a la frontera de Macedonia, se detuviera y esperasen allí sus instrucciones. Una vez que Gencio hubo recibido la parte menor del dinero, Pantauco le estuvo urgiendo a que provocara a los romanos mediante algún acto hostil; como consecuencia de ello, encarceló a los dos embajadores romanos que se acababan de presentar ante él y que resultaron ser Marco Perpena y Lucio Petilio. Al tener noticia de esto, Perseo pensó que Gencio estaba ya, en todo caso y forzado por las circunstancias, en guerra con Roma; en esta creencia envió un mensaje para que regresara el encargado de transportar el dinero. Parecía como si su único pensamiento fuera reservar a los romanos todo el botín posible para después de su propia derrota. Herofonte regresó también de su visita a Eumenes, sin que se supiera el resultado de las conversaciones secretas entre ellos. Los macedonios dijeron públicamente que habían tratado sobre el intercambio de prisioneros, y Eumenes dio la misma explicación al cónsul para disipar sus sospechas ...

... a Ténedos para proteger los barcos con trigo que hacían su ruta hacia Macedonia, dispersos entre las islas Cícladas. Los barcos fueron botados en Casandreo, en los dos puertos que están bajo el monte Atos, y desde allí navegados hacia Ténedos en un mar en calma. Una vez allí, dejaron marchar sin daño e incluso con un trato amisto, a algunas naves sin cubierta rodias que estaban surtas en el puerto, así como a su prefecto Eudamo. Al enterarse de que cincuenta de sus transportes estaban bloqueados al otro lado de la isla por navíos con espolón de Eumenes, que estaban apostados en la bocana del puerto bajo el mando de Damio, Antenor se dirigió rápidamente allí e hizo que se retirasen las naves enemigas ante su aparición. Mandó diez lembos para escoltar los transportes a Macedonia, con orden de regresar a Ténedos una vez los pusieran a salvo. Ocho días después se reunieron con la flota, que estaba ahora anclada en Sigeo. Desde allí se dirigieron a Subota, una isla situada entre Elea y Quíos. El día después de su llegada, acertaron a pasar treinta y cinco buques llamados *hipagogos*, que transportaban caballos galos y a sus jinetes con rumbo a Fanas, un promontorio de Quíos; llevaban rumbo a Fanos, un promontorio de Quíos, y pretendían navegar desde allí a Macedonia. Los enviaba Eumenes a Atalo. Cuando Antenor recibió de los vigías una señal de que estos barcos estaban en alta mar, partió de Subota y les salió al encuentro en la parte más estrecha del canal que hay entre el cabo de Eritras y Quíos. La última cosa que esperaban los prefectos de Eumenes es que la flota de Macedonia estuviera patrullando aquellas aguas. Primero pensaron que eran romanos, luego que se trataba de Atalo o de alguien enviado por Atalo desde el campamento Romano, y que iban de camino a Pérgamo. Pero cuando, por la forma de los lembos, con las proas apuntándoles y los remos bogando vivamente, ya no pudo dudarse más de su procedencia y de que eran enemigos al ataque, el terror se apoderó de la flota. La pesada

naturaleza de sus buques, junto a la dificultad de mantener tranquilos a los galos, destruyeron cualquier esperanza de resistir. Algunos de los que estaban más cerca de tierra nadaron hasta Eritras; otros dieron todo el trapo, y dirigieron las naves a Quíos, donde abandonaron los caballos y se dirigieron en completa confusión hacia la ciudad. Sin embargo, los buques de Macedonia, tomando una ruta más corta, desembarcaron sus tropas cerca de la ciudad y masacraron a los galos, a unos mientras huían y a otros delante de las puertas de la ciudad; los habitantes de Quíos habían cerrado sus puertas al no saber quiénes eran los que huían y quiénes los que les perseguían. Murieron cerca de ochocientos galos y se apresó a doscientos de ellos. Algunos de los caballos se perdieron con los barcos hundidos, a otros los desjarretaron los macedonios en la playa. Había veinte caballos de excepcional belleza, y Antenor ordenó a los mismos diez lembos que había mandado antes, que llevaran a aquellos y a los prisioneros hasta Tesalónica, regresando lo antes posible; él los esperaría en Fanas. La flota estuvo anclada tres días frente a Quíos y luego se dirigió a Fanas. Los diez barcos regresaron antes de lo que se esperaba; a continuación, toda la flota se hizo a la mar y cruzaron el mar Egeo hasta Delos.

[44,29] Mientras tenían lugar todas aquellas operaciones, los delegados romanos, Cayo Popilio, Cayo Decimio y Cayo Hostilio, partieron de Calcis con tres quinquerremes y llegaron a Delos. Allí encontraron a los cuarenta lembos macedonios y a las cinco quinquerremes pertenecientes a Eumenes. La santidad del templo y el carácter sagrado de la isla les garantizaba la inviolabilidad a todos. Los romanos, los macedonios y las tripulaciones de los buques de Eumenes estuvieron mezclados por la ciudad y el templo, protegidos por la tregua que les ofrecía aquel lugar sagrado. Antenor, el prefecto de Perseo, recibía de tanto en tanto una señal de que se había divisado en alta mar algún navío de carga. Partía entonces en su persecución, personalmente con algunos de sus lembos o bien mediante los que estaban dispersos entre el resto de las islas Cícladas. Hundía o saqueaba todas las naves, con excepción de las que dirigían a Macedonia. Popilio intentó salvar todas las que pudo, tanto con las suyas como con las de Eumenes, pero los lembos macedonios se le escapaban navegando por la noche en grupos de dos o tres. Por estas fechas llegaron a Rodas los embajadores macedonios e ilirios. Su misión se vio reforzada por la aparición de las naves macedonias que patrullaban entre las Cícladas y el Egeo, la acción conjunta entre Perseo y Gencio, y el rumor de que los galos venían de camino con una gran fuerza de infantería y caballería. Dinón y Poliarato, los líderes de la facción favorable a Perseo, se sentían ahora lo suficientemente fuertes como para enviar una respuesta favorable a los dos monarcas, llegando incluso a proclamar públicamente que tenían la autoridad suficiente como para poner fin a la guerra; los reyes, por lo tanto, debían mostrar la apropiada moderación y disponerse a aceptar los términos de paz.

[44,30] Era ya el comienzo de la primavera y los nuevos generales habían llegado a sus provincias. El cónsul Emilio se encontraba en Macedonia, Octavio estaba con la flota en Oreo y Anicio estaba en Iliria, donde dirigiría la guerra contra Gencio. Los padres de Gencio eran Pleurato, anterior rey de Iliria, y Eurídice. Tenía Gencio dos hermanos: Plator, hijo de los mismos padres, y el otro, de nombre Caravancio, que era su hermano por parte de madre. No sentía inquietud respecto a este último, pues su padre era un hombre de humilde extracción, pero para asegurar aún más su trono dio muerte a Plator y a dos amigos suyos, Etrito y Epícado, ambos hombres capaces y competentes. Se solía comentar que sus celos venían de los esponsales de Plator con Etuta, una hija de Monuno, el rey de los dárdanos, y de la suposición del apoyo que este le podría prestar; el que, después de la muerte de su hermano Plator, se casara con ella dio verosimilitud a esta conjetura. Una vez desaparecidos todos los temores respecto a su hermano, Gencio empezó a oprimir a su pueblo mientras su carácter naturalmente violento se encendía por su incontinencia con el vino. Sin embargo, como he dicho antes, estaba empeñado en una guerra contra Roma y reunió a todas sus fuerzas en Lissos. Su número ascendía a quince mil hombres armados. Envió a su hermano Caravancio con mil soldados de infantería y cincuenta jinetes para someter a los cavios, fuera

mediante la intimidación o la fuerza, mientras él mismo avanzaba contra Basania, una ciudad que distaba quince millas de Lezhë. La ciudad era aliada de Roma y, cuando Caravancio envió mensajeros para pedir la rendición, decidieron enfrentar el asedio antes que rendirse. Una de las ciudades pertenecientes a los cavios, Durnio, le abrió sus puertas; otra, Caravandis, se las cerró y, cuando Caravancio empezó a devastar intensamente sus campos, los campesinos se sublevaron y dieron muerte a un número considerable de soldados dispersos.

En aquellos momentos, Apio Claudio, que había reforzado su ejército con los contingentes auxiliares de bulinos, apoloniatas y dirraquinos, había abandonado sus cuarteles de invierno y estaba acampado cerca del río Genuso. Al llegarle noticias de la alianza que Gencio había acordado con Perseo, así como del escandaloso trato con que ofendieron a los enviados de Roma, se irritó por la violación del derecho de gentes y se dispuso a iniciar las hostilidades contra él. El pretor Anicio, que estaba por entonces en Apolonia, se enteró de lo que estaba sucediendo en Iliria y envió un mensaje a Apio pidiéndole que le esperase en el Skumbi; llegó tres días después al campamento. Tras unir a sus fuerzas auxiliares dos mil infantes y doscientos jinetes enviados por los partinos -la infantería estaba al mando de Epicado y la caballería al de Algalso- se dispuso a marchar a la Iliria con el objetivo principal de forzar el levantamiento del asedio de Basania. La invasión planeada se retrasó por el informe de que había ochenta lembos que estaban asolando la costa. Estos habían sido enviados por Gencio, siguiendo el consejo de Pantauco, para devastar los campos de Apolonia y Dirraquio. Entonces, la flota ... se rindieron.

[44.31] Una tras otra, las ciudades de aquella región hacían lo mismo; sus inclinaciones naturales se vieron reforzadas por la clemencia y la equidad mostradas por el pretor romano hacia todos. Marchó luego a Scodra, el lugar más importante en la guerra. Gencio la había escogido como la fortaleza, por así decirlo, de todo su reino, además de por ser con mucho la más fortificada entre todas las ciudades del territorio de los labeates, además de resultar de difícil acceso. Está rodeada por dos ríos, el Kiri en lado oriental y el Bojana en el lado occidental, que nace en el lago Labeátide; estos dos ríos se unen y vierten sus aguas en el Drin, que nace en el monte Escordo y, aumentado por muchos afluentes, desemboca en el Adriático. El monte Escordo es, con diferencia, la montaña más alta de aquel territorio; a su este se extiende la Dardania, Macedonia lo hace por el sur y el Ilírico por el oeste. Aunque la ciudad estaba protegida por su situación y defendida por todas las fuerzas de Iliria bajo el mando del mismísimo rey, el pretor romano decidió atacarla. Como sus primeras operaciones habían tenido éxito, creía que le acompañaría la misma suerte y que un golpe repentino obraría el mismo efecto, por lo que avanzó hasta las murallas con el ejército formado en orden de batalla. De haberse mantenido cerradas las puertas y los defensores apostados en las murallas y torres, su intento habría fracasado y se habría expulsado a los romanos de los muros. Sin embargo, lanzaron una salida puertas afuera y entablaron combate en campo abierto, poniendo más valor en darle inicio que luego en sostenerlo. Fueron rechazados, y más de doscientos hombres mientras se apretaban al huir, a través del estrecho espacio de la puerta. Esto provocó tal terror que Gencio envió a dos de los hombres más notables de todo el país, Teutico y Belo, como parlamentarios ante el pretor, para pedir un cese de las hostilidades que le proporcionara tiempo para considerar su situación. Se le concedieron tres días y, como el campamento estaba a solo quinientos pasos de distancia, subió a una embarcación y navegó por el río Bojana hasta el lago Labeátide, como si buscase un lugar alejado donde reflexionar. En realidad, como luego se demostró, se engañó con la esperanza de la próxima llegada de su hermano Caravancio con varios miles de hombres que había reclutado en el país al que se le había enviado. Una vez comprobado que el rumor era infundado, bajó tres días después en el mismo barco hasta Escodra, siguiendo la corriente del río, y solicitó envió unos mensajeros para solicitar una entrevista con el pretor. Se le concedió su petición y marchó hasta el campamento. Comenzó su discurso reconociendo su propia culpa y luego, cayendo de rodillas, se puso en manos del pretor entre lágrimas y súplicas. Se le dijo que debía tener buen ánimo, e incluso recibió una invitación para cenar. Regresó a la ciudad para

ver a sus amigos, y aquel día se le trató con todos los honores en la mesa del pretor. Pero a continuación se le entregó a la custodia de Cayo Casio, uno de los tribunos militares. Él, un rey, había recibido diez talentos de otro rey, apenas la paga de un gladiador, solo para llegar a caer en aquella condición.

[44.32] Tras la captura de Escodra, lo primero que hizo Anicio fue ordenar que se hallara a los dos embajadores, Petilio y Perpena, y que los llevaran ante él. Se les proporcionaron las ropas e insignias de su cargo, y se envió a Perpena de inmediato para detener a los amigos y parientes del rey. Este fue a Metione y llevó consigo al campamento, en Escodra, a Etleva, la esposa, con sus dos hijos Escerdiledo y Pleurato, así como a su hermano Caravancio. Anicio había dado fin a la guerra en Iliria en menos de un mes y Perpena fue enviado a Roma para anunciar su victoria. Unos días más tarde envió a Gencio a Roma junto con su madre, su esposa, sus hijos y su hermano, así como también a algunos de los principales hombres de Iliria. Esta es la única guerra de cuyo fin se tuvo noticia en Roma antes de saber que había empezado. Durante todo este tiempo, Perseo, por su parte, estaba en un estado de gran inquietud debido al avance del cónsul Emilio quien, según tenía entendido, se estaba aproximando de un modo muy peligroso; lo mismo ocurría con el pretor Octavio y el temor que provocaba la flota romana amenazando la costa. Eumenes y Atenágoras estaban al mando de Tesalónica con una pequeña fuerza de dos mil hombres armados de cetra. Envió allí también al pretor Androcles con órdenes de permanecer acampados cerca del arsenal naval; mandó mil jinetes con Creonte a Enea, para proteger la costa, de modo que pudieran prestar ayuda a los habitantes del campo en cualquier lugar donde escucharan que los amenazaban los buques enemigos; se envió a cinco mil macedonios como guarnición a Pitos y Petra bajo el mando de Histeo, Teógenes y Midón. Una vez hubieron partido, el propio Perseo se dedicó a fortificar la orilla del Mavrolongo, que ahora se podía cruzar fácilmente al estar seco su cauce. Para que todas sus fuerzas estuviesen disponibles para esta tarea, reclutó mujeres en las ciudades vecinas para que se encargasen del suministro de alimentos. Se ordenó a los soldados que, de los bosques cercanos ...

[44,33] ... Por último ordenó a los aguadores que lo siguieran hasta el mar, que estaba a menos de trescientos pasos de distancia, y que cavaran hoyos en la orilla a cortos intervalos entre sí. La altura de las montañas le llevó a esperar que, como no corrían riachuelos desde los terrenos altos, existieran manantiales subterráneos que corrieran hasta el mar y vertieran en él sus aguas. Apenas se removió la superficie de la arena cuando afloraron fuentes, primero de aguas escasas y turbias, pero pronto de clara y abundante agua, como si se tratase de un regalo de los dioses. Este descubrimiento aumentó mucho el prestigio del general y su autoridad entre los soldados. A continuación, se dieron órdenes a las tropas para que tuviesen dispuestas sus armas mientras que el cónsul, acompañado por los tribunos militares y los primeros centuriones, marchaba a examinar el lugar por donde iban a cruzar, por dónde podrían descender más fácilmente los hombres con sus armas y por dónde presentaba menos dificultad el ascenso a la orilla opuesta. Tras quedar satisfecho sobre estos puntos, la primera preocupación del cónsul fue que todo se hiciera de forma ordenada y sin confusión, obedeciendo al punto las órdenes del general. Cuando se daba una orden a todas las tropas, no era escuchada con claridad y al mismo tiempo por todos; ante la duda sobre lo que se les había mandado, algunos hacían más de lo ordenado, añadiendo cosas de propia iniciativa, mientras que otros hacían menos. Se levantaban entonces gritos confusos por todas partes y el enemigo se enteraba de las intenciones del general antes que ellos. Por lo tanto, dio instrucciones para que los tribunos militares comunicasen las órdenes al primipilo de la legión y que este notificaría lo que se debía hacer a cada uno de los centuriones más próximos; estos la irían transmitiendo tanto desde la vanguardia hacia la retaguardia de la columna como desde atrás hacia delante. Tomó también la novedosa decisión de que los centinelas no llevasen el escudo durante las guardias nocturnas; un centinela no estaba para combatir, por lo que no tenía que hacer uso de las armas, sino para vigilar; de manera que al advertir la llegada del enemigo, debía retirarse y llamar a los demás a las armas.

Solían permanecer de pie, con los cascos colocados y los escudos verticales frente a ellos; luego, cuando se sentían cansados, se apoyaban en el pilo, descansando su cabeza sobre el borde de sus escudos y dormitaban de pie; de tal manera que el brillo de sus armas los hacían visibles al enemigo mientras ellos no veían nada. Modificó también las normas respecto a los puestos avanzados. En estos, se solía estar todo el día bajo las armas; la caballería, con los caballos embridados, bajo un sol abrasador y sin nubes los días de verano, quedaban ellos y las monturas tan agotados y desfallecidos por el calor después de tantas horas que, a menudo, cuando les atacaba un pequeño grupo de enemigos que estaban frescos y descansados, resultaban derrotados aunque fuesen muy superiores en número. Por lo tanto, dio orden de que los que entrasen al amanecer deberían dejar sus puestos a mediodía y ser relevados por otros, que entrarían de guardia para el resto del día; de esta manera, ya no sería posible que los atacara, estando fatigados, un enemigo fresco y descansado.

[44,34] Una vez que Emilio convocó la asamblea de soldados y les indicó su decisión de que se cumpliera con aquellas disposiciones, les dirigió un discurso concordante con el que había pronunciado antes en Roma. Les recordó que era solo al general a quien competía prever y disponer las operaciones precisas, fuera por sí mismo o de acuerdo con aquellos a quienes convocara al consejo. Los que no fueran llamados al consejo no tenían por qué dar sus propias opiniones, ni en público ni en privado. El soldado debía preocuparse de estas tres cosas: mantener su cuerpo tan fuerte y ágil como fuera posible; mantener sus armas en buen estado y tener sus víveres dispuestos para marchar ante cualquier orden repentina de su jefe. Para el resto de cuestiones, debían comprender que estaban bajo el cuidado de los dioses y de su general. No existía seguridad alguna en un ejército donde los soldados tomaban sobre sí el dar consejos y el general estaba dominado por las opiniones de la multitud. Él, como general suyo, cumpliría con su deber y les daría ocasión de vencer al enemigo. No era cosa suya el preguntar qué había de ocurrir; solo debían hacer cuanto cumplía a un soldado en cuanto se diera la señal.

Una vez dadas estas órdenes, disolvió la asamblea, e incluso los veteranos solían confesar que aquel día habían, por vez primera y como si fuesen reclutas, aprendido lo que significaba el servicio militar. Y no solo demostraron con palabras lo mucho que apreciaban las palabras del cónsul, sino también con sus actos inmediatos. Al poco tiempo ya no se veía a nadie inactivo en el campamento; unos afilaban sus espadas, otros frotaban sus cascos y carrilleras, otros lo hacían con sus escudos y corazas, otros se ajustaban las armas y comprobaban su agilidad con ellas puestas, otros blandían el pilo y otros esgrimían sus espadas y probaban su punta y corte. Así pues, cualquiera podía ver fácilmente que, a la primera oportunidad de llegar al cuerpo a cuerpo con el enemigo, darían fin a la guerra con una gloriosa victoria o con una muerte memorable. Perseo, por su parte, cuando vio que tras la llegada del cónsul -que ocurrió al comienzo de la primavera- todo era bullicio y movimiento entre el enemigo, como si se tratase de una nueva campaña, que el campamento se trasladó desde Fila hasta la orilla del río y que su general efectuaba rondas, a veces para inspeccionar sus trabajos y buscando un lugar por donde se pudiera cruzar el río, y otras ...

[44.35] Esta noticia levantó los ánimos de los romanos y produjo una considerable alarma entre los macedonios y su rey. Este, al principio, trató de ocultar aquel suceso enviando mensajeros a Pantauco, que venía desde allí, para que no se aproximara al campamento; sin embargo, algunos jóvenes que habían estado como rehenes entre los ilirios ya habían sido visitados por sus familiares. Además, suele ocurrir que cuanto más empeño ponen los reyes en ocultar algo, más fácilmente se filtre por la locuacidad de quienes están a su servicio. Justo después de esto, llegaron al campamento romano los embajadores de Rodas, que traían con ellos la mismas propuestas de paz que tanta indignación habían levantado en el Senado de Roma. Estos fueron ahora escuchados con mucha mayor hostilidad por aquel consejo de guerra. Aunque algunos pensaban que se les debía expulsar a viva fuerza del campamento, el cónsul dijo que les daría una respuesta en un plazo de

quince días. Mientras tanto, para que quedase claro cuánta influencia había tenido la autoridad de los rodios con su propuesta de paz, empezó a discutir el plan de operaciones con su consejo. Algunos, sobre todo los oficiales más jóvenes, estaban a favor de asaltar la orilla opuesta del Mavrolongo y sus fortificaciones. Después haber sido expulsados el año anterior de lugares más altos y mejor fortificados, consideraban que los macedonios serían incapaces de resistir un ataque general lanzado con todas sus fuerzas. Otros opinaban que Octavio debía llevar su flota hasta Tesalónica y devastar la costa. Amenazando así su retaguardia, podrían obligar al rey a dividir sus fuerzas para proteger el interior de su reino, dejando así desguarnecido algún paso del río. El cónsul consideraba que la orilla del río era infranqueable, debido a su pendiente y a las obras de defensa; aparte de que había posiciones de artillería por todas partes, había oído que el enemigo usaba con la mayor habilidad y precisión los proyectiles.

El cónsul había decidido adoptar otro curso de acción y disolvió el consejo. Había dos comerciantes perrebios, Ceno y Menófilo, en cuya honestidad y sagacidad sabía que podía confiar. Envió a buscarlos y les preguntó en privado sobre los pasos que llevaban a Perrebia. Estos le dijeron que no eran difíciles de atravesar, pero que estaban guardados por tropas del rey. Al oír esto, pensó que un ataque nocturno por sorpresa, lanzado con tropas lo bastante fuertes y cuando el enemigo no lo esperase, podría desalojar de allí las guarniciones y obligarlas a retroceder. Las jabalinas, las flechas y los demás proyectiles resultaban inútiles en la oscuridad, pues era imposible ver dónde se apuntaba; era en la lucha cuerpo a cuerpo con espada, en el tumulto de la batalla, donde el soldado romano resultaba tenía ventaja. Decidió llevar a estos mercaderes como guías y mandó llamar a Octavio, al que explicó sus planes, ordenándole que navegara hasta Heracleo y tuviese dispuesta comida cocinada para diez días y para mil hombres. Envió por tierra hasta Heracleo a Publio Escipión Nasica y a Quinto Fabio Máximo, su propio hijo, con cinco mil soldados escogidos, con el objetivo aparente de embarcarse para devastar la costa de Macedonia Central; esta propuesta se había discutido en el consejo. En privado, les informó que, para evitar cualquier retraso, se habían dispuesto raciones para estas tropas a bordo de la flota. Ordenó a los dos guías que regulasen el recorrido de cada jornada de marcha, de forma que se pudiera lanzar un ataque contra Pitoo en la cuarta guardia de la tercera jornada.

Para evitar que el rey pusiera su atención en cualquier otra parte, el cónsul, al amanecer del día siguiente, inició una operación contra los puestos avanzados enemigos en medio del cauce del río; el combate fue sostenido por la infantería ligera de ambos bandos, pues las tropas más pesadas no podían combatir en un terreno tan irregular. Desde la parte superior de cada orilla hasta el cauce del río había unos trescientos pasos en descenso; la corriente, en el centro, tenía una profundidad variable según los lugares y un ancho de más de una milla. Allí, en medio de la corriente, tuvo lugar el combate, que fue contemplado por el rey desde las fortificaciones de su orilla y por el cónsul desde la empalizada de la suya, rodeado por sus legionarios. Mientras lo hacían a distancia y con sus armas arrojadizas, los hombres del rey luchaban con ventaja; pero cuando se llegaba a la lucha cuerpo a cuerpo, los romanos guardaban mejor el equilibrio y estaban mejor protegidos, fuera con el escudo redondo o con el escudo ligur. Cerca del mediodía, el cónsul ordenó que se tocara retirada, de manera que aquel día se interrumpió el combate con no pocas bajas por ambas partes. Al día siguiente, se reanudó la lucha al amanecer con mayor encarnizamiento, pues los ánimos estaban caldeados por el combate anterior. Los romanos resultaban heridos no solo por aquellos contra los que luchaban, sino en mucho mayor grado por los proyectiles de toda clase, sobre todo piedras, que arrojaba la multitud que estaba apostada en lo alto de las torres. Cada vez que se acercaban a la orilla en poder del enemigo, los proyectiles que lanzaban sus máquinas llegaban hasta las últimas filas. El cónsul hizo retirar a sus hombres algo más tarde aquel día, tras sufrir pérdidas mucho mayores que el anterior. Al tercer día se abstuvo de combatir y descendió hasta la zona más baja del campamento, como si fuera a intentar el paso por aquella parte de las líneas enemigas que se

extendía hasta el mar. Perseo ... a lo que estaba a la vista ...

[44.36] Ya había pasado el solsticio, estaba próximo el mediodía y la marcha se había efectuado entre nubes de polvo y bajo un sol abrasador. Ya se sentían el cansancio y la sed, y era evidente que se agravarían con el mediodía. El cónsul estaba decidido a no exponer a sus hombres, mientras estuviesen sometidos a tales condiciones, a un enemigo que estaba fresco y en plenitud de fuerzas. Pero era tal el deseo de sus hombres por combatir como fuera, que resultó precisa toda la habilidad del cónsul tanto para manejar a sus hombres como para engañar al enemigo. La línea de batalla no estaba completamente formada, por lo que instó a los tribunos militares para acelerasen su formación; él mismo recorría las filas y excitaba el ansia por combatir de sus hombres. Estos, al principio, le demandaban impacientes que diera la señal de ataque; después, bajo el creciente calor, sus caras fueron mostrando menos ánimo y sus voces se volvían más débiles; algunos se doblaban sobre el escudo y se apoyaban sobre el pilo. Entonces, finalmente, dio orden a los centuriones de la primera fila para que trazaran la línea frontal de un campamento y que depositaran los bagajes. Al darse cuenta los soldados de lo que sucedía, expresaron algunos abiertamente su alegría por no haberse visto obligados a combatir, exhaustos como estaban por la fatigosa marcha y el intenso calor. Los legados y generales de los contingentes auxiliares, entre ellos Atalo, que rodeaban al comandante, se mostraron de acuerdo con su decisión mientras creyeron que iba a presentar batalla, pues ni siquiera a ellos les había revelado su intención de retrasar el combate. El súbito cambio de planes hizo que casi todos ellos guardasen silencio. Solo Nasica tuvo el valor de advertir al cónsul para que no dejara escapar entre las manos a un enemigo que varias veces había burlado la experiencia de los generales que le precedieron con su habilidad para evitar el combate. Si Perseo escapaba aquella noche, se temía que habría que ir tras él con infinitos trabajos y peligros, hasta el corazón de Macedonia, pasando el verano como habían hecho los anteriores generales: atravesando los desfiladeros y caminos de montaña de Macedonia. Él recomendaba encarecidamente al cónsul que atacase al enemigo mientras lo tenía en campo abierto y que no dejase pasar la oportunidad que se le ofrecía de vencer. El cónsul no se sintió en absoluto ofendido por la franca advertencia de tan distinguido joven. "Nasica, -le contestó- también yo he pensado antes como lo haces tú ahora; y un día tú pensaras como ahora lo hago yo. He aprendido, a través de los muchos accidentes de la guerra, cuándo hay luchar y cuándo hay que abstenerse de hacerlo. No es momento ahora, cuando estamos en el campo de batalla, para explicarte por qué es mejor descansar hoy. Ya preguntarás mis razones en otro momento; por ahora, conténtate con someterte a la autoridad de un viejo general". El joven quedó en silencio, seguro de que su general veía algunos obstáculos en la batalla que a él no le resultaban evidentes.

[44,37] Cuando Emilio Paulo vio que se habían marcado las líneas del campamento y que se habían reunido los bagajes, hizo que primero se retirasen en silencio los triarios de la retaguardia y luego los príncipes, dejando a los asteros en vanguardia por si el enemigo intentaba algún movimiento. Por último, retiró también a estos; empezando por los del ala derecha y manípulo por manípulo. De esta manera, la infantería se retiró sin desorden, dejando a la caballería y a la infantería ligera dando frente al enemigo. No hizo volver a la caballería de sus posiciones hasta que no estuvieron completamente terminados el sector frontal de la empalizada del campamento y el foso. El rey estaba dispuesto a dar la batalla aquel día, pero quedó satisfecho con que sus hombres fueran conscientes de que el retraso se debía a la retirada del enemigo y los llevó de vuelta al campamento. Una vez terminada la fortificación del campamento, Cayo Sulpicio Galo, un tribuno militar adscrito a la segunda legión y que había sido pretor el año anterior, obtuvo el permiso del cónsul para convocar los soldados a una asamblea. Procedió a explicar que durante la noche siguiente se eclipsaría la luna desde la hora segunda hasta la cuarta, y que nadie debía considerar esto como un prodigio, pues este fenómeno ocurría según el orden natural de las cosas a intervalos determinados, por lo que podían ser conocidos de antemano y predichos. Así pues, del mismo modo

que no se extrañaban de que el Sol y la Luna salieran y se pusieran, ni de que cambiase el brillo y tamaño de la Luna, tampoco debían tomar por un presagio el hecho de que se oscureciera al quedar oculta por la sombra de la Tierra. Durante la noche que siguió a la víspera de las nonas de septiembre tuvo lugar el eclipse a la hora indicada, y los soldados consideraron que Galo poseía una sabiduría casi divina. Sobre los soldados macedonios tuvo el efecto de un prodigio funesto, como a modo de presagio de la caída de su reino, y tampoco sus adivinos dieron ninguna otra interpretación. Se oyeron gritos y lamentos en el campamento macedonio hasta que salió de nuevo la Luna con su propio brillo. Tanto afán mostraban ambos bandos por enfrentarse que algunos de sus propios hombres reprocharon tanto a Perseo como al cónsul el haberse retirado sin combatir; a la mañana siguiente, el rey podía justificarse con que era el enemigo quien había rehusado presentar batalla y había retirado sus tropas al campamento; además, había colocado a sus fuerzas en un terreno sobre el que la falange no podía avanzar, pues hasta la menor irregularidad del terreno anulaba su eficacia. En cuanto al cónsul, no sólo parecía como si hubiera dejado escapar la oportunidad de luchar el día anterior y dado al enemigo la oportunidad, si lo deseaba, de alejarse durante la noche, sino que ahora parecía que perdía el tiempo bajo el pretexto de que tenía que ofrecer un sacrificio, cuando debía haber dado la señal al amanecer y sacado sus fuerzas al campo de batalla. No convocó al consejo hasta la tercera hora, una vez realizados debidamente los sacrificios; en él, con preguntas y comentarios fuera de lugar, dio pie a que algunos considerasen que perdía un tiempo que debía emplearse en el campo de batalla.

[44.38] El cónsul se dirigió al consejo de la siguiente manera: *De todos los que estaban a favor de dar batalla ayer, solo Publio Nasica, un joven distinguido, fue el único que me reveló su pensamiento; y luego permaneció en silencio, por lo que podría parecer que estaba de acuerdo conmigo. Hubo otros que prefirieron criticar a su comandante en lugar de ofrecer sus consejos en su presencia. No tengo objeción alguna a explicar mis razones para retrasar la batalla ni a ti, Publio Nasica, ni a quienes pensaban igual que tú pero no lo demostraron abiertamente; estoy tan lejos de lamentar nuestra inacción de ayer que, de hecho, pienso que con ella he salvado al ejército. Si alguno de vosotros piensa que no tengo motivos para sostener este criterio, le pido que reflexione conmigo sobre cuántas cosas estaban a favor del enemigo y en contra nuestra. En primer lugar, en cuanto a su superioridad numérica, estoy completamente seguro de que todos vosotros la conocíais antes y ayer resultó evidente, al ver el despliegue de sus líneas. Aparte de nuestro escaso número, una cuarta parte de nuestros hombres habían quedado para proteger los bagajes, y ya sabéis que no se encarga de ello a los menos valerosos. Pero, aún suponiendo que hubiésemos dispuesto de todas nuestras fuerzas, ¿podemos dejar de tener en cuenta que desde este campamento, en el que hemos pasado la noche sin ser molestados, podemos salir al campo de batalla hoy, o a lo sumo mañana, con la ayuda de los dioses? ¿Es que resulta indiferente que se ordene a un soldado que tome sus armas un día en que no se ha fatigado por una dura marcha y los trabajos de fortificación, cuando ha estado descansando tranquilamente en su tienda, y llevarlo así al campo de batalla en plenitud de fuerzas mentales y físicas; o que se le exponga, fatigado por una larga marcha, cansado por su carga, empapado de sudor, con la garganta reseca de sed, los ojos llenos de polvo y bajo el sol abrasador de mediodía, a un enemigo fresco y descansado, con todas sus fuerzas intactas al no haber hecho antes ningún esfuerzo? ¿Quién, ¡en nombre de los dioses!, aunque sea un incompetente y un inútil para la guerra, no vencería al más valiente de los hombres? Después de que el enemigo, muy a su gusto, hubiera formado sus líneas, se hubiera dispuesto anímicamente para la batalla y ocupase cada cual su puesto ordenadamente, ¿creéis que debíamos nosotros formar precipitada y confusamente en orden de combate y enfrentarnos con ellos cuando estábamos desordenados?*

[44,39] *Y ¡por Hércules!, incluso si hubiésemos tenido una formación desordenada, ¿no habríamos fortificado un campamento, dispuesto el suministro de agua y tropas que protegieran el*

acceso a ella? ¿O habríamos luchado sin tener nuestro nada más que el suelo desnudo sobre el que combatir? Vuestros antepasados consideraban el campamento como un seguro contra cualquier desgracia del ejército; un puerto desde el que marchar a la batalla o un refugio al que regresar tras la tempestad y en el que cobijarse. Por eso, después de rodearlo de fortificaciones, lo aseguraban con una fuerte guarnición y consideraban derrotado al que perdía su campamento, incluso si vencía sobre el campo de batalla. Un campamento es un lugar de descanso para el vencedor, un refugio para el vencido. ¿Cuántos ejércitos, a los que la suerte de la batalla ha sido poco favorable y han sido rechazados dentro de sus empalizadas, a veces al poco tiempo y a veces casi inmediatamente han efectuado una salida y rechazado a su enemigo victorioso? Esta es la segunda patria del soldado, la empalizada son sus murallas y la tienda de cada uno es su hogar y sus penates. ¿Tendríamos que haber combatido como vagabundos, sin un lugar seguro al que retirarnos después de nuestra victoria?

En respuesta a estas dificultades y obstáculos para presentar batalla se aduce lo siguiente: ¿qué habría ocurrido si el enemigo se hubiese marchado durante esta noche? ¿Cuántas fatigas más habríamos tenido que soportar si lo seguíamos hasta el interior de Macedonia? Estoy totalmente seguro de que si hubiese decidido partir, ni nos habría esperado a nosotros ni habría desplegado sus tropas del campo de batalla. ¡Cuánto más fácil le hubiera sido alejarse cuando estábamos lejos, que no ahora que estamos cerca de él y no se puede retirar, ni de día ni de noche, sin que lo sepamos! ¿Qué más podemos desear sino que, en lugar de vernos obligados a atacar su campamento protegido por la orilla de un río y rodeado por una empalizada con numerosas torres, poder atacarlos por la retaguardia, en terreno abierto y mientras marchan desordenados tras dejar sus fortificaciones? Estas fueron mis razones para posponer la batalla de ayer a hoy, porque también es mi intención dar la batalla; pero como el camino hacia el enemigo a través del Mavrolongo está bloqueado, he abierto uno nuevo tras desalojar las guarniciones enemigas que las ocupaban; no me detendré hasta que haya dado fin a la guerra.

[44,40] Cuando terminó se guardó silencio; unos callaban porque estaban de acuerdo con su punto de vista, otros temían ofenderle innecesariamente al criticar la pérdida de una oportunidad que, en todo caso, ya no tenía remedio. Pero, en realidad, ni el rey ni el cónsul deseaban combatir aquel día. El rey no lo haría porque ya no se enfrentaría a un enemigo cansado por la marcha, que formaba a toda prisa el frente de batalla y estaba poco organizado; el cónsul, porque aún no se había llevado suficiente leña y forraje al campamento recién levantado y gran parte de sus tropas estaban fuera, recogiéndolos por los campos cercanos. Contra la intención de ambos comandantes, la Fortuna, que puede más que los planes de los hombres, provocó el combate. Había un río, no muy grande y más cerca del campamento enemigo, del que se aprovisionaban de agua tanto los romanos como los macedonios, protegidos por destacamentos estacionados en la orilla para su seguridad. En el lado romano había dos cohortes, una de marrucinos y otra de pelignos, así como dos turmas de caballería samnita, bajo el mando de Marco Sergio Silo. Otro destacamento estaba situado delante del campamento, al mando de Cayo Cluvio, y compuesto por tres cohortes de firmianos, vestinos y cremonenses, con dos turmas de caballería, una plasentina y otra esernia. Aunque todo estaba tranquilo en el río, pues ninguna de las dos partes hacía ninguna provocación, alrededor de las tres de la tarde una mula se escapó de sus cuidadores y huyó a la orilla opuesta. Tres soldados fueron detrás de ella por la corriente, que llegaba hasta las rodillas. Dos tracios se hicieron con el animal sobre el centro del cauce y tiraban de él hacia su orilla; los tres soldados les persiguieron, dieron muerte a uno de ellos y luego de recuperar la mula regresaron a sus puestos. Había unos ochocientos tracios custodiando la orilla opuesta; Algunos de ellos, enfurecidos al ver cómo se daba muerte a un compañero suyo ante sus propios ojos, corrieron cruzando el río en persecución de los

que lo habían matado; los siguieron luego otros más, y por último todos, y con el destacamento ...

[44,41] ... conduce a la batalla. Sus hombres estaban profundamente impresionados por la majestad del mando, la gloria de aquel hombre y, sobre todo, su edad, pues teniendo más de sesenta años, tomaba sobre sí en gran medida los trabajos y peligros más propios de los hombres jóvenes. El intervalo entre los armados con cetra y la falange fue ocupado por la legión, rompiendo así la línea enemiga. Los armados con cetra quedaron a su retaguardia, teniendo a su frente a los armados con escudos, los llamados *calcáspides*. Lucio Albino, un ex cónsul, recibió orden de llevar la segunda legión contra la falange de los *leucáspides*, que constituía el centro de la línea enemiga. Frente a la derecha romana, donde había empezado la batalla, cerca del río, colocó a los elefantes y a las cohortes aliadas. Fue aquí donde primero empezó la huida de los macedonios. Porque, así como las cosas más novedosas entre los hombres parecen valiosas de palabra, luego, cuando se llevan a la práctica, se revelan inútiles; lo mismo sucedió con las tropas contra-elefantes macedonias, que resultaron ineficaces. Las tropas aliadas latinas siguieron la carga de los elefantes e hicieron retroceder a su ala izquierda. La segunda legión, a la que se había enviado contra el centro, rompió la falange. La explicación más probable de la victoria reside en que se fueron lanzando, al mismo tiempo, varios ataques contra la falange, que primero la desordenaron y después terminaron por romperla completamente. Mientras se mantiene unida, con su frente erizado de lanzas erectas, su fuerza resulta irresistible. Pero si se la ataca en varios puntos, obligándola a llevar sus lanzas de una dirección a otra -que por su peso y longitud resultan incómodas y difíciles de manejar-, se mezclan en una masa desordenada; por otra parte, si resuena por los flancos o la retaguardia el sonido de un ataque repentino, terminan cayendo como si se derrumbaran. De esta manera, se vieron obligados a enfrentarse con los repetidos ataques de pequeños grupos de tropas romanas, dislocándose su frente en muchos puntos y abriendo huecos por los que se introducían los romanos entre sus filas. Si toda la línea hubiera lanzado un ataque general contra la falange cuando aún estaba intacta, como hicieron los pelignos al comienzo de la acción contra los armados con cetra, se habrían atravesado a sí mismos contra sus lanzas y habrían resultado impotentes contra su formación compacta.

[44.42] La infantería caía muerta por todo el campo de batalla, salvándose solo aquellos que tiraron sus armas y lograron huir. La caballería, por su parte, abandonó el campo sin apenas pérdidas, siendo el propio rey uno de los primeros en huir. Se dirigía desde Pidna a Pela con sus alas de *caballería sagrada*, siguiéndolo poco después Cotis y los jinetes odrisas. El resto de la caballería macedonia escapó también con sus fuerzas intactas, debido a que la infantería quedó entre ella y el enemigo, que estaba tan ocupado masacrando a la infantería que se olvidaron de perseguir a la caballería. La falange pasó largo tiempo siendo masacrada por el frente, los flancos y la retaguardia. Por fin, los que habían escapado de las manos del enemigo arrojaron sus armas y huyeron a la costa; algunos, incluso, se echaron al agua y, extendiendo sus manos suplicantes a los que estaban en los barcos, les imploraban que salvaran sus vidas. Cuando vieron que desde los barcos salían botes de remo que se acercaban al lugar donde estaban, creyendo que venían a hacerlos prisioneros, y no a matarlos, se adentraron muchos más en el agua, algunos incluso nadando. Pero al encontrarse con que desde los botes se les daba muerte sin compasión, los que podían nadaban de vuelta a tierra para enfrentarse a un destino aún más miserable; en efecto, los elefantes, obligados por sus guías a ir hasta la orilla del agua, los pisoteaban y los aplastaban al salir del agua. Todos los autores coinciden al reconocer que nunca hubo tantos macedonios muertos por los romanos en una sola batalla. Perecieron no menos de veinte mil hombres; seis mil de los que huyeron hacia Pidna cayeron en manos del enemigo y cinco mil fueron hechos prisioneros cuando estaban dispersos al huir. De los vencedores no murieron más de cien, en su mayoría pelignos, siendo el número de heridos mucho mayor. De haberse iniciado antes la batalla y hubiese quedado suficiente luz natural para que los vencedores continuaran la persecución, se habría eliminado a todas las fuerzas

enemigas. Tal y como ocurrieron las cosas, la llegada de la noche protegió a los fugitivos e hizo que los romanos detuvieran su persecución sobre un terreno desconocido.

[44,43] Perseo huyó a la selva de Pieria, siguiendo el camino militar acompañado de su comitiva real y un numeroso grupo de caballería. Nada más entras en la selva, como había varios caminos que divergían y se aproximaba la noche, se separó del camino principal con un pequeño grupo de los más fieles a él. La caballería, abandonada y sin un jefe, se dispersó a sus diversas ciudades; unos cuantos llegaron a Pela antes que el propio Perseo, al seguir el camino directo y más fácil. Hasta la medianoche estuvo sufriendo el rey, debido a los extravíos y las considerables dificultades para encontrar el camino. Eucto y Euleo, los gobernadores de Pela, junto con los pajes reales, estaban en palacio a disposición del rey; sin embargo, a pesar de sus repetidas convocatorias, no se presentó ante él ninguno de los amigos que habían sobrevivido a la batalla. Sólo hubo tres que estuvieron a su lado y lo habían acompañado en su huida: el cretense Evandro, el beocio Neón y el etolio Arquidamo. Ante el temor de que aquellos que se negaban a presentarse ante él se atreviesen pronto a dar un paso más grave, huyó durante la cuarta guardia seguido por, como mucho, unos quinientos cretenses. Su intención era ir a Anfípolis; pero había dejado Pela durante la noche, ansioso por cruzar el Vardar antes del amanecer, pues pensaba que la dificultad en cruzar el río pondría fin a la persecución romana.

[44.44] A su regreso al campamento, la alegría del cónsul por su victoria se veía turbada por su inquietud por la suerte de su hijo menor. Este era Publio Escipión, hijo natural del cónsul Paulo y que fue luego adoptado como nieto de Escipión el Africano; él mismo recibió el título de Africano por la destrucción de Cartago, que sucedió en años posteriores. Tenía solo diecisiete años en aquel momento, motivo más para aumentar su inquietud; cuando estaba en plena persecución de los enemigos, fue arrastrado por la masa en dirección equivocada. Regresó al campamento al final del día y su padre, al verlo sano y salvo, sintió por fin el cónsul la plena alegría por su gran victoria. La noticia de la batalla ya había llegado a Anfípolis, y las matronas acudían al templo de Diana, el llamado Taurópolo para invocar su ayuda. Diodoro, el gobernador de la ciudad, temía que la guarnición de tracios, unos dos mil hombres, aprovecharan el tumulto y la confusión para saquear la ciudad. Así pues, concibiendo un engaño, contrató a un hombre para que se hiciera pasar por mensajero y le entregara una carta cuando estaba en el centro del foro. En ella se decía que los soldados de la flota ro mana acababan de desembarcar en la costa de la Emacia, que estaban devastando los campos inmediatos y que los prefectos de Emacia le imploraban que enviase la guarnición para hacer frente a los saqueadores. Después de leer el despacho, instó a los tracios para que fuesen a defender la costa de Emacia; podrían causar una gran masacre entre los romanos, mientras estaban dispersos por los campos, y también obtener un gran botín. Al mismo tiempo, quitó importancia al informe sobre la derrota; si fuese cierto, dijo, habría llegado fugitivo tras fugitivo inmediatamente después de la batalla. De este modo, se deshizo de los tracios y, en cuanto vio que habían cruzado el Estrimón, cerró las puertas.

[44.45] Tres días después de la batalla, Perseo llegó a Anfípolis y desde esa ciudad envió parlamentarios a Paulo portando el caduceo Mientras tanto, Hipias, Midón, y Pantauco, los principales amigos del rey, que habían huido del campo de batalla hacia Berea, se presentaron ante el cónsul y se entregan a los romanos. También otros, incitados por su temor, hicieron lo mismo. El cónsul envió a su hijo Quinto Fabio, junto con Lucio Léntulo y Quinto Metelo, a Roma, llevando cartas que anunciaban su victoria. Entregó los despojos del ejército enemigo, que yacían por el campo de batalla, a los soldados de infantería, y el botín de los campos de alrededor a los de caballería, con la condición de que no se ausentaran del campamento más de dos noches. Trasladó el campamento a las proximidades de Pidna, a un lugar más cerca del mar. En el plazo de dos días se le rindieron Berea, en primer lugar, y a continuación Tesalónica y Pela, y casi la totalidad de

Macedonia, ciudad a ciudad. Los habitantes de Pidna, que eran los que estaban más cercanos al cónsul, aún no habían enviado sus embajadores, pues la muchedumbre de gentes de diferentes naciones y la multitud que se refugió allí huyendo del campo de batalla, impedía a los habitantes deliberar y tomar una decisión Las puertas no solo estaban cerradas, sino también tapiadas. Midón y Pantauco fueron enviados hasta la muralla para entrevistarse con Solón, el comandante de la guarnición; por su mediación se obtuvo la salida de los soldados. La ciudad rendida fue entregada al pillaje de los soldados. La única esperanza de Perseo residía en la ayuda de los bisaltas, ante quienes había enviado emisarios; pero, tras fracasar esta, se presentó ante la asamblea de ciudadanos de Anfípolis llevando con él a su hijo Filipo y con la intención de fortalecer los ánimos tanto de los propios anfipolitanos como de los soldados de infantería y caballería que le habían acompañado o que habían llegado allí huyendo. Pero todas las veces que trató de hablar se lo impidieron las lágrimas y, viendo que no podía articular palabra, le dijo a Evandro lo que quería comunicar al pueblo y bajó del templo. La contemplación del rey y de su angustioso llanto movió al propio pueblo a los gemidos y las lágrimas, pero no quisieron escuchar a Evandro. Algunos, en mitad de la asamblea, se atrevieron a gritar: *¡Marchaos de aquí, no sea que por vuestra culpa perezcamos los pocos que hemos sobrevivido!* Su posición desafiante mantuvo cerrados los labios de Evandro. Entonces, el rey se retiró a su casa y, tras colocar cierta cantidad de oro y plata a bordo de algunos lembos anclados en el Estrimón, bajó él mismo hasta el río. Los tracios no se atrevieron a confiar sus vidas a los barcos y se dispersaron hacia sus hogares, como hizo el resto de soldados; los cretenses, atraídos por el dinero, lo siguieron. Como efectuar un reparto entre ellos podría provocar más rencores que agradecimientos, colocaron cincuenta talentos en la orilla para que se los distribuyeran entre ellos. Al subir a bordo tras el reparto, desordenados, sobrecargaron tanto un lembo que se hundió en la desembocadura del río. Aquel día llegaron a Galepso y al día siguiente alcanzaron Samotracia, que era hacia donde se dirigían. Se dice que llevaron hasta allí dos mil talentos.

[44,46] Paulo colocó hombres al mando de todas las ciudades que se habían rendido, de manera que el bando derrotado no pudiera ser objeto de malos tratos ahora que se había establecido la paz. Mantuvo junto a él a los parlamentarios de Perseo y, como desconocía la huída del rey, envió a Publio Nasica con un pequeño destacamento de soldados de caballería e infantería hasta Anfípolis, con el propósito de asolar Síntice y frustrar cualquier movimiento que pudiera hacer el rey. Al mismo tiempo, Cneo Octavio capturó y saqueó Melibea. Cneo Anicio fue enviado a Eginio, pero como los habitantes no sabían que la guerra había terminado, hicieron una salida y los romanos perdieron doscientos hombres. Al día siguiente, el cónsul dejó Pidna con todo su ejército y estableció su campamento a dos millas de Pela. Permaneció allí varios días, observando la ciudad desde todos los lados y comprobando que no había sido elegida como residencia real sin buenos motivos. Está situada en la ladera suroeste de una colina y rodeada por una marisma formado por las aguas que se desbordan de los ríos, demasiado profunda como para ser atravesada a pie, tanto en verano como en invierno. Faco, la ciudadela, está próxima a la ciudad y se encuentra en la propia marisma a modo de una isla, construida sobre un enorme terraplén lo bastante fuerte como para construir sobre él una muralla e impedir cualquier daño producido por la erosión de las aguas de la marisma. Desde la distancia, parece unida a la muralla de la ciudad, pero en realidad está separada por un canal que fluye entre ambas murallas y conectada a la ciudad por un puente. De esta manera se cortan los accesos a cualquier enemigo externo y, si el rey encierra allí a alguien, no tiene más posibilidad de escape que por el puente, que es muy fácil de guardar. Allí estaba el tesoro real, pero nada se encontró en aquel momento aparte de los trescientos talentos destinados al rey Gencio y que luego retuvo. Durante el tiempo en que el campamento permaneció en Pela, se recibieron numerosas embajadas de felicitación, la mayoría procedentes de Tesalia. Al tener noticia de que Perseo había navegado hacia Samotracia, el cónsul abandonó Pela y, tras cuatro días de marcha, llegó a Anfípolis. El hecho de que toda la población saliera a su encuentro fue una prueba suficiente

de que no se consideraban privados de un rey bueno y justo ...

LIBRO XLV. LA HEGEMONÍA DE ROMA EN ORIENTE

[45,1] *(168 a.C.)* Los heraldos de la victoria, Quinto Fabio, Lucio Léntulo y Quinto Metelo, viajaron a Roma a la mayor velocidad posible, pero a su llegada se encontraron con que la alegría por la victoria se les había adelantado. Cuatro días después de la batalla, mientras se celebraban unos juegos en el Campo de Marte, empezó de pronto a susurrarse un rumor entre todos los espectadores, en el sentido de que había tenido lugar una batalla en Macedonia con el resultado de la completa derrota del rey. Poco a poco se fue haciendo más intenso el rumor hasta que, por último, todos estallaron en vítores y aplausos como si les hubieran llegado noticias seguras de la victoria. Los magistrados quedaron sorprendidos y preguntaban quién había comenzado aquel arrebato de alegría. Como no se pudo señalar a nadie, lo que habían tomado como algo seguro no se confirmó, pero aún así todos estaban convencidos de que aquello era un buen presagio, que se verificó después tras la llegada de Fabio, Léntulo y Metelo, los auténticos mensajeros. Todos quedaron muy contentos, tanto por la propia victoria como por su certera corazonada. Según la tradición, aunque no menos verosímil, se produjo también una segunda explosión de alegría de la multitud en el circo. El día quince antes de las calendas de octubre, durante el segundo día de los Juegos Romanos, mientras el cónsul Cayo Licinio subía para dar la salida de las cuadrigas, un mensajero que decía venir de Macedonia le entregó una carta envuelta en laurel. Una vez las cuadrigas hubieron iniciado la carrera, el cónsul montó en su propio carro y, mientras cruzaba el circo hacia el palco oficial, iba mostrando al pueblo las tablillas laureadas. Al verlos, el pueblo se olvidó de las carreras y se precipitó hacia el cónsul en medido del circo. El cónsul convocó al Senado allí mismo y, tras obtener su sanción, leyó la carta a los espectadores que estaban en sus asientos. Anunció que su colega Lucio Emilio había librado una batalla decisiva contra Perseo, que el ejército de Macedonia había sido derrotado y puesto en fuga, que el rey con algunos de sus seguidores había huido y que todas las ciudades de Macedonia habían pasado a estar bajo el poder de Roma. Al oír esto, estallaron en vítores y aplausos frenéticos, la mayoría de los hombres abandonaron los Juegos y marcharon a sus casas para llevar la feliz noticia a sus esposas e hijos. Esto sucedió trece días después de haberse librado la batalla en Macedonia.

[45,2] Al día siguiente hubo una reunión del Senado en la Curia y se decretó una acción de gracias pública. Los senadores también aprobaron un senadoconsulto por el que, con excepción de los soldados regulares y los marineros de la flota, el cónsul debía licenciar a los que habían prestado el juramento militar ante él. La cuestión del licenciamiento de los soldados y marineros se aplazó hasta la llegada de los enviados de Lucio Emilio, que habían mandado por delante al mensajero. El sexto día antes de las calendas de octubre, alrededor de la hora segunda, entraron en la ciudad los enviados. Una gran multitud había salido a reunirse con ellos en varios puntos y acompañarlos en su regreso a la Ciudad. Llevando a la multitud junto a ellos, marcharon directamente al Foro y desde ahí al Senado. Resultó que se celebraba una sesión en la Curia, y el cónsul hizo pasar a los enviados. Solamente se les retuvo el tiempo necesario para que informasen de cuántas eran las fuerzas del rey, tanto de caballería como de infantería, el número de muertos y prisioneros, las pocas bajas que costó aquella masacre entre el enemigo y el pánico con el que había huido el rey. Pensaban que, probablemente, se dirigiría a Samotracia, y que la flota estaba preparada para perseguirle; no le sería posible escapar ni por tierra ni por mar. Poco después se les llevó ante la asamblea del pueblo, donde hicieron la misma declaración; al anunciar el cónsul que se abrirían todos los edificios sagrados, estalló de nuevo la alegría y, desde la asamblea, marchó cada uno a dar gracias personalmente a los dioses. Todos los templos de los dioses inmortales, en toda la Ciudad, se llenaron de una multitud tanto de hombres como de mujeres. Los senadores fueron nuevamente convocados al Senado y se emitió un decreto para ofrecer una acción de gracias en todos los santuarios durante cinco días, en agradecimiento por la importante victoria del cónsul Lucio Emilio,

y debiéndose sacrificar víctimas adultas. Se dieron órdenes para que se vararan y guardaran en los astilleros los buques que estaban en el Tíber, ya completamente equipados para el servicio y dispuestos a ser enviados a Macedonia si era preciso; las tripulaciones recibirían la paga de un año y serían licenciadas, así como todos los que hubieran prestado el juramento militar al cónsul. Por lo que respecta a las tropas estacionadas en Corfú, Brindisi y la costa del Adriático, y las del territorio de Larino -se había distribuido un ejército por todos aquellos lugares como reserva que Cayo Licinio podría llevar en apoyo de su colega, de ser preciso- se ordenó su licenciamiento. Se hizo proclamar ante la asamblea del pueblo que se celebraría una acción de gracias durante cinco días, a iniciar a partir del quinto día antes de las calendas de octubre, incluyendo este.

[45,3] Los dos embajadores que habían sido enviados a Iliria informaron a su regreso de que el ejército ilirio había sido destruido y Gencio hecho prisionero, así como que Iliria estaba bajo el dominio del pueblo romano. Por estos éxitos, logrados bajo el mando y los auspicios del pretor Lucio Anicio, el Senado ordenó tres días de acción de gracias cuya celebración dispuso el cónsul para el cuarto, tercer y segundo día antes de los idus de noviembre. Algunos autores afirman que los enviados de Rodas, que todavía estaban en Roma, fueron convocados ante el Senado, tras el anuncio de la victoria, como para burlarse de su estúpida arrogancia. Se cuenta que su jefe, Agépolis, declaró que habían sido enviados por el gobierno de Rodas para mediar en la paz entre Perseo y los romanos, pues aquella guerra resultaba onerosa y perjudicial para el conjunto de Grecia, así como costosa y poco rentable para los propios romanos. Ahora que la guerra había terminado de otro modo, por la buena fortuna que presidía al pueblo romano, les había dado a ellos la oportunidad de felicitar a los romanos por su espléndida victoria. Así habló el rodio. El Senado respondió que los rodios no habían enviado aquella embajada ni para proteger los intereses de Grecia ni por los gastos del pueblo romano, sino solo por el interés de Perseo. De haberse preocupado realmente por aquellas dos cuestiones, como pretendían, entonces deberían haber enviado los embajadores cuando Perseo llevó su ejército a Tesalia y durante dos años estuvo atacando las ciudades de Grecia, algunas mediante asedios y otras mediante la intimidación; no hicieron entonces los rodios mención alguna a la paz. No enviaron sus embajadores hasta que se enteraron de que se habían cruzado los pasos de montaña y que los romanos habían invadido Macedonia, con la única intención de salvar a Perseo de los peligros que se cernían sobre él. Con esta respuesta se despidió a los embajadores.

[45,4] Por aquellos días, Marco Marcelo, que estaba de camino desde Hispania, capturó la importante ciudad de Marcolica y llevó al tesoro diez libras de oro y una cantidad de plata por valor de un millón de sestercios. El cónsul Emilio Paulo estaba, como ya he dicho, aún en el campamento de Seres, en el territorio odomántico, cuando recibió una carta de Perseo mediante tres emisarios desconocidos. Se dice que también el cónsul, al ver el llanto de los emisarios, vestidos de duelo, derramó unas lágrimas por la condición humana; pues el hombre que no hacía mucho no se contentaba con su reino de Macedonia y atacaba a los dárdanos e ilirios, y llamaba en su auxilio a los bastarnas, aquel mismo hombre había perdido ahora su ejército, estaba exiliado de su reino, como un vagabundo sin hogar y obligado a refugiarse en una pequeña isla donde, como un suplicante, estaba resguardado por la protección del templo y no por ninguna fuerza que poseyera. Sin embargo, cuando leyó "el rey Perseo saluda al cónsul Paulo", la ceguera con que aquel hombre ignoraba su situación deshizo cualquier sentimiento de compasión. En consecuencia, aunque el resto de la carta contenía súplicas indignas de un rey, despidió a los mensajeros sin ninguna respuesta, ni de palabra ni escrita. Perseo comprendió que debía renunciar a su título real, pues estaba vencido, y envió una segunda carta que encabezaba solo con su nombre. Suplicaba en esta que se le enviasen algunas personas con las que poder hablar sobre su situación y de su destino futuro. Se le envió a Publio Léntulo, Aulo Postumio Albino y Aulo Antonio. Nada resultó de esta entrevista: Perseo se aferraba desesperadamente a su título real y Paulo estaba determinado a que se

sometiera, él y todo cuanto poseía, a la merced y la clemencia del pueblo romano.

[45,5] Mientras tanto, la flota de Cneo Octavio llegó a Samotracia. Octavio pensaba que la presencia de la flota intimidaría Perseo, y trató de inducirlo a rendirse apelando sucesivamente a sus esperanzas y temores. Un incidente, resultado ya de sus planes o sucedido por accidente, vino a secundar sus esfuerzos. Un joven distinguido, Lucio Atilio, advirtió que el pueblo de Samotracia estaba celebrando una asamblea, y pidió a los magistrados que le permitieran dirigir unas palabras al pueblo. Obtenido el permiso, comenzó así: *Amigos y anfitriones de Samotracia, ¿Es verdad o no que esta isla es sagrada y que su tierra es venerable e inviolable en su totalidad?* Todos se mostraron unánimes en que así era, como él decía, y prosiguió: *¿Por qué, entonces, la contamina y viola un asesino con la sangre del rey Eumenes? Y mientras que prohibís que se aproxime a vuestros templos sagrados todo aquel que no tenga las manos limpias antes de iniciar cualquier rito, ¿vais a permitir que queden contaminados por la presencia del cuerpo de un asesino manchado de sangre?* Era bien sabido por todas las ciudades de Grecia que el asesinato del rey Eumenes en Delfos había estado a punto de ser consumado por Evandro. Eran conscientes de que el templo y toda la isla estaban a merced de los romanos, y sabían, también, que los reproches de Atilio no carecían de fundamento. Así pues, enviaron a Teondas, que era su magistrado supremo -al que dan el título de *rey*-, ante Perseo para informarle de que el cretense Evandro estaba acusado de asesinato y que en su país se estaban incoando procesos, según los usos de sus antepasados, para juzgar a quienes eran acusados de haber traspasado los límites sagrados del templo con las manos impuras. Si Evandro estaba seguro ser inocente del delito por el que se le acusaba, que acudiera a defenderse; pero si no se atrevía a afrontar su juicio, que liberase al templo de su sacrilegio y atendiera a su seguridad personal. Perseo llamó a Evandro a su lado y le aconsejó que de ninguna manera se sometiera a un juicio; estaría en inferioridad ante sus acusadores, tanto por el fondo del asunto como por el poco crédito que tenía. Estaba obsesionado por el temor de que, si se encontraba culpable a Evandro, este lo señalara como instigador de aquel crimen infame. ¿Qué le quedaba por hacer, sino morir con valor? Evandro no planteó ninguna objeción abiertamente, pero después de decir que prefería morir antes por el veneno que por la espada, hizo los preparativos para huir en secreto. Al llegar esto a oídos del rey, temió que los samotracios volcaran su ira sobre él si creían que había estado en connivencia con su huida. Por lo tanto, dio orden de matar a Evandro. Una vez cometido aquel imprudente asesinato, de repente pensó que, sin duda, había atraído sobre sí el delito de sangre que antes había recaído sobre Evandro. Eumenes había sido herido por Evandro en Delfos y ahora él había dado muerte a Evandro en Samotracia. Así, él era el único responsable de la profanación con sangre humana de los dos templos más sagrados del mundo. Evitó esta terrible acusación sobornando a Teondas para que anunciara al pueblo que Evandro se había suicidado.

[45,6] Sin embargo, al cometer este crimen contra el único amigo que le quedaba, cuya amistad se había probado durante tantas desgracias y al que había traicionado porque no le había traicionado a él, se enajenó las simpatías de todos. Pensando cada cual en sí mismo, se pasaban a los romanos y, al dejarlo prácticamente solo, lo obligaron a hacer planes para huir. Había un cretense llamado Oroandes que estaba familiarizado con la costa de Tracia a causa de sus viajes comerciales. Perseo lo llamó para que lo embarcase en un lembo y lo llevase junto a Cotis. Existía una bahía formada por uno de los promontorios de Samotracia, llamada Demetrio por el cercano templo de Démeter, donde estaba fondeado el lembo. Justo después de la puesta del sol llevaron hasta allí todo lo necesario para su uso, así como la mayor cantidad de dinero que se pudo trasladar sin llamar la atención, y lo subieron a bordo. El rey, acompañado por tres que le seguían en su huida, partió sobre la medianoche a través de una puerta trasera, bajó a un jardín que estaba cerca de su habitación y, después de escalar dificultosamente la pared, lograron alcanzar la orilla. Oroandes esperó sólo hasta que el dinero estuvo a bordo y, en cuanto oscureció, levó anclas y se hizo a la mar en dirección a Creta. Al no encontrar ningún barco en el puerto, Perseo vagó durante algún tiempo

por la orilla. Por último, temiendo la proximidad del día, no se atrevió a regresar a donde se alojaba y se escondió en un rincón oscuro junto a la pared de un templo. Los hijos de los nobles macedonios que eran elegidos para atender al rey recibían el nombre de *pajes reales*. Estos habían seguido al rey en su fuga, y ni siquiera entonces se apartaban de su lado, hasta que Cneo Octavio hizo anunciar, por medio de un pregonero, que tanto los pajes reales como cualquier macedonio que se pasara a los romanos conservaría la vida, la libertad y todas sus propiedades, así las que llevasen con ellos como las que hubieran dejado en Macedonia. Después de esta proclama, se pasaron todos y fueron dando sus nombres a Cayo Postumio, uno de los tribunos militares. Ión de Tesalia también entregó a Octavio los hijos pequeños del rey, de modo que nadie quedó junto al rey, excepto su hijo Filipo. Entonces, Perseo, arremetiendo contra la fortuna y los dioses en cuyo templo se encontraba por no haber atendido sus súplicas, fue a entregarse a sí mismo y a su hijo en manos de Octavio. Se ordenó que se le pusiera a bordo de la nave pretoria junto con lo que quedaba del dinero. La flota partió inmediatamente de regreso a Anfípolis. Desde allí, Octavio envió al rey hasta el campamento del cónsul, habiéndole remitido antes una carta en la que comunicaba que tenía al rey en su poder y que se lo enviaba prisionero.

[45,7] Paulo consideró la captura del rey como una segunda victoria, pues verdaderamente lo era, y al recibir la noticia ofreció sacrificios; convocó luego a su consejo y les leyó la carta del pretor. Envió a Quinto Elio Tubero al encuentro del rey y ordenó a los demás que permaneciesen junto en la tienda del pretorio. Nunca se congregó multitud tan grande para contemplar espectáculo alguno. En la generación de sus padres, el rey Sífax fue llevado cautivo al campamento romano. Pero no se le puede comparar con Perseo, ni por su gran fama ni por la de su nación, además de que aquel solo jugó un papel subordinado en la Guerra Púnica, como Gencio lo había hecho en la Macedonia. Por el contrario, Perseo era la cabeza de la guerra; y no solo se dirigían hacia él todos los ojos por su propia reputación, la de su padre, su abuelo y todos los demás con quienes estaba unido por la sangre o la raza; también por ser el heredero de la gloria de Filipo y Alejandro Magno, quienes hicieron del imperio macedonio el mayor del mundo. Perseo, acompañado únicamente por su hijo, entró en el campamento vestido de luto y sin estar acompañado por ninguno de los suyos que, al compartir su desgracia, lo haría más digno de compasión. Debido a la multitud que lo rodeaba, fue incapaz de avanzar hasta que el cónsul envió a sus lictores para que le abrieran paso hasta el pretorio. Tras pedir al resto que siguieran sentados, el cónsul se adelantó unos pasos y tendió su mano al rey cuando entraba; cuando este fue a postrarse, lo incorporó y, sin dejarle que abrazara sus rodillas como un suplicante, lo hizo entrar en la tienda y lo invitó a sentarse enfrente de los reunidos en el consejo.

[45,8] La primera pregunta fue qué agravio había sufrido como para obligarle a comenzar la guerra contra el pueblo romano con ánimo tan hostil, poniendo así en peligro su propia existencia y la de su reino. Mientras todos esperaban su respuesta, él mantuvo los ojos fijos en el suelo y lloró en silencio durante un tiempo. Luego, el cónsul continuó: *Si hubieras recibido la corona en tu juventud, me habría sorprendido menos que no supieras qué importancia tiene la amistad o enemistad del pueblo romano. Sin embargo, tras haber estado con tu padre durante su guerra contra nosotros y la paz que siguió, y recordando bien la completa fidelidad que le mostramos, ¿cuál podría ser el motivo para que eligieras la guerra, antes que la paz, contra aquellos cuya fuerza en la guerra y su fidelidad en la paz ya habías experimentado?* Como no contestaba a la pregunta ni a la acusación, el cónsul prosiguió: *Pues bien, no obstante esto haya sido provocado por la ceguera de la naturaleza humana, por casualidad o por decreto del destino, debes mantener buen ánimo. La clemencia del pueblo romano, que se ha demostrado ante las desgracias de muchos reyes y pueblos, ofrece no solo una esperanza, sino la casi absoluta certeza respecto a tu seguridad personal.* Todo esto se lo dijo a Perseo en griego; luego, volviéndose al consejo, dijo en latín: *Aquí veis un notable ejemplo de la mutabilidad de los asuntos humanos. Os hablo especialmente a*

vosotros, los jóvenes; en la prosperidad, no debemos adoptar medidas arrogantes o agresivas contra nadie, ni confiar en la fortuna del momento, pues no se sabe por la mañana lo que la tarde puede traer. El hombre verdaderamente digno de serlo es aquel que no se enorgullece con la prosperidad ni se rompe con la adversidad. Una vez se disolvió el consejo, la custodia del rey se confió a Quinto Elio. Aquel día fue invitado a cenar por el cónsul, mostrándosele todas las consideraciones que se podían tener con alguien en su posición. A continuación, se envió al ejército a los cuarteles de invierno.

[45,9] Anfípolis alojó a su mayor parte, siendo repartido el resto por las ciudades vecinas. Tal fue el final de la guerra que se libró durante cuatro años consecutivos entre los romanos y Perseo; fue también el final de un reino renombrado desde mucho tiempo atrás en toda Asia y la mayor parte de Europa. Desde Carano, que fue el primer rey, con Perseo se contaron veinte monarcas. Él recibió la corona durante el consulado de Lucio Fulvio y Lucio Manlio *(179 a.C.)*, y fue reconocido como rey por el Senado mientras eran cónsules Marco Junio y Aulo Manlio *(178 a.C.)*. Su reinado duró once años. La nación de los macedonios era casi desconocida hasta la época de Filipo, el hijo de Amintas. Desde ese momento, comenzó a extenderse bajo su gobierno, pero todavía manteniéndose dentro de los límites de Europa, abarcando toda Grecia y partes de Tracia e Iliria. A continuación se expandió hacia Asia y, durante los trece años del reinado de Alejandro, sometió primero la inmensa extensión del territorio que formaba antes parte del imperio de los persas y después recorrió como vencedor la Arabia, la India y las comarcas más apartadas de la tierra que abraza el mar Rojo. En aquellos días, el imperio de Macedonia fue el más grande del mundo, pero después de la muerte de Alejandro fue dividido en numerosos reinos, disputándose cada uno el poder para sí hasta agotar su fuerza en los conflictos internos y hundiéndose desde las más altas cumbres de su prosperidad en su desaparición final. Se mantuvo durante unos ciento cincuenta años.

[45,10] Cuando la noticia de la victoria de Roma se extendió a Asia, Antenor, que se encontraba con su flota de lembos frente a Fanos, partió de aquel lugar con dirección a Casandrea. Cayo Popilio estaba en Delos para escoltar a los buques de suministro que se dirigían a Macedonia, y cuando se enteró de que la guerra en Macedonia había llegado a su fin y que los lembos enemigos se habían retirado, mandó a casa las naves de los aliados que estaban bajo su mando y puso rumbo a Egipto para llevar a cabo la embajada que se le había encargado. Deseaba alcanzar a Antíoco antes de acercarse a las murallas de Alejandría. Costeando a lo largo de las costas de Asia, los embajadores llegaron a Lorima, un puerto situado frente a la ciudad de Rodas y a poco más de veinte millas de esta. Aquí habían llegado, para encontrarse con ellos, algunos de los dirigentes rodios -pues para entonces ya había llegado a Rodas la noticia de la victoria-, que les rogaron que se desviaran hacia Rodas. Dijeron que estaban profundamente preocupados por el buen nombre y la seguridad de su ciudad, por lo que los embajadores debían ver por sí mismos lo que había sucedido y lo que estaba ocurriendo, para contar en Roma lo que habían comprobado personalmente, y no los rumores que se habían extendido. Se negaron durante bastante tiempo, pero finalmente accedieron a un breve retraso en su viaje por el bien de una ciudad aliada. Una vez entraron en Rodas, aquellos mismos hombres los convencieron, a fuerza de ruegos, para que se presentasen ante la asamblea. Sin embargo, la aparición de los embajadores aumentó los temores de los ciudadanos, en lugar de disiparlos, ya que Popilio recordó todos los discursos y actos hostiles que habían cometido durante la guerra, fuera individual o colectivamente. Al ser un hombre de carácter áspero, con su expresión hosca y la severidad de su voz hizo parecer las cosas de las que hablaba aún más graves. Así, aunque ninguna ofensa personal había sufrido de la ciudad de Rodas, del amargo tono que empleaba contra ellos un senador romano podían deducir cuál era el sentir general del Senado hacia ellos. El discurso de Cayo Decimio fue mucho más moderado. Con respecto a la mayoría de las cosas que Popilio había mencionado, declaró que la culpa no recaía en el pueblo, sino en unos cuantos que agitaron a la masa y que, logrando sus votos mediante sobornos, habían aprobado decretos llenos de

halagos al rey y habían enviado una embajada de la que los rodios sentirían siempre tanta vergüenza como pesar. Todo esto, si el pueblo lo consideraba con sensatez, caería sobre las cabezas de los culpables. Sus palabras fueron muy aplaudidas, puesto que no solo exculpaba a la gran masa de ciudadanos, sino que culpaba a quienes eran los verdaderos responsables. Cuando, por consiguiente, hablaron en respuesta los dirigentes de los rodios, los que trataron de excusar las acusaciones que había hecho Popilio no fueron escuchados con el mismo agrado que aquellos que se mostraron de acuerdo con Decimio en que los autores del daño debían pagar su culpa. Se aprobó inmediatamente un decreto por el que se condenó a muerte a todos aquellos que eran culpables de haber hablado o actuado a favor de Perseo o en contra de los romanos. Algunos habían abandonado la ciudad antes de que llegaran los romanos y otros se suicidaron. Los embajadores no se quedaron más que cinco días en Rodas y partieron después hacia Alejandría. Su partida no hizo que los rodios se mostraran menos diligentes en la instrucción de los juicios en cumplimiento del decreto aprobado cuando estaban presentes los embajadores; la suavidad de Decimio sirvió a este propósito tanto como la gravedad de Popilio.

[45,11] Mientras ocurrían estas cosas, Antíoco se había adueñado del resto de Egipto después de haberse retirado tras un fracasado intento contra las murallas de Alejandría. El mayor de los Tolomeos, cuyo regreso al trono era el único objetivo que pretendía alcanzar Antíoco al invadir Egipto, fue dejado en Menfis mientras Antíoco retiró su ejército hacia Siria, dispuesto a atacar al hermano que resultara victorioso. Tolomeo sabía de su intención y esperaba que, jugando con el temor de su hermano ante un asedio, podría él regresar a Alejandría con la ayuda de su hermana y si los amigos de su hermano no se oponían. Comenzó, por tanto, un intercambio de cartas con su hermana y con los amigos de su hermano, hasta que llegó a un acuerdo con ellos. Lo que le hizo sospechar de Antíoco fue que, tras haberle entregado el resto de Egipto, había dejado una fuerte guarnición en Pelusio. Era obvio que Antíoco mantenía la llave de Egipto con la intención de poder efectuar una nueva invasión siempre que quisiera; para Tolomeo, el enzarzarse en una lucha intestina contra su hermano resultaría ser su ruina, pues, aún cuando quedara vencedor, no estaría en condiciones de medirse con Antíoco después de una guerra agotadora. Estas sabias reflexiones del hermano mayor se encontraron con la aprobación de su hermano menor y sus amigos; su hermana le ayudó en gran medida gracias a sus consejos y ruegos a su hermano. Así se hizo la paz y fue admitido en Alejandría con el consentimiento de todos; ni siquiera el pueblo se opuso, pues se había visto gravemente afectado por la escasez de recursos, no solo durante la invasión, sino también después de la retirada del enemigo ante las murallas, pues no llegaba ninguna ayuda a Egipto. Esto debería haber producido la mayor de las satisfacciones en Antíoco, si su motivo para llevar su ejército a Egipto hubiera sido verdaderamente el restablecimiento en el trono de Tolomeo, pues este fue el pretexto que adujo en todas sus comunicaciones con las ciudades de Grecia y Asia, así como en sus respuestas a las embajadas. Pero estaba tan intensamente molesto por lo que había sucedido, que empezó a hacer los preparativos para la guerra con un ánimo mucho más agresivo y feroz contra los dos hermanos que el que había mostrado antes contra uno solo. Mandó de inmediato su flota a Chipre y en los primeros días de la primavera puso en marcha a su ejército hacia Egipto, avanzando hasta Celesiria. Cuando estaba cerca de Rinocolura fue recibido por los embajadores de Tolomeo, quienes le dieron las gracias en su nombre por la recuperación del trono paterno y le rogaron que expresara sus deseos, no convirtiéndose de aliado en enemigo al atacarles mediante las armas. Antíoco respondió que no retiraría su flota ni su ejército a no ser que se le cedieran Chipre, Pelusio y todo el territorio que rodeaba la desembocadura pelusia del Nilo. Fijó asimismo un día límite para recibir una respuesta sobre la aceptación de las condiciones.

[45,12] Cuando hubo transcurrido el tiempo de la tregua, emprendió la marcha a través del desierto de Arabia mientras su flota navegaba hasta la desembocadura del Nilo en Pelusio. Después de recibir la sumisión de los habitantes de Menfis y del resto de egipcios, algunos voluntariamente y

otros por miedo, marchó en cortas etapas hacia Alejandría. Después de cruzar el río en Eleusis, a unas cuatro millas de Alejandría, fue recibido por los embajadores romanos, a los que saludó, tendiendo la mano a Popilio. Este, sin embargo, colocó en su mano las tablillas en las que estaba escrito el decreto del Senado y le dijo que leyera aquello en primer lugar. Después de leerlas hasta el final, les dijo que convocaría a su consejo para considerar lo que debía hacer. Popilio, entonces, fiel a su carácter, dibujó un círculo alrededor del rey con el bastón que llevaba y le dijo: *Antes de salir de ese círculo darme una respuesta para llevarla al Senado.* Por unos instantes dudó, asombrado por aquella orden perentoria, y al fin respondió: *Haré lo que demanda el Senado.* Sólo entonces extendió Popilio su mano al rey, como a un amigo y aliado. Antíoco evacuó Egipto en la fecha señalada, y los embajadores ejercieron su autoridad para establecer una concordia duradera entre los dos hermanos, ya que apenas habían logrado alcanzar un acuerdo de paz entre sí. Navegaron luego hasta Chipre y mandaron a casa la flota de Antíoco, que había derrotado a la egipcia en una batalla naval. La labor de los embajadores ganó gran renombre entre las naciones, pues a ellos se debía, sin duda, el que Egipto fuese rescatado de las manos de Antíoco y que la corona fuera devuelta a la dinastía Tolemaica. Mientras uno de los cónsules de aquel año había remarcado su consulado con una brillante victoria, el otro quedó en una relativa oscuridad al no tener oportunidad para distinguirse. Ya al principio, cuando fijó la fecha para que se reunieran sus legiones, entró en el lugar consagrado sin haber tomado los auspicios. El asunto se remitió a los augures, quienes anunciaron que el procedimiento no era válido. Después de su partida a la Galia, escogió un lugar cerca de los Campos Macros, a los pies de los montes Sicimina y Papino, para establecer un campamento permanente, pasando luego allí el invierno junto a las tropas de los aliados latinos ya que las legiones romanas, al haberse señalado irregularmente la fecha de su convocatoria, quedaron en Roma. Los pretores, con la excepción de Cayo Papirio Carbón, marcharon a sus respectivas provincias. A este le había correspondido Cerdeña, pero el Senado decidió que debía encargarse de ejercer la pretura peregrina en Roma, ya que también le había correspondido esta tarea.

[45.13] Regresaron a Roma los embajadores que habían sido enviados a Antíoco, y Popilio informó al Senado que se habían resuelto las diferencias entre los reyes y que el ejército había regresado a Siria desde Egipto. Posteriormente llegaron los embajadores de los propios monarcas. Los de Antíoco aseguraron al Senado que su rey consideraba la paz que el Senado había impuesto preferible a cualquier otra victoria, y que había obedecido las órdenes de los embajadores romanos como si se tratase de un mandato de los dioses. Les ofrecieron después su felicitación por la victoria, a la que su rey habría ayudado con su apoyo en caso de que se lo hubieran exigido. Los embajadores de Tolomeo dieron las gracias en nombre del rey y de Cleopatra; se consideraban más en deuda con el Senado y el pueblo romano que con sus antepasados o con los dioses inmortales, pues gracias a ellos se habían visto liberados de las miserias de un asedio y habían recuperado el trono cuando ya estaba casi perdido. El Senado respondió que Antíoco había hecho lo correcto al obedecer a los embajadores y que esto agradaba al Senado y al pueblo de Roma; por lo que respecta a los monarcas de Egipto, Tolomeo y Cleopatra, cualquier beneficio que hubiera resultado de su intervención alegraba profundamente al senado, y harían cuanto pudieran para que ambos reyes comprendieran que el mejor y más leal protector de su reino sería el pueblo romano. Se encargó a Cayo Papirio de la tarea de entregar los regalos habituales a los embajadores. Llegó luego una carta de Macedonia que acrecentó la alegría por la victoria, pues comunicaba que el rey Perseo estaba en poder del cónsul.

La partida de los embajadores fue seguida por la llegada de las delegaciones de Pisa y Luna, entre las que existía una disputa. Los pisanos se quejaban de que habían sido expulsados de su territorio por los colonos romanos; los de Luna aseveraban que las tierras en cuestión se las habían asignado los triunviros. El Senado envió cinco comisionados para investigar los hechos y fijar los límites, a saber, Quinto Fabio Buteo, Publio Cornelio Blasio, Tito Sempronio Musca, Lucio Nevio

Balbo y Cayo Apuleyo Saturnino. Llegó también una embajada conjunta de los hermanos Eumenes, Atalo y Ateneo para ofrecer sus felicitaciones por la victoria. Masgaba, el hijo de Masinisa, había desembarcado en Pozzuoli y se envió al cuestor Lucio Manlio a su encuentro, con una suma de dinero, para llevarle a Roma a expensas del Estado. Inmediatamente después de su llegada a Roma, el Senado le concedió una audiencia. El joven príncipe habló de tal manera que hizo aún más agradable de oír aquello que ya lo era de por sí. Detalló las fuerzas de caballería e infantería, el número de elefantes y la cantidad de grano que su padre había enviado a Macedonia durante los últimos cuatro años. Pero dos cosas le hacían ruborizarse: una era que el Senado, mediante sus embajadores, le hubiera pedido, en lugar de ordenarle, lo que debía proporcionar para la guerra; lo otro fue que hubiera enviado dinero para pagar el grano. Masinisa, dijo, no había olvidado que debía su reino y su posterior ampliación a los romanos; se daba por muy satisfecho con el usufructo del mismo y era plenamente consciente de que la propiedad legítima de aquel correspondía a quien se lo había entregado. Así pues, consideraba que era justo que tomasen, no que le pidiesen o le pagaran, parte de los productos del territorio que le habían concedido. Lo que le sobrase al pueblo romano le bastaba a Masinisa entonces y le bastaría en lo sucesivo. A continuación, informó al Senado que después de dejar a su padre, que le dio estas instrucciones, fue alcanzado por mensajeros a caballo que le informaron de la derrota final de Macedonia y le ordenaron que ofreciera las felicitaciones de su padre al Senado, mandándole decir que tanto se alegraba por ello que, si el Senado le daba permiso, deseaba ir a Roma y ofrecer sacrificios y acciones de gracias a Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio.

[45,14] En respuesta, se dijo al príncipe que resultaba noble y digno de un corazón generoso el dar, como hacía Masinisa, tanto valor a un beneficio que se le debía. El pueblo de Roma había recibido su leal y poderosa ayuda en la Guerra Púnica, y fue gracias a sus buenos servicios por lo que ganó su corona. En este intercambio equitativo auxilios, posteriormente había prestado toda la ayuda posible en las guerras sucesivas contra tres reyes. No podía extrañar que la victoria de Roma complaciera al rey, en vista de cómo había asociado su propia suerte y la de su reino con la causa del pueblo romano. Que ofreciera, pues, sus acciones de gracia en casa ante sus propios penates; en Roma lo haría su hijo en representación suya. Bastarían las felicitaciones que este había ofrecido en su propio nombre y en el de su padre. El Senado no consideraba que fuera en su interés ni en el del pueblo romano el que abandonara su reino y saliera de África, pues ningún beneficio especial se obtendría con ello. Masgaba solicitó a continuación que se obligara a los cartagineses a entregar como rehén a Hanón, hijo de Amílcar, en lugar de ...; el Senado, sin embargo, le contestó que no le parecía justo exigir rehenes a conveniencia de Masinisa. Un senadoconsulto dispuso que se instruyera al cuestor para que adquiriese regalos para el príncipe por valor de cien libras de plata, que lo escoltara a Pozzuoli y sufragara todos sus gastos mientras estuviera en Italia; debía también alquilar dos buques en los que él y su séquito pudieran ser trasladados a África. Se regalaron prendas de vestir a todos sus asistentes, incluyendo a los esclavos. No mucho tiempo después se recibió una carta con noticias sobre Misagenes, el segundo hijo de Masinisa, en la que se comunicaba que, tras la derrota de Perseo, Lucio Paulo le había mandado de regreso a África con su caballería, pero que la flota se había dispersado durante la travesía por el Adriático y él había sido llevado, enfermo, hasta Brindisi con tres naves. Se envió al cuestor Lucio Estertinio a Brindisi, con regalos por el mismo valor que los efectuados a su hermano en Roma y el encargo de poner a su disposición una casa donde alojarse ...[11]

[45.15] Los libertos habían sido distribuidos entre las cuatro tribus urbanas, con excepción de los que tuviesen un hijo natural mayor de cinco años -a estos se les ordenó que se censasen donde

11 Existe aquí una laguna en el texto, provocada por la pérdida de una hoja, en el que se daría cuenta de la elección de nuevos magistrados -para el año 167 a.C.), los actos de los censores Tiberio Sempronio Graco y Cayo Claudio Pulcro, y la adscripción de los libertos a las cuatro tribus urbanas.-N. del T.

hubieran estado inscritos en el último lustro- y de los que poseyeran una o varias fincas rústicas por valor de más de treinta mil sestercios, ... a quienes se les concedió el derecho a inscribirse en las tribus rurales. Como estuvieran en vigor estas disposiciones, Claudio sostenía que un censor no podía, sin orden del pueblo, quitar el derecho de sufragio a un solo hombre y mucho menos a una clase entera. Porque si el censor pudiera expulsarlo de una tribu, que era lo que significaba ordenarle cambiar de tribu, podría también expulsarlo de las otras treinta y cinco, lo que vendría a suponer el privarlo de sus derechos de ciudadano y de hombre libre: no se limitaba a indicar dónde había de censarse, sino que lo excluía del censo. Esta fue la cuestión sobre la que discutieron entre ellos. Llegaron finalmente a un compromiso: se elegiría por sorteo público, celebrado en el Atrio de la Libertad, una de las cuatro tribus urbanas, a la que quedarían adscritos todos los que habían sido esclavos. La suerte cayó sobre la tribu del Esquilino y Tiberio Graco anunció que se decidió que todos los libertos debían inscribirse en esa tribu. Esta decisión de los censores fue muy apreciada por el Senado, que decretó un voto de agradecimiento a Sempronio, por su perseverancia en tan justa y sabia iniciativa, y a Claudio, por no oponerse a ella. Los nombres eliminados de las listas del Senado fueron más que con los anteriores censores, así como aquellos a quienes se ordenó vender sus caballos. Ambos censores estuvieron de acuerdo en excluirlos de su tribu y privar de sus derechos civiles a las mismas personas, sin que ninguno de los dos aliviase la nota infamante que hubiera puesto el otro. Pidieron que se prorrogara su mandato -dieciocho meses-, para comprobar la restauración de edificios y la finalización de las obras que habían contratado, pero un tribuno de la plebe, Cneo Tremelio, interpuso su veto porque no había sido elegido para el Senado. Durante este año, Cayo Cicereyo dedicó el templo de Moneta en el monte Albano, cinco años después de haberlo prometido con voto, y Lucio Postumio Albino fue consagrado como flamen de Marte aquel año.

[45,16] Cuando los nuevos cónsules, Quinto Elio y Marco Junio, llevaron ante el Senado la asignación de provincias *(167 a.C.)*, la Cámara decidió que Hispania se dividiría nuevamente en dos provincias -pues durante la Guerra de Macedonia había formado una sola- y que Lucio Paulo y Lucio Anicio conservarían Macedonia e Iliria hasta que, de acuerdo con los comisionados, se hubiera disipado la confusión provocada por la guerra y se hubiera dado a estos países una constitución distinta de la monárquica. Pisa y la Galia fueron asignadas a los cónsules y, a cada uno, dos legiones compuestas por cinco mil infantes y cuatrocientos de caballería. El resultado del sorteo entre los pretores dio la pretura urbana a Quinto Casio, la peregrina a Marco Juvencio Talna, Sicilia a Tiberio Claudio Nerón, la Hispania Citerior a Cneo Fulvio y la Ulterior a Cayo Licinio Nerva. Cerdeña había correspondido a Aulo Manlio Torcuato, pero no pudo ir a su provincia al retenerle la investigación sobre unos delitos capitales que le había ordenado el Senado. A continuación se consultó al Senado sobre varios presagios de los que se había tenido noticia: El templo de los Penates, en el monte Velio, había sido alcanzado por un rayo, así como también dos puertas y una porción de muralla en la ciudad de Minervio. En Anagnia había llovido tierra y en Lanuvio se había visto un cometa en el cielo. En Calacia, en terrenos del Estado, el ciudadano romano Marco Valerio informó de que había goteado sangre de su hogar durante tres días y dos noches. Principalmente a causa de este último signo, se ordenó a los decenviros que consultaran los Libros, determinando la celebración de rogativas especiales durante un día y el sacrificio de cincuenta cabras en el Foro. En expiación de los restantes portentos, se celebrarían rogativas en todos los templos durante un segundo día, sacrificios de víctimas adultas y se purificaría la Ciudad. Además, con el propósito de honrar a los dioses inmortales, el Senado aprobó el siguiente decreto: *Considerando que nuestros enemigos han sido vencidos y que los reyes Perseo y Gencio, junto con Macedonia e Iliria, han pasado bajo el poder del pueblo de Roma, los pretores Quinto Casio y Manio Juvencio se encargarán de que se presenten ofrendas en todos los templos, iguales a las ofrecidas tras la derrota de Antíoco durante el consulado de Apio Claudio y Marco Sempronio.*

[45.17] Se procedió seguidamente a nombrar los comisionados que aconsejarían a Lucio

Paulo y Lucio Anicio sobre el arreglo de los asuntos en las provincias conquistadas. El Senado decretó que fuesen diez para Macedonia y cinco para Iliria. Los de Macedonia fueron los primeros en ser elegidos, siendo nombrados Aulo Postumio Lusco, Cayo Claudio -ambos habían sido censores-, Quinto Fabio Labeón, Quinto Marco Filipo y Cayo Licinio Craso, que había sido colega de Paulo en el consulado y estaba en aquel momento al mando de la Galia, al haberle sido prorrogado su proconsulado. Todos estos eran antiguos cónsules, añadiéndose a su número Cneo Domicio Ahenobarbo, Servio Cornelio Sila, Lucio Junio, Tito Numisio Tarquiniense y Aulo Terencio Varrón. Los cinco nombrados para la Iliria fueron Publio Elio Ligo, excónsul, Cayo Cicereyo y Cneo Bebio Tánfilo -este había sido pretor el año anterior y Cicereyo muchos años antes-, Publio Terencio Tuscivicano y Publio Manilio. El Senado aconsejó a los cónsules que acordaran o sortearan sus provincias lo antes posible, pues uno de ellos debía relevar a Cayo Licinio en la Galia debido a su nombramiento como comisionado. Sortearon y Pisa correspondió a Marco Junio. Decidió, antes de partir hacia su provincia, introducir en el Senado a varias embajadas que habían llegado a Roma de todas partes para ofrecer sus felicitaciones. La Galia correspondió a Publio Elio. Aunque los quince comisionados eran hombres de un nivel tal que se podía esperar razonablemente que los generales que obrasen según su consejo no tomarían ninguna decisión indigna de la clemencia o la dignidad del pueblo romano, los principios políticos fundamentales fueron discutidos en el Senado con el fin de que los comisionados pudieran llevar un esquema de ellos a los generales.

[45,18] En primer lugar, se decidió que los macedonios y los ilirios serían pueblos libres, de manera que para todos quedase claro que las armas de Roma no llevaban la esclavitud a los hombres libres sino, por el contrario, la libertad a los esclavizados; de aquel modo, los pueblos que gozaban de libertad comprobarían que la seguridad y perdurabilidad de su libertad gozaba de la protección de Roma, mientras que aquellos que vivían bajo el dominio de reyes se convencerían de que sus reyes eran tanto más justos y misericordiosos cuanto mayor era el respeto que sentían por Roma; además, si alguna vez había guerra entre sus soberanos y Roma, su resolución traería la victoria para Roma y la libertad para ellos. También se decidió suprimir todos los contratos de explotación de las minas de Macedonia, que otorgaban una renta considerable, así como los de las fincas reales, pues no se podían mantener sin publicanos; por otro lado, allí donde florecía el publicano disminuía la autoridad de la ley o perdían los aliados su libertad. Tampoco estaban los macedonios en condiciones de explotar ellos tales recursos, pues nunca faltarían motivos para revueltas y disturbios donde hubiera un botín al alcance de los administradores. Se suprimió el Consejo Nacional, para evitar que algún alborotador sin escrúpulos de las masas convirtiese la segura y razonable libertad que se les concedía en una peligrosa y fatal licenciosidad. Macedonia quedaría dividida en cuatro regiones, cada una con su propio consejo, pagando al pueblo romano la mitad del tributo que solían pagar al rey. Se tomaron las mismas disposiciones respecto a Iliria. El resto de medidas se dejó a criterio de los generales y comisionados, pues al ocuparse de los asuntos sobre el terreno podrían apreciar con más seguridad las decisiones a tomar.

[45,19] Entre las numerosas embajadas de los reyes, naciones y pueblos, Atalo, el hermano del rey Eumenes, atrajo sobre si las miradas y atención de todos. Fue recibido por los hombres que habían participado con él en la guerra con una bienvenida tan cordial como si hubiera venido el propio Eumenes. Dos asuntos le habían llevado a Roma, ambos en apariencia honorables: uno era el ofrecer sus felicitaciones por una victoria que él mismo había ayudado a ganar; el otro era presentar una queja por una incursión de los galos, la derrota que había sufrido y la seria amenaza contra su reino. Pero, por debajo de ello, estaba también la secreta esperanza de recibir honores y recompensas del Senado, lo que difícilmente podría ocurrir sino a expensas de su hermano. Hubo ciertos romanos, malos consejeros, que animaron sus ambiciones. Estos hombres le hicieron creer que la opinión predominante en Roma con respecto a Átalo y Eumenes era que el primero resultaba

un amigo fiel de los romanos, mientras que al otro se le consideraba como un hombre del que ni los romanos ni Perseo se podían fiar como aliado. Era difícil, por lo tanto, decidir si le resultaría más fácil conseguir del Senado las peticiones que hiciera en su propio nombre o las que presentara en contra de su hermano, tan inclinada estaba la Cámara a concederle todo a uno y denegárselo al otro. Atalo, como demostraron los hechos, era uno de esos hombres que tratan de obtener todo lo que les prometen sus esperanzas; sin embargo, en este caso los sabios consejos de un amigo pusieron freno, por así decir, a un temperamento que se había exaltado por la popularidad. Estaba en su séquito un médico llamado Estracio al que Eumenes, que se sentía inquieto, había enviado especialmente a Roma para que observara atentamente la conducta de su hermano y que, si observaba alguna infidelidad hacia su hermano, lo aconsejara lealmente. Cuando Estracio llegó se encontró con que Atalo ya había prestado oídos e inclinaba su ánimo a pérfidos consejos, pero aprovechó los momentos favorables para conversar con él, restaurando con estas conversaciones una situación que se había vuelto casi imposible. Vino a recordarle que los diferentes reinos se habían fortalecido mediante diversos medios; su reino era nuevo y no estaba basado en un poder largamente asentado; se sostenía sobre la concordia fraterna, pues aunque el título real y el distintivo en la cabeza los llevara uno, todos sus hermanos reinaban con él. ¿Quién no consideraba ya rey a Atalo, el siguiente en edad? Y no solo porque se viera ahora en tan poderosa posición, sino porque estaba próximo el día en que ascendería al trono debido a la edad y debilidad de Eumenes, que no tenía ningún hijo legítimo (pues aún no había reconocido al que luego le sucedió). ¿Para qué tratar de obtener por la violencia lo que en breve le llegaría por sí solo? Había llegado, además, una nueva tormenta al reino con la invasión de los galos, a la que incluso con los esfuerzos combinados y armónicos de ambos hermanos costaría resistirse. *Sin embargo, la resistencia sería imposible si, además de a un enemigo extranjero, hubiera que afrontar luchas internas; todo lo que ganaría sería que su hermano perdiera la corona antes de su muerte y quedarían destruidas todas sus esperanzas de reinar. Incluso suponiendo que le reportara tanta gloria salvar el reino para su hermano como lograrlo para sí, aún así le sería preferible el mérito por preservar el reino, a lo que se uniría el afecto fraterno. Así pues, ya que una de las alternativas era detestable y suponía cometer parricidio, ¿qué duda podía haber sobre el camino a tomar? ¿Tratar de conseguir una parte del reino o privar a su hermano de todo él? En el primer caso, pues, se dividiría vuestro poder, ambos os debilitaríais y quedaríais expuestos a cualquier daño y ultraje. En el último, ¿estaba dispuesto a mandar a su hermano mayor a la vida privada o al destierro, viejo y enfermo como se encontraba, o en último extremo ordenaría su muerte? Y, por no recordarle el trágico fin que cuentan las fábulas sobre los hermanos impíos, basta la advertencia que muestra el destino de Perseo, que depuso a los pies de su vencedor, en el templo de Samotracia, la diadema manchada con la sangre de su hermano, como si los dioses que fueron testigos del asesinato exigieran ahora su castigo. Los mismos hombres que ahora le impulsaban, no por ser sus amigos, sino porque son enemigos de Eumenes, esos mismos aplaudirán tu afecto y constancia si mantienes hasta el final la lealtad hacia tu hermano.*

[45,20] Estas razones prevalecieron en el ánimo de Atalo. En consecuencia, cuando se presentó ante el Senado, ofreció sus felicitaciones por la victoria, aludió a sus servicios y a los de sus hermanos, si alguno había, y a continuación describió los graves disturbios entre los galos que habían provocado una revuelta, pidiendo al Senado que enviara embajadores que con su autoridad los indujeran a deponer las armas. Habiendo presentado estas demandas en interés de su reino, pidió para él Eneo y Maronea. Así, para decepción de los que suponían que tras acusar a su hermano pediría que el reino fuese dividido entre ambos, abandonó el Senado. Rara vez en momento alguno ha sido escuchado un rey o un ciudadano particular con tan general agrado y aprobación; llovieron sobre él toda clase de honores y regalos durante su estancia, y su partida fue presenciada por grandes multitudes. Entre las numerosas delegaciones griegas, la de Rodas despertó el mayor interés. Aparecieron con vestimentas blancas, como correspondía a su embajada de felicitación,

pues si hubieran venido vestidos de luto habría podido parecer que lamentaban la caída de Perseo. Cuando el cónsul, Marco Junio, consultó al Senado sobre si les proporcionaría alojamiento gratuito, hospitalidad y una audiencia, la Cámara decidió que, en su caso, no había motivo alguno para respetar con ellos las obligaciones de la hospitalidad. Los embajadores, entre tanto, permanecían en el comicio, y cuando el cónsul salió de la Curia le dijeron que habían venido a ofrecer sus felicitaciones por la victoria y para refutar las acusaciones de traición contra su patria, solicitando que el Senado les concediera una audiencia. El cónsul les dijo claramente que los romanos tenían costumbre de dar una acogida hospitalaria a los amigos y aliados, y concederles audiencia en el Senado. La conducta de los rodios durante la guerra no había sido tal que les hiciera merecedores de ser contados entre los amigos y aliados del pueblo romano. Al oír esto, se postraron todos en el suelo y rogaban al cónsul y a todos los presentes que considerasen si era justo y apropiado que las recientes y faltas acusaciones contra ellos pesaran por encima de sus servicios en el pasado, servicios que los propios romanos podían atestiguar. No perdieron tiempo en ponerse ropas de luto y visitar las casas de los hombres más notables, a quienes imploraron que no les condenaran sin escucharles.

[45,21] Marco Juvencio Talna, que era el pretor peregrino, estaba incitando al pueblo contra los rodios y había propuesto una resolución para que se declarase la guerra a Rodas y que uno de los magistrados de aquel año fuera elegido para mandar la flota, en la esperanza de que le nombrasen a él mismo. Dos de los tribunos de la plebe, Marco Antonio y Marco Pomponio, se opusieron a esta resolución. El mismo pretor había actuado contraviniendo peligrosamente un precedente, pues presentaba la propuesta de propia iniciativa, sin consultar al Senado ni informar a los cónsules de la petición que iba a presentar, es decir, si era voluntad y orden del pueblo romano que se declarase la guerra a Rodas. Hasta entonces, siempre se había consultado antes al Senado sobre los asuntos de la guerra; después, si el Senado lo sancionaba, se remitía el asunto a la asamblea del pueblo. Lo mismo sucedía en el caso de los tribunos de la plebe, pues la costumbre era que ninguno pusiera el veto a una medida hasta que los ciudadanos hubieran tenido oportunidad de hablar en favor o en contra. Por todo ello, a menudo había ocurrido que quienes estaban convencidos de que no interpondrían su veto a una propuesta, lo hicieron después de que quienes se oponían hubieran hecho patentes los defectos de esta; también, por el contrario, había pasado que quienes llegaban dispuestos a interponer el veto a una medida, quedaban convencidos por los argumentos de sus partidarios y lo retiraban. En esta ocasión, los pretores y los tribunos compitieron entre sí para ver quien actuaba con más precipitación; los tribunos se anticiparon al pretor interponiendo su veto antes de tiempo[12] ... a la llegada del general.

[45,22] ... *Pero aunque hasta ahora resulte dudoso que seamos o no culpables de ningún delito, ya estamos sufriendo todas las humillaciones y castigos. En el pasado, cuando visitamos Roma después de la derrota de los cartagineses, después de que hubiera sido derrotado Filipo o Antíoco, nos dirigíamos desde una residencia del Estado hacia el Senado, para presentar nuestras felicitaciones, marchando desde allí al Capitolio para llevar regalos a vuestros dioses. Ahora tenemos que partir desde una miserable posada, donde apenas logramos que nos admitieran pagando, y se nos ordena permanecer fuera de la Ciudad, casi como si fuésemos enemigos. En esta difícil y miserable situación nos hemos presentado ante la Curia nosotros, los rodios a quienes no hace tanto concedisteis las provincias de Licia y Caria, y a los que habéis concedido las mayores distinciones y recompensas. Según lo que oímos, estáis ordenando que los macedonios e ilirios sean libres, aunque antes de estar en guerra con vosotros eran esclavos -y no es que envidiemos la buena suerte de nadie, por el contrario, reconocemos la clemencia del pueblo romano-; ¿y a los*

12 Se ha perdido la última hoja, en la que se relata el final del enfrentamiento entre el pretor y los tribunos, así como el inicio del discurso de Astímedes, el embajador rodio.-N. del T.

rodios, que se limitaron a no hacer nada durante esta guerra, los convertiréis de amigos en enemigos? Seguramente sois los mismos romanos que alardean de que sus guerras son victoriosas porque son justas y se enorgullecen, no tanto de terminarlas victoriosos ,como de iniciarlas con razón. El ataque a Mesina, en Sicilia, convirtió a los cartagineses en enemigos vuestros; su ataque a Atenas, su intento de esclavizar Grecia y la ayuda que Filipo prestó a Aníbal con dinero y tropas, lo convirtió en vuestro enemigo. Antíoco, llamado por los etolios, vuestros enemigos, navegó personalmente con su flota desde Asia a Grecia, capturó Demetrias, Calcis y el paso de las Termópilas, tratando de despojaros de vuestro imperio. Vuestras razones para la guerra contra Perseo fueron los ataques a vuestros aliados o el asesinato de los régulos y los notables de varias naciones y pueblos. ¿Qué pretexto o justificación habrá para nuestra ruina, si es que todos los rodios somos culpables? Hasta ahora no he hecho ninguna diferencia entre el caso de nuestra ciudad de Rodas y el de Polícrates, Dinón y los otros ciudadanos que hemos traído con nosotros para entregároslos. Aunque todos los rodios fuésemos igualmente culpables, ¿de qué nos acusaríais respecto a esta guerra? Decís que nos hemos puesto del lado de Perseo, igual que durante las guerras contra Filipo y Antíoco estuvimos de vuestro lado en contra de estos monarcas, y que hemos estado junto al rey contra vosotros. Preguntadle a los comandantes de vuestras flotas en Asia, Cayo Livio y Lucio Emilio Regilo, la forma en que solemos ayudar a nuestros aliados y con cuánta energía entramos en una guerra. Vuestros barcos nunca lucharon sin nuestra ayuda; hemos combatido en solitario en Samos, y una segunda vez en Panfilia contra Aníbal como comandante. Y esta victoria resultó aún más gloriosa para nosotros porque, después de perder gran parte de nuestros barcos y la flor de nuestra juventud en la derrota de Samos, no nos dejamos intimidar por tal desastre y nos enfrentamos a la flota del rey en su ruta hacia Siria. No estoy contando estos incidentes con espíritu de jactancia -pues nuestras circunstancias actuales no lo permiten-, sino para recordar cómo suelen ayudar los rodios a sus aliados.

[45,23] *Tras la derrota final de Filipo y de Antíoco hemos recibido de vosotros las más espléndidas recompensas. Si la buena fortuna que ahora tenéis, gracias a la bondad de los dioses y a vuestro propio valor, la hubiese tenido Perseo y hubiéramos ido a Macedonio para encontrarnos con el rey victorioso y pedirle recompensas, ¿qué le podríamos haber dicho nosotros? ¿Que le habíamos ayudado con dinero o con trigo? ¿Con fuerzas auxiliares navales o terrestres? ¿O que habíamos defendido para él alguna posición fortificada? ¿Que habíamos librado alguna batalla para él, al mando de sus generales o por nosotros mismos? Si preguntase dónde había uno de nuestros soldados entre los suyos, o dónde uno de nuestros buques en una flota suya, tendríamos, quizás, que defendernos delante del vencedor del mismo modo que ahora lo hacemos ante vosotros. Esto es lo que hemos logrado mandando embajadores a ambas partes para instar a la paz: la gratitud de ninguna e incurrir en las peligrosas sospechas de una de ellas. Y, sin embargo, Perseo puede presentar contra nosotros, con razón, una acusación que vosotros no podéis hacer. Y es que, padres conscriptos, al comienzo de la guerra os enviamos una embajada para prometeros nuestra ayuda en cuanto fuera necesario para la guerra, y os aseguramos que todo estaba dispuesto: nuestras fuerzas navales, nuestras armas y nuestra juventud, igual que en las guerras anteriores. Fuisteis vosotros los que rehusasteis nuestra aportación, pues por la razón que fuese no quisisteis nuestra ayuda. Así que no solo no mostramos hostilidad alguna hacia vosotros, sino que no faltamos a nuestro deber como fieles aliados, pues vosotros nos prohibisteis cumplir con él.*

Alguno podrá decir "¿Y entonces qué, rodios? ¿No se ha hecho ni dicho en vuestra ciudad nada que no quisieseis y por lo que el pueblo romano se sintiera ofendido con razón?" No estoy ahora aquí para defender lo que se ha hecho -no estoy tan loco- pero intentaré separar la causa del Estado de la de los particulares. No hay ciudad alguna que no tenga en algún momento malos ciudadanos y, en todo momento, una masa ignorante. He oído que incluso entre vosotros ha habido hombres que hicieron carrera adulando a la masa, y que en alguna ocasión se ha producido una secesión de la plebe, escapando de vuestras manos el control del Estado. Si tales cosas pueden

ocurrir en una Ciudad regida por leyes tan sabias como esta, ¿podrá alguien sorprenderse de que haya entre nosotros unos cuantos hombres que, en su deseo por lograr la amistad del rey, hayan desviado a nuestra plebe con sus malos consejos? Esos mismos no lograron más que hacernos permanecer inactivos. Pero no pasaré por encima de la que resulta la más grave acusación contra nosotros respecto a esta guerra: Enviamos embajadas a vosotros y a Perseo, al mismo tiempo, para mediar por la paz. Esta decisión resultó desafortunada, y la estulticia de nuestro embajador la convirtió en una locura, pues hemos sabido que os habló en el mismo tono que empleó Cayo Popilio, embajador vuestro, para intimar a los reyes Antíoco y Tolomeo para que depusieran las armas. Sin embargo, aquel comportamiento, se considere arrogante o estúpido, fue el mismo que mostramos hacia Perseo.

Las ciudades, como las personas, tienen su propio carácter; algunas tienen mal genio, otras son audaces y emprendedoras, algunas son tímidas y otras más proclives al vino y otros placeres de Venus. Al pueblo de Atenas se le considera generalmente rápido e impulsivo, al arriesgarse en empresas que están más allá de sus fuerzas; de los lacedemonios se dice que son lentos en la acción y remisos a participar incluso en empresas de las que están completamente seguros. Admito que Asia, en su conjunto, produce caracteres un tanto superficiales y que el lenguaje de mis compatriotas resulta un tanto ampuloso, pues nos creemos superiores a nuestras ciudades vecinas. Y esto, en sí mismo, se debe más a los honores que nos habéis considerado dignos de recibir, que a cualquier fuerza que tengamos por nosotros mismos. Seguramente, aquella embajada ya recibió suficiente castigo al ser despedida con vuestra severa respuesta. Si la humillación entonces infligida no fue suficiente, la actitud humilde y suplicante de esta embajada, en todo caso, debería bastar para expiar incluso a otra más insolente que aquella. La arrogancia, especialmente en el lenguaje, es profundamente ofensiva para los iracundos, pero solo merece la risa de las personas sensatas, en particular cuando se muestra de un inferior hacia un superior, pero nadie la considera un delito capital. Puede que alguno pensara que los rodios despreciaban a los romanos, pero hay incluso algunos hombres que increpan a los dioses con un lenguaje presuntuoso y no tenemos noticias de que nadie, por eso, haya sido alcanzado por un rayo.

[45,24] *Si no se nos puede acusar de ningún acto hostil, si el lenguaje pomposo de nuestro embajador, aunque ofensivo a vuestros oídos, no merecía la destrucción de nuestra ciudad, ¿qué más queda por lo que disculparnos? He oído, padres conscriptos, que en vuestras conversaciones privadas se discute sobre nuestras intenciones ocultas. Se afirma que nuestras simpatías estaban con el rey y que hubiésemos preferido verlo victorioso; por lo tanto, algunos de vosotros consideráis que se nos debe castigar con la guerra; otros creen que ese, efectivamente, era nuestro deseo, pero que no hay que castigarnos con una guerra por ello. En ninguna ciudad se ha establecido, ni por la costumbre ni por la ley, que haya de sufrir la pena capital quien desee la destrucción de un enemigo, pero no haga nada para conseguirlo. A estos de vosotros que nos liberan de la pena, aunque no de la acusación, les estamos en verdad agradecidos; pero nosotros nos aplicamos este principio: si deseamos, como se afirma, todo aquello de cuanto se nos acusa, que se nos castigue a todos y no se distinga entre voluntad y hechos. Si algunos de nuestros líderes de pusieron de vuestro lado y otros de parte del rey, no pido que los partidarios del rey gocen de inmunidad en consideración hacia los que os apoyamos; lo que os pido es que perezcamos nosotros por su culpa. Vosotros no les sois más hostiles que su propia ciudad; precisamente porque sabían esto, la mayoría han huido o se han quitado la vida; pondremos en vuestras manos, padres conscriptos, a otros a los que hemos hallado culpables. Aunque la conducta del resto de nosotros durante la guerra no ha merecido ninguna gratitud, desde luego, no ha merecido tampoco el castigo. Que la suma de nuestros antiguos servicios compensen esta falta al cumplir con nuestro deber. Durante estos últimos años habéis estado en guerra con tres reyes; no dejéis que el hecho de no haberos ayudado en una de ellas pese más contra nosotros que el de haber combatido por vosotros en dos guerras. Que Filipo, Antíoco y Perseo sean como tres veredictos; dos nos*

absuelven y uno es dudoso. Si ellos fueran nuestros jueces, pesaría más este último y nos declararían culpables; vosotros, padres conscriptos, decidiréis si Rodas permanecerá sobre la tierra o si será completamente destruida. La cuestión sobre la que discutiréis no es la guerra: podéis declararla, pero no podréis continuarla, pues ni un solo rodio tomará las armas contra vosotros. Si persiste vuestra ira contra nosotros, os solicitamos un tiempo para llevar a casa las noticias de esta funesta embajada. Todos nosotros, cada persona libre, todo hombre y mujer en Rodas, embarcaremos en nuestros barcos con todo nuestro dinero, diremos adiós a nuestros penates públicos y privados, y vendremos a Roma. Amontonaremos en el Comicio y en el vestíbulo de vuestra Curia todo el oro y la plata, del Estado y de los ciudadanos, y nos entregaremos nosotros mismos, con nuestras esposas e hijos, dispuestos a sufrir lo que sea que nos tengáis reservado. Que nuestra ciudad sea incendiada y saqueada lejos de nuestros ojos. Los romanos pueden pensar que los rodios son sus enemigos, pero no pueden hacer que lo sean; pues nosotros, al examinar nuestra conciencia, cualquiera que sea el rigor de los males que hayamos de sufrir, jamás realizaremos contra vosotros ningún acto hostil ni nos consideraremos vuestros enemigos.

[45.25] Después de un discurso como este, todos se postraron nuevamente, suplicantes, agitando sus ramas de olivo. Finalmente, se levantaron y salieron de la Curia. A continuación se pidió a los senadores que expusieran su parecer. Los enemigos más encarnizados de los rodios eran aquellos que habían tomado parte en la guerra como cónsules, pretores o generales. El que más hizo por ayudarles fue Marco Porcio Catón, quien aunque de natural severo e inflexible, actuó en esta ocasión como un senador indulgente y conciliador. No daré aquí muestra de su carácter elocuente transcribiendo su discurso, que se conserva íntegro en el libro quinto de sus "Origines". La respuesta dada a los rodios se redactó de tal forma que ni se les declaraba enemigos ni se les conservaba la condición de aliados. Los jefes de la embajada fueron Filócrates y Astímedes. Algunos de los embajadores decidieron acompañar a Filócrates de vuelta a Roma con el informe de sus actuaciones, otros escogieron permanecer en Roma con Astímedes, para enterarse de cuanto ocurriera e informar a sus compatriotas. Por el momento, solo se les obligó a retirar sus gobernadores de Licia y de Caria antes de una fecha determinada. Esto, que en sí mismo habría resultado un hecho lamentable, fue recibido con alegría en Rodas en la medida en que se aliviaba el temor a una guerra. Por ello, de inmediato decretaron que Teódoto, el prefecto de la flota, llevase a Roma una corona valorada en veinte mil monedas de oro. Se quería pedir una alianza con Roma, pero de tal manera que no se consultara al pueblo ni se pusiera por escrito, porque si la petición no se concedía, la humillación sería aún mayor. El prefecto de la flota tenía plenos poderes para negociar estos asuntos sin la previa aprobación de un decreto formal. Durante todos aquellos años, en realidad, habían mantenido relaciones amistosas con Roma sin obligarse a sí mismos mediante un tratado expreso de alianza, por la única razón de no quitarles a los reyes esperanzas de recibir ayuda, si en alguna ocasión la precisaban, ni a sí mismos las de recoger los frutos de la benevolencia y la buena fortuna de los monarcas. En las actuales circunstancias, parecía especialmente deseable que se estableciera una alianza; no para darles más seguridad contra otros -pues a nadie temían, excepto a los romanos-, sino para hacerles menos sospechosos ante los propios romanos. Por aquella época, los caunios se rebelaron contra ellos y los milasenses tomaron varias plazas fortificadas de los euromenses. El gobierno de Rodas no estaba tan desanimado como para darse cuenta de que si la Licia y la Caria le habían sido arrebatadas por Roma, el resto de pueblos sometidos podrían también obtener su libertad rebelándose o siendo tomadas por sus vecinos, quedando ellos mismos confinados en una pequeña y estéril isla que era incapaz de sostener la población de una ciudad tan grande. Así pues, se enviaron tropas de inmediato con las que sometieron a los caunios a su autoridad, pese a que habían recibido ayuda de los cibiratas. Derrotaron también en batalla campal a los milasenses y alabandenses, cerca de Ortosia, quienes habían unido sus fuerzas para arrebatarles la provincia de Euromos.

[45,26] Mientras sucedían todos estos acontecimientos en Caria, Macedonia y Roma, Lucio Anicio hacía campaña en Iliria. Después de hacer prisionero al rey Gencio, como ya hemos dicho, puso una guarnición en Escodra, donde había estado el palacio real, al mando de Gabinio; puso también guarniciones en Rizón y Olcinio, ciudades importantes, al mando de Cayo Licinio. Luego avanzó con el resto de su ejército al Epiro. La primera ciudad que se le rindió fue Fánote, donde salió a su encuentro toda la población llevando las ínfulas alrededor de sus frentes. Puso guarnición al lugar y marchó hacia la Molóside. Se rindieron todas las ciudades, con cuatro excepciones: Pasarón, Tecmón, Fílace y Hórreo. Pasarón fue la primera que atacó. Los dirigentes de esta ciudad eran Antínoo y Teódoto, quienes se habían distinguido por su apoyo a Perseo y su odio hacia los romanos; ellos habían sido los responsables de que toda su nación se rebelase contra los romanos. Sabiendo que la culpa recaía personalmente sobre ellos, y sin esperanza de obtener el perdón, cerraron las puertas para ser enterrados en la ruina general de su patria y exhortaron a los habitantes a preferir la muerte a la esclavitud. Nadie se atrevió a abrir los labios contra aquellos poderosos hombres. Por fin, un tal Teódoto, joven de noble cuna cuyo temor a los romanos resultaba ser mayor que el miedo a sus jefes, exclamó *¡Qué locura os posee para convertir a todos los ciudadanos en cómplices del delito de solo dos hombres? Muchas veces he oído hablar de hombres que han afrontado la muerte en nombre de su país; pero estos son los primeros que consideran que es mejor que la patria perezca en su lugar. ¿Por qué no abrimos nuestras puertas y aceptamos la soberanía que todo el mundo ha aceptado?* Como toda la multitud le siguió tras decir esto, Antínoo y Teódoto se precipitaron contra el puesto avanzado más próximo del enemigo y, ofreciéndose ellos mismos a los golpes, murieron allí por las heridas recibidas; la ciudad se rindió a los romanos. En Tecmón, su magistrado, Cefalón, se mostró igualmente desafiante y cerró las puertas. Se le condenó a muerte y la plaza se rindió; ni Fílace ni Hórreo resistieron el asedio.

Una vez quedó el Epiro finalmente pacificado y se repartió al ejército entre las ciudades apropiadas para establecer los cuarteles de invierno, Anicio regresó a Escodra, en el Ilírico, a la que habían llegado los cinco comisionados de Roma. Allí convocó a los principales magistrados de toda la provincia a una conferencia. Ascendiendo a la tribuna, efectuó el siguiente anuncio según lo acordado con los comisionados: *Por orden del Senado y el Pueblo de Roma, los ilirios serán una nación libre. Retiraré mis guarniciones de todas vuestras ciudades, ciudadelas y fortalezas. A los isenos, los taulancios y a los pirustas de Dasarecia, a los rizonitas y a los olcianos, se les concede la libertad y la exención de todo tributo, pues se pasaron a los romanos cuando Gencio estaba todavía en el poder. Igual exención se concede también a los daorsos, pues abandonaron a Caravancio para pasarse con sus armas a los romanos. A los escodrenses, dasarenses y selepitanos, así como al resto de ilirios, se les impone un tributo igual a la mitad del que pagaban al rey.* Anunció a continuación una triple división de Iliria. La primera estaba compuesta por todo el territorio al norte de Dicta, la segunda comprendía todo el país de los labeatas y la tercera incluía a los agravonitas, los rizonitas, los olciniatas y sus vecinos. Establecido así este ordenamiento en Iliria, regresó a Pasarón, en el Epiro, a sus cuarteles de invierno.

[45,27] Mientras ocurría todo esto en Iliria, Paulo, antes de la llegada de los diez comisionados, envió a su hijo, Quinto Máximo, quien había regresado de Roma, para que saqueara las ciudades de Eginio y Agasas; la última debido a que tras rendirse al cónsul Marcio y pedir voluntariamente una alianza, se había pasado nuevamente con Perseo. El delito de los eginenses era más reciente. No dieron crédito alguno al informe sobre la victoria de los romanos y trataron como enemigos a algunos de los soldados que habían entrado en la ciudad. Lucio Postumio mandó también saquear la ciudad de los enios, que habían mostrado más obstinación en su resistencia que las ciudades vecinas. Como se aproximaba el otoño, el cónsul decidió usar esta estación para efectuar una gira por Grecia y visitar los sitios a los que la fama ha engrandecido por encima de lo que la vista permite contemplar. Puso a Cayo Sulpicio Galba al mando del campamento y partió con una pequeña escolta, con su hijo Escipión y Ateneo, el hermano de Eumenes, cabalgando a su lado.

Atravesando la Tesalia se dirigió a Delfos, donde estaba el famoso oráculo. Ofreció allí sacrificios a Apolo y reservó para sus estatuas, en conmemoración de su victoria, algunas columnas sin terminar que estaban en el vestíbulo y sobre las que se había previsto colocar las de Perseo. También visitó el templo de Júpiter Trofonio en Lebadia y vio allí la boca de la gruta por la que bajan los que desean consultar el oráculo. Hay aquí un templo dedicado a Júpiter y Hercinna, donde ofreció sacrificios. A continuación, pasó a Calcis para contemplar el Euripo y el puente que conecta a la gran isla de Eubea con el continente. De allí pasó a Áulide, distante tres millas, y contempló el puerto, famoso por ser el fondeadero de las mil naves de Agamenón, así como el templo de Diana, en cuyo altar el famoso "rey de reyes" sacrificó a su hija para que su flota tuviera una favorable travesía hacia Troya. A continuación pasó a Oropo, en Ática, donde un antiguo adivino es adorado como un dios y donde hay un antiguo templo cuyas fuentes y arroyos hacen el entorno delicioso. De allí se dirigió a Atenas. Esta ciudad está llena de fama por sus antiguas glorias; tiene, no obstante, muchas cosas que vale la pena ver: la ciudadela, sus puertos, las murallas que unían la ciudad con el Pireo, los astilleros, los monumentos de grandes generales, espléndidas estatuas de dioses y hombres, magníficamente labradas en toda clase de materiales y en toda clase de estilos artísticos.

[45.28] Después de sacrificar a la diosa Minerva, la deidad tutelar de la Acrópolis [o sea, Palas Atenea; por cierto, fue en esta ciudad donde Paulo Emilio pidió a los atenienses su filósofo más notable para instruir a sus hijos y un pintor excelente para que trabajase en la decoración de su triunfo. Los atenienses eligieron a Metrodoro, a quien consideraban el mejor para desempeñar aquella doble tarea, opinión que pronto compartió el propio Paulo Emilio, marchó a Corinto, donde llegó al día siguiente. Por aquel entonces, antes de su destrucción, era una ciudad gloriosa. La ciudadela y el Istmo componían un espectáculo impresionante: con la ciudadela levantándose a una gran altura en el interior de las murallas, abundante en fuentes, y el istmo que separaba mediante una estrecha franja de tierra dos mares que se ceñían por el este y el oeste. Sición y Argos fueron la siguientes ciudades que visitó, ambas famosas; a continuación de estas fue a Epidauro, no tan rica como las anteriores pero famosa por el espléndido templo de Esculapio, a cinco millas de la ciudad, repleto en la actualidad de restos de antiguas ofrendas, que le fueron arrebatadas, y rico entonces por las ofrendas que los enfermos habían ofrecido al dios como pago agradecido por su recuperación. Marchó desde allí a Lacedemonia, una ciudad inolvidable, no por la magnificencia de sus edificios, sino por su disciplina y sus instituciones. Se acercó desde allí a Olimpia, pasando por Megalópolis. Aquí, entre los diferentes objetos que atrajeron su atención, quedó profundamente impresionado al contemplar la estatua de Júpiter, como si el propio dios estuviera allí, y dio órdenes para disponer un sacrificio más suntuoso que de costumbre, como si fuera a sacrificar en el Capitolio.

Durante este viaje a través de Grecia, tuvo cuidado en evitar hacer nada que pudiera inquietar a los pueblos aliados de Roma, sin entrar a averiguar qué sentimientos habían manifestado las ciudades o las personas durante la guerra contra Perseo. A su regreso a Demetrias fue recibido por una multitud de etolios vestidos de luto. Al preguntarles, sorprendido, qué era lo que sucedía, le dijeron que quinientos cincuenta de sus principales ciudadanos habían sido muertos por Licisco y Tisipo, después de haber sido rodeado el senado por un cordón de soldados romanos enviados por Aulo Bebio, el prefecto de la guarnición; otros habían partido al exilio, y se habían confiscado las propiedades tanto de los ejecutados como de los desterrados. Dio órdenes para que los acusados le esperasen en Anfípolis, se reunió en Demetrias con Cneo Octavio y, mientras estaba allí, le llegó la noticia de que los diez comisionados habían desembarcado en Grecia, por lo que, dejando a un lado todos los demás asuntos, se dirigió a Apolonia. Por la negligencia de su guardia, Perseo pudo ir hasta allí desde Anfípolis, pues solo hay un día de viaje. Se dice que Emilio le habló en un tono amable, pero cuando llegó al campamento, en Anfípolis, reprendió severamente a Cayo Sulpicio; en primer lugar por haber permitido que Perseo pudiera vagar tan lejos por la provincia y, en segundo lugar, por haber mostrado tanta indulgencia con sus soldados que hasta les permitió quitar las tejas

de las murallas de la ciudad para cubrir sus barracones de invierno. Ordenó que se devolvieran las tejas y que se restaurasen las partes descubiertas a su estado anterior. Perseo y su hijo mayor, Filipo, fueron entregados a Aulo Postumio para mantenerlos bajo custodia; en cuanto a la hija y el hijo menor, Emilio hizo que los trasladaran de Samotracia a Anfípolis, tratándolos con todas las consideraciones.

[45,29] Emilio dio aviso para que diez consejeros de todas las ciudades se reunieran en Anfípolis, llevando con ellos todos los documentos que se hubieran depositado, donde quiera que estuviesen, y todo el dinero perteneciente al rey. Cuando llegó el día, se dirigió al tribunal, donde tomó asiento junto a los diez comisionados y rodeado de una vasta multitud de macedonios. A pesar de que estaban acostumbrados a la demostración del poder real, esta nueva forma de poder soberano les llenó de miedo: el tribunal, la apertura de paso separando a la gente a ambos lados, el heraldo, los asistentes, todo aquello resultaba extraño a sus ojos y oídos, capaz de atemorizar incluso a los aliados de Roma, cuánto más a un enemigo vencido. Una vez que el heraldo impuso el silencio, Paulo, hablando en latín, expuso los acuerdos tomados por el Senado y por él mismo de acuerdo con los diez comisionados; el pretor Cneo Octavio, que también estaba presente, tradujo el discurso al griego. En primer lugar, se disponía que los macedonios serían un pueblo libre, poseerían sus ciudades y territorios como antes, disfrutarían de sus propias leyes y costumbres y elegirían a sus magistrados anuales. Tendrían que pagar al pueblo de Roma la mitad de los tributos que habían pagado al rey. En segundo lugar, Macedonia quedaría dividida en cuatro regiones. La primera abarcaría el territorio entre el río Estrimón y el Nesto; a esta se añadiría la zona que estaba más allá del Nesto, hacia el este, con todas las fortalezas, ciudades y pueblos que había dominado Perseo, con excepción de Eno, Maronea y Abdera; de este lado del Estrimón, hacia el oeste, toda la Bisáltica junto con la Heraclea que los nativos llamaban Síntice. La segunda región tendría como límite oriental el Estrimón, excepto la Heraclea Síntice y la Bisáltica; el límite occidental sería el río Axio, con la adición de los peonios que vivían al este del Axio. La tercera región era la comprendida entre el Axio por el este y el Peneo por el oeste, con el monte Bermión cerrando por el norte. Este territorio se aumentaría con la adición de la parte de Peonia que se extiende hacia el oeste, más allá del río Axio; Edesa y Berea se incorporaron a esta región. La cuarta estaba al otro lado del monte Bermión, frontera por un lado con Iliria y por el otro con el Epiro.

Emilio les designó, como capitales donde se celebrarían las Asambleas de las diferentes regiones, a Anfípolis para la primera, Tesalónica para la segunda, Pela para la tercera y Pelagonia para la cuarta. En ellas se convocarían las asambleas de cada región, se depositarían los tributos y se elegiría cada año a los magistrados. Su siguiente anuncio fue que se prohibía el derecho de matrimonio y el de comercio de tierras o casas entre los habitantes de las diferentes regiones, fuera de los límites de la de cada cual. No se permitía la explotación de las minas de oro y plata, pero sí el de las de hierro y cobre. Los que explotaban las minas tendrían que pagar la mitad de los tributos que habían abonado al rey. Se prohibió también el consumo de sal importada. Los dárdanos reclamaban la Peonia, aduciendo que una vez les había pertenecido y que, además, compartían frontera; el cónsul les dijo que se concedía la libertad política a todos los que hubieran sido súbditos del rey Perseo. Pero, aunque se había negado a darles la Peonia, sí les concedió el derecho a comerciar con la sal, ordenó que la tercera región la llevara a Estobos y fijó el precio al que se vendería. Prohibió a los macedonios cortar maderas para barcos o permitir que otros lo hicieran. Permitió a las regiones fronteras con los bárbaros, que eran todas menos la tercera, que mantuviesen fuerzas armadas en sus extremos más alejados.

[45.30] Estos anuncios, realizados el primer día de la reunión, produjeron diversos sentimientos entre la audiencia. El inesperado regalo de la libertad y el aligeramiento de los tributos anuales fue un gran alivio para ellos, pero la prohibición de las relaciones mutuas entre las diferentes regiones les parecía que desgarraba Macedonia como a un animal al que se privaba de

unos miembros que se necesitan unos a otros; tanto ignoraban los propios macedonios lo grande que era Macedonia, la facilidad con que se prestaba a ser dividida y lo autónoma que era cada parte por sí misma. La primera región incluía a los bisaltas, un pueblo guerrero que vive al otro lado del Nesto y a ambas orillas del Estrimón, con frutos típicos muy variados, minerales y la ciudad de Anfípolis, que se levanta cerrando todos los accesos desde del este. Por otra parte, la segunda región comprende las populosas ciudades de Tesalónica y Casandrea, así como el fértil territorio de Palene. Dispone también de las instalaciones marítimas de numerosos puertos: los de Torone, el monte Atos, Enea y Acantos, orientados unos hacia Tesalia y Eubea, y otros hacia el Helesponto. La tercera región incluye las famosas ciudades de Edesa, Berea y Pela, el belicoso pueblo de los vetios y una gran población de galos e ilirios, agricultores laboriosos. La cuarta región está poblada por los eordeos, los lincestas y los pelagones, junto con las ciudades de Atintania, Tinfeide y Elimea. Toda aquella franja del país es fría, dura y difícil de cultivar, con unos habitantes cuyo carácter se corresponde con el del país. Sus vecinos bárbaros contribuyen a hacerlos aún más feroces, a veces con la guerra y, en tiempos de paz, introduciendo sus propios ritos y costumbres. Por lo tanto, esta división de Macedonia puso de relieve cuán grande era al poner de relieve las ventajas de cada parte por separado.

[45.31] Una vez organizada Macedonia, el cónsul anunció su intención de darles leyes y citó a los etolios para que comparecieran. La investigación se dirigió más a averiguar quién había estado a favor de los romanos y quién a favor del rey, que a descubrir quiénes habían causado o sufrido injusticias. Los asesinos fueron absueltos, se confirmó el exilio de los desterrados y las muertes de los ejecutados; el único al que se encontró culpable fue a Aulo Bebio, pues había proporcionado soldados romanos para que fueran los instrumentos de la masacre. Este resultado del caso de los etolios tuvo el efecto de hacer crecer los ánimos de los partidarios de los romanos, en todas las ciudades y pueblos de Grecia, hasta un punto de insoportable insolencia; quedaron indefensos y a sus pies todos aquellos de los que se pudiera sospechar que habían estado a favor del rey. Existían en las ciudades tres clases entre los hombres principales: dos de ellas estaban compuestas por aquellos hombres que, a base de adular a los romanos o al rey, ganaban influencia para sí mismos entre sus propios conciudadanos; la tercera trató de defender sus libertades y sus leyes oponiéndose a las otras dos. Sobre estos últimos, cuanto mayor era el afecto que sentían por ellos sus compatriotas, menos se les apreciaba en el extranjero. Eufóricos por la victoria de los romanos, los simpatizantes de este bando quedaron en posesión exclusiva de todas las magistraturas y embajadas. Muchos de ellos procedían del Peloponeso, de Beocia y de otras ligas de Grecia, y se dedicaron a llenar de acusaciones los oídos de los diez comisionados. Les contaban que los partidarios de Perseo no eran solo aquellos que con ánimo vanidoso alardeaban de ser huéspedes y amigos de Perseo, sino un grupo aún más numeroso que había abrazado secretamente su causa y que, bajo el pretexto de defender sus libertades, habían estado incitando por todas partes a las asambleas para que actuasen contra Roma. La única forma de mantener la lealtad de los diferentes pueblos era aplastar a estas facciones y fortalecer la autoridad de aquellos cuyo único objetivo era apoyar el poder de Roma. Estos hombres proporcionaron una lista de nombres y el general envió cartas a Acarnania, Etolia, Epiro y Beocia, ordenando que los nombrados lo siguieran a Roma para defenderse. Dos de los comisionados, Cayo Claudio y Cneo Domicio, fueron personalmente a Acaya para publicar esta orden. Había dos razones para ello: una de ellas era su creencia de que los aqueos desobedecerían la orden por culpa de su exceso de confianza y mayor coraje, aparte de que, seguramente, corrían peligro las vidas de Calícrates y del resto de delatores. La otra era que, si bien en el caso de los dirigentes de los otros Estados se habían descubierto cartas en los archivos reales, no se había hallado ninguna prueba en el caso de los aqueos. Una vez se retiraron los etolios, se llamó a la delegación acarnania. En su caso, no se hizo ningún cambio aparte de apartar la Leúcade de la Liga acarnania. A continuación, los comisionados ampliaron el alcance de su investigación, sobre quiénes habían apoyado oficial o particularmente al rey, hasta Asia. Labeo fue enviado a destruir la

ciudad de Antisa, en la isla de Lesbos, y trasladar sus habitantes a Metimna; la razón para tomar esta medida fue que habían admitido al prefecto de la flota del rey, Antenor, en su puerto y le habían ayudado con suministros mientras navegaba frente a Lesbos. Fueron decapitados dos de sus notables: Andrónico, hijo de Andrónico, un etolio, porque había secundado a su padre y tomó las armas contra Roma, y Neón, un tebano, que había sido el principal culpable de que establecieran una alianza con Perseo.

[45.32] La asamblea de los macedonios, que había sido interrumpida por estas investigaciones, fue nuevamente convocada. En primer lugar se definió la condición de Macedonia; se debería elegir senadores -ellos los llamaban *sinedros*-, que formarían un consejo para dirigir el gobierno. A continuación se leyó una lista con los nombres de los notables macedonios que se había decidido que marchasen por delante a Italia, acompañados por sus hijos de más de quince años de edad. A primera vista, esta podía parecer una medida cruel, pero pronto resultó evidente a los macedonios que se tomaba para proteger sus libertades. Los nombres de la lista eran los de los amigos y nobles de la corte del rey, los generales de sus ejércitos, los prefectos de sus flotas y guarniciones, acostumbrados todos a servirle sumisamente y mandar a los demás con arrogancia. Algunos eran extraordinariamente ricos, otros no lo eran tanto como aquellos, pero los igualaban en sus gastos; sus mesas y ropajes eran los de unos reyes, pero carecían del espíritu del ciudadano, eran incapaces de someterse a la ley o de aceptar una libertad igual para todos. Así pues, a cada uno de los que habían estado empleados al servicio del rey, incluso los que habían sido enviados como embajadores, se les ordenó que abandonaran Macedonia y que se dirigieran a Italia, amenazando con la muerte a quien se negara a obedecer. Las leyes que Emilio les dio a los macedonios habían sido tan cuidadosamente elaboradas y consideradas que podría pensarse que las promulgaba no para enemigos vencidos, sino para aliados que habían prestado buenos servicios; y ni siquiera después de un largo periodo de uso, que es lo único que las cambia, se encontró necesidad de enmendarlas. Después de atender a los asuntos serios, celebró en Anfípolis unos juegos, que se habían preparado durante largo tiempo, con gran esplendor. Se había mandado aviso de ellos a las ciudades de Asia y a los reyes, y Emilio informó sobre ellos a los dirigentes durante su viaje por las ciudades de Grecia. Hubo una gran concentración de artistas dedicados a toda clase de artes escénicas, un gran conjunto de atletas de todas partes del mundo y caballos famosos por haber ganado numerosas carreras. Se presentaron también delegaciones de ciudades con sus animales para sacrificar; todo, en suma, de cuanto suele formar parte de estas celebraciones en honor de los dioses y los hombres. Las actuaciones fueron tan buenas que no sólo la magnificencia del espectáculo, sino la habilidad demostrada en su presentación levantaron la admiración, pues los romanos por entonces carecían de experiencia sobre este arte. El mismo cuidado se puso en los ricos y suntuosos banquetes preparados para las todas las delegaciones. Se citaba a menudo una observación del propio cónsul: *el hombre que sabe cómo ganar una guerra, sabe también cómo preparar un banquete y ofrecer unos juegos.*

[45,33] Cuando finalizaron los Juegos, el general ordenó que se cargaran en las naves los escudos de bronce y que se hiciera un gran montón con el resto de armas de todo tipo. Después, ofreció oraciones a Marte, Minerva, la Madre Lúa y al resto de dioses a quienes se deben dedicar solemnemente los despojos del enemigo, aplicando el propio general a continuación una antorcha a la pila, prendiéndole fuego; luego aplicó la suya a la de cada uno de los tribunos militares que estaban alrededor. Resultó un hecho notable que, en este gran encuentro entre Europa y Asia, donde se había reunido una multitud procedente de todas partes del mundo, unos para ofrecer sus felicitaciones y otros para contemplar el espectáculo, concentradas tantas fuerzas navales y terrestres, hubiera tanta abundancia de toda clase de mercancías y fueran tan baratas las provisiones; de modo que el general regaló, tanto a particulares como a ciudades, y hasta a naciones enteras, de todas aquellas cosas lo suficiente no solo para usarlo en aquel momento, sino incluso para llevar a

sus casas. La multitud de espectadores se mostró tan interesada en las representaciones teatrales como en los combates entre los atletas, las carreras de carros y la exhibición de los despojos de Macedonia. Estos se expusieron en su totalidad: estatuas, pinturas, tejidos, artículos de oro, plata, bronce y marfil labrados con sumo cuidado, todo lo cual había sido encontrado en el palacio, donde no se había colocado, como los que llenaban el palacio de Alejandría, para un adorno temporal, sino para su uso constante y duradero. Todo esto se embarcó en la flota y se encargó a Cneo Octavio que lo transportara a Roma. Paulo, después de despedir cortésmente a las embajadas, cruzó el Estrimón y fijó su campamento de una milla de distancia de Anfípolis. Una marcha de cinco días más lo llevó a Pela. Pasando la ciudad, llegó a un lugar llamado Peleo, donde permaneció durante dos días. Durante su estancia envió a Publio Nasica y a su hijo Quinto Máximo para devastar aquella parte de Iliria que había ayudado a Perseo, ordenándoles que se reuniesen luego con él en Orico. Él mismo tomó el camino de Epiro y después de una marcha de quince días llegó a Pasarón.

[45,34] El campamento de Anicio no estaba lejos y el cónsul le mandó una carta advirtiéndole para que no efectuara ningún movimiento ante lo que iba a suceder, pues el Senado había concedido a su ejército el botín de aquellas ciudades del Epiro que se habían pasado a Perseo. Se enviaron centuriones a cada una de las ciudades para comunicar que habían venido para retirar las guarniciones, de manera que los epirotas fuesen libres como ya lo eran los macedonios. Llamó a diez notables de cada ciudad y les advirtió que sacaran a un lugar público el oro y la plata, mandando después sus cohortes a las distintas ciudades. Las que iban a los lugares más alejados partieron antes que las que debían ir a los más cercanos, llegando todos a sus destinos el mismo día. Los tribunos y centuriones habían recibido instrucciones sobre lo que debían hacer. Todo el oro y la plata fue sacado por la mañana y, a la hora cuarta, se dio la señal a los soldados para proceder al saqueo de las ciudades. Tan grande fue la cantidad de botín obtenida que del reparto resultaron cuatrocientos denarios para cada jinete y doscientos para cada infante, tomándose ciento cincuenta mil cautivos. A continuación se derruyeron las murallas de las ciudades saqueadas, unas setenta, se vendió el botín y se repartió la cantidad obtenida entre los soldados. Paulo bajó hasta el puerto de Orico, pero sus soldados estaban lejos de haber quedado satisfechos; se mostraban indignados por no haber participado del botín real, como si no hubiesen tomado parte en la guerra de Macedonia. En Orico, se encontró con las tropas que había enviado con Escipión y Quinto Máximo, hizo embarcar a su ejército y navegó hasta Italia. Unos días más tarde, Anicio, que había convocado las asambleas de epirotas y acarnanes, ordenó que le siguieran a Italia aquellos de sus dirigentes cuyos casos se había reservado para el examen del Senado. Esperó a los buques que habían sido utilizados para trasladar al ejército desde Macedonia y, a su llegada, regresó también a Italia.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos en Macedonia y en el Epiro, desembarcó en Asia la embajada que se había mandando para acompañar a Atalo con el objetivo de poner fin a la guerra entre los galos y Eumenes. Se había acordado una tregua mientras durase en invierno: los galos se habían ido a sus casas y el rey se había retirado a sus cuarteles de invierno en Pérgamo, donde había estado gravemente enfermo. El comienzo de la primavera sacó a los galos de sus hogares y los llevó hasta Sínada, mientras que Eumenes había concentrado un ejército en Sardes con tropas procedentes de todas partes de su reino. Al saber los romanos que también se encontraba en Sínada el jefe de los galos, Solovecio, decidieron dirigirse allí para entrevistarse con él; Atalo los acompañó, pero decidieron que no entrase en el campamento galo para que no se agriase el debate. El excónsul Publio Licinio mantuvo una conversación con su líder, y regresó contando que todos los intentos por persuadirlo solo lograron volverlo más desafiante; expresó su asombro porque las palabras de los embajadores romanos hubieran logrado apaciguar las luchas entre monarcas tan poderosos como Antíoco y Tolomeo, y no hubieran tenido ningún efecto sobre los galos.

[45.35] Los primeros en llegar a Roma fueron los monarcas cautivos, Perseo y Gencio, junto con sus hijos, quedando todos bajo custodia. A estos les siguieron los macedonios y los dirigentes

de Grecia a los que se había ordenado que fuesen a Roma. En el caso de estos últimos, la convocatoria abarcó no sólo a los que se encontraban en su lugar de residencia, sino que también se citó por carta a aquellos que se encontraban con los reyes. Pocos días después, Paulo remontó el Tíber hasta la Ciudad en el barco del rey, un buque de enorme tamaño propulsado por dieciséis filas de remos y adornado con los despojos de Macedonia, magníficas armas y preciosas telas halladas en el palacio del rey. Las orillas del río estaban llenas de multitudes que salían a saludar su llegada. Anicio y Octavio, con su flota, llegaron poco después. El Senado decretó un triunfo para los tres, encargando al pretor Quinto Casio que se pusiera de acuerda con los tribunos de la plebe para que propusieran una resolución a la asamblea, a instancias del Senado, para que conservaran todos su imperio el día en que entrasen en triunfo en la Ciudad. Los hombres mediocres escapan a la envidia, que suele apuntar habitualmente a lo más alto: no se vaciló sobre la concesión del triunfo a Anicio y Octavio; pero la calumnia se centró en Paulo, con el que ni siquiera ellos se habrían atrevido a compararse sin ruborizarse. Había mantenido entre sus soldados la disciplina a la antigua usanza; había entregado a sus tropas mucho menos botín del que esperaban, teniendo en cuenta la inmensa riqueza de Perseo; sin embargo, de haber satisfecho sus demandas, no habría quedado nada para el tesoro. Todo el ejército de Macedonia estaba airado con su comandante y, por lo tanto, no tenían intención de darle su apoyo en los comicios para que se aprobase la resolución. Servio Sulpicio Galba, que había servido en Macedonia como tribuno militar en la Segunda Legión y tenía una enemistad personal con su comandante, había estado yendo personalmente entre los soldados de su propia legión, solicitando de ellos e incitando a los demás para que acudieran en masa a votar contra la resolución, pues así lograrían vengarse de su despótico y avaro general. *La plebe de la Ciudad seguiría el ejemplo de los soldados. Él no había podido entregarles dinero,* dijo, *¿deberían los soldados, entonces, conferirle el honor? No debía esperar cosechar el fruto de una gratitud que no se había ganado.*

[45.36] Irritados de este modo, se reunieron en el Capitolio. Cuando Tiberio Sempronio presentó la resolución y se dio libertad a los ciudadanos para hablar, ni una sola persona salió a apoyarla, como si se diera por sentado que se aprobaría. De repente, Servio Galba se adelantó y dijo que, siendo ya la hora octava y no quedando tiempo bastante para que presentara sus razones por las que se debía rechazar la concesión del triunfo a Publio Emilio, solicitaba a los tribunos de la plebe que se aplazara la asamblea para el día siguiente, cuando comenzaría su exposición por la mañana, ya que necesitaría un día entero para hacer su exposición. Los tribunos le dijeron que expusiera en aquel momento y lugar lo que deseara decir. Alargó entonces su discurso hasta el anochecer, recordando a su audiencia el rigor con que se había impuesto el cumplimiento de todos los deberes militares; se les había hecho pasar más trabajos y peligros de los que exigían las circunstancias mientras que, a la hora de las recompensas y distinciones, se había mostrado avaro con ellos; si tal clase de comandantes iban a salirse con la suya, la guerra se volvería más dura y repulsiva para quienes participaban en ella, al no lograr ganancias ni honores ni siquiera al llegar la victoria. Los macedonios estaban mejor que los soldados romanos. Si venían al día siguiente para votar en contra de la resolución, los hombres poderosos comprenderían que no todo depende del general y que algo está también en manos de los soldados. Incitados por este lenguaje, los soldados acudieron al Capitolio en tal número que no quedó sitio para que nadie más diera su voto. Cuando las tribus que fueron llamadas a votar en primer lugar comenzaron a hacerlo en contra de la propuesta, los notables de la Ciudad corrieron a toda prisa hacia el Capitolio, gritando que resultaba indigno aquel proceder. A Lucio Paulo, decían, el vencedor de una guerra tan grande, le estaba siendo robado su triunfo y se estaba dejando a los comandantes a merced de la indisciplina y codicia de la tropa. La corrupción política ya había sido la causa de demasiados crímenes, ¿qué pasaría si se colocaba a los soldados, como amos, por encima de sus comandantes? Todos abrumaron a Galba con sus reproches. Quedó finalmente aplacado aquel tumulto y Marco Servilio, que había sido cónsul y Jefe de la Caballería, rogó a los tribunos que iniciaran nuevamente el proceso y le dieran ocasión de

dirigirse al pueblo. Los tribunos se retiraron a deliberar y, por deferencia al prestigio de los príncipes del Senado, se dispusieron a iniciar desde el principio el debate y anunciaron su intención de llamar nuevamente a votar a las tribus que ya lo habían hecho, una vez hubieran expuesto sus opiniones Marco Servilio y cualquier otro ciudadano particular que deseara hacerlo.

[45.37] A continuación comenzó Servilio: *Ciudadanos, si no hubiese ningún otro indicio para apreciar los talentos militares de Lucio Emilio, bastaría para juzgar a tan eminente general el considerar que, teniendo en su campamento soldados tan levantiscos y dispuestos a la sedición, un enemigo personal tan ilustre y emprendedor, tan elocuente como para sublevar a la multitud, no se haya producido en su ejército ningún amotinamiento. El ejercicio severo de esa misma autoridad, que ahora aborrecen, los mantuvo unidos entonces. Sujetos así por la antigua disciplina, ni pronunciaron una palabra sediciosa, ni cometieron actos sediciosos. En cuanto a Servilio Galba, si deseaba ensayar sus fuerzas y acusar a Lucio Paulo dando muestras de su elocuencia, no debía, por lo menos, haberse opuesto a su triunfo; sino por otro motivo, al menos porque el Senado lo había considerado justo y apropiado. Tendría que haber esperado hasta el día siguiente a su triunfo, cuando ya sería un ciudadano particular y podría acusarlo ante un juez, o hasta más tarde, cuando él mismo hubiera asumido las funciones de una magistratura y pudiera llevar a juicio a su enemigo y acusarlo ante el pueblo. De esa manera, se habría recompensado a Lucio Paulo con un triunfo por haber cumplido con su deber al dirigir la guerra con tanta gloria, y se le habría castigado por cualquier acto que hubiera cometido y que fuera indigno de su antigua fama y de su recién adquirida gloria. Pero, ¡mirad!, como nada podía decir para acusarle ni para deshonrarle, trató de mancillar su reputación. Ayer por la tarde pidió todo un día para exponer sus acusaciones contra Lucio Paulo, y empleó las cuatro horas que quedaban del día en su discurso. ¿Qué acusado fue jamás tan culpable que no bastasen tantas horas para enumerar sus crímenes? Y, sin embargo, ¿qué cargos presentó contra Lucio Paulo que este hubiera querido negar si se defendiese?*

Supongamos un momento que se forman dos asambleas: una compuesta por los soldados que sirvieron en Macedonia; la otra imparcial, con el juicio libre de favoritismo o de odio, la asamblea de todo el pueblo romano. Supongamos que el acusado es presentado en primer lugar ante la asamblea de los ciudadanos vistiendo sus togas. ¿Qué dirás tú, Servilio Galba, ante los Quirites de Roma? No podrías entonces decir: "tus puestos de guardia eran demasiado duros y tensos; las rondas de vigilancia de las guardias nocturnas eran incesantes y rigurosas; los trabajos fueron más pesados que antes, pues el propio general hacía las rondas de vigilancia. Durante el mismo día, tuvisteis una marcha y librasteis una batalla; e incluso después de haber logrado la victoria no se os permitió descansar: se os mandó de inmediato en persecución del enemigo. Cuando estaba en su poder el hacerte rico, él decidió llevar el dinero del rey en su triunfo e ingresarlo en el tesoro público". Esta clase de frases puede servir para aguijonear a hombres que piensan que no se ha concedido demasiado a su indisciplina y codicia. Sin embargo, no habría servido de nada con el pueblo romano. Puede que este no recuerde los viejos relatos escuchados de sus padres, las derrotas sufridas por los comandantes que deseaban ser populares y las victorias logradas con una disciplina severa y estricta; pero, en todo caso, no han olvidado aún la última Guerra Púnica, la diferencia entre Marco Minucio, el Jefe de la Caballería, y Quinto Fabio Máximo, el Dictador. Así pues, resulta evidente que el acusador nada habría tenido que decir y que cualquier defensa de Paulo habría resultado superflua. Pero veamos ahora la otra asamblea. Y creo que no os debo llamar Quirites, sino soldados, si al menos ese título os puede provocar algo de rubor y vergüenza por la forma en que habéis insultado a vuestro comandante.

[45,38] *Ahora que imagino estar dirigiéndome al ejército, me siento de un modo muy distinto a unos momentos antes, cuando dirigía mis palabras a los ciudadanos. ¿Qué decir entonces, soldados? ¿Hay un solo hombre en Roma, aparte de Perseo, que no desee que se celebre el triunfo sobre los macedonios, y no lo estáis destrozando con las mismas armas con que vencisteis a los*

macedonios? El hombre que os impide entrar en triunfo en la Ciudad os habría impedido, de haber estado en su poder, que ganaseis la guerra. Os equivocáis, soldados, si creéis que un triunfo es un honor solo para el general, y no también para los soldados y para todo el pueblo de Roma. No es solo la gloria de Paulo lo que está aquí en juego, pues muchos que no pudieron lograr la sanción del Senado han celebrado el triunfo en el monte Albano; tan imposible es arrebatarle la gloria a Paulo de haber dado fin a la Guerra de Macedonia, como quitársela a Cayo Lutacio por la Primera Guerra Púnica o a Publio Cornelio por la Segunda. Un triunfo no va a disminuir o aumentar la grandeza de Lucio Paulo como comandante: es la justa fama de los soldados y el pueblo de Roma lo que está en cuestión. Procurad que esta acción no se considere como ejemplo de envidia e ingratitud hacia nuestros más nobles ciudadanos y parezca que copiáis a los atenienses, que persiguieron a sus hombres más notables porque celaban de su grandeza. Bastante mal actuaron vuestros antepasados en el caso de Camilo, al que trataron injustamente, sin embargo haberlo injuriado antes de que rescatase la Ciudad de los galos con su mediación; y bastante mal actuasteis vosotros mismos en el caso de Publio Africano. Hemos de enrojecer de vergüenza al recordar que está en Literno la casa y residencia del hombre que dominó África, y que en Literno sea mostrada su tumba. Si la gloria de Lucio Paulo está a la par con la de ellos, no dejéis que se le muestre el mismo trato injusto que a ellos. Comencemos entonces por borrar esa infamia, tan vergonzosa a los ojos de otras naciones como funesta para nosotros mismos; ¿quién desearía parecerse al Africano o a Paulo en una nación que es tan ingrata y hostil para con sus buenos ciudadanos? Y si no se tratase ya de la vergüenza, sino tan solo de la gloria, ¿qué triunfo, os pregunto, no conlleva una gloria que cada romano comparte? Todos aquellos triunfos sobre los galos, sobre los hispanos, sobre los cartagineses, ¿decimos que solo lo han sido de los generales, o de todo el pueblo de Roma? De la misma manera que no lo fueron tanto sobre Pirro o Aníbal, personalmente, como sobre los epirotas y los cartagineses, tampoco lo fueron tanto de Manlio Curio o Publio Cornelio sobre ellos, como de los propios romanos. Y esto es especialmente cierto dicho de los soldados: Con sus coronas de laurel, cada uno con sus condecoraciones, avanzan por la Ciudad invocando su Triunfo y cantando sus alabanzas y las de su comandante. Si en alguna ocasión no se han traído a los soldados de la provincia para el triunfo, han murmurado; pero aún así consideran que han tomado parte en él porque fueron sus manos las que lograron la victoria. Si alguien os preguntase, soldados, por qué razón se os trajo de vuelta a Italia y no se os licenció en cuanto se puso orden en la provincia, por qué habéis venido a Roma en completa formación bajo vuestros estandartes, por qué permanecéis aquí y no os dispersáis a vuestros hogares, ¿qué responderéis, sino que queréis desfilar en el triunfo? Vosotros, sin duda, debíais querer ser vistos como vencedores.

[45,39] *No hace mucho que se celebraron los triunfos sobre Filipo, padre de este hombre, y sobre Antíoco; ambos estaban en el trono cuando tuvieron lugar. ¿No se celebrará el triunfo sobre Perseo, al que se ha traído aquí prisionero con sus hijos? Suponed que Lucio Paulo, vistiendo su toga como un ciudadano más y confundido entre la multitud, contemplara a Lucio Anicio y a Cneo Octavio, cubiertos de oro y púrpura, subiendo en su carro hacia el Capitolio y les preguntara: "¿Quién creéis que merece más el triunfo, vosotros o yo?" Me parece que ambos descenderían avergonzados de sus carros y le entregarían a él sus insignias. ¿Preferís, Quirites, ver antes a Gencio en el triunfo que a Perseo? ¿Preferís que se celebre un triunfo sobre un episodio de la guerra antes que sobre toda ella? Las legiones de Iliria entrarán en la Ciudad llevando sus coronas de laurel, igual que los marineros de la flota. ¿Van a contemplar las legiones de Macedonia el triunfo de los otros después que le hayan negado el suyo? ¿Qué pasará con ese abundante botín, con esos ricos despojos de la victoria? ¿Dónde se guardarán los muchos miles de armas y armaduras arrancadas de los cuerpos de los muertos? ¿Se las devolverá acaso a Macedonia? ¿Dónde irán las estatuas de oro, mármol y marfil, las pinturas, todo el oro, la plata y la inmensa suma de dinero que pertenecía al rey? ¿Se llevarán al tesoro por la noche, como si*

fueran el producto de un robo? Y entonces, ¿dónde se mostrará al pueblo victorioso el mayor espectáculo de todos: el más rico y famoso de los monarcas, ahora prisionero? La mayoría de nosotros recordamos las multitudes que se reunieron para ver cautivo al rey Sífax, que desempeñó un papel secundario en la Guerra Púnica; ¿y se mantendrá a Perseo, un monarca prisionero, con sus hijos Filipo y Alejandro -cuyos nombres llevaron poderosos monarcas-, fuera de la vista de los ciudadanos? Los ojos de todos los ciudadanos están anhelando ver a Lucio Paulo, cónsul por segunda vez, el vencedor de Grecia, entrando en la Ciudad sobre su carro. Este fue el motivo por el que le hicimos cónsul, para que diera fin a una guerra que, para nuestra vergüenza infinita, se había estado prolongando durante cuatro años. ¿Vamos a negar un triunfo al hombre a quien, cuando la suerte le asignó la provincia, augurábamos la victoria y el triunfo al verlo partir de la Ciudad? ¿Le defraudaremos a él y también a los dioses? Vuestros antepasados los invocaban cuando iniciaban cualquier gran empresa, y también lo hacían cuando las habían llevado a cabo. Cuando un cónsul o un pretor marcha a su provincia con sus lictores, vestidos con el paludamento, recita sus oraciones en el Capitolio; cuando la guerra ha terminado y desfila vencedor en su triunfo hacia el Capitolio, lleva los presentes que les son debidos a los mismos dioses a quienes ofreció las oraciones. No son las víctimas que preceden a su carro la parte menos importante del desfile, para que todos puedan ver que el comandante vuelve para dar gracias a los dioses por los éxitos que han concedido a la República. Tomad todas esas víctimas que ha destinado para su procesión triunfal y sacrificadlas vosotros mismos en otro lugar y momento. ¿Vais a interrumpir, por instigación de Servio Galba, los preparativos para el solemne banquete del Senado, que no tiene por objeto la sola satisfacción de los hombres, sino honrar a los hombres y a los dioses, y que no se puede celebrar en ninguna casa particular ni en ningún edificio no consagrado, sino en el Capitolio? ¿Se cerrarán las puertas de la Ciudad al triunfo de Lucio Paulo? ¿Se dejará a Perseo, el rey de los macedonios, junto con sus hijos, los demás prisioneros y el botín de Macedonia, en el Circo Flaminio? ¿Tendrá que regresar Lucio Paulo a su casa, a su patria, como un ciudadano común mientras que vosotros, centuriones y legionarios, lucís las condecoraciones que Paulo os ha otorgado?

Escuchad el decreto del Senado, en lugar de las historias que cuenta Servio Galba. Escuchad lo que yo os digo, no lo que os dice él, que nada ha aprendido excepto a hacer discursos con los que solo insulta y calumnia. Yo he luchado veintitrés veces contra el enemigo, respondiendo a desafíos, y de todos ellos me llevé los despojos. Mi cuerpo está cubierto de cicatrices honorables, todas ellas recibidas siempre de frente. Se cuenta que después de esto se desvistió y explicó en qué guerra había recibido cada una de ellas. Mientras las mostraba, dejó al descubierto lo que debe ser ocultado, donde una hinchazón en la ingle provocó la risa de los que estaban más cerca a él. Y entonces continuó: *Esto de lo que os reís lo obtuve cabalgando noche y día, y no me avergüenzo más de esto que de mis otras cicatrices; nunca me han impedido servir a la república fielmente, ni en casa ni en el campo de batalla. He mostrado este cuerpo mío de viejo soldado, herido por la espada, a los más jóvenes. Que Galba se desnude ahora y muestre su piel suave y sin cicatriz alguna sobre ella. Si os parece bien, tribunos, volved a llamar a las tribus para que voten. Yo, soldados, junto a vosotros*[13] *...*

[45,40] Afirma Valerio Antias que el valor de todo el oro y la plata llevados en la procesión ascendía a ciento veinte millones de sestercios; pero si calculamos en función del número de carros y el peso que cada uno llevaba, el total, sin duda, debió haber superado esa cantidad. También se afirmaba que una segunda suma igual a ésta había sido gastada en la guerra o perdida por el rey durante su huida a Samotracia; y esto resulta aún más sorprendente, ya que todo ese dinero se había acumulado durante los treinta años transcurridos desde el fin de la guerra contra Filipo, ya sea como

13 Falta aquí una hoja del manuscrito en la que constaría el final del discurso de Servilio y la descripción de gran parte del desfile triunfal.-N. del T.]

ganancias de las minas o de otras fuentes de ingresos, de modo que mientras que Filipo siempre anduvo muy corto de dinero, Perseo pudo iniciar su guerra contra Roma con un tesoro desbordante. El último de todos fue el propio Paulo, majestuoso tanto por la dignidad de su persona como por la que le añadían sus años. Tras su carro marchaban muchos hombres distinguidos, entre ellos sus dos hijos, Quinto Máximo y Publio Escipión. Venía luego la caballería, formada por turmas, y detrás los legionarios, formados por cohortes. Los legionarios recibieron cien denarios cada uno, los centuriones el doble y la caballería el triple. Se cree que habría duplicado estas cantidades si no hubieran tratado de arrebatarle el honor, o si al anunciar aquellas cantidades hubieran mostrado su agradecimiento con aclamaciones.

Perseo, sin embargo, no fue el único ejemplo en aquellos días de triunfo de los cambios repentinos en las fortunas de los hombres. Él, es cierto, fue llevado encadenado a través de la Ciudad de sus enemigos, delante del carro de su vencedor; pero Paulo, resplandeciente en oro y púrpura, también hubo de sufrir. De los dos hijos que mantuvo con él, como herederos de su nombre y de los ritos familiares -pues había dado a dos en adopción-, el más joven, un muchacho de unos doce años, murió cinco días antes de su triunfo, y el mayor, un muchacho de catorce, falleció tres días después. Se les debería haber visto viajando en el carro de su padre, vistiendo la pretexta y anticipando triunfos similares al suyo. Pocos días después, Marco Antonio, un tribuno de la plebe, convocó una reunión de la Asamblea para que Emilio pudiera dirigirse a ella. Siguiendo la costumbre de otros generales, dio cuenta de sus hazañas, resultando su discurso memorable y digno de un dirigente romano:

[45,41] *No creo, Quirites, que ignoréis con cuánta fortuna he servido al interés de la República, ni los dos rayos que estos últimos días han alcanzado mi casa, pues habéis sido testigos de mi triunfo, primero, y después de los funerales por mis hijos; os pido, con todo, que me permitáis comparar, con los sentimientos que me embargan, la prosperidad del Estado y mi suerte personal. A mi salida de Italia, ordené a la flota que partiera de Brindisi al amanecer, llegando a Corfú a los nueve días con todos mis barcos. Cinco días más tarde ofrecía un sacrificio a Apolo en Delfos, en mi propio nombre y en el vuestras flotas y ejércitos. Cuatro días me llevó marchar de Delfos hasta el campamento donde, tras hacerme cargo del ejército, introduje cambios en ciertas cuestiones que suponían una seria interferencia con nuestras posibilidades de victoria. Como el campamento enemigo resultaba inexpugnable y no se podía obligar al rey a combatir, avancé y forcé el paso de Petra, a pesar de la fuerza situada para defenderla. Una vez aquí, obligué al rey a presentar batalla y lo derroté cerca de Pidna. Macedonia se sometió al pueblo romano y terminé en quince días una guerra que, durante cuatro años, tres cónsules antes de mi habían dirigido de tal manera que, al final, entregaban a su sucesor una tarea más difícil de la que habían recibido. Los frutos de esa victoria derivaron en nuevos éxitos: se rindieron las ciudades de Macedonia, cayó en nuestras manos el tesoro real, se capturó al propio rey con sus hijos en un templo de Samotracia, casi como si los dioses nos lo entregasen. Incluso yo empecé a considerar mi buena fortuna como algo excesivo, y por lo tanto desconfié de ella. Temí primero los peligros del mar, mientras embarcaba los tesoros reales hacia Italia y trasladaba a mi ejército victorioso.*

Pero tuvimos una travesía favorable y llegamos a Italia después de todo; no me restaba sino rezar para que se cumpliera mi ardiente deseo de que el acostumbrado giro de la fortuna afectara a mi casa y no a la República. Espero, por tanto, que vuestra prosperidad futura haya quedado asegurada gracias a mi extraordinario infortunio. Como si el destino se burlase de mi, hube de celebrar mi triunfo entre la muerte de mis dos hijos. Tanto Perseo como yo podemos ser tomados como ejemplos notables de la inconstancia de la Fortuna. Siendo él mismo un cautivo, ha visto a sus hijos conducidos delante de él como prisioneros, pero, con todo, sanos y salvos; Yo, que he triunfado sobre él, después del funeral de uno de mis hijos desfilé sobre mi carro hasta el Capitolio, regresando para encontrarme al otro a punto de morir. De todos mis hijos, ninguno queda para llevar el nombre de Lucio Emilio Paulo; pues aunque tuve una familia numerosa, ya no queda más

Paulo que yo mismo dos fueron adoptados por las familias Cornelia y Fabia. Sin embargo, vuestra felicidad y la prosperidad de la República me consuelan de la ruina de mi casa. La entereza mostrada durante este discurso produjo entre su audiencia una impresión mucho mayor que si hubiera irrumpido en lágrimas lamentándose por su pérdida.

[45.42] En las calendas de diciembre, Cneo Octavio celebró un triunfo naval sobre el rey Perseo. Ese triunfo se celebró sin cautivos y sin botín. Entregó setenta y cinco denarios a cada miembro de la tripulación, los pilotos recibieron el doble y los capitanes el cuádruple. Se convocó después una reunión del Senado y los senadores decidieron que Quinto Casio debería llevar a Perseo y a su hijo Alejandro a Alba, donde permanecerían bajo custodia. Al rey se le permitió conservar su séquito, su dinero, su vajilla de plata, su mobiliario y sus enseres. Bitis, el hijo de Cotis, rey de los tracios, fue enviado junto con los rehenes a Carseoli, para quedar allí internados. El resto de los cautivos que habían desfilado en la procesión triunfal fueron encerrados en prisión. A los pocos días, llegó una embajada de Cotis llevando una suma de dinero para el rescate de su hijo y de los restantes rehenes. Recibieron audiencia del Senado, donde pronunciaron un discurso en el que adujeron, sobre todo, que Cotis no había ayudado a Perseo por su propia voluntad, sino que se le había obligado a entregar rehenes, por lo que imploraban que les permitiera rescatarlos por la suma que fijaran los propios senadores. El Senado encargó al pretor darles la siguiente respuesta: Que el Senado tenía en cuenta las relaciones de amistad que habían existido entre Roma y Cotis, así como con los antepasados de Cotis y la nación Tracia. La misma entrega de los rehenes era el delito y no se podía alegar como excusa, pues los tracios no tenían nada que temer de Perseo estando en paz, y mucho menos cuando estaba enfrascado en una guerra contra Roma. No obstante, aunque Cotis hubiera preferido el favor de Perseo a la amistad de Roma, esta se comportaría más en consonancia a lo que correspondía a su propia dignidad que a los méritos del rey y le devolvería a su hijo y a los rehenes. Los beneficios del pueblo romano eran gratuitos; prefería dejar el valor del rescate a criterio de los corazones de aquellos que los recibían en lugar de fijar una cantidad por ellos. Se nombró tres comisionados, Tito Quincio Flaminio, Cayo Licinio Nerva y Marco Caninio Rebilo, para llevar a los rehenes de vuelta a Tracia, recibiendo cada uno de los embajadores tracios un regalo de dos mil ases. Bitis, con el resto de los rehenes, fue hecho venir desde Carseoli y enviado con su padre. Los barcos del rey, que eran los mayores que jamás se hubiesen visto hasta entonces, fueron llevados al Campo de Marte.

[45,43] Estando aún fresco en la mente de todos, y casi ante su vista, el triunfo sobre Macedonia, Lucio Anicio celebró su triunfo sobre Gencio y los ilirios en día de las Quirinalias El espectáculo en su conjunto mostró un aspecto parecido al del triunfo de Paulo, pero no igual en sus detalles. El propio general era un hombre de menor categoría, y el pueblo comparaba la posición de la casa de Anicio y su autoridad como pretor con el alto linaje de Emilio y su cargo de cónsul; y no cabía comparación entre Gencio y Perseo, o entre los ilirios y los macedonios, ni entre los despojos y riquezas llevadas en las dos procesiones o la cantidad entregada como donativo a los soldados en ambos ejércitos. Pero aunque el reciente triunfo eclipsaba a este, quedaba claro para los espectadores que, en sí mismo, no resultaba en absoluto despreciable. Los ilirios eran un pueblo formidable, tanto por tierra como por mar, que se sentían seguros en sus posiciones fortificadas, y Anicio los había sometido en un par de días, capturando al rey y a toda su familia. Se llevaron en la procesión muchos estandartes capturados, junto con otros despojos y los muebles del palacio, veintisiete libras de oro y diecinueve de plata, además de trece mil denarios y ciento veinte mil piezas de moneda iliria de plata. Ante su carro caminó Gencio con su esposa e hijos, su hermano Caravancio y varios nobles ilirios. Además del botín, cada legionario recibió cuarenta y cinco denarios, los centuriones el doble y la caballería el triple. Anicio entregó a los aliados latinos tanto como a los romanos, recibiendo los marineros lo mismo que los soldados de infantería. La tropa marchó con mucha más alegría en este triunfo, siendo el propio general objeto de muchos cantos

laudatorios. Según Antias, se obtuvo la cantidad de doscientos mil sestercios por la venta de aquel botín, además del oro y la plata depositados en el tesoro, aunque no me queda claro cómo se consiguió esta cifra; me limito a citar lo que declara este autor, sin darlo como un hecho cierto. Un senadoconsulto dispuso que Gencio, con su esposa, hijos y hermano, quedara internado en Espoleto; el resto de cautivos quedó encarcelado en Roma. Como los espoletinos se negaron a responsabilizarse de su custodia, la familia real fue trasladada a Gubbio. El resto del botín de Iliria estaba compuesto por doscientos veinte lembos. El Senado ordenó a Quinto Casio que los distribuyese entre los corcireos, los apoloniatas y los dirraquinos.

[45.44] Los cónsules para el año no habían hecho nada digno de mención en Liguria; el enemigo no salió en campaña, por lo que se limitaron a devastar el país. Volvieron a Roma para las elecciones, resultando elegidos el primer día Marco Claudio Marcelo y Cayo Sulpicio Galo como cónsules. Al día siguiente tuvo lugar la elección de los pretores, siendo elegidos Lucio Julio, Lucio Apuleyo Saturnino, Aulo Licinio Nerva, Publio Rutilio Calvo, Publio Quintilio Varo y Marco Fonteyo. Respectivamente, las provincias asignadas a cada uno fueron: las dos preturas, las dos provincias de Hispania, Sicilia y Cerdeña. Este año fue intercalar, añadiéndose los días adicionales a continuación de los Terminalia. Uno de los augures, Claudio Cayo, murió este año; los augures eligieron a Tito Quincio Flaminio en su lugar; murió también Quinto Fabio Pictor, flamen de Quirino. Aquel mismo año llegó a Roma Prusias con su hijo Nicomedes. Entró en la Ciudad con un gran séquito y se dirigió por las calles hasta el tribunal de Quinto Casio, el pretor. Como le rodeara una gran multitud, declaró que había venido para venerar a los dioses de la Ciudad, saludar al Senado y al pueblo de Roma y a felicitarlos por su victoria sobre Perseo y Gencio, así como por el incremento de sus dominios al someter a los macedonios y los ilirios. Al informarle el pretor de que el Senado le concedería una audiencia aquel mismo día, si lo deseaba, solicitó que se le permitiera una espera de dos días para poder visitar los templos de los dioses, ver la Ciudad y efectuar visitas a sus anfitriones y amigos. Lucio Cornelio Escipión, el cuestor que había sido enviado a reunirse con él en Capua, fue nombrado como guía suyo, alquilándose una residencia donde él y su séquito pudieron encontrar un amplio alojamiento. Tres días después recibió audiencia del Senado. Tras felicitar a los senadores por la victoria, enumeró sus propios servicios durante la guerra y pidió permiso para sacrificar diez víctimas adultas en el Capitolio, como cumplimiento de un voto, y una a la Fortuna en Palestrina; había ofrecido estos votos por la victoria de Roma. También pidió que se renovara la alianza con él y que se le concediera un territorio capturado a Antíoco, que los romanos aún no habían asignado a nadie y que estaba ocupado por los galos. Por último, encomendó a su hijo bajo el cuidado y protección del Senado.

Todos cuando habían desempeñado el mando en Macedonio apoyaron sus peticiones y, con una sola excepción, todas le fueron concedidas. Con respecto al territorio, sin embargo, se le dijo que se enviaría una comisión para investigar la cuestión de su propiedad. Si el territorio resultase pertenecer a Roma y no se le hubiera concedido a nadie, consideraban que nadie resultaba más merecedor de aquel que Prusias. No obstante, si resultaba que no había pertenecido a Antíoco y, por lo tanto, que no había pasado a ser propiedad del pueblo romano, o si había sido asignado a los galos, Prusias debería disculpar que el pueblo romano no le quisiera hacer un regalo en perjuicio de otros. Nadie puede recibir con agrado un regalo cuando sabe que el donante se lo puede quitar cuando quiera. El Senado aceptó la recomendación de su hijo Nicomedes; el cuidado con que el pueblo de Roma protegía a los hijos de los monarcas amigos se demostró en el caso de Tolomeo, el rey de Egipto. Con esta respuesta se despidió a Prusias. Se ordenó que se le entregaran regalos por valor de . . . sestercios y vasos de plata con un peso de cincuenta libras El Senado decidió también que se debían hacer a Nicomedes regalos por el mismo valor que los realizados a Masgaba, el hijo de Masinisa, y que las víctimas para los sacrificios y los demás requisitos para estos, tanto si deseaba ofrecerlos en Roma como en Palestrina, le serían proporcionados al rey por el erario público, igual que en el caso de los magistrados romanos. De la flota que estaba en Brindisi, se le

asignaron veinte buques para que dispusiera de ellos. Hasta que el rey hubiera llegado a la flota que le habían regalado, Lucio Cornelio Escipión le acompañaría constantemente y sufragaría todos los gastos suyos y de su séquito. Dicen que el rey quedó maravillado con la amabilidad que el pueblo romano había mostrado hacia él; rehusó aceptar cualquier regalo para sí mismo, pero ordenó a su hijo que aceptara los que le hacía el pueblo romano. Esto es lo que cuentan nuestros historiadores sobre Prusias. Polibio sostiene que el rey no era digno de la majestad de su título real; solía acudir a las reuniones con los embajadores tocando su cabeza en el píleo, con la cabeza rapada y presentándose como un liberto del pueblo de Roma, vistiendo las ropas distintivas de aquel estamento social. En Roma, también, cuando entró en el Senado, se postró y besó el umbral y llamó a los senadores sus dioses protectores, expresándose en el resto de su discurso de manera menos aduladora para su audiencia que deshonrosa para sí mismo. Después de una estancia de no más de treinta días en la Ciudad y sus cercanías, marchó hacia su reino. En Asia, se inició una guerra entre Eumenes y los galos...

PERÍOCAS DE LOS LIBROS XLVI A CXLII

LIBRO XLVI

El rey Eumenes [II Soter de Asia], que había tenido un comportamiento ambiguo durante la Guerra Macedónica, vino a Roma. Para prevenir que al llegar fuera considerado un enemigo, si no se le permitía entrar, o que se le exonerase, si se le dejaba, se aprobó una ley general para que a ningún rey le fuese permitido entrar en Roma.

El cónsul Claudio Marcelo somete a los galos alpinos y el cónsul Cayo Sulpicio a los galos ligures.

Embajadores del rey Prusias se quejaron de que Eumenes asoló su territorio y dijeron que había conspirado con Antíoco [IV Epifanes] contra el pueblo romano. A su requerimiento, se concluyó una alianza con los rodienses.

[164 adC] Los censores celebraron la ceremonia lústrica del censo. Fueron censados 337.022 ciudadanos. Fue príncipe del Senado Marco Emilio Lépido.

Cuando el rey Tolomeo [VI Filometor] fue expulsado de su reino por su hermano menor [Tolomeo VIII Evergetes Fiscon], se enviaron embajadores al último y el primero fue restituido.

[163 adC] Cuando Ariarathes [IV Eusebio], rey de Capadocia, murió, su hijo Ariarathes [V Filopator] aceptó el reino y renovó la amistad con el pueblo romano a través de embajadores.

También contiene una relación de varias batallas con distintos desenlaces contra los ligures, corsos y lusitanos; y una relación de los disturbios en Siria tras la muerte de Antíoco [IV Epifanes: 164 adC], quien dejó un hijo llamado Antíoco [V Eupator], un simple muchacho. [162 adC] Junto con su tutor Lisias, este muchacho Antíoco fue muerto por Demetrio [I Soter], el hijo de Seleuco [IV Filopator], quien había estado en Roma como rehén y huyó en secreto de Roma porque no había sido liberado, y fue aceptado en este reino.

Lucio Emilio Paulo, el que había derrotado a Perseo, murió. Aunque había traído inmensos tesoros de Hispania y Macedonia, su escrupulosidad fue tan grande que, al efectuarse una subasta, apenas se pudo reunir la dote de su esposa.

[160 adC] Las lagunas pontinas fueron drenadas por el cónsul Cornelio Cetego, a quien se asignó esta tarea, y convertidas en tierras de labor.

LIBRO XLVII

El pretor Cneo Tremelio fue multado, porque se había opuesto ilegalmente al pontífice máximo Marco Emilio Lépido. Las quejas de las autoridades religiosas fueron más poderosas que el poder de los magistrados.

Los censores celebraron la ceremonia lústrica del censo. Se censaron 328.316 ciudadanos. El príncipe del Senado fue Marco Emilio Lépido.

Se negoció un tratado entre los dos hermanos Tolomeos. Uno rigió Egipto y el otro Cirene.

El rey Ariarathes [V Filopator] de Capadocia, que había sido expulsado de su reino por iniciativa y con tropas del rey Demetrio [I Soter] de Siria, fue restituido por el Senado.

El Senado envió una delegación para mediar una disputa fronteriza entre Masinisa y los cartagineses.

[156 adC] El cónsul Cayo Marcio [Fígulo] luchó contra los dálmatas, al principio sin éxito y luego con más suerte. El motivo para ir a la guerra fue que ellos habían atacado a los ilirios, aliados del pueblo romano; [155 adC] el cónsul Cornelio Nasica sometió a los dálmatas.

[154 adC] El cónsul Quinto Opimio sometió a los ligures transalpinos, que habían atacado a los masaliotas, Antípolis y Niza.

También contiene relaciones de varias campañas sin éxito en Hispania a cargo de varios jefes.

En el quingentésimo nonagésimo octavo año tras la fundación de la ciudad, los cónsules empezaron a tomar posesión de su cargo el 1º de enero. La causa de este cambio en la fecha de las

elecciones fue una rebelión en Hispania.

Embajadores enviados para negociar entre los cartagineses y Masinisa informaron de que habían visto gran cantidad de material naval en Cartago.

Varios pretores fueron acusados por avaricia y condenados.

LIBRO XLVIII

[154 adC] Los censores celebraron la ceremonia lústrica del censo. Se censaron 324.000 ciudadanos.

Se describen las causas de la Tercera Guerra Púnica. Se dijo que un gran ejército númida, mandado por Arcobarzanes, hijo de Sifax, estaba en suelo cartaginés y Marcon Porcio Catón arguyó que aunque estas fuerzas estaban dirigidas ostensiblemente contra Masinisa, de hecho lo estaban también contra el pueblo romano y que, por lo tanto, debía ser declarada la guerra. Publio Cornelio Nasica defendió lo contrario y se acordó enviar embajadores a Cartago para ver qué estaba ocurriendo. Reprendieron al Senado cartaginés porque había, contrariamente al tratado, reunido un ejército y pertrechos para construir buques, y le propusieron hacer la paz entre Cartago y Masinisa, pues Masinisa estaba evacuando la tierra ocupada. Pero Gisgón, hijo de Amílcar, un hombre revoltoso que ocupaba una magistratura, provocó al populacho para guerrear contra los romanos; de modo que cuando el Senado [cartaginés] anunció que cumpliría con los deseos romanos, los embajadores hubieron de huir para escapar de la violencia. Cuando contaron esto, hicieron que el Senado [romano], ya hostil a los cartagineses, incrementara su hostilidad.

Marco Porcio Catón dio a su hijo, muerto durante su pretura, un funeral barato, de acuerdo a sus medios (pues era pobre).

Andrisco, quien pretendía insistentemente ser el hijo de Perseo, el antiguo rey de Macedonia, fue enviado a Roma.

Antes de morir, Marco Emilio Lépido, que había sido elegido príncipe del Senado por seis parejas de censores, ordenó a sus hijos que llevaran su féretro a la pira cubierto de lienzos sin púrpura, y que no gastaran más de un millón en el resto: las imágenes [de sus ancestros] y no la suntuosidad ennoblecerían los funerales de un hombre grande.

Hubo una investigación sobre envenenamientos. Las mujeres nobles Publilia y Licinia fueron acusadas de asesinar a sus maridos, antiguos cónsules; tras la audiencia, encomendaron sus haciendas al pretor como fianza, pero fueron ejecutadas por decisión de sus familiares.

Gulussa, el hijo de Masinisa, declaró que Cartago había efectuado una leva, que había construido una armada y que, sin ninguna duda, se estaban preparando para la guerra. Cuando Catón arguyó que se debía declarar la guerra y Publio Cornelio Nasica que era mejor no apresurarse, se decidió enviar embajadores a investigar.

[151 adC] Cuando los cónsules Lucio Licinio Lúculo y Aulo Postumio Albino reclutaron su ejército con gran rigor y sin favorecer a ninguno con excepciones, fueron puestos en prisión por los tribunos de la plebe que no pudieron obtener exenciones para sus amigos.

La Guerra Hispana había sido conducida sin éxito y provocaba tan gran confusión entre los ciudadanos romanos que ninguno quería ir como tribuno o legado; pero Publio Cornelio [Escipión] Emiliano avanzó y dijo que aceptaría cualquier tarea militar que se le encomendara. Este ejemplo aumentó el entusiasmo por la guerra.

Aunque Claudio Marcelo parecía haber pacificado todas las naciones celtíberas, su sucesor, el cónsul Lúculo, sometió a los vacceos y cántabros y varios otros pueblos de Hispania, desconocidos hasta ahora. Aquí, el tribuno Publio [Emilio] Paulo, el hijo de Lucio [Emilio] Paulo y nieto del [Publio Cornelio Escipión] Africano (aunque por adopción), mató a un desafiante bárbaro, y arrostró aún mayor peligro cuando fue asaltada la ciudad de Intercatia, pues fue el primero en escalar la muralla.

El pretor Servio Sulpicio luchó sin éxito contra los lusitanos.

Los embajadores volvieron de África con enviados cartagineses y Gulusa, el hijo de Masinisa,

diciendo que habían visto cómo se armaba un ejército y una armada en Cartago, y se decidió preguntar la opinión [de todos los senadores]. Mientras que Catón y otros influyentes senadores aconsejaban que se enviara un ejército inmediatamente a África, Cornelio Nasica dijo que aún no parecía justificada una guerra y se acordó que se abstendrían de la guerra si los cartagineses quemaban sus buques y despedían a su ejército; si hacían menos de eso, los próximos cónsules llevarían adelante la Guerra Púnica.

Al construirse un teatro, contratado por los censores, Publio Cornelio Nasica fue el autor de un decreto senatorial que decía que este edificio, tan inútil y peligroso para la moral pública, debería ser destruido; el pueblo hubo de esperar algún tiempo antes de ver actuaciones teatrales.

Cuando los cartagineses declararon la guerra a Masinisa, y rompieron el tratado, fueron vencidos por este hombre (que tenía noventa y dos años y solía comer pan sin apetito y beber sin sed) y cayeron en una guerra contra los romanos.

También cuenta cosas sobre la situación en Siria y la guerra entre sus reyes. [150 adC] En este desorden, fue muerto el rey de Siria Demetrio [I Soter].

LIBRO IL

[149 adC] El comienzo de la Tercera Guerra Púnica fue el sexcentésimo segundo año de la fundación de Roma, y llegó a su final a los cinco años de su comienzo.

Entre Marco Porcio Catón y Escipión Nasica, de los que el primero era el hombre más inteligente de la ciudad y el segundo estaba considerado el mejor hombre del Senado, hubo un debate por sus opiniones opuestas; Catón apoyaba la guerra, destrucción y saqueo de Cartago y Nasica estaba en contra. Se decidió declarar la guerra a Cartago porque los cartagineses tenían, contrariamente al tratado, barcos, porque habían enviado un ejército fuera de su territorio, porque habían guerreado contra Masinisa, un aliado y amigo del pueblo romano, y porque habían rechazado recibir en su ciudad al hijo de Masinisa, Gulusa (que iba con los embajadores romanos).

Antes de haber embarcado ninguna tropa, llegaron embajadores de Útica a Roma, para rendirse con todo lo que tenían. Esta embajada fue recibida como un buen presagio por los senadores y como un mal presagio en Cartago.

Los juegos del Dios Padre tuvieron lugar en Tarento, de acuerdo con los Libros [Sibilinos]. Festividades similares se habían celegrado cien años antes, al comienzo de la Primera Guerra Púnica, en el quingentésimo segundo año desde la fundación de la ciudad.

Treinta embajadores llegaron a Roma para rendir Cartago. Prevaleció la opinión de Catón de que la declaración de guerra debía mantenerse y que los cónsules, como se había acordado, deberían ir al frente. Cuando hubieron cruzado a África, recibieron los trescientos rehenes que pidieron y todas las armas y máquinas de guerra que hubiera en Cartago, y demandaron a las autoridades del Senado cartaginés que los cartagineses reconstruyesen su ciudad en otro sitio, distante no menos de diez millas [14,8 km] del mar. Tales demandas indignas forzaron a los cartagineses a la guerra.

El comienzo del asedio y el ataque a Cartago fue organizado por los cónsules Lucio Marcio [Censorino] y Manio Manilio. Durante el asedio, dos tribunos irrumpieron temerariamente con sus cohortes por un trozo de muralla poco defendido, sufriendo gravemente el ataque de los habitantes, pero fueron ayudados por Escipión Orfiniato [Africano]. Con ayuda de unos pocos de caballería, también liberó una fortaleza romana que había sido atacada durante la noche, y recibió la mayor gloria por la liberación de campamentos fortificados romanos que los cartagineses, saliendo en fuerza desde su ciudad, habían atacado fuertemente.

Además, cuando el cónsul (su colega había vuelto a Roma para los comicios) condujo el ejército contra Asdrúbal (que había ocupado con muchas tropas un paso inaccesible), él [Escipión Orfiniato] convenció al cónsul para no atacar en ese lugar inaccesible. Sin embargo, las opiniones de los demás, envidiosos de su inteligencia y valor, prevalecieron y él mismo entró en el paso; y cuando -como había predicho- el ejército romano fue derrotado y puesto en huida y dos cohortes fueron cercadas por el enemigo, él regresó con unas pocas turmas de caballería, les liberó y las

devolvió sin daño. En el Senado, su valor fue elogiado incluso por Catón, un hombre cuya lengua estaba mejor dotada para la crítica, pero que ahora dijo que los otros que luchaban en África eran simples sombras mientras que Escipión estaba vivo; el pueblo de Roma le recibió con tanto entusiamo que la mayoría de las tribus le eligieron cónsul, aunque no tenía la edad para ello.

Cuando Lucio Escribonio, un tribuno de la plebe, propuso una ley para que los lusitanos, que se habían rendido al pueblo romano pero habían sido vendidos [como esclavos] por Servio [Sulpicio] Galba en la Galia, fuesen liberados, Marco Porcio Catón le apoyó enérgicamente (su discurso aún existe y está incluído en sus Anales). Quinto Fulvio Nobilior, que a menudo había sido atacado por Catón en el Senado, habló a favor de Galba; y el propio Galba, viendo que estaba a punto de ser condenado, abrazando a sus dos hijos pequeños y al de Sulpicio Galo, que estaba a su cuidado, se hizo tan digno de lástima en su defensa que el caso fue sobreseído. (Tres de sus discursos aún existen: dos contra el tribuno Libo en el caso de la Lusitania, y uno contra Lucio Cornelio Cetego, en el que admite que durante una tregua masacró a los lusitanos cerca de su campamento porque, como explica, descubrió que habían sacrificado un hombre y un caballo, lo que de acuerdo con su costumbre significaba que se preparaban para atacar).

Un cierto Andrisco, hombre de la última clase, fingiendo ser hijo del rey Perseo, cambió su nombre por Filipo y huyó secretamente de la ciudad de Roma, a la que había sido enviado por el rey Demetrio [I Soter] de Siria, precisamente por tal mentira; mucha gente fue atraída por esta falsa historia (como si fuese verdad), reunió un ejército y ocupó toda Macedonia, tanto si la gente quería como si no.

Contaba la siguiente historia: nacido hijo del rey Perseo y de una concubina, había sido encomendado para su educación a cierto cretense para que, en esa situación de guerra contra los romanos, algún vástago de estirpe real pudiera sobrevivir. Sin saber de su familia y creyendo que el hombre que le enseñaba era su padre, había sido educado en Edremit hasta que tuvo doce años. Cuando este hombre cayó enfermo y estaba cerca del final de su vida, contó su origen a Andrisco y dio a su *madre* una carta que había sido sellada por el rey Perseo, que debía entregar al muchacho cuando alcanzara la madurez, y el maestro añadió que todo debía quedar en secreto hasta ese momento. Al alcanzar la madurez, Andrisco recibió la carta, por la que aprendió que su padre le había dejado dos tesoros. Hasta entonces, él solo sabía que era un hijo adoptivo y no se había preocupado de su verdadera estirpe; ahora su madre adoptiva le contó cuál era su linaje y le hizo mendigar para evitar ser asesinado, saliendo del país antes de que le alcanzase el nuevo rey Eumenes [II Soter de Pérgamo], un enemigo de Perseo. Atemorizado y esperando obtener ayuda de Demetrio, fue a Siria, donde declaró por vez primera quién era.

LIBRO L

Tesalia, a la que el falso Filipo quería invadir y ocupar con sus ejércitos, fue defendida por enviados romanos y aliados aqueos.

El rey Prusias [II el Cazador] de Bitinia, un hombre lleno de los más bajos defectos morales, fue asesinado por su hijo Nicomedes [Epifanes], que fue ayudado por el rey Atalo [II] de Pérgamo, pero tenía un segundo hijo (de quien se decía que tenía un sólo hueso creciendo en lugar de sus dientes superiores). Cuando los romanos enviaron tres embajadores para mediar entre Nicomedes y Prusias, de los cuales el primero tenía muchas cicatrices en la cabeza, el segundo estaba gotoso y del tercero se consideraba que era lento de mente, Marco [Porcio] Catón dijo que era una embajada sin cabeza, pies ni corazón.

En Siria, que había tenido hasta entonces un rey [Alejandro I Balas] que era igual a aquel de Macedonia en linaje, se había igualado a Prusias en holgazanería y lentitud, yacía en las cocinas y burdeles, donde gobernaba Hamonio, por quien todos los amigos del rey habían sido asesinados, así como la reina Laodice y Antígono, el hijo de Demetrio.

[148 adC] A los más de noventa años, murió el rey Masinisa de Numidia, un hombre insigne. Era tan vigoroso que entre otras muestras de vigor juvenil dadas en sus últimos años, estaba aún

sexualmente activo y tuvo un hijo a los ochenta y seis años. Dejó su reino a sus tres hijos (Micipsa el mayor, Gulussa y Mastanabal, que estaba muy versado en literatura griega), y les ordenó dividirlo de acuerdo con las instrucciones que acordó con Publio [Cornelio] Escipión Emiliano, que les asignó la parte del reino que habrían de regir.

El mismo hombre persuadió a Fameas Himilcón, jefe de la caballería cartaginesa y hombre valeroso y valioso para los cartegineses, para que se uniese a los romanos con sus caballeros.

De los tres embajadores que fueron enviados a Masinisa, Marco Claudio Marcelo se ahogó en el mar durante una tempestad.

En su sala del Senado, los cartagineses mataron a Asdrúbal, un nieto de Masinisa que servía con ellos como general, porque le creyeron un traidor. Su sospecha se basaba en su relación con Gulussa, el aliado de los romanos.

Cuando Publio [Cornelio] Escipión Emiliano se presentó para edil, fue elegido cónsul por el pueblo. Al no podérsele nombrar legalmente por no tener la edad, hubo una gran disputa entre el pueblo, que estaba a su favor, y los senadores, que se resistieron durante algún tiempo; pero la ley fue suspendida y se le nombró cónsul.

Manio Manlio asoló varias ciudades en los alrededores de Cartago.

[147 adC] Tras que el falso Filipo hubiera masacrado al pretor Publio Juventio con todo su ejército en Macedonia, resultó derrotado y capturado por Quinto Cecilio y Macedonia fue sometida nuevamente.

LIBRO LI

Cartago, que tenía un perímetro de veintitrés millas [34.040 metros], fue asediada con mucho esfuerzo y capturada parte a parte; primero por el legado Mancino, luego por el cónsul Escipión [Emiliano], a quien había sido encargado el mando de la provincia de África sin sorteo. Por haber sido bloqueado el viejo puerto por Escipión, los cartagineses abrieron uno nuevo, y rápida y secretamente construyeron una gran flota con la cual lucharon y perdieron una batalla naval. La fortaleza de Asdrúbal, su jefe, sobre un terreno difícil cerca de la ciudad de Néferis, fue también destruida por Escipión quien [146 adC] finalmente capturó la ciudad en el septingentésimo año tras su fundación.

La mayor parte del botín fue devuelto a los sicilianos, de quienes había sido obtenido [por los cartagineses].

Cuando Asdrúbal se rindió a Escipión durante la fase final del asedio, su esposa, que había -sólo unos días antes- sido incapaz de convencer a su marido para escapar al vencedor, se arrojó junto a sus dos hijos desde la ciudadela a las llamas de la ciudad que ardía.

Escipión, siguiendo el ejemplo de su padre, el Emilio Paulo que había conquistado Macedonia, organizó juegos y echó traidores y fugitivos a los animales salvajes.

Se describen los orígenes de la Guerra Aquea como sigue: En Corinto, embajadores romanos fueron atacados por los aqueos. Esos embajadores habían sido enviados para separar a las ciudades que estaban bajo control de Filipo [V de Macedonia] de la Liga Aquea.

LIBRO LII

En las Termópilas, Quinto Cecilio Metelo combatió contra los aqueos, a quienes apoyaron los boecios y los calcidienses. Tras su derrota, su jefe Critolao se envenenó. En su lugar, Diaeo, el instigador de la revuelta aquea, fue elegido como comandante por los aqueos, y fue derrotado en el Istmo por el cónsul Lucio Mumio. Habiendo recibido la rendición de toda la Acaia y siéndole ordenado por el Senado, saqueó Corinto, donde los embajadores romanos habían sido maltratados. Tebas y Calcis, que habían apoyado a los aqueos, fueron también destruidas. Este Lucio Mumio fue un hombre generoso: ningún objeto de arte y decoración de los que había en la *rica Corint*o entró en su casa.

Quinto Cecilio Metelo celebró un triunfo sobre Andrisco, y Publio Cornelio Escipión

Emiliano otro sobre Cartago y Asdrúbal.

En Hispania, Viriato (quien primero pasó de pastor a cazador, luego a bandido y pronto a jefe de un ejército) ocupó toda la Lusitania, rodeó al ejército del pretor Marco Vetilio y le capturó, tras lo cual el pretor Cayo Plautio luchó sin ninguna suerte. Este enemigo inspiró tanto miedo que se requirió un cónsul con su ejército.

Se habla también de la situación en Siria y la guerra entablada entre sus reyes. Como ya se indicó, Alejandro [I Balas], un hombre desconocido de linaje incierto, gobernó Siria tras el asesinato del rey Demetrio [Soter]. [145 adC] Demetrio [II Nicator], hijo de Demetrio, que había sido enviado a Cnido por su padre por las inseguridades de la guerra, despreció la indolencia y lentitud de Alejandro y le mató en una batalla en la que fue ayudado por el rey Tolomeo [VI Filometor] de Egipto, con cuya hija, Cleopatra [Thea], se había casado. Tolomeo recibió una herida grave en la cabeza y murió cuando los cirujanos practicaban una trepanación para curar la herida; fue sucedido por su hermano menor Tolomeo [VIII Evergetes] (que reinaba en Cirene). Por la crueldad con que Demetrio torturó a su propio pueblo, fue derrotado en la guerra y forzado a huir a Seleucia por un tal Diodoto, uno de sus súbditos y hombre que apoyó la reclamación al trono de un hijo de dos años de Alejandro.

Lucio Mumio celebró un triunfo sobre los aqueos y llevó en la procesión pinturas y estatuas de bronce y mármol.

LIBRO LIII

[143 adC] El cónsul Apio Claudio sometió a los salasianos, una tribu de los Alpes.

En Macedonia, otro falso Filipo fue muerto, con su ejército, por el cuestor Lucio Temelio.

El procónsul Quinto Cecilio Metelo derrotó a los celtíberos y el procónsul Quinto Fabio recuperó gran parte de la Lusitania tras haber asolado varias ciudades.

El senador Acilio escribió una Hitoria Romana, en griego.

LIBRO LIV

[141 adC] En Hispania, el cónsul Quinto Pompeyo derrotó a los termestinos. Con ellos y con los numantinos firmó un tratado de paz que no fue ratificado por el pueblo romano.

[139 adC] Los censores celebraron la ceremonia lústrica del censo. Se censaron 328.442 ciudadanos.

Cuando los embajadores macedonios llegaron para quejarse sobre el pretor Décimo Junio Silano, que había aceptado sobornos y había saqueado la provincia, el Senado quiso conocer de las denuncias; pero Tito Manlio Torcuato (el padre [adoptivo] de Silano) pidió, y se le concedió, juzgar el caso. Una vez en casa, condenó y repudió a su hijo. Y no asistió al funeral de su hijo, que se ahorcó, sino que permaneció en casa ofreciendo consejo legal a quienes se lo requerían, como era su costumbre.

En Hispania, las cosas le iban bien al procónsul Quinto Fabio pero las echó a perder al firmar un tratado de paz con Viriato, de igual a igual.

Viriato fue asesinado por traidores, instigados por Servilio Cepión, y fue hondamente llorado por sus soldados, que le dieron un espléndido funeral. Durante catorce años, este gran hombre y comandante había conducido la guerra contra los romanos, a menudo con éxito.

LIBRO LV

[138 adC] Cuando los cónsules Publio Cornelio Nasica (cuyo sobrenombre Serapión fue inventado por el irreverente tribuno de la plebe Curiacio) y Décimo Junio Bruto estaban practicando el alistamiento, sucedió algo frente a los reclutas que sirvió como un ejemplo: Cayo Matieno fue acusado ante los tribunos por haber desertado del ejército de Hispania y fue, tras haber sido condenado, puesto bajo el yugo, azotado con varas y vendido por un sextercio.

Por no haber permitido a los tribunos elegir diez hombres que quedasen libres del servicio

militar, ordenaron poner en prisión a los cónsules.

En Hispania, el cónsul Junio Bruto otorgó tierra y una ciudad, llamada Valencia, a aquellos que combatieron a las órdenes de Viriato.

Tras haber rechazado el Senado la firma de un tratado de paz, Marco Popilio y su ejército fueron derrotados y puestos en fuga por los numantinos.

[137 adC] Cuando el cónsul Cayo Hostilio Mancino quiso hacer un sacrificio, los pollos volaron del gallinero, y cuando abordó su barco para navegar a Hispania se oyó una voz que dijo: *¡Quédate, Mancino!* Esto fue un mal presagio, como demostraron los hechos, pues no sólo fue derrotado sino también expulsado de su campamento fortificado, y cuando desesperó de salvar su ejército, concluyó un tratado de paz ignominioso que el Senado rechazó ratificar. Cuarenta mil romanos habían sido derrotados por cuatro mil numantinos.

Asolando todas sus ciudades hasta alcanzar el Océano, Décimo Junio sometió completamente la Lusitania, y cuando sus soldados rechazaron cruzar el río Limia él tomó el estandarte, lo llevó a través de las aguas y les convenció para que le siguieran.

[Antíoco] El hijo de Alejandro, rey de Siria, que era un simple muchacho de diez años, fue asesinado por la perfidia de su tutor Diodoto, llamado *el Magnífico*. Había sobornado a los médicos, quienes dijeron que el chico sufría gravemente de cálculos [¿renales?] y murió en la mesa de operación.

LIBRO LVI

En Hispania Ulterior, Décimo Jumio Bruto luchó victoriosamente contra los galaicos. El procónsul Marco Emilio Lépido obtuvo diversos resultados contra los vacceos, frente a los que sufrió una derrota igual a la de Numancia. Para liberar al pueblo del tratado con Numancia, su instigador, Mancino, fue entregado a los numantinos, pero ellos no le aceptaron.

Los censores celebraron la ceremonia lústrica del censo. Fueron censados 317 933 ciudadanos.

[135 adC] El cónsul Fulvio Flaco sometió a los vardeos en Iliria.

En Tracia, el pretor Marco Cosconio luchó victoriosamente contra los escordiscios.

[134 adC] Por errores de los comandantes, y para vergüenza del Estado, la Guerra Numantina se arrastraba, por lo que el Senado y el pueblo ofrecieron el consultado a Escipión Africano [Emiliano]; y al no aceptar él por no permitírselo la ley, que prohibía un segundo consulado, se cambiaron las normas, como ya sucedió durante su consulado anterior.

Al no poder terminar los pretores con la Guerra Servil en Sicilia, se envió al cónsul Cayo Fulvio. Esta guerra fue comenzada por un esclavo sirio llamado Euno, quien reunió a esclavos rurales, abrió los ergástulos y agrandó su grupo hasta el tamaño de un ejército. Otro esclavo, Cleón, reunió 70.000 esclavos, y el ejército romano resultó frecuentemente derrotado cuando se unieron los ejércitos esclavos.

LIBRO LVII

[133 adC] Escipión Africano [Emiliano] cercó Numancia y restauró la más estricta disciplina en un ejército que estaba corrompido por la lujuria y la laxitud. Prohibió todos los instrumentos de placer, expulsó a dos mil prostitutas del campamento, hizo trabajar cada día a los soldados, y les ordenó llevar treinta días de comida y siete estacas. A un hombre que llevaba su carga con indolencia, le dijo: *Cuando sepas cómo hacer un muro de tu espada, dejarás de construir la muralla;* y a otro que llevaba el escudo con dificultad, le dijo: *Aunque llevases un escudo mayor de lo normal, no te tengo miedo porque manejas mejor el escudo que la espada*. Cuando un soldado era visto fuera de las filas, le azotaba con un sarmiento si era romano y con bastón si era extranjero. Vendió todos los animales, para que no aliviaran a los soldados de sus cargas. Frecuentemente luchó contra las salidas enemigas. Cuando los vacceos fueron sitiados, éstos mataron a sus hijos y mujeres y se suicidaron.

A Escipión le fueron enviados caros regalos por el rey Antíoco [VII] de Siria, y -aunque era costumbre de otros jefes esconder los presentes reales ordenó aceptar los regalos frente al tribunal, y dijo a los cuestores que anotaran los presentes en los registros públicos; de éstos, dio recompensas a los hombres valerosos. Cuando hubo cercado Numancia por todas partes y advirtió que los sitiados sufrían de hambre, ordenó que no se matase a aquellos enemigos que salían en busca de comida, pues acabarían antes sus suministros cuantos más fuesen.

LIBRO LVIII

Contra los deseos del Senado y del orden ecuestre, el tribuno de la plebe Tiberio Sempronio Graco promulgó una ley agraria: Nadie podría poseer más de mil yugera [25.180 áreas] de tierra pública. En un arrebato de furor expulsó mediante un decreto a su colega Marco Octavio porque había defendido el punto de vista opuesto; y se había elegido, junto a su hermano Cayo Graco y a su suegro Apio Claudio, como miembros de un triunvirato para repartir las tierras. Llevó otra ley agraria (tendente a obtener más tierras) por la que el triunvirato juzgaría qué terrenos pertenecían al Estado y cuáles a los privados. Cuando resultó haber menos tierra de la que podía dividir sin incurrir en la cólera de la plebe -Graco les había vuelto tan avariciosos que esperaban una gran cantidad-, anunció que promulgaría una ley para repartir el dinero que fue del rey Atalo [III] entre aquellos que desearan, de acuerdo con la primera ley, recibir dinero [en vez de tierras]. (El rey Atalo de Pérgamo, el hijo de Eumenes [II], había nombrado al pueblo romano su heredero).

El Senado, especialmente el antiguo cónsul Tito Anio, estaba conmocionado por estos hechos. Cuando Anio hizo un discurso contra Graco en el Senado, fue arrestado por Graco y acusado ante los plebeyos, y Anio hizo ahora un discurso público contra él. Cuando Graco quiso ser reelegido como tribuno, fue asesinado en el Capitolio por los optimates, guiados por Publio Cornelio Nasica. Graco fue golpeado en primer lugar por un trozo de silla y, con aquellos que murieron en la lucha, se le lanzó al río sin funeral.

También se relatan los sucesos de varias salidas contra los esclavos huidos en Sicilia.

LIBRO LIX

Forzados por el hambre, los numantinos acordaron darse muerte unos a otros, y Escipión Africano [Emiliano] saqueó la ciudad capturada y celebró un triunfo en el decimocuarto año tras la destrucción de Cartago.

[132 adC] El cónsul Publio Rupilio derrotó en Sicilia a los esclavos huidos.

Aristónico, el hijo del rey Eumenes, [de hecho Atalo II Filadelfo], ocupó Asia, que había sido legada al pueblo romano y que se suponía era libre. [131 adC] El cónsul Publio Licinio Craso, que era al mismo tiempo pontífice máximo (algo que nunca había ocurrido antes), marchó contra ellos desde Italia pero fue derrotado y muerto en batalla. [130 adC] El cónsul Marco Perpenna, sin embargo, venció a Aristónico y aceptó su rendición.

[129 adC] Los dos primeros censores plebeyos, Quinto Pompeyo y Quinto Metelo, celebraron la ceremonia lústrica del censo. Fueron censados 318.823 ciudadanos, sin contar pupilos, pupilas ni viudas. El censor Quinto Metelo propuso que todos debían ser obligados a casarse para tener más niños. (Su discurso aún existe, y fue recitado en el Senado por Augusto César, como si hubiera sido escrito recientemente, cuando propuso una ley matrimonial)

El tribuno Cayo Atinio Labeo ordenó que se arrojara al censor Quinto Metelo desde la roca [Tarpeia], por no haberle incluido al revisar la lista de senadores; los otros tribunos de la plebe le ayudaron [a Metelo].

Cuando el tribuno [Cayo Papirio] Carbo propuso que cualquiera pudiera ser tribuno siempre que quisiera, Publio [Cornelio Escipión] Africano [Emiliano] arguyó contra esta ley con un grave discurso, en el que dijo que Tiberio Graco fue muerto legalmente. Aunque Cayo Graco habló a favor de la propuesta, Escipión ganó.

Se da cuenta de la guerra entre el rey Antíoco [VII] de Siria y Fraates [II] de los Partos y de la

no menos turbulenta situación de Egipto. Tolomeo (apodado Evergetes) era odiado por su pueblo por ser demasiado cruel, y huyó secretamente a Chipre cuando el pueblo dio fuego a su palacio; y cuando el reino fue entregado por el pueblo a su hermana Cleopatra (de la que se había divorciado tras haber raptado y violado a su hermana virgen), él mató, en un rapto de cólera, al hijo que ella le había dado y mandó su cabeza, manos y pies a su madre.

Se produjeron alborotos excitados por los triunviros Fulvio Flaco, Cayo Graco y Cayo Papirio Carbo, a cuenta de la división de tierras. Aunque había vuelto a casa con buena salud, Publio [Cornelio] Escipión Africano [Emiliano] fue hallado muerto en su dormitorio tras oponerse [a los triunviros] el día anterior. Su esposa fue sospechosa de envenenarle, principalmente porque Sempronia era la hermana de los Gracos, a quienes el Africano se había opuesto. Con todo, no hubo acusación por la muerte. Tras ésta, aumentaron las revueltas de los triunviros.

El cónsul Cayo Sempronio luchó, al principio sin éxito, contra los iapidios, pero la derrota fue compensada por una victoria ganada por las virtudes de Décimo Junio Bruto (el hombre que había sometido la Lusitania).

LIBRO LX

[126 adC] El cónsul Lucio Aurelio sometió a los rebeldes sardos.

[125 adC] Marco Fulvio Flaco, enviado a ayudar a los marselleses contra los galos saluvianos que vivían en la frontera marsellesa, fue el primero en someter a los ligures transalpinos.

El pretor Lucio Opimio aceptó la rendición de los fregelanos rebeldes y saqueó Fregellas.

Hay una referencia a una plaga de langosta en África y el gran número de insectos muertos.

[124 adC] Los censores celebraron la ceremonia lústrica del censo. Fueron censados 394.736 ciudadanos.

[123 adC] El tribuno Cayo Graco, hermano de Tiberio y más elocuente, propuso varias leyes peligrosas, entre ellas una sobre el suministro de grano, que debía ser vendido a seis ases y un tercio a la plebe; una ley agraria como la de su hermano; y una tercera ley tendente a corromper al orden ecuestre (que por aquel tiempo colaboraba con el Senado), para que seiscientos caballeros fueran añadidos al Senado. Porque, por entonces, sólo había trescientos senadores, y los seiscientos caballeros y trescientos senadores se mezclarían, teniendo entonces mayoría los caballeros en el Senado. Tras continuar Graco otro año con un segundo tribunado, añadió nuevas leyes agrarias que resultaron en la fundación de varias colonias en Italia de las que él mismo fue uno de los tres fundadores.

También contiene relatos de la guerra de Quinto [Cecilio] Metello contra aquellos baleáricos a quienes los griegos llaman Gymnesios, porque van desnudos durante el verano. Los baleáricos recibieron su nombre por sus proyectiles, o de Balio, un compañero de Hércules que éste dejó atrás cuando navegó hasta Gerión.

Se da una descripción de la situación en Siria, donde Cleopatra [Thea] mató primero a su marido Demetrio [II Nicator] y después a su hijo Seleuco [V], pues le odiaba. Tras haber ella asesinado a su padre, él aceptó la diadema sin su permiso.

LIBRO LXI

Tras haber derrotado a la tribu de los saluvianos, el procónsul Cayo Sextio fundó la colonia de Aix-en-Provence, que fue llamada así por su abundancia de fuentes calientes y frías.

El procónsul Cneo Domicio combatió con éxito contra los alóbroges, cerca de la ciudad de Mourre-de-Sève. La causa del inicio de esta guerra fue que los alóbroges había ofrecido refugio al rey Toutomotulo de los saluvianos, y le habían apoyado de todos los modos posibles cuando devastó la tierra de los eduos, aliados del pueblo romano.

[121 adC] Tras un tribunado sedicioso, Cayo Graco ocupó el Aventino con una multitud armada, pero, tras haber decidido el Senado convocar al pueblo a las armas, fue rodeado y muerto [Cayo Graco] por el cónsul Lucio Opimio. El antiguo cónsul Fulvio Flaco, aliado de Graco en su

locura, murió con él.

El cónsul Quinto Fabio Máximo, nieto de Paulo, luchó victoriosamente contra los alóbroges y Butuito, el rey de los arvernos. Del ejército de Butuito, 120.000 hombres fueron muertos; después que el propio rey hubiera de ir a Roma para dar satisfacción [firmar la paz] al Senado, se le custodió en Alba por no parecer que su vuelta a la Galia fuera en interés de la paz. También se decidió detener a su hijo Congonnetiaco y enviarle a Roma. Se aceptó la rendición de los alóbroges.

[120 adC] Lucio Opimio, acusado ante el pueblo por Quinto Decio, tribuno de la plebe, de haber encarcelado a ciudadanos sin juicio, fue absuelto.

LIBRO LXII

[118 adC] El cónsul Quinto Marcio derrotó a los stynos, una tribu de los Alpes.

Cuando murió el rey Micipsa de Numidia, dejó su reino a sus tres hijos: Aderbal, Hiempsal y Yugurta (el hijo adoptivo de su hermano).

Yugurta atacó a su hermano Hiempsal, que fue derrotado y muerto. Aderbal fue expulsado del reino, pero restituido por el Senado.

Lucio Cecilio Metelo y Cneo Domicio Ahenobarbo, en su calidad de censores, expulsaron a treinta y dos miembros del Senado.

También habla de los disturbios en Siria y de una querella entre sus reyes.

LIBRO LXIII

[114 adC] En la Tracia, el cónsul Cayo Porcio luchó sin éxito contra los escordiscos.

Los censores celebraron la ceremonia lústrica del censo. Fueron censados 394.336 ciudadanos.

Las Vírgenes Vestales Emilia, Licinia y Marcia fueron condenadas por impudicia. Hay una descripción de cómo se cometió tal impudicia, se descubrió y castigó.

[113 adC] En busca de botín, la tribu nómada de los cimbrios llegaron a Iliria. El cónsul Papirio Carbo y su ejército fueron derrotados por ellos.

[112 adC] En Tracia, el cónsul Livio Druso luchó con éxito contra los escordiscos, una tribu de ascendencia gala.

LIBRO LXIV

Aderbal, atacado por Yugurta y asediado en la ciudad de Cirta, fue muerto en violación de un decreto senatorial. [111 adC] Por esto, se declaró la guerra a Yugurta, y el cónsul Calpurnio Bestia, que fue enviado a mandar esta guerra, concluyó un tratado con Yugurta, sin que hubiera sido ordenado por el pueblo o el Senado.

Bajo un salvoconducto, Yugurta fue invitado a Roma para que pudiera señalar a los que estaban compinchados con él (se decía que había corrompido a muchos senadores con sobornos), y llegó. Por haber asesinado a cierto régulo llamado Massiva que intentó reclamar el reino del odiado Yugurta al pueblo romano, Yugurta se arriesgaba a perder la cabeza y huyó de la ciudad. Se cuenta que, al huir, dijo: *¡Oh, ciudad corrupta, qué pronto te venderías si hubiera quién te comprase!*

[110 adC] El legado Aulo Postumio fue derrotado en una batalla por Yugurta y añadió a esto un tratado de paz deshonorable, que el Senado no ratificó.

LIBRO LXV

[109 adC] El cónsul Quinto Cecilio Metelo derrotó a Yugurta en dos batallas y devastó toda Numidia.

[108 adC] El cónsul Marco Junio Silano luchó sin éxito contra los cimbrios. El Senado se negó a aceptar la petición de tierra y lugar para asentarse de los embajadores cimbrios.

El procónsul Marco Minucio luchó con éxito contra los tracios.

[107 adC] En el país de los nitióbrigos, el cónsul Lucio Casio [Longino] fue masacrado con su

ejército por los galos tigurinos, una tribu helvecia que había abandonado su país. Tras que los soldados supervivientes hubieran entregado rehenes y la mitad de sus posesiones, fueron liberados sin armas como se acordó.

LIBRO LXVI

[106 adC] Cuando Yugurta, expulsado de Numidia por Cayo Mario, recibió ayuda de Boco, rey de los mauros, las tropas de Boco fueron degolladas en batalla y Boco ya no quiso seguir con la guerra que tan desafortunadamente había emprendido. Encadenó a Yugurta y lo entregó a Mario; en este asunto, el principal actor fue Lucio Cornelio Sulla [Sila], el cuestor de Cayo Mario.

LIBRO LXVII

[105 adC] Tras la derrota de su ejército, Marco Aurelio Escauro, un legado del cónsul, fue capturado por los cimbrios y llamado a su consejo, donde les disuadió de cruzar los Alpes y marchar a Italia diciéndoles que no se podía vencer a los romanos. Fue asesinado por un joven feroz, Boiorix. Derrotados por los mismos enemigos, el cónsul Cneo Manlio y el procónsul Quinto Servilio Cepio fueron expulsados de sus campamentos fortificados; según Valerio Antias, 80 000 soldados y 40.000 siervos y acompañantes resultaron muertos cerca de Arusio. Cepio, por cuya temeridad se produjo la derrota, fue condenado; se confiscaron sus propiedades (por primera vez desde el rey Tarquinio) y abrogados sus poderes.

[104 adC] Durante el triunfo de Cayo Mario, Yugurta marchó delante del carro con sus dos hijos, y se le ejecutó en prisión. Mario entró en el Senado con ropaje triunfal, lo que nadie había hecho antes, y su consulado fue prolongado por el miedo producido por la Guerra Cimbria. Él estaba fuera [de Roma] cuando fue elegido cónsul por segunda y tercera vez, y obtuvo un cuarto consulado fingiendo que no lo quería.

El pueblo eligió a Cneo Domicio como Pontífice Máximo.

Habiendo devastado todo entre el Ródano y los Pirineos, los cimbrios se movieron a través de un paso de montaña hacia Hispania de donde fueron -tras haber destruido muchas regiones- expulsados por los celtíberos. Volvieron a la Galia y se unieron a los teutones en la tierra de los veliocassios.

LIBRO LXVIII

El pretor Marco Antonio persiguió a los piratas en Cilicia.

[102 adC] El cónsul Cayo Mario defendió su campamento fortificado contra un violento ataque de los teutones y los ambrones. Tras esto, derrotó a estos enemigos en dos batallas cerca de Aix-en-Provence en las cuales -dicen- murieron 200.000 enemigos y 90.000 fueron capturados.

[101 adC] Mario fue elegido para su quinto consulado en ausencia. Pospuso el triunfo que se le ofreció hasta que hubiese también derrotado a los cimbrios.

Los cimbrios, habían rechazado y puesto en fuga al procónsul Quinto Cátulo, quien intentó bloquear los pasos de los Alpes (dejó una cohorte en una fortaleza cerca del río Adigio; pero por su propio valor, ellos se abrieron paso y persiguieron al procónsul que huía con su ejército), invadieron Italia, [100 adC] pero fueron derrotados en una batalla por las fuerzas combinadas de este Cátulo y Cayo Mario; se dijo que murieron 160.000 enemigos y 60.000 fueron capturados.

Aunque a Mario se le ofreció por consenso de todos los ciudadanos celebrar dos triunfos, se contentó con uno sólo. El primero de los ciudadanos, que hasta entonces había envidiado a aquel *hombre nuevo*, tuvo que admitir que el Estado había sido salvado por él.

Publicio Maleolo, que había asesinado a su madre, fue el primero en ser metido en un saco y arrojado al mar.

Se dijo que los escudos sacrados se movieron y temblaron antes de que terminara la Guerra Cimbria.

También habla de la guerra entre los reyes sirios

[Antíoco VIII y Antíoco IX].

LIBRO LXIX

Usando violencia, Lucio Apuleyo Saturnino, que tenía la ayuda de Cayo Mario, y cuyo rival Aulo Nunio había sido asesinado por soldados, fue nombrado tribuno de la plebe y ocupó su tribunado no menos violentamente que como lo había obtenido. Cuando hubo presentado una ley agraria, acusó a Metelo Numídico, quien no había jurado guardar esa ley. Fue defendido por los mejores ciudadanos, pero marchó al exilio voluntario en Rodas porque rechazó ser causa de disturbios civiles. Allí, encontró distracción en la lectura y audición de los grandes oradores.

Cuando se hubo marchado, Cayo Mario, que era el responsable de las revueltas y había comprado un sexto consulado repartiendo dinero entre las tribus, confirmó el exilio de Metelo.

El mismo tribuno Apuleyo Saturnino asesinó a Cayo Memio, un candidato al consulado de quien temía que estaba contra él. Impresionado con tales crímenes, el Senado, de cuyo lado Cayo Mario (hombre de ideas y planes cambiantes, siempre persiguiendo la fortuna) se puso, capturó a Saturnino junto al pretor Glaucia y otros aliados que les acompañaban en su locura, y les mató en algo parecido a una batalla.

Con la aprobación de todos los ciudadanos, Quinto Cecilio Metelo fue llamado del exilio.

El procónsul Manio Aquilio puso fin a la guerra contra los esclavos que se había originado en Sicilia.

LIBRO LXX

Cuando Manio Aquilio fue acusado de extorsión, rechazó apelar al jurado, y Marco Antonio, que había hablado a su favor, desgarró la túnica sobre su pecho para mostrar sus honorables cicatrices. Sin más ruido, fue absuelto (Cicerón es la única fuente para este asunto).

[97 adC] El procónsul Tito Didio luchó con éxito contra los celtíberos.

[96 adC] Tras su muerte, el rey Tolomeo de Cirene, apodado Apión, hizo su heredero al pueblo de Roma y el Senado decretó que todas las ciudades de su reino serían libres.

[95 adC] Ariobarzanes fue traído de vuelta al reino de Capadocia por Lucio Cornelio Sila. Embajadores de los Partos, enviados por el rey Arsaces, visitaron a Sila para pedir la amistad del pueblo romano.

[92 adC] Por haber defendido Asia contra los excesos de los publicanos como legado del procónsul Cayo Mucio, Publio Rutilio, un hombre totalmente inocente, fue odiado por el orden ecuestre, que controlaba los tribunales de justicia, y que le envió al exilio condenado por extorsión.

El pretor Cayo Sencio luchó sin éxito contra los tracios.

[91 adC] El Senado, que rechazó aceptar el control de los tribunales de justicia por el orden ecuestre, empezó a tratar de transferir su control al propio Senado. Fue apoyado por el tribuno Marco Livio Druso quien, para obtener más poder, agitó al pueblo con la perniciosa esperanza de las dádivas.

También se habla de los problemas en el reino sirio.

LIBRO LXXI

[91 adC] Marco Livio Druso, un tribuno de la plebe que deseaba aumentar los poderes del Senado, apeló a los aliados y las naciones itálicas y les hizo tener esperanzas por alcanzar la ciudadanía romana; con su ayuda, promulgó por la fuerza leyes sobre la distribución de tierras y grano, y también promulgó una ley sobre la jurisdicción con el efecto de que los jurados estarían compuestos por una mitad de senadores y otra de caballeros. Cuando no pudo mantener su promesa de otorgar la ciudadanía a sus aliados, los airados itálicos empezaron a pensar en la defección. Se cuentan [en este libro] sus asambleas y conspiraciones y los discursos en el consejo de sus jefes. Por tales motivos, Livio Druso se volvió odioso hasta en el Senado, como si él hubiese sido la causa de la Guerra Social, y fue asesinado por un desconocido en su propia casa.

LIBRO LXXII

Las siguientes naciones itálicas se rebelaron: picentinos, vestinianos, marsos, pelignios, marrucinos, samnitas y lucanios. El primer hecho de la guerra lo hicieron los picentinos, que mataron al procónsul Quinto Servilio en la ciudad de Áscoli junto con todos los ciudadanos romanos que había en la ciudad. El pueblo vistió el sagum [capa militar].

Servio Galba, que fue capturado por los Lucanios, fue liberado de su cautividad por una mujer con la que había estado alojado. Las colonias de Isernia y Alba fueron asediadas por los itálicos. Se cuentan las tropas que fueron enviadas en auxilio del pueblo romano por los latinos y naciones extranjeras, las expediciones de ambos bandos y los asaltos de las ciudades.

LIBRO LXXIII

[90 adC] El cónsul Lucio Julio César, perdió una batalla contra los samnitas. La colonia de Nola cayó en manos de los samnitas junto con el pretor Lucio Postumio, que es ejecutado.

Muchas naciones se pusieron de lado de los enemigos. Cuando el cónsul Publio Rutilio luchó contra los marsios, con resultados diversos, y cayó en combate, su legado Cayo Mario tuvo más éxito en una batalla contra el enemigo.

Servio Sulpicio hizo huir a los pelignios.

Cuando Quinto Cepio, legado de Rutilio, fue asediado y rechazó con éxito a los enemigos y se le dieron iguales poderes a Cayo Mario, se volvió temerario, fue cercado en una emboscada y cayó en la huida de su ejército.

El cónsul Lucio Julio César luchó con éxito contra los samnitas. Por esta victoria, Roma se quitó el sagum [capa de guerra].

Para mostrar las diversas suertes de la guerra, la colonia de Isernia, junto con Marco Marcelo, cayó en manos de los samnitas, pero Cayo Mario hizo huir a los marsios y Hierio Asinio, pretor de los marrucianos, fue muerto.

En la Galia Transalpina, Cayo Celio derrotó a los saluvianos rebeldes.

LIBRO LXXIV

[89 adC] Cneo Pompeyo puso en fuga [laguna] y asedió a los picentinos. Por esta victoria, asumió la toga pretexta y otras insignias de los magistrados. Cayo Mario luchó contra los marsios con resultado dudoso. Por vez primera, se permitió a los libertos que sirvieran en los ejércitos.

El legado Aulo Plotio derrotó a los umbrios y el pretor Lucio Porcio a los etruscos. Ambas naciones se habían rebelado.

En Bitinia, Nicomedes fue restituido en el trono y Ariobarzanes en el reino de Capadocia.

[88 adC] El cónsul Cneo Pompeyo derrotó a los marsios en batalla campal. Por estar la ciudadanía oprimida por las deudas, el pretor Aulo Sempronio Aselio, que estaba decidiendo en juicios a favor de los deudores, fue asesinado en el Foro por prestamistas.

También habla de las incursiones de los Tracios en Macedonia

LIBRO LXXV

El legado Aulo Postumio Albino, almirante de la flota, fue asesinado por su propio ejército, pues él fue sospechoso del infame crimen de alta traición.

El legado Lucio Cornelio Sila derrotó a los samnitas en batalla y los expulsó de sus dos campamentos fortificados.

Cneo Pompeyo aceptó la rendición de los vestinios.

Tras una campaña victoriosa y haber puesto en fuga varias veces a los marsios, el cónsul Lucio Porcio cayó mientras asaltaba uno de sus campamentos. Este suceso dio la victoria en la batalla al enemigo.

Cosconio y Lucano derrotaron a los samnitas en batalla, matando a Mario Egnatio, el más

noble jefe de los enemigos. Aceptaron la rendición de varias ciudades.

Lucio Sila sometió a los hirpinos, derrotó a los samnitas en varias batallas, aceptó la rendición de otros pueblos y marchó a Roma para presentarse a Cónsul, habiendo alcanzado más que la mayoría de la gente antes de su consulado.

LIBRO LXXVI

[89 adC] El legado Aulo Gabinio, que había conducido victoriosamente la guerra contra los lucanios y había capturado muchas ciudades, murió durante el asedio de un campamento. El legado Sulpicio degolló a todos los marrucinios y aceptó la rendición de toda la región. El procónsul Cneo Pompeyo aceptó la rendición de los vestinios y los pelignios. Los marsios, derrotados en varias batallas por los legados Lucio Cinna y Cecilio Pío, empezaron a pedir la paz. Cneo Pompeyo capturó Ascoli. Tras haber sido derrotados nuevamente los itálicos por el legado Emilio Mamerco, el jefe de los marsios y cabecilla de la sublevación, Popelio Silo, cayó en combate..

[88 adC] Ariobarzanes de Capadocia y Nicomedes de Bitinia fueron destronados por Mitrídates, rey del Ponto.

También habla de las incursiones y pillajes de los tracios en Macedonia.

LIBRO LXXVII

Cuando el tribuno de la plebe Publio Sulpicio, instigado por Cayo Mario, promulgó leyes peligrosas (que los exiliados pudieran ser llamados, distribución de nuevos ciudadanos y libertos por las tribus, y que se diese a Mario la jefatura militar contra Mitrídates, rey del Ponto) y empleó la violencia contra los cónsules opositores Quinto Pompeyo y Lucio Sila, matando a Quinto Pompeyo (el hijo del cónsul Quinto Pompeyo y yerno de Sila), Lucio Sila entró en la ciudad con un ejército, combatió contra las facciones de Sulpicio y Mario en la propia ciudad y los expulsó. Doce miembros de esta facción -entre otros el padre y el hijo de Mario fueron proclamados como enemigos por el Senado.

Cuando Publio Sulpicio se escondía en una villa, fue capturado y muerto gracias a la información dada por su propio esclavo. Por haber mostrado el camino, el esclavo recibió la prometida libertad; pero fue arrojado desde la roca [Tarpeya] por haber traicionado a su señor.

El joven Cayo Mario cruzó a África. Cayo Mario padre se ocultó en unas marismas cerca de Minturno, pero fue expulsado. Cuando se envió un esclavo galo para asesinarle, éste se retiró por temor a la grandeza de este hombre y Mario fue embarcado en un navío de la ciudad y enviado a África.

Lucio Sila ordenó el estado de la ciudad y redujo las colonias.

El cónsul Quinto Pompeyo marchó para mandar el ejército de Cneo Pompeyo, pero fue muerto por éste.

El rey Mitrídates del Ponto, habiendo ocupado Bitinia y Capadocia, y habiendo expulsado al legado Aquilio de Frigia, una provincia del pueblo romano, la invadió con un gran ejército.

LIBRO LXXVIII

Mitrídates ocupó Asia, puso en cadenas al procónsul Quinto Opio, hizo lo mismo con su legado Aquilio y, por su orden, en un sólo día fueron muertos todos los ciudadanos romanos de Asia. Atacó la ciudad de Rodas, que en soledad había permanecido leal al pueblo romano, pero fue derrotado en varias batallas navales y se retiró.

Arquelao, el prefecto del rey, marchó a Grecia con un ejército y ocupó Atenas.

También se relatan los desórdenes en las ciudades y en las islas, pues algunas se pusieron del lado de Mitrídates y otras del lado del pueblo romano.

LIBRO LXXIX

[87 adC] Cuando el cónsul Lucio Cornelio Cinna estaba promulgando leyes perniciosas

mediante la violencia y las armas, junto a seis tribunos de la plebe fue expulsado de la ciudad por su colega Cneo Octavio y desposeído de su magistratura; pero con sobornos, puso al ejército de Apio Claudio bajo su mando y llevó la guerra a la ciudad, llamando a Mario de su exilio en África (En esta guerra, dos hermanos, uno del ejército de Pompeyo y otro del de Cinna, se enfrentaron sin saberlo y, cuando el ganador estaba desposeyendo al que había sido vencido, se lamentó duramente cuando reconoció a su hermano y construyó una pira sobre la que se arrojó, siendo consumidos por el mismo fuego).

Y aunque [la guerra civil] podía haber sido impedida muy al principio, por la traición de Cneo Pompeyo (quien apoyó a ambos bandos y no ayudó a los optimates hasta que su posición se volvió desesperada) y por la lentitud del cónsul, la posición de Cinna y Mario se reforzó al punto de poder sitiar la ciudad con cuatro ejércitos, dos de los cuales fueron dados a Quinto Sertorio y Carbo.

Mario capturó la colonia de Ostia y la saqueó cruelmente.

LIBRO LXXX

El Senado concedió la ciudadanía romana a los pueblos italianos. Los samnitas, los únicos que habían alzado sus armas de nuevo, se pusieron del lado de Cinna y Mario. Éstos derrotaron al legado Plautio y su ejército.

Cinna y Mario, junto con Carbo y Sertorio, atacaron el Janículo, pero fueron puestos en fuga por el cónsul Octavio y se retiraron. Mario capturó las colonias en Anzio, Ariccia y Lanuvio.

Cuando, por la lentitud y perfidia tanto de los jefes como de los soldados (que fueron sobornados y no querían combatir ni marchar a otras regiones), los optimates habían perdido toda esperanza de aguantar, Cinna y Mario fueron recibidos en la ciudad, a la que trataron con violencias y asesinatos como si la hubiesen conquistado. El cónsul Cneo Octavio fue asesinado y todos los nobles, miembros de la parte contraria, masacrados, como Marco Antonio (un hombre elocuentísimo) y Cayo y Lucio César, cuyas cabezas fueron puestas en la plataforma de oradores [Rostra]. El joven Craso fue asesinado por los caballeros de Fimbria y Craso padre, deseando evitar un destino impropio de su dignidad, se atravesó con su espada.

Y sin siquiera un simulacro de elección, ellos [Cinna y Mario] se nombraron cónsules para el siguiente año.

[86 adC] En el mismo día del comienzo de su magistratura, Mario ordenó que el senador Sexto Licinio fuera arrojado desde la roca [Tarpeya]. Tras muchos crímenes, Mario murió en los idus de enero. Cuando tomamos todo en consideración, él fue un hombre de quien no es fácil decir si fue mejor en tiempos de guerra o más pernicioso en tiempos de paz. Así pues, se puede decir que tanto como salvó el Estado como soldado, así lo dañó como ciudadano, primero por sus tretas y luego por sus acciones revolucionarias.

LIBRO LXXXI

[87 adC] Lucio Sila sitió Atenas, que había sido ocupada por Arquelao, prefecto de Mitrídates; [86 adC] tras mucho esfuerzo tomó la ciudad [laguna] le dió la libertad como solía.

Manisa, la única ciudad de Asia que permaneció leal, fue defendida contra Mitrídates con gran valor.

También habla de las incursiones Tracias en Macedonia.

LIBRO LXXXII

Sila derrotó en batalla al ejército del rey, que había ocupado Macedonia y entrado en Tesalia. 100.000 enemigos fueron muertos y el campamento fue capturado. Después, se inició la guerra y Sila derrotó y destruyó un segundo ejército del rey.

Arquelao y la armada real se rindieron a Sila.

Por su avaricia, el cónsul Lucio Valerio Flaco, el colega de Cinna, que fue enviado para sustituir a Sila, era impopular en su ejército y fue asesinado por su propio legado, Cayo Fimbria, un

hombre absolutamente temerario; el mando fue dado a Fimbria.

También se habla del ataque de Mitrídates a las ciudades de Asia, la ruina de esa provincia y las incursiones de los Tracios en Macedonia.

LIBRO LXXXIII

Flavio Fimbria derrotó en Asia a varios comandantes de Mitrídates y después capturó la ciudad de Pérgamo y estuvo cerca de capturar al rey que estaba asediado. También tomó y saqueó la ciudad de Ilión [Troya], que estaba esperando para rendirse a Sila, y recuperó buena parte de Asia.

Sila derrotó a los tracios en muchas batallas.

[85 adC] Cuando Lucio Cinna y Cneo Papirio Carbo, que se habían nombrado cónsules para dos años, estaban preparando la guerra contra Sila, Lucio Valerio Flaco (el príncipe del Senado) dió un discurso en el Senado y, con la ayuda de aquellos que presionaban a favor de la unidad, se aseguró de que se enviaran embajadores a Sila para hablar de la paz. [84] Cinna fue asesinado por su propio ejército, al que había tratado de obligar contra su voluntad, a embarcar en buques y marchar contra Sila. Carbo fue cónsul en solitario.

[85 adC] Sila cruzó a Asia e hizo la paz con Mitrídates, cediendo las provincias de Asia, Bitinia y Capadocia.

Fimbria, abandonado por su ejército, que se alineó con Sila, se atravesó, ofreció su cuello a un esclavo y le persuadió para que le matase.

LIBRO LXXXIV

Sila replicó a los embajadores que había enviado el Senado que el se sometería a la autoridad del Senado si los derechos de los ciudadanos, que habían sido expulsados por Cinna y huido hacia él, eran restaurados. Aunque esta demanda pareció razonable al Senado, Carbo y su facción, para quienes la guerra parecía algo útil, impidieron un acuerdo. Cuando el mismo Carbo quiso pedir rehenes de todas las ciudades italianas y colonias para asegurar su lealtad contra Sila, un Senado unido lo impidió.

Por decreto senatorial, los nuevos ciudadanos recibieron el derecho al voto.

Después que Quinto Metelo Pío, que había abrazado el partido de los optimates y provocado una guerra en África, fuera derrotado por el pretor Cayo Fabio, la facción de Carbo y los del partido de Mario hicieron un decreto del Senado por el que todos los ejércitos, dondequiera estuviesen, se debían disolver.

Los libertos fueron distribuidos entre las treinta y cinco tribus.

También habla de los preparativos de la guerra que se debía iniciar contra Sila.

LIBRO LXXXV

[83 adC] Cuando Sila cruzó a Italia con su ejército, envió embajadores para tratar de la paz; pero cuando fueron maltratados por el cónsul Cayo Norbano, él derrotó al mismo Norbano en combate. Y cuando estaba a punto de atacar el campamento de Lucio Escipión (el otro cónsul), con quien había tratado de llegar sin éxito a un acuerdo, todo el ejército consular, invitado por soldados enviados por Sila, transfirió su lealtad a Sila. Escipión, que pudo haber sido asesinado, fue liberado.

Cneo Pompeyo (el hijo del Cneo Pompeyo que había capturado Ascoli) levantó un ejército de tres legiones de voluntarios y marchó hacia Sila, hacia el que también marchaban los hombres nobles de la Ciudad; por esto la Ciudad [Roma]parecía abandonada.

También se habla de las expediciones bélicas de ambas partes por toda Italia.

LIBRO LXXXVI

[83 adC] Después que Cayo Mario, el hijo de Cayo Mario, hubiera sido nombrado cónsul mediante la violencia antes de tener veinte años, Cayo Fabio fue quemado vivo en su cuartel general en África por su crueldad y avaricia.

Lucio Filipo, un legado de Sila, ocupó Cerdeña tras haber expulsado y matado al pretor Quinto Antonio.

Sila concluyó un tratado con los pueblos italianos que impedía que fueran considerados una amenaza por su recientemente obtenida ciudadanía y derecho a voto. Y confiado por su victoria, ordenó a quienes quisieran que él juzgase sus casos que depositaran sus fianzas en Roma aún cuando partes de la ciudad estaban en manos de sus enemigos.

[82 adC] Por deseo del cónsul Cayo Mario, el pretor Lucio Damasipo se reunió con el Senado y masacró a todos los nobles que vivían en Roma. Entre sus víctimas estaba Quinto Mucio Escévola, el pontífice máximo, que fue asesinado a la entrada del altar de Vesta.

También habla de la renovación de la guerra contra Mitrídates en Asia.

LIBRO LXXXVII

Tras poner en fuga y destruir a su ejército en Sacriportum, Sila sitió a Cayo Mario en la ciudad de Palestrina y recuperó la ciudad de Roma de manos de sus enemigos. Rechazó a Mario cuando éste trató de forzar la salida.

También habla de los resultados de sus legados [de Sila], quienes alcanzaron algunas victorias.

LIBRO LXXXVIII

Sila condujo a Carbo fuera de Italia, habiendo derrotado a su ejército en Chiusi, Faenza y Fidenza; y luchado con los samnitas (el único pueblo italiano que aún no había depuesto sus armas) cerca de la ciudad de Roma, ante la Puerta Colina. Habiendo recuperado el Estado, selló su bella victoria con tanta crueldad como nadie antes había mostrado.

En la Villa Pública, mató a 8.000 personas que ya se habían rendido, fijó una lista de proscipción, llenó la ciudad [de Roma] e Italia de matanzas, ordenó el asesinado de todos los palestrinos desarmados y mató a Mario, un hombre de rango senatorial, tras haberle roto piernas y brazos, arrancado las orejas y sacado los ojos.

Cuando Cayo Mario, aún sitiado en Palestrina por Lucrecio Ofela, de la facción de Sila, quiso escapar a través de un túnel que había vuelto a ser bloqueado por el ejército, escogió la muerte. Esto es, que cuando se dio cuenta de que no tenía escapatoria del túnel, él y Telesino, su compañero de fuga, se atravesaron mutuamente con sus espadas; Mario mató al otro, fue herido y muerto por su esclavo.

LIBRO LXXXIX

Marco Bruto, enviado en un barco pesquero por Cneo Papirio Carbo desde Cossyra [cerca de Pantelleria, Sicilia], donde le habían colocado, a Lilibeo, para ver si Pompeyo estaba todavía allí, fue rodeado por buques de éste; apoyando la punta de su espada contra él y ajustándola contra una bancada del barco, se dejó caer sobre ella.

[81 adC] Cneo Pompeyo, enviado a Sicilia por el Senado con imperio, mató a Cneo [Papirio] Carbo, quien murió cautivo y llorando como una mujer.

Sila fue nombrado dictador, e hizo lo que ningún otro antes al llevar a veinticuatro fasces ante él. Fortaleció la república con nuevas leyes, disminuyó el poder de los tribunos de la plebe despojándoles del poder de legislar, aumentó el número de sacerdotes y augures hasta quince, añadió a miembros del orden ecuestre al Senado, impidió obtener magistraturas a los hijos de quienes habían sido proscritos, vendió sus posesiones y se quedó con las ganancias. Se reunieron trescientos cincuenta millones de sextercios.

Asesinó en el Foro a Quinto Lucrecio Ofela porque se presentó a cónsul contra sus deseos, convocó un mitín y explicó al indignado pueblo romano que él había ordenado el asesinato.

En África, Cneo Pompeyo derrotó y mató al exiliado Cneo Domicio y al rey Hierta de Numidia (que estaban preparando la guerra), y a la edad de veinticuatro años celebró su triunfo

africano, aún cuando era todavía un caballero romano: un honor sin precedentes.

Cuando Cayo Norbano, un antiguo cónsul exiliado, fue arrestado en la ciudad de Rodas, se suicidó.

Otro exiliado, Mutilo, secretamente, con su cabeza cubierta, llegó a la entrada posterior de la casa de su mujer Bastia; pero no se le permitió entrar porque había sido proscrito. Por tanto, se atravesó y con su sangre salpicó las puertas de su mujer.

Sila recapturó Nola, en el Samnio. Asentó cuarenta y siete legiones en el territorio capturado y lo dividió entre ellos.

Sitió Volterra, una ciudad que aún estaba en armas, y aceptó su rendición.

Finalmente, Mitilene, en Asia, la única ciudad que aún estaba en armas tras la derrota de Mitrídates, fue capturada y destruida.

LIBRO XC

[78 adC] Sila murió y el Senado le honró permitiendo su sepelio en el Campo de Marte.

Marco Lépido, que trató de revocar los actos de Sila, provocó una guerra. Fue expulsado de Italia por su colega Quinto Cátulo y murió en Cerdeña, donde había tratado en vano de promover una guerra.

Marco Bruto, que había recibido la Galia Cisalpina, fue muerto por Cneo Pompeyo.

Quinto Sertorio, otro exiliado, excitó una gran guerra en la Hispania Ulterior. El procónsul Lucio Manlio y Marco Domicio, su legado, fueron derrotados en una batalla por el cuestor Hituleyo.

También habla de la guerra llevada por el procónsul Publio Servilio contra los cilicios.

LIBRO XCI

[77 adC] Aunque Cneo Pompeyo era aún un caballero romano, fue enviado contra Sertorio con los poderes de un procónsul. Sertorio asoló varias ciudades y sometió varias tribus.

El procónsul Apio Claudio derrotó a los tracios en varias batallas.

El procónsul Quinto Metelo derrotó a Lucio Hirtuleyo, un cuestor de Sertorio, y a su ejército.

LIBRO XCII

[76 adC] Cneo Pompeyo luchó contra Sertorio en una batalla con resultado poco claro, pues en cada bando venció un ala. Quinto Metelo derrotó a Sertorio y Perperna con sus dos ejércitos, pero Pompeyo, que estaba ansioso por tomar parte en la victoria, luchó con resultados dudosos.

Después, Sertorio fue asediado en Clunia, pero mediante repetidas salidas fue capaz de infligir tanto daño a los sitiadores como el que él recibía.

También habla de las campañas conducidas por el procónsul Curio en Tracia contra los dardanios y de los muy crueles actos cometidos por Quinto Sertorio con sus hombres; por falsas acusaciones de traición, ejecutó a muchos de sus amigos y compañeros, víctimas con él de la proscripción.

LIBRO XCIII

En Cilicia, el procónsul Publio Servicio conquistó a los isaurios y capturó varias ciudades de los piratas.

[75 adC] El rey Nicomedes de Bitinia hizo al pueblo romano su heredero y su reino fue convertido en provincia.

Mitrídates concluyó un tratado con Sertorio y declaró la guerra al pueblo romano. Recluta de los ejércitos reales, infantería y armada; la ocupación de Bitinia, cómo el cónsul Marco Aurelio Cota fue derrotado por el rey en Calcedonia; los logros de Pompeyo y Metelo contra Sertorio [laguna] y habiéndoles hecho romper el sitio de Calahorra, les forzó a retirarse en diversas regiones, Metelo a Hispania Ulterior y Pompeyo a la Galia.

LIBRO XCIV

[74 adC] El cónsul Lucio [Licinio] Lúculo combatió victoriosamente en batallas de caballería contra Mitrídates y lanzó varias campañas con éxito, pero refrenaba a sus rebeldes soldados cuando ellos deseaban combatir.

Deiotaro, uno de los tetrarcas de Galogrecia, derrotó a los prefectos de Mitrídates que trataron de llevar la guerra a Frigia.

También habla de la victoriosa guerra de Pompeyo contra Sertorio en Hispania.

LIBRO XCV

En Tracia, el procónsul Cayo Curio sometió a los dardanios.

[73 adC] Setenta y cuatro gladiadores escaparon de la escuela de Léntulo en Capua, reunieron una gran cantidad de esclavos y trabajadores de ergástulos, empezaron una guerra al mando de Crixo y Espartaco y derrotaron al ejército del pretor Publio Vareno y su legado Claudio Pulcro.

Cerca de la ciudad de Cyzicum, el procónsul Lucio Lúculo destruyó al ejército de Mitrídates mediante el hambre y la espada, expulsó al rey -ahora quebrantado por varios desastres bélicos y naufragios- de Bitinia y le forzó a huir al Ponto.

LIBRO XCVI

El pretor Quinto Arrio derrotó a Crixo, el jefe de los esclavos huidos, y a 20.000 hombres. [72 adC] El cónsul Cneo Léntulo, sin embargo, luchó sin éxito contra Espartaco. También derrotó [Espartaco] al cónsul Lucio Gelio y al pretor Quinto Arrio.

En un baquete, Sertorio fue asesinado por Marco Perpenna, Marco Antonio y otros conspiradores, al octavo año de su jefatura; había sido un gran jefe y contra dos Generales en Jefe, Pompeyo y Metelo, había vencido frecuentemente; aunque al final, se transformó en un hombre salvaje y pródigo. Su imperium se trasladó a Marco [Perpenna], quien fue derrotado, capturado y muerto por Cneo Pompeyo, tras que el último hubiera recuperado las provincias hispanas casi en el décimo año tras el comienzo de la guerra.

El procónsul Cayo Casio y el pretor Cneo Manlio lucharon sin éxito contra Espartaco y se confió la guerra al pretor Marco Craso.

LIBRO XCVII

[71 adC] El pretor Marco Craso luchó primero con éxito contra una parte de los huidos, que eran galos y germanos, y mató a 35 000 de ellos, incluyendo a sus líderes Casto y Gánico. Entonces, derrotó completamente a Espartaco, que fue muerto con 60.000 de los suyos.

El pretor Marco Antonio luchó sin éxito en una guerra contra los cretenses, que terminó con su propia muerte.

Lucio Lúculo luchó con éxito contra Mitrídates en el Ponto. Murieron más de 60.000 enemigos.

[70 adC] Marco Craso y Cneo Pompeyo fueron nombrados cónsules (Pompeyo tras un decreto senatorial especial, pues no había ocupado la cuestura y aún era un caballero romano), y restituyeron los poderes tribunicios. Además, el pretor Marco Aurelio Cotta trasladó el poder sobre los tribunales de justicia a los caballeros romanos.

Su posición desesperada forzó a Mitrídates a huir junto al rey Tigranes de Armenia.

LIBRO XCVIII

Macares, el hijo de Mitrídates y rey del Bósforo, recibió el título de amigo [del pueblo romano] de Lucio Lúculo.

[69 adC] Los censores Cneo Léntulo y Lucio Gelio ejercieron una censura estricta, quitando a 65 hombres del Senado. Celebraron la ceremonia lústrica del censo y se censaron 900.000

ciudadanos [recuérdese que tras la Guerra Social se había concedido la ciudadanía a los pueblos italianos].

En Sicilia, el pretor Lucio Metelo luchó con éxito contra los piratas.

Quinto Cátulo volvió a dedicar el templo de Júpiter en el Capitolio, que había sido destruido por el fuego.

En varias batallas en Armenia, Lucio Lúculo hizo huir a Mitrídates, Tigranes y sus enormes ejércitos.

El procónsul Quinto Metelo tomó el mando de la guerra contra los cretenses y sitió la ciudad de Kaniá.

Un legado de Lúculo, Cayo Triario, luchó sin éxito contra Mitrídates. Un motín de soldados que no querían seguir [combatiendo], impidió a Lúculo perseguir a Mitrídates y Tigranes y obtener la victoria final; estuvieron implicadas las dos legiones de Valerio, que desertó diciendo que su periodo de servicio había terminado.

LIBRO XCIX

[68 adC] El procónsul Quinto [Cecilio] Metelo capturó Cnosos [Heraklion], Lytto, Kaniá y muchas otras ciudades.

Lucio Roscio, un tribuno de la plebe, promulgó la ley para que las primeras catorce filas en el teatro fueran para los caballeros romanos.

[67 adC] Se ordenó a Cneo Pompeyo, mediante una ley aprobada por la asamblea del pueblo, perseguir a los piratas que habían cortado el comercio de la anona [el suministro de grano]. A los cuarenta días los había expulsado de la mar, llevado la guerra contra ellos a Cilicia y entregando tierras y ciudades a los piratas que se le rindieron.

También se habla de la guerra de Quinto Metelo contra los cretenses, y las cartas intercambiadas entre Metelo y Cneo Pompeyo. Quinto Metelo se quejó de que la gloria de su victoria fuera robada por Pompeyo, quien había enviado un legado suyo a Creta para aceptar la rendición de las ciudades. Pompeyo explicó por qué hubo de hacerse esto.

LIBRO C

[66 adC] Para gran indignación de la nobleza, el tribuno Cayo Manlio aprobó una ley que transfería el mando de la [Tercera] Guerra Mitridática a Pompeyo. [laguna] su discurso fue excelente.

Habiendo sometido a los cretenses, Quinto Metelo dió leyes a la isla, que había sido hasta entonces independiente.

Cneo Pompeyo renovó la amistad con el rey de los Partos, Fraates [III], para conducir la guerra contra Mitrídates. En una batalla de caballería, Mitrídates fue derrotado.

También habla de la guerra entre el rey Fraates de los Partos y Tigranes de Armenia, y tras ésta de Tigranes el joven contra su padre.

LIBRO CI

[66 adC] Tras haber derrotado a Mitrídates durante la noche, Cneo Pompeyo le forzó a huir al reino del Bósforo. Pompeyo aceptó la rendición de Tigranes y lo restauró en su propio reino, Armenia, tras haberle quitado Siria, Fenicia y Cilicia.

Hubo una conspiración de aquellos que se habían presentado a cónsul y habían sido condenados por sobornos. Trataron de asesinar a los cónsules, pero la [Primera de Catilina] conspiración fue suprimida.

[65 adC] Cneo Pompeyo, persiguiendo a Mitrídates, llegó a las gentes más distantes y desconocidas hasta ahora. Los hiberos y los albanos fueron derrotados en una batalla cuando impidieron el paso [por sus tierras].

También se habla de la huida de Mitrídates a través del país de los colquianos y de los

heniocos, y de acciones en el reino del Bósforo.

LIBRO CII

Cneo Pompeyo organizó el Ponto como provincia. Farnaces, el hijo de Mitrídates, hizo la guerra a su padre y le asedió en su palacio. Cuando el veneno que tomó no le mató, Mitrídates pidió ayuda a un soldado galo llamado Bitoco, quien le mató.

[63 adC] Cneo Pompeyo sometió a los judíos y capturó su templo en Jerusalén, que nunca había sido violado.

Lucio Catilina, derrotado dos veces durante las elecciones consulares, conspiró con el pretor Léntulo, Cetego y muchos otros. Querían asesinar a los cónsules y senadores, dar fuego a la ciudad y derrocar la república. Su ejército estaba dispuesto en Etruria. La conspiración fue suprimida por la energía de Marco Tulio Cicerón. Cuando Catilina hubo sido expulsado de la ciudad, los otros conspiradores fueron ejecutados.

LIBRO CIII

[62 adC] Catilina y su ejército fueron destruidos por el procónsul Cayo Antonio.

Publio Clodio, acusado de haber entrado en las habitaciones de las mujeres durante en un rito en el que resultaba nefasta la entrada de hombres, y de haber violado a la esposa [laguna] del sacerdote Metelo, fue absuelto.

El pretor Cayo Pontino sometió a los rebeldes alóbrogues cerca de Solo.

Publio Clodio pasó a la plebe [desde el patriciado].

[61 adC] Cayo Julio César sometió a los lusitanos. [60 adC] Cuando este hombre fue candidato al consulado, y quiso hacerse con el control de la república, se concluyó un pacto entre los tres líderes de los ciudadanos: Cneo Pompeyo, Marco Craso y Cayo César.

[59 adC] Cuando César fue cónsul, aprobó leyes agrarias tras mucha disputa, contra los deseos del Senado y del otro cónsul, Marco Bíbulo.

El procónsul Cayo Antonio no tuvo mucho éxito en su guerra en Tracia.

[58 adC] Marco Cicerón fue exiliado por una ley del tribuno de la plebe, Publio Clodio, porque había ordenado la ejecución de ciudadanos romanos sin juicio.

César, que había marchado a las provincias galas, sometió a los helvecios, una tribu nómada que quería cruzar a través de la provincia narbonense de César, deseando asentarse en algún lugar. También se habla del país de las Galias.

Cuando Pompeyo celebró un triunfo sobre los [laguna], los hijos de Mitrídates y Tigranes, el hijo de Tigranes, fue saludado por todos los presentes con el nombre de Magnus [el Grande].

LIBRO CIV

La primera parte de este libro habla del país y costumbres de Germania.

Cayo César condujo su ejército contra los germanos que, mandados por Ariovisto, habían invadido la Galia. Ésto fue pedido por los eduos y secuanos, cuyo país había sido ocupado. Con una arenga, César ahuyentó el pánico de sus soldados, causado por el miedo a los nuevos enemigos. Habiendo derrotado a los germanos en batalla, les expulsó de la Galia.

[57 adC] Marco Cicerón, hecho volver por Pompeyo, el tribuno Tito Anio Milón y otros, regresaron del exilio en medio de gran regocijo del Senado y de toda Italia.

Cneo Pompeyo recibió la cura de la anona [asegurar el suministro de grano] por cinco años.

César aceptó la rendición de las tribus belgas de los ambianos, suesiones, viromandos y atrébates, que sumaban gran multitud, tras haberles vencido. Siguió contra los nervios, otra tribu belga y combatió una gran batalla contra estas gentes, atacándolos de tal modo que de 60.000 guerreros sólo sobrevivieron 500, y de 600 senadores sólo escaparon 3.

Se promulgó una ley para que Chipre se organizara como provincia y se confiscara el tesoro real, y se envió a Marco [Porcio] Catón para administrar la situación.

El rey Tolomeo [XII Auletes] de Egipto dejó su reino y vino a Roma al haberle maltratado sus súbditos.

[56 adC] Cayo César derrotó a los vénetos, una tribu cercana al Océano, en una batalla naval. También habla de las victorias de sus legados.

LIBRO CV

Cuando fueron vetadas las elecciones por el tribuno Cayo Catón, los senadores se pusieron sus mantos de luto. Marco Catón se presentó a pretor, pero fue derrotado. Vatinio fue elegido.

[55 adC] Cuando este mismo hombre [Catón] trató de obstruir una ley por la que se asignaban provincias a los cónsules por cinco años (Hispania a Pompeyo, Siria y la Guerra Pártica a Craso), fue puesto en cadenas por el tribuno Cayo Trebonio, que había propuesto la ley.

[54 adC] El procónsul Aulo Gabinio mandó de vuelta al reino de Egipto a Tolomeo y expulsó a Arquelao, que se había proclamado a si mismo rey [como marido de la reina Berenice IV].

Tras haber derrotado a las tribus germanas en la Galia, César cruzó el Rin y sometió la parte cercana de la Germania. Cruzó el Océano hasta Britania, al principio con poco éxito por el mal tiempo, pero con mejor suerte en la segunda ocasión. Mató gran cantidad de enemigos y sometió parte de la isla.

LIBRO CVI

[54 adC] Julia, hija de César y esposa de Pompeyo murió, y el pueblo le honró con el sepelio en el Campo de Marte.

Varias tribus galas, mandadas por el rey Ambiorix de los eburones, se rebelaron. Cotta y Titurio, legados de César, fueron asediados con los ejércitos que mandaban y muertos. Y los campamentos fortificados de las otras legiones fueron también sitiados y defendidos con dificultad, entre ellos el de Quinto [Tulio] Cicerón entre los treverianos, que fue liberado por César tras una batalla.

[53 adC] Marco Craso cruzó el río Éufrates, llevó la guerra al Imperio Parto y fue derrotado en una batalla [cerca de Carras] en la que su hijo también murió. Con los restos de su ejército, ocupó una colina y fue convocado a una conferencia por el jefe enemigo, Surena, como para hablar de una tregua. Sin embargo, fue capturado y asesinado en un esfuerzo de evitar la indignidad de permanecer con vida.

LIBRO CVII

Cayo César venció a los treverios en la Galia, y cruzó a Germania por segunda vez, pero al no encontrar enemigos volvió a la Galia. Sometió a los eburones y otras tribus rebeldes y persiguió a Ambiorix cuando trató de huir.

[52 adC] Publio Clodio fue asesinado en la Vía Apia, cerca de Bovillae [cerca de Marino], por Tito Anio Milón, un candidato al consulado. Clodio fue cremado por la plebe en el edificio del Senado.

Hubo disturbios violentos y con armas entre los candidatos al consultado, Hipsae, Escipión y Milón. Para suprimirlos, Cneo Pompeyo fue encargado [laguna] y, aunque estaba ausente, fue elegido cónsul por tercera vez, sin colega. Esto no había pasado nunca antes.

Tras decretar una investigación sobre la muerte de Publio Clodio, Milón fue condenado por el tribunal y enviado al exilio.

Se aprobó una ley para que César pudiera optar al consulado en ausencia; esto no fue del agrado de Marco [Porcio] Catón, que habló en contra.

También habla de los actos de César contra los galos, que se habían rebelado casi sin excepción bajo Vercingétorix, jefe de los arvernos, y habla de los difíciles asedios de varias ciudades, como Avarico de los biturigos y Gergovia de los arvernos.

LIBRO CVIII

Cayo César derrotó a todas las tribus galas que estaban en armas, en Alesia, y aceptó su rendición.

[51 adC] Cayo Casio, cuestior de Marco Craso, derrotó a los Partos, que habían invadido Siria.

Marco [Porcio] Catón fue derrotado cuando se presentó al consulado. Fueron elegidos Servio Sulpicio y Marco Marcelo.

Cayo César sometió a los belovacos y otras tribus galas.

[50 adC] También habla del conflicto entre los cónsules sobre a quién deberían enviar como sucesor de Cayo César. El cónsul Marcelo propuso al Senado que César debería volver para presentarse a cónsul, aunque se había promulgado una ley según la cual él debía gobernar sus provincias hasta que llegase el momento de su consulado. El libro también habla de la guerra llevada a cabo por Marco Bíbulo en Siria.

LIBRO CIX

Que es el primero sobre la guerra civil.

Se refieren las causas y principio de la guerra civil, junto con el conflicto para mandar un sucesor a Cayo César, que rehusó despedir sus ejércitos a menos que Pompeyo también lo hiciera. También habla de las acciones del tribuno de la plebe Cayo Curio, quien estuvo al principio contra César pero luego le apoyó.

Cuando el Senado hubo decidido que César debía ser sustituido, los tribunos Marco Antonio y Quinto Casio, que trataron de impedir el decreto senatorial, fueron expulsados de la ciudad [laguna] Los cónsules y Cneo Pompeyo recibieron poderes especiales del Senado para velar porque ningún mal se abatiera sobre la república.

[49 adC] Cayo César entró en Italia con un ejército para hacer la guerra a sus enemigos. Capturó Corfinium junto con Lucio Domicio y Publio Léntulo, las dejó libres y expulsó a Cneo Pompeyo y otros miembros de su partido de Italia.

LIBRO CX

Que es el segundo sobre la guerra civil.

Cayo César asedió Marsella, que había cerrado sus puertas, pero dejó el sitio de la ciudad a sus legados Cayo Trebonio y Décimo Bruto y fue a Hispania, donde aceptó la rendición de Lucio Afranio y Marco Petreyo, legados de Pompeyo, y siete legiones en Lérida. Les dejó ir a todos desarmados. Incluso a [Terencio] Varro, otro legado de Pompeyo, y a su ejército, que cayó en poder de César. Concedió al pueblo de Cádiz la ciudadanía. Los marselleses, que habían sido derrotados en dos batallas navales, se rindieron a César tras un largo asedio.

El legado de César, Cayo Antonio, luchó sin éxito contra los pompeyanos en Iliria y fue capturado. En esta guerra, varios opiterginianos transpadanos (tropas auxiliares de César) se dieron muerte unos a otros para no caer presos cuando sus botes fueron rodeados por baros enemigos.

Cayo Curio, legado de César en África, luchó con éxito contra Varo, el jefe de la facción pompeyana, pero fue muerto con su ejército por Juba, el rey de Mauritania.

[48 adC] Cayo Julio César cruzó a Grecia.

LIBRO CXI

Que es el tercero sobre la guerra civil.

[48 adC] El pretor Marco Cecilio Rufo, que había provocado revueltas en la ciudad al incitar a la plebe con la perspectiva de una cancelación de deudas, fue depuesto de su magistratura y expulsado de la ciudad, y se unió al exiliado Milón, que estaba reuniendo un ejército de esclavos huidos. Ambos murieron cuando trataron de mover la guerra.

La reina Cleopatra de Egipto fue exiliada por su hermano Tolomeo [XIII].

Por la avaricia y crueldad del propretor Quinto Casio, los habitantes de Córdoba en Hispania, junto con las dos legiones de [Terencio] Varrón, abandonaron el partido de César.

Cneo Pompeyo fue asediado en Dirraquio por César y, tras asaltar los fuertes de éste con grandes pérdidas para el otro bando, se libró del asedio y llevó la guerra a Tesalia, donde su ejército fue derrotado en la batalla de Farsalia. Cicerón permaneció en el campamento de Pompeyo, pues nunca hubo un hombre menos para la guerra que él. César perdonó a todos los enemigos que se pusieron en manos del vencedor.

LIBRO CXII

Que es el cuarto sobre la guerra civil.

Habla sobre el pánico y la huida de los miembros del partido derrotado por varias partes del mundo. Cuando Cneo Pompeyo marchó a Egipto fue, por orden del rey Tolomeo (el propio pupilo de Pompeyo) pero a instigación de Pontino y del influyente preceptor del rey, Teodoto, asesinado en un pequeño bote antes de poner pie a tierra, por Aquilas, a quien se le había ordenado cometer este crimen. La esposa de Pompeyo, Cornelia, y su hijo Sexto Pompeyo escaparon a Chipre.

Cuando César llegó en persecución [de Pompeyo] al tercer día, Teodoto le mostró la cabeza de Pompeyo y su anillo, pero César se sintió ofendido y lloró. Sin correr riesgos, entró en la tumultuosa Alejandría.

César, nombrado dictador, restauró a Cleopatra como reina de Egipto y ganó -con gran riesgo personal- duramente cuando Tolomeo le atacó, siguiendo el consejo de los muchos que le habían aconsejado asesinar a Pompeyo. Cuando Tolomeo trató de escapar, su buque fue capturado en el Nilo.

También se habla de la dificultosa marcha de Marco [Porcio] Catón y sus legiones por el desierto de África, y de la guerra sin éxito de Cneo Domicio contra [el rey] Farnaces [del Ponto].

LIBRO CXIII

Que es el quinto sobre la guerra civil.

[47 adC] El partido pompeyado había consolidado su posición en África y, después que Catón hubiera declinado una oferta de mando conjunto, el mando único fue otorgado a Publio Escipión. Cuando hubo un debate sobre el saqueo de la ciudad de Útica, cuyos ciudadanos favorecieron a César, y Catón mantuvo que no se debía hacer mientras que Juba habló a favor de su destrucción, Catón fue elegido protector y guardián de la ciudad.

Cneo Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande, levantó un ejército en Hispania, y al no querer ni Afranio ni Petreyo tomar el mando, él personalmente comenzó la guerra contra César.

El rey Farnaces del Ponto, el hijo de Mitrídates, fue derrotado [por César] sin ninguna demora en la campaña [Veni, vidi, vici].

El tribuno de la plebe Publio Dolabela excitó pendencias cuando propuso una ley para cancelar las deudas, produciendo tumultos en la plebe. Sin embargo, Marco Antonio, el jefe de la caballería [el legado del dictador], envió soldados a la ciudad y fueron muertos ochocientos plebeyos.

César concedió a sus veteranos, que sediciosamente pedían su licenciamiento, lo que pedían y cruzó a África, donde luchó con gran riesgo personal contra los hombres del rey Juba.

LIBRO CXIV

Que es el sexto sobre la guerra civil.

[46 adC] Cecilio Baso, un caballero romano del partido de Pompeyo, provocó una guerra en Siria, y Sexto César, abandonado por una legión que se había pasado al bando de Baso, fue muerto. César derrotó al pretor Escipión y a Juba en Tapso y capturó su campamento.

Cuando Catón recibió estas noticias en Útica, se atravesó y aunque intervino su hijo y trató de curarle, él reabrió la herida que estaban curando, y murió a la edad de cuarenta y ocho años.

Petreyo mató a Juba y a sí mismo. Publio Escipión fue capturado en su buque y añadió a una muerte honorable unas honorables palabras últimas. Cuando sus enemigos le preguntaron cómo estaba el general [que se había atravesado con una espada], él contestó: *El general se encuentra bien*. Fausto y Afranio fueron muertos. El hijo de Catón fue perdonado.

[Décimo] Bruto, el legado de César, venció una batalla en la Galia y derrotó a los belovaco rebeldes.

LIBRO CXV

Que es el séptimo sobre la guerra civil.

César celebró cuatro triunfos: por sus victorias en Galia, Egipto, Ponto y África. Dio varios banquetes y toda clase de espectáculos.

A petición del Senado, permitió volver al antiguo cónsul Marco Marcelo. Sin embargo, Marcelo no se pudo beneficiar de su favor, pues fue asesinado en Atenas por su cliente Cneo Magio.

[César] hizo el censo, siendo censados 150.000 ciudadanos.

Marchó a Hispania para luchar contra Cneo Pompeyo, y tras haber llevado a cabo ambos bandos varias operaciones y asolado varias ciudades, César ganó con gran riesgo su mayor victoria cerca de la ciudad de Munda. Cneo Pompeyo fue muerto y Sexto escapó.

LIBRO CXVI

Que es el octavo sobre la guerra civil.

[45 adC] César celebró un quinto triunfo por su victoria en Hispania. [44 adC] Después que el Senado decretó muchos de los mayores honores (como el derecho a ser llamado *padre de la patria* junto con la inviolabilidad sagrada y la dictadura perpetua), varias quejas fueron apareciendo contra él: porque no se levantó de su silla frente al templo de Venus Genitrix cuando llegaron los senadores para presentarle tales honores; porque, cuando su colega cónsul Marco Antonio, bailando en las lupercales, puso una diadema sobre su cabeza, él la puso en su silla; y porque depuso a los tribunos de la plebe Epidio Marulo y Cesetio Flavo por provocar encono contra él al decir que aspiraba al reinado.

Por tales razones, se formó una conspiración contra él, siendo sus líderes Marco Bruto y Cayo Casio y, de los propios hombres de César, Décimo Bruto y Cayo Trebonio. Fue asesinado con 23 puñaladas en la Curia Pompeya y el Capitolio fue ocupado por los asesinos.

El Senado decretó una amnistía para los asesinos, y cuando los conspiradores sitiados hubieron recibido rehenes de Antonio y Lépido, descendieron del Capitolio.

Por testamento de César, Cayo Octavio el nieto de su hermana, fue adoptado como hijo suyo y nombrado heredero de la mitad de su fortuna.

Cuando el cuerpo de César era llevado al Campo de Marte, fue cremado frente a los Rostra por la plebe.

El honor de la Dictadura fue prohibido para siempre.

Un tal Camiates, hombre de la más humilde condición, fingiendo ser hijo de Cayo Mario, produjo disturbios entre la plebe crédula y fue asesinado.

LIBRO CXVII

Cayo Octavio llegó del Épiro (había sido enviado allí delante de César para preparar la guerra en Macedonia), y tras toda clase de signos favorables, aceptó el nombre de César.

En un ambiente de confusión y disturbios, Marco Lépido aceptó la el pontificado máximo.

El cónsul Marco Antonio trató temerariamente de prevalecer y presentó, con violencia, una ley sobre los cambios en la asignación de provincias y ofendió fuertemente a César [Octaviano], quien había venido a pedir ayuda contra los asesinos de su tío-abuelo. Por esto, César empezó a reunir hombres contra él en las colonias de veteranos, que usaría para sí mismo y para la república. Las legiones cuarta y Marcia se pasaron de Antonio a César y, por culpa del comportamiento salvaje

de Marco Antonio (que mató a varios sospechosos en su campamento), otros les siguieron.

Con un ejército, Décimo Bruto ocupó Módena para oponerse a Antonio, que iba hacia la Galia Cisalpina.

También habla de la dispersión de hombres de ambos partidos para controlar las provincias, y describe otros preparativos para la guerra.

LIBRO CXVIII

En Grecia, Marco Bruto, fingiendo actuar en beneficio del Estado y de la campaña contra Marco Antonio que había acometido, obtuvo el ejército de Publio Vatinio y también su provincia.

El Senado dio a Cayo [Octaviano] César, quien como ciudadano privado había armado un ejército, los poderes de un propretor y los símbolos de un cónsul, y le prometió que sería hecho senador.

Marco Antonio asedió a Décimo Bruto en Módena, y los embajadores enviados por el Senado para negociar la paz no tuvieron éxito, por lo que el pueblo romano vistió la saga.

En el Épiro, Marco Bruto superó al pretor Cayo Antonio y a su ejército.

LIBRO CXIX

Por la traición de Publio Dolabela, Cayo Trebonio fue asesinado en Asia. Por este crimen, Dolabela fue declarado enemigo por el Senado.

[43 adC] Después que el cónsul Pansa hubiera luchado sin éxito contra Antonio, el cónsul Aulo Hircio llegó con su ejército, derrotó a las tropas de Marco Antonio y equilibró de nuevo la fortuna de ambos bandos. Antonio, derrotado por Hircio y [Octaviano] César huyó a la Galia, donde se unió a Marco Lépido y las legiones que mandaba; el Senado les declaró enemigos, a él y a cualquier soldado de su ejército. Aulo Hircio, que había sido muerto en el campamento del enemigo tras su victoria, y Cayo Pansa, que había muerto de las heridas recibidas durante su derrota, fueron enterrados en el Campo de Marte.

El Senado estuvo grandemente agradecido a Cayo [Octaviano] César, que fue el único de los tres hombres que sobrevivió: votó el honor de un triunfo a Décimo Bruto, que había sido liberado del sitio de Módena por César, sin mencionar satisfactoriamente a César ni a sus soldados.

Por lo tanto, Cayo [Octaviano] César, por consejo de Marco Lépido, se reconcilió con Marco Antonio, marchó sobre Roma con su ejército y, sorprendiendo a todos los que estaban contra él, fue nombrado cónsul a la edad de diecinueve años.

LIBRO CXX

Como cónsul, Cayo [Octaviano] César promulgó una ley para perseguir a quienes habían estado envueltos en la muerte de su padre, César; bajo los términos de esta ley, Marco Bruto, Cayo Casio y Décimo Bruto fueron condenados en ausencia.

Asinio Polión y Munacio Planco se unieron a Marco Antonio con sus ejércitos y le fortalecieron; y Décimo Bruto, a quien el Senado había ordenando a Antonio que persiguiera, fue abandonado por sus legiones, huyó y fue ejecutado por Antonio, en cuyo poder había caído mediante un secuano llamado Capeno.

Cayo [Octaviano] César hizo la paz con Antonio y Lépido. Durante cinco años serían los triunviros para la restauración de la república, y los oponentes de Lépido, Antonio y César serían proscritos. Muchos caballeros romanos y los nombres de 130 senadores fueron proscritos, tales como Lucio [Emilio] Paulo (hermano de Marco Lépido), Lucio César (tío de Antonio) y Marco [Tulio] Cicerón. Éste fue asesinado por Popilio, un legionario, a la edad de 63 años. Su cabeza y su mano derecha fueron expuestas en los Rostra.

También habla de los hechos de Marco Bruto en Grecia

LIBRO CXXI

Se dice que fue publicado tras la muerte de Augusto.

[43 adC] Cayo Casio, que había sido enviado por el Senado para perseguir a Dolabela (que fue declarado enemigo del Estado), empleó la autoridad de la república para obtener tres ejércitos que fueron estacionados en la provincia de Siria, puso sitio a la ciudad de Laodicea y forzó a Dolabela a suicidarse. Cayo Antonio fue capturado y también ejecutado, por orden de Marco Bruto.

LIBRO CXXII

Durante algún tiempo, Marco Bruto llevó a cabo una guerra victoriosa contra los tracios, y cuando todas las provincias y ejércitos transmarinos estaban en su poder y el de Cayo Casio, se unieron en Esmirna para hacer planes de futuro.

Juntos, perdonaron a Marco Mesala, convencidos por su hermano Publícola.

LIBRO CXXIII

[42 adC] Sexto Pompeyo, hijo de Pompeyo el Grande, que había reunido exiliados y huidos del Épiro, y que había actuado durante mucho tiempo como un pirata, sin tener una base real, primero capturó Mesina (una ciudad de Sicilia) y luego toda la provincia, y, habiendo asesinado al pretor Pompeyo Bitínico, derrotó a Quinto Salvideno, legado de [Octaviano] César, en una batalla naval.

[Octaviano] César y Marco Antonio cruzaron hacia Grecia con sus ejércitos para hacer la guerra contra Bruto y Casio.

En África, Quinto Cornificio luchó contra Tito Sextio, el jefe de la facción de Casio, y lo derrotó.

LIBRO CXXIV

En Filipos, Cayo [Octaviano] César y Marco Antonio lucharon contra Bruto y Casio. El resultado estuvo dudoso porque en ambos lados ganó el ala derecha y en ambos lados el campamento fue tomado por quienes resultaron victoriosos. Pero la muerte de Casio cambió las tornas. Había estado en el ala que había sido derrotada y, creyendo que todo el ejército lo había sido, buscó la muerte.

Al día siguiente, Marco Bruto fue derrotado, y puso fin a su vida, pidiendo a Estratón (que también estaba huyendo) que dirigiera su espada contra él. Tenía cerca de cuarenta años.

[laguna] entre los cuales Quinto Hortensio fue muerto.

LIBRO CXXV

[41 adC] [Octaviano] César, dejando a Marco Antonio al otro lado del mar (las provincias de esa parte del Imperio habían sido puestas bajo su mando), volvió a Italia y dio tierras a sus veteranos. Con gran peligro, sometió rebeliones en su ejército que ciertos soldados, corrompidos por Fulvia, la esposa de Marco Antonio, habían puesto contra su general. El cónsul Lucio Antonio, hermano de Marco Antonio, lanzó un ataque contra [Octaviano] César. Los pueblos cuyas tierras habían sido dadas a los veteranos, se habían puesto a su favor, y derrotó a Marco Lépido, que era responsable de la defensa de la ciudad, y forzó el paso hacia ella.

LIBRO CXXVI

[41 adC] [Octaviano] César tenía sólo veintitrés años cuando puso sitio a Lucio Antonio en la ciudad de Perugia y rechazó varias salidas, y cuando el hambre les forzó a rendirse, [40 adC] César le perdonó a él y a todos sus soldados, pero saqueó Perugia. Sin efusión de sangre, puso a los ejércitos de ambos partidos bajo su mando.

LIBRO CXXVII

Los partos, mandados por Labieno, que era del partido de los pompeyanos, invadieron Siria y,

habiendo derrotado a Decidio Saxa, un legado de Marco Antonio, ocuparon toda la provincia.

Cuando Marco Antonio, para hacer la guerra contra [Octaviano] César [laguna] su esposa Fulvia [laguna], así que no hubo obstáculo para un acuerdo entre los jefes, hizo la paz con [Octaviano] César y se casó con su hermana Octavia. Reveló muchos indicios de cómo Quinto Salvideno estaba tramando planes criminales contra [Octaviano] César; fue condenado y se suicidó.

Publio Ventidio, legado de Antonio, derrotó a los partos y los expulsó de Siria, después de que su jefe Labieno muriera.

[39 adC] Junto a enemigos Italianos, Sexto Pompeyo ocupó Sicilia e impidió el comercio de grano, [Octaviano] César y Antonio, por su exigencia, firmaron un tratado de paz con él para que gobernara Sicilia como su provincia.

Además habla de los problemas en África y las batallas que allí se libraron.

LIBRO CXXVIII

[38 adC] Cuando Sexto Pompeyo, mediante la piratería, volviera peligrosos los mares de nuevo y no mantuvo la paz que había acordado, [Octaviano] César aceptó la guerra necesaria contra él y luchó en dos batallas navales con resultado dudoso.

Publio Ventidio, legado de Marco Antonio, derrotó a los partos en Siria y mató a su jefe.

[37 adC] Los judíos fueron también derrotados por un legado de Marco Antonio.

Además contiene los preparativos para la Guerra Siciliana.

LIBRO CXXIX

[36 adC] Se luchó en varias batallas navales contra Sexto Pompeyo, con resultados diversos, del modo siguiente: de las dos armadas de [Octaviano] César, una, cuyo almirante era Agripa, venció, pero la otra, mandada por César, fue destruida y los soldados que habían desembarcado quedaron expuestos a gran peligro. El derrotado Pompeyo huyó a [el interior de] Sicilia.

Cuando Marco Lépido, que había llegado de África como para apoyar a [Octaviano] César en su ataque contra Sexto Pompeyo, atacó a César, fue abandonado por su ejército y privado de sus poderes triunvirales, pero suplicó con éxito por su vida.

Marco Agripa recibió una corona naval de [Octaviano] César, un honor que nadie había recibido antes.

LIBRO CXXX

Viviendo una vida de placer con Cleopatra, Marco Antonio invadió Media más tarde, y condujo la guerra a Partia con 18 legiones y 16.000 de caballería; habiendo perdido dos legiones y sin haber tenido éxito en nada, retrocedió perseguido por los partos, y tras una gran confusión e inmenso peligro, alcanzó Armenia habiendo cubierto en su huida 300 millas [444 kilómetros]. Por culpa de las tempestades perdió 8.000 hombres. (Como en la Guerra Parta que había conducido con tan poco éxito, fue por su culpa encontrar tales tormentas, porque rechazó invernar en Armenia para apresurarse junto a Cleopatra.)

LIBRO CXXXI

[35 adC] Aunque Sexto Pompeyo se había puesto bajo la protección de Marco Antonio, se preparó para hacerle la guerra en Asia, pero fue sorprendido y muerto por sus legados.

Después que [Octaviano] César hubiera reducido una muy peligrosa rebelión de veteranos, derrotó a los iapidas, dálmatas y panonios.

[34 adC] Antonio ordenó que Artavasdes, el rey de Armenia, a quien se había dado un salvoconducto, fuera puesto en cadenas y le dió el reino Armenio a su hijo, nacido de Cleopatra; él había estado cautivado por ella durante algún tiempo, pero ahora empezaba a tratarla como su esposa.

LIBRO CXXXII

[Octaviano] César derotó a los dálmatas en Iliria.

[33 adC] Cuando Marco Antonio, a causa de su amor por Cleopatra, con la que tuvo dos hijos (Filadelfo y Alejandro), no quiso volver a la ciudad ni deponer sus poderes cuando finalizó el periodo del triunvirato, sino que se preparó para la guerra contra la ciudad e Italia, y reunió para sus propósitos fuerzas tanto navales como terrestres, [32 adC] y envió una carta de divorcio a Octavia, la hermana de César, [31 adC] [Octaviano] César cruzó al Épiro con un ejército. Tras esto, se da cuenta de las batallas navales y de caballería en las que César quedó victorioso.

LIBRO CXXXIII

[31 adC] Marco Antonio, derrotado en una batalla naval cerca de Accio, huyó a Alejandría y, [30 adC] sitiado por [Octaviano] César, en una situación desesperada y equivocado por un falso rumor sobre la muerte de Cleopatra, se suicidó.

Tras haber [Octaviano] César reducido Alejandría, y que Cleopatra, para evitar quedar al arbitrio del vencedor, se hubiera dado muerte, [29 adC] volvió a la ciudad para celebrar tres triunfos: uno sobre Iliria, un segundo por la victoria en Accio y el tercero sobre Cleopatra; este fue el final de las guerras civiles, en su vigésimo primer año.

[28 adC] Marco Lépido (el hijo del Lépido que había sido triunvio) conspiró contra [Octaviano] César para hacerle la guerra, pero fue capturado y muerto.

LIBRO CXXXIV

[27 adC] Cuando Cayo César [Octaviano] dejó compuestos los asuntos [del Estado] y todas las provincias hubieron sido sólidamente organizadas, fue llamado Augusto; en su honor el mes Sextilis recibió el mismo nombre.

Cuando estaba impartiendo justicia en Narbona, dirigió un censo en las tres provincias de la Galia, que su padre César había sometido.

Se refiere la guerra combatida por Marco Craso contra los basternos, los moesios y otras tribus.

LIBRO CXXXV

[25 adC] Se refiere la guerra contra los tracios por Marco Craso y contra los hispanos por César [Agusto]; y los salassios, una tribu de los Alpes, también fueron sometidos.

LIBRO CXXXVI

[Anotación incluída en el Libro CXLI. Se piensa que es un error del copista]

[20 adC] Se hizo la paz con los partos y los estandartes, que habían sido perdidos por Craso y luego por Marco Antonio, fueron recibidos devueltos por su rey.

LIBRO CXXXVII

[Anotación incluída en el Libro CXLI. Se piensa que también es un error del copista]

[16 adC] Tiberio Nerón, el hermano de Druso, sometió a los dálmatas y panonios.

LIBRO CXXXVIII

[15 adC] Los retios fueron sometidos por Tiberio Nerón y Druso, los hijastros de César [Augusto]. [12 adC] Agripa, el yerno de César [Augusto], murió.

Druso organizó un censo.

LIBRO CXXXIX

Las tribus germánicas que vivían a este lado y al otro del Rin fueron atacados por Druso y el levantamiento en la Galia, provocado por el censo, fue sofocado.

Fue dedicado un altar al divino César en la confluencia del Saona y el Ródano, y se nombró sacerdote al eduo Cayo Julio Vercondaridubno.

LIBRO CXL

[11 adC] Los Tracios fueron sometidos por Lucio Pisón; se refiere el sometimiento de los queruscos, tencteros, caucios y otras tribus germánicas del otro lado del Rin, por Druso.

Octavia, la hermana de Augusto, murió, tras perder a su hijo Marcelo, cuyos monumentos son el teatro y el pórtico dedicados en su nombre.

LIBRO CXLI

[10 adC] Se refieren las batallas combatidas por Druso contra las tribus del otro lado del Rin. Entre ellos se distinguieron luchando Cumstincto y Avectio, tribunos militares de los nervios.

LIBRO CXLII

[9 adC] Se refieren los combates de Druso contra las tribus germanas transrenanas. Murió, de una fractura producida al caer su caballo sobre su pierna, treinta días después del accidente. Su cuerpo fue llevado a Roma por su hermano [Tiberio] Nerón, que llegó rápidamente al recibir las noticias sobre el accidente; el cuerpo fue enterrado en la tumba de Cayo Julio [Augusto]. El elogio fúnebre fue pronunciado por su padrastro César Augusto. Durante el funeral se le concedieron muchos honores.